

LA CORONA DE ESPADAS

LA RUEDA DEL TIEMPO - 7

ROBERT JORDAN

Elayne, Nynaeve y Aviendha prosiguen con sus investigaciones en Ebou Dar para encontrar el ter'angreal con el que podrían frenar la espantosa ola de calor que azota el mundo. Para ello se reúnen con los Marinos, quienes dan el nombre de Cuenco de los Vientos al objeto. Egwene continúa con su lucha para ser la Sede Amyrlin escogida por las Aes Sedai rebeldes, y acabar con el control que sobre ella ejercen las Asentadas y otros grupos de hermanas. Entre tanto, en los distintos reinos, nobles y dirigentes continúan buscando su propio beneficio, sin tener presente que la mano del Oscuro está tocando el mundo y que la Última Batalla se acerca.

Lectulandia

Robert Jordan

La corona de espadas

La Rueda del Tiempo

ePUB v1.2

Siwan 09.09.12

Título original: *A crown of swords*
Robert Jordan, mayo de 1996.
Traducción: Mila López
Diseño/retoque portada: Siwan

Editor original: Siwan (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

Para Harriet
El mérito, de nuevo, es suyo

«No podemos tener salud ni nada bueno puede crecer,
pues la tierra es una con el Dragón Renacido
y él es uno con la tierra. Alma de fuego, corazón de piedra,
altivo conquista y obliga a los altivos a doblegarse.
Conmina a las montañas a que se arrodillen,
a los mares a que le abran paso,
y al propio firmamento a que le rinda pleitesía.
Ojalá el corazón de piedra recuerde el llanto
y el alma de fuego, el amor.»

Fragmento de la controvertida traducción
de *Las Profecías del Dragón*
por la poetisa Kyera Termendal, de Shiota,
supuestamente publicada entre el 700 y el 800 AL

Prólogo



Rayos

Desde el alto ventanal en arco, a unos ciento veinte metros del suelo y no mucho más abajo del ápice de la Torre Blanca, Elaida alcanzaba a ver las onduladas llanuras y bosques que, kilómetros más allá de Tar Valon, lindaban con el anchuroso río Erinin, el cual discurría desde el noroeste antes de bifurcarse alrededor de las blancas murallas de la urbe insular. Al nivel del suelo, las largas sombras matinales debían de estar proyectando oscuros perfiles sobre la ciudad, pero desde esa ventajosa posición todo parecía claro y luminoso. Ni siquiera las legendarias Torres Infinitas de Cairhien rivalizaban realmente con la Torre Blanca. Desde luego, ninguna de las torres menores de Tar Valon lo hacía, a pesar de lo mucho que la gente se hiciera lenguas de ellas y de sus gráciles pasarelas arqueadas.

A esa altura una brisa casi constante aliviaba el calor antinatural que azotaba al mundo. Pasada la Fiesta de las Luces, una profunda capa de nieve debería haber cubierto el suelo, pero el tiempo parecía el propio de un tórrido verano en plena canícula. Otra señal, si es que hacían falta más, de que la Última Batalla estaba próxima y de que la mano del Oscuro tocaba el mundo. Ni que decir tiene que Elaida no permitía que el calor la afectase ni cuando descendía a los pisos bajos. La brisa no era la razón de que hubiese hecho trasladar sus aposentos allí arriba, a esas sencillas habitaciones, a pesar del inconveniente que representaban tantas escaleras.

Las baldosas lisas, de un tono rojizo, y las paredes de blanco mármol adornadas por unos pocos tapices no tenían comparación con la grandiosidad del estudio y los aposentos de la Amyrlin situados mucho más abajo. Aún utilizaba esas estancias de vez en cuando —en las mentes de algunas personas ese fausto se asociaba con el poder de la Sede Amyrlin— pero residía arriba, y también trabajaba allí las más de las veces. Por la vista. Pero no de la ciudad ni del río ni de los bosques, sino de lo que empezaba a cobrar forma en los terrenos de la Torre.

Grandes zanjas y cimientos se extendían a través de lo que había sido el patio de prácticas de los Guardianes, en medio de altas grúas de madera y montones de bloques cortados de mármol y granito. Multitud de albañiles y peones se afanaban como hormigas en la cantera, y un constante flujo de carretas cruzaba las puertas y

entraba en los terrenos de la Torre, transportando más piedra. A un lado se alzaba lo que los albañiles llamaban un «modelo de trabajo» en madera, lo bastante grande para que los hombres entrasen en él en cuclillas a fin de ver hasta el último detalle dónde debía ir cada piedra. Después de todo, la mayoría de los obreros no sabía leer, por lo que no había ni palabras ni planos dibujados por alarifes. El «modelo de trabajo» era tan grande como algunas casas solariegas.

Si cualquier rey o reina tenía un palacio ¿por qué la Amyrlin había de estar relegada a unos aposentos poco mejores que los de muchas hermanas? Su palacio igualaría en esplendor a la Torre Blanca y tendría un gran chapitel quince metros más alto que la propia Torre. El rostro del maestro de obra había palidecido al oír aquello. La Torre había sido construida por los Ogier, con la ayuda de hermanas que habían recurrido para ello al Poder. No obstante, tras echar una ojeada al semblante de Elaida, maese Lerman se había apresurado a hacer una reverencia mientras farfullaba que naturalmente todo se haría como ella deseaba. ¡Como si hubiese habido alguna duda!

Elaida apretó la boca con exasperación. Había querido contar de nuevo con albañiles Ogier, pero éstos se habían recluido en sus *steddings* por alguna razón. El más próximo, el *stedding* Jentoine de las Colinas Negras, había rechazado sus requerimientos. Con educación, pero seguía siendo una negativa; y sin explicaciones, aun tratándose de la Sede Amyrlin. En el mejor de los casos, los Ogier se mostraban reservados. O quizás estaban aislándose de un mundo sumido en la agitación y el desorden; los Ogier no se implicaban en los conflictos humanos: los rehuían.

Elaida apartó a los Ogier de su mente con firmeza. Se preciaba de saber separar lo posible de lo imposible, y los Ogier eran una trivialidad. No contaban para un mundo que les era ajeno, con el que no tenían más nexo que las ciudades que habían construido mucho tiempo atrás y que rara vez visitaban salvo para hacer reparaciones.

Su ceño se frunció ligeramente al contemplar a los hombres de allí abajo, afanándose como abejas por la zona de construcción. La obra avanzaba a paso de tortuga. Los Ogier estarían descartados, pero a lo mejor podía usarse de nuevo el Poder Único. Eran contadas las hermanas que poseían verdadera fuerza en los tejidos de Tierra, mas no era mucha la que se requería para reforzar la piedra o unir unos bloques a otros. Sí. En su imaginación, el palacio aparecía terminado, con galerías, columnatas, grandes cúpulas doradas en las que reverberaba el sol; y esa esbelta torre elevándose hacia el firmamento… Sus ojos se alzaron hacia el despejado cielo, allí donde estaría la punta de la torre, y soltó un profundo suspiro. Sí. Ese mismo día daría las órdenes oportunas.

El gran reloj que había en la habitación tocó el Tercer Albor a su espalda, y las campanas y carillones de la ciudad repicaron la hora, si bien allí, a tanta altura, el sonido llegaba débil. Con una sonrisa, Elaida se retiró del ventanal mientras se

alisaba el vestido de seda color crema, con acuchilladuras en rojo, y se ajustaba a los hombros la ancha estola rayada de la Sede Amyrlin.

En el ornamentado reloj dorado, unas figurillas de oro, plata y esmalte se movían al compás del carillón: trollocs con cuernos y hocicos huían de una Aes Sedai en un nivel; en otro, un hombre que representaba a un falso Dragón intentaba desviar unos rayos plateados, obviamente lanzados por otra hermana. Y por encima de la esfera del reloj, que a su vez sobrepasaba la cabeza de Elaida, un rey y una reina coronados se arrodillaban ante una Sede Amyrlin que lucía su estola de esmalte; y, rematando el arco dorado que se alzaba sobre esta última figurilla, aparecía la Llama de Tar Valon, tallada en una gran piedra de luna.

Elaida no reía a menudo, pero no pudo menos de soltar una queda y complacida risita al mirar el reloj. Cemaile Sorenthaine, ascendida del Ajah Gris, lo había encargado con ese diseño, soñando con la vuelta de un tiempo anterior a la Guerra de los Trollocs, cuando ningún dirigente ocupaba un trono sin la aprobación de la Torre. Los grandiosos planes de Cemaile se quedaron en nada, sin embargo, al igual que la propia Cemaile, y durante tres siglos el reloj había permanecido guardado en un polvoriento almacén al no haber nadie que se atreviera a exponerlo sin sentir sonrojo. Hasta que llegó Elaida. La Rueda del Tiempo giraba. Lo que fue una vez, podía volver a ser. Volvería a ser.

La caja del reloj era el contrapunto de la puerta que daba a su sala de estar y al dormitorio y vestidor que había detrás. Finos tapices, vistosas obras manufacturadas en Tear, Kandor y Arad Doman con brillantes hilos de oro y de plata entremezclados con los simplemente teñidos, colgaban en las paredes, cada uno exactamente enfrente de su pareja. Siempre le había gustado el orden. La alfombra, que cubría gran parte de las baldosas, procedía de Tarabon y el diseño combinaba tonos rojos, verdes y dorados; las alfombras de seda eran las más valiosas. En las cuatro esquinas de la sala había pedestales de mármol tallados con sencillas líneas verticales, y encima, unos jarrones de la frágil porcelana de los Marinos con rosas rojas minuciosamente arregladas. Se requería el Poder Único para que floreciesen rosas en esa época, sobre todo a causa de la sequía y el calor; pero, en su opinión, merecía la pena. Tallas doradas cubrían por igual la única silla —nadie se sentaba ahora en su presencia— y el escritorio, pero con el sobrio estilo de Cairhien. En realidad era una estancia sencilla de apenas tres metros de altura, pero estos aposentos servirían hasta que su palacio estuviese terminado. La vista que tenían los hacía válidos.

El alto respaldo de la silla lucía la Llama de Tar Valon realizada con piedras de la luna; al sentarse Elaida, el símbolo quedó justo por encima de su cabeza. Sobre la pulida superficie del escritorio sólo reposaban las tres cajas lacadas de confección altaranesa, colocadas con minuciosa precisión. Abrió la que representaba unos halcones dorados entre nubes blancas y, del montón de informes y correspondencia

guardados en el interior, cogió una estrecha tira de fino papel.

Leyó, por la que debía de ser centésima vez, el mensaje llegado de Cairhien doce días atrás con una paloma. Muy pocas personas en la Torre conocían su existencia y nadie salvo ella sabía su contenido ni habría tenido el menor atisbo de lo que significaba en caso de leerlo. La idea casi la hizo reír otra vez.

> «Se ha puesto el aro en la nariz del toro. Espero un viaje agradable al mercado.»

No llevaba firma, pero a Elaida no le hacía falta. Sólo Galina Casban sabía que debía enviar aquel glorioso mensaje. Galina, a quien Elaida encomendaba ciertas tareas que jamás habría dejado en otras manos salvo en las suyas propias. No es que se fiara totalmente de nadie, pero la cabeza del Ajah Rojo gozaba de su confianza más que cualquier otra persona. Después de todo, ella había pertenecido a ese Ajah y, en muchos sentidos, todavía se consideraba una Roja.

> «Se ha puesto el aro en la nariz del toro.»

Rand al'Thor, el Dragón Renacido, el hombre que parecía haber estado a punto de tragarse el mundo, el hombre que ya se había tragado buena parte de éste, se encontraba escudado y bajo el control de Galina. Y nadie que pudiese respaldarlo lo sabía. En el caso de que hubiese habido la más mínima posibilidad de ello, la redacción del mensaje habría sido distinta. Por lo que se deducía de varios mensajes anteriores, al parecer había descubierto de nuevo el Viaje, un Talento perdido para las Aes Sedai desde el Desmembramiento; empero, eso no lo había salvado. Todo lo contrario: había jugado en favor de Galina. Por lo visto tenía la costumbre de ir y venir sin avisar. ¿Quién sospecharía que esta vez no se había ausentado, sino que había sido sometido y llevado a la fuerza? Algo muy parecido a una risita subió por su garganta.

Dentro de una semana más, dos como mucho, al'Thor estaría en la Torre, vigilado estrechamente y mantenido bajo control hasta la llegada del Tarmon Gai'don, con lo que se pondría freno a su saqueo del mundo. Era una locura dejar en libertad a ningún hombre capaz de encauzar, pero principalmente al hombre que según las Profecías debía enfrentarse al Oscuro en la Última Batalla. Quisiera la Luz que todavía faltase mucho para eso a pesar de los cambios climáticos, pues se necesitarían años para preparar al mundo debidamente, empezando por enmendar lo que al'Thor había hecho.

Naturalmente, el daño que había causado no era nada comparado con lo que podría haber hecho de estar libre. Por no mencionar la posibilidad de que perdiera la vida antes del momento en que se lo necesitase. En fin, el problemático joven

permanecería envuelto en pañales y tan a salvo con un bebé en los brazos de su madre hasta que llegase el momento de llevarlo a Shayol Ghul. Después de eso, si sobrevivía…

Elaida frunció los labios. Las Profecías del Dragón parecían indicar que no lo haría, lo que indudablemente sería lo mejor que podría pasar.

—Madre…

Elaida casi dio un brinco de sobresalto cuando Alviarin habló. ¡Mira que entrar sin llamar siquiera a la puerta!

—Tengo noticias de los Ajahs, madre. —Delgada y de semblante frío, Alviarin llevaba el estrecho chal de Guardiana en blanco, a juego con el vestido, para mostrar que había ascendido del Ajah de ese color. Empero, en su boca la palabra «madre» sonaba más como un formulismo con el que dirigirse a una igual que un título de respeto.

La presencia de la Guardiana bastó para hacer perder el buen humor a Elaida. El que la Guardiana de las Crónicas procediera del Ajah Blanco, no del Rojo, era siempre un recordatorio mortificante de la debilidad de su posición cuando la habían ascendido. Parte de eso se había disipado, cierto, pero no completamente. Todavía no. Estaba harta de lamentarse por tener tan pocas informadoras fuera de Andor. Y de que su predecesora y la de Alviarin hubiesen escapado —que las hubiesen ayudado a escapar, porque tenían que haber contado con ayuda— antes de que se les hubiera arrancado el secreto de las claves de la inmensa red informadora de la Amyrlin.

Quería, ansiaba, esa red de información que le pertenecía por derecho. Existía la arraigada costumbre de que los Ajahs dieran a la Guardiana cualquier noticia de sus propias informadoras que tuviesen a bien compartir con la Amyrlin, aunque fuera con cuentagotas; pero Elaida estaba convencida de que Alviarin se guardaba para sí parte de esa contada información. Empero, no podía pedir información a los Ajahs directamente. Ya era bastante malo estar en una posición débil para, además, tener que suplicar algo al mundo. O a la Torre, que, a fin de cuentas, era lo que realmente contaba en el mundo.

Elaida mantuvo la expresión tan fría como la de la otra mujer, dándose por enterada de su presencia con un mero asentimiento mientras fingía examinar los papeles que había en la caja lacada. Los fue pasando lentamente uno por uno y los volvió a poner en la caja con parsimonia. Todo ello sin ver una sola palabra de lo escrito en ellos. Hacer esperar a Alviarin le resultaba amargo porque era un recurso pobre, y los recursos pobres eran lo único que tenía para atacar a quien debería haber sido su servidora.

Una Amyrlin podía dictar cualquier decreto que quisiera puesto que su palabra era ley e incuestionable. Sin embargo, en la práctica, sin el apoyo de la Antecámara de la Torre muchos de esos decretos se quedaban en papel mojado. Ninguna hermana

desobedecía a una Amyrlin; al menos, no directamente, pero muchos decretos requerían que se ordenaran un centenar de otras cosas para ponerlos en práctica. En los mejores tiempos posibles éste era un proceso lento, en ocasiones tan lento que nunca llegaba a su fin, y los actuales distaban mucho de ser los mejores.

Alviarin permaneció de pie, sosegada como un estanque helado. Elaida cerró la caja altaranesa, dejando fuera la tira de papel que anunciaba su victoria; la manoseó inconscientemente, como si fuese un talismán.

—¿Se han dignado finalmente Teslyn o Joline enviar alguna nueva más aparte de que llegaron bien?

Aquello lo dijo para recordarle a Alviarin que ninguna de ellas podía considerarse invulnerable. A nadie le importaba lo que ocurría en Ebou Dar, y a Elaida a quien menos; la capital de Altara podía hundirse en el mar y, salvo los mercaderes, ni siquiera el resto del país se daría cuenta de ello. Pero Teslyn había sido miembro de la Asamblea durante casi quince años antes de que Elaida le ordenara renunciar a su puesto y viajar a esa ciudad. Y, si Elaida podía enviar a una Asentada —una Asentada Roja que había respaldado su ascensión— como embajadora ante un trono insignificante sin que nadie supiera realmente el motivo salvo un centenar de rumores sin fundamento, entonces también podía tratar con mano dura a cualquiera. Joline era un tema aparte. Había ocupado su puesto en representación del Ajah Verde sólo durante unas cuantas semanas, y todo el mundo estaba convencido de que las Verdes la habían escogido para demostrar que no se dejarían acobardar por la nueva Amyrlin, quien le impuso un severo castigo. No podía pasarse por alto aquella insolencia, y no se había pasado. También eso era algo que sabía todo el mundo.

Lo dijo para recordarle a Alviarin que era vulnerable, pero la Blanca se limitó a esbozar su fría sonrisa. Mientras la Antecámara siguiera como ahora, lo cierto es que era inmune. Rebuscó entre los papeles que llevaba en las manos y sacó uno de ellos.

—No hay noticias de Teslyn ni de Joline, madre, aunque con las nuevas que habéis recibido hasta ahora de los tronos… —Aquella sonrisa se acentuó en una expresión peligrosamente cercana a la jocosidad—. Todos se proponen poner a prueba sus alas para comprobar si sois tan fuerte como… Como vuestra predecesora.

Incluso Alviarin tenía el sentido común de no pronunciar el nombre de Siuan Sanche en su presencia. No obstante, lo que decía era verdad; todos los reyes y reinas, y aun los nobles, parecían estar tanteando los límites de su poder. Tenía que dar algunos escarmientos que sirvieran de ejemplo. Tras echar una ojeada al papel, Alviarin continuó:

—Sin embargo hay noticias de Ebou Dar. A través del Ajah Gris. —¿Había puesto énfasis en esto último a fin de hincar más la astilla?—. Al parecer Elayne Trakand y Nynaeve al'Meara se encuentran allí. Haciéndose pasar como hermanas de derecho con el beneplácito de la… «embajada» rebelde ante la reina Tylin. Hay otras

dos mujeres, sin identificar, que podrían estar haciendo lo mismo. O quizá sólo sean acompañantes. Las Grises no lo saben con certeza.

—¿Y por qué, en nombre de la Luz, iban a estar en Ebou Dar? —dijo Elaida en tono displicente. Indudablemente, Teslyn habría enviado información sobre algo así de ser cierto—. Las Grises deben de haber prestado oídos a rumores. El mensaje de Tarna decía que están con las rebeldes en Salidar. —Tarna Feir también había informado de la presencia de Siuan Sanche allí. Y de la de Logain Ablar, quien se dedicaba a propagar mentiras tan maliciosas que ninguna hermana Roja se rebajaría jamás a darse por enterada de ellas y mucho menos a negarlas. O esa mujer, Sanche, estaba relacionada con semejante aberración o el sol saldría mañana por el oeste. ¿Por qué no se había limitado a escabullirse como un insecto y morir decorosamente donde nadie la viera como cualquier otra mujer neutralizada?

Le costó un gran esfuerzo no soltar un hondo suspiro. A Logain podía ahorcárselo sin hacer mucho ruido tan pronto como el asunto de las rebeldes quedara arreglado; al fin y al cabo, la mayor parte del mundo lo creía muerto desde hacía mucho. El difamatorio embuste de que el Ajah Rojo lo había situado como un falso Dragón moriría con él. Cuando se hubiese arreglado el asunto de las rebeldes, a esa mujer, Sanche, se la obligaría a revelar la red de informadoras de la Amyrlin. Y los nombres de los traidores que la habían ayudado a escapar. Sería una vana ilusión esperar que el de Alviarin se encontrase entre ellos.

—Me cuesta trabajo imaginar a esa muchacha, al'Meara, presentándose en Ebou Dar y afirmando ser Aes Sedai, cuanto más a Elayne ¿no te parece?

—Ordenasteis localizar y traer a Tar Valon a Elayne, madre. Lo considerasteis un asunto tan importante como poner correa a al'Thor, según vuestras propias palabras. Mientras se encontraba entre trescientas rebeldes en Salidar era imposible hacer nada al respecto, pero no estará tan bien protegida en el palacio de Tarasin.

—No puedo malgastar tiempo en habladurías y rumores. —El tono de Elaida rebosaba desprecio. ¿Es que Alviarin sabía más de lo debido puesto que había mencionado a al'Thor y lo de ponerle correa?—. Sugiero que leas de nuevo el informe de Tarna y que después te plantees si es posible que incluso las rebeldes hayan permitido que unas Aceptadas se hagan pasar por hermanas de hecho.

Alviarin aguardó con evidente paciencia a que terminara de hablar y después rebuscó en el montón de papeles que tenía en la mano y sacó otras cuatro hojas.

—El informador Gris envió bocetos —comentó en voz indiferente al tiempo que le tendía las páginas—. No es buen dibujante, pero se reconoce fácilmente a Elayne y a Nynaeve.

Tras unos instantes, al ver que Elaida no cogía los dibujos, volvió a guardarlos entre el resto de las hojas. Elaida sintió que la ira y la vergüenza teñían sus mejillas. Alviarin la había conducido deliberadamente hacia este rumbo al no sacar los dibujos

al principio. Lo pasó por alto —cualquier otra cosa sólo haría más humillante la situación— pero cuando habló su voz sonó muy fría:

—Quiero que las cojan y me las traigan.

La falta de curiosidad en el rostro de la Guardiana hizo que Elaida volviera a preguntarse cuánto sabía la mujer de lo que, supuestamente, no debía saber nada. Al ser del mismo pueblo, la joven al'Meara podría muy bien servir para presionar a al'Thor. Eso lo sabían todas las hermanas, igual que sabían que Elayne era la heredera del trono de Andor y que su madre había muerto. Los vagos rumores que vinculaban a Morgase con los Capas Blancas eran simples majaderías, ya que la reina jamás habría acudido a los Hijos de la Luz en busca de ayuda. Estaba muerta, aunque ni siquiera se hubiera hallado su cadáver, y Elayne sería proclamada reina. Si es que se la podía arrancar de las manos de las rebeldes antes de que las casas nobles andoreñas colocaran a Dyelin en el Trono del León en su lugar. No era conocimiento divulgado la razón que hacía a Elayne más importante que cualquier otra noble con derecho a un trono. Aparte del hecho de que sería Aes Sedai algún día, por supuesto.

A Elaida le llegaba a veces la Predicción, un Talento que se había creído perdido antes de ella, y mucho tiempo atrás había predicho que la casa real de Andor tenía la clave para la victoria de la Última Batalla. Hacía más de veinticinco años, tan pronto como se hizo evidente que Morgase Trakand ganaría el trono en el conflicto conocido como Sucesión, Elaida se había pegado a la muchacha que entonces era. Elaida ignoraba cómo o por qué era crucial Elayne, pero la Predicción nunca mentía. A veces hasta odiaba el Talento. Odiaba las cosas que no podía controlar.

—Las quiero a las cuatro, Alviarin. —En realidad las otras dos no eran importantes, pero no quería correr riesgos—. Despacha de inmediato mi orden a Teslyn. Diles, a ella y a Joline, que si dejan de enviar informes a partir de ahora, desearán no haber nacido. Incluye en el comunicado lo referente a esa tal Macura. —Su boca se crispó al pronunciar esta última frase.

El nombre provocó que también Alviarin rebullera con nerviosismo, y no era de extrañar. La dichosa infusión de Ronda Macura bastaba para inquietar a cualquier hermana. La horcaria no era letal —si se bebía la cantidad suficiente para caer en un profundo sueño, al menos se despertaba— pero un brebaje que entorpecía la habilidad de encauzar de una mujer parecía estar dirigido específicamente contra las Aes Sedai. Lástima que la información no se hubiese recibido antes de la marcha de Galina; si la horcaria funcionaba igual de bien en los hombres que en las mujeres, habría facilitado su tarea considerablemente.

El desasosiego de Alviarin sólo duró un momento; una fracción de segundo y de nuevo recobró el autocontrol, impasible como un muro de hielo.

—Como digáis, madre. Estoy convencida de que obedecerán prestamente, como se espera que hagan, desde luego.

Un fugaz acceso de ira acometió a Elaida con la rapidez de un fuego prendiendo pasto seco. El destino del mundo estaba en sus manos, y no dejaban de ponerle obstáculos nimios en su camino. Como si no tuviera bastante con ocuparse de las rebeldes y los dirigentes recalcitrantes, demasiadas Asentadas seguían rumiando y rezongando a su espalda; un terreno abonado para los manejos de la otra mujer. Ella dominaba sólo a seis de las integrantes de la Antecámara, y sospechaba que un número igual prestaba oídos a lo que Alviarin tuviese que decir antes de dar su voto. Desde luego, la Antecámara no ratificaba nada importante a menos que Alviarin lo aprobase. No a las claras, ni de un modo que diese a entender que ejercía una pizca más de influencia o poder de lo que correspondía a su condición de Guardiana, pero si Alviarin se oponía a algo… Por lo menos no habían llegado tan lejos de rechazar nada de lo que Elaida les presentaba a consideración. Simplemente se limitaban a dar largas al tema y actuar con parsimonia, de modo que muy a menudo quedaban empantanados asuntos que a ella le interesaba que salieran adelante. Lo que en apariencia era una diferencia insignificante, tenía peso suficiente para amargarle la vida. Algunas Amyrlin habían quedado rebajadas a poco más que títeres una vez que la Antecámara le cogía el gusto a rechazar lo que se le proponía.

Apretó los puños y la tira de papel crujió.

«Se ha puesto el aro en la nariz del toro.»

La impasible compostura de Alviarin no desmerecía la de una estatua de mármol, pero a Elaida ya no le importaba. El pastor venía de camino y pronto lo tendría en sus manos. Las rebeldes serían aplastadas; la Antecámara, intimidada; Alviarin, obligada a hincar la rodilla; y todos los dirigentes recalcitrantes metidos en cintura, desde Tenobia de Saldaea, que se había escondido para eludir a su emisaria, hasta Mattin Stepaneos de Illian, que otra vez intentaba jugar con todas las barajas, procurando congraciarse con ella, con los Capas Blancas y, por lo que sabía, hasta con al'Thor. Elayne subiría al trono de Caemlyn, sin la intromisión de su hermano y plenamente consciente de quién la había sentado en él. Una corta estancia en la Torre, y esa chica sería arcilla de alfarero en sus manos.

—Quiero a esos hombres erradicados, Alviarin. —No era preciso especificar a quién se refería; la mitad de las hermanas no hablaba de otra cosa que de «esos hombres» y su «Torre Negra», mientras que la otra mitad cuchicheaba sobre ellos a escondidas.

—Hay informes inquietantes, madre. —Alviarin rebuscó otra vez entre sus papeles, pero Elaida sospechaba que lo hacía únicamente para tener ocupadas las manos. No volvió a sacar ninguna hoja, y, si casi nada trastornaba a la Blanca más de unos segundos, ese abominable nido de ratas en las afueras de Caemlyn sí que debía hacerlo.

—¿Más rumores? ¿Es que das crédito a los chismes de que se cuentan por miles los individuos que acuden a Caemlyn en respuesta a esa inmunda «amnistía»? —Realmente no era una de las cosas menos peligrosas llevadas a cabo por al'Thor, pero tampoco era para quitar el sueño. Un simple montón de estiércol que habría que limpiar antes de que Elayne fuese coronada en Caemlyn.

—Por supuesto que no, madre, pero…

—Toveine se encargará de ello. Es una tarea que compete a las Rojas.

Toveine Gazal había estado apartada de la Torre quince años, hasta que Elaida la había mandado llamar. Las otras dos hermanas Rojas que habían dimitido «voluntariamente» al mismo tiempo que ella se habían convertido en mujeres de ojos huidizos; pero, al contrario que Lirene y Tsutama, el solitario exilio había endurecido a Toveine.

—Irá acompañada de cincuenta hermanas —prosiguió Elaida, convencida de que en esa «Torre Negra» no habría más de dos o tres hombres que realmente pudieran encauzar. Cincuenta hermanas los dominarían sin ninguna dificultad. No obstante, cabía la posibilidad de que hubiese otros de los que ocuparse, los habituales adláteres y simpatizantes, necios rebosantes de ambición y fútiles esperanzas—. Y también cien… No, doscientos soldados.

—¿Estáis segura de que tal actuación es acertada? Indudablemente los rumores que hablan de miles de hombres son absurdos, pero un informador Verde de Caemlyn afirma que hay más de cuatrocientos en esa Torre Negra. Es un tipo avispado. Al parecer calculó esa cifra contando los carros de abastecimiento que salen de la ciudad. Además, sabéis que también se comenta que Mazrim Taim está con ellos.

Elaida hizo un gran esfuerzo para mantener el gesto impasible, cosa que consiguió a duras penas. Había prohibido mencionar el nombre de Taim, y el hecho de no atreverse —¡no atreverse!— a imponer el castigo debido a Alviarin era un trago más amargo que la hiel. La mujer la miraba directamente a los ojos, y en esta ocasión la omisión hasta del somero tratamiento de «madre» era manifiesta. ¡Por no mencionar la osadía de preguntar si sus decisiones eran atinadas! ¡Era la Sede Amyrlin! ¡No la principal entre iguales, sino la Sede Amyrlin!

Abrió la caja laqueada más grande de las tres que había sobre el escritorio y dejó a la vista las miniaturas de marfil sobre el terciopelo gris. Al igual que le ocurría con una de sus aficiones —tejer punto—, a menudo el simple hecho de tocar las piezas de su colección la tranquilizaba; pero lo más importante de tal gesto era que dejaba muy claro a quien tenía delante cuál era su puesto, dado que aparentemente prestaba más atención a las miniaturas que a lo que quiera que estuviese diciéndole esa persona. Primero toqueteó un gato de talla tan exquisita que parecía estar moviéndose; después hizo lo mismo con la de una mujer que lucía un atuendo minuciosamente realizado y que llevaba sobre el hombro un animalillo muy peculiar, sin duda producto de la

fantasía del artista, casi como si fuese un hombre cubierto de pelo; por último, Elaida escogió un pez arqueado tan delicadamente trabajado que casi parecía real a pesar de la pátina amarillenta del marfil.

—Cuatrocientos mamarrachos, Alviarin. —Ya se sentía más tranquila, sobre todo porque la Guardiana había apretado los labios. Duró una fracción de segundo, pero Elaida saboreaba cualquier fisura, por mínima que fuera, en la marmórea máscara de la Blanca—. Si es que son tantos realmente. Sólo un necio creería que más de uno o dos de ellos pueden encauzar. ¡Como mucho! En diez años sólo hemos encontrado seis hombres con la habilidad. Veinticuatro en los últimos cuatro lustros. Y sabes la criba exhaustiva que se ha hecho en el mundo. En cuanto a Taim…

El nombre le quemaba la boca; el único falso Dragón que había escapado de ser amansado después de haber caído en manos de Aes Sedai. Era una circunstancia que no deseaba que apareciera en las Crónicas durante el período de su reinado; ciertamente no hasta que decidiese cómo debía ser reflejada. Hasta la fecha, en las Crónicas no se mencionaba nada posterior a su captura. Acarició con la yema del pulgar las escamas del pez.

—Está muerto, Alviarin —prosiguió—, o en caso contrario ya habríamos sabido de él hace tiempo. Y desde luego, jamás se pondría al servicio de al'Thor. ¿Cómo crees que después de autoproclamarse el Dragón Renacido iba a servir a otro hombre que pretende ser lo mismo? ¿Cómo iba a encontrarse en Caemlyn sin que al menos Davram Bashere intentara matarlo? —El pulgar se movió más deprisa sobre la miniatura cuando Elaida recordó que el mariscal de Saldaea estaba en Caemlyn, a las órdenes de al'Thor. ¿En qué estaba pensando Tenobia? Sin embargo, no dejó traslucir su tumulto interno, y su semblante permaneció tan impasible como el de cualquiera de sus miniaturas.

—Hablar en voz alta de veinticuatro hombres amansados es peligroso —manifestó Alviarin en un tono ominosamente quedo—. Tanto como decir dos mil. En las Crónicas se recoge únicamente la cifra de dieciséis. Sólo nos faltaba ahora que esos años cobraran protagonismo de nuevo. O que lo oyeran las hermanas que saben exclusivamente lo que se les ha dicho que es la verdad. Ni siquiera lo mencionan las tres que habéis hecho llamar de vuelta.

Elaida adoptó una expresión socarrona. Que ella supiera, Alviarin se había enterado de la verdad de aquellos años sólo al ser ascendida a Guardiana; todo lo contrario a ella, que conocía el tema de un modo más… personal. Aunque Alviarin, indudablemente, ignoraba tal cosa. O al menos no lo sabía con certeza.

—Hija, salga lo que salga a la luz, no temo nada. ¿Quién va a imponerme a mí un castigo y con qué cargos? —Aquello era un bonito quiebro que eludía muy bien la verdad, pero, por lo visto, no impresionó ni poco ni mucho a la otra mujer.

—Las Crónicas mencionan a varias Amyrlin que recibieron público castigo por

alguna razón que generalmente no se refleja de forma clara, pero a mí siempre me ha dado la impresión de que era más bien la redacción que habría hecho una Amyrlin si no le quedaba más alternativa que…

Elaida descargó una fuerte palmada sobre el escritorio.

—¡Ya está bien, hija! ¡La ley de la Torre soy yo! Lo que ha permanecido oculto, oculto seguirá. Y por la misma razón que lo estuvo durante veinte años: el bien de la Torre Blanca. —En ese momento Elaida empezó a sentir dolor en la palma; alzó la mano y se encontró con la miniatura del pez partida en dos. ¿Cuántos años tenía la figurilla? ¿Quinientos? ¿Mil? Su rabia era tal que no pudo disimularla a pesar de sus esfuerzos. La voz, desde luego, le temblaba de ira—. Toveine dirigirá a cincuenta hermanas y doscientos soldados de la Torre hasta Caemlyn, a esa Torre Negra, donde amansarán a cualquier hombre que encuentren capacitado para encauzar y lo ahorcarán, junto con todos los demás que puedan coger vivos, sin el requisito de traerlos aquí.

Alviarin ni siquiera parpadeó ante tan palmaria violación de la ley de la Torre. En la manifestación de Elaida había una verdad intrínseca e innegable: ella era la ley de la Torre.

—Para el caso —continuó la Amyrlin—, que cuelguen también a los muertos. Que sirvan de escarmiento para cualquier hombre que esté planteándose tocar la Fuente Verdadera. Manda llamar a Toveine. Quiero que me cuente su plan.

—Se hará como ordenáis, madre. —La voz de la Blanca era tan fría e imperturbable como su rostro—. Aunque, si se me permite hacer una sugerencia, quizá deseéis replantearos la decisión de mandar lejos de la Torre a tantas hermanas. Por lo visto vuestra oferta les ha parecido insuficiente a las rebeldes. Ya no están en Salidar. Se han puesto en marcha. El informe ha llegado de Altara, pero a estas alturas deben de encontrarse ya en Murandy. Y han elegido una Amyrlin propia. —Pasó la vista por la hoja que tenía en lo alto del montón de papeles, como si buscase el nombre—. Egwene al'Vere, al parecer.

Que Alviarin hubiese dejado para el final tal información, la más importante de todas, tendría que haber hecho explotar de rabia a Elaida, pero la mujer echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír con regocijo. Y si no se puso a patear el suelo sólo se debió a su empeño en mantener un aire digno. La sorpresa plasmada en el semblante de la Blanca consiguió que sus carcajadas arreciaran hasta el punto de tener que limpiarse los ojos llorosos.

—Es obvio que no te das cuenta —dijo cuando finalmente fue capaz de hablar entre risa y risa—. Por fortuna eres la Guardiana, no una Asentada. En la Antecámara, con tu ceguera, antes de un mes las otras te habrían metido en un armario y sólo te sacarían de él cuando necesitaran tu voto.

—Pues yo creo que veo muy bien, madre. —En el tono de Alviarin no había

acaloramiento; si acaso, su frialdad habría podido cubrir las paredes con una capa de escarcha—. Veo trescientas Aes Sedai rebeldes, quizá más, de camino a Tar Valon con un ejército comandado por Gareth Bryne, un reconocido gran general. Incluso desestimando los informes más descabellados, ese ejército puede que supere la cifra de veinte mil hombres, y yendo al mando Bryne se les sumarán más en cada pueblo y ciudad por los que pasen. No digo que tengan posibilidades de tomar la ciudad, por supuesto, pero a mi entender no es un asunto que deba tomarse a broma. El mayor Chubai debería ordenar que se iniciara una leva para incrementar los efectivos de la Guardia de la Torre.

Elaida bajó la vista hacia el pez roto, con acritud; después se levantó de la silla y se asomó al ventanal más próximo, dando la espalda a Alviarin. El palacio en construcción consiguió disipar el sabor amargo que tenía en la boca; eso y la tira de papel que todavía guardaba en el puño apretado. Observó su palacio en ciernes y sonrió.

—Trescientas rebeldes, sí, pero deberías releer el informe de Tarna. Hay al menos unas cien que ya están a punto de venirse abajo. —Confiaba bastante en Tarna, una Roja en cuya mente no había lugar para las tonterías, y había dicho que era tal el nerviosismo de las rebeldes que hasta su propia sombra les causaba sobresalto. Ovejas desesperadas que buscan discretamente un pastor, en palabras de la Roja. Era una espontánea, desde luego, pero aun así, sensata. Tarna estaría de vuelta dentro de poco y podría presentar un informe más detallado. Cosa que tampoco era necesaria. Los planes de Elaida ya estaban funcionando entre las rebeldes; pero ése era su secreto.

—Tarna es de las que están convencidas de que la gente hará lo que es obvio que nunca haría —adujo Alviarin.

¿Había puesto cierto énfasis en el comentario? ¿Era su tono significativo? Elaida decidió hacer caso omiso. Todavía no le quedaba más remedio que pasar por alto muchas cosas de Alviarin, pero pronto llegaría el día en que eso se habría terminado. Muy pronto.

—En cuanto a su ejército, hija, dice que son dos o tres mil hombres como mucho. Si hubiesen contado con más tropas, se habrían asegurado de que las viera para impresionarnos. —Elaida era de la opinión de que las informadoras de los Ajahs exageraban siempre con el propósito de que sus noticias parecieran más valiosas. Sólo podía darse crédito realmente a lo que comunicaran las hermanas. Las Rojas, en cualquier caso. Algunas de ellas—. Pero tampoco me importaría si contaran con veinte mil o cincuenta mil o cien mil. ¿Aún no empiezas a entender el porqué? —Cuando se volvió hacia la Blanca, el semblante de Alviarin era la compostura personificada, una máscara que ocultaba una absoluta ignorancia—. Pareces estar muy versada en todos los aspectos de la ley de la Torre. ¿A qué castigo se enfrentan

las rebeldes?

—Para las cabecillas —respondió lentamente Alviarin—, la neutralización. —Frunció levemente el entrecejo, y el repulgo de la falda ondeó un poco cuando movió los pies. Bien. Hasta las Aceptadas sabían eso, y la Blanca no entendía por qué le hacía tal pregunta—. Y también para muchas de las otras.

—Quizá.

La mayoría de las cabecillas tal vez escaparan a esa suerte si se sometían debidamente. El castigo mínimo establecido por la ley era la flagelación con vara en la Sala de Asambleas, en presencia de todas las hermanas, seguida de, al menos, un año y un día de penitencia pública. Pero no se especificaba que la penitencia hubiera de cumplirse de una vez; un mes ahora, otro mes más adelante, y seguirían expiando su delito dentro de diez años; sería un recordatorio constante de lo que pasaba cuando alguien se le oponía. A algunas se las neutralizaría, naturalmente; entre ellas, Sheriam y unas cuantas de las presuntas Asentadas más prominentes. Pero sólo las suficientes para que las demás tuvieran miedo de dar otro mal paso, y no tantas como para debilitar a la Torre. La Torre Blanca debía ser un pilar sólido, único. Y fuerte. Y sujeto a su firme dirección.

—Sólo uno de los delitos que han cometido es merecedor de la neutralización —manifestó Elaida. Alviarin abrió la boca para objetar. Habían ocurrido rebeliones en el pasado, hechos que se mantenían tan en secreto que sólo unas cuantas hermanas los conocían; en las Crónicas no se mencionaban, y las listas de las que habían sido neutralizadas o ejecutadas se hallaban confinadas en archivos a los que sólo tenían acceso la Amyrlin, la Guardiana y las Asentadas, aparte de las contadas bibliotecarias que los guardaban. Elaida no le dio oportunidad de hablar a la Blanca—. Cualquier mujer que se proclame falsamente Sede Amyrlin debe ser neutralizada. Si hubiesen creído que había alguna oportunidad de salirse con la suya, Sheriam sería su «Amyrlin»; o Lelaine o Carlinya o cualquiera de las otras. —Tarna había informado que Romanda Cassin había salido de su retiro; sin duda Romanda habría agarrado la estola con las dos manos si hubiese visto la más mínima oportunidad—. ¡En lugar de eso, han impuesto a una Aceptada!

Elaida sacudió la cabeza con sorna. Podía recitar, palabra por palabra, la ley que establecía las normas para que una mujer fuese elegida Amyrlin —después de todo, había hecho buen uso de ella— y ni una sola vez se requería que la mujer fuese una hermana de hecho. Debía serlo, obviamente, así que quienes redactaron la ley no lo mencionaron, y las rebeldes habían aprovechado ese pequeño desliz.

—Saben que el suyo es un caso perdido, Alviarin. Su propósito es darse aires y bravuconear en un intento de sacar cierta protección para sí mismas contra el castigo, y después entregar a la muchacha como una víctima propiciatoria. —Lo que era una lástima. La joven al'Vere representaba otro posible lazo que echar al cuello de al'Thor,

además de que cuando hubiese desarrollado plenamente su potencial con el Poder Único habría sido una de las más fuertes en los últimos mil años o más. Una verdadera lástima.

—A mí no me parece una bravuconería lo de Gareth Bryne y una hueste numerosa. Su ejército tardará cinco o seis meses en llegar a Tar Valon. En ese tiempo, el mayor Chubai podría incrementar los efectivos de la Guar…

—Su «ejército» —la interrumpió, mordaz, Elaida. Qué necia era la Blanca; a pesar de ese aire de frialdad, era más cobarde que un conejo. Lo próximo sería ponerse a balbucir sobre las estupideces manifestadas por esa mujer, Sanche, sobre que los Renegados estaban libres. Claro que ella ignoraba el secreto, pero daba igual —. ¡Un ejército de granjeros blandiendo picas, de carniceros manejando arcos y de sastres montados en caballos! ¡Y a cada paso del camino pensando en las Murallas Resplandecientes que mantuvieron a raya al propio Artur Hawkwing! —No, un conejo no. Una comadreja. Sin embargo, antes o después, sería la piel de una comadreja en el cuello de su capa. Quisiera la Luz que ocurriera pronto—. A cada paso del camino perderán un hombre, si no diez. No me sorprendería que nuestras rebeldes aparecieran acompañadas solamente por sus Guardianes.

Demasiada gente estaba enterada de la división de la Torre. Después de que se hubiese aplastado la rebelión, claro está, se podría hacer que todo pareciera una conspiración, quizás un intento de obtener más control por parte del joven al'Thor. Sería un arduo trabajo de años… y de generaciones antes de que quedara olvidado el incidente. Hasta la última rebelde pagaría de rodillas por ello.

Elaida apretó los puños como si tuviera a todas las rebeldes cogidas por el cuello. O a Alviarin.

—Me propongo destrozarlas, hija. Se quebrarán como una sandía podrida. —Su secreto le aseguraba tal cosa, por muchos granjeros, sastres y lord Bryne que aguantaran y siguieran apoyándolas; pero dejaría que la otra mujer pensara lo que quisiera. De repente la Predicción se apoderó de ella, una certeza sobre ciertas cosas que no habría resultado más firme si se las hubiesen puesto delante, sobre su escritorio. Basándose en ella, habría sido capaz de saltar a un precipicio sin reservas —. La Torre Blanca volverá a estar unificada, salvo un resto de hermanas expulsadas y despreciadas. Entera y más fuerte que nunca. Rand al'Thor se presentará ante la Sede Amyrlin y conocerá su ira. La Torre Negra será destruida a sangre y fuego, y las hermanas caminarán por su recinto. Así lo vaticino.

Como le ocurría siempre, la Predicción la dejó temblorosa, jadeante. Se obligó a permanecer quieta y erguida, a respirar lentamente; jamás dejaba que nadie viera debilidad alguna en ella. Pero Alviarin… La Blanca no podía tener los ojos más abiertos, y sus labios seguían separados como si hubiese olvidado lo que iba a decir. Una hoja de papel resbaló del montón que sostenía en las manos y casi se cayó antes

de que la mujer reaccionara y la cogiera. Aquel gesto sirvió para que la Blanca recobrara su habitual compostura. En un visto y no visto volvía a mostrar la máscara de serenidad, un retrato perfecto de la calma de una Aes Sedai; pero, indudablemente, se había llevado una buena sorpresa. Estupendo. Que rumiara la certeza que había mostrado en su victoria. Que rumiara y rechinara los dientes.

Elaida hizo una profunda inhalación y luego volvió a tomar asiento detrás del escritorio; apartó a un lado el pez roto para así no tener que verlo. Era el momento de aprovechar su victoria.

—Hay trabajo que hacer hoy, hija. La primera carta es para lady Caraline Damodred…

Elaida desarrolló sus planes, ampliando datos que Alviarin sabía y revelando otros que ignoraba, porque, a la postre, una Amyrlin tenía que trabajar a través de su Guardiana por mucho que odiara a esa mujer. Le resultó placentero observar los ojos de Alviarin, adivinar que se preguntaba cuánto más no sabía todavía. Pero, mientras Elaida ordenaba, dividía y distribuía el mundo entre el Océano Aricio y la Columna Vertebral del Mundo, en su mente jugueteaba la imagen del joven al'Thor llevado a su presencia como un oso enjaulado al que enseñaría a bailar para entretenerla durante la cena.

Las Crónicas difícilmente podrían reflejar los años de la Última Batalla sin mencionar al Dragón Renacido, pero ella sabía que un nombre destacaría por encima de todos los demás. Elaida do Avriny a'Roihan, hija pequeña de una Casa poco importante del norte de Murandy, pasaría a la historia como la mayor y más poderosa Sede Amyrlin de todos los tiempos. La mujer más importante en la historia del mundo. La mujer que había salvado a la humanidad.

Los Aiel que estaban de pie en un pliegue profundo entre las bajas y agostadas colinas, haciendo caso omiso de las nubes de polvo que arrastraba el viento racheado, parecían estatuas. El hecho de que hubiera debido haber una capa profunda de nieve cubriendo el suelo en esa época del año no los inquietaba; ninguno de ellos había visto nieve en su vida, y el calor reinante, cuando el sol había de recorrer aún un buen trecho para alcanzar su cenit, no era tan intenso como el que hacía en el lugar del que procedían. Su atención permanecía puesta en la elevación meridional, a la espera de la señal que anunciaría la llegada del destino para los Aiel Shaido.

Aparentemente, la actitud de Sevanna era igual que la de los demás, aunque un cerco de Doncellas la diferenciaba del resto; las guerreras llevaban los negros velos subidos hasta los ojos, ocultando sus rostros. Sevanna también esperaba, y con mayor impaciencia de la que dejaba traslucir, pero no por ello excluía todo lo demás. Ésa era una de las razones de que ella mandara y los otros obedecieran. La otra era que veía adónde podía llegarse si uno no dejaba que le ataran las manos costumbres y

tradiciones trasnochadas.

Echó una rápida ojeada a la izquierda, hacia un grupo de doce hombres y una mujer, todos ellos armados con adargas de piel de toro y tres o cuatro lanzas cortas, y vestidos con el *cadin'sor* de tonos pardos que se confundía con el terreno circundante con igual eficacia que en la Tierra de los Tres Pliegues. Efalin, cuyo cabello corto y canoso quedaba oculto bajo el *shoufa* que llevaba enrollado en la cabeza, lanzaba breves miradas en su dirección, de vez en cuando; si podía decirse que una Doncella Lancera estaba nerviosa, ése era el caso de Efalin. Algunas Doncellas Shaido se habían ido al sur para unirse a los necios que bailaban el agua a Rand al'Thor, y a Sevanna no le cabía duda de que las otras hablaban de ello. Efalin debía de estar preguntándose si con proporcionar una escolta de Doncellas a Sevanna, como si antaño hubiera sido *Far Dareis Mai*, bastaría para compensar aquello. Al menos Efalin no albergaba dudas respecto a quién tenía el poder.

Al igual que Efalin, los hombres dirigían asociaciones guerreras Shaido, y se observaban unos a otros al tiempo que vigilaban la elevación. En especial el corpulento Maeric, un *Seia Doon*, y Bendhuin, con una cicatriz en la cara, que pertenecía a los *Far Aldazar Din*. A partir del día siguiente ya nada impediría que los Shaido enviaran un hombre a Rhuidean para que fuese marcado como jefe de clan si sobrevivía a la prueba. Hasta que tal cosa ocurriera, Sevanna actuaría como jefe de clan ya que era la viuda del último jefe. De los últimos dos jefes. Y que aquellos que murmuraban que traía mala suerte que se atragantaran con sus propias palabras.

Los brazaletes de oro y marfil tintinearon suavemente cuando Sevanna se ajustó el oscuro chal sobre los brazos y se colocó los collares. La mayoría de estos últimos también eran de oro y marfil, pero uno de ellos, que había pertenecido a una mujer noble de las tierras húmedas —la misma que ahora vestía la túnica blanca y trabajaba junto con los otros *gai'shain* allá, en las montañas conocidas como Daga del Verdugo de la Humanidad—, consistía en una sarta de perlas y rubíes, con un rubí del tamaño del huevo de una gallina pequeña reposando entre sus senos. Las tierras húmedas ofrecían ricos botines. La esmeralda que adornaba uno de sus dedos reflejó la luz del sol como un fuego verde; llevar anillos era una costumbre de las tierras húmedas que merecía la pena adoptar, por muchas miradas que atrajera el que ella lucía. Obtendría más, si igualaban la magnificencia de ése.

La mayoría de los hombres pensaban que Maeric o Bendhuin serían los primeros que recibirían permiso de las Sabias para intentar salir airosos de Rhuidean. De ese grupo, sólo Efalin sospechaba que ninguno lo llevaría a cabo; la Doncella era lo bastante astuta para manifestar sus sospechas, en tono circunspecto, a Sevanna y a nadie más. Sus mentes eran incapaces de asimilar la posibilidad de librarse de lo establecido; y, a decir verdad, por impaciente que Sevanna estuviera de implantar nuevas costumbres, también era consciente de que debía conducirlos a ello poco a

poco. Eran muchas las cosas que ya habían cambiado desde que los Shaido habían cruzado la Pared del Dragón y entrado en las tierras húmedas —todavía lo eran si se comparaban con la Tierra de los Tres Pliegues—, pero cambiarían muchas más. Una vez que Rand al'Thor estuviese en su poder, después de que ella se hubiese casado con el *Car'a'carn*, el jefe de jefes de los Aiel —esa estupidez del Dragón Renacido sólo eran necedades de las tierras húmedas—, se implantaría una forma nueva para nombrar jefes de clanes, así como jefes de septiares. Tal vez incluso los jefes de las asociaciones guerreras. Sería Rand al'Thor quien los elegiría. Designando a quien ella le dijera, claro está. Y eso sólo sería el comienzo. Luego seguiría, por ejemplo, la costumbre de las tierras húmedas de transmitir el rango a hijos y nietos.

El viento sopló con más fuerza un momento, en dirección sur. Taparía el ruido de los caballos y carretas de los habitantes de las tierras húmedas.

Sevanna volvió a ajustar el chal y reprimió un gesto de impaciencia. Debía mostrarse tranquila costara lo que costara. Una ojeada a la derecha hizo desaparecer su preocupación con la misma rapidez con que había surgido. Más de doscientas Sabias Shaido se encontraban agrupadas allí, y por lo general al menos unas cuantas estarían observándola como buitres, pero ahora todas tenían los ojos clavados en la elevación. Más de una se ajustaba el chal o se alisaba la voluminosa falda con aire inquieto. Los labios de Sevanna se curvaron. En algunos de aquellos rostros brillaba el sudor. ¡El sudor! ¿Dónde estaba su honor, que dejaban traslucir su nerviosismo a la vista de todos?

Todo el mundo rebulló ligeramente cuando un joven *Sovin Nai* apareció en lo alto; mientras descendía presuroso, se bajó el velo negro. Se dirigió directamente hacia ella, como era debido, pero para irritación de la mujer el joven alzó la voz lo bastante para que todos lo oyeran:

—Uno de sus exploradores escapó. Estaba herido, pero seguía montado en su caballo.

Los jefes de las asociaciones empezaron a moverse antes de que el *Sovin Nai* hubiese acabado de hablar. No lo permitiría. Serían ellos quienes dirigirían la batalla actual —Sevanna nunca había hecho uso de una lanza en su vida— pero no dejaría que olvidaran quién era ella.

—Que todas las lanzas los ataquen —ordenó en voz alta—, antes de que tengan tiempo de prepararse.

Los jefes se volvieron como un solo hombre hacia ella.

—¿Todas las lanzas? —demandó Bendhuin, incrédulo—. Querrás decir todas excepto los exploradores…

—Si no dejamos lanzas en reserva, nos pueden… —empezó al mismo tiempo Maeric, iracundo.

Sevanna los interrumpió a los dos.

—¡Todas las lanzas! Es con Aes Sedai con quienes vamos a danzar. ¡Tenemos que superarlas de inmediato!

Efalin y casi todos los otros jefes de asociaciones mantuvieron el gesto impasible, pero Bendhuin y Maeric fruncieron el ceño, dispuestos a discutir. Necios. Se iban a enfrentar a varias docenas de Aes Sedai y unos pocos cientos de soldados de las tierras húmedas y, sin embargo, con los más de cuarenta mil *algai'd'siswai* que habían insistido en llevar a la batalla, todavía querían conservar los exploradores y las lanzas de reserva, como si sus adversarios fueran otros Aiel o un ejército de las tierras húmedas.

—Hablo como jefa de clan de los Shaido. —No tendría que haber dicho tal cosa, pero no venía mal recordárselo—. Son sólo un puñado. —Ahora pronunció cada palabra con desprecio—. Se los puede vencer si las lanzas actúan con rapidez. Cuando salió el sol estabais ansiosos por vengar a Desaine. ¿Es miedo lo que huelo ahora? ¿Miedo de unos pocos habitantes de las tierras húmedas? ¿Es que los Shaido han perdido el honor?

Aquello hizo que sus semblantes se endurecieran hasta el punto de parecer tallados en piedra, como era intención de la mujer. Incluso los ojos de Efalin semejaban gemas grises cuando la mujer se cubrió con el velo; movió los dedos en el lenguaje utilizado por las Doncellas, y, cuando los jefes de asociaciones corrieron hacia la cima de la elevación, las *Far Dareis Mai* que rodeaban a Sevanna fueron en pos de ellos. Aquello último no estaba en sus intenciones, pero al menos las lanzas se habían puesto en movimiento. Incluso desde el fondo de la cañada, Sevanna podía ver el terreno que un momento antes parecía vacío invadido ahora por figuras vestidas con *cadin'sor*, todas apresurándose hacia el sur con las largas zancadas capaces de superar a los caballos. No había tiempo que perder. Recordándose que luego tendría unas palabras con Efalin, Sevanna se volvió hacia las Sabias.

Elegidas entre las Sabias Shaido más fuertes que podían manejar el Poder Único, superaban, en una proporción de seis o siete a uno, a las Aes Sedai que acompañaban a Rand al'Thor, pero a pesar de ello Sevanna percibía dudas en las mujeres. Trataban de disimularlas tras máscaras impasibles, pero estaban allí, en los movimientos de los ojos, en las lenguas que humedecían los labios. Muchas eran las tradiciones que caerían ese día, tradiciones tan antiguas y sólidas como leyes. Las Sabias no tomaban parte en las batallas. Las Sabias evitaban a las Aes Sedai. Conocían las viejas historias: que los Aiel habían sido enviados a la Tierra de los Tres Pliegues por haberles fallado a las Aes Sedai, que serían destruidos si alguna vez volvían a fallarles. Habían oído lo que se contaba, lo que Rand al'Thor había manifestado delante de todos: que, como parte de su servicio a las Aes Sedai, los Aiel habían jurado no recurrir a la violencia jamás.

Hubo un tiempo en que Sevanna había estado segura de que esas historias eran

embustes, pero últimamente creía que las Sabias las consideraban verdaderas. Nadie le había dicho nada, claro. Qué importaba. Ella misma no había realizado los dos viajes a Rhuidean que se requerían para convertirse en Sabia, pero las otras la habían aceptado como tal por muy reacias que se hubiesen mostrado algunas. Ahora no tenían más remedio que seguir aceptando cosas. Tradiciones inútiles darían paso a otras nuevas.

—Las Aes Sedai —musitó. Todas se inclinaron hacia ella en medio de un quedo tintineo de brazaletes y collares para no perderse sus palabras—. Tienen a Rand al'Thor, el *Car'a'carn*. Debemos arrebatárselo. —Alguno que otro ceño se frunció. La mayoría creía que ella quería que se cogiera vivo al *Car'a'carn* para vengar la muerte de Couladin, su segundo esposo. Eso lo entendían, pero no habrían acudido allí por tal motivo—. Las Aes Sedai —dijo con ferocidad—. Mantuvimos nuestra parte del acuerdo, pero ellas lo rompieron. No hemos violado nada, pero ellas han incumplido todo. Ya sabéis cómo fue asesinada Desaine. —Desde luego que lo sabían. Los ojos fijos en ella se tornaron incisivos de repente. Matar a una Sabia era tan reprochable como matar a una mujer embarazada, a un niño o a un herrero. Algunos de aquellos ojos eran muy, muy penetrantes. Los de Therava, los de Rhiale, los de otras—. Si permitimos que esas mujeres escapen sin castigo por ello, entonces es que somos menos que animales, no tendremos honor. Y yo quiero conservar mi honor.

Dicho esto, se recogió el repulgo de la falda con gesto digno y empezó a subir la ladera con la cabeza alta, sin mirar atrás. Estaba segura de que las otras la seguirían. Therava, Norlea y Dailin se encargarían de ello, así como Rhiale, Tion, Meira y las demás que la habían acompañado unos cuantos días atrás para ver cómo las Aes Sedai golpeaban a Rand al'Thor y después lo volvían a meter en el arcón de madera. Su recordatorio había ido dirigido a esas trece más que a las otras, y no se atreverían a dejarla en la estacada. La verdad de cómo había muerto Desaine las ataba a ella.

Las Sabias, con los vuelos de las faldas recogidos sobre los brazos para dejarse libres las piernas, no podían mantener el paso de los *algai'd'siswai* con sus *cadin'sor* por mucho que corrieran, aunque no por ello dejaron de hacerlo. Ocho kilómetros a través de esas colinas onduladas; no era una carrera larga, y llegaron a la cima de la primera a tiempo de ver que la danza de las lanzas ya había comenzado. En cierto modo.

Miles de *algai'd'siswai* conformaban una gran mancha de velos negros y ropas pardas que rodeaba un círculo de carretas de las tierras húmedas, el cual, a su vez, rodeaba una de las pequeñas arboledas que salpicaban esa comarca. Sevanna aspiró aire con ira. Las Aes Sedai habían tenido tiempo hasta para meter todos los caballos dentro del círculo. Las lanzas cercaban las carretas, arremetían contra ellas, lanzaban andanadas de flechas, pero los que estaban en primera línea empujaban contra un muro invisible. Al principio las flechas que ascendían en un gran arco lograban

sobrepasar ese muro, pero después también empezaron a chocar contra algo invisible y a rebotar. Un quedo murmullo se alzó entre las Sabias.

—¿Veis lo que hacen las Aes Sedai? —demandó Sevanna, como si también ella fuese capaz de visualizar el tejido del Poder Único. Quería resoplar con desprecio; las Aes Sedai eran unas necias, con sus cacareados Tres Juramentos. Cuando decidieran finalmente que tenían que utilizar el Poder como arma en lugar de crear con él simples barreras, sería demasiado tarde. Siempre y cuando las Sabias no se quedaran allí plantadas demasiado tiempo, mirando de hito en hito. En algún lugar entre aquellas carretas se encontraba Rand al'Thor, quizá todavía doblado dentro del arcón como un rollo de seda. Esperando a que ella lo cogiera. Si las Aes Sedai no eran capaces de retenerlo, entonces ella lo haría, con la ayuda de las Sabias. Y una promesa.

—Therava, coge a la mitad y ve al oeste. Estáte preparada para atacar al mismo tiempo que yo. Por Desaine y por el *toh* que las Aes Sedai nos deben. Haremos que paguen el *toh* como nadie ha hecho hasta ahora.

Era una bravata absurda hablar de obligar a alguien a cumplir una obligación que ni siquiera conocía; empero, entre los iracundos rezongos de las otras mujeres, Sevanna escuchó otras promesas furiosas de hacer que las Aes Sedai pagaran el *toh*. Sólo aquellas que habían matado a Desaine siguiendo las órdenes de Sevanna guardaron silencio. Los finos labios de Therava se tensaron levemente.

—Se hará como dices, Sevanna —respondió al cabo.

Sevanna dirigió a paso ligero a la mitad de las Sabias hacia el lado este de la batalla, si es que se la podía llamar así. Habría querido seguir en lo alto de cerro, donde tenía buena vista de lo que ocurría —así era como un jefe de clan o un jefe de batalla dirigía la danza de las lanzas— pero en eso no había encontrado apoyo siquiera en Therava o las otras que compartían el secreto de la muerte de Desaine. Las Sabias crearon un fuerte contraste con los *algai'd'siswai* cuando las alineó detrás, con sus blusas de blanco *algode,* las oscuras faldas de lana, los chales, sus brillantes brazaletes y collares y su cabello largo hasta la cintura, sujeto con pañuelos doblados. A pesar de su decisión respecto a que si tenían que tomar parte en la danza de las lanzas estarían con todos y no aparte, en un cerro, Sevanna no creía que aún se hubiesen dado cuenta de que era a ellas a quienes correspondía entablar la verdadera batalla de ese día. A partir del día siguiente, nada volvería a ser igual, y encadenar a Rand al'Thor era la parte más pequeña.

Entre los *algai'd'siswai* que miraban hacia las carretas sólo la estatura diferenciaba hombres de Doncellas. Los velos y los *shoufa* ocultaban cabezas y rostros, y los *cadin'sor* eran muy semejantes, aparte de las variedades de corte que marcaban clan, septiar y asociación. Los que se encontraban en la parte exterior del círculo parecían desconcertados y mascullaban entre ellos mientras esperaban que

ocurriese algo. Habían ido preparados para danzar con los rayos de las Aes Sedai, y ahora se arremolinaban impacientes, demasiado alejados incluso para utilizar los arcos de hueso, que seguían guardados en las fundas de cuero colgadas a la espalda. Si las cosas se desarrollaban como Sevanna quería, no tendrían que esperar mucho.

Puesta en jarras se dirigió a las otras Sabias.

—Las que están a mi derecha echarán abajo lo que las Aes Sedai están haciendo. Las de la izquierda, atacarán. ¡Adelante las lanzas!

Tras gritar la orden, se volvió para contemplar la destrucción de las Aes Sedai que pensaban que sólo tenían que enfrentarse a armas de acero.

No ocurrió nada. Delante de ella, la multitud de *algai'd'siswai* rebulló con inquietud; el sonido más fuerte que se oía era el esporádico golpeteo de las lanzas sobre las adargas. Sevanna dio rienda suelta a su ira. No le había cabido la menor duda de que las Sabias estaban dispuestas a luchar después de haber visto el cuerpo destrozado de Desaine; pero, si todavía consideraban inconcebible atacar a las Aes Sedai, las empujaría a hacerlo aunque para ello tuviera que avergonzarlas hasta que exigieran ponerse la ropa blanca de los *gai'shain*.

De repente, una bola de fuego del tamaño de la cabeza de un hombre surcó el aire hacia las carretas, siseando y chisporroteando; la siguió otra, y otra, docenas de ellas. El nudo que tenía Sevanna en el estómago desapareció. Llegaron más bolas del oeste, de la posición de Therava y su grupo. Empezó a salir humo de las carretas incendiadas, al principio finos jirones grises que después se tornaron densas columnas negras; los murmullos de los *algai'd'siswai* cambiaron de tono, y, aunque los que estaban a unos pasos de Sevanna apenas adelantaron terreno, sí se produjo un repentino apremio por empujar hacia adelante. De las carretas llegaban gritos, hombres aullando de rabia, chillando de dolor. Fueran cuales fueran las barreras que las Aes Sedai habían levantado, se habían venido abajo. Había comenzado, y sólo podía haber un final: Rand al'Thor sería suyo. Él le entregaría a los Aiel para conquistar todas las tierras húmedas, y antes de que muriera también le daría hijas e hijos para que dirigieran a los Aiel después de ella. Disfrutaría con eso; era bastante guapo, en realidad, además de fuerte y joven.

No esperaba que las Aes Sedai agacharan la testuz fácilmente; y no lo hicieron. Sobre las lanzas cayeron bolas de fuego que convirtieron en antorchas las figuras vestidas con *cadin'sor*, y del cielo despejado cayeron rayos que lanzaron por el aire hombres y tierra. Las Sabias aprendían de lo que veían, sin embargo, o quizá ya sabían cómo hacerlo pero no se habían decidido a hacer uso de esos conocimientos antes; la mayoría encauzaba en contadas ocasiones y sólo cuando nadie excepto otras Sabias las veían, de manera que sólo ellas conocían sus habilidades. Fuera por la razón que fuese, tan pronto como los rayos empezaron a caer sobre las lanzas Shaido, otros hicieron lo mismo sobre las carretas.

No todos alcanzaban el blanco. Tanto las bolas de fuego que surcaban el aire ahora, algunas tan grandes como caballos, como los plateados rayos que se descargaban sobre el suelo cual lanzas del cielo, de vez en cuando se desviaban como si hubiesen golpeado un escudo invisible o estallaban violentamente antes de haber alcanzado su blanco o simplemente se desvanecían, sin más. El estruendo de impactos y golpes retumbaba en el aire, entremezclado con gritos y aullidos. Sevanna alzó la vista al cielo y contempló el espectáculo con regocijo. Era como los fuegos artificiales de los Iluminadores de los que había oído hablar.

De repente el mundo se tornó blanco ante sus ojos, y la mujer tuvo la sensación de estar flotando. Cuando recuperó la vista, se encontró tendida en el suelo a una docena de pasos de donde se hallaba antes; le dolía todo el cuerpo, le costaba trabajo respirar y estaba cubierta con tierra suelta. Tenía el pelo de punta, tan erizado que parecía querer desprenderse de las raíces. Otras Sabias yacían también en el suelo, alrededor de un agujero irregular de un metro de diámetro más o menos; de las ropas de algunas Sabias salían finos hilillos de humo. No todas habían caído —la batalla de fuego y rayos proseguía en el cielo— pero sí demasiadas. Tenía que hacerlas volver a la danza.

Se obligó a respirar y se incorporó torpemente, sin molestarse en sacudirse la tierra de las ropas.

—¡Adelante, lanzas! —gritó.

Aferró a Estalaine por los huesudos hombros y empezó a incorporar a la mujer, pero entonces reparó en la mirada fija de sus azules ojos y comprendió que estaba muerta, de modo que la dejó caer. Levantó a la aturdida Dorailla y a continuación recogió una lanza de un Hijo del Relámpago muerto.

—¡Adelante las lanzas! —gritó mientras agitaba en alto la que empuñaba.

Algunas de las Sabias siguieron su orden al pie de la letra y se precipitaron en medio de la masa de *algai'd'siswai*. Otras mantuvieron mejor la calma y ayudaron a las que podían incorporarse. El despliegue de fuego y rayos continuó mientras Sevanna recorría la línea de Sabias de un extremo a otro al tiempo que bramaba y sacudía la lanza.

—¡Lanzas, atacad! ¡Adelante las lanzas!

Tenía unas ganas locas de echarse a reír, y lo hizo. Cubierta de tierra de pies a cabeza en medio de una batalla encarnizada, jamás se había sentido tan exultante como en ese momento. Casi deseó haber escogido ser una Doncella Lancera. Casi. Tan imposible era que una *Far Dareis Mai* se convirtiese en jefa de clan como que un hombre fuera Sabia; el camino de una Doncella hacia el poder era renunciar a la lanza y hacerse Sabia. Como esposa de un jefe de clan, Sevanna ya ejercía poder a una edad en la que una Doncella apenas si había empezado a empuñar la lanza o en la que todo lo más que se confiaba a una aprendiza de Sabia era recoger agua. Y ahora tenía

todo el poder en sus manos, como Sabia y como jefa de clan, aunque todavía no era cosa fácil ostentar realmente ese último título. Poco importaban los títulos, siempre y cuando tuviera el poder, pero ¿por qué no poseer los dos?

Un repentino grito hizo que se diera media vuelta, y Sevanna se quedó boquiabierta al ver a un peludo lobo gris desgarrando la garganta de Dosera. Sin pensarlo, hincó la lanza en el costado del animal. Mientras éste se revolvía para partir de un mordisco el astil del arma, otro lobo enorme pasó veloz junto a ella y se arrojó contra la espalda de uno de los *algai'd'siswai*, y a ése lo siguió otro más, y muchos, que asestaban dentelladas a las figuras vestidas con *cadin'sor* allí donde mirara.

El miedo supersticioso penetró en ella como una lanza al tiempo que extraía la suya del cuerpo del lobo. Las Aes Sedai habían emplazado a las bestias para que lucharan en su lugar. Sevanna era incapaz de apartar los ojos del lobo que había matado. Las Aes Sedai habían… No. ¡No! Eso no cambiaría nada. Ella no lo permitiría.

Finalmente logró retirar la vista del animal; pero, antes de que tuviese tiempo de pronunciar gritos de ánimo a las Sabias, otra cosa atrajo su mirada y la dejó muda de nuevo: en medio de los *algai'd'siswai* había aparecido un grupo de jinetes de las tierras húmedas, con yelmos rojos y petos metálicos, que blandían espadas y lanzas largas. ¿De dónde habían salido? No fue consciente de haber planteado la pregunta en voz alta hasta que Rhiale la contestó.

—Intenté decírtelo, Sevanna, pero no quisiste escuchar.

La mujer de cabello rojo como el fuego dirigió una mirada de asco a la lanza ensangrentada que sostenía en la mano; se suponía que una Sabia no tocaba las lanzas. Con un gesto ostentoso, Sevanna la apoyó en el doblez del brazo, del modo que había visto que hacían los jefes.

—Hombres de las tierras húmedas han atacado desde el sur —prosiguió Rhiale—. Y los acompañan *siswai'aman*. —Pronunció el término con todo el desdén que merecían aquellos que se hacían llamar «las lanzas del Dragón»—. También hay Doncellas. Y… Y hay Sabias.

—¿Combatiendo? —inquirió Sevanna con incredulidad antes de reparar en lo absurdo que resultaba su extrañeza. Si ella podía dejar a un lado costumbres inútiles, sin duda esos ofuscados necios del sur que todavía se llamaban Aiel también podían hacerlo. Sin embargo, no se lo esperaba. A buen seguro Sorilea era la responsable; esa vieja le recordaba a Sevanna un alud desplomándose montaña abajo y arrollando todo a su paso—. Debemos atacarlas de inmediato. No se apoderarán de Rand al'Thor. Ni echarán por tierra nuestra venganza por Desaine —añadió cuando Rhiale abrió los ojos desmesuradamente.

—Son Sabias —adujo la otra mujer en tono inexpresivo.

Sevanna entendió, aunque le resultó más amargo que el acíbar. Sumarse a la

danza de las lanzas ya era bastante malo, pero que Sabias lucharan contra Sabias era más de lo que incluso Rhiale aceptaría. Había estado de acuerdo en que Desaine debía morir; ¿de qué otro modo si no habrían conseguido que las demás Sabias, por no mencionar a los *algai'd'siswai*, accedieran a luchar contra Aes Sedai, cosa que era inevitable para tener en sus manos a Rand al'Thor, y con él a todos los Aiel? Empero, se había llevado a cabo en secreto, rodeada por mujeres de su mismo parecer. Lo que ahora pedía Sevanna habría que hacerlo a la vista de todos. ¡Qué estúpidas, qué cobardes eran todas!

—En tal caso, lucha contra los enemigos que te permitan tus escrúpulos, Rhiale. —Pronunció cada palabra con todo el desprecio que fue capaz, pero Rhiale se limitó a asentir, tras lo cual se ajustó el chal de nuevo, lanzó otra mirada a la lanza apoyada en el brazo de Sevanna y regresó a su sitio en la línea.

Quizás habría un modo de hacer que las otras Sabias tomaran la iniciativa. Lo mejor era atacar por sorpresa, pero cualquier cosa sería preferible a que le arrebataran a Rand al'Thor. Lo que daría por una mujer que encauzara e hiciera lo que le mandaba sin ponerle trabas. Lo que daría por encontrarse en lo alto de un monte, donde podría ver cómo marchaba la batalla.

Manteniendo aprestada la lanza y sin quitar ojo a los lobos —los que tenía a la vista estaban matando hombres y mujeres vestidos con *cadin'sor* o yacían muertos— se volvió para lanzar gritos de ánimo. Al sur había aumentado el número de bolas de fuego y rayos que caían sobre los Shaido, pero por lo que podía apreciar no influía gran cosa en la contienda. La batalla, con sus explosiones de llamas, tierra y gente, seguía siendo encarnizada.

—¡Adelante, lanzas! —gritó mientras blandía la suya en alto—. ¡Adelante!

Entre la apelotonada multitud de *algai'd'siswai* no conseguía distinguir a los necios que se habían atado un trozo de tela roja en torno a las sienes y que se hacían llamar *siswai'aman*. Tal vez eran muy pocos para cambiar el curso de los acontecimientos. Los grupos de hombres de las tierras húmedas parecían haberse reducido y estar más distantes entre sí. Mientras observaba, uno de esos grupos, hombres y caballos, desapareció bajo la arremetida de lanzas.

—¡Adelante, lanzas! —la exaltación rebosaba en su voz. Aunque las Aes Sedai hubiesen convocado mil lobos, aunque Sorilea hubiese llevado consigo un millar de Sabias y cien mil lanzas, los Shaido seguirían saliendo victoriosos en ese día. Los Shaido y ella. Sevanna, de los Shaido Jumai, sería un nombre que se recordaría siempre.

De repente un violento estampido resonó por encima del fragor de la batalla. Parecía venir de las carretas de las Aes Sedai, pero no supo discernir si había sido obra de ellos mismos o de las Sabias. No le gustaban las cosas que no entendía, pero tampoco estaba dispuesta a preguntar a Rhiale o a las otras, dejando con ello patente

su ignorancia… y el hecho de que carecía de la habilidad que todas las que estaban a su alrededor poseían. No era algo que tuviera importancia entre los Aiel, pero otra cosa que no le gustaba a Sevanna era que otros tuviesen un poder que a ella le faltaba.

Por el rabillo del ojo captó un destello de luz entre los *algai'd'siswai*, una sensación de que algo giraba; pero, cuando se volvió hacia allí para mirar, no había nada. De nuevo ocurrió lo mismo, un fugaz destello luminoso en su límite visual, y también en esta ocasión, cuando volvió los ojos en esa dirección, no vio nada. Demasiadas cosas que no entendía.

Sin dejar de lanzar gritos de ánimo, observó la línea de Sabias Shaido. Algunas tenían un aspecto desaliñado, con el cabello suelto al haber perdido el pañuelo que lo sujetaba, y las faldas y las blusas cubiertas de tierra o incluso chamuscadas. Al menos había doce tendidas en fila, gimiendo, y otras siete no se movían; éstas tenían cubiertos los rostros con pañuelos. Sin embargo, las que le interesaban a Sevanna eran aquellas que seguían en pie. Estaban Rhiale, y Alarys, con su negro cabello, tan poco corriente, todo revuelto. Y Someryn, que había cogido por costumbre atarse los lazos de la blusa de modo que enseñaba una porción del escote incluso más generosa que la propia Sevanna; y Meira, con una expresión más adusta que nunca en su alargada cara. La fornida Tion y la delgada Belinde, y Modarra, tan alta como muchos hombres.

Alguna de ellas tendría que haberle informado si hacían algo nuevo. El secreto de Desaine las ataba a ella; incluso para una Sabia, la revelación de ese delito desembocaría en una vida de sufrimiento —y, lo que era peor, de vergüenza— para saldar el *toh*. Eso si a la que fuera descubierta no la abandonaban desnuda en el desierto para que viviera como pudiese o muriera, probablemente a manos de cualquiera que la encontrara, como si se tratara de una alimaña. A pesar del fuerte vínculo que las unía, Sevanna no tenía duda alguna de que disfrutaban tanto como las demás ocultándole cosas, esas que las Sabias descubrían durante su aprendizaje y en los viajes a Rhuidean. Tenía que hacer algo al respecto, pero no ahora. No estaba dispuesta a mostrar debilidad alguna preguntando lo que ellas sabían.

Se volvió hacia la batalla y se encontró con que había ocurrido un cambio en el combate, hasta entonces equilibrado; al parecer, se inclinaba a su favor. Al sur, las andanadas de bolas de fuego y rayos seguían siendo tan intensas como antes, pero no así delante de ella y aparentemente tampoco en el oeste ni en el norte. Los proyectiles lanzados contra las carretas todavía estallaban o desaparecían antes de llegar a su objetivo la más de las veces; no obstante, era obvio que los ataques de las Aes Sedai se habían reducido. Ahora actuaban a la defensiva. ¡Estaba venciendo!

La idea no había terminado de penetrar en su mente como un fogonazo, cuando la actividad de las Aes Sedai cesó por completo. Sólo al sur seguían lloviendo bolas de fuego y rayos sobre los *algai'd'siswai*. Sevanna abrió la boca para lanzar el grito de

victoria, pero algo en lo que reparó entonces la hizo enmudecer: el fuego y los rayos que se precipitaban sobre las carretas chocaban contra una barrera invisible. El humo de los vehículos incendiados empezaba a perfilar el contorno de una cúpula a medida que ascendía para, finalmente, salir por un hueco en el ápice del invisible recinto.

Sevanna giró sobre sus talones para mirar a las Sabias; la expresión de su rostro hizo que algunas recularan para alejarse de ella y tal vez de la lanza que empuñaba. Sabía que parecía dispuesta a utilizarla; y lo estaba.

—¿Por qué habéis dejado que hagan eso? —bramó—. ¿Por qué? ¡Teníais que desbaratar cualquier cosa que intentaran, no permitirles que levantaran otra barrera!

Tion parecía estar a punto de vomitar, pero plantó los puños en las opulentas caderas y le hizo frente.

—No han sido las Aes Sedai —manifestó.

—¿Que no han sido ellas? —barbotó Sevanna—. Entonces ¿quién? ¿Las otras Sabias? ¡Os dije que debíamos atacarlas!

—No fueron mujeres —intervino Rhiale, cuya voz flaqueó—. No fueron… —tragó saliva, pálida como un muerto.

Sevanna se volvió despacio para contemplar la cúpula, conteniendo la respiración. Algo había sido alzado por el agujero por el que salía el humo: una de las banderas de los hombres de las tierras húmedas. La columna de humo no era tan densa para ocultarla del todo. Carmesí, con un disco mitad blanco y mitad negro, los dos colores divididos en el centro por una línea sinuosa, igual a las bandas que llevaban en la frente los *siswai'aman*. El estandarte de Rand al'Thor. ¿De verdad era tan fuerte como para liberarse, superar a todas las Aes Sedai y hacer ondear aquello? No cabía otra explicación.

Los ataques seguían precipitándose sobre la cúpula, pero Sevanna escuchó murmullos a su espalda. Las otras mujeres estaban planteándose la retirada. Ella no. Siempre había sabido que el camino más fácil para alcanzar el poder residía en conquistar a los hombres que ya lo poseían, e incluso de niña se daba cuenta de que había nacido con las armas apropiadas para conquistarlos. Suladric, el jefe de clan de los Shaido, se le había rendido cuando ella sólo tenía dieciséis años, y a su muerte Sevanna había elegido aquellos que tenían más posibilidades de sucederle en el cargo. Muradin —y lo mismo Couladin— había creído que sólo él había despertado su interés, y cuando el primero no regresó de Rhuidean, como les ocurría a tantos hombres, una sonrisa bastó para convencer a Couladin de que la tenía rendida a sus pies. Sin embargo, el poder de un jefe de clan era nimio comparado con el del *Car'a'carn*, e incluso ése no era nada comparado con lo que estaba presenciando ahora. Se estremeció como si acabase de entrar en la tienda de vapor y hubiese visto al hombre más maravilloso que imaginarse pueda. Cuando Rand al'Thor fuera suyo, ella conquistaría el mundo entero.

—Cargad con más fuerza —ordenó—. ¡Más! ¡Humillaremos a esas Aes Sedai en nombre de Desaine! —Y ella tendría a Rand al'Thor.

De repente se alzó un clamor en el frente de la batalla; los hombres aullaban y chillaban. Sevanna maldijo por no poder ver lo que ocurría. De nuevo gritó a las Sabias para que arreciaran sus ataques, pero, si acaso, la lluvia de fuego y rayos sobre la cúpula pareció disminuir. Y entonces ocurrió algo que Sevanna sí pudo ver con toda claridad.

Cerca de las carretas, figuras vestidas con *cadin'sor* y grandes pegotes de tierra saltaron en el aire en medio de un estruendo ensordecedor; y no sólo en un punto concreto, sino en un amplio trecho del frente. El suelo explotó de nuevo, y otra, y otra vez, en cada ocasión un poco más lejos del grupo de carretas, y no en línea, sino que hombres y Doncellas saltaban en el aire en un compacto círculo de tierra que sin duda abarcaba todo el contorno de la cúpula. Una, otra y otra vez, sin dejar de expandirse, y, de pronto, los *algai'd'siswai* dieron media vuelta y pasaron junto a ella, empujándose, arrollando la línea de Sabias, en una desbandada general.

Sevanna los golpeó con la lanza, azotando cabezas y hombros, sin que le importara que la punta del arma estuviera más roja cada vez que la blandía.

—¡Deteneos y luchad! ¡Resistid, por el honor de los Shaido! —Siguieron pasando a todo correr sin prestarle atención—. ¡No tenéis honor! ¡Paraos y luchad!

Atravesó con la lanza a una Doncella por la espalda, pero los demás se limitaron a pasar sobre la mujer caída. En ese momento Sevanna advirtió que algunas de las Sabias se habían marchado mientras que otras cogían a las heridas que estaban tendidas en el suelo. Rhiale se dio media vuelta, dispuesta a huir, y Sevanna cogió por el brazo a la mujer al tiempo que la amenazaba con la lanza. Le importaba poco que Rhiale pudiese encauzar.

—¡Debemos resistir! ¡Todavía podemos hacernos con él!

El semblante de la otra mujer era una máscara de terror.

—¡Si nos quedamos, moriremos! ¡O acabaremos encadenadas a la tienda de Rand al'Thor! Quédate y muere si es lo que quieres, Sevanna. ¡Pero yo no soy un Soldado de Piedra! —Se soltó de un tirón y corrió hacia el este.

Durante unos segundos más Sevanna siguió plantada en el mismo sitio, dejando que hombres y Doncellas la empujaran de un lado para otro en su afán de huir, ciegos de pánico. Entonces tiró la lanza y tanteó en su bolsita del cinturón, donde guardaba un pequeño cubo de piedra con intrincados dibujos. Menos mal que no se había decidido a deshacerse de él. Todavía le quedaba una cuerda a su arco. Se recogió los vuelos de la falda para que no le estorbara y se unió a la caótica desbandada, pero si todos los demás huían presas del terror, ella barajaba planes mientras corría. Tendría a Rand al'Thor de rodillas ante ella. Y también a las Aes Sedai.

Alviarin abandonó finalmente el despacho de Elaida, en apariencia tan fría y dueña de sí como siempre. Por dentro se sentía exprimida como una bayeta escurrida. Se las ingenió para que las piernas la sostuvieran mientras descendía los largos tramos de escalera, que era de mármol incluso en los pisos altos. Sirvientes uniformados le hacían reverencias cuando pasaban junto a ella presurosos, de camino a sus quehaceres, sin advertir en la Guardiana nada más que la serenidad propia de una Aes Sedai. A medida que llegaba a pisos inferiores empezaron a aparecer hermanas; muchas de ellas llevaban los chales puestos, con los flecos de los colores correspondientes a sus respectivos Ajahs, como si quisieran hacer hincapié en que eran hermanas de hecho. La miraban al pasar a su lado con expresiones inquietas las más de las veces. La única que hizo caso omiso de ella fue Danelle, una distraída Marrón. Había tomado parte en la destitución de Siuan Sanche y en la ascensión de Elaida a la Sede Amyrlin; pero, al estar siempre absorta en sus pensamientos y siendo una solitaria que no tenía amigas ni en su propio Ajah, parecía no darse cuenta de que la habían relegado. Todo lo contrario que otras. Berisha, una esbelta Gris de mirada dura, y Kera, con el rubio cabello y los azules ojos que eran rasgos muy habituales en los tearianos y toda la arrogancia tan común en las Verdes, llegaron incluso a hacerle una reverencia. Norine Dovarna, una Blanca de grandes ojos, a veces casi tan despistada como Danelle y —al igual que la Marrón— sin amigas, pareció que iba a hacerlo, pero luego cambió de opinión; estaba resentida con Alviarin, ya que en su opinión, si la Guardiana debía venir de las Blancas, habría tenido que ser ella la que ocupase el puesto.

La reverencia a la Guardiana no era obligatoria para una hermana, pero sin duda esperaban que ella intercediera ante Elaida si llegaba el caso. Las demás simplemente se preguntaron qué órdenes le habrían encomendado, y si alguna otra hermana recibiría una reprimenda ese día por algo que, en opinión de la Amyrlin, era un fallo. Ni siquiera las Rojas se acercaban a menos de cinco pisos de donde se encontraban los nuevos aposentos de la Amyrlin a menos que las mandara llamar, y, de hecho, más de una hermana se escabullía cuando Elaida bajaba a los pisos inferiores. El propio aire parecía enrarecido, cargado con un miedo que no tenía nada que ver con las rebeldes o los hombres que encauzaban.

Varias hermanas intentaron hablarle, pero Alviarin pasó de largo, casi con descortesía, sin apenas reparar en la preocupación que afloraba a sus ojos cuando veían que no se paraba. Elaida ocupaba sus pensamientos tanto como los de ellas. Una mujer con muchas capas, esa Elaida. A primera vista, parecía una mujer hermosa, reservada y digna; al mirarla por segunda vez, se veía una mujer de hierro, tan severa como una espada desenvainada. Se imponía donde otras persuadían, coaccionaba donde otras utilizaban la diplomacia o el Juego de las Casas. Cualquiera que la conociese se daba cuenta de su inteligencia, pero sólo después de un tiempo se

advertía que a pesar de todo su intelecto veía sólo lo que quería ver, trataba de hacer verdad lo que quería que fuera verdad. De sus dos rasgos indiscutiblemente atemorizadores, el menor era que se salía con la suya muy a menudo. El más importante era su don para el Talento de la Predicción.

Resultaba fácil olvidar este último, ya que era imprevisible e infrecuente; había pasado tanto tiempo desde su última Predicción que esa condición de imprevisible conseguía que resultara tan impactante como la descarga de un rayo. Nadie sabía cuándo ocurriría, ni siquiera Elaida, y tampoco lo que revelaría. Alviarin casi podía sentir la vaga presencia de la mujer siguiéndola, vigilante.

Quizá fuera necesario matarla, después de todo. En tal caso, no sería la primera persona con la que había acabado sin que nadie lo supiera. Aun así, no se decidía a dar ese paso sin tener órdenes o, al menos, permiso para hacerlo.

Entró en sus aposentos con una sensación de alivio, como si la sombra de Elaida no pudiera cruzar el umbral. Una idea estúpida. Si Elaida sospechara la verdad, ni siquiera mil leguas de distancia bastarían para impedir que se lanzara a la yugular de Alviarin. Elaida esperaba que trabajara duro, escribiendo personalmente órdenes para estampar en ellas la firma y el sello de la Amyrlin; sin embargo, todavía debía decidirse cuáles de esas órdenes se llevarían a cabo. Y eso no dependía de Elaida. Ni tampoco de ella.

Las habitaciones eran más pequeñas que las que ocupaba Elaida, aunque los techos eran más altos y contaba con un balcón que se asomaba treinta metros por encima de la gran plaza que había a los pies de la Torre. A veces salía a ese balcón para contemplar Tar Valon, la ciudad más grandiosa del mundo, habitada por incontables miles de almas que significaban menos que las piezas de un tablero de juego. Los muebles eran de manufactura domani, de madera clara veteada con incrustaciones de nácar y ámbar; las alfombras mostraban dibujos de flores y volutas de vivos colores, y aún más vivos eran los de los tapices en los que se representaban bosques, flores y ciervos pastando. Tanto el mobiliario como los objetos de decoración habían pertenecido a la anterior ocupante de estos aposentos, y si los conservaba por otra razón aparte de no perder tiempo en elegir otros nuevos, era para no olvidar el precio del fracaso. Leane Sharif se había enredado en maquinaciones y había fallado, y ahora estaba aislada del Poder Único para siempre, convertida en una indefensa refugiada que vivía de la caridad, condenada a una vida de miseria hasta que ella misma le pusiese fin o simplemente se dejara morir. A Alviarin le habían contado que unas pocas mujeres neutralizadas se las habían ingeniado para sobrevivir, pero no lo creería hasta que viese una. Tampoco es que tuviese el menor deseo de verla.

A través de las ventanas entraba la intensa claridad de primera hora de la tarde; no obstante, antes de que hubiese llegado al centro de la sala de estar, la luz menguó

hasta parecer que la noche estaba próxima. Esa oscuridad no la sorprendió. Se volvió y cayó de hinojos de inmediato.

—Insigne Señora, vivo para servir.

Una mujer alta de oscuras sombras y luz plateada se hallaba ante ella. Mesaana.

—Cuéntame qué ha pasado, pequeña. —La voz semejaba un toque de campanillas.

Todavía postrada de rodillas, Alviarin repitió palabra por palabra lo que Elaida había dicho, aunque se preguntó por qué era necesaria tanta meticulosidad. Al principio había pasado por alto fragmentos sin importancia, y Mesaana se dio cuenta en cada ocasión y exigió que le contara cada palabra, cada gesto y expresión. Obviamente escuchaba a escondidas esas reuniones. Alviarin había intentado encontrar la lógica de tal exigencia y no lo había conseguido. Otras cosas, sin embargo, sí la tenían.

Había conocido a otros de los Elegidos, a quienes los necios llamaban los Renegados. Lanfear había entrado en la Torre, así como Graendal, imperiosas con su fuerza y sus conocimientos, y habían dejado muy claro, sin necesidad de palabras, que Alviarin estaba muy por debajo de ellas, una criada para realizar tareas y reír de placer cuando recibía una palabra amable. Be'lal se la había llevado en mitad de la noche, mientras dormía, a un lugar que todavía ignoraba Alviarin; había despertado en su propio lecho y eso la había aterrorizado más aún que estar en presencia de un hombre capaz de encauzar. Para él era menos que un gusano, ni siquiera una criatura viva, sólo una pieza del tablero de juego que podía mover a su antojo. El primero había sido Ishamael, años antes que los demás, para sacarla de la masa anónima del Ajah Negro y colocarla a su cabeza.

Se había arrodillado delante de todos ellos y había dicho que vivía para servirlos; y lo había dicho de verdad: obedecer sus órdenes, fueran las que fueran. Después de todo, estaban sólo un peldaño por debajo del Gran Señor de la Oscuridad, y si quería alcanzar la recompensa por su servicio, la inmortalidad que aparentemente ellos ya poseían, debía obedecer. Se arrodilló ante todos ellos, y sólo Mesaana se le había presentado con una apariencia inhumana. Ese manto de oscuridad y luz debía de estar tejido con el Poder Único, mas Alviarin era incapaz de ver la urdimbre. Había percibido la fuerza de Lanfear y de Graendal, había sabido desde el primer instante que eran muchísimo más poderosas en el Poder que ella, pero en Mesaana… no percibía nada. Era como si la mujer fuese incapaz de encauzar ni poco ni mucho.

La explicación lógica era evidente y conmocionante: Mesaana se ocultaba porque podría reconocerla. Debía de residir en la propia Torre. A juzgar por las apariencias, tal cosa parecía imposible, y sin embargo no cabía otra explicación. Siendo así, tenía que ser una de las hermanas porque, naturalmente, no iba a ser una de las sirvientas, obligada a realizar trabajos duros y a sudar. Pero ¿quién? Eran muchas, demasiadas,

las mujeres que habían permanecido lejos de la Torre durante años antes de que Elaida las convocara; demasiadas las que no tenían amigas íntimas o ninguna en absoluto. Mesaana debía de ser una de ésas. Alviarin ansiaba saberlo. Aunque no pudiera hacer uso de ello, el conocimiento era poder.

—Así que nuestra Elaida posee el don de la Predicción —comentó Mesaana, y Alviarin cayó en la cuenta, no sin cierto sobresalto, de que había llegado al final de su explicación. Le dolían las rodillas, pero sabía que no debía levantarse sin permiso. Un dedo de sombras golpeó suavemente unos labios plateados en un gesto pensativo. ¿Había visto a alguna hermana hacer eso?—. Qué curioso que sea tan concisa y tan imprevisible al mismo tiempo—. Siempre fue un Talento poco corriente, y la mayoría de las que lo poseían hablaban en unos términos que sólo los poetas podían entender. Generalmente hasta que ya era demasiado tarde para que tuviese importancia, en cualquier caso. Entonces todo quedaba claro como el agua. —Alviarin guardó silencio. Ninguno de los Elegidos conversaba; ordenaban o exigían—. Unas predicciones interesantes, ésas. ¿Las rebeldes quebrándose como… una sandía podrida? ¿Eso también era parte de la Predicción?

—No lo sé con certeza, Insigne Señora —respondió lentamente. ¿Lo habría sido? Mesaana se limitó a encogerse de hombros.

—Tal vez lo sea o tal vez no, pero en ambos casos puede ser de utilidad.

—Es peligrosa, Insigne Señora. Su Talento podría revelar cosas que no deberían saberse.

Una risa cristalina respondió a su comentario.

—¿Como qué? ¿Descubrirte a ti?, ¿a tus hermanas del Ajah Negro? ¿O acaso piensas en mi seguridad? A veces eres una buena chica, pequeña. —Aquella voz plateada sonaba divertida y Alviarin sintió que sus mejillas enrojecían y confió en que Mesaana interpretara ese sonrojo como vergüenza, no causado por la ira—. ¿Sugieres acaso que habría que librarse de nuestra Elaida, pequeña? Todavía no, creo. Aún se la puede utilizar. Al menos hasta que el joven al'Thor llegue aquí y seguramente también después. Escribe sus órdenes y ocúpate de que se cumplan. Verla enredada en sus pequeños juegos resulta ciertamente divertido. Vosotras, pequeñas, casi igualáis el ajah en ocasiones. ¿Tendrá éxito en conseguir que el rey de Illian y la reina de Saldaea sean raptados? Vosotras, las «Aes Sedai», solíais hacer eso, ¿verdad? Aunque no desde hace… ¿cuánto? ¿Dos mil años? ¿A quién querrá sentar en el trono de Cairhien? ¿La oferta de ser rey de Tear bastará para que el Gran Señor Darlin olvide su desagrado por las Aes Sedai? ¿O tal vez nuestra Elaida se ahogue en su propia frustración antes? Lástima que se resistiera a la idea de crear un ejército mayor. Habría jurado que, con su ambición, estaría más que dispuesta a aprovechar esa sugerencia.

La entrevista estaba llegando a su fin —nunca duraban más del tiempo necesario

para que Alviarin presentara su informe y recibiera órdenes—, pero todavía le quedaba pendiente una pregunta.

—Respecto a la Torre Negra, Insigne Señora…

Alviarin se humedeció los labios. Había descubierto muchas cosas desde que Ishamael se le había aparecido. Una de ellas, y no la menos importante, era que los Elegidos distaban de ser omnipotentes y omniscientes. Si ella había ascendido era porque Ishamael había matado a su predecesora en un ataque de ira cuando descubrió lo que Jarna Malari había empezado, pero no había terminado al cabo de dos años, al acaecer la muerte de otra Amyrlin. A menudo se preguntaba si Elaida habría tenido algo que ver en la muerte de esa última, Sierin Vayu; el Ajah Negro no, desde luego. Jarna había exprimido a Tamra Ospenya, la Amyrlin que precedió a Sierin, como a un racimo de uvas —aunque resultó que no le sacó mucho jugo— y arregló las cosas para que pareciese que había fallecido mientras dormía. Pero Alviarin y las otras doce hermanas del Gran Consejo lo habían pagado con gran sufrimiento hasta que convencieron a Ishamael de que no eran responsables de ello. Los Elegidos no eran todopoderosos ni omnisapientes, pero en ocasiones sabían lo que los demás ignoraban. Sin embargo, preguntar podía ser peligroso. Y lo más peligroso inquirir «¿por qué?»; a los Elegidos no les gustaba responder al «porqué» de nada.

—¿Es seguro enviar cincuenta hermanas para que se encarguen de ellos, Insigne Señora?

Unos ojos relucientes como lunas llenas la contemplaron con fijeza, en silencio, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Alviarin. La suerte corrida por Jarna surgió como un destello en su mente. Una Gris oficialmente, Jarna nunca había mostrado el menor interés por los *ter'angreal*, cuyo uso era desconocido… hasta el día en que se quedó atrapada en uno que no se había estudiado ni probado desde hacía siglos. El modo de activarlo seguía siendo un misterio en la actualidad. Durante diez días nadie pudo llegar a ella, sólo escuchar sus aullidos desgarradores. La mayoría de la Torre consideraba a Jarna una hermana modélica; cuando se celebró el sepelio de lo que pudo recuperarse de ella, todas las hermanas presentes en Tar Valon así como las que pudieron llegar a tiempo a la ciudad asistieron al funeral.

—Tienes curiosidad, pequeña —dijo finalmente Mesaana—. Eso puede ser positivo si se encarrila debidamente. Mal orientado… —La amenaza quedó cernida en el aire como una brillante daga.

—Lo encauzaré como vos ordenéis, Insigne Señora —musitó Alviarin con voz ronca. Tenía la boca seca como un estropajo—. Sólo como vos ordenéis.

Empero, se ocuparía de que ninguna hermana Negra estuviera entre las que acompañarían a Toveine. Mesaana se adelantó, alzándose imponente ante ella, de manera que Alviarin se vio forzada a doblar el cuello hacia atrás para poder mirar aquel rostro de luz y sombras; de repente se preguntó si la Elegida sabría lo que

estaba pensando.

—Si vas a servirme, pequeña, entonces tendrás que obedecerme sólo a mí. No a Semirhage ni a Demandred. Ni a Graendal ni a ningún otro. Sólo a mí, y al Gran Señor, por supuesto. Pero a mí por encima de todos, excepto él.

—Vivo para serviros, Insigne Señora. —Las palabras sonaron como un graznido, pero Alviarin se las arregló para poner énfasis en el sufijo añadido a la fórmula original.

Durante unos segundos interminables los ojos plateados la contemplaron sin parpadear.

—Bien —dijo al cabo Mesaana—. Entonces, te enseñaré. Pero recuerda que una alumna no es una maestra. Yo elijo quién aprende qué, y yo decido cuándo pueden hacer uso de ello. Si descubro que has divulgado o has utilizado aunque sólo sea la más pequeña partícula sin mi consentimiento, te suprimiré.

Alviarin consiguió llevar un poco de saliva a la boca. No había cólera en el repique de aquella voz, sólo certidumbre.

—Vivo para serviros, Insigne Señora. Vivo para obedeceros. —Acababa de descubrir algo sobre los Elegidos que casi no podía creer. El conocimiento era poder.

—Tienes cierta fuerza, pequeña. No mucha, pero suficiente.

Apareció un tejido como si saliera de la nada.

—Esto —dijo Mesaana—, es un acceso.

Pedron Niall gruñó cuando Morgase colocó una ficha blanca en el tablero con ademán de triunfo. Unos jugadores de menos calidad todavía habrían puesto otras dos docenas más de fichas cada uno, pero Pedron veía el curso inevitable de la partida ahora, y ella también. Al principio, la mujer de cabello dorado que estaba sentada al otro lado de la pequeña mesa había jugado para perder, llevando la partida a un nivel lo bastante reñido para que a él le interesara, pero no había tardado mucho en darse cuenta de que hacer tal cosa conducía al olvido. Por no mencionar que él era lo bastante inteligente para advertir el subterfugio y no tolerarlo. Ahora empleaba toda su destreza y se las había ingeniado para ganar casi la mitad de las partidas. Nadie le había ganado tan a menudo a Niall desde hacía muchos años.

—El juego es vuestro —le dijo, y la reina de Andor asintió. Es decir, la que volvería a ser reina; de eso se ocuparía él. Lucía un vestido de seda verde, con un cuello alto de encaje que le rozaba la barbilla, y su porte, de los pies a la cabeza, era el de una reina a pesar de la película de sudor que brillaba en sus suaves mejillas. No parecía ser tan mayor como para tener una hija de la edad de Elayne, sin embargo, cuanto menos un hijo con los años de Gawyn.

—No os disteis cuenta de que advertí la trampa que me estabais tendiendo desde la posición de vuestra ficha trigésima primera, lord Niall, y tomasteis mi amago con

la ficha cuadragésima tercera como mi verdadero ataque. —Sus azules ojos trillaban de excitación; a Morgase le gustaba ganar. Jugaba para ganar.

Todo ello, las partidas y la amabilidad, no eran más que un embeleco para apaciguarlo. Morgase sabía que era una prisionera a todos los efectos en la Fortaleza de la Luz, si bien es cierto que una prisionera regalada con lujos y trato exquisito. Y extraoficial. Niall había permitido que se divulgaran rumores de su presencia allí, pero no hizo ninguna manifestación públicamente. La oposición de Andor a los Hijos de la Luz era histórica, muy arraigada. No anunciaría nada hasta que las legiones entraran en el país, con ella como figura decorativa. Ni que decir tiene que Morgase también sabía eso. Y seguramente también sabía que él se daba cuenta de sus intentos de ablandarlo. El tratado que había firmado otorgaba a los Hijos unos derechos en Andor que jamás habían tenido en ningún otro país salvo allí, en Amadicia, y Niall esperaba que la reina estuviese planeando ya cómo aflojar la presa de los Hijos sobre su nación e incluso cómo librarla de ella por completo tan pronto como fuera posible. Sólo había firmado porque la había acorralado; empero, incluso acorralada, siguió luchando con tanta habilidad como demostraba en el tablero de juego. Para ser una mujer tan hermosa, tenía una voluntad férrea. No. Nada de matices. Era una mujer de voluntad férrea, punto. Se dejaba llevar por el puro placer del juego, pero él no podía considerar tal cosa una falta cuando le proporcionaba tantos ratos agradables.

De haber tenido veinte años menos, quizás habría participado más en el verdadero juego de la mujer. Eran muchos los años de viudedad que arrastraba tras de sí, y el capitán general de los Hijos de la Luz no tenía tiempo para cumplidos y cortesías con mujeres; ni para otra cosa excepto ser el capitán general. De haber sido veinte años más joven —bueno, veinticinco— y si ella no hubiese sido entrenada por las brujas de Tar Valon… En presencia de la mujer resultaba fácil olvidarse de eso último. La Torre Blanca era una cloaca de iniquidad, al servicio de la Sombra, y ella estaba marcada profundamente por esa mácula. Rhadam Asunawa, el Inquisidor Supremo, la habría juzgado y colgado a renglón seguido por los meses pasados en la Torre Blanca si él se lo hubiese permitido. Niall suspiró con pesar.

La sonrisa victoriosa de Morgase no se había borrado, pero aquellos grandes ojos lo observaban, estudiándolo, con una inteligencia que la mujer no podía ocultar. Niall llenó las copas de ambos con vino de una jarra de plata, metida en un recipiente lleno de agua que un rato antes había sido hielo.

—Milord Niall…

Una actuación perfecta: su vacilación, la esbelta mano tendida a medias hacia él y el respeto demostrado al anteponer el título. Hubo un tiempo en que lo llamaba simplemente Niall, y en un tono más despectivo del que habría utilizado con un mozo de cuadra borracho. Habría sido perfecta si él no le tuviera cogida ya la medida.

—Milord Niall, a buen seguro podríais mandar llamar a Galad a Amador para que

pudiera verlo. Sólo un día.

—Lamento —respondió quedamente— que los deberes de Galad lo retengan en el norte. Deberíais sentiros orgullosa; es uno de los mejores oficiales jóvenes de los Hijos. —El hijastro de Morgase era una baza para utilizar contra ella según las necesidades, y ahora les servía mejor manteniéndolo apartado. El joven era realmente un buen oficial, quizás el mejor que había entrado en los Hijos durante el mandato de Niall, y no había razón para crear conflictos con su juramento si se enteraba de que su madrastra se encontraba allí y como «invitada» sólo por mantener las formas.

Únicamente un leve fruncimiento de labios, que desapareció al punto, traicionó su decepción. No era ésta la primera vez que había hecho tal solicitud ni sería la última. Morgase Trakand no se rendía por el mero hecho de haber sido vencida de manera evidente.

—Como digáis, milord Niall —respondió con tal mansedumbre que el hombre por poco se atraganta con el vino. La sumisión era una táctica nueva, y no debía de resultarle fácil ponerla en práctica—. Sólo era la petición de una madre que…

—Milord capitán general —dijo una voz profunda y resonante desde la puerta—. Me temo que traigo importantes nuevas que no admiten demora, milord. —Abdel Omerna estaba en el umbral, luciendo orgulloso el tabardo blanco y dorado de un capitán de los Hijos de la Luz; su enérgico rostro estaba enmarcado por pinceladas plateadas en las sienes, y sus ojos eran profundos y pensativos. De la cabeza a los pies, era el compendio de la intrepidez y la autoridad. Y de la estupidez, aunque eso no resultaba evidente a primera vista.

Morgase se encerró en sí misma nada más ver a Omerna, una reacción tan leve que habría pasado inadvertida a la mayoría de las personas. Como todos, lo tenía por el jefe de espías de los Hijos, un hombre al que temer casi tanto como a Asunawa, puede que incluso más. Hasta el propio Omerna ignoraba que sólo era un señuelo para desviar la atención del verdadero jefe de espionaje, al que sólo Niall conocía como tal: Sebban Balwer, el acartonado monicaco que trabajaba como su secretario. Señuelo o no, sin embargo, de vez en cuando llegaba información útil a manos de Omerna. Y, muy de tarde en tarde, algo grave. A Niall no le cabía la menor duda respecto a lo que le traía ese hombre; nada salvo que Rand al'Thor estuviera a las puertas de la ciudad lo habría inducido a irrumpir de ese modo en la estancia. Quisiera la Luz que sólo se tratara de un rumor disparatado llevado por algún mercader de alfombras.

—Me temo que el juego se ha terminado por esta mañana —le dijo Niall a Morgase mientras se ponía de pie. Le dedicó una leve inclinación de cabeza cuando la mujer se levantó de la silla, y ella le correspondió del mismo modo.

—¿Hasta esta tarde, quizá? —Su tono seguía siendo casi dócil—. Es decir, si tenéis a bien cenar conmigo.

Niall, naturalmente, aceptó. Ignoraba qué se proponía con esa nueva táctica —no lo que supondría un zoquete, de eso estaba seguro— pero sería divertido descubrirlo. Estaba llena de sorpresas, esa mujer. Lástima que llevara la lacra de las brujas.

Omerna penetró en la sala hasta el gran mosaico dorado del sol llameante que presentaba el desgaste del roce de pies y rodillas a lo largo de siglos. Era una estancia sobria, aparte de ese adorno y de los estandartes capturados que colgaban a lo largo de las paredes, casi a la altura del techo, ajados por el paso del tiempo. Los ojos gachos de Omerna vieron pasar la falda de Morgase junto a él sin darse por enterado de su presencia.

—Todavía no he encontrado a Elayne ni a Gawyn, milord —dijo, una vez que la puerta se cerró tras ella.

—¿Son ésas las noticias importantes? —demandó, irritado, Niall. Balwer le había informado de la presencia de la hija de Morgase en Ebou Dar, todavía metida hasta el cuello en el fango de las brujas; ya se habían despachado órdenes a Jaichim Carridin con respecto a ella. Al parecer, Gawyn, el otro hijo de Morgase, también seguía enredado con las brujas, en Tar Valon, ciudad en la que Balwer tenía unos cuantos espías. Niall tomó un buen trago del fresco vino. Últimamente sentía en los huesos vejez, fragilidad y frío, aunque el calor engendrado por la Sombra lo hacía sudar a mares y le dejaba seca la boca. Omerna dio un respingo.

—Eh… no, milord. —Rebuscó en un bolsillo de su justillo blanco y sacó un pequeño cilindro de hueso, con tres rayas rojas dibujadas a lo largo—. Queríais que esto se os trajera tan pronto como llegara a… —Se interrumpió cuando Niall le arrebató bruscamente el pequeño tubo de la mano.

Eso era lo que había estado esperando, la razón de que una legión no estuviera ya de camino a Andor con Morgase a la cabeza, que no al mando. Si todo aquello no era una locura de Varadin, los desvaríos de un hombre desequilibrado por el espectáculo de Tarabon hundiéndose en la anarquía, Andor tendría que esperar. Andor, y puede que más.

—Tengo… la confirmación de que la Torre Blanca está dividida —continuó Omerna—. La ciudad está en poder del… Ajah Negro.

No era de extrañar que pareciera nervioso, ya que estaba diciendo herejías. No había Ajah Negro; todas las brujas eran Amigas Siniestras. Sin prestarle atención, Niall rompió con la uña del pulgar el sello de cera que cerraba el tubo. Había utilizado a Balwer para que iniciara esos rumores, y ahora volvían a él. Omerna creía todas las habladurías que llegaban a sus oídos, y le llegaba hasta la última de ellas.

—Y hay informes de que las brujas están conferenciando con el falso Dragón al'Thor, milord.

¡Pues claro que estaban conferenciando con él! Era su creación, su títere. Niall dejó de prestar oídos al parloteo del necio oficial y regresó a la mesa de juego

mientras sacaba un pequeño papel enrollado del tubo. No dejaba que nadie supiera algo más sobre esos mensajes aparte de que existían, e incluso eso sólo lo conocían unos pocos. Las manos le temblaron al desenrollar el fino papel. No le había ocurrido tal cosa desde que siendo un muchacho había afrontado su primera batalla, hacía más de sesenta años. Ahora esas manos parecían ser poco más que huesos y tendones, pero todavía poseían fuerza suficiente para llevar a cabo lo que tenía que hacer.

La letra no era de Varadin, sino de Faisar, a quien había enviado a Tarabon con otro propósito. A Niall se le puso un nudo en el estómago a medida que leía; el mensaje estaba redactado en lenguaje normal, no en la clave utilizada por Varadin. Los informes de éste habían sido los de un hombre al borde de la locura, si es que no había traspasado ya ese límite, pero Faisar confirmaba lo peor de ello y más. Mucho más. Al'Thor era una alimaña rabiosa y destructiva a la que había que parar, pero ahora había aparecido una segunda bestia sanguinaria, puede que incluso más peligrosa que las brujas de Tar Valon con su falso Dragón domado. Pero, en nombre de la Luz, ¿cómo iba a combatir contra ambas?

—Al parecer, la reina Tenobia se ha… ausentado de Saldaea, milord. Y los… Juramentados del Dragón están incendiando y matando por todo Altara y Murandy. Me han dicho que se ha encontrado el Cuerno de Valere, en Kandor.

Todavía medio distraído, Niall alzó la vista y encontró a Omerna a su lado, lamiéndose los labios y enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sin duda trataba de echar un vistazo al mensaje. En fin, todo el mundo lo sabría a no tardar.

—Por lo visto una de vuestras hipótesis más descabelladas no lo era tanto, después de todo —dijo Niall, y fue en ese momento cuando sintió el cuchillo hundiéndose bajo sus costillas.

La impresión lo dejó paralizado el tiempo suficiente para que Omerna sacara el arma y volviera a hincarla. Otro capitán general había muerto así antes que él, asesinado, pero jamás pensó que él pudiera perecer a manos de Omerna. Quiso enzarzase en una lucha cuerpo a cuerpo con su asesino, pero no tenía fuerza alguna en los brazos. Se quedó colgado del oficial, que sostenía su peso, los ojos de ambos trabados. Omerna tenía el rostro congestionado; parecía estar al borde de las lágrimas.

—Había que hacerlo. Era preciso. Permitisteis que las brujas se instalaran allí, en Salidar, tranquilamente, sin trabas, y… —Como si de pronto cayera en la cuenta de que rodeaba con los brazos al hombre que había acuchillado, apartó a Niall de un empujón.

La fuerza también había abandonado las piernas del capitán general, que cayó pesadamente contra la mesa de juego y la volcó. Las piezas negras y blancas se desperdigaron por el pulido suelo de madera; la jarra plateada se tambaleó y derramó

parte del vino. El frío que Niall había sentido en los huesos se estaba extendiendo al resto de su cuerpo.

No supo con seguridad si el tiempo transcurrió con lentitud para él o si las cosas ocurrieron realmente tan deprisa. De repente el taconeo de unas botas cruzó el suelo de la estancia, y Niall alzó débilmente la cabeza para ver a Omerna con la boca y los ojos muy abiertos a la par que retrocedía ante Elmon Valda. Con su justillo blanco y su tabardo blanco y dorado, éste era, como Omerna, la personificación de un capitán de los Hijos; aunque no tan alto ni tan palpablemente autoritario como Omerna, el atezado semblante del oficial denotaba más dureza que nunca. Empuñaba una espada cuya hoja lucía la marca de la garza que tanto valoraba.

—¡Traición! —bramó Valda, y traspasó el tórax de Omerna con el arma, de parte a parte.

Niall se habría echado a reír de haber podido; le costaba trabajo respirar y oía el gorgoteo de la sangre en su garganta. Nunca le había gustado Valda —de hecho, lo despreciaba— pero alguien tenía que enterarse de las nuevas. Volvió los ojos y localizó la tira de papel de Tanchico caída en el suelo, a unos centímetros de su mano; allí podría pasar inadvertida, pero no si la encontraban aferrada entre sus dedos muertos. Ese mensaje tenía que conocerse. Con qué lentitud parecía arrastrase su mano por el entarimado, rozando el papel, empujándolo mientras se esforzaba por cogerlo. La vista se le estaba nublando. Trató de enfocar los ojos. Tenía que… La niebla era cada vez más densa. Una parte de él intentó desechar esa idea; no había niebla. Sí, la niebla se iba espesando, y allí había un enemigo, invisible, oculto, tan peligroso o más que al'Thor. El mensaje. ¿Qué… mensaje? Era el momento de montar y desenvainar la espada, el momento de lanzar un último ataque. ¡Por la Luz, vencer o morir, allá iba! Trató de gruñir.

Valda limpió su espada en el tabardo de Omerna y entonces reparó en que el viejo lobo todavía respiraba, aunque era un sonido rasposo y borboteante. Con una mueca, se inclinó para ponerle fin… Y una mano enguantada, de dedos largos, le asió el brazo.

—¿Os gustaría ser el siguiente capitán general, hijo mío? —El descarnado semblante de Asunawa era el de un mártir, pero sus oscuros ojos ardían con un fanatismo que amilanaba incluso a los que ignoraban quién era—. Podríais serlo, después de que atestiguara que matasteis al asesino de Pedron Niall. Pero no si tengo que decir que también le rebanasteis el cuello a él.

Enseñando los dientes en un remedo de sonrisa, Valda se incorporó. Asunawa tenía pasión por la verdad; a su modo, claro. Era capaz de enredarla, disfrazarla y manipularla, pero, que Valda supiera, jamás había mentido. Un vistazo a los vidriosos ojos de Niall y al charco de sangre que se iba extendiendo bajo él, satisfizo al oficial.

El viejo se estaba muriendo.

—¿Sólo podría, Asunawa?

El fuego en la mirada del Inquisidor Supremo cobró intensidad mientras el hombre se apartaba y retiraba la nívea capa de la sangre de Niall. Ni siquiera un capitán general podía hablarle con esa familiaridad.

—Eso he dicho, hijo mío. Os habéis mostrado curiosamente reacio a acceder a que la bruja Morgase sea entregada a la Mano de la Luz. A no ser que garanticéis…

—Morgase sigue siendo necesaria. —Interrumpirle le resultó muy placentero a Valda. No le gustaban los interrogadores, la Mano de la Luz, como se hacían llamar. ¿A quién podían gustarle unos hombres que jamás se enfrentaban a un enemigo que no estuviese desarmado y encadenado? Se mantenían desligados de los Hijos, como una organización aparte. La capa de Asunawa lucía exclusivamente el cayado de pastor escarlata que era el distintivo de los interrogadores, no el sol llameante, emblema de los Hijos, que él mismo llevaba en su tabardo. Lo que es más, parecían pensar que su trabajo con hierros candentes y potros era la única labor digna de los Hijos—. Morgase nos va a entregar Andor, de modo que no la tendréis hasta que el país esté en nuestras manos. Y no podemos tomar Andor hasta que la chusma del Profeta haya sido aplastada. —El Profeta antes que nada, con sus prédicas anunciando la llegada del Dragón Renacido y sus hordas incendiando los pueblos que tardaban en aclamar a al'Thor. El pecho de Niall apenas se movía ya—. A menos que queráis trocar Amadicia por Andor, en vez de tener las dos. Me propongo ver colgado a al'Thor y la Torre Blanca reducida a polvo, Asunawa, y no secundé vuestro plan sólo para presenciar cómo lo echáis a la letrina en pleno proceso.

Asunawa no se achicó; no era cobarde. Y menos allí, con cientos de interrogadores en la Fortaleza y la mayoría de los Hijos andando con pies de plomo para no dar un paso en falso con ellos. Hizo caso omiso de la espada que Valda empuñaba, y aquel rostro de mártir compuso un gesto triste. Las gotas de sudor parecían lágrimas de pesar.

—En tal caso, puesto que el capitán Canvele cree que la ley debe obedecerse, me temo…

—No. Yo me temo que Canvele coincide conmigo, Asunawa. —Lo hacía desde el amanecer, cuando vio que Valda había llevado media legión a la Fortaleza. Canvele no era tonto—. La cuestión no es si yo seré nombrado capitán general cuando el sol se ponga hoy, sino quién guiará la Mano de la Luz en su búsqueda de la verdad.

No, Asunawa no era cobarde; e incluso era menos tonto que Canvele. No se encogió ni preguntó a Valda cómo pensaba conseguirlo.

—Entiendo —musitó al cabo de un momento, y luego, suavemente, añadió—: ¿Acaso os proponéis saltaros enteramente la ley, hijo mío?

Valda estuvo a punto de echarse a reír.

—Podéis vigilar a Morgase, pero no se la someterá a interrogatorio. La tendréis cuando ya no me haga falta a mí. —Lo que podría tardar bastante tiempo; encontrar sucesora para el Trono del León, alguien que comprendiera cuál era la relación que debía tener con los Hijos, como era el caso del rey Ailron, no se conseguiría de la noche a la mañana.

Tal vez Asunawa lo entendió o tal vez no. Abrió la boca para decir algo, pero entonces sonó una exclamación ahogada en la puerta. El enteco secretario de Niall estaba allí, con la boca fruncida, los ojillos entrecerrados tratando de asimilar todo de un vistazo, salvo los cuerpos tendidos en el suelo.

—Un día triste, maese Balwer —manifestó Asunawa, su voz apenada pero inflexible—. El traidor Omerna ha asesinado a nuestro capitán general Pedron Niall, que la Luz acoja su alma. —Ni una sola palabra que no fuera verdad hasta el momento; el pecho de Niall había dejado de moverse, y matarlo era traición—. El capitán Valda llegó demasiado tarde para salvarlo, pero a tiempo de castigar con rigor el delito de Omerna.

Balwer dio otro respingo y empezó a estrujarse las manos. Ese tipo con cara de pájaro lo sacaba de quicio a Valda.

—Ya que estáis aquí, Balwer, podríais hacer algo útil. —Al capitán no le gustaba la gente que no servía para nada, y el escriba era la encarnación de la inutilidad—. Informad a todos los capitanes que están en la Fortaleza que el capitán general ha sido asesinado, y que convoco una reunión del Consejo de los Ungidos. —Lo primero que haría una vez que lo hubieran nombrado capitán general sería echar a patadas de la Fortaleza a ese tiralevitas enclenque; lo lanzaría tan lejos y tan fuerte que rebotaría dos veces, y luego elegiría un secretario que no estuviera retorciéndose como una lagartija todo el tiempo—. Tanto si Omerna actuó por orden de las brujas o del Profeta, me propongo vengar a Pedron Niall.

—Como ordenéis, milord. —La voz de Balwer era apenas un hilo, entrecortada —. Se hará como decís.

Por lo visto encontró arrestos para mirar finalmente el cuerpo de Niall; mientras hacía una nerviosa reverencia, pareció no tener ojos para nada más.

—Así pues, parece que seréis nuestro próximo capitán general, después de todo —dijo Asunawa cuando Balwer se hubo marchado.

—Sí, eso parece —replicó secamente Valda. Una pequeña tira de papel yacía junto a la mano extendida de Niall, del tipo que se utilizaba para enviar mensajes con palomas. Valda se agachó y la recogió; resopló con disgusto. El papel había estado sobre un charco de vino; lo que quiera que hubiese escrito en él se había convertido en un borrón de tinta ilegible.

—Y la Mano tendrá a Morgase cuando ya no la necesitéis. —En el tono de Asunawa no había el más leve atisbo de pregunta.

—Os la entregaré yo mismo. —Quizá podría arreglarse algo para saciar el ansia de Asunawa durante un tiempo. Algo que asegurara también que Morgase siguiera mostrándose dócil. Valda tiró el trocito de papel sobre el cadáver de Niall. El viejo lobo había perdido la astucia y el coraje con la edad, y ahora estaba en manos de Elmon Valda poner en su sitio a las brujas y su falso Dragón.

Tumbado boca abajo en lo alto de una elevación, Gawyn oteó hacia el escenario del desastre a la luz del sol de la tarde. Los pozos de Dumai estaban kilómetros al sur, a través de llanuras y colinas bajas, pero todavía divisaba el humo que salía de las carretas. Ignoraba lo que había ocurrido allí después de que condujera a todos los Cachorros que pudo reunir en una huida a galope tendido. Por lo visto al'Thor se había hecho con el mando de la situación; él y esos hombres vestidos de negro que parecían poder encauzar, derribando Aes Sedai y Aiel por igual. Ver que las hermanas huían fue lo que le reveló que había llegado el momento de largarse de allí.

Ojalá hubiese podido matar a al'Thor. Por su madre, muerta a manos de ese hombre; Egwene lo negaba, pero no tenía pruebas. Por su hermana. Si Min había dicho la verdad —tendría que haberla obligado a abandonar el campamento con él, ni que hubiese querido ni que no; eran muchas las cosas que tendría que haber hecho de otra manera en ese día—, si Min tenía razón y Elayne amaba a al'Thor, entonces ese horrible destino era razón suficiente para matarlo. Quizá los Aiel habían hecho el trabajo por él, pero lo dudaba.

Con una risa amarga, alzó el tubo de su visor de lentes. En las bandas doradas había una inscripción: «De Morgase, reina de Andor, para su amado hijo, Gawyn. Que sea una espada viva para su hermana y para Andor». Unas palabras amargas, ahora.

No había mucho más que ver aparte de hierba agostada y pequeños sotos dispersos. El viento seguía soplando, levantando nubes de polvo. De vez en cuando, un fugaz movimiento entre los achaparrados cerros indicaba la presencia de hombres moviéndose. Aiel, estaba seguro. Se confundían con el entorno demasiado bien para que fueran Cachorros con sus chaquetas verdes. Quisiera la Luz que hubiesen escapado más de los que él había logrado sacar de aquel infierno.

Era un necio. Tendría que haber matado a al'Thor; tenía que matarlo. Pero no podía. Y no porque fuera el Dragón Renacido, sino porque le había prometido a Egwene no levantar un dedo contra él. La joven Aceptada había desaparecido de Cairhien dejándole sólo una carta que él había leído y releído tantas veces que el papel estaba a punto de romperse por los dobleces; no le sorprendería enterarse de que se había ido para ayudar a al'Thor de un modo un otro. No podía faltar a su palabra, y menos aún si se la había dado a la mujer que amaba. Jamás. Le costara lo que le costara. Confiaba en que ella comprendería el arreglo de compromiso que

había hecho con su honor; no había levantado un dedo para hacerle daño, pero tampoco para ayudarlo. Quisiera la Luz que Egwene nunca le pidiera eso. Se decía que el amor volvía idiotas a los hombres, y él era la prueba.

De repente se llevó el visor al ojo cuando una mujer salió a campo abierto galopando en un gran caballo negro. No alcanzaba a distinguir sus rasgos, pero ninguna criada llevaría un vestido con falda pantalón para montar. Así que al menos una Aes Sedai había podido huir. Si algunas hermanas habían salido con vida de la trampa, quizás entonces más Cachorros también lo habrían conseguido. Con suerte, podría encontrarlos antes de que los Aiel los mataran en pequeños grupos. Sin embargo, lo primero era esa hermana. En muchos aspectos habría preferido marcharse sin ella, pero dejarla sola, quizá para que acabara con una flecha clavada, no era una opción acorde con su conciencia. Cuando empezaba a incorporarse para hacerle señales con la mano, no obstante, el caballo tropezó y cayó, y ella se vio lanzada por encima de las orejas.

Gawyn maldijo, y después soltó otro juramento cuando a través del visor vislumbró una flecha clavada en el flanco del negro animal. Hizo una rápida barrida con el visor por las colinas, y contuvo otra maldición a duras penas; unas dos docenas de Aiel, con el rostro velado, se encontraban en lo alto de un cerro a menos de cien pasos de la Aes Sedai, observando al caballo y a la amazona caídos. Giró de inmediato el visor. La hermana se había incorporado y se tambaleaba como una persona ebria. Si conservaba la calma y utilizaba el Poder, los Aiel no podrían hacerle daño, sobre todo si se resguardaba tras el caballo para eludir más flechas. Aun así, Gawyn se sentiría mejor después de haberla recogido y llevado con ellos. Se apartó de la cresta rodando para evitar que los Aiel pudieran descubrirlo, y se deslizó por la ladera opuesta un largo trecho, hasta que resultó seguro ponerse de pie.

Había emprendido ese viaje al sur con quinientos treinta y un Cachorros, casi todos aquellos que estaban bastante entrenados para salir de Tar Valon, pero eran menos de doscientos los que lo aguardaban junto a los caballos al pie del cerro. Antes de que el desastre cayera sobre los pozos de Dumai, Gawyn había tenido la certeza de que había una maquinación para que sus Cachorros y él murieran antes de regresar a la Torre Blanca. No sabía el porqué ni si el ardid era obra de Elaida o de Galina, pero lo cierto es que había tenido bastante éxito, aunque no exactamente del modo que habían pensado quienes lo habían planeado. No era de extrañar que hubiese preferido irse sin la Aes Sedai de haber tenido elección.

Se paró junto a un castrado gris con su joven jinete. Joven, como lo eran todos los Cachorros —muchos no necesitaban afeitarse durante tres o cuatro días, y otros ni siquiera eso—, pero Jisao lucía la torre de plata en el cuello que lo señalaba como un veterano en la batalla disputada cuando se había depuesto a Siuan Sanche, y más cicatrices bajo sus ropas de otras luchas dirimidas desde entonces. Era uno de los que

podía olvidar la navaja de afeitar muchas mañanas; aun así, sus oscuros ojos eran los de un hombre treinta años mayor. Gawyn se preguntó qué impresión darían sus propios ojos.

—Jisao, hay una hermana a la que tenemos que…

Los Aiel, alrededor del centenar, que aparecieron corriendo en lo alto de la elevación del oeste se frenaron, sorprendidos, al encontrar a los Cachorros al pie del cerro, pero ni la sorpresa ni el hecho de la superioridad numérica de los Cachorros bastó para frenarlos. En un visto y no visto se cubrieron con los velos y, lanzándose cuesta abajo, arremetieron con las lanzas a caballos y jinetes por igual, actuando por parejas. Con todo, si los Aiel sabían cómo combatir contra hombres montados, los Cachorros habían recibido recientemente lecciones muy duras sobre cómo luchar contra los Aiel, y los que aprendían despacio no duraban vivos mucho tiempo en sus filas. Algunos llevaban lanzas ligeras, rematadas en una punta de acero de cuarenta centímetros, con guarda en cruz para evitar que la hoja penetrara en exceso, además de que todos podían usar sus espadas con tanta destreza como cualquiera salvo un maestro de armas. Combatían en parejas o tríos, guardándose la espalda unos a otros y manteniendo en movimiento a sus monturas para que los Aiel no les cortaran los jarretes. Sólo los Aiel más rápidos lograban penetrar esos círculos de relampagueantes aceros. Los propios caballos, entrenados para la batalla, eran armas; rompían cráneos con sus cascos, asían hombres con los dientes y los sacudían como haría un perro con una rata, las más de las veces desgarrando medio rostro al hombre. Los animales relinchaban al tiempo que luchaban, en tanto que los hombres jadeaban por el esfuerzo y gritaban enardecidos, en ese arrebato que se apoderaba de ellos en la batalla y que proclamaba que estaban vivos y que seguirían estándolo para ver otro amanecer aunque el combate acabara en un baño de sangre. Gritaban al matar y gritaban al morir; no parecía haber gran diferencia.

Gawyn no tuvo tiempo para observar ni para escuchar. Siendo el único Cachorro que estaba a pie, atraía sobre sí la atención. Tres figuras vestidas con *cadin'sor* se metieron entre los jinetes y se abalanzaron contra él con las lanzas aprestadas. Quizá pensaron que, superándolo en tres a uno, era presa fácil. Los desengañó. Su espada salió de la vaina con fácil ligereza, la misma con que pasó de *El halcón se inclina* a *La hiedra ciñe el olmo* y de ésta a *La luna se eleva sobre los lagos*. Tres veces notó en las muñecas el impacto del acero contra la carne, y con igual rapidez los tres Aiel velados quedaron tendidos en el suelo; dos de ellos se movían un poco, pero estaban fuera de combate como su tercer compañero. El siguiente que se enfrentó a él era harina de otro costal.

El tipo, delgado y un palmo más alto que Gawyn, se movía con la agilidad de una serpiente, asestando cortos y rápidos lanzazos mientras adelantaba o inclinaba la adarga para detener los golpes de espada con una fuerza que Gawyn sentía repercutir

en los hombros. *La danza del urogallo* dio paso a *Pliegue del aire* y siguió *El cortesano golpea ligeramente el abanico*; el Aiel respondió a los tres movimientos y sólo acabó con una cuchillada cruzándole las costillas, en tanto que Gawyn recibía un tajo en el muslo; sólo un veloz giro había evitado que la lanza le traspasara la pierna de parte a parte.

Se movieron en círculo, vigilándose el uno al otro, ajenos a cuanto sucedía a su alrededor. La sangre resbalaba por la pierna de Gawyn. El Aiel amagó con la esperanza de desequilibrarlo y volvió a amagar; Gawyn pasó de postura a postura, la espada ora alta ora baja, aguardando a que en uno de esos amagos su adversario llevara la lanza un poco más lejos de lo conveniente.

A la postre, fue la suerte la que decidió el resultado. El Aiel dio un traspié, y Gawyn le atravesó el corazón antes de que el hombre hubiese visto siquiera al caballo que lo había empujado por detrás al recular.

Antaño habría lamentado lo ocurrido; había crecido en la creencia de que si dos hombres tenían que luchar, el duelo debía desarrollarse de un modo honorable y limpio. Más de medio año de batallas y escaramuzas le había enseñado a ver las cosas de otra manera. Plantó un pie en el pecho del Aiel y sacó la espada de un tirón. Tosco, pero rápido, y en la batalla la lentitud era sinónimo de muerte las más de las veces.

Sólo que cuando su espada quedó libre, la rapidez era innecesaria. En el suelo yacían hombres —Aiel y Cachorros—, algunos de los cuales gemían y otros estaban completamente inmóviles. El resto de los Aiel se dirigían en tropel hacia el este, azuzados por un par de docenas de Cachorros, entre ellos unos cuantos que deberían haber mostrado más sentido común.

—¡Quietos! —gritó con voz enérgica. Si los muy idiotas permitían que los separaran, los Aiel los harían picadillo—. ¡Nada de perseguirlos! ¡Quietos, he dicho! ¡Atrás, maldita sea!

Los Cachorros se frenaron en seco, aunque a regañadientes. Jisao detuvo su caballo junto a Gawyn.

—Al parecer sólo intentaban abrirse paso a través de nuestra posición en su camino adondequiera que se dirijan, milord.

Su espada goteaba sangre desde la mitad de la cuchilla. Gawyn asió las riendas de su semental castaño sin demorarse en limpiar ni enfundar la espada. No había tiempo para comprobar quién había muerto y quién seguía vivo.

—Olvídalos. Esa hermana nos espera. Hal, quédate con la mitad de tu tropa para proteger a los heridos. Y no pierdas de vista a esos Aiel; que se estén muriendo no significa que se hayan dado por vencidos. El resto, seguidme.

Hal saludó con su espada, pero Gawyn ya había clavado espuelas y se alejaba.

La lucha no se había prolongado mucho, pero a pesar de la brevedad llegaron tarde. Cuando Gawyn remontó el cerro, sólo quedaba el caballo muerto, con las

alforjas vueltas del revés. Escudriñó el terreno con su visor de lentes sin hallar rastro de la hermana, de Aiel ni de ningún ser vivo. Lo único que se movía era el polvo arremolinado por el viento y un vestido en el suelo, cerca del caballo, agitándose con el aire. La mujer tenía que haber corrido a toda velocidad para haberse perdido de vista tan pronto.

—No puede haber llegado muy lejos, aunque vaya corriendo —dijo Jisao—. Si nos abrimos en abanico acabaremos encontrándola.

—La buscaremos después de que nos hayamos ocupado de los heridos —replicó Gawyn firmemente. No estaba dispuesto a dividir a sus hombres habiendo Aiel por las inmediaciones. Faltaban pocas horas para la puesta de sol, y quería tener un campamento seguro y compacto en terreno alto antes de que oscureciera. De todos modos, más le valía encontrar una o dos hermanas; alguien iba a tener que explicar esa catástrofe a Elaida, y prefería que fuera una Aes Sedai quien arrostrara su ira, no él.

Suspiró e hizo volver grupas a su corcel castaño, de vuelta al lugar del combate, para ver a cuánto ascendía esta vez la cuenta del carnicero. Ésa había sido su primera lección de verdad como soldado: siempre era necesario pagar al carnicero. Y presentía que, a no tardar, la cantidad que habría que pagar sería mucho mayor. El mundo olvidaría los pozos de Dumai con lo que se avecinaba.

1



Cenit de Chasaline

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en el Bosque de Braem. El viento no fue un inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el nordeste mientras el sol abrasador ascendía en el cielo despejado, pasó entre árboles de ramas desnudas salvo unas pocas hojas ocres, y atravesó pueblos desperdigados donde el aire rielaba por el calor. El viento no llevaba frescor al ambiente ni indicio de lluvia, cuanto menos de nieve. Siguió soplando hacia el nordeste y dejó atrás un arco antiguo de piedra exquisitamente trabajada que según algunos había sido la entrada a una gran urbe, y otros, el monumento a una batalla largo tiempo olvidada. En las inmensas piedras sólo quedaban restos de la talla, tan erosionados que resultaban indescifrables, recuerdos mudos de pasadas glorias de la mítica Coremanda. Unas pocas carretas rodaban cansinamente a la vista del arco, por la calzada a Tar Valon, y la gente que iba a pie se cubría los ojos para resguardarlos del polvo que levantaban cascos y ruedas y que el viento arrastraba. La mayoría no sabía adónde se dirigía, sólo que el mundo parecía estar volviéndose del revés, que todo orden estaba tambaleándose allí donde no había desaparecido por completo. El miedo empujaba a algunos a seguir adelante, mientras que otros eran arrastrados por algo que no llegaban a entender, y la mayoría de estos últimos también sentían temor.

El viento siguió viajando y cruzó el río Erinin con sus aguas gris-verdosas, entre barcos que todavía transportaban mercancías al norte y al sur, pues incluso en los tiempos presentes tenía que haber comercio a pesar de que nadie sabía si era o no seguro comerciar. Al este del río, los bosques empezaban a clarear hasta que finalmente daban paso a un terreno de suaves ondulaciones y colinas bajas cubiertas de pasto reseco como yesca y alguno que otro puñado de árboles. En la cima de una de esas colinas había carretas puestas en círculo; gran parte de ellas tenían las

cubiertas de lonas chamuscadas o se habían quemado por completo, dejando desnudo el armazón de hierro. En la punta de un astil de bandera, improvisado con un arbolillo muerto por la sequía, y atado en lo alto de uno de los hierros del armazón, ondeaba un estandarte carmesí con un disco blanco y negro en el centro. La Enseña de la Luz, como la denominaban algunos, o la Insignia de al'Thor. Otros le daban nombres más sombríos, y se estremecían cuando los pronunciaban en un susurro. El viento agitó fuertemente el estandarte y pasó enseguida, como si se alegrara de dejarlo atrás.

Perrin Aybara estaba sentado en el suelo, con la ancha espalda recostada en la rueda de una carreta, y deseó que el viento del sur no hubiese cesado. Durante un momento había soplado un poco más fresco. Además, había arrastrado el olor a muerte que impregnaba su nariz, un olor que le recordaba dónde tendría que estar, el último sitio donde querría encontrarse. Era mucho mejor hallarse allí, dentro del círculo de carretas, de espaldas al norte, donde podía olvidar… hasta cierto punto. Las carretas que se habían salvado del incendio se habían subido, empujando y tirando de ellas, a lo alto del cerro el día anterior por la tarde, después de que los hombres hubieron recuperado fuerzas suficientes para hacer algo más que dar las gracias a la Luz por seguir respirando. Ahora el sol se alzaba de nuevo en el cielo y con él volvía el calor.

Irritado, se rascó la corta barba rizosa. Cuanto más sudaba, más le picaba; la transpiración humedecía el rostro de todos los hombres que tenía a la vista, salvo los Aiel. Ni siquiera les quedaba el recurso de mojarse la cara al hallarse ahora a más de un kilómetro al sur del agua. Pero también de los horrores; y del olor. Muchos lo consideraban un trueque aceptable. Perrin tendría que haber estado cumpliendo con su deber, pero ni el sentido de culpabilidad lo indujo a moverse. Ese día era el Cenit de Chasaline, y allí en casa, en Dos Ríos, habría festines a lo largo del día y baile durante toda la noche; el Día de Reflexión, cuando se suponía que cada cual debía recordar todo lo bueno que había en su vida, y aquel a quien se le ocurriera protestar en voz alta podía encontrarse con un cubo de agua volcado sobre la cabeza para que se le fuera la mala suerte, algo que no agradaba a nadie cuando hacía el frío que debería en esa época; ahora sería un placer. Para ser un hombre que tenía la suerte de estar vivo, a Perrin le estaba resultando realmente difícil sacar conclusiones positivas. Había descubierto cosas sobre sí mismo el día anterior. O tal vez había sido esa mañana, después de que todo hubo acabado.

Todavía percibía unos pocos lobos, un puñado de los que habían sobrevivido y ahora iban de camino a otro lugar, lejos de allí, lejos de los hombres. Los lobos seguían siendo el tema de conversación en el campamento, y la gente especulaba con nerviosismo de dónde habían salido y por qué. Unos pocos pensaban que Rand los había llamado. La mayoría, que habían sido las Aes Sedai. Éstas no manifestaban su opinión. No había reproche por parte de los lobos —lo hecho, hecho estaba— pero

Perrin era incapaz de igualar su fatalismo. Habían acudido porque él los había llamado. Sus hombros, tan anchos que lo hacían parecer más bajo de lo que era, estaban hundidos por el peso de la responsabilidad. De vez en cuando oía a otros lobos, los que no habían acudido, hablar con desdén a los que sí: eso era lo que pasaba por mezclarse con los dos-piernas. No podía esperarse otra cosa.

Perrin tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para guardarse para sí lo que pensaba. Quería aullar que los desdeñosos tenían razón. Quería volver a casa, a Dos Ríos. Pocas esperanzas de conseguir eso, si es que había alguna. Quería estar con su mujer en cualquier parte, y todo como era antes. Las probabilidades de que eso ocurriera no parecían mucho mejores, sino incluso peores. Más que la nostalgia de su tierra, más aún que los lobos, la preocupación por Faile lo reconcomía por dentro como si tuviese un hurón en las entrañas que quisiera abrirse paso a bocados hasta el exterior. En realidad, su mujer parecía haberse alegrado de verlo partir de Cairhien. ¿Qué iba a hacer con ella? Le faltaban palabras para describir lo mucho que la amaba y la necesitaba, pero se ponía celosa cuando no había motivo, se sentía herida cuando él no había hecho nada, se enfurecía sin que él entendiera el porqué. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? La respuesta le era esquiva. Él tenía que pensar las cosas despacio, madurarlas, mientras que Faile era un puro azogue.

—Los Aiel deberían ponerse algo de ropa —murmuró Aram con remilgo, mirando ceñudo al suelo. Estaba sentado en cuclillas cerca, sosteniendo pacientemente las riendas del zanquilargo castrado gris; rara vez se alejaba de Perrin. La espada sujeta a la espalda desentonaba con su chaqueta de rayas verdes de gitano, que ahora llevaba desabrochada por el calor. Un pañuelo enrollado y atado a las sienes impedía que el sudor le cayera en los ojos. Hubo un tiempo en que a Perrin le parecía demasiado guapo para ser hombre. Sin embargo, una expresión sombría se había quedado grabada en su semblante de forma permanente y ahora se mostraba ceñudo las más de las veces—. Es indecente, lord Perrin.

Perrin dejó a un lado sus pensamientos sobre Faile aunque de mala gana. Con tiempo acabaría discurriendo algo. Tenía que hacerlo. De un modo u otro.

—Son sus costumbres, Aram.

El joven hizo una mueca como si fuera a escupir.

—Bueno, pues entonces son costumbres indecentes. Los mantiene controlados, supongo, ya que a nadie se le ocurriría salir corriendo u organizar jaleo así, pero sigo diciendo que es indecente.

Había Aiel por doquier, ni que decir tiene. Hombres altos y orgullosos, con ropas de tonos pardos y verdes, sin otra pincelada de color que la cinta escarlata ceñida a las sienes, con el círculo blanco y negro en el centro de la frente. Los *siswai'aman*, se llamaban a sí mismos. A veces ese término parecía rondar al límite de su memoria, como si fuera una palabra que hubiera debido conocer. «Si pregunto a un Aiel me

mirará como si hubiese balbuceado una estupidez.» Porque ellos actuaban como si las cintas rojas no existieran. Ninguna Doncella Lancera lucía ese distintivo. Ya tuvieran el pelo canoso o aparentaran los años justos para acabar de apartarse de las faldas de su madre, todas las Doncellas iban de aquí para allí lanzando miradas desafiantes a los *siswai'aman* que en cierto modo parecían ufanas, en tanto que ellos les sostenían la mirada con aire impasible, exudando olor a avidez; por el modo en que olían todos, debía de ser un asunto de celos, aunque Perrin no alcanzaba a entender por motivo de qué. Fuera lo que fuese, no era algo nuevo, de modo que no parecía probable que se enzarzaran a golpes en cualquier momento. Unas cuantas Sabias estaban también dentro del círculo de carretas; vestían blusas blancas, faldas voluminosas y oscuros chales a despecho del calor. Los relucientes brazaletes y collares de oro y marfil compensaban la sencillez de sus ropas. A algunas parecía divertirles la actitud de las Doncellas y los *siswai'aman*, y otras se mostraban exasperadas. Todos —Sabias, Doncellas y *siswai'aman*— prestaban tan poca atención a los Shaido como habría hecho Perrin con una banqueta o una estera.

Los Aiel habían tomado prisioneros a unos doscientos Shaido, hombres y Doncellas, el día anterior —no muchos, considerando el número ingente de contendientes—, y éstos se movían libremente por el campamento. Por decirlo de algún modo. Perrin se habría sentido mucho más cómodo si hubiesen estado vigilados. Y vestidos. Por el contrario, iban a buscar agua y hacían encargos en cueros, como el día en que nacieron. Con los otros Aiel se mostraban sumisos como ratones. Cualquier otro recibía una intensa y retadora mirada si lo sorprendían observándolos. Perrin no era el único que procuraba no fijarse en ellos, y Aram tampoco era el único que rezongaba. Muchos de los hombres de Dos Ríos que había en el campamento hacían una de las dos cosas o ambas. Muchos de los cairhieninos casi sufrían un ataque de apoplejía cada vez que topaban con un Shaido. Los mayenienses se limitaban a sacudir la cabeza como si todo fuera un chiste. Y se comían con los ojos a las mujeres. Esos mayenienses tenían tan poco sentido del pudor como los Aiel.

—Gaul me lo ha explicado, Aram. Sabes lo que es un *gai'shain*, ¿verdad? Lo del *ji'e'toh* y servir durante un año y un día y todo eso. —El joven asintió, lo que era buena señal. Perrin tampoco sabía gran cosa. Las explicaciones de Gaul respecto a las costumbres Aiel a menudo lo dejaban más desconcertado que antes. Gaul pensaba que todo era evidente—. Bueno, pues a los *gai'shain* no se les permite llevar nada de lo que llevan puesto los *algai'd'siswai*; esa palabra significa «guerreros lanceros» —añadió al ver el gesto interrogativo de Aram. De repente se dio cuenta de que estaba mirando a una Aiel que venía en su dirección, más o menos; era una joven alta, de cabello dorado y bonita a pesar de la larga y fina cicatriz que lucía en la mejilla y otras muchas más en el resto del cuerpo. Muy bonita y muy desnuda. Carraspeó con

fuerza y apartó la vista. Notó que se estaba poniendo colorado—. En fin, ése es el motivo de que estén… como están. Los *gai'shain* llevan túnicas blancas y no las tenemos aquí. No es más que una costumbre.

«Maldito sea Gaul y sus explicaciones —pensó—. ¡Podrían cubrirlos con algo!»

—Perrin Ojos Dorados —dijo una voz femenina—, Carahuin me envía para preguntarte si quieres agua.

El rostro de Aram se tornó púrpura, y el joven giró, en la misma postura acuclillada, para dar la espalda a la mujer.

—No, gracias.

Perrin no tuvo que alzar la vista para saber que era la Shaido de cabello dorado. Mantuvo la vista fija en otra dirección. Los Aiel tenían un sentido del humor muy peculiar, y el de las Doncellas Lanceras, entre las que se contaba Carahuin, era el más peculiar de todos. Enseguida se habían dado cuenta de la reacción de los hombres de las tierras húmedas con los Shaido —habrían tenido que estar ciegos para no verlo—, y a reglón seguido todos los *gai'shain* habían sido enviados para preguntar cualquier cosa a los hombres de las tierras húmedas; los Aiel se habían revolcado de risa ante los sofocos, los tartamudeos e incluso los gritos. Perrin estaba seguro de que Carahuin y sus amigas lo estaban observando en ese momento. Ésta era al menos la décima vez que una de las *gai'shain* había ido a preguntarle si quería agua o tenía una piedra de amolar de más o cualquier otra cosa estúpida.

De repente le vino una idea a la cabeza. A los mayenienses apenas los incordiaban con ese jueguecito. Un puñado de cairhieninos disfrutaba obviamente mirando, aunque no con tanto descaro como los mayenienses, así como unos cuantos hombres mayores de Dos Ríos, que deberían haber mostrado más sentido común. El caso era que a ninguno de ellos les habían llevado un segundo mensaje falso, que él supiera. Por otro lado, a los que reaccionaban de un modo llamativo, como los cairhieninos que habían gritado a voz en cuello sobre la indecencia, y a los dos o tres hombres más jóvenes de Dos Ríos que balbucieron y se pusieron tan colorados que parecían que se iban a derretir, los habían estado molestando constantemente hasta que acabaron marchándose del círculo de carretas.

Haciendo un esfuerzo, Perrin alzó la vista hacia el rostro de la *gai'shain*. A sus ojos. «Concéntrate en los ojos», se exhortó, frenético. Eran verdes y grandes, y nada sumisos. La mujer exhalaba un olor de pura rabia.

—Dale las gracias a Carahuin de mi parte, y dile que podrías encargarte de engrasar mi otra silla de montar, si le parece bien. Y tampoco tengo una camisa limpia, de modo que, si no le importa, podrías lavarme unas cuantas.

—No le importará —repuso la mujer con voz tensa, y luego giró sobre sus talones y se alejó a paso ligero.

Perrin apartó rápidamente los ojos, aunque la imagen seguía grabada en su mente.

¡Luz, Aram tenía razón! Pero, con suerte, quizás había logrado que esas visitas cesaran. Tendría que comentárselo a Aram y a los jóvenes de Dos Ríos. A lo mejor los cairhieninos le prestaban oídos.

—¿Qué vamos a hacer con ellas, lord Perrin? —Aram seguía con la vista fija en otra dirección, pero ya no se refería a las *gai'shain*.

—Eso tiene que decidirlo Rand —contestó lentamente Perrin, cuya satisfacción empezó a desvanecerse. Podría parecer extraño pensar en gente que iba de un lado a otro desnuda como un problema menor, pero ese otro era definitivamente más importante. Un problema que había estado evitando con tanto empeño como lo que aguardaba en el norte.

Al otro lado del círculo de carretas, había casi dos docenas de mujeres sentadas en el suelo. Todas iban bien vestidas para viajar; muchos de los atuendos eran de seda, y la mayoría llevaba guardapolvos de lino, pero en sus frentes no había ni una sola gota de sudor. Tres parecían lo bastantes jóvenes para que él les hubiese pedido bailar antes de casarse con Faile.

«Bueno, si no fuesen Aes Sedai, en cualquier caso», pensó irónicamente. En cierta ocasión había bailado con una Aes Sedai, y casi se tragó la lengua cuando descubrió a quién tenía entre los brazos. Además, era una amiga, si es que podía utilizarse ese término con las Aes Sedai. «¿Cuánto tiempo tendrá que llevar como nueva Aes Sedai una mujer para que todavía se le pueda calcular la edad?» La apariencia de las demás era intemporal, naturalmente; puede que veintitantos, puede que cuarenta y tantos, variando de un vistazo al siguiente, siempre incierto. Ésa era la impresión que daban sus semblantes, aunque algunas tenían hebras grises en el pelo. Con las Aes Sedai, uno no sabía a qué atenerse. En nada.

—Al menos, ésas ya no representan un peligro —dijo Aram al tiempo que señalaba con la barbilla a tres de las hermanas que estaban un poco apartadas de las otras.

Una estaba llorando, con la cara contra las rodillas; las otras dos miraban fijamente al vacío, una de ellas dándose tirones a la falda, sin darse cuenta de lo que hacía. Llevaban así desde el día anterior; por lo menos habían dejado de gritar. Si Perrin lo había entendido bien, cosa de la que no estaba seguro, habían quedado neutralizadas cuando Rand se había liberado. No volverían a encauzar el Poder Único. Para una Aes Sedai, probablemente sería mejor estar muerta.

Habría esperado que las otras Aes Sedai les dieran consuelo, las cuidaran de algún modo, pero la mayoría no les hacía caso alguno, aunque se notaba forzado su empeño de mirar a cualquier otra parte. A decir verdad, las mujeres neutralizadas actuaban como si las Aes Sedai no existieran. Al principio, al menos, unas pocas hermanas se habían acercado a ellas, de una en una, aparentemente tranquilas, aunque el olor denotaba aversión y renuencia; empero, sus desvelos no obtuvieron respuesta,

ni una palabra, ni una mirada. Ninguna se había acercado a ellas esa mañana.

Perrin sacudió la cabeza. Las Aes Sedai ponían mucho empeño en no darse por enteradas de lo que no querían admitir. Por ejemplo, los hombres de negro que estaban de pie junto a ellas. Había un Asha'man por cada hermana, incluso de las tres que habían sido neutralizadas, y daba la impresión de que ni siquiera pestañearan. Por su parte, las Aes Sedai miraban más allá de los Asha'man o a través de ellos; como si no existiesen.

Era un gran logro. Él se sentía incapaz de hacer caso omiso de los Asha'man, y eso que no lo tenían bajo vigilancia. Sus edades comprendían desde jovenzuelos con apenas un asomo de pelusilla en las mejillas hasta talludos de pelo cano o medio calvos; y no eran sus severas chaquetas negras de cuello alto ni las espadas que todos llevaban a la cadera lo que les daba un aire peligroso. Todos los Asha'man podían encauzar y, de algún modo, estaban impidiendo que las Aes Sedai lo hicieran. Hombres capaces de manejar el Poder Único; algo sacado de una pesadilla. Rand podía, desde luego, pero era Rand, además del Dragón Renacido. Esos tipos le ponían carne de gallina a Perrin.

Los Guardianes de las Aes Sedai supervivientes se hallaban sentados a cierta distancia, también vigilados por unos treinta soldados de lord Dobraine, con los cascos en forma de campana al estilo cairhienino, y otros tantos mayenienses luciendo los petos rojos de la Guardia Alada, todos ellos sin quitar ojo a los prisioneros, como si estuviesen vigilando leopardos. Teniendo en cuenta las circunstancias, era una actitud acertada. Había más Guardianes que Aes Sedai; por lo visto, algunas de las hermanas pertenecían al Ajah Verde. Más, muchos más, vigilantes que Guardianes, y puede que no sobraran, habida cuenta de la naturaleza de los prisioneros.

—Quiera la Luz que no tengamos más problemas con ellos —murmuró Perrin. A lo largo de la noche, los Guardianes habían intentado escapar en dos ocasiones. A decir verdad, esos intentos de fuga habían sido suprimidos más por los Asha'man que por los cairhieninos o los mayenienses, y los hombres de negro no se habían andado con contemplaciones. Ninguno de los Guardianes había muerto, pero al menos una docena de ellos tenían huesos rotos, lesiones que a las hermanas no habían permitido sanar con la Curación.

—Si el lord Dragón no puede tomar la decisión —dijo quedamente Aram—, tal vez debería hacerlo otra persona. Para protegerlo.

Perrin lo miró de reojo.

—¿Qué decisión? Las hermanas les dijeron que no volvieran a intentar liberarse, y ellos obedecen sus órdenes.

Ni con huesos rotos ni sin ellos, desarmados como estaban y con las manos atadas a la espalda, los Guardianes seguían pareciendo una manada de lobos aguardando la

orden del lobo jefe para lanzarse al ataque. Ninguno descansaría hasta que su Aes Sedai estuviese libre, quizás hasta que lo estuvieran todas las hermanas. Aes Sedai y Guardianes: un haz de leña de roble bien seca, lista para prenderse fuego. Pero ni siquiera ellos estaban a la altura de los Asha'man.

—No me refería a los Guardianes. —Aram vaciló y luego se acercó a Perrin y bajó la voz hasta reducirla a un susurro—. Las Aes Sedai raptaron al lord Dragón. No puede fiarse de ellas, nunca, pero tampoco hará lo que tendría que hacer. Si murieran antes de que él se diera cuenta…

—¿Qué estás diciendo? —Perrin casi se atragantó al tiempo que se incorporaba bruscamente. No por primera vez, se preguntó si quedaba algo de gitano en el otro hombre—. ¡Están indefensas, Aram! ¡Son mujeres indefensas!

—¡Son Aes Sedai! —Los oscuros ojos se quedaron prendidos en los dorados de Perrin, sosteniéndole la mirada—. No son de fiar y no se las puede dejar libres. ¿Durante cuánto tiempo puede retenerse a unas Aes Sedai en contra de su voluntad? Llevan haciendo lo que hacen muchísimo más tiempo que los Asha'man. Tienen que saber más que ellos. Son un peligro para el lord Dragón, y para vos, lord Perrin. He visto cómo os miran.

Al otro lado del círculo de carretas, las hermanas hablaban entre ellas en susurros que ni siquiera Perrin podía oír, las bocas de unas pegadas al oído de las otras. De vez en cuando una de ellas los miraba a Aram y a él. Mejor dicho, a él. Había pillado varios nombres. Nesune Bihara. Erian Boroleos y Katerine Alruddin. Coiren Saeldain, Sarene Nemdahl y Elza Penfell. Janine Pavlara, Beldeine Nyram, Marith Riven. Ésas últimas eran las hermanas jóvenes; pero todas, jóvenes o intemporales, lo observaban con un aire de seguridad tal que parecía como si fueran ellas quienes tuviera la sartén por el mango a pesar de los Asha'man. Derrotar a las Aes Sedai no era fácil, y conseguir que admitieran la derrota excedía los límites de lo posible.

Perrin se obligó a aflojar los puños y apoyó las manos en las rodillas aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir. Sabían que era *ta'veren*, uno de los contados seres en torno a los cuales se conformaba el Entramado durante un tiempo. Lo que es más, sabían que estaba vinculado a Rand de un modo que nadie entendía, y Rand y él los que menos. Tampoco Mat; Mat también estaba en ese enredo, era otro *ta'veren*, aunque ninguno de los dos tan fuerte como Rand. Si se les presentaba la menor ocasión, esas mujeres los meterían a Mat y a él en la Torre Blanca tan deprisa como harían con Rand y los atarían como a corderos hasta que el león apareciera. Además, había que tener muy en cuenta que habían raptado y maltratado a Rand. Aram tenía razón en algo: no eran de fiar. Pero lo que Aram sugería… No podía tolerar —y nunca toleraría— tal cosa. La mera idea le revolvía el estómago.

—No quiero oír nada más al respecto —gruñó. El gitano abrió la boca, pero Perrin lo atajó—. Ni una palabra, Aram, ¿me has entendido? ¡Ni una palabra!

—Como ordene mi señor Perrin —murmuró el joven al tiempo que inclinaba la cabeza.

Perrin habría querido ver el rostro del chico. No había rabia en su olor; ni resentimiento. Eso era lo peor, que no había habido ira en el efluvio de Aram cuando sugirió el asesinato.

Un par de hombres de Dos Ríos se encaramaron a las ruedas de la carreta que había al lado y otearon colina abajo, por la ladera norte. Ambos llevaban una aljaba llena de flechas colgada en la cadera derecha y un cuchillo largo, casi una espada pequeña, en la izquierda. Más de trescientos hombres de la comarca lo habían seguido hasta allí. Perrin maldijo al primero que lo había llamado lord Perrin, maldijo el día en que había renunciado a oponerse a que le dieran ese título. Aun con los ruidos y murmullos que se generaban en un campamento de ese tamaño, no tuvo problemas para oír lo que decían esos dos.

Tod al'Caar, un año más joven que Perrin, soltó un largo suspiro, como si viese por primera vez lo que había allí abajo. Perrin casi podía ver la expresión del larguirucho joven. La madre del chico lo había dejado marchar de buen grado sólo por el honor que representaba que su hijo acompañara a Perrin Ojos Dorados.

—Alcanzar una gran victoria —dijo finalmente Tod—. Eso es lo que hemos hecho, ¿verdad, Jondyn?

El entrecano Jondyn Barran, nudoso como una raíz de roble, era uno de los contados hombres mayores que había en la tropa de trescientos. El mejor arquero de Dos Ríos, con excepción de maese al'Thor, y un cazador sin rival en la comarca, era uno de los residentes menos destacados de Dos Ríos. Jondyn no había trabajado un día más de lo estrictamente necesario desde que tuvo edad suficiente para dejar la granja de su padre. Los bosques y la caza eran lo único que le importaba; y beber en exceso los días de fiesta.

—Si tú lo dices, chico. —Escupió fuerte—. Es una gran victoria de los Asha'man, en cualquier caso. Y bienvenida sea, es lo que yo digo. Lástima que no cojan los laureles y se vayan a celebrarlo a otro sitio.

—No son tan malos —protestó Tod—. No me importaría ser uno de ellos.

Aquello sonó más a bravata y farol que a verdad. Y olía a lo mismo; sin necesidad de mirar, Perrin sabía que se estaba lamiendo los labios. A buen seguro que hasta no hacía muchos años su madre había utilizado cuentos sobre hombres que encauzaban para asustarlo.

—Me refería a Rand, es decir, al lord Dragón. Todavía suena extraño ¿verdad? Lo de que Rand al'Thor sea el Dragón Renacido y todo eso. —Tod soltó una risa breve, nerviosa—. En fin, que puede encauzar y no parece tan… Él no… Quiero decir… —Tragó saliva con esfuerzo—. Además, ¿qué oportunidades habríamos tenido ayer contra esas Aes Sedai sin ellos? —Esa frase la pronunció en un susurro. Ahora olía a

miedo—. Jondyn, ¿qué vamos a hacer? Me refiero a tener prisioneras a unas Aes Sedai.

El hombre mayor volvió a escupir, más ruidosamente que antes. Tampoco se molestó en bajar la voz. Jondyn siempre decía lo que pensaba sin importarle quién lo oyera, otra razón de su mala reputación.

—Mejor habría sido para nosotros que hubiesen muerto ayer, chico. Pagaremos por ello antes de que todo haya acabado. Y lo pagaremos con creces, tenlo por seguro.

Perrin se negó a seguir escuchando, algo nada fácil con su agudeza auditiva. Primero, Aram, y ahora Jondyn y Tod, aunque no de un modo tan directo. ¡Condenado Jondyn! En comparación, ese hombre podría hacer pasar por trabajador a Mat, pero cuando daba una opinión algunos no echaban en saco roto sus palabras. Ningún hombre de Dos Ríos haría daño voluntariamente a una mujer, pero ¿quién más deseaba que las Aes Sedai prisioneras estuviesen muertas? ¿Y quién podría intentar cumplir ese deseo?

Inquieto, recorrió con la mirada el círculo de carretas. La idea de que tal vez tuviera que proteger a las Aes Sedai prisioneras no era nada agradable, pero no se echaría atrás llegado el caso. No sentía aprecio por ninguna Aes Sedai, y menos por éstas, pero se había educado con la convicción de que un hombre arriesgaría su vida por proteger a una mujer hasta donde ella se lo permitiera; que no le cayera bien o incluso que no la conociera, no venía al caso. Cierto, una Aes Sedai podía coger a un hombre y hacerle un nudo de diez formas distintas, listo para el asador, pero con el acceso al Poder Único cortado, eran como cualquier otra persona. Ésa era su lucha interna cada vez que las miraba. Dos docenas de Aes Sedai. Dos docenas de mujeres que quizá no supieran cómo defenderse sin el Poder.

Durante unos segundos estudió a los guardias Asha'man; todos ellos mostraban un semblante sombrío como la muerte… excepto los que vigilaban a las tres mujeres neutralizadas. Éstos trataban de parecer tan severos como el resto, pero bajo esa máscara había algo más. Tal vez satisfacción. Ojalá estuviera lo bastante cerca de ellos para captar su olor. Cualquier Aes Sedai era una amenaza para los Asha'man. Puede que fuera lo mismo a la inversa. A lo mejor sólo las neutralizaban. Por lo poco que sabía de ese tema, neutralizar a una Aes Sedai equivalía a un asesinato aunque tardara unos pocos años en haber un cadáver.

En cualquier caso, decidió de mala gana, tenía que dejar que Rand se ocupara de los Asha'man. Esos hombres sólo hablaban entre sí y con los prisioneros, y Perrin dudaba que hicieran caso a nadie salvo al propio Rand. La cuestión era qué determinaría Rand. Y qué haría él si su amigo tomaba la decisión equivocada.

Dejando a un lado el problema, Perrin se rascó la barba con un dedo. A los cairhieninos las Aes Sedai los ponían demasiado nerviosos para que se plantearan

hacerles daño, y los mayenienses les tenían demasiado respeto, pero de todos modos no los perdería de vista. ¿Quién habría imaginado que Jondyn habría llegado tan lejos? Perrin tenía cierta influencia en cairhieninos y mayenienses, aunque la perdería en el momento en que lo pensaran un poco. Después de todo, en realidad no era más que un herrero. Quedaban los Aiel. Perrin suspiró. No sabía seguro hasta qué punto tenía Rand autoridad sobre los Aiel.

Resultaba difícil distinguir olores individuales habiendo tanta gente alrededor, pero Perrin se había acostumbrado a captar el estado de ánimo de la gente tanto por los aromas como por lo que revelaban sus ojos. Los *siswai'aman* que se acercaban lo bastante a él olían a tranquilidad, pero en alerta, un aroma regular e intenso. Daban la impresión de no reparar en las Aes Sedai. Los olores de las Doncellas estaban cargados de rabia contenida y cobraban intensidad cuando miraban a los prisioneros. En cuanto a las Sabias…

Todas las que habían llegado desde Cairhien podían encauzar a pesar de que sus rostros no poseían esa cualidad de intemporalidad. Perrin suponía que se debía a que no utilizaban el Poder Único muy a menudo. Con todo, tanto si las mejillas eran tersas como las de Edarra o estaban acartonadas como las de Sorilea, se comportaban con una seguridad en sí mismas, con una impavidez, que las equiparaba con las Aes Sedai. Mujeres garbosas en su mayor parte, casi todas altas, como lo era la casi totalidad de los Aiel, parecían no hacer el menor caso de las Aes Sedai.

Los ojos de Sorilea pasaron por todos los prisioneros sin detenerse, y la mujer de pelo blanco se puso a hablar a renglón seguido con Edarra y con otra Sabia, una mujer esbelta de cabello rubio, cuyo nombre desconocía Perrin. Ojalá pudiera saber de qué hablaban. Pasaron caminando cerca y, aunque aquellos tres rostros no manifestaron el más mínimo cambio, los olores eran harina de otro costal. Cuando la mirada de Sorilea se deslizó sobre las Aes Sedai, el olor de la mujer se tornó frío y distante, severo y resuelto, y, cuando les dijo algo a las otras dos, los efluvios de éstas sufrieron un cambio hasta igualar el de la Sabia de más edad.

—Buena se está preparando, maldita sea —gruñó.

—¿Algún problema? —preguntó Aram, que se sentó más erguido sobre los talones y situó la mano de manera que podría llevarla rápidamente a la empuñadura de la espada, con el pomo en forma de cabeza de lobo, y que asomaba por detrás de su hombro. Se había vuelto muy diestro con aquella espada en muy poco tiempo, y no tenía reparos en utilizarla.

—No, no ocurre nada, Aram. —No era exactamente una mentira. Sacado bruscamente de sus cavilaciones, Perrin miró realmente a los demás por primera vez. A todos ellos en conjunto. No le gustaba lo que veía, y las Aes Sedai sólo eran una parte.

Cairhieninos y mayenienses observaban con recelo a los Aiel, y éstos les pagaban

con la misma moneda, en especial a los cairhieninos. Eso no era de sorprender. Después de todo, los Aiel tenían cierta reputación de no ser muy amistosos con cualquiera que hubiese nacido a ese lado de la Columna Vertebral del Mundo, y con los cairhieninos con quien menos. La pura verdad era que Aiel y cairhieninos se odiaban hasta donde era posible odiar. Ni los unos ni los otros habían olvidado realmente su enemistad; todo lo más, la tenían sujeta con una correa floja. Empero, hasta ese momento Perrin había estado convencido de que la mantendrían a raya. Aunque sólo fuera por Rand. Pero había un ambiente raro en el campamento, una tensión en el aire que ejercía una gran presión en todos. Rand estaba libre ahora, y, a la postre, las alianzas temporales eran exactamente eso, temporales. Los Aiel sopesaban sus lanzas cuando miraban a los cairhieninos, y éstos toqueteaban sus espadas con aire sombrío. Lo mismo que los mayenienses; no tenían nada en contra de los Aiel, nunca habían luchado contra ellos excepto en la Guerra Aiel, cuando lo hizo todo el mundo, pero si la cosa desembocaba en un conflicto no cabía duda de parte de quién se pondrían. Probablemente los hombres de Dos Ríos también.

Sin embargo, el talante sombrío había calado más en los Asha'man y en las Sabias. Los hombres de negro hacían tan poco caso de las Doncellas y los *siswai'aman* como de cairhieninos, mayenienses u hombres de Dos Ríos. Por el contrario, observaban a las Sabias con igual hosquedad que a las Aes Sedai. Seguramente para ellos no había diferencia entre unas y otras siendo mujeres que encauzaban. Todas podían ser enemigas y peligrosas; trece juntas representaban un peligro mortal, y había más de noventa Sabias en el campamento o en los alrededores. No llegaban a la mitad del número de Asha'man presentes, pero aun así bastaban para hacer mucho daño si se lo proponían. Mujeres capaces de encauzar y que no obstante parecían seguir a Rand.

Por su parte, las Sabias miraban a los Asha'man con sólo un poquito menos de frialdad que a las Aes Sedai. Los Asha'man eran hombres que encauzaban, pero que seguían a Rand; seguían a Rand, pero… Rand era un caso especial. Según Gaul, el hecho de que pudiera manejar el Poder Único no se mencionaba en las profecías sobre su *Car'a'carn*, aunque los Aiel actuaban como si ese factor enojoso no existiera. Sin embargo, los Asha'man no aparecían en esas profecías. Debía de ser como descubrir que había una manada de leones rabiosos luchando en el bando propio. ¿Cuánto tiempo se mantendrían leales? Quizá lo mejor sería sacrificarlos ahora.

Perrin recostó la cabeza en la rueda de la carreta, los ojos cerrados, y su pecho se agitó con una risa silenciosa, amarga. El Cenit de Chasaline, recordar las cosas buenas. «Así la Luz me abrase —pensó, desabrido—. Tendría que haberme ido con Rand.» No, más valía saber las cosas, y cuanto antes mejor. Pero ¿qué demonios podía hacer él? Si los Aiel y los cairhieninos y los mayenienses se enzarzaban o, peor

aún, si lo hacían los Asha'man y las Sabias… Un pozo lleno de serpientes, y el único modo de descubrir cuáles eran venenosas era metiendo la mano. «Luz, ojalá estuviera en casa, con Faile, y una buena forja donde trabajar, y sin que nadie me llame con ese jodido título a cada paso.»

—Vuestro caballo, lord Perrin. No dijisteis si preferíais a *Brioso* o a *Recio*, así que he ensillado a…

La feroz mirada de los dorados ojos de Perrin hizo enmudecer a Kenly Maerin, que se echó hacia atrás, pegándose contra el semental pardo que sujetaba por las riendas. Perrin hizo un ademán para sosegar al joven. No era culpa de Kenly. Lo que no podía enmendarse tenía que aguantarse.

—Tranquilo, muchacho, hiciste lo correcto. *Brioso* me servirá. Elegiste bien.

Detestaba hablar así a Kenly. Bajo y fornido, el chico apenas tenía edad para casarse o marcharse de casa; ni era lo bastante mayor para esa barba despareja, a retazos, que estaba intentando dejarse crecer para imitarlo. Aun así, había luchado contra los trollocs en Campo de Emond, y el día anterior se había desenvuelto bien. El chico sonrió de oreja a oreja ante la alabanza de lord Perrin Ojos Dorados.

Éste se levantó, cogió el hacha que había dejado apoyada debajo de la carreta, fuera de su vista y de su mente durante un rato, y metió el mango por la presilla de cuero del cinturón. La pala era una media luna de acero cuyo peso quedaba equilibrado con un pincho grueso y curvo que salía hacia el lado opuesto; un objeto pensado y creado exclusivamente para matar con él. El tacto del mango le resultaba demasiado familiar para que Perrin se sintiera a gusto. ¿Recordaba siquiera lo que era sentir en las manos un buen martillo de herrero? Había otras cosas aparte del «lord Perrin» que quizá ya era demasiado tarde para cambiar. Una vez un amigo le había dicho que conservara el hacha sólo hasta que empezara a gustarle usarla. La idea hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a despecho del calor.

Subió a la silla, y Aram hizo lo propio en la del caballo gris; se quedó montado de cara al sur, hacia el centro del círculo de carretas. Loial, que debía de sacar casi un metro al Aiel más alto, entraba en ese momento en el círculo, pasando cuidadosamente por encima de las lanzas de las carretas. Con su tamaño, tenía el aspecto de poder romper una de aquellas gruesas varas de madera con sólo pisarla. Como siempre, el Ogier llevaba un libro en las manos, y señalaba la página con uno de sus gruesos dedos; en los inmensos bolsillos de su chaqueta se marcaban las formas de más libros. Había pasado la mañana en un pequeño soto que él describió como apacible y umbrío; pero, hubiera más o menos sombra bajo aquellos árboles, lo cierto es que el calor también lo estaba afectando a él. Tenía aspecto de cansado, y llevaba la chaqueta desabrochada, la camisa con las lazadas sueltas y las botas enrolladas hasta debajo de las rodillas. O quizá fuera algo más que el calor. Nada más entrar en el círculo de carretas Loial se detuvo para mirar a las Aes Sedai y los

Asha'man, y sus copetudas orejas se agitaron con nerviosismo. Los ojos, grandes como tazas, giraron hacia las Sabias, y las orejas volvieron a vibrar. Los Ogier percibían fácilmente el ambiente de un lugar.

Al ver a Perrin cruzó a zancadas el espacio que los separaba. Montado en *Brioso* Perrin medía dos o tres palmos menos que Loial de pie.

—Perrin —susurró el Ogier—, todo esto está mal. Y además es peligroso.

Para un Ogier podía considerarse un susurro, pero sonó como el zumbido de una abeja del tamaño de un mastín. Algunas Aes Sedai giraron la cabeza en su dirección.

—¿Puedes hablar un poco más alto? —musitó Perrin—. Creo que alguien en Andor no te ha oído. Al oeste de Andor.

Loial pareció sobresaltarse; después compuso una mueca pesarosa, y las largas cejas rozaron sus mejillas.

—No se me da bien lo de susurrar, ya lo sabes. —Esta vez, no parecía probable que alguien hubiera podido escucharlo claramente a más de tres metros—. ¿Qué vamos a hacer, Perrin? Es un error retener Aes Sedai en contra de su voluntad. Un error y una locura también. Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir. Y eso no es lo peor. Lo que flota en el aire aquí… En fin, sólo hace falta una chispa, y todo estallará como un carro lleno de fuegos artificiales. ¿Está Rand enterado de esto?

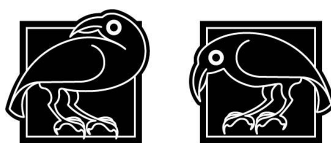
—No lo sé —contestó Perrin a las dos preguntas de su amigo. Al cabo de un momento el Ogier sacudió la cabeza, renuente.

—Pues alguien tiene que saberlo, Perrin. Alguien tiene que hacer algo.

Loial miró por encima de las carretas hacia el norte, y Perrin comprendió que ya no podía posponerlo más.

De mala gana hizo dar media vuelta a *Brioso*. Habría preferido seguir preocupado y rumiando a costa de las Aes Sedai y los Asha'man y las Sabias hasta quedarse calvo, pero lo que tenía que hacerse, tenía que hacerse. Punto. Conque pensar en las cosas buenas en el Cenit de Chasaline, ¿no?

2



El patio del carnicero

Al principio Perrin no miró ladera abajo, hacia donde tendría que cabalgar, donde tendría que haber ido con Rand esa mañana. Con todo, se quedó junto a las carretas, por dentro del círculo, y dirigió los ojos a cualquier otra parte, aunque el panorama en cualquier dirección le daba náuseas. Era como recibir un mazazo en el estómago.

Mazazo. Diecinueve tumbas recientes en lo alto de un pequeño cerro, al este; diecinueve hombres de Dos Ríos que no volverían a ver su hogar. Un herrero rara vez tenía que presenciar que muriera gente por causa de una decisión suya. Los hombres de Dos Ríos habían obedecido sus órdenes, al menos. En caso contrario, habría habido más tumbas. Mazazo. Rectángulos de tierra removida recientemente alfombraban la loma siguiente; cerca de un centenar de mayenienses y aún más cairhieninos que habían ido a los pozos de Dumai para morir. Tanto daba las causas o las razones; habían seguido a Perrin Aybara. Mazazo. La ladera escarpada del oeste parecía hecha de tumbas, puede que mil o más. Un millar de Aiel, enterrados de pie, mirando cada amanecer. Un millar. Algunas eran Doncellas. La muerte de hombres le ponía un nudo en el estómago; la de mujeres lo hacía desear sentarse y romper a llorar. Intentó decirse que todos ellos habían elegido estar allí, que tenían que estar allí. Las dos cosas eran verdad, pero él había dado las órdenes, y eso lo hacía responsable de aquellas tumbas. No a Rand ni a las Aes Sedai. A él.

Los Aiel vivos habían interrumpido los cánticos por sus muertos hacía un rato; eran cantos inquietantes, que se recitaban fragmentados y quedaban prendidos en la memoria.

La vida es un sueño… que no conoce la sombra.
La vida es un sueño… de dolor y de congoja.
Un sueño del que… rogamos despertar.
Un sueño del que… despertamos al marchar.
¿Quién podría dormir… si un nuevo amanecer aguarda?
¿Quién podría dormir… cuando un dulce viento sopla?
Un sueño siempre se acaba… con la llegada del alba.
Este sueño del que… despertamos para marcharnos.

Parecían encontrar consuelo en esos cantos. Ojalá pudiera hallarlo él también, pero, por lo que sabía, a los Aiel no parecía importarles realmente vivir o morir, y eso era una locura. Un hombre cuerdo deseaba vivir. Cualquier hombre cuerdo se alejaría corriendo de una batalla tan lejos y tan deprisa como pudieran llevarlo las piernas.

Brioso sacudió y levantó la cabeza; los ollares se agitaron por los olores que llegaban de abajo. Perrin le palmeó el cuello. Aram esbozaba una sonrisa mientras contemplaba lo que Perrin intentaba no ver. El semblante de Loial estaba tan inexpresivo que podría haber sido una talla de madera. El Ogier movió levemente los labios y Perrin creyó oírle decir:

—Luz, no permitas que vuelva a ver nada igual.

Perrin respiró profundamente y se obligó a dirigir los ojos en aquella dirección, hacia los pozos de Dumai.

En ciertos aspectos no era tan malo como las tumbas —había conocido a algunas de aquellas personas desde la infancia— pero en cualquier caso fue como si todo se le viniera encima a la vez, como si el olor se tornara sólido en su nariz y lo golpeara entre los ojos. Los recuerdos que había querido olvidar regresaron de golpe. Los pozos de Dumai habían sido un campo de batalla donde matar, donde morir, pero ahora era peor. A poco más de un kilómetro, los restos calcinados de las carretas rodeaban un pequeño soto y casi ocultaban los bajos brocales de piedra de los pozos. Y rodeando aquello…

Un mar negro y bullente, buitres, cuervos y cornejas a millares, alzando el vuelo en oleadas y posándose de nuevo, tapando como un manto la tierra fracturada. Por lo que Perrin daba las gracias. Los brutales métodos de los Asha'man habían despedazado cuerpos y tierra por igual, con indiferencia. Habían muerto tantos Shaido que se habría tardado varios días en enterrarlos, si es que alguien se hubiera preocupado por hacerlo, de modo que las aves carroñeras se estaban dando un festín. También se encontraban allí abajo los lobos muertos; Perrin habría querido enterrarlos, pero no era así como actuaban los lobos. Se habían hallado los cadáveres de tres Aes Sedai; su capacidad de encauzar no las había salvado de lanzas y flechas en la vorágine de la batalla. También hallaron los cuerpos de seis Guardianes, a quienes enterraron en el claro cercano a los pozos.

No eran las aves las únicas que acompañaban a los muertos. En absoluto. Oleadas de alas negras se alzaban por encima de lord Dobraine Taborwin y más de doscientos de sus jinetes cairhieninos, así como del teniente Havien Nurelle y el resto de sus mayenienses, aparte de los que se ocupaban de vigilar a los Guardianes. Los con de rombos blancos sobre fondo azul señalaban a los oficiales de Cairhien, salvo el propio Dobraine, y los petos rojos y las lanzas con banderines del mismo color de los mayenienses avanzaban en medio de la carnicería. Dobraine no era el único que sujetaba un trapo contra su nariz. Aquí y allí, un hombre se inclinaba a un lado de la

silla para vomitar aunque ya había vaciado el estómago antes. Mazrim Taim, casi tan alto como Rand, con su chaqueta negra y los dragones azules y dorados trepando por las mangas, iba a pie, junto con unos cien Asha'man. Algunos de ellos también habían vomitado. Había Doncellas a decenas, más *siswai'aman* que cairhieninos, mayenienses y Asha'man juntos, y varias docenas de Sabias. Todo ello por la posibilidad de que los Shaido regresaran; o quizá por si alguno de los muertos sólo estaba fingiendo, aunque Perrin creía que cualquiera que fingiese ser un cadáver en ese sitio no tardaría en volverse loco de remate. Todo girando en torno a Rand.

Perrin tendría que haber estado allí abajo con los hombres de Dos Ríos. Rand había pedido su compañía, había hablado de la confianza en la gente de casa, pero Perrin no le prometió nada. «Tendrá que conformarse conmigo, y tarde», pensó. Al cabo de un momento, cuando consiguiera armarse de valor para bajar al patio del carnicero. Sólo que los cuchillos de un carnicero no descuartizaban personas, y eran más pulcros que las hachas, que los buitres.

Los trajes de los Asha'man se difuminaban con el mar de plumas negras —la muerte engullida por la muerte— y los cuervos y cornejas que alzaban el vuelo ocultaban a los demás, pero Rand destacaba con su camisa blanca, hecha jirones, que llevaba puesta cuando lo habían rescatado. Aunque tal vez para entonces ya no necesitaba ayuda para ser liberado. Perrin hizo una mueca al ver a Min, vestida con chaqueta de color rojo claro y polainas ajustadas, pegada a Rand. La joven no debería estar allí —ni ella ni nadie—, pero desde el momento del rescate no se había apartado de Rand, y se mantenía más cerca incluso que Taim. Rand se las había ingeniado para liberarse a sí mismo y a Min mucho antes de que Perrin y los Asha'man hubiesen conseguido llegar hasta él rompiendo el cerco, de modo que Perrin sospechaba que la muchacha sólo se sentía realmente segura al lado de Rand.

De vez en cuando, mientras caminaba por el campo de batalla convertido en osario, Rand le daba suaves palmaditas en el brazo e inclinaba la cabeza para hablar con ella, pero sin poner en ello toda su atención. Negras nubes de aves se agitaban a su alrededor; las más pequeñas se dirigían a otro lugar para seguir comiendo, mientras que los buitres se apartaban a regañadientes, negándose a alzar el vuelo, al tiempo que alargaban los cuellos pelados y lanzaban gritos desafiantes. De vez en cuando, Rand se agachaba junto a un cadáver, y en ocasiones de sus manos salía una descarga de fuego para abatir a los buitres que se resistían a apartarse de los cadáveres. Cada vez que pasaba esto, Nandera, que dirigía a las Doncellas, o Sulin, su segunda al mando, discutían con él. Las Sabias también lo hacían esporádicamente, a juzgar por el modo en que tiraban de la chaqueta del cadáver como para demostrar algo. Y Rand asentía con la cabeza y seguía caminando. Aunque no sin echar ojeadas hacia atrás; y sólo cuando otro cadáver llamaba su atención.

—¿Qué hace? —demandó una voz altanera junto al caballo de Perrin. Éste

reconoció por el olor a la mujer que había hablado antes de bajar la vista hacia ella. Escultural y elegante con su traje de montar de seda verde y el guardapolvo de fino lino, Kiruna Nachiman era hermana del rey Paitar de Arafel y una noble poderosa por sí misma; convertirse en Aes Sedai no había contribuido precisamente a moderar sus modales. Absorto en lo que ocurría allí abajo, Perrin no la había oído acercarse—. ¿Por qué está metido ahí? No debería hacerlo.

No todas las Aes Sedai que había en el campamento estaban prisioneras, aunque las que gozaban de libertad no se habían dejado ver desde el día anterior; se habían dedicado a hablar entre ellas, intentando dilucidar lo ocurrido al final, sospechaba Perrin. Tal vez tratando de discurrir algún modo de resolverlo. Ahora habían vuelto a la carga, el grupo en pleno. Bera Harkin, otra Verde, estaba junto a Kiruna; su apariencia era la de una granjera a pesar de su intemporal rostro y su excelente vestido de lana, pero, a su modo, era tan altanera como la propia Kiruna. Esa supuesta granjera habría ordenado a un rey que se limpiara las botas antes de entrar en su casa, y lo habría hecho sin contemplaciones. Ellas dos, Kiruna y Bera, se encontraban al frente de las hermanas que habían ido a los pozos de Dumai con Perrin, o quizá se alternaban en el cargo. No estaba muy claro, cosa muy habitual con las Aes Sedai.

Las otras siete se habían parado a corta distancia, agrupadas como una bandada de perdices. O mejor dicho, como una manada de leonas, habida cuenta de su actitud de seguridad en sí mismas. Apostados detrás se encontraban sus Guardianes, y, si las hermanas eran la viva imagen de la serenidad de cara al exterior, los Gaidin mostraban su talante a las claras. Eran hombres dispares. Algunos llevaban aquellas capas de colores cambiantes que parecían volver invisibles partes de su cuerpo; pero, ya fueran bajos o altos, corpulentos o delgados, sin hacer otra cosa que estar allí plantados, daban la impresión de violencia refrenada únicamente por una correa desgastada.

Perrin conocía bien a dos de esas mujeres: Verin Mathwin y Alanna Mosvani. Verin pertenecía al Ajah Marrón; era baja y fornida, a veces con un aspecto casi maternal que se combinaba con una actitud aparentemente distraída, salvo cuando lo observaba a uno del modo en que haría un pájaro con un gusano. Alanna, de tez morena, esbelta y guapa, aunque últimamente se la veía algo demacrada por alguna razón, era una Verde. En total, de las nueve hermanas, cinco de ellas eran Verdes. En cierta ocasión, hacía ya tiempo, Verin le había dicho a Perrin que no confiara demasiado en Alanna, advertencia que él se había tomado muy en serio. Tampoco se fiaba de las demás, incluida la propia Verin. Lo mismo le ocurría a Rand, a pesar de que hubiesen luchado a su favor el día anterior y a despecho de lo que había sucedido al final. Algo que Perrin todavía no acababa de creer a pesar de haberlo visto con sus propios ojos.

Alrededor de doce Asha'man remoloneaban junto a una de las carretas, a unos

veinte pasos de las hermanas. Un tipo con pinta de bravucón y rasgos duros, un tal Charl Gedwyn, tenía el mando esa mañana; mostraba un porte erguido, con aire arrogante. Todos lucían un alfiler de plata en forma de espada, prendido en el cuello de la chaqueta, y cuatro o cinco, además de Gedwyn, llevaban un dragón esmaltado, dorado y rojo, en el otro pico del cuello. Perrin suponía que tenía algo que ver con el rango. Había visto otros cuantos Asha'man con los dos alfileres. Aunque no actuaran como guardianes exactamente, lo cierto es que se las arreglaban para estar allí donde Kiruna y las demás se encontrasen. Como si estuviesen disfrutando de un período de descanso. Pero sin perderlas de vista. Por su parte, las Aes Sedai no se daban cuenta… aparentemente. Empero, las hermanas olían a cautela, desconcierto y cólera. Ello tenía que deberse, al menos en parte, a los Asha'man.

—¿Y bien? —En los oscuros ojos de Kiruna asomó un chispazo de impaciencia. A buen seguro pocas personas la hacían esperar.

—No lo sé —mintió mientras volvía a palmear el cuello de *Brioso*—. Rand no me cuenta todo.

Había deducido algo —o eso creía— pero no pensaba decírselo a nadie. Era Rand quien debía decidir si quería revelarlo o no. Todos los cuerpos que Rand se paraba a mirar pertenecían a Doncellas; Perrin estaba seguro de ello. Doncellas Shaido, sin duda, aunque no entendía bien qué importancia tenía para Rand que fueran de uno u otro clan. La noche pasada se había alejado de las carretas para estar solo, y cuando el sonido de las risas de los hombres, gozosos de seguir vivos, llegaba apagado a su espalda, encontró a Rand. El Dragón Renacido, que hacía temblar al mundo, estaba sentado en el suelo, solo en la oscuridad, los brazos ceñidos en torno a sí, meciéndose atrás y adelante.

Para Perrin, con su agudeza visual, la luz de la luna era casi tan intensa como la del sol, pero en ese momento habría deseado que lo envolviera la más profunda oscuridad. Rand tenía el rostro crispado y demacrado; era el semblante de un hombre que tiene ganas de gritar o tal vez de romper a llorar y que se está conteniendo con todas sus fuerzas. Fuera cual fuera el truco que las Aes Sedai utilizaban para que el calor no las afectara, Rand y los Asha'man también lo conocían, pero su amigo no lo estaba usando en ese momento. La temperatura nocturna habría sido la normal de un día de verano caluroso, y el sudor le corría a Rand por la cara tanto como a Perrin.

A pesar de que Perrin había hecho ruido al pisar la hierba reseca, Rand no miró hacia atrás; no obstante, habló con voz enronquecida, sin dejar de mecerse:

—Ciento cincuenta y una, Perrin. Ciento cincuenta y una Doncellas han muerto hoy. Por mí. Se lo prometí, ¿comprendes? ¡No discutas conmigo! ¡Cállate! ¡Vete! —A pesar de transpirar profusamente, Rand tembló—. No es a ti, Perrin. No es a ti.

Tengo que mantener mis promesas, ¿entiendes? He de hacerlo, por mucho que me duela. Pero también debo mantener la promesa que me hice a mí mismo. Por mucho que duela.

Perrin trató de no pensar en la suerte que aguardaba a los hombres capaces de encauzar. Los afortunados morían antes de volverse locos; los que no tenían suerte, morían después. Tanto si Rand se encontraba entre los primeros o los segundos, todo dependía de él. Todo.

—Rand, no entiendo lo que dices, pero…

Rand no parecía estar escuchándolo. Siguió meciéndose adelante y atrás. Adelante y atrás.

—Isan, del septiar Jarra de los Chareen. Hoy murió por mí. Chuonde, del septiar Sierra Dorsal de los Miagoma. Hoy murió por mí. Agirin, de los Daryne…

Había hecho lo único que estaba en su mano; aguantar firme y escuchar a Rand recitar los ciento cincuenta y un nombres. Escuchar y esperar que Rand no estuviera perdiendo la razón.

Sin embargo, tanto si Rand estaba del todo cuerdo como si no, si una Doncella que había ido a luchar por él faltaba y seguía allí abajo, Perrin estaba convencido de que no sólo se la enterraría debidamente junto con las otras en la empinada ladera, sino que serían ciento cincuenta y dos los nombres de esa lista. Y que nada de eso incumbía a Kiruna. Ni eso ni sus dudas. Lo que importaba era que Rand estuviera cuerdo; o lo bastante cuerdo, en cualquier caso. Punto. ¡Luz, ojalá fuera así!

«¡Y así me abrase la Luz por pensarlo con tanta frialdad!»

Por el rabillo del ojo vio que la Aes Sedai apretaba los carnosos labios durante un instante. Le gustaba tan poco no saberlo todo como que la hicieran esperar. Habría sido toda una belleza, salvo porque su rostro era el de una persona acostumbrada a conseguir lo que quería. No es que tuviera una expresión enfurruñada, simplemente reflejaba una certeza absoluta de que cualquier cosa que quisiera era lo correcto, lo adecuado, lo que tenía que ser.

—Con tantos cuervos y cornejas reunidos en un sitio, tiene que haber cientos, tal vez miles, listos para informar a un Myrddraal de lo que han visto. —No hizo el menor esfuerzo para disimular su irritación; por su tono habríase dicho que la culpa de que las aves estuvieran allí era de él—. En las Tierras Fronterizas los matamos en el acto. Tienes hombres a tus órdenes, y ellos tienen arcos.

Era verdad que cualquier cuervo o corneja podía ser un espía de la Sombra, pero lo invadió la rabia. La rabia y el hastío.

—¿Para qué? ¿De qué iba a servir? —Con tantas aves, los hombres de Dos Ríos y los Aiel podían disparar todas las flechas que tenían y seguiría habiendo espías que llevaran la información. Las más de las veces, resultaba imposible saber si el espía

era el ave que uno había matado u otra que había huido volando—. ¿Es que no ha habido bastante matanza ya? Y habrá más a no tardar. ¡Luz, mujer, hasta los Asha'man están ahítos!

En el grupo de hermanas que los observaban se enarcaron muchas cejas. Nadie hablaba de ese modo a una Aes Sedai; ni siquiera un rey o una reina. Bera le asestó una mirada que ponía de manifiesto que se estaba planteando arrancarlo de la silla y darle de bofetadas. Con la vista fija todavía en la escena caótica de allí abajo, Kiruna se alisó la falda; su rostro mostraba una fría determinación. Las orejas de Loial se agitaron. El Ogier sentía un gran respeto, no exento de aprensión, por las Aes Sedai; casi el doble de alto que la mayoría de las hermanas, a veces se comportaba como si una de ellas pudiera pasar por encima de él sin darse cuenta si se ponía en su camino.

Perrin no le dio ocasión de hablar a Kiruna. Si uno le daba un dedo a una Aes Sedai, ella cogía todo el brazo, a no ser que decidiera coger más.

—Me habéis estado evitando todas, pero tengo que deciros unas cuantas cosas. Desobedecisteis las órdenes ayer. Si queréis llamarlo cambio de planes —prosiguió sin pausa cuando la vio abrir la boca—, hacedlo. Si es que creéis que con eso se suaviza lo ocurrido. —Se les había dicho a ella y las otras ocho que se quedaran con las Sabias, lejos de la batalla, protegidas por los hombres de Dos Ríos y los mayenienses. En lugar de eso, se habían lanzado de cabeza en lo más reñido del combate, en medio de hombres que intentaban hacerse picadillo con espadas y lanzas —. Llevasteis con vosotras a Havien Nurelle, y la mitad de los mayenienses murieron por ese motivo. No volveréis a actuar a vuestro capricho, sin consideración por la suerte de los demás. No estoy dispuesto a ver morir hombres sólo porque a vosotras se os ocurra de repente que hay un modo mejor de hacer las cosas, y al infierno con lo que piensen todos los demás. ¿Ha quedado claro?

—¿Has terminado, granjero? —El tono de Kiruna era peligrosamente tranquilo. El rostro que alzó hacia él podría muy bien haber estado tallado en hielo, y apestaba a vejación. A pesar de estar en el suelo, se las ingenió para dar la impresión de que lo miraba desde arriba. Y no era por ningún truco de Aes Sedai; Perrin había visto a Faile hacer lo mismo, y se barruntaba que la mayoría de las mujeres sabía cómo hacerlo—. Te diré algo, y lo haré de modo que hasta alguien con un mínimo de inteligencia sea capaz de entenderlo. Por los Tres Juramentos, ninguna hermana puede utilizar el Poder Único como un arma excepto contra Engendros de la Sombra o en defensa de su vida, la de sus Guardianes o la de otra hermana. Podríamos haber permanecido donde nos dejaste como meras espectadoras hasta la llegada del Tarmon Gai'don sin siquiera tener la oportunidad de hacer algo útil. Hasta que estuvimos en peligro. No me gusta tener que explicar mis actos, granjero, de modo que no me pongas en el brete de tener que hacerlo otra vez. ¿Ha quedado claro?

Las orejas de Loial se agitaban frenéticamente, y el Ogier miraba al frente con

tanto empeño que saltaba a la vista que habría querido estar en cualquier otra parte excepto allí, hasta con su madre, que quería casarlo. Aram no podía tener la boca más abierta, y eso que siempre intentaba fingir que las Aes Sedai no le impresionaban en absoluto. Jondyn y Tod bajaron de la rueda en la que estaban encaramados con un aire en exceso indiferente; Jondyn tuvo la suficiente presencia de ánimo de alejarse caminando del lugar, pero Tod echó a correr, lanzando frecuentes ojeadas atrás.

La explicación de Kiruna sonaba razonable; probablemente fuera verdad. Mejor dicho, debido a otro de los Tres Juramentos, tenía que ser verdad. Sin embargo, había escapatorias. Como por ejemplo no decir toda la verdad o eludirla o darle la vuelta. Cabía en lo posible que las hermanas se hubiesen puesto en peligro adrede para así poder utilizar el Poder como arma, pero Perrin se comería sus botas si no lo habían hecho con la idea de llegar junto a Rand antes que nadie. Lo que hubiera ocurrido después… A saber. Pero de lo que no le cabía duda era de que en los planes de las hermanas no se incluía nada de lo que pasó realmente.

—Viene hacia aquí —dijo Loial inesperadamente—. ¡Mirad! Rand viene. —Luego, bajando el tono, añadió—: Ten cuidado, Perrin. —Considerando que era Ogier, podía decirse que habló en un susurro. Seguramente Aram y Kiruna lo oyeron claramente, y quizá Bera, pero nadie más—. ¡A ti no te prometieron nada! —Su voz retomó el habitual timbre estruendoso—. ¿Crees que querrá contarme lo que pasó en el centro del campamento? Es por mi libro. —Estaba escribiendo un libro sobre el Dragón Renacido o, al menos, tomando notas—. A decir verdad, apenas vi nada una vez que empezó… la lucha. —Había estado al lado de Perrin en lo más reñido del combate, blandiendo un hacha cuyo mango era casi tan largo como él de alto; resultaba difícil reparar en cualquier cosa cuando se estaba luchando para seguir vivo. Si se juzgaba por lo que decía Loial, cualquiera diría que siempre se encontraba en cualquier otra parte cuando las cosas se ponían feas—. ¿Creéis que lo hará, Kiruna Sedai?

Kiruna y Bera intercambiaron una mirada y después, sin decir palabra, se dirigieron hacia donde aguardaban Verin y las demás. Siguiéndolas con la mirada, Loial soltó un suspiro que sonó como el viento soplando en una caverna.

—Debes tener cuidado, Perrin, te lo digo en serio —susurró—. Tienes la lengua muy suelta. —Sonó como un abejorro del tamaño de un gato en lugar de un mastín.

Perrin opinaba que todavía sería capaz de aprender a hablar en susurros si seguía estando cerca de Aes Sedai el tiempo suficiente. Con todo, hizo un ademán al Ogier para que se callara, para así poder escuchar. Las hermanas empezaron a hablar de inmediato, pero ni una sola sílaba llegó a oídos de Perrin. Obviamente habían levantado una barrera con el Poder Único.

Y también resultó obvio para los Asha'man, que pasaron en un visto y no visto de estar en actitud distendida a ponerse en alerta, todos ellos pendientes de las hermanas.

No había modo de saber si habían aferrado el *Saidin*, la mitad masculina de la Fuente Verdadera, pero Perrin habría apostado *Brioso* a que lo habían hecho. Y, a juzgar por la mueca furiosa de Gedwyn, éste también se sentía dispuesto a utilizarlo.

Fuese cual fuese la barrera levantada por las Aes Sedai, la habían deshecho ya. Se volvieron y miraron ladera abajo, en silencio. Hubo intercambio de miradas entre los Asha'man, y finalmente Gedwyn hizo una seña y volvieron a su aparente indolencia. Parecía desilusionado. Perrin gruñó con irritación y se volvió a mirar hacia la base del cerro.

Rand subía la cuesta con Min cogida de su brazo; él le daba palmaditas en la mano y charlaba con ella. Una vez echó la cabeza atrás y rompió a reír, y Min hizo otro tanto, retirando los oscuros bucles que le caían sobre los hombros. Cualquiera lo habría tomado por un campesino que paseaba con su novia. Salvo que llevaba ceñida a la cadera su espada, y a veces pasaba la mano por la larga empuñadura. Y excepto porque Taim iba casi pegado a su otro brazo. Y porque las Sabias lo seguían muy de cerca. Y por los círculos formados por Doncellas y *siswai'aman*, cairhieninos y mayenienses que completaban la comitiva.

Qué alivio no haber tenido que bajar a aquel osario, después de todo; empero, tenía que advertir a Rand de las complejas enemistades que había advertido esa mañana. ¿Qué haría si Rand no le prestaba atención? Rand había cambiado desde que habían salido de Dos Ríos, y más desde que Coiren y esa pandilla lo habían raptado. No. Tenía que estar cuerdo.

Cuando Rand y Min entraron en el círculo de carretas, la mayoría del acompañamiento se quedó en el exterior, aunque no fueron pocos los que los acompañaron dentro, ni mucho menos. En realidad formaban un nutrido cortejo.

Taim lo seguía como si fuera su sombra, por supuesto; moreno, la nariz ligeramente ganchuda y en general lo que Perrin suponía que la mayoría de las mujeres consideraría apuesto. De hecho, unas cuantas Doncellas le habían dedicado miradas de soslayo y ojeadas no tan de pasada; eran atrevidas en ese tipo de cosas. Nada más entrar, Taim dirigió una mirada a Gedwyn, el cual sacudió la cabeza tan ligeramente que apenas se notó. Una mueca asomó al semblante de Taim, pero desapareció al instante.

Nandera y Sulin, naturalmente, iban pisándole los talones a Rand. A Perrin le extrañó que no hubiesen llevado otras veinte Doncellas. No dejaban que Rand se bañara siquiera a menos que hubiese Doncellas montando guardia alrededor de la tina, que Perrin supiera. No entendía que Rand aguantara algo así. Las dos llevaban el *shoufa* caído sobre los hombros, dejando descubierto el cabello, corto salvo por el mechón largo en la nuca. Nandera era una mujer nervuda, con más cabellos canosos que rubios, pero de algún modo sus duros rasgos resultaban atractivos, ya que no hermosos. Sulin —enjuta, con cicatrices, la piel curtida y el cabello blanco— hacía

que Nandera pareciese bonita y casi dulce en comparación. También echaron un vistazo a los Asha'man sin dar la impresión de hacerlo, y después observaron a los dos grupos de Aes Sedai con igual circunspección. Los dedos de Nandera se movieron velozmente en el lenguaje de señas de las Doncellas. No por primera vez, Perrin deseó ser capaz de entenderlo, pero una *Far Dareis Mai* renunciaría a la lanza para casarse con un sapo antes que enseñar su lenguaje secreto a un hombre. Una Doncella en la que Perrin no había reparado antes, y que se hallaba sentada en cuclillas junto a una carreta a pocos pasos de Gedwyn, respondió de igual modo; lo mismo hizo otra que hasta ese momento había estado jugando a hacer cunitas con una hermana de lanza, cerca de los prisioneros.

Amys condujo a las Sabias al interior del círculo de carretas, y el grupo se quedó a un lado para hacer un aparte con Sorilea y otras cuantas que no habían abandonado el campamento. A despecho de que su rostro parecía demasiado joven en contraste con el cabello blanco, largo hasta la cintura, Amys era una mujer importante entre las Sabias, la segunda en rango después de Sorilea. No utilizaron trucos para cubrir su conversación, pero siete u ocho Doncellas formaron un círculo a su alrededor inmediatamente y comenzaron a canturrear entre dientes, para sí mismas. Algunas se sentaron, otras permanecieron de pie y unas cuantas se pusieron en cuclillas, cada cual a lo suyo y todas actuando como por casualidad, lo que sólo un necio habría creído.

Perrin suspiró y entonces cayó en la cuenta de que lo hacía con frecuencia, desde que se había mezclado con Aes Sedai y Sabias. Y también con Doncellas. Las mujeres en general le provocaban exasperación últimamente.

Dobraine y Havien, conduciendo por las bridas a sus caballos pero sin sus soldados, fueron los últimos en entrar en el círculo de carretas. Havien había visto por fin una batalla; Perrin se preguntó si estaría tan ansioso como antes de ver la siguiente. Más o menos de la misma edad que Perrin, ahora no parecía tan joven como dos días antes. Dobraine, con la parte frontal del largo cabello afeitada, al estilo del corte de pelo de los soldados de Cairhien, no era joven ni mucho menos, y desde luego la batalla del día anterior no había sido la primera en la que había participado, pero lo cierto es que también daba la impresión de haber envejecido, y parecía preocupado. Lo mismo que Havien. Los ojos de ambos buscaron a Perrin.

En otro momento, Perrin habría esperado para ver de qué querían hablar, pero ahora bajó de la silla, entregó las riendas de *Brioso* a Aram y a renglón seguido se encaminó hacia donde estaba Rand. Se le habían adelantado otros. Las únicas que no estaban hablando eran Sulin y Nandera.

Kiruna y Bera se habían acercado a Rand en el momento en que éste entró en el círculo de carretas, y cuando Perrin estuvo cerca del grupo oyó a Kiruna diciéndole con grandilocuencia:

—Rehusasteis ayer la Curación, pero es obvio para todas nosotras que aún estáis padeciendo grandes dolores, aunque Alanna no hubiese sido incapaz de levan… —Se interrumpió cuando Bera le tocó el brazo, pero de inmediato prosiguió, casi sin pausa —. Quizás hayáis cambiado de opinión ahora y queráis que os curemos. —La última frase sonó en un tono que fue como si hubiese dicho «quizás habéis recuperado el buen juicio».

—El asunto de las Aes Sedai tiene que solucionarse sin más demora, *Car'a'carn* —manifestó formalmente Amys, quitándole la palabra de la boca a Kiruna.

—Debería ponérselas a nuestro cuidado, Rand al'Thor —añadió Sorilea al mismo tiempo que Taim decía:

—No es necesario solucionar el problema de las Aes Sedai, milord Dragón. Mis Asha'man saben cómo ocuparse de ellas. No habría dificultad para dejarlas confinadas en la Torre Negra.

Los oscuros y rasgados ojos del hombre se desviaron fugazmente hacia Kiruna y Bera, y Perrin comprendió de golpe, impresionado, que Taim se estaba refiriendo a todas las Aes Sedai, no sólo a las que ahora eran prisioneras. De hecho, aunque Amys y Sorilea miraron ceñudas a Taim, las ojeadas que asestaron a las dos Aes Sedai traslucían la misma intención.

Kiruna sonrió a Taim y a las Sabias, una mueca fría y apenas esbozada que quizá resultara un punto más dura cuando estuvo dirigida al hombre de chaqueta negra, pero no parecía haberse dado cuenta todavía de sus intenciones. Bastaba con que fuera quien era. Lo que era.

—En estas circunstancias —manifestó fríamente—, estoy segura de que Coiren Sedai y las otras se comprometerán conmigo y aceptarán que sea su fiadora para obtener la libertad bajo palabra. No tenéis necesidad de volver a preocuparos más por…

Los otros hablaron todos a la vez:

—Esas mujeres no tienen honor —arguyó Amys con desprecio, y ahora sí dejó muy claro que las incluía a todas—. ¿Qué valor puede tener su palabra?

—Son *da'tsang* —proclamó Sorilea con voz severa, como si pronunciara una sentencia.

Bera la miró con el entrecejo fruncido. A Perrin la palabra le sonó a la Antigua Lengua —de nuevo, tuvo la sensación de que debería conocer el término— pero no comprendía por qué la Aes Sedai reaccionaba poniendo ceño. Ni por qué Sulin asentía en conformidad con la Sabia, que continuó, imparable como una roca, rodando cuesta abajo:

—No merecen más consideración que cualquier…

—Milord Dragón —intervino Taim con la actitud de quien expone lo obvio—, sin duda querréis que las Aes Sedai, todas ellas, estén a cargo de personas de vuestra

confianza, que dispongan de conocimientos y medios para ocuparse de ellas, y ¿quién mejor que…?

—¡Basta! —gritó Rand.

Todos enmudecieron al instante, pero sus reacciones fueron muy distintas. El semblante de Taim se quedó vacío de expresión, aunque olía a cólera. Amys y Sorilea intercambiaron una mirada y se ajustaron los chales casi a una; también sus olores eran idénticos, y acordes con la firme resolución de sus rostros. Querían lo que querían y estaban dispuestas a tenerlo, ni que lo dijera el *Car'a'carn* ni que no. También hubo una mirada compartida entre Kiruna y Bera, tan plena de significado que Perrin deseó ser capaz de interpretarlas del mismo modo que su nariz hacía con los olores. Sus ojos veían dos Aes Sedai serenas, con pleno dominio de sí mismas y de cualquier otra cosa que quisieran controlar; su nariz olía dos mujeres en un estado de ansiedad y no poco asustadas. De Taim, era seguro. Las mujeres parecían creer que todavía podían vérselas con Rand, de un modo u otro, y con las Sabias, pero Taim y los Asha'man les tenían metido el miedo en el cuerpo.

Min tiró de la manga a Rand; la muchacha había estado observando a todos, sin perder detalle, y olía casi tan preocupada como las hermanas. Él le palmeó la mano mientras asestaba una mirada furibunda a todos los demás. Incluido Perrin, cuando éste hizo intención de abrir la boca. Todo el campamento estaba pendiente de ellos, desde los hombres de Dos Ríos hasta las Aes Sedai prisioneras, aunque sólo había unos pocos Aiel lo bastante cerca para poder oír lo que decían. La gente estaba pendiente de Rand, sí, pero tendía a mantenerse a una prudente distancia de él si podía.

—Las Sabias se ocuparán de las prisioneras —manifestó finalmente Rand, y de repente Sorilea emitió un olor tan intenso a satisfacción que Perrin no pudo menos de frotarse la nariz. Taim sacudió la cabeza, exasperado, pero Rand se volvió hacia él y lo miró directamente a los ojos antes de que el hombre pudiera decir nada. Había metido un pulgar por el cinturón de la espada, junto a la hebilla dorada con forma de dragón, y tenía los nudillos blancos a causa de la fuerza con que la aferraba; la otra mano toqueteaba la oscura vaina de piel de jabalí.

»Se supone que los Asha'man deben entrenarse, e incorporar nuevos reclutas a sus filas, no encargarse de la custodia de nadie. Especialmente de Aes Sedai.

Perrin sintió que el pelo de la nuca se le erizaba al captar el olor que exhalaba Rand cuando miraba a Taim: odio, y un punto de miedo. Luz, tenía que estar cuerdo.

—Como ordenéis, milord Dragón. —Taim hizo una inclinación de cabeza breve y renuente.

Min echó una ojeada inquieta al hombre de negro y se acercó más a Rand. Kiruna olía a alivio, pero tras mirar de nuevo a Bera se puso más erguida, recobrada su firme tenacidad.

—Estas Aiel son bastante diestras, y algunas habrían sacado mucho partido de sus poderes si hubiesen acudido a la Torre, pero no podéis dejar en sus manos a unas Aes Sedai, así como así. ¡Es inaudito! Bera Sedai y yo nos…

Rand levantó una mano y la mujer enmudeció de golpe. Tal vez fuera la mirada del hombre, fría y dura como gemas azulgrisáceas. O tal vez fue lo que quedó claramente a la vista, a través de la manga rota de la camisa: uno de los dragones rojos y dorados que se enroscaban alrededor de sus antebrazos. La marca resplandecía con la luz del sol.

—Todas me habéis jurado lealtad, ¿no es así? —inquirió.

Los ojos de Kiruna se desorbitaron como si algo la hubiese golpeado en la boca del estómago.

Al cabo de un momento, asintió, bien que a regañadientes. Tenía la misma expresión incrédula que traslucía el día anterior, cuando se arrodilló junto a los pozos al final de la batalla y juró, por la Luz y por su esperanza de salvación y renacimiento, obedecer al Dragón Renacido y servirlo hasta que la Última Batalla llegara y terminara. Perrin comprendía la conmoción de la mujer. A pesar de los Tres Juramentos, si Kiruna lo hubiese negado ahora, Perrin habría dudado si su memoria le era fiel, tan increíble resultaba la escena. Nueve Aes Sedai de rodillas, los semblantes aterrados por las palabras que salían de sus labios, apestando a incredulidad. Ahora mismo, las comisuras de la boca de Bera se curvaban hacia abajo como si la mujer acabara de morder una ciruela amarga.

Un Aiel llegó junto al pequeño grupo; era un hombre más o menos igual de alto que Rand, el rostro curtido y pinceladas grises en el cabello rojo oscuro, que saludó a Perrin con un gesto de cabeza y tocó levemente a Amys en el brazo. La Sabia apretó su mano un momento como respuesta. Rhuarc era su esposo, pero una muestra de afecto así era todo lo más que los Aiel se permitían en público. También era jefe de clan de los Taardad Aiel —él y Gaul eran los únicos varones que no llevaban ceñida la cinta de los *siswai'aman*— y desde la noche anterior Rhuarc y un millar de lanzas habían estado fuera, de patrulla.

Hasta un ciego habría notado el talante de Rand, y Rhuarc no era estúpido.

—¿Es un buen momento, Rand al'Thor? —Cuando Rand hizo un ademán invitándolo a hablar, continuó—. Los perros Shaido aún siguen huyendo hacia el este tan deprisa como pueden correr. Vi hombres con chaquetas verdes hacia el norte, pero nos evitaron, y tú dijiste que los dejásemos ir a menos que nos causaran problemas. Creo que están recogiendo a todas las Aes Sedai que escaparon. Los acompañaban varias mujeres. —Los azules ojos dirigieron una mirada fría y dura como el hielo a las dos Aes Sedai. Antaño, Rhuarc había demostrado gran miramiento hacia las Aes Sedai, como todos los Aiel, pero aquello había acabado el día anterior, si no antes.

—Buenas noticias. Habría dado casi cualquier cosa por coger a Galina, pero, aun

así, son buenas noticias. —Rand volvió a tocar la empuñadura de su espada, sacándola apenas de la oscura vaina, al parecer en un gesto inconsciente. Galina, una Roja, había estado al mando de las hermanas que lo habían capturado, y, si en ese momento se mostraba sosegado al hablar de ella, el día anterior había tenido un estallido de furia al saber que había escapado. Incluso ahora su calma era gélida, de la que suele ocultar una ardiente ira, y el olor que emitía hizo que a Perrin se le pusiera piel de gallina—. Van a pagarlo. Sin excepción.

Imposible saber si se refería a los Shaido o a las Aes Sedai que habían escapado o a ambos grupos.

Bera movió la cabeza con inquietud, y Rand puso de nuevo su atención en ella y en Kiruna.

—Jurasteis fidelidad, y me fío de ello. —Levantó la mano y puso el índice y el pulgar casi tocándose para mostrar hasta dónde llegaba su confianza—. Las Aes Sedai siempre saben más que nadie, o eso creen. De modo que daré por sentado que haréis lo que yo diga, pero ni siquiera os daréis un baño sin mi permiso. O el de una Sabia.

En esta ocasión fue Bera la que pareció haber recibido un golpe. Sus ojos, castaño claro, pasaron de Amys a Sorilea trasluciendo sorpresa e indignación, y Kiruna tembló por el esfuerzo de no hacer lo mismo. Las dos Sabias se limitaron a ajustarse los chales, pero de nuevo los efluvios de ambas fueron idénticos. La satisfacción emergía a oleadas de las dos mujeres; una satisfacción inflexible, torva. Perrin pensó que por suerte las Aes Sedai no tenían su agudeza olfativa, o en caso contrario habrían estado más que dispuestas a luchar en ese mismo instante. O quizás a echar a correr y al infierno con la dignidad. Eso es lo que habría hecho él en su lugar.

Rhuarc examinaba despreocupadamente la punta de una de sus lanzas. Esto era asunto de las Sabias, y siempre decía que no le importaba lo que éstas hicieran siempre y cuando no metieran las narices en los asuntos de los jefes de clan. Pero Taim… Hizo toda una exhibición de que lo traía sin cuidado, cruzándose de brazos y recorriendo con la mirada el campamento con aire aburrido, pero su olor era extraño, complejo. Perrin habría jurado que al hombre le hacía gracia la situación; indudablemente, estaba de mejor humor que antes.

—El juramento que prestamos —dijo por fin Bera al tiempo que plantaba los puños en las generosas caderas— basta para obligar a cualquiera salvo un Amigo Siniestro. —La entonación que dio a la palabra «juramento» era tan sombría como la que puso al pronunciar «Amigos Siniestros». No, desde luego no les gustaba nada lo que habían prometido—. ¿Cómo osáis acusarnos de…?

—Si sospechase algo así —espetó Rand—, estaríais de camino a la Torre Negra con Taim. Jurasteis obedecer. Bien, pues ¡hacedlo!

Durante unos segundos interminables, Bera vaciló; luego, en un momento, volvió

a ser tan regia de la cabeza a los pies como cabía esperarse de una Aes Sedai. Que no era decir poco. Una Aes Sedai era capaz de hacer que, en comparación, una reina sentada en su trono pareciese una mujer de baja estofa.

Kiruna, por otro lado, tuvo que hacer un notable esfuerzo para conseguir recuperar el dominio de sí misma, y la actitud calmada que adoptó igualaba en dureza y crispación a su voz:

—¿Hemos, pues, de pedir «permiso» a estas «ilustres» Aiel para preguntar si ahora estáis dispuesto a que os curemos? Sé que Galina os trató duramente. Sé que no queda un solo centímetro de vuestro cuerpo, desde los hombros hasta las rodillas, sin marcas y verdugones. Acceded a la Curación. Por favor.

Hasta ese «por favor» sonó como parte de una orden. Min rebulló al lado de Rand.

—Deberías sentirte agradecido por tener esa posibilidad, como me pasó a mí, palurdo. No te gusta el dolor. Y alguien tiene que hacerlo o si no… —Esbozó una sonrisa traviesa que a Perrin le recordó a la Min de antes de ser secuestrada—. O si no te será imposible utilizar una silla de montar.

—A veces los jóvenes y los necios soportan sin necesidad un dolor como símbolo de su orgullo —comentó inopinadamente Nandera, sin dirigirse a nadie en particular —. Y de su estupidez.

—El *Car'a'carn* no es estúpido —abundó Sulin, cortante, también como si hablara con el aire—. Creo.

Rand sonrió tiernamente a Min y asestó una mirada mordaz a Nandera y a Sulin; pero, cuando volvió la vista hacia Kiruna, la dureza había retornado a sus ojos.

—De acuerdo. —Se adelantó, al tiempo que añadía—: Pero no lo harás tú.

El rostro de la mujer se tornó tan tenso que pareció a punto de resquebrajarse. Los labios de Taim se movieron levemente en una mueca socarrona y el hombre avanzó para no apartarse de Rand, pero éste, sin quitar los ojos de Kiruna, alzó bruscamente una mano para detenerlo.

—Lo hará ella. Acércate, Alanna —ordenó.

Perrin dio un respingo. Rand había señalado con el dedo exactamente hacia donde se encontraba Alanna aunque en ningún momento había mirado en esa dirección. Aquello removió algo en un rincón de su memoria, pero no logró determinar qué era. Por lo visto también sorprendió a Taim. El semblante del hombre se convirtió en una máscara impasible, pero los oscuros ojos fueron alternativamente de Rand a Alanna, y el único término con que podía calificar su olor era «perplejo».

También Allana dio un respingo. Fuera por la razón que fuera, la mujer había tenido los nervios a flor de piel desde que se había unido a Perrin de camino hacia allí, su máscara de serenidad reducida, en el mejor de los casos, a una mera capa de barniz. Ahora se alisó la falda, asestó una mirada desafiante a Kiruna y a Bera, nada

menos, y se desplazó hasta encontrarse delante de Rand. Las otras dos hermanas la observaron como harían unas maestras que quieren asegurarse de que su alumna va a actuar respondiendo a sus expectativas pero poco convencidas de que lo hará. Lo cual no tenía sentido. Una u otra podía tener el mando del grupo, pero Alanna era Aes Sedai, como ellas. Todo lo cual ahondó las sospechas de Perrin. Mezclarse con Aes Sedai era igual que vadear los arroyos del Bosque de las Aguas, cerca de La Ciénaga. Por mansa que pareciera la superficie del agua, las fuertes corrientes del fondo podían hacer que uno perdiera pie, y arrastrarlo. Y allí, a cada momento, parecían surgir más corrientes subyacentes, y no todas provenían de las hermanas.

De manera sorprendente, Rand tomó la barbilla de Alanna e hizo levantar la cabeza a la mujer. Sonó el siseo de una fuerte inhalación de estupor: era Bera, y Perrin, por una vez, coincidía con ella. Rand jamás se habría mostrado tan atrevido con una muchacha en un baile de Campo de Emond, y Alanna no era precisamente una muchacha que había acudido a un baile. Del mismo modo sorprendente, la reacción de la mujer fue ruborizarse y emitir un fuerte olor a incertidumbre. Las Aes Sedai no se sonrojaban, por lo que Perrin sabía, y, desde luego, nunca se sentían inseguras.

—Cúrame —dijo Rand; era una orden, no una petición. El sonrojo de Alanna se acentuó, y en su olor se mezcló una pizca de rabia. Sus manos temblaban cuando las alzó para coger entre ellas la cabeza de Rand.

En un gesto inconsciente, Perrin se frotó la palma de la mano, donde la lanza de un Shaido le había abierto un tajo el día anterior. Kiruna le había curado varios cortes, y ya había experimentado la Curación en otras ocasiones. Era como si lo zambulleran a uno de cabeza en un estanque helado; dejaba sin respiración, tembloroso y con las rodillas flojas. Y también hambriento, por lo general. Sin embargo, la única señal que dio Rand de que había ocurrido algo fue un leve estremecimiento.

—¿Cómo puedes aguantar el dolor? —le susurró Alanna.

—Entonces, has acabado ya —dijo él mientras le retiraba las manos. Y se dio media vuelta sin pronunciar una palabra de agradecimiento. Entonces se detuvo, como si estuviese a punto de hablar, medio vuelto para mirar hacia los pozos de Dumai.

—Se ha encontrado a todas, Rand al'Thor —informó suavemente Amys.

Él asintió una vez, y una segunda, ésta con más brío.

—Es hora de partir. Sorilea, ¿quieres ocuparte de designar a las Sabias que vayan a relevar a los Asha'man en la vigilancia de las Aes Sedai? Y también las que acompañen a Kiruna y… mis otras vasallas. —Esbozó una breve sonrisa—. No querría que incurrieran en falta por ignorancia.

—Se hará como dices, *Car'a'carn*. —La Sabia de rostro curtido se ajustó el chal mientras se dirigía a las tres hermanas—. Reuníos con vuestras amigas mientras

encuentro a alguien que os lleve de la mano. —No era de extrañar que Bera frunciera el ceño, indignada, y que Kiruna pareciera una estatua de hielo. Alanna bajó la vista al suelo, resignada, casi huraña. Pero Sorilea no estaba dispuesta a consentir niñerías. Dio unas fuertes palmas y empezó a agitar las manos como quien espanta gallinas—. ¿Y bien? ¡Moveos! ¡Moveos!

De mala gana, las Aes Sedai se dejaron conducir, aunque consiguiendo que diera la impresión de que simplemente iban a donde querían. Amys se acercó a Sorilea y le susurró algo que Perrin no alcanzó a oír. Pero, por lo visto, las Aes Sedai sí. Se frenaron de golpe y tres rostros realmente estupefactos se volvieron hacia las Sabias. Sorilea se limitó a dar palmas otra vez, más fuertes que antes, y repitió los movimientos de las manos con mayor entusiasmo.

Perrin se rascó la barba; sus ojos encontraron los de Rhuarc. El jefe de clan sonrió débilmente y se encogió de hombros. Asuntos de las Sabias. Él lo aceptaba así; los Aiel eran tan fatalistas como los lobos. Perrin echó un vistazo a Gedwyn. El tipo estaba observando cómo Sorilea sermoneaba a las Aes Sedai. No, era a las hermanas a las que observaba; parecía un zorro mirando las gallinas que están dentro del corral, justo fuera de su alcance. «Las Sabias han de ser mejor que los Asha'man. Tienen que serlo.»

Si Rand se percató de los trasfondos de la escena, hizo caso omiso.

—Taim, lleva de vuelta a los Asha'man a la Torre Negra tan pronto como las Sabias se hayan hecho cargo de las prisioneras. A renglón seguido. No olvides estar ojo avizor para descubrir a cualquier hombre que aprenda demasiado deprisa. Y recuerda lo que he dicho sobre reclutar más.

—¿Cómo podría olvidarlo, mi señor Dragón? —repuso secamente el hombre de negro—. Dirigiré personalmente esa expedición. Pero, si se me permite sacar de nuevo el tema… Necesitáis una guardia de honor adecuada.

—Ya lo hemos discutido —replicó, cortante, Rand—. Quiero que los Asha'man se dediquen a tareas más importantes. Si es que necesito una guardia personal, la que yo he elegido me sirve. Perrin, ¿quieres…?

—Milord Dragón —interrumpió Taim—, necesitáis más que unos pocos Asha'man cerca de vos.

Rand giró la cabeza hacia Taim. Su rostro no tenía nada que envidiar al de cualquier Aes Sedai en lo referente a no traslucir nada, pero su olor hizo que Perrin sintiera la necesidad de echar las orejas hacia atrás. La intensa ira desapareció de repente para dar paso a la curiosidad y la cautela, la primera leve y tanteante, la otra, brumosa como niebla; entonces, una furia violenta y mortífera barrió de un plumazo las dos. Rand sacudió la cabeza ligeramente, y su olor se tornó resolución inflexible. Nadie cambiaba el olor tan deprisa. Nadie.

Taim, por supuesto, sólo contaba con los ojos para saber a qué atenerse, y lo

único que le mostraban era que Rand había sacudido la cabeza, aunque apenas.

—Pensadlo bien. Habéis elegido cuatro Dedicados y cuatro soldados. Deberían ser Asha'man.

Perrin no lo entendió; creía que todos ellos eran Asha'man.

—¿Acaso piensas que no sabré enseñarles tan bien como tú? —El tono de Rand era suave; el susurro de una cuchilla de acero al deslizarse en la vaina.

—Creo que el lord Dragón está demasiado ocupado para dedicarse a dar lecciones —contestó Taim, sosegado, pero el olor a cólera había surgido de nuevo en él—. Y que es demasiado importante para esa tarea. Coged hombres que necesiten el mínimo de aprendizaje. Puedo escoger los más adelantados entre…

—Uno —lo cortó Rand—. Y lo escogeré yo.

Taim sonrió al tiempo que extendía las manos en un ademán aquiescente, pero el olor a frustración casi ahogó el efluvio a ira. De nuevo, Rand señaló sin mirar.

—Él. —Esta vez Taim pareció sorprendido al descubrir que estaba señalando directamente a un hombre de mediana edad, sentado en un barril vuelto, al otro lado del círculo de las carretas, sin prestar ninguna atención al grupo que rodeaba a Rand. Con el codo apoyado en la rodilla y la barbilla reposando en la palma de la mano, el soldado miraba con el entrecejo fruncido a las Aes Sedai prisioneras. La espada y el dragón brillaban en el alto cuello de su chaqueta negra—. ¿Cómo se llama?

—Dashiva —contestó lentamente Taim, que estudiaba el semblante de Rand. Olía más sorprendido incluso que Rand, y también irritado—. Corlan Dashiva. Viene de una granja de las Colinas Negras.

—Servirá —dijo Rand, pero no parecía muy convencido.

—Dashiva está ganando fuerza rápidamente, pero las más de las veces está en las nubes. Y, cuando no es así, tampoco tiene los pies en la tierra del todo. Tal vez sea sólo un soñador, o tal vez la contaminación del *Saidin* ya está afectándole al cerebro. Será mejor que escojáis a Torvil o a Rochaid o…

La oposición de Taim bastó para borrar de un plumazo las dudas de Rand.

—He dicho que Dashiva servirá. Adviértele que vendrá conmigo y después entrega las prisioneras a las Sabias y vete. No tengo intención de pasarme todo el día aquí, discutiendo. Perrin, haz que todos se preparen para ponerse en marcha. Búscame cuando todo esté dispuesto.

Sin añadir una palabra más echó a andar, con Min colgada de su brazo y Nandera y Sulin siguiéndolo como su sombra. Los oscuros ojos de Taim centellearon; después, también echó a andar al tiempo que llamaba a voces a Gedwyn y Rochaid, Torvil y Kisman. Los hombres de negro corrieron hacia él.

Perrin hizo una mueca. Con tantas cosas que tenía que decirle a Rand y no había abierto la boca una sola vez. En realidad, quizá sería mejor hacerlo lejos de Aes Sedai y Sabias. Y de Taim.

A decir verdad, no tuvo mucho que hacer. Se suponía que tenía el mando puesto que había organizado el rescate, pero Rhuarc sabía lo que había que hacer mejor de lo que él sabría nunca, y una palabra de Dobraine y de Havien bastó para poner en movimiento a cairhieninos y mayenienses. Aún querían decirle algo, pero no lo hicieron hasta que estuvieron solos y Perrin les preguntó qué pasaba.

—Lord Perrin —habló deprisa Havien—, es el lord Dragón. Ese empeño en buscar entre los cadáveres…

—Parece un tanto… exagerado —lo interrumpió Dobraine suavemente—. Nos preocupa, como podéis comprender. Es mucho lo que depende de él.

Puede que su aspecto fuera el de un soldado, y lo era, pero también era un lord cairhienino, empapado en el Juego de las Casas, con su cuidadoso e intencionado modo de hablar, como cualquiera de sus compatriotas.

Perrin, por el contrario, no participaba en ese juego.

—Sigue cuerdo —replicó sin andarse por las ramas.

Dobraine se limitó a asentir, como queriendo decir que por supuesto, y se encogió de hombros, insinuando que en ningún momento había tenido intención de preguntar tal cosa. Havien, sin embargo, se puso rojo como la grana. Siguiéndolos con la mirada mientras se dirigían hacia sus tropas, Perrin sacudió la cabeza. Esperaba no haber mentido.

Tras reunir a los hombres de Dos Ríos, les dijo que ensillaran los caballos y pasó por alto todas las reverencias, la mayoría de las cuales eran bruscas, como siguiendo un impulso repentino. Hasta Faile decía a veces que las gentes de Dos Ríos se excedían en las reverencias; también afirmaba que todavía estaban aprendiendo cómo comportarse con un lord. Pensó gritarles «yo no soy un lord», pero eso ya lo había hecho antes y no había funcionado.

Mientras los demás corrían hacia los animales, Dannil Lewin y Ban al'Seen se quedaron. Eran primos, ambos larguiruchos, y muy parecidos físicamente, excepto porque Dannil lucía un bigote grande, como cuernos vueltos hacia abajo, al estilo tarabonés, en tanto que Ban llevaba un bigotillo fino, a la moda de Arad Doman. Los refugiados habían llevado a Dos Ríos un montón de cosas nuevas.

—¿Esos Asha'man vienen con nosotros? —preguntó Dannil. Cuando Perrin respondió sacudiendo la cabeza, suspiró tan hondo, con tanto alivio, que el espeso bigote se agitó.

—¿Y las Aes Sedai? —inquirió, anhelante, Ban—. Ahora quedarán libres ¿no? Quiero decir, bueno, Rand está libre. Es decir, el lord Dragón. No pueden estar prisioneras. Son Aes Sedai.

—Vosotros dos, ocupaos de que todo el mundo esté listo para emprender la marcha —dijo Perrin—. Dejad que Rand se preocupe por las Aes Sedai.

Ambos se encogieron, cortados. Hasta eso lo hacían igual. Dos dedos se alzaron

para rascar el correspondiente bigote en ademán preocupado, y Perrin, que estaba haciendo lo mismo con su barba, retiró bruscamente la mano. Cuando un hombre hacía eso, daba la impresión de que tenía piojos.

En menos que se tarda en contar, el campamento bullía con gran ajetreo. Todo el mundo estaba esperando ponerse en marcha en cualquier momento, pero la gran mayoría tenía algo pendiente que hacer. Los sirvientes y conductores de carretas de las Aes Sedai cautivas acabaron de cargar apresuradamente los últimos bártulos y se pusieron a enganchar los tiros haciendo tintinear los arneses. Cairhieninos y mayenienses parecían estar en todas partes, revisando sillas de montar y bridas. *Gai'shain* desnudos corrían de un lado para otro a pesar de que los Aiel no parecían tener mucho que hacer para estar preparados.

Unos destellos de luz en la parte exterior del círculo de carretas anunciaron la partida de Taim y los Asha'man. Aquello hizo que Perrin se sintiera mucho mejor. De los nueve que se habían quedado, otro más aparte de Dashiva era de mediana edad, un tipo fornido con cara de campesino; y había otro, con apariencia de abuelo, que cojeaba levemente y cuyo escaso pelo era completamente blanco. Los demás eran más jóvenes, algunos incluso adolescentes; no obstante, todos ellos contemplaban el barullo con la impávida actitud de quien ha visto lo mismo una docena de veces. Se mantenían aparte de los demás, agrupados como una piña a excepción de Dashiva, que, a unos pocos pasos de ellos, miraba al vacío. Perrin recordó la advertencia de Taim respecto a ese tipo, y esperó que sólo estuviera soñando despierto.

Encontró a Rand sentado en una caja de madera, con los codos apoyados en las rodillas. Sulin y Nandera, en cuclillas, lo flanqueaban; ambas evitaban mirar deliberadamente la espada que Rand llevaba a la cadera. Sostenían las lanzas y las adargas de cuero con aparente despreocupación, pero vigilaban estrechamente a cualquiera que se moviera cerca de Rand, aunque estaba rodeado de gente que le era fiel. Min se hallaba a sus pies, sentada en el suelo con las piernas dobladas debajo, como una niña, y le sonreía.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Rand —dijo Perrin, acomodando el mango del hacha de manera que le permitiera agacharse apoyado sobre los talones.

No había nadie lo bastante cerca para oírlo aparte de Rand, Min y las dos Doncellas. Si Sulin y Nandera iban después corriendo a contarles a las Sabias lo que se disponía a decir, le daba igual. Sin más preámbulos, se lanzó a relatar todo lo que había observado a lo largo de la mañana. También lo que había captado a través de los olores, aunque sin decir cómo lo había advertido. Rand no se contaba entre los pocos que sabían lo suyo y lo de los lobos; el modo en que lo explicó daba a entender que todo lo había visto con sus propios ojos y oído con sus propios oídos. Lo de los Asha'man y las Sabias. Lo de los Asha'man y las Aes Sedai. Lo de las Sabias y las Aes Sedai. Toda la maraña de componentes inflamables como yesca que podían

prenderse en cualquier momento si saltaba una chispa. No dejó fuera a los hombres de Dos Ríos.

—Están preocupados, Rand. Y, si a ellos les pasa eso, puedes dar por seguro que algún cairhienino está pensando hacer algo. O un teariano. Quizá simplemente ayudar a escapar a los prisioneros, o tal vez algo peor. Luz, no me cuesta nada imaginar a Dannil, Ban y cincuenta más ayudándolos a huir si supieran cómo hacerlo.

—¿De veras crees que lo otro sería peor? —inquirió quedadamente Rand, y a Perrin se le puso carne de gallina.

—Mil veces peor —respondió en un tono igualmente bajo, mirándolo directamente a los ojos—. No tomaré parte en un asesinato. Y, si tú lo haces, me interpondré.

El silencio se prolongó, la mirada de los ojos azulgrisáceos trabada en la de los ojos dorados, sin pestañear. Min, por su parte, los observó a ambos con el ceño fruncido y emitió un sonido exasperado.

—¡Menudo par de zoquetes! Rand, sabes que nunca darías una orden así y que tampoco permitirías que la diera nadie. Perrin, sabes que no lo haría. Ahora mismo quiero dejar de veros actuando como dos gallos de pelea en un corral.

Sulin soltó una risita entre dientes, pero Perrin deseaba preguntar hasta qué punto estaba segura de lo que había dicho, aunque no era algo que pudiera plantearse en ese momento. Rand se pasó los dedos por el pelo y luego sacudió la cabeza. Fue como si no estuviese de acuerdo con alguien que sólo él veía u oía; exactamente lo que haría un loco.

—Nunca es fácil, ¿verdad? —dijo Rand al cabo de unos segundos, con expresión triste—. La amarga verdad es que no sé cuál de las dos cosas sería peor. No tengo ninguna elección buena. Ellas se han ocupado de que sea así. —Su expresión era abatida, pero en su olor había una ardiente rabia—. Vivas o muertas, son una carga para mí, una losa que, en cualquiera de los dos casos, puede romperme la espalda.

Perrin siguió su mirada hasta las Aes Sedai prisioneras. Ahora estaban de pie y todas juntas, aunque aun así se las arreglaban para poner cierta distancia entre las tres que habían sido neutralizadas y el resto. Las Sabias que las rodeaban eran cortantes dándoles órdenes, a juzgar por los gestos que hacían y por los rostros tensos de las hermanas. Quizá las Sabias eran mejor que Rand para guardarlas, también. Ojalá estuviese seguro.

—¿Has visto algo, Min? —quiso saber Rand.

Perrin dio un respingo y dirigió una mirada de advertencia hacia Sulin y Nandera, pero Min rió suavemente. Recostada contra la rodilla de Rand en verdad parecía la Min que Perrin conocía, por primera vez desde que la había encontrado en los pozos.

—Perrin, lo saben. Las Sabias, las Doncellas, puede que todos los Aiel. Y no les importa.

La joven poseía un don que mantenía en secreto, como hacía él con lo de los lobos. A veces veía imágenes y halos en la gente, y en ocasiones sabía lo que significaban.

—No te imaginas lo que es vivir con eso, Perrin —dijo Min—. Tenía doce años cuando empezó, y no supe guardarlo en secreto. La gente pensaba que me lo inventaba todo. Hasta que dije que un hombre de la calle de al lado iba a casarse con una mujer con la que lo había visto; sólo que él ya estaba casado. Cuando huyó con ella, su esposa se plantó a la cabeza de una turba ante la puerta de mis tías, proclamando que yo era la responsable, que había utilizado el Poder Único con su marido o que les había dado a los dos alguna clase de poción. —Min sacudió la cabeza.

»No fue muy clara en sus acusaciones. Sólo quería echar la culpa a alguien. También se insinuó que yo debía ser una Amiga Siniestra. No hacía mucho, unos Capas Blancas habían pasado por la ciudad intentando encizañar a la gente. Total, que tía Rania me convenció para que dijera que los había oído hablar a escondidas, tía Miren prometió darme una zurra por propalar cuentos, y tía Jana dijo que me haría tragar una purga como escarmiento. No lo hicieron, claro. Sabían la verdad. Pero, si no hubiesen actuado con naturalidad, enfocando el asunto como la travesura de una niña, podría haber salido malparada, herida o incluso muerta. A casi nadie le gusta que alguien conozca cosas sobre su futuro; la mayoría no desea realmente saber lo que le espera, a menos que se trate de algo bueno. Ni siquiera mis tías querían. Pero para los Aiel soy una especie de Sabia honoraria.

—Algunas personas pueden hacer cosas que otras no pueden —apuntó Nandera, como si eso lo explicara todo.

Min volvió a reír y alargó la mano para tocar la rodilla de la Doncella.

—Gracias. —Se sentó sobre los talones y alzó los ojos hacia Rand. Cuando reía estaba radiante, y siguió estándolo después de ponerse seria. Seria y no muy complacida—. En cuanto a tu pregunta, no he visto nada que sea útil. Taim tiene sangre en su pasado y sangre en su futuro, pero cualquiera puede deducir eso. Es un hombre peligroso. Empieza a pasarles lo que a las Aes Sedai. —Una mirada de soslayo a Dashiva y a los otros Asha'man bastó para aclarar a quiénes se refería. Eran contadas las veces que aparecían imágenes alrededor de la mayoría de la gente, pero Min decía que las Aes Sedai y los Guardianes siempre tenían halos—. El problema es que lo veo todo borroso. Creo que se debe a que están asiendo el Poder. Ocurre lo mismo con las Aes Sedai, y es peor aún cuando están encauzando. Kiruna y esa pandilla tienen todo tipo de cosas alrededor, pero están tan juntas que las imágenes se… bueno, se mezclan en un revoltijo casi todo el tiempo. Y con las prisioneras resulta incluso más embrollado.

—Da igual las prisioneras —le dijo Rand.

—Pero, Rand, tengo la impresión de que hay algo importante. Sólo tengo que entresacarlo, distinguirlo. Necesitas saberlo.

—Cuando no se puede saber todo, hay que seguir adelante con lo que se tiene —enunció mordazmente Rand—. Al parecer nunca lo sé todo. Apenas lo imprescindible las más de las veces. Pero no queda más alternativa que continuar, ¿o sí? —No era en absoluto una pregunta.

Loial se acercó a grandes zancadas y, a pesar de que se lo notaba muy cansado, habló con voz enérgica:

—Rand, dicen que están preparados para emprender la marcha, pero me prometiste hablar conmigo cuando los hechos estuvieran todavía recientes. —De pronto sus orejas se agitaron en ademán azarado y su voz atronadora adquirió un dejo de disculpa—. Lo lamento; sé que no es algo agradable de recordar. Pero he de saberlo. Por el libro. Para las eras venideras.

Rand se echó a reír y se puso de pie; agarró la chaqueta desabrochada del Ogier y le dio unos cortos y suaves tirones.

—¿Para las eras venideras? ¿Es que todos los escritores habláis así? No te preocupes, Loial. Seguirá estando fresco en mi memoria cuando te lo cuente. No se me olvidará, descuida. —Un olor intenso, amargo, surgió de él a pesar de la sonrisa, y desapareció al momento—. Pero será cuando estemos de vuelta en Cairhien, después de que nos hayamos dado un baño y hayamos dormido en una cama.

Rand llamó con una seña a Dashiva para que se acercara. No era un hombre flaco, pero por la forma en que se movía, vacilante, cautelosa, con las manos enlazadas al frente, daba la impresión de serlo.

—¿Sí, milord Dragón? —preguntó, ladeando la cabeza.

—¿Sabes abrir un acceso, Dashiva?

—Por supuesto.

El tipo empezó frotándose las manos, como si quisiera secárselas, y se lamió los labios con la punta de la lengua repetidamente. Perrin se preguntó si el hombre estaría siempre tan nervioso o sólo cuando hablaba con el Dragón Renacido.

—Quiero decir —continuó Dashiva—, que el M'Hael enseña el Viaje tan pronto como un estudiante se muestra lo bastante fuerte.

—¿El M'Hael? —repitió Rand, parpadeando.

—Es el título de lord Mazrim Taim, mi señor Dragón. Significa «líder» en la Antigua Lengua. —La sonrisa del tipo era a la vez nerviosa y prepotente—. He leído mucho en la granja. Todos los libros que conseguimos de los buhoneros que han pasado por allí.

—El M'Hael —rezongó Rand con desaprobación—. Bien, sea como sea. Abre un acceso cerca de Cairhien, Dashiva. Es hora de ver qué ha estado tramando el mundo mientras me encontraba ausente, y lo que puedo hacer al respecto.

Entonces se echó a reír con desgana. El sonido, carente por completo de hilaridad, hizo que a Perrin se le pusiera carne de gallina.

3



La Colina del Alba Dorada

En la ancha cima de una pequeña colina, varios kilómetros al nordeste de la ciudad de Cairhien, lejos de cualquier calzada o población, apareció una fina línea vertical de pura luz, más alta que una persona o un caballo. El terreno se inclinaba en todas direcciones en una suave pendiente, y, salvo alguno que otro matorral, ningún obstáculo tapaba la vista a menos de dos kilómetros de distancia, hasta donde comenzaba el bosque que rodeaba la colina. La hierba agostada se partió cuando la línea luminosa pareció empezar a rotar sobre su eje y ensancharse hasta formar un hueco rectangular en mitad del aire. Varias de las hierbas muertas quedaron divididas a lo largo, cortadas con más precisión de lo que habría podido hacer la cuchilla más afilada. Sesgadas por un agujero en el aire.

En cuanto el acceso estuvo completamente abierto, Aiel velados salieron en tropel por él, hombres y Doncellas que se desperdigaron por la colina. Casi inadvertidos entre el torrente de Aiel, cuatro Asha'man de mirada penetrante tomaron posiciones en torno al acceso, y escudriñaron la fronda en derredor. No había más movimiento que el impreso por el viento en el polvo, la hierba alta y algunas ramas en la distancia, pero todos los Asha'man examinaron el paisaje con el fervor de un halcón hambriento que busca un conejo. También un conejo que está ojo avizor por si aparece un halcón habría mostrado igual concentración, pero jamás con aquel aire de amenaza.

En realidad no hubo interrupción en el flujo; primero un río de Aiel y a renglón seguido jinetes cairhieninos salieron a galope de dos en dos, con la Enseña de la Luz alzándose sobre sus cabezas tan pronto como hubo cruzado el acceso. Sin detenerse un momento, Dobraine condujo a sus hombres hacia un lado y los hizo formar al inicio de la pendiente de la ladera, en filas muy rectas y con todas las lanzas perfectamente inclinadas en el mismo ángulo. Veteranos de campañas, estaban preparados para girar en cualquier dirección y cargar a un gesto suyo.

Pisando los talones de los últimos cairhieninos, Perrin cruzó montado en *Brioso*, que en un solo tranco pasó de la colina próxima a los pozos de Dumai a la otra

cercana a Cairhien. Su jinete se agachó en un gesto reflejo, sin poder remediarlo. El borde superior del acceso se encontraba bastante por encima de su cabeza, pero Perrin había visto los daños que estos portales podían causar y no le apetecía ni pizca comprobar si resultaba más seguro cruzarlos erguido e inmóvil. Loial y Aram lo siguieron de cerca; el Ogier, que iba a pie y con el hacha de mango largo apoyada al hombro, dobló las rodillas, y a continuación pasaron los hombres de Dos Ríos, también agachados sobre sus monturas incluso después de haberse alejado un buen tramo del acceso. Rad al'Dai llevaba la bandera del Lobo Rojo, la de Perrin, porque todo el mundo decía que lo era, y Tell Lewin, la del Águila Roja.

Perrin procuraba no mirarlas, en especial la del Águila Roja. Los hombres de Dos Ríos querían las dos cosas: él era un lord, de modo que tenía que tener banderas. Era un lord; pero, cuando les decía que se deshicieran de los malditos estandartes, éstos dejaban de verse un corto espacio de tiempo para reaparecer siempre. El Lobo Rojo lo designaba como algo que no era y que no quería ser, en tanto que el Águila Roja… Las leyendas perduraban aún en la mente de algunos hombres, pero más de dos mil años después de que Manetheren hubiera sucumbido en la Guerra de los Trollocs y casi diez siglos después de que Andor hubiese absorbido parte de lo que antaño era Manetheren, esa bandera constituía un acto de rebelión para un andoreño. Desde luego, habían pasado varias generaciones sin que la gente de Dos Ríos tuviera la más ligera idea de que era andoreña, pero la forma de pensar de las reinas no cambiaba tan fácilmente.

Perrin había conocido a la nueva reina de Andor lo que ahora le parecía mucho tiempo atrás, en la Ciudadela de Tear. Por entonces no era reina —en realidad no lo era todavía, hasta que se la coronara en Caemlyn— pero Elayne parecía una joven agradable, y era guapa, aunque él no sentía debilidad por las mujeres rubias. Un tanto pagada de sí misma, desde luego, siendo como era la heredera del trono. Y también prendada de Rand, si achucharse con él en rincones oscuros significaba algo. Rand se proponía entregarle no sólo el Trono del León de Andor, sino el Trono del Sol de Cairhien. A buen seguro estaría lo bastante agradecida para pasar por alto que se ondeara una bandera que no significaba realmente nada. Mientras observaba a los hombres de Dos Ríos desplegarse detrás de aquellos estandartes, Perrin sacudió la cabeza. En cualquier caso, ése era un asunto por el que preocuparse otro día.

En los movimientos de los hombres de la comarca, en su mayoría muchachos como Tod, pastores e hijos de granjeros, no había la precisión de unos soldados, pero sabían lo que tenían que hacer. Un hombre de cada cinco sujetaba las riendas de otros cuatro caballos aparte del suyo mientras los otros jinetes desmontaban apresuradamente, con los largos arcos ya encordados y en la mano. Los que habían echado pie a tierra se esforzaban por formar en filas y escudriñaban los alrededores con más interés que otra cosa, pero revisaban sus aljabas con gestos expertos y, con la

seguridad de la práctica, sostenían los grandes arcos de Dos Ríos que, una vez encordados, casi igualaban la talla de quienes los manejaban. Con esos arcos, hasta el último de ellos era capaz de disparar a más distancia de lo que cualquiera que no fuera de la comarca podría imaginar. Y acertar en el blanco.

Perrin esperaba que no hubiera necesidad de demostrarlo ese día. A veces soñaba con un mundo en el que no hiciese falta hacerlo jamás. Y Rand…

—¿Crees que mis enemigos han estado dormidos mientras me encontraba… ausente? —había preguntado de improviso Rand cuando esperaban a que Dashiva abriera el acceso.

Llevaba puesta una chaqueta hallada en una de las carretas, una prenda bien confeccionada, de lana verde, pero en nada parecida a las que solía vestir últimamente. Descartando quitarle su chaqueta a uno de los Guardianes o el cadin'sor a un Aiel, era la única prenda en todo el campamento que le servía. Ciertamente, habríase dicho que estaba empeñado en vestir seda y exquisitos bordados a juzgar por el empeño en registrar a fondo las carretas el día anterior y esa mañana.

Las carretas se situaron en una larga fila, enganchadas a los tiros, con las cubiertas de lona y los aros de hierro de los armazones desmontados. Kiruna y el resto de las hermanas comprometidas por el juramento iban sentadas en la que avanzaba a la cabeza, apiñadas, y no parecían contentas. Habían dejado de protestar cuando comprendieron que hacerlo no servía de nada, pero Perrin seguía oyendo sus rezongos iracundos. Al menos viajaban sentadas; sus Guardianes iban a pie, rodeando la carreta, silenciosos e impávidos. Las Aes Sedai prisioneras también iban a pie formando un grupo hosco y envarado al que rodeaban todas las Sabias que no estaban con Rand, que era lo mismo que decir todas excepto Sorilea y Amys. Los Guardianes de las prisioneras, sombríos, formaban otro grupo a unos cien pasos de distancia y, a despecho de sus heridas y de la nutrida guardia de siswai'aman, eran la viva imagen de la muerte a la expectativa, aguardando su oportunidad. Aparte del gran corcel negro de Kiruna, que Rand llevaba de las riendas, y una yegua de pelaje pardusco y tobillos finos para Min, el resto de los caballos de las Aes Sedai y los Guardianes que no se habían asignado a la guardia de Asha'man —o que se habían utilizado para completar los tiros de las carretas, algo que había ocasionado una conmoción mayor incluso que el hecho de que sus dueños tuvieran que ir a pie— estaban atados con largas cuerdas en las traseras de las carretas.

—¿Qué opinas tú, Flinn? ¿Y tú, Grady?

Uno de los Asha'man que esperaba para cruzar el acceso en cuanto se abriera, el tipo fornido con rostro de campesino, dirigió una mirada incierta a Rand y después al curtido viejo que cojeaba al andar. Ambos lucían el alfiler de plata con forma de

espada en un pico del cuello de la chaqueta, pero no el que tenía forma de dragón.

—Sólo un necio pensaría que sus enemigos se quedarían de brazos cruzados cuando no los está vigilando, milord Dragón —respondió el hombre mayor con una voz bronca. Parecía un soldado.

—¿Y tú qué crees, Dashiva?

El interpelado dio un respingo, sorprendido de que se dirigiera a él.

—Yo… crecí en una granja. —Se tiró del cinturón de la espada para colocar bien el arma, cosa que no era necesaria. Se suponía que esos hombres recibían un entrenamiento tan duro en esgrima como con el Poder, pero Dashiva no parecía saber distinguir un extremo del otro—. Apenas sé nada sobre tener enemigos.

A despecho de sus toscos modales, emanaba de él cierto aire de insolencia. Aunque, a decir verdad, todos ellos parecían haberse alimentado con arrogancia nada más ser destetados.

—Si te quedas conmigo, lo aprenderás —dijo suavemente Rand.

Su sonrisa provocó un escalofrío en Perrin. Siguió sonriendo mientras impartía órdenes para cruzar el acceso como si fueran a ser atacados al otro lado. Había enemigos en todas partes, les dijo. «Tenedlo siempre presente. Se tiene enemigos en todas partes, y nunca se sabe quién puede serlo.»

El éxodo prosiguió sin disminuir el flujo. Las traqueteantes carretas pasaron de los pozos de Dumai a Cairhien, zarandeando a las hermanas montadas en la primera como estatuas de hielo. Sus Guardianes cruzaron rodeando el vehículo, las manos sobre las empuñaduras de las espadas y los ojos sin detenerse en un mismo punto más de un instante; obviamente pensaban que sus Aes Sedai necesitaban tanta protección de quienes ya se encontraban en la colina como de cualquiera que pudiese aparecer. Las Sabias atravesaron el acceso conduciendo a las prisioneras que se hallaban a su cargo; unas cuantas utilizaban varas para azuzar a las Aes Sedai como si fueran reses, aunque las hermanas hicieron un buen trabajo fingiendo que no existían ni Sabias ni varas. A continuación venían los *gai'shain* Shaido trotando en una columna de cuatro en fondo bajo la vigilancia de una única Doncella; ésta señaló un sitio apartado del acceso antes de correr a reunirse con las otras *Far Dareis Mai,* y los *gai'shain* se agruparon en el punto señalado, arrodillados, desnudos como el Creador los había traído al mundo y orgullosos como águilas. Los siguientes fueron los otros Guardianes y sus vigilantes; esos Gaidin exhalaban un olor tan intenso a ira que Perrin lo percibió por encima de todos los otros efluvios. Detrás iba Rhuarc con el resto de los *siswai'aman* y las Doncellas, así como otros cuatro Asha'man a caballo; cada uno de ellos conducía un segundo corcel por las riendas, en los que montarían los cuatro compañeros que habían pasado al principio. Cerrando la marcha, Nurelle y su Guardia Alada, con los banderines rojos ondeando en las lanzas.

Los mayenienses estaban que reventaban de orgullo por ser la fuerza de retaguardia; reían y dirigían gritos a los cairhieninos bravuconeando sobre lo que habrían hecho si los Shaido hubiesen regresado, aunque en realidad no eran los que cerraban la marcha. A la cabeza del último grupo en cruzar iba Rand, montado en el semental de Kiruna, y Min en su yegua. Sorilea y Amys caminaban a un lado del caballo negro, y Nandera y media docena de Doncellas, al otro. Dashiva los seguía inmediatamente detrás, conduciendo por la brida una yegua castaña de aspecto apacible. El acceso se desvaneció de inmediato, y Dashiva parpadeó con la mirada puesta en el punto donde había estado el portal, sonrió levemente y después montó con torpeza en la yegua. Parecía que hablaba consigo mismo, pero seguramente se debía a que la espada se le había enredado en las piernas y por poco se cae. No. Imposible que estuviera loco ya.

El ejército cubría la colina, desplegado para un ataque que obviamente no iba a producirse. No era un ejército grande, sólo unos pocos miles de guerreros, pero se lo habría considerado muy respetable antes de que el ingente número de lanzas Aiel cruzara la Pared del Dragón. Rand condujo lentamente su caballo hacia donde aguardaba Perrin mientras escudriñaba la campiña. Las dos Sabias lo seguían de cerca, hablando en voz baja y sin quitarle ojo de encima; Nandera y las Doncellas también iban en pos de Rand, vigilando todo lo demás. De ser Rand un lobo, Perrin habría dicho que husmeaba el aire. Apoyado de través en el arzón delantero de la silla llevaba el Cetro del Dragón, un trozo de lanza de unos sesenta centímetros, decorado con un borlón verde y blanco y con dragones tallados en el fragmento del astil. De vez en cuando, Rand lo sopesaba un instante, como para recordar su existencia.

Cuando sofrenó el caballo al lado del de Perrin, observó a éste con tanta intensidad como había hecho con el paisaje.

—Confío en ti —dijo finalmente a la par que asentía con la cabeza. Min rebulló en su silla de montar y Rand añadió—: Y en ti, Min, por supuesto. Y también en ti, Loial. —El Ogier se movió con nerviosismo y echó una ojeada incierta a Perrin. Rand miró en derredor, a los Aiel, los Asha'man y el resto—. Qué pocos tengo en quien confiar —musitó, fatigado. La maraña de olores que exhalaba era lo bastante profusa para que hubiera procedido de dos hombres: cólera y temor, resolución y desaliento. Y, entretejiéndolo todo, un inmenso cansancio.

«Manténte cuerdo —quiso decirle Perrin—. Aguanta.» Sin embargo, la sensación de culpabilidad que experimentó repentinamente paralizó su lengua. Deseaba decírselo al Dragón Renacido, no a la persona que había sido su amigo desde la infancia. Quería que su amigo estuviese cuerdo; el Dragón Renacido tenía que estarlo.

—Milord Dragón —llamó de improviso uno de los Asha'man. Era muy joven, casi un muchacho, con los oscuros ojos tan grandes como los de una chica, y no

llevaba ni el alfiler de la espada ni el del dragón en el cuello de la chaqueta, pero su porte era orgulloso. Perrin había oído que se llamaba Narishma—. Hacia el sudoeste.

De los árboles que había en aquella dirección, a unos dos kilómetros de distancia, había salido corriendo una figura, una mujer con la falda recogida por encima de las rodillas. Los penetrantes ojos de Perrin la identificaron de inmediato como una Aiel. Una Sabia, dedujo, aunque en realidad no podía afirmarse tal cosa a primera vista. Pero estaba seguro. La aparición de la mujer hizo que se pusiera alerta de nuevo, en tensión. Que hubiese alguien allí precisamente, donde habían salido por el acceso, no era buena señal. Los Shaido habían estado causando alborotos en Cairhien de nuevo cuando había salido al rescate de Rand, pero para los Aiel una Sabia era una Sabia, sin importar a qué clan pertenecía. Se visitaban unas a otras para tomar el té mientras sus clanes se mataban entre sí. Dos Aiel enzarzados en una lucha a muerte se separarían momentáneamente para que una Sabia pasara entre ellos. Tal vez eso había cambiado el día anterior o tal vez no. Perrin exhaló lentamente, cansado. En el mejor de los casos, no podía ser portadora de buenas noticias.

Casi todos los que se encontraban en la colina parecían ser de la misma opinión. Hubo una reacción general que se extendió como ondas en el agua; las lanzas se aprestaron y las flechas se encajaron en los arcos; cairhieninos y mayenienses rebulleron en sus sillas de montar, y Aram desenvainó la espada, con los ojos brillantes de ansiedad. Loial se apoyó en su enorme hacha y toqueteó el filo con actitud pesarosa. La pala tenía forma de machado, sólo que enorme; llevaba grabadas hojas y zarcillos y tenía incrustaciones de oro, aunque los adornos estaban algo raspados por el uso que le había dado recientemente. Si no tenía más remedio, volvería a usarla, pero con tanta renuencia como Perrin utilizaba la suya y casi por las mismas razones.

Rand se limitó a observar, su expresión indescifrable. Min acercó su yegua para acariciar el hombro de Rand, como lo haría alguien que intentara tranquilizar a un mastín que tuviese el lomo erizado.

Tampoco las Sabias dieron muestra de alteración, pero no por ello se quedaron quietas. Sorilea gesticuló, y una docena de las mujeres que vigilaban a las Aes Sedai se apartaron del grupo para reunirse con ella y con Amys, retiradas de Rand y de Perrin lo bastante para que ni siquiera éste alcanzara a oír lo que hablaban. Muy pocas tenían hebras grises en su cabello y salvo Sorilea, que era la única con arrugas en la cara, apenas había Sabias con el pelo blanco entre las que se hallaban presentes. Lo cierto es que eran contados los Aiel que vivían lo suficiente para que les salieran muchas canas. A pesar de su aparente juventud, esas mujeres tenían rango o influencia, como quiera que las Sabias establecieran esas cosas. Perrin había visto que Sorilea y Amys conferenciaban con el mismo grupo en ocasiones anteriores, aunque «conferenciar» no era el término más apropiado. Sorilea hablaba, con alguna

que otra palabra pronunciada por Amys, y las demás escuchaban. Edarra manifestó una protesta, pero Sorilea la acalló sin alterar su ritmo, y después señaló a dos de las del grupo: Sotarin y Cosain. Al punto, éstas se recogieron los vuelos de las faldas sobre los brazos y corrieron al encuentro de la que se dirigía hacia la colina.

Perrin palmeó el cuello de *Brioso*. No más violencia ni muerte. Luz, tan pronto no.

Las tres Sabias se encontraron casi a un kilómetro de la colina y se detuvieron. Hablaron un instante y después todas corrieron hacia donde aguardaba el ejército. Y directamente a Sorilea. La recién llegada, una chica muy joven, de nariz larga y una mata de pelo de un tono intensamente rojo, habló precipitadamente. El semblante de Sorilea se tornó pétreo a medida que la escuchaba. Por fin la joven pelirroja terminó —o más bien Sorilea la interrumpió con unas breves palabras— y todo el grupo se volvió para mirar a Rand. Ninguna hizo intención de acercarse a él, sin embargo. Se quedaron esperando, con las manos enlazadas a la cintura y los chales sueltos sobre los brazos, tan inescrutables como cualquier Aes Sedai.

—El *Car'a'carn* —rezongó secamente Rand entre dientes. Pasó la pierna sobre el lomo del caballo y se bajó de la silla, tras lo cual ayudó a Min a desmontar.

Perrin también desmontó y, llevando a *Brioso* de las riendas, los siguió hacia donde esperaban las Sabias. Loial fue en pos de Perrin, y Aram hizo otro tanto, aunque sin bajarse del caballo, cosa que no hizo hasta que Perrin se lo mandó. Los Aiel no montaban corceles a menos que fuera absolutamente necesario, y consideraban una grosería que otra persona se reuniera con ellos o les hablara desde el lomo de un caballo. Rhuarc se les unió, así como Gaul, que estaba ceñudo por alguna razón. Ni que decir tiene que Nandera, Sulin y las Doncellas fueron también.

La pelirroja recién llegada empezó a hablar tan pronto como Rand estuvo cerca.

—Bair y Megana establecieron guardias por todos los caminos por los que podrían volver a la ciudad de los Asesinos del Árbol, *Car'a'carn*, pero a decir verdad nadie pensaba que sería aquí donde…

—Feraighin —la interrumpió Sorilea en un tono cortante.

Los dientes de la mujer pelirroja sonaron al cerrar bruscamente la boca, y sus brillantes ojos azules se quedaron prendidos en Rand, evitando la mirada furibunda de Sorilea. Al cabo, ésta inhaló y volvió la cabeza hacia Rand.

—Hay problemas en las tiendas —anunció con voz inexpresiva—. Corren rumores entre los Asesinos del Árbol de que has ido a la Torre Blanca con las Aes Sedai que vinieron a la ciudad, para doblar la cerviz ante la Sede Amyrlin. Nadie de los que saben la verdad ha dicho una palabra, o en caso contrario las consecuencias habrían sido peores.

—¿Y cuáles son esas consecuencias? —inquirió Rand quedamente. Exudaba tensión, y Min empezó a acariciarle el hombro otra vez.

—Muchos creen que has abandonado a los Aiel —respondió Amys en tono igualmente bajo—. El marasmo ha reaparecido. A diario un millar o más tiran las lanzas y desaparecen, incapaces de afrontar nuestro futuro ni nuestro pasado. Puede que algunos vayan a reunirse con los Shaido. —Su voz se tiñó de desprecio al decir eso último—. Se murmura que el verdadero *Car'a'carn* no se habría entregado a las Aes Sedai. Indirian dice que si has ido a la Torre Blanca no lo has hecho voluntariamente. Está dispuesto a conducir a los Codarra hacia el norte, a Tar Valon, y danzar las lanzas con cualquier Aes Sedai que encuentre en su camino. O con cualquier habitante de las tierras húmedas; afirma que tienes que haber sido traicionado. Timolan dice que, si lo que se cuenta es cierto, entonces eres tú quien nos ha traicionado, y que se llevará a los Miagoma de vuelta a la Tierra de los Tres Pliegues. Después de verte muerto. Mandelain y Janwin se dejan asesorar, pero prestan oídos tanto a Indirian como a Timolan.

Rhuarc torció el gesto e inhaló aire, prietos los dientes; para un Aiel, hacer eso era tanto como si cualquier otra persona se tirara de los pelos por la impotencia.

—No son buenas noticias —protestó Perrin—, pero del modo que lo planteas haces que parezca una sentencia de muerte. Una vez que Rand aparezca y lo hayan visto, los rumores cesarán.

Rand se pasó los dedos por el cabello.

—Si fuera así, Sorilea no tendría ese gesto, como si acabara de tragarse un lagarto. —En realidad, a juzgar por las expresiones de Nandera y Sulin habríase dicho que ellas no sólo se habían tragado un lagarto, sino que todavía lo sentían revolverse en sus gaznates—. ¿Qué es lo que no me has dicho aún, Sorilea?

La mujer de cara arrugada como un trozo de cuero viejo le dedicó una leve y aprobadora sonrisa.

—Sabes ver más allá de lo que se dice. Bien. —Sin embargo, su tono seguía siendo inexpresivo—. Regresas con Aes Sedai. Algunos creerán que has doblado la cerviz. Digas lo que digas, pensarán que te tienen puesto un dogal. Y eso antes de que se sepa que estuviste prisionero. Los secretos encuentran resquicios por los que no escaparía ni una pulga, y uno que es conocido por tantos tiene alas.

Perrin miró a Dobraine y a Nurelle, que observaban la escena desde lejos, con sus hombres, y tragó saliva para aliviar la náusea. ¿Cuántos de aquellos que seguían a Rand lo hacían porque los Aiel, con su número ingente, lo apoyaban? No todos, desde luego, pero por cada hombre que había tomado la decisión porque Rand era el Dragón Renacido, cinco o quizá diez habían acudido porque la Luz brillaba con más fuerza en los ejércitos más poderosos. Si los Aiel se marchaban o se dividían…

No quería pensar en esa posibilidad. Defender Dos Ríos había requerido emplear al máximo su capacidad y sus conocimientos, puede que más. Por mucho que fuese *ta'veren* no se hacía ilusiones respecto a que el suyo fuera uno de esos nombres que

aparecían en las leyendas. Eso quedaba para Rand. Los conflictos a pequeña escala, en un pueblo, eran su límite. Con todo, no podía evitarlo; las ideas bullían en su cabeza. ¿Qué hacer si ocurría lo peor? Al punto acudieron a su mente la lista de quienes permanecerían leales y de quienes intentarían escabullirse. La primera era lo bastante corta y la segunda lo bastante larga para que la garganta se le quedara seca de golpe. Eran demasiados los que aún maquinaban para sacar ventajas como si nunca hubiesen oído hablar de las Profecías del Dragón o de la Última Batalla. Sospechaba que algunos seguirían haciéndolo al día siguiente de que hubiese empezado el Tarmon Gai'don. Y lo peor de todo es que la mayoría no serían Amigos Siniestros, sino gente que simplemente mira por sus intereses antes que nada. Loial tenía gachas las orejas; también él se daba cuenta.

No bien había acabado de hablar con Rand cuando Sorilea desvió bruscamente los ojos hacia un lado y su mirada fue tan intensa que habría podido abrir agujeros en el hierro.

—Se os ordenó que permanecieseis en las carretas —espetó.

Bera y Kiruna se pararon tan de golpe que Alanna casi tropezó con ellas.

—Se os ordenó que no entraseis en contacto con el Poder Único sin permiso —prosiguió la Sabia—, pero habéis estado escuchando lo que se ha dicho aquí. Descubriréis que no hablo por hablar.

A despecho de lo que auguraba la mirada de Sorilea, las otras tres mujeres no se achicaron. Las de Bera y Kiruna mostraban una fría dignidad, la de Alanna un abrasador desafío. Los enormes ojos de Loial se volvieron hacia ellas y después hacia las Sabias; si antes tenía gachas las orejas, ahora éstas estaban completamente caídas, y las largas cejas le colgaban sobre las mejillas. Inquieto, enfrascado en sus listas mentales, Perrin se preguntó distraídamente hasta dónde pensaban llegar las Aes Sedai. ¡Mira que escuchar a escondidas con el Poder! Podían encontrarse con una reacción de las Sabias más violenta que la increpación de Sorilea. Y también de Rand.

No fue así esta vez. Rand parecía ajeno a su presencia, mirando a través de Sorilea, como si la Sabia no estuviese delante. O tal vez escuchando algo que nadie más oía.

—¿Y los habitantes de las tierras húmedas? —inquirió finalmente—. Colavaere ha sido coronada reina, ¿verdad? —En realidad no era una pregunta.

Sorilea asintió en silencio, dando golpecitos con el pulgar en la empuñadura de su cuchillo, pero con la atención puesta de continuo en las Aes Sedai. A los Aiel les importaba poco a quién se escogía rey o reina entre los habitantes de las tierras húmedas, en especial entre los cairhieninos.

Perrin sintió como si le clavaran en el pecho una daga. Que Colavaere de la casa Saighan ambicionaba el Trono del Sol no era ningún secreto; había estado intrigando

para conseguirlo desde el día en que habían asesinado a Galldrain sur Riatin, antes incluso de que Rand se proclamara el Dragón Renacido, y siguió haciéndolo después de que fue del dominio público que Rand se proponía entregar el trono a Elayne. No obstante, eran pocos los que sabían que la noble era una asesina a sangre fría. Y Faile se encontraba en la ciudad. Por lo menos no estaba sola: Bain y Chiad permanecían cerca de ella. Eran Doncellas y amigas de su mujer, tal vez casi lo que los Aiel llamaban medio hermanas; no permitirían que le hicieran ningún daño. Empero, la hiriente y fría sensación en el pecho no desapareció. Colavaere odiaba a Rand y, por extensión, a cualquiera que estuviera relacionado con él. Como, por ejemplo, la esposa de un hombre que era amigo suyo. No. Bain y Chiad cuidarían de ella.

—Es una situación muy delicada. —Kiruna se acercó a Rand haciendo caso omiso de Sorilea, algo digno de admirar. Para ser una mujer tan escuálida, la Sabia tenía una mirada más dura que un mazazo—. Lo que quiera que hagáis puede tener serias repercusiones. Yo…

—¿Qué dice de mí Colavaere? —preguntó Rand a Sorilea en un tono excesivamente despreocupado—. ¿Ha hecho algún daño a Berelain?

Berelain, la Principal de Mayene, era la persona a la que Rand había dejado a cargo de Cairhien. ¿Por qué no preguntaba sobre Faile?

—Berelain sur Paendrag se encuentra bien —murmuró Sorilea sin quitar los ojos de la Aes Sedai.

Aparentemente, Kiruna conservaba la calma a despecho de que Rand la había interrumpido, pasando por alto su comentario, pero la mirada que clavó en él podría haber congelado el fuego de una fragua aunque el fuelle estuviese soplándolo. Sorilea hizo un ademán a Feraighin para que contara el resto.

La joven pelirroja dio un respingo y se aclaró la voz; obviamente no esperaba que le permitieran decir una palabra. Recobró el aire digno como quien se echa encima un vestido a toda prisa.

—Colavaere Saighan dice que has ido a Caemlyn, *Car'a'carn*, o tal vez a Tear; pero que, dondequiera que sea, todos debemos recordar que eres el Dragón Renacido y debemos obedecerte. —Feraighin resopló desdeñosa; el Dragón Renacido no formaba parte de las profecías Aiel, sólo el *Car'a'carn*—. Dice que regresarás y ratificarás su nombramiento. Habla a menudo con los jefes, animándolos a enviar las lanzas hacia el sur. Obedeciéndote a ti, dice. Para ella las Sabias no contamos, nuestras palabras son como el soplo del viento en sus oídos.

En esta ocasión, la aspiración por la nariz de la joven pelirroja recordó mucho a las que hacía Sorilea. Nadie les decía a los jefes lo que tenían que hacer, pero enfurecer a las Sabias era un mal camino para intentar convencer a los jefes de nada.

Sin embargo, esa actitud tenía sentido para Perrin; para la parte de Perrin que podía pensar en otra cosa aparte de Faile. Lo más probable era que Colavaere no

hubiese prestado suficiente atención a los «salvajes» para darse cuenta de que las Sabias se encargaban de algo más que de proporcionar hierbas, pero querría que todos los Aiel se marcharan de Cairhien. La cuestión era, dadas las circunstancias, si alguno de los jefes le había hecho caso. Pero la pregunta que Rand hizo a continuación no fue la obvia.

—¿Qué más ha ocurrido en la ciudad? Cualquier cosa que hayas oído, Feraighin. Quizás algo que podría parecer importante sólo para los habitantes de las tierras húmedas.

La mujer sacudió la roja mata de pelo en ademán despectivo.

—Los habitantes de las tierras húmedas son como los mosquitos, *Car'a'carn*: ¿quién sabe lo que a ellos les parece importante? Pero he oído que a veces pasan cosas raras en la ciudad, como ocurre en las tiendas. Esporádicamente, la gente ve cosas inexplicables, cosas increíbles, que son pasajeras. Han muerto hombres, mujeres y niños.

A Perrin le dio un escalofrío; sabía que la mujer se refería a los fenómenos que Rand llamaba «burbujas malignas», que brotaban de la prisión del Oscuro como el borboteo espumante de un pantano fétido y se desplazaban por el Entramado hasta que estallaban. Perrin había quedado atrapado en una de ellas en cierta ocasión, y no quería volver a vivir esa experiencia…

—Si te refieres a lo que hacen los habitantes de las tierras húmedas —prosiguió Feraighin—, ¿quién tiene tiempo para perderlo observando a los mosquitos? A menos que la piquen a una. Eso me recuerda algo. Yo no lo entiendo, pero quizá tú sí puedas. Esos mosquitos acabarán picando antes o después.

—¿Qué mosquitos? ¿Los habitantes de las tierras húmedas? ¿De qué estás hablando?

Feraighin no era tan experta como Sorilea en asestar miradas penetrantes, pero Perrin no conocía ninguna Sabia que aceptara bien la impaciencia de otras personas, ni siquiera del jefe de jefes. Levantó la barbilla y se ajustó el chal antes de contestar.

—Hace tres días, los Asesinos del Árbol Caraline Damodred y Toram Riatin se acercaron a la ciudad. Emitieron una proclama acusando de usurpadora a Colavaere, pero se han quedado sentados en su campamento al sur de la ciudad y no han hecho nada aparte de enviar a unas cuantas personas a la ciudad de vez en cuando. Si son sorprendidos fuera del campamento, hasta un centenar de ellos sale corriendo al ver a un *algai'd'siswai* o incluso un *gai'shain*. El hombre llamado Darlin Sisnera y otros tearianos llegaron en barco ayer y se unieron a ellos. Han estado comiendo y bebiendo desde entonces, como si celebrasen algo. Siguiendo las órdenes de Colavaere Saighan los soldados Asesinos del Árbol se han agrupado en la ciudad, pero vigilan nuestras tiendas con más interés que las de los otros habitantes de las tierras húmedas o que la propia ciudad. Vigilan y no hacen nada. Quizá tú entiendas a

qué viene todo eso, *Car'a'carn*, pero yo no, y tampoco Bair ni Megana ni nadie de las tiendas.

Lady Caraline y lord Toram encabezaban a los cairhieninos que no acataban la autoridad asumida por Rand tras reconquistar Cairhien, al igual que el Gran Señor Darlin estaba al mando de los rebeldes de Tear. Ninguna de las dos revueltas tenían peso; Caraline y Toram se habían quedado en las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo durante meses, lanzando amenazas y reivindicaciones; y Darlin había hecho lo mismo en Haddon Mirk. Pero, al parecer, ya no se conformaban con eso. Perrin se sorprendió a sí mismo pasando el pulgar a lo largo del filo de su hacha. Los Aiel parecían al borde de dividirse, y los enemigos de Rand se estaban agrupando en un solo lugar. Sólo faltaba que apareciesen los Renegados. Y Sevanna con sus Shaido. Ésa sería la guinda del pastel. Empero, nada de eso tenía para él más importancia que si alguien hubiera visto una pesadilla hecha realidad. Faile tenía que estar sana y salva; tenía que estarlo.

—Mejor estar en alerta que ponerse a luchar —murmuró Rand pensativo, de nuevo oyendo algo que nadie más oía.

Perrin no podía estar más de acuerdo con Rand —casi cualquier cosa era mejor que luchar— pero los Aiel no parecían entenderlo así, no cuando se trataba de enemigos. Desde Rhuarc a Sorilea, pasando por Feraighin, Nandera y Sulin, todos ellos lo miraron como si hubiese dicho que mejor era beber arena que agua.

Feraighin se irguió tanto que debía de estar de puntillas. No era muy alta para la media en una mujer Aiel y apenas le llegaba a Rand al hombro, pero daba la impresión de querer estirarse hasta que sus ojos estuvieran al mismo nivel que los de él.

—Hay poco más de diez mil en ese campamento de hombres de las tierras húmedas —dijo en tono de reproche—, y menos aún en la ciudad. Sería fácil ocuparse de ellos. Hasta Indirian recuerda que ordenaste que no se matara a ningún hombre de las tierras húmedas salvo en defensa propia, pero causarán problemas si no se toman medidas. Y el hecho de que haya Aes Sedai en la ciudad no ayuda precisamente. ¿Quién sabe lo que esas mujeres se…?

—¿Aes Sedai? —Las palabras salieron gélidas de la boca de Rand, que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el Cetro del Dragón—. ¿Cuántas?

El olor que exudó de golpe hizo que a Perrin le corriera un escalofrío entre los omóplatos; de repente percibió que las Aes Sedai prisioneras estaban observando atentamente, así como Bera, Kiruna y las demás.

Sorilea perdió todo interés en Kiruna. Se volvió hacia Feraighin, puesta en jarras, y estrechó los ojos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No me diste oportunidad de hacerlo, Sorilea —protestó Feraighin, un tanto

falta de aliento y con los hombros hundidos. Los azules ojos se volvieron hacia Rand y su voz cobró firmeza—. Deben de ser diez o más, *Car'a'carn*. Las hemos evitado, naturalmente, sobre todo después de que… —De nuevo miró a la Sabia de más edad y su voz se tornó insegura—. No querías saber nada de los habitantes de las tierras húmedas, Sorilea. Sólo de nuestras tiendas. Es lo que dijiste. —Otra vez volvió los ojos hacia Rand al tiempo que enderezaba la espalda—. La mayoría se aloja bajo el techo de Arilyn Dhulaine, *Car'a'carn*, y rara vez salen. —Los ojos de vuelta a Sorilea, y otra vez los hombros encorvados—. Sabes que te lo habría dicho todo. Tú me interrumpiste.

Al caer en la cuenta de que había muchos observándola y que en su mayor parte estaban sonriendo, al menos entre las Sabias, los ojos de Feraighin se desorbitaron y sus mejillas se pusieron rojas como la grana. Giró la cabeza alternativamente hacia Rand y Sorilea en tanto que movía la boca pero sin emitir sonido alguno. Algunas de las Sabias rompieron a reír aunque se tapaban la boca con la mano para disimular; Edarra ni siquiera se molestó en hacer eso. Rhuarc echó la cabeza atrás y prorrumpió en carcajadas.

Perrin, desde luego, no tenía ni pizca de ganas de reír. A un Aiel, con su extraño sentido del humor, podía parecerle divertido que una espada lo atravesara de parte a parte. Por si fuera poco, más Aes Sedai. ¡Luz! Sin esperar más, fue directo al grano, a lo que le importaba.

—Feraighin. Mi esposa, Faile, ¿se encuentra bien?

La mujer le dedicó una mirada medio distraída y después hizo un esfuerzo visible para recobrar el control de sí misma.

—Creo que Faile Aybara está bien, *Sei'cair* —contestó con fría compostura… o casi. Observó de reojo a Sorilea. Ésta no estaba de buen humor; en absoluto. Cruzada de brazos, le asestó una mirada que, en comparación, hacía parecer afable la que había dedicado a Kiruna.

Amys puso la mano en el brazo de Sorilea.

—No debes culparla —murmuró la Sabia más joven de las dos en un tono tan bajo que sólo llegó a oídos de la mujer mayor y de los de Perrin.

Sorilea vaciló y después asintió; la hiriente mirada se suavizó hasta su habitual expresión cascarrabias. Amys era la única capaz de conseguir algo así, que Perrin supiera; la única a la que Sorilea no pisoteaba si se ponía en su camino. Bueno, tampoco pisoteaba a Rhuarc, pero lo que ocurría con él era más como si un sólido peñasco hiciera caso omiso de una tormenta; Amys era capaz de conseguir que dejara de llover.

Perrin quería que Feraighin le ampliara la información; no le bastaba con que la Sabia «creyera» que Faile estaba bien. Pero, antes de que tuviera ocasión de abrir la boca, Kiruna intervino con su habitual falta de tacto.

—Escuchadme bien —le dijo a Rand al tiempo que agitaba el índice ante su nariz para dar énfasis a las palabras—. Califiqué de delicada la situación, pero me quedé corta. Es más compleja de lo que podáis imaginar, tan frágil que un soplo podría hacerla saltar en pedazos. Bera y yo os acompañaremos a la ciudad. Sí, sí, Alanna, y tú también. —Hizo un ademán impaciente a la esbelta Aes Sedai para que se apartara. Perrin sospechó que estaba recurriendo al truco que la hacía parecer más grande ya que daba la impresión de estar mirando a Rand desde arriba, a pesar de que, siendo una mujer alta, sólo le llegaba al hombro—. Tenéis que dejaros guiar por nosotras. Un movimiento en falso, una palabra equivocada, y podéis desatar en Cairhien el mismo desastre que causasteis en Tarabon y Arad Doman. Es más, podéis ocasionar daños incalculables a ciertos asuntos de los que apenas sabéis nada.

Perrin se encogió. Ni queriendo, Kiruna podría haber argumentado una parrafada más a propósito para encolerizar a Rand. Pero éste se limitó a escuchar hasta que la mujer hubo acabado y después se volvió hacia Sorilea.

—Llevad a las Aes Sedai a las tiendas. A todas ellas, de momento. Aseguraos de que todos se enteren de que son Aes Sedai. Que vean que están a vuestras órdenes y saltan cuando decís «rana». Puesto que vosotras saltáis cuando el *Car'a'carn* lo dice, eso los convencerá de que no llevo ningún dogal de las Aes Sedai.

El rostro de Kiruna se tiñó de un rojo intenso; su olor a ultraje e indignación era tan intenso que a Perrin le picó la nariz. Bera intentó tranquilizarla, con escaso éxito, a la par que asestaba miradas reprobadoras a Rand con las que dejaba claro su opinión de que lo consideraba un patán e ignorante jovenzuelo; Alanna se mordía el labio inferior para reprimir una sonrisa. Habida cuenta de los efluvios que emitían Sorilea y las otras, Alanna no tenía razón para estar contenta.

Sorilea dedicó a Rand un atisbo de sonrisa.

—Es posible, *Car'a'carn* —dijo secamente. Perrin dudaba que esa mujer saltara, se lo ordenara quien se lo ordenara—. Quizá funcione. —No parecía muy convencida.

Tras sacudir de nuevo la cabeza, Rand echó a andar con Min, seguido de cerca por las Doncellas, e impartió órdenes sobre quién lo acompañaría y quién iría con las Sabias. Rhuarc empezó a dar instrucciones a los *siswai'aman*. Alanna siguió a Rand con la mirada. Perrin habría querido saber qué pasaba entre esos dos. Sorilea y las demás también observaban a Rand, y sus efluvios no tenían nada de afables.

Perrin reparó en que Feraighin se encontraba sola. Ésta era su oportunidad. Sin embargo, cuando intentó acercarse a ella, Sorilea, Amys y el resto del «consejo» la rodeó, haciéndolo a un lado hábilmente. Se retiraron un trecho antes de empezar a abrumarla con preguntas; las miradas dirigidas a Kiruna y a las otras dos hermanas manifestaron a las claras que no tolerarían más escuchas a escondidas. Kiruna parecía estar planteándoselo y, habida cuenta de su creciente ceño, lo extraño es que no

tuviera de punta el oscuro cabello. Bera le estaba hablando con firmeza y, sin proponérselo, Perrin alcanzó a oír palabras sueltas, como «sensatez», «paciencia», «prudencia» y «estupidez», pero no supo a quién iban dirigidas.

—Habrá lucha cuando lleguemos a la ciudad. —El tono de Aram era anhelante.

—Por supuesto que no —lo contradijo Loial, categórico. Sus orejas se agitaron y el Ogier miró de soslayo su hacha, con desagrado—. No la habrá, ¿verdad, Perrin?

Éste sacudió la cabeza. Lo ignoraba. Si las otras Sabias dejaran sola a Feraighin, aunque sólo fuese unos instantes… ¿Qué tenían que hablar que fuera tan importante para tratarlo en el momento?

—Las mujeres son más incoherentes que un hombre de las tierras húmedas borracho —rezongó Gaul.

—¿Qué? —dijo Perrin, abstraído. ¿Qué pasaría si se abría paso, sin más, entre el círculo de Sabias? Como si le hubiese leído el pensamiento, Edarra le asestó una mirada elocuente. Y no fue la única. A veces parecía que las mujeres eran capaces de adivinar lo que un hombre estaba pensando. En fin…

—Digo que no hay quien entienda a las mujeres. Chiad me ha dicho que no pondrá la guirnalda de esponsales a mis pies; me lo dijo. —El Aiel parecía escandalizado—. Y también que me aceptaría como su amante, de ella y de Bain, pero nada más. —En otro momento aquello habría dejado patidifuso a Perrin, aunque ya había oído lo mismo otras veces; los Aiel eran increíblemente… permisivos… en esos temas—. Como si no fuera lo bastante bueno para esposo. —Gaul resopló, indignado—. No me gusta Bain, pero me habría casado también con ella para complacer a Chiad. Si Chiad no piensa hacer la guirnalda de esponsales, entonces tendría que dejar de encandilarme. Si soy incapaz de interesarle lo suficiente para que se case conmigo, que se deje de jueguecitos.

Perrin lo miró frunciendo el entrecejo. El Aiel de ojos verdes era más alto que Rand; a él le sacaba un palmo.

—¿De qué hablas?

—De Chiad, naturalmente. ¿Es que no me has escuchado? Me evita, pero, cada vez que la veo, se detiene justo lo suficiente para asegurarse de que he reparado en ella. No sé cómo lo hacéis los habitantes de las tierras húmedas, pero entre nosotros, los Aiel, ése es uno de los modos que utilizan las mujeres para insinuarse. Cuando uno menos lo espera, la tiene delante de los ojos, y luego desaparece. Ni siquiera sabía que estaba entre las Doncellas hasta esta mañana.

—¿Quieres decir que está aquí? —susurró Perrin. La daga volvió a hincarse en él, pero esta vez en las entrañas—. ¿Y Bain? ¿Está aquí también?

—Rara vez se separan esas dos. —Gaul se encogió de hombros—. Pero es el interés de Chiad el que quiero despertar, no el de Bain.

—¡Al infierno con el interés de una y otra! —gritó Perrin. Las Sabias volvieron la

cabeza en su dirección. De hecho, todos los que estaban en lo alto de la colina lo hicieron. Kiruna y Bera lo observaban fijamente, con excesiva atención. Haciendo un denodado esfuerzo, Perrin consiguió bajar el tono. Empero, no pudo hacer nada en cuanto a la vehemencia—. ¡Se supone que tienen que protegerla! Está en la ciudad, en el Palacio Real, con Colavaere. ¡Con Colavaere! Y ellas tenían que estar velando por su seguridad.

Gaul se rascó la cabeza y miró a Loial.

—¿Es alguna clase de chiste de las tierras húmedas? —preguntó, desconcertado—. Faile Aybara no lleva falda corta.

—¡Ya sé que no es una niña! —Perrin respiró profundamente. Resultaba muy difícil mantener un tono comedido cuando el miedo le atenazaba a uno las entrañas—. Loial, explícale a este… a Gaul, que nuestras mujeres no van corriendo por ahí empuñando lanzas, que Colavaere no le propondría un duelo a Faile, que simplemente ordenaría a alguien que la degollara o la arrojara por las murallas o… —Las imágenes concebidas por su mente eran demasiado terribles. Iba a vomitar en cualquier momento, estaba seguro.

Loial le palmeó torpemente el hombro.

—Perrin, sé que estás preocupado. Sé cómo me sentiría yo si creyera que a Erith podría pasarle algo malo. —Los mechones que remataban sus orejas temblaron. Menudo interlocutor; echaría a correr tan deprisa como pudiera con tal de evitar a su madre y a la joven Ogier que le había elegido como esposa—. Eh, bien, Perrin, Faile está esperando tu regreso, sana y salva. Lo sé. Y tú sabes que es muy capaz de cuidar de sí misma. Vaya, pero si podría cuidar también de ti, de mí y de Gaul. —Su risa retumbante sonó forzada, y enseguida dio paso a una expresión seria—. Perrin… Perrin, sabes que no podrás estar con ella siempre para protegerla, por mucho que lo desees. Eres un *ta'veren*. El Entramado te ha entresacado del resto de los hilos con un propósito, y te utilizará con ese fin.

—Al infierno con el Entramado —gruñó Perrin—. Por mí puede quemarse entero con tal de que a ella la deje a salvo.

A Loial se le pusieron las orejas tiesas por la impresión, e incluso Gaul se quedó atónito.

«¿En qué me convierte eso?», pensó Perrin. Había sentido desprecio por quienes luchaban con uñas y dientes para lograr sus propios fines sin tener en cuenta la Última Batalla y que la sombra del Oscuro se iba extendiendo sobre el mundo. ¿En qué se diferenciaba de ellos?

—¿Vienes? —dijo Rand, que había frenado el corcel negro junto a él.

—Sí, voy —respondió Perrin, sombrío. No sabía la respuesta a sus preguntas, pero sí tenía algo muy claro: para él, Faile era el mundo.

4



Entrada en Cairhien

Perrin habría impreso un paso más vivo del que había marcado Rand, aunque sabía que los caballos no lo habrían aguantado mucho tiempo. La mitad del tiempo fueron cabalgando al trote y la otra mitad corriendo a pie junto a sus animales. Habríase dicho que Rand estaba ajeno a todo y a todos, salvo porque cada vez que Min tropezó alargó la mano para sostenerla. En cuanto a lo demás, parecía estar en otro mundo, y parpadeaba sorprendido cuando reparaba en Perrin o en Loial. A decir verdad, a todos les ocurría lo mismo. Los soldados de Dobraine y de Havien miraban fijamente al frente, rumiando sus propios temores respecto a lo que encontrarían al llegar. Los hombres de Dos Ríos se habían contagiado del talante sombrío de Perrin. Apreciaban a Faile —en honor a la verdad, algunos la adoraban— y si había sufrido algún daño… Hasta Aram había sustituido su ansiedad por un ánimo taciturno cuando supo que Faile podía hallarse en peligro. Todos estaban pendientes de las leguas que les quedaban por recorrer, de la ciudad que aguardaba al final de la marcha. Es decir, todos excepto los Asha'man; agrupados como una bandada de cuervos, a escasa distancia de Rand, escudriñaban la campiña por la que avanzaba la columna, todavía en alerta a cualquier posible emboscada. Dashiva iba hundido como un saco en la silla de montar, y rezongaba entre dientes cuando tenía que correr, mirando en derredor como si deseara que se produjera una emboscada.

Eso era poco menos que imposible. Sulin y una docena de *Far Dareis Mai* trotaban delante de la columna, al alcance de la vista de Perrin, y muchas más iban aún más adelantadas para patrullar el camino, así como también en los flancos. Algunas habían metido las lanzas cortas en el correaje que sujetaba el estuche del arco a su espalda, de manera que las puntas de las lanzas se bamboleaban sobre sus cabezas; habían sacado los cortos arcos de hueso y los empuñaban con una flecha ya encajada. Mantenían una vigilancia tan estrecha para prevenir cualquier peligro que amenazara al *Car'a'carn* como sobre el propio Rand, como si temieran que fuera a desaparecer otra vez. Si había tendida alguna trampa o acechaba algún peligro, ellas lo descubrirían.

Chiad era una de las Doncellas que iban con Sulin; era una mujer alta, con el cabello rojizo oscuro y ojos grises. Perrin no le quitaba ojo de la espalda, deseando

que se retrasara y hablara con él. De vez en cuando ella volvía la cabeza y lo miraba brevemente, pero lo evitaba como si tuviese una enfermedad contagiosa. Bain no formaba parte de la columna; la mayoría de las Doncellas seguían la misma ruta con Rhuarc y los *algai'd'siswai*, pero avanzaban más despacio a causa de las carretas y los prisioneros.

La negra yegua de Faile trotaba detrás de *Brioso*, las riendas atadas a la silla del corcel. Los hombres de Dos Ríos habían traído a *Golondrina* desde Caemlyn y en el camino se habían encontrado con Perrin, antes de llegar a los pozos de Dumai. Cada vez que veía a la yegua marchando detrás de él, el rostro de su esposa ocupaba todos sus pensamientos: la nariz aguileña, la generosa boca, los brillantes ojos rasgados, los pronunciados pómulos. Faile adoraba a *Golondrina*, puede que casi tanto como a él. Era una mujer tan orgullosa como bella, tan fiera como orgullosa. La hija de Davram Bashere no se escondería de gente como Colavaere, ni siquiera se guardaría lo que opinaba de ella.

Se detuvieron cuatro veces para dar descanso a los animales; Perrin rechinaba los dientes de ansiedad con cada retraso. Tenía un talento innato para cuidar bien a los caballos, algo tan natural para él como respirar; revisó el estado de *Brioso* de manera automática y le dio un poco de agua por costumbre. Con *Golondrina* fue más cuidadoso. Si la yegua llegaba sana y salva a Cairhien… Una idea había arraigado en su mente: si llevaba la yegua a Cairhien, Faile estaría bien. Era ridículo, la fantasía de un niño, la absurda fantasía de un crío. Pero no se le iba de la cabeza.

En todas las paradas que hicieron Min trató de darle ánimo. Sonriendo burlona, le dijo que parecía la muerte en una mañana invernal, esperando a cualquiera para cavar su tumba. Le dijo que, si se acercaba a su mujer con esa cara, Faile le daría con la puerta en las narices. Sin embargo, la joven no tuvo más remedio que admitir que ninguna de sus visiones prometía que Faile estuviera indemne.

—Luz, Perrin —exclamó finalmente en tono exasperado mientras se ajustaba los guantes de montar de color gris—, si alguien se presenta a su puerta para hacerle daño, esa mujer lo hará esperar en el vestíbulo hasta que disponga de tiempo para atenderlo.

Faltó poco para que Perrin le asestara una mirada furibunda. No es que las dos se tuvieran antipatía exactamente, pero…

Loial le recordó que los cazadores del Cuerno sabían cuidar de sí mismos, y que Faile había sobrevivido al ataque de los trollocs sin sufrir un solo rasguño.

—Está bien, Perrin —retumbó, convencido, mientras trotaba al lado de *Brioso*, con el hacha cargada de través sobre los hombros—. Sé que lo está.

Pero repitió lo mismo veinte veces, y en cada ocasión había un poco menos de convicción en su voz. La última intentona del Ogier para levantarle el ánimo llegó más lejos de lo que Loial se proponía:

—Estoy seguro de que Faile sabe cuidarse, Perrin. No es como Erith. Me muero de impaciencia por que llegue el día que me haga su esposo para así poder cuidar de ella. Creo que me moriría si Erith cambiara de opinión.

No bien había pronunciado la última palabra, se quedó con la boca abierta, sus enormes ojos se desorbitaron y las orejas se agitaron al aire; tropezó con sus propios pies y faltó poco para que se fuera de bruces al suelo.

—No quería decir eso —manifestó con voz enronquecida al tiempo que recuperaba el ritmo del paso junto al caballo de Perrin. Las orejas le seguían temblando—. No estoy seguro de que quiera… Soy demasiado joven para… —Tragó saliva y asestó una mirada acusadora a Perrin, y lanzó otra igual a Rand, que iba un poco más adelante—. No es seguro abrir la boca habiendo dos *ta'veren* presentes. ¡Se puede decir cualquier cosa!

Cualquier cosa que normalmente no habría dicho sin sentirlo. Su reacción podría haber sido la misma sin que hubiese cerca *ta'veren*, aunque las posibilidades de que ocurriera tal cosa eran de una entre un millar, entre mil millares. Loial también lo sabía, y por esa certeza parecía más asustado de lo que Perrin lo había visto nunca. Pasó un buen rato antes de que las orejas del Ogier dejaran de temblar.

Aunque Perrin tenía la mente volcada por entero en Faile, no por ello estaba ciego; al menos no del todo. Lo que al principio miró sin ver, a medida que avanzaban hacia el sudoeste empezó a calar en su cerebro poco a poco. El tiempo era muy caluroso cuando había emprendido viaje hacia el norte desde Cairhien, hacía menos de dos semanas, pero parecía que la mano del Oscuro hubiese ceñido más su presa, triturando la tierra con mayor intensidad que antes. La reseca hierba se partía bajo los cascos de los caballos, las marchitas plantas rastreras semejaban telas de araña que abrazaban rocas y laderas, y las ramas desnudas, no sólo despojadas de hojas, sino muertas, crujían con el soplo de árido viento. Muchas coníferas estaban amarillentas.

Las granjas, construcciones de piedra oscura de diseño cuadrado, habían empezado a aparecer al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, las primeras en claros aislados del bosque, y después más frecuentes a medida que los árboles clareaban lo bastante para dejar de ser fronda. Allí arrancaba un impreciso camino de carros que pasaba sobre rocas y crestas de colinas, amoldándose más al trazado de los campos vallados con piedras que a la configuración del propio terreno. La mayoría de esas primeras granjas tenían aspecto de estar abandonadas: allí una silla tosca caída enfrente de una granja; allá una muñeca de trapo junto al camino. Se veían reses y ovejas flacas desperdigadas en los campos de pastos en los que, con frecuencia, los cuervos se disputaban los restos esqueléticos de animales; raro era el apacentadero en el que no había uno o dos cadáveres. Los arroyos se habían reducido a chorrillos que corrían por cauces de barro seco. Los terrones de los campos de cultivo, que tendrían

que haber estado cubiertos por un manto de nieve, parecían a punto de desmenuzarse allí donde no lo habían hecho ya, y el viento arrastraba el polvo.

Una nube de polvo fue señalando el paso de la columna hasta que el estrecho camino de tierra desembocó en la amplia calzada pavimentada que venía del paso de Jangai. Por ésta transitaba gente, aunque poca, y casi toda ella tenía la mirada aletargada, apagada. El sol se encontraba a medio camino entre el cenit y el ocaso, pero el calor seguía siendo aplastante. Los carros tirados por bueyes o por caballos con que se cruzaban de vez en cuando se apresuraban a salirse de la calzada para dejarles paso y se metían en los laterales marcados de rodaduras o incluso en los campos de labranza. Los conductores de los vehículos, así como el puñado de campesinos que hallaron a su paso, se quedaban pasmados al verlos pasar con las tres banderas.

Casi un millar de hombres armados era razón suficiente para mirar de hito en hito. Un millar de hombres armados que se dirigían rápidamente hacia alguna parte y con un propósito era razón de sobra para mirar; y para dar gracias de que siguieran su marcha y se perdieran de vista.

Por fin, cuando el sol estaba acercándose al horizonte, la calzada coronó una elevación y allí, tres o cuatro kilómetros al frente, se alzaba Cairhien. Rand sofrenó al caballo, y las Doncellas, ahora reunidas todas, se sentaron en cuclillas allí donde se encontraran. Empero, los penetrantes ojos no dejaron de vigilar.

No se divisaba movimiento alguno en las colinas, casi peladas de árboles, que rodeaban la ciudad; ésta, una gran masa de piedra gris, murallas y torres de líneas cuadradas y severas, descendía hacia el río Alguenya por el lado oeste. Había embarcaciones de todas clases y tamaños ancladas en el curso del río, y otras amarradas a los muelles de la orilla opuesta, donde estaban los graneros; unas pocas se deslizaban por el agua impulsadas por pértigas o velas. Daban una sensación de paz y prosperidad. Con el cielo totalmente despejado, la luz era intensa, de manera que Perrin distinguió sin dificultad las grandes banderas que ondeaban en las torres de la ciudad cuando un soplo de viento las desplegó: la Enseña de la Luz, carmesí; el blanco estandarte del Dragón, con su serpentina criatura de escamas escarlatas y doradas; el dorado sobre azul del Sol Naciente de Cairhien, con sus rayos ondeantes. Y una cuarta, que destacaba con igual importancia que las otras: un rombo plateado sobre un campo ajedrezado amarillo y rojo.

Con gesto ceñudo, Dobraine bajó el pequeño visor por el que había estado mirando y lo metió en un tubo de cuero repujado que llevaba atado a la silla.

—Confiaba en que fuera una equivocación de los salvajes; pero, si la casa Saighan ondea junto al Sol Naciente, Colavaere se ha apoderado del trono. Habrá estado repartiendo regalos en la ciudad a diario: monedas, comida, ornamentos. Es tradicional de la Fiesta de la Coronación. Un dirigente nunca es más popular que

durante la semana siguiente a su toma de posesión. —Miró a Rand de reojo; el esfuerzo de hablar sosegadamente se reflejaba en la tensión de su cara—. Si hacéis algo que no le gusta, la plebe es muy capaz de organizar disturbios. La sangre podría correr por las calles.

El castrado gris de Havien pateaba inquieto, contagiado con la impaciencia de su amo, y éste no dejaba de mirar a Rand y a la ciudad alternativamente. No era su tierra; antes había dejado claro que le importaba poco lo que pasaba en esas calles, siempre y cuando Berelain, su dirigente, se encontrara a salvo.

Durante un tiempo que pareció eternizarse, Rand se limitó a contemplar la urbe. O, al menos, era lo que parecía que hacía; fuera lo que fuera lo que estuviese viendo, su expresión era indescifrable. Min lo observaba con preocupación, tal vez con lástima.

—Intentaré que no ocurra tal cosa —dijo finalmente Rand—. Flinn, tú te quedas con los soldados. Min…

—¡No! —lo interrumpió ella, cortante—. Iré a donde tú vayas, Rand al'Thor. Me necesitas, y lo sabes. —Lo último sonó más como una súplica que como una exigencia; pero, cuando una mujer se ponía en jarras del modo en que ella lo hacía ahora y lo miraba a uno fijamente, no estaba suplicando.

—Yo voy también —añadió Loial, apoyándose en su hacha—. Siempre te las ingenias para hacer cosas cuando yo estoy en alguna otra parte. —En su voz había un dejo quejumbroso—. Así no hay manera. No es bueno para el libro. ¿Cómo puedo escribir sobre lo que pasa si no estoy presente?

Todavía mirando a Min, Rand hizo intención de levantar la mano hacia ella, pero después la dejó caer. La joven le sostuvo la mirada sin amilanarse.

—Esto es… una locura. —Sujetando las riendas prietamente, Dashiva taloneó a la achaparrada yegua y la condujo junto al negro corcel de Rand. La renuencia crispaba sus rasgos; tal vez ni siquiera a un Asha'man le hacía gracia estar cerca de Rand—. No hace falta más que un hombre con… un arco o un cuchillo, y no lo veréis a tiempo. Enviad a uno de los Asha'man para que se encargue de hacer lo que sea preciso o más, si lo consideráis necesario. Un acceso a palacio, y todo habrá acabado antes de que nadie se dé cuenta de que pasa algo.

—¿Y aguardar aquí hasta que oscurezca, hasta que conozcan este lugar lo bastante bien para abrir un acceso? —espetó Rand, que hizo girar a su caballo para mirar de frente a Dashiva—. Hacer eso causaría un derramamiento de sangre sin lugar a dudas. Nos han visto desde las murallas, a menos que estén ciegos. Más pronto o más tarde enviarán a alguien para enterarse de quiénes somos y cuántos. —El resto de la columna permanecía oculta detrás de la cima, y también se habían bajado las banderas, pero unos hombres a caballo acompañados por Doncellas que aparecen en lo alto de la colina tenían que despertar interés—. Haré esto a mi manera.

—Su voz sonó iracunda, y olía a fría cólera—. Nadie morirá mientras pueda evitarse, Dashiva. Estoy empachado de ver muertos. ¿Me has entendido bien? ¡Nadie!

—Como ordene milord Dragón. —El tipo inclinó la cabeza, pero su voz sonaba agria, y olía…

Perrin se frotó la nariz. El olor… surgía, desaparecía, cambiaba de miedo a odio y de rabia a una docena más de emociones, casi demasiado deprisa para identificarlas. Ya no le cabía duda de que ese hombre estaba loco, por muy buena cara que pusiera el tipo. A Perrin tampoco le importaba ya realmente. Tan cerca…

Taconeó los flancos de *Brioso* y se encaminó hacia la ciudad y hacia Faile, sin esperar a los demás, apenas consciente de que Aram lo seguía de cerca. No necesitaba ver al joven gitano para saber que estaría allí. Y él sólo era capaz de pensar en Faile. Si lograba llevar a *Golondrina* sana y salva a la ciudad… Se obligó a llevar a *Brioso* a un trote suave. Un jinete a galope llamaba la atención, y ocasionaba preguntas, y retrasos.

A ese paso, los demás, los que por fin venían, los alcanzaron a Aram y a él enseguida. Min se había salido con la suya, al parecer, y también Loial. Las Doncellas se abrieron en abanico por delante de los caballos; algunas dirigieron miradas comprensivas a Perrin cuando pasaron trotando a su lado. Chiad mantuvo fija la vista en el suelo hasta que lo hubo dejado atrás.

—Sigue sin gustarme este plan —rezongó Havien a un lado de Rand—. Perdonad que lo diga, milord Dragón, pero así es.

—Ya hemos discutido sobre ello, mayeniense —gruñó Dobraine, al otro lado de Rand—. Si hubiésemos hecho lo que proponías, habrían cerrado las puertas antes de que hubiésemos recorrido dos kilómetros.

Havien masculló algo entre dientes. Su propuesta había sido que Rand entrara con todos los hombres en la ciudad.

Perrin echó un vistazo atrás, más allá de los Asha'man. Damer Flinn, fácilmente identificable por la chaqueta, y unos cuantos hombres de Dos Ríos se encontraban en la cima de la elevación, de pie y sujetando las riendas de sus caballos. Perrin suspiró. No le habría importado que los hombres de Dos Ríos los hubiesen acompañado. Pero probablemente Rand tenía razón; y Dobraine había apoyado su decisión.

Unos pocos hombres podrían entrar, mientras que un pequeño ejército, seguramente no. Si se cerraban las puertas, los Aiel tendrían que poner sitio a la ciudad, y entonces la matanza comenzaría de nuevo. Rand había metido el Cetro del Dragón en una de las alforjas de su caballo, y sólo sobresalía un trozo del astil tallado. La sencilla chaqueta que llevaba no tenía nada que ver con lo que cualquiera esperaría que vistiera el Dragón Renacido. En cuanto a los Asha'man, nadie en la ciudad sabía lo que sus chaquetas negras significaban. Por otro lado, también era más fácil acabar con unos cuantos hombres que con un pequeño ejército, aunque algunos

de ellos pudieran encauzar. Perrin había visto a un Asha'man caer con una lanza Shaido hincada en el vientre, y el hombre había muerto como lo habría hecho cualquier otro en esas circunstancias.

Dashiva no dejaba de rezongar entre dientes; Perrin alcanzó a oír «héroe» y «necio» con un tono igual de despectivo. Si no fuera por Faile, seguramente habría estado de acuerdo con él. En cierto momento Rand echó una ojeada al campamento Aiel, que se extendía sobre las colinas a tres o cuatro kilómetros al este de la ciudad; Perrin contuvo el aliento, pero, fuese lo que fuese lo que pensó Rand, no se desvió de la calzada. Nada importaba más que Faile. Nada, tanto si Rand lo entendía así como si no.

A menos de un kilómetro de las puertas cruzaron ante otro campamento, uno que hizo que Perrin frunciera el ceño. Era lo bastante grande para considerarlo una ciudad; se extendía en una ancha franja de terreno calcinado, pegada a las murallas hasta donde alcanzaba la vista, en la que se amontonaban destartalados chamizos construidos con ramas y matorrales, así como tiendas poco estables hechas con trozos de telas. Allí se había levantado extramuros en el pasado, un suburbio de callejuelas retorcidas, antes de que los Shaido lo incendiaran. Algunas personas miraban en silencio al extraño grupo que pasaba, al Ogier y a las Doncellas Aiel, pero en su mayor parte se ocupaban de sus asuntos, los rostros sombríos y demacrados, sin que llamara su atención nada que no estuviese delante de sus narices. Los colores llamativos de las ropas que solían vestir los habitantes de extramuros, a menudo desechadas por la gente pudiente, se entremezclaban con los atuendos de colores serios que eran habituales en los cairhieninos, las ropas sencillas y oscuras de pueblerinos y granjeros. Los habitantes de extramuros se encontraban dentro de la ciudad cuando Perrin se había marchado, así como miles de refugiados de las zonas interiores del país. En muchos de aquellos rostros había moretones y cortes, sin vendar en la mayoría de los casos. Colavaere debía de haberlos expulsado, porque no habrían abandonado la protección de las murallas por propia voluntad; habitantes de extramuros y refugiados por igual tenían miedo de que los Shaido regresaran, y lo temían como un hombre al que le han quemado la carne hasta el hueso temería el hierro al rojo vivo.

La calzada atravesaba el campamento en línea recta hasta las puertas de Jangai, tres altos arcos adintelados, flanqueados por torres. Hombres tocados con yelmos se asomaban por los huecos de las almenas. Algunos oteaban la cumbre de la elevación y los hombres que había en ella, y aquí y allí un oficial con un con miraba a través de un visor de lentes. El reducido grupo de Rand atrajo miradas inquisitivas. Hombres a caballo y Doncellas Aiel; unos compañeros de camino poco frecuentes. Las ballestas asomaban por el coronamiento almenado de la muralla, pero ninguno de los guardias aprestó su arma. Las puertas reforzadas con hierro continuaron abiertas. Perrin

contuvo la respiración; el deseo de galopar hacia el Palacio del Sol, al encuentro de Faile, era casi irreprimible.

Justo al otro lado de las puertas había una garita de piedra, cuadrada, donde se suponía que los forasteros que llegaban a la ciudad tenían que registrarse antes de entrar. Un oficial cairhienino, de rostro anguloso, los siguió con la mirada mientras pasaban, dedicando una ojeada inquieta a las Doncellas; a pesar de su aire contrariado, siguió plantado en el mismo sitio, limitándose a observarlos.

—Como os dije —explicó Dobraine una vez que hubieron dejado atrás la garita—, Colavaere dio acceso libre a la ciudad por la Fiesta de la Coronación. Ni siquiera se puede negar el paso a una persona sobre la que pesa una orden de arresto ni detenerla. Es la tradición.

Con todo, en su voz había un deje de alivio. Min soltó un sonoro suspiro; el de Loial debió de oírse dos calles más allá. La ansiedad todavía oprimía el pecho de Perrin demasiado para que éste pudiera suspirar. *Golondrina* estaba en la ciudad. Ahora sólo faltaba llevarla hasta el Palacio Real.

Vista de cerca, Cairhien confirmaba la primera impresión que ofrecía al avistarla. Las colinas más altas de la zona estaban dentro de las murallas, pero las laderas se habían cortado en terrazas en las que se alzaban construcciones, hasta el punto de que ya no parecían colinas. Las amplias avenidas, abarrotadas de gente, confluían en ángulos rectos. En esa ciudad, incluso los callejones más pequeños estaban trazados a modo de cuadrícula. Las calles subían y bajaban, como a regañadientes, siguiendo la orografía del terreno, aunque a menudo cortaban directamente a través de las laderas. Todos los edificios, desde comercios a palacios, eran construcciones cuadradas y rectangulares, de líneas sobrias, incluso las grandes torres rodeadas de andamios que se erguían en lo alto de una colina: las legendarias Torres Infinitas de Cairhien, aún en proceso de reconstrucción después del incendio en la Guerra de Aiel. La urbe parecía más dura que la propia piedra, un lugar riguroso, lleno de aristas, y las sombras que se proyectaban sobre todo acentuaban ese efecto. Las copetudas orejas de Loial se agitaban casi de continuo; profundas arrugas de preocupación le surcaban la frente, y las colgantes cejas le rozaban las mejillas.

No había muchos signos externos que denotaran la Fiesta de la Coronación o del Cenit de Chasaline. Perrin ignoraba lo que conllevaba la primera celebración, pero en Dos Ríos el Día de la Reflexión era un tiempo de alegría, de olvidar la fría lobreguez del invierno. En cambio, allí flotaba en el aire un silencio casi absoluto a pesar de la numerosa población. En cualquier otro sitio, Perrin habría imaginado que el calor impropio de la estación pesaba en el ánimo de la gente, pero, excepto los habitantes de extramuros, los cairhieninos siempre hacían gala de un carácter sobrio, austero. Al menos a primera vista; lo que había realmente bajo esa apariencia, prefería no pensarlo. Los vendedores ambulantes y buhoneros que abarrotaban las calles antes de

su partida habían desaparecido, así como músicos, acróbatas y titiriteros. A buen seguro, se encontraban en el astroso campamento fuera de las murallas. Unas cuantas sillas de mano, cerradas y pintadas en colores oscuros, se abrían paso entre la silenciosa muchedumbre; algunas llevaban emblemas de casas, un poco más grandes que los con, que se erguían rígidamente. Avanzaban con tanta lentitud como los carros tirados por bueyes, cuyos conductores manejaban aguijadas y caminaban junto a los animales; en el silencio reinante, los chirridos de los ejes de las ruedas resultaban estrepitosos. Los forasteros destacaban de los demás por poco colorido que tuviesen sus ropas, ya que eran pocos los que iban a caballo salvo los llegados de fuera. Los nativos, en general de talla baja, constituían una masa de caras pálidas en contraste con sus atuendos oscuros. Ni que decir tiene que también los Aiel destacaban. Tanto si uno de ellos iba solo como si era un grupo de diez, caminaban sin estorbo ya que la multitud se apartaba a su paso; la gente desviaba rápidamente la vista y se abrían huecos alrededor de ellos allí adonde fueran.

Los Aiel seguían al grupo con la mirada mientras éste avanzaba entre la muchedumbre. Aunque no todos reconocieran a Rand con la chaqueta verde, sabían quién tenía que ser un hombre alto de las tierras húmedas, escoltado por Doncellas. La expresión de aquellos rostros provocó un escalofrío a Perrin: escrutadora, ponderativa. Se alegró de que Rand hubiese dejado a todas las Aes Sedai atrás. Aparte de los Aiel, el Dragón Renacido avanzaba entre una corriente de indiferencia que se apartaba ante las Doncellas y volvía a cerrar filas detrás de los Asha'man.

El Palacio Real de Cairhien, el Palacio del Sol, el Palacio del Sol Naciente en Auge —los cairhieninos gustaban de nombres rimbombantes, cada cual más extravagante que el anterior— se erguía en la cumbre de la colina más alta de la ciudad, una oscura masa cuadrada de piedra con torres escalonadas que se elevaban imponentes, dominándolo todo. La calle, la Vía de la Corona, se convertía en una ancha y larga rampa que subía hacia el palacio, y Perrin respiró profundamente cuando empezaron a remontarla. Faile estaba allí arriba. Tenía que estarlo; y sana y salva. Ocurriera lo que ocurriese con todo lo demás, ella tenía que estar bien. Toqueteó el nudo de las riendas de *Golondrina*, atadas en una anilla de su silla de montar, acarició el hacha colgada a su cintura. Los cascos herrados de los caballos resonaban en el empedrado; las Doncellas no hacían el menor ruido.

Los diez guardias apostados en las grandes puertas de bronce, abiertas, observaron su lenta aproximación e intercambiaron miradas. Sus uniformes, considerando que eran cairhieninos, resultaban vistosos, con el Sol Naciente dorado sobre los petos oscuros y las banderolas con los colores de la casa Saighan atadas debajo de las moharras de las alabardas. Perrin habría podido hacer la reseña de sus pensamientos. Trece hombres a caballo, pero a paso tranquilo, y sólo dos luciendo armadura, una de ellas la roja de los mayenienses. Cualquier problema vendría por

parte de Caraline Damodred y Toram Riatin, y los mayenienses no tenían nada que ver en eso. Y había una mujer y un Ogier. A buen seguro no traían intenciones de causar problemas. Aun así, las tres docenas, más o menos, de Doncellas que trotaban delante de los caballos sin duda no venían a tomar el té. El tiempo pareció detenerse. Entonces una de las Doncellas se subió el velo. Los guardias brincaron como si les hubiesen pellizcado el trasero, y uno de ellos inclinó su alabarda y corrió hacia las puertas. Dio dos zancadas y se quedó paralizado, rígido como una estatua. Todos los guardias estaban igualmente petrificados; sólo podían mover la cabeza.

—Bien —murmuró Rand—. Ahora, atad los flujos y después nos ocuparemos de ellos.

Perrin rebulló, incómodo. Los Asha'man se habían adelantado, desplegándose de manera que cubrían la rampa a lo ancho; debían de estar usando el Poder. Seguramente los ocho, por sí mismos, podían reducir a escombros todo el palacio. Quizá Rand podía hacerlo sin ayuda de nadie. Empero, si de las torres empezaban a dispararse las ballestas, morirían como cualquier otra persona, sorprendidos en el espacio abierto de la rampa, que ya no parecía tan ancha.

Nadie se apresuró ni hizo movimientos bruscos. Cualquiera que estuviera mirando a través de los altos ventanales de palacio o desde las galerías cubiertas que había arriba, no debía advertir nada fuera de lo normal. Sulin utilizó el lenguaje de señas de las Doncellas, y la que se había velado el rostro bajó la oscura tela con premura, dejando a la vista las mejillas arreboladas. Subieron la rampa despacio. Las cabezas de algunos guardias, cubiertas con los yelmos, se sacudían frenéticamente y los ojos giraban en sus órbitas; uno de ellos parecía haberse desmayado, ya que la barbilla descansaba sobre el pecho. Sus bocas se abrían desaforadamente, pero no emitían sonido alguno. Perrin procuró no pensar qué era lo que los amordazaba. Avanzando despacio, a través de las puertas de bronce abiertas, entraron en el patio principal.

No había soldados allí. Las balconadas de piedra que se extendían por todo el perímetro del patio se hallaban desiertas. Sirvientes uniformados salieron presurosos, los ojos agachados, para coger las riendas de los caballos y sujetar los estribos. Franjas rojas, amarillas y plateadas adornaban a lo largo las mangas de chaquetas y vestidos que, por lo demás, eran oscuros, salvo un pequeño Sol Naciente en el lado izquierdo de la pechera. En conjunto, eran los uniformes con más colorido que Perrin había visto hasta el momento en sirvientes cairhieninos. Desde donde estaban no podían ver a los guardias del exterior, aunque en realidad habría dado lo mismo que los vieran. En Cairhien, la servidumbre participaba en su propia versión del Da'es Daemar, el Juego de las Casas, fingiendo desconocer las maniobras de los que estaban por encima de ellos. Prestar excesiva atención a lo que ocurría entre los superiores —o al menos ser sorprendido haciéndolo— podía resultar en que uno se

viera atrapado en ello. En Cairhien, y quizás en la mayoría de los países, la gente corriente podía acabar aplastada inadvertidamente cuando los poderosos caminaban.

Una mujer recia se llevó a *Brioso* y a *Golondrina* sin mirar directamente a Perrin. La yegua estaba en el Palacio del Sol, pero nada había cambiado; aún no sabía si Faile estaba viva o muerta. Una tonta fantasía de un niño estúpido.

Desplazando el hacha hacia la cadera, Perrin siguió a Rand por la ancha escalinata gris que había al otro extremo del patio, y asintió cuando Aram llevó la mano a la espada que asomaba por encima de su hombro para soltar la trabilla de la vaina que sujetaba el arma. Criados uniformados abrieron las grandes puertas situadas al final de la escalinata, de bronce como las exteriores y con el Sol Naciente de Cairhien repujado en cada una de ellas.

Antaño, el vestíbulo habría dejado pasmado a Perrin por su grandiosidad. Gruesas columnas cuadradas de mármol oscuro sustentaban el techo abovedado en ángulo, a una altura de veintidós metros sobre el suelo de baldosas ajedrezado, azul oscuro y dorado. Las tallas doradas del Sol Naciente se sucedían a intervalos en las molduras del voladizo, y los frisos esculpidos en las paredes mostraban victorias cairhieninas en batallas. El vestíbulo se hallaba vacío, a excepción de un puñado de jóvenes apiñados debajo de uno de los frisos; enmudecieron cuando Perrin y los demás entraron.

No todos eran varones, advirtió Perrin. Llevaban espada, pero cuatro de los siete eran mujeres; iban vestidas con chaquetas y polainas ajustadas, muy semejantes a las de Min, y llevaban el cabello cortado como los hombres. Ello no quería decir particularmente corto; tanto ellas como ellos lo llevaban sujeto en una cola de caballo, que les llegaba a los hombros, con una cinta oscura. La vestimenta de una de las mujeres era de un color verde más claro de lo normal en Cairhien, y la de otra, azul intenso; todos los demás vestían de oscuro, con unas cuantas franjas de color en el pecho. Observaron al grupo de Rand —a él con mayor detenimiento, advirtió Perrin; sus dorados ojos sorprendían a la gente, aunque él apenas reparaba ya en ello a menos que alguien diera un brinco o montara un escándalo—, examinándolos en silencio hasta que el último Asha'man hubo entrado y las puertas se cerraron. El fuerte ruido de las hojas al encajarse ahogó un instante sus precipitados murmullos; después se acercaron pavoneándose, las mujeres con más arrogancia incluso que los hombres, cosa harto difícil de conseguir. Hasta el modo en que se arrodillaron resultaba altanero.

La mujer de verde miró de soslayo a la de azul, que tenía agachada la cabeza, y dijo:

—Milord Dragón, soy Camaille Nolaisen. Ésta es Selande Darengil, que dirige nuestra asociación… —Parpadeó ante la feroz mirada que le asestó la mujer de azul. A despecho de su furibunda ojeada, Selande apestaba a miedo, si Perrin había

entendido bien quién era quién. Camaille se aclaró la voz y continuó—. No creíamos… No esperábamos que regresaseis… tan pronto.

—Sí —dijo quedamente Rand—. Dudo que alguien creyera que iba a regresar… tan pronto. No tenéis por qué temerme. Ninguno de vosotros. Si hay algo en lo que podáis creer, es en lo que os digo.

Cosa curiosa, Rand tenía la vista puesta en Selande cuando manifestó aquello. La cabeza de la joven se alzó bruscamente y lo miró de hito en hito; el olor a miedo disminuyó. No del todo, pero casi. ¿Cómo habría sabido Rand que sentía miedo?

—¿Dónde está Colavaere? —preguntó.

Camaille abrió la boca, pero fue Selande quien contestó:

—En el Gran Salón del Sol. —Su voz cobró firmeza a medida que hablaba, y también su efluvio a miedo disminuyó poco a poco. Curiosamente un leve tufo a celos se entremezcló con él durante un instante cuando dirigió un vistazo a Min. A veces, su sentido del olfato lo que hacía era confundirlo en lugar de esclarecerle algo—. Se está celebrando la tercera Convocatoria del Crepúsculo —prosiguió—. No somos suficientemente importantes para asistir. Además, creo que nosotros, los de las asociaciones, la ponemos nerviosa.

—La tercera —murmuró Dobraine—. El noveno crepúsculo ya tras su coronación. No ha perdido el tiempo. Al menos, estarán juntos todos. Ninguna persona de rango o con pretensiones de tenerlo, tanto de Cairhien como de Tear, se perdería esa reunión.

Selande se incorporó y adoptó una postura erguida, arreglándoselas para aparentar que estaba a su misma altura.

—Estamos dispuestos para danzar las espadas por vos, milord Dragón.

Sulin sacudió la cabeza al tiempo que hacía una mueca de dolor; otra de las Doncellas gimió de manera audible; varias tenían el aspecto de estar a punto de recurrir a un acto violento en ese mismo instante, y su olor lo confirmaba. Los Aiel no acaban de entender a estos jóvenes de las tierras húmedas. Desde el punto de vista Aiel, el problema residía en que intentaban ser Aiel, en cierto modo, para seguir el *ji'e'toh*, o, más bien, su versión del *ji'e'toh*. Estos siete no eran todos; centenares de idiotas como ellos pululaban por toda la ciudad, organizados en asociaciones a imitación de los Aiel. De los Aiel a quienes Perrin había oído referirse a ellos, la mitad quería ayudar; la otra mitad quería estrangularlos.

Por lo que a él concernía, le importaba poco si hacían picadillo el *ji'e'toh*.

—¿Dónde está mi esposa? —demandó—. ¿Dónde está Faile?

Los estúpidos jóvenes intercambiaron miradas de advertencia. ¡Nada menos!

—Se encuentra en el Gran Salón del Sol —contestó lentamente Selande—. Es… es una de las damas del séquito de la reina… de Colavaere.

—Se te van a salir los ojos, Perrin, disimula —susurró Min—. Debe de tener una

buena razón. Sabes que sí.

Perrin trató de recobrar la compostura. ¿Una de las damas del séquito de Colavaere? Fuera cual fuera la razón que tuviera, debía de ser muy buena. De eso no le cabía duda. Pero ¿cómo era posible?

Selande y los demás volvían a intercambiar miradas de advertencia. Uno de ellos, un joven de nariz afilada, espetó en un quedo y feroz susurro:

—¡Prometimos no decírselo a nadie! ¡A nadie! ¡Con el juramento del agua!

Antes de que Perrin tuviera oportunidad de exigir que se lo contaran, Rand se adelantó:

—Selande, condúcenos al Gran Salón. No habrá danza de espadas. Estoy aquí para que se imparta justicia. A cada cual la que merezca.

Algo en su voz, una dureza equiparable a una barra de acero, hizo que a Perrin se le erizara el pelo en la nuca. Faile tenía una buena razón, sin duda. Debía tenerla.

5



Una corona rota

A pesar de lo amplios y altos que eran los corredores daban la sensación de ser espacios restrictivos, y también sombríos a despecho de las doradas lámparas de pie con espejos en cada brazo, encendidas allí donde la luz del día no llegaba. Los tapices que colgaban en las paredes, escasos y muy espaciados entre sí, representaban escenas de cacerías o batallas, con las personas y los animales colocados con mayor precisión de lo que jamás haría la propia naturaleza. En las poco numerosas hornacinas se exhibían cuencos, jarrones y alguna que otra estatuilla en oro, plata o alabastro, pero hasta las figurillas parecían hacer hincapié en que eran piedra o metal, como si los escultores hubiesen intentado evitar cualquier curva.

El silencio de la ciudad se acentuaba allí. El sonido de las botas en las baldosas levantaba ecos, creando una especie de marcha premonitoria, y Perrin dudaba que sólo sonara así en sus oídos. Las orejas de Loial se agitaban a cada paso, y el Ogier escudriñaba a los lados en los cruces de pasillos como si temiera que algo les saltara encima. Min mantenía la espalda muy derecha y caminaba a paso vivo; cuando miraba a Rand, esbozaba una mueca apesadumbrada. Daba la impresión de que estaba haciendo un gran esfuerzo para no acercarse más a él, y de que no se sentía muy complacida consigo misma por la misma razón. Los jóvenes cairhieninos habían empezado a andar pavoneándose, pero la arrogancia fue desapareciendo con el resonante eco de sus pisadas. Hasta las Doncellas lo percibían; Sulin era la única que no había llevado la mano de vez en cuando al velo que colgaba sobre su pecho.

Había sirvientes por todas partes, naturalmente; hombres y mujeres de tez pálida y rostros alargados, vestidos con uniformes oscuros, salvo el Sol Naciente en el lado izquierdo de la pechera y tiras en las mangas con los colores de Colavaere. Algunos se quedaban boquiabiertos al reconocer a Rand cuando pasaba ante ellos; unos pocos hincaron la rodilla e inclinaron la cabeza. La mayoría prosiguió con sus quehaceres tras una breve pausa para hacer una profunda reverencia. Seguían las mismas reglas que en el patio: mostrar respeto por los superiores, fueran quienes fuesen, obedecerlos, y hacer caso omiso de sus actos; así, con suerte, uno no se veía enredado. Era un modo de pensar que a Perrin le daba dentera. Nadie debería vivir así.

Dos tipos con uniformes de Colavaere, apostados en las puertas doradas del Gran Salón del Sol, fruncieron el entrecejo al ver a las Doncellas y quizás a los jóvenes cairhieninos. La gente de más edad miraba con recelo a los jovenzuelos que se comportaban como los Aiel. Más de un padre había intentado ponerle fin, habían ordenado a hijos e hijas que renunciaran, habían dado instrucciones a hombres de armas y sirvientes para que cerraran el paso a otros jóvenes con las mismas ideas y los trataran como vagabundos o rufianes. A Perrin no le habría sorprendido si esos dos cancerberos hubiesen cruzado sus cayados dorados para impedir que Selande y sus amigos cruzaran las puertas abiertas, ni que perteneciesen a familias nobles ni que no, y puede que incluso a las Doncellas. Pocos eran los cairhieninos que se atrevían a llamar salvajes a los Aiel, no si ellos podían oírlos, pero la mayoría lo pensaba. Esos dos plantaron bien los pies, respiraron hondo… y entonces vieron a Rand por encima de las cabezas de las Doncellas. Por poco los ojos se les salen de las órbitas. Ambos se miraron de reojo, y después hincaron la rodilla. Uno mantuvo la vista fija en el suelo; el otro cerró los ojos con fuerza, y Perrin lo oyó rezar entre dientes.

—Así que soy amado y respetado —musitó Rand. No parecía su voz.

Min le tocó el brazo; una mueca de dolor se plasmaba en su semblante. Rand le palmeó la mano sin mirarla, y, por alguna razón, aquello pareció acrecentar el gesto dolido de la joven.

El Gran Salón del Sol era inmenso, con un techo abovedado en ángulo que se alzaba hasta los treinta y cinco metros en el vértice; de él pendían grandes lámparas doradas de cadenas lo bastante gruesas para levantar el rastrillo de una fortaleza. Era gigantesco, y estaba abarrotado de gente apiñada entre las enormes columnas cuadradas, de mármol veteado en negro y azul, que se extendían en dos filas a ambos lados del pasillo central. La gente que se encontraba en la parte posterior fue la primera en reparar en los recién llegados. Los miraron con curiosidad, ya vistieran levitas o chaquetas, algunas de vivos colores o con bordados, otras rozadas por el uso y los viajes. Con curiosidad y mucho interés. Las pocas mujeres que había en esta parte del salón llevaban trajes de montar; sus rostros denotaban tanta dureza como los de los hombres, y sus miradas eran igualmente directas.

Cazadores del Cuerno, imaginó Perrin. Dobraine había dicho que allí estaría hasta el último noble que pudiera asistir, y la mayoría de los cazadores del Cuerno eran de noble linaje o pretendían serlo. Hubiesen reconocido o no a Rand, lo cierto es que algo percibieron, y sus manos fueron hacia espadas y dagas que esa noche no llevaban en el cinturón. En su mayor parte, además del Cuerno de Valere, los cazadores buscaban aventuras y un lugar en la historia. Aunque no conociesen al Dragón Renacido, identificaban el peligro cuando lo veían.

Los otros presentes en el Gran Salón tenían menos aguzado el instinto para advertir el peligro o, más bien, estaban más en sintonía con las intrigas y

conspiraciones que con el azaroso riesgo a cara descubierta. Perrin había recorrido un tercio del pasillo central, pegado a los talones de Rand, antes de que los respingos se propagaran por la cámara como el viento. Pálidos lores cairhieninos, con las franjas de colores transversales en las pecheras de las oscuras chaquetas de seda, algunos con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada; damas cairhieninas con bandas horizontales en los vestidos oscuros de cuello alto y puntillas en los puños, el cabello arreglado en complejos peinados que a veces aumentaban un palmo su talla. Grandes Señores y Señores de la Tierra tearianos con las barbas ungidas y arregladas en punta, sombreros de terciopelo y chaquetas rojas, azules y de todos los colores, de mangas abullonadas y acuchilladuras de satén; damas tearianas con vestidos de tonos aún más intensos, chorreras de encaje, y casquetes tachonados de perlas, piedras de la luna, gotas de fuego y rubíes. Todos reconocieron a Perrin y a Dobraine e incluso a Havien y a Min, pero, lo que era más importante, reconocieron a Rand. Una oleada de reconocimiento que fue avanzando al mismo paso que él, dejando atrás ojos desorbitados y bocas abiertas; se quedaron tan rígidos que Perrin pensó por un momento que los Asha'man los habían inmovilizado como a los guardias de las puertas exteriores. La cámara era un mar de perfumes dulzones bajo cuya superficie fluían las saladas corrientes subterráneas del sudor, pero rezumando miedo, una especie de olor a estremecimiento.

No obstante, tenía toda su atención volcada en el fondo del salón, en el estrado de mármol, azul profundo, sobre el que se erguía el Trono del Sol, tan brillante como el astro del que tomaba su nombre, el enorme disco radiante situado encima del alto respaldo. Colavaere se levantó despacio, mirando el pasillo central desde su ventajosa posición, por encima de la cabeza de Rand. Su vestido, casi negro, no lucía ni una sola franja de color propia de la nobleza, pero la abundante mata de rizos que se alzaba sobre su testa tenía que haber sido peinada alrededor de la corona que llevaba, el Sol Naciente, en oro y diamantes amarillos. Siete mujeres jóvenes flanqueaban el Trono del Sol; llevaban vestidos oscuros de ajustados corpiños, cuellos altos y rematados con encaje fruncido que rozaba sus barbillas, y las faldas con rayas verticales, con los colores de Colavaere, amarillo, rojo y plateado. Al parecer, la moda cairhienina era diferente para la reina y para las damas de su séquito.

Un leve movimiento detrás del trono señaló la presencia de una octava mujer, escondida, pero a Perrin le importaba poco Colavaere o cualquier otra persona excepto la mujer que se encontraba a la diestra de la reina: Faile. Sus ojos, ligeramente rasgados, estaban prendidos en él cual oscuras lunas líquidas; empero, nada alteraba su expresión circunspecta, fríamente digna. Si acaso, su rostro se puso un poco más tenso. Perrin anhelaba captar su aroma personal, pero los de los perfumes eran demasiado intensos, y también el del miedo. Tenía una razón para estar en el estrado, una buena razón.

—Esperad aquí —susurró Rand al tiempo que rozaba la manga de Sulin.

La mujer, ceñuda, con la cicatriz que surcaba su curtida tez resaltando tan blanca como su pelo, lo miró a la cara y después asintió con palpable renuencia. En cualquier caso, la mano que no sostenía las lanzas se movió en el lenguaje de señas, y hubo un nuevo respingo generalizado en la sala cuando las Doncellas se velaron el rostro. Casi era cómico; los ocho hombres de negro que procuraban vigilar en todas direcciones a la vez seguramente podrían matarlos a todos antes de que la primera Doncella hubiese arrojado una lanza, pero nadie sabía quiénes eran. Nadie dedicó más que una mirada de pasada a un puñado de hombres con las espadas envainadas. Sólo estaban pendientes de las Doncellas. Y de Rand. ¿Es que no se habían fijado en que ninguno de esos hombres sudaba una gota más que el propio Rand? Perrin, por su parte, se sentía empapado.

Dejando atrás a las Doncellas, pero con Min todavía pegada a él, Rand se paró cuando, primero Perrin, y después Dobraine y Havien, se unieron a él. Y Aram, naturalmente, como la sombra de Perrin. Rand los observó atentamente uno tras otro, y asintió despacio con la cabeza. A Perrin lo estudió más largamente, y también tardó más en asentir. El cairhienino de cabello gris y el joven mayeniense tenían la tez pálida como un muerto. Perrin ignoraba qué aspecto tendría su rostro, pero mantenía prietas las mandíbulas. Nadie iba a hacer daño a Faile, daba igual lo que ella hubiese hecho y el porqué.

Las botas resonaron en el silencio mientras cruzaban el gran mosaico del Sol Naciente en el suelo de baldosas azules y se aproximaban al trono. Colavaere aferraba con manos crispadas la falda; se humedeció los labios, y sus ojos pasaron rápidamente de Rand a las puertas que había a espaldas de él.

—¿Qué esperáis? ¿Ver entrar Aes Sedai? —resonó la voz de Rand, que sonrió de un modo desagradable—. Las he enviado al campamento Aiel. Si los Aiel no pueden enseñarles modales, nadie podrá hacerlo.

Un murmullo conmocionado se alzó en la sala y fue decayendo poco a poco. El olor a miedo llegó a la nariz de Perrin con más intensidad que los perfumes. Colavaere dio un respingo.

—¿Por qué iba a…? —Respirando hondo, recobró la dignidad. Era una mujer muy hermosa, de mediana edad, sin una sola hebra de plata en el oscuro cabello, y ofrecía un porte regio que no tenía nada que ver con la corona que lucía. Había nacido para dirigir, para reinar; eso creía. Y sus ojos, calculadores y evaluativos, revelaban una inteligencia fría—. Milord Dragón —dijo, haciendo una reverencia tan pronunciada que casi parecía una mofa—, os doy la bienvenida. Cairhien os da la bienvenida. —Lo dijo de un modo que pareció repetir la misma frase.

Lentamente, Rand subió los peldaños del estrado. Min hizo amago de ir tras él, pero después se cruzó de brazos. Perrin sí lo siguió, para estar más cerca de Faile,

pero sólo un tramo de escalones. Fue la mirada de su mujer la que lo frenó. Una mirada que lo sopesaba y evaluaba tanto como la de Colavaere. A él tanto como a Rand. Perrin deseó poder oler su aroma. No para intentar descubrir qué o por qué, sólo para olerla. La oleada de perfumes y miedo era demasiado intensa. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué no se acercaba a él? ¿Por qué no le sonreía? Sólo eso, una sonrisa.

Colavaere se puso un poco más tensa, pero ésa fue su única reacción. Sólo le llegaba al pecho a Rand, aunque el alto peinado casi quedaba al mismo nivel de la cabeza de él. Los ojos de Rand se desplazaron y su mirada fue pasando por los rostros de las mujeres alineadas a ambos lados del trono; quizá se detuvieron brevemente en Faile, pero Perrin no habría podido asegurarlo. Luego apoyó la mano en uno de los macizos brazos del trono.

—Sabéis que lo quería ocupado por Elayne Trakand. —Su voz sonó inexpresiva.

—Milord Dragón —contestó suavemente Colavaere—, Cairhien ha estado demasiado tiempo sin un dirigente. Un dirigente cairhienino. Dijisteis que no teníais ningún interés en ocupar vos el Trono del Sol. Elayne Trakand podría haber tenido ciertos derechos a reclamarlo —un leve y rápido gesto desechó esa supuesta reclamación—, si estuviese viva. Corren rumores de que ha muerto, como su madre.

Decir eso era peligroso. También corrían muchos rumores de que Rand era quien había matado a madre e hija. La mujer no era cobarde.

—Elayne está viva. —La voz de Rand seguía siendo tan inexpresiva como antes, pero sus ojos llameaban. Perrin era incapaz de distinguir su olor, como le ocurría con Faile, pero no necesitaba su olfato para reconocer la ira a punto de estallar—. Tendrá la corona de Andor y la de Cairhien.

—Milord Dragón, lo que se ha hecho no puede deshacerse. Si hay algo que os haya ofendido…

A pesar de toda su dignidad, de todo su valor, Colavaere tuvo que hacer un esfuerzo evidente para no encogerse cuando Rand alargó la mano y asió la Corona del Sol. Sonó un seco chasquido de metal partiéndose. La tiara se dobló y apenas descompuso la torre de rizos al ser retirada del complejo peinado; después se enderezó lentamente. Algunas de las gemas amarillas saltaron de sus engarces y cayeron al suelo. Rand sostuvo en alto el arco metálico partido que, poco a poco, volvió a curvarse hasta que los extremos se unieron y… Quizá los Asha'man vieron lo que estaba ocurriendo, tal vez lo entendieron, pero para Perrin la corona estaba rota en cierto momento y un instante después volvía a estar intacta. Ninguno de los nobles presentes hizo el menor ruido, ni el más leve movimiento; Perrin imaginó que tenían miedo hasta de pestañear. El efluvio a miedo llegaba ahora a su nariz con mayor intensidad que cualquier otro olor. No era un escalofrío intermitente, sino una oleada continua, arrolladora.

—Todo lo que puede hacerse —manifestó quedamente Rand— se puede deshacer.

El semblante de Colavaere se demudó. Los pocos bucles que se habían soltado del peinado le daban un aire desaforado, de animal acorralado. Tragó saliva y abrió la boca dos veces antes de que consiguiera articular las palabras.

—Milord Dragón… —Apenas fue un susurro, pero a medida que hablaba su voz cobró firmeza, bien que con un deje de desesperación. Parecía haber olvidado a todos los demás—. He mantenido las leyes que promulgasteis, vuestras directrices políticas, incluso las que van en contra de antiguas leyes de Cairhien, de toda tradición. —Seguramente se refería a las leyes que habían permitido que un noble matara a un granjero o un artesano con impunidad—. Milord Dragón, el Trono del Sol es vuestro, os corresponde a vos disponer de él. Lo sé muy bien. Yo… Me equivoqué al ocuparlo sin vuestro permiso. Pero tengo derecho a él, por linaje y por estirpe. Si he de recibirlo de vuestras manos, entonces entregádmelo personalmente. ¡Tengo todo el derecho!

Rand se limitó a mirarla, sin decir palabra. Parecía estar escuchando, pero no a ella. Perrin carraspeó. ¿Por qué alargaba Rand el asunto? Estaba resuelto, o casi. Si quedaba algo por hacer, que lo hiciera de una vez. Entonces podría llevarse a Faile de allí, a donde pudieran hablar.

—¿También teníais derecho a asesinar a lord Maringil y al Gran Señor Meilan? —demandó Perrin. No le cabía la menor duda de que había sido Colavaere quien había ordenado su muerte; ambos nobles habían sido sus principales rivales al trono. O, al menos, eso era lo que habían pensado los tres, ellos y ella. ¿Por qué no decía nada Rand? Él sabía lo ocurrido—. ¿Dónde está Berelain?

Antes de que el nombre hubiese acabado de salir de sus labios deseó no haberlo pronunciado. Faile se limitó a mirarlo; su semblante seguía siendo una máscara de fría corrección, pero aquella mirada podría haber hecho arder el agua. «Una esposa celosa es como tener un avispero en el colchón», según rezaba el dicho. Por mucho que uno sacudiera las manos y se retorciera, acababa lleno de picotazos.

—¿Osáis acusarme de un crimen tan vil? —replicó Colavaere—. No hay pruebas. ¡No puede haberlas! Y no las hay porque soy inocente. —De repente pareció darse cuenta de dónde se hallaba, de los nobles apiñados hombro con hombro entre las columnas, observando y escuchando. Desde luego, se la podría acusar de muchas cosas, pero no de cobarde. Muy erguida, hizo cuanto estaba en su mano para mirar a Rand a los ojos sin tener que echar la cabeza hacia atrás en exceso—. Milord Dragón, hace nueve días, al salir el sol, fui coronada reina de Cairhien de acuerdo con las leyes y costumbres de Cairhien. Mantendré mi juramento de fidelidad a vos, pero soy reina de Cairhien. —Rand se limitó a mirarla fijamente, en silencio; y preocupado, en opinión de Perrin—. Milord Dragón, soy reina, a menos que rompáis todas las leyes y

esparzáis sus pedazos al viento.

De nuevo silencio por parte Rand, y aquella intensa mirada, sin parpadear.

—Esos cargos contra mí son falsos. ¡Son descabellados! —Sólo silencio por respuesta. Colavaere giró levemente la cabeza hacia atrás, nerviosa—. Annoura, aconsejadme. ¡Adelantaos, Annoura! ¡Dadme consejo!

Perrin creyó que hablaba a una de las mujeres que estaban con Faile, pero la mujer que salió de detrás del trono no llevaba la falda con franjas de colores de las damas del séquito. Una cara ancha, de boca grande y nariz picuda, enmarcada por multitud de finas y largas trenzas de cabello oscuro, clavó la mirada en Rand. Un rostro intemporal. Para sorpresa de Perrin, Havien emitió un sonido gutural y empezó a sonreír. En cuanto a él, sintió cómo se le ponían de punta los pelos de la nuca.

—No puedo hacer tal cosa, Colavaere —dijo la Aes Sedai con acento tarabonés al tiempo que se ajustaba el chal de flecos grises—. Me temo que he dejado que malentendáis mi relación con vos. —Respiró hondo y añadió—: Esto no… Esto no es necesario, maese al'Thor. —Su voz tembló levemente un instante—. O milord Dragón, como prefiráis. Os aseguro que no albergo malas intenciones hacia vos. Si lo hiciera, habría atacado antes de que os hubieseis dado cuenta de que estaba aquí.

—Podrías haber muerto si lo hubieses intentado. —La voz de Rand sonó fría y cortante como un cuchillo, pero la expresión de su rostro la hacía afable en comparación—. No soy yo quien te tiene escudada, Aes Sedai. ¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí? ¡Respóndeme! No tengo mucha paciencia con… las de tu clase. A no ser, claro, que prefieras ser trasladada al campamento Aiel. Apuesto que las Sabias sabrán cómo soltarte la lengua.

La tal Annoura no era corta de entendederas. Sus ojos se desviaron rápidamente hacia Aram, y después al pasillo, adonde se encontraban los Asha'man. Y lo supo. Tenían que ser ellos a quienes se había referido, con aquellas chaquetas negras bien abotonadas, pero los torvos semblantes secos, sin gota de sudor, cuando los de todos los presentes salvo los de ella misma y de Rand brillaban por la transpiración. Perrin reparó en que el joven Jahar la observaba como haría un halcón con un conejo. Incongruentemente, Loial se hallaba en medio de ellos, con el hacha recostada en el hombro; una de sus grandes manos sostenía un tintero y un libro abierto, apoyado contra el pecho, en tanto que la otra garabateaba tan deprisa como el Ogier era capaz de deslizar una pluma gruesa como el pulgar de Perrin. Estaba tomando notas. ¡Allí, en ese momento!

Los nobles oyeron las palabras de Rand con tanta claridad como la propia Annoura. Hasta ese instante habían estado pendientes de las Doncellas veladas, nerviosos; ahora se retiraron precipitadamente de los Asha'man, apretándose como peces en un barril. Aquí y allí alguien se tambaleó al desmayarse, pero el apiñamiento de la multitud impidió que se desplomaran.

Con un estremecimiento, Annoura se ajustó el chal y recobró la tan cacareada compostura Aes Sedai.

—Soy Annoura Larisen, milord Dragón. Del Ajah Gris. —Nada en su actitud daba a entender que estuviera escudada y en presencia de hombres capaces de encauzar. Pareció que respondía como haciendo un favor—. Soy la consejera de Berelain, Principal de Mayene.

De modo que ésa era la razón de que Havien estuviese sonriendo como un demente: había reconocido a la mujer. Por su parte, Perrin no tenía pizca de ganas de sonreír.

—Como podréis comprender, dicha circunstancia se ha mantenido en secreto —prosiguió Annoura—, habida cuenta de la actitud de Tear tanto hacia Mayene como hacia las Aes Sedai, pero creo que el tiempo de guardar secretos ha quedado atrás, ¿no es así? —Se volvió hacia Colavaere y el gesto de su boca se tornó firme—. Dejé que pensarais lo que dabais por supuesto, pero las Aes Sedai no se convierten en consejeras porque alguien les diga que lo son. Sobre todo cuando ya aconsejan a otra persona.

—Si Berelain confirma tu historia —dijo Rand—, te dejaré libre bajo su custodia. —Se volvió hacia la multitud y entonces pareció caer en la cuenta de que seguía teniendo en la mano la corona de oro y gemas. La soltó suavemente en la seda del asiento del Trono del Sol—. No considero enemigas a todas las Aes Sedai, no del todo, pero no seré blanco de más intrigas ni seré manipulado. Nunca más. La elección es tuya, Annoura; pero, si tomas la decisión equivocada, irás a parar a manos de las Sabias. Si es que vives lo bastante. No pondré cortapisas a los Asha'man, y un error podría costarte caro.

—Los Asha'man —repitió Annoura, sosegada—. Comprendo perfectamente. —Sin embargo, se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Milord Dragón, Colavaere tramaba romper su juramento de fidelidad.

Perrin había deseado tanto que Faile dijera algo que dio un brinco de sobresalto cuando al fin habló, al tiempo que salía de la fila de damas del séquito y se adelantaba para encararse a la aspirante a reina; parecía un águila en actitud amenazadora, desafiante. ¡Luz, qué hermosa era!

—Colavaere juró obedeceros en todo y respetar y defender vuestras leyes —continuó, eligiendo cuidadosamente las palabras—, pero ha hecho planes para librar a Cairhien de los Aiel, enviándolos al sur, y que así todo volviera a ser igual que antes de vuestra venida. También dijo que, si acaso regresabais alguna vez, no os atreveríais a cambiar nada de lo que había hecho. La mujer a la que le dijo todo esto, Maire, era una de sus damas. Maire desapareció poco después de contármelo. No tengo pruebas, pero sospecho que está muerta. Creo que Colavaere se arrepintió de revelar más de lo conveniente sobre sus planes, y demasiado pronto.

Dobraine subió las gradas del estrado, con el yelmo bajo el brazo. Su semblante parecía cincelado en hierro.

—Colavaere Saighan —anunció en un tono ceremonioso que llegó a todos los rincones del Gran Salón—, por mi alma inmortal, con la Luz por testigo, yo, Dobraine, Cabeza Insigne de la casa Taborwin, os acuso del cargo de traición, delito sancionado con la pena de muerte.

Rand echó la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados. Sus labios se movieron levemente, pero Perrin comprendió que sólo ellos dos habían oído lo que dijo: «No. No puedo permitirlo. No lo permitiré». Ahora entendía Perrin por qué Rand había estado alargando el asunto, retrasando su final. Estaba buscando una salida al problema. Ojalá la encontrara.

Colavaere no lo oyó, desde luego, pero también ella quería encontrar una salida. Miró febrilmente en derredor, al Trono del Sol, a sus otras damas, a los nobles reunidos en asamblea, como si esperara que fueran a adelantarse para defenderla. Ni un movimiento, como si todos tuviesen los pies clavados en el suelo; sólo encontró un mar de rostros cuidadosamente inexpresivos y ojos que evitaban los suyos. Algunas miradas se dirigieron hacia los Asha'man, pero con disimulo. El hueco abierto entre nobles y Asha'man, ya considerable, se ensanchó de manera notoria.

—¡Embustes! —dijo con un siseo; sus manos aferraban, crispadas, la falda—. ¡Todo es una sarta de mentiras! ¡Tú, ladina tunanta…!

Dio un paso hacia Faile. Rand extendió el brazo, interponiéndolo entre las dos mujeres, aunque Colavaere aparentemente ni siquiera lo vio y Faile, a juzgar por su expresión, habría preferido que no lo hiciera. A cualquiera que la atacara le esperaba una sorpresa.

—¡Faile no miente! —bramó Perrin. Bueno, no en ese tipo de cosas.

De nuevo Colavaere se dominó. No era alta, pero irguió hasta el último centímetro. Perrin casi sintió admiración por ella. Salvo por lo de Meilan y Maringil y la tal Maire y la Luz sabía cuántos más.

—Exijo justicia, milord Dragón. —Su voz era sosegada, majestuosa—. No hay pruebas de ninguna de esas… sucias infamias. Sólo la supuesta acusación de alguien que ya no está en Cairhien, de decir algo que jamás dije. Demando la justicia del lord Dragón. Según nuestras leyes, tiene que haber pruebas.

—¿Cómo sabéis que esa mujer ya no está en Cairhien? —inquirió Dobraine—. ¿Dónde está?

—Supongo que se marchó. —Dirigió la respuesta a Rand—. Maire dejó mi servicio y la reemplacé por Reale. —Señaló hacia la tercera dama de la izquierda—. Ignoro dónde está. Haced que comparezca si se encuentra en la ciudad, que repita sus ridículos cargos delante de mí. Haré que se trague sus mentiras.

Faile le asestó una mirada funesta. Perrin esperaba que no se le ocurriera sacar

uno de los cuchillos que llevaba encima escondidos; tenía costumbre de hacerlo cuando se enfurecía en exceso.

Annoura se aclaró la voz. Había estado estudiando a Rand con demasiado interés para que Perrin se sintiera tranquilo; le recordó de repente a Verin, con aquella mirada de pájaro observando a un gusano.

—¿Puedo hablar, maese… eh… milord Dragón? —Al responder Rand con un brusco cabeceo, continuó al tiempo que se ajustaba el chal—. De la joven Maire no sé nada excepto que una mañana estaba aquí y, antes de caer la noche, había desaparecido y nadie sabía su paradero. Pero respecto a lord Maringil y el Gran Señor Meilan, la cosa cambia. La Principal de Mayene trajo consigo a dos de los mejores rastreadores, unos hombres expertos en descubrir delitos. Trajeron a mi presencia a dos de los hombres que emboscaron a lord Meilan en la calle, aunque ambos insistieron en que sólo lo habían sujetado de los brazos mientras otros lo apuñalaban. Asimismo me trajeron a la sirvienta que puso veneno en el vino con especias que a lord Maringil le gustaba tomar antes de acostarse. También protestó su inocencia argumentando que su anciana madre inválida habría muerto, e igualmente ella, si no hubiese obedecido. Ésas fueron sus palabras y, en su caso, creo que decía la verdad. Su alivio al confesar no era fingido, a mi entender. Tanto los dos hombres como ella coincidían en una cosa: las órdenes las recibieron de lady Colavaere en persona.

A medida que Annoura hablaba, el aire desafiante de Colavaere se había venido abajo. Lo extraño era que siguiera de pie, ya que parecía estar desmadejada.

—Ellas lo prometieron —balbució, dirigiéndose a Rand—. Prometieron que jamás regresaríais.

Demasiado tarde, se llevó las manos a la boca. Sus ojos estaban desorbitados. Perrin habría querido no oír los sonidos que salían de su garganta. Nadie debería hacer esos ruidos.

—Traición y asesinato. —En la voz de Dobraine había satisfacción. Aquellos gemidos ahogados no lo conmovían—. El castigo por ambos delitos es el mismo: pena de muerte. Excepto que, según la nueva ley, el asesinato está penado con la horca.

Por alguna razón, Rand miró a Min, que le devolvió la mirada con una profunda tristeza. No por Colavaere: por Rand. Perrin se preguntó si estaría involucrada alguna de sus visiones.

—E… exijo ser ejecutada en el tajo —logró decir Colavaere con voz estrangulada. Tenía el semblante descompuesto. Había envejecido de golpe, y sus ojos reflejaban puro terror. Pero, aun teniendo todo perdido, siguió luchando por las migajas—. Es… estoy en mi derecho. No me… ¡No me colgarán como a un plebeyo!

Rand parecía estar luchando consigo mismo, sacudiendo la cabeza de aquel modo tan inquietante. Cuando por fin habló, sus palabras fueron frías como el invierno y

duras como el acero:

—Colavaere Saighan, os despojo de vuestros títulos. Os son confiscadas vuestras tierras, heredades, posesiones y todo lo que tenéis salvo el vestido que lleváis puesto. ¿Tenéis…? ¿Poseéis una granja? ¿Una granja pequeña?

La mujer había acusado cada frase como un mazazo. Ahora se tambaleó como una persona ebria, articulando sin voz la palabra «granja» como si no la hubiese oído en la vida. Annoura, Faile, todos miraban a Rand con estupor o curiosidad o ambas cosas. El que más, Perrin. ¿Una granja? Si antes reinaba el silencio en el Gran Salón, ahora se habría oído el vuelo de una mosca.

—Dobraine, ¿tiene esta mujer una pequeña granja?

—Tiene… tenía muchas, milord Dragón —contestó lentamente el cairhienino. Obviamente estaba tan desconcertado como los demás—. La mayoría son grandes. Pero las tierras próximas a la Pared del Dragón siempre han estado parceladas en minifundios de menos de treinta hectáreas. Todos los arrendatarios las abandonaron durante la Guerra de Aiel.

—Bien. —Rand asintió—. Es hora de que eso cambie. Demasiadas tierras han estado en barbecho durante demasiado tiempo. Quiero que la gente regrese allí para que vuelva a cultivarlas. Dobraine, os encargaréis de averiguar cuál de todas esas granjas que Colavaere poseía cerca de la Pared del Dragón es la más pequeña. Colavaere, os exilio a esa granja. Dobraine se ocupará de proveeros de cuanto necesitéis para realizar los trabajos de cultivo, y de buscar a alguien que os enseñe las labores del campo. Y guardias que vigilen que no os alejáis de la granja más de lo que podáis caminar durante un día, durante el resto de vuestra vida. Ocupaos de ello, Dobraine. Dentro de una semana quiero que esté de camino allí.

Un Dobraine estupefacto vaciló antes de asentir. Perrin captó murmullos de la asamblea apiñada a su espalda. Esto era algo inaudito. No entendían por qué no se cumplía la sentencia de muerte. ¡Y lo demás! Las heredades ya se habían confiscado en otras ocasiones, pero nunca todas. Nunca el título nobiliario. A los nobles se los había exiliado, incluso de por vida, pero jamás a una granja.

La reacción de Colavaere fue inmediata. Los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó, en dirección a las gradas del estrado.

Perrin corrió a cogerla, pero alguien se le adelantó. Antes de que hubiese acabado de dar el primer paso, la caída de la mujer se detuvo, simplemente. Se quedó fláccida en el aire, flotando sobre las gradas y con la cabeza colgando. Lentamente, su desmadejado cuerpo se enderezó en una postura horizontal, giró, y se posó suavemente en el suelo, al pie del Trono del Sol. Rand. Perrin estaba seguro de que los Asha'man la habrían dejado caer.

Annoura chasqueó la lengua. No parecía sorprendida ni perturbada, salvo porque sus pulgares se frotaban suavemente con los índices en ademán nervioso.

—Sospecho que habría preferido el tajo —manifestó—. Me ocuparé de ella si vuestros hombres, vuestros… Asha'man…

—Colavaere no es de tu incumbencia —replicó de malas maneras Rand—. Está viva y… Está viva, punto. —Inhaló larga, entrecortadamente. Min llegó junto a él antes de que Rand exhalara el aire; se limitó a quedarse a su lado, si bien parecía querer hacer algo más. Poco a poco, el semblante de Rand cobró firmeza—. Annoura, me conducirás hasta Berelain. Suéltala, Jahar, no causará ningún problema. No, siendo una sola contra nueve de nosotros. Quiero enterarme de qué ha estado tramándose mientras me encontraba ausente, Annoura. Y qué intención tenía Berelain al traerte aquí, a mis espaldas. No. Ni una palabra. Quiero que sea ella quien me conteste. Perrin, sé que querrás disponer de un rato con Faile. Yo…

La mirada de Rand pasó lentamente sobre la asamblea de nobles que aguardaba en silencio. Bajo su escrutinio, ninguno de ellos se atrevió a mover un solo músculo. El olor a miedo superaba con creces cualquier otro, de tan penetrante. Exceptuando a los cazadores del Cuerno, todos los presentes le habían prestado el mismo juramento que Colavaere. Quizás el mero hecho de encontrarse en esta asamblea era un acto de traición. Perrin lo ignoraba.

—La audiencia ha acabado —anunció Rand—. Olvidaré los rostros de todos aquellos que se marchen ya.

Los que estaban en primera fila, los de mayor rango, los más poderosos, empezaron a encaminarse hacia las puertas sin excesiva prisa, evitando a las Doncellas y los Asha'man que se encontraban en el pasillo, en tanto que los demás esperaban su turno. Sin embargo, todos debían de haber estado rumiando la última frase de Rand, lo que había querido decir exactamente con ese «ya». El ritmo de los pasos se aceleró, las mujeres se recogieron las faldas para que no les estorbaran. Los cazadores del Cuerno, que se hallaban más cerca de las puertas, empezaron a abandonar la sala, primero de uno en uno y acto seguido, en tropel; al verlos, los nobles de menor rango cairhieninos y tearianos se apresuraron a salir, adelantándose a los de más alcurnia. En cuestión de segundos una apiñada muchedumbre se había amontonado en las puertas, hombres y mujeres empujando y dando codazos para salir. Nadie miró atrás, a la mujer tendida en el suelo, al pie del trono que había ocupado tan brevemente.

6



El miedo de siempre y el nuevo

Rand pasó entre la forcejeante multitud sin dificultad, ni que decir tiene. Tal vez se debió a la presencia de las Doncellas y de los Asha'man, o quizá Rand o uno de los tipos de chaqueta negra hizo algo con el Poder, pero lo cierto es que la muchedumbre se apartó para dejarles paso a él y a sus acompañantes: Min, que iba cogida de su brazo; Annoura, muy sumisa, tratando de hablar con él; y Loial, que seguía intentando, no sin dificultad, escribir en su libro a la par que sostenía el hacha. Mirándose el uno al otro, Perrin y Faile perdieron la oportunidad de unirse a ellos antes de que la muchedumbre volviera a apelotonarse una vez que hubieron pasado.

Faile no dijo nada durante unos segundos, y tampoco él; no lo que deseaba decir, estando Aram allí, mirándolos como un perro fiel. Y Dobraine, que contemplaba ceñudo a la inconsciente mujer que habían puesto a su cargo. En el estrado no quedaba nadie más. Havien se había marchado con Rand, y las otras damas del séquito habían echado a correr hacia las puertas sin dirigir siquiera una mirada a la pareja. Ni a Colavaere. Ni el menor caso. Sólo se recogieron las faldas de rayas y salieron disparadas. De la aglomeración llegaban gruñidos y maldiciones, no todas de voces masculinas. Aun cuando Rand se había marchado ya, esas personas querían encontrarse en cualquier otra parte, y ya. Quizá creían que Perrin se había quedado para observar e informar después, aunque si hubiesen echado un vistazo hacia atrás se habrían dado cuenta de que sus ojos no estaban pendientes de ellos.

Remontando el resto de las gradas, tomó a Faile de la mano y aspiró su aroma personal. Así, tan cerca de ella, el olor de los perfumes que seguía flotando en el ambiente no importaba. Todo lo demás podía esperar. Faile sacó un abanico de encaje rojo de alguna parte y, antes de abrirlo para darse aire, se tocó con él en la mejilla y después hizo lo mismo con la de Perrin. En su Saldaea natal existía todo un lenguaje del abanico, muy amplio y complejo; Faile le había enseñado algunas cosas. Ojalá supiera lo que significaba el gesto de tocar la mejilla; tenía que ser algo bueno. Por otro lado, el olor de la mujer tenía un matiz picante que él conocía muy bien.

—Tendría que haberla mandado al tajo —masculló Dobraine.

Perrin se encogió de hombros, incómodo. Por el tono del hombre no quedaba

claro si se refería a que era eso lo que estipulaba la ley o que hacerlo habría sido una decisión más clemente. Dobraine no lo entendía: a Rand le brotarían alas antes que mandar ejecutar a una mujer.

El movimiento del abanico de Faile decreció hasta casi detenerse del todo, y ella miró de soslayo al cairhienino, por encima del encaje rojo.

—Su muerte habría sido mejor para todos. Ésa es la pena establecida. ¿Qué haréis, lord Dobraine? —Aun siendo de soslayo, se las ingenió para que la mirada fuera muy directa, muy significativa.

Perrin frunció el entrecejo. ¿De modo que en lugar de hablar con él se dedicaba a hacer preguntas a Dobraine? Además, estaba ese matiz celoso en su aroma; Perrin suspiró.

El cairhienino le respondió con otra mirada, ésta impasible, mientras sujetaba los guanteletes con el cinturón de la espada.

—Lo que se me ordenó que hiciera. Yo cumplo mis juramentos, lady Faile.

El abanico se abrió de golpe y se cerró, en un visto y no visto.

—¿De verdad ha mandado a las Aes Sedai con los Aiel? ¿Como prisioneras? —La incredulidad teñía su voz.

—A algunas, lady Faile. —Dobraine vaciló—. Otras le juraron fidelidad de rodillas. Lo vi con mis propios ojos. Ésas también fueron con los Aiel, pero no creo que se las pueda considerar prisioneras.

—Yo también lo vi, milady —intervino Aram desde donde estaba parado en las gradas, y una ancha sonrisa alegró su semblante cuando ella lo miró.

El abanico describió una especie de minúscula lazada en el aire. Faile hacía los movimientos casi de un modo inconsciente.

—Los dos lo visteis. —El alivio en su voz, y en su efluvio, fue tan intenso que Perrin la miró fijamente.

—¿Qué pensabas, Faile? ¿Por qué iba a mentir Rand, sobre todo habida cuenta de que todo el mundo lo descubriría antes de un día?

En lugar de contestar de inmediato, su mujer miró a Colavaere con el entrecejo fruncido.

—¿Sigue desmayada? No es que importe mucho, supongo. Sabe incluso lo que no me atrevería a decir aquí en voz alta. Hasta el último detalle del incidente que tanto nos esforzamos por mantener en secreto. También se le escapó eso cuando habló con Maire. Sabe demasiado.

Dobraine levantó uno de los párpados de la mujer con el pulgar, sin demasiada delicadeza.

—Como si le hubiesen asestado un mazazo. Lástima que no se rompiera el cuello en las gradas. En fin, irá al exilio y aprenderá a vivir como una granjera.

Un fugaz, irregular e irritado olor emergió de Faile. De repente, Perrin

comprendió la sugerencia que su mujer había hecho de un modo tan indirecto; la que Dobraine había rechazado con una respuesta igual de evasiva, hablando entre líneas. Perrin notó que el vello se le ponía de punta. Sabía desde el principio que se había casado con una mujer peligrosa, pero no hasta qué punto. Aram miraba fijamente a Colavaere y tenía los labios fruncidos en ademán pensativo; ese chico haría cualquier cosa por Faile.

—No creo que a Rand le gustara que algo le impidiera a esa mujer llegar a la granja —manifestó firmemente a la par que miraba primero a Aram y después a Faile—. Y a mí tampoco me gustaría. —Se sintió muy orgulloso de sí mismo. Podía hablar con rodeos como cualquiera de ellos.

Aram asintió levemente, casi de un modo inapreciable —lo había entendido— pero Faile estaba intentando aparentar un aire de inocencia por encima del abanico que movía suavemente, como si no comprendiese a qué se había referido. De pronto Perrin cayó en la cuenta de que no todo el olor a miedo provenía del gentío apiñado en las puertas. Un leve tufillo emergía de ella. Miedo controlado, pero ahí estaba.

—¿Qué ocurre, Faile? Luz, no pensarás que Coiren y esa pandilla han vencido en lugar de… —El rostro de su mujer no se alteró un ápice, pero el tufillo se hizo un poco más intenso—. ¿Es por eso por lo que no lo contaste todo nada más entrar nosotros? —inquirió quedamente—. ¿Tenías miedo de que hubiésemos regresado como marionetas cuyas cuerdas manejaban ellas?

Faile echó una rápida ojeada al grupo de gente que aún despejaba el Gran Salón. Los más próximos se hallaban a bastante distancia y todos metían mucho ruido, pero de todos modos bajó la voz.

—Las Aes Sedai pueden hacer ese tipo de cosas, según tengo entendido. Esposo mío, nadie sabe mejor que yo que hasta unas Aes Sedai tendrían muchas dificultades si intentaban hacerte bailar a su son como un títere, muchas más que con el hombre que es el Dragón Renacido, pero cuando entraste aquí, estaba más asustada de lo que me había sentido desde que te marchaste.

Al empezar a hablar, en su olor se mezcló otro divertido, como minúsculas burbujas en la nariz de él, y un cálido afecto, y amor, y el aroma personal de ella, claro, puro y fuerte, pero todo ello se desvaneció al final, dejando el tufillo tembloroso.

—Luz, Faile, lo que dijo Rand es cierto. Hasta la última palabra. Ya has oído a Dobraine, y a Aram. —Ella sonrió y asintió al tiempo que agitaba el abanico. Aquel tufillo seguía cosquilleando en su nariz, sin embargo. «Rayos y centellas, ¿qué hace falta para convencerla?»—. ¿Serviría de algo que Rand hiciera a Verin bailar el *sa'sara*? Lo hará, si él se lo ordena. —Lo dijo en broma. Lo único que sabía del *sa'sara* era que se trataba de un baile escandaloso; y que Faile había admitido en una ocasión que sabía bailarlo, aunque recientemente eludía el tema o lo negaba en

redondo. Sí, lo había dicho en broma, pero ella cerró el abanico y se dio golpecitos con él en la muñeca. Ese significado sí que lo conocía Perrin: «Estoy planteándome seriamente tu sugerencia».

—No sé qué podría despejar las dudas, Perrin. —Un leve escalofrío la sacudió—. ¿Hay algo que no haga una Aes Sedai si se lo ordena la Torre Blanca? Estudié la historia de mi país, y me enseñaron a leer entre líneas. Mashera Donavelle tuvo siete hijos con un hombre al que odiaba, cuenten lo que cuenten los relatos, e Isebaille Tobanyi entregó a sus amados hermanos, y con ellos el trono de Arad Doman, a sus enemigos. Y Jestian Monterrojo… —Se estremeció, ahora palpablemente.

—Vamos, cálmate —musitó Perrin, rodeándola con sus brazos. También él había estudiado varios libros de historia, pero nunca había visto esos nombres. La hija de un noble recibía otra educación que el aprendiz de un herrero—. Es cierto, de veras.

Dobraine miró a otro lado, al igual que Aram, aunque su rostro esbozaba una sonrisa complacida. Faile se resistió al principio, pero sin mucho empeño. Perrin nunca estaba seguro de cuándo rechazaría un abrazo en público y cuándo lo aceptaría de buen grado, pero sí sabía que si no quería que la abrazara lo dejaba muy claro, de manera patente, con palabras o sin ellas. En esta ocasión apretó la cara contra su pecho y correspondió de igual modo, estrechándolo con fuerza.

—Si una Aes Sedai te hace daño alguna vez —susurró—, la mataré. —Perrin la creyó—. Me perteneces, Perrin t'Bashere Aybara. Eres mío.

También creyó eso. A la par que el abrazo de su mujer crecía en intensidad, del mismo modo lo hizo el picante olor a celos. Por poco soltó una queda risita. Por lo visto, el derecho a clavarle un cuchillo era exclusivo de ella. Sí, se habría echado a reír, a no ser por el tufillo a miedo, que no había desaparecido. Y por lo que había dicho sobre Maire. No podía percibir su propio olor, pero sabía que también estaba allí: miedo. El miedo de siempre y el nuevo, para la próxima vez.

El último noble acabó saliendo precipitadamente del Gran Salón sin que nadie hubiese acabado pisoteado. Tras mandar a Aram con el recado para Dannil de que llevara a los hombres de Dos Ríos a la ciudad —y preguntándose cómo iba a alimentarlos— Perrin ofreció el brazo a Faile y la condujo hacia las puertas, dejando a Dobraine con Colavaere, quien por fin empezaba a dar señales de estar recobrando el conocimiento. Perrin no quería estar presente cuando eso ocurriera, y Faile parecía desear lo mismo. Caminaron a buen paso, ansiosos por llegar a sus aposentos, aunque no necesariamente por las mismas razones.

Al parecer los nobles no habían dejado de correr una vez que hubieron salido del Gran Salón. Los pasillos estaban vacíos a excepción de los sirvientes, que mantenían gacha la vista y se movían con premura pero en silencio; sin embargo, apenas se habían alejado del Gran Salón cuando Perrin oyó pasos y comprendió que alguien los seguía. No parecía muy probable que Colavaere tuviera todavía partidarios, pero si

quedaban algunos cabía la posibilidad de que quisieran atacar a Rand a través de su amigo, que se hallaba solo con su esposa, mientras que el Dragón Renacido estaba en algún otro sitio.

Empero, cuando Perrin giró velozmente sobre sus talones, con la mano sobre el hacha, en lugar de empuñar el arma se quedó mirando de hito en hito. Eran Selande y sus amigos; los que habían encontrado en el vestíbulo y otras ocho o nueve caras nuevas. Dieron un respingo al verlo volverse así, e intercambiaron miradas avergonzadas. Algunos eran tearianos, incluida una mujer más alta que todos ellos excepto uno de los cairhieninos. Vestía chaqueta y polainas ajustadas, igual que Selande y las demás mujeres, y llevaba una espada a la cadera. Perrin ignoraba que ese absurdo comportamiento se hubiera extendido a los tearianos.

—¿Por qué nos seguís? —demandó—. ¡Si lo que intentáis es involucrarme en vuestros estúpidos enredos, juro que os mandaré a todos de una patada desde aquí a Bel Tine! —Ya había tenido problemas con estos idiotas, o al menos con otros como ellos. En lo único que pensaban era en su honor, y celebraban duelos y se tomaban unos a otros como *gai'shain*. Esto último ponía a los Aiel realmente encrespados.

—Escuchad a mi esposo y obedeced —intervino secamente Faile—. No es un hombre con quien se pueda jugar.

Las expresiones boquiabiertas desaparecieron y todos a una empezaron a retroceder al tiempo que hacían reverencias, a cuál más exagerada. Seguían en ello cuando giraron en una esquina.

—Condenados niñatos, bufones de mierda —rezongó Perrin mientras ofrecía de nuevo el brazo a Faile.

—Mi esposo habla con la sabiduría que da la edad —musitó ella. Su tono era totalmente serio; su olor no.

Perrin se las apañó para no resoplar. Cierto, algunos de ellos quizá tenían sólo uno o dos años menos que él, pero todos se comportaban como críos, jugando a ser Aiel. Ahora, puesto que Faile parecía de buen humor, era el momento oportuno para entrar en materia y hablar de lo que tenían que hablar. De lo que él tenía que hablar.

—Faile, ¿cómo es que te convertiste en una de las damas de Colavaere?

—Una de las criadas, Perrin. —Habló quedamente; nadie que se hallara a dos pasos de ellos habría podido oírla. Estaba enterada de lo de su agudeza auditiva, y de lo de los lobos. Eso era algo que ningún hombre podía mantener oculto a su esposa. Faile se rozó la oreja con el abanico, advirtiéndole así que fuera cauto al hablar—. Mucha gente olvida que los sirvientes están ahí, pero tienen oídos y escuchan. En Cairhien más que en otros sitios, con diferencia. Yo diría que demasiado.

Ninguno de los criados que Perrin veía tenía la oreja puesta en lo que hablaban. Los pocos que no se escabullían por los pasillos laterales en cuanto los veían a Faile y a él, pasaban a su lado casi a la carrera, con la vista clavada en el suelo y retraídos.

Cualquier noticia se propagaba rápidamente en Cairhien, de modo que los eventos acaecidos en el Gran Salón debían de haber corrido como el viento. A estas horas lo ocurrido había llegado a las calles y probablemente se estaba difundiendo fuera de la ciudad. A buen seguro había informadores de las Aes Sedai en Cairhien, y de los Capas Blancas, y seguramente de la mayoría de los tronos.

—Colavaere no perdió un instante en tomarme a su servicio en cuanto se enteró de quién era —prosiguió Faile en el mismo tono susurrante—. El nombre de mi padre la impresionó tanto como el de mi prima. —Acabó con un breve cabeceo, como si con eso lo explicara todo.

Como respuesta era válida. O casi. Su padre era Davram, Cabeza Insigne de la casa Bashere, señor de Bashere, Tyr y Sidonia, Guardián de la Frontera de la Llaga, Defensor de la Tierra Interior, y mariscal de la reina Tenobia de Saldaea. La prima de Faile era la propia Tenobia. Razón de sobra para que Colavaere tomara a su mujer como una de sus damas. Pero ahora Perrin había tenido tiempo para meditar las cosas, y se preciaba de empezar a saber el modo de pensar y actuar de Faile. La vida de casado enseñaba a un hombre a conocer a las mujeres; o a una mujer, en cualquier caso. La respuesta que había omitido dar le confirmaba algo: Faile no tenía concepto del peligro, no en lo tocante a sí misma.

Ni que decir tiene que ese tema no podía tratarlo allí, en medio de un pasillo. Por mucho que quisiera hablar en susurros, ella no tenía su capacidad auditiva, y sin duda insistiría en que todos los sirvientes en cincuenta pasos a la redonda estarían escuchando. Echando mano a su paciencia, siguió caminando con ella hasta que llegaron a los aposentos que les habían asignado lo que ahora le parecía siglos atrás. Las lámparas se hallaban encendidas y arrancaban destellos en los oscuros paneles de las paredes, cada uno de ellos tallado con rectángulos concéntricos. En la chimenea cuadrada de piedra, el hogar estaba barrido y con unas pocas ramas de melojo casi verdes.

Faile se dirigió directamente a una pequeña mesa donde había dos jarras doradas encima de una bandeja.

—Nos han dejado té de arándanos y ponche. El ponche es de vino de Tharon, creo. Lo enfrían en cisternas en las bodegas de palacio. ¿Qué prefieres tomar, esposo?

Perrin se desabrochó el cinturón y soltó éste y el hacha sobre una silla. Había planeado cuidadosamente lo que tenía que decir de camino allí. Su mujer podía ser muy quisquillosa en ocasiones.

—Faile, te he echado de menos más de lo puedo expresar en palabras, y he temido por ti, pero…

—¡Por mí! —espetó al tiempo que giraba bruscamente para mirarlo a la cara. Estaba muy erguida, sus ojos brillaban con la fiereza del ave de la que había tomado el nombre y el abanico trazó una espiral inversa en dirección a la cintura de su

marido. Eso no formaba parte del lenguaje del abanico; a veces hacía el mismo gesto con un cuchillo—. ¡Por mí! ¡Cuando casi las primeras palabras que salieron de tu boca fueron para preguntar por esa… esa mujer!

Perrin se quedó boquiabierto. ¿Cómo podía haberse olvidado del olor que inundaba su nariz? Por poco se lleva la mano a ella para comprobar si le estaba sangrando.

—Faile, lo que quería saber era dónde se encontraban sus rastreadores. Bere… —No. No era tan idiota como para repetir ese nombre—. Dijo que tenía pruebas del envenenamiento antes de que me marchara. ¡Tú la oíste! Sólo quería alguna prueba, Faile.

No sirvió de nada. La intensa peste no menguó un ápice, además de que ahora se mezclaba con un acre olor a estar dolida. ¿Qué había dicho para herirla?

—¡Su prueba! Los datos que yo aporté no sirvieron de nada, pero su prueba puso la cabeza de Colavaere en el tajo. O tendría que haberlo hecho.

Ahí estaba su oportunidad, pero ella no parecía dispuesta a dejarlo abrir la boca ni apartarse un milímetro del tema. Avanzó hacia él echando chispas por los ojos y asiendo el abanico como un cuchillo, de modo que lo único que pudo hacer fue recular.

—¿Sabes lo que esa mujer contó? —dijo Faile, siseando. Una víbora no habría soltado más veneno—. ¿Lo sabes? Dijo que la razón de que no estuvieses aquí era que te encontrabas en una casa solariega no lejos de la ciudad. ¡Donde ella podía visitarte! Yo di la explicación que había preparado de antemano, que estabas cazando, y la Luz sabe que habían sido muchos los días que ya habías pasado fuera cazando antes de marcharte, pero todos creyeron que me lo había inventado para tapar el asunto. ¡El de vosotros dos! Colavaere disfrutó de lo lindo. Estoy segura de que sólo tomó como dama a esa meretriz mayeniense para que las dos nos enzarzáramos. «Faile, Berelain, venid a abrocharme el vestido.» «Faile, Berelain, venid a frotarme la espalda.» «Faile, Berelain, venid a sujetar el espejo para la peluquera.» ¡Así podía divertirse esperando que las dos nos arrancáramos los ojos! ¡Eso es lo que he tenido que soportar! ¡Por ti, pedazo de oso peludo!

Perrin dio con la espalda en la pared. Y algo pareció romperse dentro de él. Había pasado un miedo cerval por ella, aterrado, dispuesto a hacer frente a Rand o al propio Oscuro. Y él no había hecho nada reprobable, jamás había alentado a Berelain; se había devanado los sesos para buscar el modo de esquivarla, de espantarla, de que lo dejara en paz. Y esto era lo que conseguía a cambio.

Cogió a su mujer por los hombros suavemente y la levantó hasta que los rasgados ojos estuvieron a la misma altura que los suyos.

—Escúchame bien —dijo sosegadamente. Al menos, intentó que su voz sonara sosegada, si bien salió como un gruñido gutural—. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

¿Cómo te atreves? Casi me muero de preocupación temiendo que hubieses sufrido algún daño. Te amo. Te amo sólo a ti y a nadie más. No deseo a ninguna otra mujer. ¿Me oyes? ¿Me oyes bien? —La aplastó contra su pecho, deseando no soltarla nunca. Luz, qué miedo había pasado. Incluso ahora temblaba sólo de imaginar lo que podría haberle ocurrido—. Si te hubiese pasado algo malo, me habría muerto, Faile. ¡Me habría tendido sobre tu tumba y habría muerto! ¿Crees que no sé cómo se enteró Colavaere de quién eres? Tú te aseguraste de que lo supiera. —Espiar, le había dicho ella en una ocasión, era tarea de la esposa—. Luz, mujer, podrías haber acabado como Maire. Colavaere sabe que eres mi esposa. Mi esposa. De Perrin Aybara, el amigo de Rand al'Thor. ¿Se te ocurrió pensar alguna vez que podrías resultar sospechosa? Colavaere te podría haber… Luz, Faile, podría haberte…

De repente se dio cuenta de la fuerza con que la estaba estrechando. Faile emitía ruidos contra su pecho, pero no se entendía nada. Lo raro es que no le hubiese roto las costillas o la hubiese asfixiado. Increpándose para sus adentros por ser un bruto, la soltó, apartando rápidamente los brazos hacia los lados; pero, antes de que tuviera ocasión de disculparse, los dedos de ella aferraron su barba.

—Así que me amas, ¿no? —dijo suavemente. Muy, muy suavemente. Y con mucha ternura. También sonreía—. A una mujer le gusta oír eso, si se dice bien. —Había tirado el abanico y con esa mano le pasó las uñas por la mejilla, con fuerza, casi la suficiente para arañarlo. Pero en su ronca risa había ardor, y el fuego de sus ojos estaba lejos de ser consecuencia de la ira—. Menos mal que no dijiste que nunca mirabas a otras mujeres, o habría pensado que te habías quedado ciego.

Perrin estaba demasiado estupefacto para decir nada, demasiado atónito incluso para quedarse boquiabierto. Rand entendía a las mujeres, y Mat también, pero él sabía que jamás las entendería. Faile siempre era halcón y martín pescador a la vez, cambiando de dirección más deprisa de lo que uno podía imaginar, pero esto de ahora… El punzante olor había desaparecido por completo, y en su lugar había otro efluvio que él conocía muy bien. Un olor que era ella, puro, intenso y limpio. Unido eso a sus ojos, en cualquier momento iba a hacer algún comentario sobre chicas campesinas y recolección de cosechas. Al parecer, las muchachas campesinas de Saldaea tenían esa reputación.

—En cuanto a lo de tenderte sobre mi tumba y dejarte morir —continuó—, si lo haces, mi espíritu perseguirá al tuyo como alma en pena, te lo prometo. Me llorarás un plazo de tiempo decente, y después buscarás otra esposa. Alguien que tendría mi aprobación, espero. —Soltó una suave risita y le acarició la barba—. No estás preparado para cuidar de ti mismo, ¿sabes? Quiero que me lo prometas.

Ni hablar. No pensaba romperse los dientes contra eso. Si decía que no lo haría, el maravilloso talante que tenía en ese momento su mujer podía consumirse en una llamarada de cólera. Estaba en su temperamento. Si decía que lo haría… A juzgar por

su olor, todo, hasta la última palabra que había pronunciado, lo había dicho de corazón. Pero eso lo creería él cuando a los caballos les crecieran alas. Carraspeó.

—Me hace falta darme un baño. No he visto el jabón ni me acuerdo desde cuándo. Debo de oler como una vieja cuadra.

Recostada contra su pecho, ella aspiró profundamente.

—Hueles maravillosamente bien. A ti. —Sus manos recorrieron los hombros de él —. Me siento…

La puerta se abrió con un fuerte golpe.

—Perrin, Berelain no… Lo siento. Perdonad. —De pie en el umbral, Rand tenía un aire turbado que en nada recordaba al Dragón Renacido. Había Doncellas en el pasillo. Min asomó la cabeza por la hoja de madera, echó un vistazo al cuarto, sonrió a Perrin, y volvió a desaparecer tras el marco.

Faile se retiró con tal suavidad, tan majestuosamente, que nadie habría imaginado lo que estaba diciendo un momento antes. O lo que había estado a punto de decir. Sin embargo, tenía las mejillas arreboladas.

—Qué amable de vuestra parte, milord Dragón —dijo fríamente—, pasar a vernos de manera tan inesperada. Os pido disculpas por no haber oído vuestra llamada a la puerta.

Tal vez el enrojecimiento se debía tanto a la rabia como al azoramiento. Entonces le llegó a Rand el turno de ponerse colorado.

—Berelain no está en palacio. Ha pasado la noche en ese velero de los Marinos que está anclado en el río, nada menos. Annoura no me lo dijo hasta que casi habíamos llegado a los aposentos de Berelain.

Perrin intentó con todas sus fuerzas no encogerse. ¿Por qué tenía Rand que repetir el nombre de esa mujer?

—¿Querías hablar conmigo de algún otro asunto, Rand? —Esperaba no haber puesto excesivo énfasis en eso, pero sí que Rand captara la indirecta. No miró a Faile, pero olisqueó el aire con cautela. Ni rastro del efluvio a celos. Todavía no. No obstante, el de furia era notorio.

Rand lo observó un instante o, más bien, pareció mirar a través de él, escuchando algo que no se oía. Perrin se cruzó de brazos para contener un escalofrío.

—Necesito aclarar una cosa —respondió finalmente Rand—. ¿Sigues rechazando mi propuesta de ser tú quien dirija el ejército contra Illian? He de saberlo ahora.

—No soy general —manifestó Perrin con aspereza. Habría batallas en Illian. Las imágenes pasaron por su mente en una rápida sucesión. Hombres a su alrededor, y el hacha en sus manos girando, abriéndose paso a golpes. Siempre más hombres, por muchos que abatiera, en una fila tras otra, ininterrumpidamente. Mientras en su corazón crecía una semilla. Se sentía incapaz de arrostrar otra vez aquello. No lo haría—. Además, que yo sepa, se supone que he de estar cerca de ti. —Era lo que

había dicho Min a raíz de una de sus visiones. Tenía que hallarse con él en dos ocasiones o Rand estaba abocado al desastre. Una de ellas, quizás, había sido en los pozos de Dumai, pero todavía quedaba por llegar otra.

—Todos debemos correr riesgos. —La voz de Rand sonaba muy queda. Y muy dura. Min volvió a asomar por el marco de la puerta, dando la impresión de querer acercarse a él, pero echó un vistazo a Faile y se quedó fuera.

—Rand, las Aes Sedai… —Un hombre listo dejaría estar ese asunto, probablemente, pero él nunca se había considerado una persona inteligente—. Las Sabias están dispuestas a desollarlas vivas, si no ya, a no mucho tardar. No puedes permitir que se les haga daño, Rand.

En el corredor, Sulin se volvió para observarlo intensamente. El hombre que él creía conocer se echó a reír; fue un sonido sibilante.

—Todos tenemos que correr riesgos —repitió.

—No permitiré que se les haga daño, Rand.

Los fríos ojos azules se trabaron en los suyos.

—¿Que tú no lo permitirás?

—No, no lo permitiré —respondió Perrin sosteniendo la mirada sin vacilar, sin amilanarse—. Son prisioneras y no representan amenaza alguna. Son mujeres.

—Son Aes Sedai. —El tono de Rand sonó tan semejante al de Aram cuando había hablado de ellas en los pozos de Dumai que casi dejó sin respiración a Perrin.

—Rand…

—Hago lo que tengo que hacer, Perrin. —Por un instante volvió a ser el Rand de antaño, a quien no le gustaba lo que ocurría. Por un instante pareció mortalmente cansado. Sólo un instante. Después volvió a ser el Rand actual, lo bastante duro para machacar acero—. No haré daño a ninguna Aes Sedai que no lo merezca, Perrin. Pero no puedo prometer más. Ya que no quieres dirigir el ejército, puedo utilizarte en alguna otra parte. En realidad, quizá sea mejor así. Ojalá pudiera dejarte descansar más de un día o dos, pero es imposible. No tenemos tiempo. No disponemos de tiempo, y hemos de hacer lo que debemos hacer. Disculpadme por interrumpiros. —Hizo una mínima reverencia, con la mano en la empuñadura de la espada—. Faile.

Perrin intentó cogerle el brazo, pero Rand salió de la habitación y la puerta se cerró tras él antes de que hubiera tenido ocasión de moverse. Rand ya no era realmente Rand, al parecer. ¿Un día o dos? ¿Dónde, en nombre de la Luz, quería mandarlo, ya que no a la cabeza del ejército que se estaba reuniendo en los llanos de Maredo?

—Esposo mío —susurró Faile—, tienes el coraje de tres hombres. Y el poco juicio de un niño para forzar situaciones olvidando la diplomacia. ¿A qué se debe que cuanto mayor es el coraje de un hombre menos sentido común tiene?

Perrin gruñó, indignado. Hubo de contenerse para no mencionar a las mujeres que

se ponían a espiar a gente que había cometido asesinatos y que casi con toda seguridad sabía que estaban espiándola. Las mujeres siempre hablaban de lo lógicas que eran en comparación con los hombres, pero él había visto bien poco de eso.

—En fin, quizá no deseo realmente oír la respuestas aun en el caso de que la sepas. —Faile, todavía con los brazos ceñidos a su cuello, se estiró y soltó una queda risita—. Además, no pienso dejar que nos estropee el momento. Todavía me siento tan atrevida como una muchacha del campo en una… ¿De qué te ríes? ¡No te rías de mí, Perrin t'Bashere Aybara! ¡Te digo que dejes de reírte, pedazo de bruto, zafio! Como no te…

El único modo de hacerla callar era besándola. En sus brazos Perrin se olvidó de Rand, de las Aes Sedai y de las batallas. Donde estaba Faile, estaba el hogar.

7



Trampas encubiertas y lazos tendidos

Rand sentía el Cetro del Dragón en su mano, percibía cada una de las líneas de los dibujos contra la marca de la garza en su palma con tanta claridad como si estuviera pasando por los trazos las yemas de los dedos, y, sin embargo, parecía que fuera la mano de otra persona. Si una cuchilla se la amputara de un tajo, sentiría el dolor… y continuaría caminando. Sería el dolor de otro.

Flotaba en el vacío, en medio de una nada tan absoluta que escapaba a toda comprensión, y el *Saidin* lo henchía intentando machacarlo hasta convertirlo en polvo entre un frío demoledor y un calor que habría fundido rocas, llevando la infección del Oscuro en su flujo, introduciendo la corrupción en sus huesos. En su alma, temía en ocasiones. Ya no le provocaba tanta náusea como hacía antaño. Y eso le daba más miedo incluso. E, introducidos en aquel torrente de fuego, hielo e inmundicia: vida. Era el mejor término para describirlo. El *Saidin* intentaba destruirlo. El *Saidin* lo colmaba a rebosar de energía. Amenazaba con sepultarlo y al mismo tiempo lo incitaba, lo estimulaba. La lucha por la supervivencia, el forcejeo para evitar ser consumido, magnificaba el puro gozo de vivir. Tan dulce, incluso con la repulsiva suciedad. ¿Cómo sería, entonces, limpio? Inimaginable. Ansiaba absorber más, absorberlo todo.

Ahí precisamente radicaba la mortal seducción. Un solo desliz, y su capacidad de encauzar quedaría sesgada para siempre. Un solo desliz, y su mente se consumiría, si es que no lo destruía de manera instantánea a él y a todo cuanto había a su alrededor. No era locura, enfocada únicamente en la lucha por la supervivencia; era como caminar con los ojos vendados sobre un agujero lleno de afiladas estacas, deleitándose en un puro gozo de vivir tal, que pensar en renunciar a ello era como imaginar un mundo envuelto para siempre en tonalidades grises. No, nada de locura.

Un cúmulo de ideas se arremolinaba en su mente como un torbellino, entretejiéndose en su danza con el *Saidin*, penetrando en el vacío y deslizándose por él. Annoura, observándolo con aquella mirada de Aes Sedai; ¿qué se proponía Berelain? Nunca había mencionado a una consejera Aes Sedai. Y esas otras que se

encontraban en Cairhien, ¿de dónde venían y por qué? Los rebeldes en las afueras de la ciudad: ¿qué los había animado a moverse? ¿Qué intentaban ahora? ¿Cómo podía detenerlos o utilizarlos? Estaba cogiendo mucha experiencia en eso de utilizar a la gente; a veces le daba asco de sí mismo. Sevanna y los Shaido. Rhuarc ya había enviado exploradores hacia la Daga del Verdugo de la Humanidad, pero, en el mejor de los casos, sólo descubrirían dónde y cuándo. Las Sabias, que podrían descubrir el porqué, no lo harían. Había muchos «porqués» relacionados con Sevanna. Elayne y Aviendha. No, no pensaría en ellas. No debía. Perrin y Faile; una mujer fiera, Faile, halcón de nombre y de naturaleza. ¿Se habría unido a Colavaere realmente para obtener pruebas contra ella? Faile intentaría proteger a Perrin si el Dragón Renacido caía. Lo protegería del Dragón Renacido si llegaba a la conclusión de que era necesario; su lealtad era hacia Perrin, pero la decisión de cómo cumplir con esa lealtad sería exclusivamente de ella. No era la clase de mujer que haría dócilmente lo que Perrin dijera, si es que existía alguna mujer así. Los dorados ojos dirigiéndole una intensa mirada desafiante, discrepante. ¿Por qué se mostraba Perrin tan vehemente respecto a las Aes Sedai? Había pasado mucho tiempo con Kiruna y sus compañeras en el viaje camino de los pozos de Dumai. ¿Podían realmente las Aes Sedai hacer con él lo que todo el mundo temía? Aes Sedai. Rand sacudió la cabeza sin ser consciente de ello. Nunca jamás. ¡Nunca! Confiar equivalía a ser traicionado; la confianza iba emparejada con el dolor.

Trató de desechar esa idea. Se acercaba demasiado al desvarío. Nadie podía vivir sin depositar su confianza en alguien. En las Aes Sedai no. Mat, Perrin. Si pudiera confiar en ellos… Min. Ni un solo pensamiento de desconfianza hacia ella. Ojalá estuviera con él, en lugar de hallarse en su cama, descansando. Todos esos días de cautiverio, días de preocupación —por él más que por ella, si la conocía bien—, días de ser sometida a interrogatorios por Galina y maltratada cuando sus respuestas no eran satisfactorias —apretó los dientes de manera inconsciente— y, por si todo eso fuera poco, pasar también la sacudida de la Curación; eso había sido la gota que colmó el vaso, dejándola extenuada. Había permanecido junto a él hasta que las piernas no pudieron sostenerla más, y él tuvo que llevarla a su dormitorio mientras la joven, adormecida, protestaba todo el camino repitiendo que la necesitaba a su lado. Allí no estaba Min, su reconfortante presencia que lo hacía reír, olvidar al Dragón Renacido. Sólo estaba la lucha con el *Saidin*; y el torbellino de ideas; y…

Hay que acabar con ellos. Tienes que hacerlo. ¿Recuerdas la última vez? Lo ocurrido en ese lugar junto a los pozos ha sido una nadería. Ciudades calcinadas hasta la consunción total no fueron nada. ¡Destruimos el mundo! ¿ME OYES? ¡HAY QUE MATARLOS, BORRARLOS DE LA FAZ DE…!

Esa voz que resonaba en su cerebro no era suya. No la del Rand al'Thor. Era la de Lews Therin Telamon, muerto hacía más de tres mil años, hablando dentro de la

cabeza de Rand al'Thor. A menudo el Poder lo sacaba de su escondrijo, en algún oscuro rincón de la mente de Rand. A veces Rand se preguntaba cómo era posible tal cosa. Él era Lews Therin reencarnado, el Dragón Renacido, eso no podía negarlo, pero todo el mundo era la reencarnación de otra persona, de un centenar de personas, de un millar, de más. Así funcionaba el Entramado; todo el mundo moría y renacía, una y otra vez a medida que la Rueda giraba, para siempre jamás. Pero nadie más hablaba con quien había sido antes. Nadie más tenía voces en su cabeza. Excepto los dementes.

«¿Y qué me dices de mí? —pensó Rand, aferrando en una mano el Cetro del Dragón y la otra crispada sobre la empuñadura de la espada—. ¿Y de ti? ¿Qué nos hace diferente de ellos?»

Silencio por toda respuesta. Muy a menudo, Lews Therin no contestaba. Tal vez habría sido mejor que nunca lo hubiese hecho.

¿Eres real?, inquirió finalmente aquella voz con incredulidad. La negación de la existencia de Rand era tan habitual como la negativa a contestar. *¿Lo soy yo? Hablé con alguien. Creo que lo hice. Dentro de una caja. De un baúl.* Una risita sibilante, queda. *¿Estoy muerto o me he vuelto loco o ambas cosas? Qué más da. Lo que es seguro es que estoy maldito. Estoy maldito y esto es el Pozo de la Perdición. Estoy… m… maldito.* La risa de nuevo, ahora demencial. *Y e… esto es el P… Pozo de…*

Rand redujo la voz a un apagado zumbido de insecto, algo que había aprendido a hacer mientras estaba apretujado dentro de aquel baúl. A solas, en la oscuridad. Sólo él y el dolor, y la sed, y la voz de un hombre demente, muerto mucho tiempo atrás. La voz había sido un alivio en ocasiones, su única compañía. Su amiga. Algo surgía repentinamente en su mente. No imágenes, simplemente destellos de color y movimiento. Por alguna razón hacían que pensara en Mat y en Perrin. Los destellos habían comenzado dentro del baúl; ellos y miles de alucinaciones más. Dentro del baúl, donde Galina, Erian, Katerine y las demás lo metían después de haberlo golpeado. Sacudió la cabeza. No. Ya no estaba en el baúl. Los dedos, crispados alrededor del cetro y sobre la espada, le dolían. Sólo quedaban los recuerdos, y los recuerdos no tenían fuerza. Ya no estaba en…

—Si tenemos que hacer ese viaje antes de que comas, hagámoslo. Todos los demás han acabado de cenar hace rato.

Rand parpadeó, y Sulin reculó ante su mirada. Sulin, que no retrocedería ni ante un leopardo. Suavizó la expresión de su rostro, o intentó hacerlo. Tenía la sensación de que era una máscara, el rostro de otra persona.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la Doncella.

—Estaba pensando. —Se obligó a aflojar las manos y encogió los hombros, como ajustando la chaqueta. Una chaqueta que le quedaba mejor que la que había llevado puesta en los pozos de Dumai, de color azul oscuro y lisa, sin adornos. Incluso

después de haberse bañado no se sentía limpio, no con el *Saidin* dentro de él—. A veces pienso demasiado.

Casi otras veinte Doncellas se agrupaban en un extremo de la habitación sin ventanas, con paredes forradas con oscuros paneles. La iluminaban ocho lámparas de pie doradas, con espejos para incrementar la luz. Agradecía que fuera así; ya no le gustaban los sitios oscuros. También se encontraban allí tres de los Asha'man, en el lado opuesto de las Doncellas. Jonan Adley, un altaranés a despecho de su nombre, tenía los brazos cruzados; sus cejas, negras y espesas, se fruncían en ademán pensativo. Unos cuatro años mayor que Rand, estaba resuelto a ganarse la espada de plata de los Dedicados. Eben Hopwil tenía menos manchas y granos en la cara que cuando Rand lo había conocido, y ya no se lo veía tan delgado, pero su nariz y sus orejas seguían siendo las partes más destacadas de él, por grandes; toqueteaba el alfiler de espada que llevaba en el cuello de la chaqueta, como si aún lo sorprendiera encontrarlo allí. Fedwin Morr también habría lucido esa insignia si no vistiera una chaqueta verde, adecuada para un próspero mercader o un noble de segunda fila, con pequeños bordados de plata en puños y solapas. Aproximadamente de la misma edad que Eben, pero más fornido y sin apenas marcas en la cara, no parecía muy contento de que su chaqueta negra estuviese guardada en una bolsa de cuero que descansaba a sus pies. Contra ellos había estado arremetiendo ferozmente Lews Therin; contra ellos y contra el resto de los Asha'man. Cualquiera con capacidad para encauzar, ya fuera hombre o mujer, lo hacía estallar las más de las veces.

—¿Dices que piensas demasiado, Rand al'Thor? —Enaila sostenía una lanza corta en una mano y la adarga y más lanzas en la otra, pero aun así dio la impresión de estar sacudiendo el índice ante sus narices. Los Asha'man la miraron ceñudos—. Tu problema es que no piensas en absoluto.

Algunas de las otras Doncellas rieron quedamente, pero Enaila no estaba bromeando. Al menos un palmo más baja que cualquier *Far Dareis Mai*, tenía el cabello pelirrojo, un temperamento exaltado y un extraño punto de vista sobre su relación con él. Su amiga Somara, de cabello muy rubio y bastante más alta que ella, asintió en conformidad; compartía aquel peculiar punto de vista.

Rand no hizo caso del comentario, pero suspiró sin poder evitarlo. Somara y Enaila eran las peores, si bien ninguna de las Doncellas acababa de decidir si tratarlo como el *Car'a'carn*, a quien había que obedecer, o como el único hijo de una Doncella reconocida como tal. Hasta Jalani, que apenas había dejado atrás la edad de jugar con muñecas, parecía considerarlo como su hermano pequeño, en tanto que Corana, canosa y con la tez casi tan arrugada como Sulin, lo trataba como a un hermano mayor. Menos mal que se comportaban de ese modo cuando se encontraban a solas, casi nunca si había otros Aiel que pudieran oírlas. A la hora de la verdad, era el *Car'a'carn*. Morían por él. Lo menos que podía hacer era permitirles eso y lo que

quisieran. Se lo debía.

—No tengo intención de pasar aquí la noche mientras vosotras jugáis a Besar las Margaritas —dijo.

Sulin le asestó una de aquellas miradas que lanzaban todas las mujeres, ya llevaran vestidos o *cadin'sor*, tal como un labrador esparciría el grano en la siembra, pero los Asha'man dejaron de mirar fijamente a las Doncellas y se echaron al hombro las bolsas de cuero. Le había dicho a Taim que fuera exigente con ellos, que los convirtiera en armas, y eso era lo que Taim le había entregado: una buena arma que seguía los movimientos del que la empuñaba. Ojalá pudiera estar seguro de que no se revolvería contra él.

Tenía tres puntos de destino esa noche, pero uno de ellos no podían saberlo las Doncellas. Nadie podía, salvo él. Antes había decidido cuál de los otros dos sería el primero, pero aun así vacilaba. No tardaría en conocerse ese viaje, pero tenía razones para mantenerlo en secreto hasta que le fuera posible.

Cuando se abrió el acceso en medio de la habitación, penetró a través de él un olor dulzón, familiar para cualquier granjero: estiércol de caballo. Al tiempo que encogía la nariz, Sulin se subió el velo y cruzó al otro lado a la cabeza de la mitad de las Doncellas. Tras dirigirle una mirada, los Asha'man las siguieron a continuación, absorbiendo al mismo tiempo de la Fuente Verdadera, hasta el límite.

Debido a ello, Rand pudo notar su fuerza a medida que pasaban ante él. Sin eso, era muy difícil saber si un hombre encauzaba —cuanto menos su capacidad— a no ser que cooperara. Ninguno era tan fuerte como él ni por asomo. Es decir, al menos de momento; imposible saber la potencia de un hombre con el Poder hasta que dejaba de hacerse más fuerte. Fedwin superaba a los otros dos, pero tenía lo que Taim llamaba una barrera. Fedwin no creía realmente que pudiera afectar algo a distancia con el Poder. El resultado era que a cincuenta pasos su habilidad empezaba a disminuir, y a un centenar ni siquiera era capaz de tejer un solo hilo de *Saidin*. Los hombres adquirían fuerza con más rapidez que las mujeres, al parecer, y eso era una buena cosa. Los tres eran lo bastante fuertes para crear un acceso de tamaño aceptable, si bien a duras penas en el caso de Jonan. Todos los Asha'man que había conservado con él eran así.

Mátalos antes de que sea demasiado tarde, antes de que se vuelvan locos, susurró Lews Therin. *Mátalos, acaba con Sammael, con Demandred y con todos los Renegados. ¡Tengo que matarlos a todos antes de que sea demasiado tarde!* Luchó un momento para arrebatarle el Poder a Rand y fracasó. Últimamente intentaba hacer eso con más frecuencia, o aferrar el *Saidin* por sí mismo. Lo segundo era un peligro mayor que lo primero. Rand dudaba que Lews Therin pudiera aferrar la Fuente Verdadera una vez que él la tenía; tampoco estaba seguro de poder arrebatársela a Lews Therin si el otro la asía antes.

«¿Y qué me dices de mí? —pensó de nuevo Rand. Fue casi un gruñido, y no menos feroz por el hecho de ser mental. Envuelto en el Poder como estaba, la cólera se extendía como una telaraña alrededor del vacío, un fino encaje, pero ardiente—. También yo puedo encauzar. ¡Me espera la locura, pero de ti ya se ha apoderado! Te mataste a ti mismo, Verdugo de la Humanidad, después de asesinar a tu esposa, a tus hijos y sabe la Luz a cuántos más. ¡No mataré mientras no sea necesario! ¿Me has oído, Verdugo de la Humanidad?» Silencio por toda respuesta.

Hizo una inhalación profunda, estremecida. La telaraña ardiente parpadeó, centelleando en la distancia. Nunca había hablado al hombre —porque era un hombre, no sólo una voz; un hombre, con sus recuerdos—, no le había hablado de ese modo hasta ese momento. Quizás había hecho desaparecer a Lews Therin para siempre: la mitad de los dementes balbuceos del hombre eran lamentos por su esposa muerta. ¿Quería deshacerse de Lews Therin, su único amigo dentro de aquel baúl?

Había prometido a Sulin contar hasta cien antes de seguirlas, pero contó de cinco en cinco y después cruzó el acceso, salvando de un solo paso las ciento cincuenta leguas que había hasta Caemlyn.

La noche había caído sobre el Palacio Real de Andor, y sus sombras envolvían las delicadas torres y las cúpulas doradas, pero la suave brisa que soplaba no aliviaba nada el calor. La luna estaba en lo alto, casi llena, proporcionando cierta claridad. Doncellas veladas se escabullían entre las carretas alineadas detrás de los establos más grandes de palacio. El olor del estiércol que las carretas cargaban a diario se había quedado impregnado en la madera mucho tiempo atrás. Los Asha'man se habían llevado una mano a la nariz; de hecho, Eben se la había pinzado con el índice y el pulgar.

—El *Car'a'carn* cuenta muy deprisa —rezongó Sulin, pero se bajó el velo.

No habría sorpresas allí. Sólo quien no tuviera otro remedio estaría cerca de esas carretas. Rand dejó que el acceso se cerrara después de que lo hubieron cruzado las últimas Doncellas, pisándole los talones; en el momento en que desaparecía con un parpadeo, Lews Therin musitó: *Ya no está*. Casi no se la siente. Había alivio en su voz; el vínculo entre Guardián y Aes Sedai no había existido en la Era de Leyenda.

En realidad Alanna no había desaparecido, como no lo había hecho en ningún momento desde que había vinculado a Rand contra su voluntad, pero su presencia había disminuido, una mengua que se dejaba sentir de manera notoria. Uno podía acostumbrarse a cualquier cosa, empezar a darlo por hecho. Estando cerca de ella, Rand se movía con las emociones de la mujer acurrucadas en lo más recóndito de su mente, así como sus condiciones físicas, si lo pensaba, y sabía exactamente dónde se encontraba con la misma certeza que sabía dónde tenía la mano derecha; pero, al igual que con su mano, a menos que pensara en ella, la sensación se limitaba a la certeza de saber que estaba ahí. Sólo la distancia marcaba cierta diferencia, pero aun

así todavía «sentía» que se hallaba en algún lugar al este de donde se encontraba él. Quería tenerla presente. Aunque Lews Therin hubiese enmudecido y todos los recuerdos del baúl se hubiesen borrado de su memoria de algún modo, todavía tenía el vínculo para que le recordara su máxima: «Nunca te fíes de las Aes Sedai».

De repente advirtió que Jonan y Eben seguían en contacto con el *Saidin*.

—Soltadlo —ordenó, cortante.

Era la orden que Taim utilizaba. Sintió que el Poder se desvanecía en ellos. Buenas armas. Hasta el momento. *Mátalos antes de que sea demasiado tarde,* murmuró Lews Therin. Rand cortó el contacto con la Fuente sin prisa; y con renuencia. Siempre detestaba desasirse de la vida, de la intensificación de los sentidos. De la lucha. En su interior, sin embargo, se mantenía en tensión, como un animal al acecho, presto para saltar, preparado para aferrarlo de nuevo. Ahora siempre lo estaba.

Tengo que matarlos, susurró Lews Therin.

Apartando la voz a un segundo plano, Rand envió al interior de palacio a una de las Doncellas, Nerilea, una mujer de rostro cuadrado, y empezó a pasear junto a las carretas; de nuevo las ideas se agolpaban en su mente, girando en un remolino más y más rápido que antes. No tendría que haber ido allí. Debería haber mandado a Fedwin, con una carta. Girando, girando. Elayne. Aviendha. Perrin. Faile. Annoura. Berelain. Mat… Luz, no tendría que haber ido. Elayne y Aviendha. Annoura y Berelain. Faile y Perrin y Mat. Destellos de color, secuencias fugaces que bordeaban el límite visual. Un demente mascullando furioso en la distancia.

Poco a poco empezó a escuchar a las Doncellas, que hablaban entre sí sobre el olor… dando a entender que provenía de los Asha'man. Querían que se las oyera o, en caso contrario, habrían recurrido al lenguaje de señas; había suficiente luz de luna para hacerlo. También suficiente claridad para advertir el rubor del semblante de Eben, y el modo en que Fedwin apretaba las mandíbulas. Tal vez habían dejado de ser muchachos; después de los pozos de Dumai, sí, ciertamente. No obstante, seguían teniendo quince o dieciséis años. Las cejas de Jonan se habían fruncido de tal modo que parecían arrojar sombra sobre sus ojos. Por lo menos ninguno había vuelto a aferrar el *Saidin*. Todavía.

Iba a acercarse a los tres hombres, pero se limitó a hablar en voz lo bastante alta para que todos lo oyeran:

—Si yo soy capaz de aguantar las tonterías de las Doncellas, vosotros también.

Si acaso, el rubor del rostro de Eben se hizo más intenso. Jonan gruñó. Los tres saludaron a Rand llevando el puño al pecho y después se volvieron de manera que formaron un corrillo. Jonan dijo algo en voz baja al tiempo que miraba a las Doncellas, y Fedwin y Eben se echaron a reír. La primera vez que habían visto Doncellas habían vacilado entre mirar con ojos desorbitados a esas criaturas exóticas

de las que sólo sabían lo que habían leído sobre ellas, y el deseo de huir antes de que los sanguinarios Aiel de los relatos los mataran. No había muchas cosas que los asustaran ahora. Tenían que aprender un nuevo concepto del miedo.

Las Doncellas miraron a Rand de hito en hito, y empezaron a hablar con el lenguaje de señas, riendo quedamente de vez en cuando. Por mucha que fuera su cautela hacia los Asha'man, siendo como eran Doncellas —siendo los Aiel como eran — el riesgo sólo hacía que las pullas resultaran más divertidas. Somara murmuró de manera audible algo sobre Aviendha haciéndole sentar cabeza, a lo que las otras respondieron con cabeceos de aprobación. Rand suspiró. En los relatos, nadie tenía una vida tan complicada.

Tan pronto como Nerilea regresó anunciando que había encontrado a Davram Bashere y a Bael, el jefe de clan que tenía el mando de los Aiel allí, en Caemlyn, Rand se quitó el cinturón con la espada, y Fedwin hizo otro tanto. Jalani cogió una bolsa de cuero más larga para que guardaran en ella las armas y el Cetro del Dragón, y la sostuvo como si dentro hubiera serpientes venenosas o algo muerto y putrefacto. Aunque, a decir verdad, no la habría sostenido con tanto reparo en ninguno de esos dos casos. Tras echarse encima una capa con embozo que Corana le tendió, Rand puso las manos a la espalda, juntas las muñecas, y Sulin se las ató con un cordón. Fuertemente, sin dejar de rezongar.

—Esto es una estupidez. Hasta los hombres de las tierras húmedas dirían que lo es.

Rand procuró contener una mueca de dolor. La Doncella era fuerte, y estaba haciendo uso de ello, sin contemplaciones.

—Te has escapado sin avisarnos demasiado a menudo, Rand al'Thor. No te preocupas nada de tu seguridad. —Lo consideraba un hermano de su misma edad, pero que a veces era irresponsable—. Las *Far Dareis Mai* defendemos tu honor, y tú no tienes cuidado.

Fedwin torció el gesto mientras le ataban las manos, aunque la Doncella que lo hacía no puso demasiado empeño. Observando la escena, Jonan y Eben se mostraban ceñudos. Les gustaba tan poco ese plan como a Sulin. Y, como ella, tampoco lo entendían. El Dragón Renacido no tenía que justificar sus actos, y el *Car'a'carn* rara vez lo hacía. Empero, nadie dijo una palabra. Un arma no protestaba.

Cuando Sulin rodeó a Rand y se situó frente a él, lo miró a la cara y se le cortó la respiración.

—Te hicieron esto —susurró, y llevó la mano al enorme cuchillo que llevaba en la cintura. La hoja de acero medía unos cuarenta centímetros y convertía el arma casi en una espada corta, pero sólo un necio diría tal cosa a un Aiel.

—Ponme la capucha —le dijo bruscamente Rand—. La razón de todo esto es que nadie me reconozca antes de que me haya reunido con Bael y Bashere. —Ella vaciló,

mirándolo a los ojos—. He dicho que me la pongas —gruñó.

Sulin era capaz de matar a casi cualquier hombre sólo con sus manos, pero sus dedos le colocaron el embozo con gran delicadeza. Jalani soltó una risa al tiempo que le calaba la capucha hasta los ojos.

—Ahora puedes estar seguro de que nadie te reconocerá, Rand al'Thor. Tendrás que fiarte de nosotras para guiarte los pasos.

Varias Doncellas se echaron a reír. Rand se puso tenso y contuvo el impulso de aferrar el *Saidin*. A duras penas. Lews Therin gruñó y farfulló. Rand se obligó a respirar normalmente. No estaba completamente a oscuras. Podía ver la luz de la luna por debajo del borde de la capucha. Aun así, trastabilló cuando Sulin y Enaila lo cogieron por los brazos y echaron a andar.

—Creí que eras lo bastante mayor para saber caminar mejor —rezongó Enaila con fingida sorpresa. La mano de Sulin se movió. Rand tardó unos segundos en comprender que le estaba acariciando el brazo.

Sólo veía lo que tenía justo delante de los pies; los adoquines del suelo del establo, bañados en luz de luna; después, peldaños de piedra, suelos de mármol alumbrados por lámparas, a veces cubiertos en el centro por una alfombra larga y estrecha. Forzaba los ojos al notar movimiento de sombras, aguzaba los sentidos para percibir la reveladora presencia del *Saidin* o, peor aún, el cosquilleo que denunciaba a una mujer abrazando el *Saidar*. Cegado así, tal vez no supiera que lo atacaban hasta que fuera demasiado tarde. Le llegaban los susurros de los sirvientes que se cruzaban con ellos en sus tareas nocturnas, pero nadie osó detener a cinco Doncellas que aparentemente escoltaban a dos prisioneros encapuchados. Con Bael y Bashere instalados en palacio y manteniendo el orden en Caemlyn con sus hombres, sin duda se habían visto cosas más raras en esos corredores. Era como caminar por un laberinto. Claro que había estado metido en uno u otro desde que había salido de Campo de Emond, incluso cuando había creído que avanzaba por un camino claro y despejado.

«¿Reconocería una senda así si la viera ahora? —se preguntó—. ¿O llevo tanto tiempo en esto que pensaría que era una celada?»

No hay caminos despejados. Sólo trampas encubiertas, lazos tendidos y oscuridad. El gruñido de Lews Therin sonó angustiado, desesperado. Como se sentía Rand.

Cuando finalmente Sulin los hizo entrar en una habitación y cerró la puerta, Rand echó violentamente la cabeza hacia atrás para librarse de la capucha… y se quedó mirando de hito en hito. Había esperado encontrar a Bael y a Davram, pero no a la esposa de éste, Deira, ni a Melaine ni a Dorindha.

—Te veo, *Car'a'carn*. —Bael, el hombre más alto que Rand había visto en su vida, estaba sentado con las piernas cruzadas en las baldosas verdes y blancas,

vestido con el *cadin'sor* y una actitud que aun pareciendo tranquila revelaba que se hallaba preparado para ponerse en movimiento en un visto y no visto. El jefe de clan de los Goshien Aiel no era joven, ningún jefe lo era, y tenía hebras grises en su rojizo cabello, pero si alguien creía que la edad lo había ablandado, podía llevarse una desagradable sorpresa—. Que siempre encuentres agua y sombra. Respaldo al *Car'a'carn* y mis lanzas me respaldan a mí.

—Lo del agua y la sombra está bien —dijo Davram Bashere, que echó una pierna sobre el brazo del sillón en el que descansaba—, pero yo prefiero vino frío. —Poco más alto que Enaila, llevaba desabrochada la chaqueta corta y su oscura tez brillaba por el sudor. A despecho de su postura indolente, con sus fieros ojos rasgados y su nariz aguileña resaltando sobre el espeso y canoso bigote tenía un aspecto tan duro como Bael—. Os felicito por la huida y la victoria. Pero ¿por qué venís disfrazado como un prisionero?

—Yo prefiero saber si piensa echarnos encima a las Aes Sedai —intervino Deira. La madre de Faile, vestida en seda verde con bordados en oro, era una mujer grande, tan alta como cualquier Doncella excepto Somara, con el largo cabello negro surcado de hebras grises en las sienes y la nariz sólo un poco menos prominente que la de su marido. Ciertamente, podía darle lecciones sobre ofrecer un aspecto fiero, y era igual que su hija en un detalle: su lealtad era para su esposo, no para Rand—. ¡Habéis hecho prisioneras a unas Aes Sedai! ¿Podemos esperar ahora que toda la Torre Blanca caiga sobre nuestras cabezas?

—Si lo hacen —intervino, cortante, Melaine, mientras se ajustaba el chal—, recibirán la contestación que se merecen. —De cabello dorado, ojos verdes y muy hermosa, como mucho cinco años mayor que el propio Rand a juzgar por su cara, era una Sabia y estaba casada con Bael. Fuera cual fuera el motivo por el que las Sabias habían cambiado de opinión respecto a las Aes Sedai, Melaine, Amys y Bair eran las que más acusaban ese cambio.

—Lo que yo quiero saber —dijo la tercera mujer— es qué vas a hacer con Colavaere Saighan.

Si Deira y Melaine tenían una presencia imponente, Dorindha las superaba a ambas, aunque no resultaba fácil discernir por qué exactamente. La señora del techo del septiar Manantial Humeante era una mujer de constitución sólida, maternal, más atractiva que hermosa, con algunas arrugas en las comisuras de los párpados, y en su cabello de color rojo pálido tantas hebras blancas como grises tenía Bael; sin embargo, de las tres mujeres, cualquiera que tuviese no sólo ojos sino un poco de sentido común advertiría que tenía mando y carácter para ejercerlo.

—Melaine dice que Bair considera a Colavaere Saighan de poca importancia —continuó Dorindha—, pero las Sabias pueden ser tan ciegas como cualquier hombre cuando se trata de ver la batalla que está por empezar y no fijarse en el escorpión que

se tiene a los pies. —Una sonrisa dirigida a Melaine restó hierro a sus palabras; la de Melaine en respuesta dejó claro que no se había dado por ofendida—. El deber de una señora del techo es localizar esos escorpiones antes de que piquen a alguien.

También era esposa de Bael, algo que todavía desconcertaba a Rand a pesar de que hubiese sido decisión de ella y de Melaine. Tal vez por eso mismo, porque había sido de ellas; entre los Aiel, un hombre no tenía mucho que decir si su esposa escogía una hermana conyugal. No era un arreglo muy frecuente ni siquiera entre Aiel.

—Colavaere va a dedicarse a cultivar la tierra —gruñó Rand. Todos parpadearon sorprendidos, preguntándose si estaba bromeando—. El Trono del Sol vuelve a estar vacío y esperando a Elayne. —Se había planteado la conveniencia de levantar salvaguardas para que no los escucharan a escondidas, pero esa barrera podía ser detectada por cualquiera que buscara algo fuera de lo normal, ya fuese hombre o mujer, y su existencia proclamaría que allí se estaba tratando algo importante. En fin, todo lo que se dijese en esa habitación se sabría muy pronto desde la Pared del Dragón hasta el mar.

Fedwin se restregaba las muñecas, en tanto que Jalani enfundaba su cuchillo. Nadie les prestó atención; todos los ojos estaban prendidos en Rand. Éste dirigió a Nerilea una ojeada ceñuda y forcejeó con las ataduras hasta que Sulin las cortó.

—Ignoraba que ésta iba a ser una reunión familiar —dijo Rand.

Nerilea pareció un poquito avergonzada, pero nadie más lo hizo.

—Cuando os hayáis casado, aprenderéis que tenéis que elegir con mucho cuidado lo que no contáis a vuestra esposa —murmuró Davram con una sonrisa. Deira lo miró y frunció los labios.

—Las esposas son un gran consuelo si un hombre no les cuenta muchas cosas —apuntó riendo Bael.

Sonriendo, Dorindha le pasó los dedos por el cabello… y se lo agarró como si quisiera arrancarle la cabeza de cuajo. Bael soltó un gruñido de dolor, pero no sólo a causa del tirón de pelos que le había propinado Dorindha. Melaine limpió su pequeño cuchillo en la falda y lo enfundó. Las dos mujeres intercambiaron una mueca burlona por encima de la cabeza del jefe del clan mientras éste se frotaba un hombro, donde una pequeña mancha de sangre humedecía su *cadin'sor*. Deira asintió pensativamente, como si acabaran de darle una idea.

—¿A qué mujer podría odiar lo bastante para casarla con el Dragón Renacido? —dijo fríamente Rand.

Sus palabras causaron un silencio tan denso que podía tocarse. Rand procuró encauzar su ira. Tendría que haber supuesto que ocurriría esto. Melaine no sólo era una Sabia, sino también una caminante de sueños, igual que Amys y Bair. Entre otras cosas, podían hablar entre ellas y con otras personas durante el sueño; una habilidad útil, aunque sólo la habían utilizado una vez a petición de él y en su beneficio; era

asunto de las Sabias. En consecuencia, no era de extrañar que Melaine estuviese al tanto de todo lo ocurrido; como tampoco era de extrañar que le hubiese contado todo a Dorindha, aunque fuesen cosas de Sabias. Las dos mujeres eran amigas íntimas y hermanas, todo en uno. Una vez que Melaine hizo partícipe a Bael del secuestro, éste, naturalmente, se lo había dicho a Bashere; esperar que el mariscal saldaenino guardara en secreto esa información para su esposa era igual que esperar que no le contara que la casa se había incendiado. Poco a poco, centímetro a centímetro, se tragó la ira.

—¿Ha llegado Elayne? —Trató de dar a su voz un tono despreocupado, sin éxito. Qué más daba. Había razones conocidas por todos para que estuviera nervioso. En Andor no habría tanta agitación como en Cairhien, pero el modo más rápido de apaciguar ambas naciones era que Elayne ocupara el trono. Puede que fuera el único.

—Aún no. —Bashere se encogió de hombros—. Pero han llegado noticias sobre Aes Sedai que marchan hacia el norte con un ejército desde algún punto de Murandy, o quizá de Altara. Podrían referirse al joven Mat y su Compañía de la Mano Roja, con la heredera del trono y las hermanas que huyeron de la Torre cuando Siuan Sanche fue depuesta.

Rand se frotó las muñecas, donde las cuerdas le habían hecho rozaduras. Toda esa pantomima de parecer un cautivo había sido por si acaso Elayne hubiese llegado ya. Elayne y Aviendha. Así, podría haber ido y vuelto sin que ellas lo supieran hasta después de que se hubiera marchado. Quizás habría hallado el modo de verlas a escondidas. Quizá… Era un necio, y en eso no había «quizá» que valiera.

—¿Tenéis intención de hacer que esas hermanas os juren también fidelidad? —El tono de Deira era tan gélido como su expresión. Rand sabía que no le gustaba; a su modo de ver, su esposo había emprendido un camino que seguramente lo conduciría a acabar con la cabeza clavada en una pica a las puertas de Tar Valon, y era él quien lo había puesto en ese camino—. La Torre Blanca no se quedará de brazos cruzados viendo cómo coaccionáis Aes Sedai.

Rand le dedicó una leve reverencia, y al infierno con ella si lo interpretaba como un gesto de mofa. Deira ni Ghaline t'Bashere jamás se dirigía a él con un título, ni siquiera por su nombre; habríase dicho que hablaba con un lacayo, y uno no especialmente despierto ni digno de confianza.

—Si eligen hacerlo, aceptaré su juramento. Dudo que muchas de ellas estén precisamente ansiosas por regresar a Tar Valon. Si escogen lo contrario, pueden seguir su camino, siempre y cuando no se pongan en mi contra.

—La Torre Blanca ya se ha puesto en tu contra —dijo Bael, que se inclinó hacia adelante apoyando los puños en las rodillas. Sus azules ojos hacían parecer cálida la voz de Deira en comparación—. Un enemigo que ataca una vez, volverá a atacar. A menos que se lo detenga. Mis lanzas irán a donde quiera que el *Car'a'carn* las

conduzca.

Melaine asintió, por supuesto; seguramente quería que todas las Aes Sedai estuviesen escudadas y bajo vigilancia, de rodillas, si no atadas de pies y manos. Pero Dorindha también asintió, y Sulin. Y Bashere se atusó el bigote con los nudillos en actitud pensativa. Rand no sabía si ponerse a llorar o a reír.

—¿Crees que no he tenido bastante lucha para hartarme hasta la saciedad como para plantearme otra guerra con la Torre Blanca? Elaida me agarró del cuello y recibió un correctivo. —El suelo estallando y lanzando fuego y carne quemada al aire. Cuervos y buitres dándose un festín. ¿Cuántos muertos?—. Si tiene el sentido común de conformarse con eso, también yo. —Siempre y cuando no le pidieran confiar. El baúl. Empezó a sacudir la cabeza, consciente a medias de los repentinos gemidos de Lews Therin sobre la oscuridad y la sed. Podía pasarlo por alto; tenía que pasarlo por alto, pero no olvidarlo, ni confiar.

Dejando a Bael y Bashere discutiendo sobre si Elaida tenía suficiente sentido común para no intentarlo otra vez ahora que había dado el primer paso, Rand se encaminó hacia los mapas amontonados sobre la mesa pegada contra la pared, debajo de un tapiz de alguna batalla en la que las tropas del León Blanco de Andor se estaban alzando con la victoria. Al parecer, Bael y Bashere utilizaban esta habitación para elaborar sus planes. Tras rebuscar un poco encontró el mapa que buscaba, un gran pergamino enrollado en el que aparecía todo Andor, desde las Montañas de la Niebla hasta el río Erinin, así como parte de los países situados al sur: Ghealdan, Altara y Murandy.

—A las mujeres cautivas en las tierras de los Asesinos del Árbol no se les permite ocasionar conflictos, entonces ¿por qué dejar que otras lo hagan? —inquirió Melaine, por lo visto en contestación a algo que Rand no había escuchado. La Sabia parecía enfadada.

—Haremos lo que tengamos que hacer, Deira t'Bashere —manifestó sosegadamente Dorindha, que rara vez perdía los nervios—. Conservad el valor y llegaremos a donde tenemos que llegar.

—Cuando uno salta a un precipicio —replicó Deira—, es demasiado tarde para hacer otra cosa que aferrarse al coraje. Y esperar que haya un carretón de heno en el fondo para caer sobre él.

Su marido se echó a reír bajito, como si ella acabara de decir un chiste. A juzgar por su expresión, la mujer no estaba bromeando.

Rand extendió el mapa y sujetó las esquinas con tinteros y recipientes de arena, tras lo cual calculó distancias midiendo con los dedos. Mat no avanzaba deprisa si los rumores lo ubicaban en Altara o en Murandy. Alardeaba de lo rápido que su Compañía podía marchar. Tal vez las Aes Sedai lo estaban retrasando, con los sirvientes y las carretas. Quizás había más hermanas de lo que había supuesto. Rand

reparó en que tenía prietos los puños, y se obligó a aflojar las manos. Necesitaba a Elayne. Para que ocupara el trono allí y en Cairhien; por eso la necesitaba. Nada más. Aviendha… No la necesitaba, en absoluto, y ella había dejado muy claro que no lo necesitaba a él. Aviendha estaba a salvo, lejos de él. Podía conseguir que estuvieran a salvo manteniéndolas lo más lejos posible de él. Luz, ojalá pudiese verlas, sólo eso. Necesitaba a Mat, sin embargo, ya que Perrin se mostraba tan obstinado. No sabía bien cómo había llegado Mat a ser un experto en asuntos de batallas y guerras, pero hasta Bashere respetaba sus opiniones. Sobre asuntos militares, en cualquier caso.

—Lo trataron como *da'tsang* —rezongó Sulin, y algunas de las otras Doncellas se hicieron eco con gruñidos.

—Lo sabemos —manifestó, sombría, Melaine—. No tienen honor.

—¿De verdad se contendrá después de lo que habéis descrito? —demandó Deira en tono incrédulo.

El mapa no se extendía lo bastante al sur para mostrar Illian —ningún mapa de los que había en la mesa representaba parte alguna de ese país— pero la mano de Rand se había desplazado hacia abajo a través de Murandy e imaginó las colinas Doirlon, ya en territorio de Illian pero a corta distancia de la frontera, con una línea de poblados fortificados en los montes que ningún ejército invasor podía permitirse el lujo de pasar por alto. Y a unos cuatrocientos kilómetros al este, al otro lado de los llanos de Maredo, un ejército como no se había visto desde que la coalición de naciones se había congregado en las inmediaciones de Tar Valon en la Guerra de Aiel, o puede que incluso desde los tiempos de Artur Hawkwing. Tearianos, cairhieninos, Aiel; todos preparados para lanzarse contra Illian. Si Perrin no se ponía al mando, entonces Mat tendría que hacerlo. Sólo que no había tiempo suficiente. Nunca lo había.

—Así se abrasen mis ojos —rezongó Davram—. Nunca mencionaste eso, Melaine. ¿Lady Caraline y lord Toram acampados justo a las puertas de la ciudad, y también lord Darlin? Ésos no se han reunido por casualidad, no justo en este momento. Eso es como tener un nido de víboras a la puerta de casa.

—Dejemos que los *algai'd'siswai* dancen —replicó Bael—. Las víboras muertas no pican a nadie.

El punto fuerte de Sammael había sido siempre la defensa. Aquello era un recuerdo de Lews Therin, de cuando la Guerra de la Sombra. Con dos hombres en un solo cerebro, quizás era de esperar que los recuerdos de cada uno de ellos se intercambiaran con los del otro. ¿Habría recordado de repente Lews Therin estar pastoreando ovejas o cortando leña o dando de comer a las gallinas? Rand podía oírlo débilmente, bramando sobre matar y destruir; pensar en los Renegados casi siempre provocaba esa reacción frenética en Lews Therin.

—Deira t'Bashere tiene razón —dijo Bael—. Debemos seguir por el camino que

escogimos recorrer hasta que nuestros enemigos hayan sido destruidos o lo seremos nosotros.

—No era eso lo que quería decir —objetó secamente Deira—. Pero estás en lo cierto. Ahora ya no tenemos alternativa: hasta que nuestros enemigos sean destruidos, o lo seremos nosotros.

Muerte, destrucción y locura afloraron a la mente de Rand mientras éste estudiaba el mapa. Sammael estaría en aquellos poblados fortificados poco después de que el ejército atacara. Sammael, con la fuerza de un Renegado y los conocimientos de la Era de Leyenda. Lord Brend, se hacía llamar, uno de los miembros del Consejo de los Nueve. Y lord Brend lo llamaban quienes se negaban a admitir que los Renegados andaban libres por el mundo, pero Rand lo conocía gracias a la memoria de Lews Therin; conocía a fondo sus rasgos físicos y a él mismo.

—¿Qué se propone Dyelin Taravin con Naean Arawn y Elenia Sarand? —preguntó Dorindha—. Confieso que no entiendo lo de encerrar a la gente.

—Lo que haga allí es lo de menos —manifestó Davram—. Lo que me preocupa son sus reuniones con esas Aes Sedai.

—Dyelin Taravin es una necia —masculló Melaine—. Cree los rumores de que el *Car'a'carn* ha doblado la cerviz ante la Sede Amyrlin. Esa mujer ni siquiera se cepillará el pelo a menos que las Aes Sedai le den permiso.

—Estás confundida —objetó firmemente Deira—. Dyelin es lo bastante fuerte para dirigir Andor y lo demostró en Aringill. Por supuesto que escucha a las Aes Sedai. Sólo un necio hace caso omiso de ellas. Pero escuchar no significa obedecer.

Habría que registrar otra vez las carretas traídas de los pozos de Dumai. El *angreal* del hombrecillo gordo tenía que estar en alguna parte. Ninguna de las hermanas que habían escapado podía tener la menor pista de lo que era realmente. A menos, claro, que una de ellas lo hubiese guardado para tener un recuerdo del Dragón Renacido. No. Tenía que estar en las carretas. Con él podía equipararse en fuerza a cualquiera de los Renegados. Sin él… Muerte, destrucción y locura.

De repente, lo que había estado escuchando por encima cobró sentido en su mente.

—¿Qué habéis dicho? —demandó al tiempo que se giraba, dando la espalda a la mesa con incrustaciones de marfil.

Rostros sorprendidos se volvieron hacia él. Jonan, que se había apoyado en el marco de la puerta con aparente indolencia, adoptó de inmediato una postura erguida. Las Doncellas, acuclilladas cómodamente, de pronto parecieron alertas. Habían estado conversando ociosamente unas con otras; hasta ellas se mostraban ahora cautelosas con él.

Melaine, que jugueteaba con sus collares de marfil, intercambió una mirada decidida con Bael y Davram, y después se adelantó a los demás:

—Hay nueve Aes Sedai en una posada llamada El Cisne de Plata, en lo que Davram Bashere llama la Ciudad Nueva. —Pronunció la palabra «posada» de un modo raro, y también «ciudad»; antes de cruzar la Pared del Dragón sólo las conocía a través de los libros—. Él y Bael dicen que debemos dejarlas en paz a menos que hagan algo contra ti. Me parece que ya has aprendido bien qué puede esperarse de las Aes Sedai, Rand al'Thor.

—Es culpa mía —manifestó Bashere—, si es que se ha cometido algún error. Aunque lo que Melaine esperara hacer al respecto, lo ignoro. Ocho hermanas se instalaron en El Cisne de Plata hace casi un mes, nada más marcharos vos. De vez en cuando unas cuantas más llegan o se marchan, pero nunca hay más de diez al mismo tiempo. Se muestran reservadas, no causan problemas y no hacen preguntas, que Bael o yo sepamos. También han llegado unas pocas hermanas Rojas a la ciudad, en dos ocasiones. Todas las que se hospedan en El Cisne de Plata tienen Guardianes, en cambio esas otras no. Por eso estoy seguro de que son del Ajah Rojo. Aparecieron dos o tres, preguntaron sobre hombres que iban a la Torre Negra, y al cabo de uno o dos días se marcharon. Sin descubrir gran cosa, diría yo. Esa Torre Negra es tan impenetrable con sus secretos como una fortaleza. Ninguna de ellas ocasionó problemas, y preferí no molestarlas a menos que fuera necesario.

—No me refería a eso —dijo lentamente Rand.

Se acomodó en un sillón frente a Bashere; sus manos se cerraron sobre los reposabrazos, prietamente, hasta que los nudillos le dolieron. Aes Sedai reuniéndose allí; Aes Sedai reuniéndose en Cairhien. ¿Casualidad? La voz de Lews Therin retumbaba a lo lejos, como una tormenta en el horizonte, sobre traición y muerte. Tendría que advertir a Taim. No sobre las Aes Sedai hospedadas en El Cisne de Plata —eso ya tenía que saberlo Taim; ¿por qué no se lo había mencionado?—, ni sobre la necesidad de que se mantuviesen alejados de ellas tanto él como los Asha'man. Si lo ocurrido en los pozos de Dumai era el fin de algo, no podía empezar algo nuevo aquí. Eran demasiados los acontecimientos que parecían desarrollarse excesivamente deprisa, fuera de control. Cuanto más intentaba aglutinarlos, surgían más y giraban cada vez más deprisa. Antes o después, todo iba a venirse abajo y a hacerse añicos. La idea le dejó seca la garganta. Thom Merrilin le había enseñado un poco a hacer malabarismos, pero nunca había sido muy bueno en eso. Ahora tenía que hacerlo, y con la habilidad de un consumado experto. Ojalá hubiera algo con lo que mojarse la garganta.

No se dio cuenta de que había manifestado esa última idea en voz alta hasta que Jalani se incorporó de donde estaba en cuclillas y cruzó la habitación hasta una mesa auxiliar en la que había una jarra de plata. Sirvió una copa del mismo metal y se la llevó a Rand, esbozando una mueca mientras se la tendía. Rand esperaba algún comentario sarcástico, pero la expresión de su rostro sufrió un cambio y todo cuanto

dijo fue «*Car'a'carn*», tras lo cual regresó a su sitio, junto a las otras Doncellas, con un aire tan digno que parecía estar imitando a Dorindha o tal vez a Deira. Somara dijo algo con el lenguaje de señas, y de pronto un rojo intenso tiñó las caras de todas las Doncellas, que se mordieron los labios para contener la risa. Todas salvo Jalani, que sólo estaba colorada.

El ponche sabía a ciruela. Le recordó a Rand los gordos y dulces frutos de los ciruelos plantados al otro lado del río, a los que se subía de pequeño para cogerlos y saborearlos… Echó la cabeza hacia atrás y vació la copa. En Dos Ríos había ciruelos, sí, pero no plantaciones, y desde luego no en la otra orilla de ningún río. El hombre que estaba metido en su cabeza rió por algo, quedamente.

Bashere dirigió una mirada ceñuda a las Doncellas, y después volvió la vista hacia Bael y sus dos esposas, todos ellos impasibles como rocas, y sacudió la cabeza. Se llevaba bien con Bael, pero, en general, los Aiel lo desconcertaban.

—En fin, puesto que a mí nadie me trae de beber… —dijo al tiempo que se levantaba e iba a la mesa para servirse una copa. Echó un buen trago, mojándose el espeso bigote—. Vaya, qué refrescante. El entusiasmo de Taim para enrolar hombres lo ha llevado a recoger a todos los tipos que querrían seguir al Dragón Renacido. Me ha enviado casi un ejército de hombres, que carecen de lo que quiera que requieren vuestros Asha'man. Todos hablan con asombro de caminar a través de agujeros en el aire, pero ninguno ha llegado cerca de la Torre Negra. Estoy poniendo en práctica con ellos algunas ideas que tenía el joven Mat.

Rand desestimó el tema con un ademán.

—Habladme de Dyelin. —Dyelin de la casa Taravin era la siguiente en la línea al trono si algo le ocurría a Elayne, pero él le había dicho que había mandado traer a Elayne a Caemlyn—. Si piensa que puede ocupar el Trono del León, encontraré otra granja para ella.

—¿Ocupar el trono? —repitió Deira con incredulidad, y su esposo se echó a reír de buena gana.

—No entiendo las costumbres de las tierras húmedas —dijo Bael—, pero no creo que sea eso lo que se propone.

—¡Todo lo contrario! —Davram cogió la jarra y se acercó a Rand para volver a llenarle la copa—. Algunos nobles de segunda fila, creyendo que así se ganarían su favor, quisieron proclamarla en Aringill. Esa mujer actúa con rapidez. En cuatro días había hecho colgar a dos de los líderes con el cargo de traición a la heredera Elayne, y ordenó que se azotara a otros veinte. —Soltó una queda risita de aprobación. Su esposa aspiró aire por la nariz en ademán desdeñoso. Seguramente ella habría bordeado ambos lados de la calzada de Aringill a Caemlyn con dos hileras de horcas.

—Entonces ¿a qué venía todo eso de que dirigía Andor? —demandó Rand—. Y lo de encarcelar a Elenia y a Naean.

—Son los que intentaron sentarla en el trono —aclaró Deira, cuyos oscuros ojos centellearon furiosos.

Bashere asintió. Estaba mucho más tranquilo ahora.

—Hace sólo tres días de eso, cuando llegó la noticia de la coronación de Colavaere, y los rumores procedentes de Cairhien de que os habíais ido a Tar Valon empezaron a cobrar verosimilitud. Reanudado el comercio, hay tantas palomas yendo y viniendo de Cairhien a Caemlyn que se podría caminar sobre sus espaldas. —Llevó de nuevo la jarra a la mesa y volvió a su sillón—. Naean hizo su proclamación respecto al Trono del León por la mañana, y Elenia, antes del mediodía. A la caída del sol, Dyelin, Pelivar y Luan los habían arrestado a ambos. Anunciaron el nombramiento de Dyelin como regente a la mañana siguiente. En nombre de Elayne y hasta que ésta regrese. La mayoría de las casas de Andor han manifestado su apoyo a Dyelin. Creo que a algunas les gustaría que ocupara el trono, pero el escarmiento dado en Aringill hace que hasta los más poderosos tengan cuidado con lo que dicen. —Guiñó un ojo y señaló a Rand—. De vos, ni la más mínima mención. Si eso es bueno o malo, tendría que decirlo alguien más avisado que yo.

Deira esbozó una fría sonrisa, el gesto altanero a más no poder.

—Todos esos… parásitos lameculos a los que permitisteis instalarse en palacio han huido de la ciudad, al parecer. Algunos de ellos incluso de Andor, según rumores. Debisteis daros cuenta de que todos eran adláteres de Elenia o de Naean.

Rand soltó cuidadosamente la copa llena en el suelo, junto a su sillón. Había dejado que Lir, Arymilla y los demás se quedaran con el único propósito de forzar a Dyelin y a quienes la apoyaban a cooperar con él. Jamás habría dejado Andor en manos de gente como Lir. Con tiempo y el regreso de Elayne, aún podía funcionar. Pero todo iba más y más deprisa, escapándosele de las manos. Sin embargo, sí había algunas cosas que podía controlar.

—Fedwin —dijo, señalándolo— es un Asha'man. Puede llevarme mensajes a Cairhien, si es preciso. —Habló dirigiendo una mirada firme a Melaine, que le respondió con otra de lo más apacible.

Deira estudió a Fedwin como habría hecho con una rata muerta que un perro excesivamente complaciente hubiese soltado sobre su alfombra. Davram y Bael lo observaron de un modo más ponderativo; Fedwin trató de erguirse más ante su escrutinio.

—Que nadie sepa quién es —continuó Rand—. Nadie. Ésa es la razón de que no vaya vestido de negro. Esta noche llevo a otros dos a lord Semaradrid y al Gran Señor Weiramon. Los necesitarán cuando se enfrenten a Sammael en las colinas Doirlon. Al parecer, el asunto de Cairhien va a requerir mi atención durante un tiempo todavía, hasta que las cosas vuelvan a su cauce. —Quizá también sería necesario en Andor.

—¿Significa eso que por fin enviarás a las lanzas al sur? —quiso saber Bael—.

¿Darás la orden esta noche?

Rand asintió, y Bashere soltó una honda carcajada.

—Vaya, eso sí que merece un buen trago de vino. O lo merecería, si no estuviera tan caliente como para espesar la sangre de un hombre. —La risa dio paso a una mueca—. Así me abrase, pero cómo me gustaría encontrarme allí. En fin, supongo que conservar Caemlyn para el Dragón Renacido tampoco es moco de pavo.

—Siempre quieres estar donde se han desenvainado las espadas, esposo mío. —El tono de Deira sonaba muy afectuoso.

—Respecto al quinto —intervino Bael—, ¿permitirás que se tome el quinto en Illian una vez que Sammael haya caído?

Entre los Aiel estaba establecida la costumbre de coger una quinta parte de cuanto había en un lugar conquistado por la fuerza de las armas. Rand lo había prohibido allí, en Caemlyn; no entregaría a Elayne una ciudad saqueada aunque sólo fuera en parte.

—Tendrán el quinto, sí —aceptó Rand, pero no era en Sammael ni en Illian en lo que estaba pensando.

«Trae pronto a Elayne, Mat —exhortó para sus adentros, con la risita socarrona de Lews Therin como música de fondo—. Tráela enseguida, antes de que Andor y Cairhien me estallen en la cara.»

8



Sólo una figura decorativa

Deberíamos quedarnos aquí sólo hasta mañana. —Egwene rebulló con cuidado en la silla plegable, que parecía tener tendencia a doblarse por sí misma en algunas ocasiones—. Lord Bryne ha informado que está muy mermada la provisión de víveres. En realidad andamos escasos de todo.

Dos trozos de vela pequeños ardían sobre la mesa de madera, delante de ella. La mesa también se plegaba, para facilitar su transporte, pero era más sólida que la silla. Además de las velas, la tienda que le servía de estudio estaba alumbrada por una linterna de aceite, colgada del poste central, casi en el extremo superior. La tenue luz amarilla titilaba, proyectando sombras cambiantes en las paredes de lona, remendada con parches, que distaban mucho de la grandiosidad del estudio de la Amyrlin en la Torre Blanca, bien que a Egwene no la incomodaba tal diferencia. A decir verdad, ella misma estaba muy lejos de ofrecer la imagen grandiosa normalmente asociada con la Sede Amyrlin. Sabía muy bien que la estola de siete colores que llevaba en los hombros era lo único por lo que un desconocido la identificaría como Amyrlin. Eso, si no creían que se trataba de una broma terriblemente absurda. En la historia de la Torre Blanca habían ocurrido cosas muy raras —Siuan le había contado algunos detalles secretos— pero indudablemente ninguna tan extraña como ella.

—Cuatro o cinco días sería mejor —comentó Sheriam, sin levantar la vista del montón de papeles que tenía en el regazo y que estaba examinando. Algo metida en carnes, con pómulos altos y rasgados ojos verdes, con su vestido de montar en color verde oscuro, la mujer se las arreglaba para ofrecer una apariencia elegante y autoritaria a pesar de estar sentada en una de las inestables banquetas que había al otro lado de la mesa. Si hubiera cambiado la estrecha estola azul de Guardiana de las Crónicas por la de la Amyrlin, cualquiera habría creído que la llevaba por derecho. Lo cierto es que a veces actuaba como si la estola de rayas descansara sobre sus hombros—. O puede que más. No nos vendría mal reabastecernos de nuevo.

Siuan, sentada en la otra banqueta, sacudió levemente la cabeza, pero Egwene no necesitaba su insinuación.

—Un día. —Tendría sólo dieciocho años y estaría lejos de la grandeza de una

verdadera Amyrlin, pero no era estúpida. Había demasiadas hermanas que aprovechaban cualquier excusa para hacer un alto, como lo hacían también demasiadas Asentadas, y si se detenían demasiado tiempo tal vez resultara imposible hacerlas reemprender la marcha. Sheriam abrió la boca.

»Uno, hija —repitió firmemente Egwene. Pensara lo que pensara Sheriam, el hecho es que Sheriam Bayanar era la Guardiana de las Crónicas, y Egwene al'Vere, la Amyrlin. Ojalá hubiera un modo de hacérselo entender así. Y a la Antecámara de la Torre; ésas eran peores incluso. Egwene tenía ganas de gritar, dar de bofetadas a alguien o tirar cualquier cosa, pero después de casi mes y medio era como si tuviese la práctica de toda una vida para mantener el semblante y la voz inalterados incluso con provocaciones más grave que ésta—. Si nos quedamos más tiempo, dejaríamos esquilmados los alrededores. No quiero que la gente que vive por aquí se muera de hambre. Enfocándolo por el lado práctico, si les quitamos demasiado, incluso pagándoles por ello, nos plantearán cientos de problemas a cambio.

—Incursiones a vacadas y rebaños y robos en las carretas de suministro —murmuró Siuan. Con la vista clavada en la falda pantalón gris, parecía estar pensando en voz alta—. Hombres disparando a nuestros guardias por la noche, quizá prendiendo fuego a cualquier cosa que esté a su alcance. Mal asunto. La gente hambrienta actúa impulsada por la desesperación.

Eran exactamente las mismas razones que lord Bryne había expuesto a Egwene, casi palabra por palabra. La mujer pelirroja asestó a Siuan una dura mirada. Muchas hermanas se sentían incómodas en presencia de Siuan. Su rostro era, seguramente, el más conocido del campamento, lo bastante juvenil para encajar bien con un vestido de Aceptada o hasta de novicia. Ésa era una de las secuelas de ser neutralizada, aunque no eran muchas las que lo habían experimentado. Siuan no podía dar un paso sin que alguna hermana mirara fijamente a la otrora Sede Amyrlin, depuesta y neutralizada al cortarle el acceso al *Saidar*, si bien después, mediante la Curación, le había sido devuelta al menos parte de esa habilidad, algo que todo el mundo tenía por imposible. Muchas la habían vuelto a recibir afectuosamente como una hermana, tanto por ella como por el milagro que abría una esperanza a aquello que todas las Aes Sedai temían más que a la muerte, pero un número igual, o tal vez más, mostraban una tolerancia poco entusiasta o un aire de superioridad o ambas cosas, y la culpaban de la situación en la que se encontraban en ese momento.

Sheriam era una de las que pensaban que Siuan debía instruir a la joven Amyrlin nueva en asuntos de protocolo y similares, algo que todas creían que ella detestaba, y no abrir la boca hasta que la invitaran a hacerlo. Era menos de lo que había sido, tanto en posición como en fuerza con el Poder. Encargarle tal tarea, desde el punto de vista de las Aes Sedai, no era una crueldad. El pasado había quedado atrás; el presente era lo que contaba, y así había que aceptarlo. Hacer lo contrario sólo acarrearía mayor

sufrimiento. Por regla general, a las Aes Sedai les costaba asimilar cualquier cambio; pero, cuando lo hacían, para la mayoría era como si las cosas hubiesen sido siempre así.

—Como digáis, madre, un día —convino finalmente Sheriam al tiempo que inclinaba ligeramente la cabeza.

Egwene estaba segura de que no era tanto por respeto como para ocultar el gesto de desagrado por su obstinación. Bien, daría por bueno el gesto si iba acompañado por la aquiescencia. De momento, tenía que conformarse con eso. También Siuan inclinó la cabeza. Para disimular una sonrisa. A cualquier hermana se la podía designar para cualquier tarea, pero el orden jerárquico era muy rígido, y Siuan se encontraba en un escalón muy inferior al que había ocupado. Ésa era una de las razones.

Los papeles colocados en el regazo de Sheriam se duplicaban en el de Siuan, así como sobre la mesa, delante de Egwene. Informes de todo, desde el número de velas y sacos de judías que quedaban en el campamento hasta el estado de los caballos, y lo mismo con respecto al del ejército de lord Bryne. El campamento del ejército rodeaba el de las Aes Sedai, con una franja de unos veinte pasos de separación entre uno y otro, pero en muchos aspectos era como si estuviesen a un kilómetro de distancia. Sorprendentemente, lord Bryne había insistido en eso tanto como las hermanas. Las Aes Sedai no querían tener soldados rondando entre sus tiendas, un montón de rufianes mugrientos e iletrados que las más de las veces tenían los dedos muy ligeros; y, al parecer, los soldados tampoco querían que hubiese Aes Sedai husmeando entre sus tiendas, aunque, quizá con gran sentido común, no habían explicado las razones para preferirlo así. Marchaban hacia Tar Valon para derrocar a la usurpadora de la Sede Amyrlin y poner a Egwene en su lugar; empero, eran realmente contados los hombres que se sentían a gusto teniendo cerca Aes Sedai. Y muy pocas las mujeres que lo hacían.

Como Guardiana, Sheriam se habría sentido más que satisfecha de evitar que esos asuntos sin importancia pasaran por manos de Egwene. Así lo había dicho, explicando lo insignificantes que eran y que no habría que cargar a la Sede Amyrlin con menudencias cotidianas. Siuan, por el contrario, era de la opinión que una buena Amyrlin se ocupaba precisamente de esas cosas pequeñas, procurando no duplicar el trabajo que docenas de hermanas y escribientes realizaban, pero sí verificando una cosa distinta cada día. De ese modo, tenía una idea bastante aproximada de lo que estaba ocurriendo y lo que era preciso hacer antes de que alguien llegara corriendo ante ella con una crisis que ya había saltado en pedazos. Saber de dónde sopla el viento, lo llamaba Siuan. Conseguir que esos informes llegaran a ella requirió semanas, y a Egwene no le cabía duda de que, si dejaba que pasaran de nuevo al control de Sheriam, nunca volvería a estar enterada de nada hasta mucho después de

que se hubiese solucionado. Si es que llegaba a saberlo.

El silencio se prolongó mientras leían la hoja de papel que había encima de cada uno de sus montones. No estaban solas las tres. Chesa, sentada sobre unos cojines a un lado de la tienda, fue quien rompió el silencio.

—Trabajar con tan poca luz es perjudicial para los ojos —murmuró casi para sí misma mientras alzaba una media de seda de Egwene que zurcía en esos momentos —. Nunca me sorprenderéis estropeándome la vista leyendo sin tener buena luz.

Una mujer de constitución recia, con ojos chispeantes y una sonrisa alegre, la doncella de Egwene tenía por costumbre dejar caer un consejo a la Amyrlin como si se estuviese refiriendo a sí misma. Cualquiera habría dicho que llevaba veinte años al servicio de Egwene en lugar de dos meses escasos, y que le triplicaba la edad cuando en realidad ni siquiera se la doblaba. Esa noche, Egwene sospechaba que había hablado simplemente para romper el silencio. En el campamento reinaba un ambiente tenso desde que Logain había huido. Un hombre que podía encauzar, escudado y bajo vigilancia, pero se había escabullido como la niebla. Todo el mundo estaba nervioso, preguntándose cómo había escapado, dónde estaría y qué se propondría hacer ahora. Egwene deseaba más que nadie saber con seguridad dónde se encontraba Logain Ablar.

Dando un golpe seco a los papeles que tenía en las manos, Sheriam miró ceñuda a Chesa; no entendía por qué permitía Egwene que su doncella estuviera presente en estas reuniones, y mucho menos que le consintiera parlotear a sus anchas. Probablemente no se le ocurrió en ningún momento que la presencia de Chesa y sus inesperados comentarios a menudo la alteraban justo lo suficiente para ayudar a Egwene a eludir algún consejo que no quería seguir y posponer decisiones que no deseaba tomar, al menos no como Sheriam quería. Ciertamente, esa idea no se le había ocurrido a Chesa, que sonrió como pidiendo disculpas y volvió a dedicarse a su zurcido, mascullando entre dientes de vez en cuando.

—Si seguimos, madre, tal vez hayamos acabado antes de que amanezca — manifestó fríamente Sheriam.

Mientras revisaba la siguiente hoja, Egwene se frotó las sienes. Quizá Chesa tenía razón con lo de la luz. Le estaba dando dolor de cabeza otra vez. Claro que también podía deberse al contenido de la página, donde se detallaba el dinero que quedaba. Los relatos que había leído nunca mencionaban cuánto dinero hacía falta para sostener un ejército. Unidas al informe, había unas notas de dos Asentadas, Romanda y Lelaine, en las que sugerían que se pagara a los soldados con menos frecuencia, que se les pagara menos, de hecho. En realidad, eran algo más que sugerencias, al igual que Romanda y Lelaine eran más que dos simples Asentadas de la Antecámara. Otras Asentadas hacían lo que ellas decían, aunque no todas ellas, en tanto que la única Asentada con la que Egwene podía contar era Delana, y sólo hasta cierto punto.

Lelaine y Romanda rara vez estaban de acuerdo en algo, y no podían haber elegido un asunto peor para coincidir por primera vez. Algunos soldados habían jurado fidelidad, pero la mayoría se encontraban allí por la paga, y quizá por la esperanza del saqueo.

—A los soldados hay que pagarles como hasta ahora —murmuró Egwene al tiempo que arrugaba ambas notas. Se sentía tan poco dispuesta a permitir que su ejército se disolviera como a consentir que se llevaran a cabo saqueos.

—Como ordenéis, madre.

Los ojos de Sheriam chispearon complacidos. Veía las dificultades claramente —cualquiera que no la considerara muy inteligente estaría en un buen apuro—, pero tenía un punto en su contra. Si Romanda o Lelaine decían que el sol estaba saliendo, Sheriam afirmaría que iba a ponerse; había tenido casi tanta influencia sobre la Antecámara como la que poseían las otras dos hermanas ahora, puede que más, hasta que entre ambas habían puesto fin a ese dominio. También ocurría igual al contrario; Romanda y Lelaine se oponían a cualquier cosa que quisiera Sheriam sin meditarlo siquiera. Lo que resultaba positivo, en conjunto.

Egwene tamborileó los dedos sobre la mesa, pero se obligó a pararlos. Era preciso encontrar dinero, de algún modo, en alguna parte, pero no podía permitir que Sheriam advirtiera su preocupación.

—Esa mujer nueva servirá —musitó Chesa sin dejar de coser—. Las tearianas siempre se dan muchos aires, desde luego, pero Selane sabe lo que se requiere de una doncella de una dama. Meri y yo conseguiremos que se adapte muy pronto.

Sheriam puso los ojos en blanco, muy irritada. Egwene sonrió para sus adentros. Egwene al'Vere con tres doncellas para atenderla; tan increíble como la propia estola. Pero la sonrisa sólo duró un instante. También había que pagar a las doncellas. Una pequeña suma, en comparación con la soldada de treinta mil hombres, y no era apropiado que la Amyrlin se ocupara de lavar y remendar sus ropas, pero podría habérselas arreglado estupendamente sólo con Chesa. Y así lo habría hecho, si la decisión hubiese dependido de ella. Hacía menos de una semana que Romanda había decidido que la Amyrlin necesitaba otra doncella, y había encontrado a Meri entre los refugiados que se amontonaban por todos los pueblos por los que pasaban hasta que los vecinos los echaban. Para no ser menos, Lelaine había conseguido a Selane del mismo modo, entre los refugiados. Las dos mujeres estuvieron instaladas en la pequeña tienda de Chesa, apiñadas, antes de que Egwene se enterara siquiera de su existencia.

Era una situación absurda, viciada desde el arranque: tres doncellas cuando no había dinero suficiente para pagar al ejército a mitad de camino de Tar Valon, sirvientas que, además, le habían impuesto sin contar con su opinión; por añadidura, se daba la circunstancia de que ya tenía otra, aunque ésta no recibía un céntimo a

cambio. Todo el mundo creía que Marigan era la criada de la Amyrlin, aunque no lo era realmente.

Debajo del tablero de la mesa sentía el peso de la escarcela, dentro de la cual estaba el brazalete. Tendría que llevarlo puesto más a menudo; era un deber. Manteniendo las manos debajo, sacó el brazalete y lo deslizó en su muñeca; se trataba de una banda de plata hecha de manera que el broche resultaba invisible una vez cerrado. Realizado con el Poder, el brazalete se cerró con un sordo chasquido, y Egwene estuvo a punto de quitárselo de inmediato.

Un cúmulo de emociones afloró en un rincón de su mente, así como una especie de conexión con otra conciencia; muy leve, cierto, como si se lo estuviera imaginando. Demasiado real, empero, para que fuese mera imaginación. El brazalete, la mitad de un *a'dam*, creaba un vínculo entre ella y la mujer que llevaba la otra mitad, un collar de plata del que su portadora no podía desprenderse. Sin abrazar el *Saidar*, formaban un círculo de dos cuya dirección estaba siempre en poder de Egwene merced al brazalete. «Marigan» dormía en esos momentos, sus pies doloridos de caminar días y días; pero, aun dormida, el miedo era la sensación que llegaba hasta Egwene con más intensidad. Sólo la del odio la igualaba bastante en fuerza en el torrente de emociones que fluía a través del *a'dam*. El rechazo de Egwene a ponérselo se debía no sólo al persistente terror de la otra mujer, sino a haber llevado puesto el collar de un *a'dam* en cierta ocasión, y al hecho de saber quién era la persona que se hallaba al otro extremo del vínculo. Detestaba compartir algo con ella, por poco que fuera.

Sólo tres mujeres en el campamento estaban enteradas de que Moghedien, una Renegada, era una prisionera en medio de un montón de Aes Sedai. Si se descubría, Moghedien sería juzgada, neutralizada y ejecutada en breve plazo. Si se descubría, Egwene podría correr su misma suerte a no tardar, así como Siuan y Leane. Había otras dos mujeres que sabían quién era. En el mejor de los casos, sería despojada de la estola.

«Por ocultar a la justicia a una Renegada —pensó sombríamente—, tendría suerte si se conformaran con rebajarme a Aceptada.» En un gesto inconsciente, toqueteó con el pulgar el anillo dorado de la Gran Serpiente que llevaba puesto en el índice de la mano derecha.

Claro que, por leve que pudiera ser tal castigo, no parecía probable. Le habían enseñado que la hermana más avisada y prudente era elegida Sede Amyrlin, pero ahora sabía que no era así. La elección de una Amyrlin era tan reñida como la de un alcalde en Dos Ríos, o tal vez más; en Campo de Emond nadie se molestaba en presentarse para disputar la candidatura de su padre, pero había oído comentarios sobre las elecciones en Deven Ride y Embarcadero de Taren. Siuan había sido nombrada Sede Amyrlin sólo porque las tres anteriores a ella habían muerto pocos

años después de ocupar el solio. La Antecámara había querido que fuera una mujer joven. Hablar de la edad a una hermana era como mínimo tan insultante como abofetearla; empero, había empezado a hacerse una idea del promedio de vida de una Aes Sedai. Rara vez se escogía como Asentada a una mujer que no llevara el chal setenta u ochenta años como poco, y una Amyrlin más, generalmente. A menudo, mucho más. De modo que cuando las deliberaciones de la Antecámara habían llegado a un punto muerto de elegir entre cuatro hermanas ascendidas a Aes Sedai hacía menos de cincuenta años, y Seaine Herimon, del Ajah Blanco, había propuesto una mujer que había llevado el chal sólo diez, el que las Asentadas apoyaran su nombramiento pudo haberse debido tanto al agotamiento como a la capacitación de Siuan para desempeñar el cargo.

¿Y Egwene al'Vere, que a los ojos de muchas aún debería ser una novicia? Una figura decorativa, fácilmente manejable, una «chiquilla» que había crecido en el mismo pueblo que Rand al'Thor. Eso último había sido un elemento de mucho peso en la decisión. No la despojarían de la estola, pero la poca autoridad que había conseguido acumular con gran esfuerzo desaparecería. De hecho, Romanda, Lelaine y Sheriam podrían llegar a las manos disputándose cuál de ellas la dirigiría cogida por el cuello en adelante.

—Se parece mucho a un brazalete que Elayne solía llevar. —Los papeles apoyados en el regazo de Sheriam crujieron cuando la mujer se inclinó hacia Egwene para verlo mejor—. Y Nynaeve. Lo compartían, si no recuerdo mal.

Egwene dio un respingo. Había sido muy descuidada.

—Es el mismo —contestó—. Un regalo que me hicieron cuando se marcharon.

Giró la banda de plata en su muñeca, sintiendo un aguijonazo de culpabilidad. El brazalete estaba realizado con piezas segmentadas, pero de un modo tan diestro que apenas se advertía la unión entre unas y otras. Casi no había pensado en Nynaeve y Elayne desde su marcha a Ebou Dar. Quizá debería hacerlas regresar. Su búsqueda no daba frutos, al parecer, aunque ellas lo negaban. Sin embargo, si pudieran encontrar lo que andaban buscando…

Sheriam tenía el ceño fruncido, pero Egwene ignoraba si era por el brazalete o por otro motivo. Empero, no podía dejar que Sheriam prestara demasiada atención al brazalete; si por casualidad reparaba en que el collar que llevaba «Marigan» hacía juego con él, podrían plantearse preguntas muy embarazosas.

Egwene se levantó y se alisó la falda mientras rodeaba la mesa. Siuan había conseguido ciertas informaciones ese día; una de ellas podía ser de utilidad en ese momento. No era la única que tenía secretos. Sheriam pareció sorprenderse cuando Egwene se paró tan cerca de ella que le era imposible incorporarse.

—Hija, me he enterado de que pocos días después de que Siuan y Leane llegaron a Salidar partieron diez hermanas, de todos los Ajah excepto del Rojo. ¿Adónde

fueron y por qué?

La única reacción de Sheriam fue estrechar ligeramente los ojos, pero para ella mantener el aire de serenidad resultaba tan fácil como llevar puesto un vestido.

—Madre, es difícil que pueda recordar todo lo…

—No intentes soslayar el tema, Sheriam. —Egwene se aproximó más a ella hasta que sus rodillas casi tocaron las de la otra mujer—. Nada de mentiras por omisión. Quiero la verdad.

Unas leves arrugas surcaron la tersa frente de Sheriam.

—Madre, aunque lo supiera, no podéis preocuparos por cada…

—La verdad, Sheriam. Toda la verdad. ¿O voy a tener que preguntar delante de la Antecámara al completo por qué no puedo obtener la verdad de mi Guardiana? La sabré, hija, de un modo u otro. La sabré.

Sheriam movía la cabeza como si buscase una salida por la que escapar. Sus ojos se detuvieron en Chesa, que seguía inclinada sobre la costura, y casi no pudo contener un suspiro de alivio.

—Madre, mañana, cuando estemos solas, os podré explicar todo a vuestra entera satisfacción. Antes he de hablar con unas cuantas hermanas.

Claro, así podrían discurrir lo que Sheriam le diría al día siguiente.

—Chesa, sal y quédate fuera hasta que te llame, por favor —ordenó Egwene.

A pesar de que parecía estar embebida en su trabajo, ajena a todo lo demás, Chesa se incorporó de un salto y casi abandonó la tienda corriendo. Cuando las Aes Sedai sostenían una pugna de voluntades, cualquiera con dos dedos de frente se marchaba a cualquier otra parte.

—Y ahora, hija —dijo Egwene—, la verdad. Sin dejarte nada. Lo que digas será confidencial —añadió cuando Sheriam miró de soslayo a Siuan.

La Guardiana se arregló la falda un momento, más bien dio tironcitos de los pliegues, eludiendo los ojos de Egwene, y sin duda estrujándose el cerebro para encontrar explicaciones evasivas. Pero los Tres Juramentos la tenían pillada. No podía decir una sola palabra que no fuera cierta, y pensara lo que pensara de la verdadera posición de Egwene, saltarse su autoridad a su espalda distaba mucho de negarla en su cara. Hasta Romanda mantenía las formas, aunque a veces bordeando el límite.

Tras respirar hondo, Sheriam enlazó las manos sobre el regazo y empezó a hablar de manera concisa, pero con la mirada fija al frente:

—Cuando supimos que el Ajah Rojo era responsable de que Logain apareciera como un falso Dragón, nos sentimos obligadas a hacer algo.

Con ese «obligadas» sin duda se refería al reducido círculo de hermanas que se habían reunido en un frente común; Carlinya, Beonin y las demás tenían tanta influencia como la mayoría de las Asentadas, a pesar de no formar parte de la

Antecámara.

—Elaida había despachado la orden de que todas las hermanas volvieran a la Torre —prosiguió Sheriam—, de modo que escogimos a diez para que lo hicieran así, y lo más deprisa que les fuera posible. Se supone que deben de encontrarse allí desde hace bastante tiempo, asegurándose, de callada, que todas las hermanas de la Torre se enteren de la verdad, lo que las Rojas hicieron con Logain. Esto no… —Vaciló un instante y después lo soltó de un tirón—. Ni siquiera la Antecámara está enterada de la misión de estas hermanas.

Egwene se apartó mientras volvía a frotarse las sienes. Asegurándose de callada. Con la esperanza de que Elaida fuera depuesta. En realidad, no era un mal plan; puede que incluso funcionara. También podía tardar años. Claro que, para la mayoría de las hermanas, cuanto más tiempo pasara sin verse obligadas a hacer algo realmente conflictivo, mejor.

—¿Y cuál es la razón para mantenerlo en secreto a la Antecámara, Sheriam? No será porque crees que cualquiera de ellas puede informar de vuestro plan a Elaida, ¿verdad?

La mitad de las hermanas miraban con recelo a la otra mitad por miedo a las simpatizantes de Elaida. En parte.

—Madre, una hermana que opinara que lo que estamos haciendo es un error, difícilmente aceptaría ser elegida como Asentada. Cualquiera que pensara así se habría marchado hace mucho tiempo. —Sheriam no se había relajado, pero su voz adquirió el tonillo impaciente, aleccionador, que al parecer creía que causaba más efecto en Egwene. No obstante, por regla general era más proclive a cambiar de tema —. Esas sospechas son el peor problema al que nos enfrentamos por el momento. Nadie confía realmente en nadie. Si pudiéramos encontrar el modo de…

—El Ajah Negro —la interrumpió en tono sosegado Siuan—. Eso es lo que de verdad te hiela sangre como si un cazón estuviera subiéndote por debajo de la falda. ¿Quién sabe con certeza quién es Negra y lo que cualquiera de ellas podría hacer?

Sheriam asestó otra dura mirada a Siuan, pero al cabo de un momento la fuerza pareció abandonarla. O, más bien, un tipo de tensión pareció sustituir a otro. Dirigió una breve ojeada a Egwene y después asintió, renuente. A juzgar por el gesto de su boca, habría recurrido a otra evasiva si no hubiese resultado obvio que Egwene no iba a consentirlo. Ahora la mayoría de las hermanas del campamento creían en la existencia del Ajah Negro pero, después de tres mil años de haber estado negándolo, sólo pensarlo revolvía el estómago. Casi nadie se refería a ello, creyera lo que creyera.

—La cuestión, madre —prosiguió Siuan—, es qué pasará cuando la Antecámara se entere. —Parecía estar pensando otra vez en voz alta—. No veo factible que ninguna Asentada acepte que no se le podía informar de ello porque podría estar a

favor de Elaida. Y en cuanto a la posibilidad de que perteneciese al Ajah Negro… Sí, me parece que les va a molestar mucho.

Sheriam palideció ligeramente. Lo extraño era que no estuviera demudada. «Molestarse» distaba mucho de describir la reacción que tendrían. Sí, Sheriam tendría que afrontar mucho más que una actitud molesta si eso salía a la luz.

Era la ocasión de sacar partido a su ventaja, pero a Egwene se le ocurrió otra posibilidad. Si Sheriam y sus amigas habían enviado… ¿cómo llamarlas? Espías no. Quizá comadrejas, a la caza de ratas. Bien, si Sheriam había enviado comadrejas a la Torre Blanca, entonces ¿no podría…?

Una repentina e intensa punzada de dolor, que atravesó el cúmulo de sensaciones relegado a un rincón de su mente, acabó con cualquier otra idea. De haberla sentido directamente, habría resultado conmocionante. Así, indirectamente, la impresión hizo que sus ojos se desorbitaran. Un hombre capaz de encauzar estaba tocando el collar que rodeaba el cuello de Moghedien; éste era un vínculo en el que no podía participar un varón. Dolor, y algo nunca percibido en Moghedien: esperanza. Y de pronto todo desapareció: la conciencia, las emociones de la otra mujer. El collar se había soltado.

—Eh… necesito un poco de aire fresco —consiguió articular. Sheriam empezó a levantarse, así como Siuan, pero Egwene las detuvo con un gesto—. No, quiero estar sola —se apresuró a decir—. Siuan, entérate de todo lo que Sheriam sabe sobre las comadrejas. ¡Luz, quiero decir sobre las diez hermanas!

Las dos la miraban de hito en hito, pero, gracias a la Luz, ninguna la siguió cuando cogió la linterna del gancho y salió precipitadamente. Correr sería impropio de la Amyrlin, pero Egwene casi lo hizo; se remangó la falda pantalón lo mejor que pudo con la mano libre y apretó el paso al máximo. La luna brillaba en el cielo despejado, y su luz caía sobre las tiendas, haciendo resaltar las sombras. La mayoría del campamento dormía, pero algunas lumbres bajas todavía ardían aquí y allí. Un puñado de Guardianes rondaba por los alrededores, así como unos pocos sirvientes. Demasiado ojos que verían si echaba a correr, y lo que menos le interesaba en ese momento era que alguien se ofreciera a ayudarla. Se dio cuenta de que estaba jadeando, pero a causa de la ansiedad, no del esfuerzo físico.

Metió la cabeza y la linterna en la pequeña tienda de «Marigan» y la halló vacía. Las mantas que servían de yacija estaban revueltas, apartadas a un lado con prisa.

«¿Y si hubiese estado aquí todavía? —se preguntó—. ¿Con el collar quitado y tal vez con quienquiera que la haya liberado?» Estremecida por un escalofrío, se retiró lentamente. Moghedien tenía razones de sobra para detestarla, personalmente, y la única hermana que podía igualar en fuerza a la Renegada, cuando era capaz de encauzar, se encontraba en Ebou Dar. Moghedien podría haberla matado sin que nadie se diese cuenta; aun en el caso de que una hermana hubiese percibido que se estaba encauzando, no habría habido nada de raro en eso. Y, lo que era peor aún,

Moghedien podría no haberla matado. Nadie se habría enterado hasta que hubiesen descubierto la ausencia de las dos.

—Madre —reprendió Chesa a su espalda—, no deberíais salir al aire de la noche. Es malo. Si queríais algo de Marigan yo podría haberla mandado llamar.

Por poco Egwene dio un brinco de sobresalto. No se había percatado de que Chesa la había seguido. Recorrió con la mirada la gente que había junto a las lumbres más próximas. Estaban reunidos por camaradería, no por necesitar el calor del fuego con ese tiempo infernal, y tampoco se encontraban muy cerca, pero quizás alguien había visto quién había entrado en la tienda de «Marigan». Ciertamente, la mujer tenía muy pocas visitas. Y, entre ellas, ningún hombre. La presencia de un hombre allí habría llamado la atención.

—Creo que ha huido, Chesa.

—¡Vaya, qué ruindad! —exclamó Chesa—. Siempre dije que tenía un gesto en la boca de mala persona y que su mirada era furtiva. ¡Mira que escabullirse como una ladrona después de que la recogisteis! Se habría muerto de hambre en los caminos de no ser por vos ¡Qué falta de gratitud!

Siguió a Egwene de vuelta a su tienda, todo el camino charlando sobre la maldad en general y la ingratitud de «Marigan» en particular, de cómo había que tratar a gente como ella, lo que pasaba de tenerla atada en corto hasta que sentara la cabeza, a echarla antes de que decidiera escapar, intercalando entre medias que Egwene debería revisar sus joyas para asegurarse de que no le faltaba nada.

Egwene apenas si escuchó. Las ideas giraban como un torbellino en su cabeza. No podía haber sido Logain, ¿verdad? Imposible que supiera lo de Moghedien, y menos que regresara para rescatarla. ¿O sí? Esos hombres que Rand había estado reuniendo, esos Asha'man. Por todos los pueblos que pasaban corrían rumores sobre los Asha'man y la Torre Negra. La mayoría de las hermanas fingían que no las afectaba el hecho de que hubiese docenas de hombres capaces de encauzar agrupándose en un sitio —los rumores siempre tendían a exagerar— pero a Egwene se le ponían los pelos de punta cada vez que pensaba en ellos. Un Asha'man podría haberlo hecho, pero… ¿por qué?

Trataba de eludir la única conclusión razonable, algo peor que la posibilidad de que Logain hubiese regresado al campamento o de que hubiese sido un Asha'man: uno de los Renegados había liberado a Moghedien. Rahvin había muerto a manos de Rand, según Nynaeve, y también había acabado con Ishamael, al parecer. Y con Aginor y Balthamel. Moraine, por su parte, había matado a Be'lal. Eso sólo dejaba a Asmodean, Demandred y Sammael entre los Renegados varones. Sammael estaba en Illian. Nadie sabía dónde se hallaban los otros o ninguna de las Renegadas que sobrevivían. Moraine también había acabado con Lanfear, o más bien se habían matado la una a la otra, pero todas las demás seguían vivas, que se supiera. Debía

olvidar a las Renegadas. Había sido un hombre quien lo había hecho. ¿Cuál de ellos? Se habían hecho planes mucho tiempo atrás en prevención de que uno de los Renegados atacara el campamento. Ninguna de las hermanas que había allí podía equipararse a un Renegado por sí sola, pero vinculadas en círculos era diferente, y cualquier Renegado que entrara en el campamento se encontraría con esos círculos rodeándolo. O rodeándola. Una vez que se hubiese descubierto quién era, claro. Los Renegados no mostraban señales de intemporalidad en sus rasgos, por alguna razón. Quizás era un efecto de estar conectados con el Oscuro. Ellos…

Estaba divagando. Tenía que empezar a pensar con claridad.

—Chesa.

—… lo que parece que os hace falta es otro masaje en la cabeza para acabar con esa jaqueca, eso es lo que… ¿Sí, madre?

—Busca a Siuan y a Leane y diles que se reúnan conmigo. Pero que nadie te oiga.

Sonriendo, Chesa hizo una reverencia y salió a escape. Resultaba casi imposible que no se diera cuenta de las corrientes encontradas que giraban alrededor de Egwene, pero todo aquel embrollo de intrigas le resultaba divertido. Claro que sólo conocía la parte superficial, y no demasiado. Egwene no dudaba de su lealtad, pero la opinión de Chesa sobre lo que consideraba excitante podría cambiar si conociera la verdadera hondura de esos remolinos.

Tras encender las lámparas de aceite mediante el Poder, Egwene apagó de un soplido la linterna y la dejó en un rincón. Tendría que pensar con claridad, sí, pero todavía se sentía como si fuera caminando a trompicones en medio de la oscuridad.

9



Un par de cazones

Egwene estaba sentada en su sillón, uno de los pocos muebles no plegables que había en el campamento, adornado con tallas sencillas, como el mejor sillón de un granjero, y lo bastante amplio y confortable para que sólo se sintiera un poquito culpable por ocupar el valioso espacio de una carreta con él; se encontraba sentada allí, intentando ordenar sus ideas, cuando Siuan apartó la solapa de la entrada y se inclinó para entrar en la tienda. No parecía contenta.

—En nombre de la Luz, ¿por qué salisteis corriendo? —Su voz no había cambiado como su rostro, y sonaba reprobadora incluso cuando lo hacía en tono respetuoso. Apenas respetuoso. Sus azules ojos también eran los mismos de siempre; habrían podido sustituir los punzones de un guarnicionero—. Sheriam se deshizo de mí como quien se espanta de encima una mosca. —Su boca, de trazado sorprendentemente delicado, se torció en una mueca agria—. Se marchó nada más iros vos. ¿No os disteis cuenta de que se os había entregado? Se había puesto en vuestras manos, a ella, a Anaiya, a Morvrin y a todas las demás. Tened por seguro que se pasarán la noche en vela para achicar agua y poner parches a la barca. Quizá lo consigan. No veo cómo, pero podrían lograrlo.

Había terminado de pronunciar la última palabra cuando entró Leane. Era una mujer alta y cimbreña, con la cobriza tez tan juvenil como la de Siuan, y por la misma razón, aunque en realidad tenía edad suficiente para ser madre de Egwene. Leane echó un vistazo a Siuan y levantó las manos hasta donde se lo permitía el techo de la tienda.

—Madre, esto es correr un riesgo absurdo. —Los oscuros ojos pasaron de tener una expresión soñadora a otra centelleante, pero su voz tenía una cualidad lánguida incluso cuando la mujer estaba irritada. Antaño, habría sonado enérgica—. Si alguien nos ve juntas a Siuan y a mí, de este modo…

—Me importa poco si todo el campamento descubre que vuestras peleas son una pantomima —la interrumpió, cortante, Egwene, al tiempo que levantaba una pequeña barrera contra los oídos indiscretos alrededor de las tres. Con tiempo, podría salvarse,

pero no sin que se notara, no mientras siguiera manteniendo asido el tejido en lugar de atarlo.

En contra de lo dicho, sí que le importaba, y quizá no debería haber llamado a ambas a la vez, pero su primer pensamiento medio coherente había sido emplazar a las únicas dos hermanas con las que podía contar. Nadie más en el campamento se lo imaginaba. Todos sabían que la anterior Amyrlin y su Guardiana se detestaban, tanto como Siuan detestaba instruir a su sucesora. Si alguna hermana descubría la verdad, podrían acabar cumpliendo un castigo durante mucho tiempo, y no uno cualquiera —a las Aes Sedai les gustaba aún menos que a cualquier otra persona que les tomaran el pelo; hasta reyes habían tenido que pagar por eso—, pero entretanto su supuesta animosidad tenía por resultado cierta influencia sobre otras hermanas, incluidas las Asentadas, ya que si en algún momento ambas decían lo mismo, entonces tenía que ser así. Había otro efecto adicional de haber sido neutralizadas y que era muy útil, uno que nadie más sabía: los Tres Juramentos ya no tenían efectos vinculantes en ellas, de modo que ahora podían mentir como un mercader de lanas. Intrigas y enredos por todas partes. El campamento era como un pantano apestoso donde brotaban plantas extrañas ocultas en la niebla. Tal vez ocurría igual allí donde hubiera un agrupamiento de Aes Sedai como éste. Después de tres mil años de maquinaciones, por muy necesarias que fueran, no era de extrañar que para la mayoría de las hermanas el subterfugio fuera algo intrínseco, y las demás no les andaban muy a la zaga. Lo más horrible de todo es que a Egwene empezaban a gustarle todas esas maquinaciones. No por sí mismas, sino por el enredo, como los rompecabezas, aunque ningún juego de trozos de hierro retorcidos despertaría su interés ni una cuarta parte en comparación. Lo que aquello decía de sí misma, no quería saberlo. En fin, era Aes Sedai, pensaran lo que pensaran las otras, y tenía que asumir la parte negativa además de la positiva.

—Moghedien ha escapado —anunció sin preámbulos—. Un hombre le quitó el *a'dam*. Un hombre que puede encauzar. Creo que uno de los dos se llevó el collar consigo; que yo viera, no estaba en la tienda. Tal vez haya un modo de encontrarlo utilizando el brazalete; pero, si existe, yo lo ignoro.

Aquello bastó para echar abajo la actitud envarada de las otras dos. A Leane le flaquearon las piernas y se dejó caer como un saco de patatas en la banqueta que Chesa utilizaba algunas veces. Siuan tomó asiento lentamente en la yacija, con la espalda muy recta y las manos muy quietas sobre las rodillas. Incongruentemente, Egwene reparó en que el vestido azul de la mujer llevaba una greca teariana en el repulgo de la falda pantalón, con pequeñas flores blancas bordadas, y que hacía que pareciera una falda entera cuando estaba quieta. Otra greca trazaba una curva favorecedora en el corpiño. La preocupación por sus ropas, por que fuesen bonitas en lugar de sólo adecuadas, era ciertamente un pequeño cambio, por un lado,

considerando que nunca se excedía; por otro lado, resultaba tan drástico como el de su rostro. Y un enigma. A Siuan le molestaban los cambios y se resistía a ellos. Salvo ése.

Leane, por su parte, había aceptado lo que había cambiado con el estilo de una verdadera Aes Sedai. De nuevo una mujer joven —Egwene había oído por casualidad a una Amarilla exclamar con asombro que las dos estaban en plenitud, en edad fértil, según los exámenes que les había practicado— actuaba como si nunca hubiese sido la Guardiana, como si aquél fuera su rostro de siempre. La anterior imagen de sentido práctico y eficiencia había dado paso a la seductora indolencia de una mujer domani. Hasta su vestido de montar estaba cortado al estilo de su tierra natal, y, aunque de seda, era tan fino que apenas resultaba opaco y de un color verde pálido nada práctico para viajar por calzadas polvorientas. Enterada de que al haber sido neutralizada se habían roto todos los vínculos y compromisos anteriores, Leane había escogido el Ajah Verde en lugar de regresar al Azul. El cambio de Ajah nunca se había hecho antes; claro que hasta entonces ninguna mujer había sido neutralizada y después curada. Siuan había vuelto al Ajah Azul, rezongando por el absurdo requisito de «rogar y solicitar su admisión» como rezaba la fórmula establecida.

—¡Oh, Luz! —exclamó Leane mientras caía en la banqueta con mucha menos gracia de la que era habitual en ella—. Tendríamos que haberla entregado para que fuera juzgada desde el primer día. Nada de lo que hayamos aprendido de ella merece que ahora vuelva a andar suelta por el mundo. ¡Nada!

La prueba de su estado conmocionado era que manifestara lo obvio, cosa que nunca hacía. Su cerebro no se había aletargado, por mucho que lo diera a entender su comportamiento de cara a los demás. Las domani podrían ser lánguidas y seductoras, pero también se sabía que como comerciantes no había quien les ganara en astucia y perspicacia.

—¡Maldición, rayos y…! Deberíamos haberla tenido vigilada —gruñó Siuan, prietos los dientes.

Egwene enarcó las cejas. Siuan debía de estar tan trastornada como Leane.

—¿Vigilada por quién, Siuan? ¿Por Faolain? ¿Por Theodrin? Ni siquiera saben que vosotras dos formáis también parte de mi grupo. —¿Grupo? Cinco mujeres. Y Faolain y Theodrin no eran unas partidarias entusiastas, precisamente; en especial Faolain. También podía contar con Nynaeve y Elayne, desde luego. Y con Birgitte, aunque no fuera Aes Sedai. Pero las tres estaban muy lejos. La astucia y el sigilo seguían siendo sus mejores bazas; aparte de que nadie esperaría algo así de ella—. ¿Cómo habría explicado a cualquiera por qué se suponía que debían vigilar a mi criada? En realidad ¿de qué hubiera servido hacerlo? Ha tenido que ser un Renegado. ¿De verdad crees que Faolain y Theodrin juntas podrían habérselo impedido? Ni siquiera estoy segura de haber podido hacerlo yo, incluso aunque me hubiese

vinculado con Romanda y Lelaine. —Éstas eran las dos mujeres más fuertes en el Poder después de ella, tan fuertes como solía serlo Siuan.

Resultó obvio el esfuerzo de Siuan para borrar el gesto ceñudo, pero aun así no pudo menos de resoplar. Repetía muy a menudo que, ya que no podía ser Amyrlin, enseñaría a Egwene a ser la mejor Amyrlin que hubiese habido nunca, pero la transición de leona dominante a gata doméstica no era fácil. Por ello, Egwene le permitía tomarse libertades.

—Quiero que las dos preguntéis a los que estaban cerca de la tienda en la que dormía Moghedien. Alguien tiene que haber visto a ese hombre. Tuvo que venir a pie, porque corría demasiado riesgo de matarla si abría un acceso en un espacio tan reducido como el de la tienda, por pequeño que hiciese el tejido.

—¿Para qué molestarnos? —rezongó Siuan, que volvió a resoplar, más fuerte que la primera vez—. ¿Es que os proponéis ir tras ella como una necia heroína de una absurda historia de juglar y traerla de vuelta? ¿O quizá reducir de golpe a todos los Renegados? ¿O ganar la Última Batalla aprovechando que ya estáis metida en harina? Aunque diésemos una descripción precisa, de los pies a la cabeza, nadie podría distinguir a un Renegado de cualquier hombre. Nadie de aquí, en cualquier caso. ¡Esto es una mierda, peor que un asqueroso barril lleno de tripas de…!

—¡Siuan! —la interrumpió, cortante, Egwene, que se sentó más erguida en la silla. Dar un poco de cuartel estaba bien, pero sólo hasta un límite. Algo así no se lo consentía siquiera a Romanda.

El rubor tiñó poco a poco las mejillas de Siuan. Luchando para controlarse, se arregló la falda y evitó los ojos de Egwene.

—Perdonad, madre —dijo finalmente, intentando parecer sincera.

—Ha tenido un mal día, madre —intervino Leane con una sonrisa pícara; se le daba bien eso, aunque por regla general lo utilizaba para hacer que el corazón de un hombre latiera desbocado. No de un modo promiscuo, empero; tenía discernimiento y discreción de sobra para no caer en eso—. Claro que los tiene casi a diario. Debería aprender a no tirarle cosas a Gareth Bryne cada vez que se pone furiosa…

—¡Basta! —espetó Egwene. Leane sólo intentaba aliviar un poco la tensión de Siuan, pero no estaba de humor para esas tonterías—. Quiero saber todo lo que pueda descubrirse sobre quienquiera que liberó a Moghedien, incluso si era bajo o alto. Cualquier detalle nimio ayudará a que deje de ser una mera sombra deslizándose en la oscuridad. A no ser que tal cosa sea pedir más de lo que tengo derecho a pedir.

Leane permaneció en silencio, inmóvil, con los ojos fijos en las flores de la alfombra que tenía a los pies. El rubor se había extendido a todo el rostro de Siuan; considerando la palidez natural de su tez, ahora parecía una puesta de sol.

—Os… pido disculpas humildemente, madre. —Esta vez, su tono era arrepentido de verdad. Su imposibilidad de mirar a Egwene a los ojos resultaba obvia—. A veces

cuesta mucho no… No, nada de excusas. Os pido perdón.

Egwene toqueteó su estola, dejando que el momento cobrara importancia por sí mismo, y clavó la vista, sin pestañear, en Siuan. Era algo que le había enseñado la propia Siuan, pero ésta parecía haberlo olvidado, ya que al cabo de unos instantes empezó a rebullir, incómoda, en el catre. Cuando se sabía que se tenía razón, el silencio actuaba como una aguijada, y esos aguijonazos llevaban la certeza de que uno se había equivocado. El silencio era un arma muy útil en ciertas situaciones.

—Puesto que no recuerdo qué era lo que tenía que perdonar —dijo Egwene al cabo, quedamente—, entonces no parece necesario que lo haga. Pero, Siuan… Que no se repita.

—Gracias, madre. —Un atisbo de sonrisa irónica asomó a los labios de Siuan—. Si se me permite decirlo, parece que os he enseñado bien. Sin embargo, ¿podría haceros una sugerencia? —Aguardó a que Egwene asintiera con impaciencia—. Una de nosotras debería transmitir a Faolain y Theodrin vuestra orden para que sean ellas quienes hagan las preguntas, aparentando estar enfurruñadas por tener que hacer de mensajeras. No levantarán tantos comentarios como si lo hiciéramos Leane o yo. Todo el mundo sabe que sois su patrocinadora.

Egwene accedió de inmediato. Evidentemente, todavía no pensaba con claridad o, en caso contrario, habría caído en eso ella misma. Empezaba a tener jaqueca otra vez. Chesa afirmaba que era por dormir poco, pero cuando la cabeza parecía estar a punto de estallar resultaba difícil conciliar el sueño. Haría falta una cabeza mucho más grande que la suya para asimilar tantas preocupaciones sin que se tuviera la sensación de que era un odre lleno a reventar. En fin, por lo menos ahora podría compartir los secretos que habían mantenido enmascarada a Moghedien: cómo tejer disfraces con el Poder y cómo ocultar la capacidad de encauzar a otras mujeres que tenían esa habilidad. Revelar ambos trucos había entrañado un gran riesgo cuando podría haber conducido a desenmascarar a Moghedien.

«Un poco más de elogios», pensó con acritud. Había habido muchas alabanzas y palmaditas aprobadoras cuando anunció la recuperación del Talento perdido de Viajar, que al menos había sido descubrimiento suyo, y más felicitaciones posteriores con cada uno de los secretos que había extraído a Moghedien a base de mucho esfuerzo, cada vez como si le estuviera sacando una muela. No obstante, todas esas alabanzas no habían servido para que su posición mejorara lo más mínimo. Se podía aplaudir a una chiquilla con talento sin olvidar por ello que era una chiquilla.

Leane se marchó tras hacer una reverencia y un seco comentario sobre que no lamentaba que, por una vez, hubiese otras que tampoco podían dormir toda la noche. Siuan esperó; nadie debía verlas marchar juntas a Leane y a ella. Durante unos instantes Egwene se limitó a observar a la otra mujer. Ninguna de las dos habló; Siuan parecía absorta en sus pensamientos. Finalmente dio un respingo y se puso de

pie mientras se estiraba el vestido, claramente dispuesta a marcharse.

—Siuan —empezó lentamente Egwene, que de pronto no supo bien cómo continuar.

Siuan creyó saber lo que quería decirle.

—Madre, no sólo teníais razón —afirmó, mirándola a los ojos—, sino que habéis sido benévola. Demasiado indulgente, aunque yo sea la menos indicada para decirlo. Sois la Sede Amyrlin, y nadie puede mostrarse insolente o impertinente con vos. Si me hubieseis impuesto un castigo tal que hasta Romanda habría sentido pena de mí, no sería más de lo que merecía.

—Lo recordaré la próxima vez —contestó Egwene, y Siuan asintió con aparente acatamiento. Quizá lo fuera. A menos que los cambios que había experimentado resultaran más profundos de lo que cualquiera imaginaría, entonces podía darse por seguro que habría una próxima vez; y más—. Pero de lo que quería hablarte es de lord Bryne. —El semblante de Siuan se quedó vacío de toda expresión—. ¿Estás segura de que no te gustaría que… interviniera yo?

—¿Por qué iba a querer que lo hicieseis, madre? —El tono de Siuan era más desabrido que un caldo frío y sin sal—. Las únicas tareas que tengo asignadas son enseñaros la etiqueta de vuestro cargo y transmitir a Sheriam las comunicaciones de mis informadores. —Todavía conservaba parte de su anterior red informativa, aunque era dudoso que cualquiera supiera a quién iban a parar sus informaciones—. Atender a Gareth Bryne apenas me ocupa tiempo para que interfiera en mis otras obligaciones. —Casi siempre se refería a él de ese modo, e incluso cuando utilizaba su título le daba un tono mordaz.

—Siuan, un establo incendiado y unas pocas vacas no pueden costar tanto. —No si se comparaba con pagar y alimentar a todos esos soldados, desde luego. Pero ya le había ofrecido lo mismo antes, y la respuesta había sido igual de tajante.

—Os lo agradezco, madre, pero no. No le daré ocasión de decir que no he cumplido mi promesa, y juré que trabajaría para saldar la deuda. —Inesperadamente, la actitud estirada de Siuan desapareció con una carcajada, cosa poco corriente cuando hablaba sobre lord Bryne. Los gestos ceñudos eran más frecuentes—. Si alguien ha de preocuparse es él, no yo. No necesito ayuda para vérmelas con Gareth Bryne.

Y eso era lo raro del asunto. Por muy débil que fuera ahora con el Poder, no lo era tanto como para que tuviera que seguir haciendo de criada del hombre, pasando horas con los brazos metidos hasta los codos en agua caliente y jabonosa, lavando camisas y ropa interior. Tal vez lo hacía para así tener a mano alguien con quien desahogar su mal humor, que de otro modo habría tenido que mantener a raya. Fuera por la razón que fuese, lo cierto es que ese comportamiento daba mucho que hablar y confirmaba su excentricidad a los ojos de muchos; después de todo, era Aes Sedai, aunque de un

nivel muy bajo. Los métodos de lord Bryne para afrontar su mal genio —en cierta ocasión le había arrojado el peto y las botas— conseguían sacarla de sus casillas y provocaban amenazas de terribles consecuencias; pero, aunque habría podido envolverlo con el Poder hasta el punto de que le habría sido imposible mover un solo dedo, Siuan jamás abrazaba el *Saidar* cuando él estaba presente, ni para realizar las tareas ni cuando no hacerlo significaba acabar tumbada sobre sus rodillas para recibir unos azotes. Hasta ahora Siuan se las había ingeniado para que esto último no fuera del dominio público, pero se escapaban algunas cosas cuando estaba furiosa o cuando Leane quería chincharla. No parecía haber explicación. Siuan no era apocada ni estúpida, y tampoco dócil ni pusilánime. No era…

—Será mejor que te retires, Siuan. —Evidentemente, ciertos secretos no iban a revelarse esa noche—. Es tarde, y sé que quieres acostarte.

—Sí, madre. Y gracias —añadió, aunque, la verdad, Egwene no habría sabido decir por qué.

Después de que Siuan se hubo marchado, Egwene se frotó las sienes de nuevo. Necesitaba caminar, y en la tienda apenas había espacio para hacerlo; aunque fuera la más grande que había ocupada por una sola persona, sólo medía tres metros por tres, y estaba abarrotada con el catre, el sillón, la banqueta, el palanganero, un espejo de pie y tres baúles llenos de ropa. Chesa era la responsable de que estuvieran colmados, así como Romanda, Lelaine y una docena más de Asentadas. Y seguían todavía; unos cuantos regalos más de prendas interiores de seda o medias, otro vestido lo bastante suntuoso para recibir a un rey, y necesitaría un cuarto baúl. Quizá Sheriam y las Asentadas esperaban que todas esas ropas lujosas la hicieran olvidarse de todo lo demás, pero Chesa lo hacía simplemente porque pensaba que la Sede Amyrlin tenía que vestirse de acuerdo con su posición. Por lo visto, los sirvientes eran tan partidarios de guardar las formas y seguir los rituales establecidos como la propia Antecámara. Selane no tardaría en acudir; era su turno de ayudarla a desvestirse para ir a la cama, otro ritual. Sólo que, entre el dolor de cabeza y la inquietud que le impedía tener quietos los pies, todavía no se sentía en condiciones de acostarse.

Dejó las lámparas encendidas y se apresuró a salir antes de que Selane llegara. Caminar le despejaría la cabeza y quizá la cansaría lo suficiente para gozar de un sueño profundo. Conseguir quedarse dormida no representaba mayor problema —era una de las primeras cosas que las Sabias caminantes de sueños le habían enseñado—, pero conseguir descanso con ese sueño era otro asunto. Sobre todo cuando eran tantas las preocupaciones que le daban vueltas en la cabeza, empezando con Romanda, Lelaine y Sheriam, siguiendo con Rand, Elaida y Moghedien, y acabando con el tiempo y muchas otras cosas más.

Evitó la zona próxima a la tienda de Moghedien. Si hacía preguntas personalmente, sería darle demasiada importancia al hecho de que una criada hubiera

huido. La discreción se había convertido en algo innato en ella. El juego en el que participaba era peligroso y permitía pocos deslices; actuar con descuido cuando se sabía que no tenía importancia podía conducir a ser imprudente cuando sí la tenía. Peor aún, podía ocurrir que uno estuviera equivocado al juzgar lo que era importante y lo que no. «El débil ha de ser prudente hasta la exageración.» Otra máxima de Siuan; realmente se esforzaba para enseñarle, y conocía este juego muy bien.

En el campamento alumbrado por la luna seguía habiendo tan pocas personas fuera de las tiendas como antes, sólo unas cuantas repantigadas alrededor de las lumbres bajas, agotadas por las tareas nocturnas después de un día de dura marcha. Los que repararon en Egwene se incorporaron cansinamente para hacer una reverencia cuando pasaba a su lado y musitar «Que la Luz os ilumine, madre» o algo por el estilo, y, muy de vez en cuando, para pedir su bendición, que ella daba con un simple «La Luz sea con vosotros, hijos». Hombres y mujeres lo bastante mayores para ser sus abuelos volvían a sentarse sonriendo satisfechos, aunque Egwene se preguntaba qué era exactamente lo que pensaban y sabían sobre ella. De cara al mundo, todas las Aes Sedai presentaban un frente sólido, inquebrantable, incluida la servidumbre. Sin embargo, Siuan decía que si uno pensaba que un sirviente sabía el doble de lo que debería, ni siquiera imaginaba la mitad. Aun así, las reverencias y los saludos musitados la siguieron de un grupo de gente a otro, confortándola con la posibilidad de que al menos algunos no la vieran como una chiquilla que la Antecámara exhibía cuando la necesitaban.

Cuando pasaba cerca de una zona despejada, rodeada de cuerdas atadas a postes clavados en el suelo, la plateada franja luminosa de un acceso centelleó en la oscuridad mientras giraba sobre sí misma hasta abrirse. No era luz realmente, ya que no arrojaba sombras. Se detuvo a observar junto al poste que marcaba una de las esquinas. Ninguna de las personas reunidas alrededor de las lumbres se molestó siquiera en levantar la cabeza para mirar; a estas alturas ya se habían acostumbrado a ello. Alrededor de una docena o más de hermanas, el doble de sirvientes y varios Guardianes salieron por el acceso; regresaban con mensajes y jaulas de mimbre del palomar de Salidar, distante a unos ochocientos kilómetros, en línea recta, hacia el sudoeste.

Empezaron a dispersarse antes de que el acceso se hubiera cerrado, llevando sus cargas a Asentadas, a sus Ajahs, unas pocas a sus propias tiendas. La mayoría de las noches Siuan habría estado en el grupo; rara vez confiaba en nadie para recoger los mensajes destinados a ella aunque la mayor parte fueran cifrados o en código. En ocasiones daba la impresión de que había más redes informativas que Aes Sedai, aunque gran parte de ellas se habían truncado por las circunstancias. Muchos de los informadores de los Ajahs parecían estar tratando de pasar inadvertidos hasta que las «dificultades» en la Torre Blanca terminaran, y muchos de los informadores

particulares de una u otra hermana no sabían dónde se encontraba actualmente la Aes Sedai a la que servían.

Algunos de los Guardianes repararon en Egwene y le dirigieron cumplidas reverencias, con el respeto debido a la estola; las hermanas la mirarían con recelo, pero la Antecámara la había nombrado Amyrlin y eso bastaba a los Gaidin. Varios sirvientes también le hicieron reverencias. Ni una sola de las Aes Sedai que salieron del acceso y se alejaron presurosas se dignó siquiera mirar en su dirección. Quizá no la habían visto. Quizá.

En cierto sentido, que todas pudieran seguir recibiendo noticias de sus informadores era uno de los «regalos» de Moghedien. Las hermanas que poseían fuerza suficiente para crear accesos habían estado el tiempo suficiente en Salidar para conocerlo palmo a palmo. Aquellas que eran capaces de tejer un acceso de tamaño aceptable, podían Viajar casi a cualquier parte desde allí, y aparecer justo en el lugar de destino. Sin embargo, intentar Viajar a Salidar habría significado pasarse la mitad de la noche, incluso más para algunas, aprendiendo de memoria cada palmo de tierra de la nueva ubicación cada vez que acampaban. Lo que Egwene había sacado a Moghedien con gran esfuerzo era un modo de desplazarse desde un lugar que no se conocía muy bien a otro que sí se conocía. Rasar era una variante del Viaje más lenta, uno de los Talentos perdidos —ni siquiera habían oído hablar de él— de modo que incluso el nombre se le atribuyó a Egwene. Cualquiera que pudiera Viajar podía Rasar, así que todas las noches las hermanas Rasaban a Salidar para revisar los palomares en busca de aves que hubiesen regresado con mensajes y después Rasaban de regreso al campamento.

Aquello tendría que haberla complacido —las Aes Sedai rebeldes habían recuperado Talentos que la Torre Blanca creía perdidos para siempre, así como aprendido otros nuevos, y esas habilidades contribuirían a que Elaida perdiera la Sede Amyrlin antes de que todo hubiese acabado—, pero en lugar de sentirse satisfecha Egwene sentía amargura. El que la desairaran no tenía nada que ver, o al menos no mucho. Siguió caminando y las lumbres empezaron a estar más separadas entre sí hasta que finalmente las dejó atrás; a su alrededor se alzaban las oscuras formas de las carretas, muchas con cubiertas de lona tendidas sobre aros de hierro, y las tiendas reflejaban la pálida luz de la luna. Más allá, las lumbres del campamento del ejército trepaban por las colinas circundantes todo en derredor, como si el suelo estuviese sembrado de estrellas. La ausencia de noticias de Caemlyn le ponía un nudo en el estómago, pensaran lo que pensaran los demás.

El mismo día en que habían partido de Salidar había llegado un mensaje, aunque Sheriam no se había molestado en enseñárselo hasta hacía unos pocos días, y aun entonces reiterando la conveniencia de que el contenido debía mantenerse en secreto. Lo sabía la Antecámara, pero nadie más debía estar al corriente. Uno más de los

miles y miles de secretos que plagaban el campamento. Egwene estaba segura de que nunca lo habría visto si no hubiese machacado una y otra vez respecto a Rand. Recordaba todas y cada una de las palabras cuidadosamente escogidas, escritas en una letra menuda y en papel tan fino que lo raro era que la pluma no lo hubiese traspasado.

> «Ya estamos instaladas en la posada de la que hablamos, y hemos conocido al mercader de lana. Es un joven verdaderamente *excepcional*, como Nynaeve nos había contado. Aun así, se mostró cortés. Creo que le inspiramos cierto temor, lo que es positivo. Todo irá bien.
>
> »Quizás hayáis oído rumores sobre unos hombres de aquí, incluido un tipo de Saldaea. Son muy ciertos, me temo, pero no hemos visto a ninguno de ellos y los evitaremos si es posible. Si se persiguen dos liebres al tiempo, ambas se escaparán.
>
> »Verin y Alanna están aquí, con varias muchachas de la misma comarca que el mercader de lana. Intentaré enviarlas con vosotras para que se las entrene. Alanna ha entablado una relación con el mercader de lana que podría resultar útil, aunque también es perturbadora. Todo irá bien, estoy segura.
>
> »Merana.»

Sheriam hizo hincapié en las buenas noticias, como ella las consideraba. Merana, una negociadora experimentada, había llegado a Caemlyn y había sido bien recibida por Rand, el «mercader de lana». Maravillosas noticias, desde el punto de vista de Sheriam. Y Verin y Alanna traerían a las muchachas de Dos Ríos para que se convirtieran en novicias. Sheriam estaba convencida de que debían de venir por la misma calzada por la que ellos viajaban en sentido contrario y que acabarían encontrándose. Parecía pensar que Egwene estaría encantada ante la perspectiva de ver caras de gente conocida, de su comarca. Merana se encargaría de todo. Merana sabía lo que hacía.

—Eso no es más que un cubo de boñigas de vaca, todo ello —rezongó Egwene al aire nocturno. Un tipo al que le faltaban dientes y que cargaba un gran pozal de madera dio un respingo y se quedó mirándola boquiabierto, tan pasmado que olvidó hacer una reverencia.

¿Rand «cortés»? Ella había presenciado su primer encuentro con Coiren Saeldain, la emisaria de Elaida. «Autoritario» resumía fielmente su comportamiento. ¿Por qué iba a dar un trato distinto a Merana? Y Merana creía que tenía miedo y que eso estaba bien. Rand rara vez se asustaba, ni siquiera cuando tendría que hacerlo, y si ahora lo estaba Merana debería recordar que el miedo puede volver peligroso al hombre más afable, recordar que Rand era peligroso simplemente por ser quien era. ¿Y qué era eso de que Alanna había entablado una relación con él? Egwene no se fiaba

completamente de ella. De vez en cuando hacía cosas extremadamente raras, quizás empujada por su carácter impetuoso o tal vez por algún motivo más profundo. Egwene la creía perfectamente capaz de estar buscando el modo de meterse en la cama de Rand; sería arcilla en manos de una mujer como ella. Si era así, Elayne le rompería el cuello a Alanna, pero no era eso lo peor. Lo malo era que ninguna otra paloma de las que se había llevado Merana había aparecido en los palomares de Salidar.

Merana tendría que haber enviado alguna noticia, aunque sólo fuera que ella y el resto de la delegación habían viajado a Cairhien. Últimamente las Sabias le contaban poco más que Rand seguía vivo, pero parecía encontrarse allí, sentado mano sobre mano, por lo que ella había podido sacar en conclusión. Algo que debería haber despertado cierta alarma, pero Sheriam no lo veía así. Según ella, ¿quién sabía por qué un hombre hacía lo que hacía? Probablemente ni el propio hombre, en la mayoría de los casos, y cuando encima se trataba de uno que podía encauzar… El que no hubiese noticias sólo demostraba que todo iba bien; Merana habría informado si hubiese surgido alguna dificultad importante. Debía de estar de camino a Cairhien, si es que no había llegado ya allí, y no era necesario hacer más informes hasta que pudiera mandar noticia de que la empresa había tenido éxito. A decir verdad, el que Rand estuviera en Cairhien ya era un éxito en cierto modo. Una de las metas de Merana, aunque no la más importante, había sido sacarlo de Caemlyn para que Elayne pudiese regresar allí sin peligro y ocupar el Trono del León; y los peligros de Cairhien se habían disipado. Por increíble que pudiera parecer, las Sabias habían dicho que Coiren y su embajada habían abandonado la ciudad de vuelta a Tar Valon. O quizá no fuera tan increíble. Todo tenía cierto sentido, considerando cómo era Rand y considerando el modo en que las Aes Sedai hacían las cosas. Aun así, Egwene no podía evitar tener la impresión de que todo estaba… mal.

—Tengo que reunirme con él —murmuró. Una hora, y lo habría arreglado todo. En el fondo, seguía siendo Rand—. No hay más remedio. Tengo que reunirme con él.

—Eso es imposible, y lo sabéis.

Si Egwene no hubiese tenido un absoluto dominio de sí misma, habría dado un salto. Con todo, el corazón le siguió palpitando alocadamente aun después de identificar a Leane a la luz de la luna.

—Creí que eras… —dijo, antes de controlar la lengua, a punto de pronunciar el nombre de Moghedien.

La domani empezó a caminar a su lado, atenta a la aparición de cualquier otra Aes Sedai. Leane no tenía una excusa como Siuan para pasar un rato con ella. Que las viesen juntas una vez no tendría que causar problemas, pero…

«Que algo no tenga por qué pasar no siempre quiere decir que no pasará», se recordó para sus adentros. Se quitó la estola y la dobló para llevarla en una mano. A

primera vista, desde lejos, Leane podría pasar por ser una Aceptada a pesar de su vestido; muchas Aceptadas no tenían suficientes vestidos blancos para llevar uno puesto siempre. Desde lejos, también Egwene podría pasar por una de ellas. Una idea poco tranquilizadora, dicho sea de paso.

—Theodrin y Faolain están haciendo preguntas cerca de la tienda de Marigan, madre. No parecían muy complacidas. Hice un buen papel mostrándome enfurruñada por tener que transmitir mensajes, aunque esté mal que lo diga yo. Theodrin tuvo que intervenir para que Faolain no me echara una reprimenda. —La risa de Leane era queda y entrecortada. Situaciones que a Siuan le hacían rechinar los dientes, por lo general a ella la divertían. La mayoría de las otras hermanas la halagaban por lo bien que había sabido amoldarse a su nueva situación.

—Bien, bien —respondió, ausente, Egwene—. Merana tiene que haber cometido algún error, Leane, o él no seguiría en Cairhien y ella no nos tendría sin noticias.

A lo lejos, un perro aullaba a la luna, y después se le unieron otros, hasta que los hicieron callar bruscamente unos gritos que, quizá por fortuna, Egwene no entendió bien. Algunos soldados llevaban perros consigo; no había ninguno en el campamento de las Aes Sedai. Varios gatos, sí, pero no perros.

—Merana sabe lo que hace, madre. —Leane y Siuan eran de la misma opinión que Sheriam. Todas lo eran, excepto ella—. Cuando se encarga una misión a alguien, ha de confiarse en esa persona.

—Leane, ese hombre puede hacer saltar chispas de un trapo mojado. —Egwene resopló y se cruzó de brazos—. Acaba con la paciencia de cualquiera. No conozco a Merana, pero no sé de ninguna Aes Sedai cuya flema la haga tan incombustible como un trapo mojado.

—Yo sé de una o dos —rió Leane. Soltó un suspiro audible—. Pero ninguna de ellas es Merana, cierto. ¿De verdad cree él que tiene amigas en la Torre? ¿Alviarin? Supongo que eso le pondría las cosas difíciles a Merana, pero no puedo imaginar que Alviarin haga nada que ponga en peligro su puesto. Siempre ha tenido más ambición que tres mujeres juntas.

—Rand dijo que recibió una carta de ella. —Todavía podía verlo regodeándose por que Elaida y Alviarin, las dos, le hubiesen escrito misivas, antes de que ella se marchara de Cairhien—. Tal vez sus ambiciones le hagan pensar que podría sustituir a Elaida si cuenta con el respaldo de él. Es decir, si realmente la escribió, si es que existe esa carta. Rand se cree muy listo, Leane, y puede que lo sea, pero está convencido de que no necesita a nadie.

Rand seguiría pensando que podía manejarlo todo él solo justo hasta que algo le estallara en la cara.

—Lo conozco muy bien, Leane —continuó—. Además, parece que estar cerca de las Sabias lo ha contagiado, o tal vez sea él quien las ha contagiado a ellas. Piensen lo

que piensen las Asentadas, lo que penséis cualquiera de vosotras, un chal de Aes Sedai le impresiona tan poco como a las Sabias. Antes o después hará algo que exasperará a una hermana hasta el punto de empujarla a hacer algo al respecto, o una de ellas lo sacará de quicio a él sin comprender lo fuerte que es y el genio vivo que tiene ahora. Después de eso, no habría vuelta atrás. Soy la única que puede tratar con él sin que estalle un conflicto. La única.

—Imposible que sea tan… irritante como esas Aiel —masculló Leane. Ni siquiera ella veía el lado divertido de sus experiencias con las Sabias—. Pero eso da igual. «La Sede Amyrlin, al ser la representación de la propia Torre Blanca…»

Un par de mujeres aparecieron entre las tiendas, al frente, caminando despacio mientras hablaban. La distancia y las sombras hacían irreconocibles sus rostros, pero aun así era obvio que se trataba de Aes Sedai por su actitud, la seguridad de que nada oculto en la oscuridad podría hacerles daño. Ninguna Aceptada que estuviese a punto de recibir el chal podría traslucir tanta confianza en sí misma. Una reina con un ejército respaldándola tampoco. Se dirigían hacia ellas. Leane giró rápidamente entre dos carretas, donde las sombras eran más densas.

Fruncido el ceño por la frustración, Egwene estuvo a punto de sacarla de un tirón y seguir caminando. Que saliera todo a la luz de una vez. Se plantaría delante de la Antecámara y les diría que ya iba siendo hora de que se dieran cuenta de que la estola de la Amyrlin era algo más que un bonito chal. Les diría… Se metió entre las carretas detrás de Leane y le hizo señas para que la siguiera. Lo que no debía hacer en ningún momento era echarlo todo a rodar por un ataque de despecho.

Una sola ley de la Torre limitaba específicamente el poder de la Sede Amyrlin. Un montón de costumbres irritantes y un barril lleno de reglas inoportunas, pero una sola ley; sin embargo, no podría haber sido peor para su propósito. «La Sede Amyrlin, al ser la representación de la propia Torre Blanca, del mismo corazón de la Torre Blanca, no debe ponerse en peligro sin haber una necesidad extrema. En consecuencia, a menos que la Torre Blanca esté en guerra por declaración de la Antecámara de la Torre, la Sede Amyrlin deberá obtener el consentimiento de las Asentadas antes de ponerse deliberadamente en cualquier peligro, y deberá acatar lo que se decida por consenso plenario.» Egwene ignoraba qué acción impulsiva de una Amyrlin había dado pie para que esa ley se hubiese promulgado, pero existía desde hacía más de dos mil años. Para la mayoría de las Aes Sedai, una ley tan antigua alcanzaba un halo sagrado; cambiarla era impensable.

Romanda le había citado esa… maldita ley como si estuviese dando clase a una imbécil. Si no se podía permitir a la heredera del trono de Andor acercarse a cien kilómetros del Dragón Renacido, qué precauciones no se tomarían en el caso de la Sede Amyrlin. Lelaine lo había dicho en un tono casi pesaroso, seguramente porque no tenía más remedio que coincidir con Romanda. Estar de acuerdo era motivo de

sobra para que ambas pusieran gesto avinagrado. Sin la aprobación de esas dos no habría consenso simple, cuanto menos plenario. ¡Luz, pero si hasta la famosa declaración de guerra sólo requería el consenso simple! De modo que, si no podía obtener permiso… Leane carraspeó.

—No podríais hacer mucho si vais de incógnito, madre, y la Antecámara acabaría descubriéndolo antes o después. Y me parece que luego os sería muy difícil disponer de una hora de soledad. No quiero decir que se atrevieran a poneros una guardia de vigilancia exactamente, pero siempre hay modos. Puedo citar ejemplos de… ciertas fuentes. —Nunca mencionaba los informes secretos a menos que estuviesen protegidas por una salvaguarda.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Egwene al cabo de un momento.

Estaban rodeadas de carretas, y debajo de los vehículos se advertían las oscuras formas de los dormidos conductores, mozos y todo el resto del personal que se necesitaba para mantener tantas carretas en movimiento. Era extraordinario los muchos vehículos que se precisaban para trescientas Aes Sedai, habida cuenta del reducido número que accedía a montar en alguno de los transportes un corto trecho. Pero había tiendas, muebles, víveres y un millar de cosas más que se necesitaban para las hermanas y quienes les servían. Allí, los ruidos más altos eran los ronquidos, cual un coro de ranas.

—No, madre. —Leane rió quedamente—. Sólo me planteé qué haría yo en vuestro lugar. Pero es bien sabido que he perdido todo sentido de mesura y buen juicio; no soy un ejemplo que la Sede Amyrlin pueda seguir, ni mucho menos. Creo que debéis dejar que el joven maese al'Thor actúe siguiendo su criterio, al menos durante un tiempo, mientras vos desplumáis la gallina que tenéis en las manos.

—Su criterio puede conducirnos a todos a la Fosa de la Perdición —rezongó Egwene, pero sabía que no era argumento de peso. Tenía que haber una forma de desplumar la gallina y a la vez impedir que Rand cometiera errores peligrosos, pero no se le ocurría cómo. Ranas no: esos ronquidos sonaban como un centenar de sierras cortando troncos llenos de nudos—. Éste no es un sitio muy adecuado para dar un paseo y relajarse. Creo que regresaré a la tienda y me acostaré.

—En ese caso, madre —dijo Leane, ladeando la cabeza—, si me disculpáis… Hay un hombre en el campamento de lord Bryne que… Después de todo, ¿cuándo ha habido una Verde sin un Guardián como mínimo?

A juzgar por el repentino entusiasmo que traslucía su voz, habríase dicho que se dirigía a reunirse con un amante. Claro que, considerando lo que Egwene había oído sobre las Verdes, tal vez no había mucha diferencia.

De vuelta entre las tiendas, observó que todas las lumbres se habían apagado ya echándoles tierra; nadie corría riesgos con el fuego cuando la campiña estaba seca como yesca. Unos cuantos hilillos de humo se elevaban perezosamente a la luz de la

luna, allí donde aún no se habían apagado del todo. Dentro de una tienda, un hombre murmuró algo entre sueños, y aquí y allí sonaba una tos o un ronquido, pero por lo demás el silencio reinaba en el campamento. Por ello Egwene se sorprendió cuando alguien salió de las sombras delante de ella, y más teniendo en cuenta que esa persona llevaba el sencillo vestido blanco de una novicia.

—Madre, tengo que hablar con vos.

—¿Nicola?

Egwene se había propuesto conocer por su nombre a todas las novicias, tarea harto difícil considerando que las hermanas andaban a la caza de muchachas y mujeres jóvenes que podían aprehender por dondequiera que pasara el ejército. Aún no estaba bien vista la búsqueda activa —la costumbre era esperar a que la chica lo pidiera y, lo mejor, esperar a que acudiera a la Torre— pero en la actualidad había un número diez veces superior de novicias preparándose en el campamento de las que había habido en la Torre Blanca desde hacía años. Sin embargo, Nicola era una que había que tener en cuenta y, además, Egwene había advertido que la joven la miraba fijamente muy a menudo.

—A Tiana no le gustaría si descubre que estás levantada tan tarde.

Tiana Noselle era la Maestra de las Novicias, y de todas era conocido que podía contarse con su hombro para llorar en él cuando una novicia lo necesitaba, pero también su postura inflexible en lo tocante a las reglas. La otra mujer rebulló como si se dispusiera a alejarse apresuradamente, pero después se irguió con resolución. El sudor brillaba en sus mejillas; la temperatura nocturna era más baja que durante las horas de luz, pero no al punto de considerarse fresca, y el sencillo truco para que el frío o el calor no afectara era una prerrogativa que iba unida al chal.

—Sé que se supone que he de acudir a Tiana Sedai y pedirle permiso para veros, madre, pero nunca permitiría que una novicia se acercara a la Sede Amyrlin.

—¿De qué se trata, pequeña? —preguntó Egwene. La mujer tenía seis o siete años más que ella, pero ése era el modo correcto de dirigirse a una novicia.

Nicola se toqueteó la falda y se acercó un paso. Sus grandes ojos buscaron los de Egwene quizá de un modo más directo de lo que debería una novicia.

—Madre, quiero avanzar lo más deprisa posible. —Sus dedos aferraban la falda crispados, pero su voz denotaba una firmeza y una seguridad en sí misma más acordes con una Aes Sedai—. No diré que están frenándome, pero estoy convencida de que puedo llegar a ser más fuerte de lo que dicen ellas. Sé que puedo. A vos nunca os pusieron cortapisas, madre. Nadie ha acumulado fuerza con tanta rapidez como vos. Sólo pido la misma oportunidad.

Un movimiento en las sombras detrás de Nicola puso al descubierto a otra mujer de rostro sudoroso, ésta vestida con chaqueta corta y pantalones amplios, y sosteniendo un arco en la mano. El cabello le llegaba a la cintura, peinado en una

trenza compleja en la que se entretejían seis cintas; calzaba botas bajas, con tacones.

Nicola Sotomonte y Areina Nermasiv formaban una extraña pareja de amigas. Como muchas de las novicias de más edad —ahora se sometía a prueba a mujeres con casi diez años más que Egwene, aunque muchas hermanas rezongaban que les sobraban esos diez años para que aceptaran bien la disciplina de las novicias—, como muchas de esas mujeres mayores, Nicola albergaba un ardiente deseo de aprender, según todos los informes, y poseía un potencial que sólo superaban Nynaeve, Elayne y la propia Egwene entre las Aes Sedai vivas. De hecho, por lo visto Nicola estaba avanzando a pasos agigantados, en ocasiones tan exagerados que sus maestras tenían que frenarla. Algunas manifestaban que había empezado a manejar tejidos como si los conociese de antemano. Y no sólo eso, sino que ya había demostrado poseer dos Talentos, aunque el de «ver» *ta'veren* era uno menor, mientras que el Talento superior, la Predicción, surgía de un modo que nadie entendía lo que había vaticinado. Ella misma ni siquiera recordaba una sola palabra de lo que había dicho. En resumen, Nicola ya estaba considerada por las hermanas como alguien a quien había que tener en cuenta a pesar de su tardío comienzo. La aprobación dada a regañadientes para someter a la prueba a mujeres mayores de diecisiete o dieciocho años, probablemente quedaría justificada de sobra gracias a Nicola.

Areina, por otro lado, era una cazadora del Cuerno que caminaba con tanta arrogancia como un hombre y gustaba de sentarse en corrillos para charlas de aventuras, de las que no había vivido y de las que le gustaría vivir, cuando no estaba practicando con el arco. Casi con toda seguridad había escogido ese tipo de arma y el estilo de vestir en imitación a Birgitte. Ciertamente no demostraba sentir interés en otra cosa aparte del arco, y alguno que otro coqueteo, esto último con un estilo un tanto descarado, aunque no últimamente. Quizá pasar largas jornadas viajando por la calzada la dejaba demasiado cansada para eso, aunque no para la práctica con el arco. Egwene no entendía por qué seguía viajando con ellos; no parecía muy probable que Areina creyese que el Cuerno de Valere fuera a aparecer durante la marcha, y era de todo punto imposible que supiera que ese legendario objeto se encontraba oculto en la Torre Blanca. Muy pocas personas lo sabían. Egwene dudaba que ni siquiera Elaida lo supiera.

Areina le parecía una afectada necia, pero Egwene sentía cierta simpatía por Nicola. Comprendía el descontento de la mujer, su deseo de saber todo ya. A ella le había ocurrido lo mismo. Quizá le seguía pasando.

—Nicola —empezó afablemente—, todos tenemos límites. Yo nunca igualaré a Nynaeve Sedai, por ejemplo, haga lo que haga.

—Pero si al menos se me diera la oportunidad, madre. —Nicola unió las manos en un ademán de súplica, y también su voz dejaba entrever lo mismo, pero sus ojos seguían prendidos en los de Egwene sin vacilación—. La que vos tuvisteis.

—Lo que yo hice, porque no tenía otra opción, porque ignoraba los riesgos, se llama compeler, Nicola, y es peligroso. —No había oído el término con ese significado hasta que Siuan se disculpó por hacérselo a ella; en aquella ocasión Siuan sí que parecía realmente arrepentida—. Sabes que si intentas encauzar más *Saidar* de lo que estás preparada para manejar te arriesgas a sufrir la consunción antes de haber desarrollado plenamente tu potencial. Más vale que aprendas a ser paciente. En cualquier caso, las hermanas no te permitirán ascender a más hasta que estés preparada.

—Vinimos a Salidar en el mismo barco fluvial que Nynaeve y Elayne —intervino de improviso Areina. Su mirada era más que directa; era desafiante—. Y con Birgitte. —Por alguna razón, pronunció ese nombre con amargura.

—No es necesario sacar eso a colación —la atajó Nicola al tiempo que gesticulaba para hacerla callar. Cosa curiosa, por su tono cualquiera habría pensado que no sentía lo que decía.

Confiando en mantener una expresión al menos tan impasible como la de Nicola, Egwene procuró disipar una repentina inquietud. «Marigan» había llegado a Salidar también en ese barco. Un búho ululó, y Egwene sufrió un escalofrío. Había gente que creía que oír ulular a un búho a la luz de la luna significaba que se recibirían malas noticias. No era supersticiosa, pero…

—Que no es necesario sacar a colación ¿qué? —inquirió.

Las otras dos mujeres intercambiaron miradas, y Areina asintió.

—Fue durante la marcha desde el río al pueblo. —A pesar de su supuesta renuencia a hablar de ello, Nicola clavó la mirada en los ojos de Egwene—. Areina y yo oímos hablar a Thom Merrilin y a Juilin Sandar. Él juglar y el rastreador, ¿recordáis? Juilin dijo que si había Aes Sedai en el pueblo, lo que por entonces no sabíamos con seguridad, y se enteraban de que Nynaeve y Elayne habían fingido ser Aes Sedai, entonces nos habríamos metido todos en un banco de cazones, lo que colijo no sería muy seguro.

—El juglar nos vio y lo hizo callar —intervino Areina mientras toqueteaba la aljaba colgada a la cintura—. Pero lo oímos. —Su voz era tan dura como su mirada.

—Sé que ambas son Aes Sedai ahora, madre; pero, aun así, ¿no tendrían problemas todavía si alguien lo descubriera? Me refiero a las hermanas. Cualquiera que se hubiese hecho pasar por Aes Sedai tendría problemas si lo descubren, incluso años después. —El semblante de Nicola no cambió, pero de repente su mirada pareció querer trabar la de Egwene. Se inclinó ligeramente hacia adelante—. Cualquiera. ¿No es así?

Envalentonada por el silencio de Egwene, Nicola sonrió. Una mueca desagradable en la noche.

—Me he enterado de que Nynaeve y Elayne salieron de la Torre con alguna

misión encomendada por esa mujer, Sanche, cuando todavía era Amyrlin. También sé que a vos os mandó con otra misión al mismo tiempo. Y que tuvisteis un montón de problemas a vuestro regreso. —Un timbre de astuta insinuación impregnaba su voz —. ¿Las recordáis jugando a Aes Sedai?

Las dos la miraron intensamente, Areina apoyada en el arco con actitud insolente, y Nicola con tal expectación que casi saltaban chispas en el aire.

—Siuan Sanche es Aes Sedai —dijo fríamente Egwene—, como lo son Nynaeve al'Meara y Elayne Trakand, por lo que les mostraréis el respeto debido. Para vosotras, son Siuan Sedai, Nynaeve Sedai y Elayne Sedai.

La pareja parpadeó sorprendida. A pesar de su compostura impasible, Egwene sentía revuelto el estómago. De rabia. Después de todo por lo que había pasado esa noche ¿iba a tener que aguantar el chantaje de estas…? No se le ocurría un epíteto lo bastante malo. Elayne sí lo habría encontrado; la heredera del trono escuchaba a mozos de cuadra, conductores de carretas y gentes por el estilo, y memorizaba palabrotas que tendría que haber rehusado oír. Desdobló la estola de rayas y se la puso con deliberada lentitud.

—Creo que no lo entendéis, madre —se apresuró a decir Nicola. Pero sin atisbo de temor, sin embargo; simplemente tratando de dar fuerza a su argumentación—. Sólo me preocupaba que si alguien descubría que vos habíais…

Egwene no le dio oportunidad de seguir hablando.

—Oh, ya lo creo que lo entiendo, pequeña.

Esa necia mujer era una chiquilla por muchos años que tuviera. Había otras novicias mayores que daban problemas, generalmente insolentándose con Aceptadas que tenían la tarea de instruirlas, pero hasta la más estúpida tenía suficiente sentido común para no mostrarse impertinente con las hermanas. Que esa mujer tuviera la desfachatez de intentarlo con ella, la Amyrlin, avivó su ira hasta lo indecible. Las dos eran más altas que ella, aunque no por mucho, pero se puso en jarras y pareció crecerse al mismo tiempo que la pareja parecía menguar en la misma proporción.

—¿Tienes la menor idea de lo grave que es presentar cargos contra una hermana, sobre todo viniendo de una novicia? —espetó—. Cargos basados en una conversación que afirmas haber oído mantener entre unos hombres que están ahora a miles de kilómetros de distancia. Tiana te desollará viva y te pondrá a fregar ollas el resto de tu vida.

Nicola seguía tratando de decir algo —esta vez parecían disculpas, y más protestas que Egwene no entendía, un intento frenético de cambiarlo todo— pero Egwene hizo caso omiso de ella y se volvió hacia Areina. La cazadora del Cuerno retrocedió otro paso mientras se lamía los labios, sintiéndose al parecer muy insegura.

—Y tú no creas que escaparías sin un escarmiento. Hasta una cazadora del Cuerno puede ser enviada ante Tiana por un asunto así. Eso si eres lo bastante

afortunada para que no te mande azotar atada a la rueda de un carro, como hacen con los soldados a los que sorprenden robando. En cualquier caso, después serías arrojada a la cuneta de la calzada, sin más compañía que los verdugones de tu cuerpo.

Tras inhalar hondo, Egwene enlazó las manos; así no le temblarían. Acobardadas a más no poder, las dos mujeres parecían suficientemente escarmentadas. Confiaba en que los ojos agachados, los hombros hundidos y el rebullir de los pies no fueran gestos fingidos. Debería, según las reglas, enviarlas ante Tiana en ese mismo momento. Ignoraba qué castigo merecía un intento de chantaje a la Sede Amyrlin, pero seguramente la expulsión del campamento sería lo mínimo. En el caso de Nicola, la expulsión tendría que esperar hasta que sus maestras estuviesen satisfechas respecto a que sabía lo suficiente sobre encauzar para no hacerse daño a sí misma ni a otros por accidente. Pero una vez que se le imputara ese cargo, Nicola Sotomonte nunca sería Aes Sedai; y todo su potencial se perdería sin remedio.

Excepto… Cualquier mujer a la que sorprendieran fingiendo ser Aes Sedai recibiría tal correctivo que seguiría llorando años después, y, si era una Aceptada, sin duda consideraría afortunada a esa otra mujer; no obstante, Nynaeve y Elayne estaban a salvo ahora que realmente eran hermanas. Y ella misma también. Sólo que no haría falta nada más que un susurro sobre todo eso para acabar con cualquier oportunidad de que consiguiera que la Antecámara la reconociera verdaderamente como la Sede Amyrlin. Igual que si se presentaba ante Rand y después se lo contaba a las Asentadas. Por nada del mundo podía dejar que esas dos advirtiesen duda alguna en ella, ni siquiera que lo sospecharan.

—Olvidaré esto —manifestó en tono cortante—. Pero si vuelvo a oír aunque sólo sea un comentario de pasada respecto a ese asunto, de cualquier persona… —Respiró entrecortadamente; si oía «gritos» sobre ello, seguramente poco podría hacer al respecto. Empero, por el modo en que las dos mujeres saltaron, en la frase inacabada entendieron una amenaza lo bastante temible para calar hondo—. Id a acostaros antes de que cambie de opinión.

En un instante la pareja se deshizo en reverencias al tiempo que balbucían «Sí, madre», «No, madre», «Como ordenéis, madre». Después se escabulleron echando ojeadas hacia atrás, cada paso más rápido que el anterior, hasta que rompieron a correr. Egwene no tenía más remedio que caminar reposadamente, pero también habría querido salir corriendo.

10



Ojos ocultos

Selane la estaba esperando cuando Egwene regresó a su tienda; era una mujer muy delgada, fibrosa, con la oscura tez teariana y una seguridad en sí misma casi insolente. Chesa no se equivocaba; tenía aire engreído, con aquel gesto de echar la cabeza atrás como si evitara un mal olor. Empero, si su actitud hacia las otras doncellas era arrogante, ante su señora se mostraba totalmente diferente. Cuando Egwene entró, Selane se dobló en una reverencia tan exagerada que por poco toca el suelo con la cabeza, en tanto que el vuelo de su falda se extendía todo lo que permitía el reducido espacio de la tienda. Antes de que Egwene hubiese dado el segundo paso hacia el interior, la mujer ya se había incorporado prestamente y empezó a desabrocharle los botones con muchos aspavientos. Y también alborotando por ella. Selane tenía muy poco seso.

—Oh, madre, salisteis sin cubriros la cabeza otra vez.

Como si en alguna ocasión se hubiese puesto alguno de esos casquetes de cuentas o perlas que eran los favoritos de la mujer, o los gorros de terciopelo bordado que prefería Meri, o los sombreros con plumas por los que Chesa mostraba predilección.

—Vaya, pero si estáis temblando —continuó Selane—. Nunca debéis salir sin un chal o un parasol, madre.

¿Qué tendría que ver un parasol con que estuviera temblando? Pese a que el sudor le corría por la cara por muy rápido que se lo enjugara con un pañuelo, a Selane ni siquiera se le ocurrió preguntar por qué temblaba; lo que en el fondo era mejor.

—Y os fuisteis sola —siguió parloteando—. No es apropiado, madre. Además, están esos soldados, unos hombres groseros sin el menor respeto por cualquier mujer, ni siquiera Aes Sedai. Madre, no debéis…

Egwene dejó que el tonto charloteo le resbalara del mismo modo que dejó que la mujer la desvistiera, consciente sólo a medias de lo que hacía. Ordenarle que se callara sólo daría pie a tantas miradas dolidas y tal cantidad de suspiros exagerados que al final sería igual de molesto. Salvo por esa cháchara tonta, Selane realizaba sus tareas diligentemente, aunque con tantas florituras que se convertía en un baile de gestos ostentosos y reverencias obsequiosas. Parecía imposible que alguien pudiera

ser tan estúpido como Selane, siempre preocupada por las apariencias, siempre pendiente de lo que la gente diría. Para ella, en el concepto de «gente» entraban las Aes Sedai y la nobleza, así como sus sirvientes de más categoría. A su modo de ver, nadie más contaba; quizá ni siquiera eran personas. Ese modo de ser parecía increíble. Además, Egwene no pensaba echar en olvido quién había encontrado a Selane, para empezar; como tampoco quién había encontrado a Meri. Cierto, Chesa estaba a su servicio por mediación de Sheriam, pero Chesa había demostrado su lealtad a Egwene en más de una ocasión.

Egwene quería convencerse de que los estremecimientos que la otra mujer tomaba por temblores eran producto de la rabia, pero sabía que en sus entrañas se retorcía la larva del miedo. Había llegado demasiado lejos —y aún le quedaba mucho por hacer— para permitir que Nicola y Areina metieran un palo entre los radios de las ruedas.

Cuando sacaba la cabeza por el cuello de un camisón limpio, reparó en algo del parloteo de la delgaducha mujer y la miró fijamente.

—¿Has dicho algo de leche de oveja?

—Oh, sí, madre. Tenéis una piel tan suave… Nada la conservaría mejor así que bañaros en leche de oveja.

Tal vez era realmente así de tonta. Despidiendo a Selane a pesar de sus protestas, Egwene se cepilló el pelo, abrió su cama y metió el ahora inútil brazalete del *a'dam* en un pequeño cofre de marfil en el que guardaba sus escasas joyas, para finalmente apagar las lámparas.

«Y lo he hecho todo yo sola, sin ayuda de nadie —pensó, sarcástica, en la oscuridad—. A Selane y a Meri les dará un ataque de histeria.»

Antes de acostarse, sin embargo, se acercó, descalza, hasta la entrada y abrió una rendija en las solapas de la tienda. Fuera todo era quietud y silencio bajo la luz de la luna, rotos sólo por la llamada de una garza nocturna, que de repente se convirtió en un chillido. Había cazadores en la oscuridad. Al cabo de un momento, algo se movió en las sombras arrojadas por una tienda que había al otro lado. Parecía una mujer.

Quizá la estupidez no descalificaba a Selane como espía, del mismo modo que tampoco lo hacía con Meri su expresión melancólica. Podía ser cualquiera de las dos. O cualquier otra persona. Incluso Nicola o Areina, por improbable que pudiera parecer. Egwene soltó la lona de la entrada, sonriendo. Quienquiera que fuese la observadora, no vería adónde iba esa noche.

El método que las Sabias le habían enseñado para quedarse dormida era sencillo. Cerrar los ojos, sentir cómo se relajaba todo su cuerpo palmo a palmo, respirar al ritmo de los latidos del corazón, dejar la mente en blanco, sin pensar en nada, y dejarse llevar; dejarse llevar excepto un rinconcito de su ser. El sueño la venció en cuestión de segundos, pero era el de una caminante de sueños.

Incorpórea, flotó en un vasto océano de estrellas, infinitos puntos luminosos brillando en el infinito mar de oscuridad, luciérnagas incontables titilando en una noche ilimitada. Eran sueños, los de todas las personas dormidas en cualquier parte del mundo, quizá de todos los mundos posibles, y eso era la brecha entre la realidad y el *Tel'aran'rhiod,* el espacio que separaba el mundo de vigilia del Mundo de los Sueños. Allí donde mirara, diez mil luciérnagas desaparecían cuando la gente despertaba, y diez mil nuevas nacían para ocupar su lugar. Un vasto y siempre cambiante despliegue de belleza titilante.

No perdió tiempo admirando la vista, sin embargo. Ese lugar albergaba peligros, algunos mortales. Estaba segura de saber cómo evitar estos últimos, pero uno de los existentes en ese lugar apuntaba directamente a ella si se demoraba excesivamente, y ser sorprendida en él resultaría, cuando menos, embarazoso. Manteniéndose ojo avizor —es decir, lo habría hecho así si allí tuviese ojos— se desplazó. No tuvo la impresión de moverse; más bien fue como si ella permaneciera quieta y aquel océano resplandeciente girara a su alrededor hasta que una luz en particular se detuvo ante ella. Todas las titilantes estrellas parecían iguales unas a otras, pero Egwene sabía que ése era el sueño de Nynaeve. Cómo lo sabía, eso era harina de otro costal; ni siquiera las Sabias comprendían qué originaba tal conocimiento.

Egwene se había planteado intentar buscar el sueño de Nicola y el de Areina. Una vez que los reconociera, sabía exactamente cómo meterles el miedo de la Luz hasta el tuétano, y le importaba un bledo que estuviese vedado hacerlo. El miedo a lo prohibido nunca la habría llevado hasta allí. Había hecho cosas que nunca se habían intentado, y no le cabía duda alguna de que volvería a actuar igual si fuese necesario. «Haz lo que debes y después paga por ello», le habían enseñado las mismas mujeres que después habían marcado esas zonas vetadas. Era el rechazo a admitir la deuda, la negativa a pagar el precio, lo que a menudo transformaba la necesidad en maldad. Pero, aun cuando esa pareja estuviera dormida, localizar el sueño de alguien en particular por primera vez era, en el mejor de los casos, una tarea ardua, sin garantías de éxito. Días —más bien noches— de esfuerzo podían acabar siendo infructuosos. Eso, al menos, era seguro. En consecuencia, había desechado la idea.

Se aproximó lentamente a través de la eterna oscuridad, aunque, de nuevo, dio la impresión de que ella permanecía quieta y era el punto de luz el que se iba haciendo más y más grande; primero, una perla brillante, después, una manzana iridiscente, luego, una luna llena, hasta que por último llenó todo su campo visual, todo el mundo, con su brillantez. No obstante, no lo tocó; todavía no. Un espacio más fino que un cabello permanecía entre medias. Muy, muy suavemente, buscó contacto con el brillo; careciendo como carecía de cuerpo, con eso ocurría igual que con lo de distinguir un sueño de otro: que no tenía explicación. Era su voluntad, según las Sabias, pero seguía sin comprender cómo era posible. Como si acercara un dedo a

una burbuja de jabón, rozó el sueño con infinita delicadeza. La reluciente pared resplandecía como vidrio, latía como un corazón, delicada, pero viva. Un roce algo más firme, y podría «ver» dentro, «ver» lo que Nynaeve estaba soñando. Otro aún más firme, y de hecho podría entrar y ser parte del sueño. Aquello entrañaba peligro, sobre todo con alguien de mente fuerte; pero en cualquier caso mirar o entrar en él podía resultar embarazoso, por ejemplo, si la soñadora estaba soñando con un hombre por el que tenía particular interés. Cuando ocurría eso, uno podía pasarse media noche ofreciendo disculpas. También había otra posibilidad: con una especie de tirón suave, como quien hace rodar una delicada cuenta sobre el tablero de una mesa, sacar del sueño a Nynaeve y llevarla a otro de su propia creación, una parte del propio *Tel'aran'rhiod*, donde la tendría totalmente bajo su control. Tenía la certeza de que eso funcionaría. Ni que decir tiene que ésa era una de las cosas prohibidas, y dudaba mucho que a su amiga le hiciera gracia.

«Nynaeve, soy Egwene. No vuelvas, por ninguna circunstancia, hasta que encuentres el cuenco, ni hasta que pueda arreglar un problema con Areina y Nicola. Saben que estabas haciéndote pasar por Aes Sedai. Te lo explicaré mejor cuando te vea la próxima vez en la torre pequeña. Ten cuidado. Moghedien ha escapado.»

El sueño parpadeó y desapareció, la burbuja de jabón se pinchó. A pesar del contenido del mensaje, Egwene se habría echado a reír si hubiese tenido garganta. Una voz incorpórea en el propio sueño podía causar un sobresalto, sobre todo si uno tenía miedo de que el dueño de la voz estuviera husmeando. Nynaeve no era de las que olvidaban aun cuando ocurriera por accidente.

El mar cuajado de lucecitas giró a su alrededor de nuevo hasta que Egwene se detuvo frente a otro punto luminoso: Elayne. Las dos mujeres seguramente estaban durmiendo a menos de diez metros la una de la otra en Ebou Dar, pero las distancias no tenían ningún significado aquí. O quizá lo tenían, pero distinto.

Esta vez, cuando dio su mensaje, el sueño palpitó y cambió. Aparentemente seguía siendo el mismo, pero a pesar de ello para Egwene sufrió una transformación. ¿Sus palabras habrían empujado a Elayne a otro sueño? Permanecerían, sin embargo, y las recordaría al despertar.

Ahora que había mojado un poco más las cuerdas de los arcos de Nicola y Areina, evitando que los utilizaran de inmediato, era el momento de dedicar su atención a Rand. Por desgracia, encontrar sus sueños sería tan inútil como hallar el de una Aes Sedai. Rand los escudaba de algún modo, al igual que hacían ellas, aunque aparentemente el escudo de un hombre difería del de una mujer. El escudo de una Aes Sedai semejaba un caparazón cristalino, aunque por su resistencia podría ser de acero. Egwene había perdido la cuenta de las muchas e infructuosas horas que había desperdiciado intentando mirar dentro del de Rand. Mientras que el sueño escudado de una hermana parecía incrementar el brillo al cerrarse a su escrutinio, el de Rand se

empañaba. Era como tratar de ver a través de agua cenagosa; a veces se tenía la impresión de que algo se había movido en lo más hondo de aquellos remolinos parduscos, pero nunca se distinguía qué era.

El despliegue de puntos luminosos volvió a girar y a detenerse, y Egwene se aproximó al sueño de otra mujer. Con gran cautela. Eran tantas las cosas que las unían a Amys y a ella que se parecía mucho a escudriñar el sueño de su madre. A decir verdad, tenía que admitirlo, deseaba emular a Amys en muchos sentidos. Deseaba ganarse el respeto de la Sabia tanto como el de la Antecámara. Quizá, si tuviese que elegir, escogería el de Amys. Ciertamente no había una sola Asentada a quien apreciara tanto como a la Sabia. Desechando una repentina falta de seguridad en sí misma, Egwene trató de dar a su «voz» un tono más suave, pero fue en vano.

«Amys, soy Egwene. He de hablar contigo.»

Iremos, murmuró una voz en respuesta. La voz de Amys.

Sobresaltada, Egwene retrocedió. Sintió ganas de reírse de sí misma. Tal vez era conveniente que se le recordara que las Sabias tenían muchos más años de experiencia en esto. Había ocasiones en que Egwene temía haberse dormido en los laureles, haberse vuelto demasiado cómoda, en lugar de trabajar con más ahínco sus habilidades con el Poder Único. Claro que, como para compensarlo, a veces todo lo demás le exigía un esfuerzo equiparable a intentar escalar un risco bajo la tormenta.

De pronto captó un movimiento justo al límite de su campo visual. Uno de aquellos puntos de luz se deslizaba por el mar de estrellas, aproximándose al suyo por voluntad propia, aumentando de tamaño. Sólo había un sueño que pudiera hacer tal cosa, el de una sola persona. Presa del pánico, huyó, deseando haber tenido garganta para gritar o incluso sólo maldecir. En especial a esa pequeña parte de sí misma que deseaba quedarse allí y esperar.

En esta ocasión las estrellas no se movieron siquiera, simplemente desaparecieron, y Egwene se encontró recostada contra una gruesa columna de piedra roja, jadeando como si hubiese corrido dos kilómetros a toda velocidad, el corazón latiéndole tan deprisa que parecía a punto de estallar. Al cabo de un momento, se miró a sí misma y empezó a reír, un tanto temblorosa, a la par que procuraba recobrar el aliento. Llevaba puesto un vestido de amplia falda en seda verde, adornado con franjas de bordados dorados en el repulgo y en el corpiño. Éste mostraba su escote bastante más de lo que jamás haría en el mundo de vigilia; un cinturón ancho, de oro tejido, ceñía su talle de manera que lo hacía parecer más fino de lo que era realmente. Claro que quizá lo era. Allí, en el *Tel'aran'rhiod*, uno podía ser como quisiera. Incluso cuando se deseaba de manera inconsciente, si no se estaba ojo avizor. Gawyn Trakand causaba unas reacciones en ella lamentables, muy lamentables.

Esa pequeña parte de sí misma todavía quería haberse quedado y esperar para encontrarse envuelta en el sueño de él. Envuelta y absorbida. Si una caminante de

sueños estaba perdidamente enamorada de alguien u odiaba ciegamente a una persona, podía acabar atrapada en el sueño de esa persona, sobre todo si ese sentimiento era correspondido. Había atraído el sueño, o el sueño la había atraído a ella, como haría un imán con las limaduras de hierro. Huelga decir que no odiaba a Gawyn, pero no podía permitirse el lujo de dejarse atrapar en su sueño —no esa noche— hasta que él despertara, no viéndola él como la veía. Lo que significaba mucho más hermosa que en la vida real. Ni una mente fuerte ni la concentración servían para nada cuando estaba involucrado el amor o el odio con esa intensidad. Una vez que uno se encontraba dentro del sueño, se quedaba en él hasta que la otra persona dejaba de soñar con uno. Al recordar lo que Gawyn había soñado que le hacía, lo que habían hecho en su sueño, Egwene sintió que la cara le ardía de vergüenza.

—Menos mal que ninguna de las Asentadas puede verme ahora —murmuró—. Entonces sí que me considerarían una cría.

Las mujeres hechas y derechas no mariposeaban ni soñaban con un hombre de ese modo, de eso estaba convencida. Ninguna mujer con sentido común, al menos. Lo que Gawyn soñaba se haría realidad, pero en el momento elegido por ella. Conseguir el permiso de su madre tal vez no fuera sencillo, pero casi con toda seguridad no se lo negaría aunque no conociera siquiera a Gawyn. Marin al'Vere confiaba en el criterio de su hija. Y era hora de que su hija mostrara un poco de ese buen juicio y dejara a un lado esas fantasías hasta un momento más adecuado.

Al mirar en derredor, Egwene deseó haber podido dejar que Gawyn siguiera llenando sus pensamientos. Más columnas inmensas se extendían en todas direcciones, sustentando un techo abovedado y muy alto, así como una gran cúpula. Ninguna de las lámparas doradas que colgaban de cadenas del mismo metal, allá en lo alto, se hallaba encendida, pero sí había una especie de luminosidad que no era ni brillante ni mortecina, y cuya fuente de procedencia no resultaba visible. El Corazón de la Ciudadela, en el centro de la gran fortaleza llamada la Ciudadela de Tear. O, más bien, su reflejo en el *Tel'aran'rhiod*, una imagen tan real en muchos sentidos como la original. Era allí donde se había encontrado con las Sabias en ocasiones anteriores, por elección de ellas. En opinión de Egwene, una elección extraña habida cuenta de que eran Aiel. Habría esperado que escogieran Rhuidean, ahora que el acceso a esa ciudad estaba franco, o en algún otro punto del Yermo de Aiel, o simplemente allí dondequiera que se encontrasen la Sabias. Cualquier sitio, excepto los *steddings* Ogier, tenía su reflejo en el Mundo de los Sueños; en realidad, lo tenían hasta los *steddings*, pero no podía accederse a ellos, del mismo modo que había ocurrido con Rhuidean hasta entonces. El campamento de las Aes Sedai quedaba descartado, por supuesto. Ahora había hermanas que tenían en su poder *ter'angreal* que les permitían entrar en el Mundo de los Sueños; y, puesto que ninguna de ellas

sabía realmente lo que estaba haciendo, a menudo comenzaban sus aventuras apareciendo en el reflejo del campamento del *Tel'aran'rhiod* como si se dispusieran a emprender un viaje normal.

Al igual que los *angreal* y los *sa'angreal*, según la ley de la Torre los *ter'angreal* eran propiedad de la Torre Blanca, sin importar quién los tuviera en su posesión en ese momento. Rara vez insistía la Torre en que se los entregaran, al menos cuando el objeto descansaba en un sitio como el llamado la Gran Reserva, en la propia Ciudadela de Tear (al final acababan por llegar a manos de las Aes Sedai, y la Torre Blanca siempre había sido experta en esperar cuando no quedaba más remedio), pero los que ya se encontraban en poder de Aes Sedai se consideraban un regalo de la Antecámara, de Asentadas particulares. Un préstamo, en realidad; casi nunca se daban. Elayne había aprendido a duplicar *ter'angreal* del sueño, y ella y Nynaeve se habían llevado dos consigo, pero el resto se hallaba ahora en posesión de la Antecámara, junto con *ter'angreal* de otro tipo que Elayne había creado. Lo que significaba que Sheriam y su pequeño círculo podían utilizarlos cuando quisieran, y también, casi con toda seguridad, Lelaine y Romanda, aunque lo más probable era que esas dos enviaran a otras al *Tel'aran'rhiod* en lugar de hacerlo ellas mismas. Hasta hacía muy poco, ninguna Aes Sedai había caminado por los sueños desde hacía siglos, y todavía tenían dificultades considerables para llevarlo a cabo, la mayoría ocasionadas por la creencia de que podían aprender por sí mismas. Aun así, lo único que le faltaba a Egwene era que cualquiera de ellas espiara la reunión de esa noche.

Como si pensar en espías hubiese agudizado su percepción, fue consciente de que unos ojos la observaban a escondidas. La sensación se hallaba siempre presente en el *Tel'aran'rhiod*, y ni siquiera las Sabias sabían el porqué; pero, aunque unos ojos ocultos parecieran estar siempre presentes, también podían estarlo observadores reales. Y no era en Romanda o Lelaine en quien pensaba en ese momento.

Tanteando con la mano la columna, Egwene fue rodeándola lentamente, escudriñando el bosque de fustes de piedra roja que se perdían en las sombras. La luz que la envolvía no era real; cualquiera que estuviese escondido en una de aquellas sombras vería la misma luz a su alrededor, en tanto que las sombras la ocultarían a ella. De vez en cuando aparecía gente, hombres y mujeres, pero eran imágenes fugaces que apenas duraban unos segundos. Egwene no tenía interés alguno en los que tocaban el Mundo de los Sueños mientras dormían; a cualquier podía pasarle por casualidad, pero, por suerte para esas personas, sólo estaban allí unos instantes, rara vez lo suficiente para toparse con alguno de sus peligros. El Ajah Negro también poseía *ter'angreal* del sueño, robados de la Torre. Lo peor era que Moghedien conocía el *Tel'aran'rhiod* tan bien como cualquier caminante de sueños. Puede que incluso mejor. La Renegada era capaz de controlar ese lugar y a cualquiera que se encontrase en él con tanta facilidad como mover una mano.

Durante un instante Egwene deseó haber espiado los sueños de Moghedien mientras había estado prisionera, sólo una vez, lo suficiente para poder identificarlos. Empero, reconocerlos no descubriría dónde se hallaba la mujer en esos momentos. Y había existido el riesgo de ser atraída hacia esos sueños en contra de su voluntad. Ciertamente odiaba a Moghedien lo bastante, y la Renegada debía albergar el mismo sentimiento hacia ella. Lo que ocurría en esos sueños no era real, ni siquiera tan real como en el *Tel'aran'rhiod*, pero se recordaba como si lo fuese. Una noche en poder de Moghedien habría sido una pesadilla que indudablemente habría revivido cada vez que se quedara dormida durante el resto de su vida. Y puede que también estando despierta.

Otra aparición. ¿Quién era? Una mujer de tez oscura y regia belleza, con un casquete de perlas y vestido con remates de encaje, salió de las sombras y luego desapareció. Una teariana soñando, una Señora Suprema o una mujer que se soñaba siéndolo. Quizás en el mundo de vigilia era una granjera o una mercader, con rasgos corrientes y cuerpo regordete.

Mejor habría sido espiar los sueños de Logain que los de Moghedien. Seguiría sin saber dónde estaba ese hombre, pero al menos tendría una idea de cuáles eran sus planes. Por supuesto, ser arrastrada a los sueños de Logain no habría resultado mucho más agradable que ser atrapada en los de la Renegada. Ese hombre odiaba a todas las Aes Sedai. Arreglar su huida había sido una de esas cosas necesarias; sólo esperaba que el precio no fuera demasiado alto. Debía olvidarse de Logain. Moghedien era la peligrosa, quien podía ir tras ella, incluso allí; especialmente allí. Moghedien que…

De repente fue consciente de lo mucho que le costaba moverse y soltó un ruido gutural, casi un gemido. El bonito vestido se había convertido en una armadura completa, como las que llevaban los jinetes de la caballería pesada de Gareth Bryne. Le cubría la cabeza un yelmo con visera levantada y cimera en forma de la Llama de Tar Valon, por lo que notó al tacto. Resultaba irritante. Esa falta de control no era propio de ella.

Con firmeza, cambió la armadura por las ropas que solía vestir cuando se había reunido con las Sabias anteriormente. Era sólo cuestión de pensarlo. Falda amplia de lana oscura y blusa suelta de blanco *algode*, la misma vestimenta que llevaba cuando estudiaba con ellas, completa con un chal de color verde muy oscuro y un pañuelo doblado para sujetar el cabello en las sienes. No hizo aparecer todas las joyas que las Sabias lucían, una multitud de collares y brazaletes. Se habrían reído de ella por eso. Una mujer se hacía con esa colección con el transcurso de los años, no en un abrir y cerrar de ojos durante un sueño.

—Logain va camino de la Torre Negra —dijo en voz alta; ciertamente confiaba en que fuera así. De ese modo al menos estaría bajo cierto control, o eso esperaba, y si lo cogían y volvían a amansarlo, Rand no podría culpar por ello a ninguna de las

hermanas que la seguían a ella.

»Y Moghedien no tiene modo de saber dónde estoy. —Trató de dar un tono convencido a sus palabras.

—¿Por qué habrías de temer a la Depravada de la Sombra? —inquirió una voz a su espalda, y Egwene quiso trepar por el aire.

Estando como estaba en el *Tel'aran'rhiod* y siendo como era una caminante de sueños, Egwene se encontró flotando a unos dos metros sobre el suelo de baldosas antes de recobrar el control. «Vaya, y yo que creía estar muy por encima de estos errores de principiante», pensó. Si seguía así, lo siguiente que haría sería pegar un brinco cuando Chesa le diera los buenos días por la mañana.

Confiando en no tener demasiado ruborizadas las mejillas, descendió suavemente al suelo, procurando conservar cierta dignidad.

En vano; el rostro envejecido de Bair exhibía una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. A diferencia de las otras dos mujeres que la acompañaban, no podía encauzar, pero eso no tenía nada que ver con caminar en los sueños. En eso era tan experta como las otras, más en ciertos aspectos. Amys sonreía también, aunque no tan ampliamente, pero Melaine echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Nunca había visto a nadie… —consiguió articular Melaine—. Como un conejo. —Dio un saltito y se alzó casi un metro en el suelo.

—Recientemente he causado cierto daño a Moghedien. —Egwene se sentía bastante orgullosa de su aplomo. Le caía bien Melaine, que se mostraba mucho menos mordaz desde que estaba embarazada; de hecho, esperaba gemelos. Sin embargo, en ese momento la habría estrangulado con gusto—. Unas amigas y yo hemos herido su orgullo, aunque no mucho más. Creo que le gustaría tener ocasión de resarcirse.

Siguiendo un impulso, volvió a cambiar de atuendo, al traje de montar que llevaba a diario ahora, en lustrosa seda verde. La Gran Serpiente de oro rodeaba su dedo. No podía contarles todo, pero esas mujeres también eran amigas y merecían saber lo que podía decirles.

—Las heridas infligidas al orgullo se recuerdan mucho más tiempo que las del cuerpo. —La voz de Bair era fina y aguda, pero con la fuerza de una barra de hierro.

—Cuéntanoslo —pidió Melaine, esbozando una sonrisa ansiosa—. ¿Cómo la humillaste?

Bair traslucía el mismo entusiasmo. En una tierra cruel, o se aprendía a reírse de la crueldad o se pasaba la vida llorando; en la Tierra de los Tres Pliegues, los Aiel habían aprendido a hacerlo mucho tiempo atrás. Además, humillar a un enemigo se consideraba un arte. Amys estudió detenidamente las ropas de Egwene.

—Eso puede esperar, creo —dijo después—. Dijiste que teníamos que hablar. —Señaló hacia donde a las Sabias les gustaba mantener las reuniones, debajo de la

vasta cúpula, en el centro de la sala.

La razón de que hubiesen elegido ese punto era otro misterio que Egwene no había sabido descifrar. Las tres mujeres se sentaron con las piernas cruzadas, arreglando cuidadosamente los vuelos de sus faldas, a pocos pasos de lo que parecía una espada hecha de reluciente cristal e hincada verticalmente en las baldosas. No le hicieron el menor caso —no formaba parte de sus profecías—; de hecho le prestaban tan poca atención como a las personas que aparecían fugazmente alrededor de la gran cámara, pero era allí donde se sentaban siempre.

La legendaria *Callandor* podía utilizarse como una espada a despecho de su apariencia, pero en realidad era un *sa'angreal* de varones, uno de los más poderosos que jamás se habían creado en la Era de Leyenda. Egwene sintió un ligero escalofrío al pensar en *sa'angreal* para varones. Había sido distinto cuando sólo estaba Rand. Y los Renegados, por supuesto. Pero ahora estaban esos Asha'man. Con *Callandor*, un hombre podía absorber suficiente Poder Único para arrasar una ciudad en un instante y devastar todo en kilómetros a la redonda. Evitó acercarse a ella, recogiéndose la falda involuntariamente. Rand había extraído *Callandor* del Corazón de la Ciudadela en cumplimiento de las profecías, y después había vuelto a clavarla por razones que sólo él sabía. Y la había rodeado de trampas tejidas con *Saidin*. Esas trampas también tenían su reflejo allí, y saltarían con la misma contundencia con que lo harían las originales si se realizaban tejidos indebidos en sus inmediaciones. Algunas cosas eran muy reales en el *Tel'aran'rhiod*.

Procurando no pensar en la Espada que no es una Espada, Egwene se detuvo enfrente de las tres Sabias, quienes, tras atarse los chales a la cintura, desanudaron las lazadas de las blusas. Así era como las Aiel se reunían con amigas en sus tiendas, bajo el sol ardiente. Egwene no se sentó, y, si ello la hacía parecer una suplicante o alguien sometido a juicio, que así fuera. En cierto modo, en el fondo de su corazón, era como se sentía.

—No os dije por qué tuve que marcharme cuando fui emplazada, y vosotras no lo habéis preguntado.

—Nos lo dirás cuando estés preparada para hacerlo —manifestó afablemente Amys. Parecía de la misma edad que Melaine a pesar de tener el cabello, largo hasta la cintura, tan blanco como el de Bair; había empezado a cambiarle de color cuando sólo era un poco mayor que Egwene. Sin embargo, era ella la cabecilla de las tres, no Bair. Por primera vez, Egwene se preguntó qué edad tendría realmente. Claro que ésa no era la clase de pregunta que se hacía a una Sabia, como ocurría con las Aes Sedai.

—Cuando os dejé, era una Aceptada. Ya sabéis la división de la Torre Blanca.

Bair sacudió la cabeza y torció el gesto; lo sabía, pero no lo entendía. Ninguna de ellas lo entendía. Para los Aiel, aquello resultaba tan inaudito como que una asociación guerrera o un clan se dividieran contra sí mismos. Quizá también

confirmaba a sus ojos que las Aes Sedai no estaban a la altura que habían esperado de ellas. Egwene continuó, sorprendida de que su voz sonara tan firme:

—Las hermanas que se oponen a Elaida me han nombrado su Amyrlin. Cuando Elaida sea destituida, yo ocuparé la Sede Amyrlin, en la Torre Blanca.

Añadió la estola de rayas a su vestimenta y aguardó. Les había mentido una vez, una seria transgresión conforme al *ji'e'toh*, y no estaba segura de cuál sería su reacción al enterarse de que les había ocultado eso hasta ahora. ¡Si por lo menos le creyeran! Se limitaron a mirarla fijamente.

—Es algo que hacen los niños —dijo cuidadosamente Melaine al cabo de un tiempo. Todavía no se le notaba el embarazo, pero ya poseía el resplandor interior que trasluce la mujer que está esperando un hijo, haciéndola más hermosa de lo habitual, así como un sosiego interno, inquebrantable—. Todos los niños quieren blandir lanzas, y todos quieren ser jefe de clan, pero finalmente se dan cuenta de que el jefe de clan rara vez danza las lanzas. Así que hacen un muñeco y lo colocan en un punto alto del terreno. —A un lado, el suelo se alzó de repente, desaparecidas las baldosas y sustituidas por un montón de piedra marrón abrasada por el sol. En lo alto había una figura con la vaga semejanza de un hombre, hecha con ramitas dobladas y trozos de tela—. Éste es el jefe de clan que los dirige para que dancen las lanzas, mientras él permanece en la colina, donde puede ver la batalla. Pero los niños corren hacia donde quieren, y su jefe de clan sólo es un muñeco de palos y harapos. —Un soplo de viento agitó las tiras de tela, haciendo hincapié en la vacuidad de la figura. A renglón seguido, la elevación y la figura desaparecieron.

Egwene inhaló hondo; le creían. Claro. Había expiado su mentira de acuerdo con el *ji'e'toh*, por decisión propia, y eso significaba que era como si nunca hubiese mentido. Debería habérselo figurado. No obstante, Melaine había puesto el dedo en la llaga respecto a su situación, como si llevase semanas viviendo en el campamento de las Aes Sedai. Bair miraba fijamente el suelo, sin querer ver su vergüenza. Por el contrario, Amys estaba sentada con la barbilla apoyada en la palma de la mano y sus azules ojos parecían querer penetrar hasta el fondo de su ser y hurgar en su corazón.

—Algunas me ven así. —Otra honda inhalación, y soltó toda la verdad—. La mayoría, salvo un puñado. Por ahora. Para cuando nuestra batalla haya terminado, sabrán que en verdad soy su jefa, y harán lo que yo diga.

—Regresa con nosotras —pidió Bair—. Tienes demasiado honor para mezclarte con esas mujeres. Sorilea ya ha escogido una docena de hombres jóvenes para que los conozcas en la tienda de vapor. Está deseosa de verte tejer una guirnalda nupcial.

—Espero que esté presente cuando me case, Bair. —Con Gawyn, confiaba; que lo vincularía a ella lo sabía por sus sueños, pero sólo la esperanza y la certeza de su amor le decían que se casarían—. Ojalá estéis todas vosotras, pero ya he hecho mi elección.

Bair habría seguido discutiendo, y también Melaine, pero Amys levantó la mano y las dos se callaron, aunque a regañadientes.

—Hay mucho ji en su decisión. Doblegará a sus enemigos a su voluntad, no huirá de ellos. Te deseo lo mejor en tu danza, Egwene al'Vere. —Amys había sido Doncella Lancera y a menudo pensaba todavía como una de ellas—. Siéntate, vamos.

—Su honor es suyo, cierto —manifestó Bair, que miraba ceñuda a Amys—, pero aún he de hacerle una pregunta. —Sus ojos, de color azul, tenían la apariencia acuosa de las personas viejas, pero cuando se volvieron hacia Egwene eran tan penetrantes como los de Amys—. ¿Traerás a esas Aes Sedai a arrodillarse ante el *Car'a'carn*?

Cogida por sorpresa, Egwene, que estaba sentándose, casi cayó de golpe el último palmo que la separaba de las baldosas. Sin embargo, en su respuesta no hubo vacilación.

—No puedo hacer tal cosa, Bair. Y tampoco lo haría si pudiese. Nuestra lealtad es para con la Torre, para las Aes Sedai como un todo, por encima incluso de la debida a los países de nuestro origen. —Eso era verdad, o se suponía que lo era, aunque Egwene se preguntaba cómo podía cuadrar tal afirmación con la rebelión de su grupo —. Las Aes Sedai ni siquiera juran lealtad a la Amyrlin, y desde luego a ningún hombre. Hacerlo sería como si tuvieseis que hincar la rodilla ante un jefe de clan. —Hizo una demostración utilizando el mismo método de Melaine, concentrándose en su realidad; el *Tel'aran'rhiod* era infinitamente maleable si se sabía cómo hacerlo. Más allá de *Callandor*, tres Sabias se arrodillaron ante un jefe de clan. El hombre guardaba un gran parecido con Rhuarc, y las mujeres, con las tres que tenía frente a ella. Mantuvo la imagen sólo un instante, pero Bair la miró y aspiró sonoramente por la nariz. La mera idea resultaba ridícula.

—No nos compares con esas mujeres. —Los verdes ojos de Melaine centelleaban con algo muy parecido a su anterior dureza, y su tono era tan afilado como una navaja.

Egwene se mordió la lengua. Parecía que las Sabias despreciaban a las Aes Sedai, a todas excepto a ella, o quizá sería más exacto decir que las desdeñaban. Pensó que tal vez les molestaban las profecías que las vinculaban a las Aes Sedai. Antes de que la Antecámara la emplazara para nombrarla Amyrlin, Sheriam y su grupo de amigas se habían reunido en este lugar con las tres Sabias, pero tales encuentros se habían interrumpido tanto por el hecho de que a ella la hubiesen mandado llamar como porque las Sabias se negaron a disimular su desdén. En el *Tel'aran'rhiod*, un enfrentamiento con alguien más familiarizado con el lugar podía ser mortificante en extremo. Hasta con ella misma guardaban cierta distancia ahora, y algunos asuntos no los trataban con ella, como por ejemplo lo que sabían sobre los planes de Rand. Antes había sido una de ellas, una aprendiza del caminar en los sueños; después, pasó a ser una Aes Sedai, incluso cuando todavía no sabían lo que acababa de contarles.

—Egwene al'Vere hará lo que deba hacer —manifestó Amys.

Melaine le dedicó una larga mirada mientras se ajustaba el chal de manera ostentosa, haciendo tintinear los collares de marfil y oro, pero no dijo nada. Amys parecía ahora más líder que nunca. Por lo que Egwene había visto, la única Sabia tratada con tanta deferencia por otras Sabias era Sorilea.

Bair había imaginado el servicio de té ante sí, como habría ocurrido en las tiendas, en una tetera dorada con leones tallados procedente de un país, una bandeja de plata con el borde cincelado a semejanza de una cuerda, de otro país, y tacitas verdes de la delicada porcelana de los Marinos. El té sabía a real, por supuesto; hasta se sentía cómo bajaba por la garganta. A pesar del leve gusto a bayas o hierbas dulces que no supo identificar, era demasiado amargo para el gusto de Egwene. Imaginó un poco de miel en el líquido y tomó otro sorbo. Demasiado dulce. Un poco menos de miel. Ahora tenía el punto justo de dulzor. Eso era algo que no podía hacerse con el Poder. Egwene dudaba que nadie tuviera la habilidad suficiente para tejer hilos de *Saidar* lo bastante finos para retirar miel de un té.

Durante un momento se quedó sentada contemplando su taza, pensando en miel y en té y en hilos finos de *Saidar*, pero no era por eso por lo que guardaba silencio. Las Sabias querían guiar a Rand tanto como Elaida o Romanda o Lelaine o como cualquier otra Aes Sedai. Naturalmente, sólo querían dirigir al *Car'a'carn* por el mejor camino para los Aiel, mientras que esas hermanas deseaban dirigir al Dragón Renacido hacia lo que era lo mejor para el mundo, a su modo de ver. No se excluía a sí misma. Ayudar a Rand, impidiendo que se enfrentara con las Aes Sedai sin remedio, también significaba guiarlo. «Sólo que yo tengo razón —se recordó—. Todo lo que hago es tanto por su propio bien como por el de los demás. Aparte de mí, nadie más piensa en lo que es mejor para él.» Sin embargo, mejor sería no olvidar que esas mujeres eran algo más que simplemente sus amigas y seguidoras del *Car'a'carn*. Estaba aprendiendo que nadie era simplemente esto o aquello.

—No creo que quisieras vernos únicamente para contarnos que ahora eres una jefa entre los habitantes de las tierras húmedas —dijo Amys por encima del borde de su taza de té—. ¿Qué te preocupa, Egwene al'Vere?

—Lo que me preocupa siempre. —Sonrió para levantar el ánimo—. A veces creo que Rand va a conseguir que me salgan canas antes de tiempo.

—Sin los hombres, no habría mujeres con canas.

Normalmente, eso habría sido un chiste en boca de Melaine, y Bair habría hecho otro sobre el vasto conocimiento de los varones que Melaine había adquirido en unos pocos meses de matrimonio, pero no hubo chanzas esta vez. Las tres mujeres se limitaron a mirar a Egwene y a esperar.

Vaya, así que querían tener una conversación seria. Bien, pues Rand era un tema para hablar muy en serio. Ojalá las tres mujeres entendieran su punto de vista, aunque

sólo fuera en parte. Haciendo rodar la taza entre los dedos, Egwene les contó todo. Al menos, lo relativo a Rand, y sus temores desde que había descubierto que no había noticias de Caemlyn.

—Ignoro qué habrá hecho él o qué habrá hecho ella. Todas insisten en la gran experiencia de Merana, pero lo cierto es que no tiene ninguna con alguien como él. Cuando se trata de Aes Sedai, es como si escondieseis esta taza en un prado: Rand se las ingeniaría para pisarla al cabo de tres pasos. Sé que yo sabría hacerlo mejor que Merana, pero…

—Podrías regresar —repitió la sugerencia Bair, a lo que Egwene sacudió la cabeza enérgicamente.

—Puedo hacer una labor más positiva aquí, en el puesto que ocupo. Pero existen normas incluso para la Sede Amyrlin. —Apretó un instante la boca. No le gustaba admitir tal cosa, sobre todo ante esas mujeres—. Ni siquiera puedo visitarlo sin antes tener permiso de la Antecámara. Ahora soy Aes Sedai, y he de respetar nuestras leyes. —Eso último lo dijo con más fiereza de lo que era su intención. Era una ley absurda, pero todavía no había descubierto un modo de soslayarla. Además, los semblantes de las tres mujeres se mostraban tan vacíos de expresión que sospechaba que se estaban riendo para sus adentros, sin dar crédito a sus oídos. Ni siquiera un jefe de clan tenía derecho a decir cuándo o dónde podía ir una Sabia.

Las tres intercambiaron largas miradas. Después, Amys soltó la taza antes de informar:

—Merana Ambrey y otras Aes Sedai siguieron al *Car'a'carn* a la ciudad de los Asesinos del Árbol. No tienes que temer que él dé un mal paso con ella o cualquiera de tus otras hermanas. Nos ocuparemos de que no haya dificultades entre él y cualquier Aes Sedai.

—Eso no parece muy propio de Rand —comentó, dudosa, Egwene. Así que Sheriam tenía razón respecto a Merana. Empero ¿por qué seguía sin enviar noticias?

Bair soltó una risita cascada.

—La mayoría de los padres tienen más problemas con sus hijos pequeños que los que tiene el *Car'a'carn* con las mujeres que vinieron con Merana Ambrey.

—Siempre y cuando el niño no sea él —dijo Egwene riendo, aliviada de que al menos alguien encontrara divertido algo. Considerando lo que esas mujeres sentían hacia las Aes Sedai, ahora tendrían que estar echando chispas si creyeran que alguna hermana había conseguido cierta influencia con Rand. Por otro lado, Merana debía haber logrado algo o, en caso contrario, ya habría emprendido el camino de regreso —. Pero Merana tendría que haber enviado un informe. No entiendo por qué no lo ha hecho. ¿Estáis seguras de que no…? —No se le ocurría cómo terminar la pregunta. Era imposible que Rand pudiera impedirle enviar una paloma.

—Tal vez envió un hombre a caballo. —Amys torció el gesto un poco; como a

todos los Aiel, cabalgar le parecía denigrante. Las propias piernas deberían bastarle a una persona—. No se trajo de esos pájaros que utilizan los habitantes de las tierras húmedas.

—Eso ha sido una estupidez por su parte —murmuró Egwene. Y la palabra «estupidez» se quedaba corta. Los sueños de Merana estarían escudados, así que no tenía sentido intentar hablar con ella así. Aunque supiera identificarlos. ¡Luz, pero qué frustrante resultaba! Se inclinó hacia adelante, con viva atención—. Amys, prométeme que no intentarás impedirle hablar con ella ni enfurecerla tanto para impulsarla a hacer una tontería. —Eran muy capaces de hacerlo, vaya que sí. Con su modo de actuar, habían conseguido que la calma Aes Sedai se practicara hasta alcanzar casi la categoría de un Talento—. Se supone que Merana sólo tiene que convencerlo de que no queremos causarle ningún mal. No me cabe la menor duda de que Elaida tiene guardada una desagradable sorpresa detrás de la falda, pero no es nuestro caso. —Ella se ocuparía de que fuera así, aunque algunas tuviesen otras ideas. Lo conseguiría, de un modo u otro—. ¿Me lo prometes?

De nuevo intercambiaron miradas indescifrables para Egwene. Sabía que no les gustaba la idea de dejar que una hermana se acercara a Rand, al menos sin poner impedimentos. A buen seguro una de ellas se las ingeniaba para estar presente cuando Rand se reuniera con Merana, pero eso no la preocupaba siempre y cuando no pusieran demasiados obstáculos.

—Lo prometo, Egwene al'Vere —aceptó finalmente Amys, en un tono tan duro y frío como piedra.

Probablemente la había ofendido que Egwene pidiera su promesa, pero la joven se sentía ahora como si le hubiesen quitado un peso de encima. Dos pesos. Rand y Merana no andaban a la greña, y Merana tendría ocasión de realizar aquello por lo que la habían enviado allí.

—Sabía que me dirías la pura verdad, Amys. No sabes cuánto me alegra oír eso. Si algo fuera mal entre Rand y Merana… Gracias.

Parpadeó, sobresaltada. Durante un fugaz instante, Amys apareció vestida con *cadin'sor*. También hizo un leve gesto con la mano. El lenguaje de señas de las Doncellas, tal vez. Ni Bair ni Melaine, que bebían su té, dieron señal de haberlo advertido. Amys debía de estar deseando encontrarse en cualquier otra parte, lejos del enredo que Rand había hecho con la vida de todo el mundo. Para una Sabia caminante de sueños sería embarazoso, vergonzoso, perder el control de sí misma en el *Tel'aran'rhiod* aunque sólo fuera por un momento. Para los Aiel, la vergüenza hacía más daño que el dolor físico, pero para que fuera una vergüenza tenía que verse. Si nadie lo advertía, o quienes lo notaban rehusaban darse por enterados, entonces era como si no hubiese ocurrido. Una gente rara, pero Egwene no deseaba avergonzar a Amys. Compuso el gesto y continuó como si no hubiese sucedido nada.

—Tengo que pediros un favor. Un gran favor. No le contéis a Rand, ni a nadie, lo mío. Me refiero a esto, —Levantó una punta de la estola. Los semblantes de las tres Sabias hacían que la tan cacareada calma Aes Sedai pareciera un juego de niños en comparación. En realidad semejaban tallas de piedra—. No quiero decir que mintáis —se apresuró a añadir. Conforme al *ji'e'toh*, pedirle a alguien que mintiera no era mucho mejor que mentir uno mismo—. Sólo que no lo mencionéis. Ya ha enviado a alguien a «rescatarme». —«Y anda que no se pondrá furioso cuando se entere de que me he librado de Mat enviándolo con Nynaeve y Elayne a Ebou Dar», pensó. Pero no le había quedado otro remedio que hacerlo—. No necesito que me rescate, y tampoco quiero que lo haga, pero Rand cree que sabe más que nadie. Me temo que podría venir en mi busca él mismo. —¿Qué la asustaba más? ¿Que apareciera solo, bramando furioso, en un campamento de trescientas Aes Sedai, o que acudiera con algunos de sus Asha'man? Un desastre, en cualquiera de los dos casos.

—Eso sería… lamentable —murmuró Melaine, comedida, aunque no era de las que se mordían la lengua a la hora de utilizar calificativos.

—El *Car'a'carn* es testarudo —rezongó Bair—. Tanto como cualquier hombre que conozco. Y como unas cuantas mujeres, dicho sea de paso.

—Mantendremos como información confidencial lo que nos has contado, Egwene al'Vere —manifestó gravemente Amys.

Egwene parpadeó, sorprendida, por la prontitud con que habían accedido. Claro que quizá no tenía tanto de sorprendente habida cuenta de que para ellas el *Car'a'carn* era sólo otro jefe, aunque de más rango, y ciertamente las Sabias tenían fama de ocultar a un jefe cosas que en su opinión no debía saber.

No quedaba mucho más que decir después de eso, si bien charlaron un rato mientras tomaban el té. Egwene deseaba ardientemente recibir una lección sobre caminar en los sueños, pero no podía pedirlo estando Amys presente. Amys se marcharía en tal caso, y ella deseaba la compañía de la Sabia más que aprender. Respecto a lo que estaba haciendo Rand actualmente, lo más que llegó a saber por las Sabias fue cuando Melaine rezongó que el *Car'a'carn* tendría que acabar con los Shaido y con Sevanna de una vez por todas, y tanto Bair como Amys le asestaron una mirada tan ceñuda que Melaine se puso colorada hasta las orejas. Después de todo, Sevanna era una Sabia, como Egwene sabía por propia y amarga experiencia. Ni siquiera se permitiría al *Car'a'carn* interferir con una Sabia aunque fuese Shaido. Tampoco Egwene podía darles detalles de sus circunstancias. Que ellas se hubiesen saltado la parte más humillante del asunto no hacía que menguara la vergüenza que sentiría hablando de ello. Resultaba muy difícil no volver al estilo de comportamiento, incluso de pensar, de los Aiel cuando se estaba con ellos; en realidad, Egwene creía que también sentiría vergüenza aunque nunca hubiese convivido con los Aiel. Además, por el modo en que se comportaban últimamente, el

único tipo de consejo que le ofrecerían respecto a cómo vérselas con Aes Sedai era de una índole que ni siquiera Elaida intentaría seguir. El resultado, por inaudito que pudiera parecer, podría ser un motín de las Aes Sedai. Peor aun, las Sabias ya tenían una opinión bastante mala de las Aes Sedai sin necesidad de que ella echase más leña al fuego. Egwene deseaba crear un vínculo entre las Sabias y la Torre Blanca con el tiempo, pero eso no ocurriría nunca a menos que se las ingeniara para sofocar esa lumbre que ya ardía. Otra cosa que todavía no tenía idea de cómo hacer.

—He de irme —dijo al cabo mientras se ponía de pie. Su cuerpo yacía dormido en la tienda, pero no se descansaba lo suficiente mientras se estaba en el *Tel'aran'rhiod*. Las otras también se levantaron—. Espero que todas tengáis mucho cuidado. Moghedien me odia, y no sería de extrañar que intentara hacer daño a cualquiera que sea mi amiga. Sabe muchísimo del Mundo de los Sueños. Por lo menos tanto como sabía Lanfear. —Era todo lo más que podía decirles para que estuviesen alertas sin manifestar que Moghedien quizá sabía mucho más que ellas. El orgullo Aiel podía ser muy susceptible. No obstante, las Sabias entendieron perfectamente lo que quería decirles, y no se dieron por ofendidas.

—Si los Depravados de la Sombra pretendieran hacernos daño —comentó Melaine—, creo que ya lo habrían intentado a estas alturas. Quizá piensen que no somos una amenaza para ellos.

—Hemos vislumbrado personas que deben de ser caminantes de sueños, incluidos hombres. —Bair sacudió la cabeza con incredulidad; a pesar de lo que sabía sobre los Renegados, seguía pareciéndole tan inaudito que hubiese caminantes de sueños varones como serpientes con patas—. Nos evitan. Todos ellos.

—Creo que somos tan fuertes como ellos —añadió Amys. En lo relativo al Poder Único, ella y Melaine no eran más fuertes que Theodrin y Faolain, lo que estaba lejos de significar que fueran débiles; de hecho, superaban a la mayoría de las Aes Sedai, pero también estaban lejos de igualar la fuerza de un Renegado. Empero, en el Mundo de los Sueños, el conocimiento del *Tel'aran'rhiod* a menudo era tan poderoso como el *Saidar*, a veces más incluso. Allí, Bair se hallaba a la par con cualquiera de las hermanas—. Pero tendremos cuidado. El enemigo al que subestimas es el que te mata.

Egwene tomó la mano de Amys y la de Melaine, y habría cogido también la de Bair si hubiese existido un modo de hacerlo. Al no ser así, la incluyó con una sonrisa.

—Nunca podré explicaros con palabras lo mucho que vuestra amistad significa para mí, lo que significáis vosotras. —A pesar de todo, eso era verdad—. El mundo entero parece estar cambiando de segundo en segundo. Vosotras tres sois uno de los contados puntos estables que quedan.

—El mundo está cambiando constantemente —dijo tristemente Amys—. Hasta las montañas se erosionan con el viento, y nadie puede subir la misma colina dos

veces. Espero que siempre seamos amigas a tus ojos, Egwene al'Vere. Que encuentres siempre agua y sombra.

Sin más, desaparecieron, de vuelta a sus cuerpos.

Por primera vez, Egwene permaneció mirando, absorta, a *Callandor*, pero sin verla, hasta que de pronto se sacudió con ademán exasperado. Había estado pensando en el infinito campo de estrellas. Si se quedaba esperando el tiempo suficiente allí, el sueño de Gawyn volvería a encontrarla, la envolvería igual que lo harían sus brazos un momento después. Era una forma agradable de pasar el resto de la noche. Y un modo infantil de perder el tiempo.

Se obligó a regresar a su cuerpo dormido, pero no en un sueño corriente. Ya no lo hacía nunca. Ese rincón de su mente permanecía alerta en todo momento, catalogando los sueños, reteniendo en la memoria aquellos que predecían el futuro o que por lo menos daban alguna vislumbre del posible curso que podría tomar. Por lo menos ahora era capaz de hacer eso, aunque el único que había sabido interpretar hasta el momento era el que pronosticaba que Gawyn sería su Guardián. Las Aes Sedai llamaban a este Talento el Sueño, y Soñadoras a las mujeres que poseían ese don, todas salvo ella muertas hacía mucho tiempo, y sin embargo, como ocurría con caminar en los sueños, no tenía nada que ver con el Poder Único.

Quizá fuera inevitable que soñara primero con Gawyn, ya que había estado pensando en él.

Egwene se encontraba en medio de una vasta cámara en penumbra, donde todo en derredor resultaba impreciso. Todo salvo Gawyn, que se acercaba lentamente a ella. Un hombre alto, apuesto —¿había pensado alguna vez que Galad, su hermanastro, era más guapo que él?—, con el cabello dorado y los ojos del color azul más maravilloso que haber podía. Aún le faltaba un trecho por recorrer, pero la había visto; su mirada estaba clavada en ella como la de un arquero en la diana. Un apagado sonido, de algo crujiendo y desmenuzándose, le hizo bajar la vista al suelo. Y sintió que un grito subía a su garganta. Descalzo, Gawyn caminaba sobre un suelo de cristales rotos, y los fragmentos se partían con cada uno de sus lentos pasos. A pesar de la mortecina luz, Egwene podía ver el rastro de sangre que sus pies cortados iban dejando. Alzó bruscamente una mano, intentó gritar para que se detuviera, trató de correr hacia él, pero de repente se encontró en otro lugar.

Como ocurría en los sueños, Egwene flotaba sobre una calzada recta y larga que atravesaba una llanura herbosa; observaba fijamente a un hombre que montaba un corcel negro: Gawyn. Entonces se encontró de pie en mitad de la calzada, delante del jinete, y él sofrenó su montura. No porque esta vez la hubiese visto, sino porque la calzada, que antes era recta, ahora se bifurcaba exactamente en el punto en el que ella se hallaba parada, y los ramales se perdían por encima de altas colinas de manera que no podía verse lo que había más allá. Pero ella lo sabía, sin embargo. Uno de los

caminos llevaba a una muerte violenta; el otro conducía a una larga vida y una muerte en la cama. En uno de ellos, Gawyn se casaría con ella; en el otro no. Egwene sabía lo que había más adelante, pero no cuál de ellos conducía a qué. De repente Gawyn la vio, o eso pareció, y sonrió; después dirigió al caballo hacia uno de los caminos… Y Egwene se encontró en otro sueño. Y en otro. Y en otro. Y en otro.

No todos tenían relación con el futuro. Sueños de estar besando a Gawyn, de correr por un fresco prado en primavera, con sus hermanas, como habían hecho de niñas, surgieron junto con pesadillas en las que unas Aes Sedai blandiendo varas la perseguían por corredores interminables, o en las que cosas informes saltaban de las sombras por doquier, o una Nicola sonriente la denunciaba a la Antecámara y Thom Merrilin se adelantaba para dar testimonio. Ésos los descartó; los demás los guardó para rememorarlos y repasarlos con la esperanza de lograr entender su significado.

Se encontró ante un muro inmenso, arañándolo, tratando de romperlo con las manos desnudas. No estaba hecho de ladrillos ni de piedras, sino de miles y miles de discos, cada uno de ellos la mitad blanco y la mitad negro: el antiguo símbolo Aes Sedai, igual a los siete sellos que en su momento habían cerrado la prisión del Oscuro. Ahora varios de esos sellos estaban rotos, a pesar de que ni siquiera el Poder Único podía partir el *cuendillar*, y el resto se habían vuelto frágiles, por alguna razón. Empero, el muro aguantaba firme por mucho que lo golpeaba. Era incapaz de romperlo. Tal vez lo importante era el símbolo. Tal vez lo que intentaba destruir era a las Aes Sedai, a la Torre Blanca. Tal vez…

Vio a Mat sentado en lo alto de una colina envuelta en la noche; contemplaba una grandiosa exhibición de fuegos artificiales de los Iluminadores. De repente, alzó bruscamente una mano y asió una de aquellas luces que estallaban en el cielo. Flechas de fuego salieron disparadas de su puño apretado, y una sensación de intenso miedo se apoderó de Egwene. Por eso morirían hombres. El mundo cambiaría. Pero el mundo ya había comenzado a cambiar; siempre lo hacía.

Unas correas ceñidas a su cintura y a sus hombros la mantenían inmovilizada sobre el tajo, y el hacha del verdugo descendió, pero sabía que alguien, en alguna parte, estaba corriendo, y que si corría lo bastante deprisa el hacha se detendría. Si no… En el rincón de su mente, Egwene se estremeció sacudida por un escalofrío.

Logain, riendo, caminó sobre algo en el suelo y subió a una piedra. Cuando Egwene miró hacia abajo, le pareció que era el cadáver de Rand sobre lo que había caminado; el cuerpo de Rand, tendido en un féretro, con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero, cuando Egwene le tocó la cara, ésta se partió bajo sus dedos como un títere de papel.

Un halcón dorado extendió las alas y la tocó, y ella y el halcón se hallaban unidas de algún modo, pero lo único que sabía es que el ave era hembra. Un hombre yacía moribundo en un estrecho catre, y era importante que no muriera; pero fuera se estaba

preparando una pira funeraria y unas voces entonaban cantos de gozo y tristeza. Un joven oscuro sostenía en la mano un objeto tan brillante que Egwene no alcanzaba a ver qué era.

Y los sueños siguieron llegándole, y Egwene los apartaba y clasificaba febrilmente, intentado comprenderlos desesperadamente. No había descanso en ello, pero había que seguir adelante. Haría lo que debía hacer.

11



Un juramento

—Ordenasteis que se os despertara antes de salir el sol, madre.

Egwene abrió los ojos enseguida —había marcado de antemano despertarse a cierta hora, escasos segundos más tarde— y a despecho de sí misma echó la cabeza hacia atrás, contra la almohada, retirándose de la cara que había sobre ella. Severa bajo una fina película de transpiración, no era una imagen agradable para ver nada más despertar. La actitud de Meri era perfectamente respetuosa, pero su menuda y afilada nariz, el permanente gesto de la boca curvada hacia abajo por las comisuras, y los oscuros ojos cargados de censura ponían de manifiesto que nunca había visto a nadie la mitad de bueno de lo que debería o pretendía ser, y su tono frío daba un sentido completamente distinto a sus palabras.

—Espero que hayáis dormido bien, madre —dijo, mientras que con su expresión manifestaba una acusación de pereza. Su cabello negro, peinado en prietos moños sobre las orejas, parecía atirantar dolorosamente su rostro. La ropa austera, de un apagado color gris oscuro, que llevaba siempre por mucho que la hiciera sudar contribuía a reforzar el aire lóbrego que irradiaba de la mujer.

Egwene bostezó; lástima que no hubiera conseguido disfrutar de un poco de descanso de verdad. Se levantó del estrecho catre, se frotó los dientes con sal, y se lavó la cara y las manos mientras Meri le preparaba el vestido, las medias y una muda limpia. Luego tuvo que sufrir que la peinara. Porque «sufrir» era la palabra adecuada.

—Me temo que para desenredar estos nudos tendré que daros tirones, madre —murmuró la desabrida mujer mientras pasaba el cepillo por el pelo de Egwene, que estuvo a punto de contestar que no se lo había enredado a propósito mientras dormía.

—Tengo entendido que descansaremos hoy aquí, madre.

Haraganería, parecía decir el reflejo de Meri en el espejo.

—Este tono azul hará resaltar vuestra tez, madre —comentó Meri mientras abrochaba los botones del vestido a Egwene, en tanto que el gesto de su cara era una acusación de vanidad.

Sintiendo un gran alivio al pensar que esa noche sería Chesa quien la atendería, Egwene se puso la estola y se marchó casi sin dar tiempo a que la mujer terminara.

Ni siquiera un filo del sol asomaba aún por las colinas del este. El paisaje en derredor se encorvaba por doquier en lomas y montículos irregulares que en algunos casos tenían decenas e incluso cientos de metros de altura; muchos daban la impresión de que unos monstruosos dedos los hubiesen estrujado. Las sombras de la penumbra bañaban el campamento, extendido en uno de los amplios valles que había entre las elevaciones, pero la gente ya estaba despierta en aquel calor que nunca cesaba del todo. El olor de desayunos preparándose impregnaba el aire, y, aunque no con las prisas de un día normal de marcha, había personas atareadas, moviéndose de aquí para allí. Las novicias, con sus vestidos blancos, iban y venían casi a la carrera; una novicia lista siempre realizaba sus tareas tan deprisa como podía. Ni que decir tiene que los Guardianes no parecían moverse con premura, pero hasta los sirvientes que llevaban los desayunos a las Aes Sedai parecían caminar a zancadas esa mañana. O casi, en comparación con las novicias. Todo el campamento estaba sacando provecho de la parada de un día. Un repiqueteo metálico y una maldición cuando se soltó una palanca articulada, con la que se levantaban y fijaban grandes pesos, indicó que los carreteros estaban haciendo reparaciones; el lejano martilleo revelaba que los herreros se dedicaban a cambiar las herraduras gastadas de los caballos. Una docena de fabricantes de velas ya tenían colocados en hilera sus moldes y los cazos puestos al fuego para derretir los churretes de cera trabajosamente reunidos y los restos de todas las velas que ya habían ardido. Sobre las lumbres, otras ollas más grandes y negras calentaban el agua para baños y coladas, y hombres y mujeres amontonaban ropas cerca de ellas. Egwene apenas prestó atención a toda aquella actividad.

La cosa era que estaba segura de que Meri no lo hacía a propósito; no podía evitar tener esa cara. Aun así, tenerla de doncella era tan desagradable como tener a la propia Romanda. La idea hizo que se echara a reír. Si Romanda fuera doncella de una dama, a no tardar tendría a su señora más derecha que una vela, y enseguida sería ella la que daría órdenes y la otra la que correría a obedecer para cumplir encargos. Un cocinero de cabello gris hizo una pausa en su tarea de rastrillar las ascuas de un horno de hierro para devolverle una sonrisa divertida, como compartiendo su buen humor. Durante un instante, al menos. Hasta que cayó en la cuenta de que estaba sonriendo a la Sede Amyrlin, no sólo a una joven que pasaba por allí, y la sonrisa se torció en su boca al tiempo que realizaba una brusca reverencia para, acto seguido, volver a su trabajo.

Si se libraba de Meri, Romanda buscaría otra espía. Y Meri volvería a pasar hambre por los caminos, de pueblo en pueblo. Al ajustarse el vestido —en realidad se había marchado antes de que la mujer terminara de colocárselo bien— los dedos de Egwene toparon con una pequeña bolsita de lino, con los cordones sujetos en la parte posterior del cinturón. No tuvo que soltarla y llevársela a la nariz para oler los pétalos de rosa y una mezcla de hierbas con aroma fresco. Soltó un suspiro. Con una cara que

nada tenía que envidiar a la de un verdugo, espiando para Romanda sin lugar a dudas, y todavía esa mujer trataba de realizar su trabajo lo mejor posible. ¿Por qué las cosas nunca eran sencillas?

Al acercarse a la tienda que utilizaba como despacho —muchos la llamaban el estudio de la Amyrlin, como si estuviera en los aposentos de la Torre— una sombría satisfacción reemplazó su preocupación por Meri. Cada vez que paraban durante un día en un sitio, Sheriam ya se instalaba allí antes que ella, con un enorme montón de hojas de peticiones: una lavandera que imploraba clemencia por el cargo de robo que le habían imputado cuando la habían sorprendido con joyas cosidas por dentro del vestido; o un herrero que pedía referencias para su trabajo, las cuales no podría utilizar a menos que tuviera intención de marcharse, y puede que ni siquiera entonces; una mujer guarnicionera que rogaba a la Amyrlin que orara por ella para dar a luz una hija; uno de los soldados de lord Bryne que solicitaba la bendición personal de la Amyrlin para su boda con una costurera. Y siempre había un montón de solicitudes de las novicias más antiguas, apelando contra visitas a Tiana e incluso trabajos extra. Cualquiera tenía derecho a presentar peticiones a la Amyrlin, pero los que se hallaban al servicio de la Torre rara vez lo hacían, y las novicias nunca. Egwene sospechaba que Sheriam forzaba la situación para que hubiera peticionarios, algo con lo que tener ocupadas las zarpas del gato y así evitar que le enredara el ovillo mientras ella, la Guardiana, se ocupaba de lo que consideraba realmente importante. Esa mañana Egwene se sentía muy capaz de hacer que Sheriam se comiera esas peticiones para desayunar.

Cuando entró en la tienda, sin embargo, la Guardiana no se encontraba allí. Lo que quizá no debía sorprenderla, habida cuenta de lo ocurrido la noche anterior. No obstante, la tienda no estaba vacía.

—Que la Luz os ilumine esta mañana, madre —saludó Theodrin al tiempo que hacía una profunda reverencia, de modo que los flecos marrones de su chal se mecieron. Poseía toda la gracia legendaria de las domani, bien que el alto cuello de su vestido resultaba muy modesto. Las domani no eran famosas por su modestia, precisamente—. Hicimos lo que ordenasteis, madre, pero nadie vio acercase a ninguna persona a la tienda de Marigan anoche.

—Algunos de los hombres recordaron ver a Halima —añadió Faolain con acritud y haciendo una reverencia mucho más superficial—, pero aparte de eso ni siquiera recuerdan si se acostaron o no. —A muchas mujeres no les gustaba la secretaria de Delana, pero lo que ensombreció aún más el ya de por sí severo semblante de Faolain fue su siguiente comentario—. Nos encontramos con Tiana mientras deambulábamos por el campamento. Nos ordenó regresar a la cama y a toda prisa.

En un ademán inconsciente, se acarició el chal de flecos azules. Según Siuan, las nuevas Aes Sedai llevaban puesto el chal más a menudo de lo necesario. Egwene les

dedicó una sonrisa que confiaba pareciera cordial y ocupó su sitio detrás de la pequeña mesa con mucho cuidado; aun así, la silla se ladeó un momento, hasta que Egwene se agachó y colocó bien la pata. El borde de un pergamino doblado asomaba por debajo de un tintero de piedra. Habría lanzado las manos por él, pero se obligó a mantenerlas quietas. Ya eran demasiadas las hermanas que consideraban innecesaria la cortesía, pero Egwene no sería una de ellas. Además, esas dos tenían derecho a un trato correcto por su parte.

—Lamento vuestras dificultades, hijas. —Ascendidas a Aes Sedai por un decreto de Egwene cuando ésta había sido nombrada Amyrlin, se enfrentaban al mismo problema que ella, pero sin contar con el escudo de la estola de la Amyrlin, si bien tal escudo había resultado de muy poca ayuda. La mayoría de las hermanas se comportaban como si todavía fueran Aceptadas. Lo que sucedía dentro de cada Ajah rara vez salía a la luz, pero se rumoreaba que realmente habían tenido que suplicar su admisión y que había nombrado guardianas para que supervisaran su comportamiento. Algo inaudito, nunca visto, que no obstante todas dieron por sentado. No les había hecho un favor con el nombramiento, pero ésa también había sido una medida necesaria—. Hablaré con Tiana. —Puede que sirviera de algo. Durante un día o una hora.

—Gracias, madre —dijo Theodrin—, pero no es necesario que os molestéis. —Aun así, también ella toqueteó su chal—. Tiana quería saber por qué estábamos levantadas tan tarde —añadió al cabo de un momento—, pero no se lo dijimos.

—No hacía falta que lo guardarais en secreto, hija. —Sin embargo, qué lastima que no hubiesen conseguido encontrar un testigo. El rescatador de Moghedien seguiría siendo una sombra entrevista. Lo que siempre despertaba más miedo. Miró de refilón el pequeño pico de papel, muerta de ganas de leerlo. A lo mejor Siuan había descubierto algo—. Gracias a las dos.

Theodrin comprendió que era una frase con la que las estaba despidiendo e hizo intención de marcharse, pero se detuvo al advertir que Faolain no se movía de su sitio.

—Ojalá hubiese sostenido ya la Vara Juratoria —le dijo Faolain a Egwene en tono frustrado—, para que así supieseis que lo que voy a deciros es verdad.

—No es momento de molestar a la Amyrlin —empezó Theodrin, que entrelazó las manos y observó a Egwene. La paciencia se mezclaba con algo más en su semblante. Obviamente la más fuerte de las dos con el Poder, siempre tomaba el mando, pero esta vez se mostraba dispuesta a quedarse en segundo término. Egwene se preguntó con qué propósito.

—No es la Vara Juratoria la que hace Aes Sedai a una mujer, hija. —Pensaran lo que pensaran otras, añadió Egwene para sus adentros—. Dime la verdad y te creeré.

—No me gustáis. —La mata de pelo oscuro y rizoso de Faolain se meció cuando

la mujer sacudió la cabeza para dar énfasis a sus palabras—. Debéis saberlo. Probablemente penséis que os traté con mezquindad cuando erais novicia, cuando regresasteis a la Torre Blanca después de haber huido, pero sigo creyendo que no recibisteis ni la mitad del castigo que os merecíais. Tal vez que admita eso ayude a que creáis que hablo con sinceridad. No se trata de que no tengamos otra opción. Romanda nos ofreció tomarnos bajo su protección, y lo mismo hizo Lelaine. Aseguraron que se ocuparían de que fuéramos sometidas a la prueba y ascendidas como era debido tan pronto como regresemos a la Torre. —Su gesto se tornó más torvo, y Theodrin puso los ojos en blanco y tomó la palabra.

—Madre, lo que Faolain intenta decir con todos esos balbuceos y sin ir al grano es que no nos hemos adherido a vos porque no tengamos más remedio. Y tampoco lo hicimos por agradecimiento a que nos entregaseis el chal. —Frunció los labios como si pensara que ascenderlas a Aes Sedai del modo que Egwene había hecho no era realmente un regalo que inspirara demasiada gratitud.

—Entonces ¿por qué? —inquirió Egwene mientras se echaba hacia atrás. La silla se tambaleó ligeramente, pero aguantó.

Faolain intervino antes de que Theodrin tuviese tiempo de abrir la boca.

—Porque sois la Sede Amyrlin. —Todavía parecía enfadada—. Nos damos cuenta de lo que pasa. Algunas de las hermanas piensan que sois un títere de Sheriam, pero la mayoría cree que son Romanda y Lelaine quienes os dicen dónde y cuándo dar un paso. Eso no está bien. —Su semblante se tornó ceñudo—. Me marché de la Torre porque lo que hizo Elaida no era lo correcto. Os ascendieron a Amyrlin. Así pues, soy vuestra. Si queréis aceptarme. Si podéis confiar en mí sin la Vara Juratoria. Tenéis que creerme.

—¿Y tú, Theodrin? —preguntó quedamente Egwene, ejerciendo todo su control para mantener una expresión impasible. Saber lo que las hermanas pensaban ya era bastante malo; oírlo en voz alta era… doloroso.

—También soy vuestra —manifestó Theodrin—, si queréis aceptarme. —Extendió las manos en un ademán despectivo—. No somos gran cosa, lo sé, pero al parecer somos todo lo que tenéis. He de admitir que estaba indecisa, madre. Faolain es quien insistió en que hiciésemos esto. Francamente… —Volvió a ajustarse el chal sin necesidad, y su voz cobró firmeza—. Francamente, no veo cómo podéis imponeros a Romanda y a Lelaine. Pero intentamos comportarnos como Aes Sedai aunque todavía no lo seamos realmente. No lo seremos, madre, digáis lo que digáis, hasta que las otras hermanas nos vean como Aes Sedai, y eso no ocurrirá hasta que hayamos pasado la prueba y prestado los Tres Juramentos.

Egwene sacó de un tirón el trozo de pergamino doblado debajo del tintero y lo toqueteó mientras reflexionaba. ¿Que Faolain era la impulsora que había detrás de esto? Era algo tan increíble como que un lobo se hiciese amigo del pastor.

Sospechaba que «no gustar» era una forma suave de expresar lo que Faolain sentía hacia ella, y la mujer debía de saber que Egwene difícilmente la veía como una amiga potencial. Si habían aceptado el arreglo ofrecido por cualquiera de las dos Asentadas, mencionar esa oferta podía ser un buen modo de echar abajo sus sospechas.

—Madre —dijo Faolain, y enmudeció, al parecer sorprendida consigo misma. Era la primera vez que se dirigía a Egwene con ese tratamiento. Tras hacer una profunda inhalación, continuó—: Madre, sé que debe de costaros mucho creernos, ya que no hemos sostenido la Vara Juratoria, pero…

—Querría que dejaras de sacar eso a colación —la interrumpió Egwene. Era aconsejable actuar con prudencia, pero no podía permitirse el lujo de rechazar todas las ofertas de ayuda por miedo a las intrigas—. ¿Piensas que todo el mundo cree a las Aes Sedai por los Tres Juramentos? La gente que conoce a las Aes Sedai sabe que una hermana puede dar la vuelta a la verdad y transformarla de arriba abajo si así lo quiere. En mi opinión, creo que los Tres Juramentos perjudican tanto como ayudan, y puede que incluso más. Os creeré hasta que me entere de que me habéis mentido, y confiaré en vosotras hasta que demostréis que no merecéis esa confianza. Igual que hace el resto de la gente entre sí. —Pensándolo bien, los Juramentos no cambiaban eso. Las más de las veces creer en la fidelidad de una hermana requería confiar en ella. Los Juramentos sólo conseguían aumentar el recelo sobre ellos, preguntándose si se estaban manipulando y cómo—. Otra cosa más. Vosotras dos sois Aes Sedai. No quiero volver a oír una palabra respecto a no haber pasado la prueba ni sostener la Vara Juratoria ni nada por el estilo. Ya es bastante que tengáis que afrontar esa estupidez para que además estéis repitiéndolo como papagayos. ¿He hablado con suficiente claridad?

Las dos mujeres plantadas al otro lado de la mesa musitaron apresuradamente que sí lo había hecho y después intercambiaron una larga mirada. Esta vez era Faolain la que parecía indecisa. Finalmente, Theodrin rodeó la mesa para arrodillarse junto a la silla de Egwene y besar su sello.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento, yo, Theodrin Dabei, os juro lealtad, Egwene al'Vere, para serviros fielmente y obedeceros a costa de mi vida y mi honor. —Se quedó mirándola, expectante.

Egwene no pudo menos de asentir con la cabeza. Eso no formaba parte del ritual Aes Sedai; era la fórmula con que los nobles juraban fidelidad a un dirigente. Algunos gobernantes ni siquiera recibían un juramento tan serio. Empero, no bien se había levantado Theodrin, con una sonrisa de alivio, cuando Faolain ocupó su lugar.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento, yo, Faolain Orande…

Era todo lo que habría podido desear y más. De cualquiera de las otras hermanas, al menos, a las que probablemente ni siquiera se podría mandar traer el guardapolvo

si se levantaba el viento.

Cuando Faolain hubo acabado, permaneció de rodillas, pero en una postura tiesa.

—Madre, está el asunto de mi penitencia. Por lo que os he dicho de que no me gustabais. Me la impondré yo misma, si queréis, pero estáis en vuestro derecho de marcarla vos. —Su voz era tan dura como su porte.

Egwene se mordió el labio, a punto de soltar una risa. Mantener el semblante impasible le exigió un verdadero esfuerzo; quizá lo tomaran por un hipo. Por mucho que proclamaran que no eran verdaderas Aes Sedai, Faolain acababa de demostrar que lo era con creces. A veces las hermanas se marcaban penitencias a fin de lograr un equilibrio entre el orgullo y la humildad —tal equilibrio se valoraba mucho, supuestamente, y era la única razón que solían dar— pero ciertamente ninguna buscaba que le fuera impuesta. La penitencia establecida por otra podía resultar bastante dura, y se suponía que la Amyrlin era más dura en este aspecto que los Ajahs. En cualquier caso, no obstante, muchas hermanas hacían una altanera exhibición de sometimiento a la mayor voluntad de las Aes Sedai, una demostración arrogante de su falta de arrogancia. El orgullo de la humildad, lo llamaba Siuan. Egwene se planteó ordenar a la mujer que se comiera una pastilla de jabón sólo para ver su expresión —Faolain tenía una lengua mordaz— pero en cambio…

—No impongo castigos por decir la verdad, hija. O porque esa verdad no me guste. Puedes seguir albergando ese sentimiento de desagrado, siempre y cuando mantengas tu juramento. —Y era un juramento que nadie rompería excepto un Amigo Siniestro. Con todo, siempre había formas de eludir casi todo. Sin embargo, un palo frágil era mejor que nada si se estaba rechazando a un oso.

Faolain abrió unos ojos como platos, y Egwene suspiró mientras le indicaba que se levantara con un gesto. De haber sido la situación al contrario, Faolain le habría hecho morder el polvo.

—Os encargo unas tareas para empezar, hijas —continuó.

Las dos escucharon atentamente, Faolain sin parpadear siquiera y Theodrin con el índice sobre los labios en ademán pensativo, pero en esta ocasión, cuando les dijo que podían marcharse, respondieron «Como ordenéis, madre» al unísono y haciendo una reverencia.

Pero el buen talante de Egwene no duró mucho. Meri llegó con su desayuno en el momento en que Theodrin y Faolain se marchaban, y cuando Egwene le dio las gracias por la poma de pétalos de rosa dijo:

—Tengo alguno que otro rato libre, madre.

Por su expresión, podía ser una acusación de que Egwene la hacía trabajar en exceso o que ella no trabajaba lo suficiente. Compota elaborada con frutas ácidas, ni más ni menos. En realidad, el rictus de la mujer habría podido amargar el té de menta y endurecer el crujiente panecillo hasta convertirlo en un trozo de piedra. Egwene la

despidió antes de ingerir el desayuno. El té, en cualquier caso, estaba flojo. Era una de las cosas que escaseaban en el campamento.

La nota que había cogido de debajo del tintero tampoco resultó ser un bocado agradable. «Nada interesante en el sueño» informaba la fina escritura de Siuan. De modo que ella también había estado en el *Tel'aran'rhiod* la noche anterior; hacía mucha labor de espionaje allí. No importaba si había buscado alguna pista de Moghedien —aunque eso habría sido una estupidez colosal— o cualquier otra cosa: nada era nada.

Egwene torció el gesto, y no sólo por ese «nada». Que Siuan hubiese estado la noche anterior en el *Tel'aran'rhiod* significaba la visita de Leane en algún momento del día, protestando. Siuan ya no tenía permiso para utilizar un *ter'angreal* del sueño; no desde que había intentado enseñar algo sobre el Mundo de los Sueños a las otras hermanas. No se debía a que supiera mucho más que ellas, que no lo sabía, ni que fueran muy pocas las hermanas que creyeran que necesitaban una maestra para aprender nada, pero Siuan tenía una lengua hiriente y ninguna paciencia. Por lo general se las arreglaba para controlar el genio, pero dos estallidos gritando y agitando los puños le valieron la negativa a tener acceso a los *ter'angreal*, y podía considerarse afortunada de que las cosas quedaran así. Por el contrario, a Leane le proporcionaban uno cada vez que lo pedía, y frecuentemente Siuan lo usaba a escondidas. Ésa era una de las manzanas de la discordia que había realmente entre ellas: las dos habrían visitado el *Tel'aran'rhiod* cada noche de haber podido hacerlo.

Con una mueca, Egwene encauzó una mínima chispa de Fuego hacia una esquina del pergamino y sostuvo el papel hasta que se quemó muy cerca de sus dedos. No quedaba nada que pudiese descubrir alguien que rebuscara entre sus cosas para informar allí donde levantaría sospechas.

Casi había acabado de desayunar y seguía sola; eso no era habitual. Tal vez Sheriam estuviese intentando esquivarla, pero Siuan tendría que estar ya allí. Se metió en la boca el último trozo de panecillo y lo pasó con el sorbo que le quedaba de té, tras lo cual se levantó para ir a buscarla, en el preciso momento en que Siuan entraba en la tienda. De haber tenido cola, la mujer la habría estado sacudiendo a uno y otro lado.

—¿Dónde has estado? —demandó Egwene al tiempo que creaba una salvaguarda contra oídos indiscretos.

—Aeldene me hizo salir de la cama antes de amanecer —gruñó Siuan, que se dejó caer en una de las banquetas—. Aún cree que podrá sacarme la lista de los informadores de la Amyrlin. ¡Nadie la tendrá! ¡Nadie!

Cuando Siuan había llegado a Salidar, todavía como una mujer neutralizada en plena huida, una Amyrlin depuesta que el mundo daba por muerta, las hermanas podrían no haberle permitido quedarse a no ser porque conocía no sólo la red de

informadores de la Sede Amyrlin, sino también la del Ajah Azul, que había tenido a su cargo antes de ser ascendida a la estola. Aquello le había dado cierta influencia, al igual que a Leane su red de informadores dentro de la propia Tar Valon. La llegada de Aeldene Puente de Piedra, que había ocupado su puesto en el Ajah Azul, había cambiado la situación de Siuan. Aeldene había organizado un escándalo porque los informes de un puñado de agentes del Azul con los que Siuan había logrado ponerse en contacto llegaran a las manos de mujeres que no pertenecían al Ajah. Que su propia posición se hubiese descubierto —se suponía que sólo dos o tres hermanas estaban enteradas, incluso entre las Azules— enfureció a Aeldene hasta lo indecible. No sólo le arrebató el control de la red de las Azules, no sólo reconvino a Siuan en un tono tan alto que debió de oírse a un kilómetro, sino que faltó poco para que le echara las manos al cuello. Aeldene era natural de un pueblo minero andoreño, en las Montañas de la Niebla, y se comentaba que su nariz torcida se debía a haber luchado a puñetazos cuando era pequeña. La reacción de Aeldene había dado ideas a otras.

Egwene regresó a su silla inestable y apartó a un lado la bandeja del desayuno.

—Aeldene no te lo quitará, Siuan, ni ninguna otra persona. —Cuando Aeldene reclamó la red de informadores de las Azules, otras empezaron a pensar que el Azul no tenía por qué disponer también de la red de la Amyrlin. Nadie sugirió que debería estar en manos de Egwene. Era la Antecámara quien debía tener control sobre esa red. Era lo que afirmaban Romanda y Lelaine. Ambas intentaban ser la que estuviese a cargo, desde luego, la que recibiera en primer lugar esos informes, porque ser la primera en saber algo tenía ventajas. Aeldene opinaba que esos informadores debían sumarse a la red de las Azules puesto que Siuan era una Azul. Al menos Sheriam se conformaba simplemente con que le entregaran todos los mensajes que Siuan recibía. Lo que ocurría por regla general—. No pueden obligarte a entregarlo.

Egwene volvió a llenar la taza de té, y la dejó, así como el tarro azul de miel, en la esquina de la mesa más próxima a Siuan, pero ésta se limitó a mirarlos fijamente. Su rabia se había esfumado; estaba hundida en la banqueta.

—Una nunca piensa realmente en su fuerza —dijo, como si hablara consigo misma—. Es consciente de ello si supera a otra, pero no lo piensa. Sólo sabe que la otra la respeta o que una la respeta a ella cuando es al contrario. Antes no había nadie más fuerte que yo. Nadie, desde… —Bajó la vista a sus manos, que se movían con nerviosismo sobre el regazo—. A veces, cuando Romanda me está machacando, o Lelaine, la conciencia de mi debilidad me asalta como un vendaval. Ahora me superan de tal modo que debería contener la lengua hasta que me diesen permiso para hablar. Hasta Aeldene lo es, y ella está en un nivel intermedio. —Se obligó a levantar la cabeza; tenía la boca tirante y su tono era amargo—. Supongo que estoy ajustándome a la realidad. Eso es algo que también está arraigado en nosotras, lo llevamos muy dentro antes incluso de pasar la prueba para acceder al chal. Pero no

me gusta. ¡No me gusta!

Egwene cogió la pluma que estaba junto al tintero y el recipiente de arena; jugueteó con ella mientras elegía cuidadosamente las palabras.

—Siuan, sabes lo que opino sobre lo que es necesario que se cambie. Hay muchas cosas que hacemos simplemente porque las Aes Sedai las han hecho siempre así. Pero se están produciendo cambios, por mucho que algunas crean que todo volverá a ser como antes. Dudo que haya habido alguien ascendida a Amyrlin sin antes ser Aes Sedai. —Tal afirmación habría suscitado un comentario sobre los informes secretos de la Torre Blanca; Siuan repetía a menudo que no había una sola cosa que no hubiese pasado al menos una vez en la historia de la Torre, aunque al parecer eso sí era la primera vez que ocurría. La otra mujer siguió callada, hundida en la silla como un saco vacío, desalentada—. Siuan, el método de las Aes Sedai no es el único, y no siempre ha sido el ideal. Tengo intención de que hagamos las cosas del mejor modo posible, y quienquiera que no aprenda a cambiar o no quiera hacerlo, más le vale que aprenda a aguantarse. —Se inclinó sobre la mesa, procurando que su expresión fuera animosa—. No he conseguido descubrir qué método siguen las Sabias para establecer la prioridad, pero no es la fuerza en el Poder la que lo determina. Hay mujeres que encauzan y muestran deferencia hacia otra que no puede. Una de ellas, Sorilea, jamás habría llegado al grado de Aceptada, y sin embargo hasta la más fuerte en el Poder la obedece sin rechistar.

—Espontáneas —respondió en tono displicente Siuan, pero faltaba convicción en su voz.

—Bien, fijémonos pues en las Aes Sedai. A mí no me nombraron Amyrlin porque sea la más fuerte. Se elige a las mujeres más inteligentes para la Antecámara o para ser embajadoras o consejeras, o, al menos, a las más capacitadas, las más hábiles, no a las que tienen más fuerza. —Mejor no mencionar en qué eran diestras, aunque ciertamente Siuan también poseía esas habilidades en particular.

—¿La Antecámara? Podrían mandarme llevarles té. Podrían mandarme barrer cuando hubiesen acabado la reunión.

Egwene se recostó en la silla y soltó la pluma. Habría querido sacudirla. Siuan había seguido adelante cuando no podía encauzar ni poco ni mucho, ¿y ahora le entraba la flojera? Estaba a punto de contarle lo de Theodrin y Faolain —eso le levantaría un poco el ánimo y merecería su aprobación— cuando vio a una mujer de tez olivácea, con un amplio sombrero gris que le protegía la cara del sol, pasar a caballo por delante de las solapas abiertas de la tienda, aparentemente absorta en sus pensamientos.

—Siuan, es Myrelle. —Deshizo la salvaguarda y corrió al exterior—. Myrelle —llamó.

Siuan necesitaba una victoria para quitarse el mal sabor de boca por ser tratada

sin miramientos, y esto podía servir. Myrelle era una de las hermanas del pequeño grupo de Sheriam, y al parecer, si eran ciertas las sospechas de Siuan, guardaba un secreto muy personal.

La mujer frenó a la alazana y miró en derredor; dio un respingo al ver a Egwene. A juzgar por su reacción, la hermana Verde no se había dado cuenta de la zona del campamento por la que estaba pasando. Un fino guardapolvo colgaba a su espalda, sobre el vestido de montar de color gris claro.

—Madre —dijo, vacilante—, si me disculpáis, he de…

—No te disculpo —la interrumpió Egwene, haciéndola encogerse. Cualquier duda que pudiese albergar respecto a que Myrelle no estuviera enterada de lo ocurrido la noche anterior por Sheriam se borró de un plumazo—. Hablaré contigo. Ahora.

Siuan también había salido, pero, en lugar de mirar a la hermana que desmontaba a regañadientes, tenía clavada la vista en la hilera de tiendas, observando fijamente a un hombre corpulento y canoso que llevaba un peto abollado sobre la chaqueta de color ocre y que montaba un gran bayo conduciéndolo hacia ellas. Su presencia allí era una sorpresa. Por lo general lord Bryne se comunicaba con la Antecámara a través de un mensajero, y sus contadas visitas se terminaban casi siempre antes de que Egwene supiera que había estado allí. Siuan adoptó una expresión de serenidad de Aes Sedai tal que casi hacía olvidar la juventud de su rostro.

Tras lanzar una fugaz ojeada a Siuan, Bryne desmontó e hizo una reverencia, manejando la espada con sobria gracia. Era un hombre de rostro curtido, de mediana talla, pero que debido a su modo de moverse y actuar daba la sensación de ser más alto. No había nada llamativo ni especial en él; su rostro cubierto de sudor le daba la apariencia de un hombre que estuviese en plena faena, realizando un trabajo corporal.

—Madre, ¿puedo hablar con vos? A solas.

Myrelle se volvió como si fuera a marcharse.

—¡Quieta ahí! —espetó Egwene—. ¡Quédate donde estás!

Myrelle se quedó boquiabierta. Su sorpresa parecía ocasionada tanto por su propia obediencia como por el tono imperativo de Egwene; la expresión se borró para dar paso a otra de agria resignación, que a su vez quedó oculta rápidamente bajo una fachada de impasibilidad. Una impavidez que desmentía el modo con que sus dedos jugueteaban con las riendas.

Bryne ni siquiera parpadeó, aunque Egwene estaba segura de que al menos tenía cierta idea de su situación. Egwene sospechaba que había pocas cosas que lo sorprendieran o lo alteraran. Su sola presencia había hecho que Siuan se pusiera a la defensiva, aunque por lo visto era ella la que empezaba casi todas las discusiones con el hombre. De hecho, se había puesto en jarras y tenía clavada la mirada en él, una mirada que no presagiaba nada bueno y que habría puesto nervioso a cualquiera

aunque no hubiese provenido de una Aes Sedai. El hecho de que Myrelle estuviese allí seguramente tenía mucho que ver. Quizá.

—Tenía intención de pediros que os reunieseis conmigo esta tarde, lord Bryne. Ya que habéis venido, os lo pido personalmente ahora. —Había preguntas que quería hacerle—. Podremos hablar entonces. Si me disculpáis, he de atender otros asuntos.

En lugar de aceptar su indicación de que se marchara, Bryne anunció:

—Madre, una de mis patrullas encontró algo justo antes de amanecer, algo que creo que deberíais ver vos misma. Puedo tener dispuesta una escolta en…

—No es preciso —lo interrumpió—. Myrelle, vendrás con nosotros. Siuan, ¿querrás pedir que alguien me traiga mi caballo, por favor? Sin demora.

Hacerse acompañar por Myrelle sería mejor que enfrentarse a ella allí, si es que las pistas relacionadas por Siuan apuntaban realmente hacia algo concreto, y también mientras cabalgaban podría preguntar a Bryne lo que quería. Pero no era por ninguna de esas razones por lo que tenía tanta prisa. Acababa de localizar a Lelaine caminando hacia allí entre las filas de tiendas, con Takima a su lado. Con una sola excepción, todas las mujeres que ya eran Asentadas antes de que Siuan fuera depuesta se habían decantado a favor de Lelaine o de Romanda. La mayoría de las Asentadas elegidas recientemente actuaban según su propio criterio, lo que era un poco mejor en opinión de Egwene. Sólo un poco.

Incluso a cierta distancia la postura de los hombros de Lelaine era inequívoca: estaba dispuesta a pasar por encima de cuanto encontrara en su camino. Siuan la vio también y salió disparada sin detenerse siquiera a hacer una reverencia, pero no había tiempo para llevar a cabo una retirada a menos que Egwene se montara en el caballo de lord Bryne.

Lelaine se plantó delante de ella, pero fue en Bryne en quien clavó una mirada incisiva, calculadora, como conjeturando qué era lo que hacía allí. Sin embargo, era otro pez más grande el que quería poner en el asador.

—He de hablar con la Amyrlin —dijo perentoriamente, y señaló a Myrelle—. Tú espera aquí; hablaré contigo después.

Bryne hizo una reverencia, no muy marcada, y condujo su caballo hacia donde le indicaba la mujer. Cualquier hombre con dos dedos de frente aprendía enseguida que discutir con una Aes Sedai servía de poco, y con una Asentada, menos o nada.

Antes de que Lelaine tuviera tiempo de abrir la boca, Romanda apareció de repente allí, irradiando un halo de autoridad tan fuerte que al principio Egwene ni siquiera advirtió que Varilin estaba con ella, y eso que la esbelta y pelirroja Asentada del Ajah Gris era varios centímetros más alta que la mayoría de los hombres. Lo único sorprendente era que Romanda no hubiese aparecido antes. Ella y Lelaine se vigilaban como halcones, sin dejar que la otra estuviese con Egwene a solas. El brillo del *Saidar* rodeó a ambas mujeres al mismo tiempo, y las dos tejieron una

salvaguarda alrededor de las cinco para que nadie oyera lo que hablaban. Sus miradas chocaron en unos rostros absolutamente fríos e impasibles, pero ninguna deshizo su barrera.

Egwene se mordió la lengua. En un lugar público, dependía de la hermana más fuerte decidir si una conversación debía mantenerse sin que la oyeran otros, aunque el protocolo establecía que la Amyrlin tomaba esa decisión siempre que estuviese presente. Empero, no tenía ganas de escuchar las explicaciones que tendrían poco de disculpa si sacaba a relucir ese tema. Si presionaba, acabarían accediendo, naturalmente. Aunque, eso sí, comportándose como si quisieran calmar a una niñita irascible. Se mordió la lengua e hirvió de rabia por dentro. ¿Dónde se había metido Siuan? No, estaba siendo injusta; ensillar unos caballos requería unos minutos. ¡Luz, le dolía tanto la cabeza que habría querido llevarse las manos a las sienes!

Romanda fue quien apartó la mirada, pero no con aire de derrota. Se volvió hacia Egwene tan de repente que Lelaine se quedó con los ojos clavados en el vacío, como una idiota.

—Delana está causando problemas otra vez. —Su voz de timbre agudo sonó casi dulce, pero albergaba un deje cortante que ponía énfasis a la falta de un título de respeto. Romanda tenía el cabello completamente gris, y lo llevaba recogido en un moño en la nuca, pero desde luego la edad no la había ablandado.

Takima, con el largo cabello negro y una tez del color del marfil viejo, llevaba casi nueve años siendo Asentada Marrón, y se mostraba tan enérgica en la Antecámara como en sus clases, pero aun así se mantenía un paso por detrás, con las manos enlazadas en la cintura. Romanda dirigía a su facción con tanta firmeza como Sorilea a la suya. Era una de las que pensaban que la disciplina rígida era de importancia capital, y, a decir verdad, Lelaine no le andaba mucho a la zaga.

—Planea presentar una proposición a la Antecámara —intervino Lelaine con acritud, ahora rehusando dirigir la vista hacia Romanda. Era obvio que estar de acuerdo con la otra mujer le gustaba tan poco como haber hablado en segundo lugar. Consciente de su relativa ventaja, Romanda sonrió, un leve gesto que curvó la comisura de sus labios.

—¿Respecto a qué? —preguntó Egwene, siguiendo el juego para ganar tiempo. Estaba segura de saber de qué se trataba. Le costó un verdadero esfuerzo no suspirar. Y otro aún mayor no frotarse las sienes.

—¿Pues de qué va a ser? Sobre el Ajah Negro, naturalmente, madre —contestó Varilin, que alzó la cabeza como si la pregunta la hubiese sorprendido, y con razón, ya que Delana era una fanática en ese asunto—. Quiere que la Antecámara acuse abiertamente a Elaida de ser una hermana Negra. —Enmudeció de repente cuando Lelaine levantó una mano.

Lelaine daba más libertad a sus seguidoras que Romanda a las suyas, o tal vez era

que no tenía un control tan férreo, aunque no era precisamente blando.

—Tenéis que hablar con ella, madre. —Cuando quería, Lelaine sabía dar calidez a su sonrisa. Siuan decía que hubo un tiempo en que habían sido amigas; de hecho, había acogido su vuelta con una versión de bienvenida. Sin embargo, a Egwene esa sonrisa le parecía una herramienta pulida con la práctica.

—¿Para decirle qué? —Luz, cómo deseaba poder aliviar el dolor de cabeza con un suave masaje. Esas dos se aseguraban de que la Antecámara aprobase sólo lo que cada una de ellas quería, y ciertamente poco de lo que sugería Egwene, con el resultado de que al final no se aprobaba nada, ¿y ahora querían que ella intercediera con una Asentada? Delana apoyaba sus propuestas, cierto; cuando le convenía. Delana era una veleta que cambiaba de dirección con cada soplo del viento, y si se volvía en la dirección de Egwene con bastante frecuencia últimamente eso no significaba gran cosa. El Ajah Negro parecía su único norte. ¿Por qué tardaba tanto Siuan?

—Para decirle que se olvide de ello, madre. —La sonrisa y el tono de Lelaine eran los que utilizaría una madre con su hija—. Esa estupidez, peor que estupidez, tiene a todo el mundo en ascuas. Algunas de las hermanas empiezan incluso a creer en ello, madre. No pasará mucho tiempo antes de que la idea se propague a la servidumbre y a los soldados. —La mirada que dirigió a Bryne estaba cargada de dudas. El hombre parecía estar intentando charlar con Myrelle, que a su vez observaba fijamente al grupo protegido por la salvaguarda mientras sus manos enguantadas jugueteaban sin parar con las riendas.

—Creer lo que es obvio no es una estupidez —espetó Romanda—. Madre… —En su boca, esa palabra sonaba totalmente como si hubiese dicho «muchacha»—, la razón por la que hay que parar a Delana es porque con ello no hace ningún bien y sí ocasiona un considerable perjuicio. Tal vez Elaida sea una Negra, aunque lo dudo seriamente, a pesar de todas las habladurías que esa mujerzuela, Halima, trajo consigo. Elaida es obcecada hasta el desatino, pero no puedo creer que haya maldad en ella. No obstante, si la hay, proclamarlo a los cuatro vientos sólo conseguirá que la gente desconfíe de todas las Aes Sedai y que el Ajah Negro se oculte con mayor empeño. Hay métodos para descubrirlas, si no las asustamos y las hacemos huir.

La aspiración por la nariz que hizo Lelaine casi sonó como un resoplido desdeñoso.

—Aun en el caso de que esa tontería fuera cierta, ninguna hermana con amor propio se sometería a tus «métodos», Romanda. Lo que has sugerido se parece mucho a ser sometida a un interrogatorio.

Egwene parpadeó desconcertada; ni Siuan ni Leane le habían hecho ni la menor insinuación sobre eso. Por suerte, las Asentadas no le estaban prestando atención para advertir su reacción. Como siempre.

Puesta en jarras, Romanda se giró hacia Lelaine.

—Las situaciones extremas requieren acciones extremas. Alguien podría preguntarse por qué una Aes Sedai antepone su dignidad a la posibilidad de desenmascarar a servidoras del Oscuro.

—Ese comentario lleva una peligrosa connotación de acusación —dijo Lelaine, estrechando los ojos.

Romanda era la que sonreía ahora; una mueca fría, dura como el pedernal.

—Seré la primera en someterme a mis «métodos», Lelaine, si tú lo haces a continuación.

Lelaine gruñó y dio un paso hacia la otra mujer, y Romanda se inclinó hacia ella, adelantando la barbilla. Parecían dispuestas a agarrarse del pelo y a rodar por el suelo, y al infierno con la dignidad Aes Sedai. Varilin y Takima se miraban furibundas, como dos doncellas respaldando a sus señoras, una semejando una grulla y la otra una gallina, ambas con las plumas encrespadas. Las cuatro parecían haberse olvidado completamente de Egwene.

Siuan llegó corriendo, sujetándose un amplio sombrero de paja y llevando de las riendas una gorda yegua parda, con pelaje blanco en las patas traseras, como si llevara calcetines; se frenó en seco al ver al grupo protegido por la barrera. Uno de los mozos la acompañaba, un tipo larguirucho vestido con chaleco largo y desgastado y camisa con remiendos, que sujetaba las riendas de un ruano. Las salvaguardas eran invisibles para él, pero el *Saidar* no ocultaba los rostros de las cuatro mujeres. El chico abrió mucho los ojos y empezó a lamerse los labios. A decir verdad, la gente que pasaba cerca daba un rodeo a la tienda y fingía no haber visto nada, tanto si eran Aes Sedai, como Guardianes, como sirvientes. Únicamente Bryne tenía el ceño fruncido y las observaba como preguntándose qué estarían hablando. Myrelle estaba ocupada en colocar mejor las alforjas de su montura, evidentemente a punto de partir.

—Cuando hayáis decidido qué he de decirle —anunció Egwene—, entonces podré decidir qué hacer.

Realmente se habían olvidado de ella. Las cuatro la miraron sin salir de su asombro mientras pasaba entre Romanda y Lelaine y atravesaba la doble barrera de salvaguardas. No sintió nada al rozar el tejido, naturalmente; nunca se hacían para detener algo tan sólido como un cuerpo humano.

Cuando montó en el ruano, Myrelle inhaló profundamente e hizo lo mismo con aire resignado. Las salvaguardas habían desaparecido, aunque el brillo del *Saidar* envolvía todavía a las dos Asentadas, ambas la viva imagen de la frustración. Egwene se puso a toda prisa el fino guardapolvo que habían dejado en la parte delantera de la silla, así como los guantes de montar que iban metidos en un bolsillo del guardapolvo. De la perilla de la silla colgaba un sombrero de ala ancha, de color azul profundo, a juego con el vestido, con un ramillete de plumas blancas sujeto con un

alfiler en la parte delantera; señalaba a gritos la mano de Chesa. Una cosa era que el calor no la afectara y otra muy distinta que hiciera caso omiso del resol. Quitó el alfiler y las plumas, que guardó en una alforja, se puso el sombrero y anudó las cintas bajo la barbilla.

—¿Nos vamos, madre? —preguntó Bryne. Ya estaba montado, y el yelmo que antes colgaba de la silla ahora oscurecía su rostro tras las barras metálicas de la visera. En él parecía muy natural, como si hubiese nacido para llevar armadura.

Egwene asintió. No hubo ningún intento de detenerlos. Lelaine no se rebajaría a gritar «¡alto!» en público, pero Romanda… Egwene sintió una gran sensación de alivio a medida que se alejaban, aunque su cabeza parecía a punto de estallar. ¿Qué iba a hacer con Delana? ¿Qué podía hacer?

La calzada principal de esa zona, una ancha franja de tierra prensada hasta tal punto que nada levantaba polvo de ella, se extendía a lo largo del sector que separaba el campamento del ejército del de las Aes Sedai. Bryne la cruzó y continuó a través del resto de las tiendas de los soldados del otro lado.

Aunque el campamento del ejército lo componía un número de gente treinta veces superior al que ocupaba el de las Aes Sedai, parecía haber pocas más tiendas que las destinadas a las hermanas y a quienes las servían, todas esparcidas por las zonas llanas así como por las laderas de las colinas. La mayoría de los soldados dormían al raso. Claro que hacía tanto tiempo que no llovía que costaba recordar cuándo había sido la última vez, y tampoco se veía una sola nube en el cielo. Cosa extraña, allí había más mujeres que en el campamento de las hermanas, aunque a primera vista daba la impresión de que fueran menos al estar entre tantos hombres. Las cocineras atendían las grandes marmitas y las lavanderas hacían la colada, grandes montones de ropas apiladas, en tanto que otras trabajaban con los caballos o las carretas. Un gran número de ellas parecían ser esposas de soldados; al menos, se las veía sentadas aquí y allí cosiendo o zurciendo vestidos y camisas o removiendo el guiso de ollas pequeñas. Había armeros casi en cualquier dirección que Egwene miraba; los martillos resonaban al golpear el acero contra los yunques, y los flecheros iban añadiendo nuevos proyectiles a los montones que tenían a sus pies, en tanto que herreros y mozos revisaban los caballos. Había cientos, tal vez miles, de carretas de todo tipo y tamaño por doquier; al parecer el ejército iba recogiendo a todos los que encontraba en el camino. La mayoría de los encargados de obtener provisiones ya se habían marchado con los vehículos, pero todavía se veían unos cuantos carros de ruedas altas que se alejaban lentamente, traqueteando, en busca de granjas y pueblos. Aquí y allí, los soldados lanzaban vítores a su paso: «¡Lord Bryne!», «¡El toro! ¡El toro!» Ése era el escudo de armas del general.

Egwene se giró en la silla para comprobar que Myrelle todavía la seguía a corta distancia. Así era; la mujer dejaba que el caballo avanzara libremente, y en su

semblante se plasmaba una expresión absorta, ligeramente enfermiza. Siuan se había situado en la retaguardia, como un pastor vigilando la única oveja que llevaban. Claro que también cabía la posibilidad de que ocupara esa posición por miedo a azuzar su montura. La yegua parda era una bola de grasa, pero Siuan habría tratado a un poni con igual precaución que si fuera un caballo de batalla.

Egwene sintió una repentina irritación hacia su propia montura. El nombre del caballo era *Daishar*, «glorioso» en la Antigua Lengua. Habría preferido montar en *Bela*, una pequeña y peluda yegua no mucho más delgada que la parda de Siuan, con la que había partido de Dos Ríos. A veces pensaba que debía de parecer una muñeca, encaramada en un castrado que podría pasar por un caballo de batalla, pero la Amyrlin debía tener una montura apropiada. Nada de peludos caballos de tiro. Aunque esta norma fuera obra de ella, se sentía tan limitada como una novicia. Se giró de nuevo en la silla.

—¿Esperáis algún tipo de oposición en nuestro camino, lord Bryne? —preguntó.

El hombre la miró de soslayo. Había preguntado lo mismo una vez, antes de partir de Salidar, y en dos ocasiones más, mientras cruzaban Altara. No demasiadas para levantar sospechas, creía.

—Murandy es como Altara, madre. Un vecino demasiado ocupado en maquinar contra otro vecino o en luchar abiertamente contra él como para unirse a fin de presentar batalla. Y, aun en el caso de que lo hicieran, tampoco representaría una fuerza importante. —Su tono era muy seco. Había sido capitán general de la Guardia Real de Andor, y tenía a sus espaldas la experiencia de muchos años de escaramuzas fronterizas con los murandianos—. Andor será otra cantar, me temo. No espero con ansia ese momento.

El hombre hizo que su caballo torciera hacia la suave cuesta del borde del camino a fin de sortear las tres carretas que avanzaban dando tumbos sobre las piedras, en la misma dirección. Egwene procuró reprimir una mueca de preocupación. Andor. Las veces anteriores, Bryne se había limitado a contestar que no. Éstas eran las estribaciones de las colinas Cumbar, situadas al sur de Lugard, capital de Murandy. Aun con suerte, la frontera de Andor se encontraba todavía a diez días de marcha.

—Y cuando lleguemos a Tar Valon, lord Bryne, ¿cómo planeáis tomar la ciudad?

—Nadie me ha pedido hacer tal cosa hasta ahora, madre. —Si antes su voz le pareció seca, ahora sí que lo era realmente—. Para cuando lleguemos a Tar Valon, si la Luz quiere, tendré dos o tres veces más soldados que los que hay ahora. —Egwene se encogió ante la idea de pagar a tantos hombres, pero Bryne no pareció advertir su gesto—. Con ese número, pondré sitio a la ciudad. Lo más difícil será encontrar barcos y hundirlos para bloquear Puerto del Norte y Puerto del Sur. Son claves para el asedio, tanto o más que los puentes de la ciudad, madre. Tar Valon es más grande que Cairhien y Caemlyn juntas. Una vez que se interrumpa el suministro de víveres… —

Se encogió de hombros—. Gran parte de la función de un ejército se reduce a esperar, cuando no está de marcha.

—¿Y si no contáis con tantos soldados? —Nunca se había planteado que toda esa gente padeciera necesidades y hambre, mujeres y niños incluidos. Nunca había pensado realmente que otros se vieran involucrados aparte de las Aes Sedai y los soldados. ¿Cómo podía haber sido tan necia? Había visto los resultados de la guerra en Cairhien. Bryne parecía tomárselo muy a la ligera. Claro que era un soldado; las privaciones y la muerte debían de ser algo cotidiano para la gente de su oficio—. ¿Y si sólo tenéis, digamos…?

—¿Asedio? —Al parecer, algo de lo que estaban hablando había sacado finalmente a Myrelle de sus reflexiones. Taconeó al alazán para acercarse a ellos, obligando a varios hombres del campamento a apartarse de un salto a los lados. Algunos cayeron de bruces al suelo, y unos pocos abrieron la boca, ceñudos, para protestar; pero entonces vieron el rostro intemporal y volvieron a cerrarla de golpe. Myrelle ni siquiera pareció reparar en ellos, como si no existiesen—. Artur Hawkwing puso cerco a Tar Valon durante veinte años y no alcanzó su objetivo. —De pronto cayó en la cuenta de que había más gente y que la estaban escuchando, así que bajó la voz, pero seguía teniendo un tono de acritud—. ¿Queréis que estemos esperando veinte años?

Su aspereza resbaló en Gareth Bryne, sin afectarlo.

—¿Acaso preferís un ataque directo y de inmediato, Myrelle Sedai? —Habríase dicho que le preguntaba si prefería el té amargo o dulce—. Varios de los generales de Hawkwing lo intentaron, y sus hombres fueron masacrados. Ningún ejército ha logrado abrir brecha en las murallas de Tar Valon.

Egwene sabía que eso no era completamente cierto. En la Guerra de los Trollocs, un ejército de estos seres dirigidos por Señores del Espanto había llegado incluso a saquear e incendiar una parte de la propia Torre Blanca. Al final de la Guerra del Segundo Dragón, otro ejército que intentó rescatar a Guaire Amalasan antes de que éste fuera amansado también había llegado hasta la Torre. Myrelle no podía saber tal cosa, cuanto menos Bryne. El acceso a esas crónicas secretas, ocultas en la biblioteca de la Torre, quedó establecido con una rígida ley que a su vez también era secreta, de modo que revelar la existencia de ambos informes o la ley era traición. Siuan afirmaba que si se leía entre líneas se encontraban indicios de cosas que ni siquiera se habían mencionado en dichos informes. Las Aes Sedai eran muy buenas ocultando la verdad cuando lo consideraban necesario, incluso a su propia hermandad.

—Con cien mil hombres o con los que tengo ahora —continuó Bryne—, yo seré el primero en conseguirlo. Si es que puedo bloquear los puertos. Los generales de Hawkwing nunca lograron eso. Las Aes Sedai levantaron siempre esas cadenas a tiempo de detener los barcos que se dirigían a las bocanas y de hundirlos antes de que

tuvieran ocasión de situarse para cortar las vías de abastecimiento. Víveres y suministros llegaron a la ciudad. Al final vuestro ataque llegará, pero no hasta que la ciudad haya sido debilitada, si las cosas se hacen como quiero. —Su voz seguía siendo… normal. Como quien habla de planes para una excursión. Giró la cabeza hacia Myrelle y, aunque su tono no cambió, la intensidad de su mirada resultó evidente a pesar de llevar bajada la visera—. Y todas aceptasteis que se harían a mi modo en lo tocante al ejército. No estoy dispuesto a desperdiciar vidas de hombres.

Myrelle abrió la boca, y después la cerró lentamente. Saltaba a la vista que quería decir algo, pero no sabía qué. Por muy irritante que hubiese resultado, le habían dado su palabra; ella, Sheriam y las que tenían el mando cuando Bryne había aparecido en Salidar. Y por mucho que las Asentadas intentaron sortearla, ya que ellas no habían prometido nada. Bryne actuaba como si lo hubiesen hecho, sin embargo, y hasta el momento había conseguido salirse con la suya. Hasta el momento.

Egwene sintió el estómago revuelto; había visto lo que era la guerra. Unas imágenes pasaron en rápida sucesión, como destellos, por su cabeza: hombres luchando, matando para abrirse paso por las calles de Tar Valon, muriendo. Sus ojos se posaron en un tipo de mandíbula cuadrada que se mordía la punta de la lengua mientras pasaba la piedra de amolar por la punta de una pica. ¿Moriría en esas calles? ¿O aquel hombre mayor, medio calvo, que pasaba los dedos con todo cuidado por cada flecha antes de meterla en la aljaba? O aquel otro, un muchacho con altas botas de montar y caminar arrogante que parecía demasiado joven para necesitar afeitarse. Luz, había muchos que eran chiquillos. ¿Cuántos de ellos morirían? Por ella. Por la justicia, por la razón, por el mundo, pero, en el fondo, por ella. Siuan empezó a levantar una mano pero no terminó el gesto. De haber estado más cerca de Egwene, habría dado palmaditas de consuelo a la Amyrlin delante de todo el mundo. La joven irguió la espalda.

—Decidme, lord Bryne —pidió con voz tensa—, ¿qué es lo que queréis que vea? —Le pareció que el hombre echaba una fugaz mirada de soslayo a Myrelle antes de contestar.

—Será mejor esperar a que lo veáis, madre.

Egwene creía que la cabeza le iba a estallar. Si las pistas de Siuan conducían a algo, desollaría a Myrelle. Si no conducían a nada, entonces desollaría a Siuan. Y quizás incluiría a Gareth Bryne en el lote, de propina.

12



Una mañana de victorias

Las gibosas colinas y lomas que rodeaban el campamento mostraban todos los signos de la sequía y del calor impropio de la estación. Un calor contranatural, abominable, en realidad; hasta la persona más lerda podía ver en ello la mano del Oscuro tocando el mundo. El bosque propiamente dicho se encontraba al oeste, detrás de ellos, pero en las rocosas laderas crecían robles retorcidos, tupelos y pinos de una variedad extraña, así como otros árboles desconocidos para Egwene, todos marchitos, amarillentos y sin hojas. No deshojados y mustios por el invierno, sino agostados por falta de humedad y frescor. Muriéndose, si el tiempo no cambiaba pronto. Un río fluía hacia el sudoeste, el Reisendrelle, una corriente de veinte pasos de anchura, flanqueada por un cauce de barro reseco y endurecido, salpicado de piedras. Arremolinándose entre rocas que habrían hecho peligroso su cruce en otros tiempos, el agua apenas llegó a las rodillas de los caballos cuando vadearon la corriente. Egwene sintió que sus problemas menguaban ante la magnitud de lo que veía. A despecho de su jaqueca, elevó una plegaria por Nynaeve y Elayne. Su búsqueda era tan importante como cualquier cosa que hacía ella. O más. El mundo sobreviviría si ella fracasaba, pero sus dos amigas debían tener éxito en su empresa.

Cabalgaron hacia el sur a un trote ligero, moderando el paso cuando el terreno descendía en una pendiente muy pronunciada, o se hacía muy abrupto o los caballos tenían que subir una cuesta prolongada entre árboles y matorrales, si bien se mantenían lo más posible en zonas bajas, cubriendo terreno rápidamente. El castrado de Bryne, un animal fuerte y seguro en la marcha, no daba señales de que le importara si el terreno era o no empinado o si estaba sembrado de obstáculos o despejado; *Daishar* mantenía el paso con facilidad, sin vacilar. La gorda yegua de Siuan avanzaba trabajosamente, resollando, aunque seguramente se debía menos a las dificultades de la marcha que a contagiarse de la ansiedad de su amazona. Por mucho que practicara, Siuan no pasaría de ser una pésima amazona. Cuando subían una cuesta faltaba poco para que la mujer rodeara el cuello del animal con los brazos, evitaba a duras penas caerse de la silla cuando descendían, tenía la misma gracia que un ganso caminando cuando atravesaban terreno llano, y sus ojos estaban tan

desorbitados como los de la yegua. De hecho, Myrelle recobró su buen humor al ver los apuros de Siuan. Su ágil alazán se movía como un vencejo en el aire, y ella montaba con una soltura y un estilo que, en contraste, hacía parecer falto de gracia el de Bryne, diestro y seguro.

No habían recorrido mucho trecho cuando aparecieron unos jinetes en lo alto de una loma, al oeste, una columna de unos cien hombres; el sol naciente arrancaba destellos en petos, yelmos y puntas de lanza. Al frente ondeaba un estandarte alargado, de color blanco, que Egwene no distinguió, pero que sabía que llevaba la insignia de la Mano Roja. No había esperado encontrarlos tan cerca del campamento.

—Esos salvajes, Juramentados del Dragón —masculló Myrelle mientras observaba a los jinetes que avanzaban siguiendo una ruta paralela a la suya. Las manos enguantadas de la mujer apretaron fuertemente las riendas; de rabia, no de miedo.

—La Compañía de la Mano Roja también tiene patrullas —comentó Bryne apaciblemente. Miró de soslayo a Egwene y añadió—: lord Talmanes parecía preocupado por vos, madre, cuando hablé con él la última vez. —No puso más énfasis en esa última frase que en las anteriores.

—¿Que habéis estado hablando con él? —El último vestigio de serenidad desapareció en Myrelle. La ira que no tenía más remedio que refrenar con Egwene sí podía descargarla con Bryne. Casi temblaba de rabia—. Eso raya en la traición, lord Bryne. ¡Podría ser traición!

Siuan había estado repartiendo su atención entre su yegua y los hombres de la loma; no miró a Myrelle, pero se puso tensa. Hasta entonces nadie había relacionado la Compañía con la traición.

Giraron en un recodo del valle. Una granja, o lo que había sido una granja antaño, se asomaba desde la ladera de una colina. Una de las paredes de la pequeña casa de piedra se había desplomado, y unas cuantas vigas carbonizadas se alzaban junto a la chimenea llena de hollín, semejando dedos mugrientos. El granero, sin techo, se reducía a un rectángulo de piedra hueco, ennegrecido, y montones de cenizas señalaban el sitio donde antes debían de haberse alzado cobertizos y corrales. Por todo Altara habían visto escenas iguales o peores, en ocasiones pueblos enteros destruidos, los muertos tirados por las calles, sirviendo de alimento a cuervos, zorros y perros asilvestrados que huían cuando se acercaban personas. Historias de anarquía y asesinatos en Tarabon y Arad Doman cobraron vida de repente. Muchos hombres aprovechaban cualquier excusa para entregarse al bandidaje o para saldar viejas rencillas —Egwene esperaba fervientemente que fuera así— pero el nombre pronunciado por los labios de todos los supervivientes era Juramentados del Dragón, y las hermanas culpaban a Rand como si él mismo hubiese encendido las antorchas. Aun así, lo utilizarían si podían, lo controlarían si encontraban el modo de hacerlo.

Egwene no era la única Aes Sedai que seguía la máxima de hacer lo que hubiera que hacer, aunque le asqueara.

La cólera de Myrelle afectó tan poco a Bryne como haría la lluvia en un peñasco. Egwene lo imaginó de repente en medio de violentas tormentas estallando sobre su cabeza y aguas desbordadas arremolinándose en torno a sus rodillas mientras él se limitaba a seguir caminando contra viento y marea, impasible.

—Myrelle Sedai —dijo Bryne con una calma que Egwene envidió—, cuando diez mil hombres o más me siguen de cerca como si fueran mi sombra, quiero saber cuáles son sus intenciones. En especial esos diez mil o más en particular.

Aquél era un tema peligroso. Por contenta que Egwene se sintiera porque no se hicieran preguntas sobre la preocupación de Talmanes por ella, debería estar rechinando los dientes porque Bryne la hubiese mencionado. Sin embargo, la sorpresa que sentía era tal que se irguió bruscamente en la silla.

—¿Diez mil? ¿Estáis seguro? —La Compañía contaba con poco más de la mitad de esa cifra cuando Mat había llegado a Salidar al mando de esa fuerza, buscándolas a ella y a Elayne.

—Yo voy reclutando gente por donde paso, y él hace lo mismo —contestó Bryne, encogiéndose de hombros—. No tantos, pero algunos hombres tienen cierta idea de lo que es servir a Aes Sedai. —Muchas personas se habrían sentido muy nerviosas al decir eso a tres hermanas; él lo hizo con una sonrisa irónica—. Además, parecer ser que la Compañía goza de cierta reputación por sus combates en Cairhien. La frase acuñada es «*Shen an Calhar* nunca pierde, aun estando en desventaja». —Eso era lo que impulsaba a los hombres a unirse con ellos, tanto allí como en Altara: la idea de que dos ejércitos no podían significar otra cosa que una batalla. Tratar de quedarse al margen podía tener tan mal final como elegir el bando equivocado; en el mejor de los casos, no habría ganancias para los neutrales—. He recibido en mis filas unos pocos desertores de las recientes incorporaciones al ejército de Talmanes. Algunos parecen creer que la suerte de la Compañía va unida a Mat Cauthon, y que no puede tenerla sin estar él presente.

Una mueca burlona curvó los labios de Myrelle.

—Los temores de estos estúpidos tearianos son ciertamente útiles, pero no imaginaba que vos también fueseis un necio. Talmanes nos sigue porque teme que podamos volvernos contra su preciado lord Dragón; pero, si realmente tuviese intención de atacar, ¿no creéis que ya lo habría hecho a estas alturas? Ya habrá tiempo de ocuparse de esos Juramentados del Dragón una vez que se hayan resuelto asuntos más importantes. Pero ¡comunicarse con él…! —La mujer se sacudió y logró recobrar la serenidad. Al menos, a primera vista. Su tono, por el contrario, habría podido chamuscar madera—. Escuchadme bien, lord Bryne…

Egwene dejó de prestar atención a las palabras de Myrelle. Bryne la había mirado

cuando mencionó a Mat. Las hermanas creían conocer la situación con la Compañía y con Mat, y no pensaban demasiado en ello, pero, por lo visto, Bryne sí. Ladeando la cabeza de manera que el ala del sombrero le ocultara parcialmente la cara, Egwene lo observó por el rabillo del ojo. Estaba comprometido bajo juramento a reunir el ejército y conducirlo hasta que Elaida hubiese sido depuesta, pero ¿por qué había prestado tal juramento? Indudablemente podría haber encontrado una fórmula menos comprometedora, y naturalmente las hermanas lo habrían aceptado, ya que sólo pensaban utilizar a esos soldados como una careta del Día de Máscaras, para asustar a Elaida. Tenerlo de su parte era reconfortante; incluso las otras Aes Sedai parecían pensar lo mismo. Como ocurría con su padre, era la clase de hombre que le hacía creer a uno que no había motivo para asustarse fuera cual fuera la situación. De repente comprendió que tenerlo contra ella sería tan malo como tener en contra a la Antecámara, con ejército o sin él. El único comentario positivo que Siuan había hecho de él era que era formidable, aunque inmediatamente había intentado cambiar el sentido de la frase dándole otro significado. Cualquier hombre del que Siuan opinara que era formidable, era alguien a quien se debía tener muy en cuenta.

Cruzaron un arroyuelo, casi un hililllo de agua que apenas mojó los cascos de los caballos. Una corneja que se alimentaba de un pez que se había quedado varado en aguas demasiado someras para nadar sacudió las despeinadas alas, a punto de echarse a volar, y luego continuó con su festín.

También Siuan observaba a Bryne; la yegua avanzaba con mucha más facilidad cuando la mujer se olvidaba de tirar de las riendas o de clavar los talones justo en el momento más inoportuno. Egwene le había preguntado sobre los motivos de lord Bryne, pero la enredada relación de Siuan con el hombre hacía que se encrespara las más de las veces cuando se hablaba de él. Una de dos, o lo odiaba a muerte o estaba enamorada de él. Imaginar a Siuan enamorada era como imaginar a una corneja nadando.

En la alargada loma donde se había avistado a los soldados de la Compañía, ahora sólo se veían hileras retorcidas de coníferas muertas. Egwene no los había visto marcharse. ¿Que Mat tenía una gran reputación como soldado? Eso era tan inaudito como lo de la corneja nadando. Egwene había creído que dirigía la Banda sólo por causa de Rand, y eso ya le había costado bastante digerirlo. «Dar por hecho algo porque uno cree que lo sabe es peligroso», recitó para sus adentros mientras miraba a Bryne.

—… seréis azotado! —La voz de Myrelle seguía siendo colérica—. ¡Os lo advierto, si me entero de que habéis vuelto a reuniros con ese Juramentado del Dragón…!

Lluvia resbalando sobre el peñasco, en lo que a Bryne concernía; o eso parecía. El hombre cabalgaba tranquilamente, murmurando de vez en cuando «Sí, Myrelle

Sedai» o «No, Myrelle Sedai» sin dar la menor señal de inquietud y sin dejar de escudriñar atentamente los alrededores. Seguro que él sí había visto marcharse a los soldados. Por mucha paciencia que tuviera ese hombre —Egwene estaba convencida de que el miedo no influía en tal comportamiento—, ella no tenía humor para aguantar aquello.

—¡Cállate, Myrelle! Nadie va a hacer nada a lord Bryne. —Se frotó las sienes y pensó en pedir a una de las hermanas que utilizara la Curación cuando regresaran al campamento. Ni Siuan ni Myrelle tenían mucha habilidad con ese Talento. En realidad, la Curación no serviría de mucho si la jaqueca se debía a falta de sueño o a preocupaciones. Y tampoco quería que se propagaran rumores de que la tensión se había vuelto demasiado grande para que ella la aguantara. Además, había otros métodos para ocuparse de los dolores de cabeza aparte de la Curación, aunque no en ese momento.

Myrelle apretó los labios, sólo un instante. Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado; el rubor le teñía las mejillas, y Bryne de repente pareció absorto examinando un halcón rojo que volaba en círculos a su izquierda. Hasta un hombre valeroso sabía cuándo ser discreto. El halcón plegó las alas y se lanzó en picado sobre una presa invisible, detrás de un soto de agostados melojos. Así era como se sentía Egwene: zambulléndose sobre presas que no veía, confiando en haber escogido la correcta, esperando que hubiera realmente una presa. Hizo una inhalación, deseando que no hubiese sido tan profunda.

—De todos modos, lord Bryne, creo que es mejor que no volváis a reuniros con Talmanes. Sin duda, a estas alturas ya debéis saber de sobra sus intenciones. —Quisiera la Luz que Talmanes no hubiese dicho ya más de lo que debía. Lástima no poder enviar a Siuan o a Leane para advertirle, si aceptaba la sugerencia; pero, habida cuenta de las ideas de las hermanas, sería tan arriesgado como ver a Rand.

—Como ordenéis, madre —contestó Bryne, inclinando la cabeza con respeto. Tampoco había sorna en su tono; nunca la había. Obviamente había aprendido a controlar la voz habiendo cerca Aes Sedai. Siuan guardó silencio, mirándolo con el entrecejo fruncido. Quizás ella podría sonsacarle de qué lado estaba su lealtad. A pesar de toda su animosidad, pasaba mucho tiempo en su compañía, mucho más de lo que era estrictamente necesario. Con un esfuerzo, Egwene mantuvo las manos en las riendas de *Daishar*, lejos de sus sienes.

—¿Falta mucho, lord Bryne? —Evitar la impaciencia en su voz resultó aún más difícil.

—Un poco más, madre. —Por alguna razón, volvió ligeramente la cabeza hacia Myrelle—. Ya no está lejos.

Las granjas aparecieron con más frecuencia, tanto en las laderas de las colinas como en terreno llano, aunque la campesina que había dentro de Egwene opinaba que

no tenía sentido tanto esfuerzo; había casas bajas de piedra y graneros, pastizales sin cercas en los que se veían vacas escuálidas y ovejas de cola negra de aspecto lamentable. No todas las granjas habían sido incendiadas, sólo alguna que otra. Al parecer, los incendios tenían el propósito de hacer saber a los demás lo que les ocurriría si no se declaraban partidarios del Dragón Renacido.

En una de las granjas, Egwene vio a algunos de los encargados de buscar víveres del ejército de lord Bryne, con una carreta. Que eran hombres a sus órdenes resultaba obvio tanto por el modo en que el general los observó y asintió después, como por la ausencia del estandarte blanco. La Compañía siempre se hacía notar; aparte de las banderas, últimamente algunos habían adoptado la costumbre de llevar un pañuelo rojo atado en el brazo. Media docena de cabezas de ganado y dos docenas de ovejas mugían y balaban bajo la atenta vigilancia de hombres a caballo, en tanto que otros acarreaban sacos desde el granero hasta la carreta, pasando ante un granjero de hombros encorvados y su familia, un grupo huraño vestido con toscas ropas de lana oscura. Una de las niñas, que lucía un gorro como las otras, tenía pegada la cara contra la falda de su madre y parecía estar llorando. Algunos de los chicos tenían prietos los puños, como si quisieran luchar. Se pagaría al granjero, pero quizá no podía desprenderse de lo que se estaban llevando; no obstante, si en algún momento se les había pasado por la cabeza la loca idea de resistirse a una veintena de hombres equipados con petos y yelmos, aquellas granjas incendiadas harían que lo pensaran mejor. Muy a menudo los hombres de Bryne encontraban cadáveres carbonizados entre las ruinas, hombres, mujeres y niños que habían muerto intentando salir de las casas ardiendo. En ocasiones, las puertas y las ventanas habían sido atrancadas por fuera.

Egwene se preguntó si habría algún modo de convencer a granjeros y aldeanos de que había una diferencia entre los bandidos y el ejército. Lo deseaba, y mucho, pero no veía cómo, a menos que dejara que sus soldados empezaran a pasar hambre hasta que desertaran. Si las hermanas eran incapaces de diferenciar entre los bandidos y la Compañía, difícilmente podrían hacerlo las gentes del campo. La granja fue quedando atrás, y Egwene tuvo que resistir la tentación de girarse en la silla y mirar hacia allí. Con eso no cambiaría nada.

Tal como había prometido lord Bryne, poco después llegaron a su destino. A unos cinco kilómetros del campamento —en línea recta, se entiende; por la ruta que habían seguido a través de la campiña el recorrido era el doble— rodearon la corvadura de una ladera, salpicada de arbustos y árboles, y frenaron las monturas. El sol estaba a mitad de camino del cenit; allá abajo se extendía la línea de otra calzada, más estrecha y bastante más sinuosa que la que cruzaba el campamento.

—Pensaron que si viajaban de noche conseguirían eludir a los bandidos —dijo Bryne—. No era una mala idea, a la vista de los resultados, o en caso contrario es que

tienen la suerte del Oscuro. Vienen de Caemlyn.

Una caravana de mercaderes, alrededor de unas cincuenta carretas grandes tiradas por troncos de diez caballos, ocupaba la calzada, bajo la atenta vigilancia de otros soldados de Bryne. Unos cuantos de esos soldados habían desmontado y supervisaban el trasiego de barriles y sacos de las carretas de los mercaderes a la media docena que llevaban ellos. Una mujer ataviada con un sencillo vestido oscuro agitaba los brazos y señalaba enérgicamente tal o cual producto, ya fuera protestando o regateando, pero sus compañeros formaban un hosco y silencioso grupo. Un poco más adelante de la calzada, un roble aparecía decorado con unos frutos macabros: hombres ahorcados de cada una de las desnudas ramas; desnudas, salvo por los cuervos. El número de aves era lo bastante copioso para que diera la impresión de que el árbol tenía hojas negras. Esos carroñeros tenían algo más que simples peces para alimentarse. Ni siquiera desde esa distancia era un espectáculo que ayudara a calmar la jaqueca de Egwene o su estómago revuelto.

—¿Era esto lo que queríais que viera? ¿Los mercaderes o los bandidos?

—No veía ningún vestido entre los ahorcados, y cuando los bandidos colgaban gente incluían mujeres y niños. El linchamiento podía ser obra de cualquiera: soldados de Bryne, la Compañía —que la Compañía ahorcara a todos los supuestos Juramentados del Dragón con los que topaba no cambiaría en nada la opinión que tenían de ellos las hermanas— o incluso algún noble lugareño. Si los lores y ladis murandianos hubiesen colaborado, a esas alturas probablemente habrían estado ahorcados todos los bandidos, pero eso era pedir peras al olmo. Un momento. Bryne había dicho que venían de Caemlyn.

—¿Tiene algo que ver con Rand? ¿O con los Asha'man? —inquirió.

Esta vez Bryne sí miró de manera ostensible a Myrelle antes de volver los ojos hacia ella. El sombrero de Myrelle arrojaba sombras en su rostro; la mujer parecía abatida, hundida en la silla de montar, muy lejos de la imagen de amazona segura de sí misma que había ofrecido antes. Aparentemente, Bryne tomó una decisión.

—Pensé que deberíais enteraros antes que nadie, pero tal vez interpreté mal…

—¿Que se enterara de qué, pedazo de zoquete? —gruñó Siuan mientras taconeaba a la gorda yegua para acercarse.

Egwene hizo un ademán apaciguador hacia la mujer.

—Myrelle puede oír cualquier cosa que tengáis que contarme, lord Bryne. Goza de mi total confianza.

La cabeza de la hermana Verde se giró bruscamente hacia la joven. A juzgar por su expresión de pasmo cualquiera habría dudado de haber oído bien a Egwene; empero, al cabo de un momento Bryne asintió.

—Veo que las cosas han… cambiado. Sí, madre. —Se quitó el yelmo y lo colgó de la perilla de la silla. Todavía parecía reacio a hablar y escogió con cuidado las

palabras—. Los mercaderes llevan rumores del mismo modo que los perros llevan pulgas, y esa pandilla de ahí abajo tiene una buena colección. No quiero decir con eso que sea verdad algo de lo que cuentan, desde luego, pero… —Resultaba extraño verlo dudar—. Madre, uno de esos rumores que les llegó estando ya en camino es que Rand al'Thor ha ido a la Torre Blanca y ha jurado fidelidad a Elaida.

La reacción de Myrelle y Siuan fue muy parecida, con los semblantes demudados al imaginar la catástrofe. Myrelle llegó incluso a tambalearse en la silla. Durante un instante, Egwene sólo fue capaz de mirar al hombre de hito en hito. Entonces se sorprendió a sí misma y sobresaltó a los demás cuando estalló en carcajadas. *Daishar* caracoleó, agitado, y tener que controlar al animal sirvió también para que ella recobrara el dominio de sí misma.

—Lord Bryne —dijo al tiempo que daba palmaditas en el cuello del caballo—, eso es imposible, creedme. Lo sé a ciencia cierta, y tan recientemente como anoche mismo.

Siuan soltó un suspiro a renglón seguido, y Myrelle no le anduvo muy a la zaga. Egwene volvió a sentir ganas de echarse a reír ante su expresión. Y un inmenso alivio porque las dos mujeres tuvieran los ojos abiertos de par en par, como dos niñitas a las que se les acaba de decir que el Hombre de las Sombras no está debajo de la cama. Caramba con la calma Aes Sedai.

—Me alegra oírlo —respondió fríamente Bryne—; pero, aun en el caso de que despidiera a todos los hombres que están ahí abajo, el rumor no dejaría de llegar a mis filas. Se propagaría por el ejército como un incendio en estas secas colinas.

Aquello acabó con el regocijo de Egwene; tal cosa sería por sí sola un desastre.

—Haré que las hermanas hagan pública la verdad a vuestros soldados mañana. ¿Bastaría con que seis Aes Sedai conocieran la verdad por información directa? Myrelle, aquí presente, y Sheriam, Carlinya, Beonin, Anaiya y Morvrin. —A ninguna de ellas les haría gracia tener que reunirse con las Sabias, pero tampoco podrían negarse a su petición. En realidad, no querrían negarse, con tal de impedir que tal rumor se propagara. O no deberían querer, en cualquier caso. El leve ceño de Myrelle se borró y dio paso a un gesto resignado.

Bryne se acodó en el yelmo y observó atentamente a Egwene y a Myrelle; a Siuan ni siquiera le dedicó una ojeada de refilón. El bayo del general pateó el suelo rocoso con uno de los cascos; una nidada de alguna especie de palomas de alas azules remontó el vuelo, saliendo debajo de los matorrales a unos pocos pasos de distancia, haciendo que *Daishar* y el alazán de Myrelle cabecearan con nerviosismo. El caballo de Bryne ni se inmutó. A buen seguro, el general había oído hablar de los accesos, bien que no sabría nada de lo que eran realmente —las Aes Sedai guardaban sus asuntos en secreto por costumbre, y ese Talento en particular procuraban que no llegara a oídos de Elaida— y ciertamente ignoraba todo lo referente al *Tel'aran'rhiod*

—ese secreto vital resultaba más fácil de ocultar al no existir manifestaciones físicas que nadie pudiese ver— pero aun así el hombre no preguntó cómo. Quizás a estas alturas ya estaba acostumbrado a las Aes Sedai y sus secretos.

—Siempre y cuando hablen con claridad, de un modo rotundo —respondió al cabo—. Si en sus palabras hay ambigüedad, la más mínima… —La fijeza de su mirada no tenía el propósito de intimidar, sólo de dejar muy claro el asunto. Pareció satisfecho de lo que vio en su rostro—. Al parecer lo estáis haciendo muy bien, madre. Ojalá sigáis teniendo éxito. Señalad la hora para esta tarde y acudiré a la reunión que mencionasteis. Deberíamos conferenciar con regularidad. Me presentaré ante vos cada vez que me mandéis llamar. Deberíamos empezar a elaborar planes concretos respecto a cómo colocaros en la Sede Amyrlin una vez que lleguemos a Tar Valon.

Su tono era cauteloso —probablemente aún no tenía muy claro lo que estaba ocurriendo o hasta qué punto podía fiarse de Myrelle—, por lo que Egwene tardó unos instantes en darse cuenta de lo que acababa de hacer el hombre. La comprensión la dejó sin aliento. Tal vez era simplemente que lo había interpretando mal por estar demasiado acostumbrada al modo en que las Aes Sedai daban un doble sentido a sus palabras, pero… No. Lo que Bryne acababa de decir era que ponía el ejército a sus órdenes. No le cabía la menor duda. No a las de la Antecámara ni a las de Sheriam: a las suyas.

—Gracias, lord Bryne. —No parecía gran cosa como respuesta, sobre todo cuando su gesto de asentimiento, sus ojos prendidos en los de ella, parecieron confirmar su suposición. De repente se le ocurrían miles de preguntas más para el hombre, aunque la mayoría de ellas no podría hacérselas ni estando solos. Lástima que no pudiera depositar completamente en él su confianza. «Ser cauto hasta estar seguro, y entonces serlo un poco más.» Era una vieja máxima que debía aplicarse en cualquier trato que rozara a Aes Sedai, aunque sólo fuera de pasada. Y hasta los mejores hombres comentaban cosas con sus amigos, puede que incluso más cuando esas cosas se suponían que eran secretas—. Sin duda tendréis mil asuntos que atender en lo que queda de mañana —dijo, cogiendo de nuevo las riendas—. Podéis regresar ahora. Nosotras cabalgaremos un poco más.

Bryne, ni que decir tiene, protestó; recordaba a un Guardián hablando de la imposibilidad de vigilar en todas direcciones a la vez y de que una flecha clavada en la espalda podía matar a una Aes Sedai con igual rapidez que a cualquier persona. El próximo hombre que le dijera eso, decidió Egwene, iba a pagarlo. Tres Aes Sedai equivalían a trescientos hombres. Al final, a pesar de todos sus rezongos y muecas, no le quedó más remedio que obedecer. Volvió a calarse el yelmo y empezó a bajar con el caballo la abrupta ladera en dirección a la caravana de mercaderes, en lugar de regresar por donde habían venido; pero eso era incluso mejor desde el punto de vista

de Egwene.

—Ve tú a la cabeza, Siuan —dijo cuando el general estuvo a unos doce pasos ladera abajo.

Siuan miraba al hombre como si éste la hubiese estado fastidiando todo el tiempo. Soltó un resoplido, se enderezó el sombrero de paja, hizo volver grupas a la yegua —en fin, la hizo girar a tirones— y taconeó los sólidos flancos de animal para que emprendiera la marcha al paso. Egwene indicó con un ademán a Myrelle que la siguiera; al igual que Bryne, la mujer no tuvo más remedio que obedecer.

Al principio Myrelle le dirigió miradas de reojo, esperando obviamente que sacara a relucir el tema de las hermanas enviadas a la Torre Blanca, y, también claramente, buscando una serie de excusas por las que había que guardar el asunto en secreto para la Antecámara. Cuantos más minutos pasaban sin que Egwene rompiera el silencio, más crecía el nerviosismo de la otra mujer, que empezó a lamerse los labios, indicio de que la calma Aes Sedai comenzaba a resquebrajarse. Sí, el silencio era un arma muy útil.

Durante un rato los únicos sonidos fueron los cascos de sus monturas y alguna que otra llamada de un pájaro en la maleza, pero cuando la dirección tomada por Siuan se hizo evidente, torciendo ligeramente hacia el oeste del camino de regreso al campamento, el rebullir de Myrelle aumentó a tal punto que parecía que estuviese sentada sobre ortigas. A lo mejor sí que había algo de cierto en los retazos reunidos por Siuan.

Cuando ésta giró de nuevo hacia el oeste, entre dos cerros torcidos que se inclinaban el uno hacia el otro, Myrelle frenó a su alazán.

—Hay… hay una cascada en esa dirección —dijo, señalando hacia el este—. No es muy grande, ni siquiera antes de la sequía, pero sí que es bonita incluso ahora.

Siuan también se detuvo y se volvió a mirarla con un esbozo de sonrisa. ¿Qué estaría ocultando Myrelle? Egwene sentía una gran curiosidad. Contuvo a duras penas un respingo cuando miró a la hermana Verde; una gotita de sudor brillaba en la frente de la mujer, justo al borde del ala del sombrero gris. Ahora sí que Egwene quería saber qué era lo que podía alterar a una Aes Sedai lo suficiente para hacerla sudar.

—Creo que Siuan tiene vistas más interesantes que ofrecernos, ¿no te parece? —dijo Egwene al tiempo que hacía girar a *Daishar* y reanudaba la marcha; Myrelle pareció venirse abajo—. Vamos.

—Lo sabéis todo, ¿verdad? —musitó con voz temblorosa mientras pasaban entre los inclinados cerros. Ahora eran más las gotas de sudor que brillaban en su cara. Estaba totalmente trastornada—. Todo. ¿Cómo pudisteis…? —De repente se irguió en la silla y clavó la vista en la espalda de Siuan—. ¡Ella! ¡Siuan ha sido vuestra subordinada desde el principio! —Casi parecía indignada—. ¿Cómo hemos podido

estar tan ciegas? Pero sigo sin entenderlo. Hemos sido muy cautas.

—Si quieres mantener algo oculto —manifestó Siuan, despectiva—, no intentes comprar ajíes de moneda tan al sur.

¿Qué demonios eran ajíes de moneda? ¿Y de qué estaban hablando? Myrelle se estremeció. La medida de lo alterada que estaba se hizo patente por el hecho de que no hubo una réplica inmediata para poner en su sitio a Siuan por el tono en que habló. Por el contrario, se lamió los labios como si se le hubiesen quedado muy secos de repente.

—Madre, tenéis que entender por qué lo hice, por qué lo hicimos. —El dejo desesperado que traslucía su voz era el apropiado de quien se enfrenta a la mitad de los Renegados sin ayuda de nadie—. No fue sólo porque Moraine lo pidió, ni porque fuera mi amiga. Detesto dejarlos morir. ¡Lo detesto! A veces la alianza que hacemos nos resulta muy dura, pero lo es más para ellos. Tenéis que entenderlo. ¡Tenéis que entenderlo!

Justo cuando Egwene pensaba que la mujer estaba a punto de soltarlo todo, Siuan frenó de nuevo a la gorda yegua y se volvió hacia ellas. Egwene habría querido darle de bofetadas.

—Quizá saldrías mejor parada, Myrelle, si vas por delante el resto del camino —dijo fríamente. Asqueada, de hecho—. La cooperación podría ser un atenuante. Muy pequeño, desde luego.

—Sí. —Myrelle asintió, toqueteando sin cesar las riendas—. Sí, por supuesto.

Parecía a punto de romper a llorar cuando se situó a la cabeza. Siuan ocupó la retaguardia; por un instante pareció aliviada. Egwene creyó que iba a estallar en cualquier momento. ¿Qué alianza? ¿Con quién? ¿Dejar morir a quiénes? ¿Y a qué otras se refería? ¿A Sheriam y las demás? Sin embargo, Myrelle la oiría si le preguntaba a Siuan, y poner de manifiesto su ignorancia no era recomendable en ese momento. «Una mujer ignorante que mantiene cerrada la boca será tomada por avisada», rezaba el dicho. Y había otro: «Guardar el primer secreto implica guardar diez más». Ahora no había más remedio que seguir adelante, ocultándolo todo. No obstante, iba a tener unas palabras con Siuan. Se suponía que la mujer no debía tener secretos con ella. Rechinando los dientes, Egwene trató de aparentar calma e indiferencia. Parecer avisada.

Casi de vuelta a la calzada en la que estaba el campamento, unos cuantos kilómetros al oeste, Myrelle las condujo ladera arriba de un cerro pequeño y achatado, cubierto de pinos y melojos. Dos inmensos robles impedían que creciera cualquier otro tipo de árbol en la ancha depresión que había en la cima. Debajo de las gruesas ramas entrelazadas había tres tiendas de lona llenas de parches, así como una hilera de estacas para atar caballos; cerca se veía un carro y cinco grandes caballos de batalla, atados a estacas bien separadas las unas de las otras. Nisao Dachen, vestida

con un traje de montar de corte sencillo y color broncíneo, esperaba debajo del toldillo de una de las tiendas, como para dar la bienvenida a unas invitadas, con Sarin Hoigan a su lado, éste luciendo la capa de color verde oliva tan frecuente entre los Gaidin. El Guardián de Nisao, un hombretón calvo y con espesa barba negra, era aún más alto que ella. A unos pocos pasos, dos de los tres Guardianes de Myrelle las observaban cautelosamente mientras descendían a la depresión: Croi Makin, delgado y rubio, y Nuhel Dromand, corpulento y atezado, con barba pero sin bigote. Nadie pareció sorprendido en lo más mínimo. Obviamente, uno de los Guardianes había estado haciendo guardia y les había avisado. Nada de lo que estaba a la vista justificaba el ambiente furtivo, sin embargo, ni el nervioso lamerse los labios de Myrelle. En realidad, si Nisao las aguardaba para darles la bienvenida, ¿por qué sus manos no dejaban de alisar la falda pantalón de su traje de montar? Cualquiera diría que habría preferido enfrentarse a Elaida estando escudada.

Dos mujeres se asomaron disimuladamente tras la esquina de una de las tiendas y volvieron a esconderse de inmediato, pero no antes de que Egwene las hubiese reconocido: Nicola y Areina. De repente se sintió muy intranquila. ¿Adónde la había llevado Siuan?

Ésta no dio señales de estar en absoluto nerviosa mientras desmontó.

—Tráelo fuera, Myrelle. Ahora. —Se estaba vengando con creces; su tono habría hecho parecer suave una lima en comparación—. Ya es tarde para que se esconda.

Myrelle logró fruncir ligeramente el entrecejo al verse tratada así, pero se notó que le costaba hacerlo. También fue visible su esfuerzo para recobrar la compostura; quitándose bruscamente el sombrero, desmontó sin decir palabra, fue hacia una de las tiendas, y desapareció en ella. Los ojos de Nisao, de por sí grandes, la siguieron mientras se abrían más y más. Parecía haberse quedado paralizada.

—¿Por qué la interrumpiste antes? —susurró Egwene mientras desmontaba. Sólo Siuan se encontraba lo bastante cerca para oírla—. No me cabe duda de que estaba a punto de confesar… lo que quiera que sea, y aún ignoro de qué se trata todo esto. Por cierto, ¿ajíes de moneda?

—Son muy populares en Shienar y en Malkier —respondió Siuan en un tono igualmente bajo—. Me enteré de esto después de dejar a Aeldene esta mañana. Tenía que conseguir que nos condujese ella puesto que yo no sabía el emplazamiento exacto. No nos habría favorecido que descubriese tal cosa, ¿verdad? Tampoco sabía nada de que Nisao estuviese involucrada. Que yo haya visto, apenas se hablaban entre ellas. —Echó una ojeada a la hermana Amarilla y sacudió la cabeza en ademán irritado. Pasar algo por alto era un fallo con el que Siuan era poco tolerante consigo misma—. A menos que me haya vuelto estúpida o me haya quedado ciega, lo que estas dos… —Poniendo un gesto como si se hubiese tragado algo podrido, enmudeció al no hallar un término que les cuadrase bien. De pronto tiró de la manga

a Egwene—. Ahí vienen. Ahora lo veréis por vos misma.

Myrelle salió de la tienda primero, y a continuación lo hizo un hombre vestido únicamente con botas y calzones, que tuvo que agacharse bastante para pasar por las solapas de la puerta; llevaba una espada desnuda en la mano y su torso, ligeramente velludo, aparecía cruzado de cicatrices. La mujer no le llegaba a los hombros; de hecho, era más alto que los otros Guardianes. Su largo y oscuro cabello, sujeto a las sienes con una correa de cuero trenzada, tenía más hebras grises que la última vez que Egwene lo había visto, pero lo que no había menguado un ápice era la dureza de Lan Mandragoran. De repente, varias piezas del rompecabezas encajaron en su sitio, aunque seguía sin tener sentido para ella. Lan había sido el Guardián de Moraine, la Aes Sedai que los había sacado de Dos Ríos a ella, a Rand y a los demás lo que ahora le parecía una era atrás; pero Moraine había muerto al matar a Lanfear, y Lan había desaparecido de Cairhien a renglón seguido. Quizá todo estuviese muy claro para Siuan, pero para ella seguía siendo un galimatías.

Myrelle le susurró algo a Lan y le tocó el brazo. Él se estremeció ligeramente, como un caballo nervioso, pero en su pétreo semblante los ojos no se apartaron de Egwene. Finalmente, sin embargo, asintió, giró sobre sus talones, y se apartó un trecho, bajo las ramas de los robles. Asiendo la empuñadura del espadón con las dos manos, alzó el arma por encima de su cabeza, con la hoja inclinada hacia abajo, cargó el peso sobre la parte anterior de un pie, guardando el equilibrio, y se quedó inmóvil como una estatua.

Por un instante, Nisao lo miró frunciendo el entrecejo como si también ella estuviese mirando un rompecabezas. Luego sus ojos se encontraron con los de Myrelle, y las dos dirigieron la vista hacia Egwene al mismo tiempo. En lugar de acercarse a ella, empezaron a intercambiar susurros, precipitadamente. Al menos, al principio fue un intercambio; después Nisao se limitó a quedarse plantada allí, sacudiendo la cabeza, ya fuera con incredulidad o en negación.

—Me metiste en esto —gimió al cabo en voz alta—. Fui una estúpida por hacerte caso.

—Me parece que va a resultar… interesante —musitó Siuan cuando, por fin, se volvieron hacia ella y Egwene. La entonación que dio a la última palabra sonó definitivamente desagradable.

Myrelle y Nisao se atusaron el cabello y se alisaron las faldas mientras salvaban la corta distancia que las separaba de ellas, asegurándose de que todo estaba en orden. Puede que las hubiese pillado en… —«¿En qué?», se preguntó Egwene—, pero saltaba a la vista que se proponían salir lo más airosamente posible de ello y poner al mal tiempo buena cara.

—Si gustáis entrar, madre —invitó Myrelle mientras señalaba la tienda más próxima. Únicamente un levísimo temblor en su voz contradecía la fría serenidad de

su semblante. Ahora no tenía una sola gota de sudor; se lo había enjugado con un pañuelo, claro, pero no había vuelto a transpirar.

—Gracias, pero no, hija.

—¿Un poco de ponche? —preguntó, sonriendo, Nisao, aunque las manos entrelazadas prietamente traicionaban su ansiedad—. Siuan, ve a decirle a Nicola que traiga ponche.

Siuan no se movió, y Nisao parpadeó sorprendida, prietos los labios. La sonrisa reapareció en un instante, empero.

—Nicola —llamó, alzando un poco la voz—. Pequeña, trae el ponche. Me temo que está hecho con zarzamoras —le confió a Egwene—, pero es muy reconstituyente.

—No quiero ponche —dijo secamente Egwene. Nicola salió de detrás de la tienda, pero no dio señal alguna de apresurarse a obedecer. Por el contrario, se quedó observando de hito en hito a las cuatro Aes Sedai, mordisqueándose el labio inferior. Nisao le asestó una fugaz ojeada que sólo podía calificarse de desagrado, pero no dijo nada. Otra pieza del rompecabezas que encajaba en su sitio, y Egwene respiró un poco más tranquila—. Lo que quiero, hija, lo que exijo, es una explicación.

Por mucho que quisieran poner buena cara, no era más que una fina capa de barniz que se resquebrajó fácilmente. Myrelle alargó una mano en actitud suplicante.

—Madre, Moraine no me eligió sólo porque fuésemos amigas. Dos de mis Guardianes, Avar y Nuhel, pertenecieron antes a hermanas que murieron. Ninguna otra hermana había logrado salvar a más de uno desde hacía siglos.

—Yo sólo me involucré por su estado mental —se apresuró a explicar Nisao—. Estoy interesada en las enfermedades mentales, y ésta podía considerarse una de ellas. Myrelle me arrastró prácticamente a hacerlo.

Myrelle asestó una dura mirada a la Amarilla que le fue devuelta con creces.

—Madre, cuando la Aes Sedai de un Guardián muere, es como si éste absorbiera su pérdida y se consumiera por dentro. Él…

—Sé eso, Myrelle —la interrumpió bruscamente Egwene. Siuan y Leane se lo habían explicado con bastantes detalles, si bien las dos ignoraban que lo había preguntado porque quería saber qué podía esperar con Gawyn. Una alianza dura, había dicho Myrelle, y quizá lo era. Cuando el Guardián de una hermana moría, el dolor y la pena se apoderaban de ella; podía controlarlo hasta cierto punto; a veces, mantenerlo a raya, pero antes o después se abría paso a dentelladas en su alma. Por bien que Siuan lo disimulara cuando había otras personas presentes, todavía lloraba muchas noches por Alric, al que habían matado el día en que la habían depuesto. Con todo, ¿qué eran unos meses de lágrimas comparados con la muerte? Había innumerables historias sobre Guardianes que morían por vengar a sus Aes Sedai; de hecho, era lo que ocurría con mayor frecuencia en esos casos. Un hombre que deseaba morir, un hombre que buscaba ese fin, corría riesgos a los que no

sobreviviría ni siquiera un Gaidin. Quizá lo más terrible de todo, desde el punto de vista de Egwene, era que lo sabían. Sabían cuál sería su suerte si sus Aes Sedai morían, sabían a lo que los empujaría el instinto cuando ocurriese tal cosa, sabían que nada de lo que hicieran podía cambiar eso. Qué increíble valor hacía falta para aceptar tal vínculo, sabiéndolo.

Se retiró unos pasos para ver claramente a Lan. El hombre seguía inmóvil, tanto que ni siquiera parecía respirar. Al parecer olvidada ya del ponche, Nicola se había sentado de piernas cruzadas en el suelo para mirarlo. Areina estaba en cuclillas al lado de Nicola, con la coleta echada sobre el hombro, observándolo incluso con más intensidad. Mucha más, de hecho, ya que Nicola lanzaba de vez en cuando ojeadas a Egwene y a las otras. Los demás Guardianes habían formado un pequeño grupo, fingiendo que también miraban a Lan aunque sin perder de vista a sus Aes Sedai.

Un soplo de brisa muy caliente agitó las hojas muertas que alfombraban el suelo y, con una pasmosa rapidez, Lan empezó a moverse pasando de postura a postura, mientras la espada giraba velozmente en sus manos. Más y más deprisa, hasta que dio la impresión de saltar de una postura a otra, si bien con la misma precisión de los movimientos de un reloj. Egwene esperó a que se parara o, al menos, que aflojara la velocidad, pero no ocurrió tal cosa. Más rápido. Areina se quedó boquiabierta por la impresión, maravillada; en realidad, también Nicola estaba boquiabierta. Se inclinaron hacia adelante, como niñas pendientes de un dulce que está enfriándose sobre la mesa de la cocina. Incluso los otros Guardianes dividían ahora realmente su atención entre sus Aes Sedai y él, pero, a diferencia de las dos mujeres, lo hacían como quien observa a un león que puede atacar en cualquier momento.

—Veo que lo estás haciendo trabajar de firme —dijo Egwene. Eso era parte del método para salvar a un Guardián. Pocas hermanas se sentían inclinadas a intentarlo, habida cuenta del alto porcentaje de fracasos, así como el coste para sí mismas. Evitar que corriera riesgos era otra parte. Y vincularlo de nuevo; ése era el primer paso. Sin duda Myrelle se había encargado de ese pequeño detalle. Pobre Nynaeve. Cuando se enterara, seguramente querría estrangular a Myrelle. Claro que quizá también aceptaría cualquier cosa que mantuviese con vida a Lan. Quizá. En cuanto a Lan, se merecía lo que le pasara por permitir ser vinculado a otra mujer cuando sabía que Nynaeve estaba loca por él.

Creía haberse hecho tal consideración para sus adentros, pero algo de lo que pensaba debía de haberse hecho evidente, porque Myrelle empezó de nuevo a darle explicaciones.

—Madre, pasar un vínculo no es algo tan malo. Vaya, a decir verdad, es igual que cuando una mujer decide quién debe quedarse con su esposo cuando ella muera para estar segura de que está en buenas manos.

Egwene la miró con tanta dureza que la otra mujer reculó, a punto de tropezar con

el repulgo de la falda. Su reacción, sin embargo, se debía a la impresión. Cada vez que pensaba que había visto las costumbres más extrañas, de pronto aparecía otra aún más singular.

—No todas somos ebudarianas, Myrelle —espetó secamente Siuan—, y un Guardián no es un esposo. Para la mayoría de nosotras.

Myrelle levantó la cabeza en actitud desafiante. Algunas hermanas, un puñado, se casaban con un Guardián; tampoco eran muchas las que se casaban con otro hombre. Nadie ahondaba en el tema, pero corría el rumor de que ella se había desposado con sus tres Gaidin, lo que sin duda violaba las costumbres y las leyes incluso en Ebou Dar.

—¿Dices que no es tan malo, Myrelle? —continuó Siuan, cuyo gesto ceñudo estaba acorde con su voz; parecía como si tuviese un sabor asqueroso en la boca.

—No hay ley que lo prohíba —protestó Nisao. Dirigiéndose a Egwene, no a Siuan—. No hay una ley en contra de pasar el vínculo. —A Siuan le dedicó una mirada tal que debería haberla hecho retroceder y callarse; pero no logró ni lo uno ni lo otro.

—Pero no es ése el asunto, ¿verdad? —demandó—. Aunque no se haya hecho desde hace… ¿Cuanto, cuatrocientos años o más? Incluso si las costumbres hubiesen cambiado, habríais salido de ésta con unas cuantas miradas recriminatorias y alguna palabra de censura si lo único que Moraine y vosotras dos hubieseis hecho fuera pasar el vínculo. Pero a él ni siquiera se le pidió permiso, ¿verdad? No se le dio opción. Es como si lo hubieses vinculado en contra de su voluntad, Myrelle. ¡En realidad, es exactamente eso lo que has hecho!

Por fin el rompecabezas cobró sentido para Egwene. Sabía que debía sentir el mismo rechazo que Siuan. Que una Aes Sedai vinculase a un hombre en contra de su voluntad se parecía mucho a una violación. El hombre tenía las mismas posibilidades de resistirse, es decir, ninguna, que las que tendría una muchachita si un hombre del tamaño de Lan la acorralara en el establo; más bien, si la acorralaran tres hombres del tamaño de Lan. Las hermanas no siempre habían sido tan puntillosas —mil años antes esa acción apenas habría merecido un comentario— e incluso en la actualidad a veces ni siquiera se planteaba la circunstancia de si realmente el hombre sabía a lo que se estaba comprometiendo. En ocasiones la hipocresía alcanzaba la categoría de arte entre las Aes Sedai, por ejemplo la confabulación y los secretos. El asunto era que Lan se había resistido a admitir su amor por Nynaeve, basándose en algún absurdo razonamiento sobre que su sino era morir violentamente antes o después y que no quería dejarla viuda; los hombres siempre soltaban tonterías cuando creían que actuaban de un modo lógico y práctico. De tener ocasión de hacerlo, ¿habría dejado Nynaeve que Lan se marchara sin haberlo vinculado, dijera lo que dijera él? ¿Lo haría ella con Gawyn? Él le había dicho que aceptaría, pero ¿y si cambiaba de

idea?

Nisao abría y cerraba la boca sin articular sonidos, incapaz de encontrar las palabras que quería. Asestó una mirada furibunda a Siuan, como si ella tuviese la culpa, pero no fue nada en comparación con la que dirigió a Myrelle.

—Jamás debí hacerte caso —gruñó—. ¡Debía de estar loca!

A saber cómo, Myrelle mantenía el gesto sosegado, pero se tambaleaba ligeramente, como si las rodillas le flojearan.

—No lo hice por mí, madre. Debéis creerme. Lo hice para salvarlo. Tan pronto como esté recuperado, se lo pasaré a Nynaeve, como Moraine quería, tan pronto como ella esté…

Egwene alzó bruscamente una mano, y Myrelle enmudeció como si le hubiese tapado la boca.

—¿Tienes intención de pasar su vínculo a Nynaeve?

Myrelle asintió con incertidumbre; Nisao, con mucha más energía. Siuan, ceñuda, masculló algo sobre reincidir en el mismo desafuero, haciéndolo más inmoral. Lan aún no se había parado. Dos saltamontes zumbaron al salir de un matorral a su espalda, y él giró con pasmosa rapidez blandiendo la espada, cuya hoja los golpeó en pleno vuelo.

—¿Tus esfuerzos están teniendo algún resultado? ¿Se encuentra mejor? ¿Cuánto hace exactamente que lo tienes?

—Menos de tres semanas —contestó Myrelle—. Madre, podrían hacer falta meses, y aun así no hay garantía.

—Quizá sea el momento de intentar algo distinto —manifestó Egwene, más para sí misma que para las demás. Más para convencerse que por cualquier otra razón. Considerando el estado actual de Lan, no era precisamente un regalo poner en manos de alguien la tarea de ocuparse de él; pero, vinculado o no, le pertenecía a Nynaeve más de lo que nunca sería de Myrelle.

No obstante, mientras cruzaba el trecho que lo separaba de él, Egwene se sintió asaltada por las dudas. Lan se volvió en su dirección siguiendo los movimientos de aquella especie de danza. Alguien soltó una exclamación ahogada cuando la hoja de la espada se frenó bruscamente, a pocos centímetros de la cabeza de Egwene, que se sintió orgullosa de no haber sido ella quien había demostrado sobresalto.

Los brillantes ojos azules la contemplaron intensamente bajo las cejas fruncidas, en un rostro que era todo él ángulos y planos que podrían haber estado tallados en piedra. Lan bajó lentamente la espada. Estaba empapado en sudor, pero el ritmo de su respiración no se había alterado lo más mínimo.

—Así que ahora sois la Amyrlin. Myrelle me contó que habían nombrado una, pero no a quién. Al parecer vos y yo tenemos mucho en común. —Su sonrisa era tan fría como su voz, como sus ojos.

Egwene refrenó el impulso de ajustarse la estola al tiempo que se recordaba para sus adentros que era la Amyrlin y una Aes Sedai. Sentía un irrefrenable deseo de abrazar el *Saidar*. Hasta ese preciso instante no se había dado cuenta exactamente de lo peligroso que era él.

—Nynaeve también es Aes Sedai ahora, Lan. Necesita un buen Guardián.

Una de las mujeres emitió un sonido, pero Egwene mantuvo clavada la mirada en él.

—Espero que encuentre un héroe de leyenda —replicó Lan, soltando una seca risa—. Hará falta un héroe para afrontar su carácter.

Esa risa, a pesar de su dureza y frialdad, la convenció.

—Nynaeve se encuentra en Ebou Dar, Lan. Sabes cuán peligrosa es esa ciudad. Está buscando algo que necesitamos desesperadamente. Si el Ajah Negro se entera, la matarán para apoderarse de ello. Si los Renegados se enteran… —El semblante del hombre le había parecido sombrío antes, pero el dolor que atenazó aquellos ojos por el peligro que amenazaba a Nynaeve hizo que se reafirmara en su plan. Nynaeve, no Myrelle, era la indicada—. Voy a enviarte con ella, para que actúes como su Guardián.

—Madre —llamó con tono urgente Myrelle a su espalda.

Egwene levantó bruscamente la mano para que se callara.

—La seguridad de Nynaeve estará en tus manos, Lan.

El hombre no vaciló un instante; ni siquiera miró a Myrelle.

—Tardaré al menos un mes en llegar a Ebou Dar. ¡Areina, ensilla a *Mandarb*! —A punto de volverse, se detuvo y alzó la mano libre como si fuera a tocar la estola de Egwene—. Os pido perdón por haber ayudado a sacaros de Dos Ríos. A vos y a Nynaeve. —Luego se alejó a grandes zancadas y desapareció en el interior de la tienda de la que había salido antes.

No había dado ni dos pasos, cuando Myrelle, Nisao y Siuan ya estaba apiñadas alrededor de Egwene.

—Madre, no os dais cuenta de lo que os proponéis —argumentó Myrelle, falta de aliento—. Es como si le dieseis a un niño una linterna encendida para que juegue en un pajar. Empecé a preparar a Nynaeve tan pronto como sentí que su vínculo me había sido pasado. Creí que tenía tiempo, pero ascendió al chal en un visto y no visto. No está preparada para controlarlo, madre. No a él, en sus condiciones.

Egwene hizo un gran esfuerzo para conservar la paciencia. Todavía no lo entendían.

—Myrelle, aun en el caso de que Nynaeve no fuera capaz de encauzar lo más mínimo… —De hecho no podía, a menos que estuviese furiosa—. Aun en ese caso, daría lo mismo, y tú lo sabes. No en lo referente a controlarlo. Hay algo que tú has sido incapaz de hacer: darle una misión tan importante que tenga que seguir vivo para

llevarla a cabo. —Ése era el factor decisivo, y al parecer funcionaba mejor que los demás—. Para él, la seguridad de Nynaeve es así de importante. La ama, Myrelle, y ella le corresponde.

—Eso explica… —empezó quedamente Myrelle.

—Oh, desde luego que no —interrumpió Nisao con tono incrédulo—. Él no. Supongo que es posible que ella lo ame o crea que lo ama, pero las mujeres han perseguido a Lan desde que era un jovencito imberbe. Y lo enredaban, durante un día o un mes. Era un muchacho muy guapo, por difícil que resulte creerlo ahora. Sin embargo, parece conservar ese poder de atracción. —Miró de soslayo a Myrelle, que frunció ligeramente el entrecejo mientras un leve rubor le teñía las mejillas. Fue su única reacción, pero bastó—. No, madre. Cualquier mujer que crea que ha echado el lazo a Lan Mandragoran pronto descubrirá que lo único que ciñe el dogal es aire.

Egwene suspiró hondo a despecho de sí misma. Algunas hermanas creían que había otra medida en el proceso de salvar a un Guardián cuyo vínculo se había roto por la muerte: echarlo en los brazos —en la cama— de una mujer. Era opinión generalizada que ningún varón podía pensar en la muerte en tales circunstancias. Myrelle, al parecer, también se había ocupado personalmente de poner en práctica esa medida. Por lo menos no se había casado con él, ya que su intención era pasar su vínculo. Más valía que Nynaeve no se enterara nunca.

—Sea como fuere —respondió, absorta, a Nisao. Areina estaba ajustando la cincha de la silla a *Mandarb* con destreza; el gran corcel negro mantenía levantada la cabeza, pero se dejaba hacer. Saltaba a la vista que no era la primera vez que Areina se acercaba al semental. Nicola se encontraba cerca de ella, junto al grueso tronco del roble más apartado, cruzada de brazos y observando fijamente a Egwene y a las otras. Parecía a punto de echar a correr—. Ignoro qué os ha sacado Areina valiéndose del chantaje —manifestó quedamente Egwene—, pero, en cuanto a Nicola, las clases extras se han terminado a partir de ahora.

Myrelle y Nisao dieron un respingo, la viva imagen de la sorpresa. Los ojos de Siuan se abrieron como platos, pero por suerte se recobró antes de que cualquiera lo advirtiese.

—Realmente estáis enterada de todo —susurró Myrelle—. Lo único que Areina quería era estar cerca de Lan. Imagino que creía que aprendería cosas con él que le serían útiles como cazadora del Cuerno. O incluso que Lan se marcharía con ella en busca del Cuerno.

—Y Nicola quiere ser otra Caraighan —rezongó, cáustica, Nisao—. U otra Moraine. Creo que abrigaba la idea de que podría obligar a Myrelle a pasarle el vínculo de Lan. ¡Bien! Al menos podemos ocuparnos de esas dos como se merecen, ahora que lo de Lan ha salido a la luz. Sea lo que sea lo que me pase a mí, será una satisfacción saber que ellas van a estar chillando lo que queda del año.

Por fin Siuan comprendía lo que había estado ocurriendo, y la expresión de indignación se combinó en su rostro con las miradas sorprendidas que dirigió a Egwene. Que alguien hubiese descubierto algo antes que ella probablemente la molestaba tanto como que Nicola y Areina chantajearan a unas Aes Sedai. O tal vez más. Después de todo, ni Areina ni Nicola eran Aes Sedai. Aquello cambió drásticamente el punto de vista de Siuan respecto a lo que estaba permitido. Claro que ello abarcaba a todas las hermanas.

Con tantos ojos prendidos en ella, y ni una sola de esas miradas amistosa, Nicola retrocedió hasta chocar con el tronco del roble y pareció que intentaba recular más aún. Sabía lo que le aguardaba cuando regresara al campamento. Areina seguía absorta con el caballo de Lan, ajena a lo que se le venía encima.

—Eso sería muy justo —convino Egwene—, pero no a menos que vosotras dos afrontéis lo que os merecéis en justicia.

Nadie miraba ya a Nicola. Myrelle tenía los ojos tan desorbitados que parecían ocupar toda su cara, y los de Nisao estaban aun más abiertos. Ninguna parecía atreverse siquiera a decir una palabra. Siuan rebosaba de sombría satisfacción; a su modo de ver, no merecían compasión. Tampoco Egwene tenía intención de demostrarles mucha.

—Hablaremos de ello cuando vuelva —les dijo cuando Lan reapareció, con la espada ceñida sobre una chaqueta verde desabrochada que dejaba ver la camisa con los lazos desatados, y unas alforjas llenas a reventar cargadas en un hombro. La capa cambiante de Guardián que colgaba a su espalda descomponía las imágenes del fondo al ondear tras él.

Dejando a las estupefactas hermanas para que se cocieran en su propia salsa, Egwene le salió al encuentro. Siuan se encargaría de mantener vivo el fuego si es que las otras dos mujeres daban señales de que el hervor perdía fuerza.

—Puedo situarte en Ebou Dar antes del mes que calculabas —le dijo.

Lan se limitó a asentir con impaciencia y gritó a Areina que le llevara el caballo. La intensidad que emanaba de él resultaba inquietante; parecía una avalancha a punto de desplomarse, retenida únicamente por un hilo.

Egwene tejió un acceso de casi tres metros de altura donde Lan había estado practicando con la espada, y lo cruzó para pisar sobre lo que parecía un trasbordador que flotaba en la inmensurable oscuridad. Rasar requería una plataforma, y, aunque podía ser cualquier cosa que uno escogiera imaginar, cada hermana parecía tener una preferida. En el caso de Egwene era una especie de barcaza plana, con consistentes barandillas. Si caía de la plataforma, podía crear otra bajo ella, aunque entonces el punto de destino sería una incógnita; por el contrario, si la persona que se caía no sabía encauzar, esa caída sería tan interminable como la negrura que se extendía en todas direcciones hasta el infinito. Únicamente en el extremo más próximo de la

barcaza había algo de luz, la del acceso, que marcaba un espacio limitado en el vacío. Esa luz no penetraba la oscuridad en absoluto, pero era luz en cierto modo. Al menos, ella podía ver muy bien, como en el *Tel'aran'rhiod*. No por primera vez se preguntó si esto era realmente parte del Mundo de los Sueños.

Lan la siguió sin necesidad de que se lo dijera, llevando al caballo por las riendas. Examinó el acceso mientras lo cruzaba, e hizo lo mismo con la oscuridad que había bajo sus pies y bajo los cascos de *Mandarb* al caminar por las planchas de madera para reunirse con Egwene. Sólo hizo una pregunta:

—¿Cuánto tardará esto en llevarme a Ebou Dar?

—No lo hará —contestó al tiempo que encauzaba para cerrar el acceso—. No a la ciudad propiamente dicha. —No se notó movimiento, no sopló viento ni brisa, no se sintió nada. Pero la plataforma se movía. Y deprisa; más de lo que podría imaginarse. Debían de ser casi mil kilómetros los que tenía que recorrer—. Puedo dejarte a cinco o seis días de Ebou Dar. —Había visto el acceso abierto cuando Nynaeve y Elayne habían Viajado hacia el sur y recordaba los detalles suficientes para Rasar hasta el mismo lugar.

Él asintió en silencio, con la mirada fija al frente como si pudiese ver su punto de destino. Le recordó a Egwene una flecha apuntada en un arco tenso.

—Lan, Nynaeve se aloja en el palacio de Tarasin, como invitada de la reina Tylin. Seguramente negará que corre algún peligro. —Lo haría sin duda, e indignada, si Egwene la conocía bien, y con toda razón—. Procura no hacer hincapié en ello, ya sabes lo testaruda que es, pero que no te influya. Si es preciso, protégela sin que se dé cuenta. —Él siguió callado, sin mirarla. De haber estado en su lugar, Egwene habría querido hacer un montón de preguntas—. Lan, cuando te reúnas con ella debes decirle que Myrelle le pasará tu vínculo tan pronto como podáis reuniros los tres. —Había pensado dar esa información personalmente, pero después decidió que era mejor que Nynaeve no supiera que Lan iba a su encuentro. Estaba tan loca por él como… «Como lo estoy yo por Gawyn», pensó contrita. Si Nynaeve sabía que Lan se hallaba de camino, no pensaría en otra cosa. Sin querer, dejaría que la búsqueda recayera en Elayne. No porque se quedara cruzada de brazos, soñando despierta, pero no tendría la cabeza en lo que estuviese haciendo y sus indagaciones no servirían de nada—. ¿Me estás escuchando, Lan?

—El palacio de Tarasin —dijo él con voz impasible, sin apartar la vista del frente—. Invitada de la reina Tylin. Seguramente negará que corre peligro. Testaruda; como si no lo supiera ya. —Entonces sí miró a Egwene, y ésta casi deseó que no lo hubiese hecho. Estaba llena a rebosar de *Saidar*, henchida de la calidez, el gozo y el poder, de pura vida, pero algo salvaje, primitivo, alentaba ferozmente en aquellos fríos ojos azules, una negación de la vida. Sus ojos eran aterradores; sin paliativos—. Le diré todo lo que necesita saber. ¿Veis? Os he escuchado.

Egwene se obligó a sostener aquella mirada sin encogerse, pero Lan se limitó a volver la cara hacia el frente. Había una marca roja en su cuello, un cardenal. Tal vez —sólo tal vez— era un mordisco. Quizá debería advertírselo, decirle que no tenía que ser demasiado… explícito en lo que relatara sobre Myrelle y él. La idea la hizo enrojecer. Intentó no mirar el cardenal, pero ahora que lo había visto parecía incapaz de fijarse en otra cosa. De todos modos, Lan no sería tan necio. No podía esperarse que un hombre fuera sensato, pero ni siquiera ellos eran tan atolondrados.

Flotaron en silencio, moviéndose sin moverse. Egwene no temía que los Renegados aparecieran de repente allí, ni ninguna otra persona. Rasar tenía sus peculiaridades, algunas de las cuales tenían por finalidad la seguridad y la intimidad. Si dos hermanas tejían accesos en el mismo lugar con unos segundos de diferencia a fin de Rasar al mismo destino, no se verían a menos que fuera exactamente el mismo punto, con los tejidos exactamente idénticos, y alcanzar tal precisión no era tan fácil como podría parecer.

Al cabo de un tiempo —resultaba difícil saber cuánto exactamente, aunque Egwene calculaba alrededor de media hora— la barcaza se detuvo de repente. No hubo cambios en lo que se percibía, ni en el tejido que mantenía. Simplemente supo que un instante antes se desplazaban por la oscuridad y que al siguiente se habían parado. Abrió un acceso justo al borde de la proa de la barcaza —no estaba segura de adónde se abriría en la popa y tampoco tenía curiosidad por descubrirlo, francamente— e indicó a Lan que lo cruzara con una seña. La barcaza sólo existiría mientras ella estuviese presente, otra cosa igual al *Tel'aran'rhiod*.

Lan abrió la puerta de la barcaza y condujo fuera a *Mandarb*; cuando Egwene lo siguió ya estaba montado en el caballo. La joven dejó abierto el acceso para regresar. Unas colinas suaves se extendían en todas direcciones, cubiertas de hierba reseca. No se veían árboles, únicamente parches de matorrales agostados. Los cascos del semental levantaban pequeñas nubes de polvo. El sol matinal en aquel cielo despejado era aún más abrasador que en Murandy. Buitres de grandes alas volaban en círculo sobre algo, al sur, y en otro punto al oeste.

—Lan —empezó, con intención de asegurarse de que el hombre entendía lo que debía decirle a Nynaeve, pero él se le adelantó.

—Cinco o seis días, dijisteis —comenzó, mirando hacia el sur—. Puedo llegar antes. Estará a salvo, os lo prometo. —*Mandarb* caracoleó, tan impaciente como su jinete, pero Lan lo sujetó con firmeza—. Habéis llegado muy lejos desde que salisteis de Dos Ríos. —Bajó la vista hacia ella y sonrió. Cualquier atisbo de calidez en el rictus quedó absorbido por la frialdad de sus ojos—. Ahora tenéis dominio sobre Myrelle y Nisao, algo con lo que atarlas en corto. No dejéis que vuelvan a discutiros nada. Imponeos. Que estén a vuestras órdenes, madre. No hay que bajar la guardia. —Inclinó ligeramente la cabeza, taconeó los ijares de *Mandarb*, llevándolo al paso el

trecho suficiente para no levantar polvo cerca de Egwene, y después partió a galope.

Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba hacia el sur y cerró la boca. Bien. Lan se había percatado de todo en medio de aquel exhaustivo ejercicio de práctica con la espada; se había percatado y se había hecho una buena composición de lugar. Por lo visto incluyendo fragmentos que desconocía hasta que la había visto con la estola. Más le valía a Nynaeve ir con cuidado; siempre pensaba que los hombres eran más cortos de luces de lo que eran en realidad.

—Al menos no pueden meterse en ningún problema serio —se dijo en voz alta. Lan coronó un cerro y desapareció por el otro lado. Si hubiese habido algún peligro real en Ebou Dar, Elayne o Nynaeve habrían comentado algo. No se reunían muy a menudo —tenía muchas cosas que hacer— pero habían discurrido un modo de dejar mensajes en el Salidar del *Tel'aran'rhiod* cada vez que hacía falta que se vieran.

Una bocanada de aire que parecía salida de un horno levantó nubes de polvo. Egwene tosió y se cubrió la boca y la nariz con una punta de la estola mientras regresaba apresuradamente a la barcaza a través del acceso. El viaje de vuelta, en medio del silencio, resultó aburrido, lo que le dio tiempo a preguntarse, preocupada, si habría actuado bien al enviar a Lan, si era justo mantener a Nynaeve en la ignorancia de que el hombre iba a su encuentro. «Lo hecho, hecho está», se repitió una y otra vez, pero con eso no se tranquilizó.

Cuando volvió a salir a la depresión de la cumbre del cerro, bajo los robles, el tercer Guardián de Myrelle, Avar Hachami, se había reunido con los otros; era un hombre de nariz aguileña, con unos bigotes espesos y canosos semejantes a unos cuernos curvados hacia abajo. Los cuatro Gaidin trabajaban de firme, y ya tenían las tiendas desmontadas y cuidadosamente dobladas. Nicola y Areina corrían de un lado para otro cargando todos los utensilios del campamento en el carro, desde mantas y ollas a pavas de hierro negro y barreños. En verdad se movían a la carrera, sin descansar, pero también parecían más que pendientes de Siuan y las otras dos hermanas, reunidas al borde de los árboles. A decir verdad, los Guardianes estaban más que pendientes de las tres Aes Sedai, hasta el punto de que sus orejas debían de estar tiesas como las de un animal en alerta. Quién era la que hacía hervir a quién parecía ser la cuestión.

—… no hablarme de ese modo, Siuan —decía Myrelle en esos momentos. Y no sólo lo bastante alto para que se la oyese al otro lado del claro, sino con suficiente frialdad para helar la atmósfera. Con los brazos prietamente cruzados bajo los senos, no podía estar más erguida, y con un aire tan imperioso que parecía a punto de reventar—. ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra!

—¿Es que has perdido todo sentido de la conveniencia, Siuan? —Las manos de Nisao apuñaban la falda en un vano intento de no perder los estribos, y la ira de su voz igualaba la frialdad de la de Myrelle—. ¡Si has olvidado por completo los

modales, se te pueden enseñar otra vez!

Haciéndoles frente puesta en jarras, Siuan movía la cabeza con gestos bruscos, esforzándose en mantener el gesto furibundo y a la vez no apartar la mirada de las otras dos.

—Sólo estoy… —Al ver acercarse a Egwene, su alivio floreció como un capullo en primavera—. Madre. —La palabra salió casi como un jadeo—. Estaba explicando los posibles castigos. —Inhaló profundamente y continuó con más seguridad—: La Antecámara tendrá que improvisarlos sobre la marcha, por supuesto, pero creo que podrían empezar por obligar a estas dos a que a cedan sus Guardianes a otras, ya que parecen tan partidarias de hacer eso.

Myrelle apretó los párpados y Nisao se volvió para mirar a los Guardianes. Su expresión no cambió, tranquila aunque un punto sofocada, pero Sarin se incorporó precipitadamente y dio tres rápidas zancadas hacia ella antes de que la Aes Sedai alzase la mano para detenerlo. Un Guardián percibía la presencia de su Aes Sedai, su dolor, su miedo y su rabia, del mismo modo que Egwene percibía las sensaciones de Moghedien cuando llevaba puesto el brazalete del *a'dam*. No era de extrañar que los Guardianes estuviesen alerta y que parecieran a punto de saltar sobre algo; puede que no supieran lo que había llevado a sus Aes Sedai al borde de la desesperación, pero sabían que las dos mujeres estaban rozando ese límite.

Que era exactamente lo que Egwene quería que les ocurriera. No le gustaba esta parte del asunto. Toda la maniobra era como un juego, pero esto… «Hago lo que tengo que hacer», pensó, sin saber con certeza si era un intento de reforzar su entereza o de disculpar lo que se disponía a hacer.

—Siuan, por favor, envía a Nicola y Areina de vuelta al campamento. —No podrían contar lo que no vieran—. Hay que asegurarse que no se vayan de la lengua, así que déjales bien claro lo que les pasará. Diles que tienen una segunda oportunidad porque la Amyrlin se siente generosa, pero que será la última.

—Creo que eso sí sabré hacerlo. —Siuan se recogió la falda y se alejó con aire altanero; en eso era una maestra. Pero esta vez parecía estar ansiosa por alejarse de Myrelle y Nisao.

—Madre —empezó Nisao, escogiendo las palabras—, antes de que os marchaseis dijisteis algo, sugeristeis que podría haber un modo de que evitáramos… Un modo para que no tuviésemos que… —Volvió a echar una ojeada a Sarin.

Por su parte, Myrelle habría sido la viva estampa de la serenidad Aes Sedai salvo porque tenía los dedos entrelazados con tanta fuerza que los nudillos se marcaban a través de la fina piel de los guantes. Egwene les indicó que esperaran con un ademán.

Nicola y Areina, que en ese momento volvían del carro, vieron ir hacia ellas a Siuan y se quedaron rígidas como postes. Lo que no era de extrañar, habida cuenta de que Siuan avanzaba como si tuviera intención de pasar por encima de ellas y del

propio carro. Areina giró la cabeza a uno y otro lado, con aire acosado; pero, antes de que se le ocurriera la idea de echar a correr, las manos de Siuan se dispararon y agarraron a cada una de una oreja. Lo que quiera que dijo lo habló en voz tan baja que no se oyó donde estaban las otras Aes Sedai, pero Areina dejó de forcejear para que Siuan le soltara la oreja. Sus manos permanecieron en la muñeca de la Aes Sedai, aunque más parecía que era para sostenerse en pie. Una expresión de horror tal asomó al rostro de Nicola que Egwene se preguntó si Siuan no habría ido demasiado lejos. Aunque quizá no, considerando las circunstancias; al fin y al cabo, iban a escapar sin castigo por su delito. Lástima que no pudiera hallar un modo de aprovechar aquel talento para descubrir lo que era secreto. Un modo de aprovecharlo con seguridad.

Fuera lo que fuera lo que Siuan les dijo, cuando soltó sus orejas la pareja se volvió inmediatamente hacia Egwene y se deshicieron en reverencias, la de Nicola tan exagerada que por poco da con la cara en el suelo, mientras que Areina estuvo a punto de irse de bruces. Siuan dio unas palmadas secas, y las dos mujeres se incorporaron de un brinco y empezaron a desatar rápidamente un par de peludos caballos de tiro de la línea de estacas. Montaron a pelo y salieron a galope de la depresión de terreno tan deprisa que cualquiera habría dicho que les habían crecido alas.

—Ni siquiera hablarán de esto en sus sueños —manifestó Siuan con acritud cuando regresó—. Por lo menos todavía soy capaz de dejar más derechas que una vela a las novicias. —Mantuvo los ojos fijos en el rostro de Egwene, evitando mirar a las otras dos.

Reprimiendo un suspiro, Egwene se volvió hacia Myrelle y Nisao. Tenía que hacer algo con Siuan, pero lo primero era lo primero. La hermana Verde y la Marrón la miraban cautelosas, esperando su propuesta.

—Es muy simple —explicó en tono firme—. Sin mi colaboración, es probable que perdáis a vuestros Guardianes, y sin duda estaréis deseando que os hubiesen desollado vivas para cuando la Antecámara haya terminado con vosotras. También es posible que vuestros propios Ajahs tengan unas cuantas palabras muy escogidas que dirigiros. Quizá pasen años antes de que podáis andar de nuevo con la cabeza alta, años antes de que otras hermanas no os miren por encima del hombro a cada momento. Así pues, ¿por qué habría de encubriros para que no se haga justicia con vosotras? Eso me supondría un compromiso; podríais volver a hacer lo mismo o algo peor. —Las Sabias tenían mucho que ver con esto aunque no era exactamente el *ji'e'toh*—. Si he de asumir esa responsabilidad, entonces vosotras también deberéis contraer una obligación. He de poder confiar totalmente en vosotras, y sólo veo un modo de lograrlo. —Sí, tenían que ver las Sabias, pero también Faolain y Theodrin —. Debéis jurarme lealtad.

Las dos mujeres habían mantenido el entrecejo fruncido, preguntándose adónde

quería ir a parar; pero, fuera lo que fuera lo que habían imaginado, no esperaban nada parecido a semejante requerimiento. Sus rostros eran todo un poema. Nisao se quedó boquiabierta, y Myrelle parecía como si hubiese recibido un martillazo entre las cejas. Hasta Siuan la miraba sin dar crédito a sus oídos.

—Im… p… posible —balbució Myrelle—. ¡Ninguna hermana ha jurado…! ¡Ninguna Amyrlin ha exigido…! ¡No podéis decir en serio…!

—Oh, cállate de una vez, Myrelle —barbotó Nisao—. ¡Todo esto es culpa tuya! Jamás debí hacerte caso! En fin. Lo hecho, hecho está. Y lo que es, no puede cambiarse. —Observó a Egwene con intensidad y murmuró—. Sois una mujer peligrosa, madre. Muy peligrosa. Podéis destruir la Torre más de lo que lo está ya antes de que hayáis acabado. Si supiese eso con seguridad, si tuviese el coraje de hacer lo que es mi deber y afrontar lo que quiera que ocurra… —Empero, se arrodilló suavemente y posó los labios en el anillo de la Gran Serpiente de Egwene—. Por la Luz y por mi esperanza de renacimiento y salvación… —No fueron exactamente las mismas palabras utilizadas por Faolain y Theodrin, pero sí igual de trascendentes. Más. Debido a los Tres Juramentos, una Aes Sedai no podía hacer una promesa que no tuviese intención de cumplir. Salvo el Ajah Negro, claro; sus integrantes habían encontrado obviamente un modo de poder mentir. La posibilidad de que cualquiera de esas dos mujeres fuera una hermana Negra era un problema que consideraría en otro momento, sin embargo. Siuan, desorbitados los ojos y boquiabierta, parecía un pez varado en un bancal cenagoso.

Myrelle intentó articular otra protesta, pero Egwene se limitó a adelantar la mano derecha, donde lucía el anillo, y las rodillas de la otra mujer se doblaron entre sacudidas. Prestó el juramento en tono amargo y después alzó los ojos.

—Habéis hecho lo que nunca se había hecho, madre. Eso siempre es peligroso.

—Y no será la última vez —le contestó Egwene—. De hecho… Mi primera orden es que no le contéis a nadie que Siuan es algo más que lo que la gente piensa. Y la segunda, que obedeceréis cualquier orden que os dé si proviene de mí.

Las dos cabezas se volvieron hacia Siuan, los rostros inmutables.

—Como ordenéis, madre —murmuraron a un tiempo.

Cosa curiosa, la que parecía a punto de desmayarse era Siuan. Aún seguía mirando al vacío cuando llegaron a la calzada y enfilaron sus monturas hacia el este, en dirección al campamento de las Aes Sedai y al del ejército. El sol todavía ascendía hacia su cenit, aunque le quedaba un buen trecho para llegar a él. Había sido una mañana repleta de acontecimientos como la mayoría de los días; de las semanas, a decir verdad. Egwene dejó que *Daishar* avanzara a paso tranquilo, sin prisa.

—Myrelle tiene razón —masculló finalmente Siuan. Ahora que la mujer estaba absorta en otros asuntos, la yegua marchaba con un paso bastante regular y tranquilo; de hecho, hacía que Siuan pareciera una amazona competente—. Fidelidad. Nadie

había hecho eso hasta ahora. Nadie. En las historias secretas no hay la menor sugerencia al respecto. ¡Y lo de que me obedezcan a mí! ¡No sólo estáis haciendo algunos cambios, sino que os habéis puesto a reconstruir la barca mientras navega a través de una tormenta! Todo está cambiando. ¡Y Nicola! ¡En mis tiempos, una novicia se habría mojado la ropa interior ante la mera idea de chantajear a una hermana!

—No es la primera vez que lo intentan —le dijo Egwene, que a continuación relató lo ocurrido con ella resumiéndolo todo lo posible. Esperaba un estallido furibundo de Siuan contra la pareja, pero se equivocó.

—Me temo que nuestras dos audaces muchachitas están a punto de sufrir algún accidente —comentó en cambio, con una extraordinaria calma.

—¡No!

Egwene sofrenó su caballo con tanta brusquedad que la yegua de Siuan dio media docena de pasos más antes de que la mujer consiguiera dominar al animal para hacer que volviera grupas, mascullando imprecaciones entre dientes durante todo el proceso. Después se quedó plantada allí, dedicando a Egwene una mirada paciente que superaba las peores de Lelaine.

—Madre, sostienen un garrote sobre vuestra cabeza, si son lo bastante avispadas para llegar a esa conclusión. Aun en el caso de que la Antecámara no os impusiera una penitencia, podríais despediros de cualquier esperanza que tengáis de imponeros a ellas. —Sacudió la cabeza con desagrado—. Sabía que os haríais pasar por Aes Sedai cuando os envié en esa misión, sabía que no os quedaría más remedio que hacerlo, pero jamás imaginé que Elayne y Nynaeve tuvieran tan poco seso como para llevar con ellas a alguien que lo supiera. Esas dos chicas se merecen todo lo que les caiga encima si esto sale a la luz, pero vos no podéis permitiros el lujo de que se descubra.

—¡A Nicola y a Areina no debe ocurrirles nada, Siuan! Si consiento en que se las mate por lo que saben, entonces ¿quién será la siguiente? ¿Romanda o Lelaine por no estar de acuerdo conmigo? ¿Cuál sería el límite? —En cierto modo se sentía asqueada consigo misma. En otros tiempos no habría entendido lo que Siuan había insinuado. Siempre era mejor saber que permanecer en la ignorancia, pero a veces la ignorancia era mucho más cómoda. Taconeó a *Daishar* y añadió—: No permitiré que se estropee un día de victorias discutiendo la conveniencia de cometer asesinatos. Nisao y Myrelle no han sido las primeras, Siuan. Esta mañana, Faolain y Theodrin me estaban esperando…

Siuan azuzó a la yegua para acercarse y oír el relato de lo ocurrido mientras marchaban. La noticia no alivió la preocupación de Siuan respecto a Nicola y Areina, pero ciertamente el plan de Egwene encendió una chispa en su mirada y puso una sonrisa de satisfacción en sus labios. Para cuando llegaron al campamento de las Aes

Sedai, estaba deseosa de dar comienzo a su nueva tarea. Que era comunicarle a Sheriam y al resto de las amigas de Myrelle que se las emplazaba en el estudio de la Amyrlin a mediodía. Incluso podía decirles verazmente que no se les exigiría nada que otras hermanas no hubiesen hecho ya.

A pesar de su comentario sobre un día de victorias, Egwene no se sentía tan animosa. Apenas si oyó las frases respetuosas que le dirigían ni las peticiones de su bendición, a las que respondió con un simple movimiento de la mano, convencida de que eran más las que había pasado por alto que las que escuchaba. No toleraría un asesinato, pero Nicola y Areina estarían bajo constante vigilancia. «¿Llegará alguna vez el día en que las dificultades no se amontonen invariablemente? —se preguntó—. ¿En el que una victoria no parezca abocada a tener como contrapartida un nuevo peligro?»

Cuando entró en su tienda el ánimo se le cayó a los pies y el dolor de cabeza se volvió insufrible. Empezaba a pensar que debería mantenerse lejos de la tienda por completo. Dos hojas de pergamino dobladas le aguardaban sobre el escritorio, ambas selladas con cera y con unas palabras escritas: «Lacrada para la Llama». Que cualquier otra persona que no fuese la Amyrlin rompiera esos sellos se consideraba una infracción tan grave como una agresión a la persona de la Amyrlin. Deseó no tener que romperlos. No le cabía la menor duda de quién había escrito esas palabras. Y, por desgracia, no se equivocaba.

Romanda sugería —«exigía» era un término más exacto— que la Amyrlin dictase una resolución «Lacrada para la Antecámara» que sólo fuese conocida por las Asentadas, por la que todas las hermanas serían emplazadas una por una, y a aquella que se negara se la escudaría y confinaría como sospechosa de pertenecer al Ajah Negro. La razón por la que se las emplazaría no quedaba muy clara, pero Lelaine había hecho algo más que insinuarla unas horas antes. La misiva de Lelaine estaba redactada de principio a fin con su tono habitual, de madre a hija, exponiendo lo que debía hacerse por el propio bien de Egwene y de todo el mundo. El edicto que pedía sólo debía ser «Lacrado para el Anillo», lo que significaba que todas las hermanas podían conocerlo y, de hecho, en este caso tenían que saberlo. Debía quedar prohibido mencionar al Ajah Negro por ser un tema fomentador de discordias, e incumplirlo se consideraría un cargo grave según la ley de la Torre, merecedor del castigo adecuado.

Egwene soltó un gemido y se dejó caer pesadamente en la silla plegable que, naturalmente, se tambaleó, y la joven por poco da con sus huesos en la alfombra. Podía retrasarlo y eludirlo, pero ellas seguirían presionando con esas estupideces. Antes o después una de las dos presentaría su modesta propuesta a la Antecámara y eso sería meter al zorro en el gallinero. ¿Es que estaban ciegas? ¿Fomentar discordias? Con su propuesta Lelaine no sólo convencería a todas las hermanas de

que el Ajah Negro existía realmente, sino de que Egwene formaba parte de él. La estampida de Aes Sedai de vuelta a Tar Valon y a Elaida no tardaría en producirse. Lo de Romanda sólo apuntaba a provocar un motín. Había seis de ésos reflejados en los informes secretos. Media docena a lo largo de tres mil años podría no ser demasiado, pero todos ellos habían tenido por resultado la dimisión de una Amyrlin, así como de la Antecámara al completo. Lelaine lo sabía, como también lo sabía Romanda. Lelaine llevaba siendo Asentada casi cuarenta años, con acceso a todos los archivos secretos. Antes que dimitir para iniciar una vida retirada en el campo, como hacían muchas hermanas al llegar a cierta edad, Romanda había ocupado el puesto de Asentada del Amarillo durante tanto tiempo que algunas opinaban que ostentaba tanto poder como cualquiera de las Amyrlin que se habían sentado en el solio mientras tanto. Ser elegida para ocupar el puesto por segunda vez era algo casi inaudito, pero Romanda no era de las que dejaban que el poder estuviera en otras manos que no fueran las suyas si podían evitarlo.

No. No estaban ciegas; sólo asustadas. Todo el mundo lo estaba, incluida ella, y ni siquiera las Aes Sedai razonaban con claridad cuando se dejaban dominar por el miedo. Volvió a doblar las hojas de pergamino, deseando poder arrugarlas y pisotearlas. Luz, la cabeza le iba a estallar.

—¿Puedo entrar, madre? —Halima Saranov se introdujo en la tienda sin esperar respuesta. El modo de moverse de Halima atraía las miradas de todos los varones, desde los de doce años hasta los que tenían un pie en la tumba, bien que aun en el caso de que la mujer se cubriera con una gruesa capa de la cabeza a los pies los hombres la seguirían mirando. El cabello, largo y negro, tan brillante como si se lo lavara a diario con fresca agua de lluvia, enmarcaba un rostro que continuaría actuando como un imán para los ojos del sexo opuesto—. Delana Sedai creyó que quizá querrías ver esto. Va a presentarlo a la Antecámara esta mañana.

¿Que la Antecámara se reunía sin molestarse siquiera en informarle? En fin, había estado ausente, pero la tradición, ya que no la ley, marcaba que debía informarse a la Amyrlin antes de que la Antecámara se reuniera. A menos que lo hiciera para deponerla, claro. En ese momento casi lo habría tomado como una bendición. Miró el papel doblado que Halima había dejado en la mesa, como si fuera una serpiente venenosa. Sin lacrar; hasta la novicia más reciente podía leerlo, en lo que concernía a Delana. Era, naturalmente, la declaración de que Elaida era una Amiga Siniestra. No tan grave como lo de Romanda o lo de Lelaine, pero, si oía que en la Antecámara se había organizado un tumulto, ni siquiera pestañearía.

—Halima, a veces desearía que hubieses regresado a tu casa cuando Cabriana murió. —O, al menos, que Delana hubiese tenido el sentido común de restringir a la Antecámara o incluso sólo a la Llama la información que portaba la mujer, en lugar de contárselo a todas las hermanas a las que había podido abordar.

—Difícilmente podría haber hecho tal cosa, madre. —Los verdes ojos de Halima centellearon con algo muy parecido a la provocación o al desafío, pero sólo tenía dos formas de mirar a la gente: una mirada directa que retaba, y otra ardiente, con los párpados entornados. Sus ojos suscitaban un montón de malentendidos—. ¿Después de lo que Cabriana Sedai me contó que había descubierto sobre Elaida? ¿Sobre sus planes? Cabriana era amiga mía, y amiga vuestra, de todas las que os oponéis a Elaida, así que no tenía opción. Sólo doy gracias a la Luz de que mencionara Salidar antes de morir, y así supe adónde tenía que dirigirme. —Puso las manos en una cintura tan fina como la que Egwene había lucido en el *Tel'aran'rhiod* y ladeó la cabeza mientras la estudiaba con gran atención.

»Tenéis jaqueca otra vez, ¿verdad? Cabriana también solía sufrir esos dolores, tan intensos que hasta se le acalambraban los dedos de los pies. Tenía que meterse en remojo en agua caliente hasta que se calmaba lo bastante para aguantar ponerse algo de ropa encima. Si no hubiese venido, vuestros dolores de cabeza habrían ido empeorando hasta ser finalmente tan malos como los de ella. —Rodeó la mesa para ponerse detrás de la silla de Egwene, y empezó a darle masajes en el cuero cabelludo. Sus dedos poseían una destreza que disipaban el dolor—. No podéis pedir a otra hermana que utilice la Curación cada vez que sufrís estas migrañas. Sólo es tensión, lo noto.

—Supongo que tienes razón —murmuró Egwene.

Le caía bastante bien la mujer, opinaran lo que opinaran las demás, y no sólo por su talento para aliviar dolores de cabeza. Halima era espontánea y llana, una mujer de campo, por mucho tiempo que hubiese pasado adquiriendo un barniz de sofisticación urbana, y mantenía un equilibrio entre el trato respetuoso debido a la Amyrlin con una especie de cortesía de vecinos que a Egwene le resultaba refrescante. Asombroso a veces, pero estimulante. Chesa, aunque amistosa, siempre se ceñía a su papel de doncella, en tanto que Halima nunca mostraba el menor servilismo. Pero en verdad Egwene habría deseado que hubiese regresado a su casa cuando Cabriana se había caído del caballo y se había roto el cuello.

Podría haber resultado muy útil que las hermanas aceptaran el convencimiento de Cabriana de que Elaida se proponía neutralizar a la mitad de ellas y degradar al resto, pero todas creían que Halima había tergiversado esa información de algún modo. Con lo que sí se habían quedado era con lo del Ajah Negro. Mujeres que no se asustaban por nada habían tomado por cierto aquello cuya existencia siempre habían negado y ahora estaban medio muertas de miedo por ello. ¿Cómo podía desenmascarar a las Amigas Siniestras sin espantar a las demás como a una bandada de codornices? ¿Cómo impedir que hubiera una desbandada antes o después? Oh, Luz, ¿cómo?

—Relajaos —dijo suavemente Halima—. Sentid cómo se aflojan los músculos de vuestra cara. De vuestro cuello. De vuestros hombros… —Su voz era casi hipnótica,

un sonsonete que parecía acariciar cada parte del cuerpo que iba nombrando para que lo relajara.

A algunas mujeres no les caía bien simplemente por su apariencia —justo la que habría soñado un hombre particularmente lascivo—, y muchas afirmaban que coqueteaba con cualquier cosa que llevara pantalones, algo que Egwene no habría aprobado, pero Halima admitía que le gustaba mirar a los hombres. Las peores críticas hacia ella nunca pasaban de acusarla de coquetear, y ella misma se indignaba si se lo sugería. No tenía un pelo de tonta —de eso se había dado cuenta Egwene desde la primera conversación que había mantenido con ella, el día siguiente a la huida de Logain, cuando le habían empezado los dolores de cabeza—, y en absoluto era la majadera frívola que a veces parecía. Egwene sospechaba que ocurría lo mismo que con Meri. Halima no podía evitar tener la cara que tenía ni ser como era. La sonrisa parecía invitadora o burlona por la forma de su boca; sonreía por igual a hombres, mujeres y niños. No era culpa suya que la gente pensara que estaba coqueteando cuando sólo miraba. Además, nunca le había mencionado a nadie lo de sus jaquecas. En caso contrario, todas las hermanas Amarillas que había en el campamento estarían montando guardia a su alrededor. Eso apuntaba amistad, ya que no lealtad.

Los ojos de Egwene se posaron en los papeles que había sobre la mesa, y sus pensamientos fluyeron a la deriva bajo el influjo de los acariciantes dedos de Halima. Antorchas listas para ser lanzadas en el almiar. Diez días hasta la frontera de Andor, a menos que lord Bryne accediera a apretar la marcha sin saber la razón y que no encontraran oposición en el camino. ¿Podría contener el lanzamiento de esas antorchas durante diez días? Puerto del Sur. Puerto del Norte. Las llaves de Tar Valon. ¿Cómo estar segura de que Nicola y Areina guardarían silencio, sin recurrir a lo sugerido por Siuan? Necesitaba arreglar las cosas para que todas las hermanas pasaran la prueba antes de llegar a Andor. Ella poseía el Talento para trabajar metales y minerales, pero no era muy común entre las Aes Sedai. Nicola. Areina. El Ajah Negro.

—Volvéis a estar en tensión. Dejad de preocuparos por la Antecámara. —Aquellos agradables dedos se detuvieron y luego empezaron a moverse de nuevo—. Esto os vendría mejor por la noche, después de que os dieseis un baño caliente. Podría daros masajes también en los hombros y en la espalda, en todas partes. Eso no lo hemos probado todavía. Estáis rígida como una estaca; tendríais que estar lo bastante flexible para doblaros hacia atrás y poner la cabeza entre los tobillos. Mente y cuerpo. El uno no puede estar relajado sin estarlo el otro. Sólo tenéis que poneros en mis manos.

Egwene estaba a punto de quedarse dormida. No al modo de una caminante de sueños, sino simplemente dormida. ¿Cuánto tiempo hacía que no conocía un

descanso así? El campamento estallaría en un tumulto cuando Delana hiciera pública su propuesta, lo que ocurriría dentro de poco, y eso antes de que hubiese tenido tiempo de comunicar a Romanda y a Lelaine que no tenía intención de promulgar sus edictos. Pero todavía había otra cosa que esperaba con impaciencia, una razón para permanecer despierta.

—Eso será estupendo —murmuró, refiriéndose a algo más que al planeado masaje. Se había prometido hacía mucho que algún día pondría a Sheriam en su sitio, y ese día había llegado. Por fin empezaba a ser la Amyrlin, a controlar las cosas—. Será fantástico.

13



El Cuenco de los Vientos

Aviendha se habría sentado en el suelo, pero con otras tres mujeres ocupando la pequeña cabina de la embarcación apenas quedaba espacio, así que hubo de conformarse con hacerlo en uno de los bancos construidos contra las paredes y doblar las piernas; así no era lo mismo que sentarse en una silla. Al menos la puerta estaba cerrada y no había ventanas, sólo una especie de celosías de caprichoso diseño de espirales realizadas en la parte superior de las paredes. No alcanzaba a ver el agua en el exterior, pero por los enrejados de madera penetraba el olor a salitre, así como el ruido del chapoteo de las olas contra el casco y el chapaleo de los remos. Hasta los penetrantes chillidos de aves proclamaban vastas extensiones de agua. Aviendha había visto morir hombres por una charca que podrían haber cruzado a pie, pero esta agua era más amarga de lo que jamás habría imaginado. Leer sobre ello no era lo mismo que catarla. Y el río debía de tener, como poco, ochocientos metros de anchura allí donde habían subido a la barca, manejada por dos remeros de extraña mirada, entre recelosa y lasciva. Una extensión de agua de ochocientos metros y ni una sola gota potable. ¿Quién habría imaginado un agua más inútil?

El balanceo de la embarcación había cambiado a un cabeceo atrás y adelante. ¿Habrían salido ya del río?, ¿a lo que se llamaba «bahía»? Eso era aún más ancho, mucho más, según le había dicho Elayne. Aviendha se abrazó las rodillas e intentó desesperadamente pensar en cualquier otra cosa. Si las otras la veían asustada, la vergüenza la vejaría el resto de su vida. Lo peor de todo era que esto lo había sugerido ella, después de oír a Elayne y a Nynaeve hablar sobre los Marinos. ¿Cómo iba a saber lo que sentiría?

La seda azul de su vestido tenía un tacto increíblemente suave, y se aferró a esa idea. Todavía no estaba muy acostumbrada a llevar falda —seguía añorando el *cadin'sor* que las Sabias la habían obligado a quemar cuando había empezado su aprendizaje con ellas— y además ahora llevaba un vestido de seda —de los que tenía nada menos que cuatro—, como también eran de seda las medias, en lugar de tosca lana, y la ropa interior, que la hacía ser consciente de su piel más de lo que lo había sido nunca. No podía negar que el vestido era precioso, a pesar de lo extraña que se

sintiera llevando esa clase de ropa, pero la seda era un artículo valioso y escaso. Una mujer quizá podía tener un pañuelo de ese tejido para lucirlo en los días de fiesta y despertar la envidia de otras. Muy pocas mujeres poseían dos. Sin embargo, entre los habitantes de las tierras húmedas era distinto. No todos llevaban seda, pero a veces tenía la impresión de que sí la lucía una de cada dos personas. Grandes rollos e incluso balas de seda llegaban por barco desde los países más allá de la Tierra de los Tres Pliegues. Por barco. A través del océano. Agua extendiéndose hasta el horizonte, con muchos sitios donde, si lo había entendido bien, no se veía tierra por ningún lado. Casi se estremeció ante la increíble idea.

Ninguna de las otras mostraba deseos de hablar. Elayne hacía girar en su dedo de la mano derecha el anillo de la Serpiente Dorada, con gesto ausente, y parecía estar mirando algo que no podía verse dentro de las cuatro paredes. Las preocupaciones la agobiaban a menudo. Tenía ante sí dos deberes, y si uno de ellos estaba más cerca de su corazón, había escogido el que consideraba más importante, más honorable. Era su derecho y su obligación convertirse en reina de Andor, pero había elegido continuar la búsqueda. En cierto modo, por muy importante que fuera esa búsqueda, aquello era como anteponer algo al clan o la asociación; empero, Aviendha se sentía orgullosa de ella. El punto de vista de Elayne respecto al honor resultaba a veces muy peculiar, tanto como la idea de que una mujer fuera una jefa o que ocupara ese puesto sólo porque antes lo había hecho su madre, pero lo cumplía de manera admirable. Birgitte, vestida con amplios pantalones rojos y una chaqueta corta de color amarillo, un atuendo que Aviendha envidiaba, jugueteaba con su trenza, también absorta en sus pensamientos. O quizá compartiendo alguna de las preocupaciones de Elayne. Era el primer Guardián de Elayne, lo que causó un alboroto increíble entre las Aes Sedai, allí, en el palacio de Tarasin, mientras que a sus Guardianes no pareció molestarles en absoluto. Las costumbres de las tierras húmedas eran tan extrañas que casi no merecía la pena pensar en ellas.

Si Elayne y Birgitte parecían esquivar la conversación, Nynaeve al'Meara, sentada justo enfrente de Aviendha, junto a la puerta, la rechazaba de plano. Nynaeve, no Nynaeve al'Meara. A los habitantes de las tierras húmedas les gustaba que los llamaran sólo con la mitad de sus nombres, y Aviendha intentaba recordarlo, por mucho que le pareciera estar utilizando un nombre cariñoso. Rand al'Thor era el único amante que había tenido y ni siquiera pensaba en él de un modo tan personal, tan íntimo, pero tenía que aprender sus costumbres si iba a casarse con uno de ellos.

Los ojos de Nynaeve, de un profundo color castaño, parecían mirar a través de ella. Sus nudillos estaban blancos sobre la gruesa trenza de cabello tan negro como rubio era el de Birgitte, y su tez había dejado de estar lívida para adquirir un leve tinte verdoso. De vez en cuando dejaba escapar un quedo y ahogado gemido. Por lo general no sudaba; Elayne y ella le habían enseñado el truco a Aviendha. Nynaeve

resultaba un enigma. Valiente al punto de rayar en la temeridad en ocasiones, se lamentaba por su supuesta cobardía, y ahora manifestaba su vergüenza a la vista de todas sin importarle en absoluto. ¿Cómo era posible que el movimiento la alterara tanto cuando no lo hacía la contemplación de toda aquella agua?

Otra vez a vueltas con el agua. Aviendha cerró los ojos para no ver el rostro de Nynaeve, pero con ello sólo consiguió que su atención se volcara por completo en los gritos de las aves y el chapoteo del agua.

—He estado pensando —empezó de improviso Elayne, y después hizo una pausa —. ¿Te encuentras bien, Aviendha? Has… —Las mejillas de la Aiel se encendieron, pero al menos Elayne no dijo en voz alta que había brincado como un conejo asustado al sonido de su voz. Elayne pareció darse cuenta de lo cerca que había estado de descubrir el deshonor de la Aiel; el rubor tiñó sus propias mejillas mientras continuaba—. He estado pensado en Nicola y Areina, en lo que nos contó Egwene anoche. No creéis que puedan causarle algún problema, ¿verdad? ¿Qué medida debería tomar para solucionarlo?

—Librarse de ellas —dijo Aviendha al tiempo que se pasaba el pulgar por la garganta, de oreja a oreja. El alivio de poder hablar, de oír voces, fue tan intenso que casi contuvo el aliento. Elayne parecía conmocionada. A veces era increíblemente blanda.

—Puede que fuera lo mejor —abundó Birgitte. No había dado más nombre que ése. Aviendha la consideraba una mujer con secretos—. Con el tiempo, Areina habría conseguido llegar a ser una persona de provecho, pero… No me mires de ese modo, Elayne, y déjate de mojigaterías y de escandalizarte por todo. —A menudo, Birgitte dejaba de actuar como el Guardián que obedecía y pasaba a ser la hermana primera que soltaba el sermón ni que quisiera uno ni que no. En ese momento, agitando un dedo en ademán admonitorio, era la hermana primera—. No os habrían advertido a las dos que os mantuvieseis al margen si se tratase de un problema que la Amyrlin no pudiera resolver poniéndolas a trabajar en la lavandería o algo por el estilo.

Elayne aspiró sonoramente por la nariz ante una verdad que no podía negar, y se arregló los pliegues de la falda de seda verde, donde estaba recogida a fin de mostrar los vuelos azules y blancos de las enaguas. Iba vestida al estilo ebudariano, incluidas las chorreras de encaje en cuello y puños, un regalo de Tylin Quintara, al igual que la gargantilla de oro tejido. Aviendha no aprobaba esa moda. La parte superior del vestido, el corpiño, se ajustaba a sus formas tanto como el cuello de encaje, y un corte ovalado en la pechera dejaba a la vista el inicio de sus senos. Andar por ahí enseñando el cuerpo, donde todo el mundo podía verla, no era lo mismo que estar desnuda en las tiendas de vapor; la gente en las calles de la ciudad no eran *gai'shain*. Su propio vestido era de cuello alto, con la puntilla del remate rozándole la barbilla y sin que le faltara ningún trozo de tela.

—Además —continuó Birgitte—, imaginaba que lo de «Marigan» os preocuparía mucho más. A mí se me queda seca la boca sólo de pensarlo.

El nombre pareció penetrar en la mente de Nynaeve, sacándola de su lamentable estado, por suerte para ella. Sus gemidos cesaron y se sentó más erguida.

—Si viene por nosotras, le daremos lo que se merece otra vez. Le… Le… —Respiró hondo y las miró fijamente, como si le estuvieran llevando la contraria. Lo que acabó diciendo, sin embargo, fue—: ¿Creéis que nos buscará?

—Preocuparse no servirá de nada —respondió Elayne con mucha más calma de la que habría podido mostrar Aviendha si hubiera creído que estaba en el punto de mira de uno de los Depravados de la Sombra—. Nos limitaremos a hacer lo que Egwene ha dicho y tendremos cuidado.

Nynaeve masculló algo incomprensible, y quizá fuera mejor así. El silencio volvió a adueñarse del grupo. Elayne se ensimismó más que antes si cabe; Birgitte apoyó la barbilla en la palma de la mano mientras fruncía el ceño, pensativa; y Nynaeve continuó mascullando entre dientes, pero ahora tenía las dos manos apretadas contra el estómago y, de vez en cuando, callaba unos instantes para tragar saliva. El chapoteo del agua parecía más fuerte que antes, así como los chillidos de las aves.

—Yo también he estado pensando, medio hermana —dijo Aviendha. Elayne y ella todavía no habían llegado al momento de adoptarse como primeras hermanas, pero ahora estaba segura de que lo harían. De hecho ya se habían cepillado el cabello la una a la otra, y todas las noches, al abrigo de la oscuridad, compartían otro secreto que jamás le habían dicho a nadie. Esa tal Min, sin embargo… Pero ése era un tema para más adelante, cuando estuvieran solas.

—¿Sobre qué? —preguntó, abstraída, Elayne.

—Sobre nuestra búsqueda. Debemos tener éxito, pero estamos tan lejos de lograrlo como cuando empezamos. ¿Tiene sentido que no utilicemos todas las armas que tenemos a mano? Mat Cauthon es *ta'veren*, y no obstante nos esforzamos por esquivarlo. ¿Por qué no traerlo con nosotras? Estando él podríamos encontrar el cuenco por fin.

—¿Mat? —exclamó, incrédula, Nynaeve—. ¡Sería mejor llenarse las enaguas de ortigas! No aguantaría su presencia aunque tuviese el cuenco en el bolsillo de la chaqueta.

—Oh, cállate, Nynaeve —rezongó Elayne sin alterar el tono. Sacudió la cabeza, asombrada, sin advertir el ceño de la otra mujer. «Quisquilloso» era un término que sólo describía superficialmente el carácter de Nynaeve, pero todas estaban acostumbradas a su forma de ser—. ¿Por qué no se me ocurrió eso? ¡Es tan obvio!

—Tal vez —murmuró secamente Birgitte— porque tienes la imagen del Mat bribón tan metida en la cabeza que eres incapaz de ver que puede ser de alguna

utilidad.

Elayne le asestó una mirada fría, con la barbilla bien levantada; entonces, de repente, torció el gesto y asintió de mala gana. No aceptaba fácilmente las críticas.

—No —dijo Nynaeve en un tono que, de algún modo, sonó cortante y débil a la par. El enfermizo color de su tez había aumentado, pero ya no parecía estar causado por el movimiento de la embarcación—. ¡No lo estarás diciendo en serio! Elayne, sabes el tormento que puede llegar a ser, lo testarudo que es. Insistirá en traer esos soldados como si saliéramos a desfilar un día de fiesta. Intenta encontrar algo en el Rahad con soldados guardándote la espalda. ¡Inténtalo! Y lo siguiente será que querrá apropiarse del mando, pasándonos ese *ter'angreal* por las narices. Es mil veces peor que Vandene o Adeleas o incluso Merilille. ¡Por su modo de comportarse, cualquiera diría que nos metemos en la guarida de un oso sólo para ver a la fiera!

Birgitte hizo un ruido gutural que podría ser de regocijo, y por ello se ganó una mirada cortante. Respondió con otra de una inocencia tan absoluta que Nynaeve empezó a emitir sonidos como si se estuviese asfixiando.

Elayne era más tranquila, de las que intentaba calmar los ánimos; seguramente intentaría poner paz en una contienda por agua.

—Es *ta'veren*, Nynaeve. Altera el Entramado, cambia el azar, sólo por estar presente. Estoy dispuesta a admitir que necesitamos suerte, y un *ta'veren* es más que eso. Además, así podríamos cazar dos pájaros de un tiro. No tendríamos que haberle dejado que anduviese suelto por ahí, haciendo de su capa un sayo todo este tiempo, por muy ocupadas que hayamos estado. Eso no ha beneficiado a nadie, y a él a quien menos. Hay que meterlo en cintura para que pueda estar en compañía de personas decentes. Lo ataremos en corto desde el principio.

Nynaeve se alisó los vuelos de la falda con excesiva energía. Afirmaba sentir tan poco interés por los vestidos como Aviendha —o por su apariencia, en cualquier caso; siempre estaba rezongando que la buena y sencilla lana debería bastar a cualquiera—; aun así, su vestido azul lucía acuchillados en amarillo en la falda y las mangas, y había sido ella personalmente la que había elegido ese diseño. Cada centímetro de tela y de hilo era seda o bordado o ambas cosas, y todo el conjunto tenía lo que Aviendha ya había aprendido a reconocer como confección refinada y de calidad.

Por una vez Nynaeve pareció comprender que no iba a salirse con la suya. En ocasiones se cogía unas increíbles pataletas hasta que lo conseguía, aunque jamás reconocía que fueran tal cosa. La expresión furibunda dio paso a otra enfurruñada.

—¿Quién se lo pedirá? —preguntó—. Sea cual sea de nosotras quien se lo diga, se hará de rogar. Sabes que sí. ¡Y antes que eso me casaría con él!

—Lo hará Birgitte —decidió Elayne con aire firme, tras vacilar un momento—. Y ella no le rogará; se lo comunicará. La mayoría de los hombres hacen lo que se les

dice si se utiliza un tono firme, con seguridad.

Nynaeve no parecía muy convencida, y Birgitte se sentó erguida, bruscamente; era la primera vez que Aviendha la veía sobresaltada. Con cualquier otra persona, Aviendha habría pensado incluso que estaba un poco asustada. Birgitte habría sido una buena *Far Dareis Mai*, considerando que era de las tierras húmedas. Su destreza con el arco resultaba extraordinaria.

—Es la elección lógica, Birgitte —se apresuró a añadir Elayne—. Nynaeve y yo somos Aes Sedai, y casi puede decirse lo mismo de Aviendha. Es de todo punto imposible que lo haga cualquiera de nosotras tres. No si queremos mantener la dignidad debida. Con él no. Sabes cómo es ese hombre.

¿Y qué había pasado con toda esa palabrería sobre una voz en tono firme y seguro? Además, Aviendha no había visto que tal método le funcionara a nadie, excepto a Sorilea. Desde luego, no había funcionado con Mat Cauthon hasta el momento, que ella supiera.

—Birgitte —continuó Elayne—, es imposible que él te haya reconocido. En caso contrario, ya habría dicho algo a estas alturas.

Significara lo que significara ese comentario, Birgitte se recostó en la pared y enlazó los dedos sobre el estómago.

—Debería haber sabido que me la devolverías desde que dije que menos mal que tu trasero no era…

Calló, y un asomo de sonrisa satisfecha curvó sus labios. La expresión de Elayne no cambió, pero saltaba a la vista que Birgitte pensaba que había logrado una pequeña revancha. Debía de estar relacionado con el vínculo de Guardián y Aes Sedai. Sin embargo, Aviendha no entendía qué tenía que ver el trasero de Elayne en todo ello. A veces las gentes de las tierras húmedas actuaban de un modo tan… extraño. Aquella sonrisita no se había borrado de los labios de Birgitte cuando ésta añadió:

—Lo que no comprendo es por qué Mat empieza a irritarse en cuanto os ve a vosotras dos. No puede deberse a que le estéis dando esquinazo continuamente. Egwene también lo hizo con igual empeño que vosotras, pero vi que la trataba con más respeto de lo que hacen la mayoría de las hermanas. Además, las veces que lo he visto de refilón saliendo de La Mujer Errante parecía estar pasándolo muy bien. —Su sonrisa se convirtió en una mueca que hizo a Elayne aspirar por la nariz con aire desaprobador.

—Ésa es una de las cosas que tenemos que cambiar. Una mujer decente no puede estar con él en la habitación. Oh, borra esa sonrisita de tu cara, Birgitte. Juro que a veces eres peor que él.

—Ese hombre nació sólo para ser un castigo para los demás —murmuró Nynaeve con acritud.

De repente Aviendha recordó que se encontraba en una embarcación cuando todo se zarandeó, cabeceando y meciéndose hasta detenerse. Las mujeres se levantaron, se arreglaron las ropas, y cogieron las capas ligeras que llevaban consigo. Aviendha no se puso la suya; el sol no brillaba tanto como para necesitar resguardarse los ojos con la capucha. Birgitte se echó doblada la suya sobre un hombro y subió la escalerilla, salvando los peldaños de tres en tres, después de que Nynaeve se le adelantó precipitadamente, con una mano puesta sobre la boca.

Sin ninguna prisa, Elayne se ató los lazos de su capa y se echó la capucha de manera que los dorados rizos sobresalían por los bordes.

—No has hablado mucho, medio hermana.

—He dicho lo que tenía que decir. La decisión era vuestra.

—Pero la idea fue tuya. A veces creo que las demás nos estamos volviendo estúpidas. En fin. —Cuando se volvía hacia la escalerilla, hizo un alto, y añadió sin mirar directamente a Aviendha—: En ocasiones las grandes extensiones de agua me incomodan. Creo que voy a limitarme a mirar el barco, nada más.

Aviendha asintió y subieron; su medio hermana tenía una delicadeza exquisita.

En cubierta, Nynaeve estaba rechazando la oferta de ayuda por parte de Birgitte y se retiró de la batayola, sobre la que había estado doblada. Los dos remeros la observaron divertidos mientras la mujer se limpiaba la boca con el revés de la mano. Los dos tipos no llevaban camisa, y lucían pendientes de latón, uno en cada oreja; sin duda daban un uso frecuente a las dagas curvadas que llevaban metidas en los fajines. No obstante, tenían casi toda su atención puesta en el manejo de los largos remos, semejantes a pértigas, y recorrían la cubierta de atrás adelante a fin de mantener la embarcación, que no dejaba de mecerse, al lado de un barco cuyo tamaño dejó sin aliento a Aviendha, y que se alzaba imponente junto a la barca en la que se encontraban, la cual de repente parecía diminuta; los tres grandes mástiles eran más altos que la mayoría de los árboles que había visto en su vida, incluso allí, en las tierras húmedas. En un barco tan grande como aquél seguramente sería posible olvidar toda el agua que lo rodeaba. Sólo que…

En realidad Elayne no se había dado por enterada de su vergüenza, y, si lo había hecho, una medio hermana podía conocer la más profunda humillación de una sin que importase, pero… Amys decía que tenía demasiado orgullo. Se obligó a dar media vuelta y a apartar los ojos del barco.

Jamás había visto tanta agua en su vida, ni aun juntando hasta la última gota en un solo lugar, todo olas grisverdosas y aquí y allí crestas de espuma blanca. Movió rápidamente los ojos, procurando evitar abarcarla en toda su inmensidad, pero hasta el cielo parecía más grande allí, ilimitado, con un sol como oro fundido elevándose por el este. Soplaba un viento racheado, algo más fresco que en tierra y sin amainar del todo. Grandes bandadas de aves surcaban el cielo, grises y blancas y a veces con

manchas negras, que lanzaban aquellos chillidos penetrantes. Una, toda negra excepto la cabeza, volaba rasando sobre el agua con la parte inferior del pico, más larga, hendiendo la superficie, y una hilera de desgarbadas aves pardas —pelícanos, los había llamado Elayne— de repente plegaron las alas y se zambulleron en medio de grandes chapoteos para después reaparecer, meciéndose en las olas, y alzando los picos increíblemente enormes. Se veían barcos por doquier, muchos de ellos casi tan grandes como el que había a su espalda, no todos pertenecientes a los Atha'an Miere, y otros más pequeños, de uno o dos palos y velas triangulares. Embarcaciones aún más pequeñas y sin mástil, como la que las había transportado allí, con un afilado pico en la parte delantera y una casa baja y plana en la posterior, se desplazaban por el agua impulsadas por un par de remos o dos, a veces incluso tres. Una barca larga y estrecha que debía de tener veinte a cada lado le recordó un ciempiés desplazándose sobre la arena. Y había tierra. A unos once o doce kilómetros de distancia, los rayos del sol se reflejaban en los blancos edificios enlucidos de la ciudad. Once o doce kilómetros de agua.

Aviendha tragó saliva y se volvió de nuevo hacia el barco con mayor presteza que al girarse antes. Pensó que su cara debía de estar más verde que la de Nynaeve. Elayne la observaba, procurando mantener el gesto impasible, pero los habitantes de las tierras húmedas dejaban traslucir sus emociones con tanta claridad que saltaba a la vista la preocupación que sentía.

—Soy una necia, Elayne. —Incluso con ella, utilizar sólo el primer nombre hacía que Aviendha se sintiese incómoda; cuando fueran primeras hermanas, cuando fueran hermanas conyugales, resultaría más fácil—. Una mujer sensata atiende los consejos sensatos.

—Eres más valiente de lo que yo jamás seré —contestó Elayne, muy en serio. También ella negaba constantemente que tuviera coraje. ¿Sería ésa una costumbre de las tierras húmedas? No, Aviendha había oído a gente de allí hablar de su valentía; por ejemplo, esos ebudarianos, que parecían incapaces de pronunciar tres palabras seguidas sin alardear. Elayne respiró hondo, armándose de valor—. Esta noche hablaremos de Rand.

Aviendha asintió, pero no veía la relación que tenía ese tema con lo del valor. ¿Cómo podían unas hermanas conyugales manejar al marido si no hablaban de él con detalle? Eso era lo que las mujeres mayores le decían, en cualquier caso; y también las Sabias. Por supuesto, no siempre se mostraban tan comunicativas. Cuando se había quejado a Amys y a Bair de que debía de estar enferma porque se sentía como si Rand al'Thor se hubiese llevado consigo una parte de sí misma, se habían muerto de risa. «Ya lo entenderás —le dijeron entre carcajada y carcajada—. Lo habrías entendido antes si hubieses crecido llevando falda.» Como si ella hubiese querido otra vida que la de una Doncella, corriendo en compañía de sus hermanas de lanza.

Quizás Elayne sentía también esa especie de vacío. Hablar de él parecía ahondar más ese hueco aun cuando estuvieran llenándolo al mismo tiempo.

Hacía rato que había notado por encima el sonido de unas voces, y ahora escuchó las palabras.

—¡… pedazo de bufón con pendientes! —Nynaeve sacudía el puño a un hombre de tez muy oscura que la contemplaba desde arriba, asomado por el alto costado del barco. Parecía tranquilo; claro que él no podía ver el brillo del *Saidar* que la envolvía —. ¡No venimos pidiendo el regalo de pasaje, así que poco importa si tenéis por costumbre negárselo a las Aes Sedai! ¡Suelta una escala ahora mismo!

Las sonrisitas de los hombres de los remos se habían borrado por completo. Al parecer se les habían pasado por alto los anillos en forma de serpientes cuando las habían cogido en el muelle, pero no parecían muy complacidos al descubrir que tenían Aes Sedai a bordo.

—Oh, Luz —suspiró Elayne—. He de arreglar esto, Aviendha, o habremos tirado la mañana por la borda tan seguro como que ella ha echado las gachas del desayuno.

Avanzó a través de la «cubierta» —Aviendha se sentía orgullosa de saber los nombres correctos de las cosas en las embarcaciones— y se dirigió al hombre asomado en lo alto del barco.

—Soy Elayne Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde. Mi compañera dice la verdad. No venimos buscando el regalo de pasaje. Empero, hemos de hablar con vuestra Detectora de Vientos sobre un asunto muy urgente. Dile que sabemos lo del Tejido de Vientos, y que también estamos enteradas de las habilidades de las Detectoras de Vientos.

El hombre la miró ceñudo y luego, bruscamente, desapareció sin decir palabra.

—Esa mujer pensará seguramente que tienes intención de levantar la liebre sobre sus secretos —rezongó Nynaeve mientras se colocaba la capa dando tirones y ataba las cintas con violencia, enrabietada—. Sabes lo mucho que las asusta que las Aes Sedai se las lleven a la Torre por la fuerza si se descubre que pueden encauzar. Sólo una boba cree que puede amenazar a la gente, Elayne, y llegar a alguna parte.

Aviendha estalló en carcajadas. Por la mirada sorprendida que le dirigió Nynaeve, no se daba cuenta del chiste que había hecho sobre sí misma. A Elayne, sin embargo, le temblaban los labios a pesar de su esfuerzo por contenerse. Nunca se estaba seguro con el sentido del humor de las tierras húmedas; les resultaban divertidas las cosas más extrañas y en cambio no veían las más graciosas.

Se sintiera o no amenazada la Detectora de Vientos, lo cierto es que para cuando Elayne hubo pagado a los barqueros, advirtiéndoles que esperaran para llevarlas de vuelta —mientras Nynaeve rezongaba por el precio y les decía que les daría de bofetadas si se marchaban, con lo que Aviendha casi se echa a reír otra vez al pensar cómo iba a arreglárselas para hacerlo si se iban—, cuando todo eso estuvo arreglado,

al parecer en el barco se había tomado la decisión de permitirles subir a él. No echaron una escala, sino que bajaron una tabla colgada de dos cuerdas que después se unían formando una sola, la cual corría por una gruesa polea que había sido desplazada desde uno de los mástiles. Nynaeve se sentó en la tabla al tiempo que amenazaba con escarmentar a los barqueros si se les ocurría echar una ojeada a sus faldas cuando la subieran. Cuando le llegó el turno, Elayne se puso colorada y sujetó la suya alrededor de las piernas, a la vez que se doblaba hacia adelante de tal modo que pareció estar a punto de caerse de cabeza cuando la izaron en el aire, meciéndose, para luego desaparecer en el interior del barco. Uno de los tipos miró hacia arriba de todos modos, hasta que Birgitte le asestó un puñetazo en la nariz. Ni que decir tiene que ninguno de los dos alzó la vista cuando la subieron a ella.

El cuchillo que llevaba Aviendha en el cinturón era pequeño, con una hoja de apenas quince centímetros de longitud, pero los remeros fruncieron el entrecejo, preocupados, cuando la joven lo sacó. Echó el brazo hacia atrás, y los dos tipos se zambulleron de cabeza sobre la cubierta mientras el cuchillo pasaba por encima de sus cabezas dando vueltas para finalmente ir a clavarse, con un golpe seco, en el grueso poste de la parte delantera de la barca. Después, la Aiel se echó la capa por los brazos como si fuese un chal, y se alzó la falda por encima de las rodillas para pasar fácilmente sobre los remos y recuperar el arma. Acto seguido se instaló en la tabla que colgaba a un lado del barco. No guardó el cuchillo en el cinturón. Por alguna razón que escapaba a su comprensión, los dos hombres intercambiaron una mirada desconcertada, pero mantuvieron gacha la vista mientras la subían. A lo mejor empezaba a entender algo de las costumbres de las tierras húmedas.

Ya en la enorme cubierta del velero Aviendha se quedó boquiabierta, a punto de olvidar bajarse de la tabla. Había leído cosas sobre los Atha'an Miere, pero leer y ver era tan distinto como leer sobre el agua salada y probarla. Para empezar, todos eran de tez oscura, mucho más que los ebudarianos, incluso más que la mayoría de los tearianos. El largo cabello era negro, así como sus ojos, y llevaban las manos tatuadas. Había hombres con el torso desnudo y descalzos, luciendo fajines estrechos de colores llamativos con los que sujetaban los amplios pantalones de un material oscuro que brillaba como si estuviese untado con grasa, y mujeres con blusas de colores tan intensos como los fajines; unos y otras se movían con una especie de vaivén y se desplazaban grácilmente al ritmo del balanceo del barco.

Las mujeres Atha'an Miere tenían costumbres muy raras respecto a los varones, según había leído Aviendha; al parecer danzaban cubiertas sólo con un pañuelo o incluso menos. Pero fueron los pendientes los que más llamaron su atención. La mayoría lucía tres o cuatro, a menudo con brillantes piedras engastadas. ¡Y algunas hasta llevaban un pequeño aro a un lado de la nariz! También los llevaban los hombres, al menos en las orejas, y casi tantas cadenas de oro y plata, de gruesos

eslabones, en el cuello. ¡Los hombres! Algunos varones de las tierras húmedas llevaban pendientes, cierto —entre los ebudarianos era la gran mayoría—, pero ¡tantos! ¡Y collares! Los habitantes de las tierras húmedas tenían costumbres verdaderamente extrañas. Los Marinos nunca bajaban de sus barcos —nunca— o eso había leído, y supuestamente se comían a sus muertos. Aviendha había sido incapaz de dar crédito a eso último, pero si los varones llevaban collares ¿quién sabe qué más podían hacer?

La mujer que fue al encuentro de las recién llegadas llevaba pantalones, blusa y fajín como las demás, pero los suyos eran de seda amarilla brocada, mientras que el fajín estaba tejido con complejos nudos y las puntas le colgaban hasta las rodillas; uno de sus collares tenía una pequeña caja con un intrincado trabajo de filigrana. Un dulzón olor a almizcle envolvía a la mujer. Mechones grises le surcaban el cabello, y su semblante era grave. Cinco aros gruesos de oro decoraban cada una de sus orejas, y una fina cadena unía uno de ellos a otro aro similar que le atravesaba la aleta de la nariz. De la cadena colgaban diminutos medallones de oro bruñido que brillaron con la luz del sol mientras Aviendha los estudiaba.

La Aiel retiró prestamente la mano que se había llevado a la nariz —¡mira que aguantar el peso de esa cadena por capricho!— y consiguió a duras penas reprimir una risa. Las costumbres de las tierras húmedas eran increíbles, pero sin duda los Marinos se llevaban la palma.

—Soy Malin din Toral Rompeolas, Señora de las Olas del clan Somarin y Navegante del *Viajero del viento*. —Una Señora de las Olas era importante, como un jefe de clan; miró alternativamente los rostros de las recién llegadas, en apariencia desconcertada, hasta que sus ojos repararon en los anillos de la Gran Serpiente que lucían Elayne y Nynaeve, y entonces suspiró con resignación—. Si hacéis el favor de acompañarme, Aes Sedai —dijo, dirigiéndose principalmente a Nynaeve.

En la parte trasera del barco se alzaba una estructura cerrada, y las condujo hasta una puerta que había allí y después por un pasillo hasta una amplia habitación —un camarote— que tenía el techo bajo. Aviendha dudaba que Rand al'Thor hubiera podido erguirse completamente debajo de una de las gruesas vigas. Aparte de unos cuantos baúles lacados, todo parecía estar construido en el lugar que ocupaba cada cosa, como los armarios a lo largo de las paredes, e incluso la mesa alargada que llegaba hasta la mitad de la habitación y los sillones que la rodeaban. Costaba trabajo creer que algo tan grande como ese barco estuviese hecho de madera; a pesar del tiempo que Aviendha llevaba en las tierras húmedas, contuvo a duras penas una exclamación ahogada al ver toda esa madera pulida. Brillaba casi tanto como las lámparas doradas, que colgaban, apagadas, en una especie de jaula, de manera que permanecerían derechas mientras el barco se meciera con las olas. A decir verdad, parecía que el velero no se movía en absoluto, al menos si se comparaba con la barca

en la que habían llegado, pero por desgracia la pared trasera del camarote era una hilera de ventanas cuyos postigos, pintados y dorados, estaban abiertos de par en par, de modo que ofrecían una vista panorámica de la bahía. Peor aún: a través de esas ventanas no se divisaba tierra. ¡Nada en absoluto! Aviendha sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Habría sido incapaz de hablar; no habría podido ni chillar aunque era lo que deseaba hacer.

Aquellas ventanas y la vista que ofrecían —lo que no se veía— habían atraído su mirada tan de inmediato que le costó unos segundos advertir que ya había gente dentro. ¡Estupendo! Si hubiesen querido podrían haberla matado antes de que se diera cuenta. Y no es que mostraran señal alguna de hostilidad, pero con los habitantes de las tierras húmedas toda precaución era poca.

Un hombre mayor, larguirucho, de ojos muy hundidos, se encontraba sentado relajadamente en uno de los baúles; el poco pelo que le quedaba era blanco, y su atezado rostro tenía un aspecto amable, aunque la docena de pendientes y varias cadenas gruesas de oro alrededor de su cuello le daban un extraño aire a su expresión, a los ojos de Aviendha. Igual que los hombres de arriba, estaba descalzo y con el torso desnudo, pero sus pantalones eran de seda azul oscuro, y el largo fajín, de color rojo intenso. Llevaba una espada, con empuñadura de marfil, metida en el fajín, advirtió la Aiel con desdén, así como dos dagas curvas.

La mujer esbelta y atractiva, cruzada de brazos y con un sombrío ceño de aprensión, merecía una mayor atención. Llevaba sólo cuatro pendientes en cada oreja y menos medallones en la cadena que Malin din Toral, y todo su atuendo era de seda en un tono amarillo rojizo. Podía encauzar; Aviendha lo percibió, a tan corta distancia. Debía de ser la mujer por la que habían ido hasta allí, la Detectora de Vientos. Y, sin embargo, era otra la mujer que atraía más la mirada de la Aiel. A decir verdad, también las de Elayne, Nynaeve y Birgitte.

La mujer que había alzado la vista de un mapa desenrollado que había sobre la mesa habríase dicho que era tan vieja como el hombre, a juzgar por su cabello blanco. Era baja, más o menos como Nynaeve, y tenía el aspecto de quien antaño ha sido fornida y empieza a estar corpulenta, pero su barbilla se adelantaba con firmeza y sus oscuros ojos denotaban inteligencia. Y mucho poder. Enorme. No el Poder Único, sino el de quien dice «marchaos» y sabe que la gente obedecerá sin rechistar. Sus pantalones eran de seda verde brocada, la blusa azul, y el fajín rojo, como el del hombre. El cuchillo, enfundado en una vaina dorada y metido en la parte posterior del fajín, tenía el pomo de la empuñadura cuajado de gemas rojas y verdes: gotas de fuego y esmeraldas, al parecer de Aviendha. De la cadena que unía una oreja con la nariz colgaba el doble de medallones que en la de Malin din Toral, y otra cadena de oro más fina conectaba los seis pendientes de cada una de sus orejas. Aviendha contuvo en el último momento el impulso de llevarse de nuevo la mano a la nariz.

Sin pronunciar palabra, la mujer de pelo blanco se adelantó y se plantó frente a Nynaeve, a la que examinó descaradamente de la cabeza a los pies, frunciendo el entrecejo más al detenerse en el semblante de Nynaeve y en el anillo de la Gran Serpiente que lucía en la mano derecha. No tardó mucho en terminar su escrutinio y, con un gruñido, se desentendió de ella para hacer el mismo repaso rápido e intenso con Elayne. Después observó a Birgitte. Por fin habló.

—No eres Aes Sedai. —Su voz sonaba como rocas rodando ladera abajo.

—Por los nueve vientos y por la barba del Desencadenador de Tormentas, no lo soy —contestó Birgitte.

A veces decía cosas que ni siquiera Elayne y Nynaeve parecían entender, pero la mujer de pelo blanco dio un respingo como si le hubiesen pellizcado el trasero y la miró de hito en hito unos segundos antes de volver su ceñudo rostro hacia Aviendha.

—Tú tampoco eres Aes Sedai —dijo con su voz rechinante después de examinarla.

Aviendha se irguió todo lo posible, sintiéndose como si la mujer hubiese hurgado entre sus ropas y la hubiese vuelto del revés para verla mejor.

—Soy Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel.

La mujer dio un respingo el doble de fuerte que con Birgitte y sus negros ojos se abrieron como platos.

—No vas vestida como sería de esperar, pequeña —fue todo cuanto dijo, no obstante, y regresó de nuevo al otro extremo de la mesa. Una vez allí, se puso en jarras y las volvió a estudiar a las cuatro del mismo modo que lo habría hecho con unos animales que veía por primera vez—. Soy Nesta din Reas Dos Lunas —se presentó al cabo—. Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. ¿Cómo sabéis lo que sabéis?

El ceño de Nynaeve se había ido frunciendo progresivamente desde que la mujer la había mirado por primera vez.

—Las Aes Sedai saben lo que saben, punto —espetó—. ¡Y esperamos un recibimiento con mejores modales de los que he visto hasta ahora! Ciertamente recibí mucho mejor trato la última vez que estuve en un barco de los Marinos. Quizá deberíamos buscar otro, donde no todos tengan dolor de muelas.

La expresión de Nesta din Reas se tornó sombría, pero, naturalmente, Elayne se interpuso en la línea de tiro, quitándose la capa y dejándola sobre el borde de la mesa.

—Que la Luz os ilumine a vos y a vuestros veleros, Señora de los Barcos, y que envíe vientos para que viajéis veloces. —Su reverencia fue moderadamente profunda; Aviendha ya había aprendido a juzgar esos detalles, a pesar de que seguía pareciéndole la cosa más absurda que una mujer podía hacer—. Perdonad si se han dicho palabras desagradables. No era nuestra intención mostrarnos irrespetuosas con quien es una reina para los Atha'an Miere. —Eso último lo dijo dirigiendo una mirada

significativa a Nynaeve, que se limitó a encogerse de hombros, sin embargo.

Elayne volvió a presentarse, así como al resto de ellas, despertando reacciones extrañas. Que ella fuera la heredera del trono de Andor no pareció causar la menor impresión aunque era una posición alta entre los habitantes de las tierras húmedas, y la explicación de que era una Verde y Nynaeve una Amarilla recibió sendos resoplidos desdeñosos por parte de Nesta din Reas y miradas penetrantes del larguirucho hombre mayor. Elayne parpadeó, cogida por sorpresa, pero prosiguió con voz sosegada.

—Hemos venido por dos razones. La menos importante es preguntar cómo os proponéis ayudar al Dragón Renacido, a quien según la Profecía Jendai llamáis el Coramoor. La principal es pedir la ayuda de la Detectora de Vientos de este barco, cuyo nombre —añadió suavemente— lamento no conocer todavía.

—Soy Dorile din Eiran Pluma Larga, Aes Sedai —dijo, enrojeciendo, la mujer esbelta que podía encauzar—. Quizá pueda ayudaros, si así lo quiere la Luz.

—Os doy la bienvenida a mi barco —murmuró Malin din Toral, que también parecía avergonzada—, y que la gracia de la Luz sea con vosotras hasta que dejéis sus cubiertas.

La que no estaba abochornada en absoluto era Nesta din Reas.

—El Compromiso es con el Coramoor —dijo con voz dura e hizo un seco gesto con la mano—. Los confinados en tierra no tienen arte ni parte, excepto en el anuncio de su llegada. Tú, muchacha, Nynaeve. ¿En qué barco recibiste el regalo de pasaje? ¿Quién era su Detectora de Vientos?

—No lo recuerdo. —El timbre displicente de su voz era muy acorde con la pétrea sonrisa que exhibía. También se sujetaba la trenza con todas las fuerzas, pero al menos no había vuelto a abrazar el *Saidar*—. Y me llamo Nynaeve Sedai. Nynaeve Aes Sedai, nada de «muchacha».

Poniendo las manos sobre la mesa, Nesta din Reas le dirigió una mirada que a Aviendha le recordó las de Sorilea.

—Quizá lo seas, pero descubriré quién reveló lo que no debía revelarse. Ha de recibir unas lecciones sobre guardar silencio.

—Una vela partida está partida, Nesta —dijo inopinadamente el hombre mayor con una voz profunda mucho más fuerte de lo que sus huesudos miembros sugerían. Aviendha lo había tomado por un guardia, pero su tono era el de un igual—. Sería mejor preguntar qué ayuda esperan de nosotros las Aes Sedai en estos días en los que el Coramoor ha llegado, los mares rugen en tormentas interminables y la maldición de la Profecía surca los océanos. Si es que son Aes Sedai. —Eso último lo dijo enarcando una ceja mientras miraba a la Detectora de Vientos.

Ésta respondió en voz queda y respetuosa.

—Tres pueden encauzar, incluida ella. —Señaló a Aviendha—. Nunca he

conocido a nadie tan fuerte como ellas. Tienen que serlo. ¿Quién iba a atreverse a llevar el anillo sin serlo?

Nesta din Reas agitó la mano para hacerla callar y volvió aquella mirada férrea hacia el hombre.

—Las Aes Sedai nunca piden ayuda, Baroc —gruñó—. Las Aes Sedai nunca piden nada. —El hombre le sostuvo la mirada sosegadamente, pero al cabo de un momento ella suspiró como si la hubiese vencido la de él. Empero, los ojos que se clavaron en Elayne no eran más suaves en absoluto—. ¿Qué queréis de nosotros… heredera del trono de Andor? —Incluso aquello sonó escéptico.

Nynaeve cuadró los hombros como si se dispusiera a lanzarse al ataque; Aviendha había escuchado más de una diatriba de la mujer provocada por las Aes Sedai del palacio de Tarasin y su costumbre de olvidar que ella y Elayne también eran Aes Sedai; que alguien que ni siquiera fuera Aes Sedai lo pusiera en duda quizá llevara a un derramamiento de sangre, Nynaeve cuadró los hombros, abrió la boca y… Elayne la hizo callar con un roce en el brazo y un susurro demasiado bajo para que Aviendha pudiera oír lo que decía. El rostro de Nynaeve seguía congestionado, y parecía a punto de arrancarse la trenza de cuajo, pero contuvo la lengua. Quizás Elayne era capaz de poner paz incluso en una contienda por agua.

Ni que decir tiene que Elayne no podía sentirse complacida, cuando no sólo su derecho a ser llamada Aes Sedai sino su derecho al título de heredera del trono del Andor se ponía en tela de juicio tan abiertamente. La mayoría habría pensado que estaba tranquila, pero Aviendha conocía las señales. La barbilla levantada indicaba cólera; si a ello se añadían los ojos muy abiertos, entonces Elayne era una antorcha que superaría con creces el ascua de Nynaeve. Además, Birgitte tenía el rostro pétreo y los ojos llameantes. Por lo general no reflejaba las emociones de Elayne, excepto cuando éstas eran muy intensas. Aviendha cerró los dedos sobre la empuñadura del puñal que llevaba en el cinturón y se dispuso a abrazar el *Saidar*. En primer lugar mataría a la Detectora de Vientos; esa mujer no era débil en el Poder, y resultaría peligrosa. Podrían encontrar otra con tantos barcos que había por allí.

—Buscamos un *ter'angreal*. —Salvo porque su tono era frío, cualquiera que no la conociese habría pensado que Elayne estaba completamente serena. Miraba a Nesta din Reas, pero se dirigió a todos, quizás a la Detectora de Vientos principalmente—. Con él, creemos que podríamos remediar el tiempo. Tiene que estar causándoos perjuicios igual que a todo el mundo. Baroc ha mencionado tormentas interminables. Tenéis que ver en ello la mano del Oscuro, el roce del Padre de las Tormentas sobre el mar del mismo modo que nosotros lo notamos en tierra firme. Con ese *ter'angreal* podemos cambiarlo, pero no podemos hacerlo solas. Requerirá varias mujeres trabajando unidas, quizás un círculo completo de trece. Pensamos que entre esas mujeres debería haber Detectoras de Vientos. No hay nadie que sepa tanto sobre el

tiempo, ninguna Aes Sedai viva. Ésa es la ayuda que pedimos.

Un silencio absoluto acogió su alocución.

—Ese *ter'angreal*, Aes Sedai —dijo finalmente Dorile din Eiran—, ¿cómo se llama? ¿Qué aspecto tiene?

—No tiene nombre, que yo sepa —contestó Elayne—. Es un cuenco de cristal grueso, poco profundo pero con un diámetro superior a medio metro, y con nubes talladas en el interior. Cuando se encauza en él, las nubes se mueven.

—El Cuenco de los Vientos —exclamó excitada Dorile din Eiran, que se adelantó hacia Elayne como siguiendo un impulso inconsciente—. Tienen el Cuenco de los Vientos.

—¿De verdad lo tenéis? —Los ojos de la Señora de las Olas estaban prendidos en Elayne con ansiedad, y también ella adelantó un paso de manera involuntaria.

—Lo estamos buscando —aclaró Elayne—. Pero sabemos que se halla en Ebou Dar. Si es el mismo que…

—Tiene que serlo —exclamó Malin din Toral—. ¡Por vuestra descripción ha de serlo!

—El Cuenco de los Vientos —repitió Dorile din Eiran—. ¡Y pensar que se volverá a encontrar aquí, después de dos mil años! Tiene que ser por el Coramoor. Él debe de haber…

Nesta din Reas dio una fuerte palmada.

—¿Qué tengo aquí? ¿Una Señora de las Olas y su Detectora de Vientos o dos jovencitas en su primera singladura como tripulantes?

Las mejillas de Malin din Toral enrojecieron de rabia, e inclinó la cabeza bruscamente, pero con orgullo. Por su parte, Dorile din Eiran, mucho más colorada, hizo otra inclinación al tiempo que se tocaba la frente, los labios y el corazón con las puntas de los dedos.

La Señora de los Barcos las miró ceñuda un instante antes de continuar.

—Baroc, convoca a las otras Señoras de las Olas que se encuentran en este puerto, y también a las Doce Primeras. Con sus Detectoras de Vientos. Y hazles saber que las colgarás por los dedos de los pies de sus propias jarcias si no se dan prisa. —Mientras se incorporaba añadió—: Ah, y manda que bajen té. Establecer las condiciones de este acuerdo nos dará sed.

El hombre mayor asintió; tanto la posibilidad de que tuviera que colgar por los dedos de los pies a las Señoras de las Olas como el encargo de pedirles el té fueron aceptados con igual tranquilidad. Tras echar otra ojeada a Aviendha y a las demás, salió con aquel peculiar paso bamboleante. La Aiel cambió de opinión cuando vio de cerca los ojos del hombre. Habría sido un error fatal matar primero a la Detectora de Vientos.

Debía de haber alguien esperando, si no ésas, otras órdenes parecidas, ya que sólo

habían pasado unos segundos desde que Baroc saliera cuando un joven delgado y guapo, con un único pendiente en cada oreja, entró con una bandeja de madera en la que llevaba una tetera cuadrada, vidriada en azul y con el asa dorada, así como tazas grandes de cerámica gruesa, también de color azul. Nesta din Reas lo despidió con un ademán.

—Ya difundirá cuentos de sobra tal y como están las cosas como para que también oiga lo que no debe —dijo una vez que el joven hubo salido; y mandó a Birgitte que sirviera el té, cosa que la mujer hizo, para sorpresa de Aviendha y quizá para sorpresa de la propia arquera.

La Señora de los Barcos indicó a Elayne y Nynaeve los sillones a un extremo de la mesa, al parecer dispuesta a meterse de inmediato en las negociaciones. Aviendha rehusó el asiento —en la otra punta de la mesa—, pero Birgitte ocupó uno de ellos, levantando el brazo del sillón y después bajándolo de nuevo cuando estuvo sentada. Asimismo, la Señora de las Olas y la Detectora de Vientos quedaron excluidas de la discusión, si es que podía llamarse así. Lo que se habló fue en tono demasiado bajo para oír algo, pero Nesta din Reas puso énfasis en todo lo que dijo apuntando con un índice recto como una lanza; Elayne tenía la barbilla tan levantada que debía de estar mirando a la mujer siguiendo la línea de su nariz; y si Nynaeve se las arregló, por una vez, para mantener la expresión sosegada, parecía querer trepar por su propia trenza a juzgar por el modo que la aferraba.

—Si la Luz quiere, hablaré con vosotras dos —manifestó Malin din Toral, mirando alternativamente a Aviendha y Birgitte—, pero creo que antes he de oír tu historia.

La expresión de Birgitte se tornó alarmada mientras la mujer se sentaba enfrente de ella.

—Lo que significa que yo puedo hablar primero contigo, si la Luz quiere —le dijo Dorile din Eiran a Aviendha—. He leído cosas sobre los Aiel. Si no te importa, me gustaría saber cómo es posible que haya tantos varones entre vosotros si una mujer Aiel tiene que matar a un hombre cada día.

Aviendha tuvo que esforzarse para no mirarla de hito en hito. ¿Cómo podía creer semejante estupidez?

—¿Cuándo viviste entre nuestra gente? —preguntó Malin din Toral, inclinada sobre su taza.

Birgitte estaba echada hacia atrás como si quisiera trepar por el respaldo del sillón. Al otro extremo de la mesa, la voz de Nesta din Reas subió de tono un instante.

—… vinisteis a mí, no al contrario. Eso sienta las bases para nuestro acuerdo, aunque seáis Aes Sedai.

Baroc entró en la estancia y se paró entre Aviendha y Birgitte.

—Al parecer vuestra barca costera partió tan pronto como subisteis a bordo, pero no os preocupéis. El *Viajero del viento* tiene botes para llevaros de vuelta a la orilla. —Luego siguió caminando y se sentó en el sillón contiguo a Elayne y a Nynaeve y se sumó de inmediato a la conversación. De ese modo, cuando las dos miraban al que estaba hablando, el otro podía observarlas sin que se diesen cuenta. Las dos mujeres jóvenes habían perdido una ventaja; importantísima, por cierto.

—Pues claro que las condiciones del acuerdo hemos de ponerlas nosotros —dijo el hombre en un tono sorprendido de que pudiese ser de otro modo, en tanto que la Señora de los Barcos estudiaba a Elayne y a Nynaeve como haría una mujer con dos cabras que tiene pensado desollar para un festín. La sonrisa de Baroc casi era paternal —. Quien pide algo debe pagar el precio más alto, naturalmente.

—Pero tienes que haber vivido entre los nuestros para conocer esos juramentos antiguos —insistió Malin din Toral.

—¿Te encuentras bien, Aviendha? —preguntó Dorile din Eiran—. Incluso aquí, el movimiento del barco afecta a veces a la gente de tierra firme. ¿No? ¿Y mis preguntas no son ofensivas? Entonces, dime. ¿Es cierto que las Aiel atan a un hombre antes de que…? Quiero decir, cuando vosotras y ellos… Cuando… —Tenía las mejillas arreboladas y esbozó una débil sonrisa—. ¿Hay muchas Aiel tan fuertes con el Poder Único como tú?

El que Aviendha se hubiese quedado pálida no se debía a las absurdas preguntas de la Detectora de Vientos ni porque Birgitte pareciera estar dispuesta a salir corriendo en cuanto consiguiera soltar y levantar el brazo de su sillón, ni siquiera porque Nynaeve y Elayne estuvieran descubriendo, al parecer, que eran dos muchachitas en una feria mirándolo todo con ojos brillantes, en manos de unos comerciantes muy expertos. Todas la culparían a ella, y con razón. Porque había sido ella quien había comentado que, si no podían llevar el *ter'angreal* a Egwene y a las otras Aes Sedai cuando lo hubiesen encontrado, entonces ¿por qué no comprometer a esas mujeres Atha'an Miere de las que hablaban? No podían perder tiempo, esperando a que Egwene al'Vere les dijera que ya podían regresar. Le echarían la culpa y cumpliría con su *toh*, pero estaba recordando los botes que había visto en cubierta, colocados unos encima de otros. Botes sin un sitio donde resguardarse. Le echarían la culpa; pero, fuera cual fuera la deuda en la que hubiese incurrido con ellas, la habría pagado multiplicada por mil, en vergüenza, para cuando la hubiesen llevado a través de aquellos once o doce kilómetros de agua en un bote abierto.

—¿Tenéis un cubo a mano? —preguntó a la Detectora de Vientos con un hilo de voz.

14



Plumas blancas

A primera vista, al Circuito de Plata no se le había puesto un nombre muy acertado, pero en Ebou Dar gustaban los nombres ostentosos, y a veces daba la impresión de que cuanto menos encajaran con la realidad, mejor. La taberna más sucia que Mat había visto en la ciudad y que olía a pescado podrido llevaba por nombre La Gloria Radiante de la Reina, en tanto que La Corona Dorada del Cielo era un oscuro agujero al otro lado del río, en el Rahad, cuyo único distintivo era una puerta azul y en el que las oscuras manchas dejadas en pasadas luchas a cuchillo salpicaban el mugriento suelo. El Circuito de Plata estaba dedicado a las carreras de caballos.

Mat se quitó el sombrero y se abanicó con la amplia ala, e incluso llegó a aflojar el pañuelo negro de seda que llevaba para ocultar la cicatriz del cuello. En el aire matinal se notaba ya la reverberación del sol abrasador, pero la multitud se apiñaba en los dos largos bancos de tierra que flanqueaban el recorrido fijado, por el que los caballos correrían ida y vuelta. A eso se reducía el Circuito de Plata. El murmullo de las voces casi ahogaba los chillidos de las gaviotas que sobrevolaban el lugar. No se pagaba por mirar, así que los granjeros de rostros descarnados que habían llegado allí huyendo de los Juramentados del Dragón estaban sentados hombro con hombro con taraboneses que cubrían con velos transparentes los espesos bigotes, salineros vestidos con los blancos chalecos de su gremio, tejedores con chalecos de franjas verticales, impresores con chalecos de franjas horizontales y tintoreros con las manos teñidas hasta los codos. Las prendas de negro riguroso de los hombres de campo amadicienses, abotonadas hasta el cuello aunque quienes las llevaban parecían a punto de morirse por deshidratación, se veían junto a los vestidos campesinos murandianos, con largos delantales de colorines que sólo debían de servir de adorno; había incluso un puñado de domani de tez cobriza, los hombres con chaquetas cortas, si llevaban una puesta, y los vestidos de las mujeres en tejidos de lino tan fino que se les pegaba al cuerpo como la más sutil seda. Había aprendices, trabajadores de los muelles y los almacenes, curtidores que disfrutaban de un espacio más holgado a causa del olor de su oficio, y golfillos de caras mugrientas a los que había que vigilar

con cuidado porque robarían todo aquello a lo que pudieran echar mano. Sin embargo, había poca plata entre gente trabajadora.

Todos ellos estaban detrás de las gruesas cuerdas de cáñamo, tendidas entre postes. La zona anterior a esas cuerdas era para los que tenían plata y oro; gente de buena cuna, adinerada y bien trajeada. Criados petulantes servían ponche en copas de plata para sus amos, doncellas jactanciosas agitaban abanicos de plumas para dar aire a sus señoras, e incluso había un bufón con la cara pintada de blanco y tintineantes campanillas de latón en la chaqueta y el sombrero blancos y negros. Hombres arrogantes tocados con sombreros de terciopelo, de copa alta, se pavoneaban luciendo finas espadas a la cadera, el cabello largo rozando las chaquetas de seda, echadas sobre los hombros y sujetas con cadenas de oro y plata prendidas en las estrechas solapas bordadas. Algunas mujeres llevaban el cabello más corto que los hombres, y otras, más largo, arreglado en peinados tan variados como el número de féminas; lucían amplios sombreros con plumas o, en algunos casos, con finas mallas que cubrían los rostros, y vestidos generalmente cortados para mostrar los escotes, tanto al estilo local como de otras tierras. Las nobles, protegidas bajo parasoles de colores, refulgían con anillos y pendientes, collares y brazaletes de oro y marfil y finas gemas, y miraban con altivo desdén a todos los demás. Comerciantes y prestamistas bien alimentados, con un leve toque de puntillas y tal vez un alfiler o un anillo con una gruesa y brillante piedra engastada, se inclinaban humildemente o hacían reverencias a quienes pertenecían a la clase alta y que seguramente les debían sumas enormes. En el Circuito de Plata cambiaban de manos fortunas, y no sólo en apuestas. Se decía que también cambiaban de manos vidas y honor en la zona reservada que separaban las cuerdas.

Mat volvió a ponerse el sombrero, alzó la mano, y uno de los corredores de apuestas —una mujer de cara chupada y nariz aleznada— extendió las huesudas manos mientras hacía una reverencia y murmuraba la frase ritual: «Lo que milord quiere apostar, quedará fielmente anotado. Claro como un libro abierto». De algún modo conseguía suavizar su acento ebudariano a pesar de cortar el final de algunas palabras. Al igual que la fórmula, el bordado en la pechera de su chaleco rojo, que representaba un libro abierto, provenía de un remoto pasado, cuando las apuestas se anotaban en un libro de verdad, pero Mat sospechaba que él era el único de los presentes que sabía eso. Recordaba muchas cosas que jamás había visto, de unos tiempos que habían pasado al olvido hacía mucho.

Tras echar una rápida ojeada a los porcentajes en la quinta carrera de la mañana, reflejados con tiza en la pizarra que sostenía en alto el hombre encargado de tal menester, asintió. Se volvió hacia su compañero.

—Ponlo todo a *Viento*, Nalesean.

El teariano vaciló y jugueteó con la punta de su negra barba untada. El sudor

brillaba en su cara, pero mantenía abotonada hasta arriba la chaqueta de amplias mangas acuchilladas en azul, y se cubría con un gorro cuadrado de terciopelo azul que no servía para resguardarlo del sol.

—¿Todo, Mat? —Habló en voz baja para que la mujer no pudiera oírlo. El porcentaje de las apuestas podía cambiar en cualquier momento hasta que se hacía la apuesta de firme—. La Luz me confunda, pero ese pequeño pinto parece rápido, y también aquel pardo de crin plateada.

Esos dos eran los favoritos de ese día, nuevos en la ciudad y que, como todo lo nuevo, levantaban expectación. Mat no se molestó en mirar hacia los diez caballos que tomaban parte en la siguiente carrera y que se exhibían a un extremo del circuito. Ya había echado una buena ojeada mientras ayudaba a Olver a montar en *Viento.*

—Todo. Algún idiota ha recogido la cola del pinto como una porra y el animal está ya medio loco por las moscas. El pardo es llamativo, pero tiene mal ángulo de tobillos. Puede que haya ganado algún premio en el campo, pero hoy llegará el último. —El conocimiento de caballos era suyo, no un recuerdo; su padre le había enseñado, y Abell Cauthon tenía muy buen ojo para los equinos.

—Pues a mí me parece algo más que llamativo —rezongó Nalesean, pero ya no discutía.

La corredora de apuestas parpadeó cuando el teariano, suspirando, sacó bolsa tras bolsa de los abultados bolsillos de su chaqueta. En cierto momento abrió la boca para protestar, pero el Ilustre y Probo Gremio de Corredores de Apuestas proclamaba que siempre se aceptaba cualquier tipo de apuesta con cualquier cantidad. Incluso apostaban con armadores y mercaderes si un barco se hundiría o si los precios variarían; más bien, lo hacía el gremio en sí, no un corredor en particular. El oro fue a parar al interior de uno de los arcones con herrajes de hierro de la mujer, cada uno de ellos acarreado por un par de tipos cuyos brazos eran tan gruesos como las piernas de Mat. Sus guardias, tipos de mirada dura y narices rotas, vestidos con chalecos de cuero que dejaban ver unos brazos aún más gruesos, asían garrotes largos forrados de latón. Otro de sus hombres le tendió un resguardo en el que aparecía grabada minuciosamente la figura de un jurel —cada corredor tenía su propio símbolo— y la mujer anotó en la parte posterior la apuesta, el nombre del caballo y una sigla que indicaba la carrera, utilizando un fino pincel que tomó de una caja laqueada que sostenía una guapa jovencita. Delgada, con grandes y oscuros ojos, la muchacha dedicó a Mat una lenta sonrisa. La mujer de cara chupada no sonrió en absoluto. Volvió a hacer una reverencia, dio un bofetón a la muchacha sin alterarse, y le susurró algo al hombre de la pizarra, que borró algo precipitadamente con un paño. Cuando volvió a levantarla, *Viento* aparecía con el porcentaje más bajo. Mientras se frotaba la mejilla disimuladamente, la chica asestó una mirada ceñuda a Mat, como si el cachete hubiese sido culpa de él.

—Espero que tu suerte influya —dijo Nalesean, que sostenía el resguardo con cuidado para que la tinta se secara. Todos los corredores solían mostrarse muy puntillosos a la hora de pagar resguardos en los que la tinta estaba corrida, y no los había más puntillosos que los ebudarianos—. Sé que no pierdes a menudo, pero he visto que te pasa a veces, así me ciegue la Luz. Hay una jovencita a quien tengo intención de acompañar al baile esta noche. Sólo es una costurera… —Él era un lord, aunque no un mal tipo, a decir verdad, y esas cosas parecían importarle mucho—. Pero lo bastante bonita para dejarle a uno seca la boca. Le gustan las chucherías. Las chucherías de oro. Y también le gustan los fuegos artificiales. He oído comentar que algunos Iluminadores preparan un espectáculo para esta noche. Creo que eso te interesará. En fin, que le gustan, pero lo que la hace sonreír son las chucherías. No se mostrará amistosa si no puedo permitirme hacerla sonreír, Mat.

—Sonreirá, Nalesean, sonreirá —contestó, absorto, Mat. Los caballos seguían caminando en círculo, a cierta distancia de los postes de salida. Olver, a lomos de *Viento*, se mostraba orgulloso; su amplia boca esbozaba una sonrisa que dividía su rostro vulgar y que le llegaba a las orejas. En las carreras ebudarianas todos los jinetes eran muchachitos; unos cuantos kilómetros tierra adentro, utilizaban chicas. Olver era el más pequeño ese día, el más ligero de peso, y no es que el castrado gris de largas patas necesitara esa ventaja—. Harás que se ría hasta que no pueda tenerse en pie.

Nalesean le dirigió Una mirada ceñuda que él advirtió por encima. El hombre debería saber que el oro era algo por lo que Mat nunca tenía que preocuparse. Puede que no ganara siempre, pero le andaba cerca. Aunque su suerte no tenía nada que ver si *Viento* ganaba ese día. De eso no le cabía duda.

El oro no lo preocupaba, pero Olver sí. No había regla en contra de que los chicos utilizaran las fustas para golpearse con ellas unos a otros, en lugar de emplearlas en las monturas. En todas las carreras en las que había participado hasta ese momento, *Viento* se había situado en cabeza desde el principio y había acabado igual, pero si Olver salía herido, aunque sólo fuese un verdugón, a Mat se le calentarían las orejas de escuchar recriminaciones sin cuento. No sólo por parte de la señora Anan, su patrona, sino de Nynaeve y Elayne y Aviendha y Birgitte. La otrora Doncella Lancera y la peculiar mujer que Elayne había tomado como Guardián serían las últimas de quienes habría esperado demostraciones de sentimientos maternales, pero ya habían intentado, a sus espaldas, trasladar al chico de La Mujer Errante al palacio de Tarasin. Cualquier sitio donde hubiese tantas Aes Sedai era el menos conveniente para Olver, o para cualquiera, pero un solo chichón y, en lugar de decirles a Birgitte y a Aviendha que no tenían derecho a llevarse al chico, Setalle Anan lo conduciría seguramente ella misma a palacio. Probablemente Olver lloraría y se desgañitaría hasta caer rendido si no se le permitía correr nunca más, pero las mujeres nunca entendían esas cosas. Por

lo que debía ser enésima vez, Mat maldijo a Nalesean por llevar a escondidas a Olver y a *Viento* a las primeras carreras. Tenían que llenar sus horas desocupadas, desde luego, pero podrían haber encontrado otro entretenimiento. Escamotear bolsas de dinero no habría sido peor a los ojos de las mujeres.

—Aquí llega el rastreador —dijo Nalesean mientras guardaba el resguardo en su chaqueta. Esbozó una mueca—. Para lo que ha servido hasta ahora, habríamos hecho mejor trayendo cincuenta soldados más.

Juilin se abrió paso entre la multitud resueltamente; era un hombre de tez oscura y aspecto duro que utilizaba una vara de bambú tan alta como él mismo como bastón para caminar. Con el clásico gorro rojo tarabonés en forma de cubilete y una chaqueta sencilla ajustada a la cintura, que se abría en vuelos hasta casi las rodillas, una desgastada prenda que obviamente no llevaría una persona acaudalada, normalmente no le habrían permitido entrar en la zona delimitada por las cuerdas, pero fingió examinar los caballos e hizo saltar ostentosamente una gruesa moneda de oro sobre la palma de su mano. Varios de los guardias de los corredores de apuestas lo observaron con desconfianza, pero la corona de oro le permitió pasar.

—¿Y bien? —inquirió secamente Mat mientras se calaba más el sombrero, cuando el rastreador llegó junto a él—. No, deja que lo diga yo. Se escabulleron de palacio, otra vez. Nadie las vio salir, otra vez. Nadie tiene jodida idea de dónde están, otra vez.

Juilin guardó cuidadosamente la moneda en el bolsillo de su chaqueta. No apostaría; parecía que ahorraba hasta el último céntimo que caía en sus manos.

—Las cuatro tomaron un carruaje cerrado desde palacio hasta un muelle del río y allí alquilaron una barca. Thom alquiló otra para seguirlas y ver adónde se dirigían. A ningún sitio oscuro ni desagradable, diría yo, a juzgar por como iban vestidas. Bien que es cierto que los nobles visten sedas para arrastrarse por el barro. —Sonrió a Nalesean, que se cruzó de brazos y fingió estar embebido en caballos. Más que sonrisa, era una mueca enseñando los dientes. Los dos eran tearianos, pero la brecha entre la nobleza y la plebe era muy ancha en Tear, y a ninguno de los dos les gustaba la compañía del otro.

—¡Mujeres! —rezongó Mat.

Varias féminas elegantemente ataviadas, sentadas bajo los parasoles más próximos, se volvieron para mirarlo con desaprobación. Mat les respondió con otra mirada crítica, a pesar de que dos de ellas eran guapas; entonces, éstas se echaron a reír y se pusieron a chacharear como si él hubiese hecho algo divertido. Una mujer actuaba del mismo modo hasta que uno estaba seguro de que siempre reaccionaría igual, y entonces salía con algo distinto sólo para confundirlo a uno. En fin, había prometido a Rand llevar a Elayne a Caemlyn sana y salva, y a Nynaeve y a Egwene con ella. Y había prometido a Egwene ocuparse de la seguridad de las otras dos en

ese viaje a Ebou Dar, por no mencionar a Aviendha; ése era el precio de llevar a Elayne a Caemlyn. Pero no se habían dignado decirle para qué necesitaban ir allí; oh, no. ¡Y tampoco le habían dirigido veinte palabras desde que habían llegado a la jodida ciudad!

—Las llevaré sanas y salvas aunque para ello tenga que meterlas en barriles y cargarlas en una carreta hasta Caemlyn —rezongó entre dientes. Tal vez fuera el único hombre en el mundo que podía permitirse decir algo así sobre unas Aes Sedai sin tener que vigilar por encima del hombro, incluidos tal vez Rand y esos tipos que estaba reuniendo. Tocó el medallón de la cabeza de zorro que llevaba colgado bajo la camisa para asegurarse de que seguía allí, aunque nunca se lo quitaba, ni siquiera para bañarse. Tenía fallos, pero a un hombre le gustaba que algo le recordara de vez en cuando que no bajara la guardia.

—Tarabon debe de ser terrible ahora para una mujer que no está acostumbrada a cuidar de sí misma —murmuró Juilin. Observaba a tres hombres que llevaban velos sobre la cara, vestidos con chaquetas astrosas y amplios pantalones que antaño debían de haber sido blancos; trepaban por el banco de tierra, seguidos por un par de guardias de los corredores de apuestas que blandían garrotes. No había ninguna ley que prohibiera a los pobres entrar en la zona reservada, pero los guardias de los corredores de apuestas no lo permitían. Las dos mujeres guapas que habían mirado a Mat parecían estar cruzando apuestas entre sí sobre si los taraboneses serían capaces de escapar de los guardias.

—Tenemos aquí mujeres de sobra con tan poco seso como para no ponerse a cubierto cuando llueve —le contestó Mat—. Regresa a ese muelle de las barcas y espera a Thom. Dile que necesito verlo lo antes posible. Quiero saber qué se traen entre manos esas condenadas necias.

No es que la mirada de Juilin lo llamara exactamente necio a él, pero… Después de todo, llevaban intentando descubrir eso mismo hacía más de un mes, cuando habían llegado a la ciudad. Tras echar un último vistazo a los hombres que huían, el rastreador regresó por donde había llegado, de nuevo haciendo saltar la moneda de oro en la palma de la mano.

Mat frunció el entrecejo y observó a través del circuito. Apenas había cincuenta pasos hasta la multitud que ocupaba el otro lado, y se fijó en algunas de aquellas caras: un viejo encorvado y de cabello blanco, con nariz aguileña; una mujer de rostro afilado bajo el sombrero que parecía estar hecho con plumas en su mayor parte; un tipo alto que recordaba una cigüeña, vestido con ropas de seda verde y galones dorados; una joven de curvas generosas y boca turgente que parecía estar a punto de salirse por el escote del vestido. Cuanto más se alargaba el tiempo caluroso, menos ropas y más finas llevaban las mujeres en Ebou Dar, pero, por una vez, Mat apenas les prestó atención. Habían pasado semanas desde que había visto siquiera de refilón

a las mujeres que ahora lo preocupaban.

Ciertamente, Birgitte no necesitaba que nadie la llevara de la mano; era una cazadora del Cuerno, y cualquiera que la molestara acabaría en un hoyo profundo, si no se había equivocado en sus apreciaciones. Y Aviendha… Por lo único que necesitaba tener a alguien a su lado era para que no acuchillara a cualquiera que la mirase mal. En lo que a él concernía, podía pasar a cuchillo a cuantos quisiera mientras no fuese a Elayne. A pesar de que esa jodida heredera del trono fuera por ahí caminando con la nariz apuntando al cielo, le hacían chiribitas los ojos cuando estaba con Rand; y, por mucho que Aviendha se comportara como si fuera a clavar su puñal a cualquier hombre que mirara en su dirección, le ocurría lo mismo. Generalmente Rand sabía cómo tratar a las mujeres, pero había saltado a un pozo de víboras al dejar que esas dos estuviesen juntas. Era el camino hacia el desastre, y por qué no había pasado todavía era algo que escapaba a la comprensión de Mat.

Por alguna razón, sus ojos volvieron de nuevo hacia la mujer de rostro afilado. Era bonita, aunque con una belleza vulpina. Más o menos de la edad de Nynaeve, calculó; no resultaba fácil afirmarlo a esa distancia, pero sabía juzgar a las mujeres tan bien como hacía con los caballos. Delgada. ¿Por qué le hacía pensar en paja? Lo que alcanzaba a ver de su cabello, debajo del sombrero de plumas, era de color oscuro. Bah, qué importaba.

Birgitte y Aviendha podían arreglárselas sin sus cuidados, y normalmente habría dicho lo mismo de Elayne y Nynaeve, a pesar de lo obstinadas, engreídas y absolutamente prepotentes que podían llegar a ser. La obcecación era la clave. Eran de las que reprendían a un hombre por entremeterse y lo echaban con cajas destempladas, y después volvían a reprenderlo por no estar presente cuando lo necesitaban. Tampoco es que admitieran que lo necesitaban, ni siquiera en ese momento; oh, no, ellas no. Uno alzaba una mano para ayudar, y estaba entremetiéndose; no hacía nada, y era un gandul en quien no se podía confiar.

La mujer de rostro zorruno al otro lado del circuito volvió a saltarle a la vista. Paja no: un establo. Lo que tampoco tenía sentido. Había pasado muy buenos ratos en establos, con muchas mujeres jóvenes y algunas no tanto, pero aquélla llevaba un vestido en seda azul de corte modesto, el cuello tan alto que el remate de la blanca puntilla le rozaba la barbilla, y también le caía puntilla sobre las manos. Una dama, y él evitaba a las nobles como a la muerte. Se mostraban altaneras, esperando que un hombre estuviera a su entera disposición siempre. Mat Cauthon no. Curiosamente, era ella misma quien se daba aire con un abanico de plumas blancas. ¿Dónde estaba su doncella? Un cuchillo. ¿Por qué lo hacía pensar en un cuchillo? Y en… ¿fuego? Algo quemándose, en cualquier caso.

Mat sacudió la cabeza y se centró de nuevo en lo que era importante. Los recuerdos de otros hombres sobre batallas, cortes y países desaparecidos siglos atrás

llenaban las lagunas de su propia memoria, momentos de su propia vida que de repente se tornaban borrosos o que incluso habían desaparecido por completo. Recordaba haber huido de Dos Ríos con Moraine y Lan sin ninguna dificultad, por ejemplo; pero apenas quedaban retazos hasta su llegada a Caemlyn, y también había huecos en blanco antes de eso y después. Así pues, si años enteros de su mocedad habían quedado fuera del alcance de su memoria, ¿cómo iba a esperar recordar a todas las mujeres que había conocido? Quizá le recordaba a alguna mujer muerta hacía mil años o más; la Luz sabía que eso le ocurría a menudo. Hasta Birgitte despertaba a veces una sensación de hormigueo en su memoria. En fin, había cuatro mujeres en ese preciso momento que lo estaban volviendo majareta. Ellas eran el asunto importante.

Nynaeve y las demás lo evitaban como si tuviese sarna. Había ido a palacio en cinco ocasiones, y la única vez que habían accedido a verlo fue para decirle que estaban demasiado ocupadas para atenderlo, tras lo cual lo habían despedido como si fuese el chico de los recados. Todo se resumía en una cosa: creían que se entremetería en lo que quiera que se traían entre manos, y la única razón por la que haría eso sería si se ponían en peligro. No eran idiotas; insensatas a veces, pero no idiotas. Si veían peligro, es que había peligro. En algunos lugares de aquella ciudad, si uno era forastero o mostraba una moneda podía acabar con un cuchillo clavado en las costillas, y ni siquiera encauzar detendría el arma si no la veían a tiempo. Y allí estaba él, con Nalesean y una docena de hombres diestros de la Compañía, por no mencionar a Thom y a Juilin, que de hecho tenían habitaciones en las dependencias de la servidumbre en palacio, y todos sin otra cosa que hacer que tocarse las narices. Esas cabezotas iban a conseguir que les rebanaran el cuello.

—No si yo puedo evitarlo —gruñó.

—¿Qué? —preguntó Nalesean—. Mira. Se están poniendo en la línea de salida, Mat. Así la Luz me abrase, espero que tengas razón. A mí no me parece que ese pinto esté desquiciado, sino ansioso.

Los caballos cabrioleaban mientras tomaban posiciones entre los altos postes clavados en la tierra y que tenían banderines en la punta, los cuales ondeaban con la caliente brisa, azules, verdes y de todos los colores, algunos listados. En la pista de roja tierra prensada, a quinientos pasos de distancia, se alzaba otra fila de un número igual de postes con banderines. Cada jinete tenía que rodear el poste del mismo banderín del que salía y después regresar al punto de partida. Había un corredor de apuestas a cada extremo de la línea de caballos, uno de ellos una mujer metida en carnes y el otro un hombre aún más rechoncho; ambos sostenían en alto un pañuelo blanco. Los corredores de apuestas realizaban esta tarea por turnos y no se les permitía aceptar apuestas de la carrera en la que daban la salida.

—Diantre —rezongó Nalesean.

—Luz, hombre, relájate. Harás cosquillas a tu costurera, no te preocupes.

Un clamor atronador ahogó sus últimas palabras cuando los pañuelos blancos bajaron y los caballos salieron a galope; el retumbar de los cascos apagó incluso el vocerío de la multitud. En diez zancadas *Viento* se puso a la cabeza, con Olver inclinado sobre su cuello; el pardo de crines plateadas lo seguía a sólo una cabeza de distancia. El pinto iba en el pelotón, donde las fustas ya se descargaban frenéticamente.

—Te dije que el pardo era peligroso —gimió Nalesean—. No tendríamos que haber apostado todo.

Mat no se molestó en contestar. Aparte de monedas sueltas, llevaba en un bolsillo otra bolsa de dinero a la que llamaba el semillero; con la suma que contenía —incluso con una pequeña parte de ella— y una partida de dados, podía recuperar los fondos de ambos ocurriera lo que ocurriese esa mañana. A mitad del circuito, *Viento* iba todavía a la cabeza, con el pardo pegado a él, sacando un largo entero de ventaja al siguiente caballo. El pinto iba en quinta posición. Después del giro era cuando se corrían riesgos; los chicos que montaban los caballos retrasados solían descargar sus fustas sobre los que giraban en los postes ocupando las primeras posiciones.

Siguiendo a los corceles, los ojos de Mat pasaron de nuevo sobre la mujer del rostro zorruno… y volvieron bruscamente hacia esa cara. De repente tuvo la sensación de que los gritos de la multitud perdían intensidad y quedaban en un segundo plano. La mujer estaba agitando el abanico y dando saltos de excitación, pero de pronto Mat la veía con un vestido de color verde pálido y una buena capa gris, el cabello recogido en una redecilla de encaje; la mujer se remangaba el repulgo de la falda mientras avanzaba por un establo, no lejos de Caemlyn.

Rand seguía tendido en la paja, gimiendo, aunque parecía que la fiebre le había bajado; al menos ya no deliraba, gritando a gente invisible. Mat observó a la mujer con desconfianza mientras ella se arrodillaba junto a Rand. Quizás era cierto que podía ayudarlo como afirmaba, pero Mat ya no se fiaba de la gente como antaño. ¿Qué hacía una dama en el establo de un pueblo? Mientras acariciaba la empuñadura, rematada por un rubí, de la daga que llevaba escondida debajo de la chaqueta, se preguntó por qué habría confiado en la gente alguna vez. Nunca compensaba. Nunca.

—… tan débil como un gatito recién nacido —estaba diciendo la mujer mientras introducía la mano debajo de su capa—. Creo…

Sacó el cuchillo y acometió el cuello de Mat tan repentinamente, que éste habría muerto si no hubiese estado alerta. Se zambulló en el suelo y aferró la muñeca de su agresora para desviar el golpe hacia un lado al tiempo que extraía la daga de Shadar Logoth y la sostenía pegada contra el esbelto y blanco cuello de la mujer.

Ésta se quedó petrificada, intentando mirar la hoja afilada que le rozaba la piel. Mat deseaba degollarla. Sobre todo cuando reparó en el arma de la mujer, clavada en la pared del establo. Alrededor de la delgada hoja un negro círculo chamuscado crecía progresivamente y un fino hilillo de humo salía de la madera, a punto de prenderse fuego.

Estremecido, Mat se pasó la mano por los ojos. Sólo por llevarla encima, aquella daga de Shadar Logoth había estado a punto de acabar con él; había consumido su memoria, creando aquellas lagunas, pero ¿cómo olvidar a una mujer que había intentado matarlo? Una Amiga Siniestra —como había admitido ella misma— que había tratado de asesinarlo con un cuchillo que casi había hecho hervir el agua del cubo al que lo arrojaron después de encerrar a la mujer en el cuarto de los arreos. Una Amiga Siniestra que los había perseguido a Rand y a él. ¿Era simple casualidad que estuviera en Ebou Dar al mismo tiempo que él, en las carreras el mismo día? El influjo de un *ta'veren* podía ser la respuesta —le gustaba tan poco pensar en eso como en el jodido Cuerno de Valere—, pero lo cierto es que los Renegados sabían su nombre. La del establo no había sido la última vez que los Amigos Siniestros habían intentado acabar con Mat Cauthon. Se tambaleó cuando Nalesean empezó a golpearle la espalda de repente.

—¡Míralo, Mat! ¡Luz del cielo, míralo!

Los caballos habían girado en los gruesos postes y ya llevaban un buen trecho del recorrido de vuelta. Con el cuello estirado, la crin y la cola ondeando, *Viento* enfilaba como una centella circuito adelante, con Olver aferrado a su lomo como si formara parte de la silla. El chico cabalgaba como si hubiese nacido sabiendo. Cuatro largos detrás, el pinto galopaba frenéticamente mientras su jinete lo azotaba con la fusta en un fútil esfuerzo por acortar distancias. Así cruzaron la línea de meta, seguidos a tres largos por el siguiente caballo. El pardo de crin plateada llegó el último. Los gemidos y rezongos de los perdedores superaban los gritos de los vencedores. Los resguardos sin valor cayeron como una lluvia blanca sobre la pista, y docenas de sirvientes de los corredores de apuestas se apresuraron a recogerlos a fin de dejar limpio el circuito para la siguiente carrera.

—Tenemos que encontrar a esa mujer, Mat. No me extrañaría que se escabullera sin pagar ese montón de dinero que nos debe.

Por lo que Mat había oído comentar, el gremio de corredores de apuestas actuaba con gran dureza la primera vez que un miembro intentaba algo así, y si había una segunda, al infractor le costaba la vida; empero, eran plebeyos, y eso bastaba a Nalesean.

—Está allí, a plena vista. —Mat señaló sin apartar los ojos de la Amiga Siniestra de cara vulpina. Ésta miraba furibunda un resguardo, que después arrojó al suelo e

incluso se remangó el repulgo de la falda para pisotear el papel. Obviamente no había apostado por *Viento.* Todavía con una mueca torcida, la mujer empezó a abrirse paso entre la multitud. Mat se puso en tensión. La Amiga Siniestra se marchaba—. Recoge nuestras ganancias, Nalesean, y después lleva a Olver a la posada. Si se pierde la clase de lectura, antes besarás a la hermana del Oscuro que conseguir que la señora Anan lo deje salir para ir a otra carrera.

—¿Adónde vas?

—He visto a una mujer que intentó matarme —respondió Mat por encima del hombro.

—La próxima vez regálale una chuchería —gritó Nalesean a su espalda.

Seguir a la mujer no era difícil con aquel sombrero de plumas blancas que semejaban una bandera ondeando entre la multitud, al otro lado del circuito. Los bancos de tierra terminaban en un área abierta donde sillas de mano y carruajes lacados en colores llamativos esperaban bajo la atenta vigilancia de porteadores y conductores. El caballo de Mat, *Puntos*, era uno más entre las decenas que guardaban miembros del Antiguo y Venerable Gremio de Caballerizos. Había un gremio para casi todo en Ebou Dar, y pobre del que se metiera en su terreno. Mat se paró, pero la mujer siguió caminando y dejó atrás los vehículos que aguardaban a los que gozaban de posición o de dinero. Nada de doncella y ahora tampoco una silla de manos siquiera. Nadie iba a pie con ese calor si tenía medios para pagar un transporte. ¿Acaso milady estaba pasando una mala racha económica?

El Circuito de Plata se encontraba al sur de la encalada muralla de la ciudad, y la mujer recorrió los cien pasos más o menos de la calzada hasta llegar a la puerta de Moldine, por la que pasó. Procurando aparentar un aire despreocupado, Mat la siguió. La puerta era un oscuro túnel de quince metros, pero el sombrero resaltaba entre las personas que iban y venían. La gente que no tenía más remedio que ir a pie rara vez llevaba plumas. Por otro lado, la mujer parecía saber adónde iba. Las plumas pasaban entre la muchedumbre varios metros delante de Mat, sin prisa pero sin pausa.

Ebou Dar resplandecía con el sol matinal. Los palacios blancos con columnas y balcones resguardados tras celosías de hierro forjado se alzaban pared con pared con enjalbegados comercios de tejedores, pescaderías y establos; casonas con postigos de lamas que ocultaban las ventanas en arco, junto a blancas posadas con los letreros colgados en la fachada y mercados al aire libre donde ovejas y gallinas, terneros, gansos y patos vivos formaban un estruendoso coro, apiñados junto a sus semejantes que ya habían sido sacrificados y que colgaban de ganchos. Todo en blanco, piedra o yeso, salvo alguna que otra pincelada roja, azul o dorada de las cúpulas redondas y las ahusadas torres con balcones todo alrededor de sus perímetros. Por doquier había plazas atestadas de gente, siempre con una estatua más grande que a tamaño natural, encaramada a un pedestal, o una cantarina fuente que sólo conseguía hacer resaltar

más el calor reinante. Los refugiados abarrotaban la ciudad, así como comerciantes y mercaderes de todo tipo. En momentos de crisis siempre había alguien que sacaba provecho. Lo que Saldaea enviaba antaño hacia Arad Doman, ahora llegaba río abajo hasta Ebou Dar, al igual que lo que Amadicia había exportado a Tarabon. Todo el mundo corría de aquí para allí, buscando una moneda o mil, buscando algo que llevarse a la boca ese día. El olor que había en el aire se componía a partes iguales de perfume, polvo y sudor. De algún modo, era un olor a desesperación.

Los canales atestados de barcazas surcaban la ciudad, cruzados por docenas de puentes, algunos tan estrechos que dos personas tenían que encogerse para pasar si se encontraban de frente, y otros tan amplios que de hecho las tiendas se alineaban a ambos lados. En realidad, las tiendas eran simples cobertizos de madera, con pesados postigos de planchas que podían bajarse para cerrarlos por la noche. Ahora estaban alzados y de ellos colgaban los letreros. El que adornaba la tienda donde se había parado el sombrero de plumas representaba una balanza dorada y un martillo, el símbolo del gremio de orfebres, aunque obviamente no pertenecía a un miembro muy próspero. A través del claro que se abrió momentáneamente en la muchedumbre, Mat vio que la mujer miraba hacia atrás, así que se volvió rápidamente hacia el estrecho puesto que se alzaba a su derecha. En la pared del fondo colgaban anillos, y en expositores se exhibían gemas cortadas con todo tipo de diseño.

—¿Desea milord un nuevo sello? —preguntó el tipo con cara de pájaro que había detrás del mostrador, a la par que hacía reverencias y se frotaba las manos como si se las estuviese secando. Flaco cual un barrote, sin duda no temía que alguien intentara robarle su mercancía. En un rincón, sentado en una banqueta, había un individuo tuerto al que le habría resultado difícil erguirse del todo dentro del tenderete; sobre las rodillas tenía un garrote remachado con puntas—. Como milord puede ver, hago cualquier diseño, y tengo anillos de prueba para tomar la medida, naturalmente.

—Déjame ver ése. —Mat señaló al azar; necesitaba una razón para quedarse parado allí hasta que la mujer siguiera su camino. Quizás era un buen momento para decidir mientras tanto qué iba a hacer.

—Un exquisito ejemplo de un estilo antiguo, milord, que gusta mucho en la actualidad. Es de oro, pero también trabajo la plata. Vaya, creo que la medida es la correcta. Si milord tiene a bien probárselo… Examinad la delicadeza y precisión de la talla. ¿Milord prefiere oro o plata?

Con un gruñido que esperaba sonase a respuesta, ya fuera a lo uno o a lo otro, Mat se puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda y fingió examinar el oscuro óvalo de la gema tallada. En lo único en que se fijó realmente fue en que era casi tan grande como la falange de su dedo. Agachada la cabeza, observó por el rabillo del ojo a la mujer lo mejor que pudo entre los huecos que se abrían en el gentío. La mujer sostenía en alto una gargantilla de oro, ancha y plana.

En Ebou Dar había Fuerza Civil, pero no era muy eficiente y rara vez se la veía por las calles. Si la denunciaba, sería su palabra contra la de ella, y, aun en el caso de que le creyeran, unas pocas monedas podrían conseguirle la libertad incluso estando acusada de ese cargo. Comprar a la Fuerza Civil salía más barato que hacerlo con un magistrado, pero se podía sobornar a cualquiera de ellos a menos que hubiese alguien poderoso vigilando, y aun en tal caso también era posible si se ofrecía oro suficiente.

Un movimiento en la multitud dio paso a un Capa Blanca; el yelmo cónico y la cota de malla larga relucían como plata, en tanto que la nívea capa, con el sol radiante en la pechera, ondeaba tras el hombre que caminaba con resolución, seguro de que la gente le abriría paso. Lo que así era, efectivamente; pocos se interponían voluntariamente en el camino de los Hijos de la Luz. Empero, por cada par de ojos que rehuía el rostro pétreo del hombre, otro lo contemplaba con aprobación. La mujer de cara vulpina no sólo lo miró sin reparos, sino que le sonrió. Si se presentaba algún cargo contra ella, tal vez le costara la libertad o tal vez no, pero sí podía ser la chispa que prendiera un sinnúmero de habladurías sobre Amigas Siniestras en el palacio de Tarasin. A los Capas Blancas se les daba bien enardecer a la chusma, y para ellos las Aes Sedai eran Amigas Siniestras. Cuando el Hijo de la Luz pasó ante ella, la mujer soltó la gargantilla, al parecer con pesar, y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Os complace el estilo, milord?

Mat dio un respingo. Se había olvidado del tipo flaco y también del anillo.

—No, no quiero… —Frunció el entrecejo y volvió a tirar del anillo. ¡No le salía!

—No es preciso que tiréis; podríais partir la piedra. —Ahora que ya no era un cliente en potencia, Mat había dejado de ser «milord». Aspirando por la nariz, el tipo no le quitaba ojo, como si temiera que fuera a salir corriendo—. Tengo algo de grasa. Deryl, ¿dónde está el tarro del unto?

El guardia parpadeó y se rascó la cabeza, como preguntándose dónde estaría el dichoso tarro. El sombrero de plumas blancas estaba ya a mitad de camino del final del puente.

—Me lo llevo —espetó Mat. No había tiempo para regatear, de modo que cogió un puñado de monedas del bolsillo de la chaqueta y las soltó en el mostrador; la mayoría eran de oro y sólo unas pocas de plata—. ¿Es suficiente?

El orfebre abrió unos ojos como platos.

—Un poco de más —respondió con voz trémula. Sus manos vacilaron sobre las monedas, y después dos de los dedos empujaron un par de céntimos de plata hacia Mat—. Tened.

—Dáselas a Deryl —gruñó Mat en el mismo momento en que el condenado anillo salía al fin de su dedo.

El tipo flaco recogió prestamente las otras monedas. Demasiado tarde para deshacer el trato. Mat se preguntó cuánto habría pagado de más exactamente. Se

guardó el anillo en el bolsillo y se apresuró a ir en pos de la Amiga Siniestra. El sombrero no se veía por ninguna parte.

Unas estatuas iguales, en mármol pálido, decoraban el extremo del puente; representaban mujeres con un seno al aire y una mano alzada para señalar algo en el cielo. En Ebou Dar, un seno desnudo simbolizaba franqueza y honradez. Haciendo caso omiso de las miradas que le dirigieron, Mat se encaramó al pedestal de una de las estatuas, rodeando la cintura con un brazo para sostenerse. Una calle corría a lo largo del canal, y otras dos se bifurcaban en ángulo un poco más adelante, todas atestadas de gente, carros, sillas de mano, carretas y carruajes. Alguien gritó con voz tosca que las mujeres de verdad eran más cálidas y afectuosas, y varias personas se echaron a reír. Las plumas blancas aparecieron por detrás de un carruaje lacado en azul, en la bifurcación de la izquierda.

Mat bajó de un salto y se abrió paso a empellones por la calle, haciendo caso omiso de las maldiciones de aquellos a los que empujaba. Era una persecución complicada; con carretas y carruajes interponiéndose continuamente en su camino, no podía localizar bien el sombrero en la calle. Subió de dos en dos los peldaños de la escalinata de mármol de un palacio y lo vislumbró de nuevo; de inmediato volvió a la calle y a avanzar entre codazos y empujones. La pila alta de una fuente le sirvió para echar otra ojeada, y posteriormente un barril colocado contra una pared, y una caja de madera que acababan de descargar de un carro de bueyes. En cierto momento se encaramó al lateral de una carreta hasta que el conductor lo amenazó con el látigo. Con tanto subirse a sitios y buscar, no estaba consiguiendo acortar la distancia que lo separaba de la Amiga Siniestra. Claro que todavía no sabía qué iba a hacer si la alcanzaba. Y entonces, cuando se subió a un estrecho resalte que adornaba la fachada de una casona, no logró localizar a la mujer.

Frenético, Mat miró arriba y abajo de la calle. Las plumas blancas ya no se mecían entre la muchedumbre. A primera vista había media docena de casas muy semejantes a aquella a la que él estaba encaramado, varios palacios de distintos tamaños, dos posadas, tres tabernas, la tienda de un cuchillero, con un cuchillo y una tijera en el cartel, una pescadería, con un tablón exhibiendo los nombres y los precios de cincuenta clases de pescado, dos tejedores de alfombras, con piezas de su mercancía desenrolladas en mesas bajo los toldos, una sastrería y cuatro tiendas de venta de tejidos, dos comercios que exhibían objetos laqueados, un orfebre, un platero, una caballeriza… La lista era demasiado larga. Podía haber entrado en cualquiera de esos sitios. O en ninguno. A lo mejor había girado en una esquina que él había pasado por alto.

Se bajó de un salto y se puso el sombrero mientras rezongaba entre dientes. Entonces la vio casi enfrente de él, en los últimos peldaños de una escalera que conducía a las puertas de un palacio; un instante después cruzaba entre las columnas

acanaladas del frontispicio. No era un palacio grande, y sólo tenía dos torres esbeltas y una única cúpula adornada con bandas rojas. En los palacios de Ebou Dar la planta inferior se destinaba a las dependencias de la servidumbre, las cocinas y cosas por el estilo, en tanto que las mejores habitaciones estaban en los pisos altos, para que les entrara la brisa. Unos hombres con libreas negras y amarillas hicieron una profunda reverencia y abrieron las puertas talladas antes de que la mujer llegara junto a ellos. Una criada que esperaba dentro hizo otra reverencia, al parecer diciendo algo, y de inmediato se volvió para conducirla más al interior. La conocían. Mat habría apostado todo a que sí.

Después de que se cerraran las puertas, Mat se quedó plantado allí estudiando el palacio. No era ni mucho menos el más lujoso de la ciudad, aunque sólo a un noble se le ocurriría construir ese tipo de edificio.

—Pero, en nombre de la Fosa de la Perdición, ¿quién vive ahí? —masculló entre dientes al tiempo que se quitaba el sombrero para darse aire. Ella no, si había tenido que ir a pie. Se enteraría haciendo unas cuantas preguntas en las tabernas de la calle. Sí, y también llegaría al palacio la noticia de sus pesquisas, tan seguro como que el barro manchaba las manos.

—Carridin —dijo alguien. Era un tipo escuálido y de pelo blanco que holgazaneaba a la sombra.

Mat lo miró con expresión interrogante, y el tipo esbozó una mueca que dejó a la vista la dentadura mellada. Sus hombros encorvados y su cara triste y arrugada no encajaban con la fina chaqueta gris que vestía. A despecho del remate de puntilla en el cuello, era la viva imagen de alguien venido a menos.

—Preguntasteis quién vive ahí. El palacio Chelsaine está arrendado a Jaichim Carridin —agregó el hombre.

Mat dejó de abanicarse con el sombrero.

—¿Os referís al embajador de los Capas Blancas?

—Ajá. Un Inquisidor de la Mano de la Luz. —El viejo se dio golpecitos con el índice en un lateral de la aguileña nariz. Tanto el uno como la otra tenían aspecto de haberse roto en varias ocasiones—. No es la clase de hombre a quien se molesta a menos que no haya más remedio, y aun en ese caso yo lo pensaría tres veces.

Inconscientemente, Mat tarareó un fragmento de *Tormenta de las montañas*. No era la clase de hombre a quien molestar, desde luego. Los interrogadores eran los más peligrosos de los Capas Blancas. Vaya. Un Inquisidor Capa Blanca a quien visitaba una Amiga Siniestra.

—Gracias… —Mat dio un respingo. El tipo se había marchado, engullido por la muchedumbre. Extraño, pero le había resultado conocido. Quizá guardaba parecido con otro personaje muerto mucho tiempo atrás que formaba parte de aquellos viejos recuerdos. Quizá… De repente la luz se hizo en su mente como los fuegos de un

Iluminador estallando en la noche. Un hombre de pelo blanco y nariz aguileña. Ese viejo había estado en el Circuito de Plata, no muy lejos de la mujer que acababa de entrar en el palacio alquilado por Carridin. Le dio vueltas al sombrero en sus manos y miró con inquietud el edificio. Ni en La Ciénaga había un fangal tan empantanado como esto. De repente sintió los dados rodando en su cabeza, y eso siempre era una mala señal.

15



Insectos

Carridin no levantó de inmediato la vista de la carta que estaba escribiendo cuando hicieron pasar a lady Shiaine, como se hacía llamar. Tres hormigas se debatían fútilmente en la tinta húmeda, atrapadas en ella. Puede que todo lo demás estuviera muriendo, pero las hormigas, las cucarachas y bichos de toda clase parecían prosperar. Con cuidado, presionó el secante. No estaba dispuesto a empezar de nuevo por unas pocas hormigas. No enviar ese informe o enviar el informe de un fracaso podría condenarlo tan indefectiblemente como esos insectos atrapados, mas era el miedo a otro fracaso lo que le atenazaba las entrañas.

No le preocupaba que Shiaine leyera lo que escribía. Era un código cifrado que sólo conocían otros dos hombres aparte de él. Había muchas bandas de «Juramentados del Dragón» activas, cada una de ellas dirigida e instigada por un núcleo de hombres de su confianza, y muchas más que podían ser de bandidos o incluso verdaderos seguidores de esa basura, al'Thor. A Pedron Niall quizá no le gustase eso último, pero su orden había sido sumir los reinos de Altara y Murandy en un baño de sangre y en un caos de los que sólo Niall y los Hijos de la Luz podrían sacarlos, una locura que pudiera achacarse claramente a ese supuesto Dragón Renacido, y eso era lo que había hecho. El miedo imperaba en ambos países, y el rumor de que las brujas marchaban a través de las mismas tierras era otro punto que jugaba a su favor. Las brujas de Tar Valon y los Juramentados del Dragón; Aes Sedai que se llevaban muchachas e impulsaban la aparición de falsos Dragones; pueblos en llamas y hombres clavados a las puertas de sus establos… En la mitad de los rumores que corrían por las calles esos fragmentos se englobaban en un todo ahora. Niall se sentiría satisfecho. Y enviaría más órdenes. Quizá tan difíciles de ejecutar como la de que raptara a Elayne Trakand del palacio de Tarasin; ¿cómo esperaba que lo hiciera?

Otra hormiga pasó del tablero de la mesa a la hoja de papel y Carridin la aplastó con el pulgar. Y emborronó una palabra hasta el punto de hacerla ilegible. Ahora tendría que rehacer todo el informe. Tenía un gran deseo de echar un trago. Había brandy en un frasco de cristal sobre la mesa que estaba junto a la puerta. Contuvo un suspiro, apartó a un lado la misiva y sacó un pañuelo de la manga para limpiarse la

mano.

—Bien, Shiaine, ¿vienes a informar finalmente de algún éxito o sólo a pedir más dinero?

La mujer le sonrió lánguidamente desde el sillón de respaldo alto en el que se hallaba sentada.

—La investigación conlleva ciertos gastos —contestó con un acento muy parecido al de una noble andoreña—. Especialmente cuando no queremos suscitar curiosidad o preguntas incómodas.

La mayoría de la gente se habría sentido intranquila en presencia de Jaichim Carridin, con su semblante acerado, sus ojos hundidos, y el blanco tabardo luciendo el dorado sol radiante de los Hijos de la Luz sobre el cayado de pastor carmesí de la Mano, aunque sólo estuviera limpiando la punta de una pluma como hacía en ese momento. Pero Mili Skane no. Ése era su verdadero nombre, aunque ella ignoraba que él lo sabía. Hija de un guarnicionero de un pueblo cercano a Puente Blanco, había ido a la Torre Blanca cuando tenía quince años, otra cosa que ella creía que era un secreto. Que las brujas la rechazaran por ser incapaz de aprender a encauzar difícilmente podía considerarse un buen comienzo para convertirse en Amiga Siniestra, pero antes de que hubiese pasado un año desde que había salido de la Torre no sólo había encontrado un círculo en Caemlyn sino que había cometido su primer asesinato. En los siete años transcurridos desde entonces, a ese primero lo habían seguido diecinueve más. Al enviársela, el círculo había dicho que era una de las mejores asesinas disponibles y una rastreadora que encontraría cualquier cosa o persona; un círculo que ahora le daba cuentas a ella. Varios de sus miembros eran nobles y casi todos tenían más edad que Mili, pero ni lo uno ni lo otro importaba entre aquellos que servían al Gran Señor. Otro círculo que trabajaba para Carridin estaba dirigido por un sarmentoso mendigo tuerto y desdentado que tenía por costumbre lavarse una vez al año. De ser otras las circunstancias, el propio Carridin habría tenido que doblar la cerviz ante el viejo Dolo, único nombre por el que se conocía al apestoso villano. Mili Skane se postraba sin duda ante el viejo Dolo, como hacía hasta el último miembro de su círculo, ni que fuese noble ni que no. A Carridin le irritaba saber que «lady Shiaine» se arrodillaría al instante si el desgreñado mendigo entrara en la habitación, mientras que ante él permanecía sentada, con una pierna cruzada sobre la otra, sonriendo y moviendo el pie como si estuviese impaciente por que la reunión terminara. Le habían dado la orden de que lo obedeciera sin rechistar, y se la había dado alguien ante quien el propio viejo Dolo se arrodillaría; además Carridin necesitaba desesperadamente tener éxito. Las maquinaciones de Niall podían irse al garete, pero esto no. Dejó la pluma en el platillo de la escribanía de marfil, corrió la silla hacia atrás y se puso de pie.

—A quienes llevan a buen fin las tareas que se les han encomendado puede

disculpárseles tener ciertos dispendios —dijo. Era alto, y se irguió imponente y amenazador, plenamente consciente de que los espejos de marcos dorados colgados en la pared reflejaban la imagen de un hombre implacable, peligroso—. Incluso vestidos, baratijas y apuestas pagadas con el dinero destinado a conseguir información. —El pie de la mujer se quedó inmóvil un instante, aunque empezó a moverse de inmediato, bien que su sonrisa era forzada y su tez había perdido color. Su círculo la obedecía al instante, pero la colgarían por los tobillos y la desollarían viva si él lo ordenaba así—. No has conseguido gran cosa, ¿verdad? De hecho, no parece que hayas conseguido nada.

—Hay dificultades, como muy bien sabéis —respondió con voz entrecortada. Empero, se las ingenió para sostenerle la mirada sin vacilar.

—Excusas. Háblame de las dificultades que has superado, no de las que te han hecho tropezar y caer. Y tu caída podría ser muy, muy profunda si fracasas en esto.

Le dio espalda y se encaminó a la ventana más próxima. También él podía caer muy hondo, y no quería correr el riesgo de que la mujer advirtiera el temor en sus ojos. La luz del sol penetraba en rayos oblicuos por la ornamentada celosía de piedra. La habitación, de techo alto, baldosas verdes y blancas y paredes pintadas en un color azul intenso, se mantenía relativamente fresca detrás de los gruesos muros de palacio, pero el calor del exterior se colaba en las inmediaciones de los ventanales. Carridin casi percibía el brandy que esperaba al otro lado del cuarto. Estaba ansioso de que la mujer se marchara.

—Milord Carridin, ¿cómo voy a preguntar a nadie abiertamente sobre objetos del Poder? Eso levantaría sospechas, y hay Aes Sedai en la ciudad, no lo olvidéis.

Observando la calle a través de las complejas volutas de piedra, Carridin encogió la nariz, asqueado por el olor que llegaba de abajo. Allí se apiñaba todo tipo de gente. Un arafelino, con el cabello tejido en dos largas trenzas y un alfanje colgado a la espalda, arrojó una moneda a un mendigo manco, que miró ceñudo la limosna antes de meterla bajo los harapos y reanudar sus gemebundas súplicas a los transeúntes. Un tipo que llevaba una llamativa chaqueta roja hecha jirones y unos pantalones de color amarillo aún más chillón, salió corriendo de una tienda asiendo prietamente contra el pecho un rollo de tela; lo perseguía, gritando, una mujer de cabello claro con la falda recogida por encima de las rodillas, que se adelantó al corpulento guardia que venía detrás, corriendo pesadamente y blandiendo una cachiporra. El conductor de un carruaje lacado en rojo y con el emblema de los prestamistas en la puerta —unas monedas de oro y una mano abierta— descargaba su látigo contra el conductor de una carreta con el techo de lona, cuyo tiro se había enganchado con el del carruaje; las maldiciones de los dos hombres resonaban en el aire. Unos sucios golfillos de la calle estaban agazapados detrás de un desvencijado carro y hurtaban la arrugada y raquítica fruta traída del campo. Una tarabonesa, que se abría paso a empujones entre

la muchedumbre, llevaba el rostro cubierto con un velo y el oscuro cabello tejido en multitud de finas trenzas, y atraía las miradas de todos los varones con su polvoriento vestido rojo que se le ajustaba como una segunda piel.

—Milord, necesito tiempo. ¡Lo necesito! No puedo hacer imposibles, y ciertamente no conseguiré algo hasta dentro de varios días más.

Basura, todos ellos. Buscadores de fortuna, cazadores del Cuerno, ladrones, refugiados, incluso gitanos. Escoria. Sería fácil provocar disturbios, una purga para todos esos desechos humanos. Los forasteros eran siempre el primer blanco de las iras de la chusma, a los que siempre se les echaba la culpa de todo lo que iba mal, junto con los vecinos que tenían la desgracia de haber despertado rencores, las mujeres que vendían hierbas y remedios, y gentes sin amigos, en especial si vivían solas. Guiado convenientemente, con tanto cuidado como permitía ese tipo de cosas, un buen disturbio podría acabar con el palacio de Tarasin en llamas y esa inútil mujerzuela, Tylin, y las brujas dentro. Contempló, furibundo, al gentío de la calle. Los disturbios solían terminar escapándose de las manos; puede que la propia Fuerza Civil saliera de la apatía y tomara cartas en el asunto e, inevitablemente, un puñado de verdaderos Amigos de la Sombra acabarían apresados. No podía correr el riesgo de que alguno de ellos perteneciera a los círculos que estaban trabajando para él. En realidad, unos cuantos días de algarada interrumpirían su labor, y Tylin no era tan importante como para justificar algo así; a decir verdad, no tenía ninguna importancia. No, todavía no. Podía permitirse el lujo de decepcionar a Niall, pero no a su verdadero amo.

—Milord Carridin… —Un dejo desafiante había surgido en la voz de Shiaine. Había dejado que la mujer se cociera en su propia salsa demasiado tiempo—. Milord Carridin, algunos miembros de mi círculo se preguntan qué estamos buscando…

Empezó a darse la vuelta para ponerla en su sitio sin contemplaciones —¡necesitaba tener éxito, sin excusas, sin preguntas!— pero entonces el Inquisidor dejó de prestar atención a la mujer cuando sus ojos se posaron sobre un joven que estaba parado al otro lado de la calle; era más alto que la mayoría de los que pasaban junto a él, vestía una chaqueta azul con las mangas y las solapas adornadas con bordados dorados y rojos de sobra para bastar a dos nobles, y se abanicaba con un sombrero negro de ala ancha al tiempo que se ajustaba el pañuelo del cuello y hablaba con un viejo encorvado y de pelo blanco. Carridin lo reconoció.

De repente sintió como si un lazo corredizo se ciñera a su cabeza y se apretara más y más. Por un instante, un rostro oculto tras una máscara roja ocupó todo su campo visual. Unos ojos, negros como la noche, lo miraron fijamente, y después se convirtieron en insondables cavernas de fuego que seguían contemplándolo. Dentro de la cabeza del Inquisidor el mundo estalló en llamaradas, y de la explosión cayeron en cascada imágenes que lo azotaron y acribillaron más allá del lamento y los gritos.

Las figuras de tres jóvenes se erguían en el aire, y una de ellas, la que correspondía al hombre de la calle, empezó a brillar más y más intensamente hasta el punto de que habría reducido a cenizas cualquier ojo humano, y más intensamente, abrasadora. Un cuerno dorado se precipitó hacia él como una flecha, mientras sus notas tiraban de su alma, y después, con un destello, se convirtió en un aro de luz dorada que se lo tragó y lo congeló hasta que el último fragmento de sí mismo que recordaba su nombre tuvo la certeza de que los huesos se le quebrarían. Una daga con un rubí en el pomo salió disparada hacia él y la hoja curva se le clavó entre ceja y ceja; penetró más y más, hasta la empuñadura dorada, y entonces todo desapareció y experimentó una agonía que barrió toda idea de que lo que antes había sentido era dolor. Habría rezado al Creador del que había renegado mucho tiempo atrás si hubiese recordado cómo. Habría chillado si hubiera sabido cómo, si se hubiera acordado de cómo gritaban los seres humanos y que él era un ser humano. El indescriptible sufrimiento siguió y siguió, aumentando más y más…

Al alzar una mano hacia la frente se preguntó por qué le temblaba. La cabeza le dolía, además. Había pasado algo que… Dio un respingo al mirar la calle, allá abajo. Todo había cambiado en un abrir y cerrar de ojos; la gente era otra, las carretas se movían, los carruajes de colores y las sillas de manos habían sido reemplazados por otros. Y lo peor: Cauthon había desaparecido. Deseó echarse a coleto todo el frasco de brandy, de un solo trago.

De repente advirtió que Shiaine había dejado de hablar. Se volvió, dispuesto a ponerla en su sitio.

La mujer estaba echada hacia adelante, a medio levantarse, con una mano apoyada en el brazo del sillón y la otra alzada en un ademán. Su estrecho rostro había quedado petrificado en un gesto de irascible desafío, pero no a Carridin. No se movía. No parpadeaba. El Inquisidor ni siquiera sabía si aún respiraba. Mas no le prestó atención.

—¿Cavilando? —dijo Sammael—. ¿Puedo esperar al menos que sea sobre lo que has venido a buscar para mí aquí? —Era de estatura mediana, un hombre musculoso, vestido con una chaqueta de cuello alto, al estilo illiano, tan cubierta de bordados de oro que apenas se veía la tela verde, pero el hecho de que fuera uno de los Elegidos no era lo único que le daba prestancia. Sus azules ojos eran más fríos que el pleno invierno. Una cicatriz lívida le surcaba la cara desde el nacimiento del pelo rubio hasta el borde de la rubia barba, y parecía un adorno muy adecuado. Todo cuanto se ponía en su camino era barrido sin contemplaciones, pisoteado o destruido. Carridin sabía que el vientre se le habría aflojado de miedo en presencia de Sammael si se hubiera cruzado con él por simple casualidad.

Se apartó precipitadamente de la ventana y cayó de hinojos ante el Elegido. Despreciaba a las brujas de Tar Valon; en realidad, despreciaba a todo aquel que

utilizaba el Poder Único, manipulando lo que antaño había destruido el mundo, manejando lo que unos simples mortales no deberían tocar. Ese hombre usaba también el Poder, pero los Elegidos no eran simples mortales, y no en el sentido figurado de la frase, sino en el literal. Y si él servía bien tampoco lo sería.

—Insigne Señor, vi a Mat Cauthon.

—¿Aquí? —Curiosamente, aunque sólo durante un instante, Sammael pareció sorprendido. Masculló algo entre dientes, y Carridin palideció cuando captó una de las palabras.

—Insigne Señor, sabéis que jamás traicionaría…

—¿Tú? ¡Necio! No tienes agallas. ¿Estás seguro de que era Cauthon a quien viste?

—Sí, Insigne Señor. En la calle. Sé que puedo volver a encontrarlo, si queréis.

Sammael frunció el entrecejo y se acarició la barba, mirando más allá de Carridin. Al Inquisidor no le gustaba sentirse insignificante, sobre todo cuando sabía que era verdad.

—No —dijo finalmente Sammael—. Tu búsqueda es más importante, lo único importante, en lo que a ti respecta. La muerte de Cauthon sería conveniente, cierto, pero no si atrae la atención hacia aquí. Si resulta que este palacio ya ha despertado su interés y demuestra sentir curiosidad por la búsqueda que realizas, entonces ocúpate de él. En caso contrario, su muerte puede esperar.

—Pero…

—¿Es que no me has oído bien? —La cicatriz atirantó la sonrisa de Sammael hacia ese lado de la cara, convirtiéndola en un rictus—. Vi a tu hermana Vanora recientemente. No parecía sentirse bien, a primera vista. Lloraba, chillaba y se retorcía constantemente, tirándose del cabello. Las mujeres soportan peor que los hombres las atenciones de los Myrddraal, pero incluso éstos tienen que encontrar placeres en alguna parte. No te preocupes, que su sufrimiento no duró mucho. Los trollocs siempre están hambrientos. —La sonrisa se borró, y su voz cobró la dureza del granito—. Aquellos que desobedecen también pueden encontrarse de repente encima de una lumbre. Vanora parecía estar sonriendo, Carridin. ¿Crees que tú sonreirías mientras dabas vueltas en un espetón?

Carridin tragó saliva a despecho de sí mismo y ahogó una punzada de remordimiento por Vanora, con su risa pronta y su destreza con los caballos, su osadía para galopar donde otros temían caminar. Había sido su hermana favorita, mas ella estaba muerta y él no. Si había clemencia en el mundo, ella no la había encontrado.

—Vivo para servir y obedecer, Insigne Señor. —No se tenía por cobarde, pero nadie desobedecía a los Elegidos. No más de una vez.

—¡Entonces, encuentra lo que quiero! —bramó Sammael—. ¡Sé que está

escondido en algún sitio de esta kjasic ciudad insignificante! ¡*ter'angreal*, *angreal*, incluso *sa'angreal*! ¡Los he rastreado, les he seguido la pista hasta aquí! Encuéntralos, Carridin. No hagas que me impaciente.

—Insigne Señor… —Le costaba hablar por lo seca que tenía la boca—. Insigne Señor, hay brujas… Aes Sedai… aquí. No sé con certeza cuántas. Si llega algo a sus oídos…

Sammael lo hizo callar con un ademán y empezó a pasear rápidamente a uno y otro lado de la habitación, yendo y viniendo tres veces, con las manos enlazadas a la espalda. No parecía preocupado, sólo… caviloso. Finalmente asintió.

—Te enviaré a… alguien para que se ocupe de esas «Aes Sedai». —Soltó una risa corta y seca—. Ojalá pudiera ver sus caras. Muy bien, te concedo un poco más de tiempo. Después, quizá sea otro quien tenga una oportunidad. —Levantó un mechón de pelo de Shiaine con un dedo; la mujer seguía sin moverse y sus ojos no parpadeaban—. Esta pequeña estaría deseosa de tener esa oportunidad.

Carridin se esforzó en desechar un repentino pavor. Los Elegidos degradaban a alguien con igual prontitud con que lo ascendían, y con la misma frecuencia.

—Insigne Señor, os pido un favor. Si se me permite preguntar… ¿Habéis…? ¿Querréis…?

—Casi no te queda suerte, Carridin —dijo Sammael, con otra sonrisa—. Más te vale esperar que aumente llevando a buen término mis órdenes. Al parecer alguien se está ocupando de que al menos algunas de las órdenes de Ishamael sigan cumpliéndose. —A pesar de la sonrisa, su expresión estaba lejos de ser jovial. O quizá se debía a la cicatriz—. Le fallaste, y has perdido a toda tu familia por ello. Sólo mi mano te protege ahora. En cierta ocasión, hace mucho tiempo, vi a tres Myrddraal obligar a un hombre a entregarles a su esposa y a sus hijas, una por una, y después hacerle suplicar que le cortaran la pierna derecha, a continuación la izquierda, posteriormente los brazos, y luego que le arrancaran los ojos. —El tono, como quien sostiene una conversación completamente normal, hacía su relato mucho peor de lo que nunca habrían conseguido gritos o gruñidos—. ¿Sabes? Para ellos era un simple juego ver hasta dónde podían empujarlo a suplicarles que le fueran quitando cosas. Dejaron la lengua para el final, desde luego, pero no quedaba mucho para entonces. Había sido un hombre muy poderoso, apuesto y famoso. Envidiado. Pero nadie envidiaría jamás lo que los Myrddraal arrojaron finalmente a los trollocs. No creerías los sonidos que emitía. Encuentra lo que quiero, Carridin. No te gustaría si aparto de ti mi mano protectora.

De repente apareció una línea vertical de luz en el aire, delante del Elegido. Pareció girar sobre sí misma de algún modo, ensanchándose hasta formar un rectángulo, una especie de agujero. Carridin se quedó boquiabierto. Estaba mirando a través de un orificio en el aire hacia un sitio lleno de columnas grises y espesa niebla.

Sammael lo cruzó y la abertura se redujo de golpe a una brillante barra luminosa que también desapareció, dejando únicamente una imagen púrpura grabada en las retinas de Carridin.

Tambaleándose, se incorporó. El fracaso siempre se castigaba, pero nadie sobrevivía si desobedecía a uno de los Elegidos. De pronto Shiaine se movió y acabó de levantarse del asiento.

—Oídme bien, «Bors» —empezó, y entonces se calló de golpe, mirando fijamente la ventana donde el Inquisidor había estado antes. La mujer giró rápidamente los ojos y al verlo dio un brinco. Habríase dicho que estaba ante uno de los Elegidos por el modo en que se le desorbitaron los ojos.

Nadie sobrevivía si desobedecía a los Elegidos. Carridin se apretó las sienes con las puntas de los dedos. Parecía que la cabeza le iba a estallar.

—Hay un hombre en la ciudad, Mat Cauthon. Te… —Calló al advertir el respingo de la mujer y la miró, ceñudo—. ¿Lo conoces?

—He oído ese nombre —contestó, cautelosa. Y furiosa, le pareció al Inquisidor —. Pocos de los que están relacionados con al'Thor pasan inadvertidos mucho tiempo. —Al ver que el hombre se acercaba a ella, cruzó los brazos en actitud defensiva y aguantó el tipo merced a un esfuerzo obvio—. ¿Qué hace en Ebou Dar un palurdo desharrapado? ¿Cómo se…?

—No me importunes con preguntas estúpidas, Shiaine. —Jamás le había dolido la cabeza de ese modo; nunca. Era como si le estuviesen clavando una daga en el cráneo, entre los ojos. Nadie sobrevivía a…—. Pon de inmediato a trabajar a tu círculo para localizar a Cauthon. A todos. —El viejo Dolo acudiría esa noche, colándose disimuladamente por la parte trasera de los establos; la mujer no tenía por qué enterarse de que había otros—. Todo lo demás puede esperar.

—Pero creí que…

Enmudeció con una exclamación ahogada cuando el hombre la asió por el cuello. Un estilete apareció en la mano de la mujer, pero él se lo arrebató bruscamente. Shiaine se retorció y forcejeó, pero Carridin la hizo doblarse hasta que su mejilla se aplastó contra el tablero de la mesa, emborronando la tinta, todavía húmeda, de la carta a Pedron Niall desechada. La daga se clavó justo delante de sus ojos, y la dejó petrificada. Por casualidad, la hoja hincada en el papel había atrapado por una pata a una hormiga, que se debatía tan inútilmente como ella.

—Eres un insecto, Mili. —El dolor de cabeza daba aspereza a su voz—. Es hora de que entiendas eso. Un insecto no se diferencia de otro, y si uno no sirve…

La mujer siguió con la mirada el movimiento descendente del pulgar del Inquisidor, y, cuando aplastó a la hormiga, se encogió.

—Vivo para servir y obedecer, mi señor —musitó. La mujer le había dicho eso mismo al viejo Dolo cada vez que los había visto juntos, pero jamás a él.

—Y así es como obedecerás. Atiende…

Nadie sobrevivía a la desobediencia. Nadie.

16



Un roce en las mejillas

El palacio de Tarasin era una mole nívea de mármol y yeso, con balcones resguardados por celosías de hierro forjado pintado en blanco y galerías con columnatas a una altura de cuatro pisos sobre la calle. Las palomas volaban en círculo alrededor de las puntiagudas cúpulas, y torres esbeltas, adornadas con balconadas y revestidas con franjas de azulejos rojos y verdes, relucían bajo el sol. Puertas de arcos apuntados, en el palacio propiamente dicho, conducían a varios patios, y otras se abrían en el alto muro que ocultaba los jardines, pero en la fachada que daba a la plaza de Mol Hara una escalinata de profundos y níveos peldaños, de quince metros de anchura, ascendía a las grandes puertas talladas con el mismo diseño de espirales y volutas que el de las celosías de los balcones y forradas con oro batido.

Alrededor de una docena de guardias se alineaba ante aquellas puertas, sudando bajo el sol; llevaban petos dorados sobre las chaquetas verdes y amplios pantalones blancos remetidos en las botas, de un color verde oscuro. También del mismo tono eran los cordones que ceñían los gruesos rollos de tela blanca envueltos alrededor de los yelmos dorados, con los largos extremos colgando a la espalda. Incluso en las alabardas y en las vainas de dagas y espadas cortas brillaba el oro. Guardias para lucirse, no para luchar. Claro que, cuando Mat llegó a lo alto de la escalinata, advirtió en las manos de aquellos hombres los callos característicos de los espadachines. Hasta entonces, siempre había entrado por uno de los patios de las cuadras para examinar los caballos de palacio mientras pasaba, pero esta vez lo haría al estilo de un lord.

—Que la bendición de la Luz se derrame sobre todas las personas que habitan este lugar —saludó al oficial, un hombre que no tenía muchos más años que él. Los ebudarianos eran gentes educadas—. Vengo a dejar un mensaje para Nynaeve Sedai y Elayne Sedai. O para entregárselo personalmente si han regresado.

El oficial lo observó de hito en hito, y luego miró la escalera con aire consternado. Un cordón dorado, además del verde, en el yelmo puntiagudo significaba cierto rango que Mat desconocía. En lugar de alabarda, asía una vara

dorada con una punta afilada y un gancho en el extremo, a semejanza de una aguijada. A juzgar por su expresión, nadie había subido por allí nunca. Examinó la chaqueta de Mat, pensativo, y finalmente decidió que no le ordenaría que se marchara. Con un suspiro, el hombre murmuró una frase de buenos deseos acorde con la de Mat, le preguntó su nombre, empujó una puertecilla que se abría en una de las grandes, y lo hizo pasar a un grandioso vestíbulo, cuyo perímetro rodeaban cinco balconadas con las balaustradas de piedra, bajo un techo abovedado pintado a imitación del cielo, con nubes y sol inclusive.

El guardia chasqueó los dedos y acudió una joven y delgada sirvienta con vestido blanco, la falda recogida en la parte izquierda con pliegues cosidos para dejar a la vista unas enaguas verdes, y bordado en el pecho, en la parte derecha, el emblema del Ancla y la Espalda, también en verde. Cruzó con premura el suelo de mármol rojo y azul, aparentemente sobresaltada, e hizo una reverencia a Mat y al oficial. El oscuro y corto cabello enmarcaba una cara bonita de tez tersa y olivácea; el corpiño del vestido tenía el corte estrecho y profundo en el escote que era habitual en todas las mujeres de Ebou Dar excepto las nobles. Por una vez, Mat no reparó realmente en él. Cuando la joven oyó lo que quería, sus enormes ojos negros se abrieron aún más. Las Aes Sedai no eran exactamente impopulares en Ebou Dar, pero la mayoría de los ebudarianos darían un amplio rodeo para evitar a una.

—Sí, Teniente de Espadas —dijo, haciendo otra reverencia—. Por supuesto, Teniente de Espadas. ¿Queréis hacer el favor de seguirme, milord?

Fuera, la ciudad resplandecía de blancura, pero dentro de palacio los colores abundaban por doquier. Parecía haber kilómetros de amplios pasillos, y aquí el alto techo era azul y las paredes amarillas, allí, las paredes rojo pálido y el techo verde; los colores cambiaban en cada recodo, y las combinaciones resultaban hirientes para los ojos de cualquiera excepto los de un gitano. Las botas de Mat resonaban con fuerza en las baldosas que creaban dibujos, en dos, tres y a veces cuatro colores, de rombos, estrellas o triángulos. En todos los cruces de pasillos había un mosaico de minúsculos azulejos con intrincadas volutas, espirales y lazos. Unos pocos tapices de seda mostraban escenas marinas, y hornacinas en arco exhibían cuencos de cristal tallado así como figurillas y porcelanas amarillas de los Marinos que debían de costar un dineral. De vez en cuando, un criado uniformado pasaba presuroso, en silencio, las más de las veces llevando una bandeja de plata o una de oro.

Normalmente, la exhibición de riqueza hacía sentirse a gusto a Mat. Para empezar, donde había dinero algo podía quedarse pegado en sus dedos. Pero ahora se sentía impaciente, más a cada paso que daba. Y ansioso. La última vez que había sentido rodar los dados en su cabeza con tanta fuerza fue justo antes de que él y trescientos soldados de la Compañía se encontraran con mil Leones Blancos de Gaebril en lo alto de un cerro frente a ellos, y otros mil cabalgando a galope tendido

por la calzada, a su espalda, cuando lo único que había intentado hacer era escabullirse de todo aquel lío. En aquella ocasión había evitado el desastre merced a los recuerdos de otro hombre y más suerte de la que le correspondía. Los dados casi siempre significaban peligro, y algo más que todavía no había conseguido entender. La perspectiva de acabar con la cabeza rota no era suficiente, y en una o dos ocasiones no había habido posibilidad de que ocurriese tal cosa, pero la inminente probabilidad de que Mat Cauthon muriera de un modo espectacular parecía ser la razón más habitual. No parecía lógico que algo así ocurriera en el palacio de Tarasin, pero no por ello dejaron de rodar los dados. Iba a dejar el mensaje, agarrar a Nynaeve y a Elayne por la nuca si se le presentaba la ocasión, echarles un sermón que les pusiera las orejas coloradas, y después se marcharía.

La jovencita caminó grácilmente delante de él hasta que llegaron ante un hombre de talla baja, fornido, un poco mayor que ella; era otro criado, con ajustadas calzas blancas, camisa de amplias mangas del mismo color, y un chaleco largo, verde, con el Ancla y la Espada de la casa Mitsobar grabado en un disco blanco.

—Maese Jen —dijo la chica, haciendo otra reverencia—, éste es lord Mat Cauthon, que desea dejar un mensaje para la honorable Elayne Aes Sedai y la honorable Nynaeve Aes Sedai.

—Está bien, Haesel. Puedes marcharte. —Saludó a Mat con una inclinación de cabeza—. ¿Tenéis la amabilidad de seguirme, milord?

Jen lo condujo hasta una mujer de tez oscura y gesto hosco, de mediana edad, a quien hizo una reverencia.

—Señora Carin, éste es lord Mat Cauthon, que desea dejar un mensaje para la honorable Elayne Aes Sedai y la honorable Nynaeve Aes Sedai.

—Está bien, Jen. Puedes irte. ¿Sois tan amable de seguirme, milord?

Carin lo llevó por una curvada escalera de mármol, con las contrahuellas pintadas en amarillo y rojo, hasta una flaca mujer llamada Matilde, que a su vez lo dejó al cargo de un tipo corpulento llamado Bren, que lo llevó hasta un hombre calvo llamado Madic, cada uno de ellos un poco mayor que el anterior. En el punto donde cinco corredores confluían como los radios de una rueda, Madic lo dejó con una oronda mujer llamada Laren, que tenía pinceladas grises en las sienes y un porte majestuoso. Al igual que Carin y Matilde llevaba lo que los ebudarianos llamaban Cuchillo de Esponsales colgado de un collar de plata, con la empuñadura hacia abajo, de manera que reposaba entre sus más que generosos senos. En la empuñadura, cinco piedras blancas, dos engarzadas en rojo, y cuatro piedras rojas, una de ellas engarzada en negro, decían que tres de sus nueve hijos habían muerto, dos de ellos en duelos. Tras hacer una reverencia a Mat, Laren empezó a recorrer uno de los pasillos, pero Mat se apresuró a detenerla agarrándola por el brazo.

Las oscuras cejas se enarcaron levemente mientras la mujer le miraba la mano.

No llevaba otra arma que el Cuchillo de Esponsales, pero aun así Mat la soltó de inmediato. Según la costumbre sólo podía utilizarlo contra su marido, pero de todos modos no tenía sentido forzar la suerte. Empero, no suavizó su tono de voz cuando habló.

—¿Cuánto más habré de caminar para dejar una nota? Llevadme a sus aposentos. Un par de Aes Sedai no pueden ser tan difíciles de encontrar. Esto no es la jodida Torre Blanca.

—¿Aes Sedai? —dijo una mujer a su espalda, con un fuerte acento illiano—. Si buscáis dos Aes Sedai, las habéis encontrado.

El rostro de Laren no se alteró, o casi. Sus ojos, casi negros, se enfocaron detrás de Mat, y éste tuvo el convencimiento de que se estrecharon con preocupación.

Destocándose, se volvió exhibiendo una sonrisa despreocupada. Con su cabeza de zorro plateada colgada de su cuello, las Aes Sedai no lo ponían nervioso. Bueno, no mucho. El medallón tenía esos pequeños fallos. Puede que la sonrisa no fuera tan despreocupada.

Las dos mujeres que tenía delante no podían ser más diferentes. Una era esbelta, con una sonrisa atractiva, y llevaba un vestido verde y dorado que dejaba ver el inicio de lo que él juzgaba un buen busto. Salvo por su semblante intemporal, le habría gustado iniciar una conversación con ella. Era un rostro bonito, con unos ojos lo bastante grandes para que un hombre se sumergiera en ellos. Lástima. La otra también tenía esa cualidad intemporal, pero le costó unos segundos advertirla. Pensó que la mujer estaba ceñuda hasta que cayó en la cuenta de que debía de ser su expresión habitual. El vestido oscuro, casi negro, la cubría hasta la barbilla y las muñecas, cosa que era de agradecer, en opinión de Mat. Parecía una vieja y escuálida zarza, y por su aspecto habríase dicho que tomaba zarzas para desayunar.

—Estoy intentando dejar un mensaje para Nynaeve y Elayne —les dijo—. Esta mujer… —Parpadeó sorprendido y miró a uno y otro corredor. Los sirvientes iban y venían presurosos, pero a Laren no se la veía por ningún sitio. Nunca habría imaginado que fuera capaz de moverse con tanta rapidez—. En cualquier caso, quiero dejarles una nota. —Receloso de repente, añadió—: ¿Sois amigas suyas?

—No exactamente —contestó la guapa—. Soy Joline, y ésta es Teslyn. Y vos sois Mat Cauthon.

A Mat se le encogió el estómago. Nueve Aes Sedai en palacio, y precisamente había tenido que ir a topar con las dos que eran seguidoras de Elaida. Y una de ellas, Roja. No es que tuviese nada que temer, desde luego. Bajó la mano al costado antes de que llegase a tocar la cabeza de zorro oculta bajo la camisa. La que desayunaba zarzas —Teslyn— se acercó más a él. Era una Asentada, según Thom, aunque qué estaba haciendo allí una Asentada era algo que ni siquiera Thom entendía.

—Seríamos amigas si pudiéramos. Necesitan amigas, maese Cauthon, al igual

que vos. —Los ojos de la mujer parecían querer taladrar agujeros en su cabeza.

Joline se desplazó para situarse a su lado y posó la mano sobre la solapa de la chaqueta. Mat habría considerado invitadora aquella sonrisa de haber venido de otra mujer. Era del Ajah Verde.

—Están pisando terreno peligroso y no ven las mentiras bajo sus pies. Sé que sois su amigo. Podríais demostrarlo diciéndoles que olvidaran esas tonterías antes de que sea demasiado tarde. Las niñas necias que llegan demasiado lejos pueden encontrarse con un castigo severo.

Mat deseaba retroceder; hasta Teslyn se encontraba lo bastante cerca para tocarlo. Sin embargo, esbozó su sonrisa más insolente. Eso siempre le había causado problemas allá, en casa, pero le pareció muy apropiado en ese momento. Aquellos dados en su cabeza no podían tener nada que ver con esta pareja, o a estas alturas ya habrían dejado de rodar. Además, tenía el medallón.

—Pues a mi entender ven muy bien dónde pisan. —A Nynaeve le estaba haciendo falta que le bajaran los humos, y a Elayne, para qué hablar. Pero no estaba dispuesto a quedarse allí escuchando a esa mujer cómo rebajaba a Nynaeve hablando de ella con prepotencia. Y si ello significaba tener que defender también a Elayne, que así fuera —. Tal vez deberíais ser vosotras quienes os dejaseis de tonterías. —La sonrisa de Joline se desvaneció, pero Teslyn la reemplazó por una propia, una más afilada que una navaja de barbero.

—Sabemos cosas de vos, maese Cauthon. —Su expresión era la de quien desea despellejar a alguien, y cualquiera que tuviera a mano serviría—. Un *ta'veren*, según se cuenta. Con relaciones peligrosas propias. Y eso no son simples rumores.

—Un joven en vuestra posición que quisiera asegurarse el futuro lo mejor que podría hacer es buscar la protección de la Torre. Jamás debisteis abandonarla.

El estómago se le encogió más aún. ¿Qué más sabían? Desde luego, no lo del medallón. Nynaeve y Elayne estaban enteradas, así como Adeleas y Vandene, y sólo la Luz sabía a quién más se lo habían contado, pero a esa pareja no, sin duda. No obstante, había algo peor que ser *ta'veren* o incluso que su relación con Rand, en lo que a él concernía. Si supieran lo del maldito Cuerno de Valere…

De pronto alguien tiró de él hacia atrás, apartándolo de las dos mujeres con tanta fuerza que trastabilló y por poco deja caer el sombrero. Una mujer esbelta, con el rostro terso y el pelo casi blanco recogido en la nuca con un moño flojo, lo tenía agarrado por la manga y la solapa. Resueltamente, Teslyn lo aferró de igual modo por el otro lado. Mat reconoció, en cierto modo, a la recién llegada con su sencillo vestido gris. Era Adeleas o Vandene, dos hermanas —hermanas de verdad, no sólo Aes Sedai— que podrían pasar por gemelas; nunca estaba seguro de cuál era una y cuál la otra. Ella y Teslyn se miraban fijamente, frías y tranquilas, dos gatas con la zarpa puesta sobre el mismo ratón.

—No es necesario que me desgarréis la chaqueta —gruñó mientras intentaba liberarse a tirones—. ¿Me soltáis la chaqueta? —No sabía con certeza si lo habían oído. Pese a la cabeza de zorro no se atrevía a llegar tan lejos como para hacer que aflojaran los dedos a la fuerza… a menos que fuera necesario.

Otras dos Aes Sedai acompañaban a Adeleas o a Vandene, cualquiera que fuera de las dos hermanas, aunque una de ellas, una mujer de tez oscura y constitución robusta, con ojos inquisitivos, se notaba que era Aes Sedai sólo por el anillo de la Gran Serpiente y por el chal de flecos, que llevaba un bordado con la Llama de Tar Valon entre hiedras en la parte central de la prenda. Parecía sólo un poco mayor que Nynaeve, lo que quería decir que era Sareitha Tomares, ascendida a Aes Sedai hacía unos dos años.

—¿Tan bajo has caído que ahora te dedicas a raptar hombres en los pasillos, Teslyn? —dijo la tercera—. Un varón que no encauza no debe ser de mucho interés para ti.

De estatura baja y tez pálida, con un vestido gris rematado de puntillas, la mujer, que exhibía una sonrisa segura, era la viva imagen de la fría elegancia intemporal. Su acento la identificaba como cairhienina. Ciertamente, Mat había atraído a los perros más peligrosos del patio. Thom no sabía a ciencia cierta si era Joline o Teslyn quien tenía el mando de la embajada de Elaida, pero Merilille sí estaba al frente de la de esas idiotas que habían engatusado a Egwene para que fuera su Amyrlin. Mat podría haberse afeitado con la sonrisa que Teslyn dirigió a su antagonista.

—No disimules conmigo, Merilille. Mat Cauthon es de considerable interés. No tendría que andar suelto por ahí, campando por sus respetos.

¡Así, como si no estuviese delante, escuchando!

—Vamos, no os peleéis por mí —dijo. Con tirar de la chaqueta no estaba consiguiendo que lo soltara ninguna de las dos—. Hay hombres de sobra donde elegir.

Cinco pares de ojos lo hicieron desear haber mantenido la boca cerrada. Las Aes Sedai no tenían sentido del humor. Tiró con un poco más de fuerza, y Vandene —o Adeleas— tiró a su vez con suficiente brusquedad para soltarle la mano a él. Era Vandene, decidió Mat. Era una Verde, y siempre le había parecido que la mujer deseaba ponerlo cabeza abajo y sacudirlo hasta sacarle los secretos del medallón. Fuese cual fuese de la dos, sonrió con una expresión entre avisada y divertida. Mat no le veía la gracia. Las demás apartaron la vista de él enseguida; igual que si hubiese desaparecido.

—Habría que ponerlo bajo custodia de inmediato —manifestó en tono firme Joline—. Y no sólo por su propia seguridad. ¿Tres *ta'veren* que aparecen en una misma aldea? ¿Y uno de ellos el Dragón Renacido? A maese Cauthon habría que enviarlo de inmediato a la Torre.

¡Y él que había pensado que era bonita! Merilille se limitó a sacudir la cabeza.

—Sobreestimas tu posición aquí, Joline, si es que crees que voy a permitir que te lleves al chico así, sin más.

—No, eres tú quien sobreestimas la tuya, Merilille. —Joline se adelantó hasta plantarse delante de ella, mirándola desde arriba gracias a su mayor estatura. Sus labios se curvaron en una mueca prepotente—. ¿O es que no comprendes que sólo es nuestro deseo de no ofender a Tylin lo que nos frena de confinaros a todas vosotras a pan y agua hasta que se os conduzca a la Torre?

Mat esperaba que Merilille se riera en su cara, pero la mujer giró la cabeza ligeramente, como si lo que quisiera en realidad fuese escapar de la intensa mirada de Joline.

—No os atreveríais. —Sareitha exhibía la tranquilidad Aes Sedai como algo innato; tenía el rostro relajado, y las manos sujetaban el chal con total calma, pero su voz entrecortada clamaba que sólo era una máscara.

—Este comportamiento es propio de crías, Joline —murmuró Vandene, seca. Sin duda se trataba de Vandene; era la única de las tres que parecía realmente serena.

Un leve rubor tiñó los pómulos de Merilille, como si el reproche de la mujer de pelo blanco hubiese ido dirigido a ella, pero su mirada cobró firmeza.

—No esperarás que vayamos dócilmente, ¿verdad? —le respondió a Joline—. Y nosotras somos cinco. Siete, contando a Nynaeve y a Elayne. —Eso último pareció ser una idea pensada en el último momento y, además, a regañadientes.

Joline enarcó una ceja. Los huesudos dedos de Teslyn continuaron tan prietos en la manga como los de Vandene, pero estudió a Joline y a Merilille con una expresión indescifrable. Las Aes Sedai eran un mundo aparte, donde uno nunca sabía qué podía esperar hasta que ya era demasiado tarde. Cuando surgían corrientes de fondo fuertes entre Aes Sedai, podían arrastrar a un hombre a la muerte sin que ellas lo advirtieran siquiera. Mat pensó que quizás había llegado el momento de soltarse de sus dedos a la fuerza.

La inesperada reaparición de Laren le ahorró el esfuerzo. Procurando controlar la respiración como si hubiese venido corriendo, la oronda mujer extendió la falda en una reverencia mucho más profunda que la que le había dedicado a él antes.

—Os pido disculpas por molestaros, Aes Sedai, pero la reina requiere la presencia de lord Cauthon. Perdonad, por favor, pero no sólo corre peligro mi puesto si no lo llevo de inmediato ante ella.

Las Aes Sedai la miraron, todas ellas, hasta que la mujer empezó a rebullir con inquietud; después los dos grupos se miraron el uno al otro como intentando ver qué Aes Sedai podían imponerse a cuáles. Y entonces lo miraron a él. Mat se preguntó si alguien iba a moverse.

—No debo hacer esperar a la reina, ¿verdad? —dijo en tono alegre. A juzgar por

los respingos, cualquiera habría pensado que le había pellizcado el trasero a alguna. Incluso las cejas de Laren se fruncieron en un gesto desaprobador.

—Suéltalo, Adeleas —dijo finalmente Merilille.

Mat arrugó la frente cuando la mujer del pelo blanco obedeció. Esas dos hermanas deberían llevar un cartelito con sus nombres, o cintas del pelo de diferentes colores o algo por el estilo. Adeleas le dirigió otra de aquellas sonrisas socarronas, avisadas. Oh, cómo detestaba ese gesto. Era un truco que usaban todas las mujeres, no sólo las Aes Sedai, aunque por lo general no sabían tanto como querían darte a entender.

—Teslyn… —dijo. La hosca hermana Roja seguía agarrándole la manga con las dos manos. Alzó los ojos hacia él, haciendo caso omiso de las otras—. La reina. Me espera.

Merilille abrió la boca y vaciló; cuando habló, saltaba a la vista que no era eso lo que había estado a punto de decir.

—¿Cuánto tiempo más piensas tenerlo aquí agarrado, Teslyn? Tal vez quieras explicar a Tylin por qué se ha desatendido su requerimiento.

—Considerad cuidadosamente con quién os comprometéis, maese Cauthon —le advirtió Teslyn, que seguía con los ojos fijos en él—. Las decisiones equivocadas suelen conducir a un futuro desagradable, incluso a un *ta'veren*. Pensadlo muy bien. —Luego lo soltó.

Mientras seguía a Laren, no se permitió demostrar su ansiedad por alejarse de allí, pero deseó que la mujer anduviese un poco más deprisa. Laren caminaba delante de él, majestuosa como una reina. Como cualquier Aes Sedai. Cuando llegaron al primer recodo, Mat echó un vistazo atrás. Las cinco Aes Sedai seguían plantadas en el mismo sitio, mirándolo fijamente. Como si la ojeada de él hubiese sido una señal, las mujeres intercambiaron miradas en silencio y se marcharon, cada una en distinta dirección. Adeleas fue en pos de Mat, pero unos cuantos pasos antes de alcanzarlo volvió a sonreírle y desapareció por una puerta. Corrientes en aguas profundas. Prefería nadar donde podía tocar con los pies el fondo del estanque.

Laren esperaba al otro lado del recodo, puesta en jarras y con una expresión demasiado tranquila. Seguro que debajo de la falda estaba dando golpecitos con un pie, impaciente. Mat le dedicó su más cautivadora sonrisa. Con ella ablandaba tanto a jovencitas sin seso como a abuelas de cabello canoso; con ella se había ganado besos y había salido de más aprietos de los que podía recordar. Tenía casi el mismo resultado que un ramo de flores.

—Eso ha estado genial, y os lo agradezco. Sin duda la reina no desea verme en realidad. —Y, si quería, él no tenía ganas de verla a ella. Todo lo que pensaba sobre los nobles se triplicaba cuando se trataba de la realeza. Nada de lo que había descubierto a través de aquellos recuerdos prestados le había hecho cambiar de

opinión, y algunos de esos hombres habían pasado mucho tiempo cerca de reyes, reinas y similares—. Y ahora, si me conducís hasta Nynaeve y Elayne…

Cosa extraña, su sonrisa no parecía haber surtido el menor efecto.

—Yo no mentiría, lord Cauthon. Me jugaría algo más que mi puesto. La reina espera, milord. Sois un hombre valiente —añadió mientras se volvía, y luego añadió algo más entre dientes—: O un necio muy grande.

Mat dudaba que eso último estuviera destinado a sus oídos. Bien, la elección era ir a ver a la reina o deambular por kilómetros de pasillos hasta que encontrase a alguien que accediera a decirle lo que quería saber. Fue a ver a la reina.

Tylin Quintara, por la gracia de la Luz reina de Altara, Señora de los Cuatro Vientos, Guardiana del Mar de las Tormentas, Cabeza Insigne de la casa Mitsobar, lo aguardaba en una estancia de paredes amarillas y techo azul pálido, de pie ante una enorme chimenea blanca con el dintel gris tallado a modo de un mar tormentoso. Merecía la pena, y mucho, verla, decidió Mat. Tylin no era joven —el lustroso cabello negro, que le caía en cascada sobre los hombros, tenía hebras grises en las sienes, y unas leves arrugas se marcaban en los rabillos de sus ojos— ni era exactamente bonita, aunque las dos finas cicatrices de sus mejillas casi habían desaparecido con el paso de los años. Atractiva la describía mejor. Pero era… imponente. Los grandes ojos negros lo contemplaban mayestáticamente; unos ojos de águila. Tenía poco poder real —se podía cruzar a caballo el territorio bajo su dominio en dos o tres días, cuando todavía había mucha distancia hasta las fronteras de Altara —, pero Mat pensó que esa mujer sería capaz de hacer retroceder incluso a una Aes Sedai. Al igual que Isabele de Dal Calain, que había hecho que la Amyrlin Anghara acudiera a verla. Ése era otro de los viejos recuerdos; Dal Calain había desaparecido en la Guerra de los Trollocs.

—Majestad —dijo, mientras hacía una floritura con el sombrero y con una imaginaria capa mientras se inclinaba—, acudo acatando vuestro requerimiento.

Imponente o no, resultaba difícil apartar los ojos del amplio escote ovalado, rematado con puntilla, sobre el que colgaba el Cuchillo de Esponsales enfundado en una vaina blanca. Una vista enmarcada con muy bellas redondeces, si bien cuanto mayor era el busto de una mujer, menos quería que se lo miraran. Al menos, sin disimulo. La vaina blanca; claro que ya sabía que era viuda. Tampoco es que importara. Antes se enredaría con aquella Amiga Siniestra de cara vulpina que con una reina. No mirar ese escote era difícil, pero se las arregló. Seguramente llamaría a sus guardias en lugar de desenvainar la daga incrustada de gemas que llevaba metida en el cinturón, de oro tejido, a juego con el collar del que pendía el Cuchillo de Esponsales. Quizás era por eso por lo que los dados seguían rodando en su cabeza. La posibilidad de acabar arrodillado delante de un tajo era motivo más que suficiente para hacerlos rodar.

Las finas enaguas de seda, en varias capas blancas y amarillas, ondularon cuando cruzó la estancia y caminó a su alrededor hasta dar una vuelta completa.

—Habláis la Antigua Lengua —dijo, una vez que estuvo de nuevo frente a él. El timbre de su voz era musical y grave. Sin esperar respuesta, se deslizó hacia un sillón y tomó asiento, tras lo cual se arregló los vuelos de la falda. Un gesto inconsciente; sus ojos seguían prendidos en él. Mat pensó que seguramente era capaz de decir cuándo le habían lavado su ropa interior por última vez—. Deseáis dejar un mensaje, creo. Aquí tengo todo lo necesario para que lo hagáis. —La puntilla que caía sobre su mano se meció al hacer un ademán, señalando un pequeño escritorio que había debajo de un espejo con marco dorado. Todo el mobiliario era dorado y estaba tallado imitando el bambú.

Unos grandes ventanales triples que se abrían a un balcón de celosía de hierro forjada dejaban entrar la suave brisa marina, sorprendentemente agradable ya que no fresca, pero Mat sentía más calor allí que en la calle; y no tenía nada que ver con la intensa mirada de la mujer. *Deyeniye, dyu ninte concion ca'lyet ye.* Eso era lo que había dicho al entrar. La maldita Antigua Lengua salía a borbotones de su boca sin que él se diese cuenta. Había pensado que tenía controlado ese pequeño engorro. E ignoraba cuándo dejarían de rodar esos dados y por qué. Lo mejor sería no mirar donde no debía y mantener la boca cerrada todo lo posible.

—Os lo agradezco, majestad. —Se aseguró de que fueran ésas las palabras que pronunciaba.

Varias hojas de papel grueso lo aguardaban ya en la mesa de tablero inclinado, a una altura cómoda para escribir. Soltó el sombrero junto a una pata del mueble. Veía a la mujer reflejada en el espejo. Observándolo. ¿Por qué había dejado suelta la lengua? Mojó la pluma dorada —¿qué otra clase de pluma podía tener una reina?—, y redactó mentalmente lo que quería escribir antes de inclinarse sobre el papel, con el brazo doblado alrededor de la hoja. Tenía la letra cuadrada y poco elegante; la caligrafía nunca había sido su fuerte.

> «He seguido a una Amiga Siniestra hasta el palacio que Carridin tiene alquilado. Esa mujer intentó matarme en cierta ocasión, y puede que también a Rand. Fue recibida como una vieja conocida de la casa.»

Estudió lo escrito un momento, mordisqueando la pluma antes de caer en la cuenta de que estaba dejando marcada la blanda superficie de oro. A lo mejor Tylin no se daba cuenta. Tenían que enterarse de lo de Carridin. ¿Qué más? Añadió unas pocas líneas redactadas en tono razonable. ¡Sólo le faltaba ponerlas a la defensiva!

> «Sed sensatas. Si tenéis que callejear de aquí para allí, dejadme al menos

que envíe unos cuantos hombres de escolta con vosotras para evitar que acabéis descalabradas. En cualquier caso, ¿no va siendo hora de que os lleve de vuelta con Egwene? Aquí no hay nada más que moscas y calor, y de esas dos cosas encontraremos de sobra en Caemlyn.»

¡Ea!, que por delicadeza no quedara. Secó con cuidado la tinta y dobló la hoja en cuatro. En un pequeño cuenco de oro había una brasa cubierta con arena. La sopló hasta hacerla brillar y después la utilizó para encender una vela y cogió una barra de cera roja. Mientras la cera goteaba sobre los bordes del papel, de repente se acordó de que tenía un anillo de sello en el bolsillo. Sólo era un símbolo realizado por el orfebre para demostrar su destreza artesanal, pero mejor eso que un simple pegote de cera, sin nada. El sello era un poco más grande que el charquito de cera que empezaba a solidificarse, pero aun así se grabó la mayoría del símbolo.

Por primera vez se fijó realmente en lo que había comprado. Dentro del filete formado por medias lunas, un zorro a la carrera parecía haber espantado a dos aves que alzaban el vuelo. Aquello lo hizo sonreír. Lástima que no fuera una mano, por la Compañía, pero resultaba bastante apropiado. Ciertamente necesitaba ser astuto como un zorro para estar al tanto de Nynaeve y Elayne, y si ellas no eran exactamente huidizas e inconsecuentes, en fin… Además, el medallón había hecho que tomara cariño a los zorros. Escribió el nombre de Nynaeve en el exterior y a continuación el de Elayne, como si se le hubiese ocurrido en el último momento. Una o la otra lo leerían pronto.

Al volverse sosteniendo la carta sellada con la mano adelantada, dio un respingo cuando sus nudillos rozaron el busto de Tylin. Reculó tan bruscamente que chocó con el escritorio, y la miró fijamente, procurando no enrojecer. Mirándole la cara; sólo la cara. No la había oído acercarse. Lo mejor era hacer como si el roce no se hubiese producido, para no azorarla más aún. Probablemente ya pensaba que era un torpe patán.

—En este mensaje hay algo que deberíais saber, majestad. —No había espacio suficiente entre los dos para alzar la carta—. Jaichim Carridin está recibiendo en su casa Amigos Siniestros, y no me refiero a arrestarlos.

—¿Estáis seguro? Sí, por supuesto que sí. Nadie haría tal acusación sin estar seguro. —Su frente se arrugó, pero la mujer sacudió la cabeza y el ceño desapareció—. Hablemos de temas más agradables.

Mat habría querido gritar. De modo que le decía que el Capa Blanca que estaba de embajador en su corte era un Amigo Siniestro ¿y lo único que hacía era una leve mueca?

—¿Sois lord Mat Cauthon?

Se advertía un ligero dejo interrogante en el título. Sus ojos le recordaron más que

nunca los de un águila. A una reina no le gustaría que alguien se presentara ante ella fingiendo ser un lord.

—Sólo Mat Cauthon. —Algo le advirtió que ella se daría cuenta si decía una mentira. Además, dejar que la gente lo tomara por un noble era una artimaña, aunque habría preferido no tener que recurrir a ella. En Ebou Dar uno podía encontrarse metido en un duelo cada vez que se daba media vuelta, pero pocos desafiaban a un lord excepto otro lord. Así y todo, durante el pasado mes ya había roto varias cabezas, había herido a cuatro hombres y había tenido que correr medio kilómetro para escapar de una mujer. La mirada intensa de Tylin lo estaba poniendo nervioso. Y esos dados, tintineando dentro de su cráneo. Quería marcharse de allí—. Si me decís dónde puedo dejar la carta, majestad…

—La heredera del trono y Nynaeve Sedai os mencionan rara vez —dijo—, pero una acaba aprendiendo a colegir lo que se omite decir.

Como sin darle importancia, alzó la mano y le tocó la mejilla; Mat estuvo a punto de alzar la suya, inseguro. ¿Se habría manchado de tinta cuando mordisqueaba la pluma? A las mujeres les gustaba que todo estuviese limpio, incluidos los hombres. A lo mejor también les gustaba a las reinas.

—Lo que no dicen, pero he inferido —continuó Tylin—, es que sois un indómito bribón, un jugador y un conquistador que siempre anda detrás de las mujeres. —Sus ojos retenían los de él, sin que su expresión variara en lo más mínimo, y su voz se mantenía fría y firme; pero, mientras hablaba, sus dedos le acariciaron la otra mejilla —. Los hombres indómitos suelen ser los más interesantes. Para hablar con ellos. —Un dedo siguió el perfil de sus labios—. Un bribón indomable que viaja con Aes Sedai, un *ta'veren* que, me parece, las asusta un poco. O las intranquiliza, al menos. Hace falta un hombre con redaños para inquietar a unas Aes Sedai. ¿Cómo influiréis sobre el Entramado en Ebou Dar, «sólo» Mat Cauthon?

Su mano se le posó en el cuello; Mat podía sentir el latido de su pulso contra los dedos de la mujer. Abrió la boca como si le faltara aire. El escritorio repicó contra la pared cuando intentó recular. La única salida era apartarla de un empujón o saltar sobre su falda. ¡Las mujeres no se comportaban así! Oh, algunos de esos antiguos recuerdos sugerían que sí lo hacían, pero principalmente eran evocaciones de recuerdos sobre que tal mujer había hecho eso o que tal otra había hecho aquello; lo que recordaba con total claridad eran batallas en su mayoría, y eso de poca ayuda le servía. Tylin sonrió, una leve curva en las comisuras de los labios que no suavizó el brillo depredador de sus ojos. Mat sintió que el cabello se le ponía de punta.

La mirada de la mujer pasó fugazmente por encima de su hombro hacia el espejo; se volvió bruscamente y se apartó, dejándolo boquiabierto.

—He de arreglar las cosas para hablar de nuevo con vos, maese Cauthon, yo… —Se interrumpió, aparentemente sorprendida, cuando la puerta se abrió de par en par,

pero entonces Mat cayó en la cuenta de que ella la había visto empezar a moverse a través del espejo.

Un joven esbelto entró en la estancia, cojeando ligeramente; era un muchacho de tez oscura y ojos penetrantes que pasaron sobre Mat rápidamente, sin apenas detenerse. El cabello, negro, le caía sobre los hombros, y llevaba echada por encima una de esas chaquetas que no estaban hechas para ponérselas como las normales; era de seda verde, una cadena dorada cruzaba la pechera, y las solapas tenían bordados en oro unos leopardos.

—Madre —saludó al tiempo que hacía una reverencia a Tylin y se tocaba los labios con las puntas de los dedos.

—Beslan. —Pronunció el nombre con enorme calidez, y besó al joven en ambas mejillas y en los párpados. Era como si el tono firme, casi gélido, utilizado con Mat no hubiese existido—. Veo que todo fue bien.

—No tanto como debería. —El muchacho suspiró. A despecho de sus ojos, había mucho de afable en su actitud, y su voz era suave—. Nevin me dio una patada en la pierna en la segunda pasada, y después resbaló en la tercera, de modo que le atravesé el corazón en lugar de herirlo en el brazo de la espada. La ofensa no merecía una muerte, y ahora he de presentar mis condolencias a su viuda. —Parecía lamentar eso tanto como la muerte de Nevin.

El semblante radiante de Tylin no parecía apropiado en una mujer cuyo hijo acaba de decirle que ha matado a un hombre.

—Haz que tu visita sea breve, nada más. Así me arranquen los ojos, pero Davindra será una de esas viudas que quieren recibir consuelo, y después te tendrías que casar con ella o matar a sus hermanos. —Por su tono, consideraba mucho peor la primera alternativa, y la segunda meramente una molestia—. Éste es maese Mat Cauthon, hijo mío. Es *ta'veren*. Espero que entables amistad con él. Quizá podáis ir juntos a los bailes de la Noche de Swovan.

Mat dio un respingo. Lo último que quería hacer era ir a ninguna parte con un tipo que se batía en duelo y cuya madre quería acariciarle la mejilla.

—No soy asiduo a los salones de baile —se apresuró a decir. A los ebudarianos les gustaban los festivales de manera exagerada. Allí acababan de terminar las celebraciones del Cenit de Chasaline, y ya había cinco más en puertas, dos de ellas a lo largo de todo el día, no simplemente los habituales festejos vespertinos—. Yo bailo en las tabernas. De las barriobajeras, me temo. Nada que pudiera gustaros.

—Soy asiduo de las tabernas barriobajeras —respondió Beslan con una sonrisa y aquel tono suave de voz—. Los salones de baile son para gente de más edad y sus lindas parejas.

Después de aquello, una cosa siguió a la otra como un canto rodando ladera abajo, y antes de que Mat se diera cuenta Tylin lo había metido en el saco. Beslan y él

asistirían juntos a los festivales. A todos ellos. De caza, en palabras de Beslan, y, cuando Mat añadió sin reflexionar que a la caza de muchachas —cosa que jamás habría dicho delante de la madre de alguien de haberlo pensado—, el joven se echó a reír.

—De muchachas o de reyertas —dijo—, de labios invitadores o de aceros centelleantes. Sea cual sea el baile que uno dance, en ese momento es siempre el más divertido. ¿No te parece, Mat?

Tylin sonrió cariñosamente a Beslan.

Mat logró soltar una risita desganada. El tal Beslan estaba chiflado; él y su madre. Los dos.

17



El triunfo de la lógica

Mat salió de palacio a buen paso cuando finalmente Tylin lo dejó marchar, y, si hubiese creído que serviría de algo, habría echado a correr. Tenía tan erizada la piel entre los omóplatos que casi se olvidó de los dados rodando en su cabeza. El peor momento —el peor entre una docena de malos— había sido cuando Beslan embromó a su madre diciéndole que debería buscarse un lindo acompañante para los bailes, y Tylin, riendo, afirmó que una reina no tenía tiempo para dedicárselo a jovencitos, todo ello sin dejar de mirar a Mat con aquellos malditos ojos de águila. Ahora sabía por qué corrían tan deprisa los conejos. Cruzó a zancadas la plaza de Mol Hara sin mirar realmente por dónde iba. Si Nynaeve y Elayne hubiesen estado tonteando con Jaichim Carridin y Elaida en la fuente, al pie de esa estatua de más de tres metros de altura que representaba a alguna reina muerta mucho tiempo atrás y señalaba hacia el mar, habría pasado a su lado sin fijarse siquiera.

La sala de La Mujer Errante estaba oscura y relativamente fresca en comparación con el cegador calor del exterior. Se quitó el sombrero con alivio. Una tenue nube de humo de pipas flotaba en el aire, pero los postigos tallados en arabescos de las ventanas de arco permitían pasar suficiente luz. Habían atado unas pocas ramas de pino mustias encima de las ventanas para la Noche de Swovan. En un rincón, dos mujeres con flautas y un tipo con un pequeño tambor, que sujetaba entre las rodillas, interpretaban una de esas melodías estridentes y rítmicas que a Mat habían llegado a gustarle. Incluso a esa hora del día había varios clientes, mercaderes extranjeros vestidos con ropas de lana moderadamente sencillas, y alguno que otro ebudariano, la mayoría con los chalecos de diferentes gremios. No había aprendices ni jornaleros; encontrándose tan cerca de palacio, La Mujer Errante era un sitio caro para beber o comer, cuanto más para hacer noche.

El repiqueteo de los dados sobre la mesa del rincón se hacía eco de la sensación dentro de su cabeza, pero Mat se dirigió hacia el otro extremo de la sala, donde tres de sus hombres estaban sentados en bancos alrededor de otra mesa. Corevin, un cairhienino musculoso con una nariz que hacía parecer sus ojos aún más pequeños de lo que ya lo eran, tenía los tatuados brazos levantados sobre la cabeza y el torso

desnudo, mientras Vanin le ponía un vendaje alrededor de la cintura. Vanin abultaba tres veces lo que Corevin, pero era un saco de grasa calvo que se desbordaba del asiento. Parecía que había dormido una semana seguida con la chaqueta puesta; siempre tenía ese aspecto, incluso una hora después de que las mujeres del servicio se la habían planchado. Algunos de los mercaderes los miraban con recelo, pero no así los ebudarianos; hombres y mujeres por igual habían visto lo mismo, o peor, a menudo.

Harnan, un jefe de fila teariano de cara larga, con un tosco tatuaje de un halcón en la mejilla izquierda, se dedicaba en esos momentos a reprender a Corevin.

—… importa poco lo que el maldito pescadero dijo, pedazo de chivo engendrado por un sapo. Utiliza tu jodido garrote y déjate de aceptar un maldito duelo sólo porque… —Calló al ver a Mat e intentó aparentar que no estaba diciendo lo que estaba diciendo. Sólo consiguió dar a su cara una expresión como si tuviese dolor de muelas.

Si Mat preguntaba, resultaría que Corevin se había resbalado y había caído sobre su propia daga o alguna otra estupidez similar que supuestamente él debía fingir que creía, así que apoyó los puños en la mesa como si no viese nada fuera de lo normal. A decir verdad, no había nada extraordinario en la escena. Vanin era el único que no se había metido ya en un par de docenas de líos; por alguna razón, los hombres que buscaban gresca evitaban a Vanin como hacían con Nalesean. La única diferencia era que a Vanin parecía gustarle que ocurriera así.

—¿Han venido ya Thom o Juilin?

Vanin no levantó la vista de su tarea.

—No se les ha visto el pelo. Nalesean estuvo unos minutos, sin embargo. —Con Vanin no rezaban esas tonterías de «milord». No tenía reparos en dejar claro que no le gustaban los nobles. Con la infortunada excepción de Elayne—. Dejó un arcón reforzado con bandas metálicas en vuestra habitación y después salió parloteando no sé qué sobre chucherías. —Hizo como si fuese a escupir a través de la mella de los dientes, pero después miró de soslayo a una de las camareras y cambió de idea. La señora Anan se ponía hecha una furia con quien escupía en sus suelos o tiraba huesos o incluso vaciaba la pipa—. El chico está en el establo —continuó antes de que Mat preguntara—, con su libro y una de las hijas de la posadera. Otra de las chicas le dio unas palmadas en el trasero por haberle pellizcado el suyo. —Tras hacer un último nudo en la venda, asestó una mirada acusadora a Mat, como si los azotes hubiesen sido culpa suya de algún modo.

—Pobre pequeñajo —rezongó Corevin mientras se retorcía para comprobar que el vendaje no se movía de su sitio. Llevaba un leopardo y un jabalí tatuados en un brazo, y un león y una mujer en el otro. La mujer no parecía llevar encima gran cosa excepto el cabello—. Dando zollipos, estuvo. Aunque se animó cuando Leral dejó

que la cogiera de la mano.

Los hombres cuidaban de Olver como una cuadrilla de tíos, aunque desde luego no de la clase que una madre querría tener cerca de su hijo.

—Sobrevivirá —respondió secamente Mat. Probablemente el chico estaba cogiendo esas costumbres de sus «tíos». Lo próximo sería que le hicieran un tatuaje. Al menos Olver no se había escabullido para ir con los chicos de la calle; eso parecía gustarle tanto como estar dando la lata a mujeres adultas—. Harnan, quédate aquí y, si ves a Thom o a Juilin, no dejes que se marchen aunque tengas que agarrarlos por el pescuezo. Vanin, quiero que averigües cuanto puedas sobre el palacio Chelsaine, cerca de la puerta de Tres Torres.

Vaciló y recorrió la sala con la mirada. Las camareras entraban y salían de la cocina con comida y, más a menudo, con bebidas. La mayoría de los clientes parecían absortos en sus copas de plata, aunque un par de mujeres con los chalecos de tejedoras conversaban quedamente, haciendo caso omiso de su ponche de vino e inclinadas sobre la mesa la una hacia el otra. Algunos de los mercaderes parecían estar discutiendo sobre dinero, pues agitaban las manos y mojaban los dedos en las copas para garabatear números sobre el tablero de la mesa. La música habría tapado lo que hablaban a oídos indiscretos, pero aun así lo hacían en voz baja.

La noticia de que Jaichim Carridin recibía visitas de Amigas Siniestras torció el gesto en la redonda cara de Vanin, como si el hombre fuera a escupir lo viera quien lo viese. Harnan masculló algo sobre los asquerosos Capas Blancas, y Corevin sugirió denunciar a Carridin a la Fuerza Civil. Aquello le ganó miradas tan despectivas de los otros dos que ocultó la cara llevándose la jarra de cerveza a la boca. Era uno de los pocos hombres que Mat conocía que fuera capaz de beber cerveza ebudariana con aquel calor. Y, además, apurarla.

—Ten cuidado —advirtió Mat a Vanin cuando éste se incorporó. En realidad no estaba preocupado. Vanin se movía con sorprendente agilidad para ser un hombre tan gordo. Era el mejor cuatrero de dos reinos al menos, y podía pasar inadvertido incluso junto a un Guardián, pero…—. Son una pandilla peligrosa. Capas Blancas o Amigos Siniestros, tanto da. —Vanin se limitó a gruñir e hizo una seña a Corevin para que se pusiera la camisa y la chaqueta y lo acompañara.

—Milord… —dijo Harnan una vez que se hubieron marchado—. Milord, he sabido que hubo niebla ayer en el Rahad.

A punto de darse media vuelta, Mat se detuvo. Harnan parecía inquieto, y había pocas cosas que lo inquietaran.

—¿Niebla, dices? —Con ese calor, ni siquiera una niebla espesa como gachas duraría unos segundos.

El jefe de fila se encogió de hombros, desasosegado, y bajó la vista a su jarra.

—Niebla, sí. He oído que había… cosas en ella. —Alzó los ojos hacia Mat—. He

oído que ha desaparecido gente, así, sin más. A algunos los han encontrado comidos, a trozos.

—La niebla ha desaparecido, ¿verdad? —Mat se las apañó para contener un escalofrío—. Tú no estuviste en ella, de modo que preocúpate cuando estés. No puedes hacer nada más.

Harnan frunció el entrecejo, dubitativo, pero ésa era la pura verdad. Esas burbujas malignas —así era como Rand llamaba ese fenómeno, como lo había llamado Moraine— estallaban donde y cuando querían, y al parecer nadie, ni siquiera Rand, podía hacer nada para detenerlas. Preocuparse por eso servía tan poco como preocuparse por si a uno le caía una teja en la cabeza al salir a la calle. Menos, ya que en el segundo caso uno podía decidir quedarse en casa.

Empero, había algo por lo que sí merecía la pena preocuparse. Nalesean había dejado las ganancias de ambos arriba, desentendiéndose. Esos jodidos nobles, tirando el oro como si fuese agua. Dejó a Harnan contemplando su jarra y se encaminó hacia la escalera sin barandilla que había al fondo de la sala, pero antes de que hubiese llegado allí una de las camareras lo abordó. Caira era una chica esbelta, con túrgidos labios y ojos fogosos.

—Un hombre vino buscándoos, milord —dijo mientras movía la falda a uno y otro lado y lo miraba a través de las largas pestañas. También en su voz había cierta fogosidad—. Dijo que era Iluminador, pero a mí me pareció un vagabundo. Pidió comida, y se marchó cuando la señora Anan se negó a dársela. El tipo quería que vos la pagaseis.

—La próxima vez, palomita, pon el plato de comida —le dijo al tiempo que deslizaba un marco de plata por el profundo escote del vestido—. Hablaré con la señora Anan.

Quería encontrar un Iluminador —uno de verdad, no un individuo que vendiera fuegos artificiales rellenos con serrín— pero ahora eso importaba poco comparado con todo ese oro dejado sin vigilancia. Y con nieblas en el Rahad y Amigos Siniestros y Aes Sedai y la maldita Tylin perdiendo la chaveta. Caira soltó una risita y se retorció como haría una gata al acariciarle el lomo.

—¿Queréis que os suba un poco de ponche a vuestra habitación, milord? ¿O alguna otra cosa? —sonrió esperanzada, invitadora.

—Tal vez más tarde —contestó, dándole golpecitos en la nariz con la punta del índice. La chica se echó a reír otra vez; siempre se reía. Caira habría llevado la falda cosida a medio muslo o más arriba para mostrar las enaguas si la señora Anan se lo hubiese permitido, pero la posadera estaba pendiente de sus camareras casi tanto como de sus hijas. Casi—. Sí, quizá más tarde.

Subió trotando los peldaños de piedra y apartó de su mente a Caira. ¿Qué iba a hacer con Olver? Ese chico iba a meterse en un buen lío cualquier día de éstos si

pensaba que podía tratar así a las mujeres. Suponía que lo mejor era mantenerlo apartado de Harnan y de los otros todo lo posible. Eran una mala influencia para el chico. ¡Como si ya no tuviese bastantes preocupaciones, encima esto! Tenía que sacar a Nynaeve y a Elayne de Ebou Dar antes de que ocurriera algo peor.

Su habitación daba a la fachada de la posada, con las ventanas a la plaza, y, cuando alargaba la mano hacia el picaporte de la puerta, el suelo del pasillo crujió a su espalda. En un centenar de posadas ni siquiera se habría percatado de ello, pero los suelos de La Mujer Errante no crujían.

Miró hacia atrás… Y giró justo a tiempo de tirar el sombrero y parar la cachiporra con la mano izquierda en lugar de recibir el golpe en la cabeza. El impacto le dejó insensible la mano, pero agarró el arma desesperadamente cuando unos gruesos dedos se ciñeron a su garganta y lo empujaron contra la puerta de la habitación. La cabeza le chocó con un golpe sordo, y en sus ojos aparecieron motitas negras y plateadas que emborronaron las sudorosas facciones que tenía ante sí. Lo único que veía realmente era una nariz enorme y unos dientes amarillentos, e incluso eso parecía borroso. De repente se dio cuenta de que se encontraba a punto de perder el sentido; aquellos dedos estaban interrumpiendo el riego sanguíneo a su cerebro, además del flujo de aire a sus pulmones. Su mano libre rebuscó debajo de la chaqueta las empuñaduras de sus cuchillos, torpemente, como si los dedos no recordaran ya para qué servían. La cachiporra quedó libre, y Mat vio cómo se alzaba para aplastarle el cráneo. Centrándose sólo en ello, sacó de un tirón un cuchillo y arremetió.

Su atacante soltó un agudo chillido, y Mat fue vagamente consciente del garrote que rebotaba en su hombro y después caía al suelo, pero el tipo no le soltó la garganta. Tambaleándose, Mat lo empujó, tirando con una mano de aquellos dedos que lo ahogaban y asestando puñaladas repetidamente con la otra.

De pronto el hombre se desplomó, deslizándose de la hoja del cuchillo de Mat. El arma casi siguió su caída al suelo. Al igual que el propio Mat. Respirando con ansiosas bocanadas el dulce aire, se apoyó contra algo, el vano de una puerta, para sostenerse de pie. Desde el suelo, un hombre de rostro vulgar lo miraba fijamente con unos ojos que jamás volverían a ver nada; un tipo corpulento, con el retorcido bigote murandiano, que llevaba una chaqueta azul oscuro apropiada para un pequeño mercader o un próspero tendero. Su aspecto no era en absoluto el de un ladrón.

De pronto Mat se dio cuenta de que, en los forcejeos de la lucha, habían cruzado a trompicones una puerta abierta. Era una habitación más pequeña que la de Mat, sin ventanas, y un par de lámparas de aceite, colocadas sobre mesitas a ambos lados de la estrecha cama, proporcionaban una luz mortecina. Un hombre larguirucho, de cabello claro, se irguió junto al baúl abierto, sobre el que había estado agachado, y contempló con expresión extraña el cadáver. El baúl ocupaba casi todo el espacio libre de la habitación.

Mat abrió la boca para disculparse por irrumpir tan bruscamente en el cuarto, pero el tipo larguirucho sacó una larga daga del cinturón, cogió una cachiporra que había en la cama, y saltó por encima del baúl sobre Mat. La mirada que el hombre había dirigido al muerto no era la de quien ve el cadáver de un desconocido. Aferrándose, inestable, a la jamba de la puerta, Mat lanzó el cuchillo que asía, y no bien la empuñadura acababa de abandonar su mano cuando extrajo otro de debajo de la chaqueta. El arma se hundió en el cuello del otro hombre, y Mat estuvo de nuevo a punto de caer, esta vez de alivio, cuando su atacante se llevó las manos al cuello, mientras la sangre salía a borbotones entre sus dedos, y se desplomó hacia atrás, dentro del baúl abierto.

—Es bueno tener suerte —dijo con voz ronca.

Dio un paso vacilante y recobró su cuchillo, que limpió en la chaqueta gris del individuo muerto, una prenda mejor incluso que la del otro; también de lana, pero de más calidad. Se sentó pesadamente en la cama y miró, fruncido el entrecejo, al hombre despatarrado en el baúl. Un ruido hizo que levantara la vista.

Su asistente estaba en la puerta, intentando, sin éxito, esconder a su espalda una enorme sartén de hierro. Nerim guardaba todo un juego de ollas y sartenes, así como todo cuanto consideraba que el sirviente personal de un lord necesitaría durante un viaje, en el pequeño cuarto que compartía con Olver, contiguo al de Mat. Era bajo incluso para la talla media de un cairhienino, y flaco, por si fuera poco.

—Milord se ha manchado la chaqueta de sangre otra vez, me temo —murmuró en tono desalentado. El día que hablara con otra entonación, el sol saldría por poniente —. Quisiera que milord fuese más cuidadoso con sus ropas. Resulta difícil quitar la sangre sin dejar una mancha en el tejido, y los insectos no necesitan muchos alicientes para hacer agujeros. Este sitio tiene más bichos de los que he visto en toda mi vida, milord.

Ni la menor mención sobre los dos cadáveres ni sobre lo que pensaba hacer con la sartén. El grito del primer hombre muerto había llamado la atención; La Mujer Errante no era la clase de posada donde los gritos pasaran inadvertidos. El sonido de pisadas precipitadas se oyó en el pasillo, y la señora Anan apartó a Nerim de un empujón y se remangó la falda para sortear el cadáver tirado en la puerta. La seguía su esposo, un hombre de rostro cuadrado y pelo gris, con el doble pendiente de la Antigua y Honorable Asociación de Redes colgando de su oreja izquierda. Las dos piedras blancas engarzadas en el aro inferior significaban que poseía otros barcos de pesca además del que capitaneaba personalmente. Jasfer Anan era en parte la razón de que Mat se abstuviese de sonreír en exceso a las hijas de la posadera. El hombre llevaba un cuchillo de trabajo metido en la parte posterior del cinturón, así como otro, más grande y también con la hoja curva; el largo chaleco azul y verde dejaba a la vista unos brazos y un torso surcados de cicatrices recibidas en duelos. Pero él seguía

vivo, mientras que los hombres que le habían causado esas cicatrices no.

La otra razón de comportarse con tal mesura era la propia Setalle Anan. Si le gustaba una chica, Mat nunca se había echado atrás por causa de su madre, aunque ésta fuera la dueña de la posada donde se hospedaba, pero la señora Anan era algo especial. Los grandes aros dorados se mecieron en sus orejas mientras examinaba a los hombres muertos con absoluta presencia de ánimo. Era bonita a pesar de tener algunas hebras grises en el pelo, y su Cuchillo de Esponsales reposaba entre unas redondeces que normalmente habrían atraído su mirada como la llama de una vela a las polillas, pero mirarla de ese modo habría sido como mirar a… A su madre no. A una Aes Sedai, quizá —aunque jamás había hecho tal cosa, desde luego— o a la reina Tylin ¡la Luz le valiera en ese tema! Comprender el motivo no era fácil. Simplemente, había algo en ella que prevenía. Hasta pensar hacer algo que ofendiera a Setalle Anan quedaba descartado.

—Uno de ellos saltó sobre mí en el pasillo. —Mat dio con la puntera de la bota en el baúl, e hizo un ruido a hueco a pesar de que el otro hombre muerto estaba metido en él, con los brazos y las piernas colgando hacia afuera—. Está vacío excepto por él. Creo que se proponían llenarlo con todo lo que pudieran robar. —¿El oro, quizá? No parecía probable que supieran eso ya que sólo hacía unas horas que lo habían ganado, pero preguntaría a la señora Anan si había un sitio más seguro donde guardar el dinero.

La mujer asintió sosegadamente; sus ojos de color avellana rebosaban serenidad. Al parecer, el que unos hombres hubieran muerto acuchillados en su posada no la trastornaba.

—Insistieron en subirlo ellos mismos. Dijeron que era el surtido de sus mercancías. Alquilaron la habitación justo antes de que volvieseis. Sólo por unas pocas horas, dijeron, para dormir antes de seguir viaje a Nor Chasen. —Era el nombre de una aldea costera, hacia el este, pero a buen seguro no habían dicho la verdad. Así lo daba a entender el tono de la mujer, que miró ceñuda a los dos muertos, como si deseara poder sacudirlos hasta volverlos a la vida para que respondieran a unas cuantas preguntas—. Sin embargo, se mostraron muy puntillosos con la habitación. El del pelo claro era el jefe; rechazó las primeras tres que se le ofrecieron, y después aceptó ésta, que está pensada para uso de un único sirviente. Pensé que era un tacaño.

—Hasta un ladrón puede ser agarrado —comentó Mat con aire ausente. Esto podría haber sido la causa de que los dados empezaran a rodar en su cabeza; cabeza que habría acabado rota sin duda de no mediar la suerte de que aquel tipo fuera a pisar precisamente en el único tablón de la posada que crujía. No obstante, los malditos dados seguían rodando. No le gustaba nada.

—¿Creéis que fue por casualidad, milord?

—¿Qué otra cosa, si no?

La mujer no contestó, pero volvió a contemplar los cadáveres con gesto meditabundo. Quizá no era tan arrebatada como Mat había pensado. Después de todo, no era oriunda de Ebou Dar.

—Últimamente hay demasiada gentuza en la ciudad. —Jasfer tenía una voz profunda, y cuando hablaba normalmente parecía estar bramando órdenes en un barco de pesca—. Quizá deberíais plantearos contratar unos guardias. —La señora Anan se limitó a enarcar una ceja mirando a su marido, pero éste alzó las manos en ademán defensivo—. Tengamos paz, esposa. Hablé sin pensar.

Las ebudarianas tenían fama de expresar desagrado con el marido de un modo muy expeditivo. No quedaba fuera de lo posible que algunas de las cicatrices que tenía Jasfer fueran obra de ella. El Cuchillo de Esponsales tenía diversos usos.

Dando gracias a la Luz por no estar casado con una ebudariana, Mat envainó su daga, devolviéndola a su sitio junto a las demás. Gracias a la Luz que no estaba casado con nadie. Sus dedos rozaron un papel.

—Es algo que sueles hacer con frecuencia, esposo. —La señora Anan no pensaba perdonar el desliz de su marido así como así. Acarició el cuchillo que reposaba entre sus senos—. Muchas mujeres no lo dejarían pasar. Elynde me dice siempre que no soy suficientemente firme cuando hablas a destiempo. He de dar buen ejemplo a mis hijas. —La acritud se diluyó en una sonrisa, bien que muy ligera—. Considérate reprendido. Yo me abstendré de decirte quién debe halar qué red en cuál barco.

—Me mimas demasiado, esposa —replicó secamente él.

No había gremio de posaderos en Ebou Dar; todas las posadas estaban regentadas por mujeres. Para los ebudarianos, la peor suerte del mundo perseguiría a una posada propiedad de un hombre o a cualquier embarcación propiedad de una mujer. En el gremio de pescadores no había mujeres.

Mat sacó el papel. Era de un blanco níveo, caro y con cuerpo, y lo habían doblado muchas veces. Las pocas líneas habían sido escritas en letras mayúsculas, como las que utilizaría Olver. O un adulto que no quería que identificaran su escritura.

> «ELAYNE Y NYNAEVE ESTÁN FORZANDO DEMASIADO LAS COSAS. RECORDADLES QUE TODAVÍA SIGUEN ESTANDO EN PELIGRO POR LA TORRE. ADVERTIDLES QUE TENGAN CUIDADO, O ACABARÁN DE RODILLAS SUPLICANDO PERDÓN A ELAIDA.»

Eso era todo; sin firma. ¿En peligro «todavía»? Eso sugería que no era algo nuevo, y de algún modo no encajaba con el hecho de que las rebeldes las hubiesen atrapado. No, ésa no era la pregunta adecuada. ¿Quién le había metido esa nota en la chaqueta? Obviamente, alguien que pensaba que no podía entregársela simplemente.

¿Quién había tenido oportunidad de hacerlo desde que se había puesto la chaqueta por la mañana? Porque entonces no se encontraba allí, eso seguro. Alguien que se hubiese acercado bastante a él. Alguien… Inopinadamente, Mat se puso a tararear entre dientes un fragmento de *Me encandila los ojos y me ofusca la mente*. Por estos pagos la canción tenía otra letra; la llamaban *Vuelto del revés y gira que te gira*. Sólo Teslyn o Joline encajaban, y eso era imposible.

—¿Malas noticias, milord? —preguntó la señora Anan.

—¿Algún hombre consigue llegar a entender a las mujeres? —Mat se guardó la nota en el bolsillo—. No me refiero únicamente a las Aes Sedai. A cualquier mujer.

Jasfer estalló en carcajadas, y, cuando su mujer le asestó una mirada significativa, sus risas arreciaron. La que le dirigió a Mat habría despertado la envidia de cualquier Aes Sedai por su perfecta serenidad.

—Los hombres lo tienen fácil, milord, sólo con observar y escuchar. Somos las mujeres quienes lo tenemos realmente difícil. Hemos de intentar comprender a los hombres.

Jasfer se había agarrado a la jamba de la puerta, y las lágrimas le corrían por las atezadas mejillas. La señora Anan lo miró de soslayo, ladeando la cabeza, y luego se volvió, toda ella fría tranquilidad, y le asestó un puñetazo tan fuerte en la boca del estómago que las rodillas del hombre se doblaron. Sus risas sonaron como si salieran de un fuelle agujereado, pero no cesaron.

—Existe un dicho en Ebou Dar, milord —prosiguió la posadera, hablando a Mat por encima del hombro—. «Un hombre es un laberinto de espinos sumido en la oscuridad, y ni siquiera él conoce el camino.»

Mat resopló. ¡Pues menuda ayuda tenía en ella! En fin, ya fuera Teslyn, Joline o cualquier otra persona —tenía que ser otra persona, pero no se le ocurría quién—, la Torre Blanca estaba muy, muy lejos; Jaichim Carridin, en cambio, estaba allí mismo. Miró los dos cadáveres con el entrecejo arrugado. Y como ésos había cientos de rufianes más. De algún modo conseguiría sacar a esas dos mujeres a salvo de Ebou Dar. El problema era que no tenía la menor idea de cómo. Ojalá los jodidos dados se pararan y todo acabara de una vez.

Los aposentos que Joline compartía con Teslyn eran bastante espaciosos, e incluían un dormitorio para cada una de ellas, además de otro para cada una de sus doncellas y uno más que les habría venido bien a Blaeric y Fen si Teslyn hubiese soportado tener a los Guardianes con ellas. Esa mujer veía a todos los hombres como lobos rabiosos en potencia, y no había manera de que diera su brazo a torcer cuando se le metía algo en la cabeza. Tan inexorable como Elaida, trituraba todo cuanto se interpusiera en su camino. Estaban bastante igualadas en todos los sentidos, cierto, pero no eran muchas las que se las arreglaban para imponerse a Teslyn sin tener una

clara ventaja. La Roja se hallaba sentada frente al escritorio cuando Joline entró en la sala de estar, y la pluma hacía un desagradable chirrido al moverse sobre el papel. Siempre escribía con mucha parsimonia.

Sin decir palabra, Joline pasó junto a ella y salió al balcón, un espacio alargado y cubierto por celosías de hierro forjado pintado en blanco que semejaba una gran jaula. El diseño era tan recargado y denso que a los hombres que trabajaban en el jardín, tres pisos más abajo, les habría costado un ímprobo esfuerzo distinguir si había alguien tras la celosía. Normalmente, en esta región las flores medraban con el calor, pero allí abajo no crecía nada. Los jardineros se movían a lo largo de los paseos de grava con cubos de agua, pero casi todas las hojas se habían tornado amarillentas o marrones. No lo admitiría ni bajo tortura, pero el calor le daba miedo. El Oscuro estaba tocando el mundo, y la única esperanza que tenían era un muchacho que andaba suelto, fuera de control.

—¿A pan y agua? —dijo inopinadamente Teslyn—. ¿Mandar a ese chico, Cauthon, a la Torre? Si es que hay cambios en lo que planeamos, me harás el favor de informarme antes de decírselo a otros.

Joline sintió un leve rubor en las mejillas.

—A Merilille le hacía falta que alguien la pusiera en su sitio. Le gustaba echarme reprimendas cuando era novicia. —Lo mismo había hecho Teslyn; era una severa maestra que dirigía sus clases con mano de hierro. El modo en que había hablado era un recordatorio, una clara advertencia de que no fuera en contra de ella, ni que estuviesen al mismo nivel ni que no. Pero Merilille estaba por debajo—. Solía ponernos de pie frente a la clase, y hurgaba y hurgaba para obtener la respuesta que buscaba, hasta que acabábamos llorando de frustración delante de todo el mundo. Fingía compadecernos, o puede que realmente lo sintiera; pero, cuantas más palmaditas nos daba y más decía que no lloráramos, era peor. —Enmudeció de golpe. No tenía intención de contar todo eso. Era culpa de Teslyn, siempre mirándola como si estuviera a punto de reprenderla por tener una manchita en el vestido. Sin embargo, debería entenderla; Merilille también le había enseñado a ella.

—¿Has estado guardando eso todo este tiempo? —La más absoluta incredulidad teñía la voz de Teslyn—. Las hermanas que nos enseñaron se limitaban a cumplir con su deber. A veces creo que lo que Elaida dijo sobre ti es cierto. —El molesto chirrido de la pluma se reanudó.

—Sólo… me vino a la cabeza cuando Merilille empezó a actuar como si ella fuera realmente una embajadora. —En lugar de una rebelde, añadió para sí Joline, mirando ceñuda el jardín. Despreciaba a todas esas mujeres que habían roto la unidad de la Torre y que aireaban esa ruptura ante todo el mundo. A ellas y a cualquiera que las ayudara. Pero Elaida también había cometido un error garrafal. Las hermanas que eran rebeldes ahora podrían haberse reconciliado con un pequeño esfuerzo—. ¿Qué

dijo sobre mí? —El ruido de la pluma continuó, como uñas arañando una pizarra. Joline volvió a entrar en la sala de estar—. Teslyn, ¿qué dijo Elaida?

Teslyn puso una hoja en blanco sobre la carta, o bien para embeber la tinta húmeda o bien para ocultar el contenido a Joline, pero no contestó de inmediato. Miró con el entrecejo fruncido a Joline —o puede que sólo la mirara; a veces resultaba difícil distinguir con ella— y finalmente suspiró.

—De acuerdo. Si quieres saberlo, allá tú. Dijo que seguías siendo una chiquilla.

—¿Una chiquilla? —El tono conmocionado de Joline no ejerció ningún efecto en la otra mujer.

—Algunas —continuó tranquilamente la Roja— cambian muy poco desde el día en que se ponen el blanco de novicia. Otras no cambian en absoluto. Elaida cree que tú no has madurado aún y que nunca lo harás.

Joline echó la cabeza hacia atrás con irritación, negándose en redondo a decir una sola palabra. ¡Mira que tener que aguantar eso de alguien cuya madre era una niña cuando ella había accedido al chal! A Elaida se la había consentido demasiado mientras era novicia, se la había alabado en exceso por su fuerza y su increíble rapidez para aprender. Joline sospechaba que ésa era la razón de que estuviera tan furiosa con Elayne, Egwene y la espontánea Nynaeve: porque eran más fuertes que ella, porque habían estado de novicias mucho menos tiempo, aunque hubiesen forzado la mano para avanzar con excesiva prisa. Vaya, pero si Nynaeve ni siquiera había sido novicia, y eso era algo que jamás había pasado hasta entonces.

—Puesto que lo has mencionado —continuó Teslyn—, quizá deberíamos intentar sacar ventaja de la situación.

—¿A qué te refieres? —Joline abrazó la Fuente Verdadera, encauzó Aire para levantar una jarra de plata de la mesa auxiliar, adornada con incrustaciones de turquesas, y vertió ponche en una copa también de plata. Como siempre, el gozo de sentir el *Saidar* la emocionó, relajante al tiempo que exaltador.

—Es obvio, creo. Las órdenes de Elaida siguen estando vigentes. Elayne y Nynaeve han de ser devueltas a la Torre tan pronto como se las encuentre. Accedí a esperar, pero quizá ya no deberíamos retrasarlo más. Lástima que la otra muchacha, al'Vere, no esté con ellas. Pero con las dos recobraremos el favor de Elaida, y si además podemos añadir al chico, Cauthon… Creo que con esos tres nos recibiría con igual entusiasmo que si lleváramos al mismísimo al'Thor. Y esa Aviendha se convertirá en una excelente novicia, ni que sea espontánea ni que no.

La copa flotó hasta la mano de Joline en un flujo de Aire, y la mujer cortó el contacto con el Poder de mala gana. No había menguado lo más mínimo el ardor que había experimentado la primera vez que había tocado la Fuente. El ponche de melón resultaba un pobre sustituto del *Saidar*. La parte peor de su penitencia antes de partir de la Torre había sido perder el derecho a tocar el *Saidar*. Casi la peor parte. Se había

impuesto el castigo ella misma, pero Elaida había dejado muy claro que, si no era lo bastante duro, entonces lo señalaría ella. Joline no tuvo la menor duda de que entonces el resultado habría sido mucho peor.

—¿Recobrar su favor? Nos humilló sin más motivo que demostrar a las otras que podía hacerlo. Nos envió a este agujero plagado de moscas, lo más lejos que pudo de cualquier cosa importante, salvo que nos hubiera mandado al otro lado del Océano Aricio, de embajadoras ante una reina con menos poder que una docena de nobles, cualquiera de los cuales podría echarla del trono mañana mismo si se molestase en hacerlo. ¿Y quieres buscar el modo de halagarla para recobrar su favor?

—Es la Sede Amyrlin —replicó Teslyn, que tocó la carta tapada con el papel blanco, moviendo las hojas un poco a un lado y después al otro, como si al encuadrarlas hiciese lo mismo con sus ideas—. No enviar información durante un tiempo le habrá demostrado que no somos perrillos falderos, pero mantener ese silencio demasiado tiempo podría ser traición.

—¡Ridículo! —Joline aspiró por la nariz, desdeñosa—. Cuando se las devuelva allí sólo las castigarán por haber escapado y ahora por hacerse pasar por hermanas de derecho.

Apretó los labios. En eso las dos eran culpables, así como quienes se lo permitían, pero el asunto se agravaba cuando una de ellas afirmaba pertenecer a su propio Ajah. Para cuando el Ajah Verde hubiera acabado de disciplinar a Elayne por semejante desfachatez, sería una jovencita muy escarmentada la que se sentaría en el trono de Andor. Aunque quizá sería más conveniente que Elayne asegurara primero el Trono del León. Su entrenamiento debía completarse, en cualquier caso. Joline no estaba dispuesta a ver a Elayne perdida para la Torre fuera lo que fuera que hubiese hecho.

—Y no olvides el cargo de unirse a las rebeldes.

—Luz, Teslyn, seguramente las embaucaron igual que hicieron con las chicas que sacaron de la Torre. ¿De verdad crees que importa un pimiento si empiezan a limpiar establos mañana o al año que viene? —Porque sin duda sería eso a lo más que se enfrentarían las novicias y Aceptadas que acompañaban a las rebeldes—. Incluso los Ajahs pueden esperar a tenerlas bajo su control, en realidad. Después de todo, son Aceptadas y ciertamente parecen conformes con estar donde podemos echarles el guante cuando queramos. Yo digo que sigamos sentadas donde nos puso Elaida, y que continuemos mano sobre mano y sin decir palabra. Hasta que pregunte de buenas maneras para saber qué estamos haciendo.

No añadió que se disponía a esperar hasta que Elaida fuese depuesta como lo había sido Siuan. La Antecámara no podía aguantar indefinidamente ese trato déspota y disparatado, pero Teslyn era Roja, al fin y al cabo, y no le gustaría oír tal cosa.

—Supongo que no es tan urgente ocuparse de ellas —dijo lentamente Teslyn, aunque el «pero» implícito en su frase resultaba tan obvio como si lo hubiese

pronunciado.

Joline llevó una silla hacia la mesa utilizando otro flujo de Aire y se arrellanó para convencer a su compañera de que guardar silencio seguía siendo la mejor táctica. Conque todavía era una chiquilla, ¿no? Si se salía con la suya y las cosas se hacían como ella quería, Elaida no recibiría una sola comunicación de Ebou Dar hasta que la suplicara.

La mujer tendida sobre la mesa arqueó el cuerpo hasta donde se lo permitían las ataduras, con los ojos desorbitados y los tendones del cuello tirantes al máximo mientras un grito desgarrador se prolongaba como si nunca fuera a terminar. Repentinamente el grito se convirtió en sonido áspero y ahogado, el cuerpo sufrió una convulsión que lo sacudió desde las muñecas a los tobillos, y después se desplomó, desmadejado, sin emitir sonido alguno. Los ojos, casi salidos de las órbitas, contemplaron sin ver el techo lleno de telarañas del sótano.

Desahogarse barbotando maldiciones era irracional, pero Falion habría sido capaz de soltar una sarta interminable de imprecaciones que habrían hecho enrojecer a un carretero. No por primera vez deseó haber contado con Temaile en lugar de Ispan. Las preguntas de Temaile eran contestadas con ansiosa prontitud, y la persona interrogada no moría nunca hasta que le había sacado cuanto quería. Claro que Temaile disfrutaba haciendo su trabajo quizá con un punto de exagerada complacencia, pero eso era un tema aparte.

Encauzando una vez más, Falion recogió las ropas de la mujer, tiradas en el mugriento suelo, y las soltó encima del cadáver. El cinturón rojo se cayó en el camino, y la Aes Sedai lo cogió con la mano y lo puso bruscamente encima del montón. Quizá debería haber utilizado otros métodos, pero las correas, las tenazas, los hierros al rojo vivo eran demasiado… desagradables.

—Dejad el cuerpo en algún callejón —ordenó—. Degolladlo para que así parezca que ha sido víctima de un robo. Podéis quedaros con las monedas que lleva en la bolsa.

Los dos hombres que estaban acuclillados contra la pared de piedra intercambiaron una mirada. Arnin y Nad habrían podido pasar por hermanos de tan parecidos que eran —velludos, ojos pequeños, multitud de cicatrices, con más músculos de los que necesitarían tres hombres—, pero tenían suficiente inteligencia para ejecutar órdenes sencillas. Por lo general.

—Disculpad, señora —empezó, vacilante, Arnin—, pero nadie creerá que…

—¡Haced lo que se os ha dicho! —espetó al tiempo que encauzaba para levantar al hombre en el aire y lanzarlo contra la pared de piedra. La cabeza le rebotó en el muro, pero sin duda eso no le causaría daño alguno.

—Sí, señora —balbució Nad, que se apresuró a ir hacia la mesa—. Como

ordenéis, señora.

Cuando Falion soltó a Arnin, éste no farfulló nada, pero se acercó dando traspiés sin hacer más objeciones y ayudó a su compinche a cargar el cadáver como quien coge un saco de basura y sacarlo fuera. En fin, ahora era eso, despojos. Falion lamentaba su acceso de ira. Dejarse dominar por el mal genio era irracional. Empero, a veces parecía tener buenos resultados. Al cabo de tantos años, aquello la sorprendía todavía.

—A Moghedien no va a gustarle esto —dijo Ispan tan pronto como los hombres hubieron salido. Las diminutas cuentas azules y verdes que se entretejían en las numerosas y finas trenzas negras tintinearon cuando la mujer sacudió la cabeza. Se había mantenido en la sombra todo el tiempo, en un rincón, con una salvaguarda tejida a su alrededor para que no pudiese oír nada.

Falion se las arregló para no asestarle una mirada furibunda. Ispan era la última compañera que habría elegido para sí. Era una Azul, o, mejor dicho, lo había sido. Puede que todavía lo fuera. La propia Falion no se consideraba menos hermana Blanca por el hecho de haberse unido al Ajah Negro. Las Azules eran demasiado vehementes y mezclaban emociones en lo que debería considerarse con total desapasionamiento. De haber podido habría escogido a Rianna, otra Blanca. Aunque también ella tenía ideas extrañas, poco sólidas, respecto a ciertos puntos de la lógica.

—Moghedien se ha olvidado de nosotras, Ispan. ¿O es que tú has recibido personalmente alguna noticia de ella? En cualquier caso, estoy convencida de que ese depósito no existe.

—Moghedien asegura que sí —empezó Ispan en tono firme, pero su voz se tornó acalorada enseguida—. Un depósito de *angreal*, *sa'angreal* y *ter'angreal*. Parte de él será para nosotras. *Angreal* de nuestra propiedad, Falion. Puede que incluso *sa'angreal* Ella lo prometió.

—Pues Moghedien se equivocó. —Falion observó que la impresión desorbitaba los ojos de la otra mujer. Los Elegidos eran personas, nada más. Descubrir tal cosa también había dejado anonadada a Falion, pero había quienes se negaban a aceptarlo. Los Elegidos eran muchísimo más poderosos, infinitamente más entendidos, y muy probablemente ya habían recibido la recompensa de la inmortalidad, pero, a juzgar por las evidencias, maquinaban y luchaban unos contra otros tan sañudamente como dos murandianos por una manta. El pasmo de Ispan dio paso rápidamente a la ira.

—Hay otros buscando. ¿Se molestarían si no hubiese nada? Hay Amigos de la Sombra husmeando, de modo que deben de estar siguiendo las instrucciones de otros Elegidos. Y si los Elegidos buscan, ¿aún insistes en afirmar que no hay nada?

Seguía sin entender. Si no podía encontrarse una cosa, la razón más obvia era porque no estaba allí.

Falion esperó. Ispan no era estúpida, sólo estaba atemorizada, y la antigua

hermana Blanca era partidaria de que la gente se diera cuenta por sí misma de aquello que ya debería saber. Las mentes perezosas necesitaban ejercitarse.

Ispan paseó de un lado a otro, mirando ceñuda el polvo y las antiguas telarañas; su falda hacía frufrú con cada zancada.

—Este sitio apesta. ¡Y está lleno de mugre! —Se estremeció al ver una enorme cucaracha negra trepando por una pared. El brillo del *Saidar* la envolvió un instante, y el flujo aplastó al insecto con un ruido repugnante. Poniendo cara de asco, Ispan se limpió las manos en la falda como si las hubiese utilizado para matar al bicho en lugar de haberlo hecho con el Poder. No tenía estómago para ciertas cosas, aunque por suerte ése no era el caso ahora, cuando podía eximirse de responsabilidad por el revés sufrido en la empresa encomendada—. No informaré de un fracaso a una Elegida, Falion. Haría que envidiásemos la suerte de Liandrin, ¿no crees?

Falion ni siquiera se estremeció, pero sí cruzó el sótano y se sirvió una copa de ponche de ciruela. Las frutas estaban pasadas, de modo que el ponche resultaba demasiado dulzón. Tampoco le temblaron las manos. Temer a Moghedien era perfectamente lógico, pero no lo era sucumbir al miedo. A lo mejor la Elegida había muerto. Sin duda ya las habría emplazado a estas alturas o las habría arrastrado de nuevo al *Tel'aran'rhiod* mientras dormían para que le explicaran por qué no habían cumplido aún sus órdenes. Empero, hasta que no viese su cadáver, la única elección lógica era seguir actuando como si Moghedien fuese a aparecer en cualquier momento.

—Hay un modo —dijo.

—¿Cómo? ¿Someter a interrogatorio a todas las Mujeres Sabias de Ebou Dar? ¿A un centenar? ¿A doscientas? Creo que las hermanas que están en el palacio de Tarasin se darían cuenta de algo así.

—Olvida tus sueños de poseer un *sa'angreal,* Ispan. No hay un depósito largo tiempo oculto, ningún sótano secreto en los cimientos de un palacio. —Falion hablaba en un tono frío y mesurado, quizá más mesurado conforme la agitación de Ispan aumentaba. Siempre había disfrutado hipnotizando a toda una clase de novicias con el sonido de su voz—. Casi todas las Mujeres Sabias son espontáneas y difícilmente pueden saber algo sobre lo que queremos descubrir. Nunca se ha encontrado a una espontánea con un *angreal* en su poder, cuanto menos un *sa'angreal*; y, si hubiese habido alguna o varias, indudablemente se habría dado con ellas. Por el contrario, según todos los antecedentes, una espontánea que descubre cualquier objeto relacionado con el Poder se libra de él lo antes posible por miedo a suscitar la cólera de la Torre Blanca.

»Las mujeres a las que se expulsa de la Torre, por otro lado, no parecen sentir ese temor. Como muy bien sabes, cuando se las registra antes de que se marchen una de cada tres lleva algo escondido encima, ya sea un objeto de Poder realmente o algo

que ella cree que lo es. De las contadas Mujeres Sabias que actualmente poseen facultades, Callie era la elección perfecta. Cuando se la echó hace cuatro años, intentó robar un pequeño *ter'angreal*. Algo inútil que crea imágenes de flores y el sonido de una cascada, pero que no deja de ser un objeto ligado al *Saidar*. E intentó descubrir los secretos de todas las demás novicias, lo que consiguió las más de las veces. De existir un único *angreal* en Ebou Dar, por no mencionar un gran depósito, ¿crees que no lo habría localizado ya al cabo de cuatro años de estar aquí?

—Llevo puesto el chal, Falion —replicó Ispan con extraordinaria aspereza—. Y sé todo eso tan bien como tú. Dijiste que había otro modo. ¿Cuál?

Al parecer, no iba a utilizar el cerebro, simplemente.

—¿Qué complacería a Moghedien tanto como ese depósito? —preguntó la antigua hermana Blanca, pero Ispan se limitó a mirarla de hito en hito mientras daba golpecitos con el pie, impaciente—. Nynaeve al'Meara, Ispan. Moghedien nos dejó para ir en su persecución, pero obviamente la chica logró escapar de algún modo. Si le entregamos a Nynaeve, y, ya puestas, a la otra muchacha, Trakand, nos perdonaría hasta no haber encontrado un centenar de *sa'angreal*. —Lo que demostraba claramente que los Elegidos podían tener un comportamiento irracional. Lo mejor, desde luego, era ser extremadamente cauteloso con quienes no sólo actuaban irracionalmente, sino que además eran mucho más poderosos. Ispan no entraba en esa categoría.

—Debimos matarla como yo quería hacer cuando apareció por primera vez —barbotó. Empezó a pasear de nuevo arriba y abajo, agitando las manos y aplastando sonoramente la porquería del suelo bajo sus escarpines—. Sí, sí, lo sé. Eso podría despertar las sospechas de nuestras hermanas de palacio, y no queremos atraer su atención sobre nosotras. Pero ¿te has olvidado de Tanchico? ¿Y de Tear? Allí donde esas dos chicas aparecen, a continuación surge el desastre. A mi modo de ver, si no podemos matarlas, deberíamos mantenernos lo más lejos posible de Nynaeve al'Meara y de Elayne Trakand. ¡Lo más lejos posible!

—Cálmate, Ispan. Cálmate.

Si acaso, el tono tranquilizador de Falion sólo pareció agitar más a la otra mujer, pero Falion tenía plena confianza. La lógica debía prevalecer sobre las emociones.

Sentado en un barril a la escasa frescura de un estrecho y sombrío callejón, observó la casa que se alzaba al otro lado de la concurrida calle. De repente se dio cuenta de que estaba tocándose las sienes de nuevo. No tenía jaqueca, pero a veces sentía algo… peculiar en la cabeza. Casi siempre cuando pensaba en algo que no podía recordar.

El edificio, una casa de tres pisos enjalbegados, pertenecía a una orfebre que supuestamente había recibido la visita de dos amigas que había conocido durante un

viaje al norte, varios años atrás. Las amigas sólo habían sido vistas de refilón a su llegada, y desde entonces, nada. Enterarse de eso había resultado tarea fácil; descubrir que eran Aes Sedai, sólo costó un poco más.

Un hombre joven y delgado, vestido con un chaleco andrajoso, que pasaba silbando calle abajo con ninguna buena intención en mente, se paró al verlo sentado en el barril. Con su chaqueta y su ubicación en las sombras —y todo él en conjunto, hubo de admitir a su pesar el hombre del callejón— seguramente resultaba tentador. Tanteó debajo de la chaqueta. Sus manos ya no tenían la fuerza ni la flexibilidad necesarias para manejar una espada, pero los dos cuchillos largos que llevaba encima desde hacía más de treinta años habían sorprendido a más de un espadachín. Tal vez asomó algo a sus ojos, porque el joven delgado lo pensó mejor y siguió su camino, silbando.

Junto a la casa, la puerta que conducía al establo de la orfebre se abrió y dos hombres corpulentos la cruzaron empujando una carretilla cargada con un enorme montón de paja sucia y estiércol. ¿Qué se traían entre manos? Arnin y Nad no eran la clase de hombres que se dedicaban a limpiar establos.

Se quedaría allí hasta que oscureciese, decidió, y después vería si podía localizar de nuevo a la bonita asesina al servicio de Carridin.

Volvió a bajar la mano que se había llevado a la cabeza. Antes o después, se acordaría. No le quedaba mucho tiempo, pero era lo único que tenía. Eso sí que lo recordaba.

18



Al igual que el arado rompe la tierra

Aferrando el *Saidin* sólo lo justo para desatar la salvaguarda que había tejido en una esquina de la antesala, Rand levantó la pequeña taza engastada en plata.

—Más té —pidió.

Lews Therin rezongaba enfurecido en un apartado rincón de su mente. Las sillas talladas y profusamente doradas estaban colocadas en dos hileras a ambos lados de un Sol Naciente, de tres metros de diámetro, incrustado en el pulido suelo de piedra, y un sillón de respaldo alto, con tanto dorado que parecía estar hecho de oro, se alzaba sobre un pequeño estrado igual de recargado; pero Rand se había sentado, cruzado de piernas, sobre la alfombra llevada para la ocasión, que lucía un laberíntico diseño al estilo teariano en verde, dorado y azul.

A los tres jefes de clan que estaban sentados enfrente de él les habría molestado que los recibiera acomodado en un sillón aunque les ofreciera ocupar los otros. También eran un laberinto por el que había que caminar con mucho tiento.

Rand no llevaba puesta chaqueta y se había remangado la camisa de manera que sus antebrazos estuvieran al aire, dejando a la vista los dragones rojos y dorados que se enroscaban alrededor de cada uno, emitiendo brillos metálicos. Los *cadin'sor* de los Aiel tapaban el que cada uno de ellos tenía sólo en el brazo izquierdo. Quizás el recordatorio de quién era él —de que también había estado en Rhuidean cuando entrar en la ciudad significaba la muerte para la mayoría de los hombres que realizaban el viaje— no era necesario. Quizás.

Aquellos tres rostros no dejaron traslucir nada mientras observaban a Merana acercándose desde el rincón donde había permanecido aislada. Por su inexpresividad, la cara arrugada de Janwin podría haber estado tallada en madera, pero siempre había sido así, y si sus ojos azulgrisáceos parecían tormentosos, también tenían esa apariencia siempre. Incluso su cabello semejaba nubes tormentosas. Empero, era un hombre ecuánime. Del mismo modo, tanto Indirian como el tuerto Mandelain podrían haber estado pensando en cualquier otra cosa, salvo porque sus ojos siguieron a la mujer. De repente, Lews Therin enmudeció, como si él también la observara a través de los ojos de Rand.

Los intemporales rasgos de Merana dejaban traslucir aún menos que los de los

tres jefes de clan. Colocando la falda gris pálido debajo, se arrodilló al lado de Rand y alzó la tetera. Era un objeto enorme, redondo, de plata bañada en oro, con las patas talladas en forma de leopardos, así como el asa, y otro más, éste agazapado, en la tapa; hacía falta cogerla con las dos manos, y se balanceó ligeramente cuando la mujer vertió cuidadosamente el té en la taza de Rand. Su porte daba a entender que hacía eso porque quería, por razones propias que ninguno de ellos era capaz de imaginar; su porte clamaba su condición de Aes Sedai con más fuerza que su rostro. Rand se preguntó si eso repercutiría a su favor o en su contra.

—No les permito encauzar sin mi permiso —dijo.

Los jefes de clan mantuvieron el silencio. Merana se levantó y se acercó para arrodillarse al lado de cada uno de ellos por turno. Mandelain cubrió la taza con su ancha mano para indicar que no quería más. Los otros dos levantaron las suyas; los ojos azulgrisáceos y los verdes la estudiaron mientras servía el té. ¿Qué estarían pensando? ¿Qué más podía hacer él para convencerlos?

Tras dejar la pesada tetera sobre una bandeja cuyas asas eran también leopardos, Merana siguió de rodillas.

—¿Puedo servir al lord Dragón en algo más?

Su voz era la serenidad en persona, pero, después de que Rand le indicó con una seña que regresara al rincón, después de que se hubo levantado y se hubo dado media vuelta, las esbeltas manos apuñaron la falda durante un momento. No obstante, su reacción podía deberse también a que al girarse se quedó de cara a Dashiva y a Narishma, los dos Asha'man; para ser exactos, Narishma era todavía soldado, el nivel más bajo de los Asha'man, y aún no lucía ni la espada ni el dragón en los picos del cuello de la chaqueta. Los dos hombres permanecían de pie, impasibles, entre un par de los altos espejos de marco dorado que jalonaban las paredes. Al menos, el más joven parecía impasible a primera vista. Con los pulgares metidos en el cinturón, hizo caso omiso de Merana, como tampoco parecía estar prestando demasiado atención a Rand y a los Aiel. Aparentemente. Sin embargo, al observarlo con más detenimiento se advertía que sus grandes ojos oscuros no paraban quietos un instante, como si el joven esperara que surgiera lo inesperado en cualquier momento. ¿Y quién podía afirmar que no sería así? Dashiva daba la impresión de estar en las nubes; movía los labios sin emitir sonido alguno, parpadeaba y fruncía el entrecejo sin motivo.

Lews Therin gruñó cuando Rand miró a los Asha'man, pero era Merana quien ocupaba la atención del hombre que estaba dentro de su cabeza.

Sólo un necio cree que realmente se puede domar a un león o a una mujer.

Irritado, Rand redujo aquella voz a un apagado zumbido. Lews Therin podía romper sus barreras, pero no sin esfuerzo. Aferró el *Saidin* y volvió a tejer la salvaguarda que dejaba aislada a Merana de sus voces. Soltó de nuevo la Fuente, cosa que acrecentó su irritación y el siseo dentro de su cabeza, como gotas de agua

cayendo sobre brasas al rojo vivo. Un eco que reflejaba la cólera demente, distante, de Lews Therin.

Merana estaba tras la barrera que no podía ver ni sentir, con la cabeza bien alta y las manos enlazadas a la cintura, como lo habrían estado si hubiera llevado el chal en los brazos. Aes Sedai de la cabeza a los pies. Los observaba a él y a los jefes de clan con una mirada fría en sus ojos castaños con motitas amarillas. «No todas mis hermanas se dan cuenta de lo mucho que os necesitamos —le había dicho esa mañana en aquella misma habitación—, pero todas las que hemos prestado juramento haremos lo que nos pidáis mientras que no viole los Tres Juramentos.» Rand acababa de despertarse cuando la mujer llegó, escoltada por Sorilea. A ninguna de las dos pareció importarles que todavía estuviera en bata y que sólo hubiese probado un bocado del pan de su desayuno. «Soy bastante experta en llevar a cabo negociaciones y actuar como mediadora —había añadido—. Mis hermanas poseen otras aptitudes. Dejad que os sirvamos, como prometimos. Os necesitamos, pero también vos nos necesitáis en cierta medida.»

Siempre presente, Alanna permanecía acurrucada en un rinconcito de su mente. Estaba llorando otra vez. Rand no entendía por qué lloraba tan a menudo. Le había prohibido acercarse a él a menos que la llamara, o que saliera de su cuarto sin llevar una escolta de Doncellas —las hermanas que le habían jurado fidelidad habían quedado instaladas la noche anterior en palacio, donde podía tenerlas vigiladas— pero ya había percibido su llanto desde el primer momento en que lo había vinculado; llanto y un intenso dolor, como si la estuvieran desgarrando unas zarpas. A veces era más intenso y a veces, menos, pero siempre estaba allí. Alanna le había dicho también que necesitaba a las hermanas ligadas a él por la promesa; al final le había gritado, con el rostro congestionado y las lágrimas deslizándose por sus mejillas, antes de alejarse de él corriendo, literalmente. Y también le había hablado de servir, aunque Rand dudaba que la tarea actual de Merana fuera lo que ninguna de las dos tenía en mente. ¿Algún tipo de uniforme lo dejaría claro, quizá?

Los jefes de clan eran conscientes del escrutinio de Merana, pero ni siquiera el menor parpadeo reveló lo que pasaba por sus mentes.

—Las Sabias os han dicho qué lugar ocupan las Aes Sedai —empezó Rand sin andarse con rodeos. Sorilea le había contado que estaban al tanto, cosa que de cualquier modo habría quedado clara por el simple hecho de que no se sorprendieron cuando vieron a Merana actuar como una criada y hacer reverencias—. La habéis visto traer la bandeja y serviros el té. La habéis visto ir y venir siguiendo mis órdenes. Si queréis, la haré que baile una giga.

Convencer a los Aiel de que no se hallaba atado al dogal de las Aes Sedai era el servicio más importante que cualquiera de las hermanas podía hacer por él en ese momento. Si era necesario, las haría bailar gigas a todas ellas.

Mandelain se ajustó el parche sobre el ojo derecho, como solía hacer cuando quería disponer de un momento para meditar algo. Una cicatriz gruesa y fruncida le surcaba la frente desde detrás del parche de cuero hasta la mitad del cráneo casi calvo. Cuando finalmente habló, lo hizo sólo un poco menos directamente que Rand:

—Hay quien dice que una Aes Sedai haría cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere.

Indirian frunció las espesas y blancas cejas y clavó la vista en su taza de té. Rozando la talla media de los Aiel, era medio palmo más bajo que Rand, pero todo en él parecía alargado. Daba la impresión de que el calor del Yermo hubiese consumido hasta el último gramo de carne y todavía un poco más. Sus pómulos sobresalían notoriamente, y sus ojos semejaban esmeraldas encastradas en cuevas.

—No me gusta hablar de las Aes Sedai. —Su voz de timbre profundo y vibrante siempre causaba sobresalto al salir de aquel rostro descarnado—. Lo hecho, hecho está. Que sean las Sabias quienes se encarguen de ellas.

—Sí, mejor hablar de los perros Shaido —convino Janwin suavemente, lo que también ocasionaba sobresalto, viniendo de una cara tan feroz como la suya—. En pocos meses, medio año como mucho, hasta el último Shaido puede estar muerto… o hecho *gai'shain*.

Sólo porque tuviese una voz suave no significaba que él lo fuera. Los otros dos mostraron su conformidad con sendos cabeceos; Mandelain esbozó una sonrisa anhelante. Aún no parecían convencidos. Los Shaido habían sido la supuesta razón para la reunión de ese día, y no era una cuestión baladí aunque no fuera la principal. No, no quería restarle importancia —los Shaido ya habían causado problemas de sobra—, sólo que no figuraba en la misma página de su libro que las Aes Sedai. Empero, representaban un problema. Con tres clanes uniéndose a los Miagoma de Timolan, que ya se encontraban cerca de la Daga del Verdugo de la Humanidad, podrían muy bien hacer lo que Janwin decía, pero estaban las personas Shaido a las que no podía hacerse *gai'shain* y tampoco matarlas. De ellas, algunas eran más peliagudas que otras.

—¿Y qué pasaría con las Sabias? —preguntó.

Por un instante sus rostros se tornaron indescifrables; ni siquiera las Aes Sedai sabían hacer eso tan bien como los Aiel. Enfrentarse al Poder Único no los asustaba, o al menos no lo demostraban; nadie podía dejar atrás a la muerte, decían los Aiel, y ni un centenar de Aes Sedai iracundas conseguiría que un Aiel solo se bajara el velo una vez que lo había alzado. Sin embargo, enterarse de que las Sabias habían tomado parte en la lucha en los pozos de Dumai los había conmocionado tanto como si el sol hubiese salido de noche y la luna de día en un cielo rojo como sangre.

—Sarinde me dijo que casi todas las Sabias correrán junto a los *algai'd'siswai* —contestó Indirian al cabo, de mala gana. Sarinde era la Sabia que lo había seguido

desde Manantiales Rojos, el dominio del clan de los Codarra. O quizá «seguirlo» no era el término adecuado; eso era algo que las Sabias rara vez hacían. En cualquier caso, la mayoría de las Sabias Codarra, así como las Shiande y las Daryne, irían hacia el norte acompañando a las lanzas—. De las Sabias Shaido se… ocuparán las otras Sabias. —Su boca se torció en un gesto asqueado.

—Todas las cosas cambian. —La voz de Janwin sonó aún más suave de lo habitual. Creía, pero no quería creer. Que las Sabias tomaran parte en la batalla violaba una costumbre tan antigua como los Aiel.

Mandelain dejó su taza con exagerado cuidado.

—Corehuin desea ver a Jair de nuevo antes de que el sueño que es la vida acabe, y yo también. —Al igual que Bael y que Rhuarc, Mandelain tenía dos esposas; los otros jefes de clan tenían una, excepto Timolan, pero un jefe viudo no seguía siéndolo mucho tiempo. Las Sabias se encargaban de ello si él no lo hacía—. ¿Volveremos a ver salir el sol en la Tierra de los Tres Pliegues?

—Eso espero —respondió quedamente Rand. «Al igual que el arado rompe la tierra, así romperá él las vidas de los hombres, y todo lo que fue se consumirá en el fuego de sus ojos. Las trompetas de la guerra sonarán al compás de sus pasos, los cuervos se alimentarán con su voz, y él llevará una corona de espadas.» Las Profecías del Dragón contenían poca esperanza para nada salvo la victoria sobre el Oscuro, y sólo una posibilidad de eso. La Profecía de Rhuidean, la de los Aiel, decía que los destruiría. El marasmo causaba estragos en los clanes por causa de él, y las antiguas costumbres se hacían añicos. Incluso sin el asunto de las Aes Sedai, no era de extrañar que los jefes se plantearan si hacían bien en seguir a Rand al'Thor, ni con dragones ni sin ellos en los antebrazos—. Eso espero.

—Que siempre encuentres agua y sombra, Rand al'Thor —dijo Indirian.

Después de que se hubieron marchado, Rand siguió sentado, contemplando su taza con el entrecejo fruncido, sin hallar respuestas en el oscuro té. Finalmente, la dejó junto a la bandeja y se bajó las mangas de la camisa. Los ojos de Merana estaban prendidos intensamente en él, como si intentase desentrañar sus pensamientos. También se advertía cierto atisbo de impaciencia en su actitud. Rand le había dicho que no se moviese del rincón a menos que oyera voces. A buen seguro que la mujer no veía razón para no salir de allí ahora que los jefes se habían marchado. Salir de allí y sonsacarle lo que se había hablado.

—¿Creéis que piensan que soy un títere que baila al son que tocan las Aes Sedai? —inquirió Rand.

El joven Narishma dio un respingo. A decir verdad, sólo era un poco más joven que el propio Rand, pero su aspecto era el de un muchacho con cinco o seis años menos que él. Dirigió una mirada a Merana como si ella supiera la respuesta, y alzó los hombros con desasosiego.

—Yo… no lo sé, milord Dragón.

Dashiva parpadeó y dejó de mascullar entre dientes. Ladeó la cabeza como un pájaro y miró a Rand de reojo.

—¿Acaso importa siempre y cuando obedezcan? —preguntó a su vez.

—Importa, sí —respondió Rand.

Dashiva se encogió de hombros y Narishma frunció la frente en ademán pensativo; ninguno de los dos parecía entenderlo, aunque tal vez Narishma acabaría captando la idea. Los mapas ocupaban gran parte del estrado, detrás del trono, ya fuera enrollados o doblados o extendidos, allí donde los había dejado. Movió algunos con la puntera de la bota. Eran muchas las piezas con las que hacer juegos malabares. El norte de Cairhien y las montañas llamadas la Daga del Verdugo de la Humanidad, así como la comarca alrededor de la capital. Illian y los llanos de Maredo, hasta Far Madding. La isla de Tar Valon y todas las ciudades y pueblos circundantes. Ghealdan y parte de Amadicia. Movimiento y color en su cabeza. Lews Therin gimiendo y riendo a lo lejos, quedos murmullos dementes sobre matar a los Asha'man, a los Renegados. De matarse a sí mismo. Alanna había dejado de llorar, domeñando la angustia soterrada con un fino hilo de cólera.

Rand se pasó las manos por el cabello y ejerció presión en las sienes con los dedos. Había olvidado lo que era estar a solas dentro de su cabeza, sin más pensamientos que los suyos.

Una de las altas puertas se abrió para dar paso a una de las Doncellas que hacían guardia en el corredor. Riallin, con su cabello rubio rojizo y una sonrisa pronta, daba la sensación de estar rellenita; es decir, considerando que era una Doncella.

—Berelain sur Paendrag y Annoura Larisen desean ver al *Car'a'carn* —anunció. El tono de su voz pasó de ser cálido y amistoso en el primer nombre a frío e impasible en el segundo sin que por ello se alterara la sonrisa.

Rand suspiró y abrió la boca para decir que pasaran, pero Berelain no esperó. Entró hecha una furia seguida por Annoura, que parecía algo más calmada. La Aes Sedai experimentó un ligero sobresalto al ver a Dashiva y Narishma; al reparar en Merana, de pie en un rincón, la observó con curiosidad. No así Berelain.

—¿Qué significa esto, milord Dragón? —demandó agitando la carta que Rand le había despachado esa mañana. Cruzó la estancia para sacudir la hoja delante de sus narices—. ¿Por qué he de regresar a Mayene? He realizado una buena labor gobernando aquí, y vos lo sabéis. No pude impedir que Colavaere se hiciese coronar, pero al menos le impedí que cambiara las leyes promulgadas por vos. ¿Por qué se me ordena marchar? ¿Y por qué se me comunica por carta, en lugar de decírmelo a la cara? Con una carta, agradeciendo mis servicios y despidiéndome como si fuera una funcionaria que ha acabado de recaudar los impuestos.

Aun estando furiosa, la Principal de Mayene era una de las mujeres más bellas

que Rand había visto en su vida. El negro cabello caía en brillantes ondas sobre sus hombros, enmarcando una cara que habría hecho a un ciego contemplarla embobado. Un hombre podía verse arrastrado a las profundidades de sus oscuros ojos y perderse en ellos. Ese día llevaba un vestido de seda plateada, fino y ajustado, más adecuado para recibir a un amante en privado. De hecho, si el escote hubiese sido un pelo más bajo no habría podido llevar el vestido en público. Tal y como era, Rand incluso dudaba que debiera lucirlo a la vista de todos. Se había dicho a sí mismo mientras escribía esa carta que era debido a que tenía mucho que hacer y no disponía de tiempo para discutir con ella. A decir verdad, disfrutaba demasiado viéndola; por alguna razón, había empezado a juzgar que eso era… No incorrecto exactamente, pero casi.

Tan pronto como la mujer apareció, Lews Therin dejó de despotricar y empezó a tararear entre dientes, como solía hacer cuando admiraba a una mujer hermosa. De repente, Rand cayó en la cuenta de que estaba frotándose el lóbulo de la oreja con el índice y el pulgar, y sufrió una conmoción. Su intuición le dijo que eso era algo que Lews Therin hacía inconscientemente, como lo de tararear. Se obligó a bajar la mano al costado, pero por un instante deseó llevarla de nuevo a la oreja.

«¡Maldito, éste es mi cuerpo! —El pensamiento fue un gruñido furioso—. ¡Mío!» El tarareo de Lews Therin cesó bruscamente, por la sorpresa y el desconcierto; en silencio, el hombre muerto huyó, de vuelta a las sombras del rincón más apartado de la mente de Rand.

El silencio de éste tuvo su efecto. Berelain bajó la carta y su cólera remitió. Un poco. Con los ojos prendidos en él, hizo una inhalación profunda que sacó los colores a Rand.

—Milord Dragón…

—Sabéis por qué —la interrumpió. Limitarse a mirarle los ojos no resultaba fácil. Curiosamente, se sorprendió deseando que Min estuviese allí. Era muy raro. Las visiones de la joven no servirían de ninguna ayuda en ese momento—. Cuando regresabais del barco de los Marinos esta mañana, había un individuo en el muelle con un cuchillo.

—Bah —dijo Berelain, sacudiendo la cabeza con aire desdeñoso—. No se acercó ni tres pasos. Iba acompañada por una docena de soldados de la Guardia Alada al mando del mayor Gallenne.

Nurelle comandaba a los guardias mayenienses que habían acudido a los pozos de Dumai, pero era Gallenne quien capitaneaba el cuerpo de la Guardia Alada. Berelain contaba con ochocientos soldados de esa compañía en la ciudad, aparte de los que habían regresado con Nurelle.

—¿Esperáis que ponga pies en polvorosa por un simple ratero?

—No os hagáis la tonta —gruñó Rand—. ¿Un ratero, con una docena de soldados

rodeándoos? —El rubor tiñó las mejillas de la mujer; lo sabía, vaya que sí. No le dio oportunidad de argumentar ni dar explicaciones—. Dobraine me ha informado que ya corren por palacio rumores de que habéis traicionado a Colavaere. Quienes la apoyan quizá tengan miedo de hacerme frente, pero sí pagarán para que alguien os clave un cuchillo. —Y también a Faile, según Dobraine; ya se estaban tomando medidas al respecto—. Sin embargo, no tendrán oportunidad de hacerlo, porque regresáis a Mayene. Dobraine ocupará vuestro puesto aquí hasta que Elayne tome posesión del Trono del Sol.

La mujer resopló y masculló como si le hubiese vaciado encima un cubo de agua; sus ojos tenían un brillo peligroso. Rand se había alegrado cuando había dejado de tenerle miedo, pero ahora ya no se sentía tan seguro. Cuando Berelain abría la boca para dar rienda suelta a su rabia, Annoura le tocó el brazo y ella giró la cabeza bruscamente en su dirección. Intercambiaron una larga mirada, y la Principal dejó de resoplar y mascullar. Se alisó la falda y cuadró los hombros con firmeza. Rand apartó los ojos precipitadamente.

Merana se hallaba al borde de la salvaguarda. Rand se preguntó si la Aes Sedai la habría cruzado y luego había retrocedido; ¿cómo si no podía encontrarse de pie justo al borde de una barrera que no podía detectar? Cuando Rand giró la cabeza hacia ella, la mujer reculó hasta casi tocar la pared, sin retirar un instante los ojos de él. A juzgar por su expresión, sería capaz de servirle el té a diario durante diez años con tal de oír lo que estaban hablando.

—Milord Dragón —dijo Berelain, sonriendo—, todavía queda el asunto de los Atha'an Miere. —Su voz era toda dulzura y calidez; la curva de sus labios habría incitado la idea de unos besos hasta en una piedra—. La Señora de las Olas Harine no está muy complacida de que se la haga esperar sentada en su barco tanto tiempo. La he visitado en varias ocasiones. Ahí puedo limar dificultades, cosa que creo muy difícil sepa hacer lord Dobraine. Creo que los Marinos son vitales para vos, los mencionen o no las Profecías del Dragón. Vos sois crucial en sus profecías, aunque parecen remisos a explicar cómo.

Rand la miró fijamente. ¿Por qué se esforzaba tanto en continuar realizando un trabajo espinoso que le había reportado escasa gratitud de los cairhieninos aun antes de que algunos de ellos empezaran a querer acabar con ella? Era una dirigente, acostumbrada a vérselas con gobernantes y embajadores, no con matones ni asesinos saliendo de las sombras. Ni con sonrisa dulce ni sin ella, el motivo no era un deseo de permanecer cerca de Rand al'Thor. Ella le… En fin, se le había ofrecido en una ocasión, pero el hecho innegable era que Mayene era un reino pequeño, y Berelain utilizaba su belleza como un hombre utilizaría la espada para impedir que su más poderoso vecino, Tear, engullera a su país. Y eso era exactamente lo que estaba ocurriendo, ni más ni menos—. Berelain, ignoro qué más puedo hacer para garantizar

que Mayene siga siendo vuestro, pero estableceré por escrito cualquier… —Los colores giraron en un torbellino tan rápido dentro de su cabeza que enmudeció de golpe. Lews Therin soltó una risita burlona.

Una mujer que conoce el peligro y no tiene miedo es un tesoro que sólo un loco desdeñaría.

—Garantías. —El tono desabrido de Berelain borró todo rastro de dulzura, y la ira bulló de nuevo en su voz, una cólera fría en esta ocasión. Annoura le tiró de la manga, pero la mujer no hizo caso de la Aes Sedai—. Mientras yo estoy sentada en Mayene con vuestras garantías otros os servirán. Pedirán su recompensa, y el servicio que yo presté se tornará deslucido y remoto, en tanto que el de ellos será destacado y flamante. Si el Gran Señor Weiramon os entrega Illian y os pide Mayene a cambio, ¿qué haréis? ¿O si os entrega Murandy y Altara y os deja todo el campo libre hasta el Océano Aricio?

—¿Me serviríais aunque ello signifique marcharos? —preguntó Rand en voz queda—. Estaríais fuera de mi vista, pero no de mi mente.

Lews Therin volvió a reírse, y de un modo que Rand casi enrojeció. Disfrutaba mirando, pero a veces las cosas que pensaba Lews Therin…

La mirada intensa de Berelain traslucía obstinación, y Rand percibió claramente en la de Annoura las preguntas acumuladas, la cuidadosa elección de cuál de ellas plantear. La puerta volvió a abrirse para dar paso a Riallin.

—Ha venido una Aes Sedai para ver al *Car'a'carn*. —La voz de la Doncella sonó fría e insegura al mismo tiempo—. Se llama Cadsuane Melaidhrin.

Una mujer extraordinariamente hermosa entró sin más dilación; llevaba el cabello, de un color gris acerado, peinado en un moño alto y decorado con adornos colgantes de oro. Entonces pareció que todo pasaba a la vez.

—Creí que habías muerto —exclamó Annoura, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

Merana salió corriendo del rincón, a través de la salvaguarda, con las manos extendidas.

—¡No, Cadsuane! —gritó—. ¡No le hagas daño! ¡No debes!

La piel de Rand se erizó cuando alguien en la habitación abrazó el *Saidar*, quizá más de una mujer, y mientras se apartaba rápidamente de Berelain asió la Fuente y se hinchió de *Saidin*, percibiendo cómo colmaba también a los dos Asha'man. El rostro de Dashiva se crispó al tiempo que su feroz mirada iba de una a otra Aes Sedai. Aun con todo el Poder que lo llenaba, Narishma aferró la empuñadura de la espada con las dos manos y adoptó la posición de lucha llamada *El leopardo en el árbol*, a punto de desenvainar el arma. Lews Therin empezó a bramar sobre matar y aniquilar, matarlos a todos, matarlos ahora. Riallin se cubrió con el velo a la par que gritaba algo, y de repente una docena de Doncellas penetraron en la estancia, velándose, prestas las

lanzas. No era de extrañar que Berelain los mirara boquiabierta como si creyera que todos se habían vuelto locos.

Para ser la que había ocasionado todo aquello, la tal Cadsuane no daba la menor señal de alteración, como si no la afectara. Miró a las Doncellas y sacudió la cabeza de manera que los colgantes en forma de lunas, estrellas y pájaros se mecieron suavemente. Luego volvió la vista hacia Annoura.

—Intentar criar rosas decentes al norte de Ghealdan puede parecerse mucho a la muerte, Annoura —dijo, en tono seco—, pero no es exactamente la tumba. Oh, sosiégate, Merana, antes de que asustes a alguien. Sería de esperar que hubieses dominado tu carácter nervioso desde que te pusiste el blanco de novicia.

Merana abrió y cerró la boca con expresión avergonzada, nada menos, y la sensación de cosquilleo en la piel desapareció repentinamente en Rand, pero él no soltó el *Saidin*, y tampoco los Asha'man.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿A qué Ajah perteneces? —A juzgar por la reacción de Merana, al Rojo, pero para que una hermana Roja entrara así allí, sola, haría falta que tuviese un valor suicida—. ¿Qué quieres?

Cadsuane detuvo en él la mirada un momento, pero no contestó. Merana entreabrió los labios, pero la mujer de cabello gris miró a la otra Aes Sedai, enarcando una ceja, y no hizo falta más. De hecho, Merana enrojeció y agachó los ojos. Annoura seguía contemplando de hito en hito a la recién llegada como si estuviese viendo un fantasma. O un gigante.

Sin pronunciar palabra, Cadsuane se encaminó hacia los dos Asha'man; la falda pantalón de color verde oscuro hizo frufrú a cada paso. Rand empezaba a tener la sensación de que la mujer se movía siempre con aquel caminar reposado, deslizante, grácil, pero sin pausa y sin permitir que nada lo obstaculizara. Dashiva la miró de arriba abajo y esbozó una mueca burlona. Aunque la mujer lo estaba mirando a la cara no se dio por enterada, como tampoco dio señales de advertir que las manos de Narishma iban a su espada cuando ella le puso un dedo debajo de la barbilla y le movió la cabeza a uno y otro lado antes de que el joven la retirara bruscamente hacia atrás.

—Qué ojos tan bonitos —murmuró la Aes Sedai. Narishma parpadeó desconcertado, y la mueca de Dashiva se tornó en una sonrisa, aunque tan desagradable que en comparación la primera resultaba alegre.

—No hagas nada —espetó Rand. Dashiva tuvo la desfachatez de dirigirle una mirada furibunda antes de tocarse el pecho con el puño, en el saludo utilizado por los Asha'man—. ¿A qué has venido, Cadsuane? —continuó Rand—. ¡Mírame, maldita sea!

Así lo hizo la mujer, aunque sólo girando la cabeza.

—De modo que eres Rand al'Thor, el Dragón Renacido. Habría esperado que

incluso una chiquilla como Moraine hubiera podido enseñarte un poco de modales.

Riallin se pasó de mano la lanza que empuñaba, para asirla junto con las que sostenía en la otra, detrás de la adarga, y movió los dedos libres en el lenguaje de señas de las Doncellas. Por una vez, nadie rió. Y, también por una vez, Rand supo que lo que había dicho no era ningún chiste respecto a él.

—Tranquila, Riallin —dijo al tiempo que alzaba la mano—. Todas vosotras, mantened la calma.

Cadsuane también pasó por alto ese supuesto aparte y dirigió una sonrisa a Berelain.

—De modo que ésta es tu Berelain, Annoura. Es más hermosa de lo que había oído decir. —La reverencia que hizo, inclinando la cabeza, fue bastante pronunciada, pero de algún modo sin la menor indicación de obediencia ni atisbo de que fuera inferior en ningún sentido. En realidad fue un gesto de cortesía, nada más—. Milady Principal de Mayene, he de hablar con este joven y retendré a vuestra consejera. Tengo entendido que os ocupáis de muchos cometidos aquí, de modo que no quiero teneros alejada de vuestras obligaciones más tiempo.

No podría haberle dado una orden más clara de que se marchara, excepto que hubiese abierto la puerta, señalándole el pasillo. Berelain inclinó la cabeza gentilmente; después se volvió con suavidad hacia Rand y extendió la falda en una reverencia tan profunda que él temió que el vestido no se sostuviera en sus hombros.

—Milord Dragón —dijo—, solicito vuestro permiso para retirarme.

La inclinación de cabeza con que Rand contestó carecía de práctica.

—Lo tenéis, milady Principal. —Le ofreció una mano para ayudarla a incorporarse—. Espero que consideréis mi proposición.

—Milord Dragón, os serviré donde y como deseéis. —Su voz volvía a ser toda mieles. En favor de Cadsuane, imaginó Rand. Desde luego, en su expresión no había asomo de coqueteo, sólo de resolución—. Recordad a Harine —añadió en un susurro.

—Siempre resulta agradable ver jugar a los niños, ¿no crees, Merana? —dijo Cadsuane tan pronto como la puerta se hubo cerrado detrás de Berelain.

A Merana se le abrieron los ojos como platos y su cabeza giró para mirar a Rand y a la hermana de pelo gris alternativamente. Annoura daba la impresión de que se sostenía de pie sólo gracias a un esfuerzo de voluntad.

La mayoría de las Doncellas salieron detrás de Berelain, decidiendo al parecer que no iba a haber ninguna matanza, pero Riallin y otras dos se quedaron junto a la puerta, todavía con los rostros velados. Tal vez era sólo una coincidencia que hubiese una por cada Aes Sedai. También Dashiva parecía creer que el peligro había pasado; se recostó en la pared, con una pierna doblada y el pie apoyado en el muro, moviendo los labios en silencio, cruzado de brazos, aparentemente vigilando a las Aes Sedai.

Narishma dirigió una mirada interrogante a Rand, pero éste se limitó a sacudir la

cabeza. La mujer intentaba provocarlo. La cuestión era por qué provocaba a un hombre que ella sabía que podía neutralizarla o matarla sin esforzarse. Lews Therin mascullaba repetidamente lo mismo. *¿Por qué? ¿Por qué?* Rand subió al estrado, cogió el Cetro del Dragón que tenía en el trono y tomó asiento, dispuesto a ver qué pasaba. La mujer no se iba a salir con la suya.

—Demasiada ornamentación, ¿verdad? —le dijo Cadsuane a Annoura mientras miraba en derredor. Aparte de todo el dorado de los muebles, también había anchas franjas de oro alrededor de las paredes, por encima de los espejos, y la moldura del voladizo, en forma de escamas doradas, tenía una anchura de casi medio metro—. Nunca he sabido si eran más exagerados los cairhieninos o los tearianos, pero cualquiera de los dos puede hacer enrojecer a un ebudariano, o incluso a un gitano. ¿Es eso un servicio de té? Me gustaría tomar una taza, si está recién hecho y caliente.

Rand encauzó para levantar la bandeja, casi esperando ver el metal corroyéndose por la infección del *Saidin*, y la hizo flotar hasta donde estaban las tres mujeres. Merana había llevado tazas de sobra, y aún quedaban cuatro sin utilizar sobre la bandeja. Rand las llenó, soltó la tetera y aguardó. El servicio permaneció flotando en el aire, sustentado por el Poder.

Tres mujeres aparentemente distintas, y tres reacciones claramente diferentes. Annoura miró la bandeja como si fuese una cobra enroscada, sacudió ligeramente la cabeza e incluso retrocedió un corto paso. Merana inhaló profundamente y cogió una de las tazas con una mano que temblaba un poco. Saber que un hombre encauzaba y verlo encauzar no era lo mismo ni mucho menos. Cadsuane, en cambio, tomó su taza y olisqueó el té con una sonrisa complacida. No había modo de que supiera cuál de los tres hombres había servido la infusión, pero miró por encima de la taza directamente a Rand, que estaba repantigado, con una pierna por encima del brazo del trono.

—Buen chico —dijo.

Las Doncellas intercambiaron miradas estupefactas por encima de los velos. Rand tembló de rabia. No. No conseguiría provocarlo. Fuera cual fuese la razón, eso era lo que ella quería. ¡Y no lo conseguiría!

—Lo preguntaré otra vez —dijo. Curioso que su voz sonara tan fría; por dentro el calor de la ira era más intenso que el fuego más ardiente del *Saidin*—. ¿Para qué has venido? Responde o márchate. Por la puerta o por la ventana; tú escoges.

De nuevo Merana hizo intención de hablar, y de nuevo Cadsuane la obligó a callar, esta vez con un gesto seco, sin apartar los ojos de él.

—Para verte —contestó con absoluta calma—. Soy del Ajah Verde, no del Rojo, pero he llevado puesto el chal más que ninguna otra hermana viva, y me he enfrentado a más hombres capaces de encauzar que cuatro Rojas juntas, quizá más que diez. No es que fuera buscándolos, ya entiendes, pero parece que tengo olfato

para eso. —Así, tranquilamente, como si estuviese contando que había ido al mercado una o dos veces en su vida—. Algunos lucharon hasta el final, pataleando y gritando incluso después de haber sido escudados y confinados. Otros lloraban y suplicaban, ofreciendo oro, cualquier cosa, sus propias almas, para no ser llevados a Tar Valon. Y otros sollozaban de alivio, mansos como corderitos, agradecidos de que finalmente hubiese acabado todo. Tan cierto como la Luz que todos lloraron al final. No les queda nada más que lágrimas al final.

La ira que lo llenaba estalló. La bandeja y la enorme tetera salieron disparadas a través de la habitación, se estrellaron contra uno de los espejos con un estrépito ensordecedor y rebotaron en medio de una lluvia de cristales; la tetera, medio aplastada, roció té, y la bandeja giró en el suelo, doblada por la mitad. Todos dieron un brinco de sobresalto excepto Cadsuane. Rand se incorporó del trono como impulsado por un resorte, aferrando el Cetro del Dragón con tanta fuerza que los nudillos le dolían.

—¿Se supone que eso ha de asustarme? —gruñó—. ¿Esperas que suplique o que me sienta agradecido? ¿Que llore? Aes Sedai, puedo cerrar una mano y aplastarte. —El puño que extendió temblaba por la furia—. Merana sabe que podría hacerlo, pero sólo la Luz sabe por qué no lo hago.

La mujer contempló el servicio de té machacado como si tuviese todo el tiempo del mundo.

—Ahora sabes —dijo finalmente, más tranquila que nunca— que conozco tu futuro y tu presente. La misericordia de la Luz no existe para un hombre que encauza. Hay quien se da cuenta de eso y cree que la Luz reniega de esos hombres. Yo no. ¿Has empezado ya a oír voces?

—¿Qué quieres decir? —preguntó lentamente. Sentía a Lews Therin escuchando.

El cosquilleo le erizó de nuevo la piel y a punto estuvo de encauzar, pero lo único que ocurrió fue que la tetera se alzó del suelo y flotó hasta Cadsuane, girando lentamente en el aire mientras la mujer la examinaba.

—Algunos hombres que encauzan empiezan a oír voces. —Habló casi con gesto ausente, mirando con el entrecejo fruncido la aplastada esfera de plata y oro—. Es parte de la locura. Voces que conversan con ellos, diciéndoles lo que tienen que hacer. —La tetera flotó suavemente hasta posarse en el suelo, a sus pies—. ¿Has escuchado alguna?

Inopinadamente, Dashiva soltó una estruendosa carcajada; rió con tantas ganas que sus hombros se sacudían. Narishma se humedeció los labios; puede que no hubiese tenido miedo de la mujer antes, pero ahora la observaba con tanta precaución como si fuese un escorpión.

—Pareces olvidar que soy yo quien hace las preguntas —replicó Rand con firmeza—. Soy el Dragón Renacido.

«Eres real, ¿verdad? —dijo para sus adentros. No hubo respuesta—. ¿Lews Therin? —A veces el hombre no respondía, pero las Aes Sedai siempre lo hacían salir del rincón donde se escondía—. ¿Lews Therin?» No estaba loco; la voz era real, no imaginación suya. No producto de la demencia. El repentino deseo de echarse a reír no lo tranquilizó precisamente. Cadsuane suspiró.

—Eres un joven que no tiene idea de hacia dónde va o por qué. Tal vez podamos hablar cuando estés más calmado. ¿Tienes alguna objeción a que me lleve a Merana y Annoura durante un rato? No las he visto desde hace bastante tiempo.

Rand no podía creer lo que oía. Entraba de rondón, lo insultaba, lo amenazaba, comentaba como si tal cosa que sabía lo de la voz dentro de su cabeza, y a continuación quería marcharse para charlar con Merana y Annoura. ¿Es que era una demente? Lews Therin seguía sin contestarle. Ese hombre era real. ¡Lo era!

—Vete —dijo—. Vete y… —No estaba loco—. ¡Idos, todos vosotros! ¡Salid de aquí!

Dashiva lo miró, parpadeando, con la cabeza ladeada, y después se encogió de hombros y se encaminó a la puerta. Cadsuane sonrió de tal modo que Rand casi esperó que repitiera que era un buen chico, y luego reunió a Merana y a Annoura y las condujo hacia donde hacían guardia las Doncellas, quienes se bajaron los velos y fruncieron el ceño, preocupadas. Narishma también lo miró y vaciló hasta que Rand lo despidió con un ademán brusco. Finalmente todos se marcharon y se quedó solo. Solo.

Convulso, arrojó el Cetro del Dragón. La moharra se hundió en el respaldo de una silla y el trozo de astil se cimbreó, haciendo que los borlones se mecieran.

—No estoy loco —clamó a la habitación vacía. Lews Therin le había dicho cosas; jamás habría escapado del baúl de Galina sin la voz del hombre muerto; había discurrido cómo hacer que aparecieran rayos, y arrojar fuego, y a desarrollar un artefacto que había matado cientos de trollocs. Claro que quizás eso era parte de la vida de Lews Therin, como esos recuerdos de trepar a los ciruelos de una plantación, y entrar en la Antecámara de los Siervos, y una docena más que acudían a él inopinadamente, cuando menos lo esperaba. Y quizá todos esos recuerdos eran imaginarios, los sueños dementes de una mente desquiciada, como la voz.

Cayó en la cuenta de que estaba paseando como un león enjaulado y que era incapaz de parar. Sentía que tenía que moverse o sus músculos lo despedazarían con violentos espasmos.

—No estoy loco —jadeó. Todavía no.—. No estoy…

El ruido de la puerta al abrirse lo hizo volverse rápidamente, esperando que fuese Min. Era Riallin de nuevo. La Doncella sostenía a una mujer corpulenta que llevaba un vestido azul oscuro, con el pelo muy canoso y la cara redonda. Una cara demacrada, con los ojos enrojecidos.

Rand quiso decirles que se marcharan, que lo dejaran solo. Solo. ¿Estaba solo? ¿Era Lews Therin un sueño? Oh, que lo dejaran solo, en paz… Idrien Tarsin era la encargada de la escuela que él había fundado en Cairhien, una mujer tan práctica que Rand tenía sus dudas de que creyera en el Poder puesto que no podía verlo ni tocarlo. ¿Qué podía haberla reducido a ese estado?

Se obligó a volverse hacia ella. Loco o cuerdo, estuviese solo o no, no había nadie más para hacer lo que había que hacer. Ni siquiera este mínimo deber. Más pesado que una montaña.

—¿Qué ocurre? —preguntó, dando a su voz el tono más afable que pudo.

Idrien rompió a llorar de repente, se acercó dando traspiés y se derrumbó contra su pecho. Cuando se calmó lo suficiente para hablar con coherencia y contar lo que pasaba, Rand sintió también ganas de echarse a llorar.

19



Diamantes y estrellas

Merana seguía a Cadsuane todo lo cerca que se atrevía. Le quemaban cientos de preguntas en la punta de la lengua, pero Cadsuane no era la clase de mujer a la que uno pudiera tirar de la manga para llamar su atención. Ella decidía en quién reparaba y cuándo darse por enterada de su presencia. También Annoura guardaba silencio; las dos seguían los pasos de la otra mujer a lo largo de los pasillos de palacio, descendiendo tramos de escaleras, al principio de mármol pulido y después de simple piedra oscura. Merana intercambió una mirada con la hermana Gris y sintió una fugaz zozobra. No conocía realmente a la mujer, pero Annoura exhibía la actitud firme de una joven que acude al emplazamiento de la Maestra de las Novicias, resuelta a mostrarse valiente. Pero no eran novicias; ni tampoco unas jovencitas. Abrió la boca… y volvió a cerrarla, intimidada ante la vista del flojo moño gris que se mecía delante de ella, adornado con colgantes de lunas, estrellas, pájaros y peces. Cadsuane era… Cadsuane.

Merana sólo había hablado con ella en una ocasión, siendo novicia, o, más bien, había escuchado lo que tuvo a bien decirle. Las hermanas de todos los Ajahs habían acudido para ver a la mujer, llenas de un respeto reverencial que no podían disimular. Antaño, Cadsuane Melaidhrin había sido el punto de referencia por el que se establecía el potencial de cada mujer cuyo nombre se incorporaba al libro de novicias. Hasta la llegada de Elayne Trakand, ninguna de las admitidas en la Torre Blanca había igualado —y mucho menos superado— ese nivel. En más de un sentido, no había habido otra Aes Sedai como ella desde hacía mil años. No se sabía de ninguna Aes Sedai que no hubiese aceptado el nombramiento como Asentada; sin embargo, se comentaba que ella lo había rechazado y, al menos, en dos ocasiones. También se decía que había rehusado el ascenso a cabeza del Ajah Verde. Se contaba que en una oportunidad había desaparecido de la Torre durante diez años porque la Antecámara se proponía nombrarla Amyrlin. Amén de que Cadsuane tampoco había pasado en Tar Valon un día más de lo estrictamente necesario. A la Torre habían ido llegando noticias sobre ella, historias que dejaban boquiabiertas a la mayoría de las

hermanas, aventuras que hacían estremecer a todas aquellas que soñaban con alcanzar el chal. Acabaría siendo una leyenda entre las Aes Sedai, si es que no lo era ya.

El chal llevaba veinticinco años cubriendo los hombros de Merana cuando Cadsuane anunció que se retiraba. Por aquel entonces, su cabello era ya totalmente gris, de modo que todo el mundo la daba por muerta cuando estalló la Guerra de Aiel un cuarto de siglo después. Pero cuando aún no hacía tres meses que se había desatado el conflicto, Cadsuane reapareció, acompañada por dos Guardianes, hombres ya muy entrados en años pero todavía duros como el acero. Se rumoreaba que Cadsuane había tenido más Guardianes a lo largo de su vida que zapatos las otras hermanas. Después de que los Aiel se retiraran de Tar Valon, ella hizo otro tanto, pero había quienes decían, y no del todo en broma, que Cadsuane no moriría mientras quedase una chispa de aventura en el mundo.

«Y ése es el tipo de estupidez que se propaga entre las novicias —se recordó firmemente Merana—. Con el tiempo hasta nosotras morimos.» Y, sin embargo, Cadsuane seguía siendo Cadsuane. En consecuencia, resultaba tan impensable que ella no fuera una de las hermanas que habían aparecido en la ciudad después de haber apresado a al'Thor como que el sol no se pusiera de noche. Merana movió los brazos para ajustarse el chal y entonces recordó que lo tenía colgado en una percha de su habitación. Ridículo. No necesitaba nada material que le recordara quién era. Si al menos hubiese sido otra y no Cadsuane…

Dos Sabias que se encontraban en la intersección del pasillo con otro lateral las siguieron con la mirada mientras pasaban, los claros ojos muy fríos y la expresión pétrea de los semblantes bajo los oscuros pañuelos ceñidos a la frente. Eran Edarra y Leyn. Ambas podían encauzar y con mucha fuerza; habrían llegado muy arriba si de muchachas hubiesen acudido a la Torre. Cadsuane pasó ante las Sabias sin que en apariencia reparara en el gesto desaprobador de las espontáneas. Por el contrario, Annoura sí lo hizo y frunció el entrecejo y refunfuñó al tiempo que las finas trenzas de su cabello se mecían al sacudir la cabeza. Merana mantuvo la vista clavada en las baldosas del suelo.

Indudablemente iba a recaer sobre ella la difícil tarea de explicar a Cadsuane el… compromiso al que habían llegado con las Sabias la noche anterior, antes de que las otras y ella fueran conducidas a palacio. Annoura no estaba enterada —no había tomado parte en ello— y Merana albergaba pocas esperanzas de que Rafela o Verin se dejaran ver, o cualquier otra a quien pudiera enjaretar de alguna forma ese cometido. En cualquier caso era, en cierto modo, un acuerdo de compromiso mutuo, y quizás el mejor que podía esperarse dadas las circunstancias, pero aun así albergaba serias dudas de que Cadsuane lo considerara desde ese punto de vista. Ojalá no fuera ella quien tuviera que convencerla de lo contrario; preferiría servir el té a aquellos malditos hombres durante todo un mes. Ojalá no hubiese soltado tanto la lengua con

el joven al'Thor. Saber el motivo por el que la había obligado a servir el té no hacía más pasadero el hecho de que la hubiese aislado, privándola así de cualquier ventaja que pudiese tener a cambio. Era preferible pensar que había quedado atrapada en un remolino del Entramado por la atracción de un *ta'veren* que creer que los ojos de un joven, semejantes a pulidas gemas azul grisáceas, la habían hecho balbucear de puro terror; pero en cualquier caso, le había servido en bandeja todas las ventajas. Ojalá…

Desear que las cosas hubiesen sucedido de otro modo era propio de niños. Ella había negociado innumerables tratados, muchos de los cuales habían tenido el resultado que se buscaba; había puesto fin a tres guerras y había frenado otras dos docenas antes de que se iniciaran; se había enfrentado a reyes, reinas y generales y los había hecho entrar en razón. Con todo… Se sorprendió prometiéndose a sí misma que no pronunciaría una sola palabra de queja por mucho que ese hombre la hiciera interpretar el papel de sirvienta con tal de que Seonid o Masuri o Faeldrin o cualquier otra aparecieran de repente en la próxima esquina del pasillo. ¡Luz, ojalá pudiera cerrar los ojos y al abrirlos descubrir que todo lo ocurrido desde su partida de Salidar había sido un mal sueño!

Sorprendentemente, Cadsuane las condujo al pequeño cuarto que Bera y Kiruna compartían en el sótano del palacio, la zona donde vivían los sirvientes. Una ventana angosta, abierta en la parte alta de la pared pero que estaba al mismo nivel del empedrado del patio exterior, dejaba pasar un haz de luz, si bien la penumbra hacía parecer lóbrega la habitación. Capas, alforjas y unos pocos vestidos colgaban de perchas clavadas en las amarillentas paredes encaladas. El desnudo suelo de madera estaba marcado de muescas y estrías, aunque se advertía el esfuerzo realizado para alisarlas e igualarlas. En un rincón había una mesita redonda y destartalada, y en otro, un palanganero también desvencijado, con una jofaina y un aguamanil desportillados. Los ojos de Merana se dirigieron hacia la pequeña cama. No parecía mucho más estrecha que la que ella se veía obligada a compartir con Seonid y Masuri, dos puertas más allá. Dicha habitación era quizás un metro más amplia por cada lado, pero en ningún caso se podía considerar adecuada para ser utilizada por tres personas. Coiren y las demás que todavía seguían retenidas en las tiendas Aiel probablemente gozaban de más comodidades a pesar de su condición de prisioneras.

Bera y Kiruna tampoco se encontraban allí, pero sí Daigian. Era una mujer rellenita, de tez pálida y cabello negro y largo, que llevaba una fina cadena de plata ceñida a las sienes, con un ópalo colgando sobre la frente. Su oscuro vestido cairhienino estaba adornado con cuatro finas franjas de color a través del corpiño, así como cuchilladas en la falda, ésta blanca, el color de su Ajah. Era la hija pequeña de una de las casas menores y a Merana siempre le recordaba una paloma buchona. Cuando Cadsuane entró, Daigian se puso de pie en actitud expectante.

En la habitación sólo había una silla, que en realidad no era más que una pequeña

banqueta con un respaldo ridículo. Cadsuane se acomodó en ella y suspiró.

—Té, por favor —pidió—. Dos sorbos del mejunje que sirvió ese chico y podría haber utilizado la lengua para suela de zapatos.

El brillo del *Saidar* envolvió de inmediato a Daigian, aunque débilmente, y una tetera desportillada se elevó de la mesa en la que estaba; inmediatamente flujos de Fuego calentaron el agua mientras Daigian abría una lata de té.

Al no disponer de otra opción, Merana tomó asiento en la cama, se arregló la falda y buscó una postura cómoda en el colchón lleno de bultos mientras intentaba poner en orden sus ideas. Ésta podía muy bien ser una negociación tan importante o más que cualquiera que hubiese realizado en su vida. Al cabo de un momento, Annoura se sentó a su lado, al borde del colchón.

—Deduzco por tu presencia, Merana, que los cuentos que corren respecto a que el chico se ha doblegado a Elaida son totalmente falsos —dijo inesperadamente Cadsuane—. No te sorprendas, pequeña. ¿Acaso creías que ignoraba tus… asociaciones? —Dio una entonación a esa última palabra que pareció tan malsonante como cualquier improperio soldadesco—. ¿Y tú, Annoura?

—Estoy aquí únicamente para aconsejar a Berelain, aunque lo cierto es que no ha hecho caso a mis consejos al venir a esta ciudad. —La mujer tarabonesa mantuvo la cabeza erguida y un tono de voz firme. Sin embargo, no dejaba de frotarse los pulgares. No serviría para estar presente en la mesa de negociaciones si resultaba tan transparente—. En cuanto al resto —agregó prudentemente—, aún no he tomado una decisión.

—Una actitud juiciosa —murmuró Cadsuane mientras dirigía una mirada penetrante a Merana—. Aparentemente, son demasiadas las hermanas que en los últimos años han olvidado que tienen cerebro. O criterio. Hubo un tiempo en que las Aes Sedai tomaban una decisión tras deliberar tranquilamente, sin precipitarse, anteponiendo siempre el bien de la Torre a todo lo demás. No hay más que recordar lo que le pasó a la joven Sanche por enredarse con al'Thor, Annoura. Si uno se acerca demasiado al fuego de una forja puede acabar sufriendo graves quemaduras.

Merana levantó la barbilla y movió el cuello para aflojar la tensión. Al caer en la cuenta de lo que hacía, se obligó a detenerse. Esa mujer no estaba tan por encima de ella. Realmente no. Sólo más alta que cualquier otra hermana.

—Si se me permite preguntar… —comenzó. Sonaba demasiado tímido, inseguro, pero sería peor callarse y empezar de nuevo la frase—, ¿cuáles son tus intenciones, Cadsuane? —Se debatió para mantener una actitud digna—. Obviamente, te has mantenido… apartada de todo hasta ahora. ¿Por qué has decidido… ponerte en contacto con al'Thor en este preciso momento? Te mostraste muy poco… diplomática con él.

—Sí, habría dado igual que lo abofetearas —comentó Annoura.

Merana enrojeció ligeramente. De ellas dos, Annoura tendría que haber sido la que lo estuviese pasando peor con Cadsuane; sin embargo, no era ella la que hablaba entre balbuceos. Cadsuane sacudió la cabeza con actitud compasiva.

—Si quieres saber de qué pasta está hecho un hombre, debes fustigarlo en aquello que no espera. Ese chico tiene muy buena pasta, creo, pero va a resultar difícil. —Unió las manos por las yemas de los dedos y su mirada pasó por encima de las otras dos mujeres, hacia la pared, como absorta—. Dentro de él arde una ira lo bastante intensa para abrasar el mundo y la sujeta con un hilo. Presiónalo demasiado y… ¡Pum! Aún no es tan duro como Logain Ablar o Mazrim Taim, pero sí cien veces más difícil, me temo.

Oír aquellos tres nombres juntos hizo que a Merana se le pegara la lengua al paladar.

—¿Has visto a los dos? ¿A Logain y a Taim? —inquirió Annoura mirándola de hito en hito—. Por lo que he oído, Taim es seguidor de al'Thor.

Merana se las ingenió para reprimir un suspiro de alivio. Los rumores sobre los pozos de Dumai aún no habían tenido tiempo de propagarse. Pero lo harían.

—También yo tengo oídos para los rumores, Annoura —replicó Cadsuane con acritud—. Aunque desearía no tenerlos, por lo que me he enterado sobre esos dos. Todo mi trabajo echado a perder para tener que volver a realizarlo. El de otras también, aunque yo hice mi parte. Y además están esos chaquetas negras, esos Asha'man. —Cogió la taza que le ofrecía Daigian, sonrió afectuosamente y le dio las gracias.

La rellenita Blanca pareció a punto de hacer una reverencia, aunque se limitó a retirarse a una esquina del cuarto. Había estado como novicia y Aceptada durante más tiempo que cualquier otra que se recordara, se le había permitido permanecer en la Torre por muy poco, se había ganado el anillo por un pelo y el chal aun por menos.

—Fue la aparición de Logain, prácticamente en la puerta de mi casa, la que me indujo a abandonar mis rosas —continuó Cadsuane, que de repente se puso a charlar amigablemente mientras soplaba su taza de té—. ¡Bah! Hasta una refriega en la feria de ganado habría bastado para alejarme de esas condenadas plantas. ¿De qué sirve que una pueda usar el Poder, pero no se valga de él, y cultive diez mil espinas en cada…? ¡Bah! De hecho, me planteé la idea de prestar el juramento de los cazadores del Cuerno, si el Consejo de los Nueve lo hubiese permitido. En fin, fueron unos cuantos meses agradables dando caza a Logain, pero una vez que fue prendido, conducirlo hasta Tar Valon me apetecía tan poco como cultivar rosas. Viajé durante un tiempo para ver qué podía encontrar, quizás un nuevo Guardián, aunque para eso era un poco tarde para que resultara justo para el hombre, supongo. Entonces oí hablar de Taim y me dirigí hacia Saldaea tan deprisa como podía cabalgar. No hay nada mejor para divertirse un poco que un hombre capaz de encauzar. —De repente

su voz se endureció, al igual que su mirada—. ¿Alguna de vosotras dos tuvo algo que ver con esa… vileza, justo después de la Guerra de Aiel?

A despecho de sí misma, Merana dio un respingo de desconcierto. Los ojos de la otra mujer insinuaban el tajo y el verdugo.

—¿Qué vileza? No sé a qué te refieres.

La mirada acusadora se abatió sobre Annoura con tal dureza que la mujer casi se cayó de la cama.

—¿La Guerra de Aiel? —inquirió, al tiempo que recobraba el control de sí misma—. Los años posteriores los pasé intentando hacer de la supuesta Gran Coalición algo más que un mero nombre.

Merana observó a Annoura con interés. Muchas hermanas Grises habían corrido de capital en capital después de la guerra, en un inútil intento de mantener consolidada la alianza que se había formado contra los Aiel, pero ignoraba que Annoura hubiese sido una de ellas. En tal caso, no tenía que ser mala negociadora.

—También yo —dijo con grave compostura. Desde que había salido de Caemlyn tras la pista de al'Thor su dignidad había ido menguando y no le quedaba mucha. La poca que le restaba era demasiado preciosa para perderla. Hizo que su voz sonara sosegada, firme—. ¿A qué vileza te referías, Cadsuane?

La mujer de cabello gris se limitó a desechar la pregunta con un gesto de la mano, como si nunca hubiese sacado el tema a colación.

Durante un instante Merana se preguntó si a Cadsuane no le estaría empezando a fallar la cabeza. Nunca había oído que le ocurriera tal cosa a una hermana, pero la mayoría de las Aes Sedai se retiraban cuando llegaban a la última etapa de su vida, lejos de estratagemas y turbulencias sólo conocidas por las hermanas. Lejos de todo el mundo, las más de las veces. ¿Quién sabía lo que les ocurría antes del final? Una ojeada a la mirada lúcida, firme, que la contemplaba por encima del borde de la taza la sacó de ese error. En cualquier caso, una vileza perpetrada veinticinco años atrás, fuera cual fuese, se convertía en trivial comparada con lo que se enfrentaba el mundo en la actualidad. Además, Cadsuane no había respondido a las primeras preguntas. ¿Qué se proponía? ¿Y por qué en ese momento?

Antes de que Merana tuviera tiempo de plantearlas de nuevo, la puerta se abrió y aparecieron Bera y Kiruna, a las que metió en el cuarto como si fueran ganado Corele Hovian, una delgada Amarilla que tenía aspecto de muchacho, tal vez debido a sus anchas cejas negras y su abundante cabello azabache, que le daba una apariencia un tanto montaraz por muy bien vestida que fuera; siempre iba vestida como para asistir a un baile, con montones de bordados en las mangas y el corpiño, así como en los vuelos de la falda. Apenas había sitio para moverse con tantas mujeres en un espacio tan reducido. Corele siempre tenía una expresión guasona, ocurriera lo que ocurriese, pero ahora exhibía una gran sonrisa que estaba entre la incredulidad y el manifiesto

jolgorio. Los ojos de Kiruna centelleaban en un semblante de expresión arrogante, en tanto que Bera echaba chispas, con los labios apretados y el entrecejo fruncido. Hasta que vieron a Cadsuane. Merana supuso que para ellas debía de ser como encontrarse cara a cara con Alind Dyfelle o Sevlana Meseau o incluso Mabrian en Shereed. Los ojos se les salieron de las órbitas, en incluso Kiruna se quedó boquiabierta.

—Te creía muerta —musitó Bera.

—Empiezo a hartarme de oír eso —resopló, irritada, Cadsuane—. La próxima imbécil que repita lo mismo va a pasarse chillando una semana.

Annoura bajó la vista al suelo y observó las punteras de sus zapatos como si fueran lo más interesante del mundo.

—Jamás imaginarías dónde encontré a estas dos —dijo Corele con su cantarín acento murandiano. Se dio unos golpecitos en la nariz respingona, como solía hacer cuando estaba a punto de soltar un chiste o veía algo jocoso. Un leve tinte rojizo teñía las mejillas de Bera; el sofoco en las de Kiruna era más acentuado—. Bera permanecía sentada tan sumisa como un ratón bajo la vigilancia de media docena de esas espontáneas Aiel, las cuales me dijeron con un atrevimiento increíble que no podía venir conmigo hasta que Sorilea, que por cierto es una pesadilla de mujer colérica, vieja y fea, no hubiese acabado su charla privada con la *otra* aprendiza: nuestra querida Kiruna.

Ahora ya no era un ligero matiz sonrojado. Al oír las palabras de Corele, Kiruna y Bera se habían puesto coloradas hasta la raíz del pelo y evitaban mirar a cualquiera.

Una profunda sensación de alivio invadió a Merana. Ahora no tendría que ser ella quien explicara cómo habían interpretado las Sabias las órdenes del maldito al'Thor de que las hermanas debían obedecerles. No eran aprendizas realmente; no les impartían ningún tipo de lecciones. ¿Qué podía enseñar un montón de espontáneas, unas salvajes dicho fuera de paso, a unas Aes Sedai? Lo que pasaba era que las Sabias querían dejar claro el puesto de cada cual, nada más. ¿Nada más? Bera y Kiruna podían contar cómo se había reído —¡reído!— al'Thor antes de decir que a él le daba igual y que esperaba que fueran unas alumnas *obedientes*. A ninguna le estaba resultando fácil inclinar la testuz, y a Kiruna la que menos. Empero, Cadsuane no pidió explicaciones.

—Esperaba la comida de un perro —dijo secamente—, pero no un pozal lleno de estiércol. Veamos si lo he entendido bien. Vosotras, pequeñas, que os habéis declarado en abierta rebelión contra una Amyrlin legalmente nombrada, ahora, de algún modo, os habéis asociado con el chico al'Thor y, si estáis recibiendo órdenes de esas Aiel, deduzco que también las recibís de él. —Soltó un gruñido de asco como si se hubiese metido un puñado de ciruelas podridas en la boca. Sacudió la cabeza, miró su taza de té y después clavó de nuevo la mirada en las dos mujeres—. En fin, qué importa una traición más o menos. La Antecámara puede imponeros el castigo de

estar de rodillas desde ahora hasta el Tarmon Gai'don, pero solamente puede decapitaros una vez. ¿Qué pasó con las demás, las que están en el campamento Aiel? Supongo que son todas de Elaida. ¿También ellas están en período de… *aprendizaje*? No se nos ha permitido a ninguna de nosotras acercarnos siquiera a la primera hilera de tiendas. Esos Aiel no parecen sentir demasiado aprecio por las Aes Sedai.

—No lo sé, Cadsuane —respondió Kiruna, tan colorada que parecía que se había quemado la cara—. Nos han mantenido separadas.

Merana abrió los ojos como platos. Jamás había oído a Kiruna hablar a nadie con un tono deferente. Bera, por su parte, inhaló profundamente. Ya tenía una postura erguida, pero pareció que se ponía más recta, como si se hubiese quitado de encima una desagradable tarea.

—Elaida no es… —empezó, acalorada.

—Elaida es desmesuradamente ambiciosa, por lo que sé —la interrumpió Cadsuane, que se echó hacia adelante de manera tan repentina que Merana y Annoura retrocedieron a la par a pesar de que no las miraba a ellas—. Y quizá sea una catástrofe a punto de estallar, pero sigue siendo la Sede Amyrlin, proclamada por la Antecámara de la Torre de acuerdo con todas las leyes de la Torre.

—Si Elaida es una Amyrlin legal, ¿por qué no has obedecido su orden de acudir a Tar Valon? —Lo único que delataba la alteración de Bera era la inmovilidad absoluta de sus manos sobre la falda. Sólo un gran esfuerzo para que no asieran la tela con crispación podía conseguir semejante quietud en ellas.

—De modo que al menos una de vosotras tiene un poco de coraje. —Cadsuane rió suavemente, pero en sus ojos no se reflejaba el menor atisbo de júbilo—. Bien, sentaos. Tengo muchas más preguntas que haceros.

Merana y Annoura se levantaron de la cama para dejarles libre el sitio, pero Kiruna se limitó a seguir de pie, observando preocupada a Cadsuane, y Bera miró de soslayo a su amiga y después sacudió la cabeza. Corele puso los ojos en blanco, sonriendo ampliamente por alguna razón, pero a Cadsuane no pareció importarle.

—La mitad de los rumores que me han llegado se refieren a que los Renegados están sueltos —dijo la mujer de cabello gris—. Con todo lo que está pasando, no me extrañaría que fuera así, pero ¿tenéis alguna prueba, ya sea para confirmarlo o para desmentirlo?

Enseguida, Merana se alegró de continuar sentada; enseguida, supo qué sentía la ropa al pasar por el rodillo escurridor de la lavandería. Cadsuane hacía una pregunta tras pregunta, saltando de un tema a otro de manera que nunca se sabía qué vendría a continuación. Corele guardó silencio excepto para soltar risitas de vez en cuando o para sacudir la cabeza, y Daigian ni siquiera eso, naturalmente. La peor parte se la llevaron Merana, Bera y Kiruna, bien que Annoura no se salvó de la quema. Cada vez que la consejera de Berelain se relajaba, creyendo que ya había acabado con ella,

Cadsuane volvía a pasarla por el rodillo.

Quería saberlo todo, desde la autoridad que tenía el chico al'Thor con los Aiel hasta el motivo de que una Señora de las Olas de los Marinos estuviese en un barco anclado en el río; desde si Moraine estaba realmente muerta hasta si era cierto que el chico había descubierto el Talento de Viajar y si Berelain se había acostado con él o tenía intención de hacerlo. Lo que Cadsuane pensó de las respuestas que le daban era totalmente imposible de adivinar, excepto con una de ellas, cuando se enteró de que Alanna había vinculado a al'Thor y cómo. Apretó sus labios hasta formar una fina línea y frunció el entrecejo con la vista clavada en la pared como si quisiera abrirle un agujero. Sin embargo, mientras todas las demás expresaban el más rotundo desagrado, Merana pensó que Cadsuane había comentado que ella misma había considerado la posibilidad de tomar otro Guardián.

Demasiado a menudo las respuestas se limitaban tanto a poner de manifiesto la ignorancia sobre lo que fuera que hubiera preguntado como para que la satisfacieran, pero el hecho de que desconocieran algo no aplacaba el ansia de saber de Cadsuane; la mujer les extraía hasta la última partícula de lo que sabían, incluso cuando una de ellas ignoraba que tenía ese conocimiento. Se las ingeniaron para reservarse ciertos asuntos, la mayoría de los cuales eran temas que requerían mantenerse en secreto; sin embargo, por ese procedimiento salieron a relucir unas cuantas cosas sorprendentes y algunas hasta chocantes, por ejemplo que Annoura había estado recibiendo cartas detalladas de Berelain casi desde el día que la joven emprendió viaje hacia el norte. Cadsuane exigía respuestas, pero ella no daba ninguna, y eso le preocupaba a Merana. Advirtió que las expresiones de los semblantes se iban tornando obstinadas, defensivas y contritas, y se preguntó si la suya sería semejante.

—Cadsuane. —Tenía que hacer otra intentona—. ¿Por qué has decidido interesarte por él ahora?

Una mirada impasible sostuvo la suya y después la mujer de pelo gris volvió a dirigir su atención a Bera y Kiruna.

—Así que se las ingeniaron para raptarlo y sacarlo de palacio —dijo Cadsuane mientras sostenía en alto su taza para que Daigian volviera a llenarla.

A ninguna de ellas se le había ofrecido té. La expresión y el tono de Cadsuane eran tan desapasionados que Merana deseó poder tirarse del pelo. A al'Thor no le agradaría saber que Kiruna había revelado su rapto, aunque hubiese sido inadvertidamente; Cadsuane aprovechaba el menor desliz para tirar de la lengua y sacar más de lo que se tenía intención de decir. Al menos los detalles del maltrato que le dieron no habían salido a la luz. Él había dejado muy claro lo mucho que le desagradaría que tal cosa ocurriera. Merana dio gracias a la Luz de que la mujer no insistiera sobre el mismo asunto mucho tiempo.

—¿Estáis seguras de que se trataba de Taim? ¿Estáis seguras de que esos

chaquetas negras no llegaron a caballo?

Bera y Kiruna respondieron, la primera a regañadientes y la segunda con hosquedad, que estaban todo lo seguras que cabía esperarse; lo cierto era que nadie había visto llegar o marcharse a los Asha'man y que el… agujero que los había llevado allí podría haber sido obra de al'Thor. Lo que tampoco resultaba satisfactorio, naturalmente.

—¡Pensad! Ya no sois unas chiquillas tontas. O no deberíais serlo. ¡Bah! Tenéis que haber reparado en algo.

Merana se sentía enferma. Ella y las otras se habían pasado la mitad de la noche discutiendo el significado de su juramento antes de llegar a la conclusión de que significaba exactamente lo que habían dicho, sin escapatorias. Al final, hasta Kiruna había reconocido que debían defender y apoyar a al'Thor, además de obedecerle, y que mantenerse al margen, aunque fuera al mínimo, era inconcebible. Lo que eso pudiera significar en lo tocante a Elaida y las hermanas leales a ella en realidad no le importaba a nadie. Al menos, ninguna admitía que le importase. El mero hecho de lo que habían decidido ya era bastante perturbador de por sí para ahondar en otras cosas. Sin embargo, se preguntó si Bera o Kiruna se habían dado cuenta ya de lo mismo que ella. Quizá lo único que veían era que se estaban oponiendo a una mujer que era leyenda, por no mencionar que otras hermanas, además de Corele y Daigian, habían decidido seguirla. Por si fuera poco, los ojos de Cadsuane se detuvieron sobre ella un instante, sin revelar nada, exigiendo todo. Peor aún, Merana tenía la certeza de que Cadsuane lo sabía perfectamente.

Min corría presurosa por los pasillos haciendo caso omiso de los saludos de media docena de Doncellas que conocía y pasando junto a ellas sin responder una sola palabra, sin pensar siquiera por un momento que su comportamiento era descortés. Correr con botas de tacón alto no resultaba fácil. ¡Las estupideces que hacían las mujeres por los hombres! No es que Rand le hubiese pedido que llevara ese tipo de botas, pero ella se las puso la primera vez pensando en él, y lo había visto sonreír. Le gustaban. Luz, ¿qué demonios hacía, pensando en botas? Jamás debió ir a los aposentos de Colavaere. Temblorosa, parpadeando para contener las lágrimas, echó a correr.

Como siempre, varias Doncellas, en cuclillas, guardaban las altas puertas adornadas con soles nacientes de oro. Llevaban los *shoufa* por encima de los hombros y tenían las lanzas cruzadas sobre las rodillas; aun así, no había nada de apatía en su actitud. Eran leopardos al acecho de una presa a la que matar. Por lo general, las Doncellas hacían que Min se sintiera intranquila, a pesar de que las mujeres se mostraban muy amistosas con ella. Con su estado de ánimo, ese día no le habría importado si hubiesen llevado puestos los velos.

—Está de muy mal humor —le advirtió Riallin, pero no hizo intención de cerrarle el paso.

Min era una de las pocas personas a las que se les permitía llegar hasta Rand sin ser anunciadas. La joven estiró su chaqueta e intentó calmarse. No sabía muy bien por qué había ido allí, excepto porque Rand la hacía sentirse a salvo. ¡Así la Luz lo abrasara! Jamás había necesitado a nadie para sentirse segura.

Nada más entrar en la habitación se frenó, estupefacta. En un gesto automático cerró la puerta a su espalda. Estaba todo patas arriba. Unos cuantos fragmentos brillantes se aferraban a los marcos de los espejos, pero en su mayor parte yacían esparcidos en pedazos por el suelo. El estrado se encontraba volcado y el trono que se había alzado sobre él se hallaba reducido a astillas doradas, allí donde se había estrellado contra una pared. Una de las lámparas de pie, de pesado hierro bajo la capa dorada, había sido retorcida hasta quedar hecha un nudo. Rand se encontraba sentado en uno de los sillones pequeños, en mangas de camisa, con los brazos colgando y la cabeza echada hacia atrás, los ojos fijos en el techo. Miraba al vacío. Alrededor danzaban imágenes, y halos de colores titilaban y desaparecían; en eso era igual que las Aes Sedai. A Min no le hacían falta los Iluminadores cuando tenía a la vista a Rand o a una Aes Sedai. Él no se movió cuando la joven avanzó hacia el centro de la estancia. Los fragmentos de espejos chascaron bajo los tacones de sus botas. Un humor de mil demonios, desde luego.

Aun así, no sintió ningún miedo. No de él; ni remotamente podía imaginar a Rand haciéndole daño. Sus sentimientos hacia él bastaban para erradicar de su mente casi por completo el recuerdo de los aposentos de Colavaere. Hacía mucho tiempo que se había resignado a estar perdidamente enamorada de él. Era lo único que le importaba: ni el hecho de que fuera un sencillo campesino más joven que ella; ni quién o qué era; ni que estuviese condenado a volverse loco y a morir si antes no lo mataban. «Ni siquiera me importa tener que compartirlo», pensó y aquello le bastó para darse cuenta de hasta qué punto llegaba su entontecimiento por ese hombre si podía mentirse a sí misma. Se había tenido que obligar a aceptar aquello; una parte de él pertenecía a Elayne, como también ocurría con la tal Aviendha, a la que todavía no conocía. «Lo que no puede remediarse ha de soportarse», recordó que decía su tía Jana. Sobre todo cuando a una se le había reblandecido el cerebro. Luz, siempre se había jactado de no perder la cabeza.

Se paró junto a uno de los sillones, donde el Cetro del Dragón se había hincado en la gruesa madera del respaldo con tanta fuerza que la punta sobresalía un palmo por detrás. Enamorada de un hombre que no lo sabía, que la alejaría de su lado si llegaba a darse cuenta de ello. Un hombre que, a buen seguro, la amaba. Y a Elayne y a la tal Aviendha también; en cuanto a eso último, pasó hoja rápidamente. Lo que no puede remediarse… La amaba y se negaba a admitirlo. ¿Acaso creía que porque el demente

de Lews Therin Telamon había matado a la mujer que amaba él estaba condenado a hacer lo mismo?

—Me alegro de que hayas venido —dijo Rand de repente, todavía con la mirada clavada en el techo—. Llevo mucho tiempo sentado aquí, solo. Solo. —Soltó una amarga risotada—. Herid Fel ha muerto.

—No —musitó Min—. Ese hombrecillo encantador no. —Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Lo habían despedazado. —La voz de Rand sonaba terriblemente cansada. Y tan vacía—. Idrien se desmayó cuando lo encontró. Permaneció inconsciente la mitad de la noche y, cuando finalmente volvió en sí, su conmoción era tal que apenas hablaba con coherencia. Una de las mujeres de la escuela le dio algo para que durmiera. Se sentía avergonzada por ello. Cuando se presentó ante mí empezó a llorar de nuevo y… Tuvo que ser obra de un Engendro de la Sombra. ¿Quién más despedazaría a un hombre arrancándole miembro a miembro? —Sin cambiar de postura la cabeza, descargó un puñetazo con tanta fuerza sobre el brazo del sillón que la madera crujió —. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo mataron? ¿Qué iba a contarme?

Min trató de pensar; lo intentó realmente. Maese Fel era un filósofo; él y Rand hablaban de todo, desde el significado de fragmentos de las Profecías del Dragón hasta la naturaleza del agujero abierto en la prisión del Oscuro. Fel le había prestado a Min libros, textos fascinantes, sobre todo cuando le costaba trabajo comprender de qué hablaban. Había sido un filósofo. Ya no volvería a dejarle libros. Un anciano tan afable, un pensador sumido en su mundo del intelecto y que se sobresaltaba cuando reparaba en cualquier cosa ajena a ese mundo. Min atesoraba el recuerdo de una nota que le había escrito a Rand, en la que decía que ella era bonita, que lo distraía. Y ahora había muerto. Luz, tanta muerte rebasaba su capacidad de aguante.

—No debería habértelo dicho. No de ese modo.

Min dio un respingo; no había oído a Rand cruzar la habitación. Sus dedos le acariciaban la mejilla, limpiándole las lágrimas. Hasta ese momento la joven no se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Lo siento, Min —musitó—. Ya no soy una persona muy agradable. Un hombre ha muerto por mi culpa y lo único que hago es preocuparme por el motivo de que fuera asesinado.

La joven le echó los brazos al cuello y enterró el rostro en su pecho. No podía parar de llorar. No podía dejar de temblar.

—Fui a los aposentos de Colavaere. —Las imágenes pasaron como fogonazos por su mente: la salita vacía, sin un solo sirviente. El dormitorio. No quería recordarlo pero, ahora que había empezado, fue incapaz de contener las palabras que salían a borbotones—. Pensé que, como la habías exiliado, tal vez se habría producido algún cambio en la visión que tuve de ella. —Colavaere llevaba puesto el que debía de ser

su mejor vestido, de oscura seda brillante y finas chorreras de encaje de Sovarra que el tiempo había dado un tono marfileño—. Pensé que, por una vez, no tenía que cumplirse una de mis visiones. Eres *ta'veren*. Puedes cambiar el Entramado. —Colavaere se había engalanado con un collar y brazaletes de esmeraldas y gotas de fuego, anillos con perlas y rubíes, sin duda sus mejores joyas, y en el cabello lucía diamantes amarillos, colocados de manera que creaban una buena imitación de la corona de Cairhien. Su rostro…—. La encontré en el dormitorio, colgada de uno de los pilares de la cama, con los ojos saltones y la lengua protuberante en un rostro amoratado e hinchado, y los dedos de los pies un palmo por encima de la banqueta volcada.

Sacudida por los sollozos, Min se estrechó contra él. Los brazos de Rand la ciñeron suave, lentamente.

—Oh, Min, tu don te proporciona más sufrimiento que placer. Si pudiera quitarte ese dolor y cargar yo con él, lo haría. Lo haría.

La joven fue consciente poco a poco de que también Rand temblaba. Luz, intentaba con todas sus fuerzas ser de hierro, como creía que debía ser el Dragón, pero lo hería cuando alguien moría por su causa, probablemente Colavaere tanto como Fel. Le angustiaba el daño sufrido por cualquiera e intentaba disimular lo contrario.

—Bésame —musitó Min. Al no obtener respuesta, la joven alzó la cabeza para mirarlo. Rand la observaba inseguro, parpadeando, los ojos azules en un momento y al siguiente grises, como el cielo de madrugada—. No estoy bromeando.

¿Cuántas veces, sentada en sus rodillas, besándolo, lo había llamado pastor, sin atreverse a pronunciar su nombre por miedo a que él advirtiera el timbre acariciante? Rand lo aguantaba porque creía que le estaba tomando el pelo y que ella habría dejado de hacerlo si hubiese creído que no le afectaba. ¡Ja! Tía Jana y tía Rania decían que no se debía besar a un hombre a menos que se tuviera intención de casarse con él, pero tía Miren parecía saber un poco más del mundo. Ella decía que no se debía besar a un hombre con excesiva frivolidad porque los varones se enamoraban fácilmente.

—Siento frío por dentro, pastor. Colavaere y maese Fel… Necesito sentir la calidez de un cuerpo, de unos labios. Necesito… Por favor.

Rand inclinó la cabeza muy, muy despacio. Al principio fue un beso fraternal, dulce y suave, tranquilizador, reconfortante. Después pasó a ser algo más. En absoluto tranquilizador. Él se irguió bruscamente e intentó apartarse de ella.

—Min, no puedo. No tengo derecho a…

Ella lo agarró del pelo con las dos manos y tiró hacia abajo; sus bocas volvieron a unirse y, al cabo de unos segundos, él dejó de resistirse. Min no habría sabido decir si fueron sus manos las que empezaron a tirar de las lazadas de su camisa o fueron

primero las de él las que desataron las suyas, pero había algo de lo que estaba segura: si se le ocurría intentar parar ahora, cogería una de las lanzas de Riallin —mejor todas— y lo ensartaría.

De camino hacia la salida del Palacio del Sol, Cadsuane observó con el mayor disimulo posible a las espontáneas Aiel con las que se cruzó. Corele y Daigian la seguían en silencio; ambas la conocían lo suficiente a esas alturas para no molestarla con charlas. No podía decirse lo mismo de todas las que hacían un alto durante unos cuantos días en el pequeño palacio de Arilyn, hasta que se ponían de nuevo en marcha. Muchas espontáneas, y todas ellas contemplando a las Aes Sedai como si fuesen perros callejeros plagados de pulgas y con llagas purulentas que hubiesen dejado barro sobre una alfombra nueva. Algunas personas miraban a las Aes Sedai con respeto reverencial o adoración; otras con miedo u odio. Pero Cadsuane jamás había visto desprecio, ni siquiera por parte de los Capas Blancas. Aun así, cualquier nación que diera tantas espontáneas debería estar enviando un continuo raudal de esas muchachas a la Torre.

Habría que ocuparse de eso finalmente y a la Fosa de la Perdición con las costumbres si era necesario, pero no era lo más indicado en el momento actual. Había que mantener al chico al'Thor lo bastante intrigado como para que le permitiera estar cerca de él, y también suficientemente desconcertado para que ella pudiera azuzarlo en lo que quisiera sin que él se diese cuenta. De una manera u otra, cualquier cosa que pudiese interferir en eso debía ser controlada o suprimida. No podía permitirse que nada lo influyera o lo alterara del modo equivocado. Absolutamente nada.

El reluciente carruaje negro, con su tiro de seis rucios, esperaba en el patio. Un sirviente se apresuró a abrir la puertecilla, en la que aparecía pintado el emblema de dos estrellas plateadas sobre bandas rojas y verdes, y les hizo una reverencia tan pronunciada que su calva cabeza casi bajó a la altura de las rodillas. Iba en mangas de camisa y con calzones. Desde que había pisado el Palacio del Sol no había visto a nadie con uniforme, salvo unos pocos sirvientes con los colores de Dobraine. A buen seguro, los criados no tenían muy claro cuál ponerse y temían cometer un error.

—Puede que despelleje a Elaida cuando le ponga la vista encima —dijo mientras el carruaje empezaba a moverse—. Esa necia chica ha hecho mi tarea casi imposible.

Y entonces rompió a reír tan de repente que Daigian la miró de hito en hito antes de reaccionar y apartar la vista. La sonrisa de Corele se ensanchó con expectación. Ninguna de las dos lo entendía y Cadsuane tampoco intentó explicárselo. Durante toda su vida, el modo más rápido de interesarla en algo había sido decirle que era imposible. Habían pasado más de doscientos setenta años desde la última vez que topó con una tarea que no pudo llevar a cabo. Cualquier día de ésos podría tener entre manos la que sería la última, pero el joven al'Thor resultaría el broche perfecto para

todas ellas.

20



Tramas dentro de tramas

Sevanna observó despectivamente a sus polvorientas compañeras, sentadas con ella en círculo en un pequeño claro. Las ramas casi deshojadas que se extendían sobre sus cabezas les proporcionaban un poco de sombra, y el lugar donde Rand al'Thor había desatado la muerte se encontraba a más de ciento cincuenta kilómetros hacia el oeste, pero aun así los ojos de las otras mujeres se movían como si quisieran mirar hacia atrás. Sin disponer de tiendas de vapor, ninguna había podido asearse adecuadamente, aparte de un rápido lavado de cara y manos al final del día. Ocho copas pequeñas de plata, todas diferentes, se hallaban junto a ella, sobre las hojas muertas, así como una jarra, también de plata y llena de agua, que se había abollado durante la retirada.

—O el *Car'a'carn* no nos persigue o no ha podido encontrarnos. Cualquiera de las dos cosas me satisface —dijo de repente.

Algunas de las mujeres dieron un brinco. La cara redonda de Tion se tornó pálida y Modarra le dio unas palmaditas en el hombro. Modarra habría resultado bonita si no fuese tan alta y si no intentara en todo momento actuar como una madre con cualquiera que tuviera cerca. Alarys puso un interés excesivo en colocar la falda que ya se hallaba extendida perfectamente alrededor, procurando hacer caso omiso de lo que no quería ver. La delgada boca de Meira se curvó hacia abajo por las comisuras en un gesto despectivo, pero a saber si se debía al miedo patente de las otras hacia el *Car'a'carn* o al suyo propio. Tenían razones para estar asustadas.

Habían pasado dos días desde la batalla y menos de veinte mil lanzas se habían reagrupado en torno a Sevanna. Therava y la mayoría de las Sabias que habían ocupado el flanco oeste aún no habían aparecido, incluidas todas las demás que se hallaban atadas a ella. Algunas de las que faltaban, sin duda, se encaminaban de regreso a la Daga del Verdugo de la Humanidad, pero ¿cuántas habían vuelto a ver salir el sol? Nadie recordaba una matanza semejante, tantas muertes en tan corto espacio de tiempo. Ni siquiera los *algai'd'siswai* estaban realmente preparados para volver a danzar las lanzas tan pronto. Había motivos para sentirse asustados, pero ninguno para ponerlo de manifiesto, para mostrar alma y corazón ante los demás

como cualquier habitante de las tierras húmedas, abiertamente y al desnudo para que todo el mundo pudiera verlos.

Por lo menos Rhiale parecía darse cuenta de eso.

—Si tenemos que hacer esto, hagámoslo de una vez —murmuró, envarada por la vergüenza. Era una de las que había dado un brinco de sobresalto.

Sevanna cogió el pequeño objeto cúbico de color gris que guardaba en el bolsillo y lo puso sobre las hojas marchitas, en medio del círculo. Someryn apoyó las manos sobre las rodillas y se inclinó tanto para examinarlo que dio la impresión de que acabaría saliéndose por el escote de la blusa. Su nariz casi tocó el cubo. Las seis caras estaban cubiertas de dibujos y de cerca se distinguían otros más pequeños dentro de los primeros, y aun otros más pequeños dentro de aquéllos y un atisbo de lo que parecían otros incluso más diminutos. Sevanna no tenía la menor idea de cómo podían haberse hecho tan minúsculos, tan perfectos, tan precisos. Hubo un tiempo en que creyó que el cubo era de piedra, pero ahora albergaba ciertas dudas. La víspera se le había caído accidentalmente sobre unas piedras y ni una sola línea de las tallas se había estropeado. Si es que eran obra del cincel. El objeto debía de ser un *ter'angreal*; eso sí lo sabían.

—Un flujo de Fuego, lo más pequeño posible, debe tocar ligeramente ahí, en lo que parece una luna creciente retorcida —dijo Sevanna—. Y otro ahí, en lo alto, sobre esa marca que semeja un rayo.

Someryn enderezó el torso rápidamente.

—¿Qué ocurrirá entonces? —inquirió Alarys al tiempo que se peinaba el cabello con los dedos. Parecía un gesto inconsciente, pero la mujer siempre encontraba el modo de recordar a todo el mundo que su pelo era negro en lugar de rubio o pelirrojo como el de la mayoría.

Sevanna sonrió. Disfrutaba sabiendo algo que las otras ignoraban.

—Lo utilizaré para convocar al hombre de las tierras húmedas que me lo dio.

—Eso ya nos lo dijiste ayer —intervino Rhiale con acritud.

—¿Cómo lo convocarás? —instó, cortante, Tion. Puede que temiera a Rand al'Thor, pero a muy poco más. Y a Sevanna no, ciertamente.

Belinde rozó levemente el cubo con el huesudo índice, y sus cejas casi blancas, aclaradas por el sol, se fruncieron.

Sevanna, conservando el semblante impasible, se obligó a contener las manos para no toquetearse el collar ni ajustarse el chal.

—Os he dicho todo cuanto necesitáis saber. —En su opinión, mucho más de lo que era necesario, pero no le había quedado más remedio. De otro modo, todas habrían vuelto con las lanzas y las otras Sabias, comiendo pan duro y carne seca. O más bien estarían de camino hacia el este, buscando alguna señal de otros supervivientes. Alguna señal de persecución. Aun poniéndose en camino tarde,

todavía podrían cubrir ochenta kilómetros antes de hacer un alto—. Hablando no se despelleja al oso y mucho menos se lo mata. Si habéis decidido regresar a hurtadillas a las montañas y pasaros el resto de la vida huyendo y escondiéndoos, entonces idos. Si no, haced lo que os toca a vosotras, que yo cumpliré con mi parte.

Los azules ojos de Rhiale la contemplaban con abierto desafío, al igual que los grises de Tion. Hasta Modarra parecía indecisa, y ella y Someryn eran a las que tenía cogidas con más firmeza.

Sevanna esperó, tranquila en apariencia, no queriendo decirles o pedirles lo mismo otra vez. Por dentro, la rabia se revolvía en su estómago. No fracasaría sólo porque esas mujeres tuvieran un corazón medroso.

—Si no hay más remedio —musitó finalmente Rhiale. Aparte de la ausente Therava, era la que oponía resistencia más a menudo, pero Sevanna esperaba mucho de ella. La vara que más costaba doblar, a menudo resultaba ser la más flexible una vez que cedía. Esa máxima servía tanto para hombres como para mujeres. Rhiale y las demás volvieron la vista hacia el cubo, algunas con el entrecejo fruncido.

Sevanna, ni que decir tiene, no veía nada. De hecho, cayó en la cuenta de que si no hacían nada podían alegar que el cubo no había funcionado y ella nunca sabría si era cierto o no. De repente, sin embargo, Someryn soltó una exclamación ahogada.

—Absorbe más —susurró Meira y, señalando, añadió—: Mirad. Fuego ahí y ahí, y Tierra, Aire y Energía llenando los canalitos.

—No completamente —adujo Belinde—. Pueden llenarse de muchos modos, creo. Y hay puntos donde los flujos se… retuercen alrededor de algo que no es visible. —Frunció el entrecejo—. Debe de estar atrayendo también la parte masculina.

Algunas retrocedieron un poco, se ajustaron los chales y sacudieron las faldas como para quitar arena del tejido. Sevanna habría dado cualquier cosa por ver. Bueno, casi cualquier cosa. ¿Cómo podían ser tan cobardes? ¿Cómo podían dejar que se notara?

—Me pregunto qué pasaría si lo tocáramos con fuego en algún otro punto —dijo finalmente Modarra.

—Si la caja comunicadora se carga demasiado o de mala forma, podría fundirse —dijo una voz masculina, salida de la nada—. Incluso podría ex…

La voz se interrumpió cuando las otras mujeres se incorporaron precipitadamente y escudriñaron los árboles. Alarys y Modarra llegaron incluso a sacar los cuchillos de los cintos, a pesar de que no necesitaban armas de acero cuando disponían del Poder Único. Nada se movía entre las franjas de luz y sombras bajo los árboles, ni siquiera un pájaro.

Sevanna no movió un solo dedo. Había dado crédito, tal vez, a una tercera parte de lo que el hombre de las tierras húmedas le había dicho, no incluyendo esto, para

ser sincera, pero reconoció la voz de Caddar. Los habitantes de las tierras húmedas siempre tenían más nombres, pero aquél era el único que le había dado. Sospechaba que era un hombre de muchos secretos.

—Volved a ocupar vuestros puestos —ordenó—. Y dirigid de nuevo los flujos a los puntos de antes. ¿Cómo puedo convocarlo si os da miedo una voz?

Rhiale giró velozmente sobre sus talones, boquiabierta y con una expresión incrédula en los ojos. Sin duda se preguntaba cómo sabía que habían dejado de encauzar. Despacio, con inquietud, volvieron a sentarse en círculo, el semblante de Rhiale más inexpresivo que el de las demás.

—Ahí estás de nuevo —dijo la voz de Caddar en el aire—. ¿Tienes a al'Thor?

Algo en su tono la puso en alerta. No podía saber lo ocurrido; pero lo sabía. Sevanna dejó a un lado todo lo que había preparado de antemano.

—No, Caddar. Pero aun así tenemos que hablar. Me reuniré contigo dentro de diez días en el mismo sitio que la primera vez. —Podía llegar a ese valle de la Daga del Verdugo de la Humanidad antes, pero necesitaba tiempo para prepararse. ¿Cómo se había enterado el hombre?

—Hiciste bien en decirme la verdad, muchacha —murmuró secamente Caddar—. Descubrirás que no me gusta que me mientan. Mantén la línea de comunicación abierta para poder localizarte y llegaré hasta ti.

Sevanna contemplaba el cubo estupefacta. ¿Muchacha?

—¿Qué has dicho? —demandó. ¡Muchacha! No daba crédito a sus oídos. Rhiale evitaba mirarla de manera notoria y la boca de Meira se curvaba en una sonrisa, una mueca extraña porque era poco corriente en ella. El suspiro de Caddar resonó en el claro.

—Dile a tu Sabia que siga haciendo exactamente lo mismo que hace ahora, nada más, y yo iré.

El forzado tono de paciencia en su voz raspaba como la piedra de un molino. Una vez que consiguiera del hombre de las tierras húmedas lo que quería, le pondría las ropas blancas de *gai'shain*. ¡No, lo vestiría de negro!

—¿Qué quieres decir con que vendrás, Caddar? —Silencio por toda respuesta—. Caddar, ¿me oyes? —Silencio—. ¿Caddar?

Las otras intercambiaron miradas inquietas.

—¿Está loco? —dijo Tion.

Alarys masculló que debía de estarlo y Belinde, iracunda, exigió saber cuánto tiempo tendrían que seguir con esa tontería.

—Hasta que yo diga basta —respondió quedamente Sevanna, sin dejar de mirar el cubo. Un atisbo de esperanza germinó en su pecho. Si él era capaz de hacer algo así, entonces sin duda podía cumplir lo que había prometido. Y quizá… Mejor no albergar demasiadas esperanzas. Alzó la vista hacia las ramas que casi se tocaban

sobre el claro. Al sol le quedaba todavía un trecho para llegar al cenit—. Si no ha llegado a mediodía, nos iremos.

Pretender que las Sabias no protestaran habría sido pedir demasiado.

—¿Así que nos quedamos aquí, como piedras? —Alarys sacudió la cabeza con un gesto muy practicado, de modo que el oscuro cabello se derramó sobre uno de sus hombros—. ¿Por un hombre de las tierras húmedas?

—Por mucho que te haya prometido, Sevanna —intervino Rhiale, ceñuda—, esto no puede merecer la pena.

—Está loco —reiteró Tion.

—¿Y si aún puede oírnos? —Modarra señaló hacia el cubo y Tion resopló con desdén.

—¿Por qué iba a importarnos que un hombre oiga lo que decimos? —adujo Someryn—. Sin embargo, no me hace la menor gracia quedarme esperándolo.

—¿Y si es como los hombres de las tierras húmedas que visten chaquetas negras? —Belinde apretó los labios hasta igualar casi los de Meira.

—No seas ridícula —se burló Alarys—. Los habitantes de las tierras húmedas matan a esa clase de hombres cuando los ven. Por mucho que digan los *algai'd'siswai*, lo ocurrido tuvo que ser obra de las Aes Sedai. Y de Rand al'Thor. —Aquel nombre provocó un incómodo silencio, pero no duró mucho.

—Caddar debe de tener un cubo como éste —opinó Belinde—. Debe de disponer de una mujer con el don para hacerlo funcionar.

—¿Una Aes Sedai? —Rhiale hizo un sonido gutural de asco—. Si hay diez Aes Sedai con él, pues que vengan. Les daremos lo que se merecen.

Meira soltó una risa seca.

—Creo que empiezas a creer que mataron a Desaine —se mofó.

—¡Cuidado con lo que dices! —gruñó Rhiale.

—Sí —murmuró ansiosamente Someryn—. Algunas palabras pronunciadas descuidadamente pueden llegar a oídos indebidos.

La risa de Tion fue corta y desagradable.

—Todas vosotras tenéis menos coraje que un habitante de las tierras húmedas.

El comentario hizo que Someryn replicara violentamente, por supuesto, y también Modarra, y Meira dijo algo que de no haber sido Sabias habría conducido a un desafío, y Alarys no se mordió la lengua, y Belinde…

La agarrada de las mujeres irritó a Sevanna, aunque tal cosa le garantizaba que no conspirarían en su contra. Sin embargo, no fue ése el motivo de que levantara la mano para imponer silencio. Rhiale la miró ceñuda, abrió la boca y en ese momento todas oyeron lo que Sevanna había oído antes. Algo hacía crujir las hojas secas entre los árboles. Ningún Aiel metería tanto ruido, aun en el caso de que se aproximara a unas Sabias sin anunciarse, y ningún animal se acercaba tanto a la gente. Esta vez,

Sevanna se incorporó como las demás.

Aparecieron dos personas, un hombre y una mujer, pisando las ramas tan ruidosamente como para despertar a las piedras. A corta distancia del claro se detuvieron y el hombre inclinó ligeramente la cabeza para hablar con la mujer. Era Caddar, vestido con una chaqueta oscura, casi negra, adornada con puntillas en el cuello y los puños; por lo menos no llevaba espada. Daba la impresión de que los dos discutían algo. Sevanna tendría que haber percibido algunas de sus palabras, pero el silencio era absoluto. Caddar debía de sacarle un palmo a Modarra —alto para un hombre de las tierras húmedas, incluso para un Aiel—, ya que la cabeza de la mujer le llegaba al pecho. Tenía la tez y el cabello tan oscuros como los de él y era lo bastante hermosa como para provocar que Sevanna apretara los labios; su vestido era de brillante seda roja, con un escote tan bajo que mostraba más busto incluso que Someryn.

Como si al pensar en ella la hubiese llamado, Someryn se acercó a Sevanna.

—La mujer posee el don —susurró sin quitar ojo a la pareja—. Ha tejido una barrera. —Apretó los labios y añadió a regañadientes—: Es fuerte. Muy fuerte.

Viniendo de Someryn, aquello significaba mucho. Sevanna nunca había entendido por qué la fuerza en el Poder no había contado entre las Sabias —si bien agradecía que fuera así, por su propio bien—, pero Someryn se preciaba de no haber conocido nunca una mujer que fuera tan fuerte como ella ni de lejos. Por su tono, Sevanna sospechó que la recién llegada la superaba.

En aquel momento le importaba poco que la mujer fuera capaz de mover montañas o que apenas pudiera encender una vela. Tenía que ser Aes Sedai. Por su rostro no lo parecía, pero Sevanna había visto algunas que tampoco tenían la apariencia intemporal. Así debía de ser como Caddar había conseguido apoderarse del *ter'angreal*. Y encontrarlas y llegar allí. Tan deprisa. Un abanico de posibilidades se desplegó ante Sevanna y su esperanza aumentó. Pero, entre él y ella, ¿quién tenía el mando?

—Dejad de encauzar en esa cosa —ordenó. Aún podía estar oyéndolas a través del cubo.

—Someryn ya había dejado de encauzar, Sevanna —repuso Rhiale, dirigiéndole una mirada casi compasiva.

Le daba igual; nada podía estropear su buen humor. Sonrió.

—Bien, recordad lo que os dije —advirtió—. Dejad que sea yo quien hable.

Casi todas asintieron; Rhiale resopló. Sevanna siguió sonriendo. A una Sabia no se la podía hacer *gai'shain*, pero eran tantas las costumbres que se habían dejado de lado que otras podrían seguirlas. Caddar y la mujer se dirigieron de nuevo hacia el grupo.

—Todavía está asiendo el Poder —susurró Someryn.

—Siéntate a mi lado —ordenó rápidamente Sevanna—. Tócame la pierna si encauza. —Aquello la irritaba sobremanera, pero tenía que saberlo.

Se sentó con las piernas cruzadas y las otras la imitaron, dejando un hueco para Caddar y la mujer. Someryn se sentó lo bastante cerca para que sus rodillas se tocaran y Sevanna deseó disponer de una silla.

—Te veo, Caddar —saludó formalmente a pesar de la ofensa del hombre—. Sentaos, tú y la mujer.

Quería ver cómo reaccionaba la Aes Sedai, pero lo único que hizo ésta fue enarcar una ceja y sonreír indolentemente. Sus ojos eran tan negros como los de él, como los de un cuervo. Las otras Sabias mostraron cierta frialdad. Si las Aes Sedai en los pozos no hubiesen permitido que Rand al'Thor se liberase, los Shaido habrían matado o capturado a todo el mundo. Esa Aes Sedai debía de ser consciente de ello, puesto que Caddar sabía obviamente lo ocurrido; sin embargo, no parecía asustada ni por lo más remoto.

—Ésta es Maisia —la presentó Caddar mientras tomaba asiento en el suelo, un poco más atrás del hueco que le habían dejado. Por alguna razón no le gustaba tener a nadie tan cerca que con sólo extender el brazo pudiese tocarlo. Tal vez no se fiaba de los cuchillos—. Te dije que utilizases una sola Sabia, Sevanna, no a seis. Otro hombre podría sentirse receloso. —Por alguna razón parecía divertido.

La mujer, Maisia, se había detenido cuando extendía su falda para sentarse al oír su nombre y le había dirigido una mirada tan furiosa que podría haberlo escaldado. Quizás había pensado mantener en secreto su identidad. Sin embargo, no dijo nada. Un instante después tomaba asiento junto a él y su sonrisa reapareció de manera tan repentina que fue como si nunca se hubiese borrado. Una vez más, Sevanna se congratuló de que los habitantes de las tierras húmedas llevaran escritas en el rostro sus emociones.

—¿Has traído lo que puede controlar a Rand al'Thor? —instó Sevanna sin dirigir siquiera la vista hacia la jarra de agua. Puesto que el hombre actuaba con semejante descortesía, ¿por qué iba ella a guardar las formas? No recordaba que hubiese actuado así cuando lo vio la primera vez. Tal vez la presencia de la Aes Sedai lo envalentonaba.

—¿Para qué, si no está en tu poder? —Caddar le dirigió una mirada inquisitiva.

—Lo estará —respondió fríamente Sevanna.

El hombre sonrió. Y también Maisia.

—Pues será entonces. —La sonrisa de Caddar rebosaba duda e incredulidad. El gesto de la mujer se tornó burlón. Sevanna decidió que también habría ropajes negros para ella—. Una vez apresado, lo que tengo lo controlará, pero no puede reducirlo. No correré el riesgo de que sepa de mi existencia hasta que lo tengas sometido.

No parecía avergonzarlo admitir tal cosa. Sevanna se obligó a tragarse la

desilusión. Una de sus esperanzas se había esfumado, pero aún quedaban otras. Rhiale y Tion enlazaron las manos y dirigieron la vista al frente, más allá del círculo, más allá del hombre; ya no era merecedor de atención. Claro que ellas no lo sabían todo.

—¿Y a las Aes Sedai? ¿Esa cosa puede controlarlas también?

Rhiale y Tion dejaron de mirar hacia los árboles. Las cejas de Belinde se enarcaron y Meira llegó incluso a volver los ojos hacia Sevanna. Ésta habría querido maldecirlas por su falta de autocontrol.

Sin embargo, Caddar era tan ciego como los restantes habitantes de las tierras húmedas. Echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—¿Estás diciendo que no lograste capturar a al'Thor pero sí apresaste Aes Sedai? ¡De modo que intentaste atrapar al águila y acabaste cogiendo unas cuantas alondras!

—¿Puedes proporcionarme algo igual para las Aes Sedai? —Sevanna se contuvo para no rechinar los dientes; ¡y pensar que la vez anterior el hombre se había comportado con la cortesía debida!

—Quizá. —Caddar se encogió de hombros—. Si el precio es justo. —Aquello era una minucia para él, algo sin importancia.

Maisia tampoco demostraba preocupación. Una reacción extraña, si era Aes Sedai. Sin embargo, tenía que serlo.

—Tu lengua lanza colores brillantes al aire, hombre de las tierras húmedas —manifestó Tion con voz fría—. ¿Qué pruebas tienes de que posees algo que funciona como dices?

Por una vez, a Sevanna no le importó que la intervención de la Sabia estuviera fuera de lugar.

El gesto de Caddar se endureció, como si fuera un jefe de clan, como si lo hubiesen insultado, pero al instante volvió a ser todo sonrisas.

—Si es eso lo que queréis, de acuerdo. Maisia, hazles una demostración con la caja comunicadora.

Someryn se arregló los vuelos de la falda y aprovechó para apretar con los nudillos el muslo de Sevanna en el momento en que el cubo se elevaba un palmo en el aire. El objeto brincó de atrás adelante como si lo estuviesen lanzando de una mano a otra y después empezó a girar sobre uno de los vértices como una peonza, más y más rápido, hasta desdibujarse su forma.

—¿Os gustaría ver cómo lo sostiene en equilibrio con la punta de la nariz? —inquirió Caddar, con una sonrisa que dejaba a la vista los dientes.

La mujer morena miraba fijamente al frente y ahora su sonrisa se notaba forzada.

—Creo que mi *demostración* es más que suficiente, Caddar —adujo con frialdad. Sin embargo, el cubo, o la caja comunicadora como el hombre la llamaba, seguía girando.

Sevanna contó lentamente hasta veinte antes de hablar.

—Es suficiente.

—Puedes parar, Maisia —dijo Caddar—. Vuelve a ponerla en el suelo.

Sólo entonces el cubo descendió lentamente y se posó con suavidad en el mismo punto que ocupaba antes. A pesar de su tez morena, se la notaba pálida. Y furiosa.

De encontrarse sola, Sevanna se habría puesto a reír y a bailar de contento. Le costó bastante trabajo mantener el gesto impasible. Sólo ella había caído en la cuenta; a Rhiale y las otras, demasiado ocupadas en mirar con desdén a Maisia, no se les había ocurrido: lo que funcionaba con una mujer que poseía el don también funcionaría con otra. Quizá no fuera necesario con Someryn y Modarra, pero con Rhiale y Therava… No debía mostrarse demasiado ansiosa, o las Sabias sospecharían puesto que sabían que no había Aes Sedai cautivas.

—Claro que —continuó Caddar— llevará un poco de tiempo proporcionarte lo que quieres. —Su expresión se tornó taimada; intentó disimularla. Quizás a otro habitante de las tierras húmedas le habría pasado inadvertida—. Te lo advierto, el precio no será bajo.

—¿Y cuánto por viajar tan rápido como vosotros hasta aquí? —A despecho de sí misma, Sevanna se inclinó hacia adelante—. ¿Cuánto, para que ella nos enseñe eso? —Se las arregló para que su voz no sonara anhelante, pero temía que el desprecio que sentía se notara. Los habitantes de las tierras húmedas harían cualquier cosa por dinero.

Tal vez Caddar lo percibió, porque sus ojos se abrieron por la sorpresa antes de que recobrara el control de sí mismo. Hasta donde era capaz. Se miró las manos y sus labios se curvaron levemente. ¿Por qué su sonrisa parecía complacida?

—Eso es algo que ella no hace —repuso con un timbre tan suave como las palmas de sus manos—. No por sí misma. Es como la caja comunicadora. Puedo proporcionarte varias, pero el precio por ellas es incluso más alto. Dudo que lo que has recolectado en Cairhien sea suficiente. Por suerte, podéis utilizar las… cajas de traslación para que lleven a tu gente a tierras más ricas.

Incluso Meira tuvo que realizar un arduo esfuerzo para que su expresión no se tornara demasiado ávida. Tierras más ricas, y sin necesidad de abrirse paso entre esos necios que seguían a Rand al'Thor.

—Háblame más sobre eso —pidió fríamente Sevanna—. Unas tierras más ricas quizá podrían tener cierto interés. —No lo suficiente para hacerle olvidar al *Car'a'carn*, sin embargo. Caddar le entregaría todo lo que le había prometido antes de que lo declarara *da'tsang*. Además, parecía gustarle vestir de negro. Por consiguiente, no sería necesario darle oro.

El observador se desplazaba entre los árboles como una sombra, en completo

silencio. Era fantástico lo que podía descubrirse a través de una caja comunicadora, sobre todo en un mundo donde aparentemente sólo había otras dos. Era fácil seguir el rastro de aquel vestido rojo, además de que ninguno de los dos había mirado siquiera hacia atrás para comprobar si alguno de los que se llamaban a sí mismos Aiel los seguía. Graendal mantenía la Máscara de Espejos que ocultaba su verdadera apariencia, pero no así Sammael, que de nuevo lucía su dorada barba y sólo sacaba la cabeza a la mujer. También había dejado que desapareciera el vínculo que los unía. El observador se preguntó si tal medida era sensata, considerando las circunstancias. Siempre se había planteado cuánta de la tan cacareada intrepidez de Sammael no era realmente necedad y ceguera. Empero, el hombre sí seguía aferrando el *Saidin*; tal vez no era totalmente inconsciente del peligro que corría.

El observador los siguió y escuchó. No tenían ni idea. El Poder Verdadero, el que se absorbía directamente del Gran Señor, ni podía verse ni detectarse excepto por quien lo aferraba. Motitas negras flotaban ante sus ojos; tenía un precio, indudablemente, uno que aumentaba cada vez que se utilizaba, pero él siempre había estado dispuesto a pagar el precio cuando era necesario. Hallarse henchido del Poder Verdadero se parecía mucho a encontrarse de rodillas en las entrañas de Shayol Ghul, deleitándose con la gloria del Gran Señor. Y esa gloria merecía el dolor que conllevaba.

—Pues claro que debía tenerte a mi lado —gruñó Sammael, tropezando con una enredadera muerta. Nunca se había sentido cómodo fuera de las ciudades—. Simplemente tu presencia allí dio respuesta a un centenar de preguntas de esas mujeres. No puedo creer que esa estúpida muchacha sugiriese motu proprio lo que yo quería. —Soltó una risotada—. A lo mejor soy *ta'veren*.

Una rama que obstruía parcialmente el camino de Graendal se dobló hasta partirse con un fuerte chasquido. Durante un instante se quedó flotando en el aire como si la mujer tuviese intención de golpear a su compañero con ella.

—Esa estúpida muchacha te arrancaría el corazón y se lo comería si tuviese la menor oportunidad. —La rama salió volando hacia un lado—. También yo tengo unas cuantas preguntas que hacer. En ningún momento creí que mantendrías la tregua con al'Thor más tiempo de lo necesario, pero ¿esto?

Las cejas del observador se enarcaron. ¿Una tregua? Una afirmación tan arriesgada como falsa, según todos los indicios.

—Yo no preparé su rapto. —Sammael la miró con lo que seguramente consideraba una sonrisa mordaz; la cicatriz de la cara hizo que pareciera más una mueca torcida—. Mesaana tuvo que ver con ello, creo. Es posible que Demandred y Semirhage también, a pesar de cómo terminó todo, pero Mesaana sí, indiscutiblemente. Quizá te interese replantearte lo que crees que el Gran Señor quiere decir con que al'Thor salga ileso.

Graendal iba tan absorta meditando sobre ello, que tropezó. Sammael la agarró del brazo y evitó que se cayera, pero tan pronto como la mujer recobró el equilibrio se soltó de un tirón. Interesante, sobre todo teniendo en cuenta lo que había sucedido en el claro y la forma de ser de Graendal. Su verdadero interés radicaba siempre en lo más hermoso escogido entre lo más poderoso, pero habría coqueteado, sólo para pasar una hora, con un hombre al que se proponía matar o que planeaba matarla a ella. Los únicos varones con los que jamás coqueteaba eran aquellos de los Elegidos que estaban por encima de ella durante un tiempo. Jamás aceptaba ser la inferior de una pareja.

—Entonces ¿por qué seguir con ellas? —La voz de la mujer rezumaba una ira abrasadora, aunque por lo general mantenía un exquisito control de sus emociones—. Al'Thor en manos de Mesaana, es una cosa, y otra muy distinta que esté en manos de esa salvaje. Tampoco es que vaya a tener muchas posibilidades con él si realmente te propones enviarlas a saquear. Por cierto, ¿cajas de traslación? ¿Qué juego te traes entre manos? ¿Es que tienen prisioneras? Si crees que voy a enseñarles a utilizar la Compulsión, puedes quitártelo de la cabeza. La fuerza de una de esas mujeres no era desdeñable. No pienso correr riesgos coexistiendo fuerza y habilidad en esa o en cualquier otra mujer a la que ella enseñe. ¿O es que tienes un vinculador oculto, con tus otros juguetes? Y, a propósito, ¿dónde te habías metido? ¡No me gusta tener que esperar!

Sammael se paró y miró hacia atrás. El observador se quedó muy quieto; totalmente cubierto con pañovivo a excepción de los ojos, no corría peligro de ser visto. A lo largo de los años se había hecho experto en muchas áreas que Sammael desdeñaba. Y también en otras de las que era partidario.

El acceso se abrió tan repentinamente, cortando la mitad de un árbol, que Graendal dio un brinco. El tronco hendido se ladeó como un borracho. Ahora también sabía que Sammael se hallaba conectado con la Fuente.

—¿Acaso crees que les estaba diciendo la verdad? —instó él con sorna—. Los pequeños acrecentamientos en el caos son tan importantes como los grandes. Irán donde las envíe, harán lo que desee y se acostumbrarán a sentirse satisfechas con lo que les dé. Al igual que tú, Maisia.

Graendal deshizo la Ilusión y volvió a tener el cabello dorado, como él, tan rubio como antes era negro.

—Si vuelves a llamarme así, te mataré.

Su voz era aún más inexpresiva que su semblante. Hablaba en serio. El observador se puso tenso. Si la mujer lo intentaba, uno de los dos moriría. ¿Debería intervenir? Las motitas negras danzaron más y más deprisa ante sus ojos. Sammael sostuvo la mirada de la mujer con otra igualmente dura.

—Recuerda quién será Nae'blis, Graendal —dijo y atravesó el acceso.

Durante un instante la mujer contempló la abertura. A un lado apareció un plateado destello vertical, pero antes de que su propio acceso empezara a alinearse, Graendal soltó el flujo, y la brillante hendidura se redujo lentamente hasta volverse un punto y luego desapareció. El cosquilleo cesó en la piel del observador al tiempo que ella soltaba también el *Saidar*. Después, con gesto inmutable, fue en pos de Sammael y el acceso se cerró tras ella.

El observador esbozó una sonrisa torcida bajo el pañovivo de su máscara de merodeador. Nae'blis. Aquello explicaba qué había hecho entrar en vereda a Graendal, qué la había frenado para no matar a Sammael. Hasta ella se dejaría cegar por algo así. Sin embargo, aquello implicaba un riesgo para Sammael aún mayor que la supuesta tregua con Lews Therin. A menos, claro, que fuese verdad. Al Gran Señor le encantaba enfrentar a sus servidores para ver quién era más fuerte. Sólo el más fuerte podía llegar cerca de su gloria. Pero la verdad de un día no tenía por qué serlo al día siguiente. El observador había visto cambiar la verdad un centenar de veces entre el amanecer y el ocaso de un único día. En más de una ocasión la había cambiado él mismo. Se planteó la idea de regresar al claro y matar a las siete mujeres. Sería fácil; dudaba que supieran cómo formar un verdadero círculo. Los puntitos negros llenaron sus ojos cual una ventisca horizontal. No, dejaría que aquello siguiera su curso. Por el momento.

A sus oídos fue como si el mundo gritara cuando utilizó el Poder Verdadero para abrir un pequeño agujero y salir del Entramado. Sammael no sabía cuán ciertas eran sus palabras. Los pequeños incrementos en el caos podían ser tan importantes como los grandes.

21



La Noche de Swovan

La noche cayó lentamente sobre Ebou Dar, pugnando con la intensa blancura de los edificios, que resistían el asalto de la oscuridad. Pequeños grupos de juerguistas de la Noche de Swovan, con ramitas de plantas perennes en el cabello, danzaban por las calles bajo una brillante luna casi llena; muy pocos llevaban siquiera una linterna. Retozaban con la música de flautas, tambores y cuernos que salía de posadas y palacios, dirigiéndose de una fiesta a otra sin dejar de bailar. Sin embargo la mayoría de las calles estaban vacías. Se oyó el ladrido distante de un perro, y otro, más cercano, respondió furiosamente hasta que de repente soltó un gañido y se calló.

Guardando el equilibrio sobre las punteras de los pies, Mat escuchó con atención mientras escudriñaba el juego de luces y sombras de la luna. Sólo se movía un gato, que avanzaba sigiloso calle adelante. El apagado golpeteo de unos pies descalzos corriendo se desvaneció en la distancia. El propietario de un par de aquellos pies debía de ir tambaleándose, y el del otro, sangrando. Cuando volvió a apoyar los talones en el suelo, uno de ellos topó con un garrote tan largo como su brazo que había caído sobre los adoquines; gruesas tachuelas de latón brillaban bajo la luna. A buen seguro aquello le habría partido el cráneo. Mat sacudió la cabeza y limpió su cuchillo en la chaqueta astrosa del hombre tendido a sus pies, con los ojos vidriosos fijos en el cielo nocturno en un rostro sucio y arrugado. Un mendigo, a juzgar por su aspecto y su olor. Mat no había oído que los mendigos atacaran a la gente, pero quizá los tiempos que corrían eran más duros de lo que él pensaba. Un gran saco de yute yacía junto a una de las manos extendidas del mendigo. Sus asaltantes habían sido realmente optimistas sobre lo que encontrarían en sus bolsillos. El saco era lo bastante amplio para cubrirlo desde la cabeza hasta las rodillas.

Hacia el norte, por encima de la ciudad, una luz estalló repentinamente en el cielo con un seco estampido al tiempo que relucientes líneas verdes se expandían hasta formar una bola; a continuación, otro estallido dejó caer una lluvia de chispas rojas a través del primero, y luego uno azul y uno amarillo. Eran las flores nocturnas de los Iluminadores, no tan espectaculares como habrían resultado en un cielo sin luna y nuboso, pero que aun así le cortaron la respiración. Podría quedarse contemplando los

fuegos de artificio hasta caer debilitado por el hambre. Nalesean había hablado de un Iluminador —¡Luz! ¿Había sido esa misma mañana? ¿Hacía tan poco tiempo?—, pero no hubo más flores nocturnas. Cuando los Iluminadores hacían florecer el cielo, como ellos decían, no eran sólo cuatro flores las que plantaban. Obviamente, alguien que disponía de dinero las había comprado para la Noche de Swovan. Ojalá supiera quién. Un Iluminador que vendía flores nocturnas también vendería otras cosas.

Volvió a guardar el cuchillo dentro de la manga, recogió el sombrero tirado en el pavimento y se alejó a buen paso; el taconeo de sus botas producía un sonido hueco en la calle desierta, donde la gran mayoría de las ventanas, cerradas con postigos, no dejaba pasar el menor atisbo de luz. Probablemente no había un sitio mejor en la ciudad para cometer un asesinato. El enfrentamiento con los tres mendigos no habría durado más de uno o dos minutos y nadie lo había presenciado. En esta ciudad, uno podía verse involucrado en tres o cuatro peleas en un día si no iba con cuidado, pero las probabilidades de topar con dos grupos de asaltantes el mismo día parecían tan remotas como que la Fuerza Civil rehusara un soborno. ¿Qué estaba pasando con su suerte? Ojalá esos malditos dados dejaran de rodar en su cabeza. No corrió, pero tampoco se entretuvo; llevaba una mano sobre la empuñadura del arma guardada debajo de la chaqueta, y ojo avizor a cualquier movimiento en las sombras. Sin embargo, no vio nada salvo grupos de gente retozando por la calle.

En el salón de La Mujer Errante se habían quitado las mesas, excepto unas cuantas que se habían colocado contra las paredes. Flautas y tambores tocaban una música estridente para los risueños bailarines que, formando cuatro filas, danzaban lo que parecía parte giga y parte alemanda. Observó y siguió el paso. Mercaderes forasteros, vestidos con ricas lanas, saltaban codo con codo con los lugareños, éstos con chalecos de seda brocada o aquellas inútiles chaquetas echadas sobre los hombros. Se fijó en dos de los mercaderes por el modo en que se movían, uno de ellos delgado y el otro no, pero ambos con gracia y ligereza, así como en varias mujeres del lugar que lucían sus mejores atavíos, con un poco de puntilla o bordados en los profundos escotes, pero nada de seda. Y no es que él rehusara bailar con una mujer que vistiese seda, naturalmente —jamás había rechazado un baile con ninguna mujer de cualquier edad o posición— pero esa noche la gente rica se encontraba en los palacios, en las mansiones de los mercaderes más acaudalados o en las de los prestamistas. En el salón, la mayoría de los que no bailaban se dedicaba a vaciar una jarra de bebida o a coger otra nueva de las bandejas que portaban las atareadas camareras. Seguramente la señora Anan vendería tanto vino esta noche como en toda una semana corriente. Y cerveza también; los lugareños debían de tener atrofiado el sentido del gusto.

Aprovechando que ensayaba otro paso, atrapó a Caira cuando la joven pasaba apresuradamente ante él con una bandeja; alzando la voz para hacerse oír sobre la

música le preguntó algunas cosas y acabó encargándole su cena, pescado dorado al horno, un plato de sabor ácido que la cocinera de la señora Anan preparaba a la perfección. El cuerpo necesitaba energías para no perder comba en un baile.

Caira dedicó una seductora sonrisa a un tipo con chaleco amarillo que cogió una jarra de su bandeja y soltó en ella una moneda, pero, por una vez, no tenía una sonrisa para Mat. De hecho, se las arregló para apretar los labios hasta formar una fina línea, cosa harto difícil con sus gordezuelos labios.

—Conque tu conejita ¿eh? —dijo la joven, aspirando el aire con un elocuente gesto desdeñoso y prosiguió—: El chico está metido en la cama, como debe ser, y no sé dónde está lord Nalesean, ni Harnan ni maese Vanin ni ningún otro. Y la cocinera ha dicho que sólo preparará sopa y pan para los que están ahogándose en vino. Aunque lo que no entiendo en absoluto es por qué milord quiere pescado dorado cuando tiene una mujer rubia como el oro esperando en su habitación. Si milord me disculpa, seguiré con mi trabajo porque algunos tenemos que ganarnos el pan.

Dicho esto se alejó ofreciendo la bandeja y dedicando una sonrisa de oreja a oreja a cada hombre que se cruzaba en su camino.

Mat la siguió con la mirada, fruncido el entrecejo. ¿Una mujer rubia? ¿En su cuarto? El cofre del oro descansaba ahora en un pequeño hueco, debajo del suelo de la cocina, frente a uno de los fogones, pero de pronto los dados repicaron estrepitosamente en su cabeza.

El ruido de la fiesta se amortiguó un poco a medida que subía la escalera. Se detuvo delante de su puerta, escuchando los dados. Hasta el momento, dos intentos de robarle hoy. Dos veces que su cabeza podía haber acabado rota. Estaba seguro de que la Amiga Siniestra no lo había visto, además de que nadie la describiría como rubia, precisamente, pero… Tanteó la empuñadura del cuchillo oculto bajo la chaqueta y entonces apartó bruscamente la mano cuando acudió a su mente la imagen de una mujer alta que se desplomaba con la empuñadura de un cuchillo —su cuchillo— sobresaliendo entre sus senos. Fue incapaz de asir el arma. Tendría que confiar en su buena suerte. Suspiró y abrió la puerta.

La cazadora del Cuerno a la que Elayne había hecho su Guardián se volvió; sostenía uno de los largos arcos de Dos Ríos, sin encordar, y llevaba la dorada trenza echada sobre un hombro. Sus azules ojos se clavaron en él con resolución, una resolución tan firme como la que denotaba su rostro. Parecía más que dispuesta a atizarle con el arco si no conseguía lo que quería.

—Si esto es a causa de Olver —empezó Mat, y de repente una de las lagunas en su memoria se despejó y le llegó el recuerdo de un día, de una hora de su vida:

No había salida, con los seanchan al oeste y los Capas Blancas al este. Ninguna esperanza y sólo una posibilidad, así que se llevó el Cuerno a los labios y sopló sin

saber qué esperaba que ocurriera. La nota sonó clara, dorada como el propio Cuerno, tan dulce que no supo si reír o llorar. Resonó como un eco en los árboles, y la tierra y el cielo parecieron cantar. Mientras aquella única y pura nota seguía sonando en el aire, empezó a levantarse una niebla que parecía salir de la nada, finas volutas que se fueron espesando y ascendiendo en remolinos hasta que todo oscureció como si la tierra estuviera cubierta de nubarrones. Y cabalgando por la ondulante niebla, como si descendieran por la ladera de una montaña, aparecieron los héroes legendarios muertos que regresaban de sus tumbas convocados por la llamada del Cuerno de Valere. A la cabeza iba el propio Artur Hawkwing, un hombre alto, de nariz aguileña, y detrás venía el resto, poco más de cien. Tan pocos, pero todos aquellos que estaban ligados a la Rueda para ser despedidos una y otra vez y modelar el Entramado, para hacer realidad leyenda y mito. Mikel el del Corazón Puro, y Shivan el Cazador, oculto tras su máscara negra. De él se decía que anunciaba el fin de cada Era, la destrucción de lo que había sido y el nacimiento de lo que habría de ser; él y su hermana Calian, llamada la Electora, que cabalgaba a su lado, con el rostro tapado con una máscara roja. Amaresu, con la Espada del Sol reluciendo en sus manos, y Paedrig, el pacificador de gran labia. Y allí, asiendo su arco de plata con el que nunca fallaba…

Mat cerró la puerta para poder apoyarse en ella. Se sentía aturdido, mareado.

—Eres ella. La verdadera Birgitte. Así se abrasen mis huesos hasta hacerse ceniza. Es imposible. ¿Cómo? ¿Cómo?

La heroína de leyenda dejó escapar un suspiro de resignación y soltó de nuevo el arco en un rincón, junto a la lanza de Mat.

—Fui sacada prematuramente de mi lugar, Tocador del Cuerno, arrancada violentamente por Moghedien para que muriese, y salvada por el vínculo de Elayne. —Hablaba despacio, observándolo como para estar segura de que la entendía—. Siempre temí que recordaras quién era realmente.

Todavía sintiéndose como si lo hubiesen golpeado entre los ojos, Mat se dejó caer en un sillón junto a la mesa, ceñudo. Quién era realmente, vaya que sí. Puesta en jarras, lo contemplaba desafiante, exactamente igual que la Birgitte que había visto salir cabalgando del cielo. Hasta vestía igual, a pesar de que la chaqueta corta era roja y los anchos pantalones de color amarillo.

—Elayne y Nynaeve lo saben y me lo han ocultado ¿verdad? Estoy harto de secretos, Birgitte, y ellas esconden tantos como ratas alberga un granero. Se han hecho Aes Sedai, y lo son en todos los sentidos. Hasta Nynaeve me parece una persona extraña.

—También tú tienes tus secretos. —La mujer se cruzó de brazos y se sentó a los pies de la cama. Por el modo en que lo miraba habríase dicho que era un juego de

rompecabezas de taberna—. Para empezar, no les has dicho que tocaste el Cuerno de Valere. Y creo que es lo menos importante que no les has contado.

Mat parpadeó. Había dado por sentado que ellas se lo habían dicho. Después de todo, era Birgitte.

—¿Qué secretos guardo? Esas mujeres saben todo sobre mí, desde mis sueños hasta cómo son las uñas de mis pies. —Era Birgitte. Por supuesto. Se inclinó hacia adelante—. Hazlas entrar en razón. Eres Birgitte Arco de Plata. Puedes obligarlas a que hagan lo que tú les digas. Esta ciudad tiene una trampa con pozo en cada esquina y me temo que las estacas se vuelven más afiladas cada día que pasa. Haz que se alejen antes de que sea demasiado tarde.

La mujer se echó a reír. ¡Se llevó una mano a la boca y rió con ganas!

—Estás completamente equivocado, Tocador del Cuerno. Yo no les doy órdenes. Soy el Guardián de Elayne. Yo obedezco. —Su sonrisa se tornó atribulada—. Birgitte Arco de Plata. La Luz me valga, no estoy segura de seguir siendo esa mujer. Desde mi extraño renacimiento, mucho de lo que era y de lo que sabía se ha desvanecido como niebla bajo el sol estival. Ahora no soy una heroína, sólo una mujer más que sigue adelante como puede. Y en cuanto a tus secretos, ¿en qué idioma estamos hablando, Tocador del Cuerno?

Mat abrió la boca para contestar y volvió a cerrarla de golpe al oír realmente lo que la mujer acababa de preguntar: *¿Nosane iro gavana domorakoshi, Diynen'd'ma'purvene?* «¿Hablamos nosotros qué lengua, Sonador del Cuerno?» Se le erizó el pelo en la nuca.

—El antiguo linaje —dijo con cuidado, no en la Antigua Lengua—. Una Aes Sedai me dijo en cierta ocasión que la sangre del antiguo linaje corre aún con fuerza por… ¿De qué te ríes ahora, maldita sea?

—De ti, Mat —consiguió contestar Birgitte, que intentaba no doblarse por la cintura. Por lo menos ella tampoco hablaba ya en la Antigua Lengua. Con el nudillo del índice retiró una lágrima del rabillo del ojo—. Hay personas que hablan unas cuantas palabras, una o dos frases, debido al antiguo linaje. Por lo general lo hacen sin entender lo que dicen, o no del todo. Pero tú… En una frase te expresas como un Alto Príncipe eharoni, y en la siguiente como un Supremo Señor de Manetheren, pronunciación y estilo de lenguaje perfectos. No, no te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. —La mujer vaciló un instante—. ¿Lo está el mío contigo?

Mat agitó una mano, todavía demasiado estupefacto para sentirse ofendido.

—¿Tengo pinta de ser un bocazas? —rezongó. ¡Birgitte! ¡En persona!—. Maldita sea, me vendría bien un trago. —Antes de que las palabras acabaran de salir de su boca supo que había metido la pata. A las mujeres no les…

—Me parece una idea excelente —dijo Birgitte—. Tampoco a mí me vendría mal una jarra de vino. Diablos, cuando vi que me habías reconocido, casi me tragué la

lengua.

Mat se sentó muy erguido, como si le hubiesen dado un tirón de la cabeza, y la observó de hito en hito. Ella le sostuvo la mirada, sonriente y con un brillo divertido en los ojos.

—Hay bastante ruido en el salón para que podamos hablar sin que nos oigan. Además, no me importaría sentarme allí un rato y echar un vistazo. Elayne me sermonea como un consejero tovano si le echo el ojo a un hombre más de un segundo.

Mat accedió con un cabeceo antes de darse cuenta de lo que hacía. Por los recuerdos de esos otros hombres sabía que los tovanos eran gentes puritanas y rigurosas, austeras hasta la exageración, o lo eran hacía un milenio o más. No supo si reír o llorar. Por un lado, se le ofrecía la oportunidad de hablar con Birgitte —¡Birgitte! No creía que llegara a sobreponerse de la impresión—, pero, por otro, barruntaba que no podría oír la música allí abajo por el ruido de esos dados rodando dentro de su cabeza. La mujer tenía que ser una clave de ello, en cierto modo. Un hombre con dos dedos de frente saltaría por la ventana en ese mismo instante.

—Una botella o dos me parece bien —contestó.

Para variar, la fuerte brisa salada procedente de la bahía traía un atisbo de frescor, pero para Nynaeve la atmósfera nocturna resultaba opresiva. A través de las ventanas de palacio llegaba el sonido de música y risas en la calle, y también, aunque más débil, del interior del edificio. La propia Tylin la había invitado al baile, así como a Elayne y a Aviendha, pero todas ellas declinaron la invitación con diferentes grados de cortesía. Aviendha había dicho que sólo existía una danza que le gustaría bailar con los hombres de las tierras húmedas, comentario que consiguió que Tylin parpadeara con desconcierto. En cuanto a ella, le habría gustado acudir —sólo un necio dejaba pasar la ocasión de bailar—, si bien sabía que de haber ido habría hecho exactamente lo mismo que estaba haciendo entonces: quedarse sentada en cualquier sitio, preocupada, procurando no morderse las uñas hasta dejarse sólo un muñón.

Así, allí estaban, encerradas en sus aposentos con Thom y Juilin, nerviosas como gatas enjauladas mientras todos los demás en Ebou Dar se divertían. Es decir, lo estaba ella, en cualquier caso. ¿Por qué se retrasaba Birgitte? ¿Tanto se tardaba en decirle a un hombre que se presentara a primera hora de la mañana? Luz, tanto esfuerzo para nada. Y hacía mucho que había pasado la hora de acostarse. Mucho. Si al menos pudiera dormir, dejaría a un lado el recuerdo de las espantosas travesías en bote de esa mañana. Lo peor de todo era que su percepción del tiempo le anunciaba que se aproximaba una tormenta, que el viento debería estar aullando ahí fuera y cayendo tal tromba de agua que nadie podría ver a tres metros de distancia. Le había costado tiempo entender lo que pasaba en esas ocasiones que Escuchaba el Viento y

parecía oír mentiras. Al menos, creía que lo entendía. Era otra clase de tormenta la que se avecinaba, no de viento y lluvia. No tenía ninguna prueba, pero se comería las zapatillas si Mat Cauthon no tenía que ver con ello de un modo u otro. Deseaba quedarse dormida durante todo un mes, o mejor un año, y olvidarse de las preocupaciones hasta que Lan la despertara con un beso, como el Rey Sol a Talia. Era ridículo, naturalmente, porque eso sólo era un cuento y, dicho sea de paso, poco decente; además, no pensaba convertirse en la niña mimada de ningún hombre, ni siquiera de Lan. Sin embargo, lo encontraría de alguna manera y lo vincularía a ella. Le… ¡Luz! ¡Si no creyera que los otros se quedarían mirándola, habría paseado de un lado al otro de la habitación hasta desgastar las suelas!

Las horas fueron pasando. Leyó y releyó la corta carta que Mat le había dejado a Tylin para ellas. Aviendha permanecía sentada en silencio junto a la silla de alto respaldo, cruzada de piernas sobre el suelo de baldosas de color verde claro, como siempre, con un ejemplar encuadernado y estampaciones doradas de *Los viajes de Jain el Galopador* sobre las rodillas. En ella no había señal alguna de ansiedad, al menos perceptible, aunque esa mujer no se inmutaría aunque alguien le metiera una víbora por dentro del vestido. Después de regresar a palacio se había puesto de nuevo el intrincado collar de plata que llevaba casi a todas horas, de día y de noche, excepto durante la travesía en bote; había dicho que no quería arriesgarse a perderlo. Nynaeve se preguntó por qué no llevaría ya el brazalete de marfil. Había oído por casualidad parte de una conversación entre esas dos, algo sobre que la Aiel no se lo pondría hasta que Elayne tuviese otro igual, cosa absurda por demás. En fin, ni lo uno ni lo otro tenía la menor importancia, desde luego. La carta que reposaba en su regazo atrajo su atención.

Las lámparas de pie de la salita facilitaban la lectura, si bien la letra de Mat, infantil e inmadura, planteaba ciertas dificultades. Sin embargo, era el contenido lo que provocaba un nudo en el estómago de Nynaeve.

> «Aquí no hay nada más que moscas y calor, y de esas dos cosas encontraremos de sobra en Caemlyn.»

—¿Estáis seguros de que no le dijisteis nada? —demandó.

Al otro lado de la habitación, Juilin se quedó con la mano suspendida sobre el tablero de damas y dirigió a Nynaeve una mirada de ofendida inocencia.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

Fingir esa expresión de ofendida inocencia era una de las cosas que a los hombres se les daba mejor, sobre todo cuando eran más culpables que un zorro sorprendido en el gallinero. Curiosamente, los dibujos tallados alrededor del borde del tablero de juego eran zorros.

Thom, sentado enfrente del rastreador a la mesa de incrustaciones de lapislázuli, estaba tan lejos de parecer un juglar con su excelente chaqueta de color broncíneo como de ser el amante que en otro tiempo gozara del favor de la reina Morgase. Acartonado y con el pelo blanco, largos bigotes y espesas cejas, era la viva imagen de la paciencia frustrada desde sus penetrantes ojos azules hasta las suelas de sus botas.

—No veo cómo habríamos podido hacerlo, Nynaeve —replicó con sequedad—, dado que no nos habíais contado nada a nosotros hasta anoche. Deberíais habernos enviado a Juilin y a mí.

Nynaeve resopló ante la desfachatez del hombre. Hablaba como si el rastreador y él no se hubiesen pasado todo el tiempo correteando de aquí para allá, como gallinas con el cuello bien estirado, desde que habían llegado a la ciudad para espiarlas a Elayne y a ella y entrometiéndose en sus asuntos, todo en connivencia con Mat. Además, esos tres eran incapaces de pasar dos minutos juntos sin ponerse a chismorrear. Como todos los hombres, claro. Aunque lo cierto era, admitió a regañadientes, que no se les había ocurrido enviarlos a ellos con el recado.

—Os habríais marchado con él por ahí de jarana, a beber —rezongó—. No me digas que no.

Eso era lo que Mat debía de estar haciendo; y tendría a Birgitte esperando su regreso en la posada. Ese hombre encontraría el modo de que todo el plan fracasara.

—¿Y qué, si lo hubiesen hecho? Es una noche para… jaranear. —Recostada junto a uno de los altos ventanales en arco, desde donde contemplaba la calle a través del blanco enrejado del balcón, Elayne rió. Daba golpecitos en el suelo con el pie, aunque a saber cómo era capaz de distinguir una melodía de otra entre todas las que flotaban en la oscuridad.

Nynaeve miró ceñuda la espalda de la joven. El comportamiento de Elayne se había ido haciendo más peculiar a lo largo de las horas. Si no hubiese sabido a qué atenerse, Nynaeve habría sospechado que la heredera del trono había estado saliendo a hurtadillas para dar sorbitos de vino. Más bien, tragos. Aun en el caso de que no hubiese perdido de vista a Elayne en toda la noche, tal cosa habría sido imposible. Ambas habían tenido una desagradable experiencia por abusar del vino, y ninguna de las dos se había permitido tomar siquiera dos copas seguidas.

—Quien me interesa es Jaichim Carridin —dijo Aviendha mientras cerraba el libro y lo colocaba a su lado. Se negaba a plantearse siquiera lo chocante que era sentarse en el suelo ataviada con un vestido de seda azul—. Entre nosotros, los Aiel, a los Seguidores de la Sombra se los mata tan pronto como son descubiertos, y ningún clan, septiar, asociación o primera hermana alzaría una mano para protestar. Si Jaichim Carridin es un Seguidor de la Sombra, ¿por qué no lo mata Tylin Mitsobar? ¿O por qué no lo hacemos nosotros?

—Aquí las cosas son un poco más complicadas —contestó Nynaeve, aunque se

había preguntado lo mismo. No por qué no se había matado a Carridin, por supuesto, sino por qué se le seguía permitiendo ir y venir a su antojo. Lo había visto en palacio ese mismo día, después de que le entregaran la carta de Mat, después de que le hubiese dicho a Tylin lo que ponía en ella. Carridin había conversado con Tylin durante más de una hora y se había marchado con tanto honor como cuando llegó. La intención de Nynaeve había sido comentar el asunto con Elayne, pero la pregunta de qué sabía Mat, y cómo, no dejó de injerir en todas las conversaciones. Ese hombre causaría problemas. Lo haría, de algún modo. Todo este asunto iba a estropearse, dijeran lo que dijeran los demás. Se aproximaba mal tiempo.

Thom se aclaró la voz.

—Tylin es una reina débil, mientras que Carridin es embajador de una gran potencia —dijo. Movió una ficha y mantuvo la vista prendida en el tablero de juego. Parecía como si estuviese pensando en voz alta—. Por definición, un Inquisidor Capa Blanca no puede ser un Amigo Siniestro; al menos, así se afirma en la Fortaleza de la Luz. Si Tylin lo arresta o incluso lo acusa, se encontrará con una legión de Capas Blancas en Ebou Dar antes de que le dé tiempo a parpadear. Podrían dejarle el trono, pero se convertiría en una marioneta cuyas cuerdas se manejarían desde la Cúpula de la Verdad. ¿Aún no piensas darte por vencido, Juilin?

El husmeador le asestó una mirada furibunda y después se inclinó sobre el tablero estudiando la partida con intensa atención.

—No la creía cobarde —dijo Aviendha con desagrado, a lo que Thom sonrió divertido.

—Jamás te has enfrentado a algo contra lo que no puedes luchar, pequeña —comentó suavemente—. Algo tan fuerte que tu única opción es huir o ser devorada viva. Intenta no juzgar a Tylin hasta que te hayas encontrado en esa situación.

Por alguna razón, Aviendha enrojeció. Por lo general, ocultaba sus emociones tan bien que su rostro parecía de piedra.

—Ya sé —intervino de pronto Elayne—. Encontraremos pruebas que incluso Pedron Niall tendrá que admitir. —Se dirigió al centro de la habitación. Es decir, bailó hacia el centro de la habitación—. Nos disfrazaremos y lo seguiremos.

De repente no era Elayne la que se hallaba de pie, con un vestido verde ebudariano, sino una domani ataviada con otro azul, muy ajustado. Nynaeve dio un respingo antes de poder contenerse, y su boca se frunció en un gesto exasperado contra sí misma. Sólo porque no pudiese ver los flujos en el momento en que se tejían no era razón para sobresaltarse por la Ilusión. Lanzó una mirada a Thom y a Juilin. Hasta el juglar se había quedado boquiabierto. Inconscientemente asió su trenza. ¡Elayne iba a descubrirlo todo! ¿Qué demonios le pasaba?

La Ilusión funcionaba mejor cuanto más se ajustaba a la imagen original, al menos en cuanto a forma y tamaño, de modo que atisbos del vestido ebudariano

aparecieron y desaparecieron fugazmente entre el atuendo domani mientras Elayne giraba para mirarse en uno de los espejos grandes de la habitación. Se echó a reír y batió palmas.

—Oh, jamás me reconocería. Ni a ti tampoco, medio hermana.

De pronto, la mujer sentada en el suelo, junto a la silla de Nynaeve, era una tarabonesa de ojos castaños y rubias trenzas que se mecían con el peso de las cuentas rojas que las adornaban, del mismo color que el vestido ajustado de seda plisada. La mujer miraba inquisitivamente a Elayne. La mano de Nynaeve apretó aún más la trenza.

—Y no podemos olvidarnos de ti —barboteó la heredera del trono—. Sé exactamente qué ha de ser.

Esta vez, Nynaeve vislumbró el brillo del *Saidar* alrededor de Elayne. Estaba furiosa. Ver que los flujos se tejían sobre ella no le servía para saber qué imagen le había dado Elayne, naturalmente. Tuvo que mirar hacia uno de los espejos. Una mujer de los Marinos la contemplaba, boquiabierta, con una docena de aros enjoyados en las orejas y el doble de medallones dorados colgando de la cadena que se unía al aro de la nariz. Aparte de las alhajas, llevaba un amplio pantalón de seda verde brocada, y ni un trocito más de tela encima, como hacían las mujeres de los Atha'an Miere cuando no había tierra a la vista. Sólo era una Ilusión. Iba vestida decentemente debajo del entramado de flujos, pero… Además de su imagen reflejada en el espejo vio las de Thom y Juilin, los dos conteniéndose para no sonreír. Un extraño graznido salió de su garganta.

—¡Cerrad los ojos! —gritó a los hombres y empezó a saltar y agitar los brazos intentando que su vestido se viera a través de la Ilusión—. ¡Cerradlos, maldita sea!

Los cerraron, sí, pero ahora ya no hacían esfuerzo alguno para contener la sonrisa. Indignada a más no poder, dejó de brincar. Aviendha se reía a mandíbula batiente, meciéndose atrás y adelante. Nynaeve dio un tirón a su falda, lo que en el espejo se reflejó como si la mujer de los Marinos intentara quitarse los pantalones, y asestó una intensa mirada a Elayne.

—¡Basta ya, Elayne!

La domani la miró de hito en hito, boquiabierta por la sorpresa. Sólo entonces Nynaeve cayó en la cuenta de lo furiosa que estaba; percibía la Fuente Verdadera justo al límite de su vista. Abrazó el *Saidar* y colocó un escudo entre Elayne y la Fuente. O, más bien, intentó ponerlo. Escudar a alguien que ya está encauzando el Poder no era fácil aun siendo más fuerte que la otra persona. Una vez, siendo niña, había descargado el martillo de maese Luhhan contra el yunque con todas sus fuerzas, y la onda de la vibración le había llegado hasta la punta de los dedos de los pies. Lo de ahora fue el doble de intenso.

—Por amor de la Luz, Elayne, ¿estás bebida?

El brillo que envolvía a la domani desapareció y lo mismo ocurrió con la domani. Nynaeve sabía que los flujos tejidos alrededor también habían desaparecido, pero aun así miró hacia el espejo y soltó un suspiro de alivio al ver de nuevo a Nynaeve al'Meara en él, con su vestido azul con cuchilladas amarillas.

—No —contestó lentamente Elayne. Tenía la cara encendida, pero no era de vergüenza; al menos no del todo. Levantó la barbilla y su voz sonó gélida—. Yo no lo estoy.

La puerta del corredor se abrió de golpe y Birgitte entró tambaleándose y sonriendo de oreja a oreja. En fin, puede que no se tambaleara del todo, pero decididamente le faltaba estabilidad.

—No esperaba que todos vosotros estuvieseis levantados esperándome —dijo alegremente—. Bien, os interesará saber lo que tengo que contaros, pero antes… —Con los pasos no demasiado firmes de quien lleva bastante bebida en el estómago, desapareció en su cuarto.

Thom miraba hacia la puerta con una sonrisa divertida, y Juilin con otra de incredulidad. Los dos sabían quién era, su verdadera identidad. Elayne se limitaba a mantener una actitud altiva. Del dormitorio de Birgitte llegó el sonido de chapoteo de agua, como si se hubiese volcado una palangana en el suelo. Nynaeve intercambió una mirada desconcertada con Aviendha.

Birgitte reapareció con la cara y el cabello goteando y la chaqueta empapada desde los hombros hasta los codos.

—Ahora tengo la mente más despejada —dijo mientras tomaba asiento en una de las sillas doradas y suspiraba—. Ese joven tiene una pierna hueca y un agujero en el pie. Tumbó incluso a Beslan, y yo empezaba a creer que el vino era agua para ese chico.

—¿Beslan? —inquirió Nynaeve alzando el tono—. ¿El hijo de Tylin? ¿Qué hacía allí?

—¿Por qué se lo permitiste, Birgitte? —exclamó Elayne—. Mat Cauthon corromperá al muchacho, y su madre nos echará la culpa.

—El *muchacho* tiene tu misma edad —repuso Thom con gesto estirado.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada desconcertada. ¿Y eso qué tenía que ver? Todo el mundo sabía que los hombres, siendo como eran, no alcanzaban la madurez mental hasta diez años después que las mujeres.

El desconcierto desapareció del rostro de Elayne y fue reemplazado por firmeza y no poca irritación cuando volvió su atención hacia Birgitte de nuevo. Se iban a decir cosas, palabras que ambas podrían lamentar al día siguiente.

—Si tú y Juilin hacéis el favor de dejarnos solas ahora, Thom —se apresuró a decir Nynaeve. Era extremadamente improbable que ellos advirtieran por sí mismos la conveniencia de marcharse—. Necesitáis dormir para encontraros descansados

mañana a primera hora. —Siguieron sentados, mirándola boquiabiertos como lelos, de modo que adoptó un tono más firme—. Ahora.

—Esta partida estaba acabada hace veinte movimientos —manifestó Thom mientras echaba una ojeada al tablero—. ¿Qué te parece si bajamos a nuestro cuarto y empezamos otra? Te daré la ventaja de colocar diez fichas como quieras en cualquier momento a lo largo de la partida.

—¿Diez fichas? —exclamó Juilin, mientras retiraba su silla arrastrándola—. ¿Y me ofrecerás también caldo y pan blanco?

Continuaron discutiendo en el camino hacia la salida, pero ya en la puerta, ambos miraron hacia atrás con resentimiento. Nynaeve los creía completamente capaces de quedarse despiertos toda la noche sólo porque ellas los habían mandado a la cama.

—Mat no corromperá a Beslan —adujo secamente Birgitte cuando la puerta se cerró tras ellos—. Dudo que nueve bailarinas de plumas con un cargamento entero de brandy pudiesen corromperlo. No sabrían por dónde empezar.

Nynaeve sintió alivio al oír aquello, aunque había algo raro en el tono de la mujer —seguramente el alcohol ingerido—, pero Beslan no era todo el asunto en cuestión, de modo que así lo dijo.

—No, no lo es —redundó Elayne—. ¡Te has embriagado, Birgitte! Y yo lo he sentido. Todavía me noto achispada si no me concentro. El vínculo no debería funcionar así. Las Aes Sedai no se desploman riendo como tontas si sus Guardianes beben en exceso.

Nynaeve alzó los brazos con exasperación.

—No me miréis así —dijo Birgitte—. Sabéis más que yo. Hasta ahora Aes Sedai y Guardianes habían sido mujeres y hombres. Quizás esté ahí la diferencia. Quizá somos demasiado iguales. —Su sonrisa se torció un tanto. El agua de la jarra no había sido suficiente ni con mucho—. Eso puede resultar embarazoso, supongo.

—¿Podríamos limitarnos a lo que es realmente importante? —instó Nynaeve con voz tirante—. A Mat, digamos.

Elayne había abierto la boca para replicar a Birgitte, pero la cerró de golpe y sus mejillas adquirieron un tono rojizo, esta vez por el chasco.

—Bien —continuó Nynaeve—. ¿Estará Mat aquí por la mañana o se encuentra en el mismo estado lamentable que tú?

—Puede que venga —contestó Birgitte, cogiendo una taza de té de menta que le ofrecía Aviendha. La Aiel, naturalmente, seguía sentada en el suelo. Elayne la miró con el entrecejo fruncido un momento y luego también se sentó en el suelo a su lado, nada menos.

—¿Qué quieres decir con que puede que venga? —demandó Nynaeve. Encauzó y la silla que había ocupado antes flotó hacia ella. Y si golpeaba al posarse en el suelo, mejor, porque era lo que quería. Beber en exceso; sentarse en el suelo. ¡Parecía

mentira!—. ¡Si espera que vayamos a él de rodillas…!

Birgitte tomó un sorbo de té haciendo un ruido de satisfacción y, cosa extraña, cuando volvió a mirar a Nynaeve no parecía tan embriagada.

—Lo disuadí para que no pidiera eso, aunque me parece que no lo decía en serio. Lo único que quiere es una disculpa y que se le den las gracias.

A Nynaeve casi se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Que lo había convencido para que no pidiera eso? ¿Pedirle disculpas? ¿A Matrim Cauthon?

—Jamás —gruñó.

—¿Darle las gracias por qué motivo? —quiso saber Elayne, como si tal cosa importase. Fingió no ver la mirada furiosa de Nynaeve.

—Por lo de la Ciudadela de Tear —respondió Birgitte, y Nynaeve giró bruscamente su cabeza hacia ella. La voz de la arquera sonaba ya perfectamente normal, sin atisbo de embriaguez—. Dice que entró en la Ciudadela, que entraron Juilin y él, para sacaros de una mazmorra de la que no podíais escapar por vosotras mismas. —Sacudió la cabeza lentamente, admirada—. No sé si yo habría hecho algo así por nadie que no fuese Gaidal. En la Ciudadela no. Mat afirma que le disteis las gracias de un modo que no supo por dónde tomarlo y que tuvo la sensación de que era él quien debía sentirse agradecido porque no le atizarais una patada.

En cierto modo era la verdad, aunque tergiversada. Mat había exhibido aquella sonrisita burlona tan propia de él mientras decía que había ido para sacarles las castañas del fuego o algo por el estilo. Aun entonces había creído que podía decirles lo que tenían que hacer.

—Sólo una de las hermanas Negras montaba guardia en los calabozos —murmuró Nynaeve—, y ya nos habíamos ocupado nosotras de ella. —Cierto que todavía no había resuelto cómo abrir la puerta de la celda, que había sido escudada—. De todos modos a Be'lal no le interesábamos realmente, sólo nos retenía como cebo para Rand. Por lo que sabíamos, Moraine podía haberlo matado ya para entonces.

—El Ajah Negro. —La voz de Birgitte era más pétrea que las baldosas del suelo—. Y uno de los Renegados. Mat ni siquiera los mencionó. Deberíais darle las gracias de rodillas, Elayne. Las dos. Ese hombre lo merece. Y también Juilin.

Nynaeve se quedó pálida. ¿Que Mat no había mencionado…? ¡Ese hombre despreciable, miserable!

—No me disculparé con Matrim Cauthon. Ni en mi lecho de muerte.

Aviendha se inclinó hacia Elayne y le tocó la rodilla.

—Medio hermana, diré esto con delicadeza. —Su gesto y su tono eran tan delicados como un hito del camino—. Si tal cosa es cierta, tienes *toh* con Mat Cauthon. Y también Nynaeve. Y lo habéis empeorado desde entonces, por las cosas que he visto.

—¡*Toh!* —exclamó Nynaeve. Las dos se pasaban la vida hablando sobre esa

necedad del *toh*—. No somos Aiel, Aviendha. Y Mat Cauthon es una espina clavada en el pie para cualquiera que lo trate.

—Entiendo —dijo sin embargo Elayne, asintiendo con la cabeza—. Tienes razón, Aviendha. Pero ¿qué hemos de hacer? Tendrás que ayudarme, medio hermana. No tengo intención de convertirme en Aiel, pero… Quiero que te sientas orgullosa de mí.

—¡No nos disculparemos! —espetó Nynaeve.

—Me honra conocerte —contestó Aviendha al tiempo que rozaba levemente la mejilla de Elayne—. Una disculpa es un comienzo, pero ya no basta para saldar el *toh* ahora.

—¿Me estáis escuchando? —demandó Nynaeve—. ¡He dicho que no me disculparé! —repitió, haciendo una pausa entre palabra y palabra para darles más énfasis.

Las dos siguieron hablando. Sólo Birgitte la miró, y la arquera esbozaba una sonrisa que no se diferenciaba mucho de una carcajada. Nynaeve se estrujó la trenza con las dos manos. Desde el principio supo que tenían que haber enviado a Thom y a Juilin.

22



Pequeños sacrificios

Elayne estrechó los ojos para alzarlos hacia el cartel que colgaba en el arco de la puerta, un burdo dibujo de una mujer que asía un bastón y oteaba a lo lejos, esperanzada; deseó encontrarse en la cama en lugar de haberse levantado con el sol. Aunque tampoco habría podido dormir. La plaza de Mol Hara se encontraba desierta a su espalda, salvo por unos pocos carros tirados por bueyes o asnos que iban de camino al mercado, y unas cuantas mujeres que cargaban enormes cestos sobre la cabeza. En la esquina de la posada había un mendigo sentado al que le faltaba una pierna, con un platillo delante; el primero de muchos que habría por la plaza más tarde. Ya le había dado un marco de plata, suficiente para que se alimentara durante una semana, incluso con los precios actuales, pero el hombre se guardó la moneda en la andrajosa chaqueta, con una sonrisa desdentada, y no se movió de allí. Apenas había clareado el día, pero aun así prometía ser bochornoso; de hecho, requería un esfuerzo de concentración mantenerse aislada del calor aun a tan temprana hora.

Las últimas secuelas de la resaca de Birgitte también permanecían en su cabeza; aunque habían disminuido, todavía no habían desaparecido. Ojalá su habilidad con la Curación no fuera tan escasa. Confiaba en que Aviendha y Birgitte se las arreglaran para enterarse de algo útil sobre Carridin a lo largo de la mañana. Llevaban disfraces de Ilusión aunque el Inquisidor no las reconocería a ninguna de las dos, pero no estaba de más ser precavidas. Se sentía orgullosa de que Aviendha no le hubiese pedido acompañarla; incluso se había sorprendido de que se lo sugiriese ella. Aviendha no creía preciso vigilarla para saber con seguridad que haría lo correcto.

Suspiró y estiró del vestido aunque no era preciso. De colores azul y crema, con un toque de encaje de Vandalra, la hacía sentirse un poco… descubierta. La única vez que eludió vestirse al estilo de sus anfitriones fue cuando Nynaeve y ella viajaron a Tanchico con los Marinos; pero, a su modo, el estilo ebudariano casi… Volvió a suspirar. Lo único que intentaba con esas divagaciones era retrasar lo que tenía que hacer. Aviendha tendría que haber ido hasta allí para llevarla de la mano.

—No me disculparé —dijo de repente Nynaeve a su lado. Aferraba fuertemente la

falda de su vestido gris con las dos manos y miraba a La Mujer Errante como si la propia Moghedien estuviese esperando dentro—. ¡No lo haré!

—Tendrías que haberte vestido de blanco —murmuró Elayne, con lo que se ganó una mirada desconfiada. Al cabo de un momento, agregó—: Dijiste que era el color de los funerales.

Su último comentario provocó un asentimiento satisfecho de la otra mujer, aunque no era eso lo que pretendía en absoluto. Todo aquello acabaría en desastre si no eran capaces de mantener la paz entre ellos mismos. Birgitte había tenido que conformarse con una infusión de hierbas para aliviar su malestar esa mañana y, por cierto, había sido una mezcla particularmente amarga, ya que Nynaeve había alegado que no estaba lo bastante furiosa para encauzar y utilizar la Curación. Después había seguido hablando en una actitud realmente teatral sobre que el blanco era el único color adecuado, había insistido en que no iba a ir hasta que Elayne la sacó casi a rastras de sus aposentos y había anunciado al menos veinte veces desde entonces que no pensaba disculparse. Había que mantener la paz, pero… qué difícil lo ponía.

—Aceptaste hacer esto, Nynaeve. No, no quiero oír nada más sobre que las demás te hemos coaccionado. Accediste. Así que deja de enfurruñarte.

Nynaeve resopló indignada, pero Elayne no estaba dispuesta a dejar que la distrajera de lo que había que hacer, a pesar del «¿enfurruñarme?» mitad incrédulo y mitad furioso que masculló entre dientes la otra mujer.

—Tenemos que discutir esto un poco más, Elayne —manifestó en voz alta Nynaeve—. No hay por qué precipitarse. Debe de haber mil razones para que esto no funcione, ni *ta'veren* ni no *ta'veren*, y Mat Cauthon suma novecientas de esas mil.

—¿Elegiste deliberadamente las hierbas más amargas para la infusión de esta mañana? —inquirió Elayne al tiempo que le dirigía una mirada impasible.

La expresión indignada de la otra mujer se tornó en otra inocente, pero un leve matiz rojo tiñó sus mejillas. Elayne abrió la puerta de la posada y Nynaeve siguió mascullando entre dientes. A la heredera del trono no le habría sorprendido que la antigua Zahorí también hubiese sacado la lengua. Que estaba mohína esa mañana era decir poco.

El aroma a pan cociéndose llegaba de la cocina; todas las ventanas del salón se encontraban abiertas para airearlo. Una criada de cara rellenita se hallaba encaramada a una banqueta alta, de puntillas, para retirar las mustias ramitas de plantas perennes que había encima de las ventanas, en tanto que otras colocaban de nuevo en su sitio las mesas, bancos y sillas que debían de haberse retirado para el baile. A una hora tan temprana no había nadie más por allí, excepto una muchacha delgada, con delantal blanco, que barría el suelo con desgana. Era bonita, si bien afeaba sus rasgos un marcado mohín que fruncía sus labios. A decir verdad no se veía mucho desorden, considerando que durante las fiestas se suponía que en las posadas reinaba el bullicio

e incluso el libertinaje. Una parte de Elayne deseó haberlo visto, sin embargo.

—¿Puedes conducirnos al cuarto de maese Cauthon? —preguntó a la chica delgada con una sonrisa, al tiempo que le tendía dos céntimos de plata.

Nynaeve resopló. Era más agarrada que la piel de una manzana verde. ¡Una vez le dio a un mendigo un céntimo de cobre! La chica las miró con gesto hosco —y, sorprendentemente, también a las monedas— y murmuró con acritud algo que sonó más o menos: «Una mujer rubia anoche y damas esta mañana». Les indicó el camino de mala gana.

Por un instante Elayne creyó que iba a despreciar los céntimos, pero cuando iba a volverse, la chica le cogió las monedas de la mano sin dar las gracias y se las metió por el escote antes de empezar de nuevo a barrer con tanto ímpetu como si quisiera matar al suelo a golpes de escoba. Quizá tenía un bolsillo cosido dentro del escote.

—¿Te das cuenta? —rezongó Nynaeve en voz baja—. Seguro que ha intentado que esa chica acepte sus atenciones a la fuerza. Ése es el hombre al que quieres que pida disculpas.

Elayne guardó silencio y se limitó a subir la escalera sin barandilla que había al fondo de la sala. Si Nynaeve no dejaba de protestar… El primer pasillo a la derecha, según las indicaciones de la chica, y la última puerta a la izquierda. Ya delante de ella, Elayne vaciló y se mordió el labio inferior.

—Por fin ves que es una mala idea ¿verdad? —inquirió, animada, Nynaeve—. No somos Aiel, Elayne. Me cae muy bien esa muchacha, a pesar de que se pasa la vida afilando su cuchillo, pero piensa en la tontería que se le ocurrió. Es imposible. Tienes que comprender que lo es.

—No accedimos a nada imposible, Nynaeve. —Mantener la voz firme le costaba trabajo. Parte de lo que Aviendha había sugerido, completamente en serio al parecer… ¡De hecho había insinuado que dejaran que el hombre las azotase con una vara!—. Accedimos a algo posible. —Apenas. Llamó con los nudillos en la puerta, que tenía un pez tallado, un bicho redondo, hocicudo y con rayas. Todas las puertas tenían figuras talladas, en su mayoría, peces. No hubo respuesta.

Nynaeve soltó el aire sonoramente; debía de haber estado conteniendo la respiración.

—Quizás ha salido —dijo—. Tendremos que volver en otro momento.

—¿A esta hora? —Volvió a llamar—. Tú dices que se pasa tumbado todo el tiempo que puede. —Seguía sin oírse ruido dentro.

—Elayne, si el estado de Birgitte es un indicio, Mat se puso de bebida hasta las orejas anoche. No le hará gracia que lo despertemos. ¿Por qué no nos marchamos y…?

Elayne giró el picaporte y entró. Nynaeve la siguió dando un suspiro que debió de oírse en palacio.

Mat Cauthon yacía despatarrado en la cama, encima de la colcha, y tenía los ojos cubiertos con un paño húmedo que mojaba la almohada. En el cuarto reinaba el desorden, aunque no había polvo. Sobre el lavabo —¡nada menos!— había una bota, al lado de una palangana blanca llena de agua sin utilizar; el espejo de pie aparecía ladeado, como si el joven hubiese tropezado con él y simplemente lo hubiese dejado torcido hacia atrás, y su chaqueta arrugada estaba tirada sobre una silla. El resto de sus ropas las llevaba puestas, incluido el pañuelo negro que aparentemente nunca se quitaba, así como la otra bota. La cabeza de zorro plateada asomaba entre su camisa desanudada.

El medallón hizo que Elayne sintiera picor en los dedos. Si estaba realmente tan borracho, tal vez podría quitárselo sin que se diese cuenta. Se había propuesto descubrir, de un modo u otro, cómo absorbía el Poder ese objeto. Esclarecer cómo funcionaba cualquier cosa la fascinaba, pero esa cabeza de zorro representaba todos los enigmas del mundo concentrados en uno.

Nynaeve la cogió de la manga e indicó la puerta con la cabeza al tiempo que articulaba en silencio «dormido» y algo más que no entendió. Probablemente otra súplica de que se marcharan.

—Déjame en paz, Nerim —murmuró Mat de repente—. Ya te lo he dicho. No quiero nada salvo un cráneo nuevo. Y cierra la puerta con suavidad o te clavaré las orejas en ella.

Nynaeve dio un brinco e intentó arrastrarla hacia la puerta, pero Elayne no cedió.

—No es Nerim, maese Cauthon.

Él alzó ligeramente la cabeza de la almohada, con las dos manos levantó un poco el paño mojado y las miró con los ojos, inyectados en sangre, entrecerrados.

Nynaeve, sonriente, no hizo el menor esfuerzo por disimular su satisfacción ante su lamentable estado. Lo que Elayne no podía entender era por qué también ella deseaba sonreír. Su única experiencia con el exceso de bebida sólo le había dejado lástima y compasión por cualquiera que pasara ese trance. En un rincón de su cabeza percibía todavía la jaqueca que sufría Birgitte, y entonces lo comprendió. Ciertamente, no podía gustarle que Birgitte se embriagara como una cuba, fuera por la razón que fuera, pero tampoco le satisfacía la idea de que alguien fuese capaz de hacer cualquier cosa mejor que su primer Guardián. Una idea ridícula. Vergonzosa. Pero también satisfactoria.

—¿Qué hacéis aquí? —demandó con voz enronquecida, y luego hizo un gesto de dolor y bajó el tono—. Es de noche.

—Es de mañana —repuso secamente Nynaeve—. ¿Recuerdas tu conversación con Birgitte?

—¿Podrías hablar más bajo? —susurró él cerrando los ojos. Al instante volvió a abrirlos de golpe—. ¿Birgitte? —Se sentó bruscamente y bajó las piernas al suelo.

Durante unos instantes se quedó inmóvil en esa postura, mirando fijamente las baldosas del suelo, con los codos apoyados en las rodillas y el medallón meciéndose en la cadena. Al final, giró la cabeza para mirarlas torvamente. O quizás era el estado de sus ojos lo que hacía que pareciese torvo—. ¿Qué os contó?

—Nos informó de tus exigencias, maese Cauthon —contestó formalmente Elayne. Así era como una debía de sentirse delante del tajo del verdugo. Lo único que podía hacerse era mantener la cabeza bien alta y afrontar lo que quiera que viniera con orgullo—. Quiero darte las gracias de todo corazón por rescatarme de la Ciudadela de Tear. —Bien, había empezado y no le había dolido. No mucho.

Nynaeve estaba furiosa y apretaba los labios más y más. Esa mujer no iba a dejarla sola ante aquello. Elayne abrazó el *Saidar* casi antes de darse cuenta de lo que hacía y encauzó un fino flujo de Aire que golpeó el lóbulo de la oreja de Nynaeve como si hubiese sido con un dedo. La antigua Zahorí se llevó una mano a la oreja y se puso ceñuda, pero Elayne se limitó a girar de nuevo el rostro hacia maese Cauthon y aguardó.

—Yo también te lo agradezco —musitó Nynaeve al cabo, con gesto hosco—. De todo corazón.

Elayne puso los ojos en blanco a despecho de sí misma. En fin de cuentas, él les había pedido que hablasen bajo. Y parecía haberlas oído. Cosa curiosa, se encogió de hombros con actitud avergonzada.

—Oh, eso. No fue nada. Seguramente habríais podido liberaros vosotras mismas a no tardar y sin mi ayuda. —Hundió la cabeza en las manos y volvió a apretar el paño mojado contra los ojos—. Cuando salgáis, ¿os importaría decirle a Caira que me traiga un poco de ponche? Es una chica delgada, bonita, de ojos dulces.

Elayne tembló. ¿Que no había sido nada? ¿Que ese hombre había exigido una disculpa, ella se había humillado para pedírsela y ahora resultaba que no era nada? ¡No merecía compasión ni lástima! Todavía asía el *Saidar* y se planteó golpearlo con un flujo mucho más grueso que a Nynaeve. Aunque tampoco serviría de mucho en su caso, llevando como llevaba la cabeza de zorro. Claro que ahora colgaba en el aire, sin estar en contacto con su piel. ¿Ofrecería la misma protección cuando no estaba…?

Nynaeve acabó con sus reflexiones al lanzarse sobre él dispuesta a arañarlo. Elayne logró interponerse entre ellos y agarró a la mujer por los hombros. Durante un instante que pareció muy largo se quedaron frente a frente. Con una mueca, Nynaeve finalmente aflojó la presión y Elayne consideró seguro soltarla.

Mat seguía con la cabeza inclinada, ajeno a todo lo que había pasado. Tanto si el medallón lo protegía como si no, quedaba la opción de coger el arco que había en un rincón del cuarto y golpearlo con él hasta que aullara de dolor. Elayne sintió que la sangre se agolpaba en su cara; había frenado a Nynaeve, impidiendo que lo echara todo a perder, y a punto había estado de estropearlo ella. Lo que era peor, a juzgar por

la satisfecha sonrisilla que la otra mujer le dirigía, se había dado cuenta de lo que se le había pasado por la cabeza.

—Hay algo más, maese Cauthon —anunció a la par que cuadraba los hombros. La sonrisa se desvaneció en los labios de Nynaeve—. También queremos disculparnos por haber pospuesto tanto nuestra manifestación de agradecimiento, como merecías. Y nos disculpamos… humildemente… —sus últimas palabras se le atascaron un poco—, por el modo en que te hemos tratado desde entonces. —Nynaeve alargó una mano en actitud suplicante, pero la mujer hizo caso omiso—. Para demostrar cuánto lo lamentamos, nos comprometemos a lo siguiente. —Aviendha había dicho que pedir disculpas sólo era un comienzo—. No te menospreciaremos ni rebajaremos en ningún modo, no te gritaremos por ningún motivo, no… No intentaremos darte órdenes. —Nynaeve se encogió como si le doliese algo. También los labios de Elayne se pusieron tirantes, pero no se detuvo—. Al reconocer que te preocupas por nuestra seguridad, no saldremos de palacio sin comunicarte adónde vamos y escucharemos tus consejos. —Luz, no quería ser Aiel, ni quería hacer esto, pero sí deseaba el respeto de Aviendha—. Si… si crees que nos… —Y no es que tuviese intención de convertirse en hermana conyugal. ¡La mera idea resultaba indecente! Pero la apreciaba—. Si crees que corremos un riesgo innecesario… —No era culpa de Aviendha que Rand hubiese conquistado sus corazones. Y el de Min también—. Aceptaremos una guardia personal elegida por ti… —Sino de *ta'veren* o no, las cosas eran lo que eran. Y ella quería a esas dos mujeres como a hermanas—. Nos acompañará mientras sea posible. —¡Así la Luz lo abrasara por hacerle esto! Y no se estaba refiriendo a Mat Cauthon—. Lo juro por el Trono del León de Andor. —Jadeaba como si hubiese corrido dos kilómetros de un tirón. El gesto de Nynaeve le daba el aspecto de un tejón acorralado.

Mat giró la cabeza hacia ellas muy, muy despacio, y bajó el paño húmedo sólo lo suficiente para destapar uno de los ojos enrojecidos.

—Señora, hablas como si te hubieses tragado una barra de hierro —dijo con sorna —. Tienes mi permiso para llamarme Mat.

«¡Qué hombre tan odioso! ¡No sabría reconocer qué era educación aunque se la diera de narices!», pensó la antigua Zahorí. El ojo enrojecido se volvió hacia ella.

—¿Y tú qué dices, Nynaeve? —inquirió—. Ella ha dicho mucho «nosotras», pero tú no has pronunciado palabra.

—No te gritaré —chilló la antigua Zahorí—. Y también todo lo demás. ¡Te lo prometo, pedazo de…! —Casi se atragantó al darse cuenta de que ya no podía dedicarle uno de los insultos que se merecía sin romper la promesa recién hecha. Empero, el efecto de su grito fue gratificante.

Con un gemido, Mat se estremeció y dejó caer el paño mojado para agarrarse la cabeza con las dos manos. Sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Jodidos dados —dijo en tono gemebundo, o algo parecido.

De repente, a Elayne se le ocurrió que ese hombre era una estupenda fuente de un lenguaje expresivo. Los mozos de cuadra y gente semejante parecían lavarse la lengua en el momento en que ella aparecía. Cierto, se había prometido a sí misma civilizarlo, conseguir que fuese útil para Rand, pero eso no implicaba mejorar también su modo de expresarse. De hecho, cayó en la cuenta de que había un montón de cosas que no había prometido. Hacerle notar tal cosa a Nynaeve la calmaría de manera considerable.

—Gracias, Nynaeve —respondió Mat con voz hueca al cabo de unos instantes que parecieron muy largos. Hizo una pausa para tragar saliva con esfuerzo—. Por un momento creí que erais otras personas disfrazadas. Ya que al parecer sigo vivo, podríamos ocuparnos de lo demás. Creo recordar que Birgitte me dijo que queríais que encontrara algo para vosotras. ¿Qué es?

—Tú no lo buscarás —le contestó Nynaeve en tono firme. Bueno, quizá más que firme, fuerte, pero Elayne no quiso llamarle la atención a su amiga. Mat se merecía hasta el último respingo de dolor—. Nos acompañarás y nosotras lo encontraremos.

—¿De vuelta a las viejas costumbres, Nynaeve? —De algún modo, el joven se las ingenió para que su mueca resultara desdeñosa, además de horrenda a costa del estado de sus ojos—. Acabas de prometer que harás lo que yo diga. Si lo que quieres es un *ta'veren* domesticado y atado a una traílla, ve y pídeselo a Rand o a Perrin, a ver qué te contestan.

—No prometimos tal cosa, Matrim Cauthon —espetó la antigua Zahorí, aupándose sobre las puntas de los pies—. ¡No prometí eso! —De nuevo parecía a punto de abalanzarse sobre él. Hasta su coleta daba la impresión de estar erizada.

Elayne controló el genio. No conseguirían nada de él con imposiciones.

—Escucharemos tu consejo y lo seguiremos si es razonable, maese… Mat —lo reprendió suavemente. Sin duda no creería que habían prometido… Al observarlo, sin embargo, comprendió que sí. ¡Oh, Luz! Nynaeve tenía razón. Ese hombre iba a ser un problema.

Mantuvo firmemente el control. Encauzó de nuevo y levantó la chaqueta de la silla, que colgó en una de las perchas de la pared para poder sentarse; recta la espalda, se arregló los vuelos del vestido. Mantener las promesas hechas a maese Mat —o, mejor dicho, Mat— y a sí misma no le iba a resultar fácil, pero nada de lo que él dijera o hiciera la afectaría. Nynaeve miró el único sitio que quedaba para tomar asiento, un escabel de madera tallada, y permaneció de pie. Una de sus manos fue hacia la coleta, pero se detuvo y la mujer cruzó los brazos. Empezó a dar golpecitos en el suelo con un pie, un gesto que no prometía nada bueno.

—Los Atha'an Miere lo llaman el Cuenco de los Vientos, maese… Mat. Es un *ter'angreal*…

Cuando Elayne acabó de hablar, se advertía cierta excitación en el rostro indispuesto del hombre.

—Vaya, sí que parece una búsqueda importante —murmuró—. En el Rahad. —Sacudió la cabeza e hizo un gesto de dolor—. Os lo diré una sola vez: ninguna de las dos pondrá un pie al otro lado del río sin la compañía de cuatro o cinco de mis Brazos Rojos para cada una. Ni fuera de palacio, por cierto. ¿Os contó Birgitte lo de la nota que metieron en un bolsillo de mi chaqueta? Estoy seguro de que se lo comenté. Además, están Carridin y sus Amigos Siniestros, y no me diréis que ese hombre no se trae algo entre manos.

—Cualquier hermana que apoye a Egwene como Amyrlin corre peligro por parte de la Torre. —¿Una guardia personal para ir a cualquier sitio? ¡Luz! Los ojos de Nynaeve tenían un brillo peligroso, y su pie golpeaba el suelo más y más deprisa—. No podemos escondernos, mae… Mat, y no lo haremos. Se tomarán las medidas oportunas con respecto a Jaichim Carridin a su debido tiempo. —No habían prometido contarle todo, y no podían dejar que desviara la atención hacia otro asunto—. Hay cosas más importantes fraguándose.

—¿A su debido tiempo? —empezó él, alzando la voz con incredulidad, pero Nynaeve lo atajó.

—¿Cuatro o cinco cada una? —instó secamente—. Eso es ridí… —Cerró los ojos un instante y su tono se volvió más suave. No mucho—. Quería decir que no es lógico. Elayne y yo, Birgitte y Aviendha. No tienes tantos soldados. En cualquier caso, al único que necesitamos realmente es a ti. —La última frase la dijo como si le sacaran las palabras a la fuerza. Se parecía mucho, demasiado, a una admisión.

—Birgitte y Aviendha no necesitan guardaespaldas —musitó él con aire abstraído—. Supongo que ese Cuenco de los Vientos es más importante que Carridin, pero… Parece injusto dejar que Amigos Siniestros anden libremente por ahí.

El rostro de Nynaeve se tiñó de púrpura lentamente. Elayne comprobó el suyo en un espejo y sintió alivio al ver que mantenía la compostura. Al menos hacia fuera. ¡Qué irritante era ese hombre! ¿Guardaespaldas? Elayne no sabía si era peor que hubiese lanzado aquel insulto a propósito o que lo hubiese hecho sin darse cuenta. Volvió a mirarse en el espejo y bajó un poquito la barbilla. ¡Guardaespaldas! Así era la viva imagen del aplomo. Mat las observaba con aquellos ojos enrojecidos, pero al parecer no advirtió nada.

—¿Eso fue todo lo que os contó Birgitte? —preguntó.

—Y es más que suficiente, creo —espetó Nynaeve—. Incluso tratándose de ti.

Inexplicablemente, Mat parecía sorprendido, y bastante complacido. Nynaeve dio un respingo y después se cruzó de brazos.

—Puesto que no estás en condiciones de ir a ninguna parte —empezó—. ¡No me mires así, Mat Cauthon, porque no es un menosprecio, sino la pura verdad! Bien, ya

que no estás en muy buenas condiciones físicas, podrías emplear la mañana en trasladarte a palacio. Y que no se te pase por la cabeza que te ayudaremos a llevar tus cosas. No prometí ser una mula de carga.

—¡La Mujer Errante está suficientemente bien…! —empezó enfurecido, pero se calló y una expresión sorprendida, horrorizada habría dicho Elayne, se plasmó en su cara. Eso le enseñaría a no gritar cuando tenía la cabeza como una sandía. Al menos, ésa era la sensación que ella había tenido cuando se embriagó. Claro que él no aprendería de la experiencia. Los hombres no dejaban de meter las manos en el fuego pensando que en esa ocasión no se quemarían, como solía decir Lini.

—Aunque seas *ta'veren* no esperarás que encontremos el Cuenco la primera vez que salgamos a buscarlo —continuó Nynaeve—. Salir en su busca cada día resultará más sencillo si no tienes que cruzar la plaza. —Lo que quería decir realmente era que así no se verían obligadas a esperarlo todas las mañanas. Según ella, la embriaguez no era la única excusa que el joven podía encontrar para seguir acostado hasta las tantas, ni mucho menos.

—Además —abundó Elayne—, de ese modo podrás tenernos vigiladas.

Nynaeve hizo un ruido gutural que se parecía mucho a un gemido. ¿Es que no se daba cuenta de que sólo lo decía para engatusarlo? ¿Que no había prometido permitirle que las vigilase? Mat parecía que no las había oído, a ninguna de las dos. Aunque las miraba, era como si estuviese contemplando algo a través de ellas.

—¿Por qué demonios han tenido que parar ahora? —gimió en voz tan queda que apenas se oyó. ¿Qué quería decir con eso?

—Las habitaciones son regias, maese… Mat. Tylin en persona las eligió. Ha puesto un gran interés. Mat, no querrás que ofendamos a la reina, ¿verdad?

Al echar un vistazo a su rostro, Elayne encauzó apresuradamente para abrir una ventana y tirar el agua de la palangana. Si alguna vez había visto a alguien que estuviese a punto de vaciar todo lo que tenía en el estómago, ése era Mat, que la miraba de hito en hito con los ojos inyectados en sangre.

—No entiendo a qué viene tanto alboroto —dijo Elayne. De hecho, supuso que él tenía sus razones. Probablemente algunas de las criadas de la posada le permitían toquetearlas, pero dudaba que hubiese muchas en palacio, o incluso alguna, que se lo consintieran. Tampoco podría beber y jugar durante toda la noche. A buen seguro, Tylin no permitiría un mal ejemplo para Beslan—. Todos debemos hacer sacrificios. —Hizo un esfuerzo para dejarlo así, para no añadir que el de él era pequeño y justo, mientras que los de ellas eran inmerecidos, dijese lo que dijese Aviendha. Nynaeve había clamado en contra de hacer *cualquier* sacrificio.

Mat volvió a hundir la cabeza en las manos; hacía ruidos raros y sus hombros se sacudían. ¡Se estaba riendo! Elayne alzó la palangana con un flujo de Aire, planteándose la idea de atizarle un golpe con ella. Sin embargo, cuando él volvió a

levantar la cabeza, parecía ofendido por alguna razón.

—¿Sacrificios? —gruñó—. ¡Si os pidiese lo mismo, daríais bofetadas a cualquiera que tuvieseis a mano y haríais que el techo se derrumbara sobre mi cabeza!

¿Estaría borracho todavía? Elayne decidió hacer caso omiso de su horrenda mirada.

—A propósito de tu cabeza —dijo la heredera del trono—. Si quisieras aceptar la Curación, estoy segura de que Nynaeve estaría dispuesta a ayudarte —ofreció, pensando que si alguna vez la antigua Zahorí había estado furiosa de sobra para poder encauzar, era en ese momento. Nynaeve dio un pequeño respingo y la miró por el rabillo del ojo.

—Por supuesto —se apresuró a decir—. Si quieres, lo haré. —El color de sus mejillas le confirmó a Elayne sus sospechas sobre lo ocurrido esa mañana.

—Olvidaos de mi cabeza —respondió él brusco, con su habitual «cortesía». Y entonces, como para confundirla en puntos que ya daba por ciertos, agregó en voz vacilante—: Sin embargo, gracias por preguntar.

¡Y además parecía que lo decía en serio! Elayne se las ingenió para no quedarse boquiabierta. Su conocimiento sobre los hombres se limitaba a Rand y a lo que Lini y su madre le habían contado. ¿Acaso Rand iba a comportarse de un modo tan desconcertante como Mat?

Antes de marcharse, recordó arrancarle la promesa de que empezaría de inmediato con los preparativos para trasladarse a palacio. Cumplía su palabra una vez dada —en eso Nynaeve había sido tajante— aunque lo hiciera a regañadientes, pero si se le dejaba la menor rendija encontraría ciento y un modos de escabullirse por ella. La antigua Zahorí había puesto énfasis al decir eso último. Mat dio su palabra con expresión resentida, sombría; es posible también que se debiera al estado de sus ojos. Cuando Elayne soltó la palangana a los pies del joven, éste pareció agradecido. La heredera del trono se dijo que no sentiría compasión, y lo repitió como para convencerse.

De vuelta en el pasillo, cerrada ya la puerta del cuarto de Mat, Nynaeve sacudió el puño, que alzó hacia el techo.

—¡Ese hombre acaba con la paciencia de una piedra! ¡Me alegro de que le duela tanto la cabeza que tenga que apoyarla en las manos! ¿Me has oído? ¡Me alegro! Causará problemas. Lo hará.

—Vosotras dos le causaréis más problemas de los que él se buscaría jamás.

La persona que había hablado caminó por el pasillo hacia ellas. Era una mujer con algunas canas en el pelo, un rostro firme y una voz autoritaria. También tenía el entrecejo fruncido, casi un ceño. A pesar del Cuchillo de Esponsales que le colgaba entre los senos, su tez era demasiado clara para una ebudariana.

—No podía creerlo cuando Caira me lo dijo. Dudo que alguna vez haya visto tanta necedad metida en sólo dos vestidos.

Elayne miró a la mujer de arriba abajo. Ni siquiera siendo novicia se había acostumbrado a que se dirigiesen a ella en ese tono.

—¿Y quién sois vos, buena mujer?

—Setalle Anan, la propietaria de esta posada, pequeña —fue la seca respuesta. Sin más, la mujer abrió una de las puertas del pasillo, agarró a cada una de ellas por un brazo y las metió en el cuarto tan deprisa que Elayne pensó que sus pies no tocaban el suelo.

—Parece que habéis cometido un error, señora Anan —dijo fríamente cuando la mujer la soltó para cerrar la puerta.

—Cuidado con lo que… —empezó Nynaeve, que no estaba de humor para andarse con cumplidos, al tiempo que alzaba la mano de manera que su anillo de la Gran Serpiente quedara bien a la vista.

—Muy bonito —dijo la mujer, y las empujó con tanta fuerza que las sentó en la cama.

A Elayne se le abrieron los ojos como platos por la incredulidad. La tal Anan se erguía ante ellas con gesto severo, como una madre a punto de castigar a sus hijas, nada menos.

—Hacer alarde de esa joya sólo demuestra lo tontas que sois. Ese joven os mecerá en las rodillas, y no me extrañaría que a una en cada una si se lo permitís; os robará unos cuantos besos y tomará todo cuanto estéis dispuestas a darle, pero no os hará daño. Sin embargo, vosotras sí podéis hacérselo a él, si seguís con esto.

¿Hacerle daño? La mujer pensaba que ellas… Creía que las había estado meciendo… Pensaba que… Elayne no sabía si reír o llorar, pero se puso de pie mientras se arreglaba los vuelos de la falda.

—Como decía, señora Anan, habéis cometido un error. —Su voz se suavizó conforme hablaba y el tono confuso dio paso a otro sosegado—. Soy Elayne Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde. No sé cómo pudisteis pensar que… —Sus ojos casi bizquearon cuando la señora Anan plantó el índice en la punta de su nariz.

—Elayne, si es que te llamas así de verdad, lo único que me frena para no llevarte a rastras hasta la cocina y lavarte la boca, y la de la tonta muchacha que te acompaña, es la posibilidad de que realmente puedas encauzar. ¿O sois tan necias como para llevar puesto ese anillo sin ser capaces siquiera de hacer eso? Os advierto que eso no detendrá a las hermanas que se alojan en el Palacio de Tarasin. ¿Sabíais siquiera que están en la ciudad? Si lo sabéis, francamente, no sólo sois necias, sino tontas perdidas.

La rabia de Elayne crecía con cada palabra que la mujer pronunciaba. ¿Necias?

¿Tontas perdidas? No iba a aguantarlo, sobre todo después de haberse visto obligada a arrastrarse ante Mat Cauthon. ¿Sentarse en las rodillas de Mat Cauthon? Sin embargo, en apariencia mantuvo la compostura, pero no ocurrió lo mismo con Nynaeve.

La antigua Zahorí echaba chispas, y el brillo del *Saidar* la envolvió mientras se incorporaba de la cama. Flujos de Aire rodearon a la señora Anan desde los hombros hasta los tobillos, pegándole la falda y las enaguas contra las piernas, casi tan prietas como para hacerla caer.

—Da la casualidad de que soy una de esas hermanas alojadas en palacio. Nynaeve al'Meara, del Ajah Amarillo, para ser exacta. Y ahora, ¿os gustaría que os bajara yo a la cocina? Sé un poco sobre lavar la boca a la gente.

Elayne se apartó del brazo extendido de la posadera. La mujer debía de estar sintiendo la presión de los flujos, y hasta la persona más torpe habría sabido lo que aquellas ataduras invisibles significaban, pero aun así ni siquiera pestañeó. Los ojos se estrecharon, nada más.

—De modo que al menos una de vosotras puede encauzar —dijo con tranquilidad —. Debería dejar que me arrastraras escaleras abajo, pequeña. Si me haces algo, cualquier cosa, te hallarás en poder de unas verdaderas Aes Sedai al mediodía; eso te lo garantizo.

—¿Es que no me habéis oído? —demandó Nynaeve—. ¡Soy…!

—No sólo os pasaréis el próximo año llorando a moco tendido —continuó la señora Anan sin hacer una pausa—, sino que parte de esos lloros los haréis frente a cualquier persona a la que hayáis dicho que sois Aes Sedai. No lo dudéis, os harán admitir que habéis mentido. Os harán picadillo los hígados. Debería dejar que siguieseis alardeando por ahí o correr hasta palacio tan pronto como me soltéis. Lo único que me frena es que harían pagar todo esto a lord Mat casi tanto como a vosotras si sospechan que os ha ayudado y, como ya he dicho, aprecio a ese joven.

—Os digo que… —lo intentó de nuevo Nynaeve, pero la posadera siguió sin darle ocasión de hablar. Atada como un bulto, esa mujer era como un peñasco rodando ladera abajo, aplastando todo cuanto encontraba a su paso.

—Intentar mantener la mentira no es conveniente, Nynaeve. Tu aspecto corresponde a una mujer de veinte o veintiún años, de modo que deberías tener diez más, como mucho, si ya hubieses empezado a experimentar la retardación. Incluso podrías haber llevado el chal cuatro o cinco años. Salvo por un detalle. —Su cabeza, la única parte del cuerpo que podía mover, se volvió hacia Elayne—. Tú, pequeña, no eres lo bastante mayor para haber empezado a retardar, y ninguna mujer ha llevado el chal siendo tan joven como tú. Jamás en la historia de la Torre. Si alguna vez has estado allí, apuesto que vestías de blanco y chillabas cada vez que la Maestra de las Novicias miraba en tu dirección. La verdad es que habéis convencido a algún orfebre

para que os haga esos anillos. Sé que hay algunos lo bastante estúpidos para avenirse. O tal vez Nynaeve robó ése para ti, si es que lleva el suyo por derecho. En cualquier caso, puesto que no puedes ser una hermana, entonces tampoco puede serlo ella. Ninguna Aes Sedai viajaría con una mujer que finge serlo.

Elayne frunció el entrecejo, sin advertir que se mordisqueaba el labio inferior. Retardación. Retardar. ¿Cómo sabía esas palabras una posadera de Ebou Dar? Quizá Setalle Anan había estado en la Torre de joven, aunque no habría permanecido mucho tiempo ya que obviamente no podía encauzar. Elayne lo habría notado aun en el caso de que su habilidad fuera mínima como la de su propia madre, y Morgase Trakand poseía tan poca que la habrían mandado marchar en cuestión de semanas si no hubiese sido la heredera del trono.

—Suéltala, Nynaeve —dijo, sonriendo.

Realmente, Elayne se sentía mejor dispuesta hacia la mujer ahora. Debía de haber sido terrible hacer el viaje hasta Tar Valon sólo para ser rechazada. No había motivo para la que la mujer les creyese —aquello removió algo en su memoria, pero no supo qué—, ninguno en absoluto, pero si había hecho el viaje a Tar Valon, a lo mejor decidía cruzar la plaza de Mol Hara e ir a palacio. Merilille, o cualquiera de las otras hermanas, podía ponerla en su sitio de malas maneras.

—¿Que la suelte? —chilló Nynaeve—. Pero, Elayne…

—Suéltala. Señora Anan, veo que el único modo de convenceros es…

—Ni la Sede Amyrlin ni tres Asentadas me convencerían, pequeña. —¡Luz! ¿Alguna vez dejaría acabar una frase a una persona?—. Bien, no tengo tiempo para más jueguecitos. Puedo ayudaros a las dos o, mejor dicho, conozco a las que pueden hacerlo. Mujeres que acogen descarriadas. Y dad gracias a lord Mat de que me muestre dispuesta a conduciros hasta ellas, pero he de saber una cosa. ¿Habéis estado en la Torre alguna vez o sois espontáneas? Y si estuvisteis allí, ¿os echaron o escapasteis? Tratan la situación de forma distinta según sea el caso.

Elayne se encogió de hombros. Lo que las había llevado a la posada estaba hecho; no quería perder más tiempo y deseaba continuar con las otras cosas de las que debían ocuparse.

—Si no hay modo de convenceros, entonces no hay más que decir. ¿Nynaeve? Hace rato que tendríamos que habernos marchado.

Los flujos que rodeaban a la posadera desaparecieron, así como el brillo que envolvía a Nynaeve, pero ésta no se movió; miraba a la mujer con recelo, pero esperanzada.

—¿Decís que conocéis a un grupo de mujeres que pueden ayudarnos?

—¡Nynaeve! —exclamó Elayne—. No necesitamos ayuda. *Somos* Aes Sedai ¿recuerdas?

La señora Anan le dirigió una mirada sarcástica antes de sacudirse la falda para

colocarla y alisar las enaguas que se veían bajo los pliegues recogidos. Pero su atención estaba puesta verdaderamente en Nynaeve; Elayne no se había sentido tan relegada en toda su vida.

—Conozco a unas cuantas mujeres que acogen a las espontáneas, las huidas o las que no superaron la prueba para Aceptada o para alcanzar el chal, que aparecen esporádicamente por aquí. Debe de haber al menos cincuenta en total, aunque la cifra varía. Pueden ayudaros a emprender una vida sin el riesgo de que una verdadera hermana os haga desear que os desollen y acaben de una vez con vosotras. Bien, no me mientas. ¿Habéis estado en la Torre? Si huisteis, podríais cambiar de idea y decidir regresar. La Torre se las ingenió para encontrar a la mayoría de las huidas incluso durante la Guerra de los Cien Años, así que no pienses que este pequeño conflicto de ahora las frenará. A decir verdad, en tal caso te sugeriría que cruzaseis la plaza y os entregaseis a una de las hermanas. Me temo que encontraríais poca clemencia, pero creedme que sería más que la que mostrarán con vosotras si al final os obligan a regresar. Después de eso, ni siquiera se os pasará por la cabeza la idea de abandonar el recinto de la Torre sin permiso.

Nynaeve hizo una profunda inhalación.

—Se nos ordenó abandonar la Torre, señora Anan. Eso puedo jurároslo.

—¿Pero qué dices, Nynaeve? —Elayne la miraba con incredulidad—. Señora Anan, *somos* Aes Sedai.

La posadera se echó a reír.

—Pequeña, deja que hable con Nynaeve, que al menos es lo bastante mayor para tener sentido común. Repite eso a las componentes del Círculo y no les hará mucha gracia. No les importará que encaucéis; ellas también lo hacen, y os darán unos cuantos azotes u os echarán a la calle cogidas por la oreja si hacéis el tonto.

—¿Qué es ese Círculo? —demandó Elayne—. Somos Aes Sedai. Venid al palacio de Tarasin y lo comprobaréis.

—La tendré controlada —tuvo la desfachatez de decir Nynaeve, que la miraba ceñuda como si fuese ella la que había perdido la cabeza.

—Bien. —La señora Anan asintió—. Ahora, quitaos esos anillos y guardadlos. El Círculo no permite ese tipo de imposturas. Los mandarán fundir para daros una lección. Aunque, a juzgar por vuestras ropas, disponéis de dinero. Si lo habéis robado, procurad que Reanne no se entere. Una de las primeras reglas que tendréis que aprender es no robar ni siquiera si os estáis muriendo de hambre. No quieren atraer la atención sobre el grupo.

Elayne empuñó la mano y la escondió a la espalda; vio a Nynaeve quitarse sumisamente el anillo y guardarlo en la escarcela. ¡Nynaeve, que bramaba cada vez que Merilille o Adeleas o cualquiera de las otras olvidaba que era una hermana de derecho!

—Confía en mí, Elayne —pidió la antigua Zahorí.

Lo haría sin discutir si tuviese algún indicio de lo que se traía entre manos; no obstante, confiaba en ella. Casi siempre.

—Un pequeño sacrificio —murmuró. Las Aes Sedai no llevaban puesto el anillo cuando la situación lo requería; ella misma lo había hecho cuando se hacía pasar por una hermana, pero ahora la joya le pertenecía por derecho. Quitarse aquel aro de oro casi le produjo un dolor físico.

—Habla con tu amiga, pequeña —dijo la posadera a Nynaeve, con impaciencia —. Reanne Corly no aguantará ese gesto mohíno de niña enfurruñada, y si me hacéis perder la mañana para nada… Bueno, venid conmigo. Tenéis suerte de que lord Mat me caiga bien.

Elayne mantuvo la compostura por un pelo. ¿Gesto mohíno? ¿Niña enfurruñada? ¡Cuando tuviera ocasión, le daría una patada a Nynaeve donde más le doliera!

23



Entre una tejeduría y una tintorería

Nynaeve quería hablar con Elayne sin que la posadera la oyera, pero no encontró la ocasión enseguida. La mujer las condujo fuera del cuarto haciendo una buena imitación de un guardia llevando prisioneros, sin que la mirada cautelosa que echó a la puerta de Mat mermara su aire impaciente. En la parte posterior de la posada había otro tramo de escalones de piedra, sin barandilla, que bajaban a una calurosa y enorme cocina llena de olor a comida, donde la mujer más oronda que Nynaeve había visto en su vida enarbolaba un gran cucharón de madera como si fuese un cetro y dirigía a otras tres mujeres en la tarea de sacar de los hornos los crujientes panes recién hechos y reemplazarlos por rollos de masa blanca. En una olla grande, sobre uno de los fogones de azulejos blancos, se cocían lentamente las gachas de avena que se tomaban en el desayuno por estos lares.

—Enid —se dirigió la señora Anan a la mujer oronda—, voy a salir un rato. He de llevar a estas dos chiquillas con alguien que tiene tiempo para ocuparse de ellas como es debido.

Enid se limpió las grandes manos manchadas de harina en un paño y estudió a Nynaeve y a Elayne con aire desaprobador. Todo en ella era redondo: su cara sudorosa de tez olivácea; sus ojos oscuros; toda ella. Parecía estar hecha con grandes bolas embutidas en el vestido. El Cuchillo de Esponsales que llevaba colgando por encima del níveo delantal relucía con una docena de piedras finas.

—¿Son éstas las dos vocingleras de las que badajeaba Caira, señora? Unos bocados demasiado enteros para el gusto del joven señor, diría yo. A él le gustan tajadas más magras. —Por el tono, aquello le hizo gracia.

—Le dije a esa chica que no le diera a la lengua. —La posadera sacudió la cabeza, irritada—. No permitiré que un rumor de ese tipo marque a La Mujer Errante. Recuérdaselo a Caira de mi parte, Enid, y utiliza tu cucharón para que te preste atención si es necesario. —La mirada que les asestó a Nynaeve y a Elayne era tan despectiva que Nynaeve casi dio un respingo—. ¿Cualquiera con dos dedos de frente creería que estas dos son Aes Sedai? Gastando todo su dinero en vestidos caros para impresionar a un hombre y ahora se morirían de hambre a menos que le sonrían. ¡Aes

Sedai!

Sin dar ocasión a Enid de responder, cogió a Nynaeve de una oreja con la mano derecha, a Elayne de otra con la izquierda, y en tres zancadas las sacó al patio del establo.

Hasta ahí duró el pasmo de Nynaeve; entonces se soltó de un tirón, o más bien lo intentó, porque la mujer aflojó los dedos en ese mismo momento y la antigua Zahorí salió trompicando varios pasos y le asestó una mirada indignada. No había negociado para que la sacaran a rastras. Elayne levantó el mentón; sus azules ojos traslucían tal frialdad que a su amiga no le habría sorprendido ver que se le formaba escarcha en las pestañas.

Puesta en jarras, la señora Anan no pareció darse cuenta. O tal vez no le importó, simplemente.

—Espero que nadie ahí dentro dé crédito a Caira después de esto —comentó tranquilamente la mujer—. Si hubiese estado segura de que habrías tenido el sentido común de mantener la boca cerrada, habría dicho y hecho más para cerciorarme. —Se encontraba tranquila, pero en absoluto afable ni agradable; le habían ocasionado muchas molestias y desorganizado el trabajo de la mañana—. Seguidme y no os perdáis. Si ocurre tal cosa, no quiero ver vuestras caras cerca de mi posada otra vez o enviaré a alguien a palacio para informar a Merilille y a Teslyn. Son dos de las verdaderas hermanas y probablemente os rajarían por la mitad para tener cada una su parte.

La mirada de Elayne fue de la posadera a Nynaeve. No era una mirada furiosa ni ceñuda, pero sí explícita. La antigua Zahorí se preguntó si sería capaz de seguir adelante con aquello. Pensar en Mat bastó para convencerla; cualquier posibilidad era mejor que eso.

—No nos perderemos, señora Anan —contestó, esforzándose por parecer sumisa. Su actuación le pareció bastante buena, habida cuenta de que la sumisión no era su fuerte—. Gracias por ayudarnos. —Le sonrió a la posadera a la par que intentaba hacer caso omiso de su amiga, cuya mirada se tornó más tajante y dura. Con todo, tenía que asegurarse de que la mujer siguiera pensando que merecía la pena tomarse la molestia por ellas—. Estamos realmente agradecidas, señora Anan.

La posadera la observó con recelo y después resopló y sacudió la cabeza. Cuando aquello hubiese acabado, decidió Nynaeve, iba a llevar a la mujer a palacio, a rastras si era menester, y haría que las otras hermanas la trataran como a una igual en presencia de la señora Anan.

A una hora tan temprana, el patio del establo estaba desierto, con excepción de un chico de diez o doce años que sostenía un cubo y un tamiz con los que regaba el suelo de tierra apelmazada a fin de evitar el polvo. Las puertas blancas del establo se encontraban abiertas de par en par; delante había una carretilla con una horca para el

estiércol, puesta de través. Del interior salían unos sonidos como si alguien estuviera pisando a un enorme sapo; Nynaeve llegó a la conclusión de que era un hombre cantando. ¿Acaso tendrían que cabalgar para llegar a su destino? Hasta un corto trayecto resultaría incómodo; pensando que sólo tenían que cruzar la plaza y que volverían antes de que el sol estuviese alto, no habían cogido sombreros ni parasoles ni capas con embozos.

La señora Anan las condujo a través del patio, hacia un estrecho callejón que corría entre el establo y una pared alta, por encima de la cual asomaban unos árboles que estaban marchitos debido a la sequía. El jardín de alguien, no cabía ninguna duda. Un portillo al final del callejón las condujo a otro polvoriento y tan estrecho que la luz del amanecer apenas llegaba a él.

—Ahora, pequeñas, no os rezaguéis —dijo la posadera, echando a andar por el oscuro callejón—. Os lo advierto, si os perdéis, juro que iré yo misma a palacio.

Mientras la seguía, Nynaeve se agarró la coleta con las dos manos para no estrangular a la mujer. ¡Oh, qué no daría por unas pocas canas! Primero, las otras Aes Sedai, luego, los Marinos —¡Luz, no quería pensar en ellos!— y ahora una posadera. Nadie te tomaba en serio hasta que tenías el pelo un poco gris al menos; a su entender, ni siquiera la intemporalidad del rostro de una Aes Sedai pesaba tanto como unas canas.

Elayne se recogía la falda del vestido para evitar el polvo, pero el que levantaban al caminar se posaba en el repulgo de sus faldas.

—A ver si lo he entendido —dijo sin mirarla, hablando suavemente pero con frialdad. De hecho, con mucha frialdad. Dominaba tan bien lo de vapulear a la gente sin que su tono se alterara que Nynaeve la admiraba por ello… generalmente. En ese momento, lo único que logró fue despertar su deseo de abofetearla—. Podríamos hallarnos de vuelta en palacio, tomando té de arándanos y disfrutando del soplo de la brisa mientras esperábamos a que maese Cauthon trasladara sus bártulos y que quizás Aviendha y Birgitte nos trajeran alguna pista útil. Por último, podríamos estar discutiendo qué hacer exactamente con ese hombre, si seguirlo por las calles del Rahad y ver qué pasa o conducirlo a los edificios que se parecen al que vimos en el *Tel'aran'rhiod* o dejar que los eligiese él. Tiene que haber cientos de modos de aprovechar la mañana, como decidir si es seguro que volvamos con Egwene, no sólo ahora, sino jamás, después del acuerdo que los Marinos nos sacaron. Tenemos que hablar sobre ello antes o después; hacer como si no hubiese pasado no servirá de nada. En cambio, vamos sólo la Luz sabe dónde, guiñando los ojos para protegerlos del sol durante todo el camino si las cosas no cambian, a fin de hablar con unas mujeres que dan cobijo y comida a las huidas de la Torre. En lo que a mí respecta, no tengo demasiado interés en atrapar huidas esta mañana o cualquier otra. Pero no me cabe ninguna duda de que puedes explicármelo para que lo entienda. Y no imaginas

cuánto deseo entenderlo, Nynaeve, porque detestaría pensar que voy a ir dándote de patadas todo el camino de regreso hasta la plaza de Mol Hara sin ninguna razón.

Las cejas de Nynaeve se fruncieron. ¿Darle de patadas? Elayne se estaba volviendo verdaderamente violenta por pasar tanto tiempo con Aviendha. Alguien tendría que poner un poco de sentido común en esas dos a base de bofetadas.

—El sol aún no ha subido tanto como para que tengamos que guiñar los ojos —murmuró Nynaeve. Pero no tardaría mucho, por desgracia—. Piensa, Elayne. Cincuenta mujeres que encauzan, que ayudan a espontáneas y a las que rechaza la Torre. —A veces se sentía culpable por utilizar el término «espontáneas»; en boca de la mayoría de las Aes Sedai era un insulto, pero ella se proponía que lo pronunciaran como una divisa de orgullo algún día—. Y se ha referido a ellas como «el Círculo». A mí no me suena en absoluto como un grupito de amigas, sino como algo bastante más organizado.

El callejón serpenteaba entre altos muros y fachadas traseras de edificios, en muchos de los cuales se veían los ladrillos bajo el yeso descascarillado, entre jardines de palacios y comercios donde alguna puerta trasera abierta dejaba ver plateros, sastres o talladores trabajando. Cada dos por tres, la señora Anan echaba un vistazo hacia atrás para asegurarse de que aún la seguían. Nynaeve le lanzaba sonrisas y asentimientos de cabeza que esperaba transmitieran entusiasmo.

—Nynaeve, si unas mujeres capaces de encauzar, aunque sólo fuesen dos, crearan una sociedad, la Torre se les echaría encima como una manada de lobos. De todos modos ¿cómo sabe la señora Anan si encauzan o no? Las mujeres que pueden y no son Aes Sedai no van por ahí haciendo alarde de ello, ¿sabes? Al menos, no durante mucho tiempo. En cualquier caso, no veo qué importancia puede tener. Tal vez Egwene quiera llevar a la Torre a todas las mujeres que saben manejar el Poder, pero no hemos venido aquí para eso.

El tono frío y paciente de Elayne había conseguido que las manos de Nynaeve asieran crispadas la coleta. ¿Cómo podía ser tan corta de entendederas? Enseñó los dientes de nuevo a la señora Anan en un remedo de sonrisa y se las arregló para no mirar ceñuda la espalda de la posadera cuando ésta giró de nuevo la cabeza hacia el frente.

—Cincuenta mujeres no son dos —susurró ferozmente. Tenían que poder encauzar; todo dependía de eso—. Es absolutamente ilógico que ese Círculo se halle en la misma ciudad donde hay un almacén repleto de *angreal* y cosas semejantes sin que al menos tenga conocimiento de su existencia. Y si saben algo… —no pudo remediar que la satisfacción endulzara su voz—, entonces habremos encontrado el Cuenco sin ayuda de maese Matrim Cauthon. Podremos olvidar esas absurdas promesas.

—No eran ningún soborno, Nynaeve —respondió, absorta, Elayne—. Yo las

mantendré, y tú también si tienes honor, y estoy convencida de que lo tienes.

Nynaeve se ratificó en la idea de que la joven estaba pasando demasiado tiempo con Aviendha. No entendía el motivo por el que Elayne había empezado a pensar que todas ellas debían seguir ese ridículo *ji*… lo que fuera, de los Aiel. Elayne se mordió el labio inferior con gesto pensativo. Toda la frialdad de un momento antes había desaparecido y, aparentemente, volvía a ser la de siempre.

—Nunca habríamos ido a la posada de no ser por maese Cauthon —dijo finalmente—, de modo que no conoceríamos a la singular señora Anan ni ésta nos llevaría a ese Círculo. Por lo tanto, si el Círculo nos conduce hasta el Cuenco, tendremos que admitir que él fue la causa fundamental.

Mat Cauthon; parecía tener marcado a fuego ese nombre en su mente. Tropezó con sus propios pies y soltó la trenza para levantar la falda. El suelo del callejón estaba lejos de ser liso como una plaza pavimentada, y aún más lejos de los pisos de un palacio. En ocasiones, era mejor una Elayne ofuscada que una Elayne pensando con claridad.

—Singular —rezongó Nynaeve—. Se va a enterar cuando todo esto haya acabado. Nadie nos ha tratado de ese modo, Elayne, ni siquiera la gente que dudaba, ni siquiera los Marinos. La mayoría se apartaría con recelo si una cría de diez años dijera que es Aes Sedai.

—La mayoría de la gente ignora qué aspecto tiene el rostro de una Aes Sedai, Nynaeve. Creo que la posadera ha estado en la Torre. Sabe cosas que, de otro modo, no podría saber.

Nynaeve resopló despectiva y miró ceñuda la espalda de la mujer que caminaba delante. Es posible que Setalle Anan hubiera estado en la Torre diez veces o cien, pero reconocería como Aes Sedai a Nynaeve al'Meara. Y le pediría disculpas. ¡Y también sabría lo que era que la llevaran de una oreja! La señora Anan miró hacia atrás y la antigua Zahorí le dedicó una sonrisa tirante e inclinó la cabeza como si en lugar de cuello tuviese un gozne.

—Elayne, si esas mujeres saben dónde está el Cuenco… No tenemos por qué decirle a Mat cómo lo encontramos.

—No veo razón para hacerlo —contestó la heredera del trono, que a continuación echó por tierra todas sus esperanzas al añadir—: Pero tendremos que preguntar a Aviendha para estar seguras.

Si no hubiese pensado que la señora Anan las habría dejado allí mismo, Nynaeve habría chillado.

El sinuoso callejón desembocó en una calle y la posibilidad de seguir hablando terminó. Al frente, por encima de los tejados, empezaba a asomar el sol, cegador; Elayne se cubrió los ojos con una mano de manera ostentosa. Nynaeve se negó a darle la satisfacción de hacer lo mismo. Y bien mirado, tampoco era tan incómodo, se

dijo. En realidad, la antigua Zahorí apenas tenía que guiñar los ojos. El cielo azul parecía mofarse de su percepción del tiempo, que todavía le seguía indicando una tormenta sobre la ciudad.

Aun a tan temprana hora unos cuantos carruajes lacados deambulaban por las sinuosas calles, así como varias sillas de mano, aún más brillantes, acarreadas por dos o a veces cuatro porteadores descalzos, con los correspondientes chalecos a rayas verdes y rojas; el hecho de que fueran trotando indicaba que transportaban viajeros ocultos tras las celosías de madera que formaban la caja de la silla. Carros y carretas traqueteaban sobre el pavimento de adoquines, y la gente empezaba a llenar las calles a la par que las tiendas abrían las puertas y los toldos se alzaban. Había aprendices que corrían a realizar algún encargo y hombres con alfombras enrolladas cargadas al hombro; volatineros, juglares y músicos se preparaban en unas esquinas, mientras en otras lo hacían los vendedores ambulantes con sus bandejas de alfileres o cintas o fruta casi pasada. En las lonjas de pescado y carne hacía mucho que reinaba una vocinglera actividad; quienes se encargaban de la venta del pescado eran mujeres en su totalidad y de la carne en su mayoría, excepto la de vaca.

Abriéndose paso entre la multitud, esquivando carruajes, sillas de mano y carretas que aparentemente no veían motivo para aminorar la velocidad, la señora Anan marcó un paso rápido para compensar las interrupciones. Y de éstas había de sobra. Parecía ser una mujer muy conocida a la que saludaban tenderos, artesanos y otras posaderas que estaban en las puertas de sus establecimientos. Los tenderos y artesanos recibían en respuesta unas cuantas palabras y un amable saludo con la cabeza, pero con las posaderas se detenía para charlar unos momentos. Después de que ocurriese la primera vez, Nynaeve deseó fervientemente que no volviera a hacerlo; tras la segunda, rezó para que no pasara más. A la tercera, clavó la vista al frente e intentó en vano no oír qué decían. El gesto de Elayne se fue haciendo más y más tenso, más y más frío; llevaba la barbilla tan levantada que era todo un logro que pudiese ver por dónde caminaba.

Y tenía razón para hacerlo, tuvo que admitir a regañadientes Nynaeve. En Ebou Dar, cualquiera que vistiese de seda podía caminar la distancia de una plaza, pero no más. Todas las demás personas que había a la vista vestían paño o lino, rara vez con mucho bordado, excepto alguno que otro mendigo que había conseguido un atuendo desechado de seda, deshilachado por todos los bordes y con más agujeros que tejido. Ojalá la señora Anan hubiese elegido cualquier otra explicación de por qué las conducía por las calles. Ojalá no tuviera que volver a oír la historia de dos muchachas que habían gastado todo su dinero en ropas caras para impresionar a un hombre. Y Mat, así la Luz lo abrasara, salía bien parado de todo. Un joven interesante, si la señora Anan no hubiese estado casada, un fabuloso bailarín con un pequeño toque de bribón. Todas las mujeres reían. Pero no Elayne ni ella. No las gatitas melosas —así

se refería a ellas la señora Anan—, esas bobas sin dos dedos de frente que se habían quedado sin un céntimo por perseguir a un hombre y que llevaban las escarcelas llenas de pedacitos de latón y de estaño para engañar a los tontos, mentecatas que habrían acabado mendigando o robando si la señora Anan no hubiese conocido a alguien que podría darles trabajo en la cocina.

—No tiene por qué detenerse en todas las posadas de la ciudad —gruñó Nynaeve mientras se alejaban de El Ganso en Apuros, un edificio amplio de tres plantas, cuya posadera lucía grandes granates en las orejas a despecho del nombre de su establecimiento. La señora Anan apenas miraba ahora hacia atrás para comprobar que la seguían—. ¿Te das cuenta de que no podremos aparecer en ninguno de esos sitios?

—Sospecho que es justo de lo que se trata. —Cada palabra pronunciada por Elayne parecía un pedacito de hielo—. Nynaeve, como todo esto no sea más que una cacería de gamusinos…

No hizo falta que acabara la frase para que la amenaza quedara sobrentendida. Con Birgitte y Aviendha para ayudarla, y lo harían, Elayne le haría la vida imposible hasta quedar satisfecha.

—Nos llevarán hasta el Cuenco —insistió Nynaeve al tiempo que agitaba las manos para espantar a un mendigo que tenía una horrible cicatriz purpúrea bajo la que desaparecía uno de sus ojos; sabía distinguir pasta de harina mezclada con tintura azul cuando la veía—. Estoy convencida de que lo harán.

Elayne aspiró aire por la nariz de manera expresiva. Nynaeve perdió la cuenta de los puentes que cruzaron, grandes y pequeños, con barcazas deslizándose por debajo. El sol había ascendido por encima de los tejados, a una distancia igual a su diámetro; después, esa medida se duplicó. La señora Anan no caminaba en línea recta un solo tramo —de hecho, parecía desviarse del camino a propósito para pasar ante posadas —, pero se dirigían hacia el este. Nynaeve calculaba que se encontraban cerca del río cuando la posadera se volvió de repente hacia ellas.

—Ahora, cuidado con lo que decís. Hablad cuando se dirijan a vosotras, nada más. Como me avergoncéis… —Tras dedicarles un último gesto ceñudo y mascullar entre dientes que probablemente estaba cometiendo un error, la mujer les indicó con un brusco movimiento de cabeza que la siguieran de nuevo, y se dirigió a una casa de tejado plano que había justo enfrente.

No era un edificio grande; tenía dos pisos y un único balcón. En algunos sitios donde el yeso se había desconchado se veían los ladrillos. Tampoco su ubicación era agradable, con el ruidoso golpeteo de los telares de una tejeduría a un lado y los penetrantes olores de una tintorería al otro. Una doncella abrió la puerta; era una mujer canosa, de mandíbula cuadrada, hombros que nada tenían que envidiar a los de un herrero y ojos acerados en el semblante sudoroso. Al pasar detrás de la señora Anan, Nynaeve sonrió. En alguna parte de la casa una mujer estaba encauzando.

Obviamente, la doncella de mandíbula cuadrada reconoció a Setalle Anan a primera vista, pero su reacción fue extraña. Hizo una reverencia muy respetuosa, si bien se notaba que estaba sorprendida de verla y que le extrañaba que hubiese ido allí. Casi no pudo controlar el nerviosismo antes de dejarlas pasar. Sin embargo, no hubo ambivalencia en el modo en que recibió a Nynaeve y a Elayne, a quienes condujo a una salita que había en el piso de más arriba.

—No mováis un dedo ni toquéis nada o recibiréis vuestro merecido —les advirtió firmemente, tras lo cual se marchó.

La antigua Zahorí miró a su amiga.

—Nynaeve, que haya una mujer encauzando no significa… —La percepción cambió, creciendo por un momento para después menguar hasta ser menos intensa que al principio—. Incluso dos mujeres no significa nada —protestó Elayne, pero su tono era vacilante—. Esa mujer es la doncella con peores modales que he visto en mi vida.

Se acomodó en una silla roja de respaldo alto; al cabo de un momento Nynaeve también se sentó, pero lo hizo en el borde. Por la impaciencia, no por nerviosismo, se dijo. No estaba nerviosa en absoluto.

El cuarto no era lujoso, pero las baldosas azules y blancas relucían de limpias, y las paredes de color verde claro parecían recién pintadas. No había rastro de dorados en ninguna parte, desde luego, pero sí era fino el trabajo de talla de las sillas colocadas a lo largo de las paredes y de unas cuantas mesitas de un color azul más oscuro que las baldosas. Las lámparas colgadas en apliques eran claramente de latón, pulido hasta hacerlo brillar. En la chimenea, barrida, había ramas de árboles perennes, cuidadosamente colocadas, y la repisa era de piedra tallada, no simple mampostería. El motivo de la talla era una elección extraña, lo que la gente de Ebou Dar y sus alrededores llamaba los Trece Pecados: un hombre con los ojos tan grandes que casi ocupaban toda su cara, por la Envidia; un tipo con la lengua colgando hasta los tobillos, por la Maledicencia; un hombre enseñando los dientes y aferrando monedas contra su pecho, por la Avaricia, y así sucesivamente. No obstante, el conjunto le produjo una gran satisfacción. Quienquiera que pudiera permitirse el lujo de tener ese cuarto, también podía permitirse revocar la fachada del edificio, y la única razón para no hacerlo era mantener una actitud discreta que no llamase demasiado la atención.

La doncella había dejado la puerta abierta y de repente llegó el sonido de voces procedentes del pasillo.

—No puedo creer que las hayas traído aquí. —El tono de la persona que hablaba era tenso por la ira y la incredulidad—. Sabes lo cautelosas que somos, Setalle. Sabes más de lo que deberías y, sin duda, eres consciente de ello.

—Lo lamento mucho, Reanne —contestó formalmente la señora Anan—. Supongo que no lo pensé. Me… hago responsable del comportamiento de estas

chicas y me someto a tu juicio.

—¡Pues claro que no! —El timbre de Reanne sonó agudo por la conmoción—. Es decir… Me refería a que no deberías haberlo hecho, pero… Setalle, te pido disculpas por haber alzado la voz. Di que me perdonas, por favor.

—No tienes por qué disculparte, Reanne. —La posadera se las ingenió para que su voz sonara compungida y renuente a la vez—. Hice mal al traerlas aquí.

—No, no, Setalle, no debería haberte hablado así. Por favor, tienes que perdonarme. Por favor.

La señora Anan y Reanne Corly entraron en la salita y Nynaeve parpadeó sorprendida. Por el intercambio de frases, esperaba ver a una mujer más joven que Setalle Anan, pero Reanne tenía más canas que cabellos de su color y una cara llena de lo que podrían haber sido arrugas expresivas, aunque ahora se marcaban más por el gesto de preocupación. ¿Por qué una mujer de más edad se humillaría ante otra más joven? ¿Y por qué la más joven lo asumía, por poco entusiasmo que pusiera en ello? La Luz sabía que las costumbres de ese país eran distintas, algunas más de lo que le gustaba pensar, pero a buen seguro no hasta ese punto. Claro que tampoco ella se había mostrado muy humilde con el Círculo de Mujeres del pueblo, pero esto…

Ni que decir tiene que Reanne podía encauzar —lo había supuesto; o había confiado en que fuera así, en cualquier caso—, pero lo que no esperaba era la fuerza. Reanne no era tan fuerte como Elayne, ni siquiera como Nicola —¡así cegara la Luz a esa condenada muchacha!—, pero sí estaba más o menos a la par de Sheriam o de Kwamesa o de Kiruna. No había muchas mujeres que poseyeran tanta fuerza y, aunque ella en particular la superaba por bastante margen, la sorprendió encontrar allí a una mujer de esas condiciones. Debía de ser una de las espontáneas; la Torre habría hallado el modo de conservar a una mujer así aunque para ello la hubiesen tenido que retener con un vestido de novicia toda su vida.

Nynaeve se incorporó cuando cruzaron la puerta y se alisó los pliegues de la falda. No por nerviosismo, desde luego; naturalmente que no. Pero ojalá que todo aquello acabara pronto…

Los penetrantes ojos azules de Reanne estudiaron a las dos mujeres con la actitud de alguien que acaba de encontrar en su cocina dos cerdos recién salidos de la pocilga y goteando barro. Se enjugó la cara con un pañuelo minúsculo, aunque dentro de la casa hacía más fresco que en la calle.

—Supongo que algo tendremos que hacer con ellas —murmuró—, si es que poseen lo que afirman. —Su timbre seguía siendo bastante claro, musical y casi juvenil. Al terminar de hablar dio un pequeño respingo por alguna razón y miró de reojo a la posadera, lo que dio pie a otra sarta de disculpas renuentes por parte de la señora Anan y a los azorados intentos de la señora Corly para rechazarlas. En Ebou Dar, cuando la gente era verdaderamente cortés, las disculpas de unos a otros podían

alargarse durante una hora.

Elayne también se había levantado y exhibía una sonrisa ligeramente tirante. Enarcó una ceja al mirar a Nynaeve, apoyó el codo en la palma de una mano y posó los dedos contra su mejilla. La antigua Zahorí se aclaró la voz.

—Señora Corly, me llamo Nynaeve al'Meara y ésta es Elayne Trakand. Estamos buscando…

—Setalle me lo ha contado todo sobre vosotras —la interrumpió con tono grave la mujer. Por muchos cabellos grises que tuviera, Nynaeve sospechaba que la tal Reanne también era tan dura como un muro de piedra—. Practica un poco la paciencia, muchacha, y ya trataré contigo directamente. —Se volvió hacia Setalle mientras se enjugaba el sudor de las mejillas con el pañuelo. Un tono de deferencia apenas reprimido asomó de nuevo a su voz—. Setalle, si haces el favor de disculparme, he de interrogar a estas chicas, y…

—Mirad quién ha vuelto al cabo de los años —exclamó una mujer baja y fornida, de mediana edad, que entró sin llamar en la salita y señaló con un gesto de la cabeza a la mujer que la acompañaba. A pesar de su vestido ebudariano y su rostro moreno que brillaba por el sudor, su acento era puro cairhienino. Su compañera, igualmente sudorosa, vestida con el sencillo atuendo de paño oscuro propio de una mercader, era una cabeza más alta que ella y más o menos de la edad de Nynaeve, con oscuros ojos rasgados, nariz aguileña y boca generosa—. ¡Es Garenia! Se… —El torrente de palabras se cortó bruscamente cuando la fornida mujer, desconcertada, reparó en que había alguien más.

Reanne unió las manos como si estuviese rezando o quizá porque deseaba abofetear a alguien.

—Berowin —dijo con un timbre cortante—, algún día vas a saltar por un precipicio antes de verlo bajo tus pies.

—Lo siento, Rect… —La cairhienina enmudeció de golpe; abochornada, bajó los ojos. Por su parte, la saldaenina se puso a toquetear y mirar un broche de piedras rojas que llevaba prendido en el pecho.

Nynaeve lanzó una mirada triunfante a Elayne. Las dos recién llegadas podían encauzar, y alguien seguía abrazando el *Saidar* en alguna parte de la casa. Dos más, y aunque Berowin no era muy fuerte, Garenia superaba incluso a Reanne; igualaría a Lelaine o a Romanda. Tampoco es que importara, desde luego, pero con ellas la cifra ascendía a cinco. El gesto obstinado de Elayne se mantuvo, pero al momento la joven suspiró e hizo un leve gesto de asentimiento. A veces costaba un esfuerzo ímprobo convencerla de algo.

—¿Te llamas Garenia? —preguntó lentamente la señora Anan, que miraba a la mujer con expresión inquisitiva—. Te pareces mucho a alguien que conocí una vez. Zarya Alkaese.

Los oscuros y rasgados ojos parpadearon con sorpresa. La mercader saldaenina sacó de la manga un pañuelo rematado con puntilla y se enjugó las mejillas dándose toquecitos.

—Es el nombre de mi tía abuela —contestó al cabo de un momento—. Dicen que guardo un gran parecido con ella. ¿Se encontraba bien cuando la visteis? Se olvidó por completo de su familia después de marcharse para hacerse Aes Sedai.

—Tu tía abuela. —La posadera rió quedamente—. Por supuesto. Se encontraba bien cuando la vi, pero de eso hace mucho tiempo. Por entonces yo era más joven que tú.

Reanne se había acercado a la señora Anan; la cogió por el codo y se apresuró a intervenir:

—Setalle, de veras lo siento, pero he de pedirte que nos disculpes. ¿Me perdonas si no te acompaño a la puerta?

La señora Anan le ofreció disculpas a su vez, como si ella tuviese la culpa de que la otra mujer no la escoltara, y se marchó después de lanzar una última mirada dubitativa a Nynaeve y a Elayne.

—¡Setalle! —exclamó Garenia tan pronto como la posadera se hubo ido—. ¿Ésa era Setalle Anan? ¿Cómo ha…? ¡Luz de los cielos! Incluso después de setenta años, la Torre le…

—Garenia —dijo la señora Corly con un timbre en extremo cortante Su mirada lo era más aún, y el rostro de la saldaenina enrojeció—. Ya que las dos os encontráis aquí, podemos preparar las preguntas entre las tres. Vosotras, pequeñas, quedaos donde estáis y guardad silencio.

Las últimas palabras fueron dirigidas a Nynaeve y a Elayne. Las otras mujeres se retiraron a una esquina en un apretado corro y empezaron a conversar en quedos murmullos. Elayne se acercó a Nynaeve.

—No me gustó que me trataran como a una novicia cuando lo era. ¿Cuánto tiempo más te propones seguir con esta farsa?

—Chist. Estoy intentando escuchar, Elayne —susurró.

Usar el Poder quedaba totalmente descartado, desde luego. Las tres mujeres lo habrían notado al instante. Por suerte, no habían creado barreras, quizá porque no sabían cómo, y a veces sus voces se alzaban justo lo suficiente.

—… dijo que quizás eran espontáneas —musitó Reanne, y la impresión y el asco se plasmaron en los semblantes de las otras dos.

—Entonces las acompañamos a la puerta —dijo Berowin—. A la de atrás. ¡Espontáneas!

—Sigo queriendo saber quién es esa Setalle Anan —intervino Garenia.

—Si eres incapaz de centrarte en el asunto que ahora nos ocupa —le dijo Reanne —, quizá deberías pasar este turno en la granja. Alise sabe maravillosamente bien

cómo concentrar una mente. Y ahora…

De nuevo el sonido de sus palabras se redujo a un zumbido. Apareció otra doncella, una mujer esbelta, bonita excepto por su expresión hosca, con un vestido de tosca lana gris y un largo delantal blanco. Dejó una bandeja lacada en verde sobre una de las mesitas, se enjugó de manera subrepticia las mejillas con una punta del delantal y empezó a trastear con las tazas de cerámica azul y una tetera a juego. Nynaeve enarcó las cejas. Esa mujer también podía encauzar, aunque muy débilmente. ¿Qué hacía trabajando como sirvienta?

Garenia miró hacia atrás y dio un respingo.

—¿Qué ha hecho Derys para merecer un castigo? Pensaba que rompería una regla cuando las ranas criaran pelo.

Berowin aspiró sonoramente por la nariz, pero su respuesta apenas fue audible:

—Quería casarse. Adelantará un turno e irá con Keraille al día siguiente de la Fiesta de la Media Luna. Eso apaciguará a maese Denal.

—¿Acaso las dos deseáis azadonar los campos en lugar de Alise? —instó secamente Reanne, y el tono de las voces bajó de nuevo.

Nynaeve sintió una oleada de excitación. Le importaban poco las reglas, al menos las de otras personas —la gente rara vez veía la situación con tanta claridad como ella y, por consiguiente, establecían reglas estúpidas; ¿por qué esa mujer, Derys, no podía casarse si quería, por ejemplo?—, pero la existencia de reglas y castigos señalaba una sociedad. Ella tenía razón. Y había otra cosa. Le dio con el codo a Elayne hasta que ésta se inclinó un poco para escucharla.

—Berowin lleva un cinturón rojo —susurró. Aquello indicaba una Mujer Sabia, una de las legendarias sanadoras de Ebou Dar cuyos poderes curativos eran conocidos en todas partes como los mejores después de los de las Aes Sedai, hasta el punto de sanar casi todo. Supuestamente, las curaciones se llevaban a cabo con hierbas y conocimientos terapéuticos, pero…—. ¿Cuántas Mujeres Sabias hemos visto, Elayne? ¿Cuántas podían encauzar? ¿Cuántas eran ebudarianas o incluso altaranesas?

—Siete, contando a Berowin —fue la queda respuesta—, y sólo una de ellas era oriunda de aquí, a mi entender.

¡Ja! Las otras, obviamente, no lo eran. Elayne inhaló profundamente.

—Sin embargo, ninguna, poseía ni de lejos la fuerza de estas mujeres —prosiguió la heredera del trono en un susurro.

Al menos no había insinuado que estaban equivocadas de algún modo; todas aquellas Mujeres Sabias poseían el don.

—Nynaeve, ¿estás sugiriendo realmente que las Mujeres Sabias, todas las Mujeres Sabias, tienen…? Eso sería absolutamente inconcebible.

—¡Elayne, esta ciudad tiene un gremio incluso para los hombres que barren las

plazas por la noche! Creo que acabamos de encontrar la «Rancia Hermandad Arrabalera de Mujeres Sabias».

—No. —La testaruda joven sacudió la cabeza—. La Torre habría enviado aquí a cien hermanas hace años, Nynaeve. A doscientas. Cualquier cosa de ese tipo habría sido aplastada sin contemplaciones.

—Tal vez la Torre no lo sepa —adujo Nynaeve—. Quizás el gremio mantiene la suficiente discreción para que la Torre nunca haya considerado que merecía la pena tomarse la molestia de desarticularlo. No existe una ley que prohíba encauzar si no se es Aes Sedai, sino contra hacerse pasar por Aes Sedai o hacer uso incorrecto del Poder u ocasionar el descrédito. —Eso significaba hacer cualquier cosa que diese mala imagen a las verdaderas Aes Sedai, si es que se daba el caso de que alguien pensara que eras una de ellas, lo que era hilar muy fino, a su modo de ver. El verdadero problema, sin embargo, era que Nynaeve no lo creía. La Torre parecía saberlo todo, y probablemente disolvería hasta un grupo reunido para hacer colchas si las mujeres que lo componían eran capaces de encauzar. Empero, debía de haber alguna explicación para…

Nynaeve advirtió, sólo por encima, que se estaba abrazando la Fuente Verdadera, pero de repente fue plenamente consciente de ello. Abrió la boca cuando un flujo de Aire asió su coleta a la altura de la nuca y tiró de ella hacia el otro lado del cuarto. Elayne corría a su lado, con la faz congestionada por la furia. Lo peor de todo era que ambas estaban escudadas.

La corta carrera acabó cuando se les permitió plantar bien los pies en el suelo, delante de la señora Corly y las otras dos; las tres estaban sentadas en las sillas rojas alineadas en la pared, y el brillo del *Saidar* las envolvía.

—Se os dijo que estuvieseis calladas —manifestó firmemente Reanne—. Si decidimos ayudaros, tendréis que aprender que se espera de vosotras una obediencia tan estricta como la de la propia Torre Blanca. —Esas últimas palabras sonaron imbuidas de un tono reverente—. Os diré que habríais sido recibidas más amablemente si no hubieseis acudido a nosotras de un modo tan irregular.

El flujo que asía la coleta de Nynaeve desapareció. Elayne sacudió la cabeza airadamente cuando la soltaron.

La estupefacción dio paso a una ardiente indignación cuando Nynaeve advirtió que era Berowin la que mantenía su escudo. La mayoría de las Aes Sedai que conocía estaban por encima de Berowin; casi todas ellas lo estaban. Recobró el autocontrol y se esforzó por llegar a la Fuente, esperando que los tejidos se hiciesen añicos. Al menos demostraría a esas mujeres que a ella no se la… Los tejidos se estiraron. La oronda cairhienina sonrió y el rostro de Nynaeve se tornó tormentoso. El escudo se estiró más y más, hinchándose como un globo. Pero no se rompió. No podía ser verdad. Cualquiera podía aislarla de la Fuente si la cogía por sorpresa, naturalmente,

y alguien más débil que ella podría mantener el escudo una vez tejido, pero no alguien tan débil. Además, un escudo no se dilataba tanto sin quebrarse. ¡Era imposible!

—Podrías romperte un vaso sanguíneo si sigues haciendo eso —dijo Berowin, casi amigablemente—. Nosotras no intentamos llegar por encima de nuestra condición, pero las habilidades se pulen con el tiempo, y ésta siempre fue en mí casi como un Talento. Podría retener escudado a uno de los Renegados.

Nynaeve frunció el entrecejo y dejó de intentarlo. Podía esperar. Puesto que no tenía otra alternativa, podía esperar.

Derys se acercó llevando la bandeja y repartió tazas de oscuro té. A las tres mujeres sentadas, claro. Ni una sola vez miró hacia las dos jóvenes; tras hacer una reverencia perfecta, regresó a su mesa.

—Podríamos haber estado bebiendo infusión de arándanos, Nynaeve —dijo Elayne al tiempo que le lanzaba tal mirada que la antigua Zahorí casi retrocede. Quizá sería mejor no esperar demasiado.

—Guarda silencio, muchacha. —El tono de la señora Corly era sosegado, pero se enjugó el sudor de la cara con el pañuelo con golpecitos irritados—. Nuestra información sobre vosotras señala que sois descaradas y polémicas, que perseguís a los hombres y que mentís. A lo que he de añadir que sois incapaces de seguir las instrucciones más sencillas. Todo ello ha de cambiar si buscáis nuestra ayuda. Todo. Esto es de lo más irregular. Dad gracias de que estemos dispuestas a hablar con vosotras.

—Buscamos vuestra ayuda, es cierto —asintió Nynaeve. Ojalá Elayne dejara de dirigirle aquella mirada iracunda; era peor que la dura mirada de la señora Corly. Bueno, por lo menos igual de mala—. Necesitamos desesperadamente encontrar un *ter'angreal*…

—Por lo general —la interrumpió Reanne como si no hubiese hablado—, conocemos de antemano a las chicas que nos traen, pero debemos asegurarnos de que sois lo que decís. ¿Cuántas puertas puede utilizar una novicia para ir a la biblioteca de la Torre, y cuáles son? —Tomó un sorbito de té y esperó.

—Dos. —La palabra rezumaba veneno en la boca de Elayne—. Las puertas principales del lado este, cuando la envía una hermana, o la pequeña de la esquina sudoeste, llamada la Puerta de las Novicias, cuando va por su propia cuenta. ¿Durante cuánto tiempo más, Nynaeve?

Garenia, que mantenía el escudo de Elayne, encauzó otro fino flujo de Aire, sin delicadeza. Elayne se estremeció otra vez. Nynaeve se encogió, admirada de que no hubiese llevado las manos al trasero.

—Un lenguaje cortés es otro requisito —murmuró irónicamente Garenia mientras se llevaba la taza a los labios.

—Es la respuesta correcta —dijo la señora Corly, como si no hubiese ocurrido nada más. Sin embargo, dirigió una fugaz ojeada a la saldaenina—. Bien, ¿cuántos puentes hay en el Jardín Acuático?

—Tres —espetó Nynaeve, principalmente porque lo sabía. Lo de la biblioteca lo ignoraba, ya que nunca había sido novicia—. Necesitamos saber…

Berowin no tenía fuerza suficiente para dedicar parte de ella a encauzar un flujo de Aire, pero la señora Corly sí podía, y lo hizo. Manteniendo a duras penas el gesto impasible, Nynaeve apretó los puños en la falda para que no le temblaran las manos. Elayne tuvo el descaro de dedicarle una fría sonrisilla. Fría, pero satisfecha.

Les hicieron una docena más de preguntas, desde cuántos pisos tenían las dependencias de las novicias —doce— hasta en qué circunstancias se le permitía a una novicia entrar en la Antecámara de la Torre —para llevar mensajes o para ser expulsada de la Torre por una falta; por ningún otro motivo—, y se sucedieron sin que Nynaeve pudiese intercalar más de dos o tres palabras. Empezaba a sentirse como una novicia en la Antecámara, donde se les permitía hablar. Ésa era una de las pocas respuestas que sabía, pero afortunadamente Elayne respondió enseguida al ver que ella no lo hacía. Nynaeve lo habría hecho mejor si hubiesen preguntado sobre Aceptadas; al menos, un poco mejor. Sin embargo, lo único que les interesaba era lo que una novicia debería saber. Se alegró de que Elayne estuviese dispuesta a seguirles el juego, aunque, a juzgar por la palidez de sus mejillas y por el modo en que tenía alzado el mentón, no iba a aguantarlo mucho más.

—Supongo que Nynaeve estuvo realmente allí —dijo por último Reanne, que intercambió una mirada con las otras—. Si Elayne la hubiese instruido para pasar el interrogatorio, creo que lo habría hecho mejor. Hay personas que se pasan la vida en las nubes.

Garenia resopló, aunque después asintió lentamente. El gesto de asentimiento de Berowin llegó con demasiada prontitud para el gusto de Nynaeve.

—Por favor —empezó cortésmente. Podía ser amable cuando la ocasión lo requería, dijeran lo que dijeran los demás—. De verdad necesitamos encontrar un *ter'angreal* que los Marinos llaman el Cuenco de los Vientos. Se encuentra en un viejo y polvoriento almacén, en alguna parte del Rahad, y creo que vuestro gremio, vuestro Círculo, debe de saber dónde. Ayudadnos, por favor.

Tres rostros repentinamente pétreos la contemplaban.

—Esto no es un gremio —repuso fríamente la señora Corly—, sólo un grupo de unas cuantas amigas que no encontraron un hueco en la Torre Blanca. —De nuevo, aquel tono reverencial—. Y que son lo bastante necias para echar una mano de vez en cuando donde se necesita. No queremos saber nada de *ter'angreal* ni *angreal* ni *sa'angreal*. No somos Aes Sedai. —También aquel título sonó con veneración—. En cualquier caso, no estáis aquí para hacer preguntas, sino para responderlas, y aún nos

quedan algunas para ver hasta dónde habéis llegado. Después, seréis conducidas al campo y puestas al cuidado de una amiga. Ella os guardará hasta que decidamos cuál es el siguiente paso, hasta que estemos seguras de que las hermanas no os buscan. Tenéis una nueva vida ante vosotras, una nueva oportunidad, si sois capaces de verlo. Lo que quiera que os frenara para continuar en la Torre, ya fuera falta de destreza o miedo o cualquier otra cosa aquí no cuenta. Nadie os forzará a aprender o a hacer lo que no podáis. Con lo que sois, bastará. Bien, pues…

—Ya basta —la interrumpió Elayne con voz gélida—. Esto ha durado más que suficiente, Nynaeve. ¿O es que te propones esperar en el campo durante el tiempo que sea menester? No lo tienen. —Sacó su anillo de la Gran Serpiente de la escarcela y se lo puso en el dedo. Por el modo que miraba a las mujeres sentadas, nadie habría pensado que estaba escudada. Parecía una reina a quien se le había acabado la paciencia, una Aes Sedai de la cabeza a los pies—. Soy Elayne Trakand, Cabeza Insigne de la casa Trakand, heredera del trono de Andor y Aes Sedai del Ajah Verde, y exijo que me soltéis de inmediato.

Nynaeve gimió. Garenia hizo un gesto de desagrado y los ojos de Berowin se desorbitaron por el horror. Reanne Corly sacudió la cabeza tristemente, pero cuando habló su voz era acerada:

—Confiaba en que Setalle Anan os hubiese hecho cambiar de opinión con respecto a esa mentira en particular. Sé lo duro que es partir llena de orgullo hacia la Torre Blanca para después tener que afrontar la vuelta a casa y admitir el fracaso. ¡Pero esas cosas jamás se deben decir, ni en broma!

—No estoy bromeando —repuso Elayne en tono ligero. Claro que la nieve también era ligera.

Garenia se echó hacia adelante con gesto ceñudo y formando ya un flujo de Aire, pero la señora Corly levantó la mano.

—¿Y tú, Nynaeve? ¿También persistes en esta… locura?

Nynaeve llenó los pulmones de aire. Esas mujeres tenían que saber dónde estaba el Cuenco. ¡Debían saberlo!

—¡Nynaeve! —instó con impertinencia Elayne. La antigua Zahorí sabía que su amiga no dejaría que olvidara esto aunque tuvieran que llevar a cabo una huida. Tenía un modo de machacar cualquier pequeño error que hacía que el suelo se desplomara bajo los pies.

—Soy Aes Sedai del Ajah Amarillo —dijo cansinamente—. La verdadera Sede Amyrlin, Egwene al'Vere, nos ascendió al chal en Salidar. No es mayor que Elayne; debéis de haber oído rumores. —Ni el menor atisbo de cambio en aquellos rostros pétreos—. Nos envió para encontrar el Cuenco de los Vientos. Con él podemos arreglar el tiempo. —Ni la mínima señal de cambio. Nynaeve intentó controlar su ira, lo intentó de veras, pero emergió a su pesar—. ¡Por fuerza tenéis que querer que eso

ocurra! ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡El Oscuro está asfixiando al mundo! ¡Si tenéis la más ligera pista de dónde se halla el Cuenco, decídnoslo!

La señora Corly hizo una seña a Derys, que se acercó y recogió las tazas al tiempo que lanzaba miradas atemorizadas a Nynaeve y a Elayne. Cuando se escabulló, de hecho salió de la salita, las tres mujeres se pusieron lentamente de pie y se quedaron plantadas allí, como severos jueces a punto de dictar sentencia.

—Lamento que no aceptéis nuestra ayuda —dijo fríamente la señora Corly—. Lamento todo este asunto. —Sacó unas monedas del bolsillo y puso tres marcos de plata en la mano de Nynaeve y tres en la de Elayne—. Esto os servirá para un corto trecho del camino. También podéis conseguir algo por esos vestidos, creo, aunque no tanto como debisteis de pagar por ellos. En cualquier caso no son adecuados para un viaje. Mañana al amanecer os habréis marchado de Ebou Dar.

—No vamos a ninguna parte —le contestó Nynaeve—. Por favor, si sabéis… —De nada sirvió que abriese la boca, porque el controlado pero constante flujo de palabras de la mujer no se cortó.

—A esa hora, empezaremos a propagar vuestra descripción y nos aseguraremos de que llegue a las hermanas instaladas en el palacio de Tarasin. Si se os ve después de la salida del sol, nos ocuparemos de que las hermanas se enteren de dónde estáis. Y los Capas Blancas también. Entonces sólo tendréis tres opciones: huir, entregaros a las hermanas o morir. Idos y no volváis. Viviréis más tiempo si renunciáis a esa artimaña peligrosa y repugnante. Hemos terminado. Berowin, Garenia, acompañadlas a la puerta, por favor.

Pasó entre ellas rozándolas y salió de la estancia sin mirar atrás. Hoscamente, Nynaeve se dejó llevar hasta la puerta principal. Resistirse no conduciría a nada salvo, quizás, a ser despedidas de un empujón; sin embargo, no le gustaba darse por vencida. ¡Luz, no le gustaba ni pizca! Elayne caminaba sin vacilar, con una fría determinación de marcharse y acabar de una vez con el asunto plasmada en su actitud y en su porte. En el pequeño vestíbulo Nynaeve decidió intentarlo una vez más.

—Por favor, Garenia, Berowin, si tenéis alguna pista, decídnoslo. Cualquiera, por pequeña que sea. Es imposible que no os deis cuenta de lo importante que es esto.

—«No hay peor ceguera que la de quien no quiere ver» —citó Elayne, y no precisamente en voz baja.

Berowin vaciló, pero no Garenia, que adelantó la cara hasta casi tocar con su nariz la de Nynaeve.

—¿Nos tomas por tontas, muchacha? Te diré una cosa. Si se hubiese hecho a mi modo, os habríamos llevado como fardos a la granja, dijeseis lo que dijeseis. Unos cuantos meses al cuidado de Alise y aprenderíais a dejar quieta la lengua y a sentiros agradecidas por la ayuda que ahora despreciáis.

Nynaeve se planteó la idea de atizarle un puñetazo en la nariz; para eso no

necesitaba el *Saidar*.

—Garenia —reprendió Berowin en tono seco—, no retenemos a nadie en contra de su voluntad, y tú lo sabes muy bien. ¡Discúlpate de inmediato!

Y, maravilla de maravillas, la mujer que podría haber estado casi en lo más alto si hubiera sido Aes Sedai miró de reojo a la mujer que habría estado casi en el escalón más bajo y enrojeció.

—Os pido disculpas —murmuró, dirigiéndose a Nynaeve—. A veces me puede el genio y digo lo que no debo. Me disculpo humildemente. —Echó otra ojeada a Berowin, que asintió, y soltó un suspiro de alivio.

Nynaeve seguía boquiabierta cuando los escudos desaparecieron y Elayne y ella fueron echadas a la calle. La puerta se cerró con un sonoro golpe a sus espaldas.

24



Las Allegadas

«Increíble», pensó Reanne mientras observaba desde una ventana cómo las dos extrañas muchachas desaparecían calle abajo, entre comerciantes, mendigos y alguna que otra silla de manos. Había vuelto a la salita tan pronto como sacaron de ella a la pareja. No sabía qué pensar de ellas, y sus insistentes afirmaciones en contra de toda lógica sólo eran una parte de su desconcierto.

—No transpiraban —susurró Berowin junto a su hombro.

—¿De veras?

Habría dado los pasos oportunos para que la noticia llegara al palacio de Tarasin antes de una hora si no lo hubiese prometido. Y por el peligro. El miedo bullía en su estómago, el mismo pánico que la había dominado después de cruzar a través de uno de los arcos plateados cuando se enfrentó a la prueba para ascender a Aceptada. Igual que había hecho cada vez que ese miedo le atenazaba el estómago a lo largo de todos esos años, ejerció un renovado autocontrol; en realidad, no se daba cuenta de que el miedo a volver a huir gritando hacía mucho tiempo que había vencido cualquier posibilidad de conseguir dominarlo. Rezó para que esas chicas renunciaran a su locura. Rezó para que, si no lo hacían, al menos fuesen atrapadas lejos de Ebou Dar y guardaran silencio o, si hablaban, que no las creyeran. Habría que tomar precauciones, levantar salvaguardias que no se habían utilizado hacía años. Sin embargo, no servirían de mucho dado que las Aes Sedai eran casi omnipotentes, y eso lo sabía en el fondo de su corazón.

—Rectora, ¿cabe la posibilidad de que la mayor de las dos sea realmente…? Encauzamos y…

Berowin dejó la frase en el aire, abatida, pero Reanne no necesitó pensarlo, ni siquiera descartando a la más joven. ¿Por qué una Aes Sedai iba a fingir ser menos, tanto menos, de lo que era realmente? Además, cualquier Aes Sedai verdadera las habría puesto de rodillas a todas suplicando clemencia, no se habría quedado allí de pie, con tal sumisión.

—No encauzamos delante de ninguna Aes Sedai —respondió con firmeza—. No

rompimos ninguna regla. —Dichas reglas se aplicaban tan estrictamente en su caso como en el de cualquier otra; la primera marcaba que todas eran una, incluso aquellas que estaban por encima del resto durante un tiempo. ¿Cómo podía ser de otro modo, si quienes se encontraban por encima al final tenían que descender necesariamente? Sólo gracias al cambio y al movimiento podían permanecer ocultas.

—Pero algunos rumores apuntan a una muchacha como Amyrlin, Rectora. Y esa chica sabía…

—Rebeldes. —Reanne puso en aquel término toda la indignada incredulidad que sentía. ¡Que alguien hubiese *osado* rebelarse contra la Torre Blanca! Eran cuentos demasiado increíbles para darles crédito, y menos viniendo de alguien así.

—¿Y lo de Logain y el Ajah Rojo? —demandó Garenia, con lo que se ganó una mirada penetrante de Reanne. Había conseguido otra taza de té antes de regresar a la salita y se las ingenió para sostener la mirada por encima del borde de la taza con aire desafiante.

—Sea cual fuere la verdad, Garenia, no nos corresponde a nosotras poner en tela de juicio nada de lo que hagan las Aes Sedai. —Los labios de Reanne se apretaron. Ese comentario apenas se acercaba a lo que sentía realmente con respecto a las rebeldes, pero ¿cómo podía hacer algo así una Aes Sedai?

La saldaenina hizo una leve inclinación de aquiescencia, sin embargo, y quizá también para disimular el gesto hosco de su boca. Reanne suspiró. Ella había renunciado a sus sueños de pertenecer al Ajah Verde hacía mucho tiempo, pero había algunas —como Berowin— que creían, en secreto pensaban ellas, que podrían regresar a la Torre Blanca algún día, que todavía tendrían la oportunidad de convertirse en Aes Sedai. Y también había otras —como Garenia— que apenas ocultaban sus deseos, aunque dichos deseos fueran diez veces más prohibidos. ¡Ésas eran las que incluso habrían accedido a aceptar espontáneas y hasta habrían salido a buscar chicas con capacidad para aprender!

Garenia no había terminado aún; siempre llegaba al límite de la disciplina y frecuentemente lo sobrepasaba.

—¿Y qué pasa con la tal Setalle Anan? Esas chicas sabían lo del Círculo. La señora Anan debe de habérselo contado, aunque, cómo es posible que lo sepa ella… —Se estremeció de un modo que habría sido ostentoso para la mayoría de las otras, pero jamás había sido capaz de disimular sus emociones, ni siquiera cuando debería hacerlo—. Hay que descubrir a quienquiera que nos haya traicionado y hay que castigar su traición. ¡Esa mujer es una posadera y hay que enseñarle a mantener cerrada la boca!

Berowin dio un respingo y sus ojos se desorbitaron por la impresión; se dejó caer en una silla con tanta fuerza que casi rebotó en ella.

—Recuerda quién es, Garenia —espetó Reanne—. Si Setalle nos hubiese

traicionado, tendría que regresar arrastrándonos a Tar Valon suplicando clemencia todo el camino. —Cuando llegó a Ebou Dar por primera vez le habían contado la historia de una mujer a quien se había obligado a volver humillada a la Torre Blanca, y desde entonces no había puesto en tela de juicio nada de cuanto había visto u oído sobre las Aes Sedai—. Ha guardado los pocos secretos que sabe por la gratitud que nos debe, y dudo que dicha gratitud haya menguado. Habría muerto en el parto de su primer hijo si las Allegadas no la hubiesen ayudado. Lo que sabe es a través de comentarios indiscretos, cuando se creía que no podía oírlos, y quienes los hicieron ya fueron castigadas hace más de veinte años. —Aun así, le gustaría encontrar el suficiente empuje para pedirle a Setalle que fuera más cauta.

Garenia volvió a inclinar la cabeza, pero el rictus de su boca seguía siendo obstinado. Al menos parte del presente turno, decidió Reanne, la saldaenina lo pasaría en retiro, y recibiría instrucciones especiales con respecto a su tozudez. Alise rara vez necesitaba más de una semana para conseguir que una mujer llegara a la conclusión de que la obstinación no salía a cuenta.

Antes de que tuviese tiempo de decírselo a Garenia, Derys abrió la puerta e hizo una reverencia mientras anunciaba a Sarainya Vostovan. Como tenía por costumbre, Sarainya entró antes de que Reanne diera su permiso. En ciertos aspectos, la hermosísima mujer hacía que Garenia pareciese dócil, a pesar de que cumpliera escrupulosamente todas las reglas en la forma, ya que no en el fondo. Reanne estaba convencida de que la mujer habría llevado el cabello tejido en multitud de trenzas y con campanillas si dependiese de ella, sin que le importase cómo encajaba tal cosa con su cinturón rojo. Claro que, de haber podido elegir, ni siquiera habría servido durante un turno con el cinturón.

Sarainya hizo una reverencia en el umbral, desde luego, y se arrodilló frente a ella, con la cabeza gacha, pero cincuenta años no habían conseguido hacerle olvidar que, de haber tenido arrestos para regresar a Arafel, habría sido una mujer de considerable poder. La reverencia y todo lo demás eran concesiones. Cuando habló, con aquella voz enérgica y ronca, toda idea sobre si la mujer acabaría reconciliándose consigo misma y el problema de Garenia desaparecieron de la mente de Reanne.

—Callie ha muerto, Rectora. La degollaron y aparentemente le robaron hasta las medias, pero Sumeko asegura que fue el Poder Único el que acabó con ella.

—¡Eso es imposible! —barbotó Berowin—. ¡Ninguna Allegada haría tal cosa!

—¿Una Aes Sedai, pues? —dijo Garenia, por una vez vacilante—. Pero ¿cómo? Están los Tres Juramentos. Sumeko debe de haberse equivocado.

Reanne levantó una mano imponiendo silencio. Sumeko nunca se equivocaba con respecto al Poder Único. Habría pertenecido al Ajah Amarillo si no se hubiese desmoronado completamente durante la prueba para ascender al chal y, aun teniéndolo prohibido, a pesar de incontables castigos, se afanaba por aprender más

cada vez que creía que nadie la observaba. Obviamente, ninguna Aes Sedai podría haber hecho algo así y ninguna Allegada lo habría hecho, pero… Esas chicas, tan insistentes, enteradas de lo que no deberían saber. El Círculo había durado mucho tiempo, había ofrecido socorro a innumerables mujeres para que ahora fuera destruido.

—Esto será lo que haremos —dijo a las otras. El cosquilleo del miedo comenzó de nuevo, pero, en esta ocasión, apenas reparó en él.

Nynaeve se alejó de la casa furiosa, caminando a grandes zancadas. ¡Era increíble! Esas mujeres tenían un gremio. ¡Lo tenían, dijeran lo que dijesen! También estaba convencida de que sabían dónde se hallaba el Cuenco. Habría hecho cuanto hubiese sido necesario con tal de convencerlas para que se lo dijeran. Fingir docilidad ante ellas durante unas horas le habría resultado más fácil que soportar a Mat Cauthon la Luz sabía durante cuántos días.

«Podría haber sido tan aquiescente como quisieran —pensó, irritada—. ¡Habrían creído que era tan adaptable como una zapatilla vieja! Podría haber…» Eso era mentira, y no necesitaba el repulsivo y recordado regusto amargo en la lengua para convencerla. De haber tenido ocasión, habría zarandeado a todas esas mujeres hasta que le hubiesen dicho lo que quería saber. ¡Les habría dado Aes Sedai hasta hacerlas chillar!

Echó una mirada de reojo, ceñuda, a Elayne; ésta parecía hallarse sumida en reflexiones. Nynaeve deseó no saber qué rumiaba su amiga en ese momento: una mañana desperdiciada y una experiencia muy próxima a la humillación más absoluta. No le gustaba equivocarse; en realidad, todavía no se había acostumbrado a admitir tal circunstancia. Y ahora iba a tener que disculparse con Elayne; de verdad detestaba pedir disculpas. En fin, se avecinaba un mal momento cuando se hallasen de vuelta en sus habitaciones. Era de esperar que Birgitte y Aviendha aún no hubiesen regresado. No quería que la discusión empezase en la calle, sin saber quién pasaba cerca. La multitud había aumentado, aunque el sol no parecía encontrarse mucho más alto entre las alborotadoras bandadas de aves marinas que chillaban allá arriba.

Encontrar el camino de regreso no les resultó fácil, después de las vueltas y revueltas que habían dado a la ida. Nynaeve tuvo que preguntar qué dirección debía seguir media docena de veces, en tanto que Elayne miraba hacia otro lado aparentando indiferencia. La antigua Zahorí atravesaba puentes, esquivaba carretas y saltaba para apartarse ante sillas de mano mientras abrigaba el deseo de que Elayne dijese algo. Ella sabía mucho sobre cómo alimentar un rencor: cuanto más tiempo guardaba silencio, tanto peor era cuando hablaba. Así pues, a medida que pasaban los minutos sin que Elayne pronunciara palabra, más oscura se volvía la escena que imaginaba cuando se encontraran en sus aposentos. Aquello la puso furiosa. Había

admitido que se había equivocado, aunque fuera para sus adentros. Elayne no tenía derecho a hacerla sufrir de ese modo. La expresión de su semblante era tal que hasta la gente que no reparaba en sus anillos se apartaba de su camino. Los que sí se fijaban en ellos, por lo general parecían recordar de repente que tenían algo que hacer en una calle lateral. Incluso algunos porteadores de sillas de mano la evitaban.

—¿Qué edad crees que tiene Reanne? —preguntó tan de improviso Elayne que Nynaeve dio un brinco. Casi habían llegado a Mol Hara.

—Cincuenta años. Tal vez sesenta. No veo qué importancia puede tener eso. —Recorrió la multitud con la mirada para comprobar si había alguien lo bastante cerca para oírlas. Una vendedora ambulante que llevaba en la bandeja un tipo de fruto pequeño, amarillo y agrio llamado limón, casi se atragantó al intentar cortar el grito que anunciaba su mercancía cuando los ojos de Nynaeve se detuvieron sobre ella un instante, con el resultado de que la mujer se dobló sobre la bandeja tosiendo y medio asfixiada. Nynaeve aspiró el aire por la nariz con desdén. Seguramente esa mujer había estado escuchando a escondidas, o incluso planeando robarles la escarcela—. Son un gremio, Elayne, y saben dónde está el Cuenco, no me cabe duda. —Aquello no era en absoluto lo que se proponía decir. Tal vez no le resultara tan ingrato como imaginaba disculparse ahora por arrastrar a Elayne a esta aventura.

—Sí, podrían serlo, supongo —dijo su amiga con aire ausente—. ¿Cómo es posible que haya envejecido así?

Nynaeve se paró en seco en mitad de la calle. Después de toda la discusión, después de que las hubiesen echado, ¿aún lo *suponía*?

—Bien, pues yo supongo que envejece del mismo modo que todo el mundo, de día en día. Elayne, si creías que tenía razón, ¿por qué proclamaste quién eras, como hizo Rhiannon en la Torre? —Eso último le gustó mucho; de acuerdo con la historia, lo que la reina Rhiannon consiguió por hacer tal cosa no había sido ni mucho menos lo que buscaba.

Elayne no se molestó en responder a la pregunta, a pesar de su gran educación. Tiró de Nynaeve hacia un lado cuando pasó un carruaje con cortinillas verdes —la calle no era muy ancha en ese punto—, que se dirigía al taller de una modista, en su interior se veían varios maniquíes con vestidos a medio confeccionar.

—No iban a decirnos nada, Nynaeve, ni aunque te hubieses puesto de rodillas y se lo hubieses suplicado.

La antigua Zahorí abrió la boca con gesto indignado y luego la cerró de golpe. Ella no había hablado de suplicar en ningún momento. En cualquier caso ¿por qué habría tenido que ser ella la única que lo hiciese? Mejor cualquier mujer que Mat Cauthon. Sin embargo, Elayne estaba decidida a exponer su razonamiento y no pensaba dejar que la apartara de ello.

—Nynaeve, debe de haber experimentado la retardación como cualquier otra que

maneja el Poder. ¿Cuál es realmente su edad para que parezca que tiene cincuenta o sesenta años?

—¿De qué hablas? —Sin pensarlo conscientemente, la antigua Zahorí tomó nota mental de la localización de la tienda; el trabajo de costura parecía muy bueno, merecía examinarlo con más detenimiento—. Es probable que sólo encauce lo absolutamente necesario por miedo a que la tomen por una hermana. Después de todo, no querría que su cara fuera demasiado tersa.

—Nunca prestaste atención en las clases, ¿verdad? —murmuró Elayne. Advirtió que la rolliza modista le sonreía desde la puerta y tiró de Nynaeve hacia la esquina del edificio. Considerando la cantidad de puntillas que la modista lucía en su propio vestido, con el corpiño casi enterrado bajo ellas y con chorreras colgando sobre las enaguas expuestas, pediría precios exagerados si Nynaeve encargaba algo—. Olvídate de los vestidos un momento y atiéndeme. ¿Quién es la Aceptada de más edad que recuerdas?

Nynaeve le asestó una mirada gélida. ¡Cualquiera diría que no pensaba más que en vestidos! Además, la había oído perfectamente.

—Elin Warrel, creo —contestó—. Es más o menos de mi edad. —Desde luego, el vestido de la modista sería mucho más fino con algo menos de escote y muchas menos puntillas. En seda verde. A Lan le gustaba el color verde, aunque, naturalmente, ella no elegiría sus vestidos para él. Y también le gustaba el azul.

Elayne soltó una carcajada, y Nynaeve se preguntó si no habría expresado sus pensamientos en voz alta. Enrojeció intensamente e intentó explicarlo. Sería para celebrar Bel Tine. Pero su amiga no le dio ocasión de hablar.

—La hermana de Elin fue a visitarla poco antes de que llegases a la Torre, Nynaeve. Su hermana *pequeña*. Su cabello era canoso. Debía de tener más de cuarenta años, Nynaeve.

¿Que Elin Warrel tenía más de cuarenta años? ¡Pero…!

—¿A qué te refieres, Elayne?

No había nadie cerca que pudiera oírlas y nadie parecía prestarles atención excepto la todavía esperanzada modista, pero Elayne bajó el tono hasta convertirlo en un susurro.

—Nosotras experimentamos la retardación, Nynaeve. En algún punto entre los veinte y los veinticinco años empezamos a envejecer más lentamente. De lo fuerte que es cada una depende cuánto, pero no cuándo. Cualquier mujer que encauza lo experimenta. Takima opina que a esa edad es cuando se empieza a adquirir la apariencia intemporal, aunque no creo que nadie llegue a eso hasta que ha llevado el chal al menos uno o dos años, a veces incluso cinco o más. Piensa. Sabes que cualquier hermana que tenga el cabello gris es vieja, aunque se supone que no debe mencionarse. De modo que si Reanne ha experimentado la retardación, y debe de

haberlo hecho, ¿qué edad tiene?

A Nynaeve le importaba un bledo la edad de Reanne. Quería chillar. No era de extrañar que todo el mundo rehusara creer los años que decía tener. Eso explicaba por qué las componentes del Círculo de Mujeres del pueblo la habían mirado con prevención, como si no estuviesen convencidas de que fuera lo bastante mayor para confiar plenamente en ella. Conseguir el rostro intemporal de una hermana estaba bien, pero ¿cuánto tiempo habría de pasar hasta que tuviese canas?

Parpadeó y se giró enfadada. Y entonces algo la golpeó muy fuerte, aunque de refilón, en la parte posterior de la cabeza. Se tambaleó y se volvió hacia Elayne, estupefacta. ¿Por qué la había golpeado? Pero no había sido ella; la joven estaba desplomada en el suelo, con los ojos cerrados y un feo chichón purpúreo que comenzaba a hincharse en la frente. Aturdida, Nynaeve cayó de rodillas y tomó a la joven entre sus brazos.

—Vuestra amiga debe de haberse mareado —dijo una mujer de nariz larga, que se arrodilló junto a ellas sin que aparentemente le importara mancharse el vestido amarillo de exagerado escote incluso para el estilo ebudariano—. Dejadme que os ayude.

Un tipo vestido con un chaleco de seda bordada, alto y apuesto de no ser por una sonrisa untuosa, se inclinó para coger a Nynaeve por los hombros.

—Venid, tengo un carruaje. Os llevaremos a algún sitio más cómodo que el empedrado de la calle.

—Apartaos —gritó Nynaeve; amablemente, claro—. No necesitamos vuestra ayuda.

El hombre siguió intentando levantarla del suelo, sin embargo, para conducirla hacia un carruaje rojo, en el que una mujer de azul, aparentemente asustada, hacía señas con la mano enérgicamente. La mujer nariguda intentó levantar a Elayne, agradeciendo al hombre su ayuda y parloteando sobre que lo del carruaje era una buena idea. Una multitud de curiosos se había reunido en derredor formando un semicírculo, las mujeres murmuraban compasivamente sobre los desmayos por el calor y los hombres se ofrecían a ayudar para llevar a las damas. Un tipo escuálido se agachó y, con todo descaro, hizo intención de coger la escarcela de Nynaeve en sus mismas narices.

A la antigua Zahorí la cabeza todavía le daba vueltas lo suficiente para que le resultara difícil abrazar el *Saidar*, pero si todos aquellos curiosos charlatanes no hubiesen bastado para enfurecerla, lo habría hecho lo que vio tirado en la calle: una flecha que en lugar de punta iba rematada por una piedra roma. La que la había rozado a ella o la que había golpeado a Elayne. Encauzó y el cortabolsas delgaducho se dobló por la mitad, sujetándose el estómago y chillando como un cerdo entre las zarzas. Otro flujo y la mujer nariguda cayó hacia atrás lanzando un grito el doble de

estridente. El hombre del chaleco de seda al parecer decidió que ya no necesitaban su ayuda, porque se dio media vuelta y corrió hacia el carruaje, pero aun así Nynaeve también le dio su merecido. Bramó más fuerte que un toro enfurecido mientras la mujer del carruaje lo ayudaba a subir tirando del chaleco.

—Gracias, pero no necesitamos ayuda —gritó Nynaeve, cortésmente.

Quedaban muy pocos para oírla. Una vez que resultó obvio que se estaba utilizando el Poder Único —los saltos y gritos repentinos de la gente sin causa aparente lo dejaron claro a la mayoría— se alejaron a toda prisa. La mujer nariguda se incorporó y saltó a la parte trasera del carruaje, aferrada a él precariamente, mientras el conductor descargaba el látigo sobre los caballos, de manera que la gente tuvo que saltar a los lados para no ser atropellada. Incluso el cortabolsas se alejaba cojeando tan deprisa como podía.

A Nynaeve le habría dado igual si la tierra se hubiese abierto y se los hubiera tragado a todos. Con el corazón en un puño, encauzó finos flujos de Viento, Agua, Tierra, Fuego y Energía que mezcló y combinó sobre el cuerpo de Elayne. Era un tejido sencillo, a causa de su aturdimiento, pero el resultado hizo que respirara con alivio. La contusión no era seria; los huesos del cráneo de Elayne no se habían roto. En otra situación, habría reconducido esos mismos flujos para conformar tejidos mucho más complejos, la Curación que había descubierto por sí misma. Sin embargo, en ese momento sólo era capaz de realizar los tejidos más simples. Valiéndose sólo de Energía, Viento y Agua realizó la Curación que las Amarillas habían llevado a cabo desde tiempo inmemorial.

Elayne abrió los ojos de golpe y, tras una inhalación que pareció absorber todo el aire, se sacudió como una trucha atrapada en una red a la par que golpeaba con los talones en el pavimento. Aquello sólo duró un momento, por supuesto, pero en esos breves instantes la contusión se deshinchó y desapareció. Nynaeve la ayudó a ponerse de pie; entonces la mano de una mujer apareció sosteniendo una copa de peltre llena de agua.

—Incluso una Aes Sedai puede tener sed después de esto —dijo la modista.

Elayne alargó la mano hacia la copa, pero Nynaeve le asió la muñeca.

—No, gracias. —La mujer se encogió de hombros y se dio la vuelta. Nynaeve añadió en otro tono—: Gracias. —Parecía que le costaba menos trabajo decirlo cuanto más lo repetía; no estaba segura de que le gustase tal cosa.

El océano de puntillas se movió cuando la modista volvió a encogerse de hombros.

—Hago vestidos para cualquiera. Puedo hacer un trabajo mejor para vos que ése que lleváis y que os favorezca más. —Volvió a desaparecer en el interior del taller.

Nynaeve la siguió con la mirada, ceñuda.

—¿Qué ha pasado? —demandó Elayne—. ¿Por qué no me dejaste que bebiera

agua? Tengo sed y también hambre.

Tras una última mirada ceñuda a la modista, Nynaeve se inclinó para recoger la flecha. La heredera del trono no necesitó más explicaciones. El *Saidar* la envolvió repentinamente.

—¿Teslyn y Joline? —preguntó.

Nynaeve sacudió la cabeza; el ligero mareo ya empezaba a remitir. No creía que esas dos se rebajaran a hacer algo así.

—¿Y Reanne? —se preguntó en voz queda. La modista había vuelto al umbral del taller, todavía esperanzada—. Quizá quiera asegurarse de que nos vamos. O, peor aún, Garenia. —Aquello era casi tan escalofriante como sospechar de Teslyn y Joline. Y el doble de indignante.

De algún modo Elayne se las ingeniaba para parecer bonita cuando fruncía el entrecejo.

—Fuera quien fuese, le daremos su merecido. Ya lo verás. —El ceño se borró—. Nynaeve, si el Círculo ignora dónde está el Cuenco, podremos encontrarlo, pero… —Se mordió el labio, indecisa—. Sólo sé un modo seguro de conseguirlo.

Nynaeve asintió lentamente, aunque habría preferido comerse un puñado de tierra. El día parecía haber empezado radiante, pero después se había ido poniendo negro, desde Reanne a… Oh, Luz, ¿cuánto tiempo tendría que pasar hasta que tuviese canas?

—No llores, Nynaeve. Mat no puede ser tan malo. Él nos lo encontrará en unos pocos días, lo sé.

Nynaeve rompió a llorar con más fuerza.

25



Trampa mental

Moghedien no quería volver a soñar el sueño, pero el deseo de despertarse, el deseo de gritar, no servía de nada. El sueño la retenía más firmemente que unos grilletes. El inicio transcurrió deprisa, como un veloz esbozo. No había clemencia; de ese modo tendría que revivir antes el resto.

Apenas reconocía a la mujer que entraba en la tienda donde estaba prisionera. Halima, ayudante de una de esas necias que se llamaban a sí mismas Aes Sedai. Necias, pero la retenían a través de la banda plateada que le rodeaba el cuello y la obligaban a obedecer. Movimiento rápido, aunque ella rogara para que todo fuera más despacio. La mujer encauzaba para encender una luz y Moghedien sólo veía la luz. Tenía que ser Saidin, entre todos los seres vivientes, sólo los Elegidos sabían cómo rozar el Poder Verdadero —el Poder que procedía del Oscuro— y pocos eran lo bastante necios para hacerlo salvo en casos de extrema necesidad; ¡pero eso era imposible! Rapidez borrosa. La mujer decía llamarse Aran'gar y se dirigía a Moghedien por su nombre, invocaba la Fosa de la Perdición y le quitaba el collar del a'dam, encogiéndose de dolor; un dolor que ninguna mujer habría debido sentir. De nuevo —¿cuántas veces había hecho lo mismo?— Moghedien tejía un pequeño acceso dentro de la tienda. Rasaba para darse ocasión de pensar en medio de la infinita oscuridad, pero tan pronto como ponía el pie en la plataforma, semejante a un pequeño balcón de mármol, completo con un cómodo sillón, llegaba a las negras vertientes de Shayol Ghul, eternamente envueltas en luz crepuscular, donde túneles y respiraderos emitían vapor y humo en vaharadas violentas, y un Myrddraal se acercaba a ella, con su negro atuendo y su rostro blanco como un gusano de tumba, carente de ojos, pero más alto y más corpulento que cualquier otro Semihombre. La miraba con arrogancia, le decía su nombre espontáneamente y le ordenaba que lo siguiera; los Myrddraal no actuaban así con los Elegidos. Entonces clamó en lo más profundo de su mente para que el sueño discurriera más deprisa, que pasara como un borrón imposible de ver, de discernir, pero… Ahora, mientras seguía a Shaidar Haran hacia la entrada de la Fosa de la Perdición, todo discurría a su ritmo normal y parecía más real que el Tel'aran'rhiod o que el mundo de vigilia.

De los ojos de Moghedien manaban lágrimas que se deslizaban por las mejillas, ya húmedas. Se retorció en el duro camastro, agitando brazos y piernas en un intento desesperado e inútil de despertarse. Ya no era consciente de que soñaba —todo parecía real— pero perduraban hondos recuerdos, y en aquellas recónditas profundidades su instinto aullaba y arañaba para escapar de allí.

Estaba muy familiarizada con el túnel inclinado, el techo de rocas puntiagudas como colmillos, las paredes irradiando una tenue luminosidad. Había hecho ese viaje descendente muchas veces desde el lejano día en que acudió por primera vez para jurar obediencia al Gran Señor y empeñar su alma, pero jamás como ahora, jamás conociéndose su fracaso en toda su magnitud. Hasta entonces se las había ingeniado siempre para ocultar sus fiascos incluso al Gran Señor. Muchas veces. Allí podían hacerse cosas que eran irrealizables en cualquier otro lugar. Allí podían ocurrir cosas que no ocurrían en ninguna otra parte.

Dio un respingo de sobresalto cuando uno de los colmillos pétreos le rozó el pelo y después recobró la compostura lo mejor que pudo. Aquellas dagas punzantes seguían dejando un paso fácil para el altísimo Myrddraal, pero aunque ella sólo le llegaba a la altura del pecho, ahora se veía obligada a mover la cabeza para esquivar las afiladas piedras. Allí la realidad era arcilla en manos del Gran Señor, que a menudo hacía patente su descontento de ese modo. Un colmillo pétreo le rozó el hombro y Moghedien tuvo que agacharse para esquivar otro. En el túnel ya no había suficiente altura para que la mujer caminara erguida. Se inclinó más, caminando agazapada en pos del Myrddraal, intentando no rezagarse. El paso de Shaidar Haran no variaba de ritmo, pero por mucho que ella se apresurase, la distancia entre los dos no menguaba. El techo descendía más y más, cerrando los colmillos del Gran Señor para desgarrar a los traidores y a los necios, y Moghedien tuvo que avanzar a gatas y después arrastrarse sobre codos y rodillas. En el túnel llameó una luz titilante que irradiaba de la entrada de la mismísima Fosa, justo al frente, y Moghedien se arrastró sobre el vientre, tiró de sí misma con las manos hacia adelante, se empujó con los pies. Las puntas de las piedras se le hincaban en la carne, enganchaban su vestido. Jadeante, recorrió culebreando el último tramo, acompañada del sonido de lana al desgarrarse.

Al mirar hacia atrás, la sacudió un estremecimiento. Allí donde debería estar la boca del túnel se alzaba un liso muro de piedra. Quizás el Gran Señor lo había calculado al segundo; aunque también podía ser que si ella hubiese sido más lenta al moverse…

La cornisa en la que yacía se proyectaba por encima de un lago negro rojizo de roca fundida, en el que llamas del tamaño de un hombre emergían y morían y

reaparecían. Arriba, la caverna sin techo ascendía a través de la montaña hasta un cielo por el que unas nubes veteadas de rojo, amarillo y negro pasaban veloces, como si volaran en alas del tiempo. No era el negro firmamento que se veía en el exterior de Shayol Ghul. Nada de eso merecía una segunda ojeada, y no sólo porque ya lo hubiese visto muchas otras veces. La Perforación en la prisión del Gran Señor no se encontraba más próxima allí que en cualquier otro lugar del mundo, pero sí se percibía y uno podía sumergirse en la gloria del Gran Señor. Tanta era la fuerza del Poder Verdadero allí que si intentaba encauzar la consumiría como una pavesa. Tampoco tenía el menor deseo de pagar el precio en ningún otro sitio.

Empezó a incorporarse, pero algo la golpeó entre los omóplatos y la empujó contra la cornisa con tal violencia que le vació de aire los pulmones. Aturdida, inhaló y luego miró hacia atrás. El Myrddraal tenía plantado el pie en su espalda. Por poco abraza el Saidar, aunque encauzar allí sin permiso expreso era un suicidio. La arrogancia con que la había tratado en la ladera era una cosa, ¡pero esto!

—¿Sabes quién soy? —demandó—. ¡Soy Moghedien! —Las cuencas sin ojos la contemplaban como si fuese un insecto; ella había visto a menudo a los Myrddraal mirar de ese modo a los humanos corrientes.

MOGHEDIEN. Aquella voz dentro de su cabeza arrastró cual oleaje embravecido toda idea sobre el Myrddraal. De hecho, casi arrastró todo pensamiento a su paso. Al lado de eso, el abrazo más intenso de cualquier amante humano era una gota de agua comparado con un océano. ¿HASTA DÓNDE LLEGA TU FRACASO, MOGHEDIEN? LOS ELEGIDOS SON SIEMPRE LOS MÁS FUERTES, PERO TÚ TE DEJASTE CAPTURAR. ENSEÑASTE A AQUELLAS QUE PUEDEN OPONERSE A MÍ, MOGHEDIEN.

Parpadeó mientras intentaba desesperadamente pensar con coherencia.

—Gran Señor, sólo les enseñé cosas poco importantes y les opuse resistencia como pude. Les enseñé un supuesto modo de detectar un hombre encauzando. —Se las ingenió para reír—. Practicarlo les provoca tales jaquecas que les es imposible encauzar durante horas.

Silencio. Tal vez fuese mejor así. Las chicas habían renunciado a aprender aquello mucho antes de su rescate, pero el Gran Señor no tenía por qué saber tal cosa.

—Gran Señor, sabéis cómo os he servido. En las sombras. Y vuestros enemigos no sienten mi picadura hasta que el veneno está haciendo efecto. —No se atrevía a decir que se había dejado capturar deliberadamente para trabajar desde dentro, pero sí podía sugerirlo—. Gran Señor, sabéis que acabé con muchos de vuestros enemigos durante la Guerra del Poder. Desde las sombras, sin ser vista o, si advertían mi presencia, no me prestaban atención porque aparentemente no podía ser un peligro para ellos.

Silencio. Y entonces…

MIS ELEGIDOS SON SIEMPRE LOS MÁS FUERTES. MI MANO ACTÚA.

Aquella voz retumbando en su cráneo convertía sus huesos en miel hirviente y su cerebro en fuego. El Myrddraal la cogía de la barbilla con una mano, obligándola a levantar la cabeza antes de que su vista se aclarase lo bastante para ver el cuchillo que empuñaba en la otra. Todos sus sueños iban a terminar allí con la garganta rebanada, y su cuerpo entregado para alimentar a los trollocs. Puede que Shaidar Haran se reservara una porción escogida para sí mismo. Quizás…

No. ¡Sabía que iba a morir, pero ese Myrddraal no se comería ni una brizna de su cuerpo! Buscó el contacto con el Poder para abrazar el Saidar y sus ojos se desorbitaron. No había nada allí. ¡Nada! ¡Era como si la hubiesen seccionado! ¡Sabía que no era así; se decía que era el dolor más intenso que cualquiera podía experimentar, más allá de cualquier poder mitigante, pero…!

En esos instantes de estupefacción, el Myrddraal le abrió la boca a la fuerza y pasó la hoja del cuchillo a lo largo de su lengua, tras lo cual le hizo una pequeña incisión en la oreja. Y mientras el Semihombre se erguía, obtenida ya su saliva y su sangre, Moghedien supo qué se proponía, incluso antes de que él sacara lo que parecía una jaula minúscula y frágil, de alambre de oro y cristal. Ciertas cosas sólo podían hacerse allí, y algunas de ellas únicamente por aquellos que podían encauzar, y ella había llevado allí a varios hombres y mujeres con ese mismo propósito.

—No —susurró. Sus ojos no podían apartarse de la cour'souvra, la trampa mental—. ¡No, a mí no! ¡A mí no!

Haciendo caso omiso de ella, Shaidar Haran frotó la hoja del cuchillo contra la cour'souvra para arrastrar los fluidos e impregnarla con ellos. El cristal se tornó lechoso y rosado; la primera fase. Con un giro de muñeca, arrojó la trampa mental al lago de lava para completar la segunda. La jaula de oro y cristal surcó el aire en un arco y de repente se detuvo y se quedó flotando en el mismo punto donde parecía estar la Perforación, el lugar donde la urdimbre del Entramado era más fina.

Moghedien olvidó al Myrddraal y alzó las manos hacia la Perforación.

—¡Piedad, Gran Señor! —Que ella supiera, el Gran Señor jamás había demostrado compasión, pero si en lugar de allí se hubiese encontrado metida en una celda con lobos rabiosos o con una darath en época de muda, habría suplicado igual. Si se daban las circunstancias precisas, se suplicaba hasta lo imposible. La cour'souvra flotaba en el vacío y giraba lentamente, centelleando con la luz del fuego que bullía debajo—. Os he servido con todo mi corazón, Gran Señor. Os suplico clemencia. ¡Piedad! ¡Tened compasión!

TODAVÍA PODRÁS SERVIRME.

La voz la transportó en un éxtasis inimaginable, pero en el mismo instante la centelleante trampa mental irradió cual un sol y en medio de su arrobamiento,

Moghedien experimentó un dolor como si la hubiesen sumergido en el abrasador lago. Fundidas ambas sensaciones, la mujer aulló y se sacudió enloquecida, sumida en el interminable y eterno dolor que perduró más allá de las Eras, y después de que no quedara nada excepto el sufrimiento y el recuerdo del sufrimiento, la ínfima bendición de la oscura nada la arrolló.

Moghedien rebulló en el camastro. Otra vez, no. Por favor.

Apenas reconocía a la mujer que entraba en la tienda donde estaba prisionera.

Por favor, chilló en lo más hondo de su mente.

La mujer encauzaba para encender una luz y Moghedien sólo veía la luz.

Sumida en un profundo sueño, tembló de pies a cabeza. ¡Por favor!

La mujer decía llamarse Aran'gar y se dirigía a Moghedien por su nombre, invocaba la Fosa de la Perdición y…

—Despierta, mujer —dijo una voz que sonaba como huesos resecos desmenuzándose.

Los ojos de Moghedien se abrieron de golpe. Casi deseó que volviera el sueño. No había puerta ni ventanas que rompieran la uniformidad de los muros de piedra de su pequeña prisión; tampoco había globos radiantes o simples lámparas, pero de algún sitio llegaba luz. Ignoraba cuántos días llevaba allí; sólo sabía que la insípida comida llegaba con intervalos regulares, que el cubo destinado a aliviar la vejiga y el vientre se vaciaba incluso con mayor frecuencia y que, de algún modo, le dejaban jabón y un pozal con agua perfumada para que se aseara. Pero hasta eso parecía un castigo, ya que la intensa sensación de alegría al ver el pozal de agua le recordaba cuán bajo había caído. Shaidar Haran se encontraba ahora con ella en la celda.

Rodó del catre con premura, se arrodilló y agachó el rostro hasta el suelo de piedra. Siempre había hecho lo que fuese menester para sobrevivir, y el Myrddraal se había mostrado más que satisfecho de indicarle qué se esperaba de ella.

—Acojo tu visita con entusiasmo, *Mia'cova*. —El título le quemaba la lengua. «El que es mi dueño», significaba, o, simplemente «mi amo». El extraño escudo que Shaidar Haran había utilizado en ella, a pesar de que los Myrddraal no podían hacerlo, no se percibía, pero aun así Moghedien ni siquiera se planteó la posibilidad de encauzar. El Poder Verdadero le estaba vetado, naturalmente, puesto que sólo podía absorberse con el beneplácito del Gran Señor, pero la Fuente resultaba tentadora, bien que el brillo siempre atisbado en el límite visual parecía raro en cierto modo. Con todo, siguió sin tenerlo en cuenta. Cada vez que el Myrddraal la visitaba, le mostraba su trampa mental. Encauzar demasiado cerca de la propia cour'souvra resultaba doloroso en extremo, y la intensidad del sufrimiento era correlativa a la proximidad. A tan corta distancia, dudaba que pudiera sobrevivir a un mero roce con la Fuente. Y ése era el menor de los peligros de la trampa mental.

Shaidar Haran rió con sorna, un sonido rasposo a cuero seco y agrietado. Otra de las cosas que diferenciaba a este Myrddraal de los demás. De naturaleza mucho más cruel que los trollocs, quienes eran sólo sanguinarios, los Semihombres actuaban desapasionadamente. No obstante, Shaidar Haran exteriorizaba regocijo a menudo. Dadas las circunstancias, Moghedien se consideraba afortunada de tener sólo contusiones. A esas alturas, la mayoría de las mujeres se hallarían al borde de la locura, si es que no habían perdido ya la razón.

—¿Y también estás ansiosa por obedecer? —inquirió la voz rechinante.

—Sí, estoy ansiosa por obedecer, Mia'cova. —Lo que fuera necesario para sobrevivir. Aun así, soltó una exclamación ahogada cuando los fríos dedos aferraron repentinamente su cabello enredado. Aunque se apresuró a incorporarse por sí misma en la medida de lo posible, él la levantó tirando del pelo. Al menos esta vez sus pies siguieron plantados en el suelo. El Myrddraal la examinó, inexpresivo. El recuerdo de visitas anteriores exigía un gran esfuerzo de voluntad para no encogerse o no gritar o, simplemente, intentar abrazar el *Saidar* y así acabar de una vez por todas.

—Cierra los ojos —le ordenó—, y manténlos cerrados hasta que se te diga que los abras.

Los párpados de Moghedien se cerraron de inmediato. Una de las lecciones de Shaidar Haran había sido obedecer al instante. Además, con los ojos cerrados podía imaginar que se encontraba en cualquier otro lugar. Todo lo que fuera necesario.

De repente, la mano que asía su cabello la empujó hacia adelante y la mujer gritó a pesar de sí misma. El Myrddraal se proponía estrellarla contra la pared. Alzó las manos para protegerse y Shaidar Haran la soltó. Moghedien trastabilló al menos diez pasos, a pesar de que su celda no medía tanto de una esquina a otra. Humo de leña; percibía un leve atisbo de leña encendida. No obstante, mantuvo los ojos bien cerrados. Se proponía seguir sólo con cardenales —y cuantos menos, mejor— tanto tiempo como le fuera posible.

—Ahora puedes mirar —dijo una voz profunda.

Así lo hizo, aunque con recelo. El que había hablado era un hombre joven, alto, de anchos hombros, vestido con polainas negras, amplia camisa blanca y botas también negras; estaba sentado en un sillón almohadillado delante de una chimenea de mármol donde ardían unos troncos; sus asombrosos ojos azules la observaban. Se encontraban en una habitación revestida de paneles que podría haber pertenecido a un mercader rico o a un noble de rango medio en la época actual; el mobiliario tenía tallas discretas y un ligero toque dorado, en tanto que las alfombras habían sido tejidas con arabescos rojos y oro. Sin embargo, Moghedien no tuvo la menor duda de que se hallaba en un lugar próximo a Shayol Ghul; no daba la impresión de ser el *Tel'aran'rhiod*, la única alternativa posible. Giró la cabeza rápidamente e hizo una profunda inhalación de alivio. Al Myrddraal no se lo veía por ningún sitio. Fue como

si unas bandas de cuande dejaran de oprimirle el pecho.

—¿Disfrutaste de tu estancia en el vacuidal?

Moghedien sintió como si unos dedos helados le tocaran el cuero cabelludo. No era investigadora ni creadora, pero conocía esa palabra. Ni siquiera se planteó cómo era posible que un joven de la época actual también la conociera. A veces surgían burbujas en el Entramado, aunque había quienes, como Mesaana, dirían que era una explicación demasiado simple. Se podía entrar en los vacuidales, si se sabía cómo hacerlo, y manipularlos del mismo modo que el resto del mundo —recordaba vagamente que los investigadores habían realizado a menudo grandes experimentos en vacuidales—, pero en realidad se hallaban fuera del Entramado y a veces se acercaban demasiado o tal vez se desprendían y se alejaban a la deriva. Ni siquiera Mesaana sabía con certeza lo que ocurría, salvo que todo lo que había dentro de ellos en ese momento desaparecía para siempre.

—¿Durante cuánto tiempo? —Se sorprendió al oír su voz firme. Se volvió hacia el joven, que seguía sentado y sonriéndole—. He preguntado cuánto tiempo. ¿O no lo sabes?

—Te vi llegar… —Hizo una pausa para coger una copa de plata que había en la mesa junto al sillón y sus ojos la observaron sonrientes mientras bebía. Luego continuó—. Anteanoche.

Moghedien no pudo disimular un suspiro de alivio. La única razón por la que alguien querría entrar en un vacuidal era que el tiempo discurría de manera diferente allí, a veces más despacio y otras más deprisa. En ocasiones, mucho más deprisa. No le habría sorprendido demasiado descubrir que el Gran Señor la había recluido durante cien años o un millar, para emerger a un mundo que ya era suyo, para obligarla a alimentarse de carroña mientras los otros Elegidos se encontraban en el pináculo. Seguía siendo uno de los Elegidos, al menos a su modo de ver. Y hasta que el Gran Señor no le dijese lo contrario. No sabía de nadie que hubiese sido liberado de una trampa mental, pero ella estaba dispuesta a encontrar un modo. Siempre había una forma para quienes actuaban con cautela, en tanto que fracasaban aquellos para quienes la cautela era sinónimo de cobardía. Ella misma había conducido a unos cuantos de esos supuestos valientes a Shayol Ghul para ponerles la cour'souvra.

De repente se le ocurrió que el tipo que tenía delante sabía mucho para ser un Amigo de la Sombra, en especial tratándose de alguien que apenas había pasado los veinte años. Él echó una pierna por encima del brazo del sillón, repantigado con insolencia bajo su escrutinio. Graendal lo habría convertido en uno de sus «juguetes» si tuviera posición o poder; sólo la barbilla, excesivamente firme, impedía que fuera lo bastante hermoso. No creía haber visto nunca ojos tan azules. Ante tal alarde de insolencia en sus narices, después de lo que había tenido que soportar en manos de Shaidar Haran, con la Fuente llamándola y hallándose ausente el Myrddraal, se

planteó la idea de enseñarle una dura lección a ese joven Amigo de la Sombra. El hecho de que sus ropas estuviesen mugrientas influyó en su decisión; podía oler el tenue perfume del agua con la que se aseaba, pero no tenía medios para limpiar el tosco vestido de lana que llevaba puesto cuando escapó de Egwene al'Vere, que además estaba desgarrado tras el viaje a la Fosa de la Perdición. Prevaleció la prudencia —aquel cuarto tenía que encontrarse cerca de Shayol Ghul—, pero sólo merced a un gran esfuerzo.

—¿Cómo te llamas? —demandó—. ¿Tienes idea de con quién estás hablando?

—Sí que la tengo, Moghedien. Puedes llamarme Moridin.

Moghedien inhaló bruscamente. No por el nombre; cualquier necio podía llamarse Muerte. Pero una minúscula motita negra, del tamaño preciso para poder verse, se desplazó a través de uno de aquellos ojos azules y después lo hizo por el otro, siguiendo la misma línea. El tal Moridin había tocado el Verdadero Poder, y en más de una ocasión. En muchas más. Moghedien sabía que, aparte de al'Thor, algunos hombres que podían encauzar sobrevivían en esa época; ese individuo estaba más o menos a la altura de Rand al'Thor, pero no habría imaginado que el Gran Señor hubiese concedido ese particular honor a ninguno de ellos. Un honor con señuelo, como cualquiera de los Elegidos sabía. A la larga, el Poder Verdadero creaba mucha más adicción que el Poder Único; una voluntad fuerte podía contener el deseo de absorber más *Saidar* o *Saidin*, pero Moghedien dudaba que existiera una voluntad lo bastante fuerte para resistirse al Poder Verdadero; no una vez que el saa aparecía en los ojos. El precio final por excederse era diferente, pero no por ello menos terrible.

—Se te ha honrado con una distinción mayor de lo que imaginas —le dijo. Como si su andrajoso vestido fuera de la más fina camalina, tomó asiento en el sillón que había enfrente del ocupado por el joven—. Dame un poco de ese vino y te lo explicaré. Sólo a otros veintinueve les ha sido dado…

Para su estupefacción, el joven se echó a reír.

—No has entendido bien, Moghedien. Sigues sirviendo al Gran Señor, pero no exactamente como hacías antes. El tiempo de poner en práctica tus propios juegos ha quedado atrás. Si, aunque por pura casualidad, no te las hubieses arreglado para hacer algo bien, a estas alturas estarías muerta.

—Soy una de los Elegidos, chico —replicó, imponiéndose la ira a la precaución. Se sentó erguida, haciéndole frente con todo el conocimiento de una Era que reducía el de él más o menos al existente en los tiempos de chozas de barro. En ese conocimiento que poseía concerniente al Poder Único, al menos en ciertas áreas, nadie la superaba. Faltó poco para que abrazara el *Saidar*, aunque Shayol Ghul se encontrara muy próximo—. Probablemente tu madre utilizaba mi nombre para asustarte no hace muchos años, pero has de saber que hombres hechos y derechos, que podrían estrujarte como una bayeta, sudaban cuando lo oían pronunciar. ¡Así que

mucho cuidado con el modo en que me hablas!

Él metió la mano por el cuello abierto de su camisa y, cuando la sacó, a Moghedien se le quedó la lengua pegada al paladar y los ojos prendidos en la pequeña jaula de alambre de oro y cristal rojo como sangre que colgaba de un cordón que llevaba al cuello. Reparó vagamente en que guardaba otra igual bajo la camisa, pero sólo tenía ojos para la suya propia. Porque indudablemente era la suya. El joven la frotó con el pulgar y Moghedien notó esa caricia en su mente, en su alma. Romper una trampa mental no requería mucha más presión que la que Moridin ejercía en ese momento, y aunque ella se encontrase al otro lado del mundo o más lejos incluso, no supondría diferencia alguna en el resultado. La parte de sí misma que era ella se separaría; seguiría viendo con los ojos y oyendo con los oídos, percibiría el sabor de lo que pasara por su lengua y sentiría lo que tocara, pero sería impotente como un autómata, por completo a las órdenes de quien tuviera la cour'souvra. Hubiese o no un modo de librarse de ella, la trampa mental era exactamente lo que implicaba su nombre. Notó que se ponía pálida.

—¿Lo entiendes ahora? —inquirió Moridin—. Sigues sirviendo al Gran Señor, pero ahora será haciendo lo yo que te diga.

—Lo entiendo, Mia'cova —respondió automáticamente.

Mientras guardaba la trampa mental bajo la camisa, él se echó a reír de nuevo, un sonido profundo y rico en matices que la escarneció.

—No es menester utilizar ese tratamiento, ahora que has aprendido la lección —dijo—. Te llamaré Moghedien y tú a mí, Moridin. Sigues siendo uno de los Elegidos. ¿Quién podría reemplazarte?

—Sí, por supuesto, Moridin —contestó con voz monótona. Dijese lo que dijese él, Moghedien sabía que era su sierva.

26



Palabras irrevocables

Morgase yacía despierta, con la vista fija en el techo, en medio de la oscuridad sólo aliviada por la luz de la luna. Intentó pensar en su hija. Sólo estaba cubierta por una sábana de lino, y a pesar del calor llevaba puesto un grueso camisón de lana, atado al cuello. El sudor no importaba; por mucho que se bañara, por muy caliente que estuviese el agua, no se sentía limpia. Elayne tenía que hallarse a salvo en la Torre Blanca. A veces le parecía que habían pasado años desde que había dejado de fiarse de las Aes Sedai, pero a pesar de la paradoja, sin duda la Torre era el lugar más seguro para Elayne. Intentó pensar en Gawyn, que estaría en Tar Valon con su hermana, lleno de orgullo por ella, tan anhelante en su deseo de ser su escudo cuando ella necesitase uno. Y en Galad; ¿por qué no le permitían verlo? Lo quería tanto como si lo hubiese dado a luz, y en muchos aspectos él necesitaba más su cariño que los otros dos. Intentó pensar en ellos. Resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera… Los ojos muy abiertos miraban fijamente en la oscuridad, relucientes por las lágrimas contenidas.

Siempre se había considerado lo bastante valiente para hacer lo que exigiese su deber, para afrontar lo que fuera que le deparara el destino; siempre había creído que podría incorporarse y seguir luchando. En una hora interminable, sin dejar más huella que unos pocos moretones que ya empezaban a borrarse, Rhadam Asunawa había empezado a demostrarle lo contrario. Elmon Valda había completado la lección con una pregunta. El verdugón que su respuesta había dejado en su corazón no se había borrado. Tendría que haber regresado ante Asunawa y haberle dicho que llegara hasta el final. Tendría que… Rogó por que Elayne estuviese a salvo. Quizá no era justo desear mejor suerte para Elayne que para Gawyn o Galad, pero ella sería la próxima reina de Andor. La Torre no perdería la oportunidad de sentar a una Aes Sedai en el Trono del León. Ojalá pudiera ver a Elayne, a todos sus hijos, otra vez.

Algo se movió en el oscuro dormitorio y Morgase contuvo la respiración al tiempo que procuraba no temblar. La débil luz de la luna apenas bastaba para distinguir las columnas de la cama. Valda había partido hacia el norte de Amador el día anterior, así como Asunawa, con miles de Capas Blancas para enfrentarse al

Profeta, pero si había regresado, si él…

La sombra en la oscuridad se concretó en la figura de una mujer, demasiado baja para tratarse de Lini.

—Pensé que estaríais despierta —dijo quedamente la voz de Breane—. Bebeos esto, os ayudará. —La cairhienina intentó poner una copa de plata en la mano de Morgase. El contenido tenía un ligero olor amargo.

—Espera a que se te llame para traerme de beber —espetó mientras empujaba la copa. Un líquido templado se derramó en su mano y sobre la sábana de lino—. Casi me había dormido cuando entraste metiendo ruido —mintió—. ¡Márchate!

En lugar de obedecer, la mujer se quedó mirándola, el rostro envuelto en las sombras. A Morgase no le caía bien Breane Taborwin. Tanto si era de noble cuna y los acontecimientos la habían hecho perder su posición, como afirmaba en ocasiones, o si era meramente una criada que se hacía pasar por alguien de una clase superior a la suya, lo cierto es que sólo obedecía cuando quería y lo que le apetecía, además de darse excesivas libertades con lo que decía, como se hizo patente en ese momento.

—Gemís como una oveja, Morgase Trakand. —A pesar del timbre bajo, su voz rezumaba cólera. Dejó la copa en la mesilla con brusquedad y más líquido se derramó sobre la superficie del mueble—. ¡Bah! Muchas otras personas han pasado por situaciones mucho peores. Estáis viva. No tenéis ningún hueso roto. Vuestra mente sigue funcionando. Aguantad, dejad que el pasado quede atrás y seguid adelante. Habéis estado tan tensa que los hombres caminan de puntillas, incluso maese Gill. Lamgwin apenas ha dormido estas tres últimas noches.

Morgase enrojeció, irritada; ni siquiera en Andor los criados se permitían hablar de ese modo. Asió el brazo de la mujer con fuerza, pero cuando habló en su voz se debatían la ansiedad y el desagrado:

—No lo saben, ¿verdad? —Si lo supieran, intentarían vengarla, rescatarla. Morirían. Tallanvor moriría.

—Lini y yo les hemos puesto vendas en los ojos por vos —se mofó Breane mientras retiraba de un tirón la mano de la otra mujer—. Si con ello pudiera salvar a Lamgwin, los pondría en antecedentes para que supieran la oveja gemebunda que sois realmente. Él ve la Luz reencarnada en vos; yo veo una mujer sin coraje para afrontar el día a día. No permitiré que lo destruyáis con vuestra cobardía.

Cobardía. La ira colmó a Morgase, pero aun así la reina no pronunció una sola palabra. Sus dedos se crisparon sobre la sábana. No creía que hubiese sido capaz de decidir a sangre fría yacer con Valda pero, de haberlo hecho, habría podido soportarlo. Al menos, eso creía. Otra cosa era decir sí porque temía afrontar de nuevo las cuerdas de nudos y las agujas de Asunawa, por temer más que consiguiera su propósito con violencia. Por mucho que hubiese gritado con las torturas de Asunawa, Valda era quien le había demostrado la verdadera medida de su valor, tan inferior a lo

que ella creía. El tacto de Valda, su lecho, podría olvidarlos con el tiempo, pero jamás sería capaz de borrar la vergüenza de aquel «sí» en sus labios. Breane le había arrojado la verdad a la cara y no sabía cómo replicar.

El ruido de unos pasos apresurados en la antesala le ahorraron el mal trago. La puerta del dormitorio se abrió violentamente y un hombre penetró un paso en la estancia.

—Estáis despierta. Bien —dijo la voz de Tallanvor al cabo de un momento.

El corazón de Morgase volvió a latir y la reina, que había contenido la respiración, inhaló de nuevo. Intentó soltar la mano de Breane —no recordaba haberla asido— pero para su sorpresa la mujer se la apretó un instante antes de aflojar los dedos.

—Algo pasa —prosiguió Tallanvor, aproximándose a la única ventana de la habitación. Se quedó a un lado, como para evitar ser visto, y oteó en la noche. La luz de la luna perfilaba su alta figura—. Maese Gill, entrad y contad lo que visteis.

Una cabeza calva, que brillaba en la oscuridad, asomó en el umbral. Detrás, en la otra habitación, se movió una figura corpulenta: Lamgwin Dorn. Cuando Basel Gill reparó en que la reina se hallaba en el lecho, el débil brillo de su calva se movió al volver el hombre la vista hacia otro lado, aunque probablemente no distinguía nada aparte de la cama. Maese Gill era aún más ancho que Lamgwin, pero ni por asomo tan alto.

—Disculpad, mi reina, no era mi intención… —Carraspeó fuerte y sus botas rasparon sobre el suelo al mover los pies con inquietud. Si hubiese tenido sombrero, le habría estado dando vueltas en las manos con nerviosismo—. Me encontraba en la Gran Galería de camino a… a… —Los retretes, era lo que no se atrevía a decir a la reina—. En fin, eché una ojeada por una de las ventanas y vi… una gran ave, creo, posarse encima del Cuartel Sur.

—¡Un ave! —La fina voz de Lini provocó que maese Gill diese un brinco de sobresalto y entrara en el cuarto, dejando libre la puerta. O tal vez fue un codazo en las costillas. Por lo general Lini aprovechaba todas las ventajas derivadas de su edad. Pasó junto al hombre, todavía abrochándose la bata—. ¡Necios! ¡Zopencos con cerebro de buey! ¡Habéis despertado a mi ni…! —Enmudeció de repente y tosió fuerte; Lini nunca olvidaba que había sido nodriza de Morgase y también de su madre, pero nunca cometía deslices delante de otros. Haberlo hecho ahora la habría irritado, y su voz lo denotó—. ¡Despertasteis a mi señora por un ave! —Se tanteó la redecilla y, con un gesto inconsciente, metió algunos mechones que se habían soltado mientras dormía—. ¿Habéis bebido, maese Gill?

Morgase se estaba preguntando lo mismo.

—No sé si era un ave —protestó el hombre—. No tenía aspecto de serlo, pero ¿qué otra cosa vuela, aparte de los murciélagos? Era grande. Desmontaron hombres

de su espalda, y aún iba otro montado en su cuello cuando volvió a levantar el vuelo. Mientras me daba cachetes para despertarme, otra de esas… cosas aterrizó, y más hombres desmontaron de su espalda. Y a continuación llegó otra, y entonces decidí que había llegado el momento de informar a lord Tallanvor.

Lini ni aspiró aire por la nariz con desdén, pero Morgase casi podía sentir su mirada penetrante, y eso que no iba dirigida a ella. El hombre que había abandonado su posada para seguirla, la sintió sin ninguna duda.

—Juro por la Luz que es cierto, mi reina —insistió.

—¡Luz! —exclamó Tallanvor como un eco—. Algo… Algo acaba de posarse sobre el Cuartel Norte.

Morgase jamás lo había oído hablar con voz tan agitada. Lo único que deseaba era que todos se marchasen y la dejaran sola con su desdicha, pero al parecer había pocas esperanzas de que ocurriera tal cosa. Tallanvor era peor que Breane en muchos aspectos. Mucho peor.

—Mi bata —pidió y, por una vez, Breane se apresuró a entregarle la prenda.

Maese Gill se volvió hacia la pared mientras Morgase se ponía la bata de seda. La reina se dirigió hacia la ventana mientras se ataba el cinturón. El alargado Cuartel Norte se alzaba al otro lado del amplio patio; era un edificio de cuatro plantas, con techo plano, construido con piedra oscura. No se veía ninguna luz encendida, ni allí ni en ninguna otra parte de la Fortaleza de la Luz. Todo era quietud y silencio.

—No veo nada, Tallanvor.

—Observad —dijo él, mientras la hacía echarse hacia atrás.

En otro momento habría lamentado que la mano del hombre se apartara de su hombro, y se habría irritado consigo misma por ello, además de por el tono empleado por Tallanvor. Ahora, después de lo de Valda, sintió alivio. E irritación por ese alivio, además de por su tono. Era demasiado irrespetuoso, demasiado testarudo, demasiado joven. Sólo un poco mayor que Galad.

Las sombras cambiaban conforme la luna se desplazaba, pero no había ningún otro movimiento. Fuera, en la ciudad de Amador, un perro aulló, y otros le contestaron. Entonces, cuando Morgase abría la boca para despedir a Tallanvor y a todos los demás, la oscuridad en lo alto del gran cuartel se encorvó y saltó del tejado.

Algo, lo había llamado Tallanvor, y a ella no se le ocurría nada mejor. La imagen de un cuerpo largo que parecía más grueso que la altura de un hombre; enormes alas con nervaduras, como las de los murciélagos, batiendo mientras la criatura se zambullía hacia el patio; una figura, un hombre, sentada justo detrás del cuello sinuoso. Y entonces las alas se sustentaron en el aire y la… cosa se elevó, ocultando la luz de la luna mientras planeaba en lo alto, ondeando una cola larga y fina.

Morgase cerró lentamente la boca. La única idea que le vino a la mente fue Engendros de la Sombra. Los trollocs y los Myrddraal no eran las únicas criaturas

transmutadas por la Sombra que habitaban en la Llaga. Nunca le habían hablado de algo semejante, pero sus tutoras en la Torre decían que allí vivían cosas que nadie había visto claramente ni había vivido para describirlas. Sin embargo, ¿cómo podían encontrarse tan al sur?

De repente surgió un destello de luz acompañado de un gran retumbo, en dirección a las puertas principales; se repitió en otros dos sitios, a lo largo de la gran muralla exterior. Morgase creía que también había puertas por allí.

—Por la Fosa de la Perdición ¿qué demonios ha sido eso? —masculló Tallanvor en el instante de silencio que se produjo antes de que los gongs de alarma empezaran a resonar en la oscuridad. Se oyeron gritos, chillidos y toques roncos, como de algún tipo de cuerno. El fuego estalló con la violencia de un trueno, y después se repitió en otro sitio.

—El Poder Único —musitó Morgase. Puede que no fuera capaz de encauzar, pero eso sí podía notarlo. Las ideas sobre Engendros de la Sombra se borraron de su mente —. Deben de ser Aes Sedai.

Oyó dar un respingo a alguien a su espalda; quizá Lini o Breane.

—Aes Sedai —susurró, excitado, maese Gill, y Lamgwin murmuró algo en voz demasiado baja para entender qué decía.

Fuera, en la oscuridad, sonaba el estrépito de metal chocando contra metal, el fuego rugía y los rayos se descargaban desde un cielo sin nubes. Apagado por el estruendo, se oyó finalmente el toque de las campanas de alarma de la ciudad, pero pocas, cosa extraña.

—Aes Sedai. —Tallanvor no parecía convencido—. ¿Por qué ahora? ¿Para rescataros, Morgase? Creía que sólo podían usar el Poder Único contra Engendros de la Sombra, no contra hombres. Además, si esa criatura alada no era un Engendro de la Sombra, entonces es que jamás he visto uno.

—¡No sabes de qué estás hablando! —se enfrentó a él, acalorada—. ¡Tú…!

La saeta de una ballesta chocó contra el cerco de la ventana y lanzó una rociada de esquirlas de piedra; el aire se agitó frente a su cara cuando el proyectil pasó culebreando entre los dos y se hincó en una de las columnas de la cama con un impacto seco. Unos centímetros más a la derecha y todos su problemas se habrían terminado.

No se movió, pero Tallanvor la apartó de la ventana al tiempo que barbotaba un juramento. Incluso a la luz de la luna distinguió su ceño cuando la miró intensamente. Por un instante pensó que iba a tocarle la cara; si lo hacía, no sabía si se echaría a llorar o a gritar o le ordenaría que se marchara de su lado para siempre o…

—Me parece más probable —dijo él en cambio—, que se trate de esos sanchin o comoquiera que se llamen a sí mismos. —Insistía en aceptar como ciertos los rumores que se habían colado incluso en la Fortaleza—. Creo que puedo sacaros de

aquí ahora. Reinará una gran confusión. Venid conmigo.

No le llevó la contraria; pocas personas sabían algo sobre el Poder Único, cuanto menos la diferencia entre el *Saidar* y el *Saidin*. La idea de Tallanvor tenía posibilidades. Quizá podrían escapar en el pandemónium de la batalla.

—¡Sacarla a ese caos! —chilló Lini. Luces llameantes amortiguaban la luz de la luna en la ventana; estallidos y truenos ahogaban el estruendo de hombres y armas—. Creía que tenías más sentido común, Martyn Tallanvor. «Sólo los necios besan avispones o comen fuego.» Ya le has oído decir que son Aes Sedai. ¿Crees que no lo sabe? ¿Lo crees?

—Milord, si son Aes Sedai… —abundó maese Gill.

Tallanvor apartó las manos de Morgase y rezongó entre dientes algo de que ojalá tuviera su espada. Pedron Niall le había permitido conservarla; Elmon Valda no era tan confiado.

Por un instante, la desilusión se apoderó de la reina. Si él hubiese insistido, si la hubiese obligado a seguirlo… ¿Qué demonios le pasaba? Si Tallanvor hubiese intentado llevarla a la fuerza a cualquier sitio, por cualquier razón, lo habría desollado. Tenía que recuperar el autocontrol. Valda había hecho mella en su seguridad en sí misma —a decir verdad, la había hecho jirones—, pero debía aferrarse a esos guiñapos y remendarlos. De algún modo. Y si es que merecía la pena intentarlo.

—Al menos puedo enterarme de lo que ocurre —gruñó Tallanvor mientras se encaminaba a la puerta—. Si no son Aes Sedai…

—¡No! Te quedarás aquí. Por favor. —Morgase se alegró de la penumbra que reinaba en el cuarto, ya que ocultaba el fuerte sonrojo de su rostro. Se habría mordido la lengua antes que pronunciar las dos últimas palabras, pero éstas salieron de su boca sin darle tiempo a contenerlas. Prosiguió en tono más firme—: Te quedarás aquí, protegiendo a tu reina, como es tu obligación.

En la tenue luz alcanzó a ver el rostro del hombre, en apariencia impasible, y su inclinación de cabeza pareció respetuosa y adecuada, pero aun así Morgase habría apostado hasta el último céntimo a que Tallanvor se había puesto furioso.

—Estaré en la antesala —respondió.

En fin, su tono de voz no dejaba lugar a dudas. Por una vez, sin embargo, a Morgase no le importó lo enfadado que estuviera ni su escaso esfuerzo por disimularlo. Era más que probable que acabara matando a ese condenado hombre con sus propias manos, pero no iba a morir esa noche, aniquilado por soldados que no podían saber de parte de quién luchaba.

Ahora era imposible conciliar el sueño, aun en el caso de que su estado de ánimo se lo hubiese permitido. Sin encender las lámparas, se lavó la cara y los dientes. Breane y Lini la ayudaron a ponerse un vestido de seda azul con cuchillas verdes y

montones de puntilla blanca en los puños y en el cuello alto. Resultaría muy apropiado para recibir a unas Aes Sedai. El *Saidar* colmaba el aire nocturno. Tenían que ser Aes Sedai. ¿Quiénes otras, si no?

Cuando se reunió con los hombres en la antesala, éstos se encontraban sentados en la oscuridad excepto por la luz de la luna que se colaba a través de las ventanas y los esporádicos destellos del fuego creado por el Poder. Incluso una vela habría atraído la atención, cosa que no querían que ocurriera. Lamgwin y maese Gill se incorporaron rápidamente de las sillas en actitud respetuosa; Tallanvor se puso de pie con más lentitud, y Morgase no necesitó luz para saber que la miraba con gesto hosco. Furiosa por tener que hacer caso omiso de su actitud —¡al fin y al cabo era su reina!— y consiguiendo sólo a duras penas que su voz no trasluciese ira, ordenó a Lamgwin que llevara más sillas de las que había colocadas cerca de las ventanas. Se sentaron y aguardaron en silencio. Al menos, en silencio por su parte, ya que fuera resonaba el estruendo de lucha, gritos y toques de cuernos, y durante todo el tiempo Morgase no dejó de percibir el *Saidar*, con mayor o menor intensidad, de manera ininterrumpida.

Poco a poco, al cabo de una hora como mínimo, el fragor de la batalla menguó y por último cesó. Se oían voces que impartían órdenes ininteligibles, los gemidos de los heridos y alguna que otra vez la ronca y rara voz de los cuernos, pero ya no se oía el entrechocar de armas. También disminuyó la sensación del *Saidar*, si bien Morgase estaba segura de que había mujeres dentro de la Fortaleza que lo seguían abrazando, aunque no creía que estuviesen encauzando entonces. Todo parecía casi tranquilo tras el clamor y la conmoción.

Tallanvor rebulló, pero la reina le indicó con un gesto que no se moviera antes de que el hombre tuviera ocasión de incorporarse; por un instante creyó que no iba a obedecer. La noche llegó a su fin y la claridad del día penetró a través de las ventanas, poniendo de manifiesto el gesto ceñudo del capitán. Morgase continuó con las manos enlazadas sobre el regazo. La paciencia era una de las muchas virtudes que ese joven tenía todavía que aprender; tras el valor, ocupaba la posición más alta de las virtudes nobles. El sol ascendió en el cielo. Lini y Breane empezaron a cuchichear entre ellas en tono cada vez más preocupado a la par que lanzaban ojeadas en su dirección. Tallanvor, ceñudo y echando fuego por los ojos, permanecía sentado rígido; llevaba una chaqueta azul oscuro que le sentaba muy bien. Maese Gill rebullía inquieto y se pasaba las manos alternativamente por el cabello entrecano o se enjugaba el sudor de las rubicundas mejillas con un pañuelo. Lamgwin estaba repantigado en la silla, y los abultados párpados entornados daban al antiguo camorrista callejero aspecto de adormilado, pero cuando miraba a Breane una fugaz sonrisa asomaba a su rostro surcado de cicatrices. Morgase se concentró en su respiración, casi como en los ejercicios que había practicado durante los meses

pasados en la Torre. Paciencia. ¡Como alguien no apareciese pronto, iba a decir unas palabras ásperas, tanto si eran Aes Sedai como si no!

A despecho de sí misma, dio un brinco cuando sonó una fuerte llamada en la puerta que daba al pasillo. Antes de que tuviese tiempo de ordenar a Breane que fuera a ver quién era, la puerta se abrió violentamente y golpeó contra la pared. Morgase miró de hito en hito a la persona que entró.

Un hombre alto, de tez oscura y nariz aguileña, le sostuvo la mirada fríamente; por encima de su hombro asomaba la empuñadura de una espada. Cubría su torso un extraño peto hecho con láminas superpuestas y lacadas en dorado y negro, y sostenía en el brazo un yelmo que semejaba la cabeza de un insecto, también dorado y negro, rematado por tres plumas verdes, largas y finas. Tras él venían otros dos hombres que lucían el mismo tipo de armadura, si bien las suyas parecían pintadas en lugar de lacadas, e iban tocados con los yelmos, éstos sin el penacho de plumas; empuñaban ballestas cargadas, listas para ser disparadas. Había más de esos hombres en el pasillo, equipados con lanzas que adornaban unos borlones dorados y negros.

Tallanvor, Lamgwin e incluso el orondo maese Gill se levantaron precipitadamente y se interpusieron entre ella y los peculiares visitantes. Morgase tuvo que empujarlos para abrirse paso.

Los ojos del hombre de nariz aguileña se clavaron directamente en ella antes de que pudiera exigir una explicación.

—¿Sois Morgase, reina de Andor? —Su timbre era áspero y arrastraba tanto las palabras al pronunciarlas que costaba trabajo entenderle. El hombre continuó sin esperar su respuesta—. Vendréis conmigo. Sola —añadió cuando Tallanvor, Lamgwin y maese Gill se adelantaron a la par. Los que manejaban las ballestas las aprestaron; las gruesas saetas parecían hechas para atravesar armaduras, de modo que un hombre desprotegido no tenía ninguna posibilidad.

—No tengo ninguna objeción a que mi gente aguarde aquí hasta mi regreso —respondió Morgase aparentando mucha más tranquilidad de la que sentía realmente. ¿Quiénes eran esas personas? Conocía el acento de todos los países, y también los distintos tipos de armaduras—. Estoy convencida de que velaréis muy bien por mi seguridad, capitán…

El individuo no le dio su nombre y se limitó a indicar con un ademán brusco que lo siguiera. Para gran alivio de Morgase, Tallanvor no alborotó a pesar de la furia abrasadora que traslucían sus ojos. La reina advirtió con gran irritación que maese Gill y Lamgwin miraban a Tallanvor antes de retroceder un paso.

En el pasillo, los soldados formaron alrededor de ella, con el oficial de nariz aguileña y los dos ballesteros situados a la cabeza. Morgase intentó convencerse de que era una guardia de honor. Deambular por ahí sin protección, transcurrido tan poco tiempo después de una batalla, era una solemne necedad; podrían quedar

resistentes que aprovecharían la ocasión de tomar un rehén o de matar a cualquiera que los viera. Deseó poder creerlo.

Trató de preguntar al oficial, pero el hombre no dijo una sola palabra, sin perder el ritmo del paso ni volver la cabeza, de modo que la reina dejó de intentarlo. Ninguno de los soldados le dirigió una ojeada; eran hombres de aspecto duro, del tipo de los que componían la Guardia Real, hombres que habían combatido en más de una ocasión. Pero ¿quiénes eran? Sus botas golpeaban el suelo al unísono, creando un sonido ominoso semejante al batir de un tambor que en los corredores de la Fortaleza resonaba con mayor fuerza. En los pasillos apenas había colorido, nada que los ornamentara excepto alguno que otro tapiz representando a los Capas Blancas batiéndose en sangrientas batallas.

Morgase cayó en la cuenta de que la conducían hacia las dependencias del capitán general, y se le hizo un nudo en la boca del estómago. Casi había llegado a gustarle ir hacia allí en vida de Pedron Niall, pero había temido hacer el mismo camino en los escasos días transcurridos desde su muerte. Sin embargo, al girar en una esquina, vio a unas dos docenas de arqueros que marchaban detrás de otro oficial; iban vestidos con pantalones amplios y coseletes de cuero endurecido, pintados a rayas azules y negras. Tenían las cabezas cubiertas con cascos de los que colgaba una fina malla de acero que les tapaba el rostro hasta los ojos; bajo esas mallas se atisbaban las puntas de bigotes aquí y allí. El oficial de los arqueros inclinó la cabeza ante el que dirigía la guardia que la escoltaba, y éste se limitó a alzar una mano en respuesta.

Taraboneses. Hacía muchos años que no veía soldados taraboneses; si aquellos hombres no lo eran, a pesar de las rayas de los coseletes, ella se comería las zapatillas. Empero, no tenía sentido. Tarabon era la viva imagen del caos, con una guerra civil de cientos de frentes entre pretendientes al trono y los Juramentados del Dragón. Tarabon jamás habría podido lanzar aquel ataque contra la mismísima Amador. A menos que, increíblemente, uno de los aspirantes al trono se hubiese impuesto sobre los demás y sobre los Juramentados del Dragón y sobre… Imposible. Además, eso no explicaba la presencia de aquellos soldados de extrañas armaduras ni las bestias aladas ni…

Morgase creía que había visto rarezas. Creía que había experimentado la zozobra. Entonces ella y su guardia giraron en otra esquina y se encontraron con dos mujeres.

Una era esbelta, baja como una cairhienina y de tez más oscura que cualquier teariana. Llevaba un vestido azul que apenas le llegaba a los tobillos; el dibujo de relámpagos plateados zigzagueaba sobre franjas rojas en el pecho y los costados de la amplia falda dividida. La otra mujer, con atuendo gris oscuro, era más alta que la mayoría de los hombres; tenía el cabello rubio, lustroso, largo hasta los hombros, y sus verdes ojos traslucían miedo. Una correa plateada unía el brazalete del mismo metal, que llevaba en la muñeca la mujer más baja, al collar ceñido al cuello de la

más alta.

Se apartaron para dejar paso a la guardia de Morgase y, cuando el oficial de nariz aguileña murmuró «*Der'sul'dam*» —al menos, eso le pareció a Morgase, ya que el extraño acento hacía difícil la comprensión de las palabras—, en un tono casi como haría un igual aunque no del todo, la mujer atezada inclinó ligeramente la cabeza, tiró de la correa, y la mujer rubia se arrodilló, agachándose hasta tocar con la frente las rodillas y poniendo las manos en el suelo. Mientras Morgase y sus guardias pasaban ante las dos mujeres, la de piel morena se inclinó para dar unas palmaditas afectuosas en la cabeza de la otra, como si fuese un perro; pero lo peor de todo fue que la mujer postrada alzó la vista hacia la otra y la miró con complacencia y gratitud.

Morgase hizo un arduo esfuerzo para seguir caminando, para que las rodillas no se le doblaran, para evitar que su revuelto estómago se vaciara allí mismo. El total servilismo ya era malo de por sí, pero estaba segura de que la mujer arrodillada podía encauzar. ¡Imposible! Caminó aturdida, preguntándose si aquello no sería un sueño, una pesadilla. Rezó por que lo fuera. Fue vagamente consciente de cruzarse con más soldados, éstos también con armaduras rojas y negras, y después…

La sala de audiencias de Pedron Niall —ahora de Valda, o más bien de quienquiera que hubiese tomado la Fortaleza— había cambiado. El gran sol radiante del suelo continuaba allí, pero todas las banderas capturadas por Niall, que Valda había conservado como si fuesen trofeos suyos, habían desaparecido, igual que el mobiliario excepto el sillón de respaldo alto y talla sencilla utilizado por Niall, y después por Valda, que ahora aparecía flanqueado por dos biombos altos adornados con dibujos chillones. Uno de ellos mostraba un ave de presa negra con penacho blanco, pico de aspecto cruel y alas blancas en las puntas, extendidas; el otro, un felino de pelaje amarillo, moteado en negro, con una de las garras plantada sobre un animal semejante a un ciervo, de cuernos largos y rectos y franjas blancas en el lomo, la mitad de grande que el felino.

Había varias personas en la sala, pero eso fue todo cuanto tuvo tiempo de observar antes de que se adelantara una mujer de rostro anguloso, con la mitad de la cabeza afeitada y el resto de cabello, largo y castaño, recogido en una trenza que le caía sobre el hombro derecho. Sus ojos, tan azules como el vestido que llevaba, rebosaban desdén y no tenían nada que envidiar a los del felino o los del ave de presa de los biombos.

—Estáis en presencia de la Augusta Señora Suroth, dirigente de Los que Llegan Antes y coadyuvante del Retorno —entonó con el mismo acento que arrastraba las palabras.

Sin previa advertencia, el oficial de nariz aguileña asió a Morgase por la nuca y la hizo postrarse a su lado. Aturdida, y no era una de las razones de menos peso el hecho de haberse quedado sin resuello por el empellón, la reina vio que el hombre

besaba el suelo.

—Suéltala, Elbar —ordenó otra mujer, con el peculiar acento cadencioso teñido de ira—. No debe tratarse así a la reina de Andor.

El oficial, Elbar, se incorporó parcialmente, aunque todavía de rodillas y con la cabeza inclinada.

—Me humillo, Augusta Señora. Suplico el perdón. —Su voz sonaba tan fría e inexpresiva como podía permitir aquel acento.

—Me siento poco inclinada a perdonar esto, Elbar.

Morgase alzó la vista. La imagen de Suroth la sorprendió. Tenía la cabeza afeitada en ambos lados de manera que dejaba una reluciente cresta negra en la parte superior, que caía en melena por la espalda.

—Quizá lo haga cuando hayas sido castigado —continuó Suroth—. Ve a dar parte de tu transgresión ahora mismo. ¡Fuera de mi vista! ¡Vete! —Un ademán displicente dejó a la vista unas uñas de casi tres centímetros de largo, las dos primeras de cada mano lacadas en azul.

Elbar volvió a inclinarse sobre las rodillas y después se incorporó lentamente, tras lo cual retrocedió de espaldas hacia la puerta. Por primera vez, Morgase advirtió que ninguno de los otros soldados los había seguido al interior de la sala. Y también reparó en algo más. Antes de desaparecer, el oficial le dirigió una última mirada, y que en lugar de traslucir resentimiento por ser la causa de su castigo, el hombre… la observó pensativo, reflexivo. No habría castigo; toda la escena se había preparado de antemano.

Suroth se deslizó hacia Morgase sosteniendo con todo cuidado la veste azul a fin de dejar a la vista las faldas, de un blanco níveo y plisada con centenares de diminutos pliegues. A Morgase no le pasó inadvertido el hecho de que la mujer se demoró lo suficiente para no llegar ante ella hasta que se hubo puesto de pie.

—¿Habéis sufrido algún daño? —inquirió Suroth—. En tal caso, haré que se doble su castigo.

Morgase se sacudió el vestido para no tener que contemplar la falsa sonrisa que en ningún momento se reflejó en los ojos de la mujer. Aprovechó la oportunidad para mirar alrededor de la sala. Había cuatro hombres y cuatro mujeres arrodillados junto a una pared, todos ellos jóvenes y de gran belleza, y todos vestidos… Apartó bruscamente los ojos. ¡Aquellas largas vestimentas blancas eran casi transparentes! En los extremos de los biombos había otras dos parejas de mujeres arrodilladas, una de cada par con vestido gris y la otra azul, con los relámpagos plateados bordados, unidas entre sí por la correa de plata de la muñeca al cuello. Morgase no estaba lo bastante cerca para poder afirmarlo con certeza, pero tenía la desagradable sensación de que las dos mujeres de gris eran capaces de encauzar.

—Me encuentro muy bien, gracias… —Enmudeció al reparar en una forma

grande, de color pardo rojizo, que yacía en el suelo; quizás un montón de pieles de vaca curtidas. Entonces se movió—. ¿Qué es eso? —Se las arregló para no quedarse boquiabierta, pero no pudo evitar hacer la pregunta.

—¿Os gusta mi *lopar*? —Suroth se apartó con bastante más rapidez con la que se había aproximado. La inmensa forma levantó una cabeza redonda y colosal para que la mujer le acariciara debajo de la barbilla con un nudillo. La criatura le recordó a Morgase a un oso, aunque a buen seguro duplicaba el tamaño del oso más grande que había visto en su vida, además de no tener un solo pelo y carecer de hocico, pero con prominentes arcos ciliares—. *Almandaragal* me fue entregado, cuando era cachorro, como regalo el primer día de mi verdadero nombre. Frustró el primer intento de asesinarme ese mismo año, cuando apenas había alcanzado la cuarta parte de su desarrollo.

Había verdadero afecto en la voz de la mujer. El… *lopar* separó los labios y dejó a la vista unos grandes dientes puntiagudos mientras la mujer lo acariciaba; flexionó las zarpas delanteras, de manera que sacó y retrajo las garras de seis largos dedos en cada una de ellas. Y empezó a ronronear, un sordo retumbo que igualaría al de cien gatos.

—Extraordinario —dijo débilmente Morgase. ¿Día del verdadero nombre? ¿Cuántos intentos de asesinar a esa mujer había habido para que pudiera referirse al «primero» de manera tan intrascendente?

El *lopar* emitió un corto gemido cuando Suroth se apartó de él, pero enseguida volvió a reposar la cabeza entre las patas. De forma sorprendente, no la siguió con la mirada, sino que mantuvo los ojos fijos en Morgase, apartándolos sólo de tanto en tanto para echar un vistazo hacia la puerta o a las ventanas, estrechas como saeteras.

—Por supuesto, por muy leal que sea un *lopar* no puede compararse con las *damane*. —Ahora no había el menor atisbo de afecto en la voz de Suroth—. Pura y Jinjin podrían acabar con cien asesinos antes de que *Almandaragal* tuviese tiempo de pestañear. —Al oír aquellos nombres, las mujeres vestidas de azul tiraron de las correas y las otras dos mujeres que había en el extremo de cada traílla se postraron como lo había hecho la del corredor—. Tenemos muchas más *damane* desde que regresamos. Éste es un campo rico para la caza de *marath'damane*. Pura —añadió con indiferencia— fue antaño una mujer de la… Torre Blanca.

A Morgase le flojearon las rodillas. ¿Una Aes Sedai? Observó con detenimiento la espalda doblada de la mujer llamada Pura, sin poder creer lo que oía. Ninguna Aes Sedai se doblegaría de ese modo. Pero cualquier mujer capaz de encauzar, no sólo una Aes Sedai, debería ser capaz de coger aquella correa y estrangular con ella a quien la atormentaba. De hecho, cualquiera debería ser capaz de hacerlo. No, imposible; la tal Pura no podía ser Aes Sedai. Morgase se preguntó si debería osar pedir una silla.

—Todo eso es muy… interesante. —Al menos su voz sonaba firme—. Pero dudo mucho que me hayáis pedido venir aquí para hablar de Aes Sedai. —No le habían pedido que fuera, desde luego.

Suroth la miró de hito en hito, sin mover un solo músculo, salvo una leve tensión en aquellos dedos de largas uñas de su mano izquierda.

—¡Thera! —gritó de repente la mujer de rostro anguloso y media cabeza afeitada—. ¡Kaf para la Augusta Señora y su invitada!

Una de las mujeres ataviadas con las ropas diáfanas, la mayor de todas pero aun así joven, se incorporó grácilmente. Su bonita boca tenía un gesto enfurruñado, pero corrió presurosa hacia la parte posterior del biombo con el ave de presa pintada y en cuestión de segundos reapareció llevando una bandeja de plata con dos pequeñas tazas blancas. Se arrodilló con movimientos sinuosos ante Suroth e inclinó la oscura testa mientras alzaba la bandeja, de manera que ésta quedó por encima de ella. Morgase sacudió la cabeza; si se pidiera a cualquiera de las sirvientes de Andor que hiciera eso —¡o que llevara ese tipo de ropa!— pondría el grito en el cielo.

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

Suroth cogió una de las tazas con las puntas de los dedos e inhaló el aromático vapor que salía del recipiente. En su gesto de asentimiento hubo un exceso de permiso para el gusto de Morgase, pero en cualquier caso cogió la otra taza. Dio un sorbo y miró el líquido con sorpresa. Más oscuro que el té, también su gusto era más amargo. Por mucha miel que se le pusiera, seguiría siendo imbebible. Suroth se llevó su taza a los labios y suspiró de satisfacción.

—Hay muchas cosas de las que debemos hablar, Morgase, pero seré breve en esta primera conversación. Nosotros, los seanchan, regresamos para reclamar lo que les fue robado a los herederos del Rey Supremo, Artur Paendrag Tanreall. —La complacencia por el kaf se tornó en un placer diferente en su voz, un timbre mezcla de expectación y certeza, y la mujer observó atentamente el semblante de Morgase, quien era incapaz de apartar los ojos—. Lo que era nuestro, volverá a serlo. En realidad lo ha sido siempre. Un ladrón no obtiene la propiedad de nada. He iniciado la recuperación en Tarabon. Muchos nobles de esa tierra ya han jurado obedecer, esperar y servir; no pasará mucho tiempo antes de que todos lo hayan hecho. Su rey, no recuerdo su nombre, murió en su confrontación conmigo. Si hubiese vivido, al estar en abierta rebeldía contra el Trono de Cristal y sin pertenecer siquiera a la Sangre, habría sido empalado. No fue posible encontrar a su familia para hacerla propiedad, pero ya hay un nuevo rey y una nueva Panarch que han jurado lealtad a la emperatriz. Ahora he empezado con esta tierra llamada Amadicia. Muy pronto, todos se arrodillarán ante la emperatriz, que viva eternamente, descendiente directa del gran Artur Hawkwing.

Si la criada no se hubiese retirado, Morgase habría dejado la taza en la bandeja.

La superficie del oscuro líquido no acusaba la menor agitación, pero gran parte de lo que decía esa mujer no tenía significado alguno para ella. ¿Emperatriz? ¿Seanchan? Habían corrido absurdos rumores hacía un año o más sobre unos ejércitos de Artur Hawkwing que habían regresado a través del Océano Aricio, pero sólo los más crédulos dieron pábulo a tales historias, y Morgase dudaba de que siquiera las peores chismosas del mercado se acordaran de ese cuento. ¿Podría haber sido verdad? En cualquier caso, lo que sí entendió era más que suficiente.

—Todos honran la memoria de Artur Hawkwing, Suroth. —La mujer de rostro anguloso abrió la boca con aire indignado, pero se contuvo con un levísimo gesto del dedo de uña azul de la Augusta Señora—. Sin embargo, todo eso pertenece a un pasado remoto. Todas las naciones tienen un linaje antiguo aquí. Ninguna se rendirá a vos ni a vuestra emperatriz. Si habéis logrado usurpar parte de Tarabon… —Suroth inhaló con un siseo y sus ojos centellearon—, recordad que se trata de un país sumido en el caos, donde sus habitantes están divididos y enfrentados entre sí. Amadicia no caerá tan fácilmente, y muchas otras naciones acudirán en su ayuda cuando tengan noticia de vuestra presencia. —¿Ocurriría realmente así?—. Por muchos que seáis, descubriréis que no es una pieza de caza fácil para ensartar en vuestro espetón. Nos hemos enfrentado a peores amenazas con anterioridad y las hemos superado. Os aconsejo que intentéis sellar la paz antes de que os aplasten.

Morgase recordó el *Saidar* desatando destrucción en las últimas horas de la noche y evitó mirar a las… ¿damane, las había llamado? Merced a un gran esfuerzo, consiguió no humedecerse los labios.

Suroth volvió a adoptar aquella máscara sonriente, con los ojos relucientes como gemas pulidas.

—Todos debemos tomar decisiones. Algunos elegirán obedecer, esperar y servir y dirigirán sus tierras en nombre de la emperatriz, que viva eternamente.

Apartó una de las manos de la taza para hacer un gesto, un leve movimiento de los dedos de largas uñas, y la mujer de rostro anguloso gritó secamente:

—¡Thera! ¡Poses del Cisne!

Por alguna razón, los labios de Suroth se pusieron tensos.

—¡No del Cisne, Alwhin, grandísima necia! —siseó entre dientes, aunque con su acento resultaba difícil de entender. La sonrisa gélida reapareció al instante.

La criada volvió a levantarse de donde permanecía arrodillada y corrió hacia el centro de la sala de un modo extraño, de puntillas, con los brazos echados hacia atrás. Lentamente, justo encima del dorado sol radiante, símbolo de los Hijos de la Luz, inició una danza estilizada. Sus brazos se movían a los lados como alas, arriba y abajo. Girando, adelantó el pie izquierdo y se inclinó sobre la rodilla flexionada, extendiendo ambos brazos como suplicando, hasta que brazos, cuerpo y pierna derecha formaron una línea recta e inclinada. Su vestimenta transparente convertía el

espectáculo en algo escandaloso. Morgase sintió que sus mejillas enrojecían a medida que se desarrollaba la danza, si es que podía llamarse así.

—Thera es nueva y todavía no está bien entrenada —murmuró Suroth—. Las Poses se realizan casi siempre con diez o veinte da'covale, hombres y mujeres elegidos por la limpia belleza de sus líneas, pero a veces es agradable contemplar a uno solo. Resulta muy placentero poseer cosas bellas, ¿verdad?

Morgase frunció el entrecejo. ¿Cómo podía poseerse una persona? Suroth se había referido antes a «hacer propiedad» a alguien. Tenía amplios conocimientos de la Antigua Lengua y la palabra da'covale no le resultaba familiar, pero al analizarla llegó al significado de «persona que es propiedad». Repugnante. ¡Horrendo!

—Increíble —dijo secamente—. Quizá debería dejaros para que disfrutéis de la… danza.

—Dentro de un momento —repuso Suroth, sonriendo mientras contemplaba la secuencia postural de Thera—. Como ya he dicho, todos hemos de tomar decisiones. El antiguo rey de Tarabon eligió rebelarse y murió. La antigua Panarch fue capturada, pero rehusó el Juramento. Cada cual tiene su lugar y a él pertenece, a menos que sea ascendido por la emperatriz, pero aquellos que no aceptan ocupar el lugar que les corresponde también pueden ser degradados, incluso a lo más bajo. Thera posee cierta gracia. Cosa extraña, Alwhin muestra grandes dotes para la enseñanza, de modo que espero que en pocos años Thera aprenda la destreza en las Poses acorde con su gracia. —Aquella sonrisa, aquellos ojos chispeantes, se volvieron hacia Morgase.

Una mirada muy significativa, pero ¿por qué? ¿Algo relacionado con la danzarina? Su nombre, mencionado tan a menudo como para ponerlo de relieve. Pero qué… Morgase volvió bruscamente la cabeza y miró de hito en hito a la mujer, que puesta de puntillas giraba lentamente sobre un punto, con las manos unidas y los brazos extendidos al máximo por encima de su cabeza.

—No lo creo —exclamó con voz ahogada—. ¡Imposible!

—Thera —dijo Suroth—. ¿Cómo te llamabas antes de convertirte en mi propiedad? ¿Qué título tenías?

La danzarina se quedó completamente inmóvil en la postura estirada, temblorosa, y dirigió una rápida ojeada a medio camino entre el pánico y el terror a Alwhin y otra de puro terror a Suroth.

—Thera se llamaba Amathera, con permiso de la Augusta Señora —respondió con voz entrecortada—. Thera era la Panarch de Tarabon, con permiso de la Augusta Señora.

La taza cayó de la mano de Morgase y se hizo añicos contra el suelo, derramando el negro kaf. Tenía que ser mentira. No había conocido personalmente a Amathera, pero sí le habían dado su descripción una vez. No. Muchas mujeres con la edad

adecuada podían tener grandes ojos oscuros y una boca llena de gesto mohíno. Pura no había sido jamás Aes Sedai, y esa mujer no…

—¡Danza! —espetó Alwhin, y Thera prosiguió sin siquiera dirigir una sola mirada más a Suroth ni a nadie. Fuera quien fuese, resultaba obvio que su pensamiento primordial en ese momento era el deseo urgente de no cometer error alguno.

Morgase tuvo que hacer arduos esfuerzos para no vomitar. Suroth se acercó a ella hasta casi tocarla, con su rostro tan gélido como el invierno más crudo.

—Todos afrontamos decisiones —dijo quedamente. Su voz podría haber hecho muescas en el acero—. Algunos de mis prisioneros afirman que pasasteis un tiempo en la Torre Blanca. Según la ley, ninguna *marath'damane* puede librarse de la correa, pero os prometo que vos, que habéis osado llamarme por mi nombre en mi presencia y habéis tildado de mentira mis palabras, no arrostraréis esa suerte. —El énfasis dejaba claro que su promesa no cubría que sufriera cualquier otro destino. La sonrisa que nunca se reflejaba en sus ojos reapareció—. Confío en que elijáis prestar el Juramento, Morgase, y gobernéis Andor en nombre de la emperatriz, así viva eternamente. —Por primera vez, Morgase tuvo la absoluta certeza de que la mujer mentía—. Volveré a hablar con vos mañana o tal vez pasado mañana, si tengo tiempo.

Suroth giró sobre sus talones y pasó junto a la solitaria bailarina dirigiéndose hacia el sillón de respaldo alto. Mientras tomaba asiento, extendiendo la túnica con elegancia, Alwhin volvió a pronunciar una orden con voz seca; al parecer no sabía hablar de otra manera:

—¡Todos! ¡Las Poses del Cisne!

Los hombres y mujeres jóvenes que se encontraban arrodillados junto a la pared se incorporaron con presteza y se unieron a Thera en una fila, ejecutando sus mismos movimientos con exactitud ante el sillón de Suroth. Sólo la mirada del *lopar* seguía pendiente de la presencia de Morgase, que pensó que jamás en su vida la habían despedido de manera tan tajante. Recogiendo los vuelos de su falda a la par que hacía lo mismo con lo que le quedaba de dignidad, se marchó.

No llegó muy lejos sola, desde luego. Los soldados de armaduras rojas y negras aguardaban en la antesala cual estatuas con sus lanzas adornadas con borlones bicolores, los semblantes impasibles bajo los cascos lacados, los duros ojos mirando fijamente tras lo que parecían las mandíbulas de insectos monstruosos. Uno de ellos, no mucho más alto que Morgase, se situó junto a su hombro sin pronunciar palabra y la escoltó de vuelta a sus aposentos, donde dos taraboneses, equipados con espadas y petos de acero pintados a rayas horizontales, flanqueaban la puerta. Hicieron una profunda reverencia, con las manos apoyadas en las rodillas, y Morgase creyó que el gesto de respeto iba dedicado a ella hasta que su escolta habló por primera vez:

—Saludo visto. Firmes —dijo en tono áspero, y los taraboneses se irguieron sin

dirigir una sola mirada a Morgase hasta que el seanchan añadió—: Vigiladla bien. No ha prestado el Juramento.

Los oscuros ojos de los guardias se desviaron fugazmente hacia ella tras las mallas de acero, pero sus leves inclinaciones de asentimiento estuvieron dirigidas al oficial seanchan.

Procuró entrar sin apresuramiento, pero una vez que la puerta se cerró a sus espaldas se recostó contra la hoja e intentó poner orden al torbellino de ideas. Seanchan y *damane*, emperatriz y juramentos y gente que era una posesión. Lini y Breane se encontraban en medio de la habitación y la observaban.

—¿Qué has descubierto? —inquirió impaciente Lini, en un tono muy parecido al que antaño utilizaba para preguntar a una Morgase niña sobre un libro que había leído.

—Pesadillas y locura —musitó Morgase. De repente se puso erguida y miró en derredor con ansiedad—. ¿Dónde está…? ¿Dónde están los hombres?

—Tallanvor fue a ver qué podía descubrir —contestó Breane a la pregunta no formulada con un timbre entre seco y burlón. Estaba puesta en jarras y la expresión de su semblante se tornó mortalmente seria—. Lamgwin lo acompañó, y también maese Gill. ¿Qué descubristeis vos? ¿Quiénes son esos… seanchan? —Pronunció el nombre con torpeza mientras frunció el entrecejo—. De eso también nos hemos enterado nosotras. —Fingió no advertir la intensa y dura mirada de Lini—. ¿Qué vamos a hacer ahora, Morgase?

Morgase pasó entre las dos mujeres y se dirigió a la ventana más cercana. No tan angosta como las de la sala de audiencias, se asomaba al patio, seis metros por encima de los adoquines del pavimento. Una columna de hombres abatidos, destocados y despeinados, algunos con vendajes manchados de sangre, cruzaba el patio arrastrando los pies bajo la atenta mirada de taraboneses que portaban lanzas. Había varios seanchan en lo alto de una torre cercana, oteando a lo lejos entre las almenas. Uno de ellos lucía un yelmo adornado con las tres finas plumas. Una mujer se asomó a una ventana, al otro lado del patio, y contempló ceñuda a los prisioneros Capas Blancas; la cenefa roja con el bordado de relámpagos resultaba claramente visible sobre su pecho. Aquellos hombres tambaleantes parecían estupefactos, incapaces de creer lo que había ocurrido.

¿Qué iban a hacer? Morgase sabía que debía tomar una decisión y eso la aterraba. Tenía la impresión de que todas las decisiones que había tomado desde hacía meses, por nimias que fueran, sólo habían conducido al desastre. Una elección, había dicho Suroth. Ayudar a esos seanchan a apoderarse de Andor o… Un último servicio que podía hacer para Andor. El final de la columna apareció, seguida por más taraboneses a los que se unían sus compatriotas a medida que pasaban. Una caída de seis metros y Suroth habría perdido su palanca. Quizá fuera la salida de un cobarde, pero ella ya

había demostrado serlo. Con todo, la reina de Andor no debería morir de ese modo.

En un susurro, casi para sí, pronunció las palabras irrevocables que sólo se habían utilizado dos veces en los dos mil años de historia de Andor:

—Con la Luz por testigo, dimito como Cabeza Insigne de la casa Trakand a favor de mi heredera, Elayne. Con la Luz por testigo, renuncio a la Corona de la Rosa y abdico del Trono de León en favor de Elayne, Cabeza Insigne de la casa Trakand. Con la Luz por testigo, me inclino ante Elayne de Andor como su obediente súbdita. —Nada de eso convertía en reina a Elayne, cierto, pero despejaba el camino.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Lini.

—Pensaba en Elayne. —Morgase se volvió lentamente. No creía que su antigua niñera hubiese estado lo bastante cerca para oír lo que nadie tenía por qué oír.

Los ojos de la anciana se abrieron de par en par, sin embargo, y la mujer dio un respingo.

—¡Apártate de ahí ahora mismo! —espetó, y llevando a cabo sus palabras la agarró del brazo y tiró de ella, retirándola de la ventana.

—¡Lini, te estás propasando! ¡Dejaste de ser mi nodriza hace…! —Morgase inhaló hondo y suavizó el tono. Contemplar aquellos ojos espantados no resultaba fácil, porque no había nada que asustase a Lini—. Lo que hago es por el bien de todos, créeme —añadió afablemente—. No queda otra alternativa…

—¿Que no queda otra alternativa? —intervino furiosa Breane, asiendo su falda con tanta fuerza que las manos le temblaban. Saltaba a la vista que habría preferido cerrarlas en torno al cuello de Morgase—. ¿Qué sarta de tonterías estáis farfullando? ¿Y si esos seanchan creen que os hemos matado?

Morgase apretó los labios; ¿tan transparente se había vuelto?

—¡Cállate, mujer! —Lini tampoco se enfadaba nunca ni levantaba la voz, pero entonces hizo ambas cosas mientras sus arrugadas mejillas enrojecían de ira. Alzó su huesuda mano—. ¡Cuidado con lo que dices o te soltaré una bofetada que te dejará más estúpida de lo que ya eres!

—Abofetéala a ella si quieres pegar a alguien —replicó a gritos Breane, tan rabiosa que al hablar escupía gotitas de saliva—. ¡La reina Morgase! ¡Acabará enviándonos a ti, a mí, a mi Lamgwin y hasta a su precioso Tallanvor al cadalso, y todo porque tiene menos agallas que un ratón!

La puerta se abrió para dar paso a Tallanvor y puso bruscamente fin a la escena. Nadie tenía la menor intención de chillar delante de él. Lini fingió estar examinando la manga de Morgase como si hiciera falta remendarla, mientras maese Gill y Lamgwin entraron en pos del oficial. Breane mostró una sonrisa radiante y se arregló los pliegues de la falda. Los hombres, claro está, no se dieron cuenta de nada.

Morgase sí reparó en ciertos detalles. Para empezar, Tallanvor llevaba ceñida una espada a la cintura, al igual que maese Gill e incluso Lamgwin, aunque la de éste era

corta. Morgase siempre había tenido la impresión de que el hombre se sentía más cómodo luchando con sus puños que con cualquier otra arma. No obstante, antes de que le diera tiempo a preguntar cómo las habían conseguido, el hombrecillo bajo y delgado que cerraba la marcha atrancó la puerta a sus espaldas.

—Majestad —dijo Sebban Balwer—, disculpad la intrusión.

Hasta su reverencia y su sonrisa eran secas y escuetas como él. Sin embargo, mientras sus ojos pasaban rápidamente de ella a las otras mujeres, Morgase tuvo la certeza de que si bien los demás hombres no habían notado la tensión en el ambiente, el otrora secretario de Pedron Niall sí lo había advertido.

—Me sorprende veros, maese Balwer —contestó—. Tenía entendido que había habido ciertas tiranteces entre Elmon Valda y vos.

Lo que había oído realmente era que Valda había dicho que si veía al secretario lo echaría de una patada por encima de las murallas de la Fortaleza. La sonrisa de Balwer se tornó tirante; sabía lo que Valda había dicho.

—Tiene un plan para sacarnos a todos de aquí —intervino Tallanvor—. Hoy. Ahora. —Le dirigió una mirada que no era la de un súbdito a su reina—. He aceptado su oferta.

—¿Cómo? —inquirió lentamente, obligando a sus piernas a mantenerse derechas. ¿Qué ayuda podía proporcionarles ese remilgado hombrecillo? Escapar. Oh, cómo deseaba sentarse, pero no iba a hacerlo; sobre todo cuando Tallanvor la miraba de aquel modo. Claro que ahora ya no era su reina, pero eso él no lo sabía. Se le ocurrió otra pregunta—. ¿Por qué? Maese Balwer, no rechazaré ninguna oferta de ayuda válida, pero ¿por qué razón ibais a correr el riesgo? Esos seanchan os harían lamentarlo si lo descubriesen.

—Había hecho mis planes antes de que llegaran —respondió con cuidado—. Me parecía… imprudente dejar a la reina de Andor en manos de Valda. Podéis considerarlo mi forma de desquitarme con él. Sé que no parezco gran cosa con mi aspecto, majestad —disimuló una tosecilla autodespectiva tras la mano—, pero el plan funcionará. De hecho, esos seanchan lo han facilitado; todavía habría tardado unos cuantos días en tenerlo preparado si no fuera por ellos. Considerando que ésta es una ciudad recién conquistada, permiten una libertad considerable a quienes aceptan pronunciar su Juramento. Antes de que hubiese transcurrido una hora desde el amanecer, ya había obtenido un pase que nos permitirá a mí y hasta diez personas más que hayan pronunciado el Juramento a marcharnos de Amador. Creen que me propongo comprar vino y carretas para transportarlo hacia el este.

—Debe de ser una trampa. —Las palabras le supieron amargas a Morgase. Mejor era la ventana que caer en un ardid—. No os permitirán que corráis la voz de su presencia adelantando la noticia a su ejército.

Balwer ladeó la cabeza y empezó a frotarse las manos como si se las secara, pero

se detuvo bruscamente.

—A decir verdad, majestad, también me planteé eso. El oficial que me proporcionó el pase dijo que no importaba. Sus palabras exactas fueron: «Cuéntale a quienes quieras lo que has visto y hazles saber que no podrán oponer resistencia. Vuestras tierras tendrán noticias de nosotros muy pronto, de todos modos». He visto a varios mercaderes prestar el Juramento esta mañana y partir con sus carretas.

Tallanvor se aproximó a Morgase. Demasiado. La mujer casi podía sentir su aliento; casi podía notar su mirada como un roce físico.

—Vamos a aceptar su oferta —dijo lo bastante bajo para que sólo ella lo oyera—. Y si no me queda más remedio que amordazaros y ataros, creo que es capaz de encontrar el modo de hacerlo incluso así. Parece un hombrecillo con muchos recursos.

Morgase le sostuvo la mirada. Era la ventana o… una oportunidad. Si Tallanvor hubiese mantenido cerrada la boca le habría resultado más fácil decir las siguientes palabras:

—Acepto con gratitud, maese Balwer. —Se apartó de Tallanvor como para poder mirar a Balwer sin necesidad de estirar el cuello sobre su hombro. Siempre resultaba perturbador sentirlo tan cerca. Era demasiado joven—. ¿Qué es lo primero que debemos hacer? Dudo que esos guardias apostados en la puerta acepten vuestro pase para nosotros.

Balwer inclinó la cabeza como aprobando su agudeza y previsión.

—Me temo que deberán sufrir un lamentable accidente, majestad.

Tallanvor sacó parcialmente su daga de la vaina y Lamgwin flexionó las manos del mismo modo que el *lopar* había flexionado sus garras.

Morgase seguía sin creer que todo resultara tan sencillo, incluso después de que empaquetaran lo que podían llevarse consigo y de que hubiesen metido a los dos taraboneses debajo de la cama. Ya en las puertas principales, manteniendo bien cerrada la capa polvorienta, no sin dificultad debido al bulto que cargaba en la espalda, se inclinó en una reverencia con las manos apoyadas en las rodillas, del modo en que Balwer le había enseñado, mientras el hombrecillo les decía a los guardias que todos ellos habían jurado obedecer, esperar y servir. Pensó cómo asegurarse de que no la apresaran con vida. Y no fue hasta que salieron de Amador en los caballos que Balwer tenía preparados cuando empezó a albergar esperanzas. Claro que Balwer esperaría probablemente una buena recompensa por rescatar a la reina de Andor. No le había dicho a nadie que eso ya había terminado, sin posibilidad de dar marcha atrás; ella sabía que había pronunciado las palabras y no hacía falta que lo supiera nadie más. Lamentarlo ahora era inútil. Más adelante vería qué clase de vida iba a llevar sin ocupar un trono. Una vida lejos de un hombre que era mucho más joven y demasiado perturbador.

—¿Por qué esa sonrisa tan triste? —preguntó Lini, que tiró de las riendas de la yegua parda que montaba para acercarse. La bestia parecía estar apolillada, y la castaña que montaba Morgase no tenía mucho mejor aspecto; en realidad, no lo tenía ninguna de las monturas. Puede que los seanchan no tuvieran inconveniente en dejar marchar a Balwer con su pase, pero no en caballos decentes.

—Todavía nos aguarda un largo camino —contestó Morgase. Taconeó a su yegua y consiguió que el animal iniciara algo parecido a un trote, siguiendo a Tallanvor.

27



Estar solo

Perrin metió el mango del hacha por la trabilla del cinturón, en el lado contrario de la aljaba; cogió el arco largo sin encordar que estaba en un rincón, se cargó las alforjas al hombro y salió de los aposentos que había compartido con Faile sin mirar atrás una sola vez. Habían sido felices allí… la mayor parte del tiempo. No creía que volviese jamás. A veces se preguntaba si ser feliz con Faile en alguna parte significaba no regresar nunca a ese lugar. Esperaba que no.

Los sirvientes que vio por los pasillos de palacio iban totalmente de negro; quizá Rand lo había ordenado o quizá fuese elección de la propia servidumbre, que se había mostrado inquieta sin uniforme, como si no supiera adónde pertenecía, y el negro parecía apropiado como color de Rand a causa de los Asha'man. Los que se cruzaron con Perrin se escabulleron lo más deprisa posible, sin pararse a hacer reverencias ni inclinaciones. El olor a miedo flotaba como un rastro tras ellos.

Por una vez, sus ojos amarillos no tenían nada que ver con que la gente estuviera asustada, sino porque podía ser peligroso encontrarse cerca de un hombre sobre quien el Dragón Renacido había descargado su ira de manera tan notoria esa misma mañana. Perrin movió el hombro dolorido en el que cargaba las alforjas. Hacía mucho tiempo que nadie había sido capaz de levantarlo en vilo y lanzarlo por el aire. Claro que tampoco nadie había usado el Poder para hacerlo. Había un momento en particular de toda la escena que no se le iba de la cabeza.

Se incorporó trabajosamente, apretándose el hombro, deslizando la espalda columna arriba; la columna que había frenado su vuelo por el aire. Pensó que quizá tenía algunas costillas rotas. En el Gran Salón del Sol, unos cuantos nobles desperdigados que habían ido a solicitar una cosa u otra a Rand intentaron mirar hacia cualquier otra parte, trataron de fingir que se encontraban en cualquier otro lugar. Sólo Dobraine los observaba y sacudió la canosa cabeza mientras Rand cruzaba el salón del trono hacia él.

—¡Me ocuparé de las Aes Sedai como quiera! —gritó Rand—. ¿Me has oído, Perrin? ¡Como yo crea oportuno!

—Te limitaste a entregárselas a las Sabias —replicó con un gruñido al tiempo que se empujaba a sí mismo para apartarse del apoyo de la columna—. ¡Ignoras si están durmiendo en sábanas de seda o si han sido degolladas! ¡No eres el Creador!

Rand soltó un rugido de rabia y echó la cabeza atrás.

—¡Soy el Dragón Renacido! —bramó—. ¡No me importa qué trato se les da! ¡Merecen estar en una mazmorra!

A Perrin se le puso de punta el vello de la nuca cuando Rand bajó los ojos, que estaban alzados hacia el techo para mirarlo. Dos pedazos de hielo habrían sido más cálidos y blandos, pero lo que más impresionaba era que lo contemplaban desde un rostro crispado por el dolor.

—Quítate de mi vista, Perrin. ¿Me has oído? ¡Vete de Cairhien! ¡Hoy! ¡Ahora! ¡No quiero volver a verte!

Giró sobre sus talones y salió del salón; los nobles se inclinaron a su paso de tal modo que casi rozaron el suelo.

Perrin limpió el hililllo de sangre que le resbalaba por la comisura de los labios. Durante un instante había tenido la certeza de que Rand iba a matarlo.

Sacudió la cabeza para librarse del recuerdo y, al girar en una esquina del pasillo, casi se dio de bruces con Loial. El Ogier, que llevaba un gran bulto atado a la espalda y un morral al hombro lo bastante grande para que cupiese dentro un cordero, usaba el hacha de mango largo a guisa de bastón. En los amplísimos bolsillos de su chaqueta, muy abultados, se marcaban las formas de libros.

Las orejas copetudas de Loial se irguieron al verlo y luego se hundieron bruscamente. Todo su rostro lo hizo, de modo que las cejas le colgaron sobre las mejillas.

—Me he enterado, Perrin —dijo con su vozarrón, en tono triste—. Rand no debería haber hecho eso. Las palabras precipitadas generan largos conflictos. Sé que lo reconsiderará. Mañana, tal vez.

—No importa —lo tranquilizó Perrin—. De todos modos, Cairhien es demasiado… pulido para mí. Soy un herrero, no un cortesano. Para mañana ya estaré muy lejos de aquí.

—Faile y tú podríais venir conmigo. Karldin y yo vamos a visitar los *steddings*, Perrin. Todos ellos, por lo de las puertas de los Atajos.

Un joven de cabello claro y cara estrecha, que estaba detrás de Loial, dejó de mirar ceñudo a Perrin para mirar ceñudo al Ogier. También él llevaba un morral y un hatillo, así como una espada a la cadera. A pesar de su chaqueta azul, Perrin lo reconoció como uno de los Asha'man. Karldin no parecía complacido de haber topado con Perrin; además, su olor era frío y colérico. Loial echó una ojeada al pasillo por encima de Perrin.

—¿Dónde está Faile?

—Se… reunirá conmigo en los establos. Tuvimos unas palabras. —Eso era simplificar mucho lo ocurrido. A veces a Faile parecía que le gustaba gritar. Perrin bajó el tono de voz—. Loial, yo que tú no hablaría de eso donde cualquiera pudiera oírme. Me refiero a las puertas de los Atajos.

El Ogier resopló con bastante fuerza como para hacer que un toro brincara sobresaltado, pero aun así también bajó el tono de voz:

—No veo a nadie aparte de nosotros —retumbó. Su comentario no lo habría oído nadie que estuviera a dos o tres metros de distancia. Sus orejas se… sacudieron, era el único término que definía aquel movimiento, como si azotaran el aire, y después se aplastaron hacia atrás en un gesto enfadado—. Todo el mundo tiene miedo de ser visto cerca de ti. ¡Después de todo lo que has hecho por Rand!

—Tenemos que irnos —dijo Karldin al tiempo que le tiraba de la manga y dirigía una mirada funesta a Perrin. En lo que a él concernía, cualquier persona a la que el Dragón Renacido hubiese gritado estaba fuera del círculo, no contaba. Perrin se preguntó si estaría asiendo el Poder en ese momento.

—Sí, sí —dijo Loial agitando una mano grande como un jamón, pero se apoyó en el hacha y frunció el entrecejo, meditabundo—. Esto no me gusta, Perrin. Rand te ahuyenta a ti. A mí me manda lejos. ¿Cómo voy a terminar mi libro si…? —Sus orejas se agitaron y el Ogier tosió—. Bien, eso no viene al caso. Mandó lejos a Mat, sólo la Luz sabe dónde, y ahora nos ha tocado el turno a ti y a mí. La siguiente será Min. ¿Sabes que le rehuyó esta mañana? Me mandó que saliera a decirle que se hallaba ausente. Creo que ella se dio cuenta de que mentía. Planea alejarnos a todos nosotros, Perrin, se quedará sin amigos a su lado y es muy consciente de ello. «Es terrible estar solo», me dijo.

—La Rueda gira según sus designios —respondió Perrin. Loial parpadeó al oír la frase que era un eco de la de Moraine. Perrin había pensando mucho en ella últimamente; la Aes Sedai había sido una influencia determinante para que Rand se refrenara—. Adiós, Loial. Cuídate y no confíes en nadie si puedes evitarlo. —Lo dijo sin mirar directamente a Karldin.

—No hablarás en serio, Perrin. —Loial parecía escandalizado; era confiado por naturaleza—. Venid conmigo, Faile y tú.

—Volveremos a encontrarnos, algún día —le contestó afablemente Perrin, y se apresuró a dejar atrás al Ogier para no tener que añadir nada más. No le gustaba mentir, en especial a un amigo.

En el establo norte las cosas fueron igual que dentro de palacio. Los mozos de cuadra, al verlo entrar, soltaron las horquillas de recoger estiércol y los cepillos de almohazar que estaban utilizando y salieron por las pequeñas puertas que había al fondo. Apagados susurros procedentes del altillo, que podrían haber pasado

inadvertidos a otros oídos, revelaron a Perrin que había hombres escondidos allí; también alcanzó a percibir las respiraciones ansiosas, asustadas. Sacó a *Brioso* de una cuadra de mármol de vetas verdes, le puso la brida y ató las riendas del semental pardo a una argolla dorada. Después fue a coger una manta y una silla de un cuarto de arreos, donde la mitad de las sillas estaban engastadas con oro o plata. El establo encajaba perfectamente en un palacio, con las altas columnas cuadradas y los suelos de mármol, incluso debajo de la paja en las cuadras. Salió sobre su caballo, contento de dejar atrás tanto esplendor.

Al norte de la ciudad siguió la calzada por la que había llegado con Rand, angustiado y desesperado, sólo unos pocos días antes, y cabalgó hasta que las irregularidades del terreno ocultaron Cairhien. Entonces viró hacia el este, donde todavía se alzaba un bosque de tamaño considerable, descendió la ladera de una colina y ascendió por la de la siguiente, más elevada. Unos cuantos metros tras la línea de los árboles, Faile taconeó a *Golondrina* para reunirse con él, y Aram la siguió en su caballo, como un sabueso. El rostro del joven se alegró al verlo, aunque eso no revelaba gran cosa; simplemente repartía sus leales miradas entre Faile y él.

—Esposo —lo saludó ella no con demasiada frialdad, pero el penetrante olor a ira y a celos seguía mezclándose con el limpio aroma propio de la mujer y de su jabón de hierbas. Iba vestida para viajar, con una fina capa para el polvo colgando a su espalda y guantes rojos que hacían juego con las botas que asomaban bajo la oscura falda pantalón, prenda preferida por Faile. Llevaba al menos cuatro dagas enfundadas metidas en el cinturón.

Un movimiento detrás de la mujer se concretó en las figuras de Bain y de Chiad. Y también de Sulin, con otras doce Doncellas. Las cejas de Perrin se arquearon. Se preguntó qué pensaría Gaul sobre aquello; el Aiel le había contado que ardía en deseos de pillar a solas a Bain y a Chiad. Pero más sorprendente era la otra gente que acompañaba a Faile.

—¿Qué hacen aquí? —Perrin reconoció a Selande, a Camille y a la alta teariana, todas ellas vestidas con ropas de hombre y equipadas con espadas. Un tipo corpulento, que lucía chaqueta de mangas abullonadas y tenía la barba untada y recortada a pico a pesar de llevar el cabello atado en la nuca con una cinta, también le resultaba familiar. No conocía a los otros dos hombres, ambos cairhieninos, pero, aunque sólo fuera por su juventud y la cinta con que ceñían sus cabellos, resultaba fácil deducir que formaban parte de la «asociación» de Selande.

—He tomado a Selande y a unos cuantos de sus amigos a mi servicio. —A pesar de su tono ligero, Faile exhalaba oleadas de cautela—. Se habrían metido en problemas en la ciudad, antes o después. Necesitan que alguien los guíe. Considéralo como un acto caritativo. Me ocuparé de que no representen un engorro para ti.

Perrin suspiró y se rascó la barba. Un hombre listo no le decía a su esposa a la

cara que le ocultaba algo. Sobre todo cuando la esposa era Faile; iba camino de convertirse en una mujer tan formidable como su madre, si es que no lo era ya. Y ¿por qué podían representar un engorro? ¿A cuántos de esos… cachorros había tomado bajo su tutela?

—¿Está todo listo? A no tardar algún necio de la ciudad tendrá la brillante idea de que puede ganarse el favor de Rand llevándole mi cabeza. Desearía haberme marchado antes de que ocurra eso.

Aram emitió un sordo gruñido.

—Nadie va a cortarte la cabeza, esposo. —Faile enseñó los blancos dientes en un amago de sonrisa y luego añadió en un susurro que sabía sólo oiría él—: Salvo, quizá, yo. —Después dijo en un tono de voz normal—: Sí, todo está listo.

En una depresión bastante llana y despejada que había detrás de los árboles, aguardaban los hombres de Dos Ríos y sus caballos en una columna de a dos que rodeaba la ladera de la colina hasta perderse de vista. Perrin volvió a suspirar. A la cabeza de la columna, las banderas con la roja cabeza de lobo y del Águila Roja de Manetheren ondeaban ligeramente con la caliente brisa. Alrededor de otra docena de Doncellas se encontraban sentadas sobre los talones cerca de los estandartes; al otro lado, Gaul mostraba la expresión más hosca que Perrin había visto jamás en un Aiel.

Mientras desmontaba, dos hombres con chaquetas negras se aproximaron a él y lo saludaron llevándose la mano al pecho.

—Lord Perrin —dijo Jur Grady—. Nos encontramos aquí desde anoche. Estamos listos.

El rostro curtido de granjero de Grady hacía que Perrin casi se sintiera cómodo con él, pero Fager Neald era otro cantar. Unos diez años más joven que Grady, también podría haber sido un granjero en opinión de Perrin, pero se comportaba con afectación, dándose muchos aires, y lucía aquel ridículo bigote, untado para que los extremos acabasen en punta. Y mientras que Grady ostentaba el rango de Dedicado, él sólo era soldado, sin la espada de plata prendida en uno de los picos del cuello de la chaqueta, pero eso no le impidió hablar también:

—Lord Perrin, ¿es realmente necesario llevar a esas mujeres con nosotros? Sólo causarán problemas, a buen seguro, desde la primera hasta la última, y vos lo sabéis muy bien.

Algunas de las mujeres a las que se refería se encontraban cerca de los hombres de Dos Ríos, con los chales echados sobre los brazos. Edarra parecía la mayor de las seis Sabias que vigilaban, impasibles, a las dos mujeres que Neald había señalado con la cabeza. Para ser sincero, esa pareja también preocupaba a Perrin. Resultaba obvio que Seonid Traighan, toda frialdad y reserva en su vestido de seda verde, procuraba hacer caso omiso de las Aiel con aire altanero —al igual que la mayoría de los cairhieninos que no fingían ser Aiel, los despreciaba—, pero cuando vio a Perrin se

cambió las riendas a la otra mano y dio un codazo a Masuri Sokawa. Ésta se sobresaltó —las Marrones solían ensimismarse muy a menudo— y miró a la hermana Verde con la expresión en blanco; luego volvió la vista hacia Perrin. Era más la clase de mirada que podría haber dirigido a un animal extraño y quizá peligroso, uno sobre cuyas intenciones quería estar segura antes de hacer ningún movimiento. Ambas habían jurado lealtad a Rand al'Thor, pero ¿qué tal llevarían obedecer a Perrin Aybara? Dar órdenes a Aes Sedai parecía antinatural. Mejor así que al contrario, en cualquier caso.

—Vendrá todo el mundo —dijo Perrin—. Pongámonos en marcha antes de que nos vean.

Faile resopló. Grady y Neald volvieron a saludar y salieron al centro de la zona sin árboles. Perrin no supo cuál de los dos hizo lo que era necesario, pero de repente el ya familiar brillo plateado vertical centelleó en el aire y rotó sobre sí mismo hasta formar un acceso, aunque no lo bastante alto para cruzarlo montado a caballo. Al otro lado del acceso se veían árboles, no muy distintos a los que había en las colinas circundantes. Grady cruzó de inmediato, pero aun así casi lo derribaron Sulin y un grupo de Doncellas veladas. Al parecer, se habían arrogado el privilegio de ser las primeras en pasar a través del acceso y no pensaban permitir que nadie les usurpara tal derecho.

Presagiando un montón de problemas en los que no había pensado, Perrin condujo a *Brioso* hasta un territorio menos accidentado. No había claro allí, pero tampoco la floresta era tan densa como en Cairhien; los árboles dispersos eran más altos, aunque estaban igualmente marchitos, incluso los pinos, y aparte éstos, los robles y los cedros, el resto no le resultaba familiar. El ambiente parecía un poco más caluroso.

Faile lo siguió, pero cuando él giró a la izquierda, ella tiró de las riendas de *Golondrina* y fue a la derecha. Aram volvió la cabeza hacia uno y otro, nervioso, hasta que Perrin le hizo un gesto señalando a su esposa. El antiguo gitano condujo a su castrado en pos de la mujer pero, a pesar de actuar con rapidez, se le adelantaron Bain y Chiad, todavía veladas, y, en contra de las órdenes de Perrin de que los siguientes fueran los hombres de Dos Ríos, Selande y más de dos docenas de jóvenes cairhieninos y tearianos salieron en tropel por el acceso, tirando de sus caballos. ¡Dos docenas! Perrin sacudió la cabeza y se detuvo junto a Grady, que se volvía hacia uno y otro lado escudriñando el terreno escasamente boscoso.

Gaul apareció cuando finalmente Dannil cruzó a la cabeza de los hombres de Dos Ríos, corriendo y llevando sus caballos por las riendas. Aquellas malditas banderas aparecieron justo detrás de Dannil y se irguieron de nuevo nada más pasar el acceso. Ese chico debería afeitarse el ridículo bigote.

—Las mujeres son increíbles —rezongó Gaul.

Perrin abrió la boca para defender a Faile antes de caer en la cuenta de que debían de ser Bain y Chiad a quienes el Aiel miraba furibundo. Para disimular, preguntó:

—Grady, ¿tienes esposa?

—Sora —respondió abstraído Grady, cuya atención seguía puesta en los árboles del entorno. Perrin habría apostado que asía el Poder en ese momento. En un territorio tan despejado cualquiera alcanzaría a ver a bastante distancia, mucho más que en los densos bosques de casa, pero aun así cabía la posibilidad de que alguien se acercara a hurtadillas por detrás y lo sorprendiera—. Me echa de menos —continuó Grady, casi hablando consigo mismo—. Eso es algo que uno aprende enseguida a percibir. Ojalá supiera por qué le duele la rodilla.

—Dices que le duele la rodilla. —Perrin habló en tono inexpresivo—. Deduzco que te refieres a ahora, que le duele en este momento.

Grady pareció darse cuenta entonces de que lo estaba mirando fijamente, al igual que Gaul. Parpadeó, pero enseguida volvió a escrutar los alrededores.

—Perdonad, lord Perrin. Seguiré vigilando. —Durante unos largos segundos no dijo nada, y luego empezó lentamente—. Es algo que un tipo llamado Canler desarrolló. Al M'Hael no le gusta que intentemos descubrir cosas por nosotros mismos, pero una vez hecho lo que sea… —La leve mueca que se plasmó en su semblante sugería que quizá Taim no lo había admitido tan fácilmente ni siquiera entonces—. Pensamos que tal vez es algo parecido al vínculo existente entre Guardianes y Aes Sedai. Entre nosotros, uno de cada tres está casado; en fin, que ése es el motivo por el que muchas esposas se han quedado, en lugar de huir cuando descubrieron lo que eran sus maridos. De este modo, cuando te separas de ella, sabes que está bien, y ella sabe que tú lo estás. A un hombre le gusta saber que su esposa se halla a salvo.

—Sí, en efecto —dijo Perrin. ¿Qué se traía Faile entre manos con esos necios? Había montado en *Golondrina* y todos ellos se habían situado alrededor, mirándola. No permitiría que también se enredara con esa estupidez del *ji'e'toh*.

Seonid y Masuri pasaron detrás de los últimos hombres de Dos Ríos, acompañadas por los tres Guardianes que tenían entre ellas, y las Sabias cruzaron inmediatamente detrás, lo cual no resultaba sorprendente. Habían acudido para tener vigiladas a las Aes Sedai. Seonid cogió las riendas como si fuese a montar, pero Edarra dijo algo en voz baja mientras señalaba un grueso roble ladeado; las dos Aes Sedai giraron las cabezas al unísono hacia la Sabia, luego intercambiaron una mirada y condujeron a los caballos hacia el árbol indicado. Las cosas irían mucho mejor si esas dos se mostraran siempre tan sumisas; bueno, no exactamente sumisas. El cuello de Seonid estaba tieso como una vara.

A continuación pasaron las monturas de refresco, en reatas de diez, bajo la atenta mirada de trabajadores de las fincas de Dobraine, los cuales se suponía que sabían

qué se traían entre manos. Perrin localizó de inmediato a *Recio*, que no iba atado en reata; más valía que la mujer que se ocupaba de él supiera lo que hacía. Cruzaron luego muchos carros cargados de provisiones, cuyos conductores tiraban de los caballos y gritaban como si temieran que el acceso fuera a cerrarse sobre ellos. Eran muchos porque los carros no podían transportar tanto como las carretas, y eran carros porque las carretas y sus tiros no habrían cabido por el acceso. Al parecer, ni Neald ni Grady eran capaces de hacerlos tan grandes como los que creaban Rand o Dashiva.

Cuando el último carro hubo pasado traqueteando sobre un chirriante eje, Perrin estuvo tentado de ordenar que el acceso se cerrara en ese instante, pero era Neald quien lo mantenía abierto, y se encontraba al otro lado, en Cairhien. Un momento después, ya era demasiado tarde.

Berelain cruzó llevando por las riendas a una yegua, tan blanca como negra era *Golondrina*, y Perrin dio gracias porque su vestido de montar tenía el cuello alto hasta la barbilla. Por otro lado, de la cintura para arriba se ajustaba tanto como cualquier vestido tarabonés. Perrin gimió. Con ella venían Nurelle y Bertain Gallenne, teniente y mayor, respectivamente, de su Guardia Alada; Gallenne era un tipo de cabello canoso que lucía el parche negro sobre su ojo como cualquier otro hombre habría lucido una pluma en el sombrero. A continuación apareció la propia Guardia Alada, más de novecientos hombres con sus rojas armaduras. Nurelle y los otros que habían estado en los pozos de Dumai llevaban un cordón amarillo atado en el brazo izquierdo.

Berelain montó en su yegua y se dirigió hacia un lado junto a Gallenne, en tanto que Nurelle hacía formar a la Guardia Alada entre los árboles. Debía de haber cincuenta pasos entre ella y Faile, así como docenas de árboles, pero la mujer se situó en un punto desde el que ambas podían verse la una a la otra. La mirada que intercambiaron fue tan inexpresiva que a Perrin se le puso carne de gallina. Poner a Berelain al final de la columna, lo más lejos posible de Faile, le había parecido una buena idea, pero iba a tener que afrontar lo mismo todas las malditas noches. ¡Así se abrasara Rand!

Por último salió Neald, atusándose el ridículo bigote y pavoneándose mientras el acceso se cerraba y desaparecía, al imaginar que era el centro de atención. Sin embargo, nadie estaba pendiente de él, y el tipo montó en su caballo con gesto contrariado.

Perrin subió a lomos de *Brioso* y se dirigió a lo alto de una pequeña elevación del terreno. No todos podían verlo a causa de los árboles, pero bastaba con que lo oyeran. Hubo cierta agitación entre los reunidos cuando la gente intentó moverse para tener mejor vista.

—Por lo que saben todos los espías e informadores instalados en Cairhien —empezó en voz alta—, yo he sido expulsado, la Principal de Mayene va de regreso a

su país, y el resto de vosotros ha desaparecido como niebla disipada por el sol.

Para su sorpresa, hubo una risa general. Sonó el grito de «Perrin Ojos Dorados», y no sólo por parte de los hombres de Dos Ríos. Esperó a que volviera a hacerse el silencio, cosa que tardó un poco en ocurrir. Faile ni rió ni gritó, y tampoco lo hizo Berelain. Las dos mujeres sacudieron la cabeza; ninguna de ellas era partidaria de que dijera tanto como se proponía hacer. Entonces ambas se vieron y las cabezas dejaron de sacudirse al instante, como petrificadas en ámbar. No les gustaba ser del mismo parecer. No fue sorprendente el hecho de que los ojos de las dos se volvieran hacia él con una expresión idéntica. Había un antiguo dicho en Dos Ríos, aunque cómo se decía y con qué intención dependía de las circunstancias y de quién lo citaba: «La culpa siempre la tiene un hombre». Perrin había descubierto que había algo en lo que las mujeres eran muy buenas, mejor que en cualquier otra cosa: conseguir que un hombre aprendiera a suspirar.

—Algunos de vosotros os preguntaréis dónde estamos y por qué —prosiguió cuando por fin se hizo el silencio. Hubo una corta risa general—. Esto es Ghealdan. —Se alzaron murmullos de sorpresa y tal vez de incredulidad ante el hecho de haber recorrido dos mil quinientos kilómetros de un solo paso—. Lo primero que hemos de hacer es convencer a la reina Alliandre de que no hemos venido a invadir el país. —Era Berelain la designada para hablar con la soberana, y Faile iba a hacer que su marido pagara por ello—. Después vamos a buscar a un tipo que se hace llamar el Profeta del lord Dragón. —Eso tampoco iba a resultar muy placentero; Masema no había sido una persona agradable ni siquiera antes de perder la chaveta—. Ese tal Profeta lleva tiempo causando problemas, pero vamos a hacerle entender que Rand al'Thor no quiere que se intimide a nadie para que lo siga, y los llevaremos a él y a todos los suyos que quieran ante el lord Dragón. —«Y si es preciso, meteremos el miedo en el cuerpo a Masema para que lo haga», pensó sombrío.

Todos vitorearon, jalearon y gritaron que llevarían al tal Profeta a Cairhien ante el lord Dragón hasta el punto de que Perrin deseó que el lugar donde se encontraban estuviera más lejos de cualquier pueblo de lo que se suponía. Hasta los conductores de los carros y los encargados de los caballos de refresco se unieron a la algarabía. Sobre todo, rezó para que todo marchara como la seda y rápidamente. Cuanto antes pudiera poner la mayor distancia posible entre Berelain y Faile y él, mejor. Cuando por fin emprendieron la marcha hacia el sur, lo único que deseaba era que no hubiese sorpresas. Ya iba siendo hora de que su condición de *ta'veren* demostrara ser ventajosa para algo.

28



Pan y queso

Mat supo que se había metido en un lío desde el día que se trasladó al palacio de Tarasin. Podría haberse negado. El mero hecho de que los condenados dados rodaran o se pararan dentro de su cabeza no significaba que tuviera que hacer algo; por lo general, cuando dejaban de rodar ya era demasiado tarde para hacer nada. El problema era que quería saber por qué. No habían pasado muchos días cuando deseó coger su curiosidad por el cuello y estrangularla.

La mañana en cuestión, después de que Nynaeve y Elayne salieran de su habitación en la posada y una vez que fue capaz de llegarse a los pies sin que la cabeza se le cayera de los hombros, había hecho correr la noticia entre sus hombres. Nadie pareció ver las desventajas. Sólo quería prepararlos, pero nadie lo escuchó.

—Muy bien, milord —dijo Nerim mientras le calzaba las botas—. Por fin milord tendrá aposentos decentes. Excelente. —Pareció perder su eterna expresión doliente, aunque sólo duró un instante—. Cepillaré la chaqueta roja para milord. Milord ha manchado la azul con vino.

Armado de paciencia, Mat esperó hasta que la tuvo lista, se la puso y se encaminó al pasillo.

—¿Aes Sedai? —La cabeza de Nalesean asomó por el cuello de una camisa limpia. Su orondo mayordomo, Lopin, pululaba alrededor—. Así me condene, no me gustan mucho las Aes Sedai, pero… Alojarnos en el palacio de Tarasin, Mat, imagina.

Mat hizo un gesto de dolor; ya era bastante irritante que el hombre fuera capaz de beberse un barril entero de brandy sin tener resaca a la mañana siguiente, pero ¿es que también tenía que sonreír así?

—Oh, Mat, ahora podremos olvidarnos de los dados y jugar a cartas con los de nuestra clase.

Se refería a los nobles, los únicos que se permitían el lujo de jugar, salvo los mercaderes acaudalados que no lo serían durante mucho tiempo si empezaban a tomar parte en las apuestas que se cruzaban entre los nobles. Nalesean se frotó las manos con entusiasmo mientras Lopin intentaba colocarle bien las puntillas; hasta su

barba parecía ansiosa.

—Sábanas de seda —musitó.

¿Sábanas de *seda*? En su vida había oído hablar de ellas. Mat sintió que los recuerdos de un pasado remoto pugnaban por acudir a su memoria, pero se negó a prestarles atención.

—Lleno de nobles —gruñó Vanin en la planta baja mientras fruncía los labios como si fuese a escupir. Su ojeada buscando a la señora Anan era ya automática; en lugar de escupir, decidió echar una trago del tosco vino que era su desayuno—. Sin embargo, será bueno volver a ver a lady Elayne —musitó. Su mano libre se alzó como si fuera a tocarse la sien en un saludo; no parecía ser consciente del gesto. Mat gimió. Esa mujer había echado a perder a un buen hombre—. ¿Queréis que vuelva a vigilar la casa de Carridin? —prosiguió, como si lo demás no tuviese importancia—. Esa calle está tan atestada de mendigos que cuesta trabajo ver algo, pero recibe un montón de visitas.

Mat le dijo que le parecía bien. No era de extrañar que a Vanin le importara poco si en el palacio había nobles y Aes Sedai a espuertas; se pasaría todo el día sudando bajo el sol y recibiendo empujones de la multitud. Un panorama mucho más agradable.

No tenía sentido tratar de prevenir a Harnan y a los restantes Brazos Rojos. Todos estaban engullendo gachas de avena y pequeñas salchichas negras mientras se daban codazos en las costillas unos a otros y bromeaban sobre las criadas de palacio, a quienes, según habían oído, se las elegía por su belleza y eran notablemente libres en lo tocante a conceder sus favores. Y ése era un hecho demostrado, se repetían sin cesar.

Las cosas no mejoraron precisamente cuando Mat fue a la cocina en busca de la señora Anan a fin de liquidar la cuenta. Caira estaba allí, pero su malhumor de la noche anterior había pasado a ser un genio de mil demonios. Frunció los labios al verlo y le asestó una mirada fulminante, tras lo cual salió por la puerta que daba a los establos frotándose la parte posterior de la falda, o quizás el trasero. Tal vez pasaba un mal momento o se había metido en algún problema, pero que lo culpara por ello escapaba a la comprensión de Mat.

Por lo visto, la señora Anan no se encontraba en la posada —siempre estaba organizando comidas de beneficencia para refugiados o acometiendo cualquier otra buena obra—, pero Enid agitaba un largo cucharón de madera en dirección a sus atareados asistentes y no tuvo inconveniente en tender su ancha mano para recoger el dinero.

—Apretáis demasiados melones para probar su madurez, mi joven señor, y no debería sorprenderos si uno pasado se os rompe en las manos —fue su incomprensible comentario—. O dos —añadió al cabo de un momento mientras

asentía con la cabeza. Se acercó más a él y ladeó la redonda y sudorosa cara al tiempo que lo miraba con intensidad—. Si contáis algo, lo único que conseguiréis será meteros en problemas. No lo haréis, ¿verdad? —Aquello no sonaba en absoluto como una pregunta.

—Ni una palabra —dijo Mat. ¿De qué demonios hablaba? Sin embargo, aquella respuesta pareció ser la adecuada, ya que la cocinera asintió antes de alejarse agitando el cucharón con el doble de energía que antes. Por un instante Mat temió que fuera a atizarlo con él. La pura verdad era que todas las mujeres, no sólo algunas, tenían una vena de violencia.

Entre unas cosas y otras, fue un alivio cuando Nerim y Lopin se enzarzaron a voces en una discusión con respecto a qué equipaje de cuál señor sería transportado en primer lugar. Aplacarlos requirió su buena media hora por parte de Nalesean y de él. Un mayordomo fuera de sí podía hacer un infierno de la vida de su señor. Después tuvo que ocuparse de solventar con los Brazos Rojos quiénes de ellos se encargaban de transportar el cofre con el oro al otro lado de la plaza y quiénes se ocupaban de llevar los caballos. En fin, así se retrasaba el momento de meterse en el condenado palacio de Tarasin.

Sin embargo, una vez instalado en sus nuevos aposentos, casi olvidó sus problemas; al principio. Tenía una amplia sala de estar, un pequeño reservado, el cuarto de malos humores, como lo llamaban por aquellos lares, y un inmenso dormitorio con la cama más enorme que había visto en su vida, cuyas columnas tenían talladas guirnaldas de flores encarnadas, nada menos. La mayor parte del mobiliario era de un intenso color rojo o un intenso color azul, cuando no dorado. Una puerta pequeña, próxima al lecho, comunicaba con un cuartito de servicio para Nerim, quien pareció considerarlo excelente a pesar de la estrecha cama y de la ausencia de ventana. Los aposentos de Mat contaban con altos ventanales en arco que daban a balcones con enrejados forjados y pintados de blanco, asomados a la plaza de Mol Hara.

Las lámparas de pie eran doradas, como también lo eran los marcos de los espejos; había dos en el cuarto de malos humores, tres en la sala de estar y cuatro, nada menos, en el dormitorio. El reloj —¡un reloj!— sobre la repisa de mármol de la chimenea, en la sala de estar, también era de resplandeciente oro. La jofaina y el aguamanil del lavabo eran de porcelana roja de los Marinos. Casi se sintió defraudado cuando descubrió que el orinal del dormitorio era de sencilla cerámica blanca. En la sala de estar había incluso un estante con más de una docena de libros. Tampoco es que él leyera mucho.

Aun con los colores desentonados de paredes, techos y baldosas del suelo, las habitaciones traslucían riqueza. En cualquier otro momento, Mat se habría puesto a bailar una giga. En cualquier otro momento en que no hubiese sido consciente de que

una mujer cuyas habitaciones se encontraban justo al final del pasillo quería sumergirlo en agua hirviente y atizar el fuego con el fuelle. Eso, si es que Teslyn o Merilille u otra de esa pandilla no se las ingeniaban para hacerlo antes a pesar de su medallón. ¿Por qué habían dejado de rodar los malditos dados en su cabeza en el momento en que Elayne mencionó esas jodidas habitaciones? Curiosidad. Se lo había oído decir a varias mujeres, allá en casa, generalmente cuando había hecho algo que en su momento le pareció divertido: «Los hombres enseñan a los gatos la curiosidad, pero los gatos se reservan el sentido común para sí mismos».

—Pues yo no soy un jodido gato —rezongó mientras salía del dormitorio a la sala de estar. Tenía que saberlo, eso era todo.

—Pues claro que no —dijo Tylin—. Un tierno y suculento lechoncito, eso es lo que eres.

Mat dio un respingo de sobresalto y miró de hito en hito a la mujer. ¿Tierno y suculento? ¡Y lechoncito! Tylin apenas le llegaba al hombro. Indignado o no, Mat se las arregló para hacer una elegante reverencia. Al fin y al cabo, era la reina; no debía olvidarlo.

—Majestad, gracias por estos aposentos maravillosos. Me encantaría charlar con vos, pero he de salir y…

Sonriente, la mujer cruzó el suelo de baldosas rojas y verdes acompañada del frufrú de las blancas enaguas y con los grandes y oscuros ojos prendidos en él. Mat no sentía el menor deseo de mirar el Cuchillo de Esponsales que reposaba sobre el inicio de los generosos senos. Ni la daga de mayor tamaño, incrustada de gemas, que llevaba metida en un cinturón también recamado de piedras preciosas. Mat retrocedió.

—Majestad, tengo que atender un importante…

La mujer empezó a tararear entre dientes. Mat reconoció la melodía, ya que él mismo la había canturreado últimamente a la vista de unas cuantas chicas. Era lo bastante avispado para no entonarla en voz alta y, además, la letra que acompañaba a la melodía en Ebou Dar habría hecho que le ardieran las orejas. Aquí se titulaba *Te besaré hasta dejarte sin aliento*.

Con una risa nerviosa, intentó poner entre ellos una mesa incrustada de lapislázuli, pero de algún modo ella la rodeó antes sin que diera la impresión de incrementar la velocidad de sus pasos.

—Majestad, yo…

Tylin le puso una mano en el pecho y lo empujó hasta sentarlo en un sillón de respaldo alto, tras lo cual se acomodó en su regazo. Entre la mujer y los brazos del sillón, se encontraba atrapado. Oh, claro que habría podido levantarla en vilo y ponerla de pie con facilidad. Pero llevaba aquella jodida daga en el cinturón, y dudaba que ese trato desconsiderado por su parte se juzgara tan aceptable como a la

inversa. Después de todo, esto era Ebou Dar, donde se consideraba justificado que una mujer matara a un hombre hasta que se demostrara lo contrario. Podría haberla levantado sin dificultad, sólo que…

Mat había visto a los pescaderos de la ciudad vendiendo unos peculiares animales llamados calamares y pulpos —¡de hecho, los ebudarianos se comían esos bichos!—, pero se quedaban cortos comparados con Tylin. La mujer parecía tener diez manos. Mat rebulló y manoteó en un vano intento de frenarla y ella se echó a reír suavemente. Entre beso y beso, Mat protestó, falto de aliento, que alguien podría entrar, y ella se limitó a reír quedamente. Balbuceó sobre su respeto por su corona, y ella volvió a reír. Afirmó estar comprometido con una muchacha allá, en casa, que le había robado el corazón. Entonces sí que Tylin rió con ganas.

—Ojos que no ven, corazón que no siente —murmuró, sin que sus veinte manos se quedaran quietas un momento.

Alguien llamó a la puerta, y Mat, liberando sus labios a la fuerza, gritó:

—¿Quién es? —Porque fue un grito. Un chillido agudo. Al fin y al cabo, le faltaba el aliento.

Tylin se levantó de su regazo y se retiró tres pasos con tanta rapidez que dio la impresión de que se hallaba allí desde el principio. ¡Y además tuvo el descaro de asestarle una mirada de reproche! Y luego le lanzó un beso. Apenas sus labios habían vuelto a su posición normal cuando la puerta se abrió y Thom Merrilin asomó la cabeza.

—¿Mat? Caray, no me parecía tu voz. ¡Oh, majestad!

Para ser un escuálido y viejo juglar con pretensiones, Thom sabía hacer las más elegantes reverencias a pesar de su cojera. No era el caso de Juilin, el cual se quitó el ridículo gorro rojo e hizo lo que estaba en su mano.

—Disculpad, no queríamos interrumpir… —empezó de nuevo el juglar.

—¡Entra, Thom! —se apresuró a atajarlo Mat y, mientras se arreglaba la chaqueta, hizo intención de ponerse de pie, pero entonces se dio cuenta de que, de algún modo, la condenada mujer le había desatado la pretina de los pantalones sin que él lo advirtiera. Esos dos tal vez no repararan en que tenía las lazadas de la camisa desatadas hasta la cintura, pero desde luego no les pasaría por alto que se le cayeran los pantalones. ¡Y encima el aspecto del vestido azul de Tylin era perfecto, en absoluto desarreglado!—. ¡Juilin, entra!

—Me alegra que hayáis encontrado los aposentos de vuestro agrado, maese Cauthon —dijo Tylin, la viva imagen de la dignidad. Salvo sus ojos, en cualquier caso, cuando al volverse hacia él ni Thom ni Juilin pudieron verlos. Aquellas pupilas daban a palabras inocuas un doble sentido—. Estoy deseando disfrutar de vuestra compañía. Será muy interesante tener a un *ta'veren* al alcance de la mano, a mi disposición. Pero ahora he de dejaros con vuestros amigos. No, no os levantéis, por

favor. —Esa última frase iba teñida con un leve timbre de sorna.

—Bueno, chico —dijo Thom mientras se atusaba el bigote con el nudillo del índice, una vez que Tylin hubo salido—, qué suerte la tuya, ser recibido con los brazos abiertos por la mismísima reina.

Juilin pareció de repente muy interesado en su gorro. Mat los miró receloso, como retándolos mentalmente a que dijeran una sola palabra más —¡una sola!—, pero cuando preguntó por Nynaeve y Elayne dejó de preocuparle lo que pensaran sobre la reina y él. Las dos mujeres no habían regresado. Estuvo a punto de levantarse de un brinco, aunque se le cayeran los pantalones. ¡De modo que ya empezaban a soslayar el acuerdo al que habían llegado! Tuvo que explicar a qué se refería entre las exclamaciones de incredulidad de los dos hombres y sus propias opiniones sobre la maldita Nynaeve al'Meara y la condenada Elayne, heredera del trono. No parecía probable que hubiesen ido al Rahad sin él, pero las creía perfectamente capaces de haber salido a la caza de Carridin. Elayne era de las que exigiría una confesión y esperaría que el hombre se viniera abajo. Por su parte, Nynaeve intentaría sacársela a golpes.

—Dudo que anden detrás de Carridin —dijo Juilin mientras se rascaba la parte posterior de la oreja—. Creo que son Birgitte y Aviendha las que lo están vigilando, por lo que he oído. No las vimos marcharse. Me parece que no tienes que preocuparte de que ese hombre sepa a quién está viendo aunque se dé de bruces con ellas.

Mientras se servía una copa de vino dulce que Mat había encontrado esperándolo al entrar, Thom se ocupó de explicárselo. Mat se cubrió los ojos con una mano. Disfraces hechos con el Poder; no era de extrañar que se hubiesen escabullido como serpientes cada vez que querían. Esas dos causarían un gran problema; era lo que mejor se les daba a las mujeres. En realidad no le sorprendió enterarse de que Thom y Juilin sabían tan poco como él sobre el dichoso Cuenco de los Vientos.

Después de que los dos hombres se hubieron marchado para prepararse a fin de hacer una visita al Rahad, Mat tuvo tiempo de poner en orden sus ropas antes de que Nynaeve y Elayne regresaran. Y también lo tuvo para ver cómo le iba a Olver, que ocupaba una habitación un piso más abajo. El cuerpo descarnado del chico se había llenado un poco a costa de la comida que Enid y el resto del personal de la cocina de La Mujer Errante le habían metido, pero siempre sería bajo, incluso para un cairhienino, y aunque sus orejas y su boca se redujeran a la mitad de su tamaño, con su nariz seguiría estando lejos de ser atractivo. Tres sirvientas se ocupaban de él haciendo muchos aspavientos mientras él permanecía sentado en la cama, cruzado de piernas.

—Mat, ¿a que Haesel tiene unos ojos preciosos? —dijo Olver, sonriendo a la joven de enormes ojos que Mat había conocido la última vez que había visitado el palacio. La muchacha sonrió a su vez y le revolvió el cabello al chico—. Oh, pero

Alis y Loya son tan cariñosas que no podría elegir entre ellas. —Una mujer de mediana edad, entrada en carnes, alzó la vista del equipaje de Olver que estaba deshaciendo y le sonrió, y una joven esbelta de labios turgentes dio unas palmaditas a la toalla que acababa de poner en el lavabo y luego se lanzó sobre la cama para hacerle cosquillas a Olver hasta que el chico no pudo controlar las carcajadas.

Mat resopló. ¡Bastante mal criado tenían al chico Harnan y su pandilla para que ahora esas mujeres le dieran más alas! ¿Cómo demonios iba a aprender a comportarse si las mujeres actuaban así? Olver tendría que estar jugando en la calle como cualquier crío de diez años. A él nunca se le había echado encima una sirvienta en su cuarto. Tylin era la responsable de aquello, no le cabía duda.

No sólo tuvo tiempo de comprobar cómo le iba a Olver, sino también a Harnan y a los demás Brazos Rojos, que compartían una habitación larga en la que se alineaban las camas, no muy lejos de los establos. Y de acercarse a las cocinas, para tomar un poco de carne y pan, pues había sido incapaz de ingerir las gachas de avena de la posada. Nynaeve y Elayne aún no habían regresado. Finalmente, echó un vistazo a los libros que había en su sala de estar y se puso a leer *Los viajes de Jain el Galopador*, aunque no se enteró de lo que leía a causa de la preocupación. Thom y Juilin entraron justo en el momento en que, por fin, las dos mujeres irrumpieron en la sala y lanzaron exclamaciones al verlo allí, como si pensaran que no cumpliría su palabra. Cerró lentamente el libro y lo dejó con suavidad sobre la mesa que tenía junto a la silla.

—¿Dónde habéis estado?

—Vaya, pues dando un paseo —contestó alegremente Elayne, con los azules ojos más abiertos de lo que Mat había visto nunca.

Thom frunció el entrecejo y sacó una daga de la manga, con la que empezó a juguetear haciéndola girar entre los dedos. Evitó mirar a Elayne de manera muy patente.

—Tomamos el té con unas mujeres que tu posadera conoce —dijo Nynaeve—. No quiero aburrirte con una charla sobre labores.

Juilin empezó a sacudir la cabeza y se paró antes de que la mujer lo advirtiera.

—No, por favor, no me aburras —replicó secamente Mat. Suponía que la antigua Zahorí sabía distinguir el ojo de una aguja de la punta, pero sospechaba que antes preferiría atravesarse la lengua con una que ponerse a hablar de labores. Además, el hecho de que ninguna de las dos hubiese hecho comentarios cáusticos sobre educación y urbanidad confirmaba sus peores sospechas.

»Ya he destacado a cuatro hombres, dos para cada una, para que os acompañen esta tarde, y habrá otros cuatro mañana y todos los días. Si no os encontráis en palacio o donde yo pueda veros, tendréis guardias personales. Ya saben sus turnos, y os escoltarán en todo momento. En todo momento, repito. Además, me informaréis

adónde os dirigís. No me causaréis más preocupaciones. No quiero quedarme calvo antes de tiempo.

Esperaba discusiones e indignación. Esperaba argumentos para escabullirse sobre lo que habían y no habían prometido. Esperaba que por exigir un pan entero acabaría con una pequeña rebanada; la de la punta, si es que tenía suerte. Nynaeve miró a Elayne y ésta le devolvió la mirada.

—Bien, lo de la guardia personal es una idea maravillosa, Mat —exclamó Elayne, en cuyas mejillas aparecieron hoyuelos al sonreír—. Supongo que tenías razón en cuanto a eso. Es muy inteligente por tu parte tener preparados a tus hombres para el servicio.

—Sí, es una idea maravillosa —convino Nynaeve al tiempo que asentía enérgicamente—. Muy bien pensado, Mat.

Thom dejó caer la daga y soltó una imprecación ahogada, tras lo cual se sentó y observó a las dos mujeres mientras se chupaba el dedo que se había pinchado.

Mat suspiró. Problemas; sabía que los habría. Y eso fue antes de que le dijeran que, por el momento, se olvidara del Rahad.

Y razón por la que ahora se encontraba sentado en un banco, en el exterior de una tabernucha de mala muerte llamada La Rosa del Eldar, cerca de la ribera, bebiendo en una de aquellas tazas de latón abolladas que estaban sujetas con cadenas al banco. Al menos aclaraban las tazas para cada parroquiano nuevo. El hedor procedente de una tintorería que había al otro lado contribuía a poner de relieve la categoría de la taberna. En realidad no era una zona barriobajera, aunque la estrechez de la calle impedía que pasaran carruajes. Un número considerable de palanquines, pintados de colores llamativos, se movía entre la multitud. Las ropas de los transeúntes y algún que otro chaleco de gremio eran en su mayoría de paño, en lugar de seda, pero también abundaban más las que eran de calidad que las andrajosas.

Las casas y tiendas formaban el habitual despliegue de blanco estuco, y si bien casi todas eran pequeñas e incluso deterioradas, en la esquina, a la derecha de Mat, se alzaba la casa alta de un mercader adinerado, y a la izquierda, un pequeño palacete —de hecho, más pequeño que la casa del comerciante—, con una única cúpula de franjas verdes y sin torre. Desde el puesto de observación de Mat se veían otras dos tabernas y una posada que parecían frescas y acogedoras; por desgracia, La Rosa del Eldar era la única en la que los clientes podían sentarse fuera, la única situada en el sitio justo. Por desgracia.

—Dudo que haya visto moscas tan espléndidas en toda mi vida —refunfuñó Nalesean mientras espantaba a varios insectos de su copa—. ¿Qué demonios hacemos aquí?

—Tú, bebiendo ese remedo de vino y sudando como un cerdo —rezongó Mat, calándose más el sombrero para protegerse mejor los ojos—. Y yo, siendo *ta'veren*.

—Lanzó una mirada furibunda a la casa destartalada, situada entre la tintorería y una ruidosa tejeduría, que le habían mandado que vigilara. No pedido, sino mandado, lo hubiesen dicho como lo hubiesen dicho, bordeando el límite de las promesas que le habían hecho. Oh, sí, lo hicieron de manera que pareciera que se lo pedían, como si al final se lo suplicaran, cosa que él se creería cuando a las ranas les creciera pelo. Se daba cuenta cuando alguien lo mangoneaba—. «Sé *ta'veren*, Mat, nada más» —imitó con voz aflautada—. «Estoy convencida de que sabrás lo que has de hacer.» ¡Bah! —Puede que la maldita Elayne, heredera del trono, con sus malditos hoyuelos, lo supiera, o Nynaeve, con sus malditas manos temblando por el deseo de tirarse de su maldita trenza. Pero que lo asparan si él lo sabía—. Si el jodido Cuenco se encuentra en algún lugar del Rahad, ¿cómo se supone que voy a encontrarlo si estoy a este jodido lado del río?

—No recuerdo oírlas decir eso —intervino secamente Juilin. Tomó un buen trago de una bebida hecha con ciertos frutos amarillos que se cultivaban en el campo y añadió—: Has preguntado lo mismo al menos cincuenta veces.

El rastreador afirmaba que dicha bebida era refrescante en verano, pero Mat había mordido uno de esos «limones», como se llamaban los frutos, y se negaba en redondo a beber nada hecho con ellos. Puesto que todavía tenía jaqueca, había pedido té. El brebaje sabía como si el tabernero, un tipo delgaducho con ojillos suspicaces, hubiese estado añadiendo en la tetera hojas frescas y agua a los restos del día anterior desde la fundación de la ciudad. El sabor era acorde con su estado de ánimo.

—Lo que a mí me interesa —murmuró Thom— es por qué han hecho tantas preguntas sobre tu posadera. —No parecía muy molesto por el hecho de que siguieran guardando secretos para ellos; a veces, actuaba de un modo decididamente raro—. ¿Qué tienen que ver Setalle Anan y estas mujeres con el Cuenco?

En la destartalada casa entraban y salían mujeres en un constante flujo, algunas bien vestidas aunque ninguna con sedas, y ningún hombre. Tres o cuatro llevaban el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Mat se había planteado la posibilidad de seguir a algunas cuando se marcharan, pero le pareció demasiado planeado. No sabía cómo funcionaba lo de ser *ta'veren* —a decir verdad nunca había notado ningún signo de ello en sí mismo—, pero su suerte siempre funcionaba mejor cuando todo pasaba al azar. Como con los dados. La mayoría de los rompecabezas metálicos de las tabernas se le resistían, por afortunado que se sintiera.

Pasó por alto la pregunta de Thom; la había hecho casi el mismo número de veces que él había preguntado cómo iba a encontrar el Cuenco allí. Nynaeve le había dicho en su cara que no había prometido contarle todo lo que sabía; añadió que le diría todo cuanto necesitara saber. Verla atragantada, a punto de ahogarse por contener los insultos que deseaba lanzarle, no le parecía venganza suficiente.

—Podría dar una vuelta por el callejón —murmuró Nalesean—. Por si acaso una

de esas mujeres decide saltar sobre el muro del jardín. —El angosto pasaje que había entre la tintorería y la casa quedaba a plena vista en toda su longitud, pero otro callejón pasaba por detrás de las tiendas y las viviendas—. Mat, vuelve a explicarme por qué estamos aquí en lugar de estar jugando a las cartas.

—Iré yo —contestó Mat. Quizá descubriría cómo funcionaba lo de los *ta'veren* detrás del muro del jardín. Fue allí y no sacó nada en claro.

Para cuando el crepúsculo empezó a adueñarse de la calle y Harnan apareció acompañado por un andoreño calvo, de ojos muy juntos, llamado Wat, el único efecto achacable a ser *ta'veren* que había visto era que el tabernero había preparado una tetera con té reciente. Sabía casi tan mal como la anterior.

De vuelta en sus aposentos de palacio, encontró una nota, una especie de invitación redactada con letra elegante sobre un grueso papel blanco que olía como un jardín florido.

«Mi lechoncito, te espero esta noche en mis aposentos para cenar.»

No iba firmada, pero a Mat no le hacía falta. ¡Luz! ¡Esa mujer no tenía pizca de vergüenza! Había un cerrojo pintado de rojo en la puerta que daba al corredor; encontró la llave y la echó. Luego, como medida de seguridad, encajó una silla contra el picaporte de la puerta que daba al cuarto de Nerim. Podía pasar sin cenar. Justo cuando estaba a punto de meterse en la cama, el picaporte resonó; fuera, en el pasillo, una mujer rió al encontrar la puerta cerrada con llave.

Tendría que haberse quedado dormido profundamente, pero por alguna razón permaneció despierto, oyendo los gruñidos de su estómago vacío. ¿Por qué hacía eso Tylin? Bueno, sabía por qué, pero ¿por qué él? A buen seguro, la mujer no había decidido arrojar por el balcón todo atisbo de decencia sólo para acostarse con un *ta'veren*. En cualquier caso, ahora estaba a salvo. Tylin no echaría abajo la puerta, después de todo. ¿O sí? Ni siquiera la mayoría de los pájaros podía pasar a través de las verjas forjadas de los balcones. Además, necesitaría una enorme escalera para llegar tan arriba. Y hombres para transportarla. A menos que se descolgara desde el tejado con una cuerda. O también podría… La noche pasó, su estómago no dejó de sonar, el sol salió y no cerró los ojos un solo momento ni tuvo una sola idea útil. Salvo tomar una decisión. Se le ocurrió un uso para el cuarto de los malos humores. Ciertamente, él nunca se enfurruñaba.

Con las primeras luces salió de sus aposentos y encontró a otro sirviente de palacio a quien conocía, un tipo calvo llamado Madic con aire ufano y una mueca astuta en la boca que evidenciaba que no se sentía satisfecho en absoluto. En resumen, un hombre al que podía comprarse. La expresión sorprendida que pasó fugaz por su rostro cuadrado y la sonrisilla apenas disimulada revelaron que sabía

exactamente la razón por la que Mat le ponía oro en la mano. ¡Así se condenara! ¿Cuánta gente estaba al tanto de las intenciones de Tylin?

Al parecer, Nynaeve y Elayne no, gracias le fueran dadas a la Luz. Aunque ello significase que le tomaran el pelo por haberse perdido la cena con la reina, cosa que habían descubierto cuando Tylin les preguntó si se encontraba enfermo. Pero lo peor…

—Por favor —dijo Elayne, sonriendo casi como si no le costase pronunciar esas dos palabras—, debes intentar empezar con buen pie tu relación con la reina. No te pongas nervioso. Disfrutarás pasando una velada con ella.

—Y no hagas nada que la ofenda —murmuró Nynaeve. Con ella no cabía duda que comportarse educadamente le daba de patadas; sus cejas se fruncían en un gesto de concentración, tenía prietas las mandíbulas, y su mano temblaba de ansiedad por asirse la trenza—. Sé considerado por una vez en tu… Quiero decir que recuerdes que es una mujer decente, y no intentes ninguna de tus… Luz, ya sabes a lo que me refiero.

Nervioso. ¡Ja! Una mujer decente. ¡Ja!

A ninguna de las dos parecía preocuparle que él hubiese perdido toda una tarde. Elayne le dio unas palmaditas en el hombro con aire compasivo y le pidió por favor que lo intentase uno o dos días más, lo que, a decir verdad, era mejor que estar pateando el Rahad con este calor. Nynaeve repitió exactamente lo mismo, como hacían las mujeres, pero sin las palmaditas en el hombro. Admitieron sin tapujos que se proponían pasar el día espiando a Carridin con Aviendha, si bien eludieron responder a su pregunta de a quién esperaban reconocer entre las visitas al Capa Blanca. A Nynaeve se le escapó ese detalle, y Elayne le asestó tal mirada que Mat pensó que por una vez vería a la antigua Zahorí recibir una bofetada. Aceptaron sumisamente su admonición de que no perdieran de vista a los hombres de su guardia personal, y también accedieron a mostrarle los disfraces que tenían intención de adoptar. Incluso con la descripción de Thom, ver a las dos convertirse de repente en ebudarianas ante sus propios ojos fue una impresión casi tan grande como la actitud sumisa de las mujeres. Es decir, la fingida sumisión de Nynaeve estuvo a punto de irse al garete cuando comprendió que decía en serio lo de no destacar guardaespaldas para la Aiel porque ella no los necesitaba, pero no hizo mal del todo su papel. Que cualquiera de esas dos entrelazara las manos y le respondiera mansa como una malva lo ponía muy nervioso. Que lo hiciesen las dos —¡con Aviendha asintiendo con aprobación!— bastó para que se sintiese contento de verlas partir. Antes, sin embargo, y sólo para estar seguro, les hizo mostrar sus disfraces a los hombres que las acompañarían, sin dejarse intimidar por su repentino gesto de apretar los labios. Vanin no dejó pasar la oportunidad de ser uno de los guardias de Elayne y se llevó la mano a la frente en un saludo, comportándose como un idiota.

Vanin no había descubierto gran cosa en su turno de vigilancia de la casa de Carridin. Como ocurriera el día anterior, un gran número de personas había ido a visitar al Capa Blanca, incluidas algunas vestidas con seda, pero eso no era prueba de que fueran Amigos Siniestros. En fin de cuentas, ese hombre era el embajador de los Capas Blancas, y probablemente serían más las personas que querían comerciar en Amadicia que se presentaban ante él que ante el embajador del país, fuera quien fuese. Vanin informó que, sin lugar a dudas, dos mujeres habían estado vigilando también el palacio de Carridin —la expresión de su cara cuando de repente Aviendha se transformó en una tercera ebudariana fue todo un poema—, y que creía que también lo había hecho un viejo, un tipo que resultó ser sorprendentemente ágil y espabilado para su edad. Vanin no había logrado echarle un buen vistazo a pesar de localizarlo en tres ocasiones. Una vez que Vanin y las mujeres se hubieron ido, Mat mandó a Thom y a Juilin para ver qué podían descubrir sobre Jaichim Carridin y un viejo encorvado y cano que demostraba interés en los Amigos Siniestros. Si el rastreador era incapaz de hallar el modo de ponerle la zancadilla a Carridin, significaba que no había ninguno; por su parte, Thom parecía tener gran facilidad para aglutinar todas las comidillas y chismes y entresacar la verdad. Todo ello era la parte fácil, naturalmente.

Él se pasó dos días sudando en aquel banco, apartándose de allí sólo para recorrer alguna que otra vez el callejón que había entre la tintorería y la casa vigilada, y el único cambio fue que el sabor del té se volvió malo de nuevo. El vino era tan espantoso que Nalesean empezó a tomar cerveza. El primer día, el tabernero les ofreció pescado para el almuerzo, pero a juzgar por el olor debían de haber capturado los peces la semana anterior. El segundo día les ofreció un guiso de ostras. Mat engulló cinco platos de aquello a pesar de los trozos de concha que había en el caldo. Birgitte declinó ambas comidas.

Mat se había sorprendido cuando, aquel primer día, la mujer los alcanzó a Nalesean y a él cruzando a toda prisa la plaza de Mol Hara. Aunque el sol apenas asomaba sobre los tejados, ya había gente y carros por la plaza.

—Debo de haberme despistado un instante —comentó con una risita—. Os esperaba donde pensé que ibais a salir, para acompañaros. Si no os importa, claro.

—A veces nos movemos muy deprisa —respondió Mat evasivamente. Nalesean lo miró de soslayo; el noble no tenía ni idea del motivo por el que habían utilizado una pequeña puerta lateral, cerca de los establos, para marcharse casi a hurtadillas. No es que Mat pensara que Tylin fuera a abalanzarse sobre él en los pasillos a plena luz del día, pero tampoco venía mal ser precavido—. Tu compañía es bienvenida en cualquier momento. Eh… gracias.

La arquera se limitó a encogerse de hombros y a murmurar algo que Mat no entendió mientras se ponía a su lado. Así fue el comienzo con ella. Cualquier otra

mujer, según su experiencia, habría exigido saber por qué le había dado las gracias para, a continuación, explicar que no tenía por qué, extendiéndose sobre el tema hasta el punto de hacerle desear taparse los oídos, o, por el contrario, habría empezado a regañarlo por pensar que debía dárselas, también explayándose largo y tendido, o, a veces, dejando muy claro que esperaba algo más sustancial que unas palabras. Birgitte se contentó con aquel gesto despreocupado y, en el transcurso de los dos días siguientes, a Mat le vino a la cabeza una idea de lo más asombrosa.

Para él, normalmente, las mujeres eran criaturas a las que admirar, dedicarles sonrisas, con las que bailar y, si lo permitían, darles un beso; incluso llegar a algo más si tenía suerte. Decidir a qué mujer galantear resultaba casi tan divertido como el galanteo en sí, aunque ni mucho menos tanto como dar caza a la pieza. Ni que decir tiene que algunas mujeres eran simplemente amigas. Más bien pocas. Egwene, por ejemplo; aunque ignoraba cómo podría perdurar esa amistad al haberse convertido en Amyrlin. En cierto modo, a Nynaeve también podría considerarla una especie de amiga; sobre todo si fuera capaz de olvidar durante una hora que le había dado azotes en el trasero más de una vez y recordase que ya había dejado de ser un niño. Sin embargo, tener amistad con una mujer era distinto a tenerla con un hombre; no sólo sus pensamientos discurrían por distintos derroteros a los de un varón, sino que también veían el mundo desde otra perspectiva.

—Estáte alerta —susurró Birgitte, inclinándose hacia Mat en el banco—. Esa viuda anda a la caza de un nuevo marido; la vaina de su Cuchillo de Esponsales es de color azul. Además, la casa que vigilamos está en esa otra dirección.

El joven parpadeó y perdió de vista a la mujer encantadoramente rellenita que balanceaba de forma exagerada las caderas al caminar. Birgitte rió de buena gana al ver su mueca azorada. Nynaeve lo habría flagelado verbalmente por haber mirado a la mujer, mientras que Egwene habría mostrado su desaprobación con una actitud fría. Al final del segundo día instalados en aquel asiento, cayó en la cuenta de que había estado sentado todo el tiempo con su cadera pegada a la de Birgitte y, sin embargo, ni una sola vez se le había ocurrido intentar besarla. No le cabía duda de que ella no lo deseaba —y considerando el tipo de hombre, feo como un perro, que parecía atraer su mirada, podría haberse sentido ofendido en caso contrario—, aparte de que era una heroína de leyenda de la que todavía casi esperaba que salvara de un salto una casa y agarrase por el cuello a dos Renegados en el proceso. Pero en realidad no se trataba de eso; para él sería tan descabellado como plantearse besar a Nalesean. Birgitte le gustaba exactamente del mismo modo que el teariano.

Dos días en aquel banco, yendo y viniendo por el callejón de la tintorería para echar un vistazo al alto muro de ladrillos que cerraba el jardín de la casa por la parte de atrás. La arquera habría podido trepar por él, pero incluso ella correría el riesgo de romperse el cuello si lo intentaba llevando puesto un vestido. En tres ocasiones había

decidido, llevado por un impulso repentino, seguir a las mujeres que salieron de la casa; dos de ellas lucían el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Después de todo, elegir al azar parecía traerle suerte. Una de las Mujeres Sabias giró en la esquina y compró un manojo de nabos mustios antes de regresar a la casa; otra llegó dos calles más allá para comprar un par de peces grandes con rayas verdes. La tercera, alta y morena, quizá teariana por el vestido de lana gris, cruzó dos puentes antes de entrar en una tienda grande, donde la recibió con sonrisas y reverencias un tipo delgaducho, y empezó a supervisar el embalaje de cajas y bandejas lacadas en cestos llenos de serrín que posteriormente fueron cargados en una carreta. Por lo que Mat consiguió averiguar, la mujer esperaba conseguir una pieza de plata por la mercancía en Andor. El joven se escapó por poco de tener que comprar una caja. Como para fiarse de la suerte.

No fue él el único que no la tuvo. Nynaeve, Elayne y Aviendha llevaron a cabo sus peregrinajes a las calles adyacentes al pequeño palacio de Carridin sin ver a nadie que les resultase conocido, cosa que las frustró sobremanera. Seguían negándose a decirle a quiénes esperaban descubrir; tampoco es que importase mucho, ya que no habían asomado la nariz por allí. Ése fue el comentario de las tres, que lo hicieron enseñando los dientes de tal modo que daba la impresión de que hubiera seis mujeres en lugar de tres; se suponía que las muecas eran sonrisas. Lástima que Aviendha hubiese sincronizado tan rápida y totalmente con las otras dos; sin embargo, hubo un momento, cuando las presionaba para que le diesen una respuesta, en que Elayne le replicó de manera cortante, con la barbilla bien levantada, y entonces la Aiel le susurró algo al oído.

—Perdóname, Mat —pidió la heredera del trono, con la faz tan roja que en comparación su cabello parecía haberse aclarado—. Te pido disculpas por haberte hablado así. Te lo pediré de… de rodillas, si quieres.

No era de extrañar que la voz le fallase en la última frase.

—No es menester —contestó con un hilo de voz, intentando no abrir los ojos como platos—. Estás perdonada. No fue nada.

Lo más raro, sin embargo, fue que Elayne se quedó mirando a Aviendha todo el tiempo mientras le hablaba y no reaccionó en absoluto cuando él le contestó, pero soltó un suspiro de alivio al ver que Aviendha asentía. Qué raras eran las mujeres.

Por su parte, Thom informó que a la casa de Carridin acudían mendigos con frecuencia, y que, aparte de eso, todo cuanto se hablaba de él en Ebou Dar era lo que cabía esperar, dependiendo de si quien hablaba era de los que consideraban a los Capas Blancas unos monstruos asesinos o de los que pensaban que se trataba de los verdaderos salvadores del mundo. Juilin descubrió que Carridin había comprado un plano del palacio de Tarasin, lo cual podía significar que los Capas Blancas planeaban algo en Ebou Dar o también que Pedron Niall deseaba construirse un

palacio y pretendía copiar el de Tarasin. Si es que aún vivía, porque corrían rumores de que había muerto. Claro que la mitad de ellos decían que las Aes Sedai lo habían matado, y la otra mitad que había sido Rand, lo cual daba buena idea de su escasa fiabilidad. Ni Juilin ni Thom habían conseguido la menor información sobre un viejo de pelo blanco y rostro muy arrugado.

Resultado frustrante con Carridin, con la vigilancia de la jodida casa, y en lo relativo al palacio…

Mat tuvo muy claro qué debía hacer desde la primera noche, y, cuando se retiró a sus aposentos, Olver se encontraba allí, cenado ya y hecho un ovillo en un sillón, leyendo *Los viajes de Jain el Galopador* a la luz de las lámparas y en absoluto molesto porque lo hubiesen trasladado al cuarto de Mat. Madic había hecho honor a su palabra, o al oro que él le había metido en el bolsillo. El pequeño cuarto anexo lo ocupaba la cama de Olver. ¡A ver si ahora Tylin intentaba algo, con un niño delante! La reina no se había quedado ociosa, sin embargo. Mat se escabulló hasta las cocinas con el sigilo de un zorro, deslizándose de una esquina a otra, bajando rápidamente las escaleras… y se encontró con que no había comida.

Oh, sí, el olor a guisos impregnaba el aire, piezas de carne se asaban en espetones sobre las enormes lumbres, en los fogones cocían ollas, y las cocineras no dejaban de abrir hornos para ver cómo marchaba esto o aquello. Pero para Mat Cauthon no había comida. Las sonrientes mujeres con sus blancos delantales, pasando por alto sus propias sonrisas, se interpusieron en su camino para que no pudiera acercarse a las fuentes de aquellos apetitosos aromas. Sin borrarse sus sonrisas, le golpearon los nudillos cuando intentó coger un trozo de pan o incluso un poco de pastel de nabo glaseado con miel. Todavía sonriendo le dijeron que no debía quitarse el apetito picando cosas si iba a cenar con la reina. Lo sabían. ¡Todas, de la primera a la última! Su bochorno, tanto como todo lo demás, lo indujo a regresar a sus aposentos, lamentando amargamente no haber comido el maloliente pescado al mediodía. Echó el cerrojo a la puerta al entrar. Una mujer capaz de matar de hambre a un hombre podría intentar cualquier cosa.

Olver y él jugaban a serpientes y zorros tirados en la alfombra cuando deslizaron una segunda nota por debajo de la puerta.

> «Me han dicho que es más deportivo dejar que el palomo alce el vuelo, contemplar sus acrobacias en el cielo. Pero, antes o después, el ave hambrienta volverá a la mano.»

—¿Qué es eso, Mat? —preguntó el chico.

—Nada. —Arrugó la nota haciéndola una bola—. ¿Otra partida?

—Oh, sí. —Si de él dependiera, Olver se pasaría el día entero entretenido con el

estúpido juego—. Mat, ¿has probado el jamón que han preparado esta noche? En mi vida había comido algo tan…

—Tira los jodidos dados, Olver, y cierra el pico.

De camino a palacio la tercera noche de su estancia allí, compró pan, aceitunas y queso de leche de oveja. Fue una buena idea, ya que en las cocinas seguían teniendo órdenes. Las malditas mujeres rieron de buena gana mientras pasaban con humeantes bandejas de carne y pescado justo fuera de su alcance y le decían que no debía quitarse el apetito antes de la cena.

Mantuvo su dignidad: no cogió una de las bandejas ni echó a correr con ella.

—Gentiles damas, vuestra acogedora hospitalidad me abruma —dijo, haciendo su mejor reverencia, como si ondeara una capa imaginaria.

Su retirada habría resultado mucho más airosa si una de las cocineras no hubiese comentado a su espalda, con una risita socarrona:

—Su majestad se dará un festín de pichón asado a no tardar, muchacho.

Qué graciosa. Las otras se echaron a reír con tantas ganas que fue un milagro que no rodaran por el suelo. Sí, realmente chistosa.

El pan, las aceitunas y el queso salado resultaron una buena cena, acompañados con agua de la jofaina del lavabo para ayudar a pasar los bocados. En sus aposentos no había habido vino ni ponche desde aquel primer día. Olver intentó explicarle algo sobre un pescado asado, con salsa de mostaza y pasas; Mat le dijo que practicara la lectura.

Nadie deslizó una nota bajo su puerta esa noche. Nadie tocó con los nudillos a la puerta. Empezó a pensar que quizá las cosas iban a cambiar para mejor. Al día siguiente se celebraba el Festival de los Pájaros y, por lo que había oído comentar sobre los atuendos que la gente llevaría, tanto hombres como mujeres, cabía la posibilidad de que Tylin encontrase otro pichón al que echar sus redes. Quizá saliese alguien de aquella maldita casa de enfrente de La Rosa del Eldar y le pusiera en las manos el jodido Cuenco de los Vientos. Las cosas tenían que mejorar por fuerza.

Cuando despertó a la mañana siguiente, los dados rodaban dentro de su cabeza.

29



El Festival de los Pájaros

Despierto con el sonido de los dados en su cabeza, Mat se planteó seguir durmiendo hasta que dejaran de rodar, pero finalmente se levantó. Con un humor de perros. Como si no tuviera bastante con todo lo demás, sólo faltaban los dichosos dados. Echó de malas maneras a Nerim y se vistió solo, tras lo cual acabó el pan y el queso que le quedaban de la noche anterior y fue a ver qué hacía Olver. El chico empezó a vestirse, pasando de meterse la ropa a tirones para acabar pronto y marcharse cuanto antes hasta quedarse parado por completo, con una bota o la camisa en la mano, para soltar una retahíla de preguntas que Mat respondió sin prestarle mucha atención: no, ese día no irían a las carreras, y daba igual lo sustanciosas que fueran las apuestas en el Circuito del Cielo, al norte de la ciudad. Sí, quizás irían a ver la colección de animales salvajes. Desde luego, le compraría una máscara de plumas para el festival; si es que acababa de vestirse de una vez. Al chico volvieron a entrarle las prisas con ese último comentario.

Lo que ocupaba realmente la atención de Mat eran los dichosos dados. ¿Por qué habían empezado a rodar otra vez? ¡Ni siquiera sabía la razón de que lo hubiesen hecho anteriormente!

Cuando Olver estuvo vestido por fin, siguió a Mat a la sala de estar barbullando preguntas oídas a medias, y chocó contra su espalda cuando el joven se paró en seco. Tylin dejó sobre la mesa el libro que Olver había estado leyendo la noche anterior.

—¡Majestad! —Los ojos de Mat se dirigieron rápidamente hacia la puerta que había cerrado la víspera y que ahora se encontraba abierta de par en par—. Qué sorpresa.

Agarró a Olver y lo puso ante sí, entre él y la mujer que esbozaba una sonrisa burlona. En fin, tal vez no era realmente burlona, pero así le pareció a Mat en ese momento. Y saltaba a la vista que estaba muy complacida consigo misma.

—Me disponía a salir con Olver en este momento. Para que vea el festival. Y una colección itinerante de animales salvajes. Además, quiere una máscara de plumas. —Cerró la boca de golpe para dejar de parlotear como un tonto y empezó a escabullirse

hacia la puerta, con el chico delante como si fuese un escudo.

—Sí —musitó Tylin, que los observaba con los ojos entornados. No hizo intención de interponerse en su camino, pero su sonrisa se acentuó como si esperara que metiera el pie en la trampa en cualquier momento—. Es mejor que vaya acompañado, en lugar de andar con golfillos de la calle, como he oído que hace. Y se cuentan algunas otras cosas sobre tu muchacho. ¿Riselle?

Una mujer apareció en el umbral y Mat dio un respingo, sorprendido. Una extravagante máscara de plumas azules y doradas ocultaba casi todo su rostro, pero las plumas del resto del disfraz no tapaban gran cosa. La tal Riselle tenía el busto más espectacular que Mat había visto en toda su vida.

—Olver —dijo mientras se agachaba de rodillas—, ¿te gustaría ir conmigo al festival?

Riselle le enseñó una máscara de plumas rojas y verdes que semejaba un halcón, justo del tamaño indicado para un muchachito. Sin que Mat tuviese tiempo de abrir la boca, Olver se soltó de un tirón y corrió hacia la mujer.

—Oh, sí, por favor. Gracias.

El desagradecido tunante rió cuando Riselle le puso la máscara y lo estrechó contra su pecho. Agarrados de la mano, los dos salieron al pasillo, dejando a Mat boquiabierto, aunque se recuperó de su estupor en un visto y no visto cuando Tylin habló.

—Tienes suerte de que no sea celosa, encanto. —De debajo del cinturón de oro y plata sacó la larga llave de hierro de la puerta de Mat, seguida de una segunda exactamente igual, y se las mostró—. La gente tiene costumbre de guardar la llave en alguna caja cerca de la puerta. —Justo lo que había hecho él—. Y a nadie se le ocurre que puede haber una segunda. —Volvió a meter una de ellas detrás de su cinturón; la otra giró en la cerradura con un sonoro chasquido antes de reunirse con su compañera en el cinturón—. Bueno, corderito. —Sonrió.

Era demasiado. No contenta con perseguirlo, la mujer lo había medio matado de hambre y ahora se encerraba con él en sus aposentos como… No quería pensar como qué. ¡Corderito! Y aquellos malditos dados gira que te gira en su cabeza. Además, tenía asuntos importantes de los que ocuparse. Los dados no habían estado relacionados nunca con hallar cosas, pero… Llegó junto a ella en dos zancadas, la asió del brazo y empezó a tantear el cinturón buscando las llaves.

—No puedo perder tiempo con… —Enmudeció de golpe cuando la afilada punta de la daga de Tylin, pegada a su mentón, lo obligó a cerrar la boca y a ponerse de puntillas.

—Quítame esa mano de encima —instó fríamente la mujer. Mat consiguió mirarla bajando los ojos en una postura forzada. Había dejado de sonreír. Le soltó el brazo con sumo cuidado, pero ella no aflojó un ápice la presión del arma. Sacudió la

cabeza y chasqueó la lengua—. Procuro mostrarme indulgente contigo habida cuenta de que eres forastero, pichoncito, pero ya que quieres jugar duro… Las manos a los costados. Muévete.

La punta de la daga que sostenía la reina marcó una dirección, y Mat no tuvo más remedio que recular de puntillas si no quería acabar con la garganta rajada.

—¿Qué vais a hacer? —farfulló entre dientes. Tener el cuello tan estirado le daba un timbre forzado a su voz. Un cuello muy estirado, aparte de otras cosas—. ¿Y bien? —Podía intentar agarrarle las muñecas; era rápido con las manos—. ¿Qué vais a hacer? —repitió. ¿Lo bastante rápido, teniendo ya la daga pegada al cuello? Ésa era la cuestión. Ésa, y la que le había preguntado. Si intentaba matarlo, le bastaba un golpe seco y la hoja le entraría hasta el cerebro—. ¡Respondedme! —No era pánico lo que sonaba en su voz; no estaba asustado, se dijo—. ¿Majestad? ¿Tylin? —Bueno, quizá sí que se sentía un poco acobardado, por haber utilizado su nombre. En Ebou Dar podías llamar a una mujer «pichoncito» o «ricura» todo el día y ella sonreiría, pero hacerlo por su nombre sin que antes te hubiese dado permiso podía meterte en un aprieto mucho peor que si le tocabas el trasero a una desconocida en la calle en cualquier otra parte del mundo. Y tampoco haber intercambiado unos cuantos besos bastaba para contar con esa autorización.

Tylin no contestó y se limitó a seguir empujándolo hacia atrás hasta que de repente los hombros del joven chocaron contra algo que lo obligó a detenerse. Sin que la presión de la condenada daga hubiese aflojado un ápice, Mat no podía mover la cabeza; pero sus ojos, hasta ese momento fijos en el rostro de la mujer, giraron hacia uno y otro lado rápidamente. Se encontraban en el dormitorio, y tenía la espalda pegada contra uno de los postes rojos de la cama, con sus tallas de flores. ¿Por qué lo había conducido a…? De repente se puso tan colorado como el dichoso poste. No. Su intención no podía ser… ¡No era decente! ¡Imposible!

—No podéis hacerme esto —farfulló Mat, extrañado, y si su voz sonaba un tanto entrecortada y estridente había motivos más que sobrados para ello.

—Observa y aprende, gatito —dijo Tylin, y sacó su Cuchillo de Esponsales.

Más tarde, al cabo de mucho, mucho rato, Mat tiró de la sábana y se tapó hasta la barbilla con gesto irritado. Una sábana de seda, por cierto, como había supuesto Nalesean. La reina de Altara canturreaba en voz baja al lado de la cama, con los brazos echados hacia atrás para abotonarse el vestido. Por su parte, lo único que llevaba Mat encima era el medallón de la cabeza de zorro —¡de mucho le había servido!— y el pañuelo negro anudado al cuello. Una cinta en obsequio a ella, lo había llamado la condenada mujer. Giró sobre sí mismo y cogió su pipa de boquilla de plata y la bolsa de tabaco que tenía sobre la mesita, en el lado contrario a donde estaba Tylin. Encendió con un carbón que había metido entre arena en un cuenco de oro, utilizando unas tenacillas del mismo metal. Después se cruzó de brazos y

empezó a dar chupadas y a echar humo con tanta ferocidad como frunció el entrecejo.

—No deberías enrabietarte, pichón, ni hacer mohines. —Sacó de un tirón la daga de donde la había clavado en el poste, junto a su Cuchillo de Esponsales, y examinó la punta de la hoja—. ¿Qué te pasa? Sabes que lo has disfrutado tanto como yo, y yo… —Se echó a reír de repente y con ganas, mientras envainaba también el Cuchillo de Esponsales—. Si eso forma parte de lo que significa ser *ta'veren*, debes de gozar de gran popularidad.

Mat se puso colorado a más no poder.

—No es lógico —estalló, quitándose violentamente la pipa de entre los dientes—. No es natural. ¡Soy yo quien se supone que tiene que conquistar!

La sorpresa que asomaba a los ojos de la mujer sin duda reflejaba la suya propia. Si Tylin hubiese sido la camarera de una taberna que le dedicaba una sonrisa insinuante seguramente habría probado suerte con ella —si la hipotética camarera no hubiese tenido un hijo al que le gustaba hacer agujeros a la gente, se entiende—, pero era él quien tenía que conquistar. Nunca lo había considerado desde ese punto de vista, pero es que hasta entonces tampoco había sido necesario. Tylin se echó de nuevo a reír y sacudió la cabeza mientras se limpiaba las lágrimas con los dedos.

—Oh, querido, sigo olvidándolo. Estás en Ebou Dar, encanto. He dejado un pequeño presente para ti en la sala de estar. —Le dio unas palmaditas en el pie por encima de la sábana—. Come bien hoy, porque vas a necesitar encontrarte en plena forma.

Mat se cubrió los ojos con la mano e hizo un gran esfuerzo para no llorar de rabia. Cuando los destapó, la reina Tylin ya se había marchado.

Se bajó de la cama y se enrolló en la sábana. Por alguna razón, la idea de caminar por sus aposentos sin llevar nada encima lo hacía sentirse incómodo. La maldita mujer podría salir de repente de un armario. Las ropas que había llevado puestas se hallaban tiradas en el suelo. «¿Para qué molestarse en desatar lazadas cuando puedes dejar desnudo a alguien *cortando* las prendas?», pensó malhumorado. Tylin no había tenido por qué rasgar su chaqueta con el cuchillo de ese modo; simplemente había disfrutado pelándolo como una cebolla.

No sin cierta aprensión abrió el armario rojo y dorado; no la encontró escondida dentro. Había poco donde elegir, ya que Nerim tenía la mayoría de sus chaquetas limpiándolas y remendándolas. Escogió una sencilla, de seda, en color bronce oscuro, y se vistió rápidamente. A continuación metió a empujones debajo de la cama, lo más adentro que pudo, las ropas hechas jirones para esconderlas hasta que pudiera deshacerse de ellas sin que Nerim las viese. O cualquier otra persona, para el caso. Eran ya demasiados los que estaban al tanto de lo que ocurría entre Tylin y él; sería incapaz de mirar a la cara a cualquiera que se enterara de lo que acababa de pasar.

Ya en la sala de estar alzó la tapa de la caja lacada que había cerca de la salida y

luego la cerró con un suspiro; a decir verdad, no esperaba que Tylin volviese a dejar la llave allí. Se recostó en la puerta; una puerta con la cerradura sin echar. Luz, ¿qué iba a hacer? ¿Regresar a la posada? Al infierno si los dados habían dejado de rodar antes. Pero creía muy capaz a Tylin de sobornar a la señora Anan y a Enid, o a la posadera de dondequiera que fuese. Y no le extrañaría nada que Nynaeve y Elayne argumentaran que había roto el trato para poner fin a sus promesas. ¡Al infierno con todas las mujeres!

Se fijó entonces en un gran paquete, envuelto primorosamente en papel verde, que había sobre una de las mesas. Guardaba una máscara a semejanza de un águila, en colores negro y oro, así como una chaqueta cubierta con plumas a juego. También había una bolsita de seda roja que contenía veinte coronas de oro y una nota que olía a flores.

«Te habría comprado un pendiente, lechoncito, pero me he dado cuenta de que no tienes agujero en la oreja. Que te lo abran y te regalaré algo bonito.»

A punto estuvo de llorar otra vez. *Él* hacía *regalos* a las mujeres. ¡El mundo se había vuelto del revés! ¿*Lechoncito*? ¡Oh, Luz! Al cabo de un minuto, cogía la máscara; era lo menos que le debía, aunque sólo fuera por la chaqueta hecha jirones.

Cuando por fin llegó al pequeño y umbroso patio donde se venían reuniendo cada mañana, junto a la pila de la fuente en la que flotaban nenúfares y nadaban unos peces blancos con brillantes motitas de colores, encontró a Nalesean y Birgitte preparados también para el Festival de los Pájaros. El teariano se había contentado con una sencilla máscara verde, pero la de Birgitte era un dibujo complejo en amarillo y rojo, con un penacho de plumas; llevaba el rubio cabello suelto, también adornado con plumas en toda su longitud. Lucía un vestido, ceñido con un ancho cinturón amarillo, diáfano bajo más plumas rojas y amarillas. No mostraba ni por asomo tanto como el de Riselle, pero parecía a punto de hacerlo cada vez que la mujer se movía. A Mat no se le había pasado por la cabeza que Brigitte se pudiera engalanar con un vestido como cualquier otra mujer.

—A veces resulta divertido que la miren a una —dijo mientras le clavaba el índice en las costillas cuando él hizo una observación al respecto. Su sonrisa no habría desentonado en el rostro de Nalesean acompañada del comentario de lo divertido que era dar pellizcos en el trasero a las camareras—. Tiene bastantes más piezas que los que llevan las bailarinas de plumas, pero no tantas como para estorbarme. Y, además, no veo razón para que hayamos de movernos deprisa a este lado del río.

Los dados volvieron a rodar dentro de la cabeza de Mat.

—¿Por qué has tardado? —siguió Birgitte—. No nos habrás tenido esperando

sólo para hacerle cosquillas a una chica bonita, ¿verdad?

Mat confió en no haberse puesto colorado.

—Yo… —No sabía qué excusa inventarse, pero justo en ese momento seis hombres, vestidos con chaquetas llenas de plumas, entraron en el patio. Todos portaban aquellas espadas finas en la cadera, y también todos ellos, salvo uno, llevaban puestas máscaras con crestas y picos que representaban pájaros no vistos jamás por ojos humanos. La excepción era Beslan, que hacía girar su máscara por las cintas—. Oh, rayos y centellas, ¿qué demonios hace aquí?

—¿Te refieres a Beslan? —Nalesean apoyó las manos en el pomo de la espada y sacudió la cabeza con aire incrédulo—. Vaya, así se abrase mi alma, me dijo que tenía intención de pasar el festival en tu compañía. Mencionó algo sobre una promesa que hicisteis los dos. Le advertí que resultaría terriblemente aburrido, pero no me creyó.

—Es inconcebible que nada resulte aburrido estando Mat presente —manifestó el hijo de Tylin; su reverencia iba dedicada a los tres, pero sus oscuros ojos se demoraron en Birgitte—. Jamás me había divertido tanto como cuando salí a beber con él y con la Guardián de lady Elayne, la Noche de Swovan, aunque, a fuer de ser sincero, reconozco que apenas recuerdo nada de esa ocasión.

Aparentemente, no había reconocido a «la Guardián». Cosa bastante extraña, habida cuenta de sus gustos con respecto a los hombres —el hijo de la reina Tylin era bien parecido, quizá demasiado, en absoluto su tipo—, curiosamente, Birgitte sonrió levemente y se pavoneó ante el escrutinio del joven.

Lo cierto era que en ese momento a Mat le importaba poco si el comportamiento de la mujer era atípico. Obviamente, Beslan no sospechaba nada sobre lo de su madre y él, o de otro modo ya habría desenvainado la espada. Sin embargo, lo último que deseaba Mat era pasar el día en compañía del joven. Sería espantoso. Tenía cierto sentido del pudor, aunque no pudiera decirse lo mismo de la madre de Beslan.

El problema era que el joven se había tomado muy en serio lo de esa condenada promesa de asistir juntos a todos los festejos y celebraciones que hubiera. Cuanto más insistieron Nalesean y él en que los planes que tenían para ese día eran aburridos a más no poder, más resuelto se mostró Beslan a acompañarlos y, a no tardar, su semblante empezó a tornarse sombrío y Mat pensó que quizá las espadas podrían desenvainarse. En fin, una promesa era una promesa. Cuando Nalesean, Birgitte y él salieron de palacio, iban acompañados por media docena de empingorotados lechuguinos emplumados. Mat estaba convencido de que aquello no habría ocurrido si Birgitte hubiese llevado un atuendo decente. Todos ellos, del primero al último, no le quitaban ojo de encima a la mujer y le sonreían continuamente.

—¿A qué venía todo ese contoneo mientras el chico te comía con los ojos? —rezongó cuando cruzaban Mol Hara. Apretó más la cinta que sujetaba la máscara de águila.

—Yo no me contoneaba, sólo me movía. —Su actitud de afectada seriedad era tan obviamente falsa que en cualquier otro momento Mat se habría reído—. Un poquito. —De repente su sonrisa pícara reapareció y la mujer bajó la voz para que sólo la oyese él—. Te dije que a veces resulta divertido que te miren. El hecho de que sean demasiado guapos no significa que no disfrute con sus miraditas. Oh, no te pierdas ésa —añadió a la par que señalaba a una esbelta mujer que pasaba corriendo y que llevaba una máscara de búho azul y se cubría con bastantes menos plumas que la propia Riselle.

Eso era muy propio de Birgitte: darle con el codo en las costillas para llamar su atención hacia una chica guapa con el mismo desparpajo de cualquier hombre, esperando a cambio que él hiciese otro tanto cuando se trataba de lo que le gustaba a ella, y que por lo general era el tipo más feo que había a la vista. En cualquier caso, aunque ese día hubiese elegido ir medio desnuda —bueno, un cuarto desnuda, para no exagerar— Birgitte era… En fin, era una amiga. ¡Extraño mundo, el de hoy! Había una mujer a la que empezaba a considerar una compañera de jarana, y otra que lo perseguía con tanto empeño como había hecho él siempre con cualquier chica bonita, ya fuese en esos recuerdos antiguos o en los suyos propios. Con más empeño todavía; él nunca había cortejado a una mujer que le dejaba claro que no deseaba que la cortejase. Sí, era un mundo realmente muy extraño.

El sol se encontraba a medio camino, más o menos, de su cenit, pero los festejadores llenaban ya calles, plazas y puentes. Volatineros, malabaristas y músicos, con plumas cosidas en las ropas, actuaban en todas las esquinas, y con frecuencia la música quedaba ahogada por las risas y los gritos. La gente más pobre tenía que conformarse con adornarse el pelo con unas cuantas plumas, y los golfillos y mendigos con las de paloma, recogidas en la calle, pero las máscaras y los disfraces se volvían más pomposos cuanto más abultaban las bolsas de dinero. Y no sólo más pomposos, sino también más escandalosos. Hombres y mujeres por igual se engalanaban con plumas que dejaban a la vista más piel que Riselle o que la mujer en la plaza de Mol Hara. Ese día no había movimiento comercial en las calles y los canales, aunque al parecer unas cuantas tiendas estaban abiertas —además de todas las tabernas y posadas, por supuesto—, pero, aquí y allí, una carreta se abría paso entre la multitud o una barcaza impulsada por pértigas se deslizaba por los canales sirviendo de soporte a una plataforma, en la que jóvenes de ambos sexos posaban con llamativas máscaras de aves que les tapaban completamente la cabeza, algunas de ellas luciendo crestas que en ocasiones alcanzaban más de tres palmos de altura, y movían las largas alas de tal manera que los restantes disfraces sólo se vislumbraban durante un fugaz momento. Quizá fuera mejor así, pensándolo bien.

Según Beslan, esas escenografías, como se las llamaba, por lo general se ofrecían en casas gremiales, palacios y casas. En su mayor parte, el festival se llevaba a cabo,

normalmente, dentro de los edificios. En Ebou Dar no nevaba siquiera cuando el tiempo era como debería ser en esa época —Beslan comentó que le gustaría ver la nieve algún día— pero, por lo visto, en un invierno normal la temperatura era lo bastante baja para impedir que la gente saliera a la intemperie casi en cueros. Sin embargo, con el calor actual, todos se habían echado a la calle. «Espera a la noche y entonces verás lo que es bueno», le había dicho Beslan a Mat. Al parecer, a medida que el sol menguaba, ocurría otro tanto con las inhibiciones.

Contemplando a la alta y esbelta mujer que se deslizaba entre la multitud, cubierta con máscara, capa emplumada y, aparte de eso, siete plumas como mucho, Mat se preguntó qué inhibiciones les quedaban por despojarse a algunas de aquellas personas. Casi gritó a la mujer que se cubriese con la capa. Era bonita, pero ¿ir así por la calle, a la vista de la Luz y de todo el mundo?

Algunas carretas que transportaban escenografías atraían seguidores, por supuesto, grupos apiñados de hombres y mujeres que gritaban y reían mientras echaban monedas, y a veces notas dobladas, a las carretas, obligando a los demás a apretujarse a los lados de la calle. Mat se acostumbró a correr por delante de las carretas hasta que podían meterse por una calle lateral o a esperar hasta que la escenografía pasaba de largo para poder cruzar en una intersección o a través de un puente. Cuando ocurría esto último, Birgitte y Nalesean lanzaban monedas a sucios pilluelos y a mendigos aún más mugrientos. Es decir, Nalesean echaba monedas; Birgitte se concentraba en los arrapiezos y ponía una moneda en cada mano mugrienta como un regalo.

Durante una de aquellas esperas, Beslan puso de repente la mano en el brazo de Nalesean.

—Perdona, teariano, pero a ése no le des —gritó para hacerse oír por encima de la algarabía de la gente y la música.

Un hombre harapiento retrocedió hacia la multitud, cautelosamente; huesudo y con las mejillas hundidas, al parecer había perdido las patéticas plumas que hubiese encontrado para su cabello.

—¿Por qué no? —demandó Nalesean.

—No lleva anillo de latón en el meñique —respondió Beslan—. No pertenece al gremio.

—Luz —exclamó Mat—. ¿Es que en esta ciudad un hombre ni siquiera puede mendigar si no pertenece a un gremio?

Quizá fue por su tono, pero el mendigo saltó sobre él al tiempo que en su mano mugrienta aparecía un cuchillo. Instintivamente, Mat asió el brazo del hombre y giró, lanzando al tipo contra la multitud; algunas personas maldijeron a Mat, otras al mendigo despatarrado en el suelo, y otras le echaron monedas.

Por el rabillo del ojo, Mat atisbó a un segundo tipo delgaducho y harapiento que

intentaba apartar a Birgitte para llegar hasta él con un largo cuchillo. Era un estúpido error subestimar a la mujer por su vestimenta; de alguna parte, debajo de aquellas plumas, Birgitte sacó un cuchillo y le asestó una puñalada de arriba abajo.

—¡Cuidado! —gritó Mat, pero no hubo tiempo para más advertencias; todavía no había acabado de gritar cuando sacó una daga de la manga y la lanzó al través. El arma pasó casi rozando la mejilla de Birgitte y se hundió profundamente en la garganta de otro mendigo que blandía un cuchillo, antes de que éste tuviese tiempo de clavárselo en las costillas a la mujer.

De repente había mendigos por todas partes armados con cuchillos y porras rematadas con clavos; cundieron los gritos mientras la gente disfrazada intentaba quitarse de en medio sin miramientos. Nalesean asestó un puñetazo a un hombre harapiento, que reculó trastabillando; Beslan atravesó a otro de parte a parte con su espada, en tanto que sus amigotes se enfrentaban a varios.

Mat no tuvo tiempo de fijarse en nada más; se encontró espalda contra espalda con Birgitte y frente a sus propios adversarios. Sentía a la mujer moviéndose detrás, oía sus maldiciones entre dientes, pero apenas era consciente de ello; Birgitte podía cuidar de sí misma y, a la vista de los dos tipos que tenía delante, Mat no estaba muy seguro de ser capaz de hacer lo mismo. El corpulento individuo de sonrisa desdentada sólo tenía un brazo, además de un pliegue fruncido en la cuenca ocular, donde debería haber estado su ojo izquierdo, pero en la mano sostenía un garrote de medio metro, reforzado con bandas de hierro de las que sobresalían puntas aceradas. Su compañero, pequeño y con cara de rata, tenía los dos ojos y varios dientes, y a pesar de las mejillas hundidas y unos brazos que parecían puro hueso, se movía como una serpiente y se lamía los labios mientras se pasaba una daga oxidada de una mano a otra. Mat amagó, primero a uno y luego al otro, con su cuchillo corto, aunque era lo bastante largo para alcanzar los puntos vitales, de modo que los dos tipos se movieron para esquivarlo y cada cual esperó que su compañero tomara la iniciativa.

—Al viejo Dolo no va a hacerle ninguna gracia esto, Fuste —gruñó el corpulento, y el de la cara de rata se adelantó como una flecha sin dejar de pasar la oxidada arma de una mano a otra.

No contaba con el cuchillo que apareció de repente en la mano izquierda de su adversario y que le asestó un tajo en la muñeca. La daga cayó al suelo, pero aun así el tipo se abalanzó sobre él. Chilló cuando el otro cuchillo se hundió en su pecho, sus ojos se desorbitaron y sus brazos se ciñeron en un gesto convulso alrededor de Mat. Se ensanchó la mueca del individuo desdentado, que enarboló el garrote a la par que se adelantaba.

El gesto burlón se borró de su semblante cuando dos mendigos se le echaron encima gruñendo y asestando puñaladas.

Estupefacto por el giro de los acontecimientos, Mat apartó de un empellón el

cadáver del asesino que tenía cara de rata. En la calle se había abierto un claro de unos cincuenta pasos alrededor de los combatientes, y por doquier los mendigos rodaban por el pavimento, dos, tres o incluso cuatro apuñalando a otro, asestándole garrotazos o golpeándolo con piedras.

Beslan cogió a Mat por el brazo. El joven noble tenía la cara manchada de sangre, pero sonreía.

—Larguémonos de aquí y dejemos que la Hermandad de la Limosna se ocupe de sus asuntos. No es honroso luchar contra pordioseros y, además, el gremio no dejará vivo a ninguno de esos intrusos. Sígueme.

Nalesean exhibía un gesto ceñudo; obviamente tampoco consideraba honorable enfrentarse a mendigos. En cuanto a los amigos de Beslan, varios tenían torcidos los disfraces, y uno se había quitado la máscara para que otro le restañara la sangre de un corte en la frente; a pesar de la herida también sonreía. Por lo que Mat veía, Birgitte no tenía ni un arañazo, y su disfraz seguía tan impecable como antes de salir de palacio. Escamoteó su daga; era imposible que pudiese esconder el arma bajo aquellas plumas, pero lo hizo.

Mat no puso reparos a que lo alejaran de allí, pero sí rezongó:

—¿Es que los mendigos van por ahí atacando a la gente en esta… ciudad? —Omitió el epíteto «jodida» suponiendo que a Beslan no le gustaría que calificara así a su ciudad.

—Eres *ta'veren*, Mat —rió el joven noble—, y siempre ocurren cosas emocionantes en torno a los *ta'veren*.

Mat le devolvió la sonrisa con los dientes prietos. Maldito idiota, maldita ciudad y malditos *ta'veren*. En fin, si un mendigo le rebanaba el cuello no tendría que volver a palacio para que Tylin lo trinchara como un lechón tierno. Y, ahora que lo pensaba, así era como lo había llamado: «lechoncito». ¡Maldito fuera todo!

También la calle entre la tintorería y La Rosa del Eldar estaba ocupada por los festejadores, si bien eran contados los que lucían disfraces escasos de tela. Al parecer, había que contar con una buena bolsa para ir casi desnudo. No obstante, los acróbatas que actuaban en la esquina, delante de la casa del mercader, le andaban cerca: los hombres iban descalzos, con el torso al aire y polainas ajustadas de colores chillones; las mujeres, con polainas aún más ceñidas y blusas finísimas. Todos lucían unas cuantas plumas en el cabello, al igual que los músicos que tocaban y hacían cabriolas delante del pequeño palacio, en la otra esquina de la calle; el grupo lo componían una mujer con una flauta, otra soplando un tubo negro, largo y retorcido, cubierto de llaves, y un tipo aporreando un tambor a más no poder. La casa que Mat y los otros iban a vigilar estaba cerrada a cal y canto.

El té en La Rosa del Eldar era tan malo como siempre, lo que significaba que su calidad superaba con mucho la del vino. Nalesean se decidió por la amarga cerveza

local. Birgitte dio las gracias sin decir por qué, y Mat le restó importancia limitándose a encogerse de hombros; intercambiaron una sonrisa e hicieron chocar sus tazas en un brindis mudo. El sol ascendió en el cielo; Beslan permanecía sentado, con el tacón de una bota apoyado en la puntera de la otra primero, y después al contrario, pero sus compañeros empezaban a impacientarse por muchas veces que él hiciera notar que Mat era *ta'veren*. Una refriega con pordioseros difícilmente podía considerarse una diversión como era debida, la calle era demasiado estrecha para que pasara ninguna escenografía, las mujeres de allí no eran tan bonitas como en los demás sitios, e incluso mirar a Birgitte dejó de parecerles interesante una vez que comprendieron que la mujer ni siquiera pensaba darles un beso. Lamentando que Beslan no quisiera acompañarlos, se marcharon apresuradamente para buscar diversión en otro lugar. Nalesean dio un paseo hasta el final del callejón que había a un lado de la tintorería, y Birgitte desapareció en el sombrío interior de La Rosa para, según ella, mirar si había algo apropiado para beber escondido en algún rincón olvidado.

—Jamás habría imaginado que un Guardián se vistiese así —comentó Beslan mientras invertía la posición de las botas.

Mat parpadeó. El chico tenía muy buena vista. Birgitte no se había quitado la máscara un solo instante. En fin, mientras no se hubiese dado cuenta de…

—Creo que a mi madre le vendrá bien vuestra relación, Mat.

Mat se atragantó y roció de té a los viandantes. Algunos le asestaron miradas furiosas, y una esbelta mujer, con un bonito trasero, le dedicó una tímida sonrisa por debajo de la máscara azul que, en opinión de Mat, debía de intentar semejar una gallina. La mujer pateó el suelo y se alejó al ver que él no le devolvía la sonrisa. Por suerte, nadie se dio por ofendido tanto como para no contentarse con la mirada iracunda antes de proseguir su camino. O tal vez por desgracia. A Mat no le habría importado si en ese momento se le hubiesen echado encima seis o siete ebudarianos con ganas de desquitarse.

—¿A qué te refieres? —preguntó, ronca la voz.

Beslan giró la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Vaya, pues a que te haya escogido como su joven galán, desde luego. ¿Por qué te pones tan colorado? ¿Te has enfadado? ¿Por qué…? —De repente se dio una palmada en la frente y se echó a reír—. Pensaste que yo me enfadaría. Perdona, se me olvida que eres forastero. Mat, ella es mi madre, no mi esposa. Padre murió hace diez años, y madre siempre alegó que estaba demasiado ocupada. Me alegra que haya elegido a alguien que me cae bien. Eh, ¿dónde vas?

Mat no se dio cuenta de que se había puesto de pie hasta que Beslan le hizo la pregunta.

—Eh… Necesito despejarme.

—Pero si estás bebiendo té, Mat.

Mientras rodeaba una silla de manos, columbró que la puerta de la casa se abría y que una mujer, vestida con una capa azul adornada con plumas, salía por ella. Sin pensar lo que hacía —la cabeza le daba demasiadas vueltas para pensar con claridad— empezó a seguirla. ¡Beslan lo sabía! ¡Y lo aprobaba! Su propia madre, y a él no…

—¡Mat! —gritó Nalesean a su espalda—. ¿Adónde vas?

—Si no he vuelto mañana —respondió Mat, también en voz bastante alta, por encima del hombro—, ¡diles que tendrán que encontrarlo ellas mismas!

Fue en pos de la mujer, aturdido, sin oír si Nalesean o Beslan le gritaban algo más. ¡El chico lo sabía! Recordó que en cierta ocasión había pensado que los dos, Beslan y su madre, estaban locos. ¡Estaban peor que locos! ¡Toda Ebou Dar estaba loca! Apenas si advirtió que los dados seguían rodando dentro de su cabeza.

Desde una ventana de la sala de reuniones, Reanne vio desaparecer a Solain calle abajo, en dirección al río. Un tipo con chaqueta de color bronce fue tras ella, pero si lo que se proponía era abordarla, no tardaría en descubrir que Solain no disponía de tiempo para los hombres ni tenía paciencia con ellos.

Reanne no sabía con certeza por qué motivo la sensación de urgencia se había vuelto tan intensa ese día. Desde hacía días había surgido casi con el amanecer y se había disipado al caer el sol, y durante días ella había luchado contra el impulso —según las estrictas reglas que no se atrevían a llamar leyes, esa orden se ejecutaba en la media luna, para lo que todavía quedaban otras seis noches—, pero ese día… Había dado la orden antes de pensarlo y no había sido capaz de retractarse y retrasarla hasta el día señalado. No pasaría nada. Nadie había vuelto a ver por la ciudad a esas dos jovencitas necias que se hacían llamar Elayne y Nynaeve; no había sido necesario correr riesgos innecesarios.

Suspiró y se volvió hacia las otras, que esperaban a que ella se sentara para tomar asiento a su vez. Los secretos se guardarían, como había ocurrido siempre. Aun así… No poseía el Talento de la Predicción ni nada que se le pareciese, pero, sin embargo, quizás esa sensación de urgencia le había estado advirtiendo de algo. Doce mujeres la observaban con expectación.

—Creo que deberíamos plantearnos la conveniencia de mandar a la granja durante una temporada a todas las que no llevan el cinturón.

Apenas hubo discusión; eran las Decanas, pero ella era la Rectora. En ese aspecto, al menos, no había nada malo en actuar como lo hacían las Aes Sedai.

30



La primera taza

No lo entiendo —protestó Elayne. No le habían ofrecido una silla; de hecho, cuando hizo intención de sentarse, le habían dicho que siguiera de pie en tono cortante. Cinco pares de ojos la miraban fijamente desde cinco rostros femeninos de expresión inflexible y severa—. ¡Os comportáis como si hubiésemos hecho algo horrible, cuando lo que hemos conseguido es encontrar el Cuenco de los Vientos!

O, al menos, estaban a punto de dar con él. Esperaba que fuera así; el mensaje que había traído Nalesean no era muy claro. Al parecer, Mat había salido corriendo al tiempo que gritaba que lo había encontrado. O algo por el estilo, acabó admitiendo Nalesean; cuanto más se explayaba el teariano, más pasaba de la absoluta certeza a la duda. Birgitte se había quedado a vigilar la casa de Reanne; por lo que percibía Elayne, parecía sudorosa y aburrida. En cualquier caso, las cosas se estaban moviendo. Se preguntó qué tal le iría a Nynaeve. Confiaba que mejor que a ella. Desde luego, en ningún momento se le había pasado por la cabeza que, al ponerles al corriente del éxito obtenido, las hermanas tuviesen semejante reacción.

—Habéis puesto en peligro un secreto guardado celosamente por todas las mujeres portadoras del chal desde hace más de dos mil años. —Merilille, sentada con la espalda muy tiesa, prietos los labios y la imperturbable serenidad casi perdida, parecía a punto de estallar—. ¡Debéis de haberos vuelto locas! ¡Sólo la demencia disculparía algo así!

—¿Qué secreto? —demandó Elayne.

Vandene, que, junto con su hermana, flanqueaba a Merilille, se arregló la falda de seda verde con gesto irritado.

—Eso lo sabrás cuando hayas acabado tu adiestramiento como es debido, pequeña —manifestó—. Creía que tenías más sentido común.

Adeleas, con un vestido de paño gris ribeteado en marrón oscuro, asintió haciéndose eco de la desaprobación de Vandene.

—No se puede culpar a la chica por revelar un secreto que ignoraba que era tal —adujo Careane Fransi, situada a la izquierda de Elayne, mientras rebullía en el sillón. No llegaba a ser corpulenta, aunque no le faltaba mucho, ya que tenía unos hombros

tan anchos y unos brazos tan gruesos como muchos hombres.

—Sabéis muy bien que la ley de la Torre no admite excusas —se apresuró a intervenir Sareitha en actitud un tanto engreída y una expresión severa en sus ojos castaños, habitualmente inquisitivos—. Una vez admitida una simple disculpa, se aceptarán inevitablemente otras, que serán progresivamente intrascendentes, hasta que la propia ley acabe desapareciendo.

Su sillón de respaldo alto se hallaba situado a la derecha. Era la única que llevaba el chal puesto, pero la sala de estar de Merilille se había colocado como un tribunal, aunque nadie de las presentes lo había llamado así. Al menos, hasta ese momento. Merilille, Adeleas y Vandene se encontraban frente a Elayne, y parecía que desempeñaban el papel de jueces, mientras que el sillón de Sareitha ocupaba el lugar del Banco de la Inculpación, y el de Careane Fransi el Banco de la Absolución. Sin embargo, la Verde domani que habría sido su defensora asintió pensativamente mientras la teariana Marrón, que habría sido su acusadora, proseguía:

—Con sus palabras, ella misma ha admitido su culpabilidad. Recomiendo que la muchacha sea confinada en palacio hasta que nos marchemos y que entretanto se le encomiende un trabajo duro para que tenga ocupadas la mente y las manos. Asimismo, recomiendo una buena dosis de zapatilla a intervalos regulares para recordarle que no debe actuar a espaldas de las hermanas. Aconsejo el mismo trato para Nynaeve, una vez que sea encontrada.

Elayne tragó saliva. ¿Confinada? Tal vez no hacía falta que llamasen juicio a aquello para que lo fuese en realidad. Puede que Sareitha no hubiese alcanzado todavía el aspecto intemporal, pero el peso de los años de las otras mujeres era como una losa sobre Elayne: Adeleas y Vandene, con el cabello casi totalmente blanco, e incluso sus semblantes intemporales se hacían eco de una edad incalculable. El pelo de Merilille era de un lustroso color azabache, pero a Elayne no le habría sorprendido enterarse de que llevaba el chal durante tanto tiempo o más de lo que viviría cualquier mujer que no fuese Aes Sedai. Y, probablemente, de Careane podría decirse otro tanto. Ninguna de ellas se acercaba a su fuerza en el Poder, pero… Toda esa experiencia como Aes Sedai, todo ese conocimiento, toda esa… autoridad, resultaban un duro recordatorio de que sólo tenía dieciocho años y que había llevado el blanco de las novicias hacía un año.

Careane Fransi no hizo intención de rebatir las sugerencias del Banco de la Inculpación. Quizá lo mejor sería que siguiera defendiéndose ella misma.

—Obviamente ese secreto del que habláis está relacionado con el Círculo, pero…

—Las Allegadas no te conciernen, pequeña —la interrumpió Merilille sin contemplaciones. Inhaló profundamente y se alisó la falda de color gris plateado con cuchilladas doradas antes de añadir en tono frío—: Propongo emitir el fallo.

—Convengo y defiero a tu decisión —manifestó Adeleas, que dedicó a Elayne

una mirada entre ceñuda y desilusionada, tras lo cual sacudió la cabeza.

—Convengo y defiero —anunció Vandene a la par que hacía un ademán desdeñoso—. Pero respaldo la propuesta del Banco de la Inculpación.

En la expresión de Careane parecía haber una pizca de compasión. Sólo eso.

Merilille abrió la boca para emitir el fallo.

La tímida llamada en la puerta sonó bastante fuerte en el breve y ensordecedor silencio.

—En nombre de la Luz ¿se puede saber qué ocurre? —mascculló Merilille, enfadada—. Le dije a Pol que nadie debía interrumpirnos. Careane, haz el favor.

No la más joven, pero sí la menos fuerte en el Poder, Careane se puso de pie y se deslizó hacia la puerta. A pesar de su volumen, siempre se movía como un cisne.

Era la propia Pol, la doncella de Merilille, quien entró haciendo reverencias a diestro y siniestro. Mujer esbelta, con el cabello canoso, por lo general dueña de una dignidad que nada tenía que envidiar a la de su señora, ahora mostraba un gesto de ansiedad, cosa comprensible habida cuenta de que había irrumpido en la sala en contra de las instrucciones de Merilille. Elayne no se había alegrado tanto de ver a nadie desde… Bueno, desde que Mat Cauthon apareció en la Ciudadela de Tear. Una idea horrible. Si Aviendha no le decía pronto que ya había cumplido suficientemente con su *toh*, quizá le pediría a ese hombre que la azotara con tal de poner fin a la agonía.

—La reina en persona trajo esto —anunció Pol con voz entrecortada mientras mostraba una carta lacrada en rojo y sellada—. Dijo que si no se lo daba a Elayne de inmediato, lo haría ella misma. Comentó que era algo sobre la madre de la chica.

Elayne apretó tanto los dientes que casi le rechinaron. Todas las criadas de las hermanas habían cogido la costumbre de referirse a Nynaeve y a ella del mismo modo que sus señoras, aunque rara vez lo hacían donde pudieran oírlas.

Furiosa, le cogió la carta sin esperar a que Merilille dijera que podía —si era eso lo que pensaba hacer— y rompió el sello con el pulgar.

«Milady Elayne,

»Me complace comunicar a la heredera de Andor una gozosa noticia. Acabo de enterarme de que vuestra madre, la reina Morgase, está viva y es actualmente huésped de Pedron Niall, en Amador. Su mayor deseo es reunirse con vos para así regresar juntas y triunfantes a Andor. Os ofrezco escolta como protección contra los bandidos que infestan Altara a fin de que podáis llegar junto a vuestra madre a salvo y con rapidez. Disculpad la brevedad de esta misiva, escrita apresuradamente, pero sé que querríais enteraros de la maravillosa noticia cuanto antes.

»Sellado en la Luz,
»Jaichim Carridin.»

Elayne estrujó el papel. ¿Cómo osaba? El dolor por la muerte de su madre, sin que hubiese siquiera un cadáver al que dar sepultura, apenas empezaba a menguar, ¿y Carridin se atrevía a mofarse así de ella? Abrazó la Fuente Verdadera, arrojó la carta con sus horribles mentiras lejos de sí. Y encauzó; el fuego surgió de la nada, tan ardiente que sólo unas negras pavesas cayeron a las baldosas azules y doradas. Eso para Jaichim Carridin. ¡Y también para esas… mujeres! El orgullo de miles de años de reinas andoreñas hizo que cobrara entereza y valor.

—¡No se te ha dado permiso para encauzar! —instó Merilille, que se había puesto de pie bruscamente—. ¡Suelta la…!

—Puedes marcharte, Pol —dijo Elayne—. Ahora.

La criada estaba boquiabierta, pero la madre de Elayne había enseñado bien a su hija a utilizar un tono imperativo, el de una reina desde su trono. Pol hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta antes de darse cuenta de lo que hacía. Una vez en movimiento, sólo vaciló un instante antes de salir corriendo y cerrar la puerta tras ella. Lo que quiera que fuese a ocurrir allí dentro, obviamente concernía sólo a las Aes Sedai.

—¿Se puede saber a qué viene esto, muchacha? —La calma recobrada por Merilille quedó anegada por la furia—. ¡Haz el favor de soltar la Fuente de inmediato o juro que yo misma cogeré una zapatilla en este preciso instante!

—Soy Aes Sedai. —Las palabras salieron como témpanos, y Elayne las dijo en serio. Todas esas mentiras de Carridin. Y estas mujeres. De modo que Merilille la amenazaba con darle unos zapatillazos, ¿no? Iban a admitir su legítima condición de hermana. ¡Nynaeve y ella habían hallado el Cuenco! O casi, en cualquier caso, y los procedimientos para utilizarlo estaban en marcha—. Proponéis castigarme por poner en peligro un secreto conocido, al parecer, sólo por las hermanas, pero nadie se molestó en hablarme de ese secreto cuando obtuve el chal. Sugerís disciplinarme como a una novicia o una Aceptada, pero soy Aes Sedai. Fui ascendida al chal por Egwene al'Vere, la Amyrlin a la que afirmáis servir. Si negáis que Nynaeve y yo somos Aes Sedai, entonces negáis a la Sede Amyrlin que nos envió a encontrar el Cuenco de los Vientos, cosa que hemos hecho. ¡No lo admitiré! Te lo advierto, Merilille Ceandevin. ¡Acata la voluntad de la Sede Amyrlin o seré yo quien te someta a juicio como una rebelde traidora!

A Merilille casi se le salieron los ojos y se quedó boquiabierta, pero parecía serena en comparación con Careane o Sareitha, quienes daban la impresión de estar a punto de ahogarse por la incredulidad. Vandene sólo mostraba cierta sorpresa, con un dedo sobre los labios en gesto pensativo y los ojos ligeramente más abiertos de lo normal, en tanto que Adeleas se recostaba en el sillón y examinaba a Elayne como si la viese por primera vez.

Elayne encauzó y uno de los sillones flotó hacia ella; tomó asiento y se arregló los

vuelos de la falda.

—Puedes sentarte, Merilille. —Seguía utilizando la voz imperiosa, ya que por lo visto era el único modo de que escucharan, pero se sorprendió cuando Merilille volvió a sentarse lenta, pesadamente, sin dejar de mirarla con los ojos desorbitados.

Exteriormente Elayne ofrecía una apariencia serena, fría, pero por dentro bullía de ira. No. Hervía de ira. Secretos. Siempre había pensado que las Aes Sedai guardaban demasiados secretos, especialmente las unas a las otras. También ella tenía algunos, pero sólo por necesidad y nunca con alguien que tuviese que saberlos. ¡Y esas mujeres habían pensado castigarla a ella!

—Tu autoridad proviene de la Antecámara de la Torre, Merilille. La de Nynaeve y la mía, de la propia Sede Amyrlin. La nuestra supera a la tuya. A partir de ahora, seguiréis las instrucciones de Nynaeve o las mías. Tomaremos en cuenta, naturalmente, cualquier consejo que nos ofrezcáis.

Creía que Merilille tenía los ojos desorbitados, pero ahora…

—Imposible —barbotó la Gris—. Vosotras sois…

—¡Merilille! —instó secamente Elayne mientras se echaba hacia adelante—. ¿Sigues negando la autoridad de tu Amyrlin? ¿Todavía te atreves?

La Gris abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno. Luego se humedeció los labios y sacudió la cabeza con movimientos convulsos. Elayne sintió un estremecimiento de júbilo; todo eso de que Merilille siguiese sus instrucciones era un cuento y una tontería, por supuesto, pero sería reconocida como hermana. Thom y su madre le habían dicho que uno debía empezar pidiendo diez para conseguir uno. Aun así, no bastaba para apagar su ira. Faltó un tris para que cogiese una zapatilla y comprobara hasta dónde podía forzar la situación. Pero eso echaría todo por tierra. Recordarían en un periquete su edad y el poco tiempo que hacía que se había quitado el vestido de novicia; incluso podían empezar a pensar otra vez en ella como una chiquilla estúpida. Ese pensamiento avivó nuevamente su cólera. No obstante se contentó con:

—Mientras piensas en silencio qué más he de saber conforme a mi condición de hermana, Merilille, Adeleas y Vandene me documentarán sobre ese secreto que he puesto en peligro. ¿Quiere eso decir que la Torre conoce la existencia del Círculo, de esas Allegadas, como las llamáis, desde el principio? —Pobre Reanne, con sus esperanzas de pasar inadvertidas a las Aes Sedai.

—En sus circunstancias, es lo más parecido a hermanas que podían llegar a ser, supongo —contestó Vandene. Con mucho cuidado. Ahora observaba a Elayne tan intensamente como su hermana. Aunque del Ajah Verde, tenía muchos gestos como Adeleas. Careane y Sareitha parecían estupefactas, y sus miradas incrédulas pasaban de la silenciosa y sonrojada Merilille a Elayne sucesivamente.

—Incluso durante la Guerra de los Trollocs, a las mujeres que no pasaban la

prueba o carecían de fuerza se las echaba de la Torre por cualquiera de las razones habituales. —Adeleas había adoptado un tono docente, pero no ofensivo. Las Marrones lo hacían a menudo cuando se ponían a explicar algo—. En tales circunstancias, no es de sorprender que algunas temieran salir al mundo para enfrentarse solas a él, y tampoco que huyesen a Barashta, como se llamaba la ciudad que existía aquí por entonces. Aunque, por supuesto, el centro de Barashta ocupaba la zona donde se encuentra actualmente el Rahad, si bien no queda una sola piedra de ella. Aunque Eharon no se vio envuelto en la Guerra de los Trollocs hasta bien avanzado el conflicto, al final Barashta cayó tan irremediablemente como Barsine o Shaemal o…

—Las Allegadas… —intervino suavemente Vandene, y Adeleas parpadeó y luego asintió—. Las Allegadas persistieron incluso después de que Barashta cayese, igual que habían hecho antes, acogiendo espontáneas y mujeres despedidas por la Torre.

Elayne frunció el entrecejo. La señora Anan también había dicho que las Allegadas recogían espontáneas y, sin embargo, el mayor afán de Reanne había sido aparentemente hacer que Nynaeve y ella demostraran que no lo eran.

—Ninguna se ha quedado mucho tiempo —añadió Adeleas—. Cinco años, diez a lo sumo, tanto entonces como ahora, supongo. Una vez que se dan cuenta de que su pequeño grupo no es válido como sustitutivo de la Torre Blanca, se marchan y se hacen Curadoras o Zahoríes de pueblo, e incluso a veces se olvidan del Poder, simplemente. Dejan de encauzar y se dedican a un oficio o algún tipo de negocio. En cualquier caso, desaparecen, por así decirlo.

Elayne se preguntó cómo podía alguien dejar a un lado el Poder Único de ese modo; el anhelo de encauzar, la tentación de tocar la Fuente, se hallaban siempre presentes una vez que se había aprendido cómo hacerlo. Sin embargo, las Aes Sedai parecían creer que algunas mujeres eran capaces de olvidarlo, sin más, al comprender que nunca llegarían a Aes Sedai.

Vandene volvió a encargarse de la explicación; con frecuencia las hermanas llevaban una conversación por turnos, casi alternándose en frases sucesivas, cada cual retomando el hilo con soltura en el punto en que la otra lo había dejado.

—La Torre ha tenido conocimiento de la existencia de las Allegadas casi desde el principio, quizá desde el primer momento. Indudablemente, por aquel entonces el asunto prioritario era la guerra. Además, a pesar de llamarse las Allegadas, han hecho exactamente lo que queremos que hagan tales mujeres: guardan secretos sobre sí mismas, incluso el hecho de ser capaces de encauzar, y actúan con discreción para no llamar la atención en absoluto. A lo largo de los años incluso han corrido la voz, secreta y cuidadosamente, cuando una de ellas topa con una mujer que afirma falazmente ser portadora del chal. ¿Decías algo?

—No —respondió Elayne, sacudiendo la cabeza—. Careane, ¿queda té en esa

tetera? —preguntó, a lo que la susodicha dio un leve respingo—. Supongo que Adeleas y Vandene deben de tener bastante seca la garganta y les vendría bien tomar una taza. —La domani sólo dirigió una mirada de reojo a Merilille, que seguía sin salir de su estupefacción, antes de dirigirse a la mesa donde estaban la tetera y las tazas de plata—. Eso no explica el motivo —prosiguió Elayne—. ¿Por qué el conocimiento de su existencia se considera un gran secreto? ¿Por qué no fueron dispersadas tiempo ha?

—Pues por las fugitivas, naturalmente —repuso Adeleas como si fuese lo más obvio del mundo—. Es un hecho que otras agrupaciones se desarticularon nada más descubrirlas, la última hará unos doscientos años, pero las Allegadas mantienen su grupo pequeño y secreto. Esa última asociación se autodenominaba Hijas del Silencio, aunque metió mucho ruido. Sólo eran veintitrés en total, espontáneas reunidas y entrenadas de un modo muy particular por un par de antiguas Aceptadas, pero se…

—Las fugitivas —le recordó Elayne al tiempo que cogía una taza a Careane y le daba las gracias con una sonrisa. No había pedido té, pero advirtió distraídamente que la mujer se lo había ofrecido a ella en primer lugar. Vandene y su hermana habían hablado largo y tendido sobre las fugitivas durante el viaje a Ebou Dar.

Adeleas parpadeó y se obligó a retomar el tema de la conversación.

—Las Allegadas ayudan a las fugitivas. Siempre tienen a dos o tres mujeres en Tar Valon montando guardia. Para empezar, entran en contacto con casi todas las mujeres que son rechazadas, siempre de un modo muy cauto, y en segundo lugar, se las ingenian para encontrar a todas las fugitivas, ya sean novicias o Aceptadas. Al menos, ninguna ha escapado de la isla sin su ayuda desde la Guerra de los Trollocs.

—Oh, sí —continuó Vandene cuando Adeleas hizo una pausa para coger una taza a Careane. Antes se le había ofrecido té a Merilille, pero ésta permanecía hundida en el sillón, con la mirada perdida en el vacío—. Si alguien se las arregla para huir, sabemos exactamente dónde buscar, y casi siempre acaba de vuelta en la Torre, deseando no haber sentido el gusanillo de la aventura. Siempre y cuando las Allegadas ignoren que lo sabemos, se entiende. Si tal cosa llega a ocurrir, será como regresar a los tiempos anteriores a su organización, cuando una mujer que escapara de la Torre podía dirigirse a cualquier parte. Por entonces era muy superior el número de Aes Sedai, Aceptadas, novicias y fugitivas, y algunos años lograban huir dos de cada tres, y otros, tres de cada cuatro. Utilizando a las Allegadas lográbamos recuperar al menos nueve de cada diez. Entenderás por qué la Torre ha protegido a las Allegadas y su secreto como joyas valiosas.

Sí, Elayne lo comprendía. Una mujer no había terminado con la Torre hasta que la Torre no lo decidía así. Además, a la Torre le venía bien para su reputación de infalibilidad que capturase siempre a las fugitivas. O casi siempre. Bien, ahora lo

sabía.

Se puso de pie y, para su sorpresa, también lo hicieron Adeleas, Vandene, que rechazó el té de Careane con un ademán, y Sareitha. Incluso Merilille se levantó, un instante después. Todas la observaron expectantes, hasta Merilille.

A Vandene no le pasó por alto su asombro, y sonrió.

—Hay otra cosa que quizá no sepas. Somos contenciosas en muchos sentidos, somos Aes Sedai, cada cual celosa de su posición y sus prerrogativas, pero cuando alguna se sitúa por encima o está por encima, tendemos a seguirla con bastante docilidad en general. Empero, es posible que rezonguemos sobre sus decisiones en privado.

—Vaya, pues es cierto que lo hacemos —comentó alegremente Adeleas, como si acabase de hacer un descubrimiento.

Merilille respiró hondo y se concentró un instante en alisarse los vuelos de la falda.

—Vandene tiene razón —dijo luego—. Estás por encima de nosotras por ti misma y, he de admitir, aparentemente te has situado por encima. Si nuestro comportamiento es merecedor de un castigo… En fin, tú nos dirás si es así. ¿En qué hemos de seguirte, si se me permite preguntar? —No había sarcasmo en sus palabras, y su tono era el más educado que Elayne le había oído emplear jamás.

Pensó que todas las Aes Sedai habidas y por haber se habrían sentido orgullosas de saber controlar la expresión del semblante tan bien como hacía ella en ese momento. Lo único que había buscado era que admitiesen su condición de hermana de hecho. Contuvo un impulso fugaz de argumentar que era demasiado joven, demasiado inexperta. «Cuando la miel está fuera del panal, ya no puede volver a meterse», como solía decirle Lini de pequeña. Egwene no era mayor que ella. Respiró hondo y sonrió afablemente.

—Lo primero que hemos de recordar es que somos hermanas, en el amplio sentido de la palabra. Hemos de trabajar juntas; el Cuenco de los Vientos es demasiado importante para exigirnos menos a nosotras mismas. —Confiaba en que todas asintieran con entusiasmo cuando les contara lo que Egwene se proponía—. Quizá deberíamos sentarnos otra vez. —Esperaron a que lo hiciera ella antes de ocupar sus sillas. Ojalá a Nynaeve le estuviesen yendo las cosas una décima parte de lo bien que le iban a ella. Cuando se enterase de lo ocurrido, se desmayaría de la impresión—. Tengo cierta información que transmitiros con respecto a las Allegadas.

A no tardar, era Merilille la que parecía a punto de desmayarse por la impresión, e incluso Adeleas y Vandene no le andaban muy a la zaga. Sin embargo, todas le dieron su aprobación y no dejaron de repetir «Sí, Elayne» y «Si tú lo dices, Elayne». Tal vez de ahora en adelante todo marcharía como una seda.

El palanquín avanzaba meciéndose entre la multitud de festejadores a lo largo del muelle cuando Moghedien localizó a la mujer entre el gentío. Un lacayo, con uniforme verde y blanco, la ayudaba a bajar de un carruaje en un embarcadero. Una amplia máscara de plumas le cubría la cara más de lo que lo hacía la de Moghedien, pero la Renegada habría reconocido aquellos andares, a aquella mujer, desde cualquier ángulo y bajo cualquier tipo de luz. Las celosías de madera tallada, que hacían las veces de ventanas del palanquín cerrado, no eran un obstáculo en absoluto. Dos individuos con espadas al cinto descendieron precipitadamente del techo del carruaje para seguir a la mujer enmascarada.

Moghedien dio con el puño en el lateral de la silla de manos al tiempo que gritaba:

—¡Alto!

Los porteadores se detuvieron tan rápidamente que casi salió lanzada hacia adelante.

El gentío pasó dándose empujones, algunos maldiciendo a los porteadores por obstruir el paso, otros gritando con mejor talante. Allí abajo, junto al río, la multitud clareaba y quedaban huecos suficientes para que Moghedien pudiese ver bien. El barco que zarpó del muelle era muy distintivo; el techo de la cabina baja en la popa iba pintado de rojo, y la Renegada no avistó esa ornamentación en ninguna de las otras embarcaciones que esperaban en el largo muelle de piedra.

Se lamió los labios, temblorosa. Las instrucciones de Moridin habían sido explícitas y el castigo por desobedecer quedó dolorosamente claro. Sin embargo, no pasaría nada por un pequeño retraso. Al menos, mientras él no se enterase.

Abrió la puerta del palanquín, bajó a la calle y echó una rápida ojeada en derredor. Localizó una posada desde la que se divisaban los muelles y el río. Se recogió el repulgo de la falda y se alejó a buen paso, sin el menor temor de que alguna otra persona alquilase la silla de manos; hasta que no soltara las redes de Compulsión tendidas sobre ellos, los porteadores le dirían a cualquiera que requiriese sus servicios que ya estaban comprometidos y se quedarían allí plantados hasta que muriesen de hambre.

Ante ella se iba abriendo un paso; hombres y mujeres ocultos tras las máscaras de plumas se apartaban de un salto hacia los lados al mismo tiempo que chillaban y se llevaban la mano allí donde creían haber sentido el punzante dolor de una cuchillada. Y lo habían sentido realmente; la Renegada no disponía de tiempo para tejer sutiles telarañas en tantas mentes a la vez, pero un aluvión de agujas tejidas con Aire tenía el mismo resultado.

La corpulenta posadera de El Orgullo del Remero se sobresaltó y casi brincó también al ver a Moghedien dispuesta a entrar en la sala de su establecimiento, con su rico atuendo de color escarlata con brocados en oro y seda negra.

La máscara era un gran surtidor de plumas azabache con un afilado pico negro, imitando a un cuervo. Ésa era la broma de Moridin, su mandato, al igual que el vestido. El rojo y el negro eran sus colores, había dicho, y ella los llevaría mientras lo sirviera. En resumen, que iba de uniforme, por muy elegante que éste fuese; Moghedien podría haber matado a cualquiera que la hubiese visto así.

En cambio, tejió rápidamente una telaraña sobre la posadera de cara redonda, con el resultado de que la mujer se irguió bruscamente y sus ojos se desorbitaron. No había tiempo para sutilezas. Cuando Moghedien le ordenó que le mostrase el terrado, la posadera subió corriendo la escalera sin barandilla que había a un lado de la sala. No parecía probable que ninguno de los clientes disfrazados con plumas que bebían en el establecimiento se extrañara por el comportamiento de la propietaria, pensó con una risita la Renegada. A buen seguro que en El Orgullo del Remero nunca se había visto entrar un cliente de su categoría. Ya en la azotea, sopesó rápidamente el peligro de dejar vivir a la posadera contra el que entrañaba matarla. Los cadáveres acababan por señalar de algún modo a su asesino. Si se quería pasar inadvertido en las sombras, no se recurría al asesinato a menos que fuese imprescindible. Reajustó la red de Compulsión con rapidez y ordenó a la mujer que bajase a su cuarto a dormir y olvidase que la había visto. Con las prisas, cabía la posibilidad de que la posadera se pasara durmiendo todo el día o que despertase atontada y sin reflejos —muchas cosas le habrían ido mejor en la vida a Moghedien si su capacidad para el Talento de Compulsión hubiese sido superior— pero, en cualquier caso, la posadera se escabulló a todo correr, ansiosa por obedecer, y la dejó sola.

En el momento en que la trampilla se cerraba en el sucio suelo de baldosas blancas, Moghedien sufrió un sobresalto al sentir como un roce de dedos en la mente, tanteando su alma. Moridin hacía eso en ocasiones; un recordatorio, según él. ¡Como si necesitara que se lo recordasen! Faltó poco para que mirase en derredor, buscándolo; se le puso carne de gallina, como si hubiese soplado un viento helado. El roce desapareció y la Renegada se estremeció de nuevo. Ya fuera al surgir o al desvanecerse, siempre se lo recordaba. El propio Moridin podía aparecer en cualquier lugar y en cualquier momento. Debía darse prisa.

La Renegada se aproximó rápidamente al muro bajo que rodeaba la azotea y escudriñó con atención el río que se extendía allá abajo. Docenas de barcas de todos los tamaños se deslizaban impulsadas por los remos entre embarcaciones más grandes que estaban ancladas o navegando. La mayoría de las cabinas de la clase que buscaba eran de madera, pero divisó un tejado amarillo, y allí uno azul, y más allá, en el centro del río y dirigiéndose velozmente hacia el sur, uno rojo. Tenía que ser ése; no podía perder más tiempo allí.

Alzó las manos pero, en el momento en que el fuego compacto salía disparado, se produjo un movimiento repentino a su alrededor y la Renegada, sobresaltada, dio un

respingo. Moridin había venido, estaba allí y la… Miró de hito en hito a las palomas que se alejaban volando. ¡Palomas! Faltó poco para que vomitara. Al volver la vista hacia el río lanzó un gruñido.

Al haber brincado por el sobresalto, el fuego compacto, que supuestamente debería haber atravesado la cabina y la pasajera que iba en ella, había cortado diagonalmente el centro de la embarcación, más o menos donde habían estado los remeros y los guardaespaldas. Puesto que los remeros habían sido borrados del Entramado antes de que el fuego compacto se descargara, las mitades de la embarcación se encontraban ahora unos cien metros corriente arriba. Por otro lado, quizá no hubiese sido un desastre total. Como la parte central del barco había desaparecido al mismo tiempo que los remeros, el río había dispuesto de varios minutos para penetrar en el interior, y ahora las mitades se hundían bajo el agua en medio de un borbollón espumajoso, arrastrando a su pasajera hacia el fondo.

De repente tomó conciencia de lo que había hecho. Ella siempre se había movido a la sombra, siempre se había mantenido oculta, siempre… Cualquier mujer en la ciudad que pudiese encauzar sabría ahora que alguien había absorbido una gran cantidad de *Saidar*, aunque ignorase con qué fin, y todos los ojos que estuviesen mirando hacia el río habrían visto aquel haz de fuego líquido surcando, abrasador, el aire de la tarde. El miedo le dio alas. Miedo, no. Terror.

Se recogió la falda y corrió escaleras abajo, cruzó la sala, irrumpió en el establo, propinando empellones a la gente que intentaba apartarse de su camino; salió a la calle demasiado asustada para pensar, utilizando manos y codos para abrirse paso entre la multitud.

—¡Partid! —chilló mientras se lanzaba al interior del palanquín. Se pilló la falda con la puerta y liberó la tela de un tirón, desgarrándola—. ¡Corred!

Los porteadores emprendieron un rápido trote que la zarandeó, pero no le importó. Se agarró a las celosías talladas de las ventanas, sacudida por unos temblores incontrolables. Él no le había prohibido eso. Tal vez la perdonara, o incluso pasara por alto que hubiera obrado según su propio albedrío, si llevaba a cabo sus instrucciones rápida y eficazmente. Ésa era su única esperanza. ¡Haría que Falion e Ispan se arrastraran como insectos!

31



Mashiara

Mientras la embarcación se alejaba del embarcadero, Nynaeve tiró la máscara sobre el banco acolchado y se recostó bruscamente, cruzada de brazos y con la coleta firmemente agarrada, la mirada ceñuda prendida en el vacío. O prendida en todo. Su don de Escuchar el Viento seguía anunciándole una terrible tormenta, de esas que arrancaban tejados y derribaban graneros, y ella casi deseó que el río empezara a agitarse con enormes olas en ese mismo instante.

—Si no es un temporal, Nynaeve —parodió— entonces debes ser tú quien vaya. La Señora de las Barcos podría sentirse insultada si no enviamos a la más fuerte de nosotras. Saben que las Aes Sedai dan mucha importancia a eso. ¡Bah! —Eran palabras de Elayne, salvo el «¡bah!». Lo que pasaba era que su amiga creía que aguantar las tonterías de Merilille sería preferible a enfrentarse de nuevo a Nesta. Cuando se tenía un mal principio con alguien, resultaba difícil cambiarlo; o, si no, ahí estaba Mat Cauthon para demostrarlo. Y si hubiese ido peor con Nesta din Reas Dos Lunas, las tendría a todas ellas de recaderas—. ¡Qué mujer tan horrible! —rezongó mientras rebullía en el mullido asiento. Y con Aviendha no había ido mejor cuando le sugirió que la acompañara a visitar a los Marinos; esa gente se había sentido fascinada por la Aiel. Puso un tono de voz penetrante y remilgado, en absoluto parecido al de Aviendha, pero que encajaba bien con su estado de ánimo en ese momento—: Si surge el problema, entonces le haremos frente, Nynaeve al'Meara. Entre tanto, quizás hoy descubra algo vigilando a Jaichim Carridin. —Si no fuese por el hecho de que no había nada que asustara a la Aiel, habría pensado que Aviendha, al manifestar tanto interés en vigilar a Carridin, tenía miedo. Pasarse el día en una calle, con calor y recibiendo empellones de la muchedumbre, no era divertido, y hoy sería peor, con el festival. Por ello Nynaeve había creído que la Aiel vería con agrado la perspectiva de un agradable y fresco paseo en barco.

La embarcación dio un bandazo. Un agradable y fresco paseo por el río, se dijo para sus adentros. La refrescante brisa de la bahía. Una brisa húmeda, no seca. La embarcación cabeceó.

—¡Oh, mierda! —gimió. Consternada, se tapó la boca con la mano y empezó a

dar taconazos contra la parte delantera del banco en un arranque de justificada indignación. Si seguía aguantando a esos Marinos mucho tiempo, acabaría soltando por la boca tantas palabrotas como Mat. No quería pensar en él. Un día más contemporizando con ese… monicaco, y se arrancaría la coleta de cuajo. Y no es que hubiese exigido nada poco razonable hasta el momento, pero seguro que acabaría haciéndolo antes o después. ¡Y qué modales!

»No —dijo firmemente—. Quiero que mi estómago se calme, no alborotarlo más.

La embarcación había empezado a mecerse suavemente, y Nynaeve intentó concentrarse en su atuendo. No tenía tanta obsesión con la ropa como Elayne, pero pensar en seda y puntillas resultaba relajante.

Hasta el último detalle se había escogido para impresionar a la Señora de los Barcos, para tratar de recobrar parte del terreno perdido, si es que tal cosa servía de algo. La falda, de seda verde, llevaba cuchilladas amarillas, mientras que las mangas y el corpiño estaban bordados con oro; también era dorado el encaje que remataba el repulgo, las bocamangas y el escote. Tal vez éste debería haber sido más alto para que la tomaran en serio, pero en su guardarropa no había ninguno de ese estilo. Habida cuenta de las costumbres de los Marinos, podía considerarse muy recatado. Nesta tendría que aceptarla como era; Nynaeve al'Meara no cambiaba su modo de ser por nadie.

Las horquillas de ópalos amarillos prendidas en la trenza eran suyas —un regalo de la Panarch de Tarabon, nada menos— pero Tylin le había proporcionado el collar de oro, con esmeraldas y perlas abriéndose en abanico sobre su pecho. Una joya como jamás había soñado poseer; un regalo por llevar a Mat a palacio, en palabras de Tylin, lo que no tenía sentido alguno, pero quizá la reina pensó que necesitaba una excusa para hacerle un regalo tan valioso. Los dos brazaletes de oro y marfil eran de Aviendha, que tenía una pequeña colección de joyas sorprendente para una mujer que rara vez llevaba algo más que una gargantilla de plata. Nynaeve le había pedido que le prestara un bonito brazalete de marfil tallado con rosas y espinas; sin embargo, la Aiel lo había cogido bruscamente, apretándolo contra su pecho, como si fuese su más preciada posesión, y Elayne empezó a consolarla. A Nynaeve no le habría sorprendido ver que las dos rompían a llorar, abrazadas la una a la otra.

Ahí pasaba algo raro, y si no supiera que ambas eran demasiado sensatas para caer en semejante tontería, habría sospechado que la causa era un hombre. Bueno, Aviendha era sensata; Elayne todavía añoraba a Rand, aunque no podía culpársela por…

De repente notó ondas de *Saidar* casi encima de ella, en enormes cantidades, y…

Se encontró braceando en el agua, luchando para salir a flote y coger aire, con la falda enredándose en sus piernas. Su cabeza emergió a la superficie y aspiró profundamente en medio de cojines que flotaban, sin salir de su asombro. Al cabo de

un instante reconoció la forma inclinada que había encima como uno de los asientos de la cabina, así como un trozo de la pared de ésta. Se encontraba en una bolsa de aire. No muy grande; podría tocar los lados sin extender del todo los brazos. Pero ¿cómo…? Un golpe sordo anunció el fondo del río; la cabina volcada al revés se sacudió y se ladeó. A Nynaeve le pareció que la bolsa de aire menguaba un poco.

Las preguntas podían aplazarse; lo primordial era salir de allí antes de que utilizara todo el aire. Sabía nadar —lo había hecho bastante a menudo, en las charcas del Bosque de las Aguas—, lo que la alteraba era cuando la corriente o las olas la zarandeaban con sus cabeceos. Se llenó los pulmones de aire, se sumergió y buceó hacia donde debería hallarse la puerta, moviéndose con torpeza a causa de la falda. Quizá fuese conveniente rasgar la tela, pero desde luego no estaba dispuesta a salir a la superficie llevando encima solamente ropa interior y joyas. Y tampoco pensaba dejar atrás éstas. Además, no podía quitarse el vestido sin perder la escarcela del cinturón, y antes prefería ahogarse que perder lo que guardaba en ella.

El agua estaba completamente oscura, sin rastro de luz. Los dedos extendidos de Nynaeve tocaron madera y tanteó la pieza tallada hasta dar con la puerta; siguió el borde y topó con un gozne. Maldiciendo para sus adentros, se desplazó cuidadosamente hacia el lado opuesto. ¡Sí! ¡El picaporte! Lo levantó y empujó hacia fuera. La puerta se abrió cuatro o cinco centímetros y se detuvo.

Con los pulmones a punto de estallar, nadó de vuelta a la bolsa de aire, pero sólo se quedó lo suficiente para inhalar profundamente. En esta ocasión tardó menos en dar con la puerta. Metió los dedos por la rendija para descubrir qué la atascaba, y se le hundieron en fango. Quizá podría escarbar un poco o… Tanteó más arriba. Fango de nuevo. Por momentos más frenética, pasó los dedos desde la parte inferior de la rendija hasta arriba del todo y luego, negándose a creerlo, desde la parte alta hasta abajo. Fango, consistente y pegajoso, de un extremo a otro.

Nadó de nuevo a la bolsa de aire y en esta ocasión se agarró al borde del banco que colgaba sobre su cabeza, sintiendo el alocado latir de su corazón. El aire parecía más… cargado.

—No moriré aquí —masculló—. ¡No pienso morir aquí!

Asestó puñetazos al banco hasta magullarse los nudillos, luchando por hallar la rabia que le permitiría encauzar. No moriría. Allí no. Sola. Nadie sabría dónde había muerto. Ni tumba tendría, y su cuerpo se pudriría en el fondo del río. Su brazo cayó al agua con un chapoteo. Respiraba trabajosamente. Puntitos negros y brillantes bailaron ante sus ojos; parecía como si estuviese asomándose a un tubo. Nada de ira, comprendió, aturdida. Siguió intentando alcanzar el *Saidar*, pero ya sin creerse capaz de lograrlo. Después de todo moriría allí. No había esperanza. No vería más a Lan. Y, perdida la esperanza, la conciencia titilando como una débil vela a punto de apagarse, hizo lo que jamás había hecho en toda su vida: se rindió completamente.

El *Saidar* fluyó en ella, la colmó.

Se dio cuenta sólo a medias de que la madera que había sobre ella se combaba bruscamente hacia fuera y estallaba. Ascendió envuelta en un montón de burbujas por el agujero de la quilla y salió a la oscuridad. Vagamente sabía que debía hacer algo; casi recordaba qué. Ah, sí. Pateó débilmente, intentó mover los brazos para nadar, pero sólo flotaron, fláccidos.

Algo la agarró del vestido, y el pánico se apoderó de ella al imaginar tiburones, barracudas y sólo la Luz sabía qué otras criaturas horrendas habitarían aquellas negras profundidades. Una chispa de conciencia habló del Poder, pero Nynaeve se debatió desesperadamente con puños y pies, los cuales dieron con algo sólido. Por desgracia, también gritó, o intentó hacerlo. Una gran cantidad de agua penetró por su garganta y arrastró el grito, el *Saidar* y casi los últimos vestigios de conciencia.

Algo tiró de su coleta una vez, y otra más, y sintió que la arrastraban hacia donde fuese. Carecía de fuerza para debatirse, y ni siquiera le causaba mucho miedo que la devoraran.

De repente su cabeza emergió en la superficie. Unas manos la asieron por detrás —eran manos, no un tiburón, después de todo— y apretaron con fuerza las costillas de un modo que le resultó muy familiar. Tosió —el agua le salió por la nariz— y volvió a toser, dolorosamente. E inhaló una bocanada de aire. En toda su vida había saboreado algo tan dulce.

Una mano la tomó por la barbilla y de repente sintió que la arrastraban otra vez. Una gran languidez se apoderó de ella; no podía hacer otra cosa que flotar sobre la espalda y respirar y contemplar el cielo. Tan azul. Tan hermoso. El escozor que notó en los ojos no se debía a la salinidad del agua del río.

Entonces la empujaron hacia arriba contra el costado de una embarcación; una mano, plantada groseramente en su trasero, la aupó más, hasta que dos tipos larguiruchos, con pendientes de latón en las orejas, pudieron agarrarla e izarla a bordo. La ayudaron a dar un par de pasos, pero tan pronto como la soltaron para ayudar a quien la había rescatado, sus piernas se doblaron como si fuesen de gelatina.

A gatas, sobre las manos y las rodillas inestables, contempló confusa una espada, las botas y la capa verde que alguien había tirado en la cubierta. Abrió la boca y… vomitó todo el río Eldar, además de la comida del mediodía, así como el desayuno; no le habría sorprendido ver algunos peces, o incluso sus escarpines. Se limpiaba los labios con el dorso de la mano cuando fue consciente de unas voces.

—¿Milord se encuentra bien? Milord ha estado sumergido mucho tiempo.

—No te preocupes por mí, hombre —repuso una voz profunda—. Trae algo para envolver a la dama.

La voz de Lan, la que todas las noches soñaba que oía.

Con los ojos muy abiertos, Nynaeve contuvo a duras penas un gemido lastimero.

El terror que había experimentado cuando pensó que iba a morir no era nada comparado con lo que sentía en ese momento. ¡Nada! Tenía que tratarse de una pesadilla. ¡En ese momento, no! ¡No así! ¡No cuando parecía una rata ahogada, arrodillada y con el contenido de su estómago esparcido ante ella!

Sin pensarlo, abrazó el *Saidar* y encauzó. El agua se escurrió de sus ropas, de su cabello, y arrastró toda huella de su pequeño percance por un imbornal. Tras incorporarse torpemente, se apresuró a colocar bien el collar e hizo cuanto pudo por arreglarse el vestido y el cabello, aunque la humedad del agua salada y el rápido secado habían dejado algunas manchas en la seda y muchas arrugas que necesitarían una mano experta con una plancha caliente para quitarlas. Mechones de pelo parecían querer soltarse del cuero cabelludo, y las horquillas de ópalos daban la sensación de adornar la cola encrespada de un gato furioso, en lugar de su coleta.

Daba igual. Ella era la tranquilidad en persona, sosegada como una brisa primaveral, controlada como… Giró sobre sus talones antes de que él pudiese llegar por detrás y sobresaltarla, avergonzándola totalmente.

Sólo comprendió la rapidez con que había actuado cuando vio que Lan daba en ese momento el segundo paso desde la barandilla. Era el hombre más maravilloso que jamás había visto. Con la camisa, los pantalones de montar y los calcetines chorreando agua estaba guapísimo; y el cabello empapado, pegado a su cara angulosa, y… Una contusión purpúrea y abierta que empezaba a hincharse en la cara, como si hubiese recibido un golpe. Se llevó la mano a la boca al recordar que su puño había dado en algo.

—¡Oh, no! ¡Oh, Lan, cuánto lo siento! ¡No era mi intención!

No fue consciente de salvar el trecho que los separaba; de pronto se encontró allí, de puntillas para posar suavemente las yemas de los dedos en la herida. Un diestro tejido con los Cinco Poderes y la curtida mejilla del hombre quedó perfecta. Pero podía haber resultado herido en alguna otra parte. Tejió las ondas para realizar el Ahondamiento; cicatrices nuevas la hicieron encogerse por dentro, y había algo extraño, pero Lan parecía tan saludable como un toro joven. También estaba empapado, por zambullirse para salvarla. Lo secó como había hecho consigo misma; el agua goteó alrededor de sus pies. No podía dejar de tocarlo. Las dos manos se deslizaban por sus angulosas mejillas, por sus maravillosos ojos azules, por su fuerte nariz, por sus firmes labios, por sus orejas. Peinó aquel sedoso cabello negro con los dedos, ajustó el cordón de cuero que lo sujetaba. Su lengua parecía tener vida propia.

—Oh, Lan —musitó—. Estás realmente aquí. —Alguien soltó una risita nerviosa. Ella no; Nynaeve al'Meara no soltaba risitas, pero alguien lo hizo—. No es un sueño. Oh, Luz, estás aquí. ¿Cómo?

—Un sirviente del palacio de Tarasin me dijo que habías venido al río, y un tipo en el muelle me indicó la embarcación a la que habías subido. Si *Mandarb* no hubiese

perdido una herradura, habría llegado ayer.

—No me importa. Ahora estás aquí. Estás aquí. —Ella no soltaba risitas.

—Tal vez sea una Aes Sedai —murmuró uno de los barqueros, en un tono no demasiado bajo—, pero sigo opinando que es un patito que pretende meterse en las fauces de ese lobo.

Nynaeve se puso roja como la grana, apartó con brusquedad las manos, dejando caer los brazos a los costados, y plantó sonoramente los talones en la cubierta. En otro momento le habría dado a ese tipo su merecido. En otro momento, cuando pudiese pensar. Lan no dejaba espacio para nada más en su cabeza. Lo agarró del brazo.

—Podemos hablar más en privado en la cabina.

¿Uno de los remeros había soltado una risilla burlona?

—Mi espada y mi…

—Yo me encargo —lo interrumpió mientras recogía sus cosas de la cubierta con flujos de Aire. Uno de esos patanes había soltado una risilla burlona. Otro flujo de Aire abrió la puerta de la cabina, y Nynaeve metió a empujones a Lan, su espada y el resto de sus cosas y dio un portazo tras ellos.

Luz, dudaba que ni siquiera Cali Coplin, allá en casa, hubiese sido tan descarada, y eso que muchos guardias de mercaderes conocían la marca de nacimiento de Cali tan bien como su cara. Pero no era lo mismo, en absoluto. ¡Ni mucho menos! Aun así, no estaría mal mostrarse un poquito menos… ansiosa. Sus manos volvieron al rostro del hombre —sólo para alisarle un poco más el pelo, nada más— y él cogió sus muñecas con sus enormes manos.

—Myrelle me tiene vinculado ahora —anunció en voz baja—. Te presta mis servicios hasta que encuentres un Guardián para ti.

Nynaeve soltó pausadamente la mano derecha y lo abofeteó con toda la fuerza que fue capaz. La cabeza del hombre apenas se movió, así que liberó la otra mano y le propinó otra bofetada aún más fuerte.

—¿Cómo pudiste? —Por si acaso, subrayó la pregunta con un tercer bofetón—. ¡Sabías que estaba esperando! —Otra bofetada más parecía indicada, sólo para dejar las cosas bien claras—. ¿Cómo pudiste hacer una cosa así? —Otra bofetada—. ¡Así te abrase la Luz, Lan Mandragoran! ¡Así te consumas en la Fosa de la Perdición! ¡Maldito seas!

El hombre —el muy bastardo— no dijo una sola palabra. Claro que tampoco podía; ¿qué podía alegar en su defensa? Se limitó a quedarse allí quieto mientras los golpes le llovían, sin pestañear, con una peculiar expresión en los ojos, lo cual no era de extrañar, después de que le estuviese poniendo las mejillas coloradas a fuerza de tortas. Sin embargo, si los golpes no le causaban efecto a él, a ella, por el contrario, las palmas de las manos empezaron a arderle.

Ceñuda, apretó el puño y lo atizó en el estómago con todas sus fuerzas. Él gruñó. Ligeramente.

—Discutiremos esto tranquila y racionalmente —manifestó, al tiempo que se apartaba del hombre—. Como adultos.

Lan se limitó a asentir con la cabeza, se sentó y acercó las botas hacia sí. Nynaeve se retiró con la mano izquierda los mechones de cabello suelto que le caían sobre la cara, y echó hacia atrás la mano derecha a fin de flexionar los dedos doloridos sin que él la viera. No tenía derecho a ser tan duro, sobre todo cuando ella quería golpearlo. Sería mucho esperar haberle roto una costilla.

—Deberías estarle agradecida, Nynaeve. —Pateó con fuerza el pie para meterse la bota y se inclinó a recoger la otra. ¡Cómo podía hablar con esa calma!—. No te conviene tenerme vinculado a ti.

Un flujo de Aire agarró un puñado del pelo del hombre y le echó la cabeza hacia atrás dolorosamente.

—Si te atreves, si se te pasa siquiera por la cabeza, soltar esa estupidez de que no quieres darme de regalo el vestido de luto de una viuda, Lan Mandragoran, te… te… —No se lo ocurría nada lo bastante fuerte. Darle de patadas ni siquiera se aproximaba. Myrelle. Myrelle y sus Guardianes. ¡Condenado hombre! ¡Arrancarle la piel a tiras tampoco sería suficiente!

Para el resultado que obtenía, habría dado lo mismo si Lan no hubiese estado en aquella postura forzada, doblado hacia adelante y con el cuello estirado. Se limitó a apoyar los antebrazos sobre las rodillas y a observarla con aquella curiosa expresión en los ojos.

—Me planteé la conveniencia de no decírtelo, pero tienes derecho a saberlo —dijo entonces. Con todo, su tono era vacilante, y Lan jamás dudaba—. Cuando Moraine murió, cuando el vínculo de un Guardián con su Aes Sedai se rompe, se producen… ciertos cambios.

A medida que él hablaba, Nynaeve se ciñó a sí misma con los brazos, fuertemente, para contener los temblores. Le dolían las mandíbulas de tanto apretarlas. Interrumpió el flujo que lo sujetaba como si hubiese retirado una mano de golpe, soltó el *Saidar*, pero la única reacción de él fue erguir la espalda, seguir relatando aquel espanto sin dar señal alguna de haber notado la diferencia, y continuar mirándola fijamente. De repente, Nynaeve comprendió la expresión de sus ojos, más fríos que el más crudo invierno. Eran los ojos de un hombre que sabía que estaba muerto y no le importaba en absoluto, un hombre esperando, casi con ansiedad, ese largo sueño. Los suyos ardían, pero siguieron secos.

—De modo que —concluyó con una sonrisa que sólo se reflejó en sus labios, un gesto de aceptación—, cuando todo haya acabado, ella tendrá un año o más de sufrimiento, y yo seguiré estando muerto. Eso te lo habrás ahorrado tú. Es mi último

regalo para ti, *Mashiara*.

Mashiara. Su amor perdido.

—¿Vas a ser mi Guardián hasta que encuentre uno? —El desapasionamiento de su voz la sobresaltó. Ahora no podía romper a llorar. No lo haría. Ahora, más que nunca, tenía que hacer acopio de toda su fortaleza.

—Sí —repuso, cauteloso, mientras se metía la otra bota. Siempre había tenido algo de lobo medio domado, y ahora sus ojos lo hacían parecer mucho menos que medio domado.

—Bien. —Se arregló la falda, resistiendo el impulso de cruzar la cabina hacia él. No podía dejar que Lan advirtiera su miedo—. Porque lo he encontrado. Tú. Esperé y me consumí cuando vivía Moraine. No lo haré con Myrelle. Va a entregarme tu vínculo. —La Verde lo haría, aunque para ello tuviese que arrastrarla de los pelos hasta Tar Valon. Pensándolo bien, quizá la arrastrara en cualquier caso, por cuestión de principios—. Ni una palabra —advirtió cortante, cuando él abrió la boca para decir algo.

Pasó los dedos sobre la escarcela colgada del cinturón, donde guardaba el pesado sello de oro de él, envuelto en un pañuelo de seda. Hizo un esfuerzo para suavizar el tono de voz; estaba enfermo, y las frases duras nunca habían servido para mejorar la salud. No le resultó fácil conseguirlo, sin embargo; deseaba increparlo, echarle un rapapolvo, arrancarse la coleta de raíz cada vez que pensaba en él y en esa mujer juntos. Luchando por mantener la voz calmada, prosiguió.

—En Dos Ríos, Lan, cuando alguien le da a otra persona un anillo, están comprometidos. —Era mentira, y casi esperó que él se incorporara de un salto, indignado, pero sólo parpadeó con recelo. Además, la idea se la había dado un libro que había leído—. Llevamos comprometidos suficiente tiempo, así que nos casaremos hoy.

—Solía rezar para que llegase ese momento —respondió quedamente, y luego sacudió la cabeza—. Sabes por qué es imposible, Nynaeve. Y aunque pudiera serlo, Myrelle…

A pesar de todas sus buenas intenciones de no perder los estribos, de mostrarse dulce, abrazó el *Saidar* y le metió una mordaza de Aire en la boca antes de que pudiese confesar lo que no quería oír. Mientras no lo dijese en voz alta, ella podría fingir que no había pasado nada. ¡Ah, pero cuando agarrara a Myrelle! Los ópalos de las horquillas se clavaron profundamente en la palma de su mano, y la retiró de la trenza como si se hubiese quemado. Ocupó los dedos en peinarle de nuevo el cabello mientras él la miraba indignado, mudo por la mordaza.

—Una pequeña lección para que aprendas la diferencia entre una esposa y otras mujeres —comentó en tono ligero. Fue un gran esfuerzo—. Te agradecería mucho que no mencionases más el nombre de Myrelle en mi presencia. ¿Comprendes?

Él asintió y Nynaeve retiró el flujo de la mordaza, pero tan pronto como Lan desentumeció un poco los músculos de las mandíbulas, argumentó:

—Sin pronunciar nombres, Nynaeve, sabes que ella es consciente de todo lo que siento a través del vínculo. Si fuésemos marido y mujer…

Nynaeve creyó que la cara le ardería de vergüenza. ¡No había pensado en eso! ¡Maldita Myrelle!

—¿Hay algún modo de asegurarse de que sepa que soy yo? —preguntó finalmente, y sus mejillas ardieron por el sofoco. Sobre todo cuando Lan se echó hacia atrás riendo con asombro.

—¡Luz, Nynaeve, eres un lince! ¡Luz! No me había reído desde… —Su regocijo cesó, y la frialdad que había desaparecido momentáneamente de sus ojos reapareció —. Ojalá pudiese ser, Nynaeve, pero…

—Puede y lo será —lo interrumpió. Los hombres siempre acababan teniendo la sartén por el mango si se los dejaba hablar demasiado. Se sentó sobre sus rodillas. Aún no estaban casados, cierto, pero sus piernas eran más blandas que los asientos sin acolchado de la embarcación. Bueno, no más duras que los asientos, en cualquier caso—. Más te vale resignarte, Lan Mandragoran. Mi corazón te pertenece, y has admitido que el tuyo me pertenece a mí. Tú me perteneces, y no te dejaré escapar. Serás mi Guardián y serás mi esposo, y lo serás durante mucho tiempo, porque no pienso dejarte morir. ¿Lo entiendes? Puedo ser tan testaruda como haga falta.

—No me había dado cuenta —comentó él, estrechando los ojos. Su tono sonó terriblemente… seco.

—Mientras lo sepas… —replicó firmemente. Giró la cabeza y atisbó a través de la obra de talla perforada en la madera de la cabina, detrás de él, y luego la volvió al lado contrario para escudriñar por la franja tallada en la parte delantera. Pasaban ante largos embarcaderos que salían desde el muelle de piedra; más allá sólo alcanzó a ver más muelles, y la ciudad resplandeciendo blanquísima bajo el sol de la tarde—. ¿Adónde vamos? —inquirió.

—Les dije que nos llevasen a tierra tan pronto como te hubiese subido a bordo —contestó Lan—. Me pareció que lo mejor era salir del río lo antes posible.

—¿Que tú…? —Cerró la boca de golpe. Él ignoraba hacia dónde se dirigía ni por qué; había actuado del mejor modo posible de acuerdo con lo que sabía. Además, le había salvado la vida—. Aún no puedo regresar a la ciudad, Lan. —Se aclaró la garganta y cambió de tono. Por muy dulce que tuviera que mostrarse con él, tanta melosidad iba a conseguir que vomitara otra vez—. He de visitar un barco de los Marinos, el *Viajero del viento*. —Eso estaba mucho mejor; suave, pero no demasiado, y firme.

—Nynaeve, iba justo detrás de tu embarcación y vi lo que ocurrió. Te encontrabas cincuenta metros delante y luego, de repente, cincuenta metros detrás, hundiéndote.

Tuvo que ser fuego compacto. —No hacía falta que añadiese nada más. Nynaeve lo hizo por él, y con más conocimiento que él.

—Moghedien —exclamó. Oh, sí, podría haber sido otro de los Renegados, o quizás una hermana del Ajah Negro, pero no le cabía duda que tenía razón. Bueno, había derrotado a Moghedien no una, sino dos veces, así que podría hacerlo una tercera si llegaba el caso. Al parecer, su semblante no transmitía la seguridad en sí misma que sentía.

—No temas —dijo Lan mientras le acariciaba la mejilla—. Nunca tengas miedo encontrándome yo cerca. Si has de enfrentarte a Moghedien, me aseguraré de que estés lo bastante furiosa para encauzar. Por lo visto poseo cierto talento en ese sentido.

—Nunca volverás a enfurecerme —empezó, pero calló y lo miró de hito en hito —. No estoy furiosa —dijo lentamente.

—Ahora no, pero cuando haga falta que lo estés…

—No estoy furiosa —exclamó regocijada. Pateó de puro placer, y lo golpeó con los puños en el pecho, riendo sin parar. El *Saidar* la henchía, pero esta vez no sólo de vida y júbilo, sino de sobrecogimiento. Tejió flujos de Aire suaves como plumas y acarició las mejillas del hombre—. No estoy furiosa, Lan —susurró.

—Ha desaparecido el bloqueo. —Esbozó una sonrisa, compartiendo su gozo, pero el gesto no otorgó calidez a sus ojos.

«Yo te cuidaré. Lan Mandragoran —prometió para sus adentros—. No dejaré que te mueras. —Recostada en su pecho, pensó en besarlo, aunque…—. No soy Cali Coplin —se increpó firmemente.»

De repente, una idea espantosa acudió a su mente. Y resultaba más terrible porque no se le había ocurrido antes.

—¿Y los remeros? —preguntó en voz baja—. ¿Y mis guardias personales? —Él respondió sacudiendo la cabeza y la joven suspiró. Guardias personales. Luz, eran ellos quienes habían necesitado que los protegiera, no al contrario. Cuatro muertes más de las que responsabilizar a Moghedien. Cuatro entre otras muchas miles, pero ésas eran algo personal en lo que a Nynaeve concernía. En fin, no tenía intención de ajustar cuentas con Moghedien en ese preciso instante.

Se puso de pie y se centró en sus ropas para ver qué podía hacer al respecto.

—Lan, diles a los remeros que den la vuelta, por favor. Y que lo hagan con toda el alma. —Así y todo, no estaría de regreso en palacio antes de anochecer—. Y entérate si alguno de ellos tiene cualquier cosa que se parezca a un peine. —No podía enfrentarse a Nesta con esas pintas.

Lan recogió su capa y su espada y le hizo una reverencia.

—Como ordenes, Aes Sedai.

Nynaeve frunció los labios mientras la puerta se cerraba tras él. Conque se reía de

ella, ¿eh? A buen seguro que había alguien en el *Viajero del viento* que podía celebrar un matrimonio. Y, por lo que había visto de los Marinos, apostaría que Lan Mandragoran se encontraría prometiendo hacer lo que le dijeran que hiciera. A ver quién reía entonces.

La embarcación empezó a dar media vuelta en medio de cabeceos y sacudidas, y el estómago de Nynaeve se zarandeó al mismo tiempo.

—¡Oh, Luz! —gimió mientras se dejaba caer en el banco. ¿Por qué no habría desaparecido eso también, junto con el bloqueo? Asió el *Saidar*, consciente de cada roce del aire en su piel, era todavía peor. Soltar el Poder no solucionó el problema. No iba a marearse de nuevo, ni hablar. Iba a hacer suyo a Lan de una vez por todas. Aquél iba a ser un día maravilloso. Oh, ojalá dejase de sentir esa tormenta acercándose.

El sol colgaba refulgente sobre los tejados para cuando Elayne llamó a la puerta con los nudillos. Los festejadores bailaban y brincaban en la calle a su espalda, llenando el aire de risas, canciones y olor a perfume. Abstraída, deseó haber tenido la oportunidad de sumarse a la celebración. Un vestido como el de Birgitte habría resultado divertido. O incluso uno como el que había visto a lady Riselle, una de las camareras de Tylin, a primera hora de la mañana. Siempre y cuando hubiese podido dejarse puesta la máscara, desde luego. Volvió a llamar, más fuerte.

La doncella de cabello canoso y cara cuadrada abrió y la ira se reflejó de repente en su semblante cuando Elayne se retiró la máscara verde.

—¡Tú! ¿Qué haces otra vez aquí…? —La cólera se transformó en una palidez cadavérica cuando Merilille se quitó su máscara, y Adeleas y las demás hicieron otro tanto. La mujer dio un respingo con cada rostro intemporal descubierto, incluso el de Sareitha. Para entonces, quizá vio lo que esperaba ver.

Emitiendo un chillido, la doncella intentó cerrar la puerta, pero Birgitte pasó veloz ante Elayne y con el hombro volvió a abrirla de un empellón. La sirvienta reculó dando traspiés, y entonces pareció reaccionar, pero ya fuera correr o gritar lo que pensaba hacer, Birgitte se le adelantó y la aferró del brazo por debajo del hombro.

—Tranquila —advirtió la arquera en tono firme—. No queremos nada de jaleo ni de gritos, ¿verdad que no?

Daba la impresión de que sólo sujetaba el brazo de la mujer, casi como si la sostuviese, pero la doncella estaba muy derecha y muy quieta. Con los desorbitados ojos prendidos en la máscara de plumas de su captora, sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elayne al tiempo que todas entraban en el vestíbulo, abarrotándolo. La puerta se cerró y apagó el ruido de la calle. Los ojos de la doncella pasaron velozmente de un rostro a otro, como si fuese incapaz de mirarlos más de un momento.

—C-c-cedora.

—Condúcenos hasta Reanne, Cedora.

En esta ocasión, la doncella asintió; parecía a punto de echarse a llorar.

Cedora las guió escaleras arriba, todavía sujeta del brazo por Birgitte. Elayne se planteó decirle que soltara a la mujer, pero no quería correr el riesgo de que un grito de alarma hiciera salir a todo el mundo huyendo. Tal era la razón de que Birgitte hiciese uso de la fuerza física, en lugar de utilizar ella el Poder. Suponía que Cedora estaba más asustada que dolorida y, al fin y al cabo, todo el mundo iba a asustarse esa tarde, al menos un poco.

—A-ahí —balbuceó la doncella, señalando con un gesto una puerta roja. Era la de la habitación donde Nynaeve y ella habían sostenido aquella infortunada reunión. Abrió y entró en la sala.

Reanne se encontraba allí, sentada de espaldas a la chimenea con los Trece Pecados labrados en la repisa; la acompañaban otras doce mujeres a las que Elayne no había visto antes, ocupando todas las sillas colocadas contra las paredes verde claro, sudorosas por el hecho de tener cerradas las ventanas y las cortinas echadas. La mayoría llevaba vestidos ebudarianos, aunque sólo una de ellas tenía la tez olivácea; casi todos los rostros mostraban arrugas, y las cabezas, al menos un atisbo de canas; desde la primera hasta la última podían encauzar en mayor o menor grado. Siete lucían el cinturón rojo. Elayne suspiró a pesar de sí misma. Cuando Nynaeve tenía razón en algo, no dejaba de recordártelo hasta que te entraban ganas de chillar.

Reanne se levantó como impulsada por un resorte, el semblante enrojecido por la misma ira que Cedora había demostrado, y también sus primeras palabras fueron casi idénticas a las de la sirvienta.

—¡Tú! ¿Cómo te atreves a aparecer…?

Del mismo modo, su voz y su cólera se apagaron por idéntica razón cuando Merilille y las demás entraron pisándole los talones. Una mujer rubia, con el cinturón rojo y un escote exagerado, emitió un débil sonido, los ojos se le pusieron en blanco y cayó de la silla, desmadejada. Nadie movió un dedo para ayudarla. Nadie dirigió una mirada a Birgitte cuando ésta escoltó a Cedora hasta un rincón y la dejó allí. Nadie parecía respirar siquiera. Elayne sintió unas ganas inmensas de gritar «¡bu!» sólo para ver qué pasaba.

Reanne se tambaleó, pálida, e hizo un esfuerzo visible para recobrar la compostura, sin éxito. Sólo tardó un instante en recorrer con la mirada los cinco fríos semblantes Aes Sedai alineados ante la puerta y decidir quién debía de estar al mando. Se encaminó con pasos inestables hacia Merilille y cayó de rodillas, gacha la cabeza.

—Perdonadnos, Aes Sedai. —Su tono era reverente, y sólo un poco más firme que sus rodillas un instante antes. De hecho, balbuceó—: Sólo somos unas pocas

amigas. No hemos hecho nada, y menos algo que traiga descrédito a las Aes Sedai. Juro que es así, sea lo que fuere lo que esta chica os haya contado. Os habríamos informado sobre ella, pero teníamos miedo. Sólo nos reunimos para hablar. Tiene una amiga, Aes Sedai. ¿La atrapasteis también? Puedo describírosla, Aes Sedai. Haremos todo cuanto queráis. Lo juro, nosotras…

Merilille se aclaró sonoramente la garganta.

—Creo que te llamas Reanne Corly. —Reanne se encogió y contestó que así era, todavía con la vista prendida en el suelo, a los pies de la Gris—. Me temo que debes dirigirte a Elayne Sedai, Reanne.

La cabeza de Reanne se alzó bruscamente, de un modo muy satisfactorio. Miró a Merilille de hito en hito y luego, centímetro a centímetro, volvió los ojos, grandes como platos, hacia Elayne. Se lamió los labios e hizo una profunda inhalación. Se giró sobre las rodillas para situarse de cara a Elayne y volvió a inclinar la cabeza.

—Os pido perdón, Aes Sedai —dijo torpemente—. No lo sabía. No podía… —De nuevo una lenta y pesarosa inhalación—. Sea cual fuere el castigo que decretéis, lo aceptamos humildemente, por supuesto, pero, por favor, os suplico que creáis que…

—Oh, levántate —la interrumpió Elayne, impaciente. Había deseado hacer que esa mujer la reconociese tanto como había hecho con Merilille o cualquiera de las otras, pero ese arrastrarse y humillarse le daba asco—. No pasa nada. Ponte de pie. —Esperó a que Reanne obedeciera y luego se dirigió hacia el sillón de la mujer y tomó asiento. No era necesaria la actitud servil, pero quería que no quedase la menor duda acerca de quién estaba al mando—. ¿Sigues negando tener conocimiento sobre el Cuenco de los Vientos, Reanne?

—Aes Sedai —dijo cándidamente la mujer a la par que extendía las manos—, ninguna de nosotras usaría jamás un *ter'angreal*, cuanto menos un *angreal* o un *sa'angreal*. —Cándidamente, y tan recelosa como un zorro en una ciudad—. Os lo aseguro, no fingimos ser Aes Sedai en absoluto. Sólo somos estas pocas amigas que veis aquí, unidas por el hecho de haber sido admitidas en la Torre Blanca antaño. Eso es todo.

—Sólo estas pocas amigas —repitió secamente Elayne—. Y Garenia, por supuesto. Y Berowin y Derys y Alise.

—Sí —admitió de mala gana Reanne—. Y ellas.

Elayne sacudió lentamente la cabeza antes de hablar.

—Reanne, la Torre Blanca lo sabe todo sobre tus Allegadas. Lo ha sabido siempre.

Una mujer de tez morena, con aspecto de ser teariana a pesar de llevar un chaleco de seda azul y blanco, con el signo del gremio de orfebres, lanzó un grito ahogado y se apretó la boca con las gordezuelas manos. Una saldaenina canosa y delgada que

llevaba el cinturón rojo soltó un suspiro y se desmayó, reuniéndose en el suelo con la mujer de pelo rubio; otras dos más parecieron a punto de seguir su ejemplo.

Por su parte, Reanne miró a las hermanas alineadas ante la puerta buscando la confirmación y, al parecer, la vio. El rostro de Merilille era más gélido que sereno, y Sareitha hizo una mueca de asco antes de poder contenerse. Vandene y Careane tenían los labios prietos, e incluso Adeleas parecía incluida, volviendo la cabeza de un lado a otro para estudiar a las mujeres sentadas a lo largo de las paredes como si fuesen insectos desconocidos para ella hasta ese momento. Por supuesto, lo que Reanne veía y lo que era no tenía semejanza alguna. Todas habían aceptado la decisión de Elayne, pero ni todos los «Sí, Elayne…» del mundo podrían hacer que les gustara. Habrían llegado dos horas antes si no hubiesen perdido el tiempo con montones de «Pero, Elayne…» proferidos. A veces dirigir significaba arrear.

Reanne no se desmayó, pero el miedo asomó a su rostro y la mujer alzó las manos en un gesto suplicante.

—¿Os proponéis destruir a las Allegadas? ¿Por qué ahora, después de tanto tiempo? ¿Qué hemos hecho para castigarnos en este momento?

—Nadie va a destruiros —dijo Elayne—. Careane, ya que nadie parece dispuesta a ayudar a esas dos, ¿te importaría ocuparte de ellas? —Hubo brincos de sobresalto y enrojecimiento de mejillas por toda la sala, y antes de que Careane tuviera ocasión de moverse, dos mujeres se agachaban junto a cada una de las desmayadas para incorporarlas y ponerles sales bajo la nariz—. La Sede Amyrlin desea que todas las mujeres capaces de encauzar estén conectadas con la Torre —prosiguió la joven—. La oferta es válida para cualquiera de las Allegadas que desee aceptarla.

Si hubiese tejido flujos de Aire alrededor de cada una de aquellas mujeres, no las habría dejado tan paralizadas como con sus palabras. Si hubiese apretado al máximo dichos flujos, no habría logrado que sus ojos se desorbitaran tanto. Una de las mujeres desmayadas inhaló de repente y tosió mientras apartaba el frasquito de sales que le habían dejado plantado debajo de la nariz demasiado tiempo. Aquello dio rienda suelta a un aluvión de preguntas.

—¿Podemos convertirnos en Aes Sedai, después de todo? —inquirió, excitada, la teariana del chaleco de los orfebres.

—¿Nos dejarán aprender? —quiso saber una mujer de cara redonda, con el cinturón rojo al menos el doble de largo que los de las demás.

—¿Volverán a enseñarnos? —preguntaron un montón de voces dolorosamente ansiosas.

—¿Podemos de verdad…? —corearon varias.

—¿De verdad nos dejarán…? —se oyó por todas partes.

Reanne se giró hacia ellas con ferocidad.

—¡Ivara, Sumeko, todas vosotras, habéis perdido el control! ¡Estáis hablando a

unas Aes Sedai! ¡Estáis ante unas Aes Sedai! —Se pasó una mano temblorosa por la cara.

Se produjo un silencio avergonzado, los ojos se agacharon y las mejillas enrojecieron. A pesar de todas las arrugas de esos rostros, de tanto cabello canoso, a Elayne le recordaban un grupo de novicias sorprendidas por la Maestra de las Novicias haciendo una pelea de almohadas después del toque de la Postrera. Vacilante, Reanne se dirigió a ella hablando tras las puntas de los dedos.

—¿De verdad se nos permitirá regresar a la Torre? —balbuceó.

—Sí —asintió Elayne—. Las que puedan aprender a ser Aes Sedai, tendrán la oportunidad, pero habrá un lugar para todas. Para cualquier mujer capaz de encauzar.

Las lágrimas brillaron en los ojos de Reanne. Elayne no estaba segura, pero creyó oír que musitaba: «Podré ser una Verde». Le costó un gran esfuerzo no correr hacia ella y abrazarla.

Ninguna de las otras Aes Sedai dieron señales de ceder a las emociones, y Merilille, ciertamente, era de una pasta mucho más dura.

—Con tu permiso, Elayne, querría hacer una pregunta. Reanne, ¿cuántas de… vosotras aceptaréis?

Sin duda, aquella pausa podría traducirse por: «cuántas espontáneas y mujeres que no lo consiguieron la primera vez». Si Reanne lo notó o lo sospechó, hizo caso omiso o no le importó.

—No puedo creer que alguna de nosotras rechace la oferta —respondió, falta de aliento—. Puede que se tarde cierto tiempo en avisarles a todas. Nos mantenemos dispersas, ¿comprendéis? —Rompió a reír, en un atisbo de nerviosismo que no distaba mucho de las lágrimas—. Para que las Aes Sedai no repararan en nosotras. Actualmente hay mil setecientos ochenta y tres nombres en la lista.

La mayoría de las Aes Sedai aprendían a ocultar una impresión con una exhibición de calma, y sólo Sareitha dejó que sus ojos se abrieran más de lo normal. También articuló palabras silenciosas, pero Elayne la conocía lo suficiente para leerle los labios: «¡Dos mil espontáneas! ¡La Luz nos ayude!». Elayne hizo toda una exhibición de arreglarse los pliegues de la falda hasta tener la seguridad de que su rostro no dejaba traslucir nada. Sí, Luz, ayúdalas. Reanne interpretó mal el silencio.

—¿Esperabais que fuesen más? Todos los años ocurren accidentes, o muertes naturales, como le pasa a cualquiera, y me temo que el número de Allegadas ha menguado en el último milenio. Tal vez hayamos sido demasiado precavidas a la hora de acercarnos a las mujeres cuando se marchaban de la Torre Blanca, pero siempre existió el miedo de que una de ellas pudiese informar si era interrogada, y… y…

—No estamos decepcionadas en absoluto —le aseguró Elayne a la par que hacía gestos tranquilizadores. ¿Decepcionadas? Pero si tenía que hacer un gran esfuerzo por no soltar una risa histérica. ¡Había casi el doble de Allegadas que Aes Sedai!

Egwene jamás podría decir que no había hecho su parte en llevar mujeres que pudieran encauzar a la Torre. Pero si las Allegadas rechazaban a las espontáneas… en fin, debía ceñirse al asunto; reclutar a las mujeres del Círculo sólo había sido un hecho accidental—. Reanne, ¿crees que ahora podrías recordar por casualidad dónde está el Cuenco de los Vientos?

—Jamás los hemos tocado, Elayne Sedai. —Reanne se puso roja como la grana —. Ignoro por qué están agrupados. Nunca oí hablar de ese Cuenco de los Vientos, pero hay un almacén como el que describisteis…

En ese momento una mujer encauzó en el piso de abajo. Alguien gritó de puro terror.

Elayne se puso de pie en un santiamén, como todas las demás. De algún rincón en aquel vestido de plumas, Birgitte sacó un cuchillo.

—Ésa debe de ser Derys. Es la única que está aquí —comentó Reanne.

Elayne se adelantó rápidamente y la cogió del brazo cuando ya se encaminaba hacia la puerta.

—Todavía no eres una Verde —murmuró, y fue recompensaba con una sonrisa, que marcó hoyuelos encantadores, sorprendida, complacida y tímida a la vez—. Nosotras nos ocuparemos de esto, Reanne.

Merilille y las demás se desplegaron a ambos lados, listas para seguir a Elayne fuera de la sala, pero Birgitte llegó a la puerta antes que nadie y sonrió mientras ponía la mano en el pomo. Elayne tragó saliva y no dijo nada. Tal era el privilegio del Guardián, según los Gaidin: el primero en entrar y el último en salir. Aun así, se llenó de *Saidar*, presta para aplastar cualquier cosa que amenazase a su Guardián.

La puerta se abrió antes de que Birgitte tuviese tiempo de accionar el tirador.

Mat entró sin prisa, empujando ante sí a la esbelta doncella que Elayne recordaba.

—Imaginé que os encontraría aquí —sonrió con insolencia, sin hacer el menor caso de las miradas fulminantes de Derys, antes de continuar—, al ver un gran montón de Guardianes bebiendo en la taberna que ocupa el último lugar en mis preferencias. Acababa de volver tras seguir a una mujer al Rahad. Al piso alto de una casa en la que no vive nadie, para ser preciso. Después de que se marchara, entré, y el suelo tenía tanto polvo que vi de inmediato a qué cuarto se había dirigido. Hay un condenado cerrojo, grande y oxidado, pero apostaría mil coronas contra una patada en el trasero a que vuestro Cuenco se halla tras esa puerta. —Derys le lanzó una patada y Mat la apartó de un empujón al tiempo que sacaba un cuchillo del cinturón y lo hacía saltar en la mano—. ¿Querría alguna de vosotras, por favor, decirle a esta gata salvaje de qué lado estoy? Últimamente, las mujeres con cuchillos me ponen nervioso.

—Ya estamos enteradas de todo eso, Mat —puntualizó Elayne. Bueno, estaban a punto de enterarse cuando él irrumpió en el cuarto. Y su expresión estupefacta era

divertidísima. Percibió algo de Birgitte. La otra mujer la miraba de un modo inexpresivo, pero aquel pequeño nexo emotivo en el fondo de su mente irradiaba desaprobación. Seguramente Aviendha tampoco tendría muy buena opinión del asunto. Abrir la boca fue una de las cosas más difíciles que Elayne había hecho en su vida—. Sin embargo, he de darte las gracias, Mat. Es gracias a ti exclusivamente que hemos encontrado lo que buscábamos. —Su gesto de pasmo casi mereció la agonía de pronunciar esas palabras.

El joven cerró la boca rápidamente, aunque sólo para volver a abrirla a fin de proponer:

—Entonces, alquilemos una embarcación y vayamos a recoger el jodido Cuenco. Con suerte, podremos marcharnos de Ebou Dar esta noche.

—Eso es ridículo, Mat. Y no me digas que estoy rebajándote. No vamos a meternos en el Rahad después de oscurecer, y no nos marcharemos de Ebou Dar hasta que hayamos utilizado el Cuenco.

Mat intentó oponerse, naturalmente, pero Derys aprovechó la oportunidad de que había dejado de estar pendiente de ella para lanzarle otra patada. El joven se refugió detrás de Birgitte, gritando que alguien lo ayudara, mientras la mujer saltaba sobre él.

—¿Es vuestro Guardián, Elayne Sedai? —inquirió, dubitativa, Reanne.

—¡Luz, no! Mi Guardián es Birgitte.

La mujer se quedó boquiabierta. Habiendo respondido a la pregunta, Elayne planteó otra que no habría sido capaz de hacer a otra hermana.

—Reanne, si no es indiscreción, me gustaría saber qué edad tienes.

La mujer vaciló y miró de soslayo a Mat, pero éste seguía maniobrando para interponer a la sonriente Birgitte entre Derys y él.

—Mi próximo día onomástico será mi cuatrocientos doce —contestó, como si fuese lo más normal del mundo.

Merilille se desplomó, desmayada.

32



Sellado para la Llama

Elaida do Avriny a'Roihan se sentaba regiamente en la Sede Amyrlin, el alto solio con enredaderas talladas, ahora pintado sólo con seis colores, en lugar de siete, los hombros cubiertos con una estola de seis franjas. Su mirada recorrió el perímetro circular de la Antecámara de la Torre. La colocación de los sillones pintados de las Asentadas se había reorganizado a lo largo de la tarima gradada que circundaba la cámara bajo la gran cúpula, separándolos para dar acogida a seis Ajahs, en lugar de siete, y dieciocho Asentadas aguardaban de pie obedientemente. El joven al'Thor permanecía arrodillado y en silencio junto a la Sede Amyrlin; no hablaría a menos que se le diese permiso, cosa que no ocurriría ese día, ya que su presencia era meramente otro símbolo más del poder de Elaida. Las doce Asentadas que más gozaban de su favor brillaban con el lazo de la coligación, controlada personalmente por ella, para mantenerlo a buen recaudo.

—El consenso plenario se ha alcanzado, madre —dijo sumisamente Alviarin junto a su hombro, inclinándose con humildad ante la vara coronada por la Llama.

En el suelo, al pie de la tarima, Sheriam gritaba salvajemente y los miembros de la Guardia de la Torre que había a su lado tenían que refrenarla. La hermana Roja que la mantenía escudada hizo una mueca de desprecio. Romanda y Lelaine se aferraban a una aparente actitud de fría dignidad, pero casi todas las demás escudadas y guardadas lloraban calladamente, tal vez de alivio por el hecho de que sólo cuatro de ellas habían sido condenadas a la pena máxima o quizá de miedo por si se les incorporaba alguien más. Los semblantes más cenicientos pertenecían a las tres que había osado ocupar los asientos del ahora disuelto Ajah Azul en la Antecámara rebelde. Todas las sublevadas habían sido expulsadas de sus correspondientes Ajahs hasta que Elaida les diera permiso para solicitar su reingreso, pero las otrora Azules sabían que les aguardaban años difíciles de esfuerzo para conseguir ganarse su gracia, años antes de que se les permitiese entrar en uno u otro Ajah. Hasta entonces, estaban a su merced.

Se puso de pie, y pareció que el Poder Único que fluía a través de ella procedente

del círculo era una manifestación de su potestad.

—La Antecámara coincide con la voluntad de la Sede Amyrlin. Romanda será la primera en recibir los azotes de la vara. —La cabeza de la mujer nombrada se alzó bruscamente; ya se vería cuánta dignidad era capaz de conservar hasta su neutralización. Elaida hizo un ademán brusco—. Llevaos a las prisioneras, y traed a la primera de las pobres hermanas ilusas que las siguieron. Aceptaré su sometimiento.

Sonó un grito entre las prisioneras, y una se soltó a tirones del guardia que asía su brazo. Egwene al'Vere se arrojó sobre las gradas, a los pies de Elaida, con las manos extendidas y llorando a mares.

—¡Perdonadme, madre! —sollozó la chica—. ¡Me arrepiento! Me someteré. Me someto. ¡Por favor, no me neutralicéis! —Destrozada, hundió el rostro en el suelo, con los hombros sacudidos por los sollozos—. ¡Por favor, madre! ¡Me arrepiento! ¡Lo juro!

—La Sede Amyrlin puede mostrar clemencia —dijo, exultante, Elaida. La Torre Blanca tenía que perder a Lelaine, Romanda y Sheriam para que sirviesen de ejemplo, pero podía conservar la fuerza de esa chica. Ella era la Torre Blanca—. Egwene al'Vere, te has rebelado contra tu Amyrlin, pero seré indulgente contigo. Volverás a vestir el blanco de novicia hasta que yo misma juzgue que estás preparada para ascender a más, pero hoy serás la primera en prestar el Cuarto Juramento sobre la Vara Juratoria, de lealtad y obediencia de la Sede Amyrlin.

Las prisioneras empezaron a postrarse de rodillas mientras gritaban que les permitiera prestar ese juramento, demostrar su sometimiento. Lelaine fue una de las primeras, y Romanda y Sheriam tampoco le anduvieron muy a la zaga. Egwene se arrastró gradas arriba para besar el repulgo del vestido de Elaida.

—Me doblego a vuestra voluntad, madre —murmuró a través de sus lágrimas—. Gracias. ¡Oh, muchas gracias!

Alviarin agarró a Elaida por el hombro y la sacudió.

—¡Despertad, necia! —gruñó.

Elaida abrió los ojos bruscamente a la tenue luz de una única vela que sostenía Alviarin, la cual se inclinaba sobre su lecho, con una mano apoyada en su hombro.

—¿Qué has dicho? —masculló Elaida, aún medio dormida.

—He dicho, «Despertad, madre, por favor» —repuso fríamente la Blanca—. Covarla Baldene ha regresado de Cairhien.

Elaida sacudió la cabeza en un intento de despejar los últimos resquicios del sueño.

—¿Tan pronto? No las esperaba hasta dentro de una semana, por lo menos. ¿Covarla, dices? ¿Dónde está Galina? —Preguntas absurdas; Alviarin no sabría a qué

se refería.

Pero con su peculiar tono, frío y cristalino, la mujer respondió:

—Supone a Galina muerta o prisionera. Me temo que las noticias no son buenas.

Lo que Alviarin debería o no saber se borró de su mente de un plumazo.

—Cuenta —demandó a la par que retiraba las sábanas de satén, pero mientras se levantaba y se ataba una bata de seda sobre el camisón, sólo oyó fragmentos: una batalla, hordas de mujeres Aiel encauzando, al'Thor desparecido; desastre. Distraídamente, reparó en que Alviarin iba pulcramente arreglada con un vestido blanco bordado en plata y la estola de la Guardiana sobre los hombros. ¡Esa mujer había esperado a vestirse para llevarle la noticia!

La caja del reloj de su estudio tocó suavemente la Segunda Baja cuando entró en la sala de estar. La madrugada, el peor momento para recibir noticias graves. Covarla se levantó precipitadamente de uno de los sillones rojos acolchados; su rostro implacable aparecía descompuesto por el cansancio y la preocupación. Se arrodilló para besar el anillo de Elaida. Su oscuro traje de montar tenía aún el polvo del camino, y su pálido cabello necesitaba urgentemente un peine, pero llevaba puesto el chal que siempre formaba parte de su atuendo desde hacía tantos años como Elaida había vivido.

La Amyrlin apenas esperó a que los labios de la mujer tocaran la Gran Serpiente antes de retirar la mano.

—¿Por qué te han enviado? —instó, cortante. Recogió con gesto brusco la labor de punto del sillón donde la había dejado, tomó asiento y empezó a mover las largas agujas de marfil. Tejer cumplía muchos de los mismos propósitos que acariciar sus miniaturas de marfil, e indudablemente en ese momento necesitaba tranquilizarse. También la ayudaba a pensar. Y tenía que pensar—. ¿Dónde está Katerine?

Si Galina había muerto, Katerine debería haber asumido el mando por delante de Coiren; Elaida había dejado muy claro que, una vez que se hubiese capturado a al'Thor, el Ajah Rojo estaría al cargo. Covarla se levantó lentamente, como si no estuviese segura de poder hacerlo. Sus manos asieron crispadas el chal de flecos rojos echado sobre los hombros.

—Katerine se encuentra entre las desaparecidas, madre. Soy la superior de las que… —Enmudeció sin acabar la frase cuando Elaida se quedó mirándola de hito en hito, los dedos paralizados en el gesto de pasar la hebra de lana sobre una de las agujas. Covarla tragó saliva y cambió el peso alternativamente sobre un pie y sobre otro.

—¿Cuántas, hija? —preguntó por fin Elaida, que no podía creer que su voz sonase tan sosegada.

—No sé con certeza cuántas más habrán escapado, madre —respondió, vacilante, Covarla—. No nos atrevimos a quedarnos para hacer una búsqueda exhaustiva, y…

—¿Cuántas? —gritó Elaida. Sacudida por un escalofrío, se obligó a concentrarse en la labor de punto. No debería haber gritado; ceder a la ira demostraba debilidad. Echar hebra, enlazar y sacar. Movimientos relajantes.

—Yo… He traído conmigo a otras once hermanas, madre. —La mujer hizo una pausa, respiró hondo y luego, al ver que Elaida no decía nada, se apresuró a continuar —: Puede que haya otras de camino, madre. Gawyn rehusó esperar más, y no nos atrevimos a quedarnos sin él y sus Cachorros, habiendo por los alrededores tantos Aiel, y los…

Elaida dejó de escucharla. Habían vuelto doce. A buen seguro, si hubiesen escapado más habrían regresado a Tar Valon a toda prisa y habrían llegado tan pronto como Covarla, aun en el caso de que una o dos estuviesen heridas, frenando la marcha. Doce. La Torre no había sufrido un desastre de tal magnitud ni siquiera durante la Guerra de los Trollocs.

—Habrá que darles una lección a esas espontáneas Aiel —dijo, interrumpiendo lo que quiera que estuviese balbuceando Covarla. Galina había pensado que podría utilizar Aiel para distraer a otros Aiel; ¡qué mujer tan estúpida!—. ¡Rescataremos a las hermanas que retienen prisioneras y les enseñaremos lo que significa desafiar a las Aes Sedai! Y volveremos a capturar a al'Thor. —¡No lo dejaría escapar aunque para ello tuviera que conducir personalmente a toda la Torre Blanca para atraparlo!

Tras lanzar una mirada inquieta a Alviarin, Covarla volvió a mover los pies con nerviosismo.

—Madre, esos hombres… Pienso que…

—¡No pienses! —espetó Elaida. Sus manos apretaron convulsamente las agujas, y ella se echó hacia adelante con una expresión tan fiera que Covarla levantó una mano como para protegerse de un ataque. Elaida se había olvidado de que Alviarin se hallaba presente. Bueno, ahora esa mujer sabía lo que sabía; de eso ya se ocuparía más adelante—. ¿Has guardado esta noticia en secreto, Covarla? Aparte de informar a la Guardiana.

—Oh, sí, madre —se apresuró a responder la Roja mientras asentía ansiosamente, satisfecha de haber hecho algo bien—. Entré sola en la ciudad y oculté la cara hasta que llegué ante Alviarin. Gawyn quería acompañarme, pero los guardias del puente se negaron a dejar pasar a ningún miembro de los Cachorros.

—Olvídate de Gawyn Trakand —ordenó ásperamente Elaida. Ese joven seguía vivo, contrariando sus planes. Si resultaba que Galina seguía viva todavía, pagaría por fracasar en eso, además de dejar escapar a al'Thor—. Saldrás de la ciudad tan discretamente como entraste, hija, y os mantendréis, tú y el resto, bien ocultos en algún pueblo más allá de las villas de los puentes hasta que os mande llamar. Dorlan sería perfecto. —Tendrían que dormir en graneros en aquella minúscula aldea, que no tenía posada; era lo menos que su torpeza merecía—. Márchate ya. Y reza por que

alguien superior a ti aparezca pronto. La Antecámara exigirá responsabilidades por esta catástrofe sin precedentes y, de momento, tú pareces ser la de más rango entre las culpables. ¡Vete!

Covarla se puso lívida y se tambaleó de tal modo al hacer la reverencia para marcharse que Elaida creyó que caería de bruces al suelo. ¡Inútiles! ¡Estaba rodeada de necios, traidores e inútiles!

Tan pronto como oyó cerrarse la puerta exterior, tiró la labor de punto, se puso de pie como impulsada por un resorte y se volvió hacia Alviarin.

—¿Por qué no se me ha informado antes de esto? Si al'Thor escapó… ¿hace cuánto, dijiste? ¿Siete días? Si escapó hace siete días, alguno de los informadores debe de haberlo visto. ¿Por qué no se me puso al corriente?

—Sólo puedo pasaros la información que los Ajahs me pasan a mí, madre. —Alviarin se ajustó la estola sosegadamente, ni pizca alterada—. ¿Realmente pretendéis exponernos a una tercera debacle por intentar rescatar a las prisioneras?

Elaida resopló despectivamente.

—¿De verdad piensas que unas espontáneas pueden resistirse a unas Aes Sedai? Galina se dejó sorprender. Tuvo que ser eso. —Frunció el entrecejo—. ¿Qué quieres decir con una *tercera* debacle?

—No habéis escuchado, madre. —Sorprendentemente, Alviarin se sentó sin que le hubiese dado permiso, cruzó las piernas y arregló serenamente los pliegues de la falda—. Covarla creía que habrían resistido contra las espontáneas, aunque a mí no me pareció tan convencida como pretendía dar a entender, ni mucho menos. Sin embargo, los hombres eran otra cosa. Varios cientos vestidos con chaquetas negras, todos ellos encauzando. De eso sí estaba muy segura y, por lo visto, las otras también. Armas vivientes, los llamó. Creo que casi se ensució encima sólo con recordarlo.

Elaida se quedó de una pieza. ¿Varios cientos?

—Imposible. No puede haber más de… —Se dirigió a una mesa que parecía toda ella de marfil y oro y se sirvió ponche. El borde de la boca de la botella tintineó contra la copa de cristal, y cayó casi tanto líquido en la bandeja como dentro del vaso.

—Puesto que al'Thor puede Viajar —dijo de repente Alviarin—, parece lógico que al menos algunos de esos hombres puedan hacerlo también. Covarla está bastante segura de que fue así como llegaron. Supongo que se sentirá bastante molesto por el trato recibido. Covarla parecía un tanto inquieta al respecto; dio a entender que varias hermanas más sentían lo mismo. Tal vez él piense que tiene una cuenta pendiente con vos. No sería muy agradable tener a esos hombres saliendo de repente de la nada aquí mismo, en la Torre, ¿no es cierto?

Elaida se echó al coleto el ponche. Galina había recibido instrucciones de empezar a hacer más «manso» a al'Thor. Si acudía para vengarse… Si de verdad había cientos de hombres capaces de encauzar, o incluso un centenar… ¡Tenía que

pensar!

—Por supuesto, si pensaran venir creo que ya lo habrían hecho a estas alturas —continuó la Blanca—. No habrían desaprovechado el factor sorpresa. Tal vez al'Thor no desea enfrentarse a toda la Torre. Supongo que habrán regresado a Caemlyn, a su Torre Negra. Lo que significa, me temo, que a Toveine le aguarda una desagradable sorpresa.

—Redacta una orden para que regrese de inmediato —dijo con voz ronca Elaida. El ponche no parecía servir de mucho. Se volvió y dio un respingo al encontrar a Alviarin justo delante. Quizá ni *siquiera* había un centenar. ¿Ni siquiera un centenar? El día anterior, incluso diez habrían parecido una locura. Sin embargo, no podía correr el riesgo—. Escríbela tú misma, Alviarin. Ahora mismo.

—¿Y cómo se le entregará? —La Blanca ladeó la cabeza en un frío gesto de curiosidad. Por alguna razón, esbozaba una leve sonrisa—. Ninguna de nosotras sabemos Viajar. Toveine y su grupo desembarcarán en Andor cualquier día de éstos, si es que no lo han hecho ya. Le ordenasteis que se dividiesen en pequeños grupos y evitasen las poblaciones para no dar la alarma. No, Elaida, me temo que Toveine reunirá sus fuerzas cerca de Caemlyn y atacará la Torre Negra sin que les haya llegado noticia alguna de nosotras.

Elaida soltó una ahogada exclamación. ¡Esa mujer acababa de llamarla por su nombre! Y, antes de que pudiese empezar a barbotar fuera de sí por la rabia, llegó lo peor.

—Creo que estás en un buen apuro, Elaida. —Los fríos ojos se clavaron en los de la otra mujer y las frías palabras salieron suavemente de los labios sonrientes de la Blanca—. Antes o después, la Antecámara se enterará del desastre con al'Thor. Puede que Galina consiguiese apaciguar a las Asentadas, pero dudo que Covarla sea capaz de hacerlo; querrán alguien más… alto, para que pague las consecuencias. Y, antes o después, todas sabremos la suerte corrida por Toveine. Entonces será difícil que sigas llevando esto sobre los hombros —comentó, indiferente, mientas ajustaba la estola de Amyrlin alrededor del cuello de Elaida—. De hecho, será imposible si se enteran en un plazo corto. Serás neutralizada para que sirvas de ejemplo, igual que quisiste hacer con Siuan Sanche. Empero, todavía podrías estar a tiempo de salir bien de ésta si haces caso de tu Guardiana. Tienes que atender un buen consejo.

Elaida sentía paralizada la lengua. La amenaza no habría podido ser más explícita.

—Lo que has oído aquí esta noche es un asunto confidencial, sellado para la Llama —adujo, pero supo que su argumentación era inútil antes de que las palabras acabasen de salir de su boca.

—Si tienes intención de rechazar mi consejo… —Alviarin hizo una pausa y luego empezó a darse media vuelta para marcharse.

—¡Aguarda! —Elaida bajó la mano que había extendido de manera instintiva hacia la otra mujer. Despojada de la estola. Neutralizada. Y no se conformarían con eso; después la harían aullar de dolor—. ¿Qué…? —Tuvo que interrumpirse para tragar saliva—. ¿Qué consejo me ofrece mi Guardiana? —Tenía que haber algún modo de frenar esa situación.

Alviarin suspiró y volvió a aproximarse; más que antes. De hecho, a una distancia excesivamente corta entre cualquiera y la Amyrlin, de manera que las faldas casi se tocaban.

—En primer lugar, me temo que debes dejar a Toveine a su suerte, al menos por el momento. E igualmente a Galina y a quienesquiera que hayan sido hechas prisioneras, ya sea por los Aiel o por los Asha'man. Cualquier intento de rescate inmediato significaría destapar el asunto.

—Sí. —Elaida asintió lentamente—. Me doy cuenta de ello. —Era incapaz de apartar su mirada horrorizada de la imperiosa de la otra mujer. ¡Tenía que haber algún modo! ¡Eso no podía estar pasando!

—Y creo que ha llegado el momento de que reconsideres tu decisión con respecto a la Guardia de la Torre. Después de todo, ¿no te parece realmente necesario incrementar sus efectivos?

—No… no veo impedimento en hacer eso. —¡Luz, tenía que pensar!

—Estupendo —murmuró la Blanca, y Elaida enrojeció de rabia e impotencia—. Mañana registrarás personalmente los dormitorios de Josaine y de Adelorna.

—¿Por qué demonios iba a…?

Alviarin tiró de la estola de rayas de nuevo, en esta ocasión casi como si fuese a arrancársela de un tirón, y el cuello al mismo tiempo.

Al parecer, la tal Josaine halló un *angreal* hace años y no lo entregó. Me temo que Adelorna hizo algo peor. Sacó un *angreal* de uno de los almacenes, sin permiso. Cuando los hayas encontrado, anunciarás inmediatamente su castigo. Uno bastante severo. Al mismo tiempo, pondrás como modelos de preservar la ley a Doraise, Kiyoshi y Farellien. Las recompensarás con un regalo; un buen caballo serviría.

Elaida temió que los ojos acabarían saliéndosele de las órbitas.

—¿Por qué? —De cuando en cuando, una hermana se guardaba un *angreal* desobedeciendo la ley, pero el castigo rara vez superaba una severa regañina. Todas, de la primera a la última, sabían de esa tentación. ¡Y el resto! El propósito resultaba obvio. Todo el mundo daría por sentado que Doraise, Kiyoshi y Farellien habían delatado a las dos primeras. Josaine y Adelorna eran Verdes, y las otras Marrón, Gris y Amarilla respectivamente. El Ajah Verde se enfurecería, incluso podría decidir desquitarse, lo que induciría a los otros Ajahs a…—. ¿Por qué quieres hacer esto, Alviarin?

—Elaida, debería bastarte el hecho de que es mi consejo. —El tono burlón, la

meliflua impasibilidad se tornó acerado hielo de manera repentina—. Quiero oírte decir que harás lo que se te mande. De otro modo, no tiene sentido que me moleste en que conserves la estola. ¡Dilo!

—Yo… —Elaida intentó apartar la vista. ¡Oh, Luz, tenía que pensar! Sentía el estómago agarrotado—. Haré lo… lo que… se me mande.

—¿Ves? —Alviarin esbozó aquella sonrisa gélida—. No ha sido tan difícil. —De repente se retiró e hizo una reverencia moderada—. Con tu permiso, me retiraré para que puedas dormir un poco lo que queda de noche. Has de madrugar y te espera una mañana muy ocupada, impartiendo órdenes al mayor Chubai y registrando dormitorios. También tenemos que decidir cuándo se informa a la Torre sobre los Asha'man. —Su tono dejaba claro que sería ella quien lo decidiría—. Y quizá deberíamos empezar a planear nuestro siguiente movimiento contra al'Thor. Va siendo hora de que la Torre manifieste públicamente su postura en este asunto y lo llame al orden, ¿no te parece? Piénsalo bien. Te deseo buenas noches, Elaida.

Aturdida, con ganas de vomitar, Elaida la vio salir. ¿Manifestarse públicamente? Hacerlo sería una invitación al ataque por parte de esos… ¿Cómo los había llamado la Blanca? Ah, sí, esos Asha'man. ¡Esto no podía estar pasándole a ella! Antes de darse cuenta de lo que hacía, arrojó la copa, y el recipiente se hizo añicos al chocar contra un tapiz de flores. Luego cogió la jarra con las dos manos y, con un chillido de rabia, la alzó por encima de su cabeza y también la lanzó contra la pared salpicándolo todo de ponche. ¡La Predicción había sido tan incontrovertible! ¡Ella lograría…!

De repente se quedó inmóvil y, con el entrecejo fruncido, contempló los minúsculos fragmentos de cristal prendidos en el tapiz, así como los de mayor tamaño esparcidos en el suelo. La Predicción. Indudablemente había anunciado su triunfo. ¡Su triunfo! Puede que Alviarin tuviese su pequeña victoria, pero el futuro le pertenecía a ella. Siempre y cuando se librara de Alviarin. Pero eso tenía que hacerse discretamente, de un modo que incluso la Antecámara deseara mantenerlo confidencial, sin que el caso se airease. Un modo que no apuntara hacia la Blanca hasta cuando ya fuese demasiado tarde, por si acaso se olía algo. De repente se le ocurrió cómo. Alviarin no se lo creería si se lo dijesen. Nadie se lo creería.

Si la Blanca hubiese visto su sonrisa, las rodillas se le habrían vuelto gelatina. Antes de que hubiese acabado con ella, Alviarin envidiaría la suerte de Galina, viva o muerta.

Alviarin hizo un alto en el pasillo que daba a los aposentos de Elaida y se miró las manos a la luz de las lámparas de pie. No le temblaban, cosa sorprendente. Había esperado que la mujer luchase con más ahínco, que se resistiese más. Pero todo había empezado y ella no tenía nada que temer. Salvo que Elaida descubriese que al menos cinco Ajahs le habían pasado informes referentes a al'Thor durante los últimos días;

el derrocamiento de Colavaere había impulsado a todos los agentes de Cairhien a coger papel y pluma. No, si Elaida se enteraba, ella no corría peligro habida cuenta del dominio que ejercía sobre la mujer ahora. Y menos contando con el respaldo de Mesaana. Sin embargo, Elaida estaba acabada, fuese o no consciente de ello. Aun en el caso de que los Asha'man no proclamasen a bombo y platillo el aplastamiento de la expedición de Toveine —y no le cabía duda alguna que la aplastarían después de lo que Mesaana le había contado sobre lo ocurrido en los pozos de Dumai—, todos los informadores de Caemlyn no esperarían un instante en poner alas a sus comunicaciones una vez que la noticia llegase a sus oídos. A no ser que ocurriese un milagro, como por ejemplo que las rebeldes apareciesen a las puertas de la Torre, Elaida correría la misma suerte que Siuan Sanche en cuestión de semanas. En cualquier caso, aquello estaba en marcha y, aunque le gustaría saber qué era «aquello», lo único que realmente debía hacer era obedecer. Y observar. Y aprender. Quizá fuese ella quien llevase la estola de siete colores cuando todo hubiese acabado.

Con los primeros rayos de sol colándose por las ventanas, Seaine mojó la pluma en el tintero, pero antes de que hubiese tenido ocasión de escribir una sola palabra la puerta que daba al pasillo se abrió y la Amyrlin entró majestuosamente. Las oscuras cejas de Seaine se enarcaron; habría esperado a cualquier otra persona, incluso hasta al propio Rand al'Thor, antes que a Elaida. Aun así, dejó la pluma, se levantó sosegadamente de la silla y se bajó las blancas mangas que se había recogido para no mancharlas de tinta. Hizo una reverencia adecuada para la Sede Amyrlin de una Asentada que se encontraba en sus propios aposentos.

—Confío en que no hayáis encontrado a ninguna hermana Blanca ocultando un *angreal*, madre. —Al cabo de los años, todavía le quedaba un ligero acento lugardeño. Esperaba fervientemente que no hubiese ocurrido tal cosa. La irrupción de Elaida en las habitaciones de las Verdes unas pocas horas antes, mientras la mayoría de las hermanas aún dormía, seguramente estaba provocando todavía gemidos y rechinar de dientes. Que se tuviese memoria, no se había ordenado azotar con vara a nadie por guardar un *angreal*, y ahora iban a ser dos. La Amyrlin debía de atravesar uno de sus sañudos ataques de fría cólera.

Pero si había sido así, ahora no quedaba rastro de ello. Contempló a Seaine un momento en silencio, fría como un estanque en invierno, y después se dirigió hacia el aparador sobre el que estaban las miniaturas pintadas sobre marfil de la familia de Seaine. Todos llevaban muertos muchos años, pero ella los seguía queriendo, del primero al último.

—No apoyaste mi nombramiento como Amyrlin —dijo Elaida mientras cogía el retrato del padre de Seaine. Lo dejó prestamente y en su lugar tomó el de la madre.

Las cejas de la Blanca casi se enarcaron de nuevo, pero Seaine había intentado

hacer una regla de no dejarse sorprender más de una vez al día.

—No se me informó de que la Antecámara se había reunido hasta después, madre.

—Sí, sí. —Elaida dejó las miniaturas y se desplazó hasta la chimenea. A Seaine le encantaban los gatos, y figurillas de todo tipo talladas en madera abarrotaban la repisa, algunas en posturas graciosas. La Amyrlin frunció el entrecejo ante tal despliegue; luego apretó los párpados y sacudió levemente la cabeza—. Pero te quedaste —añadió mientras se giraba rápidamente—. Todas las Asentadas a las que no se avisó huyeron de la Torre y se unieron a las rebeldes, excepto tú. ¿Por qué?

—¿Qué otra cosa podía hacer, madre? —repuso la Blanca mientras extendía las manos—. La Torre debe permanecer íntegra. —«Sin importar quién sea la Amyrlin», añadió para sus adentros. «¿Y qué pasa con mis gatos, si se puede saber?» Esto tampoco lo preguntó en voz alta, desde luego. Sereille Bagand había sido una implacable Maestra de las Novicias antes de ser ascendida a Sede Amyrlin, el mismo año en que Elaida obtuvo el chal, y fue una Amyrlin aún más feroz de lo que la propia Elaida sería teniendo dolor de muelas. A Seaine le habían inculcado las normas demasiado a rajatabla y a fondo como para que tal cosa cambiase en unos pocos años. Al igual que su desagrado por la mujer que llevaba la estola ahora. No era obligatorio que a una le gustase la Amyrlin.

—Sí, la Torre debe permanecer íntegra, indivisa —convino Elaida mientras se frotaba las manos, un gesto nervioso que extrañó a la Blanca. Su talante podía mostrar noventa y nueve facetas distintas, todas duras como un cuchillo y el doble de afiladas, pero el nerviosismo no era una de ellas—. Lo que voy a decirte es sellado para la Llama, Seaine. —Torció la boca con mal gesto, se encogió de hombros e, irritada, se ajustó la estola—. Si supiese cómo dar un carácter más imperativo a esa condición de reserva, lo haría —comentó, seca como el polvo tras un día al sol.

—Guardaré vuestras confidencias en el más absoluto secreto, madre.

—Quiero, o mejor dicho, te ordeno que te ocupes de una investigación. Y debes, desde luego, mantenerla en secreto. Si llega a oídos equivocados, podría significar la muerte y el desastre para toda la Torre.

Seaine frunció las cejas. ¿Muerte y desastre para toda la Torre?

—En el más absoluto secreto —repitió—. ¿Queréis sentaros, madre? —Tal ofrecimiento era correcto al hallarse en sus aposentos—. ¿Os apetece un poco de té? ¿O un ponche?

Elaida rechazó la bebida con un ademán y tomó asiento en el sillón más cómodo, el que había elaborado el propio padre de Seaine como regalo cuando recibió el chal, aunque, naturalmente, los cojines habían sido reemplazados muchas veces desde entonces. La Amyrlin, con su postura enhiesta y su duro continente, hacía que el rústico mueble pareciese un trono. Además, tuvo la descortesía de no dar permiso a

Seaine para que se sentara, de manera que la Blanca enlazó las manos ante sí y permaneció de pie.

—He meditado largo y tendido sobre la traición, Seaine, desde que mi predecesora y su Guardiana consiguieron escapar. Desde que se las ayudó a escapar. La traición debe estar detrás de ello, y me temo que sólo una o varias hermanas pudieron llevarlo a cabo.

—Ciertamente sería una posibilidad, madre.

Elaida frunció el entrecejo ante la interrupción.

—Nunca se tiene absoluta certeza de quién alberga la sombra de la traición en su corazón, Seaine. Vaya, pero sí sospecho que alguien arregló las cosas para que se revocara una de mis órdenes. Y tengo razones para creer que alguien se ha puesto en contacto con Rand al'Thor, ignoro con qué fin, pero eso es indiscutiblemente traición contra mí y contra la Torre.

Seaine esperó que añadiese algo más, mas la Amyrlin se limitó a sostenerle la mirada mientras se alisaba la roja falda de manera automática.

—¿Qué investigación queréis que lleve a cabo exactamente, madre? —preguntó con cautela.

Elaida se incorporó como impulsada por un resorte.

—Te encomiendo que sigas el maloliente rastro de la traición sin importar adónde te conduce o hasta qué nivel de jerarquía llega, incluso la propia Guardiana. Lo que quiera que descubras, a quien quiera que te lleven tus indagaciones, deberás informar exclusivamente a la Sede Amyrlin. Nadie más debe saberlo. ¿Me has entendido?

—He comprendido vuestras órdenes, madre.

Era lo único que entendía, pensó una vez que Elaida se hubo marchado aún más tiesa que cuando entró. Tomó asiento en el sillón ocupado antes por la Amyrlin para reflexionar, con la barbilla apoyada en los puños, exactamente la misma postura que su padre había adoptado siempre para pensar. Al final, todo acababa por tener lógica.

Ella no habría secundado la deposición de Siuan Sanche —¡de hecho la había propuesto para Amyrlin!—, pero, una vez consumada, siguiendo las formalidades estipuladas aunque rozando el margen de la legalidad, facilitarle la huida había sido traición, como también lo era revocar deliberadamente una orden de la Amyrlin. Posiblemente, comunicarse con al'Thor también lo era; eso dependía del contenido de la comunicación y de su propósito. Descubrir quién había rectificado una disposición de la Amyrlin resultaría difícil al ignorar de qué orden se trataba. Después del tiempo transcurrido, las posibilidades de identificar al que había ayudado a Siuan a escapar eran tan pocas como las de saber quién podría mantener correspondencia con al'Thor. Eran tantas las palomas que llegaban volando a la Torre y partían desde ella a diario que a veces parecía que llovían plumas del cielo. Si Elaida sabía algo más de lo que había dicho, entonces se había andado con rodeos. Todo aquello no tenía sentido. La

traición habría hecho hervir de rabia a Elaida, pero no se había mostrado iracunda, sino nerviosa. Y deseosa de marcharse. Y reservada, como si no quisiera revelar todo lo que sabía o lo que sospechaba. Casi como si le diese miedo de hacerlo. ¿Qué clase de traición pondría nerviosa o asustaría a una mujer como ella? Muerte y desastre para toda la Torre.

Del mismo modo que las piezas de un rompecabezas, todo encajó en su sitio, y las cejas de Seaine se enarcaron de tal modo que faltó poco para que se salieran de la frente. Sí, todo encajaba. Se sintió palidecer. Sellado para la Llama. Había dicho que guardaría esto en secreto, pero todo había cambiado desde que pronunció esas palabras. Sólo se permitía sentirse asustada cuando era lógico estarlo, y en ese mismo instante estaba aterrada. No podía afrontar aquello sola. Pero ¿quién? Dadas las circunstancias, ¿quién? La respuesta a esa pregunta llegó con mucha más facilidad. Recobrar la compostura le costó un poco de tiempo, pero luego salió apresuradamente de sus aposentos y dejó atrás el sector del Ajah Blanco caminando a paso mucho más vivo de lo habitual en ella.

La servidumbre iba y venía por los corredores como de costumbre, aunque Seaine iba tan deprisa que pasó ante la mayoría antes de que tuviesen tiempo de hacer reverencias; sin embargo, parecía haber muchas menos hermanas de lo que podría justificar la temprana hora. Muchas menos. Empero, si la mayoría se había quedado en sus alojamientos por alguna razón, las pocas que había compensaban tal ausencia en cierto sentido. Las hermanas caminaban pavoneándose a lo largo de los corredores adornados con tapices, sus rostros todo serenidad, pero en el fondo de sus ojos había indignación. Aquí y allá, grupos de dos o tres mujeres charlaban sin dejar de lanzar ojeadas para ver si alguien lo había oído. Siempre dos o tres del mismo Ajah. Se suponía que las Blancas debían dejar completamente a un lado las emociones, pero ella nunca había visto motivo para taparse los ojos a la verdad, como hacían otras. El ambiente en la Torre estaba tan cargado de desconfianza que casi podía palparse. Tampoco es que eso fuese algo nuevo, por desgracia —la Amyrlin había dado pie a ello con sus duras medidas, y los rumores con respecto a Logain sólo habían empeorado la situación—, pero esa mañana parecía peor que nunca.

Talene Minly apareció por una esquina del pasillo; por alguna razón llevaba el chal no sólo sobre los hombros, sino bien extendido por los brazos como para exhibir bien los flecos verdes. Ahora que lo pensaba, Seaine cayó en la cuenta de que todas las Verdes que había visto esa mañana llevaban puesto el chal. Talene, rubia, escultural y encantadora, era una de las que había apoyado la destitución de Siuan, pero había entrado en la Torre cuando Seaine era Aceptada, y aquella decisión no había hecho mella en su larga amistad. Talene había tenido razones para actuar así, y Seaine las había aceptado aunque no las compartió. Hoy, sin embargo, su amiga se detuvo y la observó con suspicacia. Eran muchas las hermanas que parecían

observarse de ese modo últimamente. En cualquier otro momento, se habría parado, pero no con lo que rondaba su cabeza y que amenazaba con hacerla estallar como un melón pasado. Talene era una amiga y creía que podría confiar en ella, pero creer no bastaba en este caso. Más adelante, si ello era posible, hablaría con Talene del asunto. Esperando que fuese así, se apresuró a pasar a su lado limitándose a saludarla con una inclinación de cabeza.

En el sector de la Rojas el ambiente era incluso peor, más cargado. Como ocurría en cualquiera de los Ajahs, había muchas más habitaciones que hermanas que las ocuparan en la actualidad —ya sobraban antes de que las rebeldes huyeran—, pero el Rojo era el Ajah más nutrido, y las hermanas llenaban los pisos que seguían en uso. Con frecuencia, las Rojas llevaban el chal cuando no era necesario, pero incluso aquí hasta la última mujer exhibía la orla y los flecos encarnados como una bandera. Las conversaciones cesaban al aproximarse Seaine, y las frías miradas la seguían desde una burbuja de gélido silencio. Se sintió como una invasora que se hubiese internado en territorio enemigo mientras avanzaba sobre las peculiares baldosas, con la Llama de Tar Valon en rojo. Claro que, cualquier parte de la Torre podría ser territorio enemigo. Mirándolas del revés, aquellas llamas escarlata podrían pasar por Colmillos de Dragón. Jamás había creído los chismes irracionales sobre las Rojas y los falsos Dragones, pero… ¿Por qué ninguna de ellas lo había negado? Tuvo que preguntar el camino.

—No la molestaré si está ocupada —dijo—. Antaño éramos amigas íntimas, y me gustaría que volviéramos a serlo. Ahora más que nunca, los Ajahs no pueden permitirse el lujo de aislarse.

Todo ello muy cierto, aunque los Ajahs parecían estar haciéndose pedazos más que aislándose unos de otros; sin embargo, la domani la escuchó con una expresión tan impasible en su rostro cobrizo que bien podría haber sido una talla de bronce. No había muchas domani en el Ajah Rojo, y esas pocas eran por lo general más peligrosas que una serpiente acorralada.

—Os conduciré hasta ella, Asentada —dijo por último la mujer, y no con excesivo respeto. La llevó hasta una puerta y luego se quedó observándola mientras Seaine llamaba, como si no se fiara de dejarla sola. Los paneles de la hoja también tenían tallada la Llama, y laqueada en un rojo tan intenso como sangre fresca.

—Adelante —contestó una voz enérgica desde dentro, y Seaine abrió la puerta confiando en estar acertada.

—¡Seaine! —exclamó alegremente Pevara—. ¿Qué te trae por aquí esta mañana? ¡Pasa! ¡Cierra la puerta y siéntate!

Fue como si todos los años transcurridos desde que se conocieron siendo novicia y Aceptada desaparecieran de golpe. Bastante rellenita y no muy alta —en realidad, más bien baja para una kandoresa—, Pevara también era bastante guapa, con un

alegre brillo en sus oscuros ojos y una sonrisa pronta. Lástima que eligiese el Rojo, por muchas razones que tuviese, ya que le gustaban los hombres. El Rojo se nutría en su mayoría de mujeres con una desconfianza innata hacia el sexo opuesto, desde luego, aunque otras lo elegían porque la tarea de encontrar varones capaces de encauzar era importante. No obstante, tanto si les gustaban los hombres como si les desagradaban o incluso si les daban igual al principio, pocas mujeres podían pertenecer al Ajah Rojo durante mucho tiempo sin que acabaran desarrollando una opinión negativa sobre los varones. Seaine tenía razones para sospechar que Pevara había cumplido un castigo poco después de obtener el chal por haber manifestado que le gustaría tener un Guardián; más tarde, tras haber alcanzado el nivel más seguro de miembro de la Antecámara, proclamó abiertamente que los Guardianes facilitarían mucho la labor del Ajah Rojo.

—Me faltan palabras para expresar lo feliz que me hace verte —dijo Pevara una vez que se hubieron acomodado en sendos sillones con tallas espirales, muy populares en Kandor un siglo atrás, y sosteniendo en las manos delicadas tazas adornadas con mariposas pintadas, llenas de infusión de arándanos—. A menudo he pensado cómo acercarme a ti, pero admito que me daba miedo lo que dirías después de que cortase contigo radicalmente tantos años atrás. Te juro, Seaine, que no lo habría hecho de no ser porque Tesien Jorhald me tenía agarrada prácticamente por el cuello, y por entonces todavía llevaba muy poco tiempo con el chal para tener el coraje de hacer valer mi criterio. ¿Podrás perdonarme?

—Por supuesto que te perdono —contestó Seaine—. Lo comprendo. —En el Rojo se ponían cortapisas a las amistades que no pertenecían al Ajah, y se hacía de un modo firme y bastante eficaz—. No podemos oponernos a nuestros Ajahs cuando somos jóvenes, y después parece imposible dar marcha atrás. He recordado mil veces las noches que conversábamos en susurros después de haber dado la Postrera. ¡Oh, y las travesuras! ¿Te acuerdas cuando rociamos el camisón de Serancha con polvos picapica de roble? Pero me avergüenza decir que ha sido necesario estar asustadísima para decidirme a dar este paso. Naturalmente deseo que volvamos a ser amigas, pero también necesito tu ayuda. Eres la única persona en la que puedo confiar realmente.

—Serancha era una mojigata por entonces, y lo sigue siendo —rió Pevara—. El Gris es un buen lugar para ella. En cuanto a lo otro, me resulta imposible imaginar que algo pueda aterrarte. Vaya, pero si nunca consideraste lógico asustarse hasta que nos encontrábamos en la cama de noche. Salvo prometer tomar una postura en la Antecámara sin saber con qué motivo, puedes contar con mi ayuda para todo, Seaine. ¿Qué necesitas?

Llegado el momento de acometer el asunto, Seaine vaciló y bebió un sorbo de infusión. No albergaba dudas acerca de Pevara, pero hablar del tema le resultaba… difícil.

—La Amyrlin vino a verme esta mañana —empezó finalmente—. Me ordenó que realizara una investigación altamente confidencial, sellada para la Llama.

Pevara frunció levemente el entrecejo, si bien no comentó que, en tal caso, Seaine no debería hablar de ello. La Blanca había sido la que planeaba cómo llevar a cabo la mayoría de sus travesuras de jovencitas, pero había sido Pevara quien poseía audacia para discurrir casi todas ellas, así como el coraje para ponerlas en práctica.

—Se mostró muy cauta con las palabras que utilizó —prosiguió Seaine—, pero tras meditarlo un rato me quedó muy claro lo que quería. Tengo que buscar y localizar… —Vaciló un momento antes de hallar el valor suficiente para decirlo—. Localizar Amigas Siniestras en la Torre.

Los iris de Pevara, tan negros como azules eran los de su amiga, se tornaron duros como piedra. La mujer se dirigió hacia la repisa de la chimenea, donde se alineaban miniaturas de su propia familia. Todos habían muerto siendo ella novicia: padres, hermanos, hermanas, tíos; asesinados del primero al último durante un levantamiento, rápidamente sofocado, de Amigos Siniestros, quienes tenían la convicción de que el Oscuro iba a liberarse de su prisión en cualquier momento. Ése era el motivo por el que Seaine estaba segura de que podía confiar en ella. También era la razón de que Pevara hubiese elegido el Ajah Rojo, porque pensaba que una Roja que perseguía varones que encauzaban tenía más oportunidades de descubrir Amigos Siniestros, aunque Seaine seguía siendo de la opinión de que podría haber hecho una labor igualmente buena y habría sido más feliz en el Verde. Había sido muy buena en esa tarea; bajo la blandura de su rollizo aspecto exterior se ocultaba el núcleo de un temple de acero. Y también tenía el coraje para decir sosegadamente lo que Seaine había sido incapaz de pronunciar.

—El Ajah Negro. No me extraña que Elaida se mostrase cauta.

—Pevara, sé que ella siempre ha negado la existencia de ese grupo con más contundencia que tres hermanas juntas, pero no me cabe la menor duda de que era a eso a lo que se refería, y si ella está convencida…

—No tienes que persuadirme, Seaine —la interrumpió la Roja al tiempo que agitaba la mano—. He tenido la certeza de que el Ajah Negro existía desde… —Cosa extraña en ella, Pevara vaciló y clavó la vista en la taza de té como haría una adivina en una feria—. ¿Qué sabes de los acontecimientos que siguieron a la Guerra de Aiel?

—Dos Amyrlins murieron repentinamente en el espacio de cinco años —respondió la Blanca con cautela. Daba por sentado que la otra mujer se refería a los sucesos acaecidos en la Torre. A decir verdad, hasta que ascendió a Asentada, casi quince años atrás, justo un año después que Pevara, no había prestado mucha atención a lo que ocurría fuera de la Torre. Y en realidad tampoco a lo que pasaba dentro—. Muchas hermanas murieron en aquellos años, según recuerdo. ¿Quieres decir que sospechas que el… Ajah Negro tuvo algo que ver en ello? —Bien, lo había

dicho, y el nombre no le había quemado la lengua.

—No lo sé —repuso quedamente la Roja mientras sacudía la cabeza—. Hiciste bien en volcarte en la filosofía y aislarte en ella. Se hicieron… ciertas cosas entonces, y selladas para la Llama. —Respiró hondo, con aire preocupado.

Seaine no la presionó; ella misma había incurrido en un acto rayano en la traición al romper esa misma confidencialidad, y era Pevara quien debía tomar la decisión.

—Revisar informes será menos peligroso que hacer preguntas sin saber realmente a quién se las hacemos —sugirió—. Por lógica, una hermana Negra tiene que ser capaz de mentir a pesar de los Juramentos. De otro modo, el Ajah Negro habría sido descubierto mucho tiempo atrás. —El nombre parecía salir de sus labios con más facilidad a medida que lo repetía—. Si cualquier hermana puso por escrito que había hecho algo y podemos demostrar que hizo otra cosa, entonces habremos dado con una Amiga Siniestra.

—Sí —asintió Pevara—, pero no debemos limitarnos, excluyendo posibilidades. Quizás el Ajah Negro no tuvo que ver en la rebelión, pero dudo que dejasen pasar ese tumulto sin sacar provecho de él. Debemos centrarnos en el último año, creo.

Seaine accedió a ello a regañadientes. Habría menos papeles que leer y más preguntas que hacer con respecto a los meses recientes. Y resultó aún más difícil decidir a quién más hacer partícipe de la investigación. Sobre todo después de que Pevara comentara:

—Has sido muy valiente al acudir a mí, Seaine. He conocido Amigos Siniestros que han matado a hermanos, a hermanas, a padres, para ocultar lo que eran y lo que habían hecho. Te quiero por ello, pero, desde luego, has demostrado ser muy valiente al confiar en mí.

Seaine tembló como si alguien hubiese caminado sobre su tumba. Si hubiese querido ser valiente, entonces habría elegido el Ajah Verde. Casi deseó que Elaida hubiese acudido con aquella misión a otra persona. Sin embargo, ahora ya no había vuelta atrás.

33



Un baño

Los días siguientes a la partida de Perrin se le hicieron interminables a Rand, y las noches, aún más largas. Se retiró a sus aposentos y se quedó allí, ordenando a las Doncellas que no dejasen entrar a nadie. Sólo a Nandera se le permitió cruzar las puertas con los soles dorados para llevar las comidas. La nervuda Doncella dejaba la bandeja, cubierta con un paño, tras lo cual recitaba los nombres de quienes habían pedido verlo, y le lanzaba una mirada reprobadora cuando él repetía que no recibiría a nadie. A menudo Rand oía comentarios desaprobadores de las Doncellas en el exterior, antes de que Nandera cerrara la puerta al salir; lo hacían a propósito para que las oyera o, de otro modo, habrían utilizado el lenguaje de señas. Pero si creían que iban a azuzarlo afirmando que estaba enfurruñado… Las Doncellas no lo entendían, y puede que tampoco lo entendiesen aunque se lo explicara. Si él hubiese sido capaz de hacerlo.

Picoteaba las comidas sin apetito e intentaba leer, pero sus libros favoritos sólo lo distraían durante unas cuantas páginas. Al menos una vez al día, aunque se había prometido no hacerlo, levantaba el enorme armario de madera de negral y marfil que había en el dormitorio, lo apartaba desplazándolo con flujos de Aire y retiraba cuidadosamente las trampas que había puesto y la Máscara de Espejos que hacía parecer lisa la pared, todo ello invertido para que ningunos ojos salvo los suyos pudiesen verlo. Allí, en un nicho vaciado con el Poder, se encontraban dos estatuillas de piedra blanca, de unos treinta centímetros de altura, un hombre y una mujer, ambos con ropajes ondeantes y sosteniendo en alto, con una mano, una esfera de cristal. La noche que había ordenado ponerse en marcha al ejército en dirección a Illian, él había ido a Rhuidean solo para recoger esos *ter'angreal*: si por cualquier circunstancia los necesitara, no dispondría de mucho tiempo. Ésa era la explicación que se había dado a sí mismo. Alargaba la mano hacia la figurilla del hombre barbudo, la única de la pareja que un varón podía utilizar, pero se paraba a mitad de camino, temblorosa. El roce de un solo dedo, y más Poder Único del que podría imaginar sería suyo. Con eso, nadie lo derrotaría, nadie podría oponérsele. Con eso, había dicho una vez Lanfear, podría desafiar al Creador.

—Es mío por derecho —murmuraba en cada ocasión, con la temblorosa mano

muy próxima a la figurilla—. ¡Mío! ¡Soy el Dragón Renacido!

Y todas las veces se obligaba a retirarse, a tejer de nuevo la Máscara de Espejos y las trampas invisibles que reducirían a cenizas a cualquiera que intentara traspasarlas sin la clave. El inmenso armario se desplazaba por el aire como una pluma para ocupar de nuevo su sitio. Él era el Dragón Renacido. Pero ¿sería eso suficiente? Tendría que serlo.

—Soy el Dragón Renacido —musitaba a las paredes de cuando en cuando, y a veces les gritaba—. ¡Soy el Dragón Renacido!

Tanto en silencio como en voz alta se enfurecía con quienes se le oponían, los estúpidos ciegos que no podían ver y los que se negaban a ver, ya fuera por ambición o avaricia o miedo. Él era el Dragón Renacido, la única esperanza del mundo contra el Oscuro. Y la Luz ayudara al mundo por ello.

Pero sus accesos de ira y sus ideas de usar el *ter'angreal* no eran más que intentos de escapar de otras cosas, y lo sabía. En soledad, picoteaba las comidas —menos cada día—, intentaba leer —muy de vez en cuando— y trataba de dormir. Eso último con más frecuencia con el paso de los días, sin importarle si el sol se había ocultado o brillaba en el cielo. Dormía de forma intermitente, dando cabezadas, porque lo que lo angustiaba en las horas que pasaba despierto también lo acechaba en los sueños y lo acosaba hasta despertarlo, demasiado pronto para servirle de descanso. Escudar sus sueños no podía impedir que penetrara en ellos lo que ya estaba dentro. Tenía que enfrentarse a los Renegados y, antes o después, al propio Oscuro. Y tenía a los necios que luchaban contra él o huían, cuando su única esperanza era seguirlo. ¿Por qué no lo dejaban en paz los sueños? De uno de ellos siempre se despertaba bruscamente, antes casi de que hubiese empezado, para luego yacer allí, henchido de desprecio hacia sí mismo y desquiciado por la falta de descanso, pero los otros… Se merecía todos, lo sabía.

Colavaere se le aparecía en sueños, con el rostro amoratado y el pañuelo que había utilizado para ahorcarse todavía enterrado en la carne hinchada del cuello. Colavaere, silenciosa y acusadora, con todas las Doncellas que habían muerto por él desplegadas tras ella en calladas filas; todas las mujeres que habían muerto por su causa. Conocía cada rostro tan bien como el suyo propio, y todos sus nombres salvo uno. De esos sueños, despertaba sollozando.

Un centenar de veces arrojaba por el aire a Perrin a través del Gran Salón del Sol, y un centenar de veces lo asaltaban un miedo arrollador y una ira ardiente. Un centenar de veces, mataba a Perrin en sus sueños y se despertaba con sus propios gritos. ¿Por qué había tenido que elegir ese hombre a las prisioneras Aes Sedai como tema para su discusión? Rand intentaba no pensar en ellas; había hecho todo lo posible por olvidar su existencia desde el principio. Eran demasiado peligrosas para mantenerlas cautivas mucho tiempo, y no tenía ni idea de qué hacer con ellas. Lo

asustaban. A veces soñaba que estaba de nuevo reducido dentro del baúl, y que Galina, Erian, Katerine y las demás lo sacaban para golpearlo; despertaba llorando y su llanto no cesaba incluso después de convencerse de que tenía los ojos abiertos y se encontraba fuera. Lo asustaban porque temía ceder al miedo y a la rabia, y entonces… Procuraba no pensar en qué haría entonces, pero a veces lo soñaba, y se despertaba temblando y bañado en sudor frío. No podía hacer eso. A pesar de lo que había hecho ya, eso no lo haría.

En sueños reunía a los Asha'man para atacar la Torre Blanca y castigar a Elaida; salía del acceso henchido de justificada ira y de *Saidin*. Y entonces descubría que la carta de Alviarin había sido una mentira; la veía junto a Elaida, y a Egwene también, y a Nynaeve e incluso a Elayne, todas con rostros Aes Sedai, porque él era demasiado peligroso para dejarlo en libertad. Presenciaba la destrucción de los Asha'man por mujeres que contaban con años de estudio del Poder Único, no sólo unos pocos meses de duro aprendizaje, y de esos sueños nunca podía despertarse hasta que el último hombre con chaqueta negra había muerto y él se encontraba solo para enfrentarse al poderío de las Aes Sedai. Solo.

Una y otra vez, Cadsuane pronunciaba aquellas palabras sobre dementes que oían voces, hasta que él se encogía al oírlas, además de por los azotes del látigo, y se encogía en sus sueños cuando ella aparecía. En sueños y en la vigilia llamaba a Lews Therin, a voz en grito, y sólo le respondía el silencio. Solo. Y aquel pequeño manojo de sensaciones y emociones en el fondo de su mente, la impresión del roce casi físico de Alanna, se convertía poco a poco en un consuelo. En muchos aspectos, eso era lo que más lo asustaba.

La cuarta mañana se despertó como grogui de un sueño sobre la Torre Blanca, alzando una mano para protegerse los ojos irritados de lo que creía era una llamarada creada con el *Saidar*. Motitas de polvo flotaban brillantes en los rayos de sol que penetraban a través de la ventana para llegar a su lecho, con sus grandes pilares cuadrados. Todos los muebles del dormitorio eran de pulida madera negral y marfil, de línea cuadrada y sobria, y lo bastante pesados para encajar con su estado de ánimo. Permaneció tendido un momento, pero si volvía a dormirse también regresarían los sueños.

«¿Estás ahí, Lews Therin?», pensó, sin esperanza de recibir respuesta, y se levantó cansinamente, colocando la arrugada chaqueta mediante tirones. No se había mudado de ropa desde que se encerró en sus aposentos.

Cuando entró en la antesala dando traspiés, al principio creyó que estaba dormido y tenía el sueño del que siempre despertaba bruscamente, abrumado por la vergüenza, la culpabilidad y el desprecio hacia sí mismo. Pero Min alzó la vista desde una de las altas y doradas sillas, donde estaba sentada con un libro encuadernado en piel sobre las rodillas, y él no se despertó. Los oscuros tirabuzones enmarcaban su rostro, y sus

ojos oscuros lo observaban tan intensamente que casi sentía su roce. Las polainas de seda verde brocada se le ajustaban como una segunda piel, y la chaqueta a juego, desabrochada, dejaba a la vista una blusa de color crema que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Rand rezó para despertarse. No había sido el miedo ni la rabia ni la culpabilidad por Colavaere o por la desaparición de Lews Therin lo que lo había empujado a encerrarse en sus aposentos.

—Hay una especie de fiesta dentro de cuatro días —anunció alegremente ella—, con la media luna. El Día del Arrepentimiento, lo llaman por alguna razón, pero habrá baile esa noche. Baile tranquilo, oí decir, pero cualquier tipo de baile es mejor que ninguno. —Puso una tira de cuero para señalar la página y dejó cuidadosamente el libro en el suelo—. Es la excusa perfecta para hacerme un vestido, si consigo que la costurera se ponga a trabajar hoy. Es decir, si es que piensas bailar conmigo.

Rand apartó los ojos de ella con esfuerzo y los posó en la bandeja cubierta con un paño que había junto a las altas puertas. La mera idea de la comida le revolvió el estómago. ¡Se suponía que Nandera no debía dejar entrar a nadie, así se abrasara! Y menos que a nadie a Min. ¡Él no había mencionado el nombre de la joven, pero había dicho «nadie»!

—Min, yo… no sé qué decir. Yo…

—Pastor, tienes el aspecto de unos despojos por los que se han peleado perros. Ahora entiendo que Alanna esté tan fuera de sí, aunque no entiendo cómo lo ha sabido. Prácticamente me suplicó que hablase contigo después de que las Doncellas la echaran unas cinco veces. Nandera tampoco me habría dejado pasar a mí si no la tuvieras histérica porque no comes nada, e incluso así tuve que suplicar un poco. Estás en deuda conmigo, palurdo.

Rand se encogió. Imágenes de sí mismo pasaron como fogonazos por su mente: desgarrándole las ropas, forzándola como una bestia salvaje. Estaba en deuda con ella más de lo que imaginaba, tanto que jamás podría resarcirla. Se pasó los dedos por el pelo y se obligó a girar sobre sus talones para mirarla cara a cara. Ella había subido los pies a la silla y estaba sentada cruzada de piernas, con las manos apoyadas en las rodillas. ¿Cómo podía mirarlo tan tranquila?

—Min, no hay disculpa para lo que hice. Si hubiese justicia, iría a la horca. Si pudiera, yo mismo me pondría la cuerda al cuello. Juro que lo haría. —Las palabras le sabían amargas. Era el Dragón Renacido, y Min tendría que esperar a que se le hiciera justicia hasta la Última Batalla. Qué necio había sido al desear sobrevivir al Tarmon Gai'don. No lo merecía.

—¿De qué hablas, pastor? —inquirió lentamente ella.

—Hablo de lo que te hice —gimió. ¿Cómo pudo comportarse así con nadie, pero principalmente con ella?—. Min, sé que tiene que ser duro para ti estar en la misma habitación conmigo. —¿Cómo podía recordar aún la morbidez de su cuerpo, la

sedosa suavidad de su piel? Después de que le hubiese quitado la ropa desgarrándola —. Jamás pensé que fuera un animal, un monstruo. —Pero lo era. Se despreciaba a sí mismo por lo que había hecho. Y se despreciaba aún más porque deseaba hacerlo otra vez—. La única excusa que tengo es la locura. Cadsuane estaba en lo cierto. Oía voces. La voz de Lews Therin, creía. ¿Podrás…? No. No tengo derecho a pedirte que me perdones. Pero debes saber cuánto lo siento, Min. —Lo sentía. Y sus manos ansiaban deslizarse por su espalda desnuda, por sus caderas. Era un monstruo—. Lo lamento enormemente. Al menos, quiero que lo sepas.

Ella permanecía sentada allí, inmóvil, mirándolo como si nunca hubiese visto algo igual. Ahora dejaría de disimular. Ahora diría lo que pensaba realmente, de él y, por tremendo que fuera, no llegaría a la mitad de la verdad.

—Así que es por eso por lo que me has mantenido alejada —dijo finalmente la joven—. Escúchame, estúpido zoquete. Estaba a punto de ponerme a gritar y a llorar a moco tendido porque había presenciado demasiadas muertes, y tú también estabas a punto de hacer lo mismo por idéntica razón. Lo que hicimos, mi inocente cordero, fue consolarnos el uno al otro. A veces los amigos se confortan así. Y cierra la boca, cateto de Dos Ríos con pelo de dehesa.

Rand la cerró, pero sólo para tragar saliva. Creyó que los ojos se le iban a salir de las cuencas. Habló tan deprisa que las palabras le salieron atropelladas.

—*¿Consolar?* ¡Min, si las Mujeres del Círculo en casa oyeran que llamas «consolar» a lo que hicimos, se pondrían en fila para arrancarnos la piel a tiras aunque tuviésemos cincuenta años!

—Vaya, al menos ahora ya somos «nosotros», en lugar de «yo» —instó con gesto severo. Se levantó ágilmente y avanzó hacia él agitando un dedo—. ¿Crees que soy una muñeca, granjero? ¿Me crees tan idiota como para no habértelo hecho saber si no hubiese querido que me tocaras? ¿Crees que no te lo habría dejado muy claro de manera contundente? —Su otra mano sacó un cuchillo de debajo de la chaqueta, lo giró en el aire y volvió a guardarlo en su sitio, todo ello sin que cesara el torrente de palabras—. Recuerdo haberte rasgado la camisa por la espalda porque no podías sacártela por la cabeza lo bastante deprisa para mi gusto. ¡Eso es lo poco que deseaba sentir tus brazos estrechándome! Hice contigo lo que jamás había hecho con un hombre, ¡y no pienses que nunca tuve la tentación! ¡Y ahora dices que todo lo hiciste tú! ¡Como si yo no hubiese estado siquiera allí!

La parte posterior de las piernas de Rand chocaron contra una silla, y sólo entonces él fue consciente de haber estado reculando. Min frunció el entrecejo antes de rezongar:

—Me parece que no me gusta que me mires desde arriba ahora.

De repente le dio una patada en la espinilla, plantó las manos en su pecho y empujó. Rand cayó en la silla con tanta fuerza que casi la volcó hacia atrás. Los

tirabuzones oscuros se mecieron cuando Min sacudió la cabeza y se ajustó la chaqueta brocada.

—De acuerdo, puede que fuera así, Min, pero…

—Fue así, pastor —lo cortó firmemente—, y si vuelves a decir lo contrario, más te vale gritar para que acudan las Doncellas y que encauces con todas tus fuerzas, porque te correré a golpes por toda la habitación hasta que chilles pidiendo clemencia. Tienes que afeitarte. Y necesitas un baño.

Rand respiró hondo. Perrin disfrutaba de un matrimonio tan tranquilo, con una esposa dulce y afectuosa. ¿Por qué él siempre topaba con mujeres que lo volvían loco? Si conociera a las mujeres una décima parte que Mat, habría sabido qué responder a todo aquello, pero, en sus circunstancias, lo único que podía hacer era seguir adelante a tientas y metiendo la pata.

—En cualquier caso —dijo cautelosamente—, sólo tengo una alternativa.

—¿Y cuál es? —Min se cruzó de brazos y empezó a dar golpecitos con la punta del pie de manera amenazadora, pero Rand sabía que su decisión era la correcta.

—Alejarte de mí. —Igual que había hecho con Elayne y con Aviendha—. Si hubiese tenido un mínimo de autocontrol, no habría… —La punta del pie empezó a golpear más deprisa. Quizá fuera mejor no mencionar eso. ¿Consolarse? ¡Luz!—. Min, cualquiera cercano a mí corre peligro. Los Renegados no son los únicos que harían daño a alguien allegado con tal de herirme a mí también. Y no hemos de olvidarnos de mí mismo. Ya no soy capaz de controlar el genio. ¡No maté a Perrin por poco! Cadsuane tenía razón. Me estoy volviendo loco, o quizá ya lo estoy. He de mandarte lejos por tu propia seguridad.

—¿Quién es Cadsuane? —inquirió ella con tanta calma que Rand dio un respingo al advertir que seguía golpeando el suelo con el pie—. Alanna mencionó ese nombre como si fuese la hermana del Creador. No, no me lo digas; no me importa. —Aun en el caso de que hubiese querido contestarle, no le dio la oportunidad—. Y tampoco me preocupa Perrin. Ni a él ni a mí nos harías daño. Creo que esa gran pelea en público sólo fue un montaje, eso es lo que pienso. No me importa tu mal genio y no me importa si estás loco. Si realmente lo estuvieras, no te preocuparías tanto por ello. Lo que sí me importa es… —Se inclinó hasta que aquellos grandes y oscuros ojos se encontraron a la altura de los de él, muy próximos, y de repente centellearon con tal intensidad que Rand asió el *Saidin*, dispuesto a defenderse.

»¿Mandarme lejos por mi propia seguridad? —gruñó la joven—. ¿Cómo te atreves? ¿Qué derecho crees tener para mandarme a ninguna parte? ¡Me necesitas, Rand al'Thor! ¡Si te contase sólo una parte de las visiones que he tenido de ti, la mitad del pelo se te pondría de punta y la otra mitad se te caería! ¡Atrévete y verás! ¿De modo que dejas a las Doncellas afrontar cualquier riesgo que quieran y a mí pretendes alejarme de aquí como si fuese una niña?

—A las Doncellas no las amo. —Desde el profundo vacío carente de emociones en el que flotaba, Rand oyó aquellas palabras saliendo de su boca y la impresión hizo saltar en pedazos el vacuo aislamiento e interrumpió el contacto con el *Saidin*.

—Vaya. —Min se irguió. Una leve sonrisa acentuó la curva de sus labios—. Resuelto un punto de la controversia. —Y se sentó en su regazo.

Afirmaba que nunca les haría daño a Perrin ni a ella, pero ahora tenía que lastimarla. No había más remedio, por su propio bien.

—Y también amo a Elayne —manifestó brutalmente—. Y a Aviendha. ¿Ves la clase de monstruo que soy?

Por alguna razón, Min no se inmutó al oírlo confesar aquello.

—Rhuarc ama a más de una mujer —contestó ella con una sonrisa que recordaba la serenidad Aes Sedai—. Y lo mismo le ocurre a Bael, y no he visto que ninguno de los dos tenga cuernos de trolloc ni nada semejante. No, Rand, me amas, y no puedes remediarlo. Debería dejarte colgado y tenerte sobre ascuas por lo mal que me lo has hecho pasar, pero… Que sepas que yo también te amo. —Su sonrisa se borró y frunció el entrecejo, como si se debatiera en un conflicto consigo misma; finalmente suspiró—. La vida sería mucho más fácil para mí si mis tías no me hubiesen enseñado a ser una persona decente —masculló—. Y, para ser justa, Rand, he de decirte que Elayne también te ama. Al igual que Aviendha. Si a Mandelain pueden amarlo sus dos esposas, supongo que tres mujeres sabrán arreglárselas para amarte a ti. Pero yo estoy aquí, y si intentas alejarme de tu lado, me ataré a tu pierna. —Encogió la nariz—. Después de que te hayas bañado, desde luego. En fin, que no me iré, te pongas como te pongas.

Igual que una peonza, así le daba vueltas la cabeza.

—¿Que me *amas*? —instó con incredulidad—. ¿Cómo sabes lo que sienten por mí Elayne o Aviendha? ¡Luz! Mandelain puede hacer lo que le dé la gana, Min, pero yo no soy Aiel. —Frunció el entrecejo—. ¿Y qué es eso que has dicho sobre contarme sólo parte de tus visiones? Creía que me contabas todo. Y entérate: a ti también te mandaré lejos, a un lugar donde estés a salvo. ¡Y deja de encoger la nariz así! ¡No huelo mal!

Retiró bruscamente la mano con la que se rascaba por debajo de la chaqueta. Las cejas arqueadas de Min hablaban por sí solas, pero, aun así, su lengua no renunció a poner su granito de arena.

—¿Te atreves a usar ese tono? ¿Como si no lo creyeses? —De repente empezó a subir el timbre de voz con cada palabra y le hincó el índice en el pecho como si intentara traspasarlo con él—. ¿Crees que me acostaría con un hombre al que no amo? ¿Lo crees? ¿O es que piensas que no mereces que te amen? ¿Es eso? —Emitió un ruido como el de un gato al que le pisan la cola—. De modo que soy una especie de casquivana sin pizca de cerebro, enamorada de un patán inútil, ¿no? Te sientas ahí,

boquiabierto como un buey atontado y menospreciando mi inteligencia, mis gustos, mi…

—Si no te calmas y dejas de decir tonterías —gruñó él—, ¡juro que te daré de azotes! —Sus últimas palabras salieron sin saber cómo, seguramente el producto de noches en vela y confusión, pero antes de que tuviese tiempo de discurrir una disculpa, Min sonrió. ¡Sonrió!

—Por lo menos ya no estás enfurruñado —comentó—. No vuelvas a compadecerte y a lloriquear, Rand; no se te da bien. Bueno, vamos a ver. ¿Quieres sentido común? Te amo, y no voy a marcharme. Si intentas alejarme, les diré a las Doncellas que me deshonraste y ahora me das de lado. Se lo diré a todo el que quiera escucharme. Les contaré…

Rand alzó la mano derecha y examinó la palma, donde resaltaba claramente la marca de la garza, y después la miró a ella. Min echó una ojeada a la mano del joven, con cautela, y rebulló en sus rodillas; luego hizo caso omiso, ostentosamente, de todo salvo su rostro.

—No me iré, Rand —repitió en tono quedo—. Me necesitas.

—¿Cómo lo consigues? —suspiró él mientras se recostaba prestamente en el sillón—. Incluso cuando me llevas la contraria y me calientas la cabeza, logras que mis problemas disminuyan.

—Te hace falta que te lleven la contraria más a menudo —repuso ella con un resoplido—. Bueno, dime. Esa Aviendha, supongo que no tendremos la suerte de que sea tan huesuda y marcada de cicatrices como Nandera.

Rand se echó a reír a despecho de sí mismo. Luz, ¿cuánto hacía que no reía con ganas?

—Min, podría decirte que es tan hermosa como tú, pero ¿acaso pueden compararse dos bellos amaneceres?

Durante unos segundos se quedó mirándolo, con una sonrisa apuntando en sus labios como si no supiera si reaccionar con sorpresa o deleite.

—Eres un hombre muy peligroso, Rand al'Thor —murmuró al tiempo que se inclinaba lentamente hacia él. Rand pensó que podría sumergirse en sus ojos y perderse en ellos. Todas esas ocasiones en las que se había sentado en sus rodillas y lo había besado, todas esas veces que él pensó que sólo se burlaba de un chico de campo, casi se había vuelto loco de ganas por besarla y no parar nunca. Ahora, si lo besaba de nuevo…

La agarró firmemente por los brazos, se puso de pie y la soltó en el suelo. La amaba, y ella le correspondía, pero tenía que recordar que deseaba besar a Elayne cuando pensaba en ella, y también a Aviendha. Dijera lo que dijera Min sobre Rhuarc o cualquier hombre Aiel, había hecho un mal negocio el día que se enamoró de él.

—Hablaste de parte de las visiones, Min. ¿Qué es lo que no me has contado? —

preguntó en tono tranquilo.

La mujer lo miró con lo que podría interpretarse como frustración, salvo que, por supuesto, eso no podía ser.

—Estás enamorada del Dragón Renacido, Min Farshaw, y más te vale que lo recuerdes —rezongó ella—. Y también será mejor que lo recuerdes tú, Rand —añadió mientras se apartaba. Él la soltó de mala gana. O con gusto; no habría sabido discernirlo—. Hace media semana que regresaste a Cairhien y aún no has hecho nada con respecto a los Marinos. Berelain pensó que quizás intentarías dar largas al asunto otra vez. Me dejó una carta en la que me pedía que te lo recordara sin descanso, sólo que tú no me permitiste… En fin, dejemos eso. Berelain cree que son importantes para ti de algún modo; dice que eres la realización de cierta profecía que tienen.

—Sé todo eso, Min. Yo… —Se había planteado no involucrar a los Marinos con él; en las Profecías del Dragón no había mención sobre eso que él hubiese visto. Pero, si iba a dejar que Min se quedase a su lado, que corriera el riesgo… La mujer había ganado, comprendió. Se le había partido el alma al ver marcharse a Elayne. El corazón se le puso en un puño cuando se separó de Aviendha. No podría pasar por lo mismo otra vez. Min seguía esperando a que hablara—. Iré a su barco. Hoy. Los Marinos podrán arrodillarse ante el Dragón Renacido en todo su esplendor. Supongo que en ningún momento hubo otra opción. O son míos, o están contra mí. Así es como parece ocurrir siempre. Y ahora, ¿querrás hablarme de esas visiones?

—Rand, deberías informarte de sus costumbres y de cómo son antes de ir…

—Las visiones, Min.

Ella se cruzó de brazos y lo miró ceñuda. Se mordisqueó el labio inferior, dirigió una ojeada malhumorada hacia la puerta. Sacudió la cabeza y rezongó algo entre dientes.

—En realidad es sólo una —dijo por fin—. Estaba exagerando. Te vi a ti y a otro hombre. No distinguí ninguno de los dos rostros, pero sabía que uno eras tú. Os tocabais y parecía que os fundíais el uno en el otro, y… —Su boca se puso tensa en un gesto preocupado; cuando habló, casi lo hizo en un susurro—. Ignoro lo que significa, Rand, excepto que uno de vosotros muere y el otro, no. Yo… ¿Por qué sonríes? No tiene ninguna gracia, Rand. No sé cuál de vosotros muere.

—Sonrío porque me has dado una noticia muy buena —contestó él mientras le acariciaba la mejilla. El otro hombre tenía que ser Lews Therin. «No estoy loco ni oigo voces que no existen», pensó, jubiloso. Uno vivía y el otro moría, pero sabía desde hacía mucho tiempo que él iba a morir. Al menos no había perdido la razón. O no tanto como había temido. Seguía quedando el genio que controlaba a duras penas —. Verás, yo…

De repente cayó en la cuenta de que había pasado de rozarle la mejilla a tomar su cara con las dos manos. Las retiró como si se hubiese quemado. Min apretó los labios

y le asestó una mirada de reproche, pero Rand no estaba dispuesto a aprovecharse de ella. No sería justo para la mujer. Por suerte, su estómago sonó ruidosamente en ese momento.

—Necesito comer algo si voy a ir a reunirme con los Marinos. Vi una bandeja en…

Más que aspirar por la nariz con desdén, Min resopló mientras se daba media vuelta y se encaminaba hacia las altas puertas.

—Lo que necesitas es un baño si vamos a visitar a los Marinos.

Nandera se mostró encantada, asintió enérgicamente e impartió órdenes a las Doncellas, que salieron corriendo. Se inclinó hacia Min para hablar.

—Debería haberte dejado entrar el primer día. Habría querido darle de patadas, pero eso no se hace al *Car'a'carn*. —Por su tono, habría que haberlo hecho. Habló en voz baja, pero no tanto como para que él no la oyera. Rand estaba seguro de que era a propósito; la mirada que le lanzó era demasiado cortante para interpretarla de otro modo.

Las Doncellas mismas llevaron la enorme bañera de cobre y, una vez que la soltaron en el suelo, intercambiaron comentarios con el lenguaje de las manos, riendo y demasiado excitadas para dejar que los sirvientes del Palacio del Sol se encargasen del trabajo y llevasen los humeantes cubos de agua caliente. A decir verdad, Rand tuvo que luchar a brazo partido para desnudarse él solo y también para bañarse sin ayuda, aunque no pudo escapar de que Nandera le enjabonara el pelo. La rubísima Somera y la pelirroja Enaila insistieron en afeitarlo mientras seguía sentado en la bañera, y se concentraron en la tarea de tal modo que parecían temer que pudieran cortarle el cuello. Rand ya estaba acostumbrado a eso de ocasiones anteriores, en las que se habían negado a dejarlo utilizar la brocha y la navaja por sí mismo. También se había acostumbrado a que las Doncellas se quedaran mientras se bañaba, mirándolo y preguntándole si le restregaban la espalda o los pies, todo ello acompañado de muchos movimientos de manos en una charla silenciosa, mostrándose aún bastante escandalizadas al ver a alguien sentado en agua. Por suerte, se las ingenió para librarse al menos de unas cuantas despachándolas con distintas órdenes.

A lo que no estaba acostumbrado era a Min, sentada de piernas cruzadas en la cama, con la barbilla apoyada en las manos y observando todo el proceso con evidente fascinación. En medio de tantas Doncellas, Rand no se había percatado de la presencia de la mujer hasta que se hubo desnudado, y entonces sólo le quedó sentarse lo más rápido posible, de manera que el agua rebosó y se salió por los costados de la bañera. Min no desentonaba con las Doncellas; hablaba de él con las demás sin recato, ¡sin ruborizarse en absoluto! Fue él quien se puso colorado.

—Sí, es muy modesto —decía Min, mostrándose de acuerdo con Malindare, una

mujer más metida en carnes de lo que era habitual en las Doncellas, y con el pelo más negro que había visto en un Aiel—. La modestia corona las cualidades de un hombre.

Malindare asentía muy seria, pero Min exhibía una sonrisa de oreja a oreja. Los comentarios siguieron.

—Oh, no, Domeille, sería una lástima estropear una cara tan bonita con una cicatriz.

Domeille, más canosa y nervuda que Nandera y con una barbilla prominente, insistía en que, para que Rand fuera realmente guapo, le faltaba una cicatriz que resaltara su hermosura. Literalmente. Y lo que vino luego fue peor. A las Doncellas parecía gustarles sacarle los colores a la menor oportunidad. Min, desde luego, disfrutaba haciéndolo.

—Tendrás que salir antes o después, Rand —dijo mientras sostenía en alto una gran toalla blanca. La mujer se encontraba a tres o cuatro pasos de la bañera, y las Doncellas se habían retirado y formaban un círculo expectante. La sonrisa de Min era tan ingenua que cualquier magistrado la habría hallado culpable sólo por ello—. Sal y sécate, Rand.

En toda su vida se había sentido más aliviado de ponerse la ropa.

Para entonces, todas sus órdenes se habían llevado a cabo y todo estaba preparado. Rand al'Thor podría haber echado raíces en la bañera, pero el Dragón Renacido iría a visitar a los Marinos con un aspecto que los haría arrodillarse ante él con sobrecogido pasmo.

34



Ta'veren

Todo se había dispuesto como Rand había ordenado en el patio principal del Palacio del Sol. O casi todo. El sol matinal arrojaba sombras sesgadas desde las torres escalonadas, de manera que sólo estaban iluminados diez pasos delante de las altas puertas de bronce. Dashiva, Flinn y Narishma, los tres Asha'man que había elegido para que se quedaran, esperaban junto a los caballos; incluso Dashiva tenía un aspecto resplandeciente con la espada de plata y el dragón rojo y dorado prendidos en el cuello negro de la chaqueta, aunque todavía se las arreglaba para asir la espada que colgaba a su costado como si lo sorprendiera constantemente hallarla allí. Un centenar de soldados de Dobraine se encontraban en sus monturas detrás de su señor, con dos largas banderas que colgaban fláccidas al no soplar nada de aire, las oscuras armaduras recién lacadas de manera que relucían al sol, y cintas de seda en colores rojo, blanco y negro atadas debajo de las moharras de las lanzas. Lanzaron un vítor cuando Rand apareció, el cinturón de la espada con la hebilla en forma de dragón dorado abrochado sobre una chaqueta roja, adornada con profusión de bordados en oro.

—¡Al'Thor! ¡Al'Thor! ¡Al'Thor!

El clamor resonaba en el patio. La gente que abarrotaba las balconadas en arco se sumó a la aclamación; tearianos y cairhieninos con sus sedas y encajes que menos de una semana antes aclamaban con igual entusiasmo a Colavaere; hombres y mujeres que habrían preferido que jamás regresara a Cairhien, algunos de ellos, agitando los brazos y clamando a voz en cuello. Rand alzó el Cetro del Dragón en respuesta, y ellos vociferaron más fuerte.

Superando el clamor sonó el atronador redoble de tambores y toque de trompetas producido por otra docena de hombres de Dobraine, éstos vestidos con tabardos carmesíes y el disco negro y blanco sobre el pecho, la mitad llevando los instrumentos de viento, adornados con los mismos colores, y la otra mitad con timbales decorados de igual modo y colgando a ambos costados de los caballos. Cinco Aes Sedai cubiertas con los chales salieron a su encuentro cuando bajó la amplia escalinata. Al menos, se acercaron majestuosamente hacia él. Alanna le

dirigió una mirada escrutadora con aquellos ojazos oscuros y penetrantes —la tenue percepción de emociones dentro de su cabeza le reveló a Rand que la mujer se sentía más tranquila, más relajada de lo que había percibido nunca— y a continuación, tras el breve examen, hizo un leve gesto; Min le tocó el brazo e hizo un aparte con ella. Bera y las demás le dedicaron una reverencia apenas insinuada, inclinando ligeramente las cabezas, mientras los Aiel salían en tropel de palacio en pos de él.

Nandera iba al mando de doscientas Doncellas —no estaban dispuestas a que los «quebrantadores de juramentos» las eclipsaran—, y Camar, un Daryne larguirucho de Pico Corvo, más canoso que Nandera y media cabeza más alto que Rand, dirigía a doscientos *Seia Doon* que no consentirían verse desmerecidos por las *Far Dareis Mai*, cuanto menos por los cairhieninos. Pasaron junto a Rand y las Aes Sedai por ambos lados para rodear el patio. Bera, con su aspecto de orgullosa ama de casa campesina, y Alanna, cual reina de morena belleza, ambas luciendo sus chales de flecos verdes; la regordeta Rafela, aún más atezada, envuelta en el suyo de color azul y observándolo con ansiedad; otra Verde, Faeldin, con sus ojos impasibles y las finas trenzas entretejidas con cuentas de colores; la esbelta Merana, con su chal de flecos grises, cuyo entrecejo fruncido hacía que Rafela pareciese la viva imagen de la serenidad Aes Sedai. Cinco en total.

—Noto que faltan dos Aes Sedai. ¿Dónde están Kiruna y Verin? ¿Cómo es que no han venido? —demandó Rand—. Os convoqué a todas.

—Lo hicisteis, milord Dragón —respondió sosegadamente Bera. Volvió a hacer otra reverencia, muy superficial, pero bastó para sorprenderlo—. No localizamos a Verin; se encuentra por alguna parte de las tiendas Aiel, interrogando a… —Su tono sosegado dio paso a un fugaz titubeo—. A las prisioneras, creo, para intentar descubrir qué habían planeado cuando llegasen a Tar Valon. —Es decir, cuando él llegase a Tar Valon; sabía muy bien el terreno que pisaba como para soltar tal cosa donde todo el mundo podía oírla—. Y Kiruna se ha reunido con Sorilea para… deliberar sobre un asunto de protocolo. Pero estoy segura de que se unirá gustosamente a nosotros si enviáis un emplazamiento personal a Sorilea. Podría ir yo misma si os…

Rand desestimó la oferta con un ademán. Cinco serían suficientes. Tal vez Verin descubría algo. ¿Deseaba realmente saberlo? En cuanto a Kiruna… ¿Un asunto de *protocolo*?

—Me alegra que os llevéis bien con las Sabias.

Bera empezó a hablar, pero luego cerró la boca prietamente. Lo que fuera que Alanna estuviese diciendo a Min había provocado que ésta se pusiera colorada y que alzase el mentón, aunque, curiosamente, parecía contestar con bastante calma. Se preguntó si luego se lo contaría a él. Una cosa que tenía muy clara sobre las mujeres era que todas guardaban secretos en su corazón que a veces compartían con otras

mujeres, pero jamás con un hombre. Eso era lo único que sabía con certeza en cuanto al sexo opuesto.

—No he salido para quedarme plantado aquí todo el día —instó en tono irritado. El grupo de Aes Sedai quedó encabezado por Bera, un paso más atrás. Si no hubiese sido ella, habría sido Kiruna. Su propia organización, no la marcada por él. En realidad no le importaba, siempre y cuando se atuvieran a su juramento, y no habría hecho objeciones de no ser por Min y Alanna—. Merana será vuestra portavoz de ahora en adelante; ella os transmitirá las órdenes.

Por el modo en que los ojos de todas se abrieron de par en par cualquiera habría dicho que las había abofeteado. Incluida Merana. Hasta Alanna giró bruscamente la cabeza en su dirección. ¿A qué venía esa reacción de sobresalto? Cierto, Bera o Kiruna habían sido las que habían llevado la voz cantante casi siempre desde los pozos de Dumai, pero Merana era la embajadora enviada a Caemlyn.

—¿Estás lista, Min? —preguntó y, sin esperar respuesta, echó a andar hacia el patio. Le habían llevado el enorme y feroz castrado negro que montó durante el viaje de vuelta de los pozos de Dumai; la silla, de alto borrén trasero, era dorada e iba instalada sobre una sudadera carmesí con un disco blanco y negro bordado en cada esquina. Los arreos no podían ser más apropiados para el animal, así como su nombre: *Tai'Daishar*, término de la Antigua Lengua que significaba «Señor de la Gloria». Y el conjunto, corcel y jaeces, se ajustaba pertinentemente al Dragón Renacido.

Mientras Rand montaba el enorme caballo, Min se ajustó los guantes antes de subirse a la silla de *Seiera*, la yegua parda que había montado en el viaje de vuelta.

—*Seiera* es un precioso animal —comentó mientras palmeaba el cuello arqueado de la yegua—. Ojalá me perteneciera. Y también me gusta su nombre. Es como llamamos a una especie de nomeolvides que crece en Baerlon y que en primavera florece por todas partes.

—Tuya es —dijo Rand. Fuese cual fuese la Aes Sedai a la que perteneciera, no se negaría a vendérsela. A Kiruna le pagaría mil coronas por *Tai'Daishar*, así no podría protestar, ya que ni el mejor semental de la cabaña teariana costaría una décima parte —. ¿Sostuviste una conversación interesante con Alanna?

—Nada que pueda interesarte —respondió bruscamente, pero un tenue rubor tiñó sus pómulos.

Él resopló suavemente antes de levantar la voz:

—Lord Dobraine, creo que ya he hecho esperar demasiado a los Marinos.

A medida que se corrió la voz, el paso de la procesión atrajo multitudes a lo largo de las amplias avenidas y curiosos apiñados en ventanas y terrazas. Veinte lanceros de Dobraine abrían la marcha para despejar el camino, junto con treinta Doncellas y otros tantos Ojos Negros; a continuación iban los tambores y trompetas. Las voces de

los instrumentos casi quedaban ahogadas por los gritos de los espectadores, un clamor ambiguo que igual podía ser iracundo como aprobador. Las banderas tremolaban —el blanco Estandarte del Dragón y la escarlata Enseña de la Luz— justo delante de Dobraine y detrás de Rand; Aiel velados trotaban junto a los lanceros, cuyas cintas también ondeaban al aire. De cuando en cuando alguien echaba flores a su paso. Quizá no lo odiaban; tal vez sólo le temían. Tendría que conformarse con eso.

—Un séquito digno de cualquier rey —comentó Merana en voz alta, para que se la oyese.

—Entonces es suficiente para el Dragón Renacido —replicó, con voz cortante, Rand—. Quédate un poco más atrás, haz el favor, Merana. Y tú también, Min.

No sería la primera vez que en las azoteas se escondían asesinos. La saeta de una ballesta disparada contra él no haría blanco en una mujer en ese día.

Las dos mujeres se retrasaron un poco con respecto al gran corcel negro de Rand, aunque sólo durante tres pasos pues enseguida se encontraron de nuevo casi pegadas a él; Min empezó a decirle que Berelain había escrito sobre los Marinos en los barcos, la Profecía Jendai y el Coramoor, y Merana añadió que ella conocía la existencia de esa profecía, aunque admitió que no sabía demasiado sobre ella, quizá sólo un poco más que Min.

Rand, pendiente de tejados y azoteas, las escuchó a medias. No asía el *Saidin*, pero lo sentía llenando a Dashiva y a los otros dos, justo detrás de él. Por el contrario, no percibía el cosquilleo que anunciaba que una Aes Sedai abrazaba el *Saidar*, pero les había dicho que no lo hicieran sin su permiso. Quizá debería cambiar eso. Parecían estar cumpliendo el juramento. ¿Y cómo no? Eran Aes Sedai. Menuda situación si recibía una cuchillada asesina mientras una de las hermanas intentaba decidir si su promesa de servirle significaba salvarlo u obedecer su orden de no encauzar.

—¿De qué te ríes? —quiso saber Min. Hizo que *Seiera* se acercase un poco más a él y le sonrió.

—Esto no es cosa de risa, milord Dragón —adujo ásperamente Merana, al otro lado—. Los Atha'an Miere pueden llegar a ser muy quisquillosos. Cualquier pueblo se muestra susceptible en lo tocante a sus profecías.

—El mundo entero es cosa de risa —le contestó, y Min se unió a sus carcajadas, pero Merana resopló y volvió de inmediato al tema de los Marinos en cuanto dejó de reírse.

Las altas murallas de la ciudad llegaban hasta el río y flanqueaban los largos embarcaderos de piedra que penetraban en el agua desde el muelle principal. Barcos fluviales, botes y barcazas de todo tipo y tamaño permanecían amarrados por doquier; las tripulaciones se encontraban en cubierta para ver qué causaba el alboroto, pero la

embarcación que Rand buscaba se hallaba preparada y aguardando, amarrada en el extremo de un embarcadero, que ya había sido despejado de braceros y estibadores. Era un bajel que llamaban drakar, un bote largo y estrecho, sin mástiles, sólo con un asta de proa de cuatro pasos de alto, rematada por un fanal, y otra en la popa. Medía treinta pasos de eslora y contaba con otros tantos remos y, aunque no podía llevar la carga que transportaría una embarcación del mismo tamaño, tampoco dependía del viento, de modo que, gracias a su corto calado, podía viajar día y noche utilizando remeros por turnos. Estos tipos de bajeles se empleaban en los ríos para transporte de urgencia e importancia. A Rand le había parecido que era el más apropiado para el caso.

El capitán empalmó una reverencia tras otra mientras Rand descendía por la rampa de embarque, con Min del brazo y las Aes Sedai y los Asha'man pisándole los talones. Elver Shaene era incluso más larguirucho que su embarcación, y vestía una chaqueta murandiana de color amarillo que le llegaba a las rodillas.

—Es un honor transportaros, milord Dragón —murmuró al tiempo que se enjugaba la calva cabeza con un enorme pañuelo—. Un honor, sí. Un gran honor, ya lo creo. Un honor.

Obviamente, el hombre habría preferido tener su barca llena hasta el borde de víboras. Parpadeó al reparar en los chales de las Aes Sedai y miró de hito en hito sus rostros intemporales; se lamió los labios mientras sus ojos pasaban rápidamente de ellas a Rand y viceversa. Los Asha'man consiguieron que se quedase boquiabierto una vez que su mente encajó las chaquetas negras con los rumores que corrían, y, a partir de ese momento, evitó echar una sola ojeada en su dirección. Shaene contempló cómo Dobraine conducía a los portaestandartes a bordo, y a los trompetas y tambores, cargados con sus instrumentos, y luego dirigió la vista hacia los soldados a caballo que se alineaban en el muelle, como si sospechase que podrían querer subir a bordo también. Nandera, seguida de veinte Doncellas, y Camar más veinte Ojos Negros, todos ellos con los negros velos envueltos en la cabeza pero sin cubrir sus rostros, hicieron que el capitán se retirase rápidamente a fin de poner a las Aes Sedai entre los Aiel y él. Los Aiel estaban ceñudos, ya que el breve instante que necesitaban para velarse podría retrasarlos, pero quizá los Marinos sabían lo que significaba el velo, y no les haría ninguna gracia pensar que iban a atacarlos. Rand temió que el pañuelo de Shaene acabara por arrastrar los ralos cabellos grises que le quedaban.

El bajel se apartó del muelle impulsado por los remos, con las dos banderas ondeando en la proa, los tambores resonando y las trompetas tocando. En el río, la gente subía a cubierta en los barcos para observar e incluso trepaba por los aparejos. También aparecieron en la cubierta del barco de los Marinos, la mayoría de los marineros con atuendos de llamativos colores, a diferencia de las ropas de tonos apagados que se veían en otras embarcaciones. El *Espuma Blanca* era un barco más

grande que la mayoría, aunque también más estilizado, de líneas más elegantes, con dos altos mástiles inclinados hacia atrás y la arboladura en cruz, mientras que casi todas las demás embarcaciones tenían las vergas en sesgo y más largas que los mástiles. Todo en él denotaba diferenciación, aunque Rand sabía que al menos en una cosa los Atha'an Miere tenían que ser como el resto del mundo; podían acceder a seguirlo por propia iniciativa o verse obligados a hacerlo. Las Profecías establecían que él uniría a las gentes de todas las naciones: «Aunará el norte con el este, y el oeste con el sur». Así lo anunciaban, y no podía permitir que nadie se quedara al margen. Eso era algo que ahora sabía con certeza.

Al haber impartido órdenes mientras se bañaba, no había tenido oportunidad de entrar en detalles acerca de lo que se proponía hacer una vez que llegasen al *Espuma Blanca*, de modo que los puso al corriente en ese momento. Los pormenores provocaron algunas sonrisas entre los Asha'man, como era de esperar —es decir, Flinn y Narishma sonrieron, en tanto que Dashiva parpadeaba con gesto ausente— y ceños entre los Aiel, también como era de esperar. No les gustaba ser relegados. Dobraine se limitó a asentir; sabía que su presencia allí tenía como único propósito contribuir al espectáculo. Lo que Rand no esperaba fue la sumisa reacción de las Aes Sedai.

—Se hará como ordenáis, milord Dragón —manifestó Merana al tiempo que realizaba una de sus mínimas reverencias.

Las otras cuatro intercambiaron miradas, pero de inmediato se sumaron a la reverencia y al «como ordenéis» de su portavoz. Ninguna protestó, no hubo un solo gesto ceñudo ni una mirada altanera ni una enumeración de razones por las que debería hacerse de cualquier otro modo salvo el señalado por él. ¿Acaso podía empezar a confiar en ellas? ¿O era que habían hallado una forma de zafarse de sus juramentos tan pronto como les volvía la espalda, al más puro estilo Aes Sedai?

—Mantendrán su promesa —murmuró inopinadamente Min, como si hubiese leído sus pensamientos. Enlazada a su brazo y con las dos manos asidas a la manga de la chaqueta, mantuvo un tono lo bastante bajo para que sólo él la oyera—. Acabo de ver a esas cinco en la palma de tu mano —añadió, por si acaso no la había entendido.

Ésa era una idea que Rand no estaba del todo seguro de poder asimilar como un hecho, a pesar de que fuera una de las visiones de Min. Tampoco dispuso de mucho tiempo para intentarlo. El bajel se deslizó veloz sobre el agua y, en un santiamén, los remos se sumergieron en sentido inverso para empezar a frenar la embarcación, a unos veinte pasos del costado del *Espuma Blanca*, mucho más alto. Timbales y trompetas callaron y Rand encauzó, creando un puente de Aire entretejido con Fuego que conectaba la borda del bajel con la del barco de los Marinos. Con Min del brazo, empezó a cruzarlo caminando por el aire para los ojos de cualquiera salvo para los de

los Asha'man.

Casi esperaba que la mujer vacilase, al menos al principio, pero ella se limitó a caminar a su lado como si hubiese sólida piedra bajo sus botas de tacón.

—Confío en ti —musitó en voz baja. También sonrió, en parte un gesto reconfortante y en parte, pensó Rand, porque le divertía haberle leído el pensamiento otra vez.

Se preguntó hasta qué punto confiaría en él si supiese que aquélla era la máxima distancia a la que podía tejer un puente así. Un paso más, un palmo, y se habría venido abajo nada más pisarlo. A partir de ahí, era como intentar elevarse uno mismo mediante el Poder: un imposible; ni siquiera los Renegados sabían cómo, al igual que ignoraban por qué una mujer podía crear un puente más largo que un varón aunque fuese menos fuerte en el Poder. No tenía que ver con el peso; esos puentes aguantaban cualquier carga.

A corta distancia de la borda del *Espuma Blanca*, Rand se paró, plantado en el aire. A pesar de las descripciones de Merana, le impresionaron las personas que le sostuvieron la mirada: mujeres de piel morena con blusas de vivos colores sobre los pantalones amplios y oscuros, y hombres con el torso al aire y fajines multicolores que les colgaban hasta la rodilla, todos con cadenas de oro y plata en los cuellos, aros en las orejas y, en el caso de algunas mujeres, en las aletas de la nariz, nada menos. Ninguno de aquellos rostros traslucía más expresión que una Aes Sedai que se esforzara por mostrarse impasible. Cuatro de las mujeres, a pesar de ir descalzas como todos los demás, lucían ropas de brillantes sedas, dos con brocados, y también llevaban más collares y pendientes que cualquiera de los otros; una cadenilla adornada con pequeños medallones unía uno de los pendientes al aro de la aleta de la nariz. No dijeron palabra, limitándose a permanecer juntas y a observarlo mientras olisqueaban unas cajitas de filigrana de oro que colgaban de una de las cadenas del cuello. Rand se dirigió a ellas.

—Soy el Dragón Renacido. El Coramoor.

Una ahogada exclamación general se alzó entre la tripulación, pero no ocurrió igual con las cuatro mujeres.

—Soy Harine din Togara Dos vientos, Señora de las Olas del clan Shodin —anunció la que lucía más pendientes, cinco aros de oro en cada oreja, una mujer atractiva de labios carnosos, vestida con brocado rojo. Su cabello liso y negro tenía algunos mechones blancos, y se le marcaban finas arrugas en los rabillos de los ojos. Poseía una imponente dignidad—. Hablo en nombre de la Señora de los Barcos. Por la gracia de la Luz, el Coramoor puede subir a bordo.

Por alguna razón, dio un respingo, al igual que las otras tres que se encontraban con ella, aunque en opinión de Rand aquello había sonado demasiado a autorización. Subió a bordo con Min, reprochándose para sus adentros haberse parado, como si

esperase permiso para seguir.

Soltó el *Saidin* y con él el puente, pero de inmediato notó que otro lo reemplazaba. De inmediato, los Asha'man y las Aes Sedai se encontraban con él, las hermanas tan poco nerviosas como Min un momento antes, si bien una o dos se alisaron las faldas un poco más de lo preciso. Todavía no se sentían tan cómodas como daban a entender habiendo cerca Asha'man.

Las cuatro mujeres Atha'an Miere echaron una ojeada a las Aes Sedai y de inmediato formaron un apiñado grupo y se pusieron a cuchichear. Harine llevaba la voz cantante, y también una mujer joven y bonita, vestida con brocado verde y ocho pendientes en total, pero las dos que llevaban ropa de seda normal sólo hacían alguno que otro comentario.

Merana tosió suavemente y se puso la mano delante de la boca.

—He oído que os ha llamado el Coramoor —musitó la Aes Sedai en voz baja—. Según tengo entendido, los Atha'an Miere son negociadores duros; en consecuencia, creo que ha hecho una concesión al admitiros como tal.

Rand asintió y miró de soslayo a Min. Ésta observaba atentamente a las cuatro mujeres de los Marinos, pero tan pronto como advirtió la ojeada de él, sacudió la cabeza en actitud pesarosa; aún no veía nada que pudiese servirle de ayuda. Harine se giró tranquilamente, como si no hubiese sostenido una precipitada conferencia con las otras.

—Ésta es Shalon din Togara Marea Matutina, Detectora de Vientos del clan Shodin —dijo mientras señalaba con un leve cabeceo a la mujer vestida con brocado verde—. Y ésta es Derah din Selaan Aguas de Creciente, Navegante del *Espuma Blanca*.

Las dos mujeres inclinaron la cabeza levemente cuando las nombró, y se llevaron los dedos a los labios.

Derah, una mujer atractiva de mediana edad, un poco más baja que las otras, vestía seda azul y lucía también ocho pendientes, aunque éstos, el aro de la nariz y la cadena que los unía eran más pequeños y finos que los de Harine y Shalon.

—Te doy la bienvenida a mi barco —dijo—, y que la gracia de la Luz te acompañe hasta que abandones su cubierta. —Hizo un ligero gesto hacia la cuarta mujer, que vestía de amarillo—. Ésta es Taval din Chanai Nueve Gaviotas, Detectora de Vientos del *Espuma Blanca*.

Taval sólo llevaba tres pendientes en cada oreja, igual de finos que los de la Navegante. Parecía más joven que Shalon, más o menos de la edad de Rand.

—Hablaremos en mi camarote, si te parece bien. Un barco remontador no es grande, Rand al'Thor, y el camarote es reducido, de modo que nos acompañarás solo, pero aquí todo garantiza tu seguridad.

Vaya. Del Coramoor a Rand al'Thor, sin más. Esa mujer retiraría lo que había

concedido si pudiese. Iba a abrir la boca para acceder —cualquier cosa con tal de acabar con aquello de una vez— cuando Merana soltó otra tosecilla.

—Las Detectoras de Vientos pueden encauzar —susurró apresuradamente tras la mano—. Deberían acompañaros dos hermanas, o dará la impresión de que tienen la sartén por el mango.

Rand frunció el entrecejo. ¿La sartén por el mango? Él era el Dragón Renacido, después de todo. Aun así…

—Iré con gusto, Señora de las Olas, pero Min, aquí presente, no se separa de mí. —Dio unas palmaditas en la mano de la joven, que no se había soltado de su brazo en ningún momento.

Harine asintió; Taval ya sostenía abierta la puerta, en tanto que Derah lo invitaba a entrar al tiempo que hacía otra de aquellas mínimas inclinaciones de cabeza.

—Y Dashiva, naturalmente —añadió Rand.

El susodicho dio un respingo al oír su nombre, como si hubiese estado dormido. Al menos no miraba en derredor con los ojos muy abiertos, como Flinn y Narishma. Mirando fijamente a las mujeres. Las historias hablaban de la belleza seductora de las Atha'an Miere, y Rand podía dar constancia de ello —caminaban como si fueran a empezar a bailar en cualquier momento, con sinuosos contoneos— pero no había llevado a los hombres allí para que se las comieran con los ojos.

—¡Y estad atentos! —los instó duramente.

Narishma enrojeció, se puso erguido y se llevó el puño al pecho. Flinn se limitó a saludar, pero ambos parecían más alertas. Por alguna razón que Rand no entendió, Min alzó la cabeza para mirarlo con un atisbo de sonrisa irónica.

Harine asintió de nuevo, esta vez con cierta impaciencia. Un hombre se adelantó de entre la tripulación; vestía amplios pantalones de seda verde y, metidas bajo el fajín, llevaba una espada con la empuñadura de marfil y una daga. Más canoso que ella, también lucía cinco aros pequeños en cada oreja. La Señora de las Olas le hizo señas para que regresara a su puesto, aún con más impaciencia.

—Como gustes, Rand al'Thor —dijo.

—Y, por supuesto —agregó Rand, como si acabara de ocurrírsele—, deben acompañarme Merana y Rafela.

Ignoraba por qué había elegido a la segunda —quizá porque la rellenita teariana era la única que no pertenecía al Ajah Verde, salvo Merana— pero, para su sorpresa, la propia Merana sonrió con aprobación. Y Bera asintió igualmente, como también Faeldrin y Alanna. Harine no mostró aprobación y sus labios se apretaron antes de que pudiese controlar el gesto.

—Como gustes —repitió, no tan cortésmente como antes.

Cuando hubo entrado en el camarote, donde todo salvo unos pocos baúles forrados de latón parecía construido en las paredes, Rand ya no estuvo tan seguro de

que la mujer no hubiese logrado lo que buscaba por el simple hecho de llevarlo allí. Para empezar, se vio obligado a mantener inclinada la cabeza, incluso entre las vigas del techo, o como se llamaran en un barco. Había leído varios libros sobre embarcaciones, pero ninguno mencionaba aquello. La silla que le ofrecieron, en el extremo de la estrecha mesa, no podía correrse ya que estaba fijada a la cubierta, y una vez Min le mostró cómo correr el pasador para levantar el brazo de la silla y así poder sentarse, resultó que las rodillas le rozaban en la parte inferior del tablero de la mesa. Sólo había ocho asientos. Harine ocupó el de la cabecera, de espaldas a las ventanas cerradas de la popa, con su Detectora de Vientos a su izquierda, la Navegante a su derecha y Taval a continuación de ésta. Merana y Rafela se acomodaron en las sillas que había a continuación de Shalon, y Min a la izquierda de Rand, en tanto que Dashiva, al no disponer de asiento para él, se quedó de pie junto a la puerta, sin problemas para mantenerse erguido, aunque las vigas casi le rozaban también la cabeza. Una joven vestida con una blusa de color azul intenso y luciendo un pendiente en cada oreja sirvió gruesas tazas con té, oscuro y amargo.

—Acabemos con esto de una vez —instó Rand al'Thor con irritación tan pronto como la mujer joven se marchó con la bandeja. Dejó su taza de té en la mesa después de dar un sorbo. No podía estirar las piernas; detestaba sentirse constreñido. El recuerdo de estar doblado dentro del baúl pasó de forma fugaz por su mente y hubo de hacer un gran esfuerzo para contener la ira—. La Ciudadela de Tear ha caído, los Aiel han cruzado la Pared del Dragón. Todas las partes de vuestra Profecía Jendai se han cumplido. Soy el Coramoor.

Harine sonrió tras su taza; fue una sonrisa fría en la que no había el menor rastro de alegría.

—Puede que sea así, si la Luz quiere, pero…

—Lo *es* —espetó Rand a despecho de la mirada de advertencia que le dirigió Merana; la Aes Sedai llegó incluso a tocarle la pierna con el pie, pero Rand también hizo caso omiso de eso. El espacio del camarote parecía haberse encogido de algún modo—. ¿Qué es lo que no crees, Señora de las Olas? ¿Que las Aes Sedai me sirven? Rafela, Merana. —Hizo un gesto perentorio.

Sólo había querido que acudieran a su llamada y que quedara patente que iban, pero las dos mujeres dejaron sus tazas, se incorporaron ágilmente, llegaron junto a él y se arrodillaron una a cada lado. Luego tomaron sus manos en las suyas y posaron los labios en el dorso, justo en la brillante cabeza leonina del dragón que se enroscaba en torno a su antebrazo. Rand se las arregló a duras penas para ocultar su conmoción, sin apartar los ojos de Harine, cuyo semblante se puso un tanto ceniciento.

—Las Aes Sedai me sirven, y así lo harán los Marinos. —Indicó con un gesto a las hermanas que regresaran a sus asientos. Cosa extraña, parecieron un tanto sorprendidas—. Eso es lo que dice la Profecía Jendai. Los Marinos servirán al

Coramoor. Yo soy el Coramoor.

—Sí, pero todavía queda pendiente el asunto del Compromiso. —Aquel término adquirió categoría de nombre propio, con mayúscula, por el tono de Harine—. La Profecía Jendai dice que nos llevarás a la gloria y que todos los mares del mundo serán nuestros. Si nosotros te damos, tú debes darnos a nosotros. Es un intercambio. Si no negocio bien el Compromiso, Nesta me colgará desnuda, por los tobillos, en el aparejo y convocará a las Doce Primeras del clan Shodin para que nombren una nueva Señora de las Olas.

Una expresión de terror cruzó su semblante a medida que las palabras salieron de su boca, y sus negros ojos se abrieron más y más con incredulidad. Su Detectora de Vientos la contemplaba con los ojos desorbitados, y Derah y Taval procuraban con tanto ahínco no hacer lo mismo, clavando la vista en la mesa, que parecía que la cara se les quebraría en cualquier momento.

Y de repente Rand lo entendió. *Ta'veren*. Había visto los efectos, los instantes en los que lo menos probable ocurría repentinamente por la mera razón de que él estaba cerca, pero nunca había sabido lo que pasaba hasta que había terminado. Aflojando la presión del tablero sobre sus piernas lo mejor que pudo, apoyó los brazos en la mesa.

—Los Atha'an Miere me servirán, Harine. Eso está concedido.

—Sí, te serviremos, pero… —Harine casi se salió de la silla y derramó su té—. ¿Qué me estáis haciendo, Aes Sedai? —gritó, temblorosa—. ¡Ésta no es una forma justa de negociar!

—Nosotras no estamos haciendo nada —respondió sosegadamente Merana, que se las ingenió incluso para beber un sorbo de té sin torcer el gesto.

—Estás en presencia del Dragón Renacido —añadió Rafela—. El Coramoor que vuestra profecía os exhorta a servir, según tengo entendido. —Puso un dedo sobre la regordeta mejilla—. Dijiste que hablabas en nombre de la Señora de los Barcos. ¿Significa eso que tu palabra es vinculante para los Atha'an Miere?

—Sí —musitó Harine con voz ronca mientras se recostaba en la silla—. Lo que yo diga sujeta a obligación a todos los barcos y a todos los Marinos, incluida la propia Señora de los Barcos.

Era imposible que un Atha'an Miere palideciera, mas, con la mirada prendida en Rand, ella se puso todo lo blanca que podía esperarse de una tez tan oscura como la suya.

Rand sonrió a Min para compartir el momento. Al menos una nación se pondría a sus órdenes sin tener que luchar y echar un pulso a cada paso, o sin que se dividiera, como los Aiel. Quizá Min interpretó su mirada como una petición de que contribuyera a dejar bien atadas las cosas, o tal vez sólo se debió a su condición de *ta'veren*, pero la joven se inclinó hacia la Señora de las Olas.

—Serás castigada por lo que está ocurriendo hoy aquí, Harine, pero no tanto

como temes, creo, porque llegará el día en que serás la Señora de los Barcos.

Harine la observó con el entrecejo fruncido y luego miró de soslayo a la Detectora de Vientos.

—No es Aes Sedai —dijo Shalon, y Harine pareció debatirse entre el alivio y la desilusión. Hasta que Rafela habló.

—Hace varios años me llegaron informes sobre una muchacha que poseía la notable habilidad de ver cosas. ¿Eres esa chica, Min?

Min torció el gesto detrás de su taza y después asintió de mala gana; en su opinión, cuanta más gente supiera lo que era capaz de hacer, tanto peor. Alzó la vista hacia las Aes Sedai y suspiró. Rafela se limitó a asentir, pero Merana la observaba de hito en hito, con una expresión ávida en sus ojos de color avellana a pesar de la máscara de serenidad de su rostro. Sin duda proyectaba arrinconarla lo antes posible para descubrir cuál era su talento y cómo funcionaba, y a buen seguro Min esperaba que lo hiciera. Rand sintió una chispa de irritación; debería saber que él impediría que la molestaran. Sí, una chispa de irritación, pero también una agradable calidez al comprender que, al menos, de eso sí podía protegerla.

—Puedes dar por bueno lo que Min dice, Harine —continuó Rafela—. Los informes que tengo afirman que lo que ve al parecer siempre se hace realidad. Y aun cuando ella no se haya dado cuenta, ha visto algo más. —Su cara redonda se ladeó y una sonrisa curvó sus labios—. Si se te va a castigar por lo que ocurra aquí, entonces significa que accederás a todo lo que quiera el Coramoor.

—A menos que no acceda a nada. —Harine enrojeció—. Si no llevo a cabo el Compromiso… —La Señora de las Olas apretó los puños sobre la mesa. Ya había admitido que tenía que hacer el Compromiso, y que los Marinos le servirían.

—Lo que requiero de vosotros no es oneroso —intervino Rand. Lo había meditado desde que había decidido acudir a la reunión—. Cuando necesite barcos para transportar hombres y suministros, los Marinos me los proporcionarán. Quiero saber lo que ocurre en Tarabon y Arad Doman, y en las tierras que hay entre ellas. Vuestros barcos pueden averiguar, es decir, averiguarán lo que deseo saber; recalan en Tanchico y Bandar Eban y en un centenar de pueblos y ciudades pesqueras que existen entre ambas. Vuestros barcos pueden viajar más lejos que ningún otro. Los Marinos vigilarán tan al oeste del Océano Aricio como puedan navegar. Hay unas gentes, los seanchan, que viven al otro lado y, algún día, vendrán para intentar conquistarnos. Los Marinos me informarán cuando aparezcan.

—Es mucho lo que pides —masculló amargamente Harine—. Sabemos de esos seanchan, que, al parecer, proceden de las islas de la Muerte, de las que ningún barco regresa. Algunos de los nuestros han tenido enfrentamientos con ellos; utilizan el Poder Único como arma. Pides más de lo que piensas, Coramoor. —Por una vez, no vaciló al decir el título—. Algún oscuro mal ha caído sobre el Océano Aricio.

Ninguno de nuestros barcos ha regresado de él desde hace muchos meses. Los que navegan hacia el oeste, desaparecen.

Rand sintió un escalofrío. Giró el Cetro del Dragón, hecho con un trozo de lanza seanchan, entre sus manos. ¿Podían haber regresado ya? Se los había hecho retroceder una vez, en Falme. Llevaba el fragmento de lanza para no olvidar que había otros enemigos en el mundo aparte de los que podía ver, pero había tenido la convicción de que los seanchan tardarían bastantes años en recuperarse de la derrota sufrida, expulsados hacia el mar por el Dragón Renacido y los héroes muertos convocados por el Cuerno de Valere. ¿Seguiría el Cuerno en la Torre Blanca? Sabía que lo habían llevado allí.

De repente fue incapaz de soportar más tiempo los restringidos confines del camarote. Toqueteó el pasador del brazo de la silla, sin lograr correrlo. Asió la pieza de madera y la arrancó de un brusco tirón.

—Hemos acordado que los Marinos me servirán —manifestó mientras se incorporaba. El bajo techo lo obligó a inclinarse sobre la mesa en una actitud amenazadora. El camarote parecía cada vez más pequeño—. Si queda algo más que tratar en tu Compromiso, Merana y Rafela se ocuparán de discutirlo contigo.

Sin esperar respuesta, giró hacia la puerta, donde Dashiva parecía mascullar para sí mismo otra vez. Merana lo alcanzó allí, lo cogió de la manga y habló en voz baja y rápidamente:

—Milord Dragón, sería mejor que os quedaseis. Ya habéis visto lo que consigue que seáis *ta'veren*. Estando presente, creo que esa mujer seguirá revelándonos lo que quiere ocultar y acceder a todo sin que hayamos dado nada a cambio.

—Eres del Ajah Gris —replicó roncamente él—. ¡Negocia! Dashiva, ven conmigo.

Ya en cubierta, respiró hondo varias veces. El cielo despejado se abría inmenso sobre él. Ilimitado.

Le costó unos segundos advertir que Bera y las otras dos hermanas lo observaban expectantes. Flinn y Narishma hacían lo que se suponía debían hacer, vigilando con un ojo el barco y con el otro las riberas del río, con la ciudad a un lado y los graneros medio reconstruidos al otro. Un barco en mitad del río era un lugar vulnerable si alguno de los Renegados decidía atacar. En realidad, si se daba esa circunstancia, cualquier lugar lo era. Rand no entendía por qué uno de ellos al menos no había intentado demoler el Palacio del Sol sobre su cabeza.

Min lo cogió del brazo y Rand dio un respingo.

—Lo siento, no debí dejarte —dijo.

—Bah, no importa —rió ella—. Merana ya se ha puesto a trabajar. Creo que se propone conseguirte la mejor blusa de Harine y puede que también su segunda más buena. La Señora de las Olas parece un conejo atrapado entre dos hurones.

Rand asintió. Los Marinos eran suyos, o como si lo fuesen. ¿Qué más daba si el Cuerno de Valere se hallaba en la Torre Blanca? Era *ta'veren*. Era el Dragón Renacido y el Coramoor. Al brillante sol aún le quedaba un buen trecho para llegar a su cenit.

—El día todavía es joven, Min. —Podía hacer cualquier cosa—. ¿Te gustaría verme poner en su sitio a los rebeldes? Te apuesto mil coronas contra un beso a que son míos antes del ocaso.

35



En el bosque

Sentada con las piernas cruzadas en la cama de Rand, Min lo observaba mientras él, en mangas de camisa, rebuscaba entre las chaquetas colgadas en el enorme armario. Se preguntó cómo podría dormir en ese cuarto con aquel mobiliario negro y agobiante. Una parte de su mente pensó en sacarlo todo y reemplazarlo por otros muebles tallados y adornados con un ligero toque dorado que había visto en Caemlyn, así como cortinas, colgaduras y ropas de cama de colores pálidos que no le resultaran tan agobiantes. Qué curioso; ella nunca se había preocupado por los muebles ni las ropas de la casa. Pero aquel tapiz en particular, el del espadachín solitario, rodeado por enemigos y a punto de ser arrollado, tenía que desaparecer del dormitorio sin falta. A pesar de tales cavilaciones casi inconscientes, su atención se dirigía principalmente a observarlo, sin más.

Reparó en la expresión de intensa concentración que había en sus ojos azul grisáceos y en el modo en que la blanquísima camisa se ajustaba sobre su ancha espalda cuando se volvió para rebuscar más al fondo del armario. Tenía unas piernas bonitas y unas fantásticas pantorrillas que se marcaban perfectamente en las ajustadas polainas oscuras y que dejaban ver las botas vueltas hacia abajo. A veces fruncía el entrecejo y se pasaba los dedos por el cabello rojizo oscuro; por mucho que se lo peinara nunca conseguiría domarlo; siempre se le rizaba un poco alrededor de las orejas y en la parte de la nuca. Ella no era una de esas mujeres estúpidas que echaban su caletre además de su corazón a los pies de un hombre. Lo que pasaba era que a veces, cuando lo tenía cerca, le resultaba un poquitín difícil pensar con claridad. Eso era todo.

Chaqueta tras chaqueta de seda bordada salieron del armario y se fueron amontonando sobre la que había llevado en la visita a los Marinos. ¿Las negociaciones seguirían por tan buen camino sin su presencia *ta'veren*? Min deseó haber tenido una visión realmente útil de los Marinos. Como siempre, ante sus ojos surgían imágenes y aureolas de colores alrededor de Rand, en su mayoría demasiado fugaces para distinguirlas bien, y todas, salvo una, carecían de sentido para ella de

momento. Esa visión iba y venía cientos de veces al día, y siempre que Mat o Perrin se hallaban presentes también los incluía, así como a otras personas de vez en cuando. Una vasta sombra se cernía sobre él y engullía miles y miles de lucecitas minúsculas, como luciérnagas, que se lanzaban contra ella en un intento de llenar la oscuridad. En ese día, parecía haber cientos de miles de ellas, pero la sombra, a su vez, también parecía más grande. De algún modo esa visión representaba su batalla contra el Oscuro, pero Rand casi nunca quería saber cómo marchaba. Tampoco ella habría podido decirlo realmente, excepto que la sombra parecía ganar siempre en mayor o menor medida. Suspiró con alivio cuando la visión desapareció.

Una ligera sensación de culpabilidad la hizo rebullir sobre la colcha. No había mentido realmente cuando contestó a su pregunta sobre qué visiones no le había contado. No había sido mentir exactamente. ¿De qué le serviría saber que, casi con toda seguridad, fracasaría sin una mujer que ya había muerto? Tal como estaban las cosas, ya se sumía en la depresión con demasiada facilidad. Tenía que mantenerlo animado, hacerlo reír. Sólo que…

—No me parece una buena idea, Rand. —Decir eso podría ser un error. Los hombres eran criaturas raras en muchos sentidos; en cierto momento aceptaban un consejo sensato y al siguiente hacían justo lo contrario. De manera deliberada, al parecer. Sin embargo, por alguna razón se sentía… protectora para con aquel hombre alto que seguramente sería capaz de alzarla en vilo con una sola mano. Y sin necesidad de que encauzara.

—Es una idea estupenda —repuso él mientras tiraba al montón una chaqueta azul con bordados en hilo de plata—. Soy *ta'veren* y hoy parece que esa circunstancia trabaja a mi favor, para variar. —Otra chaqueta, esta vez con bordados en oro, fue a parar al suelo.

—¿No preferirías consolarme otra vez?

Él se quedó repentinamente inmóvil y la miró de hito en hito, olvidada una chaqueta roja y plateada que tenía en las manos. Min confió en no haberse puesto colorada. Consolarse. ¿De dónde demonios habría sacado esa idea?, se preguntó para sus adentros. Las tías que la habían criado eran mujeres dulces y afables, pero tenían unas ideas estrictas acerca de lo que era un comportamiento correcto. No les gustó que vistiera pantalones ni que trabajara en el establo, la ocupación que a ella más le gustaba ya que estaba en contacto con los caballos. No cabía duda de lo que pensarían sobre «consolarse» con un hombre con el que no estaba casada. Si alguna vez llegaban a enterarse, cabalgarían todo el camino desde Baerlon sólo para arrancarle la piel a tiras. Y a él también, desde luego.

—Eh… debo moverme mientras tengo la seguridad de que sigue funcionando —respondió lentamente Rand, y luego se giró con rapidez hacia el armario otra vez—. Ésta servirá —dijo mientras sacaba una chaqueta lisa y sencilla, de paño verde—. No

sabía que la tuviese aquí.

Era la que había llevado puesta en el viaje de regreso de los pozos de Dumai, y Min vio que le temblaban las manos al recordarlo. Procurando adoptar una actitud despreocupada, se levantó de la cama y al llegar a su lado lo abrazó, aplastando la chaqueta entre los dos mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

—Te amo —fue todo cuanto dijo. A través de la tela de la camisa percibía la cicatriz redonda y sin acabar de curar que tenía en el costado. Recordaba el modo en que había sufrido esa herida como si hubiese ocurrido el día anterior. Aquélla había sido la primera vez que lo tuvo abrazado contra sí mientras él yacía inconsciente, con la vida pendiente de un hilo.

Las manos de Rand se apretaron contra su espalda y la estrecharon con fuerza, dejándola sin aliento, pero después, de manera decepcionante, aflojaron la presión y se apartaron. Le pareció que murmuraba entre dientes algo así como «injusto». ¿Acaso pensaba en los Marinos mientras ella lo abrazaba? En realidad, debería hacerlo. Merana era una Gris, pero se decía que los Atha'an Miere eran capaces de hacer sudar a una mercader domani. Sí, debería pensar en ese asunto, pero… Tuvo ganas de darle una patada en el tobillo. Suavemente, él la apartó y empezó a ponerse la chaqueta.

—Rand, no puedes estar seguro de que surtirá efecto sólo por el hecho de que haya sido así con Harine —argumentó en tono firme—. Si tu condición de *ta'veren* influyera en todo, tendrías a todos los dirigentes arrodillados a tus pies a estas alturas, y también a los Capas Blancas.

—Soy el Dragón Renacido —replicó altivamente—, y hoy puedo hacer cualquier cosa. —Cogió el cinturón de la espada y se lo ciñó a la cintura. Ahora llevaba una sencilla hebilla de latón. La dorada con forma de dragón se encontraba sobre la colcha. Unos guantes negros de cuero fino cubrieron las cabezas leoninas impresas en el dorso de sus manos, así como las garzas grabadas en sus palmas—. Pero no lo parezco vestido así, ¿verdad? —Extendió los brazos y sonrió—. No se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Min no levantó las manos, exasperada, merced a un gran esfuerzo.

—Tampoco pareces estúpido —replicó, y que lo entendiera como quisiera. El muy idiota la miró con recelo, como si no lo tuviese claro—. Rand, tan pronto como vean a los Aiel saldrán corriendo o lucharán. Si no quieres llevar a ninguna Aes Sedai, al menos haz que te acompañen esos Asha'man. ¡Un flechazo, y habrás muerto, da igual si eres el Dragón Renacido o un cabrero!

—Pero es que soy el Dragón Renacido, Min —repuso seriamente—. Y *ta'veren*. Iremos solos, tú y yo. Es decir, si es que aún quieres acompañarme.

—No irás a ningún sitio sin mí, Rand al'Thor. —No le dijo que sin duda tropezaría con sus propios pies si ella no estaba allí para impedirlo. Su euforia actual

era casi tan negativa como su anterior humor taciturno—. A Nandera no le hará gracia. —Ignoraba qué había exactamente entre las Doncellas y él, algo muy peculiar ciertamente a juzgar por lo que había visto, pero cualquier esperanza de que eso pudiera detenerlo se extinguió en un soplo cuando él sonrió como un niño revoltoso que ha eludido la vigilancia de su madre.

—No se enterará, Min. —¡Pero si hasta había un brillo travieso en sus ojos!—. Hago lo mismo muchas veces y nunca se enteran. —Le tendió la mano enguantada, esperando que ella acudiera de inmediato.

En realidad no podía hacer otra cosa que colocarse la capa, echar un vistazo al espejo para atusarse el pelo y… cogerse de su mano. El problema era que ella estaba más que dispuesta a ir de un salto con que sólo moviese un dedo; ojalá hubiese un modo de que él no lo descubriera nunca.

En la antesala, Rand abrió un acceso justo encima del Sol Naciente encastrado en el suelo, y Min se dejó guiar a través de él hasta un terreno boscoso y accidentado, tapizado de hojas secas. Un pájaro huyó asustado en un remolino de alas rojas. Una ardilla apareció en una rama y les chilló, irascible, mientras agitaba la cola de punta blanca.

No era el tipo de bosque que Min recordaba de los alrededores de Baerlon; tampoco había verdaderas masas forestales cerca de Cairhien. En su mayoría, los árboles se hallaban separados entre sí cuatro, cinco o incluso diez pasos; había pinos y cedros altos, robles de mayor porte incluso y otros tipos de árboles que no conocía extendiéndose a través del llano en el que se encontraban Rand y ella, y ascendían por la pendiente que comenzaba a escasos metros de su posición. Hasta el sotobosque parecía menos denso que el de casa; los arbustos, los brezos y las enredaderas crecían en rodales, aunque algunos no eran pequeños. Todo estaba marchito y seco. Min sacó de la manga un pañuelo adornado con puntilla y se enjugó el sudor que de repente había brotado en su cara.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó. Por la posición del sol, el norte estaba más allá de la colina, que era la dirección que ella elegiría. La ciudad debía de quedar a unos once o doce kilómetros hacia allí. Con suerte, harían el recorrido de vuelta sin encontrarse con nadie. O, mejor aún, dado que sus botas eran de tacón y que el terreno era muy irregular, amén del calor que hacía, Rand podría decidir renunciar a su idea y abrir otro acceso de vuelta al Palacio del Sol. Las estancias de palacio resultaban frescas en comparación con ese lugar.

Antes de que Rand tuviese tiempo de contestar, el crujido de arbustos y hojas secas anunció la llegada de alguien. La amazona montada en un castrado gris de largas patas, enjaezado con bridas orladas en oro, era una cairhienina baja y delgada, que vestía un traje de montar azul oscuro, casi negro, con franjas rojas, verdes y blancas horizontales, que empezaban en el cuello y llegaban hasta sus rodillas. El

sudor de su rostro no desmerecía su belleza ni sus grandes ojos, cual lagunas oscuras y profundas. Una pequeña piedra preciosa de color verde colgaba sobre su frente de una fina cadena de oro, sujeta al negro cabello que le caía en ondas hasta los hombros.

Min dio un respingo, y no debido a la ballesta de caza que la mujer sostenía despreocupadamente con una mano enfundada en un guante verde. Por un instante creyó que era Moraine, pero…

—No recuerdo haberos visto a ninguno de los dos en el campamento —adujo la mujer con una voz ronca, casi sensual. La de Moraine era cristalina. Bajó la ballesta, todavía con la misma actitud indiferente, hasta apuntar con pulso firme el pecho de Rand. Éste hizo caso omiso del gesto.

—De repente se me ocurrió que me gustaría echar un vistazo a vuestro campamento —dijo Rand a la par que hacía una ligera reverencia—. Si no me equivoco, sois lady Caraline Damodred.

La menuda mujer inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento. Min suspiró pesarosa, pero no porque hubiese esperado realmente que Moraine apareciera ante ellos, con vida. Ella era la única visión que le había fallado. Pero que la propia Caraline Damodred, una de las cabecillas de la rebelión contra Rand allí en Cairhien y una de las pretendientes al Trono del Sol, se hubiese topado con ellos demostraba que realmente estaba tirando de todos los hilos de Entramado hacia él. Lady Caraline desvió lentamente la ballesta hacia un lado; sonó el seco chasquido de la cuerda y el virote salió disparado al aire.

—Dudo que esto sirviera de nada contra vos —comentó mientras conducía a su castrado hacia ellos—, y no querría que pensarais que os estaba amenazando. —Miró una vez a Min, una rápida ojeada que abarcó de la cabeza a los pies, aunque a la joven no le cupo duda de que hasta el último detalle de su persona había quedado registrado, pero, aparte de eso, lady Caraline no apartó los ojos de Rand. Detuvo al caballo a tres pasos, la distancia justa para que Rand no pudiera llegar hasta ella antes de que hubiese clavado espuelas para huir—. Sólo se me ocurre un hombre de ojos grises y vuestra estatura que puede aparecer repentinamente de la nada, a menos que seáis un Aiel disfrazado, pero quizá tengáis a bien darme un nombre.

—Soy el Dragón Renacido —repuso Rand, tan altanero como con los Marinos.

Si alguna influencia de *ta'veren* en el Entramado estaba en marcha, la mujer montada no dio señales de ello. En lugar de caer de hinojos ante él, se limitó a asentir al tiempo que apretaba los labios.

—He oído hablar mucho de vos. Se cuenta que fuisteis a la Torre Blanca para someteros a la Sede Amyrlin. También se dice que teníais intención de entregar el Trono del Sol a Elayne Trakand. Y que la matasteis a ella y también a su madre.

—Yo no me someto a nadie —replicó, cortante, Rand. Le asestó una mirada tan

fiera que debería haber bastado para tirarla de la silla—. Elayne va de camino a Caemlyn en este momento para ocupar el trono de Andor, tras lo cual tendrá también el trono de Cairhien.

Min se encogió. ¿Por qué tenía que hablar como un arrogante henchido de orgullo? Había esperado que se hubiese calmado un poco después de la visita a los Marinos.

Lady Caraline apoyó la ballesta en la silla y pasó la enguantada mano sobre ella. ¿Lamentaba quizás haber disparado la saeta?

—Podría aceptar a mi joven prima en el trono. Mejor ella que otros, pero… —Los oscuros y grandes ojos adquirieron de repente la dureza del pedernal—. Pero no estoy segura de poder aceptaros a vos en Cairhien, y no me refiero únicamente a vuestros cambios en leyes y costumbres. Vuestra mera presencia muda el propio destino. Desde que vinisteis, cada día muere gente en accidentes tan extraños que parecen increíbles. Son tantos los esposos que abandonan a sus mujeres y viceversa que ya ni siquiera se comenta. Haréis pedazos Cairhien sólo con vuestra presencia.

—Equilibrio —se apresuró a intervenir Min. El semblante de Rand denotaba tal tensión que debía de estar a punto de estallar. Quizás había hecho bien al acompañarlo, después de todo. Desde luego no tenía sentido dejarle que echara a rodar ese encuentro por un berrinche. No dio ocasión de que hablara ninguno de los dos—. Siempre existe un equilibrio entre el bien y el mal. Así es como funciona el Entramado. Ni siquiera él puede cambiar tal cosa. Del mismo modo que la noche es la contrapartida del día, el bien es la balanza del mal. Desde que él llegó no ha habido un solo parto en el que el niño haya nacido muerto ni ha nacido un niño deforme. Hay días en que se celebran más matrimonios que antes en una semana, y por cada persona que se ahoga con una pluma hay otra que cae rodando tres tramos de escalera y, en lugar de romperse el cuello, se levanta sin una sola magulladura. Mencionad cualquier suceso malo y estaréis señalando otro bueno. El movimiento giratorio de la Rueda requiere equilibrio, y él sólo incrementa las posibilidades de lo que habría acabado ocurriendo de manera natural en cualquier caso. —Enrojeció de repente al darse cuenta de que los dos la miraban. Más bien la contemplaban de hito en hito.

—¿Equilibrio? —murmuró Rand, enarcando las cejas.

—He leído algo de los libros de maese Fel —comentó con un hilo de voz. No quería que nadie pensara que pretendía hacerse pasar por una filósofa.

Lady Caraline sonrió con los ojos prendidos en la alta silla de montar y jugueteó con las riendas. ¡Esa mujer se reía de ella! ¡Iba a enseñarle qué la hacía reír a Min Farshaw!

De pronto un enorme castrado negro, con aspecto de caballo de batalla, apareció abriéndose paso entre la maleza montado por un hombre de mediana edad, con el cabello muy corto y barba puntiaguda. Vestía una chaqueta teariana de color amarillo

y las mangas arracadas, con cuchilladas de satén verde. Unos ojos de un azul increíblemente hermoso resaltaban en su tez morena y sudorosa como zafiros pulidos. No era un hombre particularmente atractivo, pero aquellos ojos compensaban la nariz demasiado larga. Llevaba una ballesta en una mano enguantada y un virote en la otra.

—¡Esto me pasó a pocos centímetros de la cara, Caraline, y tiene tus marcas! Sólo porque no haya caza no es razón para que… —En ese momento reparó en la presencia de Rand y Min y su ballesta apuntó hacia ellos—. ¿Están extraviados, Caraline, o es que has sorprendido a unos espías de la ciudad? Jamás creí que al'Thor fuera a dejarnos tranquilos.

Otra media docena de jinetes apareció detrás de él: hombres sudorosos en sus chaquetas de mangas arrocadas con cuchilladas de satén, y mujeres transpirando bajo sus trajes de montar con anchos y fruncidos cuellos de encaje. Todos portaban ballestas. El último de ellos no había acabado de detenerse mientras los caballos cabeceaban y pateaban el suelo, cuando otros doce aparecieron abriéndose paso entre los arbustos desde una dirección distinta y se agruparon detrás de Caraline; éstos eran hombres y mujeres de tez pálida y constitución más pequeña, vestidos de oscuro con franjas de colores que a veces llegaban más abajo de la cintura. También todos ellos iban armados con ballestas. Detrás venían sirvientes a pie, jadeando por el calor, que eran los encargados de preparar y cargar cualquier pieza de caza abatida. Al parecer poco importaba que ninguno de ellos tuviese nada más que un cuchillo de desollar para realizar su tarea. Min tragó saliva y, de manera inconsciente, empezó a enjugarse las mejillas con el pañuelo de forma más enérgica. Si sólo uno de ellos reconocía a Rand antes de que él tuviera tiempo de reaccionar…

—Nada de espías, Darlin —contestó lady Caraline sin la menor vacilación mientras volvía su caballo hacia los recién llegados. ¡El Gran Señor Darlin Sisnera! Sólo faltaba que apareciese lord Toram Riatin. Min deseó que la atracción *ta'veren* de Rand fuese un poco menos eficaz—. Son un primo mío y su esposa —prosiguió Caraline—, que vienen de Andor para verme. Te presento a Tomás Trakand, de una rama secundaria de la casa, y a su esposa Jaisi.

Min casi la fulminó con la mirada; la única Jaisi que conocía era ya una vieja pasa antes de que hubiese cumplido los veinte años y, por si fuera poco, con un carácter avinagrado y muy mal genio. La mirada de Darlin pasó sobre Rand de nuevo y se detuvo un momento en Min. Bajó la ballesta e inclinó la cabeza menos de un centímetro, como correspondía a un Gran Señor hacia un noble de segunda fila.

—Sed bienvenido, lord Tomás. Hay que ser un hombre valiente para reunirse con nosotros en las circunstancias actuales. Al'Thor podría soltar a sus salvajes contra nosotros cualquier día de éstos.

Lady Caraline le lanzó una mirada exasperada que él hizo como si no viera. Sin embargo, reparó en que la inclinación de cabeza con la que Rand le respondió era tan

superficial como la suya, y frunció el entrecejo. Una mujer atractiva de su séquito masculló furiosamente entre dientes —tenía un rostro alargado y de rasgos duros, acostumbrado a mostrar ira—, y un tipo corpulento, ceñudo y sudoroso, con una chaqueta de color verde claro con cuchilladas rojas, taconeó a su caballo haciéndolo adelantarse unos cuantos pasos como si se propusiera atropellar a Rand.

—La Rueda gira según sus designios —repuso fríamente Rand, como si no se hubiese dado cuenta de nada. El Dragón Renacido era lo que era para… Para casi cualquiera. Arrogancia en la cima de una montaña—. Poco es lo que sucede como esperamos o planeamos. Por ejemplo, me contaron que estabais en Tear, en Haddon Mirk.

Min deseó ser capaz de hablar, de atreverse a decir algo para tranquilizarlo. Se conformó con acariciarle el brazo, como sin darle importancia. Una esposa —vaya, ésa era una palabra que de repente sonaba muy bien—, una esposa que daba palmaditas inadvertidamente a su esposo. Ésa era otra palabra que también sonaba muy bien. Luz, ¡qué difícil era ser justa! Pero tampoco era justo tener que ser justa.

—El Gran Señor Darlin casi acaba de llegar en un bajel fluvial con unos cuantos de sus amigos más íntimos, Tomás. —El tono ronco de Caraline no varió un ápice, pero su castrado cabrioleó de repente, sin duda a causa de un fuerte taconazo, y, aprovechando como excusa su fingido intento de recobrar el control del animal, le dio la espalda a Darlin y asestó a Rand una fugaz mirada de advertencia—. No molestes al Gran Señor, Tomás.

—No me importa, Caraline —manifestó Darlin mientras colgaba la ballesta en una correílla de la silla. Aproximó su caballo un poco más y apoyó el brazo en el alto arzón de la silla—. Un hombre debe saber dónde se está metiendo. Puede que hayáis oído rumores de que al'Thor iba a la Torre, Tomás. Vine porque las Aes Sedai se pusieron en contacto conmigo hace unos meses, sugiriendo que tal cosa podría ocurrir, y vuestra prima me informó de que con ella habían hecho lo mismo. Pensamos que podríamos ponerla en el Trono del Sol antes de que Colavaere pudiera ocuparlo. En fin, al'Thor no es un necio; nunca cometáis el error de creer eso. En mi opinión, engañó a la Torre dándole largas. Colavaere ha muerto colgada, él permanece seguro tras las murallas de Cairhien, y apostaría que sin un dogal Aes Sedai, por mucho que digan los rumores, y, hasta que hallemos un modo de salir del peligro, estamos en la palma de su mano, esperando que cierre el puño.

—Si os trajo un barco, otro puede llevaros lejos de aquí —sugirió Rand, lacónico.

De repente, Min cayó en la cuenta de que él le palmeaba suavemente la mano que reposaba en su brazo. ¡Intentaba tranquilizarla!

Inopinadamente, Darlin echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Muchas mujeres olvidarían su nariz por aquellos ojos y aquella risa.

—Sí me llevaría, Tomás, pero he pedido a vuestra prima en matrimonio. Aún no

ha respondido ni sí ni no, pero un hombre no puede abandonar a la que podría ser su esposa a merced de los Aiel, y ella no quiere marcharse.

Caraline Damodred se irguió en la silla; la frialdad de su rostro no tenía nada que envidiar a la de una Aes Sedai, pero de repente unos halos rojo y blanco centellearon alrededor de ella y de Darlin, y Min supo el significado. Los colores nunca parecían tener importancia, pero no le cabía duda de que se casarían; eso sí, después de que Caraline se hiciera mucho de rogar. Y hubo algo más; ante sus ojos apareció de repente una corona en la cabeza de Darlin, una sencilla diadema dorada con una espada ligeramente curva colocada en horizontal, encima de la frente. La corona de rey que llevaría algún día, aunque Min ignoraba de qué país. Tear estaba regida por Grandes Señores, no por un monarca. Imagen y halos desaparecieron al tiempo que Darlin hacía girar a su caballo para mirar a Caraline.

—No hay caza hoy. Toram ya ha regresado al campamento, así que sugiero que hagamos lo mismo. —Sus azules ojos escudriñaron rápidamente los árboles del entorno—. Por lo visto, tu primo y su esposa han perdido sus caballos. Habrán escapado en algún descuido —añadió dirigiéndose a Rand en tono afable. Sabía muy bien que no tenían monturas—. Pero sin duda Rovair e Inés os cederán los suyos. Un paseo por el bosque no les vendrá mal.

El hombre corpulento con la chaqueta roja desmontó de inmediato de su alto zaino con una sonrisa servil para Darlin y otra notoriamente menos afectuosa aunque igualmente aduladora para Rand. La mujer de semblante iracundo anduvo un poco más remisa en desmontar, con aire estirado, de su yegua gris plateada. No parecía complacida. Tampoco lo estaba Min.

—¿Te propones ir a su campamento? —le susurró a Rand mientras éste la conducía hacia los animales—. ¿Estás loco? —añadió antes de pensar lo que decía.

—Aún no —respondió quedamente él a la par que le tocaba la nariz con la punta del dedo—. Y eso lo sé gracias a ti.

Luego la subió a la yegua antes de montar en el zaino y taconear al animal para acercarse a Darlin.

Se encaminaron hacia el norte y un poco hacia el oeste, a través de la pendiente, dejando atrás a Rovair y a Inés, plantados bajo los árboles e intercambiando miradas de acritud. A medida que se situaban detrás de los cairhieninos, los otros tearianos desearon con mucha guasa a la pareja que disfrutara del paseo.

Min habría querido marchar junto a Rand, pero Caraline le puso la mano en el brazo y la apartó de los dos hombres.

—Quiero ver qué hace —comentó en voz baja Caraline, y Min se preguntó a cuál de los dos hombres se referiría—. ¿Eres su amante? —inquirió.

—Sí —repuso, desafiante, Min después de haberse recuperado de la sorpresa. Sentía las mejillas ardiéndole, pero la mujer se limitó a asentir, como si fuese la cosa

más natural del mundo. Tal vez lo era, en Cairhien. A veces Min se daba cuenta de que todo el barniz de sofisticación que había adquirido tratando con personas de mucho mundo tenía tanto grosor como su blusa.

Rand y Darlin cabalgaban rodilla con rodilla un poco más adelante, el hombre más joven una cabeza más alto que el de más edad, ambos envueltos en un manto de orgullo. Pero iban charlando. No resultaba fácil oírlos, ya que hablaban en voz baja y el ruido de las hojas secas bajo los cascos de los caballos y los crujidos de las ramas caídas a menudo bastaban para apagar el sonido de sus palabras. El grito de un halcón en lo alto o el alboroto de una ardilla las ahogaba por completo. A pesar de todo, consiguió oír fragmentos de la conversación.

—Si me permites el comentario, Tomás, y por la Luz que no pretendo ser irrespetuoso —dijo Darlin en cierto momento mientras iniciaban el descenso tras remontar la primera elevación—, eres afortunado de tener una bella esposa. Si la Luz lo quiere, también la mía será igualmente hermosa.

—¿Por qué no hablan de algo importante? —rezongó Caraline.

Min giró un poco la cabeza para ocultar una sonrisa. Lady Caraline no parecía tan contrariada como pretendía dar a entender. A ella tampoco le había importado nunca si le parecía bonita o no a cualquiera. Es decir, hasta que conoció a Rand. Puede que la nariz de Darlin no fuese tan larga, después de todo.

—Le habría permitido que se llevara a *Callandor* de la Ciudadela —dijo Darlin al poco rato, cuando subían una cuesta apenas arbolada—, pero no pude quedarme al margen cuando introdujo a los invasores Aiel en Tear.

—He leído las Profecías del Dragón —adujo Rand. Se inclinó un poco sobre el cuello del animal y lo instó a seguir adelante. La estampa del caballo era bonita, lustrosa, pero Min sospechaba que el zaino tenía tan poco fondo como su amo—. La Ciudadela tenía que caer antes de que él pudiese coger a *Callandor* —continuó Rand —. Según tengo entendido, otros lores tearianos lo siguen.

Darlin resopló con desdén.

—¡Se encogen y lamen sus botas! Yo podría haberlo seguido, si era eso lo que él quería, si… —Suspiró y sacudió la cabeza—. Demasiados condicionales, Tomás. Hay un dicho en Tear: «Cualquier discrepancia puede perdonarse, pero los reyes jamás olvidan». Tear no ha tenido rey desde Artur Hawkwing, pero creo que el Dragón Renacido es muy parecido a un rey. No, me ha acusado de traición, como él lo llama, y he de continuar como empecé. Si la Luz quiere, tal vez vea la soberanía de Tear recuperada antes de morir.

Min se dijo para sus adentros que tenía que deberse al efecto *ta'veren*. El noble jamás habría hablado así con alguien a quien acababa de conocer y por casualidad, ni aunque fuese un supuesto primo de Caraline Damodred. Pero ¿qué pensaría de ello Rand? Se moría de impaciencia por contarle lo de la corona.

Al remontar esa colina, les salió al paso inesperadamente un grupo de piqueros, algunos con petos o yelmos abollados, la mayoría sin lo uno ni lo otro; todos hicieron una reverencia al identificar a los jinetes. A izquierda y derecha, entre los árboles, Min alcanzó a divisar más grupos de centinelas. Allá abajo, el campamento se extendía envuelto en lo que parecía una nube permanente de polvo, al pie de una elevación casi despoblada de árboles, a través de una cañada y por la pendiente de la siguiente colina. Las contadas tiendas eran grandes, con los estandartes de algún noble colgando fláccidamente del asta. Había casi el mismo número de caballos como de personas, y los animales estaban estacados en hileras, y entre las lumbres de cocina y las carretas deambulaban hombres a millares y un puñado de mujeres. Nadie vitoreó la llegada de sus cabecillas.

Min los observó atentamente por encima del pañuelo con el que se había tapado la nariz para no tragar polvo, sin importarle que Caraline viera lo que hacía. Las miradas los siguieron a su paso desde unos semblantes desanimados y sombríos, los de quien se sabe cogido en una trampa. Aquí y allá el con de una casa se erguía tieso por encima de la cabeza de un hombre, aunque la mayoría parecía llevar puesto lo que había podido encontrar, piezas dispares de armadura que a menudo ni hacían juego ni encajaban debidamente. Sin embargo, se veía un montón de hombres altos para ser cairhieninos; éstos llevaban chaquetas rojas debajo de los abollados petos. Min distinguió un león blanco, casi oscurecido, bordado sobre una sucia manga roja. Darlin sólo podía haber traído unas cuantas personas en un bajel de río, tal vez a su partida de caza únicamente. Caraline no desvió la vista a un lado ni al otro mientras atravesaron el campamento, pero cada vez que pasaban cerca de algunos de aquellos hombres con chaqueta roja, apretaba los labios.

Darlin desmontó frente a una gigantesca tienda, la más grande que Min había visto en su vida, mayor de lo que jamás habría imaginado; tenía forma ovalada y la tela era de rayas rojas, reluciente como seda bajo el sol, con cuatro altos picos cónicos, cada uno de ellos con el Sol Naciente de Cairhien, dorado sobre campo azul, ondeando en lo alto con la perezosa brisa. El rasgueo de arpas cesó en medio de un murmullo de voces, como el sonido de unos gansos. Mientras unos sirvientes se llevaban los caballos, Darlin ofreció su brazo a Caraline. Tras una larga pausa, la noble posó levemente los dedos sobre la muñeca del hombre sin que su rostro trasluciera expresión alguna y se dejó conducir al interior.

—Mi señora esposa —murmuró Rand con una sonrisa a la par que extendía su brazo.

Min aspiró sonoramente por la nariz antes de poner su mano sobre la de él. Habría preferido darle un puñetazo. No tenía derecho a bromear con eso. Ni tenía derecho a llevarla allí, ni aunque fuese *ta'veren*. ¡Podían matarlo, maldito fuera! ¿Acaso le importaba que ella se pasara toda la vida llorando? Tocó el borde de una de

las solapas de la entrada mientras cruzaban y sacudió la cabeza maravillada. Era seda. ¡Una tienda de seda!

No bien habían entrado, notó que Rand se ponía tenso. Los reducidos cortejos de Darlin y de Caraline pasaron junto a ellos musitando disculpas. Entre los cuatro palos principales de la tienda, había largas mesas tan cargadas de comida y bebida que crujían bajo el peso; se habían extendido alfombras por todo el suelo, y había gente por doquier: nobles cairhieninos con sus mejores galas, unos pocos soldados con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada, aunque saltaba a la vista que eran hombres de alto rango a juzgar por la excelente confección de sus chaquetas. Un puñado de bardos iba de aquí para allí tocando entre la multitud, reconocibles por su actitud engreída, mayor incluso que la de cualquier noble, y por las arpas doradas y talladas que llevaban. Sin embargo, los ojos de Min se dirigieron, como atraídos por un imán, hacia lo que había preocupado a Rand: tres Aes Sedai que charlaban en un grupo, con los chales bordados en color verde, marrón y gris respectivamente. Imágenes y colores surgieron fugaces alrededor, pero nada que Min pudiese entender. Un movimiento en la multitud dejó a la vista a una cuarta Aes Sedai, una mujer de cara redonda. Más imágenes, más colores centelleantes, pero lo único que necesitaba Min para sentir prevención era el chal con flecos rojos que llevaba echado sobre los regordetes brazos.

Rand le puso la mano bajo su brazo y le dio unas palmaditas.

—No te preocupes —musitó—. Toda va bien.

Le habría preguntado qué demonios hacían allí, pero le daba miedo su respuesta.

Darlin y Caraline habían desaparecido entre la muchedumbre, junto con sus seguidores; sin embargo, cuando un sirviente respetuoso, con franjas rojas, verdes y blancas en los oscuros puños de su chaqueta, ofrecía una bandeja con copas de plata a Rand y a Min, la noble reapareció mientras se quitaba de encima a un importuno individuo de cara chupada que vestía una de aquellas chaquetas rojas. El tipo lanzó una mirada feroz a la espalda de Caraline mientras la noble cogía una copa de ponche y despedía al sirviente con un gesto; Min se quedó sin aliento al ver el halo que surgió de pronto alrededor del individuo, unas tonalidades moradas tan oscuras que casi parecían negras.

—No confiéis en ese hombre, lady Caraline. —La muchacha no pudo evitar advertirla—. Matará a cualquiera que crea que se interpone en su camino. Mataría por capricho. A cualquiera. —Apretó los dientes para no decir nada más.

Caraline echó una ojeada por encima del hombro al tiempo que el tipo de cara chupada se daba media vuelta bruscamente.

—No me costaría creer eso de Daved Hanlon —comentó en tono seco—. Sus Leones Blancos luchan por el oro, no por Cairhien, y saquean más que los Aiel. Al parecer Andor se puso demasiado caliente para su gusto. —Eso último lo dijo

mirando a Rand con las cejas enarcadas—. Toram le ha prometido un montón de oro, creo, y propiedades que conozco. —Volvió los ojos hacia Min—. ¿Conoces a ese hombre, Jaisi?

Min se limitó a negar con la cabeza. ¿Cómo explicar lo que sabía ahora sobre Hanlon, que sus manos se mancharían con más asesinatos y expoliaciones antes de que muriera? Si hubiese sabido cuándo o a quién… Pero lo único de lo que estaba segura era que ocurriría. En cualquier caso, advertir sobre una visión nunca la prevenía; lo que veía, ocurría, daba igual a quien advirtiera. A veces, antes de que hubiese aprendido la lección, había sucedido precisamente por su advertencia.

—He oído hablar de los Leones Blancos —intervino fríamente Rand—. Buscad Amigos Siniestros entre ellos y no acabaréis con las manos vacías.

Habían sido parte de los soldados de Gaebril; Min sabía eso y poco más, salvo que lord Gaebril había sido en realidad Rahvin. Por lógica, entre esos soldados que habían servido a uno de los Renegados tendría que haber Amigos Siniestros.

—¿Y qué me decís de él? —preguntó Rand mientras señalaba con la cabeza hacia un hombre que había al otro extremo de la tienda y cuya larga chaqueta lucía tantas franjas de colores como el vestido de Caraline. Muy alto para un cairhienino, más o menos una cabeza más bajo que Rand, era delgado salvo por los anchos hombros, e increíblemente apuesto, con una barbilla firme y un pequeño toque de hebras grises en el oscuro cabello de las sienes.

Por alguna razón, la mirada de Min se vio atraída hacia su compañero, un tipo bajito y delgaducho, con una gran nariz y orejas salientes; vestía una chaqueta de seda roja que no le sentaba muy bien. No dejaba de toquetear una daga curva que llevaba al cinturón, una pieza lujosa, con vaina de oro y un gran rubí coronando la empuñadura; la gema parecía captar la luz de un modo extraño. Min no vio halos alrededor del tipo, que le resultaba vagamente familiar. Los dos hombres los estaban mirando a Rand y a ella.

—Ése es lord Toram Riatin en persona. Y su inseparable compañero últimamente, maese Jeraal Mordeth. Qué hombrecillo más odioso. Sus ojos hacen que desee darme un baño. Ambos me hacen sentir sucia. —Parpadeó, sorprendida por lo que había dicho, pero recobró la compostura enseguida. Min tenía la impresión de que había pocas cosas que pudiesen hacer perder el aplomo a Caraline Damodred durante mucho tiempo. En eso se parecía mucho a Moraine—. En tu lugar tendría cuidado, primo Tomás —continuó—. Tal vez hayas realizado algún milagro o ejercido un efecto *ta'veren* conmigo, y tal vez incluso con Darlin, aunque ignoro a qué puede llevarnos. No hago promesas. Pero Toram te odia con pasión. No era con tanta intensidad antes de que Mordeth se uniese a él, pero desde entonces… Por Toram, habríamos atacado la ciudad inmediatamente, en mitad de la noche. Según él, muerto tú, los Aiel se marcharían, pero creo que ahora desea tu muerte más incluso que el

trono.

—Mordeth —repitió Rand. Sus ojos estaban prendidos en Toram Riatin y en el tipo delgaducho que lo acompañaba—. Su verdadero nombre es Padan Fain, y hay una recompensa de cien mil coronas de oro por su cabeza.

Faltó poco para que Caraline dejase caer la copa.

—Se han pedido rescates de reinas inferiores a esa cantidad. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Arrasó mi tierra simplemente porque era mi tierra. —El rostro de Rand estaba helado y su voz sonaba gélida—. Llevó trollocs para matar a mis amigos sólo porque eran mis amigos. Es un Amigo Siniestro, y es hombre muerto. —Esas últimas palabras salieron entre sus dientes prietos. El ponche salpicó la alfombra cuando la copa de plata se dobló entre su mano enguantada.

Min se sintió mal por él, por su dolor —había oído lo que Padan Fain había hecho en Dos Ríos— pero puso una mano en el pecho de Rand, casi presa del pánico. Si se dejaba llevar ahora por la ira y encauzaba habiendo la Luz sabía cuántas Aes Sedai alrededor…

—Por amor de la Luz, contrólate —empezó.

—¿Quieres presentarme a tu alto amigo, Caraline? —habló en tono agradable una voz femenina, a su espalda.

Min miró por encima del hombro y se encontró con una cara intemporal, de fríos ojos bajo el cabello gris acerado, recogido en un moño bajo del que colgaban pequeños adornos de oro. Min se tragó un chillido y disimuló con una tos. Había creído que Caraline había captado todos los detalles de su persona en una sola ojeada, pero aquellos ojos helados parecían saber cosas sobre ella que hasta Min había olvidado. La sonrisa de la Aes Sedai, mientras se ajustaba su chal con flecos verdes, no era ni mucho menos tan agradable como su voz.

—Por supuesto, Cadsuane Sedai. —Caraline parecía impresionada, pero suavizó el tono de voz mucho antes de que acabara de presentar a su «primo» y a su «esposa» que habían venido a visitarla—. Pero me temo que Cairhien no es un lugar conveniente para ellos actualmente —comentó, de nuevo dueña de sí misma, sonriendo con pesar al no poder disfrutar más tiempo de la compañía de Rand y Min—. Han accedido a seguir mi consejo y regresan a Andor.

—¿De veras? —instó secamente Cadsuane. A Min el alma se le cayó a los pies. Aunque Rand no había hablado de ella, era obvio que lo conocía por el modo en que lo miraba. Los minúsculos pájaros, lunas y estrellas se mecieron cuando sacudió la cabeza—. La mayoría de los niños aprenden a no meter los dedos en el bonito fuego la primera vez que se queman, Tomás. Otros necesitan que les den unos azotes para que aprendan. Siempre es mejor un trasero dolorido que una mano abrasada.

—Yo no soy un niño y lo sabéis —replicó secamente Rand.

—¿Lo sé? —Lo miró de la cabeza a los pies y su actitud dio a entender que no distaba mucho de serlo—. Bien, al parecer pronto veré si te hacen falta unos azotes o no.

Aquellos fríos ojos se volvieron hacia Min y luego hacia Caraline y, tras un último tirón de su chal para ajustárselo, Cadsuane se alejó entre la multitud. Min tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta y la complació ver que Caraline hacía otro tanto a pesar de su demostración de autocontrol momentos antes. Rand —¡el muy estúpido!— dio un paso en pos de la Aes Sedai como si pretendiese ir tras ella. Esta vez fue Caraline quien lo frenó poniéndole la mano en el pecho.

—Entiendo que conoces a Cadsuane —dijo con voz entrecortada—. Ten cuidado con ella; se nota que incluso las otras hermanas se sienten intimidadas por ella. —Su timbre ronco adquirió una nota de gravedad—. No tengo idea de las consecuencias que traerá lo ocurrido hoy pero, sea lo que sea, creo que es hora de que te vayas, «primo Tomás». Cuanto antes mejor. Haré que preparen los caballos…

—¿Es éste tu primo, Caraline? —preguntó una voz profunda y sonora de hombre, y Min dio un brinco a despecho de sí misma.

Toram Riatin era aún más apuesto de cerca que de lejos, con la clase de enérgica belleza varonil y el aire de sofisticación que habrían atraído a Min antes de conocer a Rand. La sonrisa de su boca de trazo firme resultaba extremadamente atractiva. La mirada de Toram se detuvo en la mano de Caraline, todavía posada en el pecho de Rand.

—Lady Caraline va a ser mi esposa —manifestó indolentemente—. ¿Lo sabíais?

Las mejillas de la noble se encendieron de indignación.

—¡Ni lo sueñes, Toram! ¡Te dije que no y no lo haré!

—Creo que las mujeres ignoran lo que quieren hasta que uno se lo pone delante —comentó el noble a la par que sonreía a Rand—. ¿Qué opinas tú, Jeraal? ¿Jeraal? —Miró en derredor, fruncido el entrecejo.

Min lo contemplaba con asombro. Toram Riatin era tan atractivo, justo con el aire apropiado de… Deseó ser capaz de invocar las visiones a voluntad. Deseaba muchísimo conocer lo que el futuro le reservaba a ese hombre.

—Vi a tu amigo escabullirse en aquella dirección, Toram. —Caraline, cuyos labios denotaban un gesto de desagrado, hizo un vago gesto con la mano—. Imagino que lo encontrarás cerca de las bebidas o, si no, molestando a las sirvientas.

—Luego, preciosa mía. —Intentó tocarle la mejilla y pareció divertirle que ella retrocediera un paso. Sin mediar pausa alguna, trasladó su mirada zumbona a Rand, y a la espada que llevaba al costado—. ¿Qué tal un poco de acción, primo? Te llamo así porque seremos primos cuando Caraline se convierta en mi esposa. Con espadas de entrenamiento, desde luego.

—De ninguna manera —rió Caraline—. Es un muchacho, Toram, y casi no

distingue un extremo del otro de una espada. Su madre jamás me perdonaría si permitiera que…

—Acción —la interrumpió bruscamente Rand—. ¿Por qué no? ¿Por qué no ver adónde lleva todo esto? Acepto.

36



Aceros

Min no sabía si gemir, gritar o sentarse y romper a llorar. Caraline, que miraba a Rand sin dar crédito a sus ojos, parecía encontrarse en el mismo dilema. Con una risa, Toram empezó a frotarse la manos.

—Escuchad todos —gritó—. Vais a presenciar una exhibición de esgrima. Apartaos, dejad espacio libre. —Se alejó mientras gesticulaba para que la gente se retirara y abriera un hueco en el centro de la tienda.

—Pastor —gruñó Min—, no eres un asno, ¡eres tonto de remate!

—Yo no lo expresaría así exactamente —intervino Caraline en tono muy seco—, pero sugiero que te marches de aquí, ahora. Sean cuales fueren los… trucos que pienses que podrías utilizar, hay siete Aes Sedai en esta tienda, cuatro de ellas del Ajah Rojo, llegadas recientemente del sur, de camino a Tar Valon. Con que sólo una de ellas sospeche algo, mucho me temo que lo que quiera que pudiera resultar del encuentro de hoy, nunca pasará. Márchate.

—No utilizaré ningún… truco. —Rand se desabrochó el cinturón de la espada y se lo tendió a Min—. Si mi influencia se ha dejado notar en ti y en Darlin de algún modo, quizá la haga sentir en Toram de otro.

La multitud se echaba hacia atrás y abría un hueco de unos veinte pasos entre dos de los grandes postes centrales. Algunos miraban a Rand, y hubo mucho intercambio de golpes suaves con el codo y risitas maliciosas. Las Aes Sedai, ni que decir tiene, ocupaban un lugar de honor, con Cadsuane y sus dos amigas a un lado y cuatro mujeres de rostro intemporal del Ajah Rojo al otro. Cadsuane y sus compañeras observaban a Rand con abierta desaprobación y un gesto lo más parecido a la irritación que hubiera mostrado jamás cualquier Aes Sedai, pero las hermanas Rojas parecían más interesadas en ellas tres que en otra cosa. Al menos, aunque se encontraban justo enfrente, se las arreglaban para hacer como si no advirtieran la presencia de otras hermanas. Nadie podía estar tan ciego si no lo hacía a propósito.

—Escúchame, *primo*. —En la voz baja de Caraline había tanto apremio que casi se palpaba. Se encontraba muy cerca de él, con el cuello extendido hacia atrás para mirarlo a la cara y, aunque apenas le llegaba al esternón, parecía dispuesta a darle de bofetadas—. Si no utilizas ninguno de tus trucos *especiales*, puede herirte de

gravedad, incluso con espadas de entrenamiento, y lo hará. Nunca le ha gustado que otro tocara lo que considera suyo, y sospecha que cualquier jovencito guapo que habla conmigo es mi amante. Cuando éramos niños, empujó a Daran, ¡un amigo!, escaleras abajo y le rompió la espalda porque montó su poni sin pedirle permiso. Vete, primo. Nadie te tendrá en menos por ello, porque no esperan que un joven se enfrente a un maestro de armas. Jaisi, o comoquiera que te llames realmente, ¡ayúdame a convencerlo!

Min abrió la boca y Rand puso un dedo sobre sus labios.

—Soy quien soy. —Sonrió—. Y tampoco creo que pudiese escapar de él aunque no lo fuera. De modo que es un maestro de armas, ¿no?

Se desabrochó la chaqueta y salió al centro del área despejada.

—¿Por qué tienen que ser tan testarudos cuando menos quieres que lo sean? —susurró Caraline en tono frustrado, y Min se mostró de acuerdo con ella asintiendo enérgicamente.

Toram se había quedado en mangas de camisa; llevaba dos espadas de entrenamiento, las cuales tenían un manojo de varillas atadas, en sustitución de la hoja de acero. Enarcó una ceja al ver que Rand seguía con la chaqueta puesta, aunque desabrochada.

—Eso te estorbará y limitará tus movimientos, primo.

Rand se encogió de hombros. Sin previo aviso, Toram le lanzó una de las espadas y Rand la cogió en el aire por la larga empuñadura.

—Los guantes se escurren, primo, y querrás tener un agarre firme.

Rand asió el puño del arma con las dos manos y adoptó una postura ligeramente girada hacia un lado, con la espada apuntando hacia abajo y el pie izquierdo adelantado.

Toram extendió las manos como para decir que había hecho todo lo que había podido por advertirle.

—Bueno, por lo menos sabe cómo ponerse —rió y, cuando pronunciaba la última palabra, lanzó una estocada a la cabeza de Rand, apoyada con el impulso de toda su fuerza.

En medio de un sonoro y seco golpe, las tablillas atadas chocaron contra el otro manojo de tablillas. Rand no había hecho otro movimiento que desplazar la espada. Durante un instante Toram lo contempló de hito en hito y él le sostuvo tranquilamente la mirada. Y la danza empezó.

Era el único término que se le ocurrió a Min para describir aquellos movimientos fluidos y deslizantes, en tanto que las hojas de madera giraban y chocaban en golpes relampagueantes. Había visto practicar a Rand con los mejores espadachines que podía encontrar, a menudo contra dos, tres o cuatro a la vez, pero aquello no tenía nada que ver con lo de ahora. Era tan hermoso y resultaba tan fácil de olvidar que si

aquellos manojos de tablillas hubiesen sido acero habría corrido la sangre. Salvo que ninguna hoja, ya fuese de acero o de madera, tocaba carne. Bailaron atrás y adelante, girando el uno en torno al otro, las espadas ora tanteando, ora arremetiendo, Rand ora atacando, ora defendiéndose, y cada movimiento acompañado y resaltado por aquellos golpes fuertes y secos.

Caraline asió fuertemente el brazo de Min sin apartar los ojos de la contienda.

—También es un maestro de esgrima —susurró—. Debe serlo. ¡Míralo!

Min lo miraba, y estrechaba contra sí el cinturón y el arma envainada de Rand como si fuera a él a quien abrazaba. Aquella hermosa danza continuó atrás y adelante y, pensara lo que pensara Rand, para entonces Toram estaba deseando que su hoja fuera de acero. Una fría ira se plasmaba en su rostro y arremetió con más y más empeño. Ninguna de las hojas había dado en el blanco todavía, aunque ahora Rand retrocedía constantemente, defendiéndose, y Toram avanzaba, atacando, con los ojos relucientes con una furia gélida.

Fuera gritó alguien; fue un aullido de terror desmedido y, de repente, la gigantesca tienda salió lanzada hacia arriba, en el aire, y desapareció en la densa lobreguez que ocultaba el cielo. La espesa niebla bullía por doquier, rebosante de chillidos y gritos distantes. Delgados zarcillos flotaron hacia el cuenco invertido de aire despejado que había dejado la tienda. Todo el mundo los contempló subyugado, estupefacto. O, mejor dicho, casi todos.

La hoja de tablillas de Toram se descargó contra el costado de Rand con un sonido a huesos rotos, haciéndolo doblarse.

—Estás muerto, primo —se mofó Toram mientras levantaba la espada muy alto para golpear otra vez. Pero se quedó paralizado, contemplando de hito en hito cómo parte de la densa niebla gris suspendida en lo alto se… solidificaba. Podría describirse como un tentáculo de niebla, un grueso brazo de tres dedos que descendió y acabó cerrándose alrededor de la corpulenta hermana Roja, tras lo cual la alzó bruscamente hacia arriba antes de que nadie tuviese ocasión de moverse.

Cadsuane fue la primera en reaccionar, sobreponiéndose al pasmo. Levantó los brazos, echando hacia atrás el chal, sus manos hicieron un giro y una bola de fuego pareció salir disparada hacia lo alto desde cada palma para alcanzar de lleno a la niebla. Arriba algo estalló en llamas repentinamente, formando un violento abombamiento que desapareció al instante, y la hermana Roja reapareció mientras se precipitaba sobre el suelo, cayendo en las alfombras con un golpe sordo, boca abajo. Al menos, estaría boca abajo si no hubiese tenido la cabeza girada ciento ochenta grados, de manera que sus ojos muertos miraban sin ver la niebla.

Aquello acabó con la poca compostura que pudiera quedar en la zona de la tienda. ¡La Sombra se había encarnado! La gente huyó en todas direcciones gritando a pleno pulmón, derribando mesas, los nobles apartando a empellones a los sirvientes y

viceversa. Zarandeada, Min se abrió paso hasta donde estaba Rand con codos y puños, utilizando su espada como un garrote.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mientras lo ayudaba a ponerse de pie. Se sorprendió al ver a Caraline al otro lado, también prestándole ayuda. De hecho, la misma noble parecía sorprendida de su reacción.

Él sacó la mano de debajo de la chaqueta y, afortunadamente, sus dedos no estaban manchados con sangre. Aquella cicatriz sin curar del todo, todavía tierna, no se había abierto.

—Creo que es mejor que nos movamos —dijo al tiempo que cogía el cinturón de la espada—. Tenemos que alejarnos de aquí. —El cuenco invertido de aire claro se había reducido a ojos vista. Casi todos los demás ya habían escapado. De la niebla salían gritos, la mayoría de ellos cortados de golpe, pero enseguida reemplazados por otros nuevos.

—Estoy de acuerdo, Tomás —dijo Darlin. Espada en mano, se plantó de espaldas a Caraline, entre ella y la niebla—. La pregunta es, ¿en qué dirección? Y también, ¿hasta dónde tenemos que alejarnos?

—Esto es obra suya —espetó Toram—. De al'Thor. —Tiró la espada de entrenamiento, caminó hacia donde estaba la chaqueta que se había quitado y se la puso calmosamente. Podría ser acusado de cualquier cosa, pero no de cobarde—. ¿Jeraal? —gritó hacia la niebla mientras se ceñía el cinturón de la espada—. Jeraal, así la Luz te abrase, hombre, ¿dónde te has metido? ¡Jeraal!

Mordeth —Fain— no respondió, y Toram siguió llamándolo a voces. Las únicas que continuaban allí eran Cadsuane y sus dos compañeras, éstas con los semblantes calmos pero sus manos se deslizaban nerviosamente sobre los chales. En cuanto a Cadsuane, habríase dicho que se preparaba para dar un paseo.

—Opino que hacia el norte —intervino—. La pendiente está más cerca en esa dirección, y ascender puede que nos lleve por encima de esto. ¡Deja de dar aullidos, Toram! O tu hombre ha muerto o no te oye. —Toram le dirigió una mirada feroz, pero dejó de gritar. Cadsuane no pareció advertirlo o no le importó, dado que se había callado—. Hacia el norte, pues. Nosotras tres nos ocuparemos de cualquier cosa que vuestras espadas no puedan solucionar.

Miró directamente a Rand cuando dijo eso último, y él respondió con un ligerísimo asentimiento antes de abrocharse el cinturón de la espada y desenvainar el arma. Intentando que los ojos no se le saliesen de las órbitas por la estupefacción, Min intercambió una mirada con Caraline; ésta tenía los ojos como platos. La Aes Sedai sabía quién era y no pensaba compartir su secreto con nadie.

—Ojalá no hubiésemos dejado a nuestros Guardianes en la ciudad —comentó la delgada hermana Amarilla. Unas minúsculas campanillas de plata que adornaban su cabello tintinearon cuando sacudió la cabeza. Casi poseía el mismo aire autoritario de

Cadsuane, el suficiente como para que a primera vista no se apreciara lo hermosa que era, sólo que aquel modo de sacudir la cabeza resultaba… bueno, un tanto enfurruñado, de niña malcriada—. Ojalá tuviese a Roshan conmigo.

—¿Hacemos un círculo, Cadsuane? —preguntó la Gris. Girando la cabeza a un lado y otro para escudriñar la niebla, recordaba un gorrión gordo con su afilada nariz y sus inquisitivos ojos. No un gorrión asustado, pero sí uno a punto de levantar el vuelo—. ¿Nos coaligamos?

—No, Niande —respondió la Verde—. Si ves algo, tienes que ser capaz de atacarlo sin esperar a señalármelo. Samitsu, deja de lamentar la ausencia de Roshan. Tenemos tres espadachines estupendos con nosotras, dos de ellos con la marca de la garza, por lo que veo. Servirán.

Toram enseñó los dientes al ver la garza grabada en la hoja de la espada que Rand acababa de desenvainar. Si su mueca era una sonrisa, no había regocijo alguno en ella; su propia arma llevaba también una garza. No así la de Darlin; el teariano dedicó a Rand y a su espada una mirada aquilatadora, seguida de una respetuosa inclinación de cabeza que era considerablemente más pronunciada que la que había ofrecido a un simple Tomás Trakand, miembro de una rama secundaria de una casa.

La Verde de cabello canoso se había hecho con las riendas de la situación, obviamente, y no las soltó a despecho de las protestas de Darlin, quien, como muchos otros tearianos, no parecía fiarse mucho de las Aes Sedai, y de Toram, al que por lo visto no le gustaba que nadie diera órdenes excepto él. De hecho, lo mismo le ocurría a Caraline, pero Cadsuane hizo tan poco caso de su gesto ceñudo como de las protestas expresadas en voz alta por los dos hombres. A diferencia de ellos, Caraline parecía darse cuenta de que protestar no serviría de nada. Y, maravilla de maravillas, Rand dejó sumisamente que lo situara a la derecha de Cadsuane cuando la Verde colocó en su lugar a cada uno. A decir verdad, no tan sumisamente —miró a la mujer desde su imponente altura de un modo que Min lo habría abofeteado si se lo hubiese hecho a ella, aunque Cadsuane se limitó a sacudir la cabeza y a musitar algo que lo hizo enrojecer—, pero al menos mantuvo cerrada la boca. Tal como estaban las cosas, Min imaginó que sería capaz de decir quién era, y quizás esperaría que la niebla se disipara por miedo al Dragón Renacido. Él le sonrió como si la niebla fuera algo normal con ese tiempo de persistente sequía, incluso una niebla que había arrancado de cuajo tiendas y se había llevado con ella a muchas personas.

Entraron en la espesa bruma en una formación en estrella de seis puntas, con Cadsuane al frente, una Aes Sedai en cada punta correspondiente a su triángulo, y un hombre en cada punta del triángulo invertido. Toram, ni que decir tiene, protestó enérgicamente por ir en la parte de atrás hasta que Cadsuane mencionó el honor de la retaguardia o algo por el estilo. Aquello consiguió hacerlo callar. Min no puso reparo, ni mucho menos, a su posición, junto a Caraline, en el centro de la estrella. Asía un

cuchillo en cada mano y se preguntaba si le servirían de algo. Le sirvió de alivio en cierto modo ver que temblaba la mano con la que Caraline sujetaba una daga. Al menos las suyas se mantenían firmes. Claro que, tal vez, estaba demasiado asustada para temblar.

La niebla era fría como un viento invernal. La oscuridad grisácea se cerró en torno al grupo con arremolinadas volutas, tan espesa que apenas veía a los demás. Por el contrario, se oía casi con demasiada claridad. En la penumbra sonaban chillidos, hombres y mujeres gritando, caballos relinchando aterrorizados. La niebla parecía ahogar el sonido, hacerlo hueco, de modo que, por fortuna, aquellos espantosos ruidos parecían distantes. Al frente, la bruma empezó a volverse más densa, pero unas bolas de fuego salieron disparadas de las manos de Cadsuane, siseando a través de la helada penumbra, y la condensación gris estalló en una violenta y única llamarada. Sonidos semejantes a su espalda, el rayo descargándose contra la niebla como el relámpago entre nubes, revelaban que las otras dos hermanas hacían su labor. Min no sentía el menor deseo de mirar atrás. Lo que veía ante ella bastaba y sobraba.

Pasaron pisando tiendas tiradas, formas desdibujadas por la gris oscuridad, sobre cuerpos y a veces sobre trozos de cuerpos, no lo bastante desdibujados para el gusto de Min. En una ocasión atisbó la cabeza de una mujer que parecía sonreír desde donde descansaba, en la esquina de una carreta volcada. El terreno empezó a ascender, más y más empinado a cada paso. Min vislumbró al primer ser vivo aparte de ellos desde que habían empezado a caminar, y deseó no haberlo visto. Un hombre, vestido con una de las chaquetas rojas, caminaba tambaleándose hacia ellos y agitó débilmente el brazo izquierdo. El derecho le faltaba, y se veía hueso blanco donde antes debía de estar media cara. Algo que podrían ser palabras salieron balbucientes entre sus labios, y a continuación se desplomó. Samitsu se arrodilló unos instantes junto a él y posó los dedos en la masa sanguinolenta que era la frente del hombre. La hermana se incorporó, sacudió la cabeza y el grupo reanudó la marcha cuesta arriba, ascendiendo hasta que Min empezó a preguntarse si estarían subiendo una montaña en lugar de una colina.

Justo delante de Darlin la niebla empezó repentinamente a cobrar forma, con la altura de un hombre, pero toda ella tentáculos y bocas abiertas, repletas de dientes afilados. El Gran Señor no sería un maestro de armas, pero tampoco era un principiante. Su espada arremetió a través del centro de la figura todavía formándose, giró y descendió cortándola de arriba abajo. Cuatro nubes de niebla, más espesas que el banco brumoso, cayeron al suelo.

—Bien —dijo Darlin—, al menos sabemos que el acero puede cortar a esas… criaturas.

Los cuatro fragmentos más densos se unieron y empezaron a levantarse otra vez.

Cadsuane extendió una mano y de las puntas de sus dedos cayeron gotas de

fuego; un brillante fogonazo acabó con la niebla viviente.

—Pero, al parecer, sólo las corta —murmuró.

Al frente y a la derecha apareció de pronto una mujer en medio de los remolinos de la bruma, sujetando los vuelos de la falda de seda mientras corría, y casi bajó rodando la pendiente hacia ellos.

—¡Gracias a la Luz! —gritó—. ¡Gracias a la Luz! ¡Creí que estaba sola!

A su espalda la niebla se concretó en una pesadilla de dientes y garras que se alzó sobre la mujer. De haber sido un hombre, Min estaba segura de que Rand habría esperado.

Pero su mano se alzó antes de que Cadsuane tuviera tiempo de actuar, y una barra de… blanco fuego líquido, más brillante que el sol, se disparó por encima de la cabeza de la mujer. La criatura desapareció, simplemente. Durante un instante hubo aire puro en el lugar ocupado antes por el ser y a lo largo de la línea que la barra había quemado; luego la niebla empezó a cerrar el hueco. Un instante durante el cual la mujer permaneció paralizada en el sitio, y luego, chillando a pleno pulmón, se volvió y se alejó corriendo de ellos, todavía cuesta abajo, huyendo de algo que temía más que las pesadillas escondidas en la niebla.

—¡Tú! —bramó Toram, tan alto que Min se giró para hacerle frente con los cuchillos enarbolados. El hombre apuntaba con su espada a Rand—. ¡Eres él! ¡Yo tenía razón! ¡Esto es obra tuya! ¡A mí no me atraparás, al'Thor! —De repente echó a correr en ángulo, trepando enloquecidamente colina arriba—. ¡A mí no me atraparás!

—¡Regresa! —le gritó Darlin—. ¡Debemos permanecer unidos! ¡Tenemos que…! —No acabó la frase y se quedó mirando a Rand de hito en hito—. Eres él. ¡La Luz me asista, lo eres! —Hizo un movimiento, como si quisiera situarse entre Rand y Caraline, pero al menos no salió corriendo.

Haciendo gala de una tranquilidad increíble, Cadsuane descendió por la pendiente hasta llegar junto a Rand y lo abofeteó tan fuerte que lo hizo girar la cabeza. Min se quedó sin aliento por la impresión.

—No harás eso nunca más —dijo la Aes Sedai. No había ira en su voz, sólo una dureza acerada—. ¿Me has oído? Nada de fuego compacto. Jamás.

Sorprendentemente, Rand se limitó a frotarse la mejilla.

—Estabas equivocada, Cadsuane. Él es real. Estoy seguro. Lo sé.

Aún más sorprendente era su actitud, como si deseara fervientemente que la mujer le creyera. Min sufrió por él. Rand había mencionado que oía voces; debía de referirse a eso. Levantó la mano derecha hacia él, olvidando que asía en ella un cuchillo, y abrió la boca para decir algo consolador, si bien ya no estaba completamente segura de que pudiera ser capaz de volver a utilizar inocentemente esa palabra en particular. En ese momento Padan Fain apareció como si surgiese de la niebla detrás de Rand; en su mano destelló el acero de la daga.

—¡A tu espalda! —gritó Min, señalando con el cuchillo aferrado en la mano derecha extendida mientras arrojaba el que sostenía en la izquierda.

Todo pareció ocurrir al mismo tiempo, borroso en la niebla invernal. Rand empezó a girarse mientras se desviaba hacia un lado, y Fain también se ladeó para lanzarse sobre él. Debido a ese movimiento, el cuchillo de Min falló el blanco, pero la daga de Fain alcanzó el costado izquierdo de Rand. Dio la impresión de que la hoja sólo cortaba el paño de la chaqueta, pero Rand gritó. Fue un sonido que hizo que el corazón de Min se encogiera. Con la mano en el costado, Rand cayó contra Cadsuane y se agarró a ella para sostenerse, aunque sólo consiguió que ambos se fuesen al suelo.

—¡Quitaos de en medio! —gritó otra de las hermanas, Samitsu, le pareció a Min, y de pronto sintió que sus pies perdían contacto con el suelo. Se propinó un fuerte golpe y gimió al caer en el terreno empinado al mismo tiempo que Caraline, que barbotó, falta de aliento:

—¡Rayos y centellas!

Todo al mismo tiempo.

—¡Apártate! —bramó de nuevo Samitsu mientras Darlin arremetía contra Fain con su espada. El huesudo hombrecillo se movió con sorprendente rapidez y se arrojó al suelo, rodando sobre sí mismo a continuación hasta ponerse fuera del alcance del noble. Lo chocante fue que rió socarronamente mientras se incorporaba como un felino y echaba a correr; la niebla se lo tragó de inmediato.

Min se incorporó, temblorosa. Caraline lo hizo con mucha más energía.

—Escuchadme bien, Aes Sedai —instó con voz fría mientras se sacudía violentamente la falda—, no permitiré que se me trate así. Soy Caraline Damodred, Cabeza Insigne de la casa…

Min dejó de prestarle atención. Cadsuane se hallaba sentada en la ladera, un poco más arriba, sosteniendo la cabeza de Rand en su regazo. Sólo había sido un corte. La daga de Fain no podía haberle hecho más que un rasguño superficial… Con un grito, Min se lanzó hacia ellos. Sin importarle que fuera una Aes Sedai, apartó a la mujer de un empellón y estrechó a Rand en sus brazos. Él tenía los ojos cerrados y su respiración era entrecortada, irregular. La cara le ardía.

—¡Ayudadlo! —gritó a Cadsuane, su petición un eco de los distantes chillidos en la niebla—. ¡Ayudadlo! —Una parte de su mente le decía que aquello no tenía mucho sentido después de que hubiese apartado a la mujer a la fuerza, pero el rostro de Rand parecía abrasarle las manos, consumir cualquier rastro de sensatez en ella.

—Samitsu, aprisa —ordenó Cadsuane a la par que se levantaba y se arreglaba el chal—. Su gravedad está más allá de mi capacidad de Curación. —Puso una mano en la cabeza de Min—. Muchacha, no pienso dejar morir al chico cuando aún no le he enseñado a tener modales. Deja de llorar, vamos.

Era muy extraño. Min estaba totalmente convencida de que la mujer no le había hecho nada con el Poder y, sin embargo, le creía. Enseñarle modales. Eso sí que sería una lucha a brazo partido. No sin renuencia, apartó los brazos de él y retrocedió de rodillas. Muy extraño. Ni siquiera había sido consciente de estar llorando y, sin embargo, las palabras tranquilizadoras de Cadsuane bastaron para detener el flujo de lágrimas. Aspiró por la nariz mientras se limpiaba las mejillas con el dorso de la mano, en tanto que Samitsu se arrodillaba junto a Rand y posaba las yemas de los dedos sobre su frente. Min se preguntó por qué no le sostenía la cabeza con las dos manos, como solía hacer Moraine.

Rand sufrió una violenta convulsión, dando boqueadas y sacudiéndose de tal modo que uno de sus brazos derribó a la Amarilla de espaldas. Tan pronto como los dedos de la mujer dejaron de tocarlo, cesaron los espasmos.

—Aquí pasa algo raro —dijo Samitsu, irritada, al tiempo que se sentaba. Apartó la chaqueta de Rand, asió el corte de la camisa ensangrentada y desgarró la tela.

El corte producido por la daga de Fain, no más largo que su mano y muy superficial, atravesaba por encima de la antigua cicatriz del costado. Hasta con la mortecina luz, Min pudo ver que los bordes de la herida aparecían hinchados y enrojecidos, como si no se hubiese tratado desde hacía días. Ya no sangraba, pero tendría que haber desaparecido. Eso era lo que hacía la Curación: las heridas se cerraban por sí mismas ante tus propios ojos.

—Esto —Samitsu rozó levemente la cicatriz y habló con el tono de un maestro impartiendo clase— tiene aspecto de absceso, pero en lugar de tener pus está lleno de maldad. Y esto —pasó el dedo sobre el corte—, parece lleno de un mal diferente. —De repente miró a la Verde con el entrecejo fruncido y su voz adquirió un timbre huraño, a la defensiva—. Si tuviera palabras para describirlo lo haría, Cadsuane. Nunca había visto algo igual. Jamás. Pero te diré una cosa. Creo que si hubiese tardado un instante más en actuar o quizá si tú no lo hubieses intentado antes, ahora estaría muerto. Considerando su estado… —La hermana Amarilla suspiró y su aire se tornó abatido—. En su estado, creo que morirá de todos modos.

Min sacudió la cabeza e intentó decir «no», pero parecía incapaz de hacer que su lengua se moviera. Oyó a Caraline musitar una plegaria; la mujer aferraba el brazo de Darlin con las dos manos, y el noble teariano observaba ceñudo a Rand, como si intentara encontrar sentido a lo que veía. Cadsuane se inclinó para hablar secamente con Samitsu.

—Eres la mejor que existe, puede que la mejor que haya existido nunca —manifestó quedamente—. Nadie tiene tanto Talento de Curación como tú, ni por asomo.

Samitsu asintió con la cabeza y se levantó; antes de que hubiese acabado de ponerse de pie, volvía a ser la serenidad Aes Sedai en persona. No así Cadsuane, que

miraba a Rand ceñuda, puesta en jarras.

—¡Ni hablar! No te dejaré que te me mueras, chico —gruñó como si la culpa fuese de él. En esta ocasión, en lugar de tocar la cabeza de Min le propinó un capón —. En pie, muchacha. Hasta un idiota se daría cuenta de que no eres una cagueta, así que deja de fingir. Darlin, tú lo llevarás. Los vendajes habrán de esperar. Esta niebla no nos deja, así que será mejor que nos marchemos.

Darlin vaciló. Tal vez fue el gesto ceñudo y perentorio de Cadsuane o tal vez la mano de Caraline alzándose hacia su cara, pero envainó la espada bruscamente, mascullando entre dientes, y se cargó a Rand al hombro.

Min cogió la espada marcada con la garza y la deslizó con cuidado en la vaina colgada de la cintura de Rand.

—La necesitará —dijo a Darlin y, un momento después, el hombre asintió. Por suerte para él lo hizo; Min había puesto toda su confianza en la hermana Verde y no pensaba permitir que nadie opinara lo contrario.

—Ten cuidado, Darlin —advirtió Caraline con aquel timbre ronco una vez que Cadsuane estableció claramente la posición de cada cual para la marcha—. Quédate detrás de mí y yo te protegeré.

El noble rió hasta quedarse sin aliento, y siguió riendo entre dientes cuando empezaron a ascender a través de la fría niebla y los distantes gritos, con el noble cargando a Rand en el centro y las mujeres formando un círculo alrededor.

Min sabía que sólo era otro par de ojos vigilantes, al igual que Caraline, que caminaba al otro lado de Cadsuane, y también sabía que el cuchillo que empuñaba no servía de nada contra las formas de niebla, pero Padan Fain podría seguir por allí. No fallaría una segunda vez. Caraline también empuñaba su daga y, por las ojeadas que echaba hacia atrás, a Darlin, que subía trabajosamente bajo el peso de Rand, quizá también se proponía proteger al Dragón Renacido. Claro que, a lo mejor no era a él. Una mujer podía olvidar el tamaño de una nariz, por grande que fuera, por aquella risa.

Las formas seguían surgiendo en la niebla y morían consumidas por el fuego; una vez, un algo inmenso partió en dos a un aterrado caballo, a la derecha del grupo, antes de que cualquiera de las Aes Sedai tuviese tiempo de acabar con él. Min vomitó ruidosamente y no sintió pizca de vergüenza por ello; había gente muriendo, pero al menos las personas habían ido allí por propia voluntad. Hasta el soldado de más baja categoría habría podido huir la víspera si así lo hubiese decidido, pero no aquel caballo. La formas se concretaban y perecían, la gente moría, siempre gritando a lo lejos aparentemente, aunque seguían topando con despojos desgarrados que habían sido seres humanos poco antes. Min empezó a preguntarse si volverían a ver la luz del día alguna vez.

Con desconcertante instantaneidad, sin previo aviso, Min se encontró bañada por

ella; un momento antes la rodeaba un manto gris y al siguiente se hallaba bajo un sol ardiente y dorado que brillaba en lo alto, en un cielo azul, con tal intensidad que tuvo que resguardarse los ojos. Y allí, a unos ocho kilómetros en línea recta a través de las colinas casi peladas, Cairhien se alzaba, sólida y cuadrada, sobre sus propias prominencias. De algún modo, ya no parecía verdaderamente real.

Volvió la vista hacia el límite de la niebla y un escalofrío la sacudió. Era un borde, un muro nuboso que se extendía a través de los árboles de la cumbre de esa colina, y demasiado uniforme, sin remolinos ni cambios de densidad. Aire transparente a un lado y espesa niebla al otro, nada más. Un árbol situado justo delante de ella se hizo un poco más visible, y Min comprendió que la niebla retrocedía, tal vez disipada por el calor del sol. Sin embargo, su retirada era demasiado lenta para considerarla natural. Los demás la contemplaban con igual fijeza que ella, hasta las Aes Sedai.

Veinte pasos a la izquierda del grupo apareció un hombre, dirigiéndose a gatas hacia la luz. Llevaba afeitada la frente y, a juzgar por su peto abollado, era un soldado de a pie. Miró en derredor enloquecidamente, al parecer sin verlos, y siguió gateando cuesta abajo. Lejos, a la derecha, surgieron dos hombres y una mujer, todos corriendo. Ella llevaba un vestido con franjas de colores en la pechera, pero no se veían cuántas eran ya que la mujer se había recogido la falda todo lo posible para correr más deprisa, y sus zancadas igualaban a las de los hombres. Ninguno de los tres miró a ningún lado, sino que se lanzaron colina abajo, tropezando, cayendo y volviendo a levantarse para continuar corriendo.

Caraline contempló, ausente, la hoja de su daga y luego la enfundó.

—Así desaparece mi ejército —musitó.

Darlin, con Rand todavía inconsciente cargado a los hombros, la miró.

—Hay otro en Tear, si lo necesitas.

La noble echó una ojeada a Rand, colgado como un saco.

—Tal vez —repuso.

Darlin volvió la cabeza para mirar el rostro de Rand con la frente arrugada en un gesto preocupado. El sentido práctico de Cadsuane salió a relucir de nuevo.

—La calzada está en esa dirección —anunció, señalando al oeste—. Iremos más deprisa por ella que a campo traviesa. Será un paseo.

Min no lo habría llamado así. El aire parecía el doble de caliente después del frío de la niebla. La hacía sudar a mares y parecía dejarla sin fuerza. Las piernas le fallaron; tropezó con unas raíces y se fue de bruces al suelo. Tropezó con piedras y cayó. Tropezó con sus propios pies y cayó. En una ocasión resbaló y se deslizó sus buenos cuarenta metros colina abajo, sobre el trasero, agitando los brazos hasta que consiguió agarrarse a un arbolillo. Caraline se fue al suelo otras tantas veces o quizá más; los vestidos no estaban hechos para esa clase de viaje y, a no tardar —después

de rodar dando volteretas y que las faldas acabaran enredadas en su cabeza— le preguntó a Min el nombre de la costurera que le había hecho la chaqueta y las polainas. Darlin no cayó. Sí tropezó y resbaló tanto como ellas, pero cada vez que empezaba a caerse, algo parecía sujetarlo y mantenerlo de pie. Al principio el noble dirigió miradas feroces a las Aes Sedai, herido su orgullo de Gran Señor teariano, muy capaz de acarrear por sí mismo a Rand, sin ayuda de nadie. Cadsuane y las otras fingieron no darse cuenta. Ellas no cayeron ninguna vez; simplemente caminaban mientras charlaban en voz baja entre ellas y sujetaban a Darlin antes de que el hombre se fuera al suelo. Para cuando llegaron a la calzada, la expresión del noble era aliviada a la par que acosada.

Plantada en mitad de la ancha calzada de tierra apisonada y a la vista del río, Cadsuane alzó una mano perentoria para detener al primer medio de transporte que apareció, una carreta desvencijada, tirada por dos mulas apolilladas y conducida por un granjero huesudo, vestido con una chaqueta llena de parches, que tiró de las riendas precipitadamente. ¿Con quién pensaría el tipo desdentado que había topado? Tres Aes Sedai de rostro intemporal, con sus chales, que podrían acabar de bajar de su carruaje un momento antes. Una cairhienina empapada en sudor, de alto rango a juzgar por las bandas del vestido, o quizás una pordiosera que se había puesto las ropas desechadas de una noble, habida cuenta del estado del vestido; un noble obviamente teariano, con el sudor goteando de su nariz y su barba y con otro hombre cargado sobre los hombros como si fuese un saco de grano. Y luego, ella, con las dos rodillas asomando por las calzas rotas, y otro desgarrón en la culera que cubría la chaqueta, gracias a la Luz, aunque una de las mangas le colgaba de unos pocos hilos. Y con más manchas y polvo de lo que era posible imaginar.

Sin esperar a nadie, sacó el cuchillo de la manga —partiendo la mayoría de los pocos hilos que la sujetaban— y giró el arma con un floreo que le había enseñado Thom Merrilin, pasando la empuñadura entre los dedos de manera que la hoja centelleó bajo el sol.

—Necesitamos que nos lleves al Palacio del Sol —anunció y ni el mismísimo Rand lo habría hecho mejor. Había momentos en los que mostrarse autoritario evitaba discusiones.

—Pequeña —dijo Cadsuane en tono de censura—, sin duda Kiruna y sus amigas harán cuanto esté en sus manos, pero no hay una sola Amarilla entre ellas. Samitsu y Corele son realmente dos de las mejores que ha habido. Lady Arilyn, muy amablemente, nos ha dejado su palacio de la ciudad, así que lo llevaremos…

—No. —Min ignoraba de dónde había sacado el coraje necesario para decir tal palabra a esa mujer. Sólo que… era de Rand de quien hablaban—. Si recobra el conocimiento… —Calló para tragar saliva; lo recobraría—. Si se despierta en un lugar extraño, rodeado de Aes Sedai desconocidas otra vez, no quiero imaginar lo que

podría hacer. Y vosotras, menos aún.

Durante unos segundos larguísimos, sostuvo aquella fría mirada, y luego la Aes Sedai asintió.

—Al Palacio del Sol —dijo Cadsuane al granjero—. Y tan deprisa como seas capaz de hacer moverse a esos dos sacos de huesos.

Naturalmente, las cosas no eran así de sencillas, ni siquiera para una Aes Sedai. Ander Tol llevaba una carreta llena de nabos raquíticos que se proponía vender en la ciudad, y no tenía la menor intención de acercarse al Palacio del Sol, donde, les dijo, el Dragón Renacido se comía a la gente, que era asada en espetones por mujeres Aiel de tres metros de altura. Ni aunque se lo pidiesen todas las Aes Sedai del mundo se acercaría a un kilómetro del palacio. Por su parte, Cadsuane le lanzó una bolsa que hizo que los ojos del hombre casi se salieran de sus órbitas cuando miró dentro, y luego le informó de que acababa de comprarle la carga de nabos y alquilar sus servicios y los de su carreta. Claro que, si no le gustaba la idea, podía devolverle la bolsa. Eso último lo dijo puesta en jarras y con una expresión en el semblante que anunciaba que podía tragarse su carreta allí mismo si intentaba rechazar la bolsa. Resultó que Ander Tol era un hombre razonable. Samitsu y Niande descargaron la carreta; es decir, los nabos salieron volando por el aire y fueron a parar a un lado de la calzada en un ordenado montón. Por sus expresiones gélidas, aquél no era precisamente el uso que habían imaginado dar al Poder Único. Por la expresión de Darlin, todavía de pie con Rand al'Thor cargado a los hombros, se sentía aliviado porque no le hubieran ordenado hacerlo a él. Sentado en el pescante de la carreta, Ander Tol no podía tener más abierta la boca; manoseó con nerviosismo la bolsa del dinero como si se preguntara si realmente habría merecido la pena.

Una vez instalados en la caja de la carreta, con la paja que había servido de cama para los nabos amontonada para acostar a Rand sobre ella, Cadsuane no quitó ojo a Min por encima de Rand. Maese Tol sacudía las riendas y conseguía una velocidad increíble de aquellas mulas. La carreta brincaba y se zarandeaba de manera espantosa; las ruedas no sólo tenían holgura, sino que también parecían descentradas. Deseando para sus adentros haber reservado un poco de paja para sí misma, a Min le divirtió ver que los rostros de Samitsu y de Niande se tornaban más tensos por momentos a medida que brincaban arriba y abajo. Caraline las contempló sonriendo sin disimulo; la Cabeza Insigne de la casa Damodred no se molestó en ocultar el placer que le causaba que las Aes Sedai, por una vez, experimentaran un viaje duro. Aunque, a decir verdad, debido a su ligera constitución, Caraline era la que más alto brincaba y con mayor fuerza caía sobre la caja. A Darlin, agarrado a un costado de la carreta, no parecían afectarlo las bruscas sacudidas; seguía mirando ceñudo a Caraline y a Rand.

Cadsuane era otra a la que aparentemente le importaba poco que los dientes

entrechocaran por los zarandeos.

—Espero haber llegado antes de que anochezca, maese Tol —manifestó la Aes Sedai, y como resultado hubo más chasquidos de riendas y más velocidad—. Y ahora —empezó Cadsuane, volviéndose hacia Min—, cuéntame exactamente qué ocurrió la *última* vez que este chico despertó rodeado de Aes Sedai desconocidas. —Su mirada atrapó la de Min y no la soltó.

Rand quería guardarlo en secreto, si era posible, el mayor tiempo posible. Pero estaba muriéndose y la única oportunidad que tenía, en opinión de Min, estaba en manos de esas mujeres. Quizá saberlo no serviría precisamente de ayuda. O quizá serviría para que al menos entendieran un poco a Rand.

—Lo metieron en un baúl —empezó.

No supo a ciencia cierta cómo continuó —sólo que lo hizo— o cómo logró contener las lágrimas —sólo que no iba a venirse abajo de nuevo, cuando Rand la necesitaba—, pero de algún modo relató el confinamiento y las palizas sin que la voz le temblara, hasta el momento en que Kiruna y las demás se arrodillaron para jurarle lealtad. Darlin y Caraline estaban estupefactos. Samitsu y Niande, horrorizadas. Aunque resultó que no por la razón que Min había supuesto.

—¿Que… *neutralizó* a tres hermanas? —preguntó Samitsu con un timbre chillón. De repente se llevó una mano a la boca y giró sobre sí misma para inclinarse por el borde de la carreta y vomitar ruidosamente. Niande la imitó casi de inmediato y las dos, colgadas sobre el borde del carro, vaciaron sus estómagos.

Y Cadsuane… Cadsuane acarició el rostro lívido de Rand y apartó los mechones que le caían sobre la frente.

—No temas, muchacho —susurró—. Han hecho más duro mi trabajo, y el tuyo, pero no te causaré más daño que el necesario.

Min sintió que sus entrañas se helaban.

Los guardias de las puertas de la ciudad gritaron dando el alto a la carreta, pero Cadsuane le ordenó a maese Tol que no se parara, y el hombre azuzó con más ahínco a las mulas. La gente en las calles se apartaba a los lados de un salto para no acabar atropellada, y la carreta fue dejando a su paso gritos y maldiciones, sillas de mano volcadas y carruajes empotrándose en los puestos de los vendedores callejeros. Por fin enfilaron la amplia rampa que llevaba al Palacio del Sol, donde los guardias vestidos con los colores de lord Dobraine se desplegaron como preparándose para luchar contra hordas invasoras. Mientras maese Tol chillaba a voz en cuello que la Aes Sedai lo había obligado a hacerlo, los soldados vieron a Min. Y luego a Rand. La joven creía que antes se había encontrado en una vorágine, pero se había equivocado. Entonces sí que se hallaba en un tumulto.

Dos docenas de hombres intentaron llegar a la caja de la carreta al mismo tiempo para sacar a Rand, y los que consiguieron adelantarse lo cogieron con tanto cuidado

como si fuera un bebé, cuatro a cada lado, con los brazos pasando por debajo del cuerpo desmayado. Cadsuane debió de repetir que no estaba muerto más de un millar de veces mientras entraban apresuradamente en palacio y recorrían los pasillos que a Min le parecieron más largos de lo que recordaba, con más soldados cairhieninos amontonándose detrás a medida que avanzaban. Los nobles empezaron a aparecer en cada puerta y en cada intersección de los corredores, los rostros pálidos como muertos y mirando de hito en hito a Rand mientras pasaba ante ellos. Min había perdido de vista a Caraline y a Darlin desde que saltó de la carreta, y, deseándoles lo mejor, se olvidó de ellos. Rand era lo único que le importaba. Lo único en el mundo.

Nandera se encontraba entre las *Far Dareis Mai* que guardaban las puertas de los aposentos de Rand, con sus dorados soles nacientes. Cuando la Doncella canosa vio a Rand, la impasibilidad propia de los Aiel quedó hecha añicos.

—¿Qué le ha pasado? —aulló, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué ha ocurrido?

Algunas de las otras Doncellas empezaron a entonar un lamento, un sonido bajo que subía poco a poco, como un canto fúnebre.

—¡Silencio! —bramó Cadsuane a la par que daba una sonora palmada—. Tú, chica. Hace falta acostarlo. ¡Corre!

Nandera corrió. En un abrir y cerrar de ojos, Rand estuvo desnudo y tendido en la cama con Samitsu y Niande pegadas a su lado; echaron a los cairhieninos, y Nandera se quedó en la puerta repitiendo las instrucciones de Cadsuane de que no lo molestara nadie, todo ello con tal rapidez que Min se sintió mareada. Esperaba presenciar algún día el encuentro entre Cadsuane y Sorilea, la Sabia; tenía que producirse, y sería memorable.

Si la Aes Sedai había pensado que sus instrucciones iban a dejar fuera a todo el mundo, se equivocaba. Antes de que Cadsuane tuviese tiempo de hacer algo más que mover una silla, flotando en el aire con el Poder, para sentarse a un lado de la cama de Rand, Kiruna y Bera entraron cual dos representaciones de orgullo, dirigente de una corte y dirigente de su granja.

—¿Qué es eso que he oído…? —empezó a decir furiosamente Kiruna. Entonces vio a Cadsuane. Y Bera la vio también. Para sorpresa de Min, se pararon en seco, con la boca abierta.

—Está en buenas manos —dijo Cadsuane—. A menos que una de vosotras haya encontrado repentinamente más fuerza en el Talento de la Curación de lo que yo recuerdo.

—Sí, Cadsuane —respondieron sumisamente—. No, Cadsuane.

Min cerró la boca también. Samitsu cogió una silla con incrustaciones de marfil que había junto a la pared, extendió los amplios vuelos de su falda de color amarillo oscuro, y se sentó con las manos enlazadas sobre el regazo, observando cómo subía y bajaba el pecho de Rand cubierto por la sábana. Niande se acercó a la estantería de

libros de Rand y seleccionó uno antes de tomar asiento cerca de los ventanales. ¡Se puso a leer! Kiruna y Bera hicieron amago de sentarse, pero entonces miraron a Cadsuane y aguardaron el impaciente gesto de asentimiento de la otra mujer antes de ocupar sus sillas.

—¿Por qué no hacéis algo? —gritó Min.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —dijo Amys, entrando en la habitación. La Sabia de cabello blanco y aspecto juvenil contempló a Rand unos instantes y luego se ajustó el chal marrón oscuro y se giró hacia Kiruna y Bera—. Podéis marcharos —manifestó—. Kiruna, Sorilea quiere verte otra vez.

La oscura tez de Kiruna palideció, pero las dos Aes Sedai se levantaron e hicieron una reverencia que acompañó un «Sí, Amys» aún más sumiso que el dirigido a Cadsuane, tras lo cual se marcharon mientras echaban miradas abochornadas a la hermana Verde.

—Interesante —dijo ésta una vez que hubieron salido. Sus oscuros ojos se trabaron con los azules de Amys, y a la Aes Sedai, al menos, pareció gustarle lo que veía. En cualquier caso, sonrió.

—Me gustaría conocer a esa Sorilea. ¿Es una mujer fuerte? —Pareció darle énfasis a la última palabra.

—La más fuerte que he conocido en mi vida —contestó simplemente Amys. Y tranquilamente. Nadie habría dicho que Rand yacía inconsciente delante de ella—. Desconozco vuestra Curación, Aes Sedai, pero confío en que habréis hecho todo lo que puede hacerse, ¿verdad? —Su tono era impasible; Min dudaba que Amys confiara realmente.

—Lo que podía hacerse, se ha hecho —respondió Cadsuane—. Lo único que queda es esperar.

—¿Mientras Rand al'Thor muere? —inquirió la voz ronca y dura de un hombre.

Min dio un brinco; Dashiva entró en la habitación con su rostro de campesino ceñudo, acompañado por otros dos Asha'man.

—¡Flinn! —llamó secamente.

A Niande se le cayó el libro de los dedos aparentemente enervados; contemplaba a los tres hombres de negro como si tuviera delante al propio Oscuro. Pálida, Samitsu musitó algo que sonó como una plegaria.

A la orden de Dashiva, el Asha'man canoso se acercó cojeando hasta el lecho de Rand, al otro lado del ocupado por Cadsuane, y empezó a pasar las manos a lo largo del cuerpo inmóvil de Rand, un palmo por encima de la sábana. El joven Narishma seguía de pie junto a la puerta, ceñudo, toqueteando la empuñadura de su espada y con sus enormes ojos negros intentando vigilar a la vez a las tres Aes Sedai y a Amys. No parecía asustado; sólo era un hombre seguro de sí mismo que esperaba a que aquellas mujeres se mostraran como sus enemigas. A diferencia de las Aes Sedai,

Amys no hizo caso de los Asha'man, excepto de Flinn. Sus ojos no se apartaron del hombre y su terso rostro permaneció inexpresivo. Sin embargo, su dedo pulgar acariciaba el mango del cuchillo que llevaba al cinturón de manera harto significativa.

—¿Qué haces? —demandó Samitsu mientras se levantaba de la silla como movida por un resorte. Por mucho que la inquietaran los Asha'man, la preocupación por su inconsciente paciente se impuso—. Tú, Flinn o como quiera que te llames.

Dio un paso hacia la cama y Narishma se desplazó para cerrarle el paso. La mujer, ceñuda, intentó rodearlo, y él la asió por el brazo.

—Otro chico sin modales —murmuró Cadsuane. De las tres hermanas, sólo ella no mostraba ni el menor atisbo de alarma por los Asha'man. En cambio, los estudió por encima de los dedos unidos por las puntas.

Narishma enrojeció con su comentario y apartó la mano, pero cuando Samitsu intentó pasarlo por un lado otra vez, volvió a interponerse en su camino. La mujer se conformó con mirar por encima de su hombro.

—Tú, Flinn, ¿qué haces? ¡No dejaré que lo mates con tu ignorancia! ¿Me has oído?

Min brincaba prácticamente sobre uno y otro pie. No creía que un Asha'man matara a Rand; no a propósito, pero… Confiaba en ellos, pero… Luz, ni siquiera Amys parecía convencida, y miraba alternativamente a Flinn y a Rand, fruncido el ceño.

Flinn retiró la sábana hasta dejar al descubierto el torso de Rand y la herida. El tajo no parecía ni peor ni mejor de lo que Min recordaba: un corte abierto, inflamado, sin sangrar, que se extendía sobre la cicatriz redonda. Rand parecía dormir.

—No puede empeorarlo más de lo que está ya —comentó Min, pero nadie le hizo el menor caso.

Dashiva dejó escapar un sonido gutural, y Flinn lo miró.

—¿Has visto algo, Asha'man?

—No poseo el Talento de la Curación —repuso Dashiva, con mala cara—. Tú eres el que siguió mi sugerencia y aprendió.

—¿Qué sugerencia? —demandó la hermana Amarilla—. Insisto en que te…

—Cállate, Samitsu —dijo Cadsuane. Parecía la única persona tranquila en la habitación aparte de Amys y, a juzgar por el modo en que la Sabia acariciaba la empuñadura del cuchillo, Min no lo tenía tan claro con ella—. Creo que lo último que querría es hacer daño al chico.

—Pero, Cadsuane —empezó Niande en tono urgente—, ese hombre es…

—He dicho que silencio —espetó la canosa Aes Sedai con firmeza.

—Os aseguro que Flinn sabe lo que hace —intervino Dashiva, que se las arregló para hablar en un tono untuoso y duro a la vez—. De hecho ya hace cosas que

vosotras, las Aes Sedai, jamás imaginaríais.

Samitsu aspiró por la nariz, desdeñosamente. Cadsuane se limitó a asentir y se recostó en la silla.

Flinn siguió con el dedo el corte hinchado del costado de Rand y a través de la vieja cicatriz. Ésta parecía más tierna.

—Son semejantes, pero distintas, como si hubiese dos tipos de infecciones. Sólo que no es infección, es… oscuridad. No se me ocurre un término mejor.

Flinn se encogió de hombros y echó una ojeada de soslayo a la hermana Amarilla mientras ésta, a su vez, lo observaba con el entrecejo fruncido, pero ahora la expresión de su mirada era pensativa.

—Adelante, Flinn —masculló Dashiva—. Si muriese… —Arrugó la nariz como si hubiese captado un mal olor; parecía incapaz de apartar los ojos de Rand. Movió los labios, aparentemente hablando para sí mismo, y en cierto momento emitió un sonido, mitad sollozo, mitad risa amarga, sin que su semblante cambiara un ápice.

Con una profunda inhalación, Flinn echó un vistazo en derredor, a las Aes Sedai, a Amys. Cuando sus ojos encontraron a Min, dio un respingo y su rostro curtido enrojeció. Se apresuró a cubrir de nuevo el pecho de Rand con la sábana, dejando al aire únicamente la antigua herida y la nueva.

—Espero que a nadie le importe si hablo —comentó mientras empezaba a mover las manos callosas sobre el costado de Rand—. Hablar parece ayudarme un poco. —Estrechó los ojos y centró la vista en las heridas al tiempo que sus dedos se retorcían lentamente. Casi como si estuviese tejiendo hilos, comprendió Min. Cuando habló, su tono sonó ausente, sólo consciente a medias de sus palabras—. Podría decirse que fue la Curación la que me indujo a ir a la Torre Negra. Era un soldado hasta que recibí un lanzazo en el muslo, y a partir de entonces me resultaba muy difícil sostenerme bien en una silla de montar, y tampoco podía caminar mucho tiempo. Ésa era la decimoquinta herida que sufría en casi cuarenta años de servicio en la Guardia Real. Quince que fueran de consideración, se entiende; no cuentan si después uno puede cabalgar o caminar. Vi morir a un montón de amigos en esos cuarenta años. De modo que fui allí, y el M'Hael me enseñó la Curación. Y otras cosas. Una especie de Curación rudimentaria; en cierta ocasión me curó una Aes Sedai. Bueno, de eso hará unos treinta años. En cualquier caso, esto duele comparado con aquello, aunque funciona igual de bien. Entonces, un día, Dashiva, aquí presente… perdón, el Asha'man Dashiva comentó que le parecía curioso que todo fuese igual, que tanto daba si un hombre se había roto una pierna como si tenía un resfriado, y empezamos a hablar y… En fin, él no tiene facultades en eso, pero en mi caso, por lo visto, se podría decir que poseo el don. El Talento. Así que empecé a pensar, ¿y si…? Bueno, se acabó. Es todo lo que puedo hacer.

Dashiva gruñó mientras Flinn se dejaba caer en cuclillas pesadamente y se

enjugaba la frente. Gotitas de sudor cubrían todo su rostro; era la primera vez que Min veía transpirar a un Asha'man. El corte en el costado de Rand no había desaparecido, pero sí parecía algo más pequeño, menos enrojecido e hinchado. Rand seguía inconsciente, pero la palidez de su cara había disminuido. Samitsu pasó junto a Narishma tan deprisa que el joven no tuvo tiempo de impedírselo.

—¿Qué le has hecho? —demandó a la par que posaba los dedos en la frente de Rand. Fuera lo que fuese lo que descubrió con el Poder, lo cierto es que sus cejas se enarcaron de manera llamativa y su tono pasó de ser imperioso a incrédulo—. ¿Qué has hecho?

—No mucho. —Flinn se encogió de hombros en actitud pesarosa—. En realidad no pude tocar el mal, ninguno de los dos. Hice algo así como aislarlos de él, al menos durante un tiempo. No durará mucho, pero ahora combaten entre sí. Quizás acaben el uno con el otro, mientras él se cura del todo. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Por otro lado, no puedo afirmar que no lo maten a él. Pero creo que ahora tiene más posibilidades que antes.

—Sí —asintió Dashiva con aire engreído—, ahora tiene una oportunidad.

Cualquiera habría pensado que la Curación la había llevado a cabo él. Para gran sorpresa de Flinn, Samitsu rodeó el lecho y lo ayudó a incorporarse.

—Tienes que contarme cómo lo hiciste —manifestó; su tono regio contrastó llamativamente con el modo en que sus dedos enderezaron el cuello de la chaqueta del hombre y alisaron las solapas—. ¡Si hubiese un modo de que pudieras enseñarme! Pero al menos me describirás el proceso. ¡Debes hacerlo! Te daré todo el oro que poseo, te daré un hijo, cualquier cosa que desees, pero me explicarás lo que has hecho lo más detalladamente posible.

Aparentemente sin estar segura ella misma de si le estaba dando una orden o le suplicaba, condujo a un estupefacto Flinn hacia los ventanales. El hombre intentó abrir la boca en más de una ocasión, pero Samitsu ponía tanto empeño en hacerlo hablar que ni siquiera reparó en ese detalle.

Sin importarle lo que ninguno de los presentes pensara, Min se subió a la cama y se tumbó de manera que la cabeza de Rand quedó bajo su barbilla, y lo rodeó con los brazos. Una oportunidad. Disimuladamente observó a las tres personas que había alrededor del lecho: Cadsuane en su silla; Amys de pie, al otro lado; Dashiva apoyado en uno de los postes cuadrados a los pies. Todos con halos e imágenes indescifrables que aparecían y desaparecían alrededor; todos pendientes de Rand. A buen seguro, Amys preveía algún desastre para los Aiel si Rand moría, y Dashiva, el único de los tres cuyo semblante traslucía alguna expresión, desastre para los Asha'man. Y Cadsuane… Cadsuane, a quien Bera y Kiruna no sólo conocían sino que la obedecían prontamente, como niñas, a pesar de sus juramentos a Rand. Cadsuane, que no causaría a Rand «más daño que el necesario».

La mirada de la Aes Sedai se cruzó un instante con la de Min, y la joven se estremeció. De algún modo lo protegería mientras él no pudiera hacerlo por sí mismo; lo protegería de Amys, de Dashiva, de Cadsuane. De algún modo. Sin ser consciente de ello, empezó a canturrear en voz queda una canción de cuna mientras mecía suavemente a Rand. De algún modo.

37



Una nota de palacio

Al día siguiente del Festival de los Pájaros amaneció con vientos tan fuertes procedentes del Mar de las Tormentas que, de hecho, la temperatura bajó en Ebou Dar. Un cielo despejado y el disco dorado rojizo del sol en el horizonte, sin embargo, prometían la vuelta del calor una vez que el viento encalmara. Mat recorría el palacio de Tarasin a buen paso, con la chaqueta verde desabrochada y la camisa con la mitad de las lazadas sueltas en previsión del aumento de la temperatura. No brincaba sobresaltado exactamente con cada ruido, pero sí daba un respingo, con los ojos más abiertos de lo que habría sido su gusto, cada vez que una de las criadas pasaba a su lado en medio del frufrú de enaguas y sonriéndole. Todas sonreían de un modo particularmente… cómplice. A duras penas se controló para no echar a correr.

En el último tramo redujo la velocidad de sus pasos hasta casi ir de puntillas por la galería cubierta que rodeaba el patio del establo. Entre las columnas estriadas de la arcada, juncias amarillentas en grandes macetas de cerámica roja y enredaderas de hojas anchas con nervadura encarnada que colgaban de cestas metálicas, suspendidas por cadenas, formaban una pantalla vegetal poco tupida. Se caló el sombrero para ocultar la cara y sus manos se deslizaron sobre la lanza —una *ashandarei*, la había llamado Birgitte— acariciando el astil como si acaso necesitara defenderse, todo ello de manera inconsciente. Los dados rodaban como locos en su cabeza, pero eso no tenía nada que ver con su inquietud. El origen de su desasosiego era Tylin.

Seis carruajes cerrados, con el emblema verde del Ancla y la Espada de la casa Mitsobar en la puerta, los troncos enganchados y los cocheros uniformados al pescante, esperaban ya delante de las altas puertas en arco que daban al exterior. A la cabecera de los carruajes, Mat vio a Nalesean, vestido con una chaqueta de rayas amarillas y bostezando. Localizó a Vanin cerca de las puertas del establo, sentado en un barril dado la vuelta; parecía dormido. Casi todos los demás Brazos Rojos esperaban pacientemente, puestos en cuclillas en las losas del patio; unos pocos jugaban a los dados a la sombra de los enormes establos blancos. Elayne se encontraba entre Mat y los carruajes, justo al otro lado de la pantalla vegetal. Reanne Corly estaba con ella, y no muy lejos, otras siete mujeres que habían tomado parte en

la peculiar reunión que se había celebrado repentinamente la tarde anterior; Reanne era la única que no llevaba el cinturón rojo de las Mujeres Sabias. Mat casi había esperado que no aparecieran por allí esa mañana. Tenían el aire de mujeres acostumbradas a dirigir sus vidas y las de los demás, y en su mayor parte lucían canas en el cabello; sin embargo, miraban a la bisoña Elayne con expectación, casi en vilo, como dispuestas a obedecer prontamente cualquier orden de ella. No obstante, el grupo entero apenas atrajo su atención; ninguna de ellas era la mujer que lo tenía en vilo a él, con los nervios a flor de piel. Tylin hacía que se sintiera… «Indefenso» era el término que lo describía mejor, por ridículo que pudiese parecer.

—No las necesitamos, señora Corly —decía Elayne. La forma de hablar de la heredera del trono recordaba la actitud de un adulto que da palmaditas en la cabeza a un niño—. Les he dicho que se queden aquí hasta que regresemos. Llamaremos menos la atención, en especial al otro lado del río, sin mujeres fácilmente reconocibles como Aes Sedai.

Su idea de cómo ir vestida para visitar la zona más peligrosa de la ciudad sin llamar la atención era un amplio sombrero verde con plumas del mismo color, un ligero guardapolvo de lino de igual tonalidad con bordados dorados, y un traje de montar con el cuello alto, asimismo en seda verde y bordados de oro a lo largo de la falda pantalón y remarcando el escote ovalado que dejaba al aire la mitad de su busto. Incluso llevaba uno de esos collares para el Cuchillo de Esponsales. Aquella ancha banda de oro tejido despertaría picazón en la mano de todos los ladrones del Rahad. Aparte de un pequeño puñal al cinturón, no portaba arma alguna. Pero ¿qué arma necesitaba una mujer capaz de encauzar? Ni que decir tiene que en cada uno de los cinturones rojos de las otras mujeres iba metida una daga curva, y también en el de cuero corriente de Reanne.

Ésta se quitó un amplio sombrero de paja azul, lo miró ceñuda y luego volvió a ponérselo y ató las cintas. No parecía que fuera el tono de Elayne lo que la molestaba. Sonrió con cortedad antes de hablar en tono tímido.

—Pero ¿por qué Merilille Sedai cree que mentimos, Elayne Sedai?

—Todas lo creen —intervino una de las mujeres con cinturón rojo. Todas llevaban vestidos ebudarianos en colores discretos, con escotes estrechos y profundos y faldas recogidas a un lado para dejar a la vista capas de enaguas, pero sólo ésa, flaca como un palo y con más canas que cabellos negros, tenía la tez olivácea y los ojos oscuros de una ebudariana—. Sareitha Sedai me llamó mentirosa a la cara con respecto a nuestro número, y por… —Enmudeció de golpe ante el ceño fruncido y la seca orden de «Cállate, Tamarla» por parte de Reanne; la señora Corly estaría más que dispuesta a inclinar la testa y a sonreír como una tonta ante una chiquilla si esa chiquilla era Aes Sedai, pero mantenía un férreo control sobre sus compañeras.

Mat alzó la vista a las ventanas que se asomaban al patio del establo, a las que

divisaba desde su posición. Verjas blancas de hierro, profusamente trabajadas, cubrían algunas, mientras que otras quedaban ocultas tras celosías minuciosamente labradas. No era probable que Tylin se encontrara allá arriba, y tampoco que apareciera de improviso en el patio del establo. Había puesto mucho cuidado en no despertarla mientras se vestía. Además, la mujer no intentaría nada allí. Bueno, al menos él no creía que lo hiciera. Aunque, pensándolo bien, ¿a qué no se atrevería una mujer que había utilizado una docena de sirvientas para atraparlo en los pasillos y arrastrarlo hasta sus aposentos la noche anterior? ¡La maldita mujer lo trataba como si fuese un juguete! No iba a aguantar esa situación más. Ni hablar. Luz ¿a quién quería engañar? Si no encontraban el dichoso Cuenco de los Vientos y se marchaban de Ebou Dar, Tylin estaría pellizcándole el trasero y llamándolo «mi pichoncito» otra vez por la noche.

—Es por vuestra edad, Reanne. —Elayne no titubeó exactamente, ella nunca mostraba inseguridad al hablar, pero su tono se volvió muy cuidadoso—. Entre las Aes Sedai se considera de mala educación referirse a la edad, pero… Reanne, al parecer ninguna Aes Sedai desde el Desmembramiento ha vivido tantos años como afirmáis tener cualquiera de las componentes del Círculo de Labores de Punto. —Éste era el extraño nombre que las tal Allegadas daban a su consejo rector—. En tu caso, concretamente, con una diferencia de más de cien años.

Las mujeres de cinturón rojo soltaron una exclamación ahogada y abrieron los ojos como platos. A una de ellas, delgada, de ojos castaños y cabello dorado, se le escapó una risita nerviosa y al instante se tapó la boca cuando Reanne le espetó secamente:

—¡Famelle! —Luego, Reanne se volvió hacia Elayne y añadió con un hilo de voz —: Eso es imposible. Las Aes Sedai deben de…

—Buenos días —saludó Mat, atravesando la pantalla de plantas. La conversación era una completa estupidez; todo el mundo sabía que las Aes Sedai vivían más que cualquiera. En lugar de perder tiempo, deberían ponerse en camino hacia el Rahad—. ¿Dónde están Thom y Juilin? ¿Y Nynaeve? —La antigua Zahorí debía de haber vuelto la noche anterior o, en caso contrario, Elayne ya habría armado un buen revuelo—. Rayos y centellas, tampoco veo a Birgitte por aquí. Hemos de ponernos en marcha, Elayne, no quedarnos mano sobre mano.

La joven frunció levemente el entrecejo y lanzó una fugaz mirada de reojo a Reanne; ello bastó para que Mat adivinara que Elayne se planteaba qué actitud adoptar con él. Los ojos muy abiertos en un gesto inocente perjudicarían su posición ante esas mujeres tanto como dedicarle una sonrisa toda hoyuelos; Elayne esperaba siempre que una sonrisa encantadora tuviera efecto allí donde cualquier otro recurso fallaba; su mentón se alzó ligeramente.

—Thom y Juilin han ido con Aviendha y Birgitte para ayudarlas a vigilar el

palacio de Carridin, Mat. —Al parecer, se había decantado por el papel de heredera del trono casi en todo su esplendor. No al cien por ciento, ya que sin duda sabía cómo reaccionaría él a eso, pero su voz rebosaba firmeza, sus azules ojos eran imperiosos, y aquella cara bonita traslucía arrogancia sin llegar a mostrarla. ¿Habría alguna mujer en el mundo que tuviera una única personalidad?—. Nynaeve bajará enseguida, a buen seguro. No hay razón para que vengas, Mat, ¿sabes? Nalesean y tus soldados bastan y sobran como guardia personal. Puedes entretenerte y pasar el rato aquí en palacio, hasta que volvamos.

—¡Carridin! —exclamó—. Elayne, no hemos venido a Ebou Dar para ajustar cuentas con Jaichim Carridin. Conseguiremos el Cuenco y después, Nynaeve o tú, abriréis un acceso y nos largaremos. ¿Queda claro? Y voy a ir con vosotros al Rahad. —¡Que se entretuviera en palacio! Sólo la Luz sabía qué jugarreta le prepararía Tylin si se quedaba en palacio todo el día. La mera idea le provocó el deseo de echarse a reír histéricamente.

Las Mujeres Sabias le dirigieron miradas gélidas; la fornida Sumeko apretó los labios en un gesto furioso, y Melore, una domani metida en carnes de mediana edad, cuyo busto le gustó ver el día anterior, se puso en jarras con una expresión tormentosa. Por lo ocurrido la víspera, deberían saber que a él no lo intimidaban las Aes Sedai; sin embargo, hasta Reanne le dirigió una mirada tan ceñuda que temió que intentara darle una bofetada. Por lo visto, como ellas iban a desvivirse por las Aes Sedai, todo el mundo tenía que hacer igual.

La lucha de Elayne consigo misma era evidente. Apretó los labios, pero Mat tenía que reconocer una cosa sobre ella: era demasiado lista para seguir con lo que obviamente no daría resultado. Por otro lado, era altiva hasta la médula, por mucho que se esforzara. Además, las otras mujeres estaban observando.

—Mat, sabes que no podemos marcharnos hasta que hayamos usado el Cuenco. —Aquella altanera barbilla seguía levantada, y su tono era, en el mejor de los casos, entre explicativo y contundente—. Quizá necesitemos días para saber cómo utilizarlo, tal vez media semana o más, y podríamos acabar el asunto de Carridin si es factible mientras tanto.

Pronunció el nombre del Capa Blanca con un timbre tan cortante que habríase dicho que tenía algo personal contra él. Pero fue otra frase la que cobró protagonismo en la mente de Mat.

—¡Media semana! —exclamó. Sintió tal ahogo que metió un dedo por el pañuelo anudado al cuello e intentó aflojarlo. Tylin había utilizado la pieza de seda negra para atarle las manos la noche anterior antes de que él supiera qué hacía. Media semana. ¡O más! A despecho de su denodado esfuerzo por hablar normalmente, la voz le salió con un timbre de pánico—. Elayne, sin duda podréis usar el Cuenco en cualquier otra parte. No tiene por qué ser aquí. Egwene debe querer que volváis cuanto antes;

apuesto que no le vendría mal un par de amigas. —Por lo que él había visto la última vez, le vendrían bien unos cuantos cientos. Tal vez, cuando hubiese llevado de vuelta a esas mujeres, Egwene se mostraría más inclinada a renunciar a esa tontería sobre ser Amyrlin y dejaría que la llevase con Elayne, Nynaeve y Aviendha junto a Rand —. ¿Y qué pasa con Rand, Elayne? Y Caemlyn. Y el Trono del Sol. Rayos y centellas, sabes que quiero llegar lo antes posible a Caemlyn para que Rand te entregue el Trono del León.

Por alguna razón, el rostro de la joven se ensombreció más y más con cada palabra, y sus ojos centellearon. Mat habría jurado que estaba indignada, salvo, naturalmente, que no tenía razón para ello. Elayne abrió la boca para discutir tan pronto como él terminó de hablar, y Mat se preparó para enumerar las promesas que le había hecho, y al infierno con el menoscabo de su imagen a los ojos de Reanne y las demás. Por sus caras, de haber estado en el lugar de Elayne, ellas ya lo habrían puesto en su sitio.

Sin embargo, antes de que nadie tuviese ocasión de decir nada, una mujer canosa y oronda, con el uniforme de la casa Mitsobar, hizo una reverencia, a Elayne en primer lugar, luego a las mujeres de cinturón rojo y, por último, a él.

—La reina Tylin os envía esto, maese Cauthon —informó Laren, que sostenía una cesta con un paño de rayas tapando el contenido y con pequeñas flores rojas entretejidas en el asa—. No desayunasteis, y tenéis que conservar las fuerzas.

A Mat le ardieron las mejillas. La mujer se limitó a mirarlo, pero ya lo conocía mucho más que cuando lo llevó por primera vez en presencia de Tylin. Muchísimo más. Fue ella la que le llevó una bandeja la noche anterior, mientras él intentaba esconderse debajo de la sábana. No lo entendía. Esas mujeres lo tenían sobresaltado y haciéndolo enrojecer como a una muchachita. No lo entendía, simplemente.

—¿Seguro que no prefieres quedarte aquí? —preguntó Elayne—. No me cabe duda de que Tylin disfrutaría de tu compañía durante el desayuno. La reina dice que le resultas tremendamente entretenido y cortésmente aquiescente —agregó en un tono dudoso.

Mat corrió hacia los carruajes con la cesta en una mano y su *ashandarei* en la otra.

—¿Todos los hombres del norte son tan vergonzosos? —quiso saber Laren.

Mat echó una ojeada hacia atrás, sin detenerse, y soltó un suspiro de alivio. La criada se recogía las faldas y se daba la vuelta para cruzar entre la pantalla de plantas, y Elayne hacía señas a Reanne y a las Mujeres Sabias para que se agruparan en círculo a su alrededor. Aun así, no pudo evitar un escalofrío. Las mujeres todavía iban a ser su ruina. Al rodear el primer carruaje, casi dejó caer la cesta al ver a Beslan sentado en el pescante, con la fina espada brillando al sol mientras examinaba el filo.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Mat.

Beslan enfundó el arma y sonrió de oreja a oreja.

—Os acompaño al Rahad. Sospecho que encontraréis más diversión para nosotros.

—Más vale que sea así. —Nalesean ahogó un bostezo tras la mano—. Anoche apenas dormí, y ahora me arrastráis a la calle cuando hay por aquí mujeres de los Marinos.

Sentado en el barril, Vanin miró en derredor, comprobó que no había actividad y se acomodó de nuevo, con los ojos cerrados.

—No habrá *diversión* si puedo evitarlo —rezongó Mat. ¿Que Nalesean apenas había *dormido*? ¡Ja! Todos ellos se lo habían pasado de lo lindo en el festival. No es que él no lo hubiese pasado bien a ratos, pero sólo cuando podía olvidar que estaba con una mujer que lo consideraba como una especie de jodido muñeco—. ¿A qué mujeres de los Marinos te refieres?

—Cuando Nynaeve Sedai regresó anoche, trajo consigo una docena o más. —Beslan silbó mientras sus manos trazaban curvas en el aire—. Cómo se mueven, Mat…

Éste sacudió la cabeza. No razonaba con claridad; Tylin le estaba consumiendo el seso. Nynaeve y Elayne le habían hablado de las Detectoras de Vientos, a regañadientes y bajo juramento de que guardaría el secreto, después de intentar no decirle dónde quería ir Nynaeve y, menos aún, por qué. Y todo ello sin el menor sonrojo. Como rezaba el dicho, «Las mujeres cumplen las promesas a su modo». Ahora que caía en la cuenta, Lawtin y Belwin no se encontraban con los demás Brazos Rojos. Tal vez Nynaeve pensó compensar lo otro manteniéndolos ahora con ella. Cumplir las promesas a su modo, sí. Pero si ya tenía a las Detectoras de Vientos en palacio, no podía ser que se tardara media semana en utilizar el Cuenco. ¡Luz, no, por favor!

Como si pensar en ella la hubiese convocado, Nynaeve apareció entre la pantalla de plantas y salió al patio del establo. Mat se quedó boquiabierto. ¡El hombre alto con capa verde que iba de su brazo era Lan! O, mejor dicho, era ella quien iba del brazo de él, agarrada con las dos manos y sonriéndole. Tratándose de cualquier otra mujer, Mat habría dicho que estaba embobada y colada, pero ésa era Nynaeve.

La mujer dio un respingo cuando cayó en la cuenta de dónde se encontraba y se apartó rápidamente del hombre, aunque siguió asida de la mano de Lan un instante. Su elección de vestido no era mejor que la de Elayne, todo seda azul y bordados verdes, con un escote lo bastante bajo para que se viera un grueso sello de oro que colgaba entre sus senos de una fina cadena y en el que le cabrían dos dedos juntos. El ancho sombrero que llevaba por las cintas iba adornado con plumas azules, y el guardapolvo de lino, bordado con hilo azul. Ella y Elayne hacían que, en comparación, las otras mujeres parecieran sosas y apagadas con sus ropas de paño.

En cualquier caso, tanto si antes había mirado a Lan con ojos de cordero como si no, ahora volvía a ser la de siempre y se echó atrás la coleta con un movimiento de cabeza.

—Únete a los otros hombres ahora, Lan —dijo en tono perentorio—. Y ya podemos irnos. Los últimos cuatro carruajes son para los hombres.

—Como ordenes —contestó Lan mientras hacía una reverencia con la mano sobre la empuñadura de la espada.

Ella lo vio dirigirse hacia Mat con una expresión de asombro, probablemente por resultarle increíble que obedeciera con tanta docilidad; luego se obligó a salir del pasmo y recobró su carácter incisivo de siempre. Tras reunir a Elayne y a las otras mujeres, las condujo hacia los dos primeros carruajes como haría una granjera con un grupo de gansos. Por el modo en que gritó que alguien abriese las puertas del patio nadie habría dicho que era ella la que había retrasado la partida. También les gritó a los cocheros y de un modo tan apremiante que al punto tomaron las bridas, y los látigos ondearon en el aire; fue un milagro que esperaran a que alguien se montara en los vehículos.

Apresurándose a subir en pos de Lan, Nalesean y Beslan en el tercer carruaje, Mat apoyó la lanza contra la puerta y se sentó pesadamente, con la cesta sobre las rodillas, cuando el vehículo se puso bruscamente en movimiento.

—¿De dónde has salido, Lan? —inquirió tan pronto como cumplió con el trámite de las presentaciones—. Eres el último hombre que esperaba ver aquí. ¿Dónde has estado? Luz, creí que habías muerto. Sé que Rand teme que haya sido así. Como lo de dejar que la mandona de Nynaeve te mangonee. ¿Por qué, en nombre de la Luz, se lo consientes?

El Guardián de rostro impávido pareció meditar qué pregunta contestar primero.

—La Señora de los Barcos nos casó anoche a Nynaeve y a mí —repuso finalmente—. Los Atha'an Miere tienen ciertas tradiciones nupciales bastante… insólitas. Hubo sorpresas para los dos. —Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios, al menos. Se encogió de hombros ligeramente; por lo visto, aquélla era la única respuesta que pensaba dar.

—Que la bendición de la Luz sea contigo y con tu esposa —deseó cortésmente Beslan mientras hacía una reverencia hasta donde se lo permitía la estrechez del carruaje, y Nalesean murmuró algo a su vez, aunque saltaba a la vista, por su expresión, que pensaba que Lan debía de estar loco. El teariano había «disfrutado» bastante de la compañía de Nynaeve.

Mat, mecido por el balanceo del carruaje, se había quedado mudo de asombro. ¿Nynaeve *casada*? ¿*Lan* casado con *Nynaeve*? Ese hombre había perdido la chaveta. No era de extrañar que sus ojos tuvieran una expresión tan sombría. De estar en su pellejo, Mat se habría metido un zorro rabioso debajo de la camisa. Sólo los necios se

casaban, y sólo un demente lo haría con Nynaeve.

Si el Guardián advirtió que no todos se mostraban encantados con la noticia, no dio señales de ello. Salvo por sus ojos, seguía siendo el mismo Lan que Mat recordaba. Tal vez un poco más duro, si tal cosa era posible.

—Hay otra cosa más importante —dijo Lan—. Nynaeve no quiere que te enteres, Mat, pero debes saberlo. Tus dos hombres han muerto, asesinados por Moghedien. Lo lamento, pero, si te sirve de consuelo, estaban muertos antes de darse cuenta. Nynaeve cree que Moghedien debe de haberse ido o, de lo contrario, habría vuelto a intentarlo, pero yo no lo aseguraría. Por lo visto, la Renegada tiene algo personal contra ella, si bien Nynaeve se las arregló para evitar explicarme el porqué. —De nuevo apareció la sombra de una sonrisa en sus labios; Lan parecía hacerlo sin darse cuenta—. Al menos, no del todo, y tampoco es que importe. Sin embargo, mejor es que estés al corriente de lo que puede aguardarnos al otro lado del río.

—Moghedien —exclamó Beslan, cuyos ojos brillaban. A buen seguro, veía aquello como algo que prometía diversión.

—Moghedien —exclamó Nalesean, pero, en su caso, sonó más a gemido, y el teariano se dio un seco tirón de la barba en un gesto reflejo.

—Esas puñeteras mujeres —renegó Mat.

—Espero que no incluyas a mi esposa —manifestó fríamente Lan, que había llevado la mano a la empuñadura de la espada.

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar Mat, que había alzado las suyas en gesto de paz—. Sólo a Elayne y… y a las Allegadas.

Al cabo de un instante, Lan asintió, y Mat soltó un pequeño suspiro de alivio. Sería muy propio de Nynaeve hacer que lo matara su marido —¡su marido!— cuando ella le habría ocultado, tan seguro como que el sol salía cada mañana, el hecho de que una de las Renegadas podría hallarse en la ciudad. Ni siquiera Moghedien lo asustaba realmente, siempre y cuando llevara puesta al cuello su cabeza de zorro, pero el medallón no protegería a Nalesean ni a los demás. Seguro que Nynaeve pensaba que Elayne y ella se encargarían de hacerlo. Lo dejaban que llevara a los Brazos Rojos mientras se reían para su capote de él desde el principio y entre tanto ellas…

—¿No vas a leer la nota de mi madre, Mat?

Hasta que Beslan la mencionó, no se había dado cuenta de que había una hoja de papel, plegada en pequeños dobleces y metida entre la cesta y el paño de rayas. Sobresalía lo suficiente para mostrar el sello verde impreso, con el Ancla y la Espada.

Mat rompió el lacre con el pulgar y desdobló el papel, sosteniéndolo de manera que Beslan no viera lo que había escrito en él. Y menos mal que lo hizo; aunque, bien pensado, habida cuenta del modo en que el joven enfocaba ciertas cosas, a lo mejor habría dado igual. En cualquier caso, Mat se alegró de que sólo sus ojos vieran aquellas palabras. A medida que avanzaba en la lectura, el alma se le caía a los pies.

«Mat, tesoro mío,

»Acabo de ordenar que trasladen tus cosas a mis aposentos. Es mucho más práctico. Para cuando regreses, Riselle se habrá instalado en tu antiguo dormitorio para cuidar del joven Olver. El chico parece disfrutar de su compañía.

»He mandado venir a las modistas para que te tomen medidas. Me encantará ver eso. Debes llevar chaquetas más cortas. Y polainas ajustadas, por supuesto. Tienes un delicioso trasero. Pichoncito, ¿quién es esa Hija de las Nueve Lunas que hice que se te viniera a las mientes? Se me han ocurrido varios métodos deliciosos para obligarte a que me lo digas.

»Tylin.»

Los demás lo observaban con expectación. Bueno, Lan sólo lo observaba, pero su mirada resultaba más turbadora que las otras; era una mirada casi… muerta.

—La reina piensa que necesito ropa nueva —comentó mientras se guardaba la nota en el bolsillo de la chaqueta—. Creo que voy a dar una cabezada.

Se caló el sombrero para taparse los ojos, pero no los cerró; mantuvo fija la vista en la ventanilla, donde la cortina recogida a un lado permitía que entraran remolinos de polvo de vez en cuando. No obstante, también dejaba pasar aire, lo que era mucho mejor que el bochorno de un carruaje cerrado.

Moghedien y Tylin. De las dos, preferiría enfrentarse a la Renegada. Toqueteó la cabeza de zorro que colgaba entre el cuello abierto de la camisa. Al menos contra Moghedien tenía alguna protección. Por el contrario, con Tylin se encontraba tan en desventaja como con la jodida Hija de las malditas Nueve Lunas, quienquiera que fuese. A menos que encontrara algún modo de hacer que Nynaeve y Elayne dieran orden de partir antes de esa noche, todo el mundo iba a saberlo. Resentido, se caló más el sombrero. Esas puñeteras mujeres realmente hacían que se comportara como una muchachita timorata. Temió echarse a llorar en cualquier momento.

38



Seis pisos

Mat habría querido bajar y tirar del carruaje él mismo de ser posible; así habrían avanzado más deprisa. Las calles ya estaban abarrotadas a pesar de que el sol no había acabado de salir; carretas y carros se abrían paso ruidosamente entre la multitud, en medio del polvo levantado por el aire y de los gritos de los carreteros y de aquellos que tenían que apartarse. Eran tantas las barcazas que se deslizaban por los canales, impulsadas por las pértigas de los barqueros, que se habría podido cruzar a pie caminando sobre ellas. Un ruidoso murmullo envolvía la blanca ciudad. Ebou Dar parecía querer recuperar el tiempo perdido en la festividad del día anterior, por no mencionar el Cenit de Chasaline y la Fiesta de las Luces, y no estaba de más, considerando que la noche siguiente se celebraba la Fiesta de las Ascuas, dos días más tarde, el Día de Maddin, en conmemoración del fundador de Altara, y, a la noche siguiente, la Fiesta de la Media Luna. Los del sur tenían fama de laboriosos, y Mat suponía que se debía a que habían de trabajar de firme para compensar tanta fiesta y celebración. Lo extraño era que les quedaran fuerzas para aguantar ese ritmo.

Finalmente, los carruajes llegaron al río y se pararon en línea en uno de los largos muelles que penetraban en el agua y en los que había numerosas escaleras para subir a bordo de las embarcaciones amarradas a ellos. Tras guardarse en el bolsillo un trozo de queso amarillo oscuro y otro de pan, metió la cesta debajo del asiento, hasta el fondo. Tenía hambre, si bien alguien de la cocina había actuado con demasiada prisa; casi toda la cesta la ocupaba una olla de barro llena de ostras, pero a quien fuera se le había olvidado cocinarlas.

Bajó rápidamente detrás de Lan y dejó que Nalesean y Beslan ayudaran a Vanin y a los otros a bajar de los últimos carruajes. Casi una docena de hombres, entre los que ni siquiera los cairhieninos eran pequeños, habían ido apretujados como manzanas en un barril, y salían agarrotados. Mat caminó al lado del Guardián, en dirección al primer carruaje, con la *ashandarei* apoyada al hombro. Nynaeve y Elayne iban a enterarse de lo que pensaba, escuchara quien escuchara lo que tenía que decir. ¡Mira que intentar ocultar lo de Moghedien! ¡Por no mencionar lo de sus dos hombres muertos! ¡Les iba a…! Repentinamente consciente de la imponente presencia de Lan

junto a él, cual una estatua de piedra y con esa espada a la cadera, rectificó su idea. Por lo menos, la heredera del trono oiría lo que opinaba de guardar esa clase de secreto.

Cuando llegaron, Nynaeve ya estaba en el embarcadero, atándose el sombrero de plumas azules y hablando a alguien que seguía dentro del carruaje.

—… se resolverá, por supuesto, pero ¿quién habría imaginado que los Marinos, precisamente, exigirían tal cosa, aunque fuera en la intimidad?

—Pero, Nynaeve —dijo Elayne mientras bajaba, con el sombrero de plumas verdes en la mano—, si lo de anoche fue tan glorioso como dices, ¿cómo puedes protestar por…?

En ese momento advirtieron la presencia de Lan y de él. De Lan, en realidad. Los ojos de Nynaeve se abrieron más y más hasta ocuparle toda la cara, mientras sus mejillas se ponían tan rojas como dos puestas de sol juntas. O puede que tres. Elayne se quedó paralizada, con un pie todavía en el peldaño del carruaje, y asestó una mirada tan ceñuda al Guardián que cualquiera habría pensado que el hombre se había acercado a hurtadillas para sorprenderlas. Lan miró desde su imponente altura a Nynaeve, sin embargo, sin mostrar más expresión que un palo, y, a pesar de que la mujer parecía a punto de zambullirse debajo del carruaje para esconderse, contempló a Lan como si no existiese nadie más en el mundo. Al comprender que su gesto ceñudo era una pérdida de tiempo, Elayne descendió del peldaño y dejó libre el paso para Reanne y las dos Mujeres Sabias que habían compartido el carruaje, Tamarla y una saldaenina canosa llamada Janira, pero la heredera del trono no se dio por vencida; oh, no. Trasladó aquel ceño a Mat Cauthon, y si varió una pizca fue sólo para hacerse más marcado. Mat resopló con sorna y sacudió la cabeza. Por lo general, cuando una mujer estaba en un error era capaz de encontrar montones de cosas de las que culpar al hombre que tuviese más cerca, el cual acabaría pensando que realmente había hecho algo malo. Por propia experiencia, ya fuera en recuerdos propios o de un remoto pasado, sabía que sólo había dos momentos en los que una mujer admitiría que se había equivocado: cuando quería algo y cuando nevara en pleno verano.

Nynaeve se agarró la trenza, pero como si lo hiciera sin ganas. Sus dedos toquetearon el cabello y luego bajaron, tras lo cual la mujer empezó a retorcerse las manos.

—Lan —empezó vacilante—, no pienses que se me ocurriría hablar de…

—Estamos en público, Nynaeve —la interrumpió el Guardián con suavidad al tiempo que inclinaba la cabeza y le ofrecía el brazo—. De modo que, si quieres sacar a relucir asuntos personales, es cosa tuya. ¿Me permites que te escolte al bote?

—Sí —contestó, asintiendo con tanta energía que casi se le cayó el sombrero. Lo enderezó rápidamente con las dos manos—. Sí. En público. Me escoltarás. —Se agarró de su brazo y recobró la compostura en cierta medida, al menos en la medida

en que su rostro dejaba ver. Recogió los vuelos de la falda con la otra mano y prácticamente lo arrastró hacia el embarcadero.

Mat se preguntó si la antigua Zahorí estaría enferma, porque aunque disfrutaba mucho cuando alguien le bajaba los humos a Nynaeve, ella nunca permitía que durara más dos segundos. A lo mejor debería sugerir a Elayne que se ocupara de lo que quiera que aquejara a Nynaeve. Él evitaba la Curación tanto como la muerte o el matrimonio, pero era distinto para otras personas, a su modo de ver. Antes, sin embargo, tenía unas cuantas palabras escogidas que decirle sobre guardar secretos.

Abrió la boca, levantó el índice con gesto admonitorio y…

Elayne lo golpeó en el pecho con el dedo; su ceño, bajo aquel sombrero de plumas, era tan frío que se le helaron hasta las orejas.

—La señora Corly —empezó con el tono gélido de una reina que dicta sentencia— nos ha explicado a Nynaeve y a mí el significado de esas flores rojas de la cesta, que, veo, al menos has tenido la decencia de esconder.

Se puso más colorado que Nynaeve un momento antes. A unos pasos de distancia, Reanne Corly y las otras dos se ataban los sombreros y se arreglaban los vestidos de la forma que hacen las mujeres cada vez que se levantan, se sientan o dan tres pasos. Empero, a despecho de tener puesta la atención en sus ropas, todavía les sobró algo para lanzar ojeadas en su dirección y, por una vez, no fueron desaprobadoras ni escandalizadas. ¡Él no sabía que las malditas flores tuviesen algún significado! Ni diez puestas de sol habrían superado la rojez de su cara.

—¡Vaya! —Elayne hablaba en voz baja, para que sólo él la oyera, pero destilaba repugnancia y desprecio. Tiró de su capa para que no se rozara con él—. ¡De modo que es cierto! Jamás habría esperado algo así de ti! ¡Ni siquiera de ti! Y seguro que Nynaeve tampoco. ¡Cualquier promesa que te hice queda *derogada*! No mantendré una promesa hecha a un hombre capaz de *imponer* por la fuerza sus atenciones a una mujer, a cualquier mujer, pero *especialmente* a una reina que le ha ofrecido…

—¿Que *yo* le *impuse* mis atenciones? —gritó. O, más bien, intentó gritar, porque la voz le salió como el ruido del aire en un fuelle roto.

Agarró a Elayne por los hombros y la apartó un poco de los carruajes. Estibadores sin camisa y con sucios chalecos verdes de cuero pasaban de largo a buen paso, cargados con sacos al hombro o haciendo rodar barriles a lo largo del muelle, algunos empujando carretillas cargadas con cajones y todos dando un amplio rodeo a los vehículos. Quizá la reina de Altara no tuviera mucho poder, pero su sello en la puerta de un carruaje aseguraba que los plebeyos no se acercaran a él. Nalesean y Beslan charlaban mientras conducían a los Brazos Rojos hacia la escalerilla, con Vanin en la retaguardia y mirando sombríamente las aguas picadas del río; afirmaba tener el estómago delicado cuando se trataba de embarcaciones. Las Mujeres Sabias que viajaban en los otros dos vehículos se habían reunido en torno a Reanne, observando,

pero no se encontraban lo bastante cerca para oírlos. En cualquier caso, habló en un tenso susurro.

—¡Escúchame bien! Esa mujer no acepta un «no» por respuesta. Digo no y ella se ríe de mí. ¡Me ha medio matado de hambre, me ha acosado, me ha perseguido y abatido como a un ciervo! Tiene más manos que seis mujeres juntas. Amenazó con ordenar a las criadas que me desnudaran si no la dejaba que… —De repente cayó en la cuenta de lo que decía. Y a quién se lo decía. Cerró la boca antes de que se le metiera una mosca y examinó fijamente uno de los cuervos de metal oscuro incrustados en el asta de la *ashandarei* para no tener que mirar los ojos de la joven—. Lo que quiero decir es que no lo entiendes —masculló—. Que has pillado todo al revés. —Se arriesgó a echarle una ojeada por debajo del ala del sombrero.

Un tenue rubor pintó las mejillas de Elayne, pero su rostro se tornó solemne como un busto de mármol.

—Al parecer… he comprendido mal —dijo seriamente—. Eso está… muy mal por parte de Tylin. —A Mat le pareció que las comisuras de sus labios se curvaban un instante—. ¿Te has planteado la posibilidad de practicar sonrisas diferentes ante un espejo, Mat?

—¿Qué? —Parpadeó, sorprendido.

—Sé de buena fuente que eso es lo que hacen las jóvenes que atraen las miradas de los reyes. —Algo quebró la seriedad de su tono y, en esta ocasión, sus labios se curvaron, definitivamente—. También podrías intentar pestañear con más estilo.

Dicho esto se mordió el labio inferior y se dio media vuelta. Bajo la capa, que ondeaba a su espalda mientras se dirigía hacia el embarcadero a buen paso, sus hombros se sacudían. Antes de haberse alejado lo suficiente para que no pudiera oírla, Mat oyó su risita contenida y algo así como «probar su propia medicina». Reanne y las Mujeres Sabias se apresuraron a ir en pos de ella como una bandada de gallinas, en lugar de lo contrario. Los contados barqueros, que trabajaban ya en sus embarcaciones con el torso desnudo, dejaron de enrollar cabos o lo que quiera que estuvieran haciendo e inclinaron las cabezas respetuosamente cuando el grupo pasó ante ellos.

Mat se quitó el sombrero con rabia y faltó poco para que lo tirara al suelo y lo pisoteara. ¡Mujeres! Debería haber sabido que no podía esperar compasión. Cómo le gustaría estrangular a la maldita heredera del trono. Y también a Nynaeve, por principio general. Salvo que, naturalmente, no podía. Había hecho unas promesas. Y los dados seguían utilizando su cráneo como un cubilete. Y una de las Renegadas podía encontrarse por allí cerca, en alguna parte. Volvió a ponerse el sombrero y echó a andar embarcadero adelante, sobrepasó a las Mujeres Sabias sin miramientos y alcanzó a Elayne. La joven todavía intentaba contener la risa, pero cada vez que sus ojos se desviaban fugazmente hacia él, el rubor de las mejillas volvía, al igual que las

risitas.

Mat mantuvo la vista fija al frente. ¡Malditas mujeres! ¡Malditas promesas! Se quitó el sombrero sólo el tiempo suficiente para sacarse por la cabeza el cordón de cuero que llevaba al cuello y, de mala gana, lo tendió en su dirección. La cabeza de zorro plateada colgaba de su puño.

—Nynaeve o tú habréis de decidir cuál de las dos se pone esto. Pero lo quiero de vuelta cuando nos marchemos de Ebou Dar. ¿Entendido? En el momento en que partamos…

De pronto se dio cuenta de que caminaba solo. Se volvió y encontró a Elayne plantada dos pasos más atrás, mirándolo estupefacta, con las Mujeres Sabias detrás.

—¿Qué pasa ahora? —demandó—. Oh. Sí, sé lo de Moghedien. —Un tipo delgaducho, con piedras rojas en sus pendientes de latón, que estaba inclinado sobre una amarra, giró sobre sí mismo con tal brusquedad al oír aquel nombre que perdió el equilibrio y cayó al agua en medio de un grito y un sonoro chapuzón. A Mat le importaba un bledo quién podía oírlo—. ¡Intentar ocultarme lo de ella, y lo de mis dos hombres muertos, después de vuestras promesas! Bien, hablaremos de eso después. También yo hice una promesa: manteneros vivas a las dos. Si Moghedien asoma la nariz, irá por vosotras. Toma, cógelo. —Tendió de nuevo el medallón hacia la joven.

Ella sacudió lentamente la cabeza, sin salir de su sorpresa, y luego se volvió para decirle algo a Reanne en voz baja. Sólo después de que las otras mujeres se dirigieran hacia donde Nynaeve se había parado y les hacía señas, en el arranque de unas escaleras que bajaban hasta un bote, Elayne cogió la cabeza de zorro y la hizo girar entre sus dedos.

—¿Tienes idea de lo que habría hecho por obtener esto y poder estudiarlo? —inquirió quedamente—. ¿La mínima idea? —Era alta para ser mujer, pero aun así tuvo que alzar la cabeza para mirarlo. Parecía como si nunca lo hubiese visto—. Eres un hombre problemático, Mat Cauthon. Lini diría que no dejo de repetirme, ¡pero tú…! —Elayne soltó el aire con fuerza, alzó la mano para quitarle el sombrero y deslizó el cordón por su cabeza. De hecho, guardó el medallón debajo de la camisa y le dio unas palmaditas antes de tenderle el sombrero—. No llevaré eso hasta que Nynaeve no tenga otro, y Aviendha, y creo que ellas pensarán lo mismo. Llévalo tú. Después de todo, difícilmente podrías cumplir tu promesa si Moghedien te mata. Aunque dudo mucho que siga aquí. Deduzco que cree que ha matado a Nynaeve, y no me sorprendería descubrir que ésa era la única razón por la que vino. Sin embargo, debes tener cuidado. Nynaeve afirma que se acerca una tormenta, y no se refiere a este viento. Yo… —El tenue rubor volvió a sus mejillas—. Lamento haberme reído de ti. —Se aclaró la garganta y miró hacia otro lado—. A veces olvido mi deber para con mis súbditos. Eres un digno súbdito, Matrim Cauthon. Me ocuparé de que

Nynaeve entienda correctamente lo de… Tylin y tú. Quizá podamos ser de ayuda.

—No —barbotó—. Quiero decir, sí. Me refiero a… Es decir… Oh, así bese a una jodida cabra si sé lo que quiero decir. Casi desearía que no supieras la verdad. —Nynaeve y Elayne sentadas con Tylin para discutir sobre él mientras tomaban té. ¿Conseguiría alguna vez borrar eso de su memoria? ¿Podría volver a mirar a la cara a cualquiera de las tres después de eso? Pero si no lo hacían… Estaba entre la espada y la pared, entre el lobo y el oso, sin salida, acorralado—. ¡Oh, mierda de cabra! ¡Mierda de cabra y puñetas retorcidas! —Casi deseó que lo regañara por su lenguaje como habría hecho Nynaeve con tal de cambiar de tema.

Elayne movía los labios y, por un instante, tuvo la impresión de que ella repetía lo que acababa de decir. Pues claro que no. Sólo eran imaginaciones suyas, nada más.

—Comprendo —dijo por fin la joven, como si realmente lo entendiese—. Vamos, Mat, no podemos perder tiempo plantados en un sitio.

Boquiabierto, la vio recogerse los vuelos de la falda y la capa para caminar deprisa embarcadero adelante. ¿Que lo comprendía? ¿Lo comprendía y no hacía el menor comentario corrosivo o una observación cortante? Y él era su súbdito; su *digno* súbdito. La siguió sin dejar de toquetear el medallón. ¡Y él que estaba convencido de que la pelea llegaría cuando intentara recuperarlo! Aunque viviese el doble que una Aes Sedai, seguiría sin entender a las mujeres, y a las nobles, menos aún.

Cuando llegó a la escalera por la que Elayne había bajado, los dos remeros del bote, con sus pendientes de latón, ya utilizaban los largos remos para empujar contra el embarcadero y alejar la embarcación. Elayne conducía a Reanne y a la última de las Mujeres Sabias al interior de la cabina, y Lan se encontraba en la proa con Nynaeve. Beslan lo llamó con un grito desde el otro bote, en el que iban todos los hombres salvo el Guardián.

—Nynaeve dijo que no había sitio para ninguno de nosotros —explicó Nalesean mientras la embarcación se adentraba en el Eldar cabeceando—. Dijo que los haríamos ir amontonados.

Beslan se echó a reír mientras echaba una ojeada a su propia barca. Vanin se había sentado junto a la puerta de la cabina, con los ojos cerrados, fingiendo que se encontraba en cualquier otro sitio. Harnan y Tad Kandel, un andoreño a pesar de ser tan atezado como cualquiera de los remeros, se habían subido al techo de la cabina; los demás Brazos Rojos se apiñaban en cubierta, procurando no estorbar a los remeros. Nadie entró en la cabina, al parecer esperando por si Mat, Nalesean y Beslan querían utilizarla.

Mat se acomodó junto al palo de proa, observando la otra embarcación que avanzaba impulsada por los remos, justo delante. El viento agitaba las oscuras aguas del río y también su pañuelo negro, y se veía obligado a sujetar el sombrero para que

no se volara. ¿Qué se traía entre manos Nynaeve? Las otras nueve mujeres que iban en ese bote se habían metido en la cabina, dejando la cubierta para ella y para Lan. Los dos seguían de pie en la popa, el Guardián cruzado de brazos y ella gesticulando como si diera explicaciones. Sólo que Nynaeve rara vez las daba; más bien nunca, a decir verdad.

Fuese lo que fuese lo que hacía, no duró mucho. Había mar picada en la bahía, donde los distintos tipos de barcos de los Marinos —surcadores, rasadores y remontadores— se mecían, sujetos a sus anclas. El río no estaba tan revuelto, pero el bote seguía meciéndose más de lo que Mat recordaba de cualquiera de los viajes anteriores. Poco después, Nynaeve se doblaba sobre la borda y echaba el desayuno mientras Lan la sujetaba. Eso le recordó a Mat su propio estómago; sujetando el sombrero bajo el brazo para que no se le volara, sacó el trozo de queso.

—Beslan, ¿cabe la posibilidad de que esta tormenta estalle antes de que hayamos vuelto del Rahad? —Dio un mordisco al queso de sabor fuerte; había cincuenta tipos distintos en Ebou Dar, todos buenos. Nynaeve seguía inclinada por la borda. ¿Cuánto había desayunado esa mujer?—. No sé dónde nos refugiaremos si nos sorprende allí. —No se le ocurría una sola posada de las que había visto en el Rahad a la que pudieran llevar a las mujeres.

—No habrá tormenta —contestó Beslan mientras se sentaba en la barandilla—. Éstos son los vientos alisios de invierno. Los alisios llegan dos veces al año, a finales de invierno y a finales de verano, pero tienen que soplar con mucha más fuerza para convertirse en tormenta. —Dirigió una mirada desabrida hacia la bahía—. Todos los años esos vientos traen —traían— barcos de Tarabon y de Arad Doman. Me pregunto si volverán a hacerlo alguna vez.

—La Rueda gira —empezó Mat, y se atragantó con una migaja de queso. Rayos y centellas, empezaba a hablar como un viejo achacoso que descansa frente a una chimenea. Como eso de preocuparse por llevar a las mujeres a una posada poco recomendable. Un año antes, medio incluso, las habría llevado y se habría reído cuando se les hubiesen desorbitado los ojos, y también con cada respingo gazmoño —. En fin, quizás encontremos alguna diversión en el Rahad. Como mínimo, alguien intentará robar una bolsa de dinero o arrancar el collar a Elayne.

A lo mejor era eso lo que le hacía falta para quitar el gusto a seriedad de su lengua. Seriedad. ¡Luz, qué término para aplicar a Mat Cauthon! Tylin debía de haberlo acoquinado más de lo que imaginaba si estaba decayendo de ese modo. Tal vez necesitaba un poco de lo que Beslan consideraba diversión. Era una locura —no sabía de ninguna lucha que no hubiese preferido soslayar siempre—, pero quizá… Beslan sacudió la cabeza.

—Si existe alguien capaz de encontrar diversión, ése eres tú, pero… Vamos con siete Mujeres Sabias, Mat. Siete. Con que sólo fuese una a tu lado, podrías abofetear

a un hombre, incluso en el Rahad, y se tragaría la lengua y se daría media vuelta. En cuanto a las mujeres, ¿qué hay de divertido en besar a una sin el riesgo de que decida clavarte un puñal en las costillas?

—Por la Luz bendita —masculló Nalesean entre dientes—. Por lo visto me he arrastrado fuera de la cama sólo para pasar una mañana aburrida.

Su comentario mereció un cabeceo conmiserativo por parte de Beslan.

—Si tenemos suerte, sin embargo… —añadió el hijo de la reina—. De vez en cuando la Fuerza Civil envía patrullas al Rahad, y si van detrás de contrabandistas siempre se visten como cualquier paisano. Al parecer, piensan que una docena o más de hombres juntos, armados con espadas, no llamarán la atención, lleven la ropa que lleven, y no dejan de sorprenderse cuando los contrabandistas les tienden una emboscada, que es lo que ocurre casi siempre. Si la suerte *ta'veren* de Mat actúa en nuestro favor, tal vez nos tomen por miembros de la Fuerza Civil y algunos contrabandistas nos ataquen antes de reparar en los cinturones rojos de las mujeres.

La expresión de Nalesean se animó y el teariano empezó a frotarse las manos. Mat asestó una mirada feroz a ambos. Quizá lo que Beslan consideraba diversión no era lo que necesitaba. Para empezar, estaba más que harto de mujeres empuñando cuchillos. Nynaeve seguía inclinada sobre la borda; eso le enseñaría a no atracarse de comida. Mat engulló el último bocado de queso y la emprendió a mordiscos con el pan, intentando no prestar atención a los dados que rodaban en su cabeza. Una excursión sin incidentes no sonaba mal del todo. Un viaje rápido, seguido de una rápida marcha de Ebou Dar.

El Rahad seguía exactamente como lo recordaba y exactamente como Beslan se temía. El viento convirtió la subida por los peldaños rotos de piedra, desde el bote hasta el embarcadero, en una hazaña peligrosa, que después empeoró. Había canales por doquier, igual que al otro lado del río, pero a este lado los puentes eran sencillos, con los mugrientos pretiles de piedra rotos viniéndose abajo; la mitad de los canales tenía tanto cieno acumulado en el fondo que los chicos los vadeaban con el agua a la cintura, y sólo se veía alguna barcaza muy de vez en cuando. Edificios altos se apiñaban unos contra otros; eran construcciones amazacotadas, con el rugoso enlucido, otrora blanco, mostrando grandes desconchones que dejaban a la vista rojos ladrillos corroídos; flanqueaban calles estrechas y con el empedrado roto. En esas calles, donde incluso los fragmentos se habían hecho añicos, la mañana no había llegado todavía a las sombras de los edificios. Cada tres ventanas había ropa, de aspecto sucio, tendida para secarse, salvo en los edificios deshabitados. Había algunos, y sus ventanas recordaban las cuencas vacías de una calavera. Un olor agridulce a podrido impregnaba el aire; los desperdicios y el contenido de orinales vaciados un mes atrás se descomponían allí donde habían sido arrojados, y por cada mosca existente al otro lado del Eldar, allí zumbaban cien formando nubes verdes y

azules. Mat localizó la puerta azul desconchada de La Corona Dorada del Cielo y se estremeció ante la idea de llevar a las mujeres allí si estallaba la tormenta, a pesar de lo que Beslan hubiese dicho. Luego tuvo otro escalofrío por haberse estremecido. Le estaba pasando algo, y no le gustaba.

Nynaeve y Elayne insistieron en ponerse a la cabeza del grupo, con Reanne entre las dos y las Mujeres Sabias detrás, a corta distancia. Lan se situó junto a Nynaeve, como un perro lobo, la mano sobre la empuñadura de la espada, los ojos en constante vigilancia, irradiando amenaza. A decir verdad, probablemente el Guardián era protección suficiente para dos docenas de quinceañeras cargadas con sacos de oro, incluso allí, pero Mat insistió en que Vanin y los demás se mantuvieran alertas. De hecho, el antaño ladrón de caballos y cazador furtivo se puso tan cerca de Elayne que cualquiera lo habría tomado por su Guardián, aunque fuese uno bastante gordo y arrugado. Beslan puso los ojos en blanco en un gesto muy expresivo al oír las instrucciones de Mat, y Nalesean se atusó, irritado, la barba mientras rezongaba que podría estar aún en la cama.

Por las calles pasaban hombres pavoneándose con arrogancia, a menudo cubiertos sólo con chalecos raídos, sin camisa, luciendo grandes aros de latón en las orejas y anillos del mismo metal con cristales de colores engastados, y uno o dos cuchillos metidos bajo el cinturón. Sus manos siempre se encontraban cerca de aquellos cuchillos, y sus ojos miraban fijamente, como desafiando a cualquiera que les pusiera mala cara. Otros se movían sigilosamente de esquina a esquina, de puerta en puerta, con los ojos entrecerrados, a semejanza de los perros escuálidos que a veces gruñían desde un oscuro callejón, apenas lo bastante ancho para que pasara un hombre sin rozarse con las paredes. Esos hombres se encorvaban sobre sus cuchillos, y era imposible predecir cuál de ellos huiría y cuál arremetería. En general, las mujeres hacían que los hombres parecieran mansos en comparación, pavoneándose con sus vestidos desgastados y el doble de quincalla que ellos. También llevaban cuchillos, por supuesto, y sus descarados ojos oscuros lanzaban diez desafíos distintos en cada mirada. En resumen, el Rahad era la clase de sitio en el que cualquier persona vestida con seda difícilmente podría dar diez pasos seguidos antes de que le hubiesen roto la cabeza; tras lo cual, lo mejor que podía esperar era despertarse en cueros sobre un montón de basura en algún callejón, ya que la alternativa era no volver a abrir los ojos jamás. Sin embargo…

Los niños salían corriendo de una puerta sí y otra no con tazas de agua desportilladas, enviados por sus madres por si a las Mujeres Sabias les apetecía beber. Hombres con las caras marcadas de cicatrices y la muerte grabada en los ojos se quedaban contemplando boquiabiertos a siete Mujeres Sabias juntas, y luego inclinaban la cabeza una y otra vez y preguntaban cortésmente si podían ayudarlas en algo o había que cargar alguna cosa. Mujeres que en ocasiones tenían tantas cicatrices

como ellos y en todos los casos con unos ojos que habrían hecho encogerse a Tylin hacían reverencias torpemente y preguntaban sin aliento si podían indicarles alguna dirección o si alguien había causado tantos problemas para que tuviesen que acudir tantas Mujeres Sabias. Si tal era el caso, dejaron caer sin ambages, Tamarla y las demás no tenían necesidad de molestarse si les proporcionaban el nombre.

Por supuesto, contemplaban a los soldados con tanto enardecimiento como siempre, aunque incluso los más duros se apartaron de Lan tras el primer cruce de miradas. Y, cosa por demás curiosa, también de Vanin. Unos pocos hombres gruñeron a Beslan y a Nalesean cada vez que sus ojos se detenían demasiado tiempo en el profundo escote de alguna mujer. Algunos gruñeron a Mat, aunque éste no entendía por qué; a diferencia de los dos nobles, él nunca corría el peligro de que los ojos se le salieran de las órbitas por atisbar los senos de una mujer. Él sabía cómo mirar discretamente. A Nynaeve y Elayne nadie les hizo caso a pesar de sus galas y sus joyas, como tampoco a Reanne, con su vestido de paño; ninguna de las tres llevaba el cinturón rojo. Pero sí contaban con la protección de esos cinturones. Mat comprendió que Beslan tenía razón. Podía vaciar su bolsa de dinero en el suelo y nadie cogería una moneda de cobre, al menos mientras las Mujeres Sabias estuviesen presentes. Podía pellizcar el trasero de cualquier mujer de la vecindad y, aunque le diera un ataque de rabia, se alejaría sin más.

—Qué agradable paseo —comentó secamente Nalesean—, con vistas tan interesantes y olores tan agradables. ¿Te he dicho ya que anoche apenas dormí, Mat?

—¿Acaso quieres morir en la cama? —rezongó Mat.

La verdad es que todos ellos habrían podido quedarse en el lecho; su presencia allí estaba siendo completamente inútil, de eso no cabía duda. El teariano resopló indignado. Beslan rió, pero probablemente porque pensaba que su pregunta llevaba doble intención.

Marcharon a través del Rahad hasta que, por fin, Reanne se detuvo ante un edificio exactamente igual que los otros, con los desconchados y los ladrillos desmenuzándose, el mismo al que Mat había seguido a otra mujer el día anterior. En sus ventanas no había ropa tendida; allí sólo vivían las ratas.

—Es aquí —dijo la mujer.

Elayne alzó lentamente la vista hacia la terraza.

—Seis —murmuró en un tono que rebosaba satisfacción.

—Seis —repitió Nynaeve, y Elayne le dio unas palmaditas comprensivas en el brazo.

—Estaba completamente segura —dijo la heredera del trono.

Y entonces fue Nynaeve la que sonrió y le dio palmaditas a ella. Mat no entendía nada. De acuerdo, la casa tenía seis pisos, ¿y qué? Las mujeres se comportaban a veces de un modo muy raro. Bueno, casi siempre.

Dentro, un largo pasillo cubierto de polvo se internaba en la casa hasta perderse en las sombras. Quedaban muy pocas puertas en los umbrales, y eran de toscos tablones. Uno de los vanos, casi a un tercio de la longitud del pasillo, conducía a un angosto hueco de escalera, de peldaños de piedra. Ése era el camino que había tomado el día anterior siguiendo las huellas marcadas en el polvo, pero pensó que algunos de esos otros umbrales debían de ser corredores transversales. Entonces no había tenido tiempo para echar un vistazo, pero el edificio era demasiado profundo y demasiado ancho para que tuviera sólo el pasillo que había a la vista. Demasiado grande para tener una sola entrada.

—De verdad, Mat —dijo Nynaeve cuando él ordenó a Harnan y a la mitad de los Brazos Rojos que buscasen cualquier salida trasera y que la guardaran. Lan permanecía tan próximo a Nynaeve como si lo hubiesen pegado con cola a la mujer —. ¿Aún no te das cuenta de que no hace falta?

Su tono era tan afable que sin duda Elayne ya le había aclarado el asunto de Tylin, pero, si acaso, ello sólo consiguió que su mal humor empeorara. No quería que lo supiera *nadie*. ¡Inútil! Sin embargo, los dados seguían rodando en su cabeza.

—A lo mejor a Moghedien le gustan las puertas traseras —adujo en tono seco. Algo chilló en el oscuro extremo del pasillo y uno de los hombres de Harnan maldijo en voz alta a las ratas.

—Se lo has dicho —espetó, furiosa, Nynaeve a Lan mientras se aferraba la trenza con fuerza.

Elayne dejó escapar un sonido de exasperación.

—No es el momento de ponerse a discutir, Nynaeve. ¡El Cuenco está arriba! ¡El Cuenco de los Vientos!

Inopinadamente apareció una pequeña bola de luz flotando delante de la joven y, sin esperar a ver si Nynaeve la seguía o no, se recogió el vuelo de la falda y empezó a subir rápidamente la escalera. Vanin corrió en pos de ella con una presteza sorprendente en un cuerpo tan corpulento. Lo siguieron Reanne y la mayoría de las Mujeres Sabias. La carirredonda Sumeko e Ieine, una mujer alta, morena y bonita a pesar de las arrugas que se le marcaban en los rabillos de los ojos, vacilaron y se quedaron con Nynaeve.

Mat también habría ido detrás de no ser porque Nynaeve y Lan le cerraban el paso.

—¿Me dejas pasar, Nynaeve? —pidió. Se merecía estar allí, al menos, cuando el dichoso Cuenco de las narices fuera descubierto—. ¿Nynaeve?

La mujer estaba tan absorta en Lan que parecía haberse olvidado de todos los demás. Mat intercambió una mirada con Beslan; éste sonrió y se puso en cuclillas junto a Corevin y los restantes Brazos Rojos. Nalesean se apoyó en la pared y bostezó aparatosamente, lo que fue un error, considerando el polvo que había allí. El bostezo

dio paso a un ataque de tos que enrojeció su cara y lo hizo doblarse por la cintura. Ni siquiera eso distrajo a Nynaeve. Con cuidado, retiró la mano de la trenza.

—No estoy enfadada, Lan —manifestó.

—Sí que lo estás —repuso él sin alterarse—. Pero tenía que decírselo.

—¿Nynaeve? —llamó Mat—. ¿Lan?

Ninguno de los dos se molestó en echar siquiera una ojeada en su dirección.

—¡Se lo habría contado cuando hubiese estado preparada, Lan Mandragoran! —Cerró la boca de golpe, pero sus labios se movieron como si hablase consigo misma—. No me enfadaré contigo —continuó en un tono mucho más suave, y la frase pareció que iba dirigida también a ella misma. Con parsimonia y mucha calma, se echó la trenza hacia la espalda, se colocó derecho el sombrero azul, y entrelazó las manos a la altura de la cintura.

—Si tú lo dices —dijo Lan, apaciblemente.

—¡No emplees ese tono conmigo! —gritó ella, temblorosa—. ¡Te repito que no estoy enfadada! ¿Me has oído?

—Rayos y centellas, Nynaeve —gruñó Mat—. Él no cree que estés enfadada. Yo no creo que estés enfadada. —Por suerte había aprendido de las mujeres a mentir sin que se le notase en la cara—. Y ahora, ¿podemos subir y recoger el puñetero Cuenco de los Vientos?

—Excelente idea —dijo una voz de mujer desde la puerta de la calle—. ¿Subimos juntos y damos una sorpresa a Elayne?

Mat nunca había visto a las dos mujeres que entraron en el corredor, pero sus caras eran de Aes Sedai. El rostro de la que había hablado era alargado y tan frío como su voz, y el de su compañera iba enmarcado por montones de finas trenzas oscuras entretejidas con cuentas de colores. Casi dos docenas de hombres se amontonaban detrás de ellas, unos tipos corpulentos, de anchos hombros, armados con garrotes y cuchillos. Mat cambió la postura de las manos sobre el asta de su *ashandarei*; reconocía un problema cuando lo veía, y la cabeza de zorro se había quedado fría sobre su pecho, casi helada. Alguien había asido el Poder Único.

Las dos Mujeres Sabias casi se fueron de bruces al suelo por las reverencias que hicieron en cuanto vieron aquellos rostros intemporales, pero Nynaeve también distinguía un problema, desde luego. Abrió y cerró la boca sin emitir sonidos mientras la pareja avanzaba corredor adelante, y su semblante era la viva imagen de la consternación y el autorreproche. A su espalda, Mat oyó el siseo de una espada al salir de la vaina, pero no pensaba volver la cabeza para ver de quién se trataba. Lan se limitó a quedarse plantado allí, lo que, por supuesto, significaba que su aspecto era el de un leopardo listo para saltar sobre su presa.

—Son del Ajah Negro —dijo finalmente Nynaeve. Su voz sonó débil al empezar, pero cobró firmeza a medida que hablaba—. Falion Bhoda e Ispan Shefar.

Cometieron un asesinato en la Torre, y han hecho cosas peores desde entonces. Son Amigas Siniestras y… —Su voz falló un instante—. Me han escudado.

Las recién llegadas siguieron avanzando tranquilamente.

—¿Has oído algo más absurdo en tu vida, Ispan? —preguntó la Aes Sedai de cara larga a su compañera, que dejó de hacer un gesto de asco por el polvo el tiempo suficiente para dedicar una sonrisa de sorna a Nynaeve—. Ispan y yo venimos de la Torre Blanca, mientras que Nynaeve y sus amigas son rebeldes contra la Sede Amyrlin. Serán castigadas severamente por ello, y lo mismo le ocurrirá a todo aquel que las ayude.

Con un sobresalto, Mat comprendió que la mujer no lo sabía; pensaba que Lan, los otros y él eran una tropa a sueldo. Falion dirigió una sonrisa a Nynaeve; en comparación, una cellisca era cálida.

—Hay alguien que se alegrará sobremanera al verte cuando te llevemos de vuelta, Nynaeve. Te cree muerta. Más vale que los demás os vayáis cuanto antes. No os conviene interferir en asuntos de Aes Sedai. Mis hombres os escoltarán hasta al río.

Sin apartar los ojos de Nynaeve, Falion hizo una seña a los hombres que había detrás de ella para que se adelantaran.

Lan se movió; no desenvainó la espada, aunque tampoco habría tenido ninguna oportunidad contra unas Aes Sedai si lo hubiese hecho, pero en un momento estaba estático y al siguiente se había abalanzado contra la pareja. Justo antes de chocar con las mujeres gruñó como si hubiese recibido un fuerte golpe, pero de todos modos cayó sobre ellas y derribó a las dos hermanas Negras al suelo polvoriento. Aquello fue como abrir una compuerta.

Lan se incorporó sobre manos y rodillas y sacudió la cabeza, aturdido. Uno de los tipos corpulentos alzó un garrote reforzado con hierro para aplastarle el cráneo. Mat hincó su lanza en el estómago del individuo mientras Beslan, Nalesean y los cinco Brazos Rojos corrían al encuentro de los Amigos Siniestros lanzados a la carga. Lan se puso de pie, un poco inestable, pero sacó la espada en un movimiento relampagueante y abrió en canal a un Amigo Siniestro. No había mucho espacio en el corredor para manejar espadas ni *ashandarei*, pero los estrechos límites eran los que les permitían enfrentarse a un enemigo que los doblaba en número sin acabar barridos en el primer encontronazo. Hombres gruñendo luchaban a brazo partido, cuerpo a cuerpo contra ellos, a la par que se daban codazos unos a otros para hacerse hueco y poder apuñalar o descargar garrotazos.

Alrededor de las hermanas Negras y de Nynaeve quedaban pequeños espacios despejados; ya se ocuparon de eso ellas mismas. Un Brazo Rojo, un nervudo andoreño, casi tropezó con Falion, pero en el último instante salió lanzado por el aire a través del corredor, derribando a dos de los fornidos Amigos Siniestros en su vuelo antes de chocar contra la pared y deslizarse al suelo; su cabeza dejó un rastro de

sangre sobre el yeso polvoriento y resquebrajado. Un Amigo Siniestro calvo se abrió paso entre la línea de defensores y corrió hacia Nynaeve con un puñal apuntado hacia ella; el tipo chilló cuando sus pies perdieron contacto con el suelo, un chillido que se cortó al chocar su cara contra el suelo con tanta fuerza que la cabeza le rebotó.

Obviamente Nynaeve ya no estaba escudada, y si el gélido contacto de la cabeza de zorro sobre la piel de Mat no era indicio suficiente de que ella y las hermanas Negras estaban enzarzadas en algún tipo de lucha, el modo en que las dos la miraban con furia y viceversa, sin reparar en el combate que se libraba alrededor, lo proclamaba a voces. Las dos Mujeres Sabias contemplaban la escena con horror; empuñaban sus cuchillos curvos, pero se habían quedado pegadas a la pared, con sus ojos desorbitados pasando de Nynaeve a las otras dos y la boca abierta a más no poder.

—Luchad —espetó Nynaeve. Giró la cabeza sólo una fracción de segundo, a fin de verlas sin perder de vista a Falion y a Ispan—. No puedo hacerlo sola; están coaligadas. Si no las combatís, os matarán. ¡Ahora sabéis su secreto!

Las Mujeres Sabias la miraron estupefactas, como si les hubiese sugerido que escupiesen a la reina en la cara. En medio de los gritos y gruñidos, Ispan soltó una risa melódica. En medio de los gritos y gruñidos, un chillido penetrante retumbó en el hueco de la escalera.

La cabeza de Nynaeve giró bruscamente en aquella dirección. De repente se tambaleó y de nuevo volvió la cabeza hacia las hermanas Negras como un tejón herido; su gesto ceñudo debería haber convencido a Falion y a Ispan de que marcharse en ese mismo instante era lo más sensato. Sin embargo, Nynaeve dedicó una mirada angustiada a Mat.

—Se ha encauzado arriba —dijo entre los dientes prietos—. Hay problemas.

Mat vaciló. Lo más probable era que Elayne hubiese visto una rata. Seguramente… Se las arregló para desviar una cuchillada dirigida a sus costillas, pero no tenía espacio para arremeter con la *ashandarei* ni utilizar su asta como una vara de combate. Beslan pasó ante él y atravesó el corazón de su adversario con la espada.

—Por favor, Mat —instó con voz tensa Nynaeve. Ella jamás suplicaba; antes se habría cortado el cuello—. Por favor.

Mascullando una maldición, Mat se apartó de la lucha y corrió hacia la angosta escalera; no había una sola ventana en el hueco, pero subió los seis pisos a toda velocidad a pesar de la intensa oscuridad. Si sólo había sido una rata, iba a zarandear a Elayne hasta que los dientes le… Llegó al último piso, no mucho más iluminado que el ojo de la escalera, ya que una única ventana daba a la calle, y se encontró con una escena de pesadilla.

Había mujeres tiradas por todas partes. Elayne era una de ellas, con la mitad de la

espalda apoyada contra la pared y los ojos cerrados. Vanin estaba de rodillas, hecho un ovillo, y la sangre le brotaba por la nariz y los oídos; intentaba débilmente empujarse contra la pared para incorporarse. La última mujer que seguía de pie, Janira, corrió hacia Mat tan pronto como lo vio. Él la había comparado con un halcón a costa de sus pómulos marcados y su prominente nariz, pero ahora su rostro era la viva imagen del terror, y sus oscuros ojos estaban desorbitados, enloquecidos.

—¡Ayúdame! —le gritó, y un hombre la agarró por detrás.

Era un tipo de aspecto corriente, quizás un poco mayor que Mat, de la misma estatura y constitución que él, vestido con una sencilla chaqueta gris. Sonriendo, tomó la cabeza de Janira con las dos manos e hizo un giro brusco y seco. El sonido del cuello de la mujer al romperse fue como el chasquido de una rama seca. El individuo dejó caer el cuerpo fláccido de Janira y se quedó mirándola. Por un instante su sonrisa pareció… extasiada.

A la luz de un par de linternas, un pequeño grupo de hombres, justo detrás de donde se encontraba Vanin, forzaban una puerta con palanca en medio de los chirridos de goznes oxidados, pero Mat apenas reparó en ellos. Sus ojos fueron del cadáver de Janira a Elayne. Había prometido mantenerla a salvo para Rand. Lo había prometido. Con un grito, se lanzó contra el asesino, la *ashandarei* extendida ante él.

Mat había visto moverse a los Myrddraal, pero ese tipo era aún más rápido por mucho que costase creerlo. Esquivó la punta de la lanza como si flotara en torno a ella, agarró el asta y giró sobre sí mismo, lanzando a Mat por encima cinco metros más allá en el pasillo.

Se quedó sin aliento al caer al suelo, levantando una pequeña nube de polvo. También cayó la *ashandarei*. Luchando por recuperar la respiración, Mat se levantó; la cabeza de zorro colgaba por la pechera abierta de la camisa. Sacó un cuchillo del interior de la chaqueta y se abalanzó sobre el hombre otra vez, al tiempo que Nalesean aparecía al final de la escalera, espada en mano. Ahora lo tenían pillado, por muy rápido que…

El tipo hizo que un Myrddraal pareciera parsimonioso. Se deslizó a un lado, esquivando la estocada de Nalesean como si no tuviese huesos, y la mano derecha se disparó hacia la garganta del teariano. Su mano se retiró con un sonido líquido, de desgarro. La sangre salió a borbotones más allá de la barba de Nalesean. La espada del noble teariano cayó al suelo polvoriento con un sonoro tintineo y él se llevó las manos al destrozado cuello; la sangre corrió entre sus dedos mientras se desplomaba.

Mat saltó sobre el asesino desde atrás y los tres se fueron al suelo. No tenía reparos en apuñalar a un hombre por la espalda cuando era necesario, sobre todo a uno capaz de desgarrar la garganta de alguien con sus manos. Tendría que haber dejado que Nalesean se quedara en la cama. La triste idea acudió a su mente mientras hincaba el cuchillo con todas sus fuerzas, y luego una segunda vez, y una tercera.

El tipo se retorció entre sus brazos. Era imposible, pero, de algún modo, el individuo rodó sobre sí mismo a pesar de tenerlo encima a él, y Mat se encontró desarmado. Los ojos inexpresivos de Nalesean y la garganta ensangrentada eran un recordatorio más que suficiente; desesperado, asió las muñecas del hombre, aunque una de las manos resbaló un poco por la sangre que resbalaba de la del otro.

El hombre le sonrió. ¡Con un cuchillo clavado en el costado, y sonreía!

—Él desea tanto tu muerte como la de ella —susurró. Y, como si no las tuviese agarradas, sus manos se movieron hacia la cabeza de Mat, echando los brazos de éste hacia atrás.

Mat empujó con todas sus fuerzas, volcó toda su energía y su peso contra los brazos del individuo, sin resultado. Luz, se sentía como un niño luchando contra un hombre adulto. El tipo se estaba divirtiendo, se tomaba su tiempo. Las manos le tocaron la cabeza. ¿Dónde infiernos se había metido su buena suerte? Dio un empellón con las últimas fuerzas que le quedaban; el medallón cayó sobre la mejilla del hombre, que gritó a pleno pulmón. Alrededor de los bordes de la cabeza de zorro empezó a salir humo y a sonar un siseo, como cuando se fríe el tocino. En una sacudida convulsa, el hombre apartó a Mat con manos y pies. Esta vez, el joven voló por el aire diez pasos y se cayó al suelo.

Cuando consiguió ponerse de pie, aturdido, el hombre ya se había incorporado y se llevaba las manos temblorosas a la cara. Tenía una marca roja, en carne viva, donde le había tocado la cabeza de zorro. Con precaución, Mat toqueteó el medallón; estaba frío. No con la frialdad producida cuando alguien encauzaba cerca —tal vez seguían haciéndolo abajo, pero se encontraba demasiado lejos— sino con el frescor de la plata. No tenía la menor idea de qué era aquel individuo, sólo que, desde luego, no era humano, pero entre la quemadura y las tres puñaladas, con el cuchillo todavía sobresaliendo debajo de su brazo, tenía que haber disminuido su velocidad lo suficiente para sobrepasarlo e ir hacia la escalera. Vengar a Elayne estaba muy bien, y a Nalesean también, pero no sería ese día, al parecer, y no había por qué dar una razón para vengar a Mat Cauthon.

De un tirón, el hombre se sacó del costado el cuchillo y se lo lanzó. Mat lo atrapó en el aire, sin pensar. Thom le había enseñado a hacer malabarismos y afirmaba que tenía las manos más rápidas que había visto en su vida. Volteó el arma para asirla adecuadamente, con la punta inclinada hacia arriba, y entonces reparó en la reluciente hoja. Se le cayó el alma a los pies; ni gota de sangre. Al menos tendría que haber habido un rastro rojizo, pero la cuchilla brillaba, completamente limpia. Quizá ni siquiera tres puñaladas iban a mermar los reflejos de ese… lo que quiera que fuera.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro. Los otros hombres salían en tropel por la puerta que habían forzado, una puerta a la que lo habían conducido las huellas el día anterior, pero parecían ir cargados de desechos: pequeños cofres

medio podridos; un barrilete lleno de objetos envueltos en trapos, que asomaban por los huecos donde faltaban duelas; incluso una silla rota y un espejo rajado. Debían de tener órdenes de arramblar con todo. Sin prestar la menor atención a Mat, se dirigieron presurosamente hacia el otro extremo del pasillo y desaparecieron por la esquina; tenía que haber otro hueco de escalera allí atrás. Quizá podría seguirlos hasta la calle, a cierta distancia. Quizá… Justo delante de la puerta por la que habían salido, Vanin hizo otro esfuerzo por incorporarse y volvió a caer. Mat contuvo una maldición. Acarrear a Vanin iba a frenarlo, pero si la suerte le sonreía… No había podido salvar a Elayne, pero a lo mejor… Por el rabillo del ojo vio que la joven se movía, llevándose una mano a la cabeza.

El hombre de la chaqueta gris también la vio y, con una sonrisa, se giró hacia ella.

Con un suspiro, Mat guardó el inútil cuchillo en la vaina.

—No la tendrás —dijo en voz alta. Promesas. Un tirón bastó para romper el cordón que rodeaba su garganta; la cabeza de zorro plateada colgó a un palmo de su puño; el medallón empezó a emitir un zumbido cuando lo hizo girar en una doble lazada, dibujando un ocho en el aire—. No la tendrás, maldita sea. —Echó a andar sin dejar de girar el medallón; el primer paso fue el más difícil de dar, pero tenía que cumplir una promesa.

La sonrisa del tipo se borró; sin quitar los ojos de la centelleante cabeza de zorro, retrocedió de puntillas. La misma luz que resplandecía en el medallón plateado, procedente de la única ventana, creó un halo alrededor de Mat. Si podía hacerlo recular hasta allí, a lo mejor una caída de seis pisos conseguía lo que no había logrado un cuchillo.

El individuo, la marca en la cara ahora lívida, siguió retrocediendo, de cuando en cuando amagando como si fuera a intentar pasar esquivando el medallón. Y de pronto se lanzó hacia un lado, a una de las habitaciones; ésta tenía puerta y la cerró tras de sí. Mat oyó caer la barra que la atrancaba.

Tal vez debería haberlo dejado allí, pero, sin pensarlo, alzó un pie y descargó el tacón de la bota contra el centro de la puerta. Salió polvo de la tosca madera; una segunda patada y los podridos soportes de la tranca cedieron, junto con uno de los oxidados goznes. La hoja se descolgó hacia dentro, en un ángulo inclinado.

La oscuridad no era total en la habitación. De la ventana, al final del pasillo, a sólo otra puerta de distancia, penetraba un poco de luz en su interior y se reflejaba en el triángulo de un espejo roto que había recostado en la pared del fondo, proporcionando una débil luminosidad. Aquel espejo le permitía ver todo sin necesidad de entrar. Aparte de eso y de un trozo de silla, no había nada más. Las únicas aberturas en las paredes eran la puerta y un agujero de ratones junto al espejo, pero el hombre de la chaqueta gris se había esfumado.

—Mat —llamó débilmente Elayne.

Él acudió presuroso, impulsado por el ansia de llegar junto ella tanto como por alejarse de aquella habitación. Se oían gritos abajo, pero Nynaeve y los demás tendrían que cuidar de sí mismos por el momento.

Elayne se había sentado y movía la mandíbula a la par que hacía un gesto de dolor cuando se arrodilló a su lado. El polvo le cubría el vestido, el sombrero le colgaba ladeado, con algunas plumas rotas, y su cabello dorado rojizo tenía tal aspecto que parecía que la hubiesen arrastrado de él.

—Me golpeó tan fuerte —musitó dolorosamente—. No creo que tenga nada roto, pero… —Sus ojos se prendieron en los de él, y si Mat había pensado alguna vez que lo miraba como si fuese un extraño, ahora sí fue verídico—. Vi lo que hiciste, Mat. Con él. Podríamos haber sido gallinas metidas con un zorro en el gallinero. El Poder Único no lo afectaba; los fluidos se diluían del mismo modo que hacen con tu… —Echó un vistazo al medallón que todavía colgaba de su puño e inhaló de un modo que tuvo efectos muy interesantes en el profundo escote ovalado—. Gracias, Mat. Te pido disculpas por todo lo que he dicho o pensado. —Lo dijo como si realmente hablara en serio—. Cada vez tengo más *toh* contigo. —Sonrió compungida—. Pero no voy a permitirte que me pegues. Tendrás que dejarme que te salve la vida al menos una vez para equilibrar las cosas.

—Veré qué puedo hacer al respecto —repuso secamente mientras se guardaba el medallón en un bolsillo de la chaqueta. ¿*Toh*? ¡Luz! Definitivamente, estaba pasando demasiado tiempo con Aviendha.

Una vez que la ayudó a ponerse de pie, ella miró en derredor, a Vanin, con el rostro manchado de sangre, y a las mujeres tendidas allí donde se habían desplomado, y su rostro se crispó.

—¡Oh, Luz! —exclamó—. ¡Oh, maldición! ¡Rayos y jodidas centellas!

A pesar de la situación, Mat dio un respingo, y no sólo porque jamás habría esperado oír esas palabras en su boca, sino porque sonaron de un modo raro, como si la joven conociera los vocablos, pero no su significado. En cierto modo, la hacían parecer más joven de lo que era.

Se desprendió de su mano con una sacudida, tiró el sombrero a un lado y corrió para arrodillarse junto a la mujer que tenía más cerca, Reanne, cogiendo su cabeza con las dos manos. La mujer yacía desmadejada, boca abajo y con los brazos extendidos como si la hubiesen zancadilleado mientras corría. Todos habían corrido hacia la habitación, hacia su atacante, no huyendo.

—Esto supera mis conocimientos —musitó—. ¿Dónde está Nynaeve? ¿Por qué no subió contigo, Mat? ¡Nynaeve! —gritó en dirección a la escalera.

—No es necesario que chilles como un basilisco —gruñó la antigua Zahorí, que apareció en ese momento en el hueco de la escalera. Iba mirando hacia atrás, sin embargo—. Sujétala bien, ¿me has oído? —chilló; como un basilisco, claro—.

¡Como la dejes escapar también, te daré de bofetadas hasta que veas las estrellas! —Entonces volvió la cabeza y a poco los ojos se le salen de las órbitas.

»La Luz nos asista —exclamó mientras corría hacia Janira y se inclinaba sobre ella. Sólo necesitó tocarla y luego se irguió con un gesto de angustia. Mat podría haberle dicho que la mujer estaba muerta. Nynaeve parecía tomarse como algo personal la muerte. Se sacudió y se dirigió hacia la siguiente, Tamarla, y esta vez dio la impresión de que había algo que podía curarse. También pareció que las heridas de Tamarla no eran tan simples, porque se arrodilló junto a ella, frunciendo el entrecejo —. ¿Qué ha pasado aquí, Mat? —demandó sin volver la vista hacia él. Su tono lo hizo suspirar; tendría que haber adivinado que pensaría que era culpa de él—. ¿Y bien, Mat? ¿Qué ocurrió? Habla de una vez, hombre, ¿o tendré que…?

Mat nunca supo con qué iba a amenazarlo. Lan había seguido a Nynaeve, por supuesto, con Sumeko pisándole los talones. La fornida Mujer Sabia echó un vistazo al pasillo e inmediatamente se remangó la falda y corrió hacia Reanne. Dirigió una mirada preocupada a Elayne antes de agacharse de rodillas y empezar a mover las manos sobre Reanne de un modo extraño. Eso fue lo que hizo que Nynaeve dejara la frase sin acabar.

—¿Qué haces? —increpó secamente. Sin interrumpir lo que estuviera haciendo a Tamarla, dedicó ojeadas fugaces a la mujer carirredonda, pero eran tan cortantes como su tono—. ¿Dónde aprendiste eso?

Sumeko dio un respingo, pero sus manos no se detuvieron.

—Perdonadme, Aes Sedai —contestó de manera entrecortada, inconexa—. Sé que no tendría que… Morirá si yo no… Sé que no debería seguir intentando… Sólo quería aprender, Aes Sedai. Por favor.

—No, no, continúa —respondió Nynaeve, abstraída, ya que casi toda su atención estaba volcada en la mujer que tenía bajo sus manos, pero no completamente—. Parece que sabes algunas cosas que ni siquiera yo… Es decir, trabajas con los flujos de una manera muy interesante. Sospecho que vas a encontrarte con que muchas hermanas querrán aprender de ti. —Luego añadió casi entre dientes—: A lo mejor ahora me dejarán en paz.

Sumeko no pudo oír sus últimas palabras, pero lo que oyó hizo que se quedase boquiabierta a más no poder. Sin embargo, sus manos apenas se detuvieron un instante.

—Elayne —continuó Nynaeve—, ¿quieres buscar el Cuenco, por favor? Creo que la puerta es ésa. —Señalo con la barbilla la puerta correcta, que se encontraba abierta al igual que otra media docena más.

Aquello hizo que Mat parpadeara hasta que vislumbró dos pequeños paquetes envueltos en trapos, tirados en el umbral, donde se les habían debido de caer a los salteadores.

—Sí —musitó la heredera del trono—. Sí, eso al menos puedo hacerlo. —Levantó a medias una mano en dirección a Vanin, todavía de rodillas, y la dejó caer con un suspiro antes de cruzar el umbral, acción que levantó una nube de polvo y la hizo toser.

Sumeko no había sido la única que había seguido a Nynaeve y a Lan. Ieine apareció en el hueco de la escalera, obligando a la Amiga Siniestra tarabonesa a caminar delante de ella, retorciéndole un brazo hacia la espalda y con la otra mano asiéndola por la nuca con todas sus fuerzas. Ieine tenía tensas las mandíbulas y los labios prietos; la expresión de su rostro era mitad firme convicción de que acabaría desollada viva por maltratar a una Aes Sedai y mitad inflexible determinación de no soltar a su presa en ninguna circunstancia. A veces Nynaeve producía ese efecto en la gente. La hermana Negra tenía los ojos desorbitados por el terror, y a buen seguro se habría desplomado si Ieine no la hubiese tenido agarrada. Debía de estar escudada, sin duda, y con igual seguridad habría preferido que la desollaran a lo que quiera que iba a ocurrirle. Las lágrimas empezaron a manar de sus ojos, y su boca tembló con sollozos mudos.

Detrás de ellas iba Beslan, que suspiró tristemente al ver a Nalesean y aún con mayor tristeza por las mujeres; a continuación aparecieron Harnan y tres Brazos Rojos, Fergin, Gorderan y Metwyn. Tres que se habían quedado en la parte delantera de la casa. Harnan y dos de los otros tenían desgarrones ensangrentados en las chaquetas, pero Nynaeve debía de haberles curado abajo, ya que no se movían como si estuvieran heridos. Sin embargo, parecían deprimidos.

—¿Qué ha ocurrido en la parte de atrás? —inquirió Mat en voz baja.

—Que me aspen si lo sé —contestó Harnan—. Nos topamos en la oscuridad con un montón de matones armados con cuchillos. Había uno que se movía como una serpiente… —Se encogió de hombros y se tocó el roto ensangrentado de su chaqueta con gesto abstraído—. Uno de ellos me apuñaló y lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver a Nynaeve Sedai inclinada sobre mí y a Mendair y a los otros más muertos que los carneros de ayer.

Mat asintió en silencio. Uno que se movía como una serpiente. Y que también se escabullía de las habitaciones como tal. Echó una ojeada a uno y otro lado del pasillo. Reanne y Tamarla estaban de pie —colocándose el vestido, desde luego— y Vanin escudriñaba el interior de la habitación donde Elayne, aparentemente, ensayaba otras cuantas maldiciones con tan poco éxito como antes. Resultaba difícil afirmarlo, ya que la joven no dejaba de toser. Nynaeve se incorporó y ayudó a levantarse a Sibella, una mujer rubia y escuálida, en tanto que Sumeko seguía trabajando con Famelle, la mujer de cabello dorado y ojos castaños. Pero Mat nunca volvería a admirar el busto de Melore; Reanne se arrodilló junto a ella para colocarle los miembros y cerrarle los ojos, al tiempo que Tamarla prestaba el mismo servicio a Janira. Dos Mujeres Sabias

muertas, y seis Brazos Rojos. Todos asesinados por un… hombre… al que el Poder Único no afectaba en absoluto.

—¡Lo encontré! —gritó, excitada, Elayne. Salió al pasillo cargada con un paquete redondo, ancho, envuelto en trapos podridos, y no dejó que Vanin se lo cogiera. Pringada de polvo gris de la cabeza a los pies, parecía que se había tirado al suelo y había rodado hasta rebozarse bien—. ¡Tenemos el Cuenco de los Vientos, Nynaeve!

—En ese caso —anunció Mat—, nos largamos ahora mismo de este jodido sitio.

Nadie se opuso. Oh, sí, Nynaeve y Elayne insistieron en que todos los hombres utilizaran las chaquetas como sacos para cargar cosas que sacaron de la habitación —incluso cargaron con bultos a las Mujeres Sabias y ellas mismas—, y Reanne tuvo que bajar y contratar hombres que llevaran a los muertos hasta el embarcadero, pero nadie se opuso. Mat dudaba que las calles del Rahad hubiesen presenciado jamás una procesión tan extraña, ni que se moviera tan rápidamente hasta llegar al río.

39



Promesas que cumplir

¡Nos largamos de aquí ahora mismo! —repitió Mat horas más tarde, pero en esta ocasión sí hubo discusión. La había habido durante la última media hora, más o menos. Fuera, el sol había pasado su cenit. Los alisios aliviaban un poco el calor, y las cortinas amarillas colgadas en los altos ventanales se hinchaban y se sacudían con las rachas de aire. Habían transcurrido tres horas desde que habían vuelto al palacio de Tarasin y los dados seguían rodando en su cabeza; tenía unas ganas enormes de dar una patada a algo. O a alguien. Se tiró del pañuelo atado alrededor del cuello; lo sentía como la cuerda que le había hecho la cicatriz que tapaba el pañuelo, apretándose más y más, lentamente. ¡Por el amor de la Luz! ¿Estáis todas ciegas? ¿O sólo sordas?

La habitación que Tylin les había proporcionado era grande, con paredes verdes y el alto techo azul, sin más mobiliario que unas sillas doradas y mesitas pequeñas incrustadas con madreperla, pero aun así estaba abarrotada. O era lo que parecía. La propia Tylin se hallaba sentada delante de uno de los tres hogares de mármol con una pierna cruzada sobre la otra, observándolo con aquellos oscuros ojos de águila y una sonrisa insinuada; mecía la pierna y daba golpecitos a las enaguas en capas de colores azules y amarillos, y jugueteaba con la empuñadura enjoyada de su cuchillo curvo. Mat sospechaba que Elayne o Nynaeve ya habían hablado con ella. También se encontraban allí las dos, sentadas a uno y otro lado de la reina; a saber cómo, habían tenido tiempo para ponerse ropa limpia y, aparentemente, para bañarse aunque sólo las había perdido de vista unos minutos como máximo desde que regresaron a palacio. Casi igualaban a Tylin en regia dignidad con sus brillantes vestidos de seda; Mat no sabía a quién intentaban impresionar con aquella exhibición de puntillas y bordados complejos. Más parecía que se habían vestido para un gran baile que para emprender viaje. Él seguía hecho un asco, con la polvorienta chaqueta verde desabrochada y la cabeza de zorro enganchada en el cuello de la camisa, cerrada sólo a medias. Había hecho un nudo al cordón, por lo que éste se había acortado, pero quería tener el medallón en contacto con su piel; después de todo, lo rodeaban mujeres que podían encauzar.

Cierto, esas tres mujeres seguramente habrían bastado para darle la sensación de que la estancia estaba abarrotada; incluso Tylin lo habría conseguido por sí misma, en lo que a él concernía; si Elayne o Nynaeve habían hablado con ella, entonces era una buena cosa que estuviera a punto de marcharse. Sí, las tres por sí solas habrían sido más que suficiente, pero…

—Esto es ridículo —manifestó Merilille—. Nunca he oído hablar de un Engendro de la Sombra llamado gholam. ¿Alguna de vosotras lo ha oído? —Su pregunta iba dirigida a Adeleas, Vandene, Sareitha y Careane. Sentadas enfrente de Tylin, la fría serenidad Aes Sedai de las cinco conseguía que sus sillones de respaldo alto parecieran tronos.

Mat no entendía por qué Nynaeve y Elayne se limitaban a seguir sentadas como estatuas, también fríamente serenas, pero encastilladas en el más absoluto mutismo. Lo sabían, lo comprendían y, a saber por qué, Merilille y esa pandilla se hacían mieles con ellas ahora. Por otro lado, Mat Cauthon sólo era un patán de orejas velludas que necesitaba unas cuantas patadas, y desde Merilille hasta la última de ellas parecían más que dispuestas a dárselas.

—Lo vi —espetó—. Elayne lo vio. Reanne y las Mujeres Sabias lo vieron. ¡Preguntadle a cualquiera de ellas!

Agrupadas en un extremo de la estancia, Reanne y las cinco Mujeres Sabias supervivientes se encogieron como gallinas asustadas, temerosas de que les hicieran esa o cualquier otra pregunta. Es decir, todas menos Sumeko; la oronda mujer, con los pulgares metidos bajo el largo cinturón rojo, observaba ceñuda a las Aes Sedai, sacudía la cabeza, volvía a fruncir el entrecejo y luego sacudía la cabeza otra vez. Nynaeve había sostenido una conversación bastante extensa con ella en la intimidad de la cabina del bote, durante el viaje de vuelta, y Mat creía que tenía algo que ver con su nueva actitud. Había captado que mencionaban a las Aes Sedai más de una vez, aunque en ningún momento él había intentado escuchar a escondidas. Las demás parecían estar preguntándose si deberían ofrecerse para ir por té. Sólo Sumeko había dado la impresión de considerar la oferta de ocupar una silla. Sibella, agitando los flacos brazos por la impresión, casi se desmayó.

—Nadie pone en duda la palabra de Elayne Aes Sedai, maese Cauthon —dijo Renaile din Calon con voz fría y profunda.

Aunque no le hubiesen presentado a la regia mujer vestida con sedas de colores rojo y amarillo, los arcaicos recuerdos mezclados con los suyos propios habrían hecho que Mat la identificara como la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos merced a los diez gruesos aros de oro que lucía en las orejas; los aros estaban unidos a cada lado por una cadena de oro y medio ocultos bajo los finos aladares blancos, que contrastaban con el resto de su largo y liso cabello negro. Los medallones ensartados a lo largo de la cadena más fina que iba hasta el anillo de la

nariz le indicaba el clan al que pertenecía, entre otras cosas. Lo mismo ocurría con los tatuajes de sus esbeltas y oscuras manos.

—Lo que cuestionamos es el peligro —continuó la imponente mujer—. No nos gusta dejar el agua sin una buena razón.

De pie, detrás de su silla, se agrupaban casi veinte mujeres de los Marinos en un estallido de sedas multicolores, pendientes y medallones en cadenas en su mayor parte. El primer detalle extraño que le había llamado la atención sobre ellas era su actitud hacia las Aes Sedai. Se mostraban impecablemente respetuosas, al menos de cara al exterior, pero Mat no había visto en su vida que nadie más las mirase con aires de suficiencia. Lo segundo le llegó de los recuerdos de aquellos otros hombres; no sabía mucho sobre los Marinos por ellos, pero sí lo suficiente. Todo Atha'an Miere, hombre o mujer, empezaba desde abajo, como grumete, ya estuviera destinado a convertirse algún día en el Maestro de Armas o en la Señora de los Barcos, y, en cada escalón intermedio, los Marinos eran tan puntillosos con respecto al rango que harían parecer descuidados a reyes y Aes Sedai en comparación. Por ello, las mujeres que había detrás de Renaile formaban un grupo de lo más peculiar —Detectoras de Vientos de Señoras de las Olas situadas hombro con hombro con Detectoras de Vientos de remontadores, de acuerdo con sus medallones—, pero dos llevaban blusas de fuertes colores de paño sencillo sobre las polainas untadas de grasa, propias de los marineros de cubierta, cada una con un único aro en la oreja izquierda. Un segundo y un tercer pendientes en la derecha indicaban que se las estaba instruyendo para Detectoras de Vientos, pero todavía les faltaba ganarse otros dos, por no mencionar el aro de la aleta de la nariz y, por consiguiente, pasaría aún mucho tiempo antes de que cualquiera de ellas dejara de encontrarse en la situación de ponerse a izar las velas siguiendo las órdenes del oficial de cubierta y de recibir en el trasero el golpe de látigo del oficial si no se movía lo bastante deprisa. Esas dos no encajaban en una reunión así conforme a los recuerdos que Mat tenía; normalmente, la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos ni siquiera les habría dirigido la palabra.

—Exactamente lo que he dicho yo, Renaile —intervino Merilille en una actitud fríamente altiva. Era obvio que no les habían pasado inadvertidas aquellas miradas engreídas. El tono no varió cuando volvió su atención hacia Mat—. No os enfurruñéis, maese Cauthon. Estamos dispuestas a atender a razones. Si es que nos dais alguna.

Mat hizo acopio de paciencia; esperaba reunir suficiente. Tal vez lo conseguía si utilizaba las dos manos y los dos pies.

—Los gholams fueron creados a mediados de la Guerra del Poder, durante la Era de Leyenda —empezó por el principio. Casi por el principio de lo que Birgitte le había contado. Se volvió y miró a cada grupo de mujeres mientras hablaba. Así la Luz lo abrasara si le dejaba a una sola de ellas pensar que era más importante que él.

O que les estaba rogando. Sobre todo teniendo en cuenta que era eso exactamente lo que estaba haciendo—. Fueron creados para asesinar Aes Sedai. Exclusivamente. Para matar personas capaces de encauzar. El Poder Único no os ayudará; el Poder no alcanza a un gholam. De hecho, perciben la habilidad de encauzar si se encuentran, digamos, a cincuenta pasos de la mujer en cuestión. También pueden sentir el poder dentro de vosotras. No distinguiréis a un gholam hasta que sea demasiado tarde, porque su aspecto es como el de cualquier otra persona. Exteriormente. Por dentro… Los gholams no tienen huesos; pueden deslizarse por debajo de una puerta. Y son lo bastante fuertes para arrancar una puerta con goznes de acero con una sola mano. —O desgarrar gargantas. Luz, debería haber dejado que Nalesean se quedara en la cama. Reprimió un escalofrío y continuó. Las mujeres, todas ellas, lo observaban, sin parpadear siquiera. No permitiría que lo viesen temblar.

»Sólo se crearon seis gholams: tres varones y tres hembras; al menos, eso es lo que aparentan. Por lo visto, incluso los Renegados sentían cierta inquietud por ellos. O tal vez decidieron simplemente que con seis era suficiente. En cualquier caso, sabemos que uno se encuentra en Ebou Dar, probablemente mantenido con vida desde el Desmembramiento dentro de una cámara estática. Ignoramos si se pusieron a otros en esa cámara, pero uno solo es más que suficiente. Quienquiera que enviara al gholam, y tuvo que ser uno de los Renegados, sabía que debía seguirnos al otro lado del río. Tuvo que mandarlo por el Cuenco de los Vientos y, por lo que me dijo, para matar a Nynaeve o a Elayne, posiblemente a ambas.

Les dirigió una rápida ojeada a las dos, reconfortante y comprensiva; nadie podía sentirse tranquilo sabiendo que esa cosa andaba detrás de uno. A cambio, obtuvo un gesto de extrañeza por parte de Elayne, apenas una leve arruga en la frente, y de Nynaeve un ligero ademán impaciente que restaba importancia a sus palabras y a la vez lo instaba a seguir con su explicación.

—Es de suponer —prosiguió mientras les lanzaba una mirada iracunda y pensaba que resultaba muy difícil no suspirar cuando se trataba con mujeres—, que quienquiera que enviara al gholam tiene que saber que el Cuenco se encuentra ahora aquí, en el palacio de Tarasin. Si él, o ella, envía al gholam a palacio, algunas de vosotras moriréis. Puede que muchas. No puedo protegeros a todas a la vez. Y también es posible que se apodere del Cuenco. Además, está Falion Bhoda, quien sin duda no debe de encontrarse sola, sin contar a Ispan, a la que habéis hecho prisionera, lo cual significa que tenemos que preocuparnos por el Ajah Negro asimismo, en caso de que los Renegados y el gholam no os parezcan suficiente peligro. —Reanne y las Mujeres Sabias adoptaron un aire aún más indignado que Merilille y sus amigas ante la mención del Ajah Negro, y las Aes Sedai, tensas y recogiéndose las faldas, parecían dispuestas a salir de la habitación encorajinadas a más no poder. Presionar, ése era el único recurso que le quedaba—. Bien, ¿entendéis ahora por qué todas

debéis abandonar el palacio y llevar el Cuenco a algún lugar que no sepa el gholam, algún lugar que desconozca el Ajah Negro? ¿Veis por qué hay que hacerlo de inmediato?

El resoplido despectivo de Renaile habría sobresaltado a una bandada de gansos que se hubiese encontrado en el cuarto contiguo.

—Os repetís, maese Cauthon. Merilille Sedai afirma que nunca ha oído hablar de esos gholams. Elayne Sedai dice que había un hombre extraño, una criatura, pero poco más. ¿Y qué es esa… *cámara estática*? Eso no lo habéis explicado. ¿Cómo sabéis lo que afirmáis que sabéis? ¿Por qué habríamos de alejarnos más del agua de lo que ya estamos sin más motivos que lo que cuenta un hombre que se saca fábulas de la manga?

Mat miró a Nynaeve y a Elayne, aunque con escasa esperanza. Si hubieran abierto la boca este asunto habría acabado hacía rato; no obstante, se limitaron a devolverle la mirada y a practicar la máscara inexpresiva Aes Sedai hasta que las mandíbulas debieron de dolerles. No entendía su silencio. Un sucinto relato de lo acaecido en el Rahad era lo único que habían facilitado, y Mat habría apostado que ni siquiera habrían hecho la menor mención del Ajah Negro si hubiese habido otro modo de explicar que aparecieran en palacio con una Aes Sedai atada y escudada. A Ispan se la había confinado en otra parte del palacio y sólo un puñado de personas conocía su presencia allí. Nynaeve la había obligado a tragar alguna clase de brebaje, una mezcla de hierbas de olor repulsivo que había hecho que los ojos de la mujer se desorbitaran a medida que le bajaba por la garganta, y que se riera tontamente y, acto seguido, se tambaleara. A las restantes Mujeres Sabias las mandó que se quedaran en la habitación con ella como guardianas. Unas guardianas reacias pero muy aplicadas; Nynaeve había dejado extremadamente claro que, si dejaban que Ispan se escapara, más les valía echar a correr antes de que les pusiera las manos encima.

Mat puso gran empeño en no mirar hacia Birgitte, que se encontraba de pie junto a la puerta, con Aviendha. La Aiel llevaba un vestido ebudariano; no el de sencillo paño con el que había regresado a palacio, sino un traje de montar de seda gris que desentonaba con su cuchillo de puño de hueso y vaina sin adornos. Birgitte se había cambiado rápidamente el vestido por su habitual atuendo de chaqueta corta y pantalones amplios, en azul oscuro y verde oscuro. De su cadera colgaba una aljaba. Ella era la fuente de información sobre todo lo que Mat sabía acerca de los gholams —y de las cámaras estáticas— aparte de lo que había visto con sus propios ojos en el Rahad, pero no revelaría tal cosa ni aunque lo pusieran sobre una parrilla al rojo vivo.

—Una vez leí un libro que hablaba acerca de… —empezó, pero Renaile lo cortó.

—Un libro —se mofó—. No abandonaré la sal por un libro que las Aes Sedai no conocen.

De repente Mat cayó en la cuenta de que era el único varón presente en la

estancia. Lan se había marchado por orden de Nynaeve, orden que obedeció tan sumisamente como Beslan la de su madre. Thom y Juilin habían ido a hacer el equipaje para el viaje y seguramente ya habrían acabado a esas alturas. Si es que servía para algo; si es que alguna vez se marchaban. El único hombre, y rodeado por un montón de mujeres que al parecer intentaban que se diese cabezazos contra la pared hasta que se le desparramaran los sesos por el suelo. No tenía sentido. Ni pizca. Seguían mirándolo, esperando.

Nynaeve, vestida de azul con rayas amarillas y remates de puntilla, se había echado la trenza hacia adelante, de manera que colgaba entre sus senos, pero aquel grueso sello de oro —el sello de Lan, ya se había enterado de ese detalle— permanecía colocado cuidadosamente para que no dejara de verse. Su semblante era sereno y sus manos reposaban sobre el regazo, pero a veces sus dedos se crispaban ligeramente. Elayne, con un vestido ebudariano de seda verde, que hacía parecer que Nynaeve iba tapada a pesar del cuello de encaje finísimo que le subía hasta la barbilla, le sostuvo la mirada con unos ojos que semejaban fríos estanques de un color azul profundo. También sus manos reposaban en el regazo, pero de vez en cuando empezaban a seguir el trazo del bordado con hilo de oro que adornaba la falda para, de inmediato, parar. ¿Por qué no decían nada? ¿Intentaban vengarse de él? ¿Era un simple caso de «Mat tiene muchas ganas de mandar; dejemos que vea hasta dónde puede llegar sin nosotras»? Eso lo habría creído de Nynaeve, en cualquier otro momento, pero no de Elayne, ya no. Entonces, ¿por qué?

Reanne y las Mujeres Sabias se mantenían apartadas de él del modo que lo hacían con las Aes Sedai, pero su actitud hacia él había cambiado. Tamarla le dedicó una inclinación de cabeza bastante respetuosa. La rubia Famelle llegó incluso a dedicarle una sonrisa amistosa. Y, cosa extraña, Reanne se sonrojó levemente. Pero, en realidad, no contaban como oposición. Las seis mujeres no habían pronunciado ni diez palabras motu proprio entre todas desde que entraron en la habitación. Todas ellas saltarían si Nynaeve o Elayne chascaran los dedos, y seguirían saltando hasta que les dijeran que pararan.

Se volvió hacia las otras Aes Sedai. Rostros infinitamente sosegados, infinitamente pacientes. Salvo… Los ojos de Merilille dirigieron una fugaz ojeada más allá de él, hacia Nynaeve y Elayne. Sareitha empezó a alisarse la falda lentamente bajo su escrutinio, al parecer sin ser consciente de lo que hacía. Una imprecisa sospecha empezó a aflorar en su mente: manos moviéndose sobre las faldas, el sonrojo de Reanne, la aljaba presta de Birgitte. Una sospecha velada, y no sabía exactamente de qué, sólo que había enfocado el asunto de manera equivocada. Le asestó a Nynaeve una mirada severa, y a Elayne otra más severa aún. La mantequilla no se habría fundido en sus malditas lenguas.

Lentamente, se dirigió hacia las mujeres de los Marinos. Sólo caminó, pero oyó

un resoplido que parecía el de Merilille, y a Sareitha murmurar «¡qué insolencia!». De acuerdo, ahora les enseñaría lo que era insolencia. Si a Nynaeve y a Elayne no les gustaba, entonces tendrían que haberlo incluido en sus confidencias. Luz, cómo detestaba que lo utilizasen. Sobre todo cuando no sabía cómo ni por qué.

Se paró frente a la silla de Renaile y estudió los oscuros rostros de las Atha'an Miere que se encontraban detrás antes de bajar la vista hacia ella. La mujer frunció el entrecejo mientras acariciaba un cuchillo, con piedras de la luna engastadas, que llevaba metido en el fajín. Más que hermosa era atractiva, de mediana edad, y, en otras circunstancias, Mat habría disfrutado mirándose en sus grandes ojos, unos oscuros estanques en los que un hombre podría pasarse toda una tarde sumergido. En otras circunstancias. De algún modo, las mujeres de los Marinos eran la mosca en el cántaro de leche, y él no tenía la menor idea de cómo sacarla. Se las arregló para controlar su irritación, aunque apenas. ¿Qué infiernos tenía que hacer?

—Todas podéis encauzar, según creo —empezó sosegadamente—, pero eso no tiene la menor trascendencia en mi caso. —Mejor ir al grano desde el principio—. Podéis preguntarles a Adeleas o a Vandene cuánto me importa el hecho de que una mujer sea capaz de encauzar.

Renaile miró hacia Tylin, pero no fue a la reina a quien se dirigió:

—Nynaeve Sedai —dijo secamente—, creo que no se hizo mención alguna en vuestro trato de que tuviera que escuchar a este joven calafatín. Yo…

—Me importa una mierda tus tratos con nadie, hija de las arenas —espetó Mat. Vaya, no tenía tan controlada la irritación como había imaginado. Un hombre aguantaba hasta cierto límite.

A la espalda de la mujer hubo respingos y exclamaciones ahogadas. Más de un milenio atrás, una Atha'an Miere había llamado hijo de las arenas a un soldado esseniano justo un momento antes de intentar clavarle un cuchillo en las costillas; ahora el recuerdo se hallaba implantado en el cerebro de Mat Cauthon. No era el peor insulto entre los Marinos, pero no le andaba lejos. El rostro de Renaile se congestionó, los ojos le echaron chispas y, emitiendo un siseo, se incorporó velozmente con aquella daga incrustada de piedras de luna empuñada en la mano.

Mat se la arrebató antes de que la hoja llegara a su pecho y volvió a sentar a la mujer de un empellón. Thom tenía razón: sí que era rápido de reflejos. Y también seguía controlando el mal genio; por muchas mujeres que creyeran que podían hacerlo bailar como una marioneta, podía controlarlo.

—Escúchame bien, cuesco de pantoque. —Vale, a lo mejor no podía controlarlo del todo—. Nynaeve y Elayne os necesitan, de otro modo os dejaría al alcance del gholam para que os partiera los huesos y que el Ajah Negro se repartiera lo que quedara de vosotras. Bien, en lo que a ti concierne, soy el Maestro de Armas, y mis armas están desenvainadas. —Ignoraba lo que significaba eso exactamente, salvo lo

que había oído una vez: «Cuando se desenvainan las armas, hasta la Señora de los Barcos se inclina ante el Maestro de Armas»—. Éste es el trato entre tú y yo: ¡iréis donde Nynaeve y Elayne quieran y, a cambio, no os ataré a todas vosotras sobre las grupas de caballos como albardas para arrastraros hasta dondequiera que sea!

Ése no era modo de comportarse; no con la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos. Ni con el grumete de un barcucho de mala muerte, para el caso. Renaile temblaba por el esfuerzo de no lanzarse sobre él con las manos desnudas, sin importarle que tuviera una daga en la mano.

—¡Queda acordado, con la Luz por testigo! —bramó y los ojos casi se le salieron de las órbitas. Su boca se abrió y se cerró sin emitir sonidos mientras por su semblante pasaban la confusión y la incredulidad. En esta ocasión, los respingos y las exclamaciones ahogadas sonaron como si una ráfaga de viento hubiese arrancado las cortinas.

—Queda acordado —se apresuró a ratificar Mat, que se tocó los labios con los dedos y a continuación los puso sobre la boca de ella.

Al cabo de un momento la mujer hizo otro tanto; sus dedos temblaron sobre los labios del joven. Mat le tendió la daga y ella la contempló fijamente antes de cogérsela. El arma volvió a su vaina enjoyada; no era educado matar a alguien con el que se acababa de cerrar un acuerdo. Al menos, no hasta que los términos se cumplieran. Se alzaron susurros entre las mujeres apiñadas detrás de su silla que fueron creciendo de tono, y Renaile salió de su apatía para dar una fuerte palmada. Aquello hizo callar a todas, a las Detectoras de Vientos y a las Señoras de las Olas con tanta rapidez como a las dos aprendizas que eran marineras de cubierta.

—Creo que acabo de cerrar un trato con un *ta'veren* —dijo con aquella voz fría, profunda. La mujer podía dar clases a las Aes Sedai sobre cómo recobrar la compostura en cuestión de segundos—. Pero algún día, maese Cauthon, si la Luz quiere, creo que caminarás por una cuerda por mí.

Él ignoraba lo que significaba tal cosa, pero por el modo en que lo dijo no debía de ser agradable. Sacó a relucir todo su encanto e hizo su mejor reverencia.

—Todo es posible, si la Luz quiere —murmuró. Ser cortés convenía, después de todo. Pero la sonrisa de la mujer fue inquietantemente esperanzada.

Cuando se volvió hacia las otras mujeres, cualquiera habría pensado que le habían crecido cuernos y alas a juzgar por el modo en que lo miraban de hito en hito.

—¿Hay alguna otra objeción? —inquirió en tono irónico—. Suponía que no. En tal caso, sugiero que escojáis algún lugar bien lejos de aquí, y nos pondremos en marcha tan pronto como hayáis recogido vuestras pertenencias.

Hicieron un gran montaje fingiendo deliberar. Elayne mencionó Caemlyn y casi pareció que hablaba en serio, y Careane sugirió varios pueblos remotos de las Colinas Negras, a todos los cuales era fácil llegar a través de un acceso. Luz, cualquier sitio

era factible con los accesos. Vandene habló de Arafel, y Aviendha propuso Rhuidean, en el Yelmo de Aiel, mientras que la expresión de las Atha'an Miere se tornaba más cabizbaja cuanto más lejos del mar se encontraban los lugares mencionados. Todo puro fingimiento. Para Mat, al menos, eso estaba claro viendo a Nynaeve toquetearse la trenza con impaciencia a pesar de que las sugerencias se sucedían sin pausa.

—Si se me permite hablar, Aes Sedai —dijo tímidamente Reanne, por último. Incluso levantó la mano—. Las Allegadas tenemos una granja al otro lado del río, unos cuantos kilómetros al norte. Todo el mundo sabe que es un lugar de retiro para las mujeres que necesitan un tiempo de silencio y contemplación, pero nadie la relaciona con nosotras. Los edificios son grandes y bastante cómodos, si fuese necesaria una estancia prolongada, y…

—Sí —la interrumpió Nynaeve—. Sí, suena perfecto. ¿Tú qué opinas, Elayne?

—Me parece estupendo, Nynaeve. Sé que Renaile agradecerá quedarse cerca del mar.

Las otras cinco hermanas casi se quitaron la palabra de la boca manifestando que les parecía maravilloso y la mejor sugerencia de todas.

Mat alzó los ojos al cielo. Tylin era todo un estudio del arte de no ver lo que tenía delante de las narices, pero Renaile saltó al cebo como una trucha a una mosca. Que era de lo que se trataba, naturalmente. Por alguna razón, no debía saber que Nynaeve y Elayne lo tenían planeado todo de antemano. Condujo a las otras mujeres de los Marinos a recoger las pertenencias que hubieran traído consigo antes de que Nynaeve y Elayne cambiaran de parecer.

Las dos habrían ido en pos de Merilille y las demás Aes Sedai, pero Mat les hizo un gesto con el dedo, llamándolas. Intercambiaron una mirada —Mat tendría que haber hablado durante una hora para relacionar todo lo que se transmitieron en esos instantes— y luego, para su sorpresa, se acercaron a él. Aviendha y Birgitte observaban desde la puerta, en tanto que Tylin lo hacía desde su sillón.

—Siento mucho haberte utilizado —se anticipó Elayne antes de que pudiera decir una palabra. Le dedicó una sonrisa llena de hoyuelos—. Teníamos razones para hacerlo, Mat, debes creerme.

—Razones que no necesitas saber —intervino Nynaeve con firmeza mientras se echaba la coleta a la espalda con un experto movimiento de cabeza que hizo que el sello de oro botara sobre sus senos. Lan *tenía* que estar loco—. Y he de decir que jamás esperé que actuaras como lo hiciste. ¿Qué te dio la idea de tratarlas de ese modo, *intimidándolas*? Podrías haber echado todo a rodar.

—¿Qué es la vida sin correr riesgos de vez en cuando? —replicó despreocupadamente. Por él, estupendo si pensaban que lo había planeado en lugar de deberse a un arranque de mal genio. Pero lo habían utilizado otra vez sin advertirle, y deseaba una pequeña venganza por ello—. La próxima vez que tengáis que hacer un

trato con los Marinos, dejadme que lo resuelva yo. Tal vez de ese modo no resulte tan desastroso como el último.

El rubor de las mejillas de Nynaeve le reveló que había dado de lleno en el blanco. No estaba nada mal, considerando que había sido un tiro a ciegas.

Pero Elayne se limitó a comentar en un tono que intentaba ser contrito aunque sonó regocijado:

—Un argumento propio de un súbdito muy *observante*… Eh, quiero decir, observador.

Al final iba a resultar que estar a bien con ella era peor que estar a mal.

Se encaminaron hacia la puerta sin dejarlo añadir más. En fin, en realidad no había esperado que le explicaran nada. Ambas eran Aes Sedai hasta la médula. Y un hombre aprendía a vivir con lo que fuera necesario.

Se había olvidado de Tylin por completo, pero no al contrario, y no había dado dos pasos cuando la mujer lo alcanzó. Nynaeve y Elayne se detuvieron en la puerta con Aviendha y Birgitte y los observaron. Así, todas vieron cómo Tylin le pellizcaba el trasero. Había ciertas cosas con las que nadie podría aprender a vivir. Elayne hizo un gesto de conmiseración, y Nynaeve otro de severa desaprobación. Aviendha se esforzó en contener la risa, sin mucho éxito, y Birgitte, por su parte, sonreía de oreja a oreja sin disimulo. Maldición, *todas* lo sabían.

—Nynaeve cree que eres un muchachito que necesita protección —le dijo la reina —. Yo sé que eres un hombre hecho y derecho. —Su ronca risita convirtió sus palabras en el comentario más obsceno que Mat había oído en su vida. Las cuatro mujeres que seguían en la puerta lo vieron ponerse rojo como un tomate—. Te echaré de menos, pichón. Lo que hiciste con Renaile fue magnífico. Admiro muchísimo a los hombres autoritarios.

—Yo también os echaré de menos —murmuró. Fue una conmoción darse cuenta de que era la pura verdad. Se marchaba de Ebou Dar justo a tiempo—. Pero si volvemos a encontrarnos, el acoso y derribo serán cosa mía.

Tylin rió quedamente y aquellos oscuros ojos de águila resplandecieron.

—Admiro a los hombres autoritarios, lechoncito, pero no cuando intentan serlo conmigo.

Luego lo agarró de las orejas y le hizo agachar la cabeza para besarlo.

No reparó cuándo se marcharon Nynaeve y las demás, y él salió de la habitación sintiendo las piernas temblorosas y metiéndose la camisa en los pantalones. Tenía que volver para recoger la lanza y el sombrero, que había dejado en un rincón. Esa mujer no tenía recato. Ni pizca.

Encontró a Thom y a Juilin saliendo de los aposentos de Tylin, seguidos por Nerim y Lopin, el mayordomo de Nalesean, cada cual cargado con una alforja de mimbre hecha para meter en las albardas. En ellas iban sus pertenencias, advirtió.

Juilin llevaba el arco sin encordar de Mat y su aljaba colgada al hombro. Bueno, ella le había dicho que lo trasladaba.

—Encontré esto en tu almohada —comentó Thom mientras le lanzaba el anillo que había llevado puesto lo que ahora le parecía hacía un año—. Un regalo de despedida, al parecer; había nudos de amor y algunas flores esparcidas sobre ambas almohadas.

Mat se metió el anillo bruscamente.

—Es mío, maldita sea. Lo compré y lo pagué yo.

El viejo juglar se atusó el bigote con los nudillos y tosió en un intento fallido de disimular una amplia sonrisa. Juilin se quitó el ridículo gorro tarabonés y se enfrascó en la contemplación de la parte interior de la prenda.

—¡Rayos y centellas…! —Mat respiró hondo—. Espero que los dos hayáis dedicado un rato a ocuparos de vuestras pertenencias —continuó con tono tranquilo—, porque tan pronto como recoja a Olver, nos pondremos en marcha, incluso si resulta que nos dejamos atrás un arpa carcomida o un quiebra espadas roñoso.

Juilin se tocó el rabillo del ojo con el dedo, significara lo que significara tal cosa, pero Thom frunció el entrecejo. Los insultos a la flauta o al arpa del juglar eran insultos a él.

—Milord —llamó Lopin con voz lastimera. Era un hombre moreno, calvo, más orondo que Sumeko, y su chaqueta negra, propia de un plebeyo teariano, ajustada a la cintura y luego abriéndose hacia abajo, como la de Juilin, le quedaba verdaderamente apretada. Por lo general tan solemne como Nerim, ahora tenía los ojos enrojecidos como si hubiese estado llorando—. Milord, ¿existe la posibilidad de que me quede para estar presente en el entierro de lord Nalesean? Fue un buen amo.

Mat detestaba tener que decir que no.

—Cualquiera que dejemos atrás podría quedarse solo mucho tiempo, Lopin —respondió suavemente—. Escucha, necesitaré a alguien que me ayude a cuidar de Olver, y Nerim tiene trabajo de sobra conmigo. A decir verdad, Nerim tendrá que volver con Talmanes, ¿sabes? Si quieres, te tomaré a mi servicio.

Se había acostumbrado a tener un mayordomo y corrían muy malos tiempos para un hombre que buscara trabajo.

—Me gustaría mucho, milord —respondió en tono lúgubre el mayordomo—. El joven Olver me recuerda mucho al hijo menor de mi hermana.

Sólo que, cuando entraron en los antiguos aposentos de Mat, lady Riselle estaba allí, mucho más decentemente vestida que la última vez que Mat la había visto y totalmente sola.

—¿Y por qué iba a tenerlo atado a mí? —instó la mujer, con aquel busto realmente impresionante subiendo y bajando agitado mientras ella se ponía en jarras. Al parecer, el pichoncito de la reina no debía utilizar un tono brusco con las

camareras de su majestad—. Si se corta demasiado las alas a un chiquillo, nunca se convertirá en un hombre como es debido. Leyó las páginas de su tarea en voz alta, sentado en mis rodillas; se habría pasado el día leyendo si lo hubiese dejado. Y también hizo las cuentas, así que lo dejé salir. ¿Por qué os preocupáis tanto? Prometió que regresaría al caer el sol, y parece tener mucha experiencia en lo de guardar promesas.

Mat dejó la *ashandarei* en el rincón de costumbre, les dijo a los otros hombres que soltaran los bultos y fueran a buscar a Vanin y a los demás Brazos Rojos. Después se despidió para sus adentros del espectacular busto de Riselle y regresó apresuradamente a los aposentos que compartían Nynaeve y las otras mujeres. Todas se encontraban allí, en la salita, así como Lan, con su capa de Guardián echada a la espalda y las alforjas cargadas al hombro, al parecer, las de Nynaeve. Repartidos por el suelo había muchos fardos de vestidos y baúles de un tamaño considerable. Mat se preguntó si también le harían cargar a Lan con todo eso.

—Pues claro que tienes que encontrarlo, Mat Cauthon —dijo Nynaeve—. ¿Crees que íbamos a abandonar al chiquillo?

Cualquiera que la hubiese oído pensaría que eso era exactamente lo que se proponía hacer él. De repente se le vino encima un aluvión de ofertas de ayuda, no sólo por parte de Nynaeve y Elayne, que proponían posponer el viaje a la granja, sino también de Lan, Birgitte y Aviendha brindándose a colaborar en la búsqueda. Lan lo hizo con su habitual aire frío e impasible, pero la arquera y la Aiel…

—Se me rompería el corazón si le ocurriera algo a ese chico —manifestó Birgitte.

—Siempre he dicho que no lo cuidabas como es debido —añadió Aviendha en el mismo tono afectuoso.

Mat apretó los dientes tanto que le rechinaron. En las calles de la ciudad, Olver podría eludir a ocho hombres hasta que apareciera de vuelta en palacio al caer el sol. Mantenía sus promesas, sí, pero había pocas esperanzas de que renunciara a un instante de libertad sin tener por qué. Cuantos más ojos hubiera, más rápida sería la búsqueda, en especial si todas las Mujeres Sabias se sumaban a ella. Dudó durante dos o tres segundos; también él tenía unas promesas que cumplir, bien que fue lo bastante listo para no plantearlo desde ese punto de vista.

—El Cuenco es demasiado importante —contestó—. Ese gholam sigue ahí fuera, y puede que Moghedien también, y huelga decir que el Ajah Negro. —Los dados atronaban dentro de su cabeza. A Aviendha no le haría gracia que la incluyera en el grupo con Nynaeve y Elayne, pero en ese momento le importaba un bledo lo que pensara la Aiel, de modo que se dirigió a Birgitte y a Lan—. Cuidad de ellas hasta que pueda reunirme con vosotros. A todas ellas.

—Lo haremos —respondió inopinadamente Aviendha—. Lo prometo —añadió mientras toqueteaba la empuñadura de su cuchillo. Por lo visto no había entendido

que ella era una a las que había que proteger.

Sí lo comprendieron Nynaeve y Elayne, y la mirada que le asestó la antigua Zahorí habría podido perforarle el cráneo; Mat esperaba que se propinara un tirón de la trenza, pero, cosa curiosa, la mano de la mujer sólo se alzó brevemente hacia el pelo para, de inmediato, bajar firmemente al costado. Elayne se contentó con alzar el mentón y clavar aquellos enormes ojos azules en él con expresión gélida. Nada de sonrisa con hoyuelos esta vez.

Lan y Birgitte también lo entendieron.

—Nynaeve es mi vida —repuso simplemente Lan al tiempo que posaba una mano en el hombro de la mujer. Lo curioso fue que, de repente, su expresión se tornó muy triste y acto seguido, de manera igualmente repentina, apretó las mandíbulas y pareció dispuesto a atravesar un muro de piedra abriendo un agujero con su propio cuerpo. Birgitte dedicó a Elayne una mirada cariñosa, aunque sus palabras iban dirigidas a Mat:

—Lo haré. En verdad y honor.

Mat se tiró de la chaqueta, sintiéndose incómodo. Aún no tenía muy claro cuánto le había revelado estando ebrio. Luz, y cómo bebía esa mujer; parecía una esponja. A pesar de todo, le dio la respuesta apropiada de un lord barashandino aceptando la promesa:

—El honor de la sangre; la verdad de la sangre.

Birgitte asintió y, a juzgar por las miradas sorprendidas que recibió de Nynaeve y de Elayne, la arquera seguía manteniendo sus secretos. Luz, si cualquier Aes Sedai descubría alguna vez lo de esos recuerdos, tanto daba que supieran que había tocado el Cuerno también; ni con cabeza de zorro ni sin ella, lo exprimirían hasta sacarle el último por qué y el último cómo. Cuando se volvía para marcharse, Nynaeve lo agarró de la manga.

—Recuerda la tormenta, Mat. Estallará muy pronto; lo sé. Ten cuidado, Mat Cauthon, ¿me has oído? Tylin tiene las indicaciones para llegar a la granja, cuando regreses con Olver.

Él asintió y se marchó a toda prisa; los dados en la cabeza parecían ecos del taconeo de sus botas. ¿Era durante la búsqueda cuando se suponía que debía tener cuidado o mientras Tylin le daba la dirección de la granja? Nynaeve y su Escuchar el Viento. ¿Acaso pensaba que un poco de lluvia iba a derretirlo? Porque, ahora que lo pensaba, una vez hubiesen utilizado el Cuenco de los Vientos volvería a llover. Parecía que habían pasado años sin que cayera una gota. Algo le rondó por la cabeza con respecto al tiempo y a Elayne, cosa que no tenía sentido, pero se desentendió de ello. Las cosas, de una en una, y lo más importante en ese momento era Olver.

Los hombres esperaban en la larga estancia de los Brazos Rojos, cerca de los establos, todos de pie excepto Vanin, quien yacía despatarrado en una de las camas,

con las manos enlazadas sobre el orondo vientre. Vanin decía que un hombre debía descansar cuando tenía ocasión de hacerlo. Sin embargo, bajó los pies al suelo y se levantó en cuanto Mat entró. Estaba tan encariñado con Olver como los demás; lo único que Mat temía era que empezara a enseñar al chico cómo robar caballos y a cazar faisanes furtivamente. Siete pares de ojos se clavaron en él con fijeza.

—Riselle dijo que Olver llevaba puesta la chaqueta roja —les explicó—. A veces regala la ropa, pero si veis a cualquier golfillo de la calle con una buena chaqueta de ese color, probablemente sabrá dónde se encuentra Olver. Que cada uno vaya en una dirección, empezando desde Mol Hara y trazando espirales, e intentad volver dentro de una hora más o menos. Esperad hasta que todo el mundo haya regresado antes de reanudar la búsqueda, para que así, si alguien da con él, los demás no sigamos buscando hasta mañana. ¿Habéis entendido?

Los hombres asintieron. A veces esos hombres lo sorprendían. El larguirucho Thom, con su pelo y su bigote blancos, que en otro tiempo había sido amante de una reina, y mucho más de buen grado que él mismo, por no mencionar que fue algo más que un amante, si se daba crédito a lo que decía. Harnan, con su mandíbula cuadrada y su tatuaje en la mejilla, y alguno más en otros sitios, que había sido soldado toda su vida. Juilin, con su vara de bambú y su quiebra espadas a la cadera, que se consideraba tan bueno como cualquier lord, aunque la idea de llevar espada todavía lo hacía sentirse incómodo, y el gordo Vanin, que hacía que Juilin pareciese un lameculos en comparación. El flaco Fergin; Gorderan, con unos hombros casi tan anchos como los de Perrin, y Metwyn, cuyo rostro de tez pálida todavía parecía el de un muchacho a pesar de ser varios años mayor que él. Algunos seguían a Mat Cauthon porque creían que era afortunado, porque su suerte podría mantenerlos con vida cuando las armas se desenvainaban, y otros por razones que todavía Mat no tenía muy claras; pero lo seguían. Ni siquiera Thom había discutido una orden suya. Quizá lo ocurrido con Renaile había sido algo más que suerte. Tal vez, ser *ta'veren* influía en algo más que en meterlo en jaleos. De repente se sintió… responsable de aquellos hombres. Fue una sensación incómoda. La responsabilidad y Mat Cauthon no iban de la mano; no era natural.

—Cuidaos y no bajéis la guardia —advirtió—. Ya sabéis lo que hay ahí fuera. Y se aproxima una tormenta. —Vaya, ¿por qué demonios había dicho eso?—. Vamos, moveos. Estamos desperdiciando la luz del día.

El viento seguía soplando con fuerza y arrastraba polvo en la plaza de Mol Hara, con su estatua de una reina muerta mucho tiempo antes situada encima de la fuente, pero no había otra señal que anunciara una tormenta. La tal Nariene había tenido fama de honesta, aunque no tanto como para ser representada con el torso completamente desnudo. El sol de la tarde brillaba en lo alto de un cielo despejado, sin rastro de nubes, pero la gente se movía por la plaza tan deprisa como en las horas

frescas de la mañana. Esa templanza había desaparecido ya, a pesar del viento, y bajo sus botas los adoquines parecían una parrilla.

Tras echar una ojeada a La Mujer Errante, al otro lado de la plaza, Mat se encaminó hacia el río. Cuando estaban en la posada, Olver no había salido con los golfillos de la calle ni la mitad de las veces que ahora; se había sentido más que conforme con comerse con los ojos a las camareras y a las hijas de Setalle Anan. Menudo acierto el de los dados induciéndolo a trasladarse a palacio. Todo lo que había hecho desde que dejó la posada —todo lo que había querido hacer, se corrigió al pensar en Tylin y sus ojos, y sus manos—, cualquiera de esas cosas habría podido llevarla a cabo de igual forma sin necesidad de trasladarse. Los dados rodaban ahora, y Mat deseó que desaparecieran de su cabeza de una vez por todas.

Intentó avanzar a buen paso, adelantando por los lados a los lentos carros y carretas con impaciencia, maldiciendo a los lacados palanquines y carruajes que casi lo arrollaron, en todo momento ojo avizor a una chaqueta roja de niño, pero el ajetreo de las calles lo frenaba al tener que avanzar en zigzag. Pensándolo bien, ello era conveniente; no tenía sentido pasar por alto al chico a causa de la prisa. Deseando haber cogido a *Puntos* de los establos de palacio, miró a la multitud que pasaba a su lado con el entrecejo fruncido; un hombre a lomos de un caballo no habría avanzado más rápido entre el gentío, pero sí habría alcanzado a ver más lejos. Claro que, hacer preguntas desde una silla de montar habría resultado muy incómodo; de hecho, eran pocos los que iban a caballo por la ciudad, y había gente que tendía a rehuir a cualquiera que fuera montado.

Siempre la misma pregunta; la primera vez que la hizo fue en un puente, nada más dejar atrás Mol Hara, a un tipo que vendía manzanas asadas con miel en una bandeja que llevaba colgada de una correa al cuello. A Olver le gustaban los dulces.

—¿Has visto a un chico, de esta estatura más o menos, con una chaqueta roja?

—¿Un chico, milord? —dijo el tipo, casi escupiendo las palabras entre los contados dientes que le quedaban—. Chicos he visto a cientos, pero no recuerdo una chaqueta roja. ¿Le gustaría a milord una manzana o dos? —Cogió un par con los huesudos dedos y se las tendió a Mat; por el modo en que cedían a la presión de sus dedos, estaban más pasadas de lo que podría justificar el asado—. ¿Se ha enterado milord de los disturbios callejeros?

—No —replicó secamente Mat, que siguió avanzando. Al otro lado del puente paró a una mujer metida en carnes, con una bandeja de cintas. Olver no sentía interés alguno por las cintas, pero seguro que le habrían llamado la atención las enaguas rojas que asomaban bajo la falda recogida con puntadas hasta casi la cintura de la mujer, así como el escote del corpiño que dejaba a la vista parte de un busto muy semejante al de Riselle—. ¿Has visto a un chico…?

La mujer también le comentó lo de los disturbios, al igual que la mitad de las

personas a las que preguntó. Sospechaba que ese rumor había empezado con los acontecimientos ocurridos en cierta casa del Rahad, aquella misma mañana. La conductora de una carreta, con el largo látigo enrollado al cuello, le dijo incluso que el tumulto había sido al otro lado del río, después de responder que nunca se fijaba en los chicos a menos que se metieran debajo de las patas de sus mulas. Un tipo de cara cuadrada que vendía panales de miel —unos panales de aspecto increíblemente seco— afirmó que los disturbios habían sucedido cerca del faro del final de la calzada de la Bahía, en la Punta Oeste de la boca del estuario, un lugar tan poco probable para ser escenario de una asonada como el centro de la propia bahía. Si uno prestaba oídos, en una ciudad siempre había cientos de rumores, y Mat, al parecer, estaba abocado a escuchar fragmentos de todos ellos. Una de las mujeres más preciosas que había visto en su vida, a la cual encontró en la puerta de una taberna —Maylin era camarera de El Borrego Viejo, pero en apariencia su única ocupación era estar de pie en la puerta para atraer clientes, objetivo que ciertamente conseguía—, le dijo que esa mañana se había producido una batalla, en las colinas Cordese, al oeste de la ciudad, creía, o quizás en las colinas Rhannor, al otro lado de la bahía. O puede que en… Verdaderamente guapa, la tal Maylin, pero con muy pocas luces; seguro que Olver se habría pasado horas contemplándola, siempre y cuando la chica no abriese la boca. Sin embargo, no recordaba haber visto a un chico con una chaqueta… ¿De qué color había dicho? Le hablaron de tumultos y batallas, de tantas y tantas cosas raras vistas en el cielo o en las colinas como para poder poblar la Llaga con ellas. Oyó que el Dragón Renacido iba a descender sobre la ciudad en cualquier momento, acompañado por miles de hombres capaces de encauzar; que los Aiel se aproximaban; que venía un ejército de Aes Sedai; no, era un ejército de Capas Blancas; que Pedron Niall había muerto y que los Hijos se proponían vengarlo, aunque, por qué hacerlo en Ebou Dar no estaba muy claro. Cualquiera habría pensado que la ciudad se encontraría sumida en el pánico con todas esas historias rondando por las calles, pero lo cierto era que, incluso los que contaban el rumor, generalmente sólo lo creían a medias. Es decir, que le hablaron de todo tipo de estupideces, pero ni una palabra sobre el chico de chaqueta roja.

A unas pocas calles del río empezó a oír truenos, unos fuertes y secos estampidos que parecían llegar del mar. La gente alzaba la vista con curiosidad hacia un cielo despejado, se rascaba la cabeza y volvía a sus quehaceres. Mat hizo otro tanto y siguió preguntando a todos los vendedores de dulces o frutas que vio, así como a todas las mujeres bonitas con las que se cruzó. Todo ello sin resultado. Al llegar al largo muelle de piedra que se extendía a lo largo de la ribera de la ciudad hizo una pausa para observar los grises embarcaderos que se adentraban en el agua y los barcos amarrados a ellos. El viento soplaba con fuerza y mecía las embarcaciones, rozándolas contra los muelles de piedra a pesar de las bolsas rellenas de lana que

colgaban de los costados como defensas. A diferencia de los caballos, a Olver no le interesaban los barcos, salvo como un medio de viajar de aquí para allí, y los barcos eran asunto de hombres en Ebou Dar aun cuando, a menudo, el cargamento que transportaban no lo fuera. Las mujeres presentes en los muelles eran mercaderes vigilando sus mercancías o miembros del gremio de estibadores armados hasta los dientes; además, allí no encontraría vendedores de dulces.

A punto de darse media vuelta, Mat cayó en la cuenta de que casi nadie se movía. Por lo general, los muelles bullían de actividad y, sin embargo, en todos los barcos que alcanzaba a ver los tripulantes se alineaban en la borda o trepaban a los aparejos para otear hacia la bahía. Barriles y cajas habían quedado abandonados, mientras hombres sin camisa y mujeres fibrosas con chalecos de cuero se apiñaban en la punta de los embarcaderos para atisbar entre los barcos, en dirección sur, hacia la tronada. Allí, un humo negro se alzaba en gruesas columnas, inclinadas de manera notoria hacia el norte, por el viento.

Tras una breve vacilación, Mat corrió hacia el extremo del embarcadero más cercano. Al principio, los barcos amarrados a los muelles de piedra hacia el sur le tapaban la vista de cualquier cosa que no fuese el humo. Sin embargo, debido a la línea que trazaba la costa, cada embarcadero sobresalía más que su inmediato anterior; una vez que logró abrirse paso a codazos entre la cuchicheante multitud apiñada en la punta del muelle, tuvo a la vista el ancho río, que formaba un paso abierto de agitadas aguas verdosas hasta la bahía de olas encrespadas.

Al menos dos docenas de barcos, puede que más, ardían en el extenso estuario, envueltos en llamas de punta a punta. Otros cuantos ya habían naufragado y sólo se veía su proa o su popa, que poco a poco se hundía en las aguas. Mientras observaba, la proa de un navío de dos palos, en el que ondeaba una bandera roja, azul y oro, el estandarte de Altara, de repente explotó con un gran estruendo semejante al trueno, y columnas de humo, que se engrosaron rápidamente, fueron barridas por el viento a la par que la embarcación se hundía. Por el agua se deslizaban cientos de naves, todas las que había en la bahía —los surcadores y rasadores de tres palos y los remontadores de dos palos de los Marinos, barcos costeros con sus velas triangulares, los fluviales impulsados por vela o remos—, algunas huyendo río arriba y la mayoría intentando ganar mar abierto. Veintenas de embarcaciones penetraban en la bahía a favor del viento, naves de proas imponentes, más altas que las de cualquiera de los surcadores, cortando las embravecidas olas y salpicando espuma. A Mat se le cortó la respiración cuando divisó las velas cuadradas, con nervaduras.

—¡Rayos y centellas! —exclamó, conmocionado—. ¡Son los jodidos seanchan!

—¿Quiénes? —demandó una mujer de semblante serio que estaba a su lado. El vestido de paño azul oscuro y buena confección la señalaba como una mercader, tanto como la carpeta de cuero que llevaba para los conocimientos de embarque o la

insignia del gremio, un alfiler de plata, prendida en la pechera—. Son las Aes Sedai —manifestó en tono convencido—. Sé reconocer el encauzamiento cuando lo veo. Los Hijos de la Luz acabarán con ellas tan pronto como lleguen. Ya lo veréis.

Una mujer larguirucha y canosa, con un mugriento chaleco verde, se giró para enfrentarse a ella mientras toqueteaba la empuñadura de madera de su daga.

—¡Mucho ojo con lo que dices sobre las Aes Sedai, asquerosa arrampla monedas, o te pelaré y haré que te tragues un jodido Capa Blanca para rellenarte como un capón!

Mat las dejó agitando los brazos y gritándose una a la otra, y se abrió paso entre la muchedumbre para después correr hacia el muelle principal. Ya alcanzaba a ver tres —no, cuatro— enormes criaturas volando en círculo sobre la ciudad, hacia el sur, sustentadas por grandes alas semejantes a las de los murciélagos. En sus lomos se distinguían figuras, al parecer montadas en alguna especie de silla. Apareció otra criatura, y otra más. Bajo ellas, las llamas brotaban de los tejados en medio de un gran estruendo.

La gente corría, zarandeando a Mat mientras se abría paso trabajosamente por las calles.

—¡Olver! —gritó con la esperanza de ser oído por encima de otros gritos que sonaban por doquier, así como también chillidos—. ¡Olver!

De pronto, todo el mundo pareció dirigirse en sentido contrario al que él llevaba, y pasó a su lado a empellones. Mat resistió con empeño para no ser arrastrado por la avalancha de gente, y llegó a una calle donde la razón por la que los demás habían huido quedó patente.

Una columna montada venía por ella, un centenar o más de seanchan con los yelmos que recordaban cabezas de insectos y las armaduras de láminas imbricadas, todos cabalgando animales que parecían felinos, del tamaño de caballos, pero con el cuerpo cubierto de escamas broncíneas en lugar de pelo. Inclinados hacia adelante en las sillas, las lanzas adornadas con cintas azules en ristre, galopaban hacia la plaza de Mol Hara sin mirar hacia los lados. Aunque el término «cabalgar» no era el más adecuado para el modo en que se desplazaban esos animales; la velocidad sí encajaba, pero se movían… deslizándose. Había llegado el momento de largarse de allí; cuanto antes. Tan pronto como encontrara a…

Cuando pasaba el final de la columna, un manchón rojo, a la altura de la cintura de un hombre, atrajo su atención hacia la multitud de la calle, al otro lado del cruce.

—¡Olver!

Cruzó a todo correr, casi cuando acababa de pasar la última criatura de piel escamosa, empujando a la gente y a tiempo de ver a una mujer que, con los ojos desorbitados por el espanto, cogía a una niñita de vestido rojo y echaba a correr con la pequeña apretada contra su pecho. Desesperado, Mat siguió abriéndose camino y

propinando empellones y codazos cuando chocaban contra él y a su vez chocando no pocas veces contra los demás.

—¡Olver! ¡Olver!

Dos veces más vio una columna de fuego alzándose fugazmente sobre los tejados, y el humo elevándose hacia el cielo en una docenas de sitios distintos. En varias ocasiones oyó aquellos estampidos ensordecedores, ya no en la bahía, sino mucho más cerca, dentro de la ciudad, no le cabía duda, y sintió el suelo sacudiéndose bajo sus pies.

Y entonces la calle volvió a encontrarse casi vacía ya que la gente huía en todas direcciones, por los callejones y en el interior de casas y tiendas; los seanchan se aproximaban en caballos. No todos eran hombres armados; casi a la cabeza del pequeño bosque de lanzas cabalgaba una mujer de tez oscura, con un vestido azul. Mat sabía que las anchas franjas plateadas de la falda y la pechera tenían forma de rayos. Una cadena de plata, reluciente al sol, conectaba su muñeca izquierda con el cuello de una mujer de gris, una *damane*, que trotaba junto al caballo de la *sul'dam* como un perro faldero. En Falme, Mat había visto más seanchan de lo que le habría gustado, pero, inconscientemente, hizo un alto en la boca del callejón y observó. Los estampidos y los fuegos eran la prueba de que alguien en la ciudad intentaba al menos presentar resistencia, y ahora iba a ser testigo de uno de esos intentos.

Los seanchan no eran la única razón por la cual la gente se había escabullido. Al otro extremo de la calle, alrededor de un centenar de hombres montados pusieron lanzas en ristre. Vestían anchos pantalones blancos y chaquetas verdes, y entre ellos brillaron los galones dorados del yelmo de un oficial. Con un grito general, el centenar de soldados de Tylin se lanzó contra los atacantes de la ciudad. Superaban en dos a uno a los seanchan que tenían delante.

—Malditos estúpidos —masculló Mat—. Así no. Esa *sul'dam* os…

El único movimiento entre los seanchan fue el de la mujer con el vestido de franjas en zigzag, que levantó la mano y señaló, como haría un cazador para lanzar al aire a un halcón posado en su muñeca o para azuzar a un perro. La mujer de cabello dorado situada al otro extremo de la correa de plata dio un paso adelante. El medallón de la cabeza de zorro se tornó frío contra el pecho de Mat.

Bajo los cascos de la vanguardia del pelotón ebudariano a la carga, la calle explotó repentinamente y adoquines, hombres y caballos salieron lanzados por el aire en medio de un ensordecedor estampido. La onda expansiva tiró a Mat patas arriba, o tal vez fuera por el modo en que el suelo pareció combarse bajo sus pies. Se incorporó justo a tiempo de presenciar cómo se desplomaba la fachada de una posada de la calle en medio de una nube de polvo; el interior de las habitaciones quedó a la vista.

Hombres y caballos —y trozos de hombres y caballos— yacían por doquier, los

que aún vivían sacudidos por violentas convulsiones, alrededor de un agujero que ocupaba la mitad de la calle. Los gritos de los heridos llenaban el aire. Menos de la mitad de los ebudarianos se levantaron con esfuerzo, aturdidos y tambaleándose; algunos agarraron las riendas de caballos tan temblorosos e inestables como ellos, se subieron a las sillas y taconearon a los animales para emprender algo parecido a un galope. Otros se limitaron a correr a pie. Todos alejándose de los seanchan, huyendo. Podían enfrentarse a armas de acero, pero no a eso.

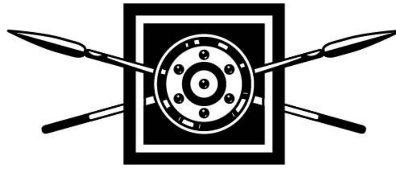
Huir, comprendió Mat, era una buena idea en ese momento. Una ojeada hacia la parte posterior del callejón le descubrió polvo y escombros apilados hasta casi la altura de un piso. Echó a correr calle abajo, delante de los ebudarianos que huían, manteniéndose tan cerca de las paredes como era posible, confiando en que ninguno de los seanchan lo tomara por uno de los soldados de Tylin. No debió ponerse una chaqueta verde esa mañana.

Al parecer, la *sul'dam* no se había quedado satisfecha con el resultado. La cabeza de zorro se puso fría de nuevo y, a su espalda, otro estampido lo lanzó al suelo al tiempo que el pavimento se combaba y le salía al encuentro. A través del zumbido de los oídos, Mat oyó el crujido de mampostería. Sobre él, la pared de ladrillos estucados empezó a inclinarse.

—¿Qué ocurre con mi jodida suerte? —gritó.

Tuvo tiempo para eso, y también para darse cuenta, mientras ladrillos y vigas se derrumbaban encima de él, de que los dados dentro de su cabeza habían enmudecido de golpe.

40



Lanzas

Las montañas se elevaban en derredor de Galina Casban; algunas, las que tenía a la espalda, eran poco más que colinas altas, pero al frente había picos nevados, y cumbres más altas detrás de aquellas primeras. Las piedras de la ladera le herían los pies descalzos. La mujer jadeaba y respiraba con dificultad; el sol, en lo alto, caía abrasador como venía haciéndolo desde lo que a ella le parecían días interminables, y la hacía sudar a mares. Cualquier cosa más allá de mover un pie y luego otro parecía fuera de su alcance. Qué curioso que transpirando de ese modo tuviera la boca tan seca.

Llevaba casi noventa años de Aes Sedai, aunque su largo cabello negro todavía no tenía canas, pero durante casi veinte años había ocupado el puesto de cabeza del Ajah Rojo —la Altísima, como la llamaban otras Rojas en privado, y considerada por algunas de ellas como una igual de la Sede Amyrlin— y todos esos años, salvo los cinco primeros que llevó el chal, en realidad había pertenecido al Ajah Negro. No con exclusión de sus deberes como Roja, sino con otros aún más importantes. Su puesto en el Consejo Supremo del Ajah Negro era el inmediato inferior al de Alviarin, y era una de las únicas tres personas que conocía el nombre de la mujer que dirigía las reuniones de encapuchadas. Podía pronunciar un nombre cualquiera en esos conciliábulos —incluso uno de un rey— y sabía que ese nombre se contaría entre los de los muertos. Ya había ocurrido con un rey y una reina. Había contribuido a derrocar a dos Amyrlin, a convertir a la mujer más poderosa del mundo en una infeliz que no dejaba de aullar, ansiosa de contar todo cuanto sabía; a hacer que pareciera que una de ellas había muerto mientras dormía y que a la otra se la destituyese y se la neutralizara. Cosas así eran tareas que debía realizar, al igual que exterminar a los hombres con capacidad de encauzar, no actos que le proporcionaran placer más allá de la satisfacción de un trabajo bien hecho, pero sí había disfrutado dirigiendo el círculo que había neutralizado a Siuan Sanche. Sin duda, tales cosas significaban que Galina Casban se encontraba entre las personas más poderosas del mundo. A buen seguro que sí. Tenía que ser así.

Las piernas le flaquearon como muelles que han perdido la elasticidad, y cayó pesadamente, incapaz de sostenerse al llevar los brazos atados a la espalda hasta los codos. La ropa interior, que había dejado de ser blanca y que era la única ropa que le

habían dejado, volvió a rasgarse mientras resbalaba sobre las piedras sueltas, de manera que le produjeron arañazos en los verdugones. La frenó un árbol. Con la cara apretada contra el suelo empezó a sollozar.

—¿Cómo? —gimió con un hilo de voz—. ¿Cómo me ha podido pasar esto a mí?

Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que no la habían incorporado a la fuerza; por muy frecuentemente que se hubiese ido al suelo, no le habían dado un instante de respiro. Parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos y alzó la cabeza.

Mujeres Aiel cubrían la ladera, varios cientos de ellas repartidas entre los árboles estériles, con sus lanzas y los velos, que podían alzar en cualquier momento, colgando sobre el pecho. Galina sintió ganas de reír. Doncellas; esas monstruosas mujeres se llamaban a sí mismas Doncellas. Ojalá pudiera reírse. Podía dar gracias de que al menos no hubiese hombres presentes. Los varones le ponían carne de gallina, y si uno de ellos pudiera verla ahora, casi desnuda…

Sus ojos buscaron a Therava con ansiedad, pero la mayoría de las aproximadamente setenta Sabias se encontraban agrupadas, mirando algo más arriba de la vertiente y le tapaban la vista. Parecía haber un murmullo de voces en la parte anterior del grupo. Quizá las Sabias deliberaban sobre algo. Las Sabias. Habían sido brutalmente eficaces enseñándole el tratamiento correcto, y en ningún momento llamarlas Aiel simplemente, y menos aún espontáneas. Por mucho que quiso ocultarlo, habían percibido su desprecio. Claro que una no tenía que intentar ocultar aquello que le han extirpado a sangre y fuego.

En su mayoría, las Sabias miraban en aquella dirección, pero no todas. El brillo del *Saidar* envolvía a una joven bonita, de cabello rojo, con una boca de trazos delicados, que vigilaba atentamente a Galina con sus grandes ojos azules. Tal vez para demostrar su propio desprecio, habían escogido a la más débil de todas ellas para que la mantuviese escudada esa mañana. Micara no era realmente débil en el Poder —ninguna de ellas lo era—, pero con toda su habilidad, a Galina no le habría costado mucho esfuerzo romper su escudo. Un músculo de la mejilla se contrajo convulsivamente sin que pudiera controlarlo; siempre le pasaba cuando se planteaba otro intento de huida. El primero había acabado bastante mal, pero el segundo… Se estremeció y luchó para no romper a llorar otra vez. No podía intentarlo de nuevo hasta estar segura del éxito. Muy segura. Absolutamente segura.

El nutrido grupo de Sabias se apartó y sus miradas siguieron a Therava mientras la mujer de rostro de halcón se dirigía hacia Galina. Jadeando repentinamente otra vez, con aprensión, la Aes Sedai intentó ponerse de pie. Maniatada y con los músculos tan flojos como si fuesen de gelatina, sólo había conseguido ponerse de rodillas cuando Therava se inclinó sobre ella, los collares de marfil y oro tintineando suavemente; la Sabia agarró a Galina por el pelo y la obligó a echar la cabeza hacia atrás con brusquedad. Más alta que la mayoría de los hombres, Therava hacía aquello

incluso cuando Galina se encontraba de pie, doblándole dolorosamente el cuello para que la mirara a la cara. En cierto sentido, Therava era más fuerte que ella en el Poder, cosa que pocas mujeres podían decir, pero no era eso lo que hacía temblar a Galina. Los fríos ojos azules se clavaron en los suyos y la inmovilizaron con más firmeza que su mano; parecieron desnudar su alma con la misma facilidad con la que la manejaba. Todavía no había suplicado, ni siquiera cuando la obligaban a caminar el día entero sin darle apenas unas gotas de agua, ni cuando la forzaban a mantener el ritmo mientras ellos corrían durante horas, ni cuando sus varazos la hacían aullar de dolor. Era el semblante cruel de Therava, contemplándola impasible, el que la hacía desear suplicar. A veces se despertaba sollozando por la noche —que la pasaba atada en aspa a las cuatro estacas clavadas en el suelo— del sueño en el que pasaba toda la vida en poder de Therava.

—Ya está al borde del colapso —dijo la Sabia con una voz dura como la piedra —. Dadle agua y llevadla.

Giró sobre sus talones mientras se ajustaba el chal y se olvidó de Galina Casban hasta que fuera necesario acordarse de ella otra vez; para Therava, la Aes Sedai era menos importante que un perro callejero.

Galina no intentó levantarse; ya le habían «dado de beber» suficientes veces a estas alturas para saber lo que tenía que hacer; era el único modo en que le dejaban beber. Ansiando el agua, no se resistió cuando una corpulenta Doncella la agarró por el cabello como Therava y le echó la cabeza hacia atrás. Ella se limitó a abrir la boca cuanto le fue posible. Otra Doncella, que tenía una cicatriz fruncida a través de la mejilla y la nariz, inclinó un odre y vertió lentamente un chorrito en la boca expectante de Galina. El agua estaba caliente; le pareció deliciosa. Tragó con movimientos convulsos, torpemente, manteniendo abierta la boca. Además de desear beber toda el agua posible, ansiaba mover la cara bajo aquel minúsculo chorrillo para que le humedeciera las mejillas y la frente, pero mantuvo la cabeza inmóvil a fin de que cada gota llegara a su garganta. Derramar agua era motivo para que le dieran otra paliza; la habían azotado, a pocos pasos de un arroyo de seis metros de anchura, por haber vertido un buche por las mejillas.

Cuando le retiraron el odre, la Doncella corpulenta la levantó bruscamente tirando de los brazos atados. Galina gimió. Las Sabias se recogían las faldas y las sujetaban en los brazos, dejando las piernas al aire, bastante más arriba de donde les llegaban las altas y flexibles botas. No podían empezar a correr otra vez. No en aquellas montañas.

Las Sabias trotaron con igual facilidad que en terreno llano. Una Doncella, a la que no vio por estar a su espalda, le dio con una vara en la parte posterior de los muslos y la Aes Sedai inició algo parecido a un trote, tambaleándose, medio arrastrada por la corpulenta Doncella. Cada vez que le flojeaban las piernas, la vara le

atizaba en los muslos. Si el ritmo de marcha se prolongaba el resto del día, harían turnos, una Doncella manejando la vara y otra tirando de ella. Galina corrió, subiendo trabajosamente las cuestas y resbalando en las bajadas. Un felino de montaña, semejante a un puma pero con franjas pardas en el pelo leonado y más pesado que un hombre, les rugió desde una rocosa cornisa; era una hembra, ya que no tenía los mechones de las orejas y los carrillos. Galina deseó gritarle que huyera, que escapara antes de que Therava la atrapara. Los Aiel pasaron corriendo ante el encrespado animal sin prestarle atención, y Galina lloró de envidia por la libertad del felino.

Al final acabarían rescatándola, por supuesto; lo sabía. La Torre no permitiría que una hermana estuviera en cautividad. Elaida no dejaría que tuvieran prisionera a una Roja. Sin duda, Alviarin enviaría a alguien en su rescate. Cualquiera, con tal de que la salvaran de esos monstruos, en especial de Therava. Prometería cualquier cosa por esa liberación; incluso cumpliría esas promesas. Galina había sido eximida de los Tres Juramentos al unirse al Ajah Negro, reemplazándolos por un nuevo trino, pero en ese momento realmente creía que mantendría su palabra si eso era el precio de su rescate. Cualquier promesa, a cualquiera que la salvara. Incluso a un hombre.

Para cuando las tiendas bajas aparecieron a la vista, confundiéndose en las laderas arboladas con tanta eficacia como el felino había hecho merced a sus oscuros colores, eran dos Doncellas las que sostenían a Galina y tiraban de ella. Los gritos se alzaron por doquier, gritos jubilosos de bienvenida, pero Galina fue arrastrada en pos de las Sabias, más hacia dentro del campamento, todavía corriendo y tropezando.

Sin previo aviso, las manos la soltaron y ella cayó de bruces al suelo y se quedó tendida allí, con la nariz metida en el polvo y las hojas secas, respirando por la boca. Tosió al entrarle un trozo de hoja, pero se sentía demasiado débil para girar la cabeza. La sangre le martilleaba en los oídos, pero las voces llegaron a su mente y poco a poco las palabras empezaron a cobrar sentido.

—… habéis tardado, Therava —decía una voz familiar de mujer—. Nueve días. Nosotros regresamos hace mucho.

¿Nueve días? Galina sacudió la cabeza, de manera que se arañó la cara con el suelo. Desde que los Aiel habían matado a su caballo, su mente había reducido los días a una mezcolanza de sed, carreras y palizas, pero sin duda tenía que haber pasado más tiempo. Semanas, a buen seguro. Un mes o más.

—Traedla —dijo la conocida voz con impaciencia.

Unas manos la levantaron sin miramientos y la empujaron hacia adelante, obligándola a inclinarse para pasar bajo el borde de una tienda que tenía los laterales levantados todo en derredor. La arrojaron sobre unas alfombras superpuestas, el borde de un complejo dibujo teariano, en rojo y azul, montado sobre el de unas flores de colores chillones que había debajo de su nariz. No sin dificultad, levantó la cabeza.

Al principio sólo vio a Sevanna, sentada en un gran cojín amarillo adornado con

borlas, ante ella. Sevanna, con su cabello semejante a oro hilado y sus claros ojos esmeralda. La traidora Sevanna, que le había prometido desviar la atención de ellas atacando Cairhien, y que después había faltado a su palabra al intentar liberar a al'Thor. Sevanna, quien, al menos, podría arrancarla de las garras de Therava.

Se esforzó para ponerse de rodillas y, por primera vez, advirtió que había más gente en la tienda. Therava estaba sentada en un cojín, a la derecha de Sevanna y a la cabeza de un semicírculo de Sabias, catorce mujeres capaces de encauzar, aunque Micara, que seguía manteniéndola escudada, se encontraba al final de la hilera de pie, en lugar de sentada. La mitad de ellas había formado parte del grupo de Sabias que la habían capturado con tan insultante facilidad. Jamás volvería a ser tan descuidada con las Sabias; nunca jamás. Hombres y mujeres de estatura baja y vestidos con ropas blancas se movían detrás de las Sabias, ofreciendo en silencio bandejas de oro o plata con pequeñas copas; otros hacían lo mismo en el lado opuesto de la tienda, donde una mujer canosa, con el atuendo Aiel de chaqueta y pantalones pardos, estaba sentada a la izquierda de Sevanna y a la cabeza de otro semicírculo, éste formado por doce varones Aiel de rostros pétreos. Hombres. Y ella no llevaba encima nada excepto la ropa interior, llena de jirones y con grandes agujeros en algunos sitios. Galina apretó los dientes a fin de ahogar un grito y se obligó a erguir la espalda para no seguir el impulso de escabullirse entre las alfombras y esconderse de las miradas de aquellos ojos masculinos.

—Por lo visto las Aes Sedai pueden mentir —dijo Sevanna, y Galina palideció. Esa mujer no podía saberlo; imposible—. Hiciste promesas, Galina Casban, y las rompiste. ¿Creías que podíais matar a una Sabia y luego escapar impunemente de nuestras lanzas?

Por un instante, el alivio paralizó la lengua de Galina. Sevanna no sabía nada del Ajah Negro. Si no hubiese abandonado la Luz tanto tiempo atrás, le habría dado las gracias. Además del alivio, también una chispa de indignación la dejó momentáneamente muda. ¿Atacaban a las Aes Sedai y se enfadaban porque algunas de ellas murieran? Su rabia no pasó de aquella minúscula chispa. Después de todo, ¿qué importancia tenía la versión tergiversada de los hechos que hacía Sevanna al lado de días de palizas y los ojos de Therava? Lo absurdo de la situación provocó que una risa quebrada, ronca, subiera por su garganta. Y qué seca la tenía.

—Dad gracias de que sigáis vivas algunas de vosotras —respondió como pudo entre risas—. Todavía estáis a tiempo de rectificar vuestros errores, Sevanna. —Con gran esfuerzo contuvo las carcajadas antes de que éstas se tornaran en sollozos. Justo a tiempo—. Cuando regrese a la Torre Blanca, no me olvidaré de las que me hayan ayudado, incluso ahora.

Habría añadido: «y tampoco de las que hagan lo contrario», pero la mirada impasible de Therava hizo que el miedo le atenazara el estómago. Por lo que sabía,

Therava aún podía tener carta blanca para hacer lo que quisiera con ella. Debía de haber un modo de inducir a Sevanna a que… la tomara a su cargo. Llegar a tales extremos resultaba mortificante, pero cualquier cosa era mejor que Therava. Sevanna era ambiciosa y codiciosa. Aunque su mirada ceñuda estaba prendida en Galina, sus ojos pasaron de refilón sobre una de sus manos y dirigió una sonrisa breve y complacida a los anillos de esmeraldas y gotas de fuego que adornaban sus dedos. Casi la mitad de ellos lucían anillos, y collares de perlas, rubíes y diamantes dignos de cualquier reina reposaban sobre sus generosos senos. No se podía confiar en Sevanna, pero tal vez sí se la podía comprar. Por el contrario, Therava era como una fuerza de la naturaleza; sería como intentar sobornar a una riada o a una avalancha.

—Confío en que hagas lo correcto, Sevanna —terminó—. Las recompensas por la amistad con la Torre Blanca son grandes.

Durante unos instantes muy largos reinó un profundo silencio, roto sólo por el frufrú de las túnicas blancas de los criados al moverse de aquí para allí.

—Eres *da'tsang* —dijo Sevanna.

Galina parpadeó. ¿Que era un ser *abyecto*? Desde luego, habían demostrado de manera fehaciente su desdén, pero ¿a qué venía…?

—Eres *da'tsang* —entonó una Sabia carirredonda a la que no conocía.

—Eres *da'tsang* —repitió una mujer un palmo más alta que Therava.

El rostro de halcón de Therava era tan impasible que habría pasado por una talla de madera, pero sus ojos, fijos en Galina, centellearon con un brillo acusador. La Aes Sedai se quedó clavada en el sitio, incapaz de mover un músculo, cual un pájaro hipnotizado que ve cómo la serpiente se desliza hacia él. Nadie la había hecho sentirse así nunca. Nadie. Abyecto ruin.

—Tres Sabias han hablado. —La sonrisa satisfecha de Sevanna fue casi bienvenida.

El gesto de Therava no podía ser más severo. A la mujer no le gustaba lo que quiera que hubiese pasado. Porque había pasado algo, aunque Galina no sabía qué. Excepto que, al parecer, la habían librado de Therava, y para ella eso era más que suficiente por el momento.

Cuando las Doncellas le cortaron las ataduras y le metieron una túnica de paño negro, se sintió tan agradecida que casi no le importó que antes la despojaran de los andrajos restantes de su ropa interior delante de aquellos hombres de ojos gélidos. La tosca lana daba calor y picaba, además de hacer que le escocieran los verdugones, pero ella la recibió como si fuera seda. A pesar de que Micara seguía teniéndola escudada, sintió ganas de reír cuando las Doncellas la condujeron fuera de la tienda. No pasó mucho antes de que ese deseo se desvaneciera por completo. No tardó mucho en empezar a preguntarse si ponerse de rodillas ante Sevanna serviría de algo. Lo habría hecho, de haber podido llegar hasta la mujer, sólo que Micara le dejó muy

claro que no iba a ninguna parte a no ser que se lo mandaran ni hablaría con nadie a menos que se lo ordenaran.

Cruzada de brazos, Sevanna observó cómo la Aes Sedai, la *da'tsang*, bajaba por la ladera, tambaleándose, y se paraba junto a una Doncella puesta en cuclillas que empuñaba una vara, para soltar la piedra con forma de cráneo que había transportado en sus manos. La negra capucha se volvió hacia ella un instante, pero la *da'tsang* se agachó prestamente para recoger otra piedra grande y volver a subir trabajosamente los cincuenta pasos hasta donde esperaba Micara con otra Doncella. Allí se detuvo, soltó la piedra, cogió otra, y empezó a bajar de nuevo. A los *da'tsang* se los humillaba siempre con trabajos inútiles; a menos que hubiese una necesidad imperiosa, a la mujer no se le permitiría siquiera llevar una copa de agua, pero el trabajo infructuoso y sin descanso llenaría sus horas hasta que reventara de vergüenza. Al sol le faltaba aún un buen trecho para alcanzar el cenit, y había muchos días por delante.

—No creía que se condenara a sí misma con sus propias palabras —comentó Rhiale junto al hombro de Sevanna—. Efalin y las otras están convencidas de que ha admitido abiertamente haber matado a Desaine.

—Ella me pertenece, Sevanna. —Las mandíbulas de Therava se tensaron. Podría haber tomado a la mujer, pero los *da'tsang* no pertenecían a nadie—. Me proponía ponerle las ropas blancas de *gai'shain* —rezongó—. ¿Cuál es el propósito de todo esto, Sevanna? Esperaba tener que oponerme a que le cortaran el cuello, pero no esto.

Rhiale ladeó la cabeza y miró de soslayo a Sevanna.

—Sevanna se propone quebrantarla. Hemos sostenido largas charlas sobre lo que haríamos si capturábamos a una Aes Sedai. Sevanna quería una Aes Sedai domada, con las ropas blancas y sirviéndola, pero una Aes Sedai de negro servirá igual.

Sevanna se ajustó el chal, irritada por el tono de la otra mujer. No era exactamente burlón, pero sí insinuaba que quería utilizar el talento de encauzar de una Aes Sedai como si fuese el suyo propio. Era posible. Dos *gai'shain* pasaron ante las tres Sabias cargados con un gran arcón reforzado con láminas de latón. Bajos y de tez pálida, esposo y esposa, habían sido lord y lady en las tierras de los Asesinos del Árbol. La pareja inclinó la cabeza con más sumisión que cualquier Aiel de blanco habría conseguido manifestar jamás; sus oscuros ojos traslucían tensión por miedo a una palabra dura, cuanto más a un varazo. A los habitantes de las tierras húmedas se los podía domar como a caballos.

—La mujer ya está domada —rezongó Therava—. La he mirado a los ojos. Es un pájaro aleteando en la mano y temeroso de alzar el vuelo.

—¿En nueve días? —inquirió Rhiale con incredulidad, mientras Sevanna sacudía la cabeza enérgicamente.

—Es Aes Sedai, Therava. Viste palidecer de ira su rostro cuando la acusé. La oíste reír cuando hablaba de matar Sabias. —Emitió un sonido furioso, vejado—. Y la

oíste amenazarnos. —La mujer se había mostrado tan escurridiza como los Asesinos del Árbol, hablando de recompensas y dejando que las amenazas gritaran en silencio si no había recompensas. Mas ¿qué otra cosa podía esperarse de una Aes Sedai?—. Llevará mucho tiempo quebrantarla, pero esa Aes Sedai acabará suplicando obedecer aunque para ello haga falta un año. —Y cuando lo hiciera… Las Aes Sedai no podían mentir, por supuesto; había esperado que Galina negara su acusación. Una vez jurase obedecer…

—Si queréis conseguir que una Aes Sedai os obedezca, esto podría ayudaros —dijo una voz masculina detrás de ellas.

Sevanna giró sobre sí misma, con incredulidad, y se encontró con Caddar plantado allí, y a su lado la mujer —la Aes Sedai— Maisia, ambos vestidos con sedas oscuras y finos encajes, igual que seis días antes; llevaban un voluminoso saco cargado al hombro por una correa. Caddar le tendía una pulida vara blanca, de unos tres palmos y medio de largo.

—¿Cómo has llegado aquí? —demandó y a continuación apretó los labios con rabia. Obviamente había venido del mismo modo que las veces anteriores; sólo se había sorprendido al verlo aparecer en mitad del campamento. Cogió bruscamente la vara blanca que le tendía y, como siempre, él retrocedió un paso, fuera del alcance de su mano—. ¿Por qué has venido? —rectificó—. ¿Qué es esto?

Algo más fina que su muñeca, la vara era completamente lisa aparte de unos pocos símbolos extraños, de trazado fluido, que había grabados en una de las caras del extremo plano. Era muy fría al tacto, pero no parecía exactamente de marfil y tampoco de cristal.

—Podría llamarse una Vara Juratoria —repuso Caddar enseñando los dientes en lo que se suponía una sonrisa—. Llegó a mis manos ayer mismo, y de inmediato pensé en ti.

Sevanna apretó los dedos en torno al objeto para evitar el impulso de arrojarlo lejos de sí. Todo el mundo sabía lo que hacía la Vara Juratoria de las Aes Sedai. Procurando no pensar, cuanto menos hablar, metió la vara debajo de su cinturón y apartó las manos de ella.

Rhiale miró con el entrecejo fruncido el objeto sujeto a la cintura de Sevanna, y sus ojos se alzaron lenta, fríamente, al rostro de la mujer. Therava se ajustó el chal en medio del tintineo de brazaletes y esbozó una dura sonrisa. Nunca habría la posibilidad de que ninguna de ellas tocase ese objeto, y quizá tampoco lo hiciese ninguna otra Sabia, pero estaba Galina Casban, y la Aes Sedai acabaría doblegándose antes o después.

Maisia, de pie un poco más atrás que Caddar, esbozó una sonrisa casi tan leve como la de Therava. Lo había visto y lo había entendido. Era observadora, considerando su condición de habitante de las tierras húmedas.

—Venid —dijo Sevanna a Caddar—. Tomaremos té en mi tienda. —Ni que decir tiene que no compartiría con él el agua. Se recogió el repulgo de la falda y empezó a subir la cuesta.

Para su sorpresa, resultó que Caddar también era muy observador.

—Lo único que necesitas es tener tu Aes Sedai. —Sus largas piernas mantuvieron fácilmente el paso de la mujer; sonrió inopinadamente, enseñando los dientes, a Rhiale y a Therava—. O cualquier mujer que pueda encauzar. Que sostenga la vara y pronuncie las promesas que tú quieras mientras alguien encauza un poco de Energía en el número. En las marcas que hay al extremo de la vara —aclaró a la vez que enarcaba las cejas en un gesto insultante—. También puedes utilizarla para liberarla, aunque resulta más doloroso. O eso tengo entendido.

Los dedos de Sevanna rozaron levemente la vara para percibir su tacto. Más de cristal que de marfil, y muy frío.

—¿Sólo funciona con mujeres? —Se agachó y entró en la tienda precediéndolo. Las Sabias y los jefes de las asociaciones guerreras se habían marchado, pero los doce *gai'shain* Asesinos del Árbol seguían allí, arrodillados y esperando pacientemente. Hasta ahora nadie había tenido doce *gai'shain*, y ella poseía aún más. Sin embargo, habría que buscar un nombre nuevo para designarlos, ya que nunca se quitarían los ropajes blancos.

—Sólo con mujeres capaces de encauzar, Sevanna —contestó Caddar mientras la seguía al interior. El tono del hombre era increíblemente insolente, y en sus oscuros ojos había un brillo divertido—. Tendrás que esperar a tener a al'Thor antes de que yo te dé lo que lo controlará.

Tras quitarse el saco del hombro se sentó. No en un cojín próximo al de ella, naturalmente. Maisia, por el contrario, parecía no temer que un cuchillo se hundiera en sus costillas, ya que se acomodó, recostada sobre un codo, casi al lado de Sevanna. Ésta la miró de soslayo y a continuación, como al desgaire, se desató otra lazada de la blusa. No recordaba que el busto de esa mujer fuera tan turgente; de hecho, también su cara parecía aún más hermosa. Sevanna intentó no rechinar los dientes.

—Por supuesto —prosiguió Caddar—, si te referías a algún otro hombre… Existe algo llamado silla vincular. Supeditar a una persona que no encauza es más difícil que hacerlo con quienes sí pueden. Quizás una silla vincular sobrevivió al Desmembramiento, pero tendrás que esperar mientras la encuentro.

Sevanna volvió a pasar los dedos por la vara y después ordenó a uno de los *gai'shain* que sirviera el té. Podía esperar. Caddar era un necio. Antes o después acabaría dándole todo lo que quería. Y ahora la vara podía liberar a Maisia de él. Seguramente entonces la mujer no podría protegerlo. Lo haría sudar tinta por sus insultos. Sevanna cogió una pequeña taza de porcelana de la bandeja que el *gai'shain* le ofrecía y se la tendió a la Aes Sedai.

—Está aromatizado con menta, Maisia. Lo encontrarás refrescante.

La mujer sonrió, pero aquellos ojos negros… Bueno, lo que podía hacerse a una Aes Sedai podía hacerse a dos. O a más.

—¿Qué pasa con las cajas de traslación? —demandó secamente.

Caddar despidió con un gesto al *gai'shain* y luego dio unas palmaditas en el saco que tenía a su lado.

—Traigo todas las *nar'bahas*, que es como se llaman, que pude encontrar. Suficientes para haberos transportado a todos cuando caiga la noche, si os dais prisa. Y yo en tu lugar me la daría. Por lo visto, al'Thor tiene intención de acabar con vosotros. Dos clanes viajan hacia aquí desde el sur, y otros dos se han desplazado para caer sobre vosotros desde el norte. Con sus Sabias, todas ellas dispuestas a encauzar. Sus órdenes son quedarse hasta que os hayan capturado o matado a todos.

—Ciertamente es una razón para ponerse en marcha, habitante de las tierras húmedas, pero no para salir corriendo —intervino Therava en actitud despectiva—. Ni siquiera cuatro clanes pueden alcanzar la Daga del Verdugo en un solo día.

—¡Ah! ¿No os lo he dicho? —La sonrisa de Caddar no era en absoluto agradable —. Por lo visto, al'Thor también ha vinculado a él a algunas Aes Sedai, y éstas les han enseñado a las Sabias cómo Viajar sin una *nar'baha*, al menos en distancias cortas. Treinta o cuarenta kilómetros. Un descubrimiento reciente, parecer ser. Podrían encontrarse aquí… bueno, hoy mismo. Los cuatro clanes.

A lo mejor mentía, pero el riesgo… Sevanna imaginaba demasiado bien lo que sería caer en manos de Sorilea. Sin un escalofrío, envió a Rhiale a informar a las demás Sabias; su voz no dejó entrever su estado de ánimo.

Caddar sacó del saco un cubo gris de piedra, más pequeño que la caja comunicadora que Sevanna había utilizado para llamarlo, y también mucho más sencillo y sin marcas, salvo un disco de color rojo intenso en una de sus caras.

—Esto es una *nar'baha* —dijo—. Funciona con *Saidin*, de modo que ninguna de vosotras verá nada, y tiene sus limitaciones. Si una mujer la toca, después no funcionará durante varios días, de manera que tendré que entregarlas yo personalmente. Y también tiene otros condicionantes. Una vez abierto, el acceso permanecerá así durante un plazo fijo, suficiente para que unos pocos miles lo crucen si no pierden tiempo, y después la *nar'baha* necesita tres días para recuperar su función. Tengo bastantes de más para que nos lleven donde necesitamos ir hoy, pero…

Therava lo escuchaba con gran interés, tan inclinada hacia adelante que parecía a punto de caer de bruces, pero Sevanna apenas le prestó atención. No desconfiaba de Caddar; el hombre no se atrevería a traicionarlos mientras ansiara el oro que los Shaido le darían, pero había pequeños detalles. Por ejemplo, Maisia parecía estudiarlo por encima de su taza de té. ¿Por qué? Y si era necesario darse tanta prisa,

¿por qué no había urgencia en su voz? No los traicionaría, pero, aun así, tomaría precauciones.

Maeric contempló ceñudo el cubo de piedra que el habitante de las tierras húmedas le había dado y luego sus ojos fueron hacia el… agujero… que había aparecido cuando apretó el punto rojo, un agujero en el aire, de cinco pasos de ancho por tres de altura. Al otro lado se veía un terreno ondulado de colinas nada bajas, cubiertas con hierba reseca. No le gustaba que las cosas se hiciesen con el Poder, sobre todo con la parte masculina de él. Sevanna cruzó otro agujero, más pequeño, junto al hombre de las tierras húmedas y una mujer de tez oscura, seguidos por las Sabias que Sevanna y Rhiale habían elegido. Sólo un puñado de Sabias se quedaría con los Shaido Moshaine. A través de aquel segundo agujero veía a Sevanna hablando con Bendhuin. También el septiar Sales Verdes se encontraría con muy pocas Sabias; a Maeric no le cabía la menor duda.

—Esposo —murmuró Dyrele mientras posaba la mano en su brazo—, Sevanna dijo que sólo permanecería abierto un corto lapso de tiempo.

Maeric asintió. Dyrele siempre iba directa al grano. Se subió el velo, echó a correr y saltó a través del agujero que había abierto. Dijeran lo que dijeran Sevanna y el hombre de las tierras húmedas, no enviaría a sus Moshaine a través de la abertura antes de comprobar si era seguro.

Cayó pesadamente sobre una vertiente cubierta de hojas muertas y faltó poco para que rodara colina abajo antes de recobrar el equilibrio. Durante un instante contempló ferozmente el agujero. A este lado quedaba suspendido en el aire a casi dos palmos del suelo.

—¡Esposa! —gritó—. ¡Hay un desnivel!

Ojos Negros saltaron a través del agujero, velados y prestas las lanzas, así como también Doncellas. Intentar impedir que las Doncellas se encontraran entre los primeros tendría el mismo resultado que intentar beber arena. Los restantes Moshaine pasaron rápidamente a continuación, *algai'd'siswai*, esposas e hijos, saltando por el aire, artesanos y comerciantes y *gai'shain*, la mayoría tirando de caballos y mulas muy cargados, en total casi seis mil personas. Su septiar, su gente. Lo seguiría siendo una vez que entrara en Rhuidean; Sevanna no podía retrasar mucho más que se convirtiera en jefe de clan.

Los exploradores se dispersaron rápidamente, mientras el septiar seguía pasando a través de la abertura. Maeric se bajó el velo e impartió órdenes en voz alta que desplazaron una línea defensiva de *algai'd'siswai* hacia las crestas de las colinas circundantes mientras todos los demás permanecían escondidos al pie de las laderas. A saber qué o a quiénes encontrarían al otro lado de esas colinas. Tierras ricas, según el hombre de las tierras húmedas, pero a él no le parecía rica la zona en que se

encontraban.

A la gente de su septiar le siguió un río de *algai'd'siswai* en los que no confiaba realmente, hombres que habían abandonado sus propios clanes porque no creían que Rand al'Thor fuera el *Car'a'carn*. Maeric no estaba seguro de lo que creía él mismo, pero un hombre no dejaba su septiar y su clan. Esos hombres se llamaban a sí mismo Mera'din, los Sin Hermanos, un nombre muy adecuado, y tenía doscient…

El agujero se cerró bruscamente formando una línea vertical y plateada que partió a diez de los Sin Hermanos que lo cruzaban en ese momento. Trozos de los cuerpos, brazos, piernas, cayeron rodando por la cuesta. La mitad delantera de un hombre se deslizó casi a los pies de Maeric.

Con la vista prendida en el lugar donde había estado el agujero, el Aiel apretó el punto rojo con el pulgar. Era inútil, lo sabía, pero… Darin, su hijo mayor, era uno de los Soldados de Piedra que formaban la retaguardia de la marcha. Habrían sido los últimos en pasar, y Suraile, su hija mayor, se había quedado junto al Soldado de Piedra por quien estaba pensando renunciar a la lanza.

Sus ojos se encontraron con los de Dyrele, tan verdes y bellos como el día en que le puso la guirnalda a los pies, y lo amenazó con degollarlo si no la recogía.

—Podemos esperar —musitó él. El hombre de las tierras húmedas había dicho tres días, pero tal vez se equivocaba. Su pulgar apretó de nuevo el punto rojo. Dyrele asintió tranquilamente; Maeric esperaba que no hubiera necesidad de llorar uno en brazos del otro una vez que pudieran quedarse solos.

Una Doncella se acercó deslizándose cuesta abajo mientras se bajaba el velo; de hecho, respiraba de manera entrecortada.

—Maeric —informó Naeise, sin esperar siquiera a que él la viera—, hay lanzas hacia el este, sólo a unos pocos kilómetros de distancia, y vienen corriendo directamente hacia nosotros. Creo que son Reyn, unos siete u ocho mil como poco.

Vio que otros *algai'd'siswai* corrían hacia él. Un joven Hermano del Águila, Cairdin, frenó tan repentinamente que patinó en el suelo y habló tan pronto como Maeric reparó en él.

—Te veo, Maeric. Hay lanzas a unos ocho kilómetros al norte, así como habitantes de las tierras húmedas a caballo. Puede que unos diez mil de cada grupo. No creo que ninguno de nosotros despuntara la cresta, pero algunas lanzas han girado hacia aquí.

Maeric sabía lo que iba a oír antes de que un veterano Buscador de Agua, de nombre Laerad, abriese la boca.

—Vienen lanzas sobre la colina, unos cinco o seis kilómetros al sur. Ocho mil o más, y algunos de ellos vieron a uno de los chicos.

Laerad no malgastaba saliva y nunca diría quién era ese chico, que, a decir verdad, podía tratarse de cualquiera que no peinara canas desde el punto de vista de

Laerad. No había tiempo que perder, y Maeric lo sabía.

—¡Hamal! —gritó. Tampoco podía perderse tiempo dando el trato debido al herrero.

El hombretón supo que algo iba mal y subió corriendo la ladera, moviéndose más deprisa de lo que había hecho desde que cogió el martillo por primera vez. Maeric le tendió el cubo de piedra.

—Tienes que apretar el punto rojo y seguir presionando, ocurra lo que ocurra y tarde lo que tarde en abrirse ese agujero. Es la única vía de escape que tiene cualquiera de vosotros.

Hamal asintió, pero Maeric ni siquiera esperó a que el otro hombre dijera que así lo haría. El herrero lo entendería. Maeric rozó la mejilla de Dyrele sin importarle cuántos ojos estaban pendientes de ellos.

—Sombra de mi corazón, debes prepararte para vestirte de blanco —dijo.

La mano de ella se movió hacia la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinturón —era Doncella cuando tejió la guirnalda para él—, pero Maeric sacudió la cabeza firmemente.

—Tienes que vivir, esposa, señora del techo, para mantener unido lo que quede —dijo.

Ella asintió y apretó los dedos contra la mejilla de su esposo. Su gesto lo sorprendió; siempre había sido muy reservada en público. Maeric se veló y levantó una lanza bien alto.

—¡Moshaine! ¡A la danza! —bramó.

Lo siguieron cuesta arriba, hombres y Doncellas, casi un millar en total, incluidos los Sin Hermanos. Quizá podría contárseles entre el septiar. Colina arriba y hacia el este; en aquella dirección se encontraba la fuerza más cercana y más reducida. A lo mejor conseguían ganar el tiempo suficiente, aunque en realidad no lo creía. Se preguntó si Sevanna sabría que iba a pasar esto. Ah, el mundo se había vuelto muy extraño desde que apareció Rand al'Thor. Algunas cosas, sin embargo, no podían cambiar. Riendo, empezó a cantar.

Prestas las lanzas, mientras el sol suba a su cenit.
Prestas las lanzas, mientras el sol baje a su ocaso.
Prestas las lanzas; ¿quién teme la muerte?
Prestas las lanzas; ¡nadie que yo conozca!

Cantando, los Shaido Moshaine corrieron a la danza de su muerte.

Graendal observó con ceño cómo se cerraba el acceso detrás del último Shaido Jumai. Los Jumai y muchísimas Sabias. A diferencia de lo ocurrido con los otros, Sammael no se había limitado a anudar el tejido de manera que acabara

deshaciéndose. Al menos, supuso, lo había sostenido hasta el final; en caso contrario, el cierre del acceso, justo tras los talones de los últimos hombres vestidos con ropas pardas, había sido demasiado casual. Riendo, Sammael arrojó a un lado el saco, en el que todavía quedaban unas cuantas de aquellas piedras inútiles. El saco de ella, vacío, lo había tirado hacía bastante rato. El sol se metía tras las montañas del oeste, siendo visible sólo la mitad de la brillante esfera enrojecida.

—Uno de estos días, te vas a pasar de listo, demasiado para tu propio bien —manifestó secamente—. ¿Una *nar'baha,* Sammael? ¿Una caja *engañabobos*? Supón que uno de ellos lo hubiese entendido.

—Pero nadie lo hizo —se limitó a contestar él, aunque siguió frotándose las manos y mirando fijamente el punto donde había estado el acceso. O tal vez algo más allá. Todavía mantenía sobre sí la Máscara de Espejos por la que ofrecía la ilusión de ser más alto. Ella había deshecho la suya tan pronto como el acceso se cerró.

—Bueno, ciertamente te las arreglaste para meterles el miedo en el cuerpo. —Alrededor quedaban las pruebas de ello: unas pocas tiendas bajas todavía levantadas, mantas, un caldero, una muñeca de trapo, y todo tipo de basura esparcida allí donde había caído—. ¿Dónde los mandaste? A un punto delante del ejército de al'Thor, supongo.

—A algunos —repuso con gesto ausente—. A suficientes. —Su absorta introspección desapareció repentinamente, así como su disfraz. La cicatriz que le cruzaba la cara parecía resaltar más lívida de lo que era habitual—. Suficientes para causar problemas, en particular con sus Sabias que encauzan, pero no tantos como para que alguien sospeche de mí. Los demás se encuentran dispersos desde Illian hasta Ghealdan. ¿En cuanto al cómo o al por qué? A lo mejor fue al'Thor quien lo hizo, por sus propias razones, pero yo, desde luego, no habría desperdiciado a la mayoría de ellos si fuera obra mía, ¿no te parece? —Volvió a reír, encantado con su brillante jugada.

Graendal se ajustó el corpiño para disimular un escalofrío; le sobraba tanto a la altura del busto que tenía la impresión de que se le iba a descolgar por el escote en cualquier momento. Competir en ese tipo de cosas era una soberana estupidez, y se lo había repetido a sí misma en incontables ocasiones, pero siempre volvía a caer en lo mismo. Se había comportado como una idiota, cierto, pero su temblor no tenía nada que ver con eso. Sammael ignoraba que Sevanna se había llevado consigo a todas las Shaido que podían encauzar. ¿Habría llegado finalmente el momento de abandonarlo? Si se acogía a la clemencia de Demandred…

—Estás unida a mí con más firmeza que mi cinturón, Graendal —comentó él como si le hubiese leído el pensamiento. Se abrió un acceso que dejó a la vista sus aposentos privados en Illian—. La verdad ya no importa, si es que ha importado alguna vez. O subes conmigo o caes conmigo. El Gran Señor recompensa el éxito, y

nunca le ha preocupado cómo se ha conseguido.

—Como bien dices, o subo o caigo contigo —contestó. Demandred no conocía la clemencia. Y Semirhage… Aun así, tendría que discurrir algo. El Gran Señor recompensaba el éxito, sí, pero ella no se dejaría arrastrar si Sammael caía. Abrió un acceso a su palacio en Arad Doman, a la estancia alargada con columnas, donde podía ver a sus juguetes retozando en el estanque—. Pero ¿y si al'Thor en persona va a por ti?

—Al'Thor no irá a por nadie —rió Sammael—. Lo único que tengo que hacer es esperar. —Todavía riendo, cruzó el acceso y lo cerró tras él.

El Myrddraal se hizo visible al salir de las sombras más densas. A sus ojos, los accesos habían dejado un residuo: tres manchas de neblina brillante. No distinguía un flujo de otro, pero sí diferenciaba el *Saidin* y el *Saidar* por el olor. El del *Saidin* era como el filo de un cuchillo, mientras que el del *Saidar* era suave, pero como algo que se endurece cuanto más se lo presiona. Ningún otro Myrddraal podía oler esa diferencia, pero Shaidar Haran no era un Myrddraal cualquiera.

Recogió una lanza tirada y la utilizó para abrir la boca del saco que Sammael había arrojado al suelo, y luego para remover los pedazos de madera que salieron de dentro. Estaban ocurriendo muchas cosas fuera del plan. ¿Esos acontecimientos agitarían el caos o…?

Negras y feroces llamas se propagaron a lo largo del asta de la lanza, saliendo de la mano de Shaidar Haran, de los dedos de la Mano de la Sombra. Al instante, el astil de madera quedó retorcido y carbonizado, y la punta de la lanza cayó al suelo. El Myrddraal soltó el palo ennegrecido y se sacudió el hollín de la palma. Si Sammael contribuía al caos, entonces todo estaba bien. Si no…

Un repentino dolor le subió por la nuca, y sus miembros acusaron cierta debilidad. Demasiado tiempo lejos de Shayol Ghul. Tendría que romper ese vínculo de algún modo. Con un gruñido, buscó en derredor el borde de sombras que precisaba. El día se aproximaba. Pronto llegaría.

41



Una corona de espadas

Rand dormía, agitándose sin cesar, sumido en sueños absurdos en los que discutía con Perrin y suplicaba a Mat que encontrara a Elayne, donde los colores surgían fugaces, justo fuera del alcance de la vista, y Padan Fain saltaba sobre él con una daga centelleante, y en los que a veces creía oír una voz lamentándose por una mujer muerta en medio de la niebla; sueños donde intentaba explicarse ante Elayne, Aviendha, Min, a las tres a la vez, e incluso Min lo miraba con desprecio.

—¡… no se lo puede molestar!

La voz de Cadsuane. ¿Sería parte de sus sueños?

Esa voz lo asustaba; en su sueño llamaba a voces a Lews Therin, y el sonido levantaba ecos en la espesa niebla, donde figuras imprecisas se movían y personas y caballos morían chillando, una niebla a la que Cadsuane lo seguía implacablemente mientras él corría, jadeante. Alanna intentaba calmarlo, pero también ella tenía miedo de Cadsuane; podía sentir su temor con tanta intensidad como el suyo propio. Le dolía la cabeza. Y el costado; la vieja herida le ardía. Sintió el *Saidin*. Alguien asía el *Saidin*. ¿Era él? Lo ignoraba. Se esforzó por despertar.

—¡Lo matarás! —gritó Min—. ¡No te dejaré que lo mates!

Rand abrió los ojos y se encontró con el rostro de la joven. No lo miraba a él, ya que le rodeaba la cabeza con sus brazos y dirigía una mirada fulminante a alguien situado más allá de la cama. Sus ojos estaban enrojecidos; había llorado, pero ya no. Sí, estaba en su propia cama, en sus aposentos del Palacio del Sol. Podía ver un poste cuadrado de madera negral, con incrustaciones de marfil. Sin chaqueta y con una blusa de seda de color crema, Min yacía enroscada a él, en actitud protectora, encima de la sábana de hilo que lo cubría hasta el cuello. Alanna estaba asustada; esa sensación se agazapaba en un lugar recóndito de su mente. Asustada por él. Por alguna razón, aquello lo sabía con absoluta certeza.

—Creo que ha vuelto en sí, Min —musitó Amys.

Min bajó la mirada hacia él y su rostro, enmarcado en oscuros tirabuzones, se iluminó con una sonrisa repentina.

Con mucho cuidado, ya que se sentía débil, Rand apartó los brazos de la joven y

se sentó. La cabeza le dio vueltas, pero se obligó a no tumbarse de nuevo. Su cama estaba rodeada.

A un lado se encontraba Amys, flanqueada por Bera y Kiruna. Los rasgos juveniles en exceso de la Sabia no traslucieron emoción alguna, pero la mujer se echó el blanco cabello hacia atrás y se ajustó el chal como si se arreglara después de sostener una pelea. Hacia el exterior, las dos Aes Sedai se mostraban serenas, aunque con una serenidad firme, una recordando una reina dispuesta a luchar por su trono, y la otra una campesina dispuesta a luchar por su granja. Cosa extraña, si Rand había visto alguna vez a tres personas hombro con hombro —y no sólo físicamente— eran esas tres mujeres, presentando un frente común.

Al otro lado del lecho, Samitsu, con las campanillas plateadas en el cabello, y la esbelta hermana de espesas y oscuras cejas y el negro pelo con aspecto algo desaliñado se encontraban de pie junto a Cadsuane, puesta en jarras. Samitsu y la Aes Sedai de pelo negro llevaban chales con flecos amarillos, y su gesto era tan firme como el de Bera y Kiruna, pero la expresión severa de Cadsuane hacía que las cuatro parecieran vacilantes en comparación. Las severas miradas de los dos grupos de mujeres no iban dirigidas contra ellas, sino a un tercer grupo, éste de hombres.

Al pie de la cama se encontraba Dashiva, con la espada plateada y el dragón rojo y dorado brillando en el cuello de la chaqueta, junto a Flinn y Narishma, los tres semblantes severos intentando vigilar a la vez a las mujeres situadas a ambos lados de la cama. Jonan Adley estaba de pie cerca de ellos; su chaqueta negra parecía chamuscada en una manga. El *Saidin* henchía a los cuatro hombres, aparentemente a rebosar. Dashiva casi tanto como Rand habría podido absorber. Rand miró a Adley, quien asintió ligeramente.

De pronto se dio cuenta de que no llevaba puesto nada bajo la sábana que lo cubría hasta la cintura, y tampoco en el torso excepto un vendaje.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Cómo es que sigo vivo? —Se tocó el vendaje con precaución—. La daga de Fain procede de Shadar Logoth. Una vez vi cómo mataba a un hombre en cuestión de segundos sólo con un arañazo de su hoja. Tuvo una muerte rápida y muy desagradable.

Dashiva masculló una maldición en la que iba incluido el nombre de Padan Fain.

Samitsu y las otras Amarillas intercambiaron miradas sobresaltadas, pero Cadsuane se limitó a asentir y los adornos dorados en el canoso moño bajo se mecieron.

—Sí, Shadar Logoth —dijo Cadsuane—. Eso explicaría varias cosas. Puedes agradecer a Sumeko seguir vivo, y a maese Flinn. —No miró hacia el hombre mayor, con su ralo cerquillo de pelo blanco, pero éste sonrió como si le hubiese dedicado una reverencia; de hecho, sorprendentemente, las Amarillas le hicieron una leve inclinación de cabeza—. Y a Corele, por supuesto —prosiguió Cadsuane—. Cada

cual ha contribuido con algo, incluidas ciertas cosas que creo que no se habían hecho desde el Desmembramiento. —Su voz se tornó sombría—. Sin ellos tres, ahora estarías muerto. Todavía es posible que mueras a menos que te dejes guiar. Debes descansar, no realizar el menor esfuerzo físico. —El estómago de Rand gruñó sonoramente en ese momento, y la mujer añadió—: Lo único que hemos sido capaces de hacerte tragar desde que te hirieron ha sido un poco de agua y caldo de carne. Dos días sin alimento es mucho tiempo para un hombre convaleciente.

Dos días. Sólo dos. Evitó mirar a Adley.

—Voy a levantarme —manifestó.

—No dejaré que te maten, pastor —intervino Min, en cuyos ojos había un brillo de obstinación—, y tampoco permitiré que lo hagas tú mismo. —Le rodeó los hombros con los brazos como para inmovilizarlo.

—Si el *Car'a'carn* desea levantarse —dijo Amys en voz inexpresiva—, haré que Nandera traiga a las Doncellas que hay en el pasillo. Somera y Enaila se sentirán especialmente contentas de proporcionarle justo la ayuda que necesita. —Las comisuras de sus labios se movieron en un atisbo de sonrisa. En otros tiempos había sido Doncella y sabía casi todo de esa situación.

Ni Kiruna ni Bera sonrieron, sino que le asestaron una mirada ceñuda, como si fuera tonto de remate.

—Muchacho —adujo secamente Cadsuane—, ya he visto tus carrillos inferiores más de lo que sería de mi agrado, pero si quieres exhibirlos delante de nosotras seis, a lo mejor alguien disfruta del espectáculo. Sin embargo, si te caes de bruces al suelo, es posible que te dé unos azotes antes de meterte de nuevo en la cama.

A juzgar por los gestos de Samitsu y Corele, las dos se sentirían más que satisfechas de ayudarla.

Narishma y Adley contemplaron a Cadsuane estupefactos y escandalizados, mientras Flinn se tiraba de la chaqueta como si discutiese consigo mismo. Dashiva, sin embargo, soltó una risotada.

—Si queréis que despejemos de mujeres el cuarto… —El hombre de rostro vulgar empezó a tejer flujos; no escudos, pero sí tejidos complejos de Energía y Fuego, y Rand sospechó que causarían un dolor demasiado fuerte a quienes tocasen como para pensar siquiera en encauzar.

—No —se apresuró a prohibir. Bera y Kiruna obedecerían con una simple orden de que se marcharan, y si Corele y Samitsu habían ayudado a mantenerlo vivo, entonces les debía algo más que dolor. Sin embargo, si Cadsuane pensaba que la desnudez lo retendría en la cama, iba a llevarse una sorpresa. Ignoraba si su relación con las Doncellas le había dejado algún resquicio de pudor. Le dirigió una sonrisa a Min y le retiró los brazos, tras lo cual apartó la sábana y se bajó de la cama por el lado de Amys.

La boca de la Sabia se puso tensa; Rand casi la veía plantearse la conveniencia de llamar a las Doncellas. Bera dirigió a Amys una mirada incierta, desesperada, mientras Kiruna se apresuraba a volverse de espaldas, con las mejillas enrojecidas. Rand se dirigió lentamente hacia el armario; lo hizo despacio porque temía dar la oportunidad a Cadsuane de llevar a cabo su amenaza si se movía deprisa.

—¡Bah! —rezongó la Aes Sedai mayor a su espalda—. Juro que debería darle unos azotes en el trasero a este chico.

Alguien emitió un gruñido que podía ser de conformidad con ella o de simple desaprobación de lo que Rand hacía.

—Ah, pero qué trasero tan bonito, ¿verdad? —comentó otra con un cadencioso acento murandiano. Ésa debía de ser Corele.

Menos mal que tenía la cabeza metida en el armario. Quizás el trato con las Doncellas no le había despojado de tanto pudor como imaginaba. ¡Luz! Sentía la cara más caliente que un horno. Esperando que los movimientos para vestirse ocultaran cualquier vacilación e inestabilidad, se metió las prendas con prisa. Su espada se encontraba en la parte posterior del armario, con el cinturón enrollado alrededor de la oscura vaina de piel de cerdo. Rozó la larga empuñadura con las puntas de los dedos y luego apartó la mano.

Descalzo, se volvió hacia los demás mientras se ataba las lazadas de la camisa. Min seguía sentada en la cama, cruzada de piernas; llevaba unas polainas verdes muy ajustadas. A juzgar por su expresión, no había decidido aún si mostrar aprobación o frustración.

—He de hablar con Dashiva y los otros Asha'man —anunció Rand—. A solas.

Min se bajó del lecho y corrió a abrazarlo. No con fuerza; tuvo mucho cuidado con su costado vendado.

—He esperado demasiado tiempo a verte despierto de nuevo —dijo mientras deslizaba un brazo en torno a su cintura—. Necesito estar contigo. —Su voz sólo denotó una mínima inflexión de énfasis; debía de haber visto algunas imágenes. O tal vez sólo quería ayudarlo a sostenerse sobre sus flojas piernas; aquel brazo parecía ofrecer apoyo. En cualquier caso, Rand asintió; no se sentía tan estable como pretendía. Le puso una mano en el hombro; de pronto comprendió que tampoco quería que los Asha'man supieran lo débil que estaba, no sólo Cadsuane o Amys.

Bera y Kiruna hicieron una reverencia a regañadientes y se encaminaron hacia la puerta, aunque después vacilaron al ver que Amys no se movía de su sitio.

—De acuerdo, siempre y cuando no intentes abandonar este cuarto —dijo la Sabia, como si no hablara al *Car'a'carn*.

—¿Te parece que pienso ir a alguna parte? —inquirió mientras levantaba uno de los pies descalzos.

Amys resopló, pero, tras echar una ojeada a Adley, se reunió con Bera y Kiruna y

las tres salieron.

Cadsuane y las otras dos Aes Sedai sólo tardaron un instante más en marcharse. La canosa Verde también dirigió una mirada a Adley. No parecía ser un secreto que el hombre había estado ausente de Cairhien varios días. Ya en la puerta, se detuvo.

—No hagas ninguna tontería, muchacho. —Hablaba como una tía severa llamando al orden a un sobrino tarambana sin albergar demasiadas esperanzas de que le hiciera caso.

Samitsu y Corele la siguieron al pasillo, repartiendo miradas ceñudas entre él y los Asha'man. Mientras la puerta se cerraba tras ellas, Dashiva soltó una risita al tiempo que sacudía la cabeza; de hecho parecía regocijado.

Rand se apartó de Min para recoger sus botas, que tenía junto al armario, y sacó un par de calcetines del interior del mueble.

—Me reuniré con vosotros en la antesala tan pronto como me haya calzado, Dashiva.

El Asha'man de rasgos toscos dio un respingo. Había estado observando a Adley con el entrecejo fruncido.

—Como ordenéis, milord Dragón —repuso mientras se llevaba el puño al pecho en el saludo de rigor.

Rand esperó a que los cuatro hombres hubieran salido para sentarse en una silla con una sensación de alivio, y empezó a ponerse los calcetines. No le cabía duda de que sus piernas habían cobrado fuerza sólo por levantarse y moverlas. No obstante, seguían sin sostenerlo muy bien.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —preguntó Min, arrodillándose junto a la silla; Rand la miró con sobresalto. Si hubiera hablado en sueños durante los dos últimos días, las Aes Sedai lo habrían sabido. Amys habría hecho que Enaila y Somera y cincuenta Doncellas se encontraran presentes cuando despertara.

—¿Has tenido alguna visión? —inquirió mientras acababa de ponerse el calcetín.

Min se sentó en cuclillas, cruzó los brazos y lo miró firmemente. Al cabo de un momento comprendió que esa estrategia no funcionaba y suspiró.

—Es Cadsuane. Va a enseñaros algo, a ti y también a los Asha'man. Me refiero a todos los Asha'man. Es algo que tenéis que aprender, pero ignoro qué es, salvo que a ninguno de vosotros os gustará aprenderlo de ella. No os va a gustar ni pizca.

Rand se quedó parado un instante con la bota en la mano y luego se la calzó. ¿Qué podía enseñar Cadsuane, o cualquier Aes Sedai, a los Asha'man? Las mujeres no podían enseñar a los varones y viceversa, eso era tan cierto como el propio Poder Único.

—Veremos —fue todo cuanto dijo.

Obviamente, aquello no satisfizo a Min. Sabía que ocurriría, y también lo sabía él; ella jamás se había equivocado. Pero ¿qué demonios podía enseñarle Cadsuane a

él? ¿Qué permitiría él que le enseñara? La mujer lo hacía sentirse inseguro, una irresolución que no había sentido desde antes de que cayera la Ciudadela de Tear.

Pateó para meterse bien la segunda bota, cogió del armario el cinturón de la espada y una chaqueta roja con bordados en oro, la misma que había llevado en la visita a los Marinos.

—¿Qué trato ha hecho Merana en mi nombre? —preguntó, y Min hizo un ruido exasperado.

—Ninguno, hasta esta mañana —respondió la muchacha, impaciente—. Rafela y ella no han salido del barco desde que nos marchamos, pero han enviado media docena de mensajes preguntando si te encuentras lo bastante bien para volver allí. Me parece que las negociaciones no les han ido bien sin tu presencia. Supongo que es mucho esperar que sea allí a donde te diriges.

—Todavía no —contestó. Min no dijo nada; con palabras, se entiende, porque su gesto, puesta en jarras y con una ceja enarcada, hablaba a voces. En fin, pronto se enteraría de casi todo.

En la antesala, todos los Asha'man excepto Dashiva se levantaron prontamente de las sillas cuando Rand apareció con Min. Con la vista perdida en el vacío y hablando para sí mismo, Dashiva no reparó en la entrada de Rand hasta que éste llegó al Sol Naciente incrustado en el suelo, y entonces parpadeó varias veces antes de ponerse de pie.

Rand se dirigió a Adley mientras se abrochaba la hebilla en forma de dragón del cinturón.

—¿El ejército ha llegado ya a los poblados fortificados de Illian? —Deseaba sentarse en uno de los sillones dorados, pero no se lo permitió—. ¿Cómo? En el mejor de los casos, tendría que haber tardado aún varios días.

Flinn y Narishma parecían tan sorprendidos como Dashiva; ninguno de ellos sabía dónde habían ido Adley y Hopwil, ni Morr. Decidir en quién confiar resultaba difícil siempre, y la confianza era el filo de una navaja.

Adley se irguió; había algo en sus ojos, bajo las espesas cejas. Había visto al lobo, como se decía en Cairhien.

—El Gran Señor Weiramon dejó atrás la infantería y avanzó con la caballería —informó de manera concisa—. Topamos con Aiel ayer. Shaido; ignoro cómo llegaron allí. Había nueve o diez mil en total, pero no parecían contar con Sabias que encauzaran, y en realidad no nos retrasaron. Hemos llegado a los poblados fortificados este mediodía.

Rand habría querido gritar. ¡Dejar atrás a la infantería! ¿Acaso pensaba Weiramon que con la caballería podría tomar fortificaciones de empalizadas ubicadas en crestas de colinas? Probablemente. Y a buen seguro que ese hombre habría prescindido también de los Aiel si hubiera podido dejarlos atrás. ¡Necios nobles y su estúpido

honor! Aun así, no importaba. Excepto por los hombres que morirían porque el Gran Señor Weiramon despreciaba a cualquiera que no combatiese a caballo.

—Eben y yo empezamos a destruir las primeras empalizadas tan pronto como llegamos —prosiguió Adley—. A Weiramon no le hizo mucha gracia eso; creo que nos habría ordenado detenernos, pero tuvo miedo de hacerlo. En cualquier caso, empezamos a prender fuego a los troncos y a abrir agujeros en las estacadas, pero no acabábamos de empezar cuando apareció Sammael. O, al menos, un hombre que encauzaba el *Saidin*, y mucho más fuerte que Eben o yo. Diría que tan fuerte como vos, milord Dragón.

—¿Apareció al momento? —preguntó con incredulidad Rand, pero entonces lo entendió. Había tenido la absoluta certeza de que Sammael se quedaría en Illian, tras la seguridad de las defensas tejidas con el Poder, si pensaba que tendría que enfrentarse a él; demasiados Renegados lo habían intentado y casi todos ellos estaban muertos ahora. A despecho de sí mismo, Rand prorrumpió en carcajadas, y tuvo que sujetarse el costado herido, que le dolió al reírse. Todas esas complejas artimañas para convencer a Sammael de que se encontraría en cualquier parte salvo con el ejército invasor, a fin de hacerlo salir de Illian, y una daga en la mano de Padan Fain las había hecho innecesarias. Dos días. A estas alturas, cualquiera que tuviese informadores en Cairhien, lo que, por supuesto, incluía a los Renegados, sabía que el Dragón Renacido yacía al borde de la muerte. Pensar lo contrario tendría tan poco sentido como echar leña húmeda al fuego—. Los hombres intrigan y las mujeres maquinan, pero la Rueda gira según sus designios. —Era un dicho en Tear—. Continúa. ¿Morr estuvo con vosotros ayer?

—Sí, milord Dragón. Fedwin acude todas las noches, como se le ordenó hacer. Y a esas horas ya era tan evidente como la nariz de Eben que llegaríamos a los poblados fortificados hoy.

—No entiendo nada. —El tono de Dashiva era molesto; un músculo de su mejilla se contrajo con un tic nervioso—. Lo habéis engatusado para que salga, pero ¿con qué propósito? Tan pronto como perciba la presencia de un hombre con una capacidad de encauzar que apunte vuestra fuerza, huirá de vuelta a Illian y a las trampas y alarmas que haya tejido. Allí no lo sorprenderéis; lo sabrá tan pronto como se abra un acceso a un kilómetro de la ciudad. ¿De qué servirá ir?

—Podemos salvar el ejército, eso es lo que podemos hacer —estalló Adley—. Weiramon seguía lanzando ataques contra ese fuerte cuando me marché, y Sammael causaba destrozos en cada ocasión a pesar de lo que quiera que hiciésemos Eben o yo. —Movió el brazo de la manga chamuscada—. Teníamos que contraatacar y huir inmediatamente, e incluso así casi nos abrasó en el sitio más de una vez. Los Aiel también han sufrido bajas. Luchan contra los illianos que salen; los otros poblados fortificados deben de estar vacíos, a juzgar por el número de hombres que combatían

cuando me marché. Pero en cada ocasión, Sammael acababa con veinte de nosotros a la vez, ya fueran Aiel u otros, haciéndolos pedazos. Si hubiese tres como él, o incluso dos, no podría asegurar que encontrara vivo a nadie a mi regreso. —Dashiva lo miraba como si hubiese perdido la razón, y Adley se encogió de hombros inopinadamente, como si notara la ligereza del cuello de su chaqueta en comparación con la espada y el dragón prendidos en el del otro hombre—. Perdonadme, Asha'man —murmuró, avergonzado, y luego añadió en un tono bajo e inexpresivo—: Pero al menos podríamos salvarlos.

—Y lo haremos —le aseguró Rand. Aunque no sería exactamente del modo que Adley esperaba—. Hoy me ayudaréis a matar a Sammael.

Sólo Dashiva pareció sobresaltarse; los otros se limitaron a asentir. Ni siquiera los Renegados los asustaban ya. Rand esperaba que Min se opusiera o, tal vez, que exigiera acompañarlo, pero la joven lo sorprendió.

—Supongo que preferirás que nadie se entere de que te has ido o que lo descubran lo más tarde posible, pastor.

Él asintió y la mujer suspiró. Puede que los Renegados dependieran de palomas e informadores como cualquier otra persona, pero sentirse demasiado seguro podría resultar fatal.

—Las Doncellas querrán venir si se enteran, Min. —Querrían y él lo pasaría mal teniendo que negarse. Si es que conseguía impedírselo. Aunque sólo Nandera y los que tuviese de guardia lo acompañaran, si morían sería demasiado para él. Min volvió a suspirar.

—Supongo que debería ir a charlar con Nandera. Tal vez consiga mantenerlas en el pasillo durante una hora, pero no se sentirán muy complacidas conmigo cuando lo descubran.

Rand se echó a reír otra vez antes de acordarse del dolor en el costado; no, definitivamente no estarían muy contentas con ella; ni con él.

—Lo que es más, palurdo —añadió la joven—, a Amys no le hará ninguna gracia. Ni a Sorilea. En qué líos me meto por ti.

Él abrió la boca para contestar que no le había pedido que hiciese nada, pero antes de que tuviese ocasión de pronunciar una palabra, Min se acercó; mucho. Alzó los ojos hacia él, medio ocultos por las largas pestañas, y empezó a tamborilear los dedos sobre su pecho. Sonrió cariñosamente y mantuvo un tono de voz suave, pero sus dedos la delataban.

—Si dejas que te pase algo, Rand al'Thor, le echaré una mano a Cadsuane tanto si necesita ayuda como si no.

Su sonrisa se tornó más abierta durante un instante, casi alegre, antes de volverse y dirigirse hacia las puertas. Él la siguió con la mirada; puede que lo volviera loco con sus reacciones —le había pasado lo mismo con casi todas las mujeres con las que

había tratado, al menos una o dos veces— pero tenía una forma de caminar que le hacía desear contemplarla.

De pronto cayó en la cuenta de que Dashiva también la observaba, y se lamía los labios. Rand se aclaró sonoramente la garganta, lo bastante como para que lo oyera por encima del ruido de la puerta al cerrarse tras ella. Por alguna razón, el hombre de rasgos toscos alzó las manos en un gesto defensivo. Y no porque él le hubiese asestado una mirada fulminante; no podía ir por ahí mirando de mala manera a los hombres sólo porque Min llevase polainas ajustadas. Se rodeó del vacío, asió el *Saidin* y utilizó Fuego, mezclado con infección fundida, para tejer un acceso. Dashiva reculó de un salto cuando se abrió el agujero. A lo mejor, quedarse sin una mano al amputársela un acceso le enseñaría a no relamerse los labios como un viejo chivo. Algo se retorció y se pegó como hilos rojos de una telaraña en el exterior del vacío.

Cruzó el acceso y salió al polvo del otro lado, con Dashiva y los otros justo detrás de él, y soltó la Fuente tan pronto como el último de ellos hubo pasado. Una sensación de pérdida ocupó el hueco dejado por el *Saidin* a medida que la percepción de Alanna se tornaba débil. Esa sensación no había parecido tan abrumadora mientras Lews Therin estuvo allí, ni la carencia tan inmensa.

En lo alto, el dorado sol había recorrido más de la mitad de camino hacia el horizonte. Una ráfaga de viento levantó polvo sin dejar pizca de frescura a su paso. El acceso se había abierto en una zona despejada, que delimitaba una cuerda sujeta a cuatro postes. En cada esquina había dos guardias vestidos con chaquetas cortas y pantalones amplios, metidos por las botas, y al costado llevaban espadas de aspecto serpentino. Algunos lucían espesos bigotes que les colgaban hasta la barbilla, o pobladas barbas, y todos ellos tenían narices prominentes y oscuros ojos, ligeramente rasgados. Tan pronto como apareció Rand, uno de ellos se marchó corriendo.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió Dashiva mientras miraba a uno y otro lado con incredulidad.

Alrededor se extendían cientos de tiendas picudas, grises y pardas, así como hileras de caballos atados y ya ensillados. Caemlyn se alzaba a pocos kilómetros de distancia, oculta por los árboles, y la Torre Negra no se encontraba mucho más lejos, pero Taim no se enteraría de esto a menos que tuviese un espía vigilando. Una de las tareas de Fedwin Morr había sido estar atento —y percibir— a cualquiera que intentara espiar. Como las ondas en la superficie del agua, un rumor se fue extendiendo a partir del área enmarcada por las cuerdas, y hombres con narices prominentes y espadas serpentinas se levantaron de su postura en cuclillas y se volvieron para mirar a Rand con expectación. Aquí y allí había mujeres también; era costumbre que las saldaeninas cabalgaran a la guerra a menudo acompañando a sus esposos, al menos entre los nobles y oficiales. Sin embargo, eso no pasaría ese día.

Rand se agachó para pasar por debajo de una de las cuerdas y se encaminó

directamente hacia una tienda igual a las demás salvo por el estandarte que ondeaba en el astil delante de ella: tres florecillas rojas sobre campo azul. El realillo no se marchitaba siquiera en los inviernos saldaeninos, y cuando el fuego arrasaba un bosque, aquellas flores rojas eran las primeras en retoñar. Una flor que nada podía matar; el símbolo de la casa Bashere.

Dentro de la tienda, el propio Bashere ya estaba calzado y con las espuelas puestas, y llevaba la espada al cinto. Ominosamente, Deira se encontraba con él, embutida en un vestido de montar del mismo tono gris que la chaqueta de su marido, y aunque no portaba espada, la larga daga colgada del cinto suplía muy bien esa falta. Los guanteletes de cuero que sujetaba debajo del cinturón revelaban la intención de cabalgar duro.

—No esperaba esto hasta dentro de unos días —dijo Bashere mientras se levantaba de una silla plegable de campamento—. A decir verdad, esperaba que fuesen semanas. Confiaba en contar con más hombres rechazados por Taim, como planeamos el joven Mat y yo. He reunido a todos los fabricantes de ballestas que he podido encontrar, y han empezado a producirlas como una cerda pariendo lechones, pero, ahora mismo, sólo quince mil tienen ballestas y saben cómo manejarlas. —Con una mirada interrogante, levantó una jarra plateada que había encima de los mapas extendidos sobre la mesa plegable—. ¿Hay tiempo para un ponche?

—Me temo que no —contestó, impaciente, Rand. Bashere ya le había hablado antes de los hombres que Taim encontraba y que no eran capaces de encauzar, pero apenas le había prestado atención. Si Bashere pensaba que los había entrenado suficientemente bien, eso era lo único que importaba—. Dashiva y otros tres Asha'man esperan fuera. Tan pronto como Morr se reúna con ellos, estaremos preparados para partir. —Miró hacia Deira ni Ghaline t'Bashere, que se alzaba por encima de su menudo esposo con su nariz prominente como un pico de halcón y unos ojos que hacían que los de dicho animal parecieran afables en comparación—. Nada de ponche, lord Bashere, ni de esposas. Hoy no.

Deira abrió la boca y sus ojos llamearon repentinamente.

—Nada de esposas —repitió Bashere mientras se atusaba el bigote canoso con los nudillos—. Haré que se pase la orden. —Se volvió hacia Deira y extendió una mano —. Esposa —dijo suavemente.

Rand se encogió y esperó el estallido, ni con voz suave ni sin ella. Deira apretó los labios y miró desde su altura a su marido con gesto ceñudo; recordaba un halcón a punto de caer sobre un ratón. Y no es que Bashere se pareciese a un ratón, naturalmente; sólo un halcón mucho más pequeño. La mujer respiró profundamente; Deira era capaz de hacer que una inhalación honda pareciera algo que podría sacudir la tierra en sus cimientos. Luego soltó la daga del cinturón y la puso en la mano de su marido.

—Hablaremos de esto después, Davram —prometió la mujer—. Largo y tendido.

Un día, cuando tuviese tiempo, decidió Rand, pediría a Bashere que le explicara cómo conseguir lo que él acababa de lograr. Si alguna vez tenía tiempo.

—Largo y tendido —convino Bashere, sonriendo bajo el bigote mientras se guardaba la daga debajo de su propio cinturón. Tal vez, ese hombre era un suicida, simplemente.

Fuera, se habían soltado las cuerdas y Rand esperaba con Dashiva y los otros Asha'man mientras nueve mil jinetes saldaeninos se alineaban detrás de Bashere en columna de a tres. En algún lugar, más allá de la caballería, quince mil hombres que se llamaban a sí mismos la Legión del Dragón se estarían reuniendo a pie. Rand los había visto de lejos, todos con chaqueta azul, abrochada a un lado para que el dragón rojo y dorado que cruzaba la pechera no quedara partido. Casi todos llevaban ballestas; algunos, en cambio, cargaban con escudos pesados y difíciles de manejar. Fuera cual fuese la extraña idea que Mat y Bashere habían tramado, Rand esperaba que no condujera a la muerte a muchos de ellos.

Morr sonreía anhelante mientras esperaba, casi brincando sobre las puntas de los pies. Quizá sólo se sentía contento de volver a vestir su chaqueta negra con la espada plateada en el cuello; no obstante, Adley y Narishma exhibían una sonrisa muy parecida y, ahora que se fijaba, la de Flinn no le andaba muy lejos. Sabían adónde se dirigían y lo que tenían que hacer allí. Como siempre, Dashiva miraba ceñudo a todo y a nada mientras sus labios se movían en silencio. También como siempre. Asimismo, las saldaeninas, agrupadas detrás de Deira en un extremo, guardaban un ceñudo silencio mientras observaban los preparativos. Águilas y halcones, las plumas encrespadas y furiosas. A Rand le daban igual sus ceños y sus muecas coléricas; si se sentía capaz de arrostrar la ira de Nandera y de las demás Doncellas después de haberlas mantenido alejadas de esto, entonces los hombres saldaeninos podrían aguantar todas las discusiones que fuera menester. Ese día, con la ayuda de la Luz, ninguna mujer moriría por su causa.

Un número tan ingente de hombres no podía alinearse en un minuto, aun cuando hubiesen estado esperando la orden, pero en un espacio de tiempo notablemente corto Bashere levantaba su espada y gritaba:

—¡Milord Dragón!

—¡El lord Dragón! —coreó otro grito que se propagó a lo largo de la columna que tenía detrás.

Rand asió la Fuente y creó un acceso entre los postes, de cuatro metros por cuatro, que cruzó rápidamente mientras ataba el tejido, rebosante de *Saidin* y con los Asha'man pisándole los talones, para salir a una gran plaza abierta, rodeada de colosales columnas blancas, todas ellas rematadas con coronas de ramas de olivo en mármol. A ambos extremos de la plaza se alzaban dos palacios casi idénticos con

tejados púrpuras, pórticos, balcones y esbeltas torres. Uno era el Palacio Real, y el otro, ligeramente más pequeño, la Gran Sede del Consejo. Y aquélla era la Plaza de Tammuz, en el corazón de Illian.

Un hombrecillo flaco, con chaqueta azul y una barba sin bigote, miraba boquiabierto a Rand y a los Asha'man que salían de un agujero abierto en el aire, y una mujer fornida, con un vestido verde lo bastante corto para mostrar escarpines del mismo color y los tobillos cubiertos por medias también verdes, se llevó las manos a la cara y se quedó petrificada en el sitio, justo delante de ellos, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas. Toda la gente se paró para mirar: vendedores ambulantes con sus bandejas, carreteros frenando a sus bueyes, hombres, mujeres y niños con la boca abierta a más no poder. Rand alzó los brazos y encauzó.

—¡Soy el Dragón Renacido!

Las palabras retumbaron en la plaza, amplificadas por Aire y Fuego, y las llamas que salieron disparadas de sus dedos ascendieron un centenar de metros en el aire. A su espalda, los Asha'man llenaron el cielo de bolas de fuego lanzadas en todas direcciones, con excepción de Dashiva, que creó una red de rayos azules sobre la plaza.

No hizo falta más. La multitud huyó en tropel, gritando a pleno pulmón, en todas direcciones, lejos de la Plaza de Tammuz. Lo hicieron justo a tiempo. Rand y los Asha'man se apartaron corriendo del acceso, y Davram Bashere entró en Illian a la cabeza de sus saldaeninos, quienes blandían las espadas y gritaban como posesos mientras salían por el agujero en avalancha. Bashere condujo a la línea central de la columna en línea recta, como habían planeado lo que ahora parecía mucho tiempo atrás, mientras que las otras dos filas giraban hacia uno y otro lado. Siguieron saliendo del acceso como un río imparable y se dividieron en grupos más pequeños, internándose a galope en las calles que desembocaban en la plaza.

Rand no esperó a ver salir a los últimos jinetes. Con menos de un tercio de la caballería fuera del acceso, tejió de inmediato otro, éste más pequeño. No hacía falta conocer un sitio para Viajar si la intención era ir a una distancia corta. Alrededor sintió cómo Dashiva y los demás creaban sus propios accesos, pero él cruzaba ya el suyo, dejando que se cerrara a su espalda, y se encontró en lo alto de una de las esbeltas torres del Palacio Real. Distraídamente, se preguntó si Mattin Stepaneos den Balgar, el rey de Illian, se encontraría en ese momento en algún lugar debajo de él.

La azotea de la torre no tendría más de cinco pasos de lado a lado, y estaba rodeada por un murete de piedra roja que a él apenas le llegaba al pecho. A cincuenta metros de altura, aquél era el punto más alto de toda la ciudad, y desde allí alcanzaba a ver, por encima de los tejados rojos, verdes y de todos los colores, brillantes bajo el sol de la tarde, los largos pasos elevados del oeste, que se extendían a través de la vasta marisma de altas hierbas que rodeaba la ciudad, así como el puerto. Un

penetrante olor a salitre impregnaba el aire. Illian no necesitaba murallas, con aquel terreno pantanoso que frenaría a cualquier atacante. Cualquier atacante que no pudiese abrir agujeros en el aire. Aunque, para el caso, tampoco las murallas habrían servido de mucho.

Era una urbe bonita, con la mayoría de los edificios en clara piedra labrada, entrecruzada por tantos canales como calles, y que desde esa altura semejaba una tracería azul verdosa, pero Rand no se paró a admirarla. Por encima de tejados de tabernas y tiendas y de torres de palacios dirigió flujos de Aire y Agua, Fuego y Tierra y Energía, girando sobre sí mismo mientras lo hacía. No intentó tejerlos, sino que se limitó a lanzarlos más allá de la ciudad, hasta sus dos buenos kilómetros pasada la marisma. Desde otras cinco torres salían más flujos a baja altura, y al tocarse entre sí, libres y sin control, surgían estallidos de luz, saltaban chispas y creaban nubes de vapor multicolor, un espectáculo que habría sido la envidia de cualquier Iluminador. No se le ocurría una manera mejor de asustar a la gente para que buscara refugio en sus casas e incluso debajo de las camas, y así quitarla del paso de los soldados de Bashere, aunque ése no era el motivo de semejante exhibición.

Mucho tiempo atrás había llegado a la conclusión de que Sammael debía de tener salvaguardias tejidas por toda la ciudad a fin de dar la alarma si alguien encauzaba *Saidin*. Unas salvaguardias invertidas, de manera que nadie, excepto Sammael, pudiera localizarlas, que le señalarían el lugar exacto donde el hombre estuviera encauzando para destruirlo de inmediato. Con suerte, todas esas salvaguardias se estarían disparando ahora. Lews Therin se mostró muy seguro con respecto a que Sammael lo percibiría en cualquier lugar donde se encontrara, incluso a gran distancia. Y también dichas salvaguardias tendrían que haber quedado inutilizadas ahora; ese tipo de alarmas tenía que rehacerse una vez que se había disparado. Sammael acudiría. Jamás había renunciado a algo que considerase suyo, por muy incoherente que fuera su reclamación, sin presentar batalla. Todo eso lo sabía por Lews Therin. Si es que era real. Tenía que serlo. Aquellos recuerdos eran demasiado pormenorizados. Sin embargo, ¿acaso un demente no imaginaba sus fantasías con todo detalle?

«¡Lews Therin!», llamó para sus adentros. Sólo le respondió el viento que soplaba sobre Illian.

Allá abajo, la Plaza de Tammuz se hallaba silenciosa y desierta, excepto por unos pocos carros abandonados. De lado, el acceso era invisible salvo por los tejidos.

Dirigiendo los flujos hacia esos tejidos, Rand deshizo el nudo y el acceso desapareció en un instante, tras lo cual soltó el *Saidin* de mala gana. Todos los flujos se desvanecieron en el cielo. Quizás alguno de los Asha'man todavía asía la Fuente, pero les había advertido que no lo hicieran, que se proponía matar sin previo aviso a cualquier varón que sintiera encauzando después de que él hubiese dejado de hacerlo,

y que no quería descubrir después que el encauzador había sido uno de ellos. Se apoyó en el murete, esperando, deseando sentarse. Las piernas le dolían y el costado le ardía en cualquier postura, pero quizá necesitara ver un tejido, además de percibirlo.

En la ciudad no reinaba un silencio absoluto. Desde varias direcciones llegaban gritos distantes y el débil entrechocar de espadas. A pesar de desplazar a tantos hombres a la frontera, Sammael no había dejado Illian completamente desprotegida. Rand giró sobre sí mismo en un intento de divisar la urbe en todas direcciones. Creía que Sammael aparecería en el Palacio Real o en el del otro lado de la plaza, pero no podía saberlo con total seguridad. Abajo, en una calle, vio a un grupo de saldaeninos cargar contra un número igual de hombres montados y con petos brillantes; de repente más saldaeninos salieron a galope por un lado, y el combate desapareció de su radio visual, detrás de los edificios. En otra dirección vislumbró algunos hombres de la Legión del Dragón que marchaban por un puente bajo sobre un canal. Un oficial, distinguible por la alta pluma roja de su yelmo, caminaba a la cabeza de unos veinte hombres equipados con anchos escudos que les llegaban a la altura de los hombros, a los que seguían alrededor de otros doscientos, éstos armados con pesadas ballestas. ¿Cómo lucharían? A lo lejos sonaron gritos y el choque metálico de armas, los débiles gemidos de moribundos.

El sol seguía su descenso hacia el horizonte y las sombras se alargaron por la ciudad. Llegó el crepúsculo, con el sol cual una roja cúpula en el oeste. Aparecieron algunas estrellas. ¿Se habría equivocado? ¿Habría huido Sammael a otra parte, a buscar otras tierras que dominar? ¿Habría estado haciendo oídos sordos a todo salvo a sus propias divagaciones dementes?

Un hombre encauzó. Rand se quedó paralizado un instante, mirando fijamente la Gran Sede del Consejo. La cantidad de *Saidin* había sido suficiente para abrir un acceso; no habría percibido un encauzamiento más pequeño al otro lado de la plaza. Tenía que ser Sammael.

Al momento había asido la Fuente, tejió un acceso y saltó a través de él, con rayos prestos para salir lanzados de sus manos. Era una estancia grande, iluminada por enormes lámparas de pie doradas y otras colgadas de cadenas al techo, con paredes de mármol níveo en las que había frisos que representaban batallas y barcos apiñados en el puerto, bordeado por la marisma, de la propia Illian. Al otro extremo del salón, nueve sillones dorados y profusamente tallados se alzaban cual solios sobre una blanca tarima, gradada en la parte delantera; el sillón central tenía el respaldo más alto que los otros ocho. Antes de que tuviese tiempo de cerrar el acceso a su espalda, la azotea de la torre donde se encontraba un instante antes saltaba por los aires. Percibió la onda de Fuego y Tierra al tiempo que una lluvia de fragmentos y polvo salía disparada a través del acceso, derribándolo de bruces. Al caer al suelo, un

intenso dolor le atravesó el costado como una afilada y roja lanza que traspasara el vacío en el que flotaba; eso, más que otra cosa, fue lo que le hizo soltar el tejido del acceso. Era el dolor de otra persona; la debilidad de otro. Podía hacer caso omiso de ellos dentro del vacío.

Se movió, obligando a los músculos de otro hombre a que funcionaran, incorporándose y alejándose a trompicones en una carrera tambaleante hacia la tarima, justo en el instante en que cientos de filamentos rojos se disparaban desde arriba, a través del techo, y abrasaban el mármol azulado del suelo en un amplio círculo centrado en el punto donde los residuos de su acceso aún se disipaban. Uno de ellos le atravesó el tacón de la bota, llegó a su talón y se oyó a sí mismo gritar mientras caía. No era su dolor, ni en el talón ni en el costado. No era suyo.

Rodó sobre su espalda y vio los restos de aquellos filamentos abrasadores, lo bastante recientes aún para distinguir Fuego y Aire tejidos de un modo desconocido para él. Lo bastante para localizar exactamente la dirección de la que habían venido. El adornado techo de escayola blanca, muchos metros por encima del suelo plagado de agujeros negros, siseó y crujió sonoramente con el roce del aire.

Alzó la mano y tejió fuego compacto. Es decir, empezó a tejerlo. La mejilla de otra persona ardió con el recuerdo de una bofetada, y la voz de Cadsuane siseó y chisporroteó dentro de su cabeza como los agujeros hechos por los rojos filamentos: «Nunca jamás, muchacho. No volverás a hacer eso nunca». Le pareció oír a Lews Therin gimoteando de miedo por lo que estaba a punto de liberar, lo que casi había destruido el mundo en una ocasión. Todos los flujos, salvo el Fuego y el Aire, desaparecieron, y Rand los tejió como había visto. Miles de finísimos filamentos rojos surgieron en sus manos y se abrieron en abanico al tiempo que salían lanzados hacia arriba. Un trozo circular del techo, de unos dos metros de diámetro, cayó en fragmentos de piedra y polvo de yeso.

Sólo después de haberlo hecho se le ocurrió que podría haber otra persona entre Sammael y él. Se proponía ver muerto al Renegado ese día, pero si podía hacerlo sin matar a otros… Los flujos desaparecieron mientras se ponía de pie otra vez y corría, renqueando, hacia las puertas que había a un lado de la sala, altas y con nueve abejas doradas, del tamaño de su puño, incrustadas en cada panel.

Un pequeño flujo de Aire abrió una de las hojas antes de que él llegara, demasiado pequeño para ser detectado a cualquier distancia. Salió cojeando al pasillo e hincó una rodilla en el suelo. El costado de ese otro hombre ardía terriblemente, y el talón dolía muchísimo. Rand desenvainó la espada y se apoyó en ella, esperando. Un tipo con el rostro bien afeitado y mejillas sonrosadas se asomó por el recodo del pasillo; su chaqueta se vio lo suficiente para identificarlo como un sirviente. Al menos, una chaqueta que era verde en un lado y amarilla en el otro parecía un uniforme. El tipo vio a Rand y, muy despacio, como si al hacerlo así no fuera a atraer

sobre sí la atención, desapareció tras la esquina. Antes o después, Sammael tendría que…

—¡Illian me pertenece! —La voz retumbó en el aire, desde todas direcciones, y Rand soltó una maldición. Tenía que ser el mismo tejido que él había utilizado en la plaza o algo muy parecido; se necesitaba tan poco Poder para hacerlo que no habría percibido los flujos aunque el hombre hubiese estado a diez pasos de distancia—. ¡Illian es mío! No destruiré lo que me pertenece para matarte, y no permitiré tampoco que lo destruyas tú. ¿Has tenido agallas para venir aquí en mi búsqueda? ¿Tendrás también coraje para volver a seguirme? —Un tono burlón y astuto sonó en la estruendosa voz—. ¿Lo tienes?

En alguna parte, allá arriba, se abrió y se cerró un acceso; Rand supo con seguridad que era eso.

¿Coraje? ¿Tenía *coraje*?

—Soy el Dragón Renacido —murmuró— y voy a matarte.

Tejió un acceso, lo cruzó y salió a un lugar, varios pisos más arriba. Era otro pasillo, jalonado con tapices que representaban barcos en el mar. Al fondo, la última porción carmesí del sol brillaba a través de las columnas de una galería. El residuo del acceso de Sammael pendía en el aire, y los desdibujados flujos semejaban fantasmas que rielaban débilmente. Pero no tanto como para que Rand no los distinguiera. Empezó a tejer y entonces se detuvo. Había saltado allí sin pensar siquiera en la posibilidad de una trampa. Si copiaba exactamente lo que veía, saldría al mismo sitio que Sammael, o muy cerca, que para el caso era lo mismo; sin embargo, realizando una ligera variación… Imposible saber si el cambio significaría cincuenta metros o quinientos, pero tanto lo uno como lo otro sería lo bastante próximo.

La raya vertical y plateada empezó a rotar, ensanchándose, dejando a la vista las ruinas de una pasada grandeza envueltas en sombras, aunque no tan oscuro como el pasillo. Visto a través del acceso, el fragmento del sol poniente era ligeramente más ancho, medio oculto por una cúpula resquebrajada. Conocía ese lugar. La última vez que estuvo allí había añadido un nombre a la lista de Doncellas que guardaba en su memoria; la primera vez, Padan Fain los había seguido y se había convertido en algo más que un simple Amigo Siniestro, en algo mucho peor. Que Sammael hubiese huido a Shadar Logoth parecía cerrar un círculo en más de un sentido. No había tiempo que perder, ahora que había abierto el acceso. Antes de que éste acabara de ensancharse, Rand cruzó corriendo la ruinosa ciudad que antaño se llamó Aridhol; corrió renqueando y soltó el tejido mientras se alejaba, sus botas sonando sobre las losas rotas del pavimento y las malas hierbas muertas.

Se escondió detrás de la primera esquina a la que llegó. El suelo se sacudió bajo sus pies mientras retumbaba un estampido donde había estado un momento antes, y el

rayo que se descargó encima centelleó en la creciente oscuridad del ocaso; percibió la onda de Tierra y Aire. Se alzaron chillidos y aullidos, mezclados con los ensordecedores estallidos. El *Saidin* latía dentro de él; se alejó cojeando, sin mirar atrás. Corrió, y con el Poder hinchiéndolo, incluso en las oscuras sombras veía con claridad.

La ciudad se extendía en derredor: enormes palacios de mármol, cada cual con cuatro o cinco cúpulas de diferentes formas, teñidas de rojo por el sol poniente; fuentes de bronce y estatuas en todas las intersecciones; grandes hileras de columnas dirigiéndose hacia torres que se elevaban al cielo. O, al menos, se erguían así cuando estaban intactas, aunque abundaban más las que acababan en trazos truncados, irregulares. Por cada cúpula entera, otras diez semejaban cáscaras de huevos rotas, con la parte superior o un costado desaparecidos. Había estatuas tiradas, hechas trozos, y a las que seguían en pie les faltaban los brazos o la cabeza. La oscuridad avanzaba rápidamente sobre los cerros de cascotes, y los pocos árboles raquíticos y retorcidos que se aferraban a ellos recordaban unos dedos rotos recortados contra el cielo.

Un abanico de ladrillos y piedras se extendía a través del camino, procedentes de lo que debió de ser un pequeño palacio; la mitad de la fachada faltaba, y el resto de la columnata se inclinaba como una persona ebria hacia el pavimento. Rand se detuvo en mitad de la calle, a corta distancia de los cascotes, esperando, atento a la percepción del *Saidin* al ser utilizado por otro. Quedarse a los lados de la calle no era buena idea, y no sólo por el peligro de que alguno de los edificios se viniese abajo en cualquier momento. Un millar de ojos invisibles parecían observar desde los vacíos vanos de las ventanas, que semejaban cuencas vacías; observar con una ansiedad que casi resultaba palpable. Sentía las distantes punzadas de la nueva herida del costado cual una cuchillada de llamas, haciéndose eco del mal que se aferraba al propio polvo de Shadar Logoth. La vieja herida se contraía como un puño, y el dolor del pie parecía muy, muy lejano. Más próximo, el vacío palpitaba alrededor y la infección del Oscuro en el *Saidin* latía al mismo ritmo de la cuchillada en sus costillas. Un lugar peligroso a la luz del día, Shadar Logoth. Pero, de noche…

Calle abajo, más allá de un alto monumento que milagrosamente se mantenía erguido, algo se movió, una forma oscura que cruzó a toda velocidad la calle, en la oscuridad. Rand casi encauzó, pero no podía creer que Sammael se escabullera de ese modo. Cuando había salido a la ciudad, cuando Sammael intentó destruir todo lo que había alrededor del acceso, había oído unos gritos horribles. Entonces apenas había reparado en ellos. En Shadar Logoth no vivía nada, ni siquiera ratas. Sammael debía de haber traído esbirros, hombres a los que no le importaría matar en un intento de alcanzarlo a él. A lo mejor uno de ellos lo conduciría hasta Sammael. Echó a correr tan deprisa y tan silenciosamente como pudo. Las piedras rotas del pavimento crujían

bajo sus botas con un ruido a huesos chascando. Esperaba que el sonido sólo fuera alto para sus oídos aguzados por el *Saidin*.

Se agazapó al pie de un monumento, una gruesa aguja de piedra cubierta de fluida escritura, y escudriñó al frente. Quienquiera que se hubiera movido, ya no estaba; sólo los locos o los insensatamente valientes entraban en Shadar Logoth de noche. El mal había infectado la ciudad, había matado a Aridhol, pero no había muerto con Aridhol. Más abajo en la calle, un zarcillo de niebla gris plateada salió flotando por una ventana y se deslizó hacia otro que salió a su encuentro desde una ancha grieta de un alto muro de piedra. Detrás de aquella grieta algo brillaba como si dentro hubiese una luna llena. Con la noche, el Mashadar rondaba por su ciudad prisión, una vasta presencia que podía aparecer en una docena de sitios a la vez, en un centenar. El tacto del Mashadar no era un modo muy agradable de morir. Dentro de Rand, la infección del *Saidin* latió con más fuerza; el distante fuego en el costado llameaba como un millar de relámpagos, uno sobre otro. Hasta el suelo parecía palpitar debajo de sus botas.

Se volvió, medio pensando en marcharse. Seguramente, Sammael se había ido, ahora que el Mashadar estaba fuera. Seguramente lo había engatusado para llevarlo allí con la esperanza de que buscara entre las ruinas hasta que el Mashadar lo matara. Se volvió y se frenó en seco, agazapado contra la aguja de piedra. Dos trollocs avanzaban sigilosamente calle abajo, unas formas corpulentas embutidas en cota de malla negra, y casi cuatro palmos más altos que él. De las hombreras y coderas de la armadura sobresalían pinchos, y empuñaban picas con largas y negras puntas y ganchos de aspecto horrendo. A sus ojos, henchidos de *Saidin*, sus rostros resultaban claramente visibles, uno deformado por un pico de águila donde tendría que haber tenido la nariz y la boca, y el otro por un hocico de jabalí, con colmillos. Cada uno de sus movimientos gritaba su miedo; a los trollocs les encantaba matar, derramar sangre, pero Shadar Logoth los aterrorizaba. Habría Myrddraal por allí cerca; ningún trolloc habría entrado en esa ciudad sin que un Myrddraal lo obligara a ello. Y ningún Myrddraal lo habría hecho sin inducirlo Sammael. Todo lo cual significaba que el Renegado debía de seguir allí, o esos trollocs estarían corriendo hacia las puertas, no de caza. Y eso era exactamente lo que hacían. Aquel hocico de jabalí olisqueaba el aire buscando el rastro de un olor.

De pronto, una figura envuelta en harapos saltó desde una ventana encima de los trollocs y cayó sobre ellos con la lanza a punto de hincarse. Una Aiel, con el *shoufa* envuelto en la cabeza, pero con el velo colgando. El trolloc de pico de águila chilló cuando la moharra se hundió profundamente en su costado, y una segunda vez. Mientras su compañero caía, pataleando, el de hocico de jabalí giró a la par que gruñía y arremetió con saña, pero la mujer esquivó el ataque agachándose y la punta con gancho le pasó por encima; acto seguido hundió su lanza en el estómago de la

criatura, que se desplomó junto a la otra, hecha un ovillo y sacudiéndose.

Rand se puso de pie y echó a correr sin pensarlo.

—¡Liah! —llamó. La creía muerta, abandonada allí por él; muerta por él. Liah, de los Chareen Cosaida; ese nombre resaltó en la lista que había en su cabeza.

La mujer giró velozmente para enfrentarse a él, la lanza presta en una mano y la adarga redonda de piel de toro en la otra. El rostro que Rand recordaba tan bonito, a pesar de las cicatrices en ambas mejillas, estaba contraído por la ira.

—¡Míos! —siseó entre los dientes apretados, amenazadoramente—. ¡Míos! ¡Nadie puede venir aquí! ¡Nadie!

Rand se detuvo. Aquella lanza aguardaba, ansiosa por hundirse también en sus costillas.

—Liah, me conoces —dijo suavemente—. Me conoces. Te llevaré de vuelta con las Doncellas, con tus hermanas de lanza. —Le tendió la mano.

La cólera de la mujer desapareció para dejar paso a un gesto perplejo, fruncida la frente. Ladeó la cabeza.

—¿Rand al'Thor? —musitó lentamente. Sus ojos se abrieron mucho, bajaron hacia los trollocs muertos, y una expresión de terror pasó por su cara—. Rand al'Thor —susurró mientras se subía el velo con dedos temblorosos—. ¡El *Car'a'carn*! —gimió, y huyó a todo correr.

Rand fue en pos de ella, cojeando, trepando torpemente sobre los montones de cascajos esparcidos en la calle, tropezando, cayendo, rasgándose la chaqueta, cayendo otra vez, rodando y levantándose, todo sin dejar de correr. La debilidad de su cuerpo era lejana, así como el dolor, pero aun flotando en el profundo vacío sólo podía exigir esfuerzo a aquel cuerpo hasta cierto punto. Liah desapareció en la noche. «Tras la siguiente esquina sombría», pensó Rand.

Llegó renqueando hasta allí lo más deprisa que pudo. Y casi se dio de bruces con cuatro trollocs y un Myrddraal, la negrísima capa colgando inmóvil a su espalda, de manera antinatural, mientras el Fado se movía. Los trollocs gruñeron con sorpresa, pero el desconcierto sólo duró una fracción de segundo. Las lanzas con ganchos y las espadas con hojas como guadañas se alzaron; el Myrddraal empuñaba su acero negro como la muerte, una cuchilla que infligía heridas casi tan letales como la daga de Fain.

Rand ni siquiera intentó desenvainar la espada con la garza grabada que colgaba a su costado. Cual la muerte envuelta en una destrozada chaqueta roja, encauzó y una espada de fuego apareció en sus manos, latiendo con el palpito del *Saidin*, y cercenó una cabeza sin ojos. Habría sido más sencillo destruirlos a todos como había visto hacer a los Asha'man en los pozos de Dumai, pero cambiar los tejidos ahora podría costarle un segundo con resultados fatales. Esas espadas podían matarlo incluso a él. Atacó a las formas alumbradas en la oscuridad por la llama que sostenía en sus

manos, sombras volando sobre los rostros que se alzaban sobre él, rostros con hocicos de lobo, cabezas de carnero, crispados en el último grito cuando su ardiente espada hendía cota de malla y carne como si fueran mantequilla. Los trollocs dependían de su número y de su insuperable ferocidad; enfrentándose a él y a esa espada de Poder, habría dado lo mismo si se hubiesen quedado quietos y no hubiesen ido armados.

La espada desapareció entre sus dedos. Todavía en la última parte de la postura llamada *Enroscar el viento,* permaneció inmóvil en medio de los muertos. El último trolloc en caer todavía se sacudía y sus cuernos de carnero arañaban el pavimento. El Myrddraal descabezado aún agitaba los brazos, por supuesto, y sus pies pateaban frenéticamente; los Semihombres no morían enseguida, ni siquiera tras ser decapitados.

No bien había desaparecido la espada, cuando un rayo plateado cayó desde el cielo despejado, cuajado de estrellas.

El primer impacto se descargó con un ensordecedor estampido a cuatro metros de distancia. El mundo se tornó blanco y el vacío se hizo añicos. El suelo se combó bajo él al caer un segundo rayo, al que siguió un tercero. Rand no fue consciente de estar caído de bruces en la calle hasta ese momento. El aire chisporroteaba. Aturdido, se incorporó y corrió a trompicones huyendo de una andanada de rayos que resquebrajaron el pavimento hasta provocar el derrumbe de edificios. Siguió adelante, tambaleándose, sin importarle hacia dónde, siempre que fuera lejos de allí.

De repente su cabeza se despejó lo suficiente para ver dónde se encontraba; avanzaba dando tumbos a través de un vasto suelo de piedra cubierto de cascotes enormes, algunos tan grandes como él. Aquí y allí, agujeros irregulares y oscuros se abrían en las baldosas. Alrededor se alzaban por doquier altos muros, e hilera sobre hilera de balconadas que se extendían a lo largo de todo el perímetro. Sólo quedaba una pequeña porción de lo que antaño fuera un inmenso techo, en una esquina. Las estrellas brillaban en lo alto.

Dio otro paso tambaleante y el suelo cedió de repente bajo sus pies. Extendió las manos en un gesto desesperado; con un brusco tirón, la derecha se asió a un borde irregular y Rand quedó colgado sobre una negrura insondable. La caída podía ser de unos cuantos metros, hasta un sótano, o de un kilómetro; todo era posible. Podía enganchar bandas de Aire al borde del agujero, sobre su cabeza, para ayudarse a subir, sólo que… De algún modo, Sammael había percibido la mínima cantidad de *Saidin* utilizada en la espada. Se había producido un retraso antes de que los rayos se descargaran, pero no podía calcular cuánto tiempo había empleado en matar a los trollocs. ¿Un minuto? ¿Segundos?

Se impulsó y lanzó el brazo izquierdo hacia arriba en un intento de agarrar el borde del agujero. El dolor, que el vacío ya no amortiguaba, se hincaba en su costado

como una daga. Empezó a ver motitas negras y brillantes y, aún peor, la mano derecha le resbalaba en la piedra que se desmenuzaba, además de sentir que los dedos perdían fuerza. No le iba a quedar más remedio que… Una mano le agarró la muñeca derecha.

—Eres un necio —dijo la voz profunda de un hombre—. Puedes considerarte afortunado de que no quiera verte morir hoy. —La mano empezó a subirlo a pulso—. ¿No vas a poner nada de tu parte? —demandó la voz—. No pienso cargarte a los hombros ni matar a Sammael por ti.

Sacudiéndose el aturdimiento, Rand alzó la otra mano, asió el borde del agujero y se aupó a pesar del intenso dolor del costado. Y a pesar del lacerante dolor también se las arregló para recuperar el vacío y aferrar el *Saidin*. No encauzó, pero quería estar preparado.

Su cabeza y sus hombros se alzaron sobre el suelo y entonces Rand pudo ver al otro hombre, un tipo grande, poco mayor que él, con el cabello negro como la noche y una chaqueta también negra, semejante a la de los Asha'man. Rand nunca lo había visto. Al menos, no era uno de los Renegados, cuyos rostros conocía. O eso pensaba.

—¿Quién eres? —preguntó.

Todavía tirando de él, el hombre soltó una risa.

—Digamos que un trotamundos que pasaba por aquí. ¿De verdad quieres hablar ahora?

Rand no malgastó aliento y bregó hasta subir el torso sobre el suelo, luego la cintura. De pronto se dio cuenta de que un suave resplandor bañaba el suelo alrededor de los dos, como el brillo de una luna llena.

Se giró para mirar por encima del hombro y vio al Mashadar. De una balconada se desbordaba no un simple zarcillo, sino una ola brillante, gris plateada, que formaba un arco sobre sus cabezas, y descendía.

Sin pensarlo, su mano libre se alzó y el fuego compacto se disparó hacia lo alto, una barra de blanco fuego líquido que hendió la ola que se precipitaba sobre ellos. Vagamente advirtió que otra barra de pálido fuego compacto se alzaba de la mano libre del otro hombre, una barra que se descargó desde una dirección opuesta a la de la suya. Las dos convergieron.

Rand sufrió una sacudida cuando su cabeza retumbó como un gong, y el *Saidin* y el vacío se hicieron añicos. Lo veía todo doble, las balconadas, los cascotes de piedra esparcidos por el suelo. Parecía haber un par del otro hombre traslapándose el uno al otro, ambos asiéndose la cabeza con las manos. Rand parpadeó y buscó al Mashadar. La onda de brillante niebla se había retirado; permanecía un brillo en las balconadas, allá arriba, pero menguando, retrocediendo, al tiempo que a Rand se le aclaraba la vista. Al parecer, hasta el irracional Mashadar huía del fuego compacto.

Se puso de pie con movimientos inestables y tendió una mano al hombre caído.

Éste se incorporó por sí mismo, mirando con mal gesto la mano de Rand. Era más o menos de su estatura, algo poco corriente excepto entre los Aiel.

—Creo que lo mejor sería que nos pusiéramos en marcha cuanto antes. ¿Qué ha pasado aquí?

—No sé qué ha pasado —gruñó—. Corre, si quieres conservar la vida.

Siguió su propio consejo al punto y salió disparado hacia una hilera de arcos abiertos; no en la pared más próxima, ya que el Mashadar había venido de allí.

Tanteando en busca del vacío, Rand lo siguió renqueando tan deprisa como pudo, pero antes de que les diese tiempo de dejar atrás el espacio abierto, los rayos empezaron a caer otra vez cual una andanada de flechas plateadas. Los dos se zambulleron bajo los arcos, perseguidos por el estruendo de paredes y suelo desplomándose a su espalda, por nubes de polvo y una lluvia de piedras. Con la cabeza hundida entre los hombros, un brazo protegiéndose la cara y tosiendo, Rand corrió a través de una ancha estancia donde los inestables arcos sostenían el techo; empezaron a caer trozos de piedra.

Sin darse cuenta de lo que hacía, salió disparado a una calle y dio tres pasos tambaleantes antes de detenerse. El dolor del costado hacía que deseara encogerse, pero temió que las piernas le fallaran si lo hacía. El pie herido le palpitaba con lacerantes punzadas; tenía la impresión de que había pasado un año desde que aquel filamento rojo de Fuego y Aire le alcanzara el talón. Su rescatador lo estaba observando; cubierto de polvo de la cabeza a los pies, el tipo se las arreglaba para parecer un rey.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Rand—. ¿Uno de los hombres de Taim? ¿O has aprendido por ti mismo? Puedes ir a Caemlyn, ¿sabes?, a la Torre Negra. No tienes que vivir con miedo a las Aes Sedai. —Por alguna razón, decir aquello le hizo fruncir el entrecejo; no entendía por qué.

—Nunca he tenido miedo de las Aes Sedai —espetó el hombre, que luego inhaló profundamente—. Probablemente deberías marcharte de aquí ahora, pero si tu intención es quedarte y matar a Sammael, más te vale que intentes pensar como él. Has demostrado que puedes hacerlo. Siempre le ha gustado destruir a un hombre a la vista de uno de los triunfos de ese hombre. A falta de eso, servirá algún sitio que el hombre haya marcado como suyo.

—El Atajo —dijo lentamente Rand. Si podía decirse que hubiese marcado algo en Shadar Logoth, tenía que ser la puerta del Atajo—. Está esperando cerca del Atajo. Y ha puesto trampas. —Y seguramente salvaguardias también, como en Illian, para detectar a un hombre encauzando. Sammael había planeado aquello muy bien.

—Por lo visto sabes encontrar el camino, si se te lleva de la mano —rió irónicamente el otro hombre—. Intenta no tropezar. Serán muchos los planes que habrá que replantear si te dejas matar ahora.

El hombre se volvió y empezó a cruzar la calle hacia un callejón que había enfrente.

—Espera —llamó Rand. El tipo siguió andando, sin mirar atrás—. ¿Quién eres? ¿De qué planes hablas?

El hombre desapareció en el callejón. Rand fue en pos de él, pero cuando llegó a la boca del angosto paso, éste estaba vacío. Paredes lisas, sin puertas ni ventanas, se extendían a ambos lados sus buenos cien pasos hasta desembocar en la otra calle, donde un fulgor anunciaba que otra parte del Mashadar andaba suelta por allí, pero del hombre no había ni rastro, lo cual era de todo punto imposible. El tipo había tenido tiempo para hacer un acceso, desde luego, si sabía cómo, pero el residuo seguiría siendo visible y, además, tanta cantidad de *Saidin* tejiéndose a tan corta distancia lo habría advertido como si lo hubiera anunciado a voces.

De pronto cayó en la cuenta de que tampoco había percibido el *Saidin* cuando el hombre hizo el fuego compacto. Sólo pensar en eso, en los dos haces tocándose, hizo que volviera a ver doble. Por un instante, volvió a vislumbrar el semblante del hombre, perfectamente nítido cuando todo lo demás era borroso. Sacudió la cabeza hasta que su vista se aclaró.

—¿Quién, en nombre de la Luz, eres? —musitó. Y un momento después añadió —: ¿Qué eres?

Quienquiera o lo que quiera que fuera, el hombre se había marchado, pero Sammael seguía en Shadar Logoth. No sin esfuerzo, consiguió rodearse de nuevo por el vacío. La infección del *Saidin* vibraba ahora, abriéndose paso con su zumbido a lo más profundo de su ser; el propio vacío vibraba. Sin embargo, la debilidad de los músculos desmadejados y el dolor de las heridas remitieron. Iba a matar a uno de los Renegados antes de que acabara la noche.

Cojeando, se deslizó por las oscuras calles, plantando los pies con gran cuidado. Aun así seguía haciendo ruido, pero ahora la noche rebosaba de sonidos: chillidos y gritos guturales en la distancia. El irracional Mashadar mataba todo lo que encontraba, y los trollocs estaban muriendo en Shadar Logoth esa noche lo mismo que habían muerto hacía mucho, mucho tiempo. De tanto en tanto, al final de una calle perpendicular veía trollocs, dos, cinco o una docena, a veces con un Semihombre, pero eran las menos. Ninguno lo vio y Rand pasó de largo. Y no simplemente por el hecho de que Sammael detectara un encauzamiento. Aquellos trollocs y Myrddraal que el Mashadar no matara, estaban muertos de todos modos. Casi con toda seguridad, Sammael los había traído por los Atajos, pero por lo visto no comprendía exactamente cómo había marcado Rand la puerta del Atajo de allí.

A corta distancia de la plaza donde se hallaba dicha puerta, Rand se paró y escudriñó en derredor. Cerca se alzaba una torre aparentemente intacta. Aunque no alcanzaba la altura de otras, su parte superior se erguía a más de cincuenta metros del

suelo. El oscuro umbral de su base no tenía puerta, ya que la madera se había podrido mucho tiempo atrás y los goznes se habían convertido en polvo. A través de la oscuridad, aliviada únicamente por el débil fulgor de las estrellas que penetraba a través de las ventanas, Rand subió lentamente la escalera en espiral, levantando pequeñas nubes de polvo al plantar los pies y sintiendo una punzada de dolor subiéndole por la pierna cada dos pasos. Un dolor vago, lejano. En lo alto de la torre, se recostó en el parapeto para recuperar el aliento. Le vino a la mente la peregrina idea de que lo esperaba una buena cuando Min se enterara de esto. O cuando se enteraran Amys o Cadsuane, para el caso.

Por encima de los tejados derrumbados divisaba la gran plaza que había sido una de las más importantes de Aridhol. Antaño, una arboleda Ogier había cubierto esa zona, pero antes de que hubiesen transcurrido treinta años desde que los Ogier acabaran de construir la parte más antigua de la ciudad, sus residentes habían talado los árboles para que siguiera la expansión de Aridhol. Palacios, más o menos en ruinas, rodeaban la inmensa plaza; el fulgor del Mashadar brillaba tras algunas ventanas, y un gran montón de escombros tapaba uno de sus extremos, pero en el centro se encontraba la puerta del Atajo, en apariencia un muro de piedra alto y ancho. Rand no estaba lo bastante cerca para distinguir las hojas y parras delicadamente cinceladas que lo cubrían, pero sí divisaba los fragmentos desmoronados de la alta verja que en otros tiempos lo rodeaba; los fragmentos de metal forjado con el Poder, desplomados en un montón pero inmunes a la herrumbre, brillaban sin mácula en la noche. También percibía la trampa que había tejido alrededor de la puerta al Atajo, invertida para que sólo fuera visible a sus ojos. Imposible saber si los trollocs y Semihombres habían pasado por ella desde esa distancia, pero si lo habían hecho no tardarían en morir. Algo desagradable. Fueran cuales fuesen las trampas que Sammael hubiera preparado allí, para él resultaban invisibles, pero eso era de esperar. A buen seguro tampoco serían muy agradables.

Al principio no localizó al Renegado, pero entonces alguien se movió entre las columnas acanaladas de un palacio. Rand esperó. Quería estar seguro, ya que sólo dispondría de una oportunidad. La figura salió de entre las columnas a la plaza apenas un paso, y giró la cabeza a uno y otro lado: Sammael —lo delataba la blanquísima chorrera de encaje en el cuello— esperaba verlo entrar en la plaza, cayendo en las trampas. Tras el Renegado, el brillo de las ventanas del palacio se intensificó. Sammael escudriñó la oscuridad del otro lado de la plaza, y el Mashadar se derramó por las ventanas en forma de espesas volutas de niebla gris plateada, que se deslizaron hasta converger, cernidas sobre la cabeza del hombre. El Renegado caminó unos pasos hacia un lado, y la onda empezó a descender, cobrando velocidad lentamente a medida que caía.

Rand sacudió la cabeza. Sammael era suyo. Los flujos requeridos para el fuego

compacto parecieron formarse por voluntad propia, en contra del lejano eco de la voz de Cadsuane. Rand alzó una mano.

Un grito desgarró la oscuridad, el chillido de una mujer presa de un dolor indescriptible. Rand vio que Sammael se volvía para mirar hacia un gran montón de cascotes un instante antes de que sus propios ojos giraran en aquella dirección. En lo alto del montículo, una figura vestida con chaqueta y pantalones se recortaba contra el cielo nocturno; un zarcillo del Mashadar le tocaba una pierna. Con los brazos extendidos, la mujer se sacudía y tiraba, incapaz de moverse del sitio, y su inarticulado lamento parecía pronunciar el nombre de Rand.

—Liah —susurró él. En un gesto inconsciente extendió los brazos, como si pudiera salvar la distancia y arrancarla de allí. Sin embargo, nada podía salvar aquello que el Mashadar tocaba, del mismo modo que nada lo habría salvado a él si la daga de Fain se hubiese hundido en su corazón—. Liah —susurró de nuevo. Y el fuego compacto salió disparado de su mano.

Durante una fracción de segundo, la figura de la mujer pareció seguir encontrándose allí, toda ella un fuerte contraste de negros y blancos intensos, y luego desapareció, muerta antes de que empezara su agonía.

Gritando, Rand barrió con el fuego compacto el aire, en dirección a la plaza, los cascotes desmoronándose sobre sí mismos, derramando muerte fuera de tiempo y espacio… y soltó el *Saidin* antes de que la barra de fuego blanca tocara la riada del Mashadar que ahora se desbordaba a través de la plaza, pasando en arremolinadas volutas ante la puerta del Atajo, en dirección a los ríos de niebla gris plateada que fluían desde otro palacio del lado opuesto. Sammael tenía que estar muerto. Tenía que estarlo. No había tenido tiempo de huir, de tejer un acceso y, si lo hubiese hecho, él habría percibido el *Saidin* funcionando. Sammael había muerto, asesinado por algo más perverso que él. La emoción se agolpó en el exterior del vacío; Rand quiso echarse a reír, o tal vez romper a llorar. Había ido allí para matar a uno de los Renegados, pero en cambio había matado a una mujer a la que había abandonado a su suerte en aquel lugar horrendo.

Permaneció en lo alto de la torre largo rato mientras la luna menguante se desplazaba por el cielo, contemplando cómo el Mashadar llenaba completamente la plaza hasta que sólo la parte superior de la puerta del Atajo quedó por encima del mar de niebla. Si Sammael hubiese estado vivo habría podido matar fácilmente al Dragón Renacido entonces. Rand no tenía la seguridad de que le hubiese importado. Finalmente, abrió un acceso para Rasar y creó una plataforma, un disco sin barandilla, mitad negro, mitad blanco. Rasar era más lento que Viajar; le costó casi media hora llegar a Illian, y durante todo el camino grabó a fuego en su cerebro, una y otra vez, el nombre de Liah, flagelándose con él. Ojalá pudiera llorar, pero parecía que hubiese olvidado cómo hacerlo.

Bashere, Dashiva y los Asha'man lo esperaban en el Palacio Real, en el salón del trono. Era exactamente igual que la estancia que había visto en el palacio del otro lado de la plaza, tanto las lámparas de pie, las escenas cinceladas en las paredes de mármol y el ancho estrado de gradas blancas. Todo igual excepto por sus dimensiones, algo más grandes, y porque en lugar de haber nueve sillones en el estrado sólo había un gran trono dorado, con los brazos tallados a semejanza de leopardos y con nueve abejas doradas, del tamaño de un puño, que quedarían por encima de la cabeza de quienquiera que se sentara en él. Rand se dejó caer pesadamente en las gradas.

—Supongo que Sammael está muerto —dijo Bashere mientras lo miraba de arriba abajo, todo él cubierto de polvo y con la chaqueta desgarrada.

—Lo está —contestó Rand.

—La ciudad es nuestra —añadió Bashere tras soltar un sonoro suspiro de alivio —. O, debería decir, vuestra. —De repente se echó a reír—. La lucha cesó enseguida cuando las personas adecuadas descubrieron que erais vos. Al final, no ha sido para tanto. —A lo largo de la manga rasgada había una mancha de sangre seca—. El Consejo ha esperado con impaciencia vuestro regreso. Ansiosamente, podría decirse —añadió con una sonrisa irónica.

Ocho hombres sudorosos permanecían de pie al otro extremo de la sala del trono desde que Rand había aparecido. Vestían oscuras chaquetas de seda, con bordados en oro o plata en las solapas y las mangas, y chorreras de encaje en el cuello y las bocamangas. Algunos llevaban barba, con el labio superior afeitado, pero todos ellos lucían una ancha banda de seda verde sobre el pecho, con nueve abejas equidistantes a lo largo del tafetán, bordadas en oro.

A un gesto de Bashere, se adelantaron haciendo reverencias a Rand cada tres pasos, tal como si se encontraran en presencia de un hombre vestido con las mejores galas que pudieran imaginarse. Uno de ellos, un hombre alto, carirredondo y con una de esas barbas peculiares, parecía ser el líder; denotaba una dignidad innata, aunque se advertía cierta tensión producto de la preocupación.

—Milord Dragón —saludó al tiempo que volvía a inclinarse mientras se llevaba las manos al corazón—. Perdonadme, pero ha sido imposible encontrar a lord Brend por ninguna parte, y…

—Ni se lo encontrará —lo interrumpió Rand, impasible.

Su tono hizo que un músculo de la cara del hombre se crispara en un tic nervioso, y el noble tragó saliva.

—Como digáis, milord Dragón —murmuró—. Soy lord Gregorin den Lushenos, milord Dragón. En ausencia de lord Brend, hablo en nombre del Consejo de los Nueve. Os ofrecemos… —Un ademán vigoroso de su mano hizo que otro hombre, más bajo y sin barba, se adelantara con un cojín cubierto con un paño de seda verde

—. Os ofrecemos Illian. —El hombre más bajo retiró el trozo de seda y dejó a la vista una corona, un grueso aro de oro de cinco centímetros de ancho, con hojas de laurel —. La ciudad es vuestra, por supuesto —continuó Gregorin, ansiosamente—. Hemos sofocado toda resistencia y os ofrecemos la corona, el trono y todo Illian.

Rand miró fijamente la corona posada en el cojín, sin mover un solo músculo. Las gentes de Tear habían creído que su intención era coronarse rey, y en Cairhien y en Andor habían temido que hiciera lo mismo, pero nadie le había ofrecido una corona hasta entonces.

—¿Por qué? ¿Tan dispuesto está Mattin Stepaneos a renunciar a su trono?

—El rey Mattin desapareció hace dos días —dijo Gregorin—. Algunos de nosotros tememos que… Sospechamos que lord Brend tiene algo que ver con ello. Brend impone su… —Calló y tragó saliva—. Brend ejerce mucha influencia sobre el rey, algunos dirían que demasiada, pero algo lo mantuvo distraído en los últimos meses, y Mattin había empezado a reafirmar su autoridad.

Jirones de la mugrienta manga de la chaqueta y de la camisa colgaron cuando Rand extendió la mano para coger la Corona de Laurel. El dragón enroscado en su antebrazo relució con la luz de las lámparas tan brillantemente como la propia corona de oro. Rand la giró entre sus manos.

—Aún no habéis dicho por qué. ¿Es porque os he conquistado?

Había conquistado Tear y Cairhien también, pero algunos todavía se revolvían contra él en ambos países; sin embargo, la conquista parecía el único camino factible.

—En parte sí —repuso secamente Gregorin—. Con todo, podríamos haber elegido a uno de los nuestros; no sería la primera vez que sale un rey de entre los miembros del Consejo. Sin embargo, el grano que ordenasteis enviar desde Tear hizo que vuestro nombre estuviera en boca de todos unido a la Luz. Sin ese grano, muchos habrían muerto de hambre, ya que Brend se valió de todas las tretas para que el pan fuera a parar al ejército.

Rand parpadeó y retiró prestamente una mano para llevarse a la boca un dedo que se había pinchado. Casi enterradas entre las hojas de laurel de la corona había afiladas puntas de espadas. ¿Cuánto tiempo hacía que había ordenado a los tearianos que vendieran grano a su enemigo ancestral o que afrontaran la muerte si se negaban a hacerlo? Después de iniciar los preparativos para invadir Illian, en ningún momento se le pasó por la cabeza que habían seguido enviándolo. Tal vez tuvieron miedo de sacarlo a colación, pero también les dio miedo interrumpir los envíos. A lo mejor se había ganado cierto derecho a esa corona.

Con cuidado, se puso el aro de hojas de laurel. La mitad de aquellas espadas apuntaban hacia arriba, y la otra mitad, hacia abajo. Ninguna cabeza llevaría esa corona despreocupada ni fácilmente. Gregorin hizo una reverencia.

—Que la Luz ilumine a Rand al'Thor, rey de Illian —entonó, y otros siete señores

imitaron su gesto al tiempo que repetían:

—Que la Luz ilumine a Rand al'Thor, rey de Illian.

Bashere se contentó con inclinar la cabeza —después de todo, era tío de una reina —, pero Dashiva gritó:

—¡Salve, Rand al'Thor, rey del mundo!

Flinn y los otros Asha'man se sumaron al grito.

—¡Salve, Rand al'Thor, rey del mundo!

—¡Salve, rey del mundo!

Aquello sonaba bien.

La historia de lo ocurrido se propagó como ocurre con las historias y cambió, como también cambian las historias, con el tiempo y la distancia; se difundió desde Illian en los barcos costeros, en caravanas de carretas de mercaderes y con palomas enviadas en secreto, extendiéndose como las ondas en un agua tranquila, mezclándose con otras ondas y creando otras nuevas. Un ejército había llegado a Illian, contaban, un ejército de Aiel, de Aes Sedai que surgían de la nada, de hombres que podían encauzar cabalgando en bestias aladas, e incluso un ejército de saldaeninos, aunque eso último muy pocos lo creyeron. Unas versiones decían que el Dragón Renacido había recibido la Corona de Laurel de manos del Consejo de los Nueve. Otras, que se la había entregado el propio Mattin Stepaneos, rodilla en tierra. Algunos, que el Dragón Renacido había arrancado la corona de la cabeza a Mattin, para después clavar esa cabeza en una pica. No, el Dragón Renacido había arrasado Illian hasta los cimientos, enterrando al viejo rey bajo los escombros. No, él y su ejército de Asha'man habían prendido fuego a Illian hasta reducirla a cenizas. No, era Ebou Dar la que había destruido, después de Illian.

Un dato, sin embargo, se repetía en todas aquellas versiones. La Corona de Laurel de Illian tenía ahora un nombre nuevo: la Corona de Espadas.

Y, por alguna razón, los hombres y las mujeres que relataban las historias sentían a menudo la necesidad de añadir unas palabras casi idénticas: la tormenta se acerca, decían, mientras miraban hacia el sur con preocupación. La tormenta se acercaba.

Señor de los rayos, jinete de la tormenta,
portador de la Corona de Espadas, hilador del destino.
Aquel que cree que hace girar la Rueda del Tiempo,
puede que descubra la verdad demasiado tarde.

Extraído de la versión incompleta de
Las Profecías del Dragón, atribuida a lord Mangore Kiramin,
bardo-espadachín de Aramelle y Guardián de Caraighan Maconar,
traducida a lo que entonces se denominaba lengua vulgar
(alrededor del 300 DD)

Glosario



Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en quien no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Sin embargo, se ha creado un ejemplar de una versión sin correa, y se cree que existe otra variante, única en su clase, que permite a una mujer controlar a un hombre capaz de encauzar. Si a un hombre de estas características se lo vincula por medio de un *a'dam* corriente a una mujer que también encauza, el resultado más probable es la muerte de ambos. Cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía, el simple hecho de tocar el *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza. (Véanse coligación y seanchan.)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de

la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

algai'd'siswai: En la Antigua Lengua, «guerreros lanceros» o «guerreros de la lanza». Es el nombre por el que se conoce a los Aiel que pueden manejar la lanza y tomar parte en batallas de manera habitual, a diferencia de aquellos otros dedicados a profesiones artesanales.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de este o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altaraneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos posee tan escaso poder que muchos nobles poderosos han desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho. La bandera de Altara muestra dos leopardos dorados sobre un campo ajedrezado de cuatro por cuatro, en rojo y azul. El emblema de la casa Mitsobar es un ancla verde y una espada, dispuestas en cruz. (Véase Mujer Sabia.)

amansar: Eliminar la capacidad de un varón para encauzar el Poder Único. La mayoría de la gente considera esto necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. Antaño

considerado permanente, en la actualidad hay quienes saben que puede ser reversible merced a una técnica de Curación altamente especializada. (Véase neutralización.)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Forzosamente reservados, se organizan en grupos llamados «círculos» y los miembros de uno de estos círculos rara vez —o nunca— conocen a los integrantes de otro. El rango en el mundo exterior no tiene por qué ir parejo con el rango en los círculos; un rey o una reina que sea Amigo Siniestro debe obedecer incluso a un mendigo si éste le muestra los signos adecuados. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías; Amys es segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, mediante el cual quienes son capaces de encauzar el Poder Único pueden manejar una cantidad superior a la que podrían utilizar sin esa ayuda o sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también encauzar, *sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antecámara de la Torre: Cuerpo legislativo de las Aes Sedai y que tradicionalmente estaba compuesto por tres Asentadas de cada uno de los siete Ajahs. En la actualidad, existe una Antecámara funcionando en la Torre Blanca que no cuenta con Asentadas del Ajah Azul, y otra entre las Aes Sedai que se oponen a Elaida do Avriny a'Roihan. Esta Antecámara rebelde no cuenta con Asentadas del Ajah Rojo. Aunque, por ley, la Sede Amyrlin es el poder absoluto en la Torre Blanca, de hecho ese poder siempre ha dependido de su habilidad para dirigir, controlar o intimidar a la Antecámara, ya que hay muchos modos de que las integrantes de este cuerpo legislativo puedan obstaculizar los planes de la Amyrlin. Para que ciertos asuntos se aprueben por la Antecámara, puede requerirse alguno de los dos niveles de acuerdo que existen: el consenso simple y el consenso plenario. Este último exige que asista un mínimo de once Asentadas y que todas las hermanas que se encuentran presentes se pongan de pie para mostrar su acuerdo; también se requiere una Asentada como mínimo de cada Ajah, salvo cuando el asunto presentado a la Antecámara es la destitución de una Amyrlin o una Guardiana, en cuyo caso el Ajah al que perteneció ésta no será informado de la votación hasta que la decisión haya sido tomada. El consenso simple también requiere un quórum de once Asentadas, pero sólo es necesario que se pongan de pie dos tercios de las asistentes para que el tema a debate se apruebe. Otra diferencia es que no se precisa que haya

representación de todos los Ajahs en un consenso simple salvo en el caso de una declaración de guerra hecha por la Torre Blanca; éste es uno entre varios temas que se dejan en manos del consenso simple, aunque son muchas las personas que opinan que debería someterse al consenso plenario. La Sede Amyrlin puede exigir la dimisión de cualquier Asentada o, de hecho, de todas las integrantes de la Antecámara, y esa petición ha de ser tenida en cuenta. Sin embargo, esto rara vez ocurre ya que no hay ningún impedimento para que un Ajah vuelva a votar a la misma Asentada o las mismas Asentadas, excepto la costumbre de que las hermanas no sirven de nuevo en la Antecámara después de dejar el puesto. Como ejemplo de lo serio que sería una exigencia de dimisión general, se tiene por cierto que algo así sólo ha ocurrido en cuatro ocasiones durante los más de tres mil años de existencia de la Torre Blanca, y que, mientras que en dos de los casos el resultado fue la selección de una Antecámara totalmente renovada o casi, los otros dos derivaron en la dimisión y el exilio de la Amyrlin implicada en cada ocasión.

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase Era de Leyenda.)

Asesinos del Árbol: Nombre despectivo con que los Aiel designan a los cairhieninos, junto con el de «quebrantadores de juramentos». Ambos hacen referencia a la orden del rey Laman de cortar *Avendoraldera*, un regalo de los Aiel, acto con el que se rompieron los juramentos hechos en el momento de entregar el regalo. Para los Aiel, ambos términos están a la altura de los peores insultos que pueden dirigirse a una persona. (Véase Guerra de Aiel.)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Defensor», con una fuerte implicación de que es un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre adoptado por los seguidores del Dragón Renacido, hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, a fin de aprender a encauzar. Algunos van porque han soñado siempre con poder encauzar a pesar de los terribles riesgos que implica, mientras que otros se quedan únicamente porque el hecho de pasar la prueba de habilidad para aprender los ha puesto en el camino de encauzar el Poder y ahora deben aprender a controlarlo antes de que los mate. No sólo se instruyen en el uso del Poder Único, sino también en el manejo de la espada y en la lucha Aiel practicada con manos y pies. Los Asha'man, que visten unas características chaquetas negras, se dividen conforme al nivel de conocimientos que han alcanzado, siendo el inferior el de soldado. El siguiente nivel es el de Dedicado y se indica con un alfiler de plata con forma de espada, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta. El nivel más alto se llama simplemente Asha'man, y se reconoce por un alfiler esmaltado en rojo y oro

con la forma de un dragón, que se lleva prendido en el cuello de la chaqueta, al otro lado de la espada de plata. A diferencia de las Aes Sedai, que hacen todo lo posible para asegurarse de que las mujeres a las que enseñan no avancen demasiado deprisa por considerarse peligroso, a los Asha'man se les exige muchísimo y se los presiona desde el principio, en especial a que aprendan a usar el Poder como un arma. El resultado es que, mientras que en la Torre Blanca se hablará con horror durante años de una novicia que haya muerto o se haya neutralizado durante su aprendizaje, en la Torre Negra se da por sentado que cierto número de soldados Asha'man morirá o se consumirá al intentar aprender. La existencia de los Asha'man y su conexión con el Dragón Renacido ha hecho que algunas Aes Sedai se replanteen la necesidad imperiosa de amansar varones que encauzan, si bien muchas no han cambiado un ápice su opinión al respecto. (Véanse amansar y neutralización.)

Asunawa Rhadam: Inquisidor Supremo de la Mano de la Luz. A sus ojos, interferir con el Poder Único es usurpar el poder del Creador y la causa de todos los males del mundo. Tiene como meta principal destruir a todo aquel que pueda encauzar o incluso que desee hacerlo; en el ejercicio de su ministerio, la Mano de la Luz debe arrancar a estas personas la confesión de su pecado antes de ejecutarlas. (Véase interrogadores.)

Atha'an Miere: Véase Marinos, los.

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase Mayene.)

Birgitte: Guardián de Elayne Trakand; posiblemente sea la primera mujer que desempeña esa tarea, algo que ha ocasionado no pocas dificultades aparte de las que eran de esperar en tales circunstancias. En realidad es la legendaria heroína de los relatos conocida por ese nombre y se contaba entre los héroes llamados a volver de la tumba con la llamada del Cuerno de Valere, pero fue trasladada violentamente del *Tel'aran'rhiod* al mundo material durante una refriega con Moghedien y el único modo que tuvo Elayne de salvarla de la muerte fue vinculándola a ella. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véanse Cuerno de Valere, Guardián y Renegados.)

Bryne, Gareth: Antaño capitán general de la Guardia Real de Andor, en la actualidad tiene a su mando el ejército de las Aes Sedai que se han rebelado contra la autoridad de Elaida do Avriny a'Roihan. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. Su relación con Siuan Sanche es tan problemática y perturbadora para él como para la propia Siuan. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas de cinco puntas.

cadin'sor: Atuendo de los Aiel *algai'd'siswai*, compuesto por chaqueta y calzones

en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa. (Véase *algai'd'siswai*.)

Cadsuane Melaidhrin: Una Aes Sedai del Ajah Verde que casi ha alcanzado la categoría de legendaria entre las hermanas estando aún viva, aunque en realidad la mayoría de las Aes Sedai creen que debe de llevar muerta años a estas alturas. Nacida alrededor del 705 NE, lo que la convertiría en la Aes Sedai de más edad viva, también había sido la más fuerte en el Poder durante los últimos mil años hasta la aparición de Nynaeve, Elayne y Egwene, e incluso ellas no la superan en mucho. A lo largo de los años y aun siendo una Verde, Cadsuane ha capturado más hombres con capacidad para encauzar que cualquier otra hermana viva; un dato curioso y apenas conocido es que los hombres que llevó a la Torre Blanca solían vivir durante un tiempo considerablemente superior después de haber sido amansados que aquellos capturados por otras hermanas.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. Quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, la nación de Cairhien no se había recuperado totalmente del desastre cuando el asesinato de rey Galldrain (998 NE) sumió al país en una guerra de sucesión que sólo se interrumpió con la invasión de los Shaido, a la que muchos han dado en llamar Segunda Guerra de Aiel, si bien la ciudad se salvó por la intervención de otros Aiel al mando de Rand al'Thor. Posteriormente la mayoría de los nobles cairhieninos, así como muchos de Tear, juraron fidelidad al Dragón Renacido, pero en un país donde el Juego de las Casas se ha convertido en un arte, no es de extrañar que incluso muchos de los que prestaron juramento estén dispuestos a intrigar a fin de obtener cualquier ventaja que se les presente. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase Guerra de Aiel).

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño). Aunque muchas festividades se celebran en todas partes (como la Fiesta de las Luces, con la que termina el año viejo y comienza el nuevo), todos los países tienen también las suyas propias, y en muchos casos ocurre otro tanto con ciudades y pueblos. En general, las Tierras Fronterizas son las que cuentan con menos festividades, en tanto que las ciudades de Illian y Ebou Dar son las que tienen mayor número.

Caraighan Maconar: Hermana Verde legendaria, la heroína de centenares de aventuras a quien se le atribuyen proezas que incluso algunas Aes Sedai consideran

inverosímiles a pesar de estar consignadas en los legajos de la Torre Blanca, como por ejemplo que sofocó una rebelión en Mosadorin sin ayuda de nadie o que acabó con los Disturbios de Comaidin cuando no tenía Guardianes. En el Ajah Verde se la tiene por el arquetipo de una hermana Verde. (Véanse: Aes Sedai y Ajah.)

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche en manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón.

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo. Participar en una coligación es, normalmente, un acto voluntario que requiere, cuando menos, el consentimiento, pero en ciertas circunstancias un círculo ya formado y lo bastante grande puede hacer entrar a la fuerza a otra mujer, siempre y cuando no haya ningún hombre participando en él. Que se sepa, es imposible obligar a un varón a entrar en un círculo por muy grande que sea éste. El número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres, si bien hay coligaciones en las que el número de varones aumenta y el de las féminas disminuye. Pero, salvo en las integradas por un hombre y una mujer, dos hombres y una mujer o dos hombres y dos mujeres, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece integrantes. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse Aes Sedai.)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Compañía de la Mano Roja: 1) Una legendaria compañía de héroes (*Shen an Calhar*) del tiempo de la Guerra de los Trollocs y cuyos integrantes murieron en la batalla de Campo de Aemon, cuando Manetheren sucumbió. 2) Una unidad militar

que se creó para seguir a Mat Cauthon. En la actualidad marcha a corta distancia del contingente de las Aes Sedai rebeldes y su ejército, y tiene órdenes de conducir a Egwene al'Vere bajo la protección de Rand al'Thor, si es que expresa su deseo de escapar de su situación actual, así como también a cualquier otra hermana que quiera unirse a ella.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países. Entre las Aes Sedai son pocas las que saben que el Cuerno se ha encontrado y ha sido usado o que ahora está escondido en la Torre Blanca.

Ebou Dar: Capital de Altara cuyo puerto es uno de los más grandes. Tiene muchas costumbres extrañas que resultan difíciles de asimilar para un forastero. (Véase Altara.)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin, aunque existe una oponente que reclama para sí dicho título. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación.

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase Guardián.)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. A partir de la revelación de que los antepasados de los Aiel eran en realidad pacifistas y seguidores de la Filosofía de la Hoja, un gran número de *gai'shain* se ha negado a quitarse las ropas blancas una vez cumplido su período de servicio. Además, aunque una tradición que tiene tanto peso como una ley estipula que no se puede hacer *gai'shain*

a nadie que no siga el *ji'e'toh*, los Aiel Shaido han empezado a poner los ropajes blancos de servidumbre a cairhieninos y otros prisioneros capturados, y se está extendiendo la opinión de que, puesto que estas personas no siguen el *ji'e'toh*, no es obligatorio liberarlas al cumplirse el plazo de un año y un día.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad Damodred. Está metido en más de un aprieto; desprecia a las Aes Sedai y, sin embargo, ha jurado servirles; odia a Rand al'Thor, pero aun así ha prometido no alzar la mano contra él. Y todo ello por el inmenso amor que profesa a Egwene al'Vere, aunque ignora que ésta no sólo se ha convertido en Aes Sedai, sino que es la Sede Amyrlin que disputa el puesto a la Amyrlin que él reconoce como legítima. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja que no les permite el uso de la violencia en ninguna circunstancia. A los Tuatha'an que quebrantan este principio se los llama «los Perdidos» y los demás actúan como si ya no existieran.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. A través del vínculo, Guardián y Aes Sedai comparten ciertas sensaciones físicas y anímicas experimentadas por el otro, que perciben como algo propio. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por muy lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. Conforme a todos los documentos históricos, los Guardianes siempre han sido varones, pero una mujer ha sido vinculada recientemente, y se han puesto de manifiesto algunas diferencias en los efectos. (Véase Birgitte.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el

Avendoraldera, cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse Cairhien y Columna Vertebral del Mundo.)

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente, no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales. Un varón Aiel que se encuentra en esta situación sólo tiene la opción de casarse con las dos mujeres o con ninguna de ellas; si ya tiene una esposa que decide adoptar una primera hermana, entonces se encuentra con que tiene una segunda esposa.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothai Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que sólo ellos poseen la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase interrogadores.)

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre. Illian es enemiga irreconciliable de Tear desde tiempos remotos. Su enseña representa nueve abejas doradas sobre campo verde.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una

vara de pastor de color rojo sangre. (Véase Hijos de la Luz.)

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear que está enamorado de una mujer a la que nunca imaginó que podría amar.

Juramentados del Dragón: Término con el que designan a los partidarios del Dragón Renacido quienes, generalmente, se oponen a él o al menos creen que son neutrales. De hecho, muchas de las personas a las que dan ese nombre no han hecho ningún tipo de juramento y con frecuencia también se aplica a bandidos y asaltantes, algunos de lo cuales afirman serlo con la esperanza de que el nombre ponga fin a la resistencia de sus víctimas. Son innumerables las atrocidades cometidas por gentes que aseguran ser Juramentados del Dragón.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne y que anteriormente lo fue también de Morgase, su madre, así como de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos. Jamás se hará a la idea de que las niñas que estuvieron a su cargo se han hecho mayores.

Logain Ablar: Nacido en Ghealdan el 972 NE, se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. El restablecimiento de su habilidad para encauzar, sucedido por accidente, fue la primera indicación de que tal pérdida no era algo permanente. Confinado tras su Curación, volvió a escapar y se desconoce su paradero actual. (Véanse amansar y neutralización.)

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos y les desagrada profundamente alejarse del océano. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida, lo que les otorga un aire de exotismo y misterio, y ha

dado pie a que corran historias sobre ellos que en su mayoría son descabelladas. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos, que se cuentan entre las naves de mayor tamaño además de ser, con mucho, los más veloces. Los habitantes de las ciudades portuarias los consideran negociantes habilidosos que aventajan incluso a los célebres domani. Puesto que la supervivencia en alta mar a menudo depende de la obediencia inmediata, no es de sorprender que los Atha'an Miere se aferren estrictamente a su jerarquía, bien que en ciertos aspectos la tolerancia es sorprendente. Los Atha'an Miere están divididos en numerosos clanes, tanto grandes como pequeños, cada cual dirigido por una Señora de las Olas. Por debajo de ella se encuentran las Navegantes, las capitanas de barco del clan. La autoridad de una Señora de las Olas es muy vasta, si bien las encargadas de elegirla para esa posición son las doce Navegantes de mayor edad del clan y puede ser destituida por orden de la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. La Señora de los Barcos tiene un nivel de autoridad que envidiaría cualquier rey o reina «confinados en tierra», como llaman los Marinos a los habitantes de tierra firme; no obstante, también es elegida, vitaliciamente, por el voto unánime de las doce Señoras de las Olas de más edad, a las que se las conoce como las Doce Primeras de los Atha'an Miere. (La denominación de «las Doce Primeras» también se utiliza para las doce Señoras de las Olas o Navegantes de mayor edad presentes en una asamblea.) El puesto de Maestro de Armas lo ostenta un hombre que puede ser o no el marido de la Señora de los Barcos. Es responsabilidad suya la defensa y el comercio de los Marinos, y por debajo de él están los Maestros de Espada de las Señoras de las Olas y los Maestres de Cargamento de las Navegantes, que poseen puestos y deberes semejantes; para todos ellos, cualquier autoridad fuera de estas áreas la tienen sólo como delegados de la mujer a la que sirven. La decisión de adónde y cuándo navega cualquier barco es prerrogativa de la Navegante; pero, puesto que el comercio y las finanzas están por completo en manos del Maestre de Cargamento (o, a niveles superiores, del Maestro de Espada o el Maestro de Armas), es necesaria una estrecha colaboración entre ambas partes. Todos los bajeles de los Marinos, por pequeños que sean, y también todas las Navegantes, cuentan con una Detectora de Vientos, una mujer que en la mayoría de los casos está capacitada para encauzar y es ducha en el Tejido de Vientos, como los Atha'an Miere llaman a la manipulación del tiempo. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas, que a su vez tienen autoridad sobre las Detectoras de Vientos de las Navegantes de sus clanes. Una peculiaridad de los Marinos es que todos deben empezar en el nivel más bajo y trabajar duro para ascender de rango, y que cualquiera de ellos, salvo la Señora de los Barcos, puede ser destituido por quienes están por encima de él; en circunstancias extremas, incluso puede acabar de nuevo en el escalafón más bajo.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado, aunque posteriormente escapó, al parecer con la ayuda de sus seguidores. No sólo puede encauzar, sino que es muy fuerte en el Poder, y ahora ostenta el cargo de M'Hael («líder» en la Antigua Lengua) de los Asha'man. (Véase Asha'man.)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas en una compleja ceremonia celebrada en presencia de las Sabias, después de la cual los otros Aiel las consideran como verdaderas hermanas gemelas, si bien unas gemelas con dos madres. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante.

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul, nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien, y que desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada. Puesto que ha localizado al Dragón Renacido y matado a otro Renegado, Be'lal, ya se la empieza a ver como una de esas heroínas legendarias. (Véase Renegados.)

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Mujer Sabia: Cualquiera de las legendarias sanadoras de Ebou Dar a quienes se distingue por llevar un cinturón rojo. De sus conocimientos terapéuticos y su gran competencia con las hierbas medicinales se habla incluso hasta en las Tierras Fronterizas, llegando a estar considerada su labor como la mejor después de la Curación practicada por las Aes Sedai. Aunque Ebou Dar es una ciudad cosmopolita, donde los forasteros afincados en ella se unen frecuentemente a los numerosísimos gremios existentes, se da el hecho curioso de que apenas hay Mujeres Sabias que sean ebudarianas.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el

acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia; la última vez que se llevó a cabo fue en el 859 NE. Las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el vacío dejado por el Poder Único. Aunque siempre se había creído que la neutralización era irreversible, se ha descubierto recientemente un método de Curación, bien que parecen existir límites en su recuperación que aún tienen que ser investigados.

Padan Fain: Antaño un buhonero que comerciaba en Dos Ríos y Amigo Siniestro, fue transformado en Shayol Ghul de manera que no sólo se lo capacitó para encontrar al joven que se convertiría en el Dragón Renacido del mismo modo que un perro encuentra la presa para el cazador, sino que también se le inculcó la necesidad perentoria de hallarlo. El horrible dolor padecido mientras se llevaba a cabo dicha transformación infundió en Fain un odio profundo tanto por el Oscuro como por Rand al'Thor. Mientras seguía el rastro de al'Thor se encontró con el espíritu de Mordeth, confinado en Shadar Logoth, y éste intentó apoderarse del cuerpo de Fain. Sin embargo, a causa de la transmutación sufrida en Shayol Ghul por el antiguo buhonero, en la fusión resultante de ambos predomina en mayor medida la naturaleza Fain, el cual posee ahora unas habilidades muy superiores a las que tenía originalmente cualquiera de los dos hombres, si bien Fain todavía no las entiende ni las controla por completo. La mayoría de los seres humanos sienten miedo ante la mirada sin ojos de un Myrddraal, pero a los Myrddraal les atemoriza la mirada de Fain.

Profeta, el: Abreviatura del más ampuloso «Profeta del lord Dragón», título que reclama para sí Masema Dagar, antaño un soldado shienariano, que predica la llegada del Dragón Renacido. Ha conseguido un gran número de adeptos en Ghealdan y el norte de Amadicia, en parte por la difusión de la noticia de que el Dragón ha renacido realmente, y en parte por la extremada brutalidad con que sus seguidores castigan no sólo a cualquiera que rehúsa reconocer al Dragón Renacido, sino a aquellos que se niegan a aceptar la autoridad del Profeta como la voz y la mano del Dragón.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a

sellarse su prisión. Se designan a sí mismos «los Elegidos». Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage. Los que saben algo de ellos en la actualidad creen que sólo Demandred y Sammael sobreviven entre los varones, y que de las mujeres sólo quedan Graendal, Mesaana, Moghedien y Semirhage. Empero, varias escaramuzas extrañas sugieren la posibilidad de que el Oscuro haya seleccionado varios Elegidos nuevos o que el alcance del Señor de la Tumba llegue, en algunos casos, más allá de la muerte.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal*, con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal*, pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal*, también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal*.

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público; el resultado de esto es que muchos Aiel ignoran cuáles de ellas tienen dicha capacidad y cuáles no. También por costumbre las Sabias

evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Tradicionalmente, las Sabias no se involucraban en pleitos de sangre y batallas entre clanes, pero esta norma se ha roto recientemente, tal vez de manera irreparable. Aún están por verse las consecuencias que esto pueda tener sobre la inmunidad que confería a las Sabias la ideología del *ji'e'toh* seguida por los Aiel.

seanchan: Descendientes de los ejércitos enviados por Artur Hawkwing allende el Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar.

Seanchan: La tierra de donde proceden los seanchan.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

siswai'aman: En la Antigua Lengua «lanzas del Dragón», aunque el término lleva implícito un fuerte significado de propiedad. Es el nombre adoptado por muchos varones Aiel, pero por ninguna mujer. Esos hombres no reconocen ni mencionan tal nombre (en realidad ningún Aiel lo hace) pero llevan una cinta de tela roja ceñida a la frente, con el dibujo de un disco, la mitad blanco y la mitad negro, que queda encima de las cejas. Aunque normalmente los *gai'shain* tienen prohibido ponerse ninguna prenda que lleven los *algai'd'siswai*, muchos *gai'shain* han empezado a usar la cinta roja. (Véase *gai'shain*.)

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no con tantos años como creen muchos.

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad para encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar la capacidad de los *ta'veren* para alterar el destino, bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra, aunque ahora este mismo

término se utiliza para una variante de la Curación que se emplea para examinar el estado de salud y las condiciones físicas de una persona), se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas.

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real. Ama a Morgase más que a su propia vida o a su honor. (Véase Morgase.)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la totalidad de los hilos de las vidas. Se sabe muy poco de este tipo de tejido, salvo que parece, en muchos sentidos, una alteración del azar, de modo que lo que sólo es posible que ocurra, pasa, bien que únicamente en raras ocasiones. El efecto de este tejido es a veces muy localizado; por ejemplo, alguien influido por un *ta'veren* puede decir o hacer cosas que sólo habría dicho o hecho una vez entre un millón encontrándose en esas mismas circunstancias, o tienen lugar sucesos que parecen imposibles, como que un niño se precipite desde una torre de treinta metros y salga indemne de la caída. Otras veces los efectos parecen extenderse de modo que influyen en la propia historia, aunque a menudo es a través de los efectos localizados. Se cree que ésta es la verdadera razón de que nazcan *ta'veren*, a fin de que cambien la historia y devuelvan el equilibrio a los giros de la Rueda.

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase Ciudadela de Tear.)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal*, cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal*, su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido.

Valda, Elmon: Un capitán de los Hijos de la Luz, un hombre impaciente y radical, partidario del refrán «no se puede hacer tortilla sin romper huevos» y que cree que en

ocasiones es necesario prender fuego al granero para librarse de las ratas. Se considera a sí mismo una persona práctica y aprovechará cualquier situación ventajosa que se le presente. Está convencido de que Rand al'Thor no es más que un títere de la Torre Blanca y que seguramente ni siquiera puede encauzar. El odio a los Amigos Siniestros (lo que, por supuesto, incluye a las Aes Sedai) es el pilar fundamental de su vida. (Véase Hijos de la Luz.)